El cuento romántico español.

Estudio y Antología.

Borja Rodríguez Gutiérrez

Sociedad Menéndez Pelayo

Santander, 2008

El cuento romántico español. Estudio y Antología
Borja Rodríguez Gutiérrez

DL
ISBN: 978-84-921812-4-7

Narrativa española . Cuento. Narración breve
Romanticismo. Siglo XIX Costumbrismo. Literatura fantástica.
José María de Andueza - Miguel de los Santos Álvarez – Juan de Ariza - Juan Manuel de Azara - José Bermúdez de Castro - José María Blanco White – Manuel Bretón de los Herreros - Clemente Díaz – Nicomedes Pastor Díaz – Juan Antonio Escalante - Serafín Estébanez Calderón - Vicente de la Fuente - Enrique Gil y Carrasco – Eduardo González Pedroso - Juan Eugenio Hartzenbusch – José Jiménez Serrano - José Lacroix, Barón de Bruère – Modesto Lafuente, *Fray Gerundio* - Sebastián López de Cristóbal - Pedro de Madrazo – Manuel Milá y Fontanals - José Joaquín de Mora –José Negrete, Conde de Campo Alange – Eugenio de Ochoa – José Augusto de Ochoa – Francisco de Orellana - Ildefonso Ovejas - Pablo Piferrer – José María Quadrado - José Amador de los Ríos - Mariano Roca de Togores - Antonio Ros de Olano – Jacinto de Salas y Quiroga – Manuel María de Santa Ana - José Somoza – Gabino Tejado - Benito Vicetto - José Zorrilla.

Consejo editorial de la Sociedad Menéndez Pelayo
Presidente: Ramón E. Mandado Gutiérrez
Gerardo Bolado Ochoa - Rosa Conde López -Raquel Gutiérrez Sebastián
Dámaso López García - Ramón Teja Casuso - Ángel Trujillano del Moral
Francisco Vázquez de Quevedo

© Borja Rodríguez Gutiérrez

Imprime: Imprenta Cervantina
Edita: Sociedad Menéndez Pelayo
Casa-Museo Menéndez Pelayo
C/ Gravina, 4, 39007. Santander.

El cuento romántico español

Índice

Introducción 11
El cuento como género literario . . . 12
El desarrollo del cuento literario . . 12
Problemas terminológicos 12
Significado asociado a la transmisión oral . 12
Significado asociado a lo extraliterario . 14
Significado asociado a lo fantástico . . 14
Las definiciones del género hasta 1800 . 15
La noción de cuento en el siglo XIX . 20
Conclusión: ausencia de «conciencia de género» 23
El caso especial del cuento. . . . 24
El cuento en la teoría de los géneros . 24
La imposible definición 25
Hacia un concepto instrumental del género «cuento» 27
La época 29
1800-1850. Breve bosquejo histórico . 29
Últimos años del reinado de Carlos IV. 1800-1808 30
Guerra de la Independencia. 1808-1814 . 30
Reinado de Fernando VII. 1814-1833 . 31
Primeros años del reinado de Isabel II. 1833-1850 34
El Romanticismo. Elementos básicos . . 37
El Romanticismo español 38
El Romanticismo español como constante histórica de la literatura española . . . 38
El Romanticismo español como enfrentamiento de dos tendencias: liberal y conservadora . 41
El Romanticismo español, movimiento aparecido en el siglo XVIII 42
El Romanticismo español, consecuencia de las ideas de Herder y los Schlegel . . . 43
El Romanticismo español: límites cronológicos 46

Bibliografía 50

Rasgos sueltos de la historia de Ciro . . . 73
Historia de Sabino y Eponina 77
Himno al sepulcro 81
El convaleciente y el sepulcro 85
Los dos paladines o la amistad a prueba. Cuento caballeresco . 87
Hecho memorable publicado en la *Gaceta General* de Paris en enero de 1764 95
Historia trágica española. La Peña de los Enamorados (José Lacroix). 99
Historia de Palmira, sacada de un manuscrito antiguo . . 109
Intrigas venecianas (José María Blanco White) . . 115
El paraguas (José Joaquín de Mora) 127
La audiencia y la visita (José Joaquín de Mora) . . 131
El alcázar de Sevilla (José María Blanco White) . . 133
Los tesoros de la Alhambra (Serafín Estébanez Calderón) . 143
Cuadro árabe (Antonio Ros de Olano) . . . 147

El castillo del espectro (Eugenio de Ochoa) . . . 149
Zenobia (Eugenio de Ochoa) 155
Pamplona y Elizondo (José Negrete, Conde de Campo-Alange) 167
Alberto Regadon (Pedro de Madrazo) . . . 183
Stephen (Eugenio de Ochoa) 207
Los dos artistas (José Bermúdez de Castro) . . . 227
Ramiro (Eugenio de Ochoa) 235
Luisa. Cuento fantástico. (Eugenio de Ochoa) . . 243
La mujer negra o una antigua capilla de templarios (José Zorrilla) 251
Beltrán. Cuento fantástico. (José Augusto de Ochoa) . . 257
¡Alucinación!!! (José Bermúdez de Castro) . . . 265
La predicción (Jacinto de Salas y Quiroga) . . . 271
Yago Yasck (Pedro de Madrazo) 275
1534 (Jacinto de Salas y Quiroga) 293
El torrente de Blanca (José Augusto de Ochoa) . . 295
Un caso raro (Eugenio de Ochoa) 305
El Marqués de Lombay (Mariano Roca de Togores) . . 309
La Peña de los Enamorados (Mariano Roca de Togores) . 319
El baile de ánimas (Clemente Díaz) 325
Una cita (Nicomedes Pastor Díaz) 331
Fasque nefasque (Manuel Milá y Fontanals) . . . 345
La predicción (Jacinto de Salas y Quiroga) . . . 351
Una impresión supersticiosa (Pedro de Madrazo) . . 355
Los jóvenes son locos (Miguel de los Santos Álvarez) . . 359
No importa que verdad sea (Sebastián López de Cristóbal) . 369
La sorpresa (Serafín Estébanez Calderón) . . . 375
¡¡¡Un adúltero!!! (José Amador de los Ríos) . . . 379
El mulato de Murillo. 1639 (J. M.) 385
Anochecer en San Antonio de la Florida (Enrique Gil y Carrasco) 391
El espectro 401
La capa roja. Cuento nocturno 411
Historia de dos bofetones (Juan Eugenio Hartzenbusch) . 417
El conde fratricida (Pablo Piferrer) 425
Manuel el Rayo 429
Calabazas (Clemente Díaz). 457
El capón. Novela histórica y racional (José Somoza) . . 463
Una nariz. Anécdota de carnaval (Manuel Bretón de los Herreros) 477
Las segundas nupcias (Vicente de la Fuente) . . . 481
El lago de Carucedo. Tradición popular (Enrique Gil y Carrasco) 489
Mariano (José María de Andueza) 523
El Príncipe de Viana (José María Quadrado) . . . 529
El ánima de mi madre (Antonio Ros de Olano) . . 547
Los bandoleros de Andalucía (Juan Manuel de Azara) . . 567
El resentimiento de un contrabandista (Juan Manuel de Azara) . 577
¡Adiós, Mundo! (Antonio Ros de Olano) . . . 583
¡Oh, hijo mío! (Antonio Ros de Olano) . . . 587
Principio de una historia que hubiera tenido fin si el que la cuenta la hubiera contado toda (Miguel de los Santos Álvarez) . . 593
Agonía segunda (Miguel de los Santos Álvarez) . . 607
La noche de máscaras. Cuento fantástico (Antonio Ros de Olano) 625
Dolores de corazón (Miguel de los Santos Álvarez) . . 641

Amor paternal (Miguel de los Santos Álvarez) . . 645
El collar de perlas (Serafín Estébanez Calderón) . . 653
El alguacil alguacilado (Vicente de la Fuente) . . . 677
La calumnia. Leyenda tradicional (Manuel Milá y Fontanals) . 683
El bautismo de Mudarra, sobrino del rey moro de Córdoba, según nuestras crónicas (José Somoza) 685
El rey Eserdis (Manuel Milá y Fontanals) . . . 697
La Atanasia (Ildefonso Ovejas) 707
Mis botas (Modesto Lafuente, *Fray Gerundio*) . . . 684
La iglesia subterránea de San Agustín de Tolosa (Juan Antonio Escalante) 713
La corona de fuego (Benito Vicetto) . . . 721
¡Ni la Trinidad te salva! (Manuel María de Santa Ana) . . 727
El astrólogo y la judía. Leyenda de la Edad Media. (Eduardo González Pedroso) 731
La cabellera de la reina (Gabino Tejado) . . . 745
La virgen del clavel. Cuento morisco (José Jiménez Serrano) . 763
El caballo de siete colores (Juan de Ariza) . . . 779
La cruz de la esmeralda (Juan de Ariza) . . . 791
La casa del duende y de las rosas encantadas (José Jiménez Serrano) 801
El caballito discreto. Cuento de vieja (Juan de Ariza) . . 817
Las tres feas. Cuento mozárabe (José Jiménez Serrano) . 821
El clavel de la Virgen (Francisco de Orellana) . . 837
Los dichos (Manuel Bretón de los Herreros) . . . 863
La toma de Ciurana. Leyenda tradicional (Manuel Milá y Fontanals) 867
Munuza (Manuel Milá y Fontanals) . . . 873
La espada de Vilardell (Manuel Milá y Fontanals) . . 877

Índice de cuentos 881
Cuentos por orden alfabético de títulos . . . 883
Cuentos por orden alfabético de autores . . . 917

Introducción

Este libro no es una historia del cuento romántico español. Esa tarea ya ha sido realizada por mí en *Historia del cuento español (1764-1850),* publicada en 2004 por la editorial Iberoamericana-Vervuert. Lo que se pretende en este texto es un recorrido histórico por las manifestaciones del cuento español de los últimos años del XVIII y primera mitad del XIX en las cuales se puedan apreciar los diferentes aspectos (patetismo, lacrimosidad, medievalismo, fantasía, humorismo, costumbrismo, realismo, etc.) del movimiento romántico, relacionando su aparición con el momento cronológico en que se producen.

Por diversas razones he llevado a cabo exclusiones que como antólogo me resultan difíciles y en algunos casos dolorosas. Tal es el caso del excelente relato de Hartzenbusch «La reina sin nombre» (1845), una de las mejores narraciones históricas de esos años y pieza capital para comprobar la evolución del pensamiento del autor de *Los Amantes de Teruel*, pero, ¡ay!, demasiado larga para estas páginas ya excesivamente nutridas. También su excesiva longitud es la causa de que no aparezca en este libro la interesante, por su fecha, «Misterios del corazón» de Ramón de Navarrete (1845) una pequeña novela rosa de ambientación estrictamente contemporánea en la que se dan cita ya muchas de las características de lo que será años más tarde la novela realista; «El caballero sin nombre» (1847) de Francisco Navarro Villoslada, tan representativa de la dirección que va a tomar la narración histórica en manos de los románticos más conservadores; o «La ondina del lago azul (1860) de Gertrudis Gómez de Avellaneda, narracíon tardía en la que se comprueba la decepción por el fracaso de los valores románticos.

Dado que mi intención es sacar a la luz textos de difícil localización, he decidido no incluir tampoco aquellos que pueden ser consultados sin mucho esfuerzo, en obras que actualmente están el mercado o en bibliotecas. Tal es el caso de los deliciosos cuentos de *Fernán Caballero*, de los muchos relatos que podemos encontrar entre las *Escenas Matritenses* de Ramón de Mesonero Romanos («El retrato», «Grandeza y miseria», «El amante corto de vista», «Madre Claudia») o de los que se incluyen dentro de las multiformes *Escenas Andaluzas* de Serafín Estébanez Calderón («Pulpete y Balbeja», «Hiala, Nadir y Bartolo», «Don Egas el escudero y la dueña Doña Aldonza», «Catur y Alickak»).

En otros casos es, al final, la propia decisión del antólogo la causante de consignar unos relatos y relegar otros a las amarillentas páginas de los periódicos, revistas y libros donde aparecieron, esperando una ocasión más propicia para sacarlos a la luz. Los cuentos antirománticos de Clemente Díaz y Basilio Sebastián Castellanos, que proliferan en los años 36 y 37; «La querida del soldado» de Vicente Barrentes un pequeño «protoepisodio nacional»; el curioso relato «Fragmentos de una leyenda oriental» de un Manuel Fernández y González entonces debutante, pequeño poema narrativo en prosa que merece atención; la historia de bandoleros «La capitana» de José María de Anduza; la prmera «Agonía de la corte» de Miguel de los Santos Álvarez; el inacabado, pero fascinante relato, «El escribano Martín Peláez» de Antonio Ros de Olano...

Ahora bien, tras este planteamiento cabe preguntarse: ¿A qué nos referimos cuando hablamos de *cuento*? ¿Y cuál es el signicado que damos al término *romántico*?.

A estas preguntas vamos a intentar responder.

El cuento como género literario.

El desarrollo del cuento literario.

En el siglo XIX el cuento adquiere auténtica dimensión literaria. Según Mariano Baquero Goyanes hay que diferenciar entre dos realidades diferentes: la primera, la aparición de la palabra «cuento» en la lengua castellana, y la utilización de esa palabra para designar relatos breves de tono popular y carácter oral; y otra muy distinta: la aparición del género que solemos distinguir como «cuento literario», precisamente para diferenciarlo del tradicional. Este existía desde muy antiguo, en tanto que la decisiva fijación del otro, del literario, habría que situarla en el Siglo XIX (Baquero Goyanes, 1988; 105-106). Esta opinión del máximo especialista en nuestro cuento decimonónico es corroborada por otros autores que apuntan conclusiones parecidas. Según Enrique Pupo-Walker «hacia fines del XIX comienza a definirse la poética del cuento» (Pupo-Walker, 1973; 12) Lo cual no hace sino confirmar la opinión que ya había avanzado Juan Valera: «Habiendo sido todo cuento al empezar las literaturas, y empezando el ingenio por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento fue el último género literario que vino a escribirse». (Valera, 1907; 8-9)

Problemas terminológicos.

Todavía a principios del Siglo XX se mantiene una cierta indefinición del término. Menéndez Pelayo, en el capítulo IX de sus *Orígenes de la Novela*: «Cuentos y Novelas cortas» utiliza indistintamente las palabras cuento y novela (en el sentido italiano de *novella*) para denominar las narraciones breves. Así, refiriéndose al libro *Silva Curiosa* de Julián de Medrano, Don Marcelino dice lo siguiente: «Hay en el libro dos *narraciones* tan mal forjadas y escritas, que sin gran escrúpulo pueden atribuirse al mismo Julián de Medrano. Una es cierta *novela* pastoril [...] La otra [...] es un largo *cuento* de hechicerías y artes mágicas» (Menéndez Pelayo, 1943; III, 123). Y hablando de *Contos e historias de proveito e exemplo*, del autor portugués Gonzalo Fernández Trancoso: «Llegando a los *cuentos* propiamente dichos, a las *narraciones* algo más extensas, que pueden calificarse de *novelas cortas*...» (1943; III; 144) (Las cursivas son mías).

No cabe duda de que las narraciones de longitud breve han recibido una gran cantidad de nombres distintos, a veces sin una definición clara. Por contra, el término «cuento» aparece asociado a diferentes significados que implican una valoración: transmisión oral, carácter no literario, temática fantástica.

Significado asociado a la transmisión oral.

El término *cuento* aparece en general asociado a la narración oral. Menéndez Pelayo recoge la obra del portugués Francisco Rodríguez Lobo, *Corte na aldea e noites de inverno* (1619), en la que Rodríguez Lobo en los diálogos X, «De la materia de contar historias en conversación» y XI, «De los cuentos y dichos graciosos y agudos en la conversación» de su obra, diferencia entre los *Cuentos* y las *Historias*, entendiendo como tales a las novelas al estilo italiano. En las novelas se usa más

> La buena descripción de las personas, relación de los acontecimientos, razón de los tiempos y lugares, y una plática por parte de algunas de las figuras que mueva más a compasión y piedad, que esto hace doblar después la alegría del buen suceso. (Menéndez Pelayo, 1943; III; 150)

La diferencia está pues en el carácter literario de la novela y no literario del cuento.

> Esta diferencia me parece que se debe hacer de los cuentos y de las historias, que aquellas piden más palabras que estos, y dan mayor lugar al ornato y concierto de las razones, llevándolas de manera que vayan aficionando al deseo de los oyentes, y los cuentos no quieren tanta retórica, porque lo principal en que consisten está la gracia del que habla y en la que tiene de suyo la cosa que se cuenta. (Menéndez Pelayo, 1943; III; 151)

Para Rodríguez Lobo el cuento es, más que una obra literaria, lo que ahora llamamos un «chiste». Tan es así que incluso da consejos sobre como hay que incluirlos en la conversación.

> Los cuentos y dichos galanes deben ser en la conversación como los pasamanos y guarniciones en los vestidos, que no parezca que cortaron la seda para ellos, sino que cayeron bien, y salieron con el color de la seda o del paño que los pusieron; porque hay algunos que quieren traer su cuento a fuerza de remos cuando no les dan viento los oyentes, y aunque con otras cosas les corten el hilo vuelven a la tela y lo hacen comer, recalentado, quitándole el gusto y la gracia que pudiera tener si cayera a caso y a propósito, que es cuando se habla en la materia de que se trata o cuando se contó otro semejante. Y si conviene mucha advertencia y decoro para decirlos, otra mayor se requiere para oírlos, porque hay muchos tan presurosos del cuento o dicho que saben, que en oyéndolo comenzar a otro se le adelantan o le van ayudando a versos como si fuera salmo [...] Tampoco soy de opinión que si un hombre supiese muchos cuentos o dichos de la materia en que se habla, que los saque todos a plaza, [...] sino que deje lugar a los demás y no quiera ganar el de todos ni hacer conversación consigo sólo. (Menéndez Pelayo, 1943; III; 151-152)

Consejos, como se ve, para el hombre que quiere mantener una conversación elegante e ingeniosa.

Rodríguez Lobo es quizás quien más claramente explica el carácter oral del término cuento, pero hay otros ejemplos. Sebastián Mey, en el prólogo de su *Fabulario en que se contienen fábulas y cuentos diferentes* de 1613 recomienda «que las madres y las amas no cuenten a los niños patrañas ni cuentos que no sean honestos». (Menéndez Pelayo, 1943; III; 153). Juan de Timoneda en el prólogo de *El Patrañuelo* advierte a sus lectores, en su «Epístola al amantísimo lector» que

> Semejantes marañas las intítula mi lengua natural valenciana *Rondalles* y la toscana *Novelas*, que quiere decir: «Tú, trabajador, pues *no velas*, yo te desvelaré con algunos graciosos y aseados cuentos, con tal que los sepas contar como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento y gracia con que fueron compuestos» (Timoneda, 1979; 19).

Se trata de *cuentos* por que el autor los escribe para que luego sean contados, eso sí, sin perder su gracia. Y Cervantes, en *El Quijote*, nos habla de *El Curioso Impertinente* como *novela,* pues fue encontrada escrita, mientras que la historia de Marcela y Grisóstomo es calificada como *cuento*, al ser narrada de viva voz por Pedro.

Este concepto de que el cuento se caracteriza, ante todo, por la transmisión oral aparece hasta bien entrada la segunda mitad del Siglo XIX. Ése parece ser el que le da Bécquer al comienzo de «El Rayo de Luna» de 1862: «Yo no sé si esto es una historia que parece cuento o un cuento que parece historia». Y Narciso Campillo, en 1872, explicaba de esta manera los orígenes de la novela:

> El origen histórico de la novela se pierde en la noche de los tiempos y hay que referirlo a las primitivas sociedades cuyos individuos satisfacían su curiosidad y su ansia por lo desconocido con los cuentos y tradiciones que desde época inmemorial habían ido pasando de padres a hijos. Posteriormente, bien fuese porque tales cuentos se hacían más complicados y difíciles de retener en la memoria, bien porque una civilización menos primitiva y ruda comprendiese el partido que de ellos podría sacar, dándoles convenientemente forma y perpetuándoles mediante la escritura, o por ambos casos juntamente, la novela pasa de la palabra al libro, se fija con carácter propio y constituye un nuevo género literario. (Campillo, 1881; 223).

Es pues la forma de transmisión lo que diferencia a cuento y novela para Campillo. Si la transmisión es oral es cuento, si es escrita es novela. Una vez que la narración está escrita es novela independientemente de sus dimensiones. Por ello Campillo no habla en su obra de la narración breve bajo ninguno de sus nombres: toda la narración en prosa está englobada en su libro bajo el nombre de novela. No deja de ser curioso esto viniendo de un autor que cultiva con asiduidad el cuento (1879, 1881). Esta diferenciación entre cuento y novela por el carácter oral del cuento se advierte también en las memorias de Julio Nombela. Nombela recuerda que en su infancia era muy aficionado a las «historias y cuentos» que le contaban sus familiares sobre todo los cuentos más fantásticos (Nombela, 1976; 26-27). Pero cuando recuerda sus inicios literarios en la narración breve habla de «novela de breves dimensiones» (1976*;* 296) o comenta que un amigo suyo publicaba «episodios históricos novelescos» en *El Museo de las Familias* (1976; 453).

Significado asociado a lo extraliterario.

La oralidad del cuento lleva a que sea considerado como extraliterario y poco culto: no apropiado para literatos. Así lo vemos en el *Libro de erudición poética* de Luis Carrillo. Al abordar el tema de la Historia, Carrillo expresa las excelencias de este género, el más noble, en su opinión, de todos los de la prosa: «Es la Historia muy cercana a la poesía y en cierta manera a verso suelto, y por ello usando de palabras más remotas y de figuras más libres y licenciosas evita el enfado de los cuentos» (Carrillo y Sotomayor, 1613; 139) (el subrayado es mío). La valoración negativa del cuento puede verse en otras obras como una *Sátira contra la literatura chapucera del tiempo presente* de Juan Pablo Forner, en la que el autor dice despreciar las objeciones de «algunos lectores criticones / entre los que de cuentos se alimentan» (Forner, 1844; 190) y se lamenta del estado de la literatura y la cultura en su tiempo en que «Castillos en el aire se fabrican / Llamase docto al forjador de cuentos» (*ibíd*; 192). No es de extrañar por lo tanto que el Padre Terreros en su *Diccionario Castellano* incluya la siguiente definición de cuento: «Se dice también algunas veces por narrativa inútil y discurso despreciable» (Terreros, 1786; I, 572).

Significado asociado a lo fantástico.

Juan Valera colaboró en el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano,* que comenzaron a editar en 1887 los barceloneses Montaner y Simón, con un artículo sobre el *cuento* que fue incluido en el tomo XIV de sus obras completas, a modo de prólogo. (Valera, 1907; 5-13). Valera pretende definir el cuento por exclusión. En principio cuento era lo que se contaba. En la antigüedad no se escribía pero se imaginaba. El origen del Universo y la vida de los dioses fueron los primeros cuentos que dejaban de serlo cuando se creían, y volvían a ser cuentos cuando dejaban de creerse. Al aparecer la escritura algunos cuentos se recogieron y fueron la

materia prima de la religión, otros lo fueron de la poesía y otros los de la historia. Los que no fueron recogidos de ninguna manera quedaron como los cuentos vulgares, populares, una «ficción involuntaria» sin intención ni interés literario. Al ser oral su transmisión no forman parte de la literatura.

Antes del cuento literario, del cuento escrito, apareció otro género literario, fundado en el cuento, pero que no es el cuento; la novela.

> Es también una narración de hechos fingidos pero con la pretensión de estar más de acuerdo con la realidad, y de ser fruto de la observación y el estudio de los sitios, de la naturaleza, de las costumbres y usos de diversos países y de los caracteres de los hombres. Todo esto se observaba entonces más que con tenacidad y escepticismo, con poderosa y crédula fantasía, por donde, aún en las primitivas novelas, predomina lo maravilloso fantástico sobre lo real y salvo la mayor extensión y reposo con que la novela está escrita, la novela se parece al cuento hasta confundirse con él.

Valera encuentra tres especies de cuentos principales: los de «maravillas, encantos, y cosas sobrenaturales», los de amor, y los breves y humorísticos que el denomina «chascarrillos» -al estilo de Rodríguez Lobo-. Los últimos no merecen el calificativo de literarios, y los segundos «sobre todo cuando no hay en ellos elemento sobrenatural, son novelas en compendio, novelas en germen». Son los primeros, los de «asombros y prodigios», los que han permanecido como cuentos.

Valera, como vemos, no se fija en la extensión, sino en el elemento de fantasía, para definir *cuento* y *novela*. *Novela* es pura y simplemente la novela realista; la fantasía y el vuelo de la imaginación llevan a calificar a la narración en cuestión como *cuento*. Tal vez sea éste el sentido que Menéndez Pelayo (1949; 417) utiliza al calificar de «entretenido cuento» a *La Campana de Huesca* de Antonio Cánovas del Castillo, una novela que en edición de bolsillo de 1976 llena 254 páginas de letra pequeña y apretada.

Las definiciones del género hasta 1800.

No es posible encontrar una definición clara del género en las distintas obras de preceptiva e historia literaria. Los nombres se mezclan y las definiciones no coinciden en uno y otro autor de tal manera que a la altura de 1800 los autores que se enfrentaron a la narración no tenían clara, en modo alguno, ninguna conciencia de género.

Miguel de Salinas escribe en 1541 su *Retórica en lengua castellana*, la primera obra de ese género que se compuso en español. En esta obra como en muchas otras retóricas las indicaciones son para la oratoria y las menciones que se hacen a *narración, fábula, apólogo*, etc, son para su inclusión en el discurso. Sólo mucho más adelante la retórica tendrá en cuenta los escritos en prosa (y muchas veces para catalogarlos como géneros inferiores a la oratoria).

Ya aparece en Salinas el concepto de *narración* que se va a repetir en sucesivas retóricas y que es la primera manifestación teórica sobre un genero literario en prosa narrativa. Para Salinas «la *narración* pone delante de los ojos lo que pasa, siempre tirando a persuadir ser verdadero lo que cuenta» (Casas, 1980; 68). La *narración* puede estar más o menos cercana al propósito de que se trata, es decir al elemento del cual se quiere convencer al oyente; la más cercana es la *narración* propiamente dicha y la mas lejana se llama *digresión*. El concepto de Salinas de *narración* es muy amplio e incluye lo que ahora consideramos modo narrativo y lo que consideramos modo descriptivo. Así el capítulo IX habla «De la narración o manera de dar cuenta de la cualidad y particularidades de la persona», el capítulo X «De la narración o pintura del lugar», («Cuando damos cuenta de algún lugar como es provincia ciudad, monte, región, [...] debemos procurar que sea así como si, estando en el mismo lugar, trajésemos por la

mano al que lo oye»), el capitulo XI «De la narración o pintura del tiempo» y el Capítulo XII «De la narración de cualquier cosa en general» (Casas*;* 1980; 76 a 84). Hay que hacer notar que Salinas usa como sinónimos narrar, pintar, dar cuenta y contar. Los atributos fundamentales de la narración son tres:

> Y, aunque en la narración pueda servir todas las cosas dichas o muchas de ellas, no se deben estorbar a que la narración tenga lo que principalmente debe tener para ser buena, y es que sea breve, clara y verosímil [...] Breve será si de allí comenzásemos a contar donde hay necesidad, y no cosas precedentes o subsecuentes [...] clara será la narración si se dice por buena orden, contando primero lo que primero pasó, o lo que primero está en la disposición de donde lo sacamos [...] Verosímil será si dijéramos cosa natural y como comúnmente suele acaecer, y si no se contradice uno a otro por razón de los tiempos en que decimos que pasaron [...] Si la cosa es verdadera, débese esto mirar, porque faltando algo de ello, podríase presumir ser mentira. Y, si es fingida; débese tener mucho más cuidado, porque poco descuido basta para olerse la ficción. (1980*;* 86)

Este concepto de narración, que se va a repetir en otros autores más o menos matizado, pone en relación la oratoria con el cuento, que será de esta manera utilizado como ejemplo por los oradores, sobre todo por los sagrados, tal como se podía ya ver en la *Disciplina Clericalis* del Siglo XI. También va a dar al cuento más breve un carácter moralizante y pedagógico, del cual se desprenderá con mucha dificultad y no totalmente, pues en buen número de cuentos sigue presente hasta nuestros días.

Los retóricos que escriben después de Salinas difieren varias veces de sus ideas, pero ninguno llega a diferenciar entre narración y descripción. La mezcla teórica de estos dos elementos se mantiene, por lo menos, hasta el período que nos proponemos estudiar.

En 1589 Juan de Guzmán, en su *Retórica*, habla de los elementos de la oratoria. No discrepa de la idea que tiene Salinas de *narración*, aunque concreta un poco más las circunstancias de su uso y distingue entre un modo narrativo y un modo dialogado. Para Guzmán la *fábula* es un genero narrativo que existe dentro de la oratoria. Hay dos tipos de fábulas: de narración y de diálogo. Todas las fábulas se componen de dos partes: *narración* y *admonición*, que es la consecuencia que se debe sacar de la historia. Menciona también Guzmán la «Chria» o Sentencia, un género narrativo mas breve aún que la *narración*. Se trataría de una anécdota de un hecho o dicho famoso.

Alonso López Pinciano publica en 1596 *Philosofia antigua poética*. Aquí el concepto de *fábula* es muy diferente del de Guzmán. Se corresponde no con un género o subgénero determinado, sino con elementos modernos de la teoría literaria como *argumento* y *trama*. La *fábula* de López Pinciano aparece, por lo tanto, tanto en la épica como en la tragedia o en la comedia. Su carácter principal es la verosimilitud. «Las ficciones que no tienen imitación y verosimilitud no son fábulas, sino disparates» (López Pinciano, 1596; 166).

Continúa aún más el estudio de la *fábula* diferenciando dentro de ella entre *argumento* y *episodio*. El *argumento* sería lo fundamental de la historia y los *episodios* elementos secundarios que se pueden eliminar sin que esto afecte al argumento: «Episodio es un emplasto que se pega y despega a la fábula» (1596*;* 172). El *episodio* es pues un relato breve, que sirve para adornar el relato principal: más propio para López Pinciano de la épica que de la tragedia o de la comedia. El *episodio* (término que usarán los cuentistas de la primera mitad del XIX) adquiere de esta manera una cierta identidad propia: «La epopeya es una rosa abierta, y el pezón y cabezuela es la fábula, y las hojas son los episodios que la ensanchan y florecen, y así como las hojas penden de la cabezuela, los episodios penden de la fábula» (1596*;* 172) Por lo tanto, de la misma manera, que los *episodios* deben estar unidos a la *fábula* tan livianamente que en

cualquier momento puedan eliminarse de la historia sin dañar al conjunto, por lo mismo su constitución interna no puede depender de su unión con la *fábula* y de esta manera adquieren una casi independencia y autonomía. En realidad, es el cuento en verso lo que López Pinciano llama *episodio*.

Habla también López Pinciano del *apólogo*. Lo considera una «especie poética menor», junto con la Sátira, la Égloga, la Elegía y el Epigrama. El elemento fundamental que lo distingue es su intención moralizante: «Poema común, el cual debajo de la narración fabulosa enseña una pura verdad» (1596; 506). Si bien está hablando de especies poéticas es interesante señalar que en su definición usa la voz *narración* en el sentido de relato..

Baltasar de Céspedes escribió *El Humanista* en 1600 aunque la obra no se llega a imprimir hasta 1784. Céspedes considera a la *fábula* como el género que engloba todas las obras de ficción (Céspedes, 1784; 72) y usa la voz *cuento* para referirse a aquello que se cuenta o relata sin que en ello intervenga forzosamente la invención o la creación literaria (1784; 73).

El *Cisne de Apolo* de Luis Alfonso de Carvallo (1602) vuelve a considerar a la *fábula* como un género narrativo si bien sea en verso. Pero Carvallo parece entender que *fábula* viene de fabuloso. Según él las ficciones se dividen en verosímiles e inverosímiles: *parábolas* y *fábulas*. «Las verosímiles son las que cuentan algo que, si no fue, pudo ser o podrá suceder y estas han de ser muy aparentes y semejantes a verdad [...] De estas usaron los Hebreos, llamándolas parábolas [...] las fábulas son de casos que no sucedieron en aquella forma que se cuentan, ni pueden suceder formalmente» (Carvallo, 1602; 21). Prosigue Carvallo dividiendo las fábulas en dos clases, las visibles y corpóreas (las *Metamorfosis* de Ovidio) y las intelectuales y metafísicas (cuando se presenta a personajes abstractos como el amor, la soberbia, la virtud). También es muy diferente su visión del *episodio*, que él sitúa dentro de la historia y que es «fingir lo que pudo suceder y acaso sucedió no contando lo contrario de ello» (1602; 134). Puede hacerse esto porque al historiador le es permitido añadir cosas que no sean ciertas, siempre que con arte estén escritas e insertadas y no sean radicalmente falsas: «también se usa contar algunas ficciones en estilo histórico, ya por la moral [...] ya por ejemplo, entretenimiento y gusto» (1602; 134).

De 1604 es la *Elocuencia española en Arte* de Bartolomé Jiménez Patón. Aquí el término de *fábula* está mucho más cerca del criterio de Juan de Guzmán, si bien está más definida. Se trata de un «exemplo fingido» cuyos misterios están muy encubiertos, porque no tienen un solo sentido sino muchos. Jiménez Patón contrapone la *fábula*, culta y valiosa con el *cuento* que para él es género sin valor: «Como dice Horacio son cuentos para viejas, gente rústica y que poco sabe» (Jiménez Patón, 1604; 107). Clasifica las *fábulas* en cuatro tipos: las que son totalmente inventadas y con muchos significados; las que mezclan mentiras con verdades, y que son propias de la poesía; las que son más reales y parecidas a la historia; y aquellas cuyo significado «está totalmente solo en la superficie y es invención de vejezuelas locas» (1604; 108). Otro elemento que trata Jiménez Patón es la *narración*. Se trata de un recurso de la oratoria, «una cosa importante y provechosa para lo que se quiera persuadir [...] ha de ser breve clara y que se pueda creer [...] Si dijéramos mentiras [en la narración] las ordenaremos de forma que parezcan verdades» (1604; 113-114). Parece, pues, que Jiménez Patón encuentra a la *fábula* como un género más literario (en tanto que permite más elaboración para darle significados encubiertos) que la *narración*, que concibe como un instrumento de la retórica y para la que recomienda las mismas tres características que Salinas: brevedad, claridad y verosimilitud. Especies diferentes, por lo tanto.

Francisco de Cascales, en sus *Tablas poéticas*, de 1617, vuelve a la noción de *fábula* que ya vimos en López Pinciano: «Fábula es imitación de una acción de uno, entera y de justa grandeza» (Cascales, 1779; 23). Ahora bien, precisa su concepto de imitación, diciendo que imitación es tanto retratar un hecho como ha pasado o como podría haber pasado, de forma verosímil. La acción, por lo tanto, puede ser sacada de la historia o inventada por el poeta. El hecho importante es la verosimilitud. Por ello Cascales, que admite que puede practicarse la

épica en prosa (1779*;* 109), rechaza los libros de caballerías, que están fuera de la poesía, por su inverosimilitud (1779; 130). Ahora bien es importante su admisión de la épica en prosa, puesto que también admite los episodios de la épica a la manera de López Pinciano, y con ello tendríamos una formulación teórica más o menos parecida al cuento moderno. También habla de *narración* como intercalación en la epopeya de una exposición de cosas que han pasado o que podrían haber pasado. Saca la *narración* de la oratoria y la introduce en géneros literarios más próximos a la moderna narrativa.

El primer trabajo lexicológico de la Real Academia Española, el *Diccionario de Autoridades,* incluye todos los nombres que hasta el momento hemos encontrado y otros más que pueden servir para la narración breve. Recoge, pues, la falta de criterios fijos sobre la narración breve, que dan lugar en muchos casos a ambigüedades y confusiones o a definiciones incorrectas: el *D.A.* (Diccionario de Autoridades) da «narración» como significado de *relación*, y «relación» como significado de *narración.* De los nombres hasta ahora apuntados por los retóricos hay las siguientes definiciones.

Narración.- Relación puntual de alguna cosa.

Episodio.- Lo mismo que Digressión; vicio de la elocuencia que alguna vez puede ser artificio o necesidad y se comete cuando el Orador o Historiador sale o se aparta de su principal asunto.

Apólogo.-Especie de fábula moral en que se introducen de ordinario a hablar los brutos, plantas y otras cosas inanimadas, con animo de divertir y enseñar a un mismo tiempo.

Fábula.- Ficción artificiosa con que se pretende encubrir o disimular alguna verdad. / Cuento o narración de cosa que no es verdad ni tiene sombra de ella, inventada para deleitar, ya sea con enseñanza o sin ella, las primeras se llaman apólogas *y las segundas* milesias.

Parábola.- Narración de algún suceso que se conoce o se finge del cual se intenta sacar alguna moralidad o instrucción alegórica por comparación o semejanza.

Pero además de estos nombres el diccionario incluye otros que pueden ser utilizados también para referirse a la narración breve.

Conseja.- Cuento, patraña, fábula que se inventa o refiere para sacar de ella alguna moralidad o para diversión y pasatiempo.

Cuento.- Relación de alguna cosa, ordinariamente llaman así a las consejas que se cuentan para divertir a los muchachos.

Fabulación.- Narración o cuento, mentiroso o fingido.

Historia.- Fábula o enredo.

Novela.- Historia fingida y texida de los casos que comunemente suceden o son verosímiles.

Relación.- Narración o informe que se hace de alguna cosa que sucedió.

La doctrina del *D.A.* es como vemos confusa y contradictoria. No acepta *episodio* como un genero narrativo ni protonarrativo. Las sucesivas definiciones hacen moverse en círculos al consultante. *Parábola, relación, fábula* y *fabulación* llevan a *narración* pero *narración* vuelve a *relación* y allí se cierra el camino. Por su parte *fábula* va a *cuento*, éste a *conseja* y *conseja* es definida como *cuento o fábula.* La definición de *apólogo* no coincide con la de las *fábulas apólogas.* Hay géneros que son definidos como referentes a cosas que sucedieron (*relación)* y otros que «no son verdad ni sombra de ella» (*fábula*), aunque tanto *fábula* como *relación* son definidas como *narración.* En resumen una confusión generalizada que va a ser la constante sobre el género de la narración breve en la primera mitad del XIX.

En cuanto a otras voces que van a ser utilizadas para nombrar a la narración breve, o bien no aparecen en el diccionario (*anécdota, crónica, historieta, relato*) o bien aparecen con otros significados (*balada, ficción, leyenda, romance* y *tradición).*

La Poética de Luzán (1737) menciona dos de los conceptos que estamos manejando: *episodio* y *narración.* No admite, al contrario que Cascales, la posibilidad de una epopeya en prosa: «según mi opinión y la común de los autores más clásicos, tampoco será epopeya ninguna obra escrita en prosa, por faltarle el esencial requisito del verso; dígolo porque me acuerdo haber visto un librillo intitulado *Historia Trágica del Español Gerardo*, a quien se le añade el

nombre de epopeya» (Luzán, 1789; II, 267-268). Luzán comparte con López Pinciano y con el propio Cascales el concepto de *episodio*. Distinta es la idea que tiene de *narración*: «Narración es la parte principal de la Epopeya...siendo las otras partes como preludios de ella. Allí se ve toda la acción entera, con un principio, medio y fin, con sus episodios y circunstancias, enredos y soluciones...» (1789; II, 334-335) Es decir que su concepto de *narración* esta muy cerca del de *fábula* de López Pinciano.

La *Rethórica* de Mayans aborda el tema de las obras narrativas de forma muy diferente. Para él todos los escritos en prosa que cuentan alguna historia, sea esta verdadera o falsa son *narración*: «Narración es relación información o exposición de lo que sucedió, o se finge que sucedió» (Mayans, 1757; I, 288). *Narración* es, por tanto, historia y novela. No encuentra diferencias entre ellas más allá de ser cierto o falso el asunto del cual se habla. La narración exige un desarrollo, una sucesión de acontecimientos, porque si el desarrollo falla, no hay narración, hay sentencia (Mayans pone como ejemplo de sentencia: «El diablo engañó a Eva»). Cuando se hace narración de acontecimientos que no han sucedido se trata de *narración fingida*. Dentro de la narración fingida Mayans diferencia dos clases: el *apólogo* y la *historia fingida*. *Apólogo* es una «ficción alegórica de cosas absolutamente imposibles, tratadas como si fuesen verdaderas para instruir el ánimo» (1757; I, 312). La *historia fingida* puede tratar de cosas posibles o imposibles y se caracteriza porque se representa en una fingida ordenación de tiempo. Como ejemplos de historia fingida valen tanto los cuentos de *El Conde Lucanor* (1757; I, 346), como el *Persiles* o el *Quijote* (1757; I, 384). No hay conciencia de diferencia de género entre narración breve y narración larga: «Yo soy de sentir que entre cuento y novela, no hay más diferencia, si es que hay alguna, que lo dudo, que ser aquél más breve» (Mayans; 1972; 25). Son palabras de Mayan en otra obra suya: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra.*

Esta misma falta de conciencia de género podemos apreciar en la obra póstuma del colaborador de Feijoo, Fray Martín Sarmiento. El tomo primero (y único publicado por entonces) de sus *Memorias para la Historia de la Poesía y Poetas Españoles* (1775) define a los cuentos de *El Conde Lucanor* como 49 *Historietas* o *novelas*.

Dos años después, en 1777, Antonio de Capmany hablaba en su *Filosofía de la Elocuencia* de *apólogo* y de *parábola*. Se tratan ambos de narraciones breves con fines moralizantes: «Es el apólogo una ficción que atribuye lengua racional a entes incapaces de razón» (Capmany y Montalau, 1826; 520). «Las narraciones de algún suceso que se finge para sacar de él alguna moralidad o instrucción por comparación o semejanza son parábolas, distintas de las fábulas morales o apólogos porque en ellos los interlocutores que se introducen siempre son racionales [...] se disfrazan con cierto velo enigmático que el buen escritor podrá hacer más o menos transparente [...] A este género de figuras pertenecen las composiciones, que con el título de cuentos, fábulas y sueños han llenado tantos libros desde la antigüedad hasta nuestros días» (1826; 522-523). Con anterioridad a Capmany sólo Céspedes, Jiménez Patón y Rodríguez Lobo habían usado la palabra *cuento*, y los dos últimos indicando su carácter no literario y preferentemente oral. Por primera vez aparece aquí el reconocimiento teórico de la existencia del cuento escrito, aunque todavía centrado en el apartado moralizante. Pero en 1786 el mismo Capmany encuentra que «el autor [de *El Conde Lucanor*], debajo de una graciosa fábula moral, enseña a los hombres.» (Capmany y Montalau, 1786; I, 34) Aunque de acuerdo con su definición el libro de Don Juan Manuel contiene parábolas y apólogos, no fábulas. No hay conceptos claros y fijos del género.

Ahora bien, de las indicaciones de Capmany se pueden extraer dos conclusiones: ha hecho falta llegar a 1777 para que algún preceptista reconozca la existencia de las colecciones de relatos breves, que, sea cual sea el título que lleven, han ido apareciendo desde el *Calila y Dimna*; y todavía, a finales del XVIII, el cuento se mueve, casi exclusivamente, en el ámbito pedagógico y moralizador.

De 1786 a 1788 aparecen los tres primeros tomos del *Diccionario Castellano* del Padre Terreros, una de las obras de autor individual más ingentes de la literatura española. En él en-

contramos diversas voces para referirse al relato breve: *apólogo, conseja, cuento, cuento de viejas, fábula, historia, historieta, narrativa, narración, novela, parábola,* y *relación.* La doctrina literaria que sigue el Padre Terreros es fundamentalmente la de Mayans a quien cita varias veces como fuente. Afirma explícitamente que es inútil intentar diferenciar distintos géneros dentro de la narrativa: «Algunos han distinguido la fábula del cuento y de la novela; pero en realidad, lo mismo es uno que otra, ya más larga, ya más breve» (Terreros, 1786; II, 140). Lo más curioso de su doctrina es, sin duda, la siguiente definición de *novela:*

> Fábula, cuento, historieta. Si la novela propone una idea muy perfecta se llama Epopeya, tales son *La Ilíada* y *La Odisea* de Homero. Si propone una idea de la vida civil con artificiosos enredos es *comedia.* Si la vida que representa es pastoril se llama *Égloga*, tal es la *Galatea* de Cervantes, si en la novela se reprenden acremente las costumbres será *sátira*, si las costumbres se representa ridículas será *entremés*, si representan los vicios amables declinan en *milesias*; la *novela psaltica* es un *cantar* o *romance.* (1786; II, 675-676).

Aquí *novela* parece englobar a todo tipo de creación literaria, incluyendo formas teatrales (comedia y entremés) y poéticas (sátira y romance). Es importante observar que se dan como sinónimos fábula, cuento e historieta. Por otra parte Terreros va a seguir un camino inverso al que siguieron la mayoría de los preceptistas para estudiar la novela: su inclusión en la épica. Más detalladamente las definiciones que nos ofrece Terreros son las siguientes:

Apólogo.- Fábula moral o instrucción que se saca de alguna fábula inventada para este efecto.

Conseja.- Cuento, fábula.

Cuento.- Lo mismo que fábula, novela, narrativa de alguna cosa falsa, agradable y divertida. / Se dice también algunas veces por narrativa inútil y discurso despreciable. / Se toma también por historia.

Episodio.- Digresión, historia o acción que por incidente introduce un Poeta, Orador o Historiador ligándolo con lo principal.

Fábula.- Cuento, novela o narrativa falsa, embuste.

Historia.- También se toma por algunas narrativas particulares y aún falsas.

Historieta.- Llaman comunemente a una historia pequeña, en que hay mucho de amoroso o fingido.

Narración.- En la Retórica es exposición de los hechos que han pasado o como si hubieran pasado.

Narrativa.- Sinónimo de narración. / Cuento que se da de alguna historia o caso que ha sucedido.

Parábola.- Instrucción alegórica fundada sobre alguna cosa verdadera o verosímil de la naturaleza, o de la historia para sacar alguna moralidad por medio de la comparación de alguna otra cosa que se quiere hacer entender al pueblo o gente ruda.

Relación.- Narrativa, cuento que se da de alguna cosa.

Relato.- Lo mismo que narrativa o cosa que se relata.

Romance.- Llaman también a historias y libros de caballerías. En Castilla se dice comunemente Libros de caballerías y la voz Romance se queda comunemente para el verso.

La doctrina de Terreros es mucho mas coherente que la de los académicos del *Diccionario de Autoridades*, excepto su curiosa definición de novela. La base es la definición de *narración (narrativa)* que recoge de Mayans y a la que remiten muchas otras definiciones. Evita así los círculos que ya vimos en el *D.A.*

Anécdota, balada, crónica, ficción, leyenda y *tradición* aparecen en el Diccionario de Terreros pero aún no han adquirido su significado referente a la narración.

La noción de cuento en el siglo XIX

Los tratadistas, retóricos y lexicógrafos españoles hasta 1800 han hablado, como hemos visto, de *apólogo, conseja, cuento, episodio, fábula, historia, historia fingida, historieta, narración, narración fingida, narrativa, novela, parábola, relación, relato, romance* y *sueño.* Esta multitud de nom-

bres, que en un momento u otro se refieren al relato breve, no mantienen su significado, sino que cambian de significación según el autor que los utilice. En cuanto al relato breve estamos en un momento de indefinición que se mantendrá en los diccionarios de la época 1800-1850 que siguen la ruta marcada por el *Diccionario de Autoridades*, sin tener en cuenta las propuestas del *Diccionario* del Padre Terreros, y en los tratadistas, que no conseguirán llegar a una propuesta común.

Ángeles Ezama Gil (1995), en un muy documentado artículo, ha revisado la noción de relato breve en las preceptivas literarias del Siglo XIX. Según Ezama los preceptistas españoles siguen el modelo de Hugo Blair, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783) traducido por José Luis Munárriz con el título *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras* (1798-1801), y, en menor medida el de Charles Batteux, *Cours de belles lettres ou principes de littérature* (1763), cuya traducción es realizada por Agustín García de Arrieta, *Principios filosóficos de la literatura o curso razonado de bellas artes y buenas letras* (1797-1805).

Las conclusiones del estudio de Lezama son que durante el Siglo XIX no hay una conciencia teórica de la existencia de un género específico de narración breve. Se engloba a toda la literatura narrativa en prosa en un sólo género y, con mucha frecuencia, se considera al cuento como una forma más primitiva, más propia de sociedades cercanas «a la barbarie». Por lo tanto menos literaria: sigue utilizándose la voz *cuento* con tono peyorativo. En muchos tratadistas se sigue encontrando la concepción del cuento como una forma de transmisión oral, así como su intención didáctica y moralizante.

Hay que anotar el intento que a principios del Siglo XIX realizan Juan Andrés y Francisco Sánchez Barbero para introducir el termino *romance* para referirse a la narración larga en prosa y reservar *novela* para la breve. El abate Andrés (1784-1799) explica que las novelas son «pequeños romances» en las que se expone un solo hecho y que guardan una relación con los romances largos (que se corresponden a nuestras actuales novelas) como el que existe entre una drama en un acto y una comedia completa. Sánchez Barbero, pocos años más tarde, en sus *Principios de Retórica y Poética*, divide el libro en dos partes; en la de retórica, además de los conceptos tradicionales de la retórica se dedican los últimos capítulos a la Historia, a la Filosofía y a las Cartas. El Capitulo XVI habla «de los Romances y Novelas»

> La historia pinta los caracteres por los hechos verdaderos: en los romances se inventan los hechos por los caracteres que se suponen; en aquella reina la verdad, en estos lo verosímil. La primera instruye, forma el corazón, pule las costumbres, rectifica la sensibilidad y deleita por la variedad de sucesos acaecidos. Los romances consiguen estos fines, valiéndose de la ficción y por ella hacen amable la virtud, aborrecible el vicio y manifiestan los desvaríos a los que nos arrastran nuestras pasiones. Son en suma el cuadro de la vida humana. *Los cuentos y novelas se diferencian de los romances únicamente por su mera extensión.* (La cursiva es mía) (Sánchez, 1805; 135).

El origen de este género narrativo es muy antiguo, en opinión del autor de *El Conciso*: cuentos indios, persas y árabes, griegos (jonios y milesios) etc...Ya hemos visto, como más adelante, Narciso Campillo recoge esta teoría de los orígenes de la novela y de forma implícita también Marcelino Menéndez y Pelayo, que comienza los *Orígenes de la novela* hablando del *Calila y Dimna*, del *Sendebar*, del *Barlaam y Josafat*.

En el apartado de Poética, Sánchez sigue consignando los apólogos como «una alegoría cuyos personajes son, por lo común, animales» (1805; 189), las parábolas, cuando no son animales, y los episodios de la épica que son «acciones subordinadas a la principal» (1805; 207); deben ser cortos y tratar temas diferentes de los del asunto principal. La novedad de su preceptiva, como se ve estriba exclusivamente el nombre de *romances*, aunque hay que recordar que en 1793 Pedro Montengón subtituló su novela *el Rodrigo* como *Romance épico*. Russel

P. Sebold, que ha defendido el carácter romántico de esta novela de Montengón, anota en relación con este subtítulo que en 1834, en su discurso de entrada en la Real Academia Española, el Duque de Rivas habla de los «admirables romances de Walter Scott» (1992; 105).

De 1820 es el *Discurso sobre la literatura española* del Abate Marchena. Marchena contempla a toda la narrativa como un solo genero: «Al lado de las historias se colocan las novelas que son cuentos de sucesos fingidos, [...] los cuales por lo mismo de no ser verdaderos han de ser verosímiles» (Marchena, 1896; II, 327). Neoclásico de corazón, como dice Menéndez Pelayo, no puede por menos de lamentarse de que no haya guías antiguos que den «juiciosas y acertadas reglas» (1896; II, 329). Como ejemplos de novelas habla de *Rinconete y Cortadillo*, de *El Coloquio de los Perros*, de *Guzmán de Alfarache*, o de *El Diablo Cojuelo*.

En 1845 Alcalá Galiano utiliza indistintamente las palabras novela y cuento hablando de la literatura del Siglo XVIII. Refiriéndose a Voltaire, Alcalá Galiano decía lo siguiente: «Al tiempo que escribía su historia se entretenía en componer novelas y cuentos. [...] No eran sus cuentos lo que algunas novelas modernas en que se ven tratadas todos los asuntos que más ocupan a la sociedad.» (Alcalá Galiano, 1845; 8). O hablando de los orígenes de la novela: «La novela [..] en el Siglo XIV dio fuentes muy notables en el famoso *Decamerón* de Bocaccio, aunque bien mirado no pasa esta obra de ser una colección de cuentecillos picarescos.» (1845; 16).

La cuarta edición del *D.R.A.E.* (*Diccionario de la Real Academia Española*), primera publicada en el siglo XIX (1803) ofrece una doctrina sobre la narración breve que no aporta significativas diferencias sobre la existente en el *D.A.* (*Diccionario de Autoridades*). Las voces *cuento, fantasía, novela, parábola* y *relación* aparecen con la misma definición que en 1726. Otras ofrecen muy pocas variaciones.

Apólogo.- Especie de fábula moral en que se introducen de ordinario a hablar los brutos, plantas y otras cosas inanimadas, con animo de divertir y enseñar a un mismo tiempo. (D.A.)/ - Especie de poema en el cual debajo de una narración fabulosa se enseña una pura verdad. (D.R.A.E.)

Conseja.- Cuento, patraña, fábula que se inventa o refiere para sacar de ella alguna moralidad o para diversión y pasatiempo. (D.A.)/ En el D.R.A.E. la definición es idéntica con la única diferencia de que desaparece «patraña»

Fábula.- Cuento o narración de cosa que no es verdad ni tiene sombra de ella, inventada para deleitar, ya sea con enseñanza o sin ella, las primeras se llaman apólogas y las segundas milesias. (D.A.)- Narración inventada para deleytar con enseñanza o sin ella, las que enseñan se llaman apólogas *y las que no* milesias. *(D.R.A.E.)*

Historia.- Fábula o enredo. (D.A.)/ Fábula, cuento o narración inventada. (D.R.A.E.)

Narración.- Relación puntual de alguna cosa. (D.A.)/ Relación de alguna cosa. (D.R.A.E.)

Son leves cambios de estilo que no solucionan el gran inconveniente que ya vimos en el *D.A.* y que se mantienen en el *D.R.A.E.* de 1803: los círculos cerrados a los que nos llevan las sucesivas definiciones. Los vicios que ya anotamos en el *D.A.* siguen plenamente vigentes en 1803: la confusión es la norma. La razón fundamental es la inexistencia de una definición que sirva de base al resto, mientras que en el *Diccionario* del Padre Terreros esa función la cumplía la palabra *narración* que rompía el círculo de sinónimos.

Los principales cambios que podemos apreciar son la aparición de una nueva significación de *episodio*, así como la presencia de la voz *historieta* inexistente en el *D.A. Episodio* aparece ya en el sentido que le habían dado los preceptistas retóricos: «Acción secundaria y como extraña respecto de la principal de un poema, pero con dependencia conexión y enlace con ella, para hacer mas vario, adornado y divertido el tono de la fábula o el asunto». *Historieta*, por su parte es «cuento o fábula, mezcladas de alguna aventura o cosas de poca importancia».

Las posteriores ediciones que el *D.R.A.E.* publica a lo largo del siglo (1817, 1832, 1843, 1852, 1869, 1884, 1899) no van a modificar estas definiciones.

La línea del *D.R.A.E.* es la que se va a imponer. Un ejemplo es el *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* de Vicente Salvá (1846). Salva no cambia las definiciones de la Academia. Pero hace una nueva aportación, buena muestra del impacto de la actividad de los narradores románticos. Se trata de la voz *leyenda*, hasta entonces definida como «lo que se lee» y a la que Salvá añade una definición entre corchetes (símbolo que indica las definiciones que ha añadido al diccionario el propio Salvá): «Ahora se da este nombre a la novela o cuento en prosa o verso que refiere sucesos históricos o fabulosos de la Edad Media».

En los años 1853 y 1855 se publicó un diccionario en dos tomos, por los editores Gaspar y Roig, con el título de *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española*. Aunque ya cae fuera de la época que nos proponemos estudiar, por muy pocos años, resulta interesante para nuestra estudio ya que entre sus redactores figura Ventura Ruiz Aguilera, y entre sus «revisores» José Amador de los Ríos. Es decir: se trata de un diccionario de plena respetabilidad científica y académica, al menos en el campo de la literatura. Pues bien: la confusión persiste. Las definiciones de las voces que venimos analizando son las mismas que las del *D.R.A.E.* de 1803 con el añadido de la definición de *leyenda* de Salvá.

Conclusión: ausencia de «conciencia de género»

Se encuentran, por lo tanto, los autores que escriben cuentos de 1800 a 1850, sin una base teórica para comenzar su actividad literaria. El concepto de narrativa acaba de asomarse a las teorías literarias de la época pero la diferenciación de género entre novela y cuento no está ni insinuado. No hay «conciencia de género», es decir, los autores no son conscientes de estar cultivando un genero con unas características específicas. Esto hace que haya narraciones breves de muchas formas y facturas, a veces más aproximadas a la novela corta, a lo que ahora consideramos novela corta, y otras a la «short story» tal como Eichenbaum la definía en 1925:

> El cuento se construye sobre la base de una contradicción, de una falta de coincidencia, de un error, de un contraste, etc. Pero esto no es suficiente: en el cuento como en la anécdota todo tiende a la conclusión. El cuento debe lanzarse con impetuosidad, como un proyectil lanzados desde un avión para golpear con su punta y con todas las fuerzas el objetivo propuesto. (Eichenbaum, 1980; 151)

Y otras veces encontraremos cuentos folclóricos, poemas en prosa, fragmentos que no llegan a constituir un relato, etc.

Los nombres recuperados por los románticos como *conseja o relación*, o introducidos como *leyenda, balada* o *tradición*, no responden a una tipología clara sino al gusto del sabor antiguo y medieval de esos términos. En una sola revista, el *Semanario Pintoresco Español* encontramos, de 1832 a 1857, narraciones breves con los siguientes títulos: veinticinco *cuentos*, seis *cuentos populares*, tres *cuentos de vieja*, un *cuento histórico*, diecisiete *novelas*, dos *novelas históricas*, una *novela de costumbres*, una *novela ejemplar*, una *novela en miniatura,* dieciocho *leyendas*, ocho *baladas*, una *balada en prosa,* nueve *episodios*, ocho *historias*, siete *tradiciones*, cuatro *anécdotas históricas*, tres *crónicas*, dos *recuerdos históricos*, dos *fantasías*, una *parábola*, una *fábula*, una *conseja*, una *aventura*, un *rasgo histórico* y una *costumbre caballeresca.* Y en otras fuentes podemos encontrar *relatos* («1534. Relato» de Jacinto de Salas y Quiroga. en *No Me Olvides,* 1837), o *apólogos* («Las Viruelas. Apólogo.» en *Variedades de Ciencia, Literatura y Artes,* 1804).

Una profusión y confusión terminológica que viene de una indefinición teórica. Lo cual plantea al investigador un problema urgente de resolver: ¿Qué es lo que va a estudiar? ¿Cuáles son las obras narrativas que se deben considerar como *cuentos*?

El caso especial del cuento.

La situación especial que ocupa el cuento dentro de los géneros literarios es patente. El estudioso de un drama, de un auto sacramental, de una égloga o de una novela no se ve tan obligado, al iniciar su estudio, a definir el género que va a tratar, ni a diferenciarlo de otros más o menos próximos o fronterizos. En la mayoría de los casos la definición de los géneros es un conocimiento no expresado que implícitamente es aceptado entre autor y lector como un conocimiento común. El cuento, en cambio, no tiene una definición, o, quizás peor, tiene excesivas definiciones. Las caracterizaciones de los géneros de la narración en prosa, son discutibles, discutidas y en muchos casos contradictorias. Las diferencias entre *cuento* y *novela* siguen siendo muy vagas y debatidas. Valga como ejemplo la polémica suscitada por Gabriel García Márquez cuando publicó *Crónica de una muerte anunciada*, que debido a sus escasas dimensiones fue calificada por un crítico como «el último cuento de García Márquez [...] una narración corta prolongada mediante artificios megalográficos» (Girgado, 1993; 169-170)

Nuestra máxima autoridad filológica no parece tener muy clara tampoco esta idea: al menos eso parece desprenderse de la lectura de la vigésimoprimera edición del *Diccionario* de la Real Academia Española. Tomándolo como guía, y sin forzar en absoluto sus acepciones, podríamos redactar tranquilamente un texto como éste:

> La segunda mitad del Siglo XIX fue extraordinariamente rica para la *fantasía* (ficción, cuento, novela) española. «Clarín» escribió probablemente el *cuento* (relación de palabra o por escrito de un suceso falso o de pura invención) más importante de su época: *La Regenta*, pero no se deben olvidar sus *novelas* (obra literaria en que se narra una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores por medio de la descripción o pintura de lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres): *El Cura de Vericueto, !Adiós Cordera¡*, etc. Las *fábulas* (suceso o acción ficticia que se narra o representa para deleitar) de ambiente madrileño de Benito Pérez Galdós constituyen un impresionante fresco de la vida de la capital de España en aquellos años. Las *narraciones* (novela, cuento) de Emilia Pardo Bazán, las *historias* (narración inventada) de José María de Pereda y las *ficciones* (invención fingida) de Juan Valera son también dignas de mencionar.

Si tenemos en cuenta que la Academia sostiene que *novelizar* es «dar a alguna narración forma y condiciones novelescas» y por *novelescas* entiende «propio o característico de las novelas» podemos deducir que no todas las narraciones son novelas y que las novelas tienen algunas características específicas si bien tales características no llegan a ser definidas en ningún momento. Lo que si parece claro es que la Academia no cree en la existencia de un género de *novela corta*, pues esa acepción no aparece en el *Diccionario*, mientras que sí nos encontramos con *novela bizantina, de caballerías, gótica, histórica, morisca, pastoril, picaresca, por entregas, rosa,* y *sentimental.* Siendo la novela corta -si es que tal cosa existe- bastante más antigua que la gótica, su no aparición en el diccionario parece toda una toma de partido.

El cuento en la teoría de los géneros.

La clasificación del cuento en la moderna teoría de los géneros literarios, es heredera de las teorías de Edgar Allan Poe, desarrolladas en su análisis de los cuentos de Hawthorne, y de las ideas de B. Eichambaun (1980; 147-157) que, en buena parte, continúa las ideas de Poe. Estos dos autores consideran que el cuento es un género *finalista*, si se me permite la expresión: busca causar un efecto que debe quedar marcado en el final del cuento. En la construcción del cuento todo debe quedar subordinado a su fin: «en el cuento [...] todo tiende

hacia la conclusión. El cuento debe lanzarse con impetuosidad, como un proyectil de un avión para golpear con su punta y con todas las fuerzas el objetivo propuesto». (Eichanbaum, 1980; 151) Esta caracterización que es válida para algunos cuentos, no lo es para todos y el mismo Eichambaun se ve obligado a decir después de las líneas que citamos, que se refiere al cuento de intriga y no al cuento-descripción o al «relato directo»[1]. De la misma manera, Anderson Imbert, en su *Teoría y técnica del cuento.* se aproxima al cuento por eliminación y así, apartando «las narraciones cortas que no son autónomas o cuyas leyes interiores no son puramente estéticas [...] me quedo con el cuento.» (Anderson Imbert, 1992; 30). Por lo tanto estas caracterizaciones no son válidas para todas las narraciones breves.

La necesidad de remediar esta situación, hace que los críticos recurran a las *formas simples* (siguiendo la nomenclatura de Andre Jolles) o *formas cortas* (según Anderson Imbert): formas elementales de la narración, derivadas de las necesidades exclusivamente orales de comunicación. Las formas escritas que conservamos de ellas, son debidas a un afán conservador o tradicionalista. Pueden desarrollarse, y a veces se desarrollan en tiempos modernos pero como testimonio escrito de una oralidad previa. Son por lo tanto distintas de lo que se ha dado en llamar *cuento literario.*

Anderson Imbert habla de *caso, artículo de costumbres, cuadro caracterológico, noticia, mito, leyenda, ejemplo,* y *anécdota.* (Anderson Imbert; 1992; 31-34). García Berrio y Huerta Calvo de *mito, saga, gesta, leyenda, milagro, fabliau, fábula, ejemplo, facecia* y *cuento folclórico.*(García Berrio y Huerta Calvo; 1992; 173-178). Spang de *caso, chiste, cuento de hadas, dicho, enigma, leyenda, vita, memorabile, mito, parábola* y *saga.* Además coloca la *fábula* como un género narrativo más junto al cuento y la novela (Spang; 1996; 45-56 y 110-130). No vamos aquí a examinar una por una estas formas breves. Baste ver las divergencias que se indican ya en los nombres. La teoría de los géneros no ha resuelto aún el problema de la narración breve (llamésela como se la quiera llamar).

La imposible definición.

Aquí no nos queda más remedio que confiar en la ayuda de la teoría literaria. Pero la teoría literaria, por más vueltas que le da al tema, no puede evitar un adjetivo: *breve.* El cuento es una narración breve; esa es la sustancia de todas las definiciones. Anderson Imbert recopila varias definiciones del cuento como género literario.

> «El cuento se caracteriza por la unidad de impresión que produce en el lector; *puede ser leído de una sola sentada*, cada palabra contribuye al efecto que el narrador previamente se ha propuesto; este efecto debe prepararse ya desde la primera frase y guardarse hasta el final; cuando llega a su punto culminante el cuento debe terminar; sólo deben aparecer personajes que sean esenciales para lograr el efecto deseado.»
>
> «Un cuento capta nuestro interés con una *breve* serie de eventos que tiene un principio, un medio y un fin: los eventos, aunque los reconozcamos como manifestación de una común experiencia de la vida son siempre imaginarios porque es la imaginación lo que nos crea la ilusión de realidad»
>
> «Un cuento es la *breve* y bien construida presentación de un incidente central y fresco en la vida de dos o tres personajes mínimamente perfilados: la acción

[1] Aunque Eichenbaum no llega a explicar que entiende por cuento-descripción o por relato directo. Como de costumbre, cuando se trata del cuento, nos movemos en una indefinición de fondo que los teóricos no llegan a aclarar nunca.

> al llegar a su punto culminante, enriquece nuestro conocimiento de la condición humana.»
>
> «*Breve* composición en prosa en la que un narrador vuelca sucesos imaginarios ocurridos a personajes imaginarios (si son reales, al pasar por la mente del narrador se han desrealizado)»
>
> «El cuento es una ficción en prosa, *breve*, pero con un desarrollo tan formal que, desde el principio, consiste en satisfacer de alguna manera un urgente sentido de la realidad.»
>
> «El cuento vendría a ser una narración *breve* en prosa que, por mucho que se apoye en un suceder real, revela siempre la imaginación de un narrador individual. La acción -cuyos agentes son hombres, animales humanizados o cosas animadas- consta de una serie de acontecimientos entretejidos en una trama donde las tensiones y disensiones, graduadas para mantener en suspenso el ánima del lector, terminan por resolverse en un desenlace estéticamente satisfactorio» (Anderson Imbert, 1992; 39-40) (Las cursivas son mías).

La primera definición es de Poe; la última del propio Anderson Imbert. La brevedad, las pequeñas dimensiones del cuento, son una constante en todas ellas. Parece difícil de aceptar esta característica: tanto vale como decir que la novela, *en canal,* pesa bastante más que el cuento y que, sin más instrumento que la báscula, podríamos diferenciar, de manera clara, cuento y novela. Pero lo cierto es que si desaparece el elemento de la brevedad las definiciones del cuento nos resultan poco satisfactorias. Podemos comprobarlo fijándonos en otras definiciones que Anderson Imbert nos da del cuento en ese mismo trabajo, y en las que no aparece de forma directa la idea de la brevedad. Sin mucho trabajo todas ellas pueden aplicarse sin dificultad al *Quijote.*

«Cuento es una idea presentada de tal manera por la acción e interacción de personajes que producen en el lector una respuesta emocional». La idea de la lucha de Alonso Quijano por conseguir su sueño, las acciones de éste, convertido en Don Quijote, las interacciones de Don Quijote con el resto de los personajes de la obra provocan en el lector una amplia gama de respuestas emocionales: diversión ante los accidentes, admiración por la voluntad que mantiene el caballero, compasión ante sus desdichas...

«Cuento es una narración de acontecimientos (físicos y psíquicos) interrelacionados en un conflicto y su resolución; conflicto y resolución que nos hacen meditar en un implícito mensaje sobre el modo de ser del hombre». En *El Quijote* somos testigos de una serie de acontecimientos físicos (las aventuras de Don Quijote) y psíquicos (sus conversaciones con Sancho) interrelacionados en el conflicto entre los deseos de Don Quijote de ser un caballero andante y la realidad que se opone a este deseo pues no existen tales caballeros. Este conflicto se resuelve en la derrota final de Don Quijote y su muerte que nos hace meditar en el implícito mensaje que la obra contiene sobre el modo de ser del hombre: capaz de hacer cualquier cosa por conseguir su sueño, su esperanza, su ilusión y capaz de morir si se le arrebata esa esperanza, ese sueño, esa ilusión.

«Un cuento, mediante una secuencia de hechos relativos a la actividad de gente ordinaria que realiza cosas extraordinarias o de gente extraordinaria que realiza cosas ordinarias, invoca y mantiene una ilusión de vida». Alonso Quijano es un ser ordinario, que se lanza a realizar una cosa extraordinaria: su conversión en Don Quijote, un caballero andante, lo cual produce en el lector una ilusión de vida de este personaje al ser partícipe de sus alegrías y sufrimientos.

«Un cuento trata de un personaje único, un único acontecimiento, una única emoción o de una serie de emociones provocadas por una situación única». Alonso Quijano es un personaje único que vive una serie de emociones provocadas por una situación única: ser un caballero andante en un mundo donde tales caballeros no existen.

«El punto de partida de un cuento es un personaje interesante, claramente visto por el narrador, más una de estas dos situaciones (o la combinación de ambas): *a)* el personaje quiere algo o a alguien y según parece no lo puede conseguir; *b)* algo o alguien, rechazado por el personaje, según parece va a sobreponerse al personaje». Alonso Qujano, un personaje interesante, claramente visto por el narrador, quiere algo -ser un caballero andante- y según parece no lo puede conseguir, pero eso no le impide intentarlo. Se convierte en Don Quijote y sale en busca de aventuras, pero la realidad, que ha sido rechazada por el personaje, finalmente podrá sobreponerse a él.

Para que estas definiciones que acabamos de mencionar sean válidas (y no para todos los cuentos) es necesario que el lector asuma que el término breve esté sobreentendido.

No quiere decir esto que la primera serie de definiciones nos parezca mucho más válida. Si el cuento no «capta nuestro interés» (definición número dos), ¿deja de ser cuento? ¿O si (definición número tres) está «mal construido»? ¿O si (definición número seis) el desenlace no es «estéticamente satisfactorio»? Un cuento como *El Aleph* de Jorge Luis Borges no encajaría en la definición número uno ya que su punto culminante (la visión del Aleph) no coincide con su terminación (la pérdida del recuerdo de Beatriz Viterbo). Tampoco en la número dos pues no hay una breve serie de eventos, sino la irrupción de la visión del Aleph en la biografía amorosa del narrador, de la que no sabemos ni el principio ni el fin. Ni en la tres porque no hay incidente central, en una historia que parece comenzar hablando del amor de Borges y Beatriz, se pierde luego en disquisiciones sobre la obra literaria de Carlos Argentino Danieri, hace aparecer el Aleph, y termina sin culminar ninguna de las historias. (Este es el problema de introducir conceptos como «bien construida» en una calificación genérica. El cuento de Borges no sigue desde luego una construcción clásica, pero no parece posible mejorarlo con una diferente ordenación de sus materiales).

Hacia un concepto instrumental del género «cuento».

Creo haber demostrado las dos ideas que presiden esta parte de mi trabajo:

1) Los autores que cultivan la narración breve de 1800 a 1850 no se plantean aún las diferencias estructurales y genéricas entre cuento y novela.

2) No es posible, hoy en día, encontrar una definición de cuento que esté libre de inconvenientes y concite una unanimidad general.

Sin embargo, es necesario definir, concretar, establecer unas bases mínimas que nos permitan decir si una obra es o no es «cuento», o, al menos, si entra dentro de nuestro campo de estudio. Ante la dificultad de enunciar estas bases mínimas de forma positiva, tal vez sea posible hacerlo de forma negativa. Es decir: vamos a plantearnos qué obras escritas y publicadas dentro del período que vamos a estudiar, no son, de ninguna manera, cuento.

Comenzamos por afirmar que vamos a estudiar obras narrativas; una obviedad, es cierto. Mas, en un momento en que van a proliferar los artículos de viajes es conveniente hacerlo. Muchos artículos de viajes tienen un cierto elemento narrativo, necesario para su desarrollo. Pero su intención primordial es descriptiva, no narrativa, por más que incorporen un «esqueleto» de argumento. Nuestro atención se dirige por tanto a relatos, a obras en que predomina la función narrativa.

Relatos en prosa. Esta es una caraterística fundamental. La *leyenda*, entendiendo por tal las narraciones de tema histórico, legendario o fantástico, escritas en verso, conoce en los primeros cincuenta años del siglo XIX su máximo florecimiento. El nombre de leyenda, sin embargo, no era el que se daba a todas esas composiciones y ya es sabido que Espronceda llamo «cuento» a *El Estudiante de Salamanca.* Pero esta situación se debe a la confusión terminológica que ya hemos analizado. Mas allá de ella, el hecho de narrar una historia en prosa o verso no puede ser indiferente para una clasificación genérica. El verso crea una serie de obligaciones para el autor. La rima, la medida y la ordenación estrófica influyen directamente so-

bre el contenido, su estructuración e incluso sobre la elección de los temas: la leyenda se centra en la historia y en la fantasía, generalmente también histórica; el cuento en prosa aborda una temática mucho mas amplia. En resumen: la forma condiciona el fondo. La narración en verso constituye un genero diferenciado del cuento. Un género, eso sí, netamente romántico, que necesita su propio estudio.

Una narración en prosa, dinámica y no estática. Aquí nos encontramos con el costumbrismo. El artículo de costumbres, como el de viajes, posee generalmente un mínimo bosquejo argumental que permite al autor presentarnos una figura, escena o ambiente determinado. Pero, las más de las veces, ese argumento no *avanza*, no tiene un desarrollo o una finalización. Se trata generalmente de un mero pretexto, para que el autor se acerque a aquello que nos quiere presentar. A partir de allí la descripción domina, el ritmo se demora, el detalle, el rasgo humorístico, la observación irónica, la crítica más o menos directa se imponen. Estos casos resultan evidentes: nos encontramos ante literatura costumbrista y no ante literatura narrativa.

Pero no siempre los casos son tan evidentes. Existen artículos de costumbres donde es necesario desarrollar más el argumento para poder presentar la escena requerida («Un Viaje al Sitio» de Mesonero). Mas allá hay obras catalogadas habitualmente como «artículos de costumbres» que, de ser escritas hoy en día, serían caracterizadas sin duda como «cuento». Solo el hecho de estar firmadas por autores clasificados generalmente dentro del costumbrismo ha hecho que no se las considerase como obras narrativas. Es de «Pulpete y Balbeja» de Estébanez Calderón, donde dos valentones fingen luchar por el amor de una mujer y ésta, viendo su falsedad, desprecia a los dos. O más claro aún de «El Retrato» de Mesonero Romanos, que a pesar de estar incluido en la primera serie de las *Escenas matritenses*, no tiene ningún rasgo de la literatura costumbrista (como no sea la narración en primera persona).

En casos conflictivos como los que hemos indicado, usaremos un criterio amplio: clasificaremos como cuentos aquellas obras en las que lo que se narra, el planteamiento, desarrollo y finalización del relato sea lo esencial, por más que tradicionalmente hayan sido considerados «artículos de costumbres».

Eliminados de nuestro estudio los artículos de viajes, las leyendas y los artículos de costumbres, queda la diferenciación más díficil y ardua: entre cuento y novela. Aquí no podemos por menos de permitirnos un desahogo personal y clamar por la injusticia: al estudioso de los cuentos se le pide lo que no se le pide nunca al crítico de la novela. Ningún estudio sobre la novela comienza estableciendo cuales son las diferencias entre ambos géneros, por qué toma en consideración a *La Regenta* y no a *¡Adiós, Cordera!*. Pero este pequeño desahogo no impide que sea necesario hacer esta diferenciación. Es tentador establecer una afirmación como *«el cuento de 1800 a 1850 es toda narración breve que, hasta el momento, no haya sido estudiada como novela»*. Muy simplificador, es verdad, pero al fin y al cabo la novela de ese mismo período se puede definir perfectamente como *«toda obra narrativa que algún crítico haya considerado como novela»*.

Como hemos visto antes en las diversas definiciones hay muchos elementos que pueden buscarse en el «ser» del cuento: construcción que tiende a potenciar una impresión en el lector, acciones nucleares, atención preferente a un personaje, etc. Pero antes de aplicar cualquiera de ellas hay que recordar un dato si no queremos incurrir en un anacronismo: nuestros conceptos de *novela* y *cuento*, provienen del realismo. Fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando se estableció el «canon» de ambos géneros, si tal cosa existe. Nuestro juicio sobre lo que es novela o lo que es cuento está marcado por una tradición literaria que, en España, arranca de autores como Galdós, Pereda, Clarín y Pardo-Bazán. Las características que normalmente asociamos con el cuento literario, tal como lo desarrollaron los realistas, pueden no aparecer, y muchas veces no aparecen, en los cuentos románticos.

No nos queda más remedio que enfrentarnos al problema desde un ángulo peligroso: la longitud del relato. Peligroso en primer lugar por el problema de establecer las longitu-

des de los relatos que publica la prensa: una página de *El Laberinto* es, aproximadamente, ocho veces más grande que una de *La Abeja* gaditana. Y peligroso porque, sea cual sea la cuantificación elegida, nunca dejarán de encontrarse casos de relatos que se encuentra justamente en esa frontera. Admitiendo todas esas dificultades, creemos que un relato que supere las quince mil palabras[2] ya puede entrar dentro de ese género, inexistente para la Academia, que es la novela corta.

¿Por qué ese número y no otro? La primera razón por pedestre que sea es de índole práctica: es necesario establecer una barrera. La segunda, es que, como ya hemos visto, la extensión del relato es fundamental para su calificación como *cuento*. Si la narración se prolonga el autor se ve obligado a complicar la trama, intercalar episodios, desarrollar escenas diferentes, aumentar los escenarios, profundizar en la personalidad de los personajes, describir las influencias que que el ambiente ejerce sobre éstos. En suma: escribe una novela. Aunque en estos momentos nos encontramos con una especie narrativa en formación, con un *protocuento* y no con el *cuento literario* de la segunda mitad del XIX, vamos a asistir al desarrollo hacia este último género a lo largo de los primeros cincuenta años del siglo. Por eso vamos a reparar ante todo en las características mas *nucleares* de los relatos de estos años. Esta *nuclearización* que vamos a buscar se diluye si la narración se prolonga. Las cincuenta páginas de las que hablábamos antes son, en este sentido, una convención: mas allá de esta longitud, en nuestra opinión, la tendencia del relato a lo *nuclear* desaparece y aparece la novela.

La época.

1800-1850. Breve bosquejo histórico.

El cuento de la primera mitad del siglo es un género extremadamente sensible a las vicisitudes políticas. Es, como veremos, un tipo de escrito muy característico de la prensa de la época y tiene una clara calidad de *refugio*. En los momentos en que la censura vigila muy de cerca al periodista, éste descubre una serie de subgéneros que le permiten continuar su labor con las mínimas interferencias posibles: se trata del artículo de «curiosidades» naturales, científicas o técnicas; del artículo de viajes; de las biografías de personajes del pasado; del artículo de costumbres; de la «leyenda» en verso; y del cuento. Los períodos de máxima libertad política (Cortes de Cádiz y Trienio Constitucional) ofrecen una escasa cosecha de narraciones. En cambio la coincidencia de los gobiernos moderados (con una censura muy activa y atenta) y los avances técnicos de la impresión de los periódicos provocan en los últimos 17 años de la cincuentena una abundantísima producción cuentística. Las alteraciones políticas van a ser, por lo tanto, determinantes en la evolución del género.

Los años 1800-1850 van a ser turbulentos e inestables. A lo largo del medio siglo se suceden cuatro reyes: Carlos IV, Fernando VII, José Bonaparte e Isabel II, que llega a su mayoría de edad con trece años, así como dos regencias: la de María Cristina y la de Espartero. Los textos constitucionales se amontonan: la Constitución de Cádiz de 1812, *reproclamada* en 1820 y 1836; el Estatuto Constitucional de José Bonaparte en 1808; el Estatuto Real de 1834, inspirado por Martínez de la Rosa; la Constitución de 1837 y la de 1845. La guerra es una constante en esos años: *Guerra de las naranjas* contra Portugal en 1801; contra Inglaterra, inspirada por Napoleón en 1805; la *Guerra de la Independencia,* contra Francia de 1808 a 1814; la invasión de los *Cien mil hijos de san Luis*, en 1823; la insurrección de Cataluña en 1828; la primera guerra carlista desde 1833 hasta 1840; las guerras en Marruecos desde 1843 y la segunda guerra carlista en 1848. La inestabilidad gubernamental es una situación cotidiana: en los diecisie-

2 Quince mil palabras se corresponden, aproximadamente, con cincuenta páginas en formato Din A 4, en letra tipo 12 y a doble espacio.

te años que van desde la muerte de Fernando VII hasta el fin de la cincuentena se suceden 26 ministerios.

Últimos años del reinado de Carlos IV. 1800-1808.

En 1800 el gobierno de España estaba en manos de «un rey beato y bobo y una reina intrigante y viciosa» (Gil Novales, 1987, 249) . España había contemplado atónita, pocos años antes, la vertiginosa ascensión de Manuel Godoy, un joven extremeño que en enero de 1791, con 23 años, era brigadier, dieciocho días después mariscal, en julio del mismo año teniente general y en noviembre de 1792 primer ministro. Desde este puesto avanzó de fracaso en fracaso hasta el más profundo de los desastres. Su estúpida dirección de la guerra contra Francia 1793-1795 y la capitulación consiguiente le hicieron recibir el título de «Príncipe de la Paz». En 1798 fue apartado temporalmente del cargo, aunque seguía ejerciendo una fuerte influencia desde la sombra. En 1800 vuelve al poder, tras la destitución de Urquijo, impuesta por Bonaparte, primer cónsul en esos momentos.

Desde esa fecha la política exterior española va a ser la dispuesta desde París. Francia ordena que se lleve a cabo la *Guerra de las naranjas* (1801) contra Portugal, en la que Godoy se convirtió en el primer *generalísimo* de la historia de España. En 1803 se firma un tratado en París de alianza con Francia y en 1804, Carlos IV, siguiendo instrucciones de Napoleón declara la guerra a Inglaterra. Una guerra que para España significa ante todo el «desastre de Trafalgar» (20 de octubre de 1805). Godoy accede a todas las peticiones de Napoleón a cambio de una corona para sí mismo: el *principado de los Algarves*, formado por el Algarve y el Alentejo. Así consta en el tratado de Fontaineblau (1807). Simultáneamente a esta firma se descubre un complot auspiciado por el príncipe heredero para deponer a Godoy. La presencia de las tropas francesas en España (habían entrado para conquistar Portugal) y los rumores de la partida del príncipe heredero hacen estallar el motín de Aranjuez (17 de marzo de 1808). Dos días después Carlos IV abdica en su hijo Fernando VII. Toda la familia real española se apresura después a reunirse con Napoleón y a aceptar todas las medidas que el emperador dispone. Comienza el reinado de José Bonaparte.

En Literatura, las figuras predominantes de estos años son los autores «neoclásicos» José Cadalso ha muerto en 1782 a los 41 años. Cándido María Trigueros en 1801. Meléndez Valdés, Jovellanos, Quintana y Leandro Fernández de Moratín son las figuras dominantes de esos años, pero los dos primeros están en el exilio.

Leandro Fernández de Moratín estrena por entonces sus obras principales: *El Barón* (1803), *La Mojigata* (1804), y *El Sí de las Niñas* (1806, aunque editada en 1805). También Quintana cultiva el teatro con *El Duque de Viseo* (1801) y *Pelayo* (1805). María Rosa Gálvez desarrolla en estos años casi toda su producción dramática.

La prosa narrativa no ofrece ninguna figura de relieve. Son los años de Vicente Martínez Colomer (*Novelas Morales*, 1804), Gaspar Zavala y Zamora (*La Eumenia*, 1805), Antonio Valladares y Sotomayor (*La Leandra*, 1797-1807), José Mor de Fuentes (*La Serafina*, 1807 la versión definitiva), y Luis Gutiérrez (*Cornelia Bororquia*, 1801). Pero la obra en prosa mas significatica del período no es narrativa: *Descripción del Castillo de Bellver* (1807) de Gaspar Melchor de Jovellanos, que permanece en el exilio durante casi todo el ministerio de Godoy.

Guerra de la independencia. 1808-1814.

Comienza con la revolución popular del Dos de mayo de 1808, que supone, si no el inicio, si la advertencia de lo que sería la Guerra de la Independencia. En junio de 1808 se produce la batalla de Bailén: «Fue la primera batalla perdida por el ejército imperial [...] y la primera también ganada por el ejército español -la primera y la última-. En adelante la guerra la ganarán los ingleses y los guerrilleros.» (Gil Novales; 1987; 272). La suerte de la guerra in-

mediatamente posterior a Bailén fue de nuevo favorable a las tropas francesas. Napoleón viene a España y en diciembre de ese mismo año de 1808 entra en Madrid. Al año siguiente entra Wellington en España. Napoleón marcha a Austria y José Bonaparte hace esfuerzos para imponer su autoridad. Sus intentos de tomar Cádiz, donde están reuniéndose las cortes españolas son infructuosos. Finalmente la guerra termina en 1814.

Durante la guerra de la independencia, convivieron dos gobiernos en España: el gobierno de José Bonaparte, y las diferentes «juntas», que más tarde confluirían en la junta central. El gobierno bonapartista acomete con rapidez la redacción de un Estatuto constitucional que es promulgado el 6 de julio de 1808. Las juntas de gobierno que se habían constituido en diferentes provincias crean la *Junta Suprema Central Gubernativa del Reino* el 25 de Septiembre de 1808. En 1810 la Junta se autodisuelve para formar un *Consejo de Regencia* con el encargo de reunir cortes. Las Cortes comenzaron su trabajo en septiembre de ese año, reuniéndose en la isla de León, primero y en Cádiz después, llegando a asumir el poder ejecutivo. El fruto principal de su trabajo fue la constitución de 1812.

Durante la guerra la actividad literaria queda reducida al límite. Los llamados afrancesados continuan su carrera literaria como Meléndez Valdés y Fernández de Moratín. En el bando de los antibonapartistas comienza su carrera Martínez de la Rosa (*La viuda de Padilla,* 1812) el Duque de Rivas (*Poesias*, 1814) y Antonio Alcalá Galiano. Es notable la efervescencia de la prensa en el Cádiz de las cortes. Uno de los periódicos mas incisivos fue *La Abeja* (1812-1813), en su mayor parte obra de Bartolomé José Gallardo. Diarios gaditanos fueron también el *Redactor General de Cádiz* (1811-1814) y el *Conciso* (1810-1814).

Reinado de Fernando VII. 1814-1833.

Fernando VII vuelve a España como rey en 1814 y su primera decisión importante es la de derogar la constitución de 1812. Se inicia así su primer período absolutista que durará hasta 1820. La derogación fue acompañada de la detención y encarcelamiento de los principales personajes de las Cortes. La pena en muchos casos fue el destierro, y sólo gracias a la influencia de Wellington, pues había sido intención de los absolutistas aplicar la pena de muerte a todos los diputados constitucionales. El primer período absolutista fue una época de conspiraciones constantes.

Son también escasas las producciones literarias en esos años. El Duque de Rivas estrena *Aliator* en 1816 en Sevilla. Pero el acontecimiento literario más importante de la época es la polémica, tantas veces ya mencionada, entre Böhl de Faber, Mora y Alcalá Galiano.

Aparte de las publicaciones de Cádiz (*El Mercurio Gaditano* y el *Diario Mercantil de Cádiz*) la revista más significativa de la época es la *Crónica Científica y Literaria*, editada en Madrid de 1817 a 1820 y dirigida por José Joaquín de Mora.

El 1 de enero de 1820 Rafael del Riego proclama en el pueblo de Las Cabezas de San Juan, la constitución de 1812. Entre los conjurados están Alcalá Galiano y Mendizábal. La Coruña, Zaragoza, Barcelona, Pamplona y Cádiz secundan en pocos días este pronunciamiento. O'Donnel también proclama la constitución en Ocaña, al mando de su ejército, y Fernando VII, acobardado, acepta el 7 de Marzo de 1820, la constitución del 12: *Marchemos francamente, y Yo el primero por la senda constitucional.*

De esta manera comienza el *trienio constitucional* que significa la vuelta al poder de los llamados doceañistas, los diputados de la constitución del 12. Desde un primer momento los gobernantes constitucionales se encontraron con la enemistad del rey y con su oposición. Los distintos gobiernos se sucedieron así como las conspiraciones. Los gobiernos se vieron a menudo enfrentados a la oposición absolutista y la liberal «exaltada». El 7 de julio de 1822 se rebela sin éxito la Guardia Real al mando de Luis Fernández de Córdova. Pero las tropas absolutistas se hacen fuertes en Cataluña y en la Seo de Urgel se constituye la *Regencia suprema de España durante la cautividad de Fernando VII* que el 15 de Agosto de 1822 dirige un manifiesto a

la nación, pidiendo al pueblo que liberara su rey, «cautivo de los liberales». El Congreso de Verona (octubre-diciembre de 1822) decidió, en aplicación de las ideas de la Santa Alianza auxiliar al rey Fernando VII. El 7 de Abril de 1823 el ejército francés al mando del Duque de Angulema -*Los cien mil hijos de San Luis*- entra en España. El 1 de Octubre capitula Cádiz y Fernando VII publica un manifiesto prometiendo un perdón general y un gobierno «templado».

La desaparición de la censura, durante el trienio constitucional, provoca una multiplicación de las obras literarias, pero son escasas las que merecen recordarse. Tal vez la más notable, por razones históricas que no literarias, es *Ramiro, Conde de Lucena* (1823), la primera novela histórica española.

Siguen apareciendo obras de carácter clasicista: la tragedia *Lanuza* del Duque de Rivas (1822) y en el mismo año la primera edición de las *Poesías* de Alberto Lista.

Los títulos de prensa se multiplican. *El Zurriago* (1821-1823) dirigido por Félix Mejía y Benigno Morales (que fue fusilado junto a Torrijos) fue uno de los más famosos entre los «exaltados». *El Universal Observador Español* (1820-1823) representa la tendencia moderada dentro de los liberales. De tendencia afrancesada y literariamente neoclásico es *El Censor* (1820-1822) de Lista, Miñano y Gómez Hermosilla.

La reacción absolutista se inicia sólo tres días después de la promesa de Fernando VII de un gobierno «templado», con un nuevo decreto que aceptaba las decisiones de una *Regencia* cuyo secretario era Tadeo Calomarde, que el 23 de junio de 1823 dictaba un acta de proscripción general que condenaba a muerte a todos los diputados liberales. Fernando VII no sólo no suaviza la proscripción sino que aumenta su severidad, y nombra un gobierno fanático presidido por su confesor Victor Damián Sáez para aplicar estas medidas. Riego es ahorcado en Noviembre, junto con otras personalidades del trienio constitucional. Tan violenta fue la reacción que el Duque de Angulema facilito la fuga de Cádiz de todos los liberales que pudo, y los gobiernos de Inglaterra, Francia y Rusia protestaron oficialmente ante el gobierno español. Chateaubriand llega a amenazar a Fernando VII con retirar el ejército francés. El Rey, una vez más, deja en la estacada a los suyos y cesa a Sáez para nombrar a Casa Irujo, aunque no llega a aplicar una amnistía que había publicado el 1 de Mayo de 1824. Pese al cambio de ministros Calomarde fue el hombre fuerte de este período. El partido de *los apostólicos*, que luego fueron los carlistas, partidarios de un absolutismo extremo, descontentos con el gobierno de Fernando VII, a quien consideraban «blando» con los liberales, promueven dos insurrecciones: la de Bessiéres en 1825, y la de Cataluña en 1828. Fernando VII encomienda la pacificación de Cataluña al siniestro Conde de España que persiguió con igual crueldad a apostólicos y liberales. Muchos prisioneros del Conde llegaron a suicidarse para no sufrir tortura.

En 1829 el rey contrae matrimonio por cuarta vez con María Cristina de Nápoles, recibida con esperanza por los liberales. Pero no se produjeron cambios en el Gobierno. Se cerraron las universidades y fueron famosas las ejecuciones de Mariana Pineda y de Torrijos y sus 52 compañeros, entre ellos Benigno Morales uno de los dos redactores de *El Zurriago*.

El nacimiento de Isabel II en 1830 representa un cambio en la política fernandina. Los absolutistas se convierten en enemigos del rey y de la reina ya que pretenden arrebatar a su hija la corona en beneficio de Don Carlos, y la reina va a apoyarse, lógicamente, cada vez más en los elementos liberales. Esta tendencia se hace evidente en los sucesos de la Granja el 13 y 14 de Septiembre de 1832. Fernando VII está en trance de muerte y Calomarde se alía con los carlistas, para que Don Carlos herede la corona. La recuperación del rey precipita la caída del ministro. Los liberales se agrupan alrededor de la reina y su hija y su primer fruto fue la amnistía de 1832 y la apertura de las universidades, decisiones auspiciadas por María Cristina. El 30 de junio de 1833 las cortes juran como heredera a la futura reina Isabel II. Don Carlos, ya en Portugal, se negó a jurar y se preparó para reclamar la corona a la muerte del Rey.

La «década ominosa» va a ser tan funesta en la producción literaria como en todo el resto de la vida nacional, aunque en cuanto a la literatura existe, como podremos ver, un significativo cambio después del matrimonio de Fernando VII y María Cristina.

No deja de ser sorprendente que la revista *El Europeo,* a primera vista un producto del trienio constitucional, apareciese al principo de la «ominosa década». En efecto el primer número de la revista aparece el 18 de Noviembre de 1823, nueve días después del ahorcamiento de Riego y casi cinco meses después del auto de Calomarde que condenaba a muerte a todos los diputados liberales[3].

Pero la realidad del exilio de muchos escritores españoles hace que gran parte de la obra de estos años se escriba en el exterior. Son los años del exilio británico y francés, de las actividades editoriales de Jose Joaquín de Mora, del contacto con el romanticismo europeo de Alcalá Galiano, Rivas y Martínez de la Rosa.

No obstante la vida literaria en España no está totalmente muerta. En 1828 aparecen dos personajes importantes del Romanticismo español: Jose María Carnerero, dirigiendo su primer periódico *El Correo Literario y Mercantil* y, sobre todo, Mariano José de Larra, con su primera publicación *El Duende Satírico del Día.* «El Café», publicado el 26 de febrero de 1828 ha sido considerado con frecuencia la primera muestra del costumbrismo. Un mes después, el 31 de marzo de 1828 publica su crítica, tantas veces recordada por sus estudiosos, sobre la obra de Victor Ducange *Treinta años o la vida de un jugador.*

También de 1828 es el *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del antiguo teatro español*, de Agustín Durán, citado hasta la extenuación por todos los críticos que han estudiado nuestro Romanticismo. Del mismo año es el primer tomo de su *Romancero.* Un año después (1829) Juan Donoso Cortés responderá al discurso de Durán con otro famoso *Discurso.*

En ese mismo año de 1829 aparece la *Historia de la literatura española* de Fiedrich Bouterwek, traducida al español por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo

En los últimos tres años del reinado de Fernando VII (1830-33) aparecen gran parte de las obras y, por lo tanto de los autores, que se han citado como inicio del romanticismo. Una de las tertulias mas famosas del movimiento, la de *El Parnasillo,* comienza sus actividades en 1830. Mesonero, en unas paginas célebres, describe la tertulia y sius componentes: Carnerero, Bretón, Estébanez Calderón, Gil y Zárate, Ventura de la Vega, Espronceda, Larra, Escosura, el propio Mesonero Romanos...

En 1830 se publica *Los bandos de Castilla* de Ramón López Soler, a partir de la cual va a producirse una serie de novelas históricas escritas por autores españoles, entre ellas *La conquista de Valencia por el Cid* (1831) de Estanislao de Cosca Vayo y *El Conde de Candespina* (1832) de Patricio de la Escosura.

En 1831 la revista *Cartas Españolas,* dirigida por Jose María Carnerero, publica artículos y cuentos de Mesonero Romanos y Estébanez Calderón.

De 1832 data la publicación de *El Pobrecito Hablador* de Mariano José de Larra. En estos tres años van a aparecer algunos de los mas famosos artículos de Larra, -aunque *Fígaro* no puede todavía dedicarse a los artículos políticos que cultivará más tarde-: «¿Quién es el público y dónde se encuentra?», 17 de agosto de 1832; «Carta segunda escrita a Andrés», 6 de Noviembre de 1832; «El casarse pronto y mal», 30 de noviembre de 1832; «El castellano viejo», 9 de diciembre de 1832; «Vuelva usted mañana», 14 de enero de 1833; «En este país» 30 de Abril de 1833

En el año 1831 en el teatro nos encontramos con la primera obra de Larra *No más mostrador,* la primera de Hartzenbusch *Las hijas de Gracián Ramirez,* y el mayor exito de Bretón

3 Esta publicación pudo ser posible porque por aquellos años Barcelona estaba gobernada por el ejército francés.

de los Herreros, activo desde 1824, *Marcela, o ¿cuál de los tres?*. Ya desde 1830 Martínez de la Rosa tiene escrita *La Conjuración de Venecia.*

Mientras todo esto ocurría en la península, las diversas naciones hispanoamericanas caminaban hacia su independencia. En 1814 el Doctor Francia se proclama dictador del Paraguay, en 1816 se constituye la República Argentina y en 1818 se declara independiente Chile. En 1822 se reúne el primer congreso constituyente peruano. Las *Provincias unidas de Centroamérica* declaran su independencia en 1823. Desde ese año hasta 1852 se van disgregando en cinco estados: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En 1824 Bolívar, en la batalla de Ayacucho, destruye el ejército español. Bolivia, Colombia, Venezuela y Ecuador comienzan su historia como naciones independientes. El mismo año de 1824 se proclama la República Federal de Méjico. La primera constitución uruguaya es de 1830, año el que el territorio consigue liberarse de la dominación argentina. Cuando Fernando VII muere, el imperio español ha desaparecido.

Primeros años del reinado de Isabel II. 1833-1850.

En septiembre de 1833 muere el Rey Fernando VII. Isabel II aún no ha cumplido tres años y la reina María Cristina es nombrada regente por el testamento del Rey. El primer ministerio de la regencia es dirigido por Cea Bermúdez que ya ocupaba el cargo desde los últimos años de la vida del rey. El ministerio duró poco. El comienzo de la guerra carlista y las intrigas liberales contra Cea precipitaron su caída en enero de 1834 y el nombramiento del ministerio Martínez de la Rosa, tan denunciado por Larra. De la Rosa, doceañista liberal, se había convertido en moderado e intentó una solución templada que no contentó a nadie: el *Estatuto Real*. Se trataba de una «carta otorgada» que instituía un bicameralismo en la que solo una cámara, el *Estamento de Procuradores*, era por elección, mientras que la otra cámara, el *Estamento de Próceres*, estaba formada por aristócratas y otros próceres por decisión real. Los cargos de esta última cámara eran vitalicios. Para limitar aún más el carácter liberal del *Estatuto*, fue limitada su capacidad de decisión: sólo podían hablar sobre aquellos temas que el Rey expresamente decidiera. La apertura de ambos estamentos se hizo el 24 de julio de 1834, en medio de una devastadora epidemia de cólera-morbo que asolaba Madrid. Anota Mesonero Romanos que en la pequeña calle donde vivía fallecieron veintiuna personas, «cuatro de ellas en mi propia casa» (Mesonero; 1967; 207; nota 1). La epidemia se atribuyó a un envenenamiento de las aguas, y las turbas asesinaron a más de ochenta jesuitas de diferentes conventos de Madrid, a quienes se atribuía el envenenamiento. El principal éxito de Martínez de la Rosa, la firma de la *Cuádruple Alianza* con Inglaterra, Francia y Portugal, que aseguraba la posición de Isabel II frente a los carlistas, no impidió su caída. En junio de 1835 es nombrado el Conde de Toreno cuyo ministerio sólo duraría hasta septiembre del mismo año. Consiguió Toreno el auxilio de tropas portuguesas, inglesas y francesas en la guerra. Pero la enemistad de los liberales, a los que no contentó con la expulsión de los jesuitas (1835) y otras medidas, precipito su caída. Le sucedió Juan Alvarez Mendizábal, que asumió todos los ministerios. En los ocho meses (15 de septiembre de 1835-15 mayo de 1836) de duración del ministerio Mendizábal, atacado con saña por Espronceda y Larra, se suceden los acontecimientos: amnistía, convocatoria a Cortes, la famosa *desamortización*... Para paliar los problemas del ejército, Mendizábal hizo publicar el decreto de *la quinta de los cien mil hombres*. Todos los solteros comprendidos entre dieciocho y cuarenta y cinco años, eran incorporados al ejército a menos que pagasen 4000 reales. El gobierno consiguió 25 millones de pesetas y el ejército aumento en 75000 soldados. El fracaso de la política económica de Mendizábal precipitó su caída. Istúriz, que le sucedió, solo duró tres meses. El propio Mendizábal conspiraba contra el gobierno instigando el motín de la Granja. Los soldados amotinados en La Granja de San Ildefonso, imponen a José María Calatrava como primer ministro y hacen jurar a la regente la constitución de 1812. A partir de entonces se suceden gobiernos moderados y liberales, depuestos

por sucesivos pronunciamientos. Mientras tanto, se había proclamado una nueva constitución la de 1837.

En Madrid liberales y moderados jugaban a las conspiraciones; la guerra carlista se centraba en el norte de España y en el Maestrazgo. El principio de la guerra en el norte fue favorable a los carlistas pero la muerte de Zumalacárregui en 1835 cambió la situación. Fernández de Córdova y Espartero consiguieron una serie de victorias que dejaron en mala situación al ejército carlista. El fracaso de una expedición real mandada por el pretendiente al trono, precipita una crisis en el carlismo que lleva al poder a la facción más reaccionaria. Los fracasos de este facción hacen que Carlos V nombre a Maroto como jefe supremo. Maroto se convierte en el director del carlismo cuando el pretendiente le declara traidor y el ejército se inclina por el general en contra de Don Carlos. Después varias victorias más de Espartero se sella la paz en Vergara (31 de agosto de 1839). Todavía Cabrera siguió batallando diez meses más hasta que se refugió en Francia.

Espartero, el militar más importante del momento gracias a sus victorias contra los carlistas y la regente María Cristina entran en conflicto. Espartero se inclinaba hacia el progresismo y la alianza de Narváez, su gran rival, con los moderados acentúa esta inclinación. La regente se inclinaba hacia los moderados. Las disputas entre los dos culminan con la caída del gobierno moderado de Pérez de Castro (diciembre 1838 - julio 1840) y el nombramiento de Espartero como presidente del Consejo de Ministros. María Cristina, muy impopular desde que se había descubierto su matrimonio secreto con Fernando Muñoz, un guardia de corps, renuncia a la regencia y marcha a París. Espartero es nombrado regente (1841), pero las divisiones entre los liberales debilitan el partido. Espartero nombró cuatro ministerios: González, Rodil, López y Gómez Becerra, combatidos duramente por la oposición. La respuesta de Espartero con frecuentes disoluciones de cortes y la asunción de poderes dictatoriales, precipita una rebelión en la que participan Prim, Serrano y Narváez. Las tropas de Espartero se pasan a los rebeldes. Espartero abandona la regencia y marcha a Londres en 1843.

La falta de acuerdo para el nombramiento de un nuevo regente, hizo que Isabel II fuese declarada mayor de edad a los trece años y 29 días. El primer gobierno de Isabel II, presidido por Salustiano Olózaga apenas duró 19 días y Olózaga acabó desterrado, víctima de las intrigas de los moderados. González Bravo, un periodista liberal pasado al moderantismo, forma gobierno y toma medidas autoritarias contra los liberales, imponiendo, entre otras cosas, una fuerte censura. Pero su pasado le hacía sospechoso para los liberales y a los cinco meses fue sustituido por Narváez.

El gobierno de Narváez duro casi dos años (marzo 1844-febrero 1846), todo un record para la época, y fue una dictadura con apariencia parlamentaria. Las elecciones a cortes de 1845 ofrecieron un resultado sorprendente: todos los diputados, salvo uno, pertenecían al partido moderado. Estas cortes proclaman la Constitución de 1845 que es claramente reaccionaria con respecto a la del 37. El gobierno de Narváez cayo en febrero de 1846, debido a las intrigas en torno al matrimonio de la Reina. El marque de Miraflores formó un gobierno que duró 29 días y de nuevo Narváez formó un gobierno que duró aún menos: 19 días. La Reina Madre que desde París intrigaba para conseguir que la Reina se casara con su primo Francisco de Asís Borbón, consigue el nombramiento de Istúriz. El 10 de octubre de 1846 se celebra el matrimonio de Isabel II.

Los moderados van a estar en el poder hasta 1854, pero sometidos a múltiples divisiones. Istúriz se mantendrá hasta enero de 1847, el duque de Sotomayor de enero a marzo de ese año, Pacheco de marzo a septiembre, y García Goyena, sólo un mes hasta octubre. Finalmente Narváez vuelve al poder y lo mantiene hasta 1851, con la pintoresca interrupción del gobierno del conde de Cleonard que duró 27 horas del día 19 al 20 de octubre de 1849.

Durante todo este período no dejaron de sucederse las guerras. En Marruecos con frecuentes incidentes desde 1843. Y una nueva guerra carlista desde 1846, pocos días después de casarse la reina. El Conde de Montemolín, pretendiente carlista y frustrado aspirante a la

boda con la Reina es aclamado como rey. En 1847 Cabrera vuelve a España. La situación se complica con el levantamiento de partidas republicanas. El General de la Concha vence rápidamente a los carlistas (1848). Cabrera vuelve a Inglaterra y Montemolín es capturado por unos aduaneros franceses.

Sin embargo esta constante conflictividad no impide que sean esta época la de mayor efervescencia creadora romántica.

En el teatro se van a suceder los estrenos de las obras más representativas del drama romántico: *La Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa (1834), *Macías* de Larra (1834), *Don Alvaro o la Fuerza del Sino* del Duque de Rivas (1835), *Alfredo* de Joaquín Francisco Pacheco (1835), *El Trovador* de García Gutiérrez (1836), *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch (1837) y *El Zapatero y el Rey* de Zorrilla (1840).

La poesía va a iniciarse en este decenio con las *Poesías* de Martínez de la Rosa. En 1834 aparece una obra fundamental en el desarrollo del romanticismo español: *El Moro Expósito* del Duque de Rivas con el prólogo, tantas veces citado, de Antonio Alcalá Galiano. Pero como ya hizo notar E. Allison Peers es 1840 el año en que se congregan mayor número de libros de poesía del romanticismo: el «annus mirabilis» en palabras de Peers. En 1840 publican Espronceda (*Poesías líricas*), Nicomedes Pastor Díaz (*Poesías*), Salvador Bermúdez de Castro (*Ensayos poéticos*), García Gutiérrez (*Poesías*), Campoamor (*Ternezas y Flores*), Arolas (*Poesías Caballerescas y Orientales*), Jose Joaquín de Mora (*Leyendas Españolas*), y Miguel de los Santos Álvarez (*María*). En 1841 de nuevo Espronceda (*El Diablo Mundo*), Zorrilla (*Cantos del Trovador*) y el Duque de Rivas (*Romances Históricos*)

En novela nos encontramos en 1834 con Larra (*El Doncel de Don Enrique el Doliente*) y Espronceda (*Sancho Saldaña*), en 1835 con Escosura (*Ni Rey ni Roque*), en 1837 con Martínez de la Rosa (*Doña Isabel de Solís*) y Eugenio de Ochoa (*El Auto de Fe*), y en 1838 con Estébanez Calderón (*Cristianos y Moriscos*).

Larra es, sin disputa, ni entonces ni ahora, el principal periodista de esta época hasta su muerte (1837). *Fígaro* se compromete totalmente en la lucha contra los carlistas, sobre todo en la época del ministerio de Cea Bermúdez (29 de septiembre de 1833 a 15 de Enero de 1834). «Nadie pase sin hablar al portero o los viajeros en Vitoria», (18 de octubre de 1833); «El hombre menguado o el carlista en la proclamación», (24 de octubre de 1833) ; «La planta nueva o el faccioso», (10 de noviembre de 1833). La llegada al poder de Martínez de la Rosa hace que diriga sus dardos contra el gobierno: «Los tres no son más que dos y el que no es nada vale por tres», (18 de febrero de 1834). A partir de aquí el pesimismo de Larra se va acentuando. Sus últimos artículos son celebres por la desesperación que late en ellos: «El día de difuntos de 1836» (2 de noviembre de 1836) y «Horas de invierno» (25 de diciembre de 1836). Pocos años después de su muerte, en 1843, fueron publicadas las primeras *Obras Completas de Fígaro*, con una biografía escrita por Cayetano Cortés.

El costumbrismo está enteramente dominado por Mesonero Romanos que escribe incesantemente. Pero son también los años en que publican Modesto Lafuente, *Fray Gerundio*; Santos López Pelegrín, *Abenámar*; y Antonio María Segovia, *El Estudiante* entre otros.

Las revistas románticas están en su apogeo. Del abundantísimo número de ellas se destacan sobre todas *El Artista* (1835-1836) dirigida por Eugenio de Ochoa y la gran triunfadora de la época, el *Semanario Pintoresco Español*, que nace en 1836 bajo la dirección de Mesonero Romanos y va a llegar hasta 1857, funcionando con diversos directores.

La mayoría de edad de Isabel II se inicia, en literatura, con tres importantes obras del romanticismo. Una novela, *El Señor de Bembibre*, (1844) de Enrique Gil y Carrasco; una obra de teatro estrenada en el mismo año, *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, y una obra colectiva, *Los españoles pintados por sí mismos,* que fue publicada en dos tomos, entre 1843 y 1844.

Poco más hay en este período de obras de primera fila. Zorrilla es sin disputa el gran dominador del momento: gran parte de sus mejores leyendas son de estos años.

Wenceslao Ayguals e Izco publica en 1845-1846 *María, la Hija de un Jornalero*, folletín social de enorme éxito y larga descendencia.

De los autores románticos que ya han publicado con anterioridad poco va a aparecer de importancia en su obra. Espronceda muere en 1842 y Gil y Carrasco en 1846. Rivas edita en 1844 *El Desengaño en un Sueño,* pero no lo llega a estrenar. Ventura de la Vega estrena en 1845 *El Hombre de Mundo,* su obra más famosa y principio de la alta comedia. Gertrudis Gómez de Avellaneda, Francisco Navarro Villoslada y Antonio Flores son figuras que brillan con fuerza hacia la mitad del siglo XIX.

Son los años de mayor aparición de relatos breves. El cuento se convierte en uno de los componentes fundamentales de las revistas de la época y todos los autores, en un momento u otro, van a cultivarlo. Podemos encontrar cuentos de toda la plana mayor del Romanticismo: -, Espronceda -«La Pata de Palo»-, Mesonero Romanos -«Isabel o el Dos de Mayo»-, Zorrilla -«La Mujer Negra»-, Gil y Carrasco -«El Lago de Carucedo»-, Eugenio de Ochoa -«Un Caso Raro»-, Jacinto de Salas y Quiroga -«Un Regalo del Emperador Carlos V»-, Serafín Estébanez Calderón -«El Collar de Perlas»-, Antonio Ros de Olano -«La Noche de Máscaras»-, Miguel de los Santos Álvarez -«Agonías de la Corte»-, Gregorio Romero Larrañaga -«Los Últimos Amores»-, Juan Eugenio Hartzenbusch -«La Reina sin Nombre»-, Manuel Bretón de los Herreros -«Una Nariz»-, Modesto Lafuente, *Fray Gerundio* -«Mis Botas»- Pablo Piferrer -«El Castillo de Monsoliu»-, Antonio Gil y Zárate -«El Paso Honroso»-, Manuel Milá y Fontanals -«Fasque Nefasque»-, José Amador de los Ríos -«El Adúltero»- etc.

El romanticismo: elementos básicos.

No es posible ignorar que el hecho literario fundamental de esos años en España es la aparición del Romanticismo. Es preciso pues reflexionar sobre el Romanticismo, sus características y su particular manifestación en España.

> El romanticismo no cabe en una definición o en una fórmula. Su naturaleza es intrínsecamente contradictoria; aparece constituida por actitudes y movimientos antitéticos y cristaliza difícilmente en un principio o en una solución únicos e incontrovertibles. (Aguiar; 1972; 366-367)

Estas palabras de Aguiar e Silva nos llevan a uno de los problemas más debatidos de la historiografía literaria: la caracterización de un movimiento, que acabó llamándose «romanticismo», que se extendió por toda Europa desde la segunda mitad del siglo XVIII, y que, en muchos aspectos, aún influye poderosamente en la cultura actual.

Gran parte del problema estriba en que el Romanticismo no es exclusivamente un fenómeno literario: es un cambio cultural que afecta a la literatura como afecta a otras áreas del pensamiento y de la sociedad, artísticas y no artísticas. Estos cambios, responden a una diversidad de causas que en su evolución pueden llegar a adoptar formas diferentes y aún contrarias, por más que todas ellas sean representativas del cambio romántico.

Al ser la libertad absoluta del creador y el individualismo extremo dos de las características fundamentales del romanticismo, la diversidad del movimiento es grande. Las caracterizaciónes basadas en rasgos formales, estructuras, temas, formas métricas predilectas, géneros cultivados, etc..., perfectamente válidas para épocas anteriores, se llenan de excepciones, añadidos, variaciones y alteraciones. Las dificultades de la clasificación han ido llevando a la creación de conceptos como *Prerromanticismo, Postromanticismo, Romanticismo dieciochesco*, en un intento de sistematizar y diferenciar períodos con diferentes rasgos, se supone, dominantes.

El intento de resumir las diferentes definiciones del romanticismo europeo llevaría a un estudio prácticamente inacabable. Ya F. Schlegel afirmaba haber «recolectado» más de ciento cincuenta definiciones del término. En 1981 Jean Louis Picoche en su artículo «¿Existe

el Romanticismo español?» afirma que «no quisiera añadir una definición más del romanticismo a las 11.396 definiciones ya catalogadas por la *Princeton Encyclopedia of Poetry and Poetics*» (Picoche, 1989: 278). La tarea de rastrear todas este definiciones excede, sin duda, lo posible para cualquier historiador. Intentaremos, más modestamente, una caracterización del movimiento, en sus rasgos más generales.

Al principio de muchos de los estudios recientes sobre el movimiento aparecen los nombres de Arthur O. Lovejoy, René Wellek y Morse Peckham enzarzados en una discusión sobre la naturaleza del Romanticismo y aún sobre su existencia. La postura de Lovejoy de que no era posible llegar a conclusiones generales sobre el Romanticismo y que por ello es ociosa su caracterización y estudio, es contestada por Wellek que encuentra tres características comunes en todos los romanticismos europeos: la preeminancia de la imaginación, el organicismo como idea del mundo y la utilización del símbolo y el mito. El concepto de Romanticismo sigue siendo válido para Wellek, aunque de forma general y teniendo en cuenta que debe siempre considerarse que dentro del movimiento hay varios «Romanticismos». Morse Peckham centra el Romanticismo europeo en un giro mental que cambia el concepto del mundo del estatismo al dinamismo.

El Romanticismo español.

El debate sobre el Romanticismo se ha reproducido e incluso ampliado al tratar el Romanticismo español. La amplia bibliografía que el tema ha suscitado haría muy prolijo el seguimiento cronológico o sistemático de todas las obras que se han dedicado a este movimiento. Romero Tobar (1994) ha sintetizado los estudios sobre el tema en tres corrientes de opinión principales. Aceptando estas tres corrientes, e introduciendo una más, vamos a intentar resumir las principales líneas de opinión sobre el tema.

El Romanticismo como constante histórica de la literatura española

Es la interpretación más antigua del movimiento, latente ya en la polémica calderoniana. Aunque pueden encontrarse declaraciones en tal sentido en diferentes estudios, la obra que desarrolla esta teoría de forma más completa y sistemática es sin duda la de E. Allison Peers, *Historia del Movimiento Romántico Español* (1973) cuya primera edición en inglés es de 1940. La teoría de Peers ha sido discutida y rechazada con extrema virulencia, ya desde años muy próximos a la primera publicación de su obra. (El artículo de Ángel del Río, «Tendencias actuales en el entendimiento y estudio del Romanticismo español», citado sistemáticamente como refutación de la tesis de Peers aparece en 1948.) No obstante, y pese a lo discutibles que son sus conclusiones su obra es aún imprescindible por el aluvión de datos que contiene y la amplia recopilación de documentos y testimonios, no igualados, hasta el momento, por ninguna otra obra sobre el tema.

La tesis de Peers es sencilla. La literatura española es esencialmente romántica en sus características. Después de un neoclasicismo de inspiración extranjera, ajeno a las «características primordiales» -para usar la expresión de Menéndez Pidal- de la literatura española, los autores románticos vuelven los ojos al barroco y allí encuentran las características básicas de lo que sería la literatura romántica española. Este regreso al siglo de Lope y Calderón es lo que Peers llama el «renacimiento romántico». El anhelo de libertad, de superación de las reglas neoclásicas se concreta en este caso en una vuelta al Siglo de Oro. Paralelamente a este renacimiento se produce lo que Peers llama «rebelión romántica», una búsqueda de la libertad expresiva y literaria que rechaza toda regla, y que no plantea una vuelta al pasado sino una literatura personal. Peers afirma que ambas tendencias conviven y se manifiestan ya en el Siglo XVIII: «Ambos movimientos se desplegaron, aunque algo lentos, durante la segunda mitad del Siglo XVIII, y se hallaban ya bastante avanzados hacia el último año de dicho siglo»

(Peers, 1973; I, 40). Pero ambos movimientos van a fracasar muy poco tiempo después de producirse la «eclosión» del movimiento romántico (1834-1837). Peers apoya su declaración del fracaso romántico en cinco elementos: la desaparición de las tertulias, de las principales revistas románticas (*El Artista*, la más importante de ellas), el ocaso del drama romántico: «después de 1837 advertimos un descenso general así en la popularidad como en la calidad del drama romántico» (Peers; 1973*;* II, 15), multiplicación de las sátiras antirrománticas y, por último, criticas de la época que hablan del fracaso del romanticismo. El fracaso romántico supone la aparición y triunfo de un nuevo movimiento: el eclecticismo.

> En medio de esta confusión surgió, hacia 1837 aproximadamente, un movimiento fuerte, aunque también algo informe, que halló una aceptación más general que la dispensada al romanticismo o al clasicismo, logrando el triunfo auténtico que les había sido negado a aquellas otras dos corrientes. [...] Este nuevo movimiento era un eclecticismo literario que aspiraba a establecer un «justo medio», a tomar de los ideales clásico y romántico lo que consideraba elementos de máximo valor y estabilidad, a suavizar la abierta antítesis entre aquellos ideales y a reconocer solamente la distinción entre arte y falta de arte, entre genio y carencia de genio, entre lo bueno y lo malo. (1973; II, 77-78).

De todas formas Peers admite la pervivencia del movimiento romántico español hasta 1860 al menos. Por lo tanto la periodización literaria que Peers propone podría resumirse así: a) de 1750 a 1808 manifestaciones y testimonios que dan fe de la aparición de tendencias «románticas»[4]; b) de 1808 a 1833, un estado «latente» del romanticismo que no llega a desarrollarse por situaciones políticas (guerra de la independencia, reinado de Fernando VII), aunque en este período se encuentran acontecimientos importantes como la polémica calderoniana, la publicación de *El Europeo*, las tertulias de Olózaga y *El Parnasillo*, etc... ; c) el breve «triunfo» romántico (1834-1837); d) el fracaso romántico y la aparición y triunfo del eclecticismo (1837-1860), aunque con el mantenimiento del movimiento romántico, si bien en decadencia, durante esos años; y e) mantenimiento de las características románticas de la literatura española hasta el siglo XX.

La descripción del romanticismo español que hace Peers, comprende también la presencia en él de dos tipos de características: primarias y secundarias. Dentro de las primarias encuentra Peers a la *libertad* como la más básica y principal de todas, anhelo compartido por el renacimiento romántico y por la rebelión romántica. Después de la libertad hay otras tres características primarias: *patriotismo*, «si bien sumamente característico del romanticismo español, no es exclusivo en modo alguno del movimiento romántico, y tampoco es forzosamente una cualidad romántica»; *cristianismo*, «fuera de España, [...] se asocia, en general, con el romanticismo; pero en España es característico de todo período literario, aunque más pronunciado a principios del XIX que en cualquier otra época desde finales del Siglo de Oro»; y *medievalismo,* «concomitante del romanticismo en toda la Europa occidental, lo mismo en España que en otros países» (1973; II, 323). Como características secundarias Peers habla de *subjetividad*, «menos característica de la literatura española que la de otros países» (1973; II, 344); *sentimentalismo y lacrimosidad*, también escasos y más propios de Jovellanos que de otros autores posteriores; *melancolía y pesimismo*, también poco abundantes en comparación con el romanticismo europeo, «La poca frecuencia de individualismo exagerado en el movimiento romántico español tiene su complemento en la poca frecuencia de la melancolía, y ésta y otras causas

[4] No se debe olvidar que cuando Peers habla de características románticas entiende como tales todos los intentos de revalorizar el teatro de Lope y Calderón, representaciones de sus obras, defensa de la literatura barroca española, etc...

justifican la falta absoluta de todo pesimismo razonado.» (1973; II, 371); *vaguedad, indeterminación de forma, amor al misterio,* «No hay ninguna otra manifestación nacional del romanticismo que tenga más afición que la española a lo vago e indefinido, a lo informe, e incoherente, a la fantasía, la meditación y el ensueño.» (1973; II, 381); y una *actitud hacia la naturaleza*, que, a diferencia de otros romanticismos europeos, es mas bien convencional, en la línea de sus antecesores clásicos.

Las ideas de Peers provocaron una serie de contestaciones. Ángel del Río en un artículo de 1948 (versión española 1989) rechaza de forma global todas las tesis del hispanista norteamericano:

> Existen tres hechos irrefutables. Primero, la tardía llegada del movimiento romántico a España. Segundo, sus orígenes casi exclusivamente extranjeros. Y, tercero, la peculiar transformación, o adaptación a las circunstancias históricas que experimenta el romanticismo en la literatura española tras el primer estallido de entusiasmo (Del Río, 1989; 217)

Niega del Río por lo tanto las tres ideas fundamentales de Peers. En primer lugar la existencia de indicios de la presencia de ideas románticas desde 1750. En segundo lugar, que la literatura española sea en toda su historia esencialmente romántica. Y en tercer lugar que exista el Eclecticismo como corriente literaria. Reprocha a Peers su «falta de cautela» y el haberse tomado en serio la teoría romántica del carácter «romántico» -valga la redundancia- de España y de su literatura. Prosigue del Río afirmando que las únicas obras románticas que hoy recordamos son obras enclavadas en plena revolución romántica y por lo tanto de influencia extranjera. Rechaza también el Eclecticismo que «no era en su sentido esencial, un compromiso de formas o escuelas literarias [...] era una manifestación encubierta o externa de un fenómeno más importante: la imposibilidad de integrar las nuevas ideas nacidas en la Europa de la Reforma, el Racionalismo y la Revolución, con el carácter y las creencias nacionales» (1989; 230). No hay eclecticismo sino el triunfo, a partir de 1840 de un romanticismo restaurador, religioso y neorromántico. Las críticas de del Río le llevan a proponer una «década romántica» 1830-1840. Antes de esta fecha no existiría romanticismo en España y con posterioridad a la segunda un tipo de literatura que tiene más de recreación del pasado español que de romántica propiamente dicha.

Donald L. Shaw (1968, versión española 1989) reprocha a Peers haber empleado en sus investigaciones «un carácter selectivo». Piensa Shaw que las conclusiones de Peers son correctas «a veces», pero no ofrecen un cuadro completo del movimiento de las ideas, porque se basan en una interpretación demasiado restringida del fenómeno del romanticismo. Rechaza la posibilidad del Eclecticismo como escuela del acuerdo y del «justo medio» entre dos movimientos. Peers no ha tenido en cuenta, siempre según Shaw, que «el Romanticismo fue en su misma esencia revolucionario. Traía consigo no sólo una nueva visión de la vida: visión que subvertía los presupuestos, los valores y las creencias habituales que, según el criterio ortodoxo, constituían los soportes esenciales de la seguridad y de la estabilidad sociales. Con esa visión «disolvente» no hubo posibilidad alguna de transigir» (Shaw, 1989; 246). El problema de la interpretación de Peers, dice Shaw en otro lugar, fue el no considerar un hecho clave: «Para comprender lo que realmente sucedió es necesario recordar un hecho al que Peers nunca se enfrentó directamente: un cambio importante en las formas literarias siempre ocurre en relación con algo más profundo: un cambio de sensibilidad, un cambio de actitud frente a la condición humana, una nueva visión de la vida» (Shaw, 1981; 29).

Las críticas de Del Río y de Shaw a las ideas de Peers, se dirigían a los puntos más débiles y discutibles de la *Historia del movimiento romántico español*, y ejercieron un gran efecto, pero, al mismo tiempo, adolecían de una falta de base textual y documental con que enfrentarse a Peers. Ésta ha sido una constante de críticas posteriores: a día de hoy sólo la obra de

Sebold pueda igualarse o incluso superar a la de Peers en cuanto a documentación y erudición. Por eso las tesis de Peers siguen siendo influyentes durante muchos años y, todavía hoy en día, no es posible ignorar su obra por distanciado que se esté de sus planteamientos.

El Romanticismo español como enfrentamiento de dos tendencias: liberal y conservadora.

Las características específicas del romanticismo español estarían, según esta interpretación, determinadas por la confrontación ideológica y estética entre dos romanticismos uno liberal y otro conservador. La idea viene de antiguo. Díaz Plaja (1953, 33) recoge unas opiniones de Francisco Tubino en 1880 en las que hablaba de dos bandos románticos, uno «creyente, aristocrático, arcaico y restaurador» cuyo líder natural es Walter Scott, otro «descreído, democrático, radical en las innovaciones y osado en los sentimientos» acaudillado por Victor Hugo (Para Tubino estas dos manifestaciones del romanticismo son europeas y no meramente españolas); así como otras de Menéndez Pelayo que veía un romanticismo histórico nacional a cuya cabeza estaría el Duque de Rivas y un romanticismo subjetivo o byroniano cuyo máximo representante seria Espronceda. El mismo Peers admite esta diferencia cuando habla de «renacimiento romántico» (máximo inspirador: Walter Scott) y de «rebelión romántica» (modelo: Lord Byron).

Esta idea establecida combinada con los tres hechos «irrefutables» aducidos por Del Río: la tardía aparición del movimiento romántico en España, su carácter exclusivamente extranjero, y la peculiar transformación que siguió en nuestro país, compone una visión del romanticismo que ha hecho fortuna. Un movimiento inexistente en España hasta la muerte de Fernando VII, procedente principalmente de influencias extranjeras, con un duración temporal muy limitada -se suele citar la década comprendida entre 1834, fecha de publicación de *El Moro Expósito* del Duque de Rivas y 1844 cuando aparece *El Señor de Bembibre* de Gil y Carrasco- y escasa fortuna literaria -habitualmente sólo Larra y Espronceda se salvan de la censura crítica- y que rápidamente desaparece por la oposición de unas fuerzas conservadoras de la literatura española, que van a conformar un romanticismo conservador que en buena parte es la encarnación de varias de las «características primordiales» pidalianas de la literatura española: austeridad moral, cristianismo, realismo, tradicionalismo. La contienda entre el romanticismo «disolvente» de origen extranjero y el «tradicional y católico» de raigambre español se resuelve con celeridad en favor del segundo.

La idea de la contienda entre los dos romanticismos se alimenta de obras como la de Vicente Llorens, *Liberales y Románticos,* de 1954, en la que se estudia las actividades de los emigrados españoles en Londres durante la época de Fernando VII. Estos emigrados, neoclásicos en su origen como Mora y Alcalá Galiano -los adversarios de Böhl de Faber en la polémica calderoniana- y convertidos al romanticismo en el destierro, serían los portadores de las influencias románticas al volver a España a la muerte del *Deseado*. Y sigue siendo la guía de las opiniones de críticos como José Luis Varela que en 1982 dice que «no es válido [hablar del romanticismo] desde una sola de las dos corrientes ideológicas -la tradicionalista y la liberal, ambas perfectamente legítimas- que se disputan en el pasado la primacía» (Varela, 1989; 254).

Navas Ruiz matiza esta oposición entre un romanticismo conservador y entre otro romanticismo liberal: «Se es romántico en la medida que se es liberal» (Navas Ruiz, 1982; 48). Según este investigador los dos romanticismos representan la división que dentro del liberalismo político se estableció entre moderados y progresistas ya desde las Cortes de Cádiz. Solo en algunos casos excepcionales, como el de Böhl de Faber se puede hablar de un romanticismo que «estaba al servicio de una reacción absolutista» (1982; 49)

> El liberalismo en efecto acogió en su seno dos tendencias: la moderada, marcadamente conservadora y la progresista. La primera utilizó el pasado como factor de equilibrio frente a los desbordes del populismo [...] pero rara vez ne-

> gó, al menos como principio, la libertad. [...] El reaccionarismo estaba en otro lugar, en déspotas como Fernando VII, en el infante Don Carlos. Cabe preguntarse: ¿cuántos románticos fueron carlistas? ¿Cuántos abogaron por una tiranía fernandina? Ninguno. Hasta pensadores tan conservadores como Jaime Balmes o Juan Donoso Cortés funcionaron dentro de un contexto liberal representativo, de respeto a las libertades esenciales. (1982; 49).

Esta división política, además, no siempre coincidía con la actividad literaria. Navas Ruiz recuerda el caso de Martínez de la Rosa, progresista en sus creaciones y no en sus actuaciones.

En el extremo de esta tendencia que identifica liberalismo con romanticismo se encuentra Iris M. Zavala. Para esta estudiosa «el Romanticismo es una expresión de las fuerzas revolucionarias que abrasaron Europa a partir de 1789» (Zavala, 1989; 13). Zavala se muestra muy adversa a las tesis de Sebold (que veremos después). Remite como pertenecientes a la sensibilidad dieciochesca a características como atracción por lo fúnebre, sentimentalismo, fantasía, emoción, subjetivismo, que son precisamente las que Sebold destaca como románticas en escritores como Cadalso. Llega Zavala a negar el carácter romántico del «mal del siglo» o del «tedio universal» remontándolo hasta Milton (*Il Penseroso,* 1632). Zavala insiste en la filiación extranjera del romanticismo y su orientación política: «lo autóctono es el liberalismo político, que se da primero. El romanticismo -teoría y praxis- vienen como importación extranjera. «Liberal» y «liberalismo» son palabras españolas [...] Los españoles empiezan por casa: son liberales primero, luego románticos» (1989*;* 23).

El Romanticismo español, movimiento aparecido en el siglo XVIII.

La tesis que Russel P. Sebold viene defendiendo a lo largo de su copiosa obra crítica niega uno de los pocos elementos comunes entre las ideas de Peers y los defensores de la ecuación «romanticismo igual a liberalismo»: la tardía aparición del romanticismo en España. Para Sebold «el romanticismo es un fenómeno que se produce *evolutivamente*, lo mismo en España que en los demás países de Occidente, merced a la interacción entre la poética neoclásica y la filosofía de la Ilustración, empezando a manifestarse hacia 1770 y prolongándose, bajo diferentes variantes y paralelamente con otras tendencias literarias por espacio de unos cien años» (Sebold, 1983; 7). El romanticismo es una evolución de un tipo de pensamiento que proviene del XVIII y que es más antibarroco que barroco: «lo determinante de cualquiera de los períodos en que se agrupan los escritores es su espíritu literario o su cosmovisión y en este aspecto se acusa mayor afinidad entre el neoclasicismo y el romanticismo que entre este último y el barroquismo.» (1983*;* 43). Sebold, tan buen escritor como investigador defiende sus tesis con ardor y voluntad polémica (presente en un título tan «provocador» como *Cadalso, el primer romántico "europeo" de España*): «La triste suerte del romanticismo español en nuestro siglo es que la mayor parte de los estudios que se le han dedicado han sido escritos por unos señores que no parecen haber sentido una sola emoción en toda su vida» (1983; 16)[5]

Sebold (1983; 127) situa un «primer romanticismo español» entre 1770 y 1800. Este romanticismo arranca con la obra de Cadalso, *Noches Lúgubres* (1771) y con la anacreóntica del mismo autor «A la muerte de Filis» publicada en la colección *Ocios de mi juventud* (1773). En esta poesía encuentra Sebold «una amenaza a la misma esencia del pacífico género pastoril al

[5] Voluntad polémica aún más acentuadad, quizás, en otros autores. No parece muy justo, al menos con Cadalso, calificar las *Noches lúgubres* de «miserable engendro compuesto en 1774 y publicado tan solo en 1798» como hace Picoche para oponerse a las ideas de Sebold, enfatizando la poca importancia de los rasgos románticos que el norteamericano detalla en su análisis. (Picoche, 1989; 298).

que a primera vista pertenece» (1995; 177). Señala el investigador norteamericano la presencia de un «yo» desdichado que transforma los elementos de la realidad en manifestaciones de la torturada conciencia del poeta. Los «pámpanos de Baco» devienen en «lúgubres cipreses», el canto del «tierno jilguerillo» se convierte, en el oído del poeta, en «ronca voz del cuervo» y los corderos en «rebaños de leones».

Cadalso elabora este «Manifiesto romántico español de 1773», según Sebold, partiendo de una cosmovisión que ya es romántica y que ha penetrado en España gracias a las obras de Locke, Condillac, Buffon y otros filosofos y naturalistas. En las *Noches Lúgubres* aparece un pesar personal, subjetivo y egoísta: el yo del poeta se convierte en centro del universo. Así en la obra encontramos un paralelo entre la naturaleza borrascosa del cementerio -al principio de la obra, cundo Tediato espera a Lorenzo- y la agitación del alma del poeta. Constata Sebold la aparición en la obra del tema del suicidio y detalla elementos plenamente románticos en la mentalidad de Tediato: la conciencia de superioridad, y la extrema sensibilidad que de ella se deriva. Sufre por los demás, pero alberga dentro de sí un dolor mayor que cualquier influencia externa. Se siente incomprendido por el mundo. La propia estructura y composición de la obra, en la que todo lo que no sea el protagonista está apenas esbozado, refuerza la atención a los sentimientos interiores de Tediato.

Pero Sebold no se limita al caso de Cadalso. Encuentra en las obras de Meléndez Valdés suficiententes características románticas para revisar la calificación crítica habitual de este poeta. En concreto afirma Sebold que en 1794, en la elegía «A Jovino el meláncólico», Meléndez Valdés formula el nombre español del dolor romántico cincuenta y tres años antes que los alemanes y treinta y nueve antes que los franceses, y «no sólo acuño su nombre para la congoja romántica [*fastidio universal*] sino que también dio una definición de ésta» (Sebold, 1989; 106).

Otros autores como Cándido María Trigueros en *Cándida o la Hija Sobrina* (1773) (1983, pp 109- 136), o Pedro de Montengón en *El Rodrigo. Romance épico* (1793) (1992, pp 103 -108) son analizados por Sebold como autores románticos.

La visión del romanticismo español para Sebold sería la de un movimiento literario inciado hacia 1770, y por lo tanto, sin ningún retraso respecto al romanticismo europeo. Este movimiento quedaría en la sombra durante los primeros treinta años de la década de 1800 a causa de los condicionamientos políticos, y se desarrollaría de nuevo, con fuerzas renovadas, a partir de 1830, al menos hasta 1860, o más incluso, si se incluye al llamado «postrromanticismo»[6].

El Romanticismo español, consecuencia de las ideas de Herder y los Schlegel.

Derek Flitter (1995) ha enunciado pormenorizadamente esta teoría, aunque según el mismo admite, ya Juan Luis Alborg (1980) había destacado la importancia de los críticos de la década de 1820 en la gestación del romanticismo español.

En realidad la idea de que el romanticismo español comienza con Böhl de Faber ya la había avanzado Menéndez Pelayo. Tal como lo concebía Don Marcelino, el movimiento romántico en España comienza con las publicaciones de Böhl, algún ensayo dramático de Trueba y Cossío (1822) y con *El Europeo*. También menciona el estudio de Herrera y Busta-

[6] E. Allison Peers ya había anticipado en su obra algunas de las ides de que Sebold va a desarrollar, aunque, desde luego, sin sacar las mismas conclusiones. Para Peers en Cadalso se encuentran «la irritación antre el freno, el subjetivismo, la sensibilidad y la melancolía del auténtico romántico» (Peers, op. cit.; I, 43). Y con respecto a Meléndez Valdés, refiriéndose a la misma obra («A Jovino el melancólico») que Sebold analiza, afirma que «es de sentimiento, aunque no de forma, un producto puro del espíritu romántico» (ibíd.; I, 50).

mante sobre Shakespeare, que es traducción de Schlegel, y el *Discurso sobre el Teatro* de Agustín Durán (Weiss, 1983; 291)

Para Flitter hay una idea nacionalista de la literatura española, que surge con fuerza en la polémica calderoniana de Böhl de Faber, Mora y Alcalá Galiano. Böhl de Faber es, según Flitter, un profundo conocedor de las ideas de Herder y los hermanos Schlegel y no el reaccionario barroquizante que otros críticos han presentado. Insiste Flitter en su idea haciendo notar que el escrito de Böhl que desencadena la polémica es una traducción directa de las conferencias de Viena de August W. Schlegel (1995; 11). Para su defensa de Calderón, Böhl se apoya principalmente en las lecciones doce y catorce de las *Vorlesungen über dramatische Kunst und Literatur* del mismo A. W. Schlegel (1995; 17). Flitter además insiste en la amplitud de los conocimientos de Böhl sobre la literatura romántica del momento. En un artículo de 1811 en alemán había estudiado la obra de tres poetas ingleses: Wordsworth, Burns y Southey y en el tercer *Pasatiempo crítico* (1819) se habla de Samuel Johnson y de Sismondi, se incluye una traducción de un artículo de la *Edinburgh Review* sobre las conferecias de Viena de A. W. Schlegel, un sumario de las ideas románticas que Madame de Staël desarrolla en *De l'Allemagne*, con la traduccón del fragmento en que se alaba a A. Schlegel.

Flitter nos presenta a un conocedor de la literatura romántica europea, coincidente en muchos aspectos con el menor de los hermanos Schlegel, Fiedrich, en su valoración positiva del tradicionalismo y del catolicismo en la nueva literatura. Ese era el romanticismo europeo en esos momentos, y Böhl un buen conocedor de él. Insiste Flitter, comentando los múltiples reproches que otros críticos han hecho a Böhl por exponer una visón *descafeinada* del romanticismo, en que «el alemán no puede ser culpado por no haber podido traer a colación desarrollos que sólo se manifestaron en años posteriores» (1995; 30).

Con posterioridad a la polémica, otros críticos irían aportando sus ideas a este romanticismo tradicionalista e historicista. Los críticos de *El Europeo*, Monteggia y López Soler se mueven en la orbita de los Schlegel y Böhl. Flitter se refiere a un estudio de Brian J. Dendle, «Two sources of López Soler Articles in *El Europeo*» (1965-66), donde se documenta no solo la influencia de Schlegel y Böhl en el jovencísimo -diecisiete años- López Soler, sino también la de Chateaubriend, con lo cual seguimos moviéndonos en un romanticismo tradicionalista, nacionalista y católico.

La siguiente aportación crítica relevante es de Agustín Durán: su *Discurso* sobre el teatro español. Flitter afirma tajantemente que «Durán seguía casi enteramente el plan de conjunto de A.W. Schlegel, adaptado por Böhl» (1995; 58) y esto porque «su visión de conjunto de la historia literaria al igual que la idea de la supremacía de la imaginación creativa y del concepto de *Volkgeist* como una fuerza espiritual en las literaturas nacionales los había heredado de los teóricos románticos alemanes» (1995; 62).

En los ultimos años de la década de 1820 otros dos escritores van a sumarse a los mantenedores del Romanticismo tradicionalista: Alberto Lista y Juan Donoso Cortés. Lista había evolucionado de su inicial clasicismo después de la lectura del *Discurso* y el *Romancero* de Agustín Durán, y ahora aceptaba que la teoría schlegaliana era el Romanticismo, pero un romanticismo «bueno», porque nunca llegaría a admitir que lo que él entendía como elementos inmorales y subversivos, pudieran ser valorados de forma positiva. Donoso Cortés, como Böhl y como López Soler, va a insistir en la naturaleza orgánica de la inspiración poética. Recuerda Flitter que «las analogías orgánicas desempeñan un papel clave tanto en la filosofía de Herder como en la teoría historicista de la historia literaria que se desarrolló a partir de ella» (1995*;* 74).

Tras referirse al prólogo de *Los Bandos de Castilla* de Ramón López Soler (1830) y a los artículos en favor del romanticismo tradicionalista aparecidos en la revista *Cartas Españolas*, firmados por «El Consabido» (1832), Flitter afirma tajantemente que en 1833 «la batalla a favor de las ideas románticas había sido efectivamente ganada» (1995*;* 78). Esto desde luego

es negar la piedra angular de la teoría que identifica romanticismo con liberalismo: la llegada de los exilados como hecho desencadenante del romanticismo eespañol.

Concluye Flitter, afirmando que la abundante evidencia revela la divulgación en España de una teoría historicista del romanticismo coherente durante la decada de 1820 y en los primeros años de la década siguiente. Fundamentada en principios schlegalianos, se caracterizaba por su énfasis en el poder espiritual del cristianismo, por una visión idealizada de la Edad Media, y por la reivindicación del drama del Siglo de Oro y de la poesía popular. Hubo un acuerdo crítico general que hizo que, los que Flitter llama los «críticos fernandinos» (Durán, López Soler, Lista, Donoso Cortés, etc), aceptaran estas ideas. En este contexto y ya en los últimos años del reinado de Fernando VII, antes de la llegada de los exilados se pueden anotar hechos relevantes de la historia del romanticismo español, como la publicación de *Cartas Españolas,* la tertulia del *Parnasillo*, la popularidad de Scott, Chateubriend y Ossian, y la publicación de «las primeras obras románticas escritas por españoles dentro de España» (1995*.;* 80).

El año 1834, el año del regreso de los exilados no cambiará gran cosa las tendencias según Flitter. Mora y Alcalá Galiano van a defender ideas que están en sintonía con las del Romanticismo tradicionalista, y autores como Larra, Ochoa, Salas y Quiroga y Campo Alange todos «apuntan hacia una literatura nacional característica y todos con aprobación» (1995*;* 120). Mientras que la presencia de estos autores no va a hacer disminuir, ni mucho menos, la preeminencia e importancia de teóricos como Durán, Lista y Donoso Cortés.

Flitter solo encuentra un decidido defensor del romanticismo más extremo, profrancés y antialemán, enemigo declarado de las ideas de A.W. y de F. Schlegel: Andrés Fontcuberta editor de *El Vapor* a partir de 1835, y autor de otro periódico *El Propagador de la Libertad.* Pero, concluye Flitter, Fontcuberta estaba en minoría. Las polémicas suscitadas por el estreno de *Alfredo* de Pacheco (1835), *Antony* de Dumas (1836) y *Carlos II el Hechizado* de Gil y Zárate (1837) iban a desembocar en una afirmación del romanticismo historicista, tradicionalista y nacional de inspiración alemana, frente al romanticismo «disolvente» de inspiración francesa. Flitter cita a Salas y Quiroga, que en el primer número de *No Me Olvides* defendía un romanticismo moral, afirmando que el movimiento había sido calumniado, ya que no se trataba de «esa ridícula fantasmagoría de espectros y cadalsos» ni de la «inmoral parodia del crimen y de la iniquidad», alusiones que Flitter juzga dirigidas al drama romántico francés. Los ataques al romanticismo (Mesonero), las sátiras, el decaimiento de la popularidad del teatro francés que para Peers habían sido indicios del fracaso romántico, son para Flitter los testimonios de la derrota de un romanticismo extremo y exagerado, debido a la sólida base romántica herderiana y schlegeliana que se había originado desde los artículos de Böhl de Faber.

> Espero haber dejado claro que la promoción de las ideas románticas de Böhl y su consolidación en la *ominosa década* desempeñó un papel más importante en el desarrollo y la dirección del romanticismo español que el que muchos críticos modernos están dispuestos a reconocerle. Como ya he indicado, yo pondría en cuestión la visión de que los exilados políticos trajeron de algún modo a España el romanticismo como parte de su bagaje [...] Los exilados contribuirían poco al desarrollo de las ideas críticas, mientras que obras como el *Don Álvaro* del Duque de Rivas y las *Canciones* de Espronceda no son, en realidad, representativas de la totalidad de la obra creativa del período. Lo que se ha dado en conocer como romanticismo liberal fue mayoritariamente rechazado, especialmente en la práctica dramática, y fue el romanticismo schlegeliano el que sobrevivió para dominar la literatura y las ideas españolas en los años siguientes a 1837. Como Alborg observó el marco de las ideas en que se asienta el romanticismo español se había establecido firmemente en el reinado de Fernando VII, antes del regreso de los exiliados (1995*;* 293-294).

El Romanticismo español: límites cronológicos.

Las diferentes teorías sobre el romanticismo que hemos visto generan, en pura lógica, diferentes concrecciones temporales. Los hechos históricos, sin embargo, no pueden ser obviados por la teoría: la tiranía fernandina supone un desastre nacional y también un freno a la literatura que puede explicar, en buena parte, las discusiones que sobre fechas se han producido.

Llámese Prerromanticismo, Romanticismo dieciochesco o Romanticismo a secas, lo cierto es que hay un general consenso en que desde los últimos años del siglo XVIII se puede detectar en España un cambio de la sensibilidad puramente neoclásica. Peers opina que desde mediados del XVIII se aprecian ya los síntomas del renacimiento romántico y que hacia 1760-1770 el neoclasicismo pasó lentamente a la oscuridad (Peers, *op. cit.*; I, 36-39). Sebold, como ya hemos visto, habla del inicio del romanticismo propiamente dicho, en 1770. Consecuencia de las ideas de ambos autores, -recuperación de las características más típicas de la literatura española para Peers; creación de un romanticismo español contemporáneo del europeo para Sebold- es la aceptación de estas fechas y de la relevancia de las características románticas del XVIII. Para los autores que identifican romanticismo con liberalismo se trata, si acaso, de un vago prerromanticismo, o de detalles sueltos que no crean escuela. Para Jean Louis Picoche el que algunos poetas pulsen a veces alguna cuerda de la lira romántica no es relevante. «Casos aislados no pueden constituir un auténtico movimiento literario (Picoche,1989; 282).

La fecha de 1830 es citada con asiduidad por los autores que defienden la unidad de Romanticismo y Liberalismo. La periodización que propone Navas Ruiz (1982; 39) es perfectamente asumible para todos estos autores: hasta 1830 el final del Neoclasicismo, entre 1830 y 1850 el Romanticismo, de 1850 a 1875 el Postromanticismo. Los elementos anteriores a 1830 que examinan autores como Flitter no son considerados suficientemente importantes como para señalar el inicio del movimiento. Desde esta visión teórica la polémica calderoniana, la aparición de *El Europeo* y el *Discurso* de Durán no tienen entidad para iniciar el movimiento romántico español: no son obras de creación con enjundia para ello. La fecha de 1830, nacimiento de Isabel II, no corresponde tampoco a ninguna obra literaria, pero marca una inflexión en la política de Fernado VII que va a tener efectos considerables en la creación literaria. Los absolutistas del régimen van a posicionarse en contra de la heredera y de su madre la reina María Cristina. Pero no es hasta 1832, después de los sucesos de la Granja, cuando María Cristina firma el decreto que concede la amnistía a los liberales. Este regreso de los emigrados marca para muchos autores el comienzo del Romanticismo en España.

Desde la perspectiva de Flitter y Alborg (no tan claramente expuesta en este último) la polémica calderoniana (1814) es el principio del Romanticismo español. El hecho de que el romanticismo se mencione ya y sea objeto de discusión y debate significa que es un movimiento ya presente, al menos a nivel teórico y crítico, en la sociedad literaria española. Si el romanticismo no aparece en forma de obras literarias de creación es debido a las circunstancias políticas de la época. M. G. Ticknor, por ejemplo, retrataba de esta manera la vida de los escritores españoles hacia 1818: «Su número es muy corto por efecto de las persecuciones políticas y además era difícil entablar relaciones con ellos, porque viven aislados, sin mutua comunicación y casi totalmente abstraídos del trato de la sociedad que los rodeaba» (Ticknor, 1851; I, 1) En tales condiciones es claro que la actividad de estos escritores no puede desarrollarse con normalidad.

La finalización del movimiento también esta sujeta a polémicas y discrepancias. Las conclusiones de Peers, -el fracaso del movimiento romántico y el triunfo del eclecticismo-, van a influir en las posteriores opiniones de la crítica. Se hace necesario explicar la naturaleza específica del romanticismo español que posibilita la escasa entidad y permanencia de los as-

pectos mas «extremos», -siempre salvando a Espronceda-, del Romanticismo. Por regla general se ha hablado de un «Postromanticismo», algo así como un Romanticismo descafeinado que perduraría en España hasta la aparición de la generación realista. La fecha de la publicación de *El Señor de Bembibre* (1844), o de *La Gaviota* (publicada por vez primera por entregas en *El Heraldo* en 1849) han sido utilizadas, la primera como última obra importante del Romanticismo, la segunda como primera obra que avanza el Realismo. 1867, año de la publicación de *La Fontana de Oro* marcaría el inicio del Realismo propiamente dicho.

El hecho de postular un Romanticismo de origen extranjero y de escasa calidad literaria hace necesario afirmar también su pronta finalización. Peers, en consonancia con su tesis, prolonga la vigencia de aspectos del movimiento en toda la literatura posterior. Para Flitter el Romanticismo perdura porque su teoría parte, desde el principio, de que el Romanticismo español está en la línea de los Schlegel y Chateaubriend: no hay un fracaso del movimiento sino que una determinada modalidad del Romanticismo no consiguió arraigar en España mientras que otra sí. Desde este punto de vista, obras como el *Don Alvaro* o los poemas de Espronceda son ajenas a la corriente principal del Romanticismo en España.

No hay, como se ve, una conclusión clara y nítida. Aunque para nuestros efectos sí que se puede concluir que desde 1800 a 1850 la corriente dominante de la literatura española es el Romanticismo.

Aunque, como se ha visto en los apartados anteriores la extensión del Romanticismo es un tema que está sujeto a un intenso debate. Las diferentes opiniones sobre la naturaleza del movimiento, su nacimiento, su desarrollo y su finalización dan lugar a un sinnúmero de fechas que pueden rastrearse en los diferentes estudios. Picoche apunta con ironía que «según los [diferentes] autores el nacimiento del Romanticismo español se situa en 1774, 1794, 1823, 1830, 1833 y hasta 1898. Su desaparición se sítua hacia 1837, 1844, 1846, 1852, 1854, 1870, 1911 teniendo en cuenta que hay autores que consideran que todavía no se ha producido» (Picoche, 1989; 277).

Una de las razones de esta anarquía de fechas es la ausencia de una obra de suficiente importancia como para catalogarla como la que da inicio al Romanticismo en España. La propuesta de Sebold de utilizar para tal fin las *Noches Lúgubres* de Cadalso (1771), está, como hemos visto, muy lejos de suscitar una unanimidad sobre el tema.

Se han utillizado fechas de contenido político como 1830 (nacimiento de Isabel II, que supone los primeros inicios de liberalización del régimen) y 1833 (muerte del *Deseado)* pero de escaso calado literario. Hasta los partidarios más decididos de la hipótesis que identifica Romanticismo con liberalismo admiten que se escriben en España obras románticas antes de estas fechas. Navas Ruiz, menciona a *Ramiro, Conde de Lucena* (1823) de Rafael Humara como «la primera creación romántica española» (Navas Ruiz; 1982; 36). El hecho es que antes de 1830, además de la novela citada, nos encontramos con la poémica calderoniana (1814), el folleto *Mis Ratos Perdidos* (1822) de Mesonero Romanos, *El Europeo* (1823-24), el *Discurso* (1828) de Agustin Durán, o el periódico de Larra *El Duende Satírico del Día*, del mismo año que la obra anterior. Si miramos a las obras escritas fuera de España por exilados nos encontramos en 1824 con el primer almanaque *No Me Olvides* del editor londinense Ackermann dirigido por Jose Joaquín de Mora. En este almanaque se encuentra el cuento de Jose María Blanco White *El Alcázar de Sevilla*, descrito por Llorens como una «evocación romántica del Alcázar que se inicia con una descripción de los famosos jardines y nos transporta luego a los tiempos del rey don Pedro, entre figuras y episodios legendarios [...] para terminar con la historia del tesoro escondido en la Casa del Duende» (Llorens, 1979; 51). Del mismo año es el poema del Duque de Rivas *El Sueño del Poscrito* y de 1828 *El Faro de Malta.* Un número suficiente de obras y sucesos que se pueden calificar de románticos.

En realidad es la hipótesis crítica que elijamos lo que nos lleva a considerar una obra como «romántica», «prerromántica» o «postromántica». Esto puede llevar a caer en inconsecuencias o en afirmaciones de difícil probatura crítica. ¿Es *Venganza catalana* (1864), de García

Gutiérrez, una obra postromántica, diferente en planteamientos y formas de *El Trovador* (1836)? La *Leyenda del Cid* (1882) de Zorrilla, ¿es sustancialmente diferente del resto de su poesía narrativa, publicada con anterioridad? Aparte de la fecha de publcación (1879) ¿hay alguna razón por la cual *Amaya* de Navarro Villoslada no sea considerada una «novela histórica romántica» como lo es otra novela del mismo autor *Doña Blanca de Navarra* de 1847?

Sobre las definiciones del período romántico flota una cuestión no suficientemente abordada ni explicada, pero que en muchas ocasiones aparece aludida de forma tangencial: la obsesión por la fecha significativa. Se busca una fecha que coincida con la publicación de una obra; una obra que ofrezca unos caracteres específicos que la diferencien de lo anterior y que al mismo tiempo tenga una calidad artística suficiente como para ejercer una influencia definitiva sobre lo que vendrá después; una obra que sea frontera, que liquide una tendencia e inaugure otra; una obra resonante en su época y que mantenga una alta «respetabilidad literaria» para la crítica moderna. Por diversas razones, -el modelo de Victor Hugo y *Hernani*, por un lado; el hecho innegable de que el teatro es en esta época la forma literaria que tiene más repercusión popular y crítica- se ha buscado esa fecha en obras teatrales. *La Conjuración de Venecia* (1834) y *Don Alvaro o la Fuerza del Sino* (1835) han sido las obras más utilizadas para establecer esta fecha significativa. Pero los fallos de esta tentativa son evidentes: antes de estas fechas ya hay un buen número de obras románticas: no inauguran, no son frontera. Por otra parte, tampoco liquidan las tendencias anteriores, y su valoración crítica ha caído enormemente desde la fecha de su estreno hasta la actualidad. La falta de consenso acerca de esta «fecha significativa» evidencia el desacuerdo crítico sobre el inicio del Romanticismo español.

Es significativo además que esta obra que se busca para señalar el inicio del romanticismo, deba de ser perteneciente a la facción más extrema del movimiento. Aquí vemos la fuerza crítica que ha ejercido la teoría que identifica romanticismo con liberalismo. Pues de aceptar esta teoría estará claro que el romanticismo liberal ha de ser el byroniano, o, en nuestra tierra, el espronceda nio. Es decir, esta obsesión por la fecha proviene de la creencia crítica, no expresada en su totalidad, de que sólo hay *un romanticismo auténtico*. El romanticismo de las grandes rebeldías, de los inconformistas, del poeta maldito y del amor sacrílego.

También por ello se tiende a rechazar, a la hora de estudiar la historia del movimiento romántico español, la presencia de elementos, de indicios, de características que puedan dar testimonio de una mentalidad romántica. Se exige la presencia de obras, o incluso de una corriente literaria que específicamente vaya en la dirección más extrema del romanticismo. Las tesis de Iris M. Zavala (1989) son un ejemplo claro de esta tendencia: el Romanticismo *es* liberal y de origen extranjero, producto de las emigraciones políticas. Toda manifestación que no sea liberal, de origen extranjero o producto de las emigraciones, no es, por lo tanto, romántica.

La búsqueda de esta «fecha significativa» lleva a acuñar otro motivo crítico que se repite insistentemente: la tardía aparición del movimiento en España, cuando ya en Europa se había desarrollado completamente. De esta manera, Donald L.Shaw afirma que «la palabra romántico empezó a usarse en España bastante tarde. La primera vez que aparece es en el periódico madrileño *Crónica Científica y Literaria*, el 26 de Junio de 1818» (Shaw, 1981; 23). Pero René Wellek, analizando la aparición de los términos «romanticismo» y «romántico» llega a conclusiones que no avalan la idea que Shaw expone. Piensa Wellek que la designación que de sí mismos hacían escritores y poetas como «románticos» varía considerablemente en los diversos países. Si el romanticismo comienza cuando un autor se llama a sí mismo «romántico», no habría movimiento romántico en Alemania antes de 1808, o en Francia antes de 1818. Si el punto de partida es la confrontación entre los términos «clásico» y «romántico» lo encontramos en Alemania en 1801, en Francia en 1810, en 1811 para Inglaterra o en 1816 para Italia. Si lo verdaderamente importante es la designación del movimiento encontramos *romantik* en Alemania en 1802, *romantisme* en Francia en 1816, *romanticismo* en Italia en 1818, y *romanticism* en Inglaterra en 1823. (Wellek, 1987a; 140). Es decir que la fecha de 1818 entron-

ca perfectamente con las corrientes intelectuales europeas. Y más aún si se admite, como lo hace el mismo Shaw, que desde 1814 se utiliza la palabra «romancesco» con un significado idéntico.

Resulta curioso que, en toda esta polémica, la narrativa rara vez haya sido utilizada para establecer la aparición del movimiento romántico. Y eso pese a que José F. Montesinos documentó que desde 1801 ya hay traducciones de *Atala* de Chateaubriand, y desde 1803 (al menos) del *Werther* de Goethe. No se han considerado las novelas escritas en inglés por Telesforo Trueba y Cossío (1828: *Gómez Arias*, 1829: *The Castilian*), ni las aún más tempranas de Valentín Llanos Gutiérrez (1825: *Don Esteban. Memoirs of a Spaniard*; 1827: *Salvador, the Freemason. A Spanish Tale*), ni, con menos justificación, pues se trata de una obra escrita y publicada en España, el ya aludido *Ramiro, Conde de Lucena* de Rafael Húmara. Si esto ha ocurrido con la novela, mas patenteaún es el caso de la no utlización de la narración breve como elemento indicador de la aparición de las tendencias románticas .

Nuestra propuesta es el examen de los testimonios literarios sin partir de su definición previa como «románticos» o como «no románticos». Se echa de ver, en nuestra opinión, en todo el debate sobre el romanticismo una exagerada insistencia sobre los mismos textos, sobre los mismos testimonios, que son sometidos a múltiples y divergentes interpretaciones: la polémica de Böhl de Faber, Mora y Alcalá Galiano; las obras de Agustín Durán; *El Europeo*; el prólogo de *El Moro Expósito* son sacados a relucir constantemente por los diversos críticos. Tan sólo por esa razón es elogiable la actitiud de Sebold de ir a buscar, en nuevos textos, nuevos datos para su incorporación al debate.

Es evidente que iniciar una antología de cuentos románticos con un relato publicado en 1787 («Rasgos sueltos de la Historia de Ciro») e incluir en la misma ocho cuentos aparecidos en el siglo XVIII constituye una toma de partido en la contienda crítica que acabo de intentar resumir. Creo que es evidente la presencia de elementos románticos en la narración breve con anterioridad a la fecha, tantas veces mencionada, de 1830, y aun a la de 1800, como ya he indicado en otras páginas (Rodríguez Gutiérrez, 2002, 2003 y 2004, 62-106).

Bibliografía[7]

Aguiar e Silva, Victor Manuel. (1972), *Teoría de la Literatura.* Madrid. Gredos.

Aguilar Piñal, Francisco. (1978) «La prensa española en el Siglo XVIII. Diarios, revistas y pronósticos.» *Cuadernos Bibliográficos.* XXXV.

____ (1981-1999) *Bibliografía de autores del Siglo XVIII* Madrid. Instituto Miguel de Cervantes. CSIC. 9 volúmenes.

____ (1987) *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros.* Madrid. CSIC.

____ (1991) «Ilustración y Periodismo» ». *Estudios de historia social.* 52-53: 9-16.

____ (1992) *Temas sevillanos (Primera serie).* Sevilla. Universidad de Sevilla

____ (1996) *Historia literaria de España en el siglo XVIII.* Madrid. C.S.I.C.-Editorial Trotta.

Aguinaga, Magdalena. (1995) «El artículo de costumbres y el cuento literario.» *Lucanor.* 13. 79-102.

Agúndez García, José Luis, y **José Fradejas Lebrero**, (2006) «Tradición oral y literatura (V). Cuentecillos de Fernán Caballero en Rafael Boira», *Revista de folklore*, 304: 120-131.

Alarcos Llorach, Emilio. (1976) «Un romántico olvidado: Jacinto de Salas y Quiroga» *Ensayos y estudios literarios.* Madrid. Júcar.

Alcalá Galiano, Antonio (1955) *Recuerdos de un anciano. Obras escogidas de Don Antonio Alcalá Galiano.* Prologo y edición de Jorge Campos. Madrid. Biblioteca de Autores Españoles.

Aldea Gimeno, Santiago y Serrano, Alberto. (1989) *Miguel Agustín Príncipe (1811-1863)* Zaragoza. Institución Fernando el Católico.

Almela y Vives, Francisco. (1949) *El editor Don Mariano de Cabrerizo.* Valencia. CSIC. Instituto Nicolás Antonio.

Almuiña Fernández, Celso. (1977). *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX.* Valladolid. Institución Cultural Simancas.

Alonso, Cecilio. (1996) «Antecedentes de las ilustraciones» *La prensa ilustrada en España. Las Ilustraciones (1850-1920)* Eliseo Tren (ed) Montpellier. Université Paul Valery: 13-41

Alonso Seoane, María José. (1991) «La novela en el Correo Literario de la Europa.» *Estudios de historia social.* 52-53: 23-28.

____ (1995) «Infelices extremos de sensibilidad en las Lecturas de Olavide» *Anales de literatura española*, 1995:45-64.

____ (1999) «Traducciones de obras narrativas en el *Diario de Madrid*, 1814-1820» *La traducción en España (1750-1830): lengua, literatura, cultura* Francisco Mariano Lafarga Maduell, (coord.) :363-374

____ (2000) «La narrativa de ficción en el *Diario* y la *Gaceta de Madrid*, 1808-1814», *Salina*, 14: 107-114.

____ (2001) «Sevilla en las revistas románticas. La colaboración del Conde de Campo Alange en *El Artista*», *Sevilla y la Literatura. Homenaje al profesor Francisco López Estrada, ed. Rogelio Reyes Cano, Mercedes de los Reyes Peña y Klaus Wagner*, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones: 343-354.

7 Se ha intentado reflejar, no sólo la bibliografía citada en la introducción, sino también la máxima cantidad de referenciaas bibliográficas con relación con el cuento romántico.

____ (2002) «La defensa del presente en *El Artista* y el nuevo canon romántico». *La elaboración del canon en la literatura españoladel siglo XIX*. Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (eds) Barcelona. PPU: 11-26.

____ (2002) *Narrativa de ficción y público en España: los anuncios en la "Gaceta" y el "Diario de Madrid" (1808-1819)*. Madrid. Universitas

____ (2003) «El último sueño de Pablo de Olavide» *Cuadernos Dieciochistas*, 4: 47-65

____ (2005) «Traducciones de relatos de ficción en *La Gaceta* y el *Diario de Madrid*, 1823-1830», *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, ed. Francisco Lafarga, Concepción Palacios y Alfonso Saura, Murcia, Universidad de Murcia: 19-33

____ (2005) «Algunos datos sobre José Bermúdez de Castro y un primer acercamiento a sus colaboraciones en *La Revista Española* (1836)», *Anales de Literatura Española, 18 (Serie monográfica, nº 8): Romanticismo español e hispanoamericano. Homenaje al profesor Ermanno Caldera*, ed. Enrique Rubio Cremades, Universidad de Alicante: Área de Literatura Española, 2005, pp. 23-36.

Altabella, Jose. (1983) «Notas para un elenco del martirologio de periodistas del siglo XIX» en *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América latina.* Alberto Gil Novales, editor. Madrid. Universidad Complutense: 525-543.

Álvarez Barrientos, Joaquín. (1991) *La novela del siglo XVIII*. Madrid. Júcar.

____ (1991) «El periodista en la España del siglo XVIII y la profesionalización del escritor». *Estudios de historia social.* 52-53: 29-39.

____ (1992) «La figura del escritor en el Siglo XVIII» *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*. 2: 13-29

____ (1995) *La novela en el último tercio del XVIII y comienzos del XIX. Pablo de Olavide, Antonio Valladares de Sotomayor, José Mor de Fuentes. Francisco de Tójar. Luis Gutiérrez, Vicente Rodríguez de Arellano.* En *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*. Director de la obra: Victor García de la Concha. Coordinador del volumen: Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe. Volumen 2. Pp 969-980.

____ (1996) «Novela» en *Historia Literaria del Siglo XVIII*. Trotta. Madrid. 1996.

Amo Raigón, María del Pilar del. (1998) «Algunas consideraciones sobre la narrativa en Sevilla a finales del XVIII y principios del XIX» *I Congreso internacional sobre Novela del Siglo XVIII*. Almería. Srvicio de publicaciones de la Universidad de Almería. 79-90.

Amores García, Montserrat. (1993-1994) «Escritores del siglo XIX frente al cuento folklórico» *Cuadernos de investigación filológica.* 19-20: 171-181

____ (1994) *Tratamiento y recreación literaria del cuento folclórico en los escritores del siglo XIX*. Barcelona. Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona.

____ (1994) «Cuentos populares españoles» *CLIJ: Cuadernos de literatura infantil y juvenil*, 58: 7-14

____ (1996) «Cinco versiones literarias decimonónicas del cuento folklórico "El zapatero pobre": Cuento-Tipo 754» *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, 19 (2): 483-498

____ (1997) «Lo maravilloso en los cuentos folclóricos reelaborados en el Siglo XIX». *Lucanor.* 14: 113-128.

____ (1997) *Catálogo de cuentos folclóricos reelaborados por autores del siglo XIX*. Madrid. CSIC.

____ (1999) *Antonio de Trueba y el cuento popular* Bilbao. Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Bizkaia.

____ (2000) «Moraleja, moralina y reflexión ética en las adaptaciones de cuentos folclóricos del siglo XIX», *Revista Hispánica Moderna*, 53.2: 293-304.

____ (2000) «El cuento folclórico "El pescador y su mujer" (tipo 555) y sus adaptaciones literarias del siglo XIX» *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, 25: 47-62

____ (2001) *Fernán Caballero y el cuento folclórico,* El Puerto de Santa María, Ayuntamiento.

____ (2002) «Dos versiones literarias andaluzas del cuento de Juanillo el Oso», *Garoza,* 2:. 45-63.

Anderson Imbert, Enrique. (1992) *Teoría y técnica del cuento.* Barcelona. Ariel.

Anoll Vendrell, Lidia. (1979) «Balzac, dan la presse periodique espagnole de la premiere moitié du XIXe siécle» *Anuario de Filología.* 5 : 333-342.

____ (1984) «Balance de las traduccines españolas de la obra de Balzac». *Cuadernos de Traducción e Interpretación.* 4: 119-125

____ (1985) «*El Verdugo* de Balzac dans la presse périodique espagnole du XIX siécle» *Revue de Litterature Comparée* 235 : 291-297.

____ (1987) «Las traducciones de la obra de Balzac en la prensa periódica española del siglo XIX (I)» *Cuadernos de Traducción e Interpretación.* 8-9: 237-246.

____ (1988) «Las traducciones de la obra de Balzac en la prensa periódica española del siglo XIX (II)» *Cuadernos de Traducción e Interpretación.* 10: 69-76

Artículo literario y narrativa breve del Romanticismo español, (2004) ed. María José Alonso Seoane, Ana Isabel Ballesteros Dorado y Antonio Urbach Medina, Madrid, Castalia.

Arias de Saavedra, Inmaculada. (1991) «El periodismo en Granada en el Siglo XVIII» ». *Estudios de historia social.* 152-53: 51-60.

Arizaga Castro, Álvaro R. (2000) «El Priscilianismo en la Historiografía Gallega» *Gallaecia* 19: 335-367

El Artista. 1835-1836. (1981) [Ed facsímil] Introducción de Francisco Serraller y Ángel González García. Madrid. Turner.

Asenjo, Antonio. (1933) *Catálogo de los fondos periódicos existentes en la Hemeroteca Municipal de Madrid. 1661-1930*. Madrid. Ayuntamiento.

Atero Burgos, Virtudes. (1980) «La Revista Gaditana (1839-1840). Estudio de una revista andaluza» *Gades*, 6: 5-28.

-(1984) «La Revista Gaditana (1839-1840). Estudio de una revista andaluza.» *Gades*, 12: 29-76.

Ayala, María de los Ángeles. (2006) «Amor y erotismo en *La ondina del lago azul*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en Centro Internacional de Estudios sobre Romanticismo Hispánico "Ermanno Caldera", *Romanticismo 9. El eros romántico. Actas del IX Congreso (Saluzzo, 17-19 de Febrero de 2005)*, Bologna, Il Capitello del Solle: 13-23.

Aymes, Jean R. (1983) «Esbozo de una lectura del Semanario Pintoresco Español» *La prensa en la revolución liberal* Alberto Gil Novales (ed). Universidad Complutense: 277-288.

«Azorín». Martínez Ruiz, José (1968) «José Somoza» *Al margen de los clásicos.* Madrid. Residencia de Estudiantes.

Ballesteros Dorado, Ana Isabel. (2002) «Los artículos de Mariano Roca de Togores en *La España*» *Romanticismo. 8. Los románticos hablan de si mismos*. Bologna. Il Capitello del Sole: 47-54

Baquero Goyanes, Mariano. (1949) *El cuento español en el Siglo XIX.* Madrid. Revista de Filología Española. Anejo L.

-(1988), *Qué es la novela. Qué es el cuento.* Murcia. Cátedra Mariano Baquero Goyanes. Universidad de Murcia.

-(1992), *El cuento español. Del romanticismo al realismo*. Madrid. CSIC. Biblioteca de Filología Hispánica. N1 6.

Becher, Hubert. (1989) «Nota histórica sobre el origen de la palabra romántico» en *El Romanticismo*. Madrid. Taurus. El escritor y la crítica.

Belmar, Cecilia. (1997) «Una mirada en redondo. Breves apuntes sobre recuerdos e impresiones de José Somoza» *VIII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850). La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX*. Cádiz. Universidad de Cádiz: 307-317.

Beltrán Almería, Luis. (1997) «El cuento como género literario» *Teoría e interpretación del cuento*. Peter Frölicher y Georges Güntert (eds). Berna. Peter Lang: 17-33

Bernard, Margherita. (1988). «La imposibilidad de lo fantástico. Notas a un cuento de Gertrudis Gómez de Avellaneda». Romanticismo 3-4: 149-152.

Beser, Sergio. (1997) «En torno a Hilda, cuento de Eugenio de Ochoa» *Narrativa fantástica del siglo XIX*. Jaume Pont (ed). Barcelona. Milenio : 249-266

Blanco White, José María. (1975) Luisa de Bustamante o la huérfana española en Inglaterra. Edición de Ignacio Prat. Barcelona. Labor.

Blanes Valdeiglesias, Carmen. (2007) Romanticismo y costumbrismo: El contexto de las "Escenas Andaluzas" de Estebánez Calderón, Málaga: Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones.

Bolufer Peruga, Mónica. (1995) «Espectadores y lectoras: representaciones e influencias del público femenino en la prensa del siglo XVIII». *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*. 5: 23-57.

____ (1998) *Mujeres e ilustración. La construcción d ela feminidad en la España del siglo XVIII*. Valencia. Institució Alfons el Magnanim.

____ (2002) «Pedagogía y moral en el siglo de las luces: Llas escritoras francesas y su recepción en España» *Revista de Historia Moderna*. 20: 251-292.

Borao, Jerónimo. (1989) «El Romanticismo» en *El Romanticismo*. Madrid. Taurus. El escritor y la crítica.

Bosch Carrera, María Dolores. (1989) «Costums i opinions en la premsa espanyola del Segle XVIII» *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*. Año 9. 9: 171-180.

____ (1990) *Costumbres y opinión en el periodismo del siglo XVIII*. Barcelona. Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona

____ (1991) «Aproximación a los hombres del periodismo español en el siglo XVIII» ». *Estudios de historia social*. 52-53: 65-72.

Botías, Antonio (2001) *El Correo de Murcia. Un periódico del siglo XVIII*. Universidad Católica de San Antonio

Botrel, Jean-François. (1993) *Libros, Prensa y Lectura en la España del Siglo XIX*. Madrid. Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Biblioteca del Libro. Ediciones Pirámide.

Bravo Liñán, Francisco. (1998) «Anotaciones a tres relatos cortos lacrimógenos insertados en el Correo de Cádiz (1795-1800)» en *I Congreso Internacional sobre novela del Siglo XVIII*. Almería. Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones: 113-122

Brioschi, F. y C.D. Girolamo. (1980) *Introducción al estudio de la literatura*. Barcelona. Ariel.

Brown, Reginald F. (1940) «Three Madrid periodicals: *La Abeja, El Eco del Comercio, El Español*» *Studies in Spanish Literature*. Liverpool: 44-79.

____ (1953) *La novela española. 1700-1850*. Madrid. Dirección General de Archivos y Bibliotecas.

____ (1953) «Salas y Quiroga. El dios del siglo, novela de costumbres contemporáneas» *Bulletin of Hispanic Studies*: 32-40

Cabañas, Pablo. (1946) *No Me Olvides. Madrid 1837-1838*. Madrid. CSIC. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 2.

Caballero, José Antonio. (2002) «La presencia del mito clásico en el costumbrismo español del XIX», *Logo. Revista de retórica y teoría de la comunicación*, 2: 5-22.

Caffarena, Ángel. (1961) *Índice y Antología de la revista "El Guadalhorce*". Málaga. Editorial El Guadalhorce.

____ (1966) *El Liceo Artístico, Científico y Literario de Málaga. Bosquejo Biográfico.* Málaga.

Cal Martínez, María Rosa. (1991) «La captación del lector y la aproximación al público comunicante». *Estudios de historia social.* 52-53: 81-97.

Calatrava, Juan A. (1992) «Romanticismo y Ciudad: el Madrid de José María Quadrado» *Foro de las ciencias y de las letras* 14: 39-47

Caldera, Ermanno, (2001) «Para una tipología del héroe mágico dieciochesco y decimonónico», *Sobre literatura fantástica. Homenaxe ó profesor Anton Risco*, ed. María Jesús Fariña y Dolores Troncoso, Universidade de Vigo, Servicio de Publicacións: 97-104.

Caldera, Ermanno (ed) (1995) *La. sonrisa romántica : (sobre lo lúdico en el Romanticismo hispánico) : Romanticismo 5 : actas del V Congreso, (Nápoles, 1-3 de abril de 1993)* Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico. Roma. Bulzoni.

Calvo Sanz, Roberto (1974) *El Iris (Madrid 1841)*. Madrid. CSIC.

Camarero, Manuel. (2001) «Retratos femeninos de Estebánez Calderón en las *Escenas andaluzas*», *Voz y Letra*, XII, 1: 53-60.

Campillo, Narciso. (1879) *Una docena de cuentos.* Madrid. Librería de Hernando.

____ (1881a) *Retórica y Poética o Literatura preceptiva.* Madrid. Librería de Hernando.

____ (1881b) *Nuevos cuentos.* Madrid. Librería de Hernando.

Campos, Jorge. (1957), «El movimiento romántico: la poesía y la novela» en *Historia general de las literaturas hispánicas.* Guillermo Díaz-Plaja (ed) Barcelona. Editorial Barna.

Cano Malagón, María Luz (1989) *Patricio de la Escosura. Vida y obra literaria.* Valladolid. Universidad de Valladolid.

Cantero García, Víctor. (2000) «Una aproximación a la figura literaria de Eugenio de Ochoa: Estudio de su práctica dramática y análisis de su actividad como crítico teatral», *Epos*, XVI: 77-196.

Cantos Casenave, Marieta. (1997) «La recreación de la naturaleza en los cuentos de Fernan Caballero: lo pintoresco.» *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo.* 4-5: 59-79

____ (1998) «La apuesta por el relato breve, o sobre algunas preferencias de los lectores dieciochescos» *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo.* 6: 41-49.

____ (1999) «Las *Leyendas y novelas jerezanas* de José Miguel Hue y Camacho: entre la historia, la memoria y la ficción» *IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: Historia, Memoria y Ficción.* Cádiz. Universidad de Cádiz: 49-61.

____ (1998) «Los cuentos de Fernán Caballero: una visión poética de la realidad» *Actas del encuentro Fernán Caballero, hoy: homenaje en el bicentenario del nacimiento de Cecilia Böhl de Faber 1996*. Milagros Fernández Poza, Mercedes García Pazos (eds) El Puerto de Santa María. Ayuntamiento.107-126

____ (1999) «De delectare et prodesse y otros propósitos periodísticos: los casos de *La pensadora gaditana* (1763), la *Anatomía de Ociosos* (1763) y el *Correo de Madrid o de los Ciegos* (1786)» *Cuadernos de Ilustración y Romanticistimo*. 7: 55-74.

____ (1999) *Juan Valera y la magia del relato decimonónico.* Cádiz. Ayuntamiento de Cabra.

____ (2002) «El cuento en el siglo XVIII: una propuesta para el rescate y estudio de un género olvidado». *Cuadernos Dieciochistas*. 3: 113-132.

____ (2002) «El discurso de Frasquita Larrea y la politización del Romanticismo» *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*. 10: 3-13.

____ (2004) «La mujer en el Cádiz de las Cortes: entre la realidad y el deseo». *Mujer y Deseo* María José de la Pascua, María del Rosario García Doncel y Gloria Espigado. Cádiz. 91-101

____ (2006) «Vasallos y ciudadanos en los cuentos españoles entre la Ilustración y el Romanticismo», *Nación y Constitución. De la Ilustración al Liberalismo*, ed. Cinta Canterla, Sevilla: Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía / Universidad Pablo de Olavide / Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII: 345-363.

____ (2006) «La importancia de la opinión pública en el periódico la *Abeja Española*» *Redes y espacios de opinión pública : de la Ilustración al Romanticismo : Cádiz, América y Europa ante la Modernidad : 1750-1850*. Marieta Cantos Casenave (ed). Cádiz. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz: 123-136.

Cantos Casenave, Marieta (ed) (1997) *Cuentos gaditanos*. Cádiz. Diputación provincial

____ (2005) *Antología del cuento español del siglo XVIII*. Madrid. Cátedra.

Carnero, Guillermo. (1978) *Orígenes del. romanticismo reaccionario español : el matrimonio Bohl de Faber*. Valencia. Universidad de Valencia. 1978

———(1983) *La cara oscura del siglo de las luces*. Madrid. Fundación Juan March y Cátedra.

____ (1995) *La novela en el último tercio del XVIII y comienzos del XIX. Vicente Martínez Colomer, Gaspar Zavala y Zamora*. En *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*. Director de la obra: Victor García de la Concha. Coordinador del volumen: Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe. 2: 960-968.

____ (1995) «La novela española del siglo XVIII» *Anales de Literatura Española*. 11. Serie monográfica 1.

____ (1996) «La novela epañola del siglo XVIII. Estado de la cuestión» *Razón tradición y modernidad: re-visión de la Ilustración hispánica*. Madrid. Tecnos: 23-52.

____ (1998) «El *Remedio de la Melancolía y Entretenimiento de las Náyades*: narrativa, miscelánea cultural y juegos de sociedad en las colecciones españolas de fines del XVIII y principios del XIX» en *I Congeso Internacional sobre Novela del XVIII*. Almería. Universidad de Almería: 25-42.

Carnero, Guillermo. (coord) (1995) *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*. Director de la obra: Victor García de la Concha. Coordinador del volumen: Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe. Dos volúmenes.

-(1997) *Historia de la literatura española. Siglo XIX. Volumen 1*. Director de la obra: Victor García de la Concha. Coordinador del volumen: Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe.

Carnicer, Ramón. (1963) *Vida y obra de Pablo Piferrer*. Madrid. C.S.I.C. Aldus

Carrillo y Sotomayor, Luis. (1613), *Obras de Don Luis Carrillo*. Madrid. Luis Sánchez.

Carvallo, Luis Alfonso de. (1602), *Cisne de Apolo*. Medina del Campo. Juan Godínez de Millis.

Casas, Elena (ed). (1980), *La Retórica en España*. Madrid. Editora Nacional.

Cascales, Francisco de. (1779) *Tablas poéticas*. Madrid. Antonio de Sancha.

Castellano Marchena, Esther, y Luciano Díaz Almeida. (2003) «Literatura fantástica española en el siglo XIX: reflexiones sobre algunos cuentos», *Boletín Millares Carlo*, 22: 237-245.

Castro, María A. (2003) «Goya: Fuente de inspiración en la narrativa de Mesonero Romanos», *Hispania (AATSP)*, 86.4: 742-750

Céspedes, Baltasar de. (1784) *Discurso de las letras humanas, llamado «El humanista» que según D. Nicolás Antonio escribió en el año 1600 D. Baltasar de Céspedes, [...] que sale a la luz la primera ves por D. Santos Diez Gonzalez*. Madrid. Antonio Fernández.

Colacicchi, Paola. (2001) P*resenza del Fantastico nella Narrativa spagnola dell'Età romántica*. Bologna. Il Capitello del Sole.

Cotarelo y Mori, Emilio. (1930) *La Avellaneda y sus obras. Ensayo biográfico y crítico*. Madrid. Tipografía de Archivos.

Cuenca, Luis Alberto de. (1984) «Lla literatura fantástica del siglo XVIII» Cuadernos Hispanoamericanos. 410: 107-118

El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados, (2001) ed. Jaume Pont, Lleida, Edicions Universitat de Lleida.

Cuentos fantásticos del siglo XIX. (España e Hispanoamérica), (2003) ed. David Roas, Madrid, Mare Nostrum Comunicación.

Charques Gámez, Rocío. (2005) «¿Un cuento antirromántico de Juan Eugenio Hartzenbusch?», *Anales de Literatura Española*, 18 (Serie monográfica, nº 8): *Romanticismo español e hispanoamericano. Homenaje al profesor Ermanno Caldera*, ed. Enrique Rubio Cremades, Universidad de Alicante: Área de Literatura Española: 89-96.

Chaves, Manuel. (1896) *Historia y Bibliografía de la Prensa Sevillana*. Sevilla. Imprenta de Rosco.

Checa Beltrán, José. (1988) «Una retórica enciclopedista del siglo XVIII: *La Filosofía de la Elocuencia* de Capmany» *Revista de Literatura*. 99: 61-89.

____ (1991) «La crítica literaria periodística en los años de *El Pensador*». *Estudios de historia social*. 52-53: 121-.

____ (1994) «El debate literario español en el prólogo del Romanticismo. (1782-1807) *Revista de Literatura*. LVI (112): 391-416.

____ (1996) «Teoría literaria» en *Historia Literaria del Siglo XVIII*. Trotta. Madrid. 1996.

____ (1998) *Razones del buen gusto (Poética española del Neoclasicismo)* Madrid. CSIC

Chevalier, Maxime. (1980) «Cuento folklórico y literatura en el siglo XIX» *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Roma. I: 325-333.

____ (1983) *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*. Barcelona. Editorial Crítica.

____ (1983) «*El cautivo*: entre cuento y novela» *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XXXII: 403-411.

____ (1999) *Cuneto tradicional, cultura, literatura(siglos XVI-XIX)*. Salamanca. Universidad de Salamanca.

Deacon, Philip. (1986) «La libertad de expresión en España en el período precedente a la revolución francesa.» *Estudios de Historia Social*. 36-37: 17-21.

Díaz Larios, Luis F. (2001) «Notas para una poética del cuento romántico en verso (alguno ejemplos)» *Scriptura*, 16: 9-24

Diccionario de autoridades. (1964) Edición facsímil. Madrid. Gredos.

Diccionario de la lengua Castellana. Compuesto por la Real Acdemia Española. (1803) Quarta edición. Madrid. Viuda de Joaquín Ibarra.

Diccionario de la lengua española. *Real Academia Española*. (1992) Vigésimoprimera edición. Madrid. Espasa-Calpe.

Diccionario enciclopédico de la lengua española. (1853) Madrid. Imprenta y librería de Gaspar y Roig. 2 tomos (Tomo 1 1853 y tomo II 1855)

Díez de Revenga, Francisco Javier. (2006) «Literatura española de terror: leyendo algunos relatos breves verdaderamente estremecedores», *Verba hispanica,* XIV: 77-93.

Diez Taboada, María Paz. (1988) «Tema y leyenda en *El Lago de Carucedo* de Enrique Gil y Carrasco» *Revista de Dialectología y Tradiciones populares*. 43: 227-238.

Eichenbaum, B. (1980) «Sobre la teoría de la prosa» en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos.* Madrid. Siglo Veintiuno.

Enciso Recio, Luis Miguel. (1956) *Nipho y el periodismo español del Siglo XVIII*. Valladolid. Universidad de Valladolid.

____ (1991) «Nipho y los comienzos de la prensa diaria en el continente europeo.» *Estudios de historia social.* 52-53: 151-169.

Erlich, Victor. (1974) *El formalismo ruso.* Barcelona. Seix Barral. Biblioteca Breve.

Escobar, José. (1995) «Costumbrismo y novela: el costumbrismo como materia novelable en el siglo XVIII» *Ínsula.* 546: 17-19.

Ezama Gil, Angeles. (1992) *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*. Zaragoza. Editorial de la Universidad de Zaragoza.

-(1995)«El relato breve en las preceptivas literarias decimonónicas» *España contemporánea.* 8,2. 41-51.

-(1997) «El cuento» en *Historia de la literatura española. Siglo XIX (I).* (ed) Guillermo Carnero. Madrid. Espasa-Calpe. 736-747.

Fernández Clemente, Eloy y Carlos Forcadell. (1979) *Historia de la prensa aragonesa*. Zaragoza. Guara.

Fernández García, Antonio. (2004) *Mesonero Romanos y el «Semanario Pintoresco Español»*, Madrid, Imprenta Municipal.

Fernández Guerra, Aureliano. (S.A.) *Hartzenbusch, estudio biográfico-crítico.* Imprenta de la compañía de impresores y libreros. Madrid.

Fernández Insuela, Antonio. (1991) «Notas sobre la narrativa breve en las publicaciones periódicas del Siglo XVIII: estudio de La Tertulia de la Aldea.» *Estudios de historia social***.** 52-53: 181-194.

____ (1996) «Textos para la historia del cuento tradicional en el siglo XVIII» *Homenaje a Francisco Aguilar Piñal. Madrid. CSIC:* 337-346.

Ferrer del Río, Antonio. (1846) *Galería de la literatura española.* Establecimiento tipográfico de Francisco de Paula Mellado. Madrid.

Ferreras, Juan Ignacio. (1973) *Los orígenes de la novela decimonónica.* Madrid Taurus.

____ (1976) *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica.* Madrid. Taurus.

____ (1979) *Apuntes para un catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Madrid. Cátedra.

____ (1987) «La novela española en el siglo XIX (hasta 1860)» *Historia crítica de la literatura hispánica.* Nº 16. Madrid. Taurus.

Figuerola, M. Carme. (2006) «Sobre algunas traducciones de Valentine, de George Sand», *Traducción y traductores, del Romanticismo al Realismo. Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona, 11-13 de noviembre de 2004)*, ed. Fancisco Lafarga y Luis Pegenaute, Bern: Peter Lang:129-141.

Flitter, Derek. (1995) *Teoría y crítica del romanticismo español.* Cambridge. Cambridge University Press.

Flor, Fernando R. de la (1985) «Poética y polémicas en el *Semanario erudito y curioso de Salamanca*» *Castilla.* 9-10: 129-142

Forner, Juan Pablo (1844) «Sátira sobre la literatura chapucera del tiempo presente» en *Obras de Juan Pablo Forner, recogidas y ordenadas por D. Luis Villanueva.* Madrid.

Fradejas Lebrero, José. (2004) *Biografía de Juan Eugenio Hartzenbusch*, Madrid, Imprenta Municipal.

Freire López, Ana María. (1995) «Prensa y creación literaria en el XVIII español» *Epos*. 11: 207-222.

Fuentes, Juan Francisco. (1991) «*El censor* y el público» E*studios de historia social.* 52-53: 221-230.

Fuentes, Juan Francisco y Javier Fernández Sebastián. (1997) *Historia del periodismo español.* Madrid. Síntesis.

Galván González, Victoria. (2005) «Luces y sombras en la obra narrativa de Antonio Ros de Olano». *Artifara*, 5

Gallego Burín, Antonio. (1912) *El marqués de Molins: su vida y su obra.* Albacete.

García Berrio, Antonio y Javier Huerta Calvo. (1992), *Los géneros literarios. Sistema e Historia.* Madrid. Cátedra.

García Castañeda, Salvador. (1964) «Una revista romántica: El *Observatorio pintoresco* de 1837» *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.* 1964: 337-359.

____ (1968) «*El Pensamiento* de 1841 y los amigos de Espronceda» B*oletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 1968: 329-353.

____ (1971) *Las ideas literarias de España entre 1840 y 1850*. Berkeley. University of California Press.

____ (1979) *Miguel de los Santos Álvarez. Romanticismo y poesía.* Madrid. SGEL.

____ (2001) «La presencia de Cádiz en la obra de Telesforo de Trueba y Cossío (1799-1835)», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 9: 3-28.

García Garrosa, María Jesús. (1992) «Valladares, adapatador de Marmontel». Una nueva versión española de los *Contes moraux*» *Investigación franco-española.* 2: 71-80.

____ (1995) «Mujeres novelistas españolas en el siglo XVIII» *I Congreso Internacional sobre la novela del siglo XVIII.* Almería. Servicio de publicaciones de la Universidad de Almería: 163-176.

____ (1996) «Trigueros traductor de Mercer: sobre el origen de un relato de Mis Pasatiempos» *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal,* Madrid. CSIC: 391-397.

García Lara, Fernando. (1991) «Noticias en la prensa dieciochesca del fenómeno romántico» *Estudios de historia social.* 52-53: 231-238.

García Pozuelo, Salvador. (2001) «Fernán Caballero y su personal tratamiento del cuento folklórico y del cuento literario», *Romper el Espejo: La Mujer y la Transgresión de Códigos en la Literatura Española: Escritura. Lectura. Textos (1001-2000). III Reunión Científica Internacional (Córdoba, diciembre 1999)*, ed. María José Porro Herrera, Cordoba, Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones: 211-223.

Gies, David T. (1988) «Larra, La Galería Fúnebre y el gusto por lo gótico». *Romanticismo* 3-4: 60-68

____ (1997) *El Teatro en la Espña del siglo XIX*. Cambrigde University Press.

Gies, David T. (ed) (1989) *El Romanticismo.* Madrid. Taurus. El escritor y la crítica.

Gil Novales, Alberto. (ed) (1983) *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América latina.* Madrid. Universidad Complutense.

Gine, Marta y Palacios, Concepción (2005) *Traducciones españolas de relatos fantásticos franceses, de Cazotte a Maupassant.* Barcelona. PPU.

Ginger, Andrew. (2000) *Antonio Ros de Olano's Experiments in Post-Romantic Prose (1857-1884): Between Romanticism and Modernism*, Lewiston, Queenston, Lampeter, The Edwin Mellen Press.

Girgado, Luis Alonso. (1993) *Crónica de una muerte anunciada. Guía de lectura.* La Coruña. Tambre.

Gómez Aparicio, Pedro. (1967) *Historia del periodismo español. Desde la «GACETA DE MADRID hasta el destronamiento de Isabel II.* Madrid. Editora nacional.

Gomez Hermosilla, José. (1826) *Arte de hablar en prosa y verso*. Madrid. Imprenta Real.

Gómez Rea, Javier. (1978) «Las revistas teatrales madrileñas. (1790-1930)» *Cuadernos Bibliográficos.* 32: 65-140.

Gonzalez Ollé, Fernando. (1995) «Arte de hablar en prosa y verso», de Gómez Hermosilla, principal retórica del Neoclasicismo» *Voz y Letra. Revista de Filología.* 6. (2): 3-20.

González Palencia, Angel. (1934-41) *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España 1808-1833*. Madrid. Tipografía de Archivos.

Gónzalez Herrán, José Manuel (2002) «Artículos/cuentos en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán» *Actas del II coloquio de la Sociedad Española del Siglo XIX»* Barcelona. Universidad: 209-227.

González Troyano, Alberto. (ed) (1985) Estébanez Calderón, Serafín. *Escenas Andaluzas*. Madrid. Catedra.

Guinard, P. J. (1973) *La presse espagnole de 1737 a 1791. Formation et signification d'un genre.* Paris. Centre de Recherches Hispaniques.

Gullón, Ricardo. (1989) *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*. León. Breviarios de la calle del Pez.

Gutiérrez Díaz-Bernardo, Esteban. (2003) *El cuento español del siglo XIX*, Madrid, Ediciones del Laberinto

Guzmán, Juan de (1589), *Retórica.* Alcalá de Henares. Juan Íñiguez de Lequerica.

Hartzenbusch, Juan Eugenio. (1874), *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1561 al 1870.* Madrid. Rivadeneyra.

Hernández Franco, Juan. (1979-80) «El Diario de Murcia: Estudio analítico-social de un periódico ilustrado.» *Anales de la Universidada de Murcia. Filosofía y Letras.* 38 (4): 49-64.

Hernández Valcárcel, Carmen. (2002) *El cuento español en los Siglos de Oro.* Murcia. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.

Hernández Valcárcel, Carmen. (ed) (1997) *El cuento medieval español.* Murcia. Servicio e publicaciones de la Universidad de Murcia.

Herrero, Javier. (1963) *Fernán Caballero: un nuevo planteamiento.* Madrid. Gredos.

____ (1971) *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* Madrid. Edicusa.

____ (1988) «Terror y literatura; ilustración, revolución y los orígenes del movimiento romántico.» *La literatura española de la Ilustración: Homenaje a Carlos III.* Universidad Complutense. Madrid: 131-153.

Hurtado Díaz, Amparo. (2006) «José Somoza, traductor», *Traducción y traductores, del Romanticismo al Realismo. Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona, 11-13 de noviembre de 2004)*, ed. Fancisco Lafarga y Luis Pegenaute, Bern: Peter Lang: 259-269

Iranzo, Carmen. (1978) *Juan Eugenio Hartzenbusch*. Boston. Twayne.

Jaus, Hans Robert. *La literatura como provocación.* Madrid. Península.

Jiménez Patón, Bartolomé. (1604), *Elocuencia española en arte.* Toledo. Thomas de Guzmán.

Jiménez Serrano, José. (1845) «Bosquejo histórico de la Literatura española en el Siglo XIX» *El Pasatiempo.* Granada. 1: 2.

Jover Zamora, José María. (1981) *Historia de España. Tomo XXXIV: La era isabelina y el sexenio democrático. (1834-1874).* Fundada por Ramón Menéndez Pidal. Madrid. Espasa-Calpe.

Jurechtske, Hans. (1989) *Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXXV. La época del romanticismo. (1808-1874)* Dos volúmenes. Madrid. Espasa-Calpe.

Kirkpatrick, Susan. (1991) *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España. 1835-1850*. Madrid. Cátedra.

Krömer, Wolfram. (1979) *Formas de la narración breve en las literaturas románicas hasta 1700*. Madrid. Gredos.

Lacarra, María Jesús (ed) (1999) *Cuento y novela corta en España.* Barcelona. Crítica.

Laguna Platero, Antonio. (1991) «El periodismo español en el siglo XVIII. ¿Qué periodismo? El caso del *Diario de Valencia*.» *Estudios de historia social.* 52-53: 283-294.

Le Gentil, Georges. (1909) L*es revues littéraires de l'Espagne pendant la premiere moitié du XIXº siecle. Aperçu bibliographque*. Paris. Hachette.

Logan, Dawn. (1943) «An index of *El Laberinto* a Spanish literary periodical» *Bulletin Hispanique* XXXVI: 159-179.

López Bueno, Begoña. (1972) *La «Floresta Andaluza». Estudio e índice de una revista sevillana (1843-1844)* Sevilla.

López Delgado, Juan Antonio. (1993) *El General Ros de Olano.* 2 vols. Murcia.

____ (2003) «Una balada inédita de Ros de Olano», *Epos*, XIX: 295-301.

____ (2006) «Ros de Olano y Cataluña», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1: 9-98.

López Molina, Luis. (1985) «El lenguaje de Estébanez. Perfil de un costumbrista» *Homenaje a Alvaro Galmés de Fuentes*. Gredos. Madrid. 2.

López Pinciano, Alonso. (1596), *Philosophia antigua poética.* Madrid. Thomas Iunti.

López Sanz, Genoveva Elvira, (2005) *El relato breve de ficción en la prensa de Madrid (1838-1842)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002. (Servicio de Publicaciones, 1 CD-ROM).

Lozano Miralles, Rafael. (1988) «La prosa narrativa en *El Artista*» *Romanticismo 3-4*

Llorens, Vicente. (1979a) *Liberales y Románticos.* Madrid. Castalia

-(1979b) *El Romanticismo español.* Madrid. Fundación Juan March y Editorial Castalia.

Marchena, José. (1896), *Obras literarias de José Marchena. (El Abate Marchena).* Sevilla. Imprenta de Rosci.

Marrast, Robert. (1989) *José de Espronceda y su tiempo. Literatura, sociedad y política en tiempos del Romanticismo.* Barcelona. Editorial Crítica.

Martí, Casimiro. (1987) «Afianzamiento y despliegue del sistema liberal» en *Historia de España. Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo. 1834-1923*. . Tuñon de Lara, Manuel (dir.) Barcelona. Labor.

Martínez Martín, Jesús. (1991) *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid. CSIC.

Mas Galvañ, Cayetano. (1986-87) «Periodismo ilustrado en Murcia. *El Correo Literario*. (1792-1795)» *Revista de Historia Moderna.* 6-7: 151-167.

Mata Induráin, Carlos. (2002) *Doce estudios sobre Navarro Villoslada: semblanza y obras literarias*, Viana, Ayuntamiento de Viana.

Mayans y Siscar, Gregorio. (1757), *Rethórica.* Valencia. Herederos de Gerónimo Conejos. 2 tomos.

-(1972) *Vida de Miguel de Cervantes*. Edición, introducción y notas de Antonio Mestre. Madrid. Espasa-Calpe.

Méndez Robles, Pedro Salvador. (2006) «Las traducciones de Jésus-Christ en Flandre de Balzac, del Romanticismo al Realismo», *Traducción y traductores, del Romanticismo al Realismo. Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona, 11-13 de noviembre de 2004)*, ed. Fancisco Lafarga y Luis Pegenaute, Bern: Peter Lang: 287-300.

_____ (2006) «Eugenio de Ochoa, traductor de Balzac: observaciones sobre una versión de *Jésus-Christ en Flandre*», *Anales de Filología francesa*, 14: 175-186.

Menéndez Pelayo, Marcelino. (1907) «Cuentos y novelas cortas» en *Orígenes de la novela.* Tomo III. Santander. Aldus. Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. 1943.

——(1949) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega.* Tomo III. Santander. Aldus. Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo.

Mesonero Romanos, Ramón de. (1967) *Memorias de un setentón.* en *Obras*. Ed de Carlos Secos Serrano. Madrid. Atlas. BAE.

Miralles, Enrique. (1995) «Escritoras románticas de la revista barcelonesa *El Genio* (1844-1845), con algunas notas biograficas sobre Victor Balaguer» *Salina. Revista de lletres* 9: 57-66

Miró Martí, **Oriol**. (2004) «La imaginación herida reconstruye lo que fue: Pablo Piferrer como recopilador de leyendas catalanas tradicionales» (Biblioteca Miralles)

Molina Porras, Juan (ed) (2006). *Cunetos fantásticos en la España del Realismo.* Madrid. Cñatedra

Monlau, Pedro Felipe. (1856) *Diccionario etimológico de la lengua castellana.* Madrid. Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.

Montesinos, José F. (1961) *Fernán Caballero. Ensayo de justificación.* México. El Colegio de México.

____ (1965) *Costumbrismo y novela.* Madrid. Castalia.

____ (1982) *Introducción a una Historia de la novela española en el Siglo XIX*. Madrid. Castalia.

Morales Sánchez, Isabel. (1999) «Teoría del artículo periodístico en la España del siglo XIX» *Castilla.* 24: 148.

____ (2000) *La novela como género: tradición y renovación en la teoría literaria del siglo XIX*. Cádiz. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Mut Calafell, Antonio. (2003) *Josep Maria Quadrado, un arxiver del segle XIX a Mallorca*, Palma: Consell de Mallorca, Departament de Cultura.

Navas Ruiz, Ricardo. (1982), *El Romanticismo español.* Madrid. Cátedra.

Nombela, Julio. (1976) *Impresiones y recuerdos.* Madrid. Tebas

Nuevo diccionario de la lenguas castellana, por D.R.B. (1867) París. Librería de Rosa y Bouretes.

Nuñez, Teresa. (1988) «La prensa periódica de Barcelona en el siglo XVIII. Prensa erudita, gacetas y pronósticos.» *Manuscrits. Revista d'Historia moderna.* 7: 241-261.

Olalla Real, Ángeles. (1989) *La magia de la razón (Investigación soibre los cuentos de hadas)* Granada. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.

Olives Canals, Santiago. (1957) *Bergnes de las Casas. Helenista y editor.1801-1879*. Barcelona. CSIC.

Ozaeta Gálvez, María Rosario. (2002) «Eugenio de Ochoa, traductor de Hugo», *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, ed. Francisco Lafarga, Concepción Palacios y Alfonso Saura, Murcia, Universidad de Murcia: 419-436.

Palenque, Marta. (1987) «El Cisne, periódico semanal de literatura y bellas artes (Sevilla, 1838)» *Archivo Hispalense* 70 (213): 141-177

____ (1993) «La vida literaria en la Sevilla romántica» *El Gnomo* 2: 16-18.

____ (2002) «Carlos Frontaura, escritor y periodista: *El Cascabel*», *Escribir en España entre 1840 y 1876*, ed. Marie-Linda Ortega, Madrid, Visor Libros /Presses Universitaires de Marne-Le-Vallée: 163-200.

Palomo, María del Pilar. (1989) «Mesonero y Galdós (una vez más costumbrismo y novela) *Galdós. Centenario de «Fortunata y Jacinta» Actas.* Madrid. Universidad Complutense: 217-238.

____ (1996) «Texto e imagen en el *Semanario Pintoresco*; Mesonero y Alenza» *Romanticismo. 6. El costumbrismo romántico.* Roma. Bulzoni: 239-247

Patiño Eirín, Cristina. (2002) «Un romántico que anticipa el canon realista: Salas Quiroga y El dios del siglo», *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX, II Coloquio. La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX (Barcelona, 20-22 de octubre de 1999)*, Barcelona: Universitat de Barcelona / PPU:. 321-331.

____ (2004) «El dios del siglo, de Salas y Quiroga: encrucijada de folletín y novela», *Insula*, 693: 30

Pardo Bazán, Emilia. (1989) *La cuestión palpitante.* Edición de José Manuel González Herrán. Barcelona. Anthropos / Universidad de Santiago de Compostela.

Pavesio, Luisa (1988) «En torno a unas notas de Montesinos sobre el lenguaje de las Escenas Andaluzas de Estébanez Calderón». *Romanticismo* 4-4: 175-177.

Peñate Rivero, Julio. (1997). «El cuento literario y la teoría de los sistemas: propuestas para una posible articulación» *Teoría e interpretación del cuento.* Peter Frölicher y Georges Güntert (eds). Berna. Peter Lang: 47-65

Pedraza Jiménez, Felipe B. y Milagros Rodríguez Cáceres. (1982) *Manual de Litertura española. VI Época romántica.* Pamplona. Cenlit.

Peers, Edgar Allison. (1967), *Historia del movimiento romántico español.* Madrid. Gredos. 2 tomos.

____ (1989) «La palabra romanticismo en España.» en *El Romanticismo.* Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección «El escritor y la crítica».

Penas, Ermitas. (1993) «Discurso dramático y novela histórica romántica.» *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXIX: 167-193.

Pereira Gonzalez, Fernando. (1998) «Dos Ejemplos de "Prehistoria Imaginaria" en la Galicia Decimononica: Benito Vicetto y Leandro Saralegui y Medina» *Gallaecia* 17: 447-469

Pérez Magallón, Jesús. (1986-87) «Una teoría dieciochesca de la Novela y algunos conceptos de Poética» *Anales de Literatura Española.* 5: 357-376.

____ (1991) *En torno a las ideas literarias de Mayans.* Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Diputación de Alicante.

Perugini, Carla (1982), «La prosa narrativa romántica española. Cuento e novela» *Studi Ispanici.* 125-168.

____ (1985) «Il Fantastico nella letteratura spagnola del secolo XIX. I. Gli anni Trenta e Quaranta» *Studi Ispanici.*. 97-123.

____ (1987-1988) «Il Fantastico nella letteratura spagnola del secolo XIX. II. La seconda metà del secolo» *Studi Ispanici.125-150*

____ (1988), «Diabluras románticas. El diablo y su corte en la prosa narrativa romántica» *Romanticismo.* 3-4. 89-99.

Perugini, Carla (ed). (1991) *Antología del racconto romántico spagnolo*. Napoli. Edizione Scientifiche Italiane

Picoche, Jean-Luis. (1978) *Un romántico español : Enrique Gil y Carrasco*. Madrid. Gredos

____ (1988) «*Mil y una noches españolas*. (Madrid, 1845) Una colección poco conocida de cuentos históricos. Intención y realización». *Romanticismo* 3-4. 99-106

____ (1989) «¿Existe el romanticismo español?» en *El Romanticismo*. Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección El escritor y la crítica.

Pont, Jaume. (1989) «Sobre los cuentos estrambóticos de Antonio Ros de Olano» *Haciendo historia. Homenaje al profesor Carlos Seco*. Madrid. Universidad Complutense de Madrid.

____ (1992) «Mundo fantástico y visión alegórica en la narrativa de Antonio Ros de Olano» *Actas del X Congreso Internacional de Hispanistas*. Barcelona. 1041-1048.

____ (1996) «Género fantástico y grotesco romántico en *La noche de máscaras*, de Antonio Ros de Olano» *De lo grotesco*. Rosa de Diego y Lidia Vázquez (eds) Universidad del Pais Vasco/Diputación foral de Álava. 119-126.

____ (2001) «Claves expresivas de la ironía en la narrativa 'estrambótica' de Antonio Ros de Olano», *El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados*, ed. Jaume Pont, Edicions Universitat de Lleida: 57-88.

____ (2001) «Huérfanos y expósitos en la obra en prosa de Antonio Ros de Olano», *Historia social y literatura: Familia y clases populares en España (siglos XVIII-XIX). Primer Coloquio Internacional Acción Integrada Francoespañola*, Université Jean Monnet, Saint-Etienne, septiembre de 2000, ed. Roberto Fernández y Jacques Soubeyroux, Lleida, Ed. Milenio / Saint-Etienne, Université Jean Monnet : 231-254.

____ (2004) «Antonio Ros de Olano y la cosmovisión grotesca romántica: una poética de la narración», *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso, Newark, Del, Juan de la Cuesta Press, III: 435-444.

Pont, Jaume. (ed.) (1997) *Narrativa fantástica en el Siglo XIX. (España e Hispanoamérica)* Lérida. Editorial Milenio.

____ (1999) *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*. Lleida. Universitat de Lleida

Pontón, Gonzalo. (ed) (1999) *Desatinos y amoríos. Once cuentos españoles del siglo XVII*. Muchnick editores. Barcelona.

-(1999) *Prodigios y pasiones. Doce cuentos españoles del siglo XVII*. Muchnick editores. Barcelona.

Pozzi, Gabriela. (1995) «Fantasmas reales y misterios resueltos. Convenciones narrativas en los cuentos fantásticos de *El Artista* (1835-1836)» *España contemporánea*. 8,2, 75-87.

La prensa española durante el Siglo XIX. (1987) Almería. Instituto de estudios almerienses.

Pupo-Walker, Enrique. (ed). (1973) *El cuento hispanoamericano ante la crítica*. Madrid. Castalia.

Rahola, Federico. (1892) *Don Francisco de Orellana, Literato, Economista. Discurso necrológico*. Barcelona.

Randolph, Donald A. (1966) *Eugenio de Ochoa y el Romanticismo español*. Berkeley y Los Angeles. University of California Press.

____ (1972) *Don Manuel Cañete, cronista literario del Romanticismo y del Posromanticismo en España*. Chapel Hill. North Carolina University Press.

Ramos Santana, Alberto. (1987) *Prensa gaditana (1763-1936)* Cadiz. Diputación provincial.

Renales, Juan. (1989) «El celtismo de Benito Vicetto» *Revista de filologia románica* 6: 325-343.

____ (1998) «Más sobre Valle-Inclan y Benito Vicetto» Madrygal. *Revista de Estudios Gallegos* 1: 91-96

Reyes, Gabriela (ed) (1989), *Teorías literarias en la actualidad.* Ediciones El Arquero. Fundación José Ortega y Gasset. 1989.

Río, Angel del (1982) *Historia de la literatura española.* Barcelona. Bruguera. 2 tomos

-(1989) «Tendencias actuales en el renacimiento y estudio del romanticismo español» en *El Romanticismo.* Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección El escritor y la crítica.

Ríos, José Amador de los. (1861) *Historia crítica de la literatura española.* Madrid. Imprenta de José Rodríguez. 7 tomos.

Risco, Vicente. (1982) *Literatura y Fantasía.* Madrid. Taurus.

____ (1987) *Literatura fantástica de Lengua Española.* Madrid. Taurus.

Roas, David. (1997) «La crítica y el relato fantástico en la primera mitad del siglo XIX». *Lucanor.* 14. 79-109.

____ (1999) «Voces del otro lado: el fantasma en la narrativa fantástica» *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, 93-110.

____ (2001) «La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX». Barcelona. Universida Autónoma de Barcelona.

____ (2002) «El género fantástico y el miedo» *Quimera: Revista de literatura* 218-219: 41-45.

____ (2002) *Hoffmann en España. Recepción e influencias.* Madrid. Biblioteca Nueva.

____ (2006) *De la maravilla al horror. Los incios de lo fantástico en la cultura española (1750-1860).* Pontevedra. Mirabel Editorial.

Roas, David. (ed) (2001) *Teorías de lo fantástico.* Madrid. Arcolibros.

____ (2002) *El castillo del espectro. Antología de relatos fantásticos españoles del siglo XIX.* Selección y prólogo de David Roas. Barcelona. Círculo de lectores.

____ (2003) *Cuentos fantásticos del siglo XIX (España e Hispanoamérica).* Madrid. Marenostrum

Roca de Togores, Mariano. (2005) *La obra periodística de D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins: artículos no coleccionados en sus obras*, ed Juan Belmonte García, Diputación de Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel.

Rodríguez de la Flor, Fernando. (1988) *El Semanario Erudito y Curioso de Salamnca (1793-1798).* Salamanca. Dipitación provincial.

Rodríguez Gutiérrez, Borja. (1998) «La Visión de Cantabria en una revista romántica: Semanario Pintoresco Español (1836-1857)» *Altamira. Revista del Centro de Estudios Montañeses.* LIV: 167-185

____ (1999) «La pervivencia del romanticismo literario en Cantabria: *Tradiciones cantábricas* de Gonzalo de la Torre Trasierra (1898) y *Narraciones cántabras* de Evaristo Rodríguez de Bedia (1905)» *Altamira. Revista del Centro de Estudios Montañeses.* LV: 231-244.

____ (2000) «El tema del viaje en los cuentos publicados en las revistas románticas españolas.(1832-1857)» *Ferrán. Revista del I.E.S. Jaime Ferrán.* 18: 89-100.

____ (2000) «Cuento y drama romántico: *El Lago de Carucedo*» *Hispanic Journal.* 21 (2): 501-514.

____ (2001) «Cuentos morales en los periódicos dieciochescos» *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo.* 9: 121-134.

____ (2001) «La narración breve en tres revistas románticas. *Observatorio Pintoresco* (1837), *El Panorama* (1838-1841), *La Alhambra* (1839-1843)» *Philología Hispalensis*. XV:189-208

____ (2001) «Cuentos en el *Correo Literario y Económico de Sevilla*. 1803-1808». *Archivo Hispalense*. 2001. LXXXIV.(255): 87-106.

____ (2002) «Dos narraciones románticas del siglo XVIII» *Dieciocho*. 25 (1): 121-142.

____ (2002) «Conformismo social y misericordia del soberano: Cuentos del buen gobierno (1787-1808)» *Trienio*. 40: 43-66.

____ (2003) «La literatura de viajes en cinco revistas literarias madrileñas de la década de 1840». *Torre de los Lujanes*. 50: 67-84.

____ (2003) «Lacrimosidad, panteísmo egocéntrico, amor loco, ansias de la muerte y fastidio universal en cuentos de la prensa del XVIII.» *Dieciocho*. 26 (1): 161-200.

____ (2003) «Los cuentos de la prensa romántica española. (1830-1850). Clasificación temática». *Iberoromania*. 57: 1-26.

____ (2003) «El cuento romántico en tres revistas de la década de 1840: *El Laberinto* (1843-1845), *Revista literaria del Español* (1845-1846) y *El Siglo Pintoresco* (1845-1848)» *Philologia Hispalensis*. XVII: 209-231

____ (2003) «Cuentos *en* la Alhambra» *Cuadernos de la Alhambra*. 39: 109-121.

____ (2004)«*El Artista* arrepentido: *El Renacimiento* de 1847» *Voz y Letra*. Madrid. XV/1. 78-98.

____ (2004) *Historia del Cuento Español. 1764-1850*. Madrid-Frankfort. Iberoamericana-Vervuert.

____ (2004) «Una revista jienense: *El Crepúsculo* (1842). Estudio, índice y antología». *Boletín del Instituto de Estudios Jienenses*. 189: 417-469.

____ (2004) «Breve historia del cuento español (1764-1850)» *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. LXXX: 35-65.

____ (2004) «Cuentos en el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857). *Voz y Letra*. XV(2): 69-88.

____ (2005) «Los cuentos románticos de Pedro de Madrazo». *Aula de letras*. Nº 0: 62-65.

____ (2005) «Sobre el relato breve y sus nombres. Evolución de la nomenclatura española de la narración breve desde el renacimiento hasta 1850.» *Revista de Filología Románica* 22: 143-160

____ (2005) «Los cuentos del Artista. 1835-1836» *Hispanic Journal*. XXVI.

____ (En prensa) «Pedro de Madrazo y Kuntz». D*iccionario de Críticos Literarios Españoles del Siglo XIX*. Universidad de Mannheim.

Rodríguez Gutiérrez, Borja. (ed) (2004) Pedro de Madrazo y Kuntz. *Cuentos*. Edición e introducción de Borja Rodríguez Gutiérrez. Santander. Universidad de Cantabria.

____ (2007) *Antología del cuento del siglo XVIII*. Edición, introducción y notas de Borja Rodríguez Gutiérrez. Madrid. Akal.

____ (En prensa) *Antología del Cuento Romántico*. Edición, selección y notas de Borja Rodríguez Gutiérrez. Madrid. Biblioteca Nueva

Rodrigo Mancho, Ricardo. (2000) «Una nueva novela para el siglo XVIII: *Cartas de Eugenio, Gerardo y Leandro* (Valencia, 1797)» *Dieciocho*: 53-70.

Rokiski Lázaro, Gloria. (1987) «Apuntes biobibliográficos de José María Carnerero» *Cuadernos Bibliográficos*. 47: 137-155.

____ (1989) *Cartas Españolas. Madrid. 1831-1832. Estudio preliminar e índices*. Barcelona. ETD Micropublicaciones.

Romero Tobar, Leonardo. (1970) «*El Siglo*, revista de los años románticos» *Revista de Literatura*. 34: 15-29.

____ (1975) «Textos inéditos de escritores españoles del XIX relacionados con la censura gubernativa» *Cuadernos Bibliográficos*. 32. 89-108.

____ (1975) «Sobre censura de periódicos en el siglo XIX. Algunos expedientes gubernativos de 1832 a 1849» *Homenaje a Don Agustín Millares Carlo.* Las Palmas. I: 465-500

____ (1983) «Mesonero Romanos, entre costumbrismo y novela» *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. 20: 243-259.

____ (1987) «Prensa periódica y discurso literario en la España deñ siglo XIC» *La presna española durante el siglo XIX. I jornadas de especilasuras en prensa regional.* Almería. Instituto de Estudios Almerienses: 93-103.

____ (1990) «Relato y grabado en las revistas románticas: los incios de una relación» *Voz y letra.* I (2): 157-170

____ (1994) *Panorama crítico del romanticismo español.* Madrid. Castalia.

____ (1995), «Sobre la acogida del relato fantástico en la España romántica», en *Teoría e interpretación del cuento*, (ed) Peter Frölicher y Georges Güntert. Berlín. Peter Lang. Colección "Perspectivas hispánicas". 223-237.

Ros de Olano, Antonio. (1980) *Cuentos estrambóticos y otros relatos*. Edición de Enric Cassany. Barcelona. Laia.

Rubio Cremades, Enrique. (1986-87) «La Crónica, revista literaria de 1844-1845» *Anales de Literatura Española.* 5. 461-477.

____ (1994) «El artículo de costumbres o sátira quae ridendi corrigit mores.» *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 70. 147-167.

____ (1995) *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y el Semanario Pintoresco Español.* Alicante. Instituto Juan Gil-Albert.

____ (1997) «La novela histórica del Romanticismo español» *Historia de la literatura española. Siglo XIX (I).* Director de la obra: Victor García de la Concha. Coordinador del volumen: Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe. Pp 610-642

____ (2000) *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y el "Semanario Pintoresco Español"*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.

____ (2001) «Afinidades entre el género cuento y el cuadro de costumbres: Carlos Frontaura», *El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados,* ed. Jaume Pont, Edicions Universitat de Lleida: 89-102.

Ruiz Lagos, Manuel. (1966) *El escritor Don José Somoza. (Ensayo literario sobre su vida y su obra)* Avila. Excelentísima Diputación Provincial de Avila. Temas abulenses.

Sáiz, María Dolores. (1983) *Historia del periodismo en España. 1. Los orígenes. El siglo XVIII.* Madrid. Alianza Universidad.

Sala Valldaura, José María. (1990) «La novela histórica (y fantástica). *Cristianos y Moriscos* de Estébanez Calderón» *Revista Hispánica Moderna.* 43: 147-159.

____ (1997) «Los recursos fantásticos y maravillosos en la narrativa de Estébanez Calderón» *Narrativa fantástica del siglo XIX*. Jaume Pont (ed). Barcelona. Milenio .

Salán Villasur, Ildefonso. (ed) (2001) *El esqueleto vivo y otros cuentos transtornados. Antología del relato fantástico español del siglo XIX*. Madrid. Celeste ediciones.

Salas Lamamie, María del Rosario. (1985) *Ros de Olano, un general literato romántico.* Madrid. Universidad Complutense.

Salas y Quiroga, Jacinto de. (2006) *Viages. Isla de Cuba (1840),* ed. facsimilar y estudio preliminar de Luis T. González del Valle, Biblioteca de la Cátedra de Cultura Cubana 'Alejo Carpentier' de la USC, 5: Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela.

Saltillo. Marqués de. (1931) «Un prócer romántico: El Conde del Campo de Alang» *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.* 3-23

Salvá, Vicente (1852) *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana.* Tercera edición corregida y mejorada. París-Méjico. Garnier Hermanos-José María Andrade.

Salvador, Emilia. (1974) «El nacimiento del *Diario de Valencia* (1790). Sus principales fundamentos como reflejo de la mentalidad de la época» *Estudis.* 2: 218-244.

Sampelayo, Juan M. (1959) *El Cínife. 1845*. Madrid. CSIC. Colección de índices de publicaciones periódicas.

Sánchez, Francisco. (1805), *Principios de Retórica y Poética.* Madrid. Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia.

Sánchez Álvarez-Insúa, Alberto. (2004) El *horror de Mesonero Romanos: "La Galería fúnebre" de Agustín Pérez Zaragoza*, Madrid, Imprenta Municipal.

Sánchez Aranda, José Javier y Carlos Barrera. (1992) *Historia del periodismo español desde sus orígenes hasta 1975*. Pamplona. Ediciones Universidad de Navarra S.A.

Sánchez García, María del Carmen. (1998) «Contextulaización de la preceptiva. La moralidad en la novela del siglo XVIII.» *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica.* 16: 185-201.

Sánchez Hita, Beatriz. (2003) «Prensa para mujeres en Cádiz después de 1791: el *Correo de las Damas* (1804-1807) y *El Amigo de las Damas* (1813)» *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo.* 11: 111-147.

Sánchez de León, María Ángeles. (2003) «Pedro de Madrazo (1816-1898): historiador, crítico y conservador del Patrimonio Artístico Español», *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, 5: 39-59.

Sanz Pérez, Celia. (2003) *Narrativa infantil francesa y española del siglo XIX, estudio comparativo de la obra de la Comtesse de Ségur y Fernán Caballero*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia.

Scarano, Laura R. (1990). «La voluntad ficcional en *Escenas Andaluzas* de Estébanez Calderón» *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.* LXVI: 139-154.

Schneider, Franz. (1927) «E.T.A. Hoffmann en España. Apuntes bibliográficos e históricos» *Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín (1875-1926)* Universidad Complutense. Madrid: 279-287.

Schurlknight, Donald E. (1992) «Spanish Romaticism and Manierism: Pedro de Madrazo. *Crítica Hispánica.* 14 (1-2): 115-124

Sebold, Russell. (1981) «Comedia clásica y escuela moderna en las Escenas matritenses de Mesonero Romanos» *Bulletin Hispanique* 83, 331-337.

____ (1983) *Trayectoria del romanticismo español.* Barcelona. Editorial Crítica.

____ (1985) *Descubrimiento y fronteras del neoclasicismo español.* Madrid. Fundación Juan March y Cátedra.

____ (1989) *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochesca.* Barcelona. Anthropos.

____ (1989) *Bécquer en sus narraciones fantásticas.* Madrid. Taurus.

____ (1989) «Sobre el nombre español del dolor romántico» en en *El Romanticismo.* Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección «El escritor y la crítica».

——(1992). *De ilustrados y románticos.* Madrid. El Museo universal.

——(1995). *Neoclasicismo y romanticismo dieciochesco.* en *Historia de la literatura española. Siglo XVIII.* Director de la obra: Victor García de la Concha. Coordinador del volumen: Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe. Volumen 1. Pp 137-208.

——(1998) «Fernán Caballero: entre cuento y cuadro de costumbres.» *Costumbrismo Andaluz* Joaquín Álvarez Barrientos y Alberto Romero Ferre, editores. Sevilla. Universidad de Sevilla: 181-196

Sebold, Russell (ed). (1982) *Gustavo Adolfo Bécquer*. Madrid. Taurus. El escritor y la crítica.

Segre, Cesare. (1985) *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona. Editorial crítica.

Selden, Raman. (1987) *La teoría literaria contemporánea*. Barcelona. Ariel.

Seoane, María Cruz. (1977) *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*. Valencia. Editorial Castalia/Fundación Juan March.

____ (1987) *Historia del periodismo en España. El siglo XIX*. Madrid. Alianza Editorial.

Shaw, Donald L. (1989) «La reacción anti-romántica en España» en *El Romanticismo*. Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección El escritor y la crítica.

Siebers, Tobin. (1989) *Lo fantástico romántico*. México. Fondos de Culturá Económica.

Sinclair, Allison. (1984) *Madrid Newspapers, 1661-1780. A computerized Hansbook based on the work of Eugenio Hartzensbuch*. Leeds. W. S. Many and Son.

Simón Díaz, José. (1946) *El Artista. Madrid. 1836-1837*. Madrid. C.S.I.C. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 1.

____ (1946) *El Alba. Madrid. 1838-1839*.Madrid. C.S.I.C. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 3.

____ (1946) *Semanario Pintoresco Español. Madrid. 1836-1857*. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 4.

____ (1946) «Vida y obra de F. Navarro Villoslada» *Revista de Bibliografía Nacional*. 7: 169-220

____ (1947) *Liceo Artístico y Literario. Madrid. 1838*. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 6.

____ (1947) *El Arpa del Creyente. Madrid. 1842*. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 7

____ (1947) *El Reflejo. Madrid. 1843*. Colección «Índices de publicaciones periódicas» Nº 9.

____ (1968) «*El Artista* y su continuador *El Renacimiento*» *Revista de Literatura*. XXIV: 15-29

____ (1980), *Manual de bibliografía de la literatura española*. Madrid. Gredos

____ (1980) «Fuentes de la literatura. Revistas. Archivos. Bibliografía general» en *Historia de la literatura española*. (ed) J.Mª Díez Borque. Madrid. Taurus.

Simon Palmer, María del Carmen. (1991) *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual Bio-bibliográfico*. Madrid. Castalia.

Simon Viola, Manuel. (1988) «La prosa de creación en Extremadura: de los narradores decimononicos a los prosistas del cambio de siglo» *Revista de Estudios Extremeños* 54 (1): 21-63

Solé Castells, Cristina. (2006) «Eugenio de Ochoa traductor de George Sand: *Leoni Leone* y *El secretario*», *Traducción y traductores, del Romanticismo al Realismo. Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona, 11-13 de noviembre de 2004)*, ed. Fancisco Lafarga y Luis Pegenaute, Bern: Peter Lang: 531-545.

Solís, Ramón. (1987) *El Cádiz de las Cortes*. Madrid. Sílex.

Somoza, José. (2002) *El risco de la Pesqueruela y otras prosas*, ed. José Luis Puerto, Valladolid, Castilla Ediciones (Raíces, 14).

Teoria e interpretación del cuento. (1997) Peter Frölicher y Georges Güntert, editores. Berna. Peter Lang. [2ª edición revisada]

Terreros y Pando, Esteban de. (1786) *Diccionario Castellano con las voces de Ciencias y Artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*. 4 tomos. Madrid.

Imprenta de la Viuda de Ibarra. 1786, 1787, 1788. Madrid. Imprenta de Benito Cano. 1793.

Timoneda, Juan de. (1979) *El Patrañuelo.* Madrid. Editorial Libra.

Todorov, Tzvetan.(ed) (1980) *Teoría de la literatura de los formalistas rusos.* México. Siglo XXI

***Todos los cuentos: Antología universal del relato breve*,** (2002) selección y notas de Gonzalo Menéndez Pidal, Elisa Bernis, Montserrat Amores y Francisco Rico, Barcelona, Planeta, 2 vols.

Tollinchi, Esteban. (1989), *Romanticismo y Modernidad. Ideas fundamentales de la Cultura en el Siglo XIX.* Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. 2 Tomos.

Torras, Meri. (2004) «Para Gloria de las sévignés españolas: la carta privada y el género femenino en la España moderna», *Autobiografía en España: un balance. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001*, ed. Celia Fernández Prieto y Mª Ángeles Hermosilla Álvarez, Madrid, Visor Libros: 633-646.

Tosmachevski, Boris. (1982), *Teoría de la Literatura.* Madrid. Akal.

Trancón Lagunas, Montserrat. (1991) *Prensa y Cuento fantástico en el Romanticismo Español.* Universidad de Valencia. Servicio de Publicaciones.

____ (1992) «Periodismo y cuento fantástico en el romanticismo español» en *Romanticismo y fin de siglo.* Barcelona. Universitat de Barcelona. PPU. pp 425-430.

____ (1993) «Modelos estructurales del cuento fantástico en la prensa romántica madrileña» *Lucanor.* 8: 91-117.

____ (1997) «El cuento fantástico publicado en la prensa madrileña del XIX (1818-1860)» en *Narrativa fantástica en el Siglo XIX. (España e Hispanoamérica).* Lérida. Editorial Milenio.

____ (1999) *Relatos fantásticos del Romanticismo español.* Instituto de Estudios Modernistas.

____ (2000) *La literatura fantástica en la prensa del romanticismo.* Institució Alfons el Magnanim (Valencia)

Trigueros, Cándido María. (1804) *Mis pasatiempos. Almacén de Fruslerías agradables.* Madrid. Imprenta de la viuda de López. Dos tomos.

Trueba y Cossío, Telesforo. (2001) *Obra Varia,* ed. Salvador García Castañeda, Santander, Servicio de publicaciones, Universidad de Cantabria.

Urzainqui Miqueleiz, Inmaculada. (1984-85) «La censura de *La conquista del parnaso* y el fin de *El Apologista Universal*» Archivum. XXXIV-XXXV: 385-416.

____ (1989) «Batteux español» *Imágenes de Francia en las letras hispánicas.* Barcelona: 239-260.

Valera, Juan (1907) *Obras completas. Tomo XIV. Cuentos.* Madrid. Imprenta alemana.

Valera Hervias, E. (1975) *Don Ramón de Mesonero Romanos y su círculo.* Madrid. Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid.

Valladares y Sotomayor, Antonio. (1818) *Almacén de frutos literarios.* Madrid. Imprenta de Repullés. Cuatro tomos.

Valls, Josep-Francesc. (1988) *Prensa y burguesía en el XIX español.* Madrid. Anthropos.

Varela, Jose Luis. (1989) «La autointerpretación del romanticismo español» en *El Romanticismo.* Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección «El escritor y la crítica»

Varela Iglesias, José Luis. (1948) *Vida y obra literaria de Gregorio Romero Larrañaga*. Madrid. CSIC.

Vasari, Stphen (1973) «*La pata de palo*. Fuente y sentido de un cuento de Espronceda» *Papeles de Son Armandans*. 193: 49-56

Wellek, René y Austin Warren. (1979) *Teoría Literaria.* Madrid. Gredos.

Zarandona Fernández, Juan Miguel. (1994) «Tennyson, Doré, Zorrilla y algunas traducciones relacionadas con las leyendas del mundo artistico.» *Estudios ingleses de la universidad complutense*. 2: 221-236.

Zavala, Iris M. (1972) *Románticos y socialistas. Prensa española del XIX*. Madrid. Siglo XXI.

-(1989) *Las Letras*. en *Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXXV. La época del Romanticismo (1808-1874)*. Volumen 2. Pp 5-183. Madrid. Espasa-Calpe.

Rasgos sueltos de la historia de Ciro

Correo de los Ciegos de Madrid. 2 de Junio de 1787. Pp 273-274. 6 de Junio de 1787. Pp 277-278.

Este conquistador rey de los persas subyugó los estados de Yaxares y se apoderó de su persona y familia, por haber faltado a un pacto que tenía con él. Después de reprenderle Ciro su perfidia preguntó a Tigranes, hijo de aquel príncipe, que juicio hacía de la conducta de su padre. Tigranes, que no tomó parte en ella y quería obligar a Ciro a no desmentir su virtud y generosidad, le respondió:

—Si son de vuestra aprobación las acciones de mi padre, os aconsejo que las toméis como modelo, pero si las reprobáis os exhorto a que no las imitéis.

Ciro, que en el fondo de su corazón estaba decidido siempre por la clemencia, pregunto también a Tigranes cuanto daría por el rescate de la princesa, su mujer. Tigranes, sin detenerse, respondió que daría su vida, su fuese necesario. A estas palabras le abrazó Ciro tiernamente y devolvió al rey de Armenia sus estados, y concedió la libertad, sin rescate alguno, a toda su familia, ganándose por esta generosa conducta amigos fieles que jamás le fallaron. Después de esta reconciliación se restituyeron a Armenia los príncipes y princesa llenos de gozo. Estando ya en su palacio conversaron de Ciro y uno alababa su generosidad, otro su talento y prestancia y Tigranes pregunto a su mujer:

—¿Y a ti, esposa amada, que te ha parecido Ciro?

—No le he visto—respondió la princesa.

—¿Pues a quién mirabas?

—Al que dijo que daría su vida por librarme de la servidumbre.

En una batalla hizo Ciro prisionera a Panthea, mujer de Abradates, rey de la Suciana. No quiso verla a causa de la gran fama que tenía de hermosa. Araspes, su confidente, se le manifestó sorprendido de que tuviese aquella desconfianza de su virtud y añadió:

—Por lo que a mí toca estoy seguro de que ninguna mujer del mundo podrá seducir mi razón.

—Araspes—replicó Ciro—, la flaqueza es ordinariamente fruto de la presunción. No obstante quiero creer que tienes ese supremo imperio sobre ti mismo y así te confío a Panthea; es muy justo que el hombre más virtuoso sea escogido para protector de la inocencia y la hermosura.

En efecto, el rey confío la guarda de Panthea a Araspes, el cual, deslumbrado bien pronto por sus atractivos, olvidó sus resoluciones y el honor. La princesa conoció con la más viva indignación su pasión criminal, pero sabiendo que Ciro y Araspes estaban unidos con una amistad tierna, creyó que debía respetar sus vínculos y el temor de romperlos le obligó a callar mucho tiempo. Al cabo, viendo que ya debía temer alguna indigna violencia por parte de Araspes hizo informar a Ciro de su situación. Retírola el príncipe inmediatamente de las manos de Araspes, y le tributó todas las demostraciones de interés y respeto debidas a su nacimiento, a su virtud y a sus desgracias. Araspes, casi desesperado, se contemplaba perdido y trataba ya de preparar su fuga cuando llegan a buscarle de orden de Ciro. Fue a presentarsele lleno de aquella turbación y temor que inspiran los remordimientos. Viendo Ciro a su amigo en tal estado de abatimiento se sonrojó y bajó los

ojos. El primer momento de la virtud no es ensoberbecerse con su triunfo sobre el vicio castigado, sino al contrario, sentir todo lo que su gravedad tiene de amargura, perturbarse y procurar suavizar su peso con la indulgencia más tierna. Después de unos instantes de silencio, mirando Ciro a Araspes con suma dulzura, le dijo:

—No temas mis reprensiones, Araspes, conozco tu corazón y estoy bien cierto que él es más severo para contigo que lo que pudiera serlo tu amigo, porque él te ha exagerado sin duda tu falta, y la amistad debe hacerla excusable a mis ojos. Una ausencia saludable puede separarte de los peligros del amor; parte pues, amado Araspes, anda a combatir contra mis enemigos, ve a buscar la gloria, que ella sola es quien podrá ofrecerte consuelos dignos de ti.

Este discurso avivó en el marchito corazón de Araspes la llama viva y pura de la virtud. Penetrado del reconocimiento más tierno y ardiendo en el deseo de manifestarlo con testimonios brillantes, besa llorando la augusta mano de su indulgente amigo y sin detenerse en explicar con vanas palabras los profundos sentimientos que llenaban su alma, le deja y parte de la corte el mismo día en busca de los enemigos de su rey. La fortuna recompensó su celo, proporcionándole la dicha de hacer a Ciro los mayores servicios y que olvidase la flaqueza que había tenido con las hazañas tan brillantes como útiles que acababa de ejecutar.

Panthea por su parte, penetrada vivamente de los procederes generosos de Ciro formó el designio de atraer a Abradates al partido del rey. Para este efecto le escribió, haciéndole una descripción tan circunstanciada y halagüeña de la conducta de Ciro que Abradates, transportado de gozo y reconocimiento, partió con diligencia, acompañado de unos dos mil soldados de caballería a reunirse con Ciro. Cuando llegó a los primeros puestos de los persas hizo avisar al príncipe y éste mandó conducirle desde luego a la tienda de Panthea. Al instante que se vieron los dos esposos se precipitaron mutuamente entre sus brazos con aquellos transportes que causa una felicidad inesperada. Después de haberse dicho todo cuanto la ternura y el regocijo puede inspirar, habló Panthea a Abradates sobre la moderación y generosidad de Ciro y especialmente de la sensibilidad que había manifestado por sus desgracias. Concluida esta conversación fue Abradates a visitar a Ciro y al acercársele le tomó la mano, diciéndole:

—Señor, yo no puedo reconocer mejor las gracias de que nos habéis colmado, sino ofreciéndoos en mí un servidor, un amigo, un aliado que sabrá merecer estos títulos tan amables y gloriosos, derramando toda su sangre por vos, si fuera necesario.

Pasado algún tiempo resolvió Ciro dar batalla a los asirios y confió a Abradates un cargo considerable. Llegó el día señalado y estando Abradates en disposición de embrazar su coraza, le llevó Panthea un casco de oro, brazaletes del mismo metal, una túnica de púrpura y un penacho de color de jacinto. Sorprendiose Abradates al ver aquellas armas fabricadas, sin saberlo él, por orden de Panthea.

—Mi amada Panthea—le dijo—, ¿te has despojado de cuanto te servía de adorno parar hacerme esta armadura?

—No—respondió Panthea—, la más preciosa de mis alhajas me ha quedado, porque si tú pareces a los ojos de los demás lo mismo que pareces a los míos, serás tú mi adorno más rico.

Pronunciaba estas palabras armándole al mismo tiempo y sus mejillas estaban inundadas de lágrimas a pesar de la diligencia que hacía por ocultarlas. Abradates, digno por sí de llamar la atención por lo bello de su presencia, se presentó más hermoso y su aire pareció más noble y majestuoso cuando se cubrió con sus nuevas armas.

—Acuérdate, Abradates—dijo Panthea—, de las obligaciones que tenemos para con Ciro.

A estas palabras puso Abradates la mano sobre la cabeza de su mujer y levantando los ojos al cielo:

—¡Gran Dios—dijo—, haced que yo me muestre hoy digno esposo de Panthea y digno amigo de Ciro!

Diciendo esto sube a su carro y cuando su escudero cerró la portezuela, Panthea, que no podía abrazar ya a su esposo, besaba el carro dando gemidos. Bien presto se aleja y Panthea le sigue algún tiempo sin que la viese Abradates, pero volviendo éste los ojos la vio tras él y le dio un doloroso «Adiós». El exceso de su enternecimiento no le permitió pronunciar otras palabras y le hizo señas con la mano para que dejara de seguirle. Panthea se detiene, cubre su frente una funesta palidez y sus piernas trémulas apenas son capaces de sostenerla. Ya no puede seguir a Abradates, y todas su fuerzas la abandonan... Al instante la tomaron de los brazos sus sirvientas y la condujeron a su carro en el cual la acostaron y la cubrieron con un pabellón.

Ganó Ciro la batalla y en ella se cubrió de gloria y perdió la vida Abradates. La desgraciada Panthea hizo recoger su cuerpo, lo puso en el carro que la servía ordinariamente y lo condujo a las orillas del Pactolo. Con la noticia de este triste suceso se llenó Ciro del más vivo dolor, montó inmediatamente a caballo, mandó a su comitiva que le siguiese cuanto antes y llevasen sus adornos más exquisitos a fin de vestir con ellos el cuerpo de su virtuoso y amado amigo y fue a buscar a Panthea. Hallola sentada en tierra, sosteniendo en sus rodillas la cabeza de su esposo, mientras que los eunucos le cavaban un sepulcro en una altura inmediata. Al ver Ciro este espectáculo doloroso brotó de sus ojos un diluvio de lágrimas. Panthea, inmóvil y sin color, con los ojos fijos en aquel triste objeto, no pudo distraerse en manera alguna de su funesta contemplación. Estaba impresa en su rostro la imagen del dolor más profundo, pero sus ojos no derramaban tan sólo una lágrima, su boca no profiere un lamento, su amargura es lúgubre y tranquila, porque es superior a todo humano consuelo. Respira aún, pero ya no existe. Una saeta mortal ha despedazado su corazón y este corazón infeliz ha renunciado a la vida que aborrece. Ciro se echa a sus pies y bañando en llanto el rostro de Abradates:

—¡Alma generosa y fiel—exclamó—, tú nos has abandonado!.

Pronunciando estas palabras quiso tomar la mano del muerto y se le queda entre las suyas, porque un egipcio se la había cortado de un hachazo. Al ver aquella mano mutilada tiembla Panthea y arroja un lamentable grito que hace estremecer a Ciro. Ella deja caer su cabeza sobre el cuerpo de Abradates y entonces se oyeron sus sollozos y sus tristes gemidos.

—¡Ah, Ciro—dijo—, mirad a donde le han conducido su amor para conmigo y su inclinación hacia vos...! ¡Qué insensata fui yo... yo misma fui la que le hice venir a esta fatal ribera...! ¡En fin, él ha muerto sin haber merecido jamás alguna reprensión y yo que con mis consejos le he encaminado al sepulcro, vivo todavía...!

Ciro se deshacía en llantos sin hablar palabra, pero rompiendo después el silencio:

—Oh, Panthea—dijo—, vuestro esposo ha terminado por lo menos gloriosamente su carrera. Ha muerto en el seno de la victoria, admite lo que te ofrezco para adornar su cuerpo. Le reservo aún otros honores. Se le erigirá un túmulo digno de un héroe como él. Y a ti, oh amada y virtuosa Panthea, no te faltará apoyo, hallarás siempre en Ciro el amigo más tierno y fiel. Resuelve tú misma tu destino y dígnate decir a que paraje deseas que te lleven.

—Señor—respondió ella—, antes de anochecer sabréis a donde pienso irme.

Ciro se despide. Panthea hace retirar a los eunucos con el pretexto de entregarse más libremente a su dolor, y quedó sola con su nodriza, a la cual ordenó que, en muriendo envolviese en un mismo paño su cuerpo y el de su esposo. La nodriza procuró con sus ruegos disuadirla del funesto designio de darse la muerte, pero viendo que eran inútiles sus súplicas y no servían más que para irritar a su señora se sentó a llorar. Entonces saca Panthea un puñal que traía después de mucho tiempo, pone su cabeza sobre el pecho de su esposo, se da con el puñal y muere pronunciando el nombre querido de Abradates.

Informado Ciro de tan trágico suceso corre arrebatadamente con esperanza de llegar aún a tiempo a socorrer a Panthea. Los tres eunucos, testigos de la desaparición de su señora, acaban de quitarse la vida a puñaladas en el mismo sitio que les habían mandado que se mantuviesen. Ciro hizo a los muertos los últimos honores con la mayor pompa y erigió a los dos esposos un soberbio mausoleo en que colocó a entrambos.

Historia de Sabino y Eponina

Correo de los Ciegos de Madrid. 14 de julio de 1787. 17 de julio de 1787.

Sabino era un romano, que durante las guerras civiles, tomó partido contra Vespasiano, y aún pretendió también el imperio. Pero habiéndose afirmado el poder de Vespasiano, se ocupó Sabino en buscar medios que pudiesen sustraerle de las persecuciones, e imaginó uno tan raro como nuevo. Poseía vastos subterráneos desconocidos de todos, y resolvió ocultarse en ellos. Este lúgubre retiro le libertaba por lo menos del insoportable temor de los suplicios, y de una muerte ignominiosa, y conservaba en él la esperanza de que acaso alguna nueva revolución le proporcionaría poder manifestarse de nuevo al mundo. Pero entre tantos sacrificios a que le obligaba su situación, había uno que sobre todo rompía su corazón; tenía una mujer hermosa, joven, sensible y virtuosa. Era preciso perderla y decirla un adiós para siempre o proponerla que se encerrase en una oscura prisión y renunciase a la sociedad, a la libertad, y a la claridad del día. Sabino conocía la ternura y la magnanimidad de Eponina, su esposa amada; tenía seguridad de que ella consentiría con gozo en seguirle, y en no vivir sino para él, pero temía en ella el arrepentimiento que muy fácilmente sucede al entusiasmo y de que ni aún la virtud preserva siempre. Finalmente tuvo tanta generosidad, que no quiso abusar de la de Eponina, o, por mejor decir, no tenía más que una idea imperfecta del modo en que puede amar una mujer. No se confió, pues, más que de dos libertos que le siguieron. Junta sus esclavos, les persuade que está resuelto a darse la muerte, les recompensa, los despide, incendia su casa y se salva después en los subterráneos con los dos libertos fieles. Nadie dudó de su muerte. Eponina se hallaba ausente, pero esta falsa noticia llegó bien pronto a sus oídos, y engañándola, como a todos, resolvió no sobrevivir a Sabino; y como sus padres y parientes la observaban y guardaban con cuidado, eligió, a pesar suyo, el género de muerte más lento, rehusando constantemente toda especie de sustento. Entre tanto los libertos de Sabino, que todas las tardes salían alternativamente del subterráneo para ir a buscar alimento, se informaron por orden de su señor de la situación de Eponina, y supieron que estaba casi a los últimos momentos de su vida. Esta relación hizo conocer a Sabino que cuando se había creído generoso había sido ingrato. Agobiado de inquietud, y penetrado de agradecimiento envía inmediatamente uno de sus libertos a informar a Eponina de su secreto, y del lugar de su retiro. Mientras que se ejecuta esta comisión, ¿cuáles serían los temores y la impaciencia de Sabino? ¿Si su mensajero hallaría viva a Eponina? ¿Si en este caso la noticia que la llegaba la causaría alguna revolución funesta? ¿Sabino después de haber conducido a Eponina a la orilla del sepulcro, va por su fatal imprudencia a precipitarla en él, y a ser asesino del único objeto que puede hacerle soportable la vida? ¿Será este el premio de tanto amor y fidelidad? Pero entre tanto que el desgraciado Sabino se abandonaba a estas reflexiones penetrantes, el cielo le preparaba un momento de felicidad para recompensarle una vida entera de trabajos. Antes de llegar la noche había de presentarse la misma Eponina en aquel lúgubre subterráneo que resonaba tan tristemente con los lamentos de Sabino. Este lugar de horror y tinieblas, habitado ya por la virtud más pura, va a convertirse en templo augusto de la santa felicidad. ¡Como podrá dejarse de sentir que los historiadores no nos hayan transmitido el tierno pormenor dela primera vista de Eponina y su

esposo cuando de repente apareció a sus ojos, pálida, trémula, arrancada a la muerte por sólo el deseo de vivir en un calabozo con lo que ama, y el instante en que arrojándose a los brazos de Sabino, le diría sin duda: *Vengo a suavizar tu suerte partiéndola contigo; vengo a tomar de nuevo los sagrados derechos de esposa y de amiga, vengo finalmente a consagrarte la vida que tu me has restituido!* ¡Qué admiración y qué reconocimiento no debió experimentar Sabino! ¡Cómo se mudó todo para él en un instante! ¡Qué encanto comunica Eponina a todo aquello que le rodea! Aquella vasta caverna nada triste ofrece ya a los ojos de Sabino, sin embargo pensando que ha de ser siempre morada de Eponina suspira... ¡Ah!, él no puede ofrecer más que una horrible prisión a la que sería tan digna de reinar en un palacio.

Eponina y Sabino trataron de acuerdo las medidas que debían tomar para su seguridad común. Era imposible que Eponina desapareciese enteramente del mundo sin exponerse a investigaciones peligrosas; por otra parte renunciando para siempre a su familia y a sus amigos, se privaba de los medios de servir a Sabino si se presentaba ocasión. Se decidió, pues, que no viniese a la cueva sino por la noche. Pero su casa estaba distante y era preciso andar a pie cinco leguas. ¿Cómo soportaría ella esta fatiga?, ¿Cómo una mujer tímida y delicada, criada en el lujo y las conveniencias, siendo tan hermosa y tan joven se atrevería a exponerse con el auxilio de un liberto solo, a todos los peligros de un viaje nocturno y penoso que debía repetirse tantas veces? ¿Cómo en fin tendría la discreción y prudencia, necesarias para ocultar a todos los ojos sus pasos y sus secretos? ¿Cómo?. Ella amaba. Podía faltarle experiencia, fortaleza y valor, pero guiábanla los dos mayores móviles de las acciones extraordinarias, el amor y la virtud, tan raras veces reunidos, pero tan poderosos cuando se hallan juntos. Eponina en efecto cumplió con exactitud todos los empeños que su corazón le había hecho tomar; venía regularmente todas las tardes al subterráneo, y muchas veces pasaba en él bastantes días de seguida, habiendo sabido tomar las precauciones necesarias para que su ausencia no diera sospecha alguna. La vida silvestre y retirada que hacía en el mundo y el dolor que se la suponía la facilitaban ocultar al público sus pasos y escapar de las observaciones de los curiosos y desocupados. Para ir a ver a su esposo triunfaba de todos los obstáculos; ni los rigores del invierno, ni las lluvias, ni el frío podían contenerla o retardarla. ¡Qué espectáculo para Sabino cuando la veía llegar temblando sin aliento, que apenas podía sostenerse sobre sus pies delicados y lastimados, y procurando no obstante disimular con una dulce sonrisa su cansancio y su mortificación, o por mejor decir olvidándolos en su presencia...! Pero un nuevo acontecimiento debe hacer aún a Eponina más amable, si es posible, a Sabino: bien pronto va a ser madre y a dar a luz dos gemelos. ¡Qué nuevo manantial de felicidad para ella, pero al mismo tiempo de temor y de inquietud! ¡En qué dificultades van a ponerla la obligación de ocultar su estado a todos los que la rodean, y la imposibilidad de tener aquellos recursos sin los cuales tan difícilmente puede pasar una mujer en su situación!... ¿Pero con un corazón tan fiel y apasionado, es Eponina mujer común? ¿Es ésta una prueba superior a sus fuerzas y que pueda desanimarla o abatirla?... No, ella sabrá ocultar su importante secreto a sus criados a su familia y a sus amigos. ¿La faltarían expedientes y prudencia? Se trataba de conservar su honor, su reputación o la vida de Sabino. Ella sabrá triunfar del dolor mismo y soportarlo sin quejarse. Ausente de Sabino y acometida de repente de un mal tan nuevo para ella como violento, se encierra, invoca en la falta de socorros humanos la asistencia del Cielo, repite mil veces el nombre de Sabino, y se resigna en su suerte con tanta

paciencia como valor. De esta suerte se hizo madre de dos hijos, cuya existencia tan amable la repara y la recompensa de todo lo que ha padecido. Luego que llega la noche toma Eponina en brazos a sus hijos, se escapa de su casa, y ocupada con esta preciosa carga llega al soterráneo. ¡Quién podría pintar el profundo enternecimiento, los transportes y el regocijo de Sabino, al saber de Eponina misma que es padre, y al recibir a un mismo tiempo en sus brazos a su esposa y a sus hijos!... Estos hijos, prenda de la ternura más perfecta y más pura condenados desde su nacimiento a vivir y a crecer en una prisión, ¡cruel idea, capaz de empozoñar la felicidad de Sabino, el cual sin duda debía decirles al abrazarlos: *Hijos desgraciados, ¡ah! ¿cuándo podréis gozar de la luz y de la libertad?... Pues Eponina es vuestra madre, vosotros seréis amados de ella; no os quejéis de vuestro destino.*

Los dos hijos de Eponina fueron criados en el soterráneo y no salieron de él en el espacio de nueve años que Sabino permaneció allí oculto. Lejos de que el tiempo disminuyese la concurrencia de Eponina, hizo más frecuentes sus viajes a la cueva. En ella encontraba a su esposo y a sus hijos. Hecha extranjera al mundo y a la sociedad, el universo y la felicidad no existían para ella sino en el centro de la caverna de Sabino. Sin embargo sus ausencias que cada día se multiplicaban y se hacían más largas dieron al fin sospechas, y el exceso de seguridad la acabó de perder. Ella fue observada y seguida, y descubierto el desgraciado Sabino. Los soldados enviados por el Emperador lo arrancaron de su soterráneo y no conciben, al ver esta horrible morada, como podía echarse menos y verter lágrimas al dejarla. En este extremo, no desmintiendo Eponina su virtud, ni el valor de que había dado tantas pruebas, se va al palacio del Emperador seguida de sus dos tiernos hijos. La gente se precipita en tropel a su tránsito, cada uno quería verla y aplaudirla. Todo el palacio resuena de las aclamaciones que ella excita, y así es que se vio, a lo menos una vez, en el domicilio de la adulación obtener la virtud desgraciada el tributo de los elogios que merecía. Eponina, insensible a su gloria, y aún no comprendiendo como se podía admirar su conducta, y lamentándose a los mismos que tenía admirados, camina tristemente por entre la multitud, la rodea y llega al fin a la habitación de Vespasiano. Todo el mundo se retira, y Eponina entonces, arrojándose con sus dos hijos a los pies del Emperador, le habla en estos términos.

—Aquí tienes, César, a tus pies, a la mujer y los hijos del desgraciado Sabino, estos niños inocentes, que criados en un lúgubre calabazo, gozan hoy por vez primera de la vista del sol. ¿Y qué? ¿Este astro luminoso, que no luce para ellos sino pocos instantes ha, deberá alumbrar el suplicio de Sabino? ¿Y este día que los saca de las tinieblas y de la cautividad será al cabo el último de su padre?...¿Pero cuál ha sido el delito de Sabino? La ambición. Oh Cesar, si esta pasión no hubiera dominado en vuestra alma, ¿haríais la felicidad del universo y seriáis el árbitro de la suerte de mi esposo?... Vos habéis probado hasta aquí que la fortuna no fue ciega en favoreceros; acabad de justificarla con vuestra clemencia... Todo está sometido a vos; vos reináis: ¡ah! conoced el más dulce encanto del alto puesto en que os ha colocado la suerte. Lastimaos de los desgraciados y perdona. ¿Podréis ser insensible a los llantos de una esposa y de una madre, y a los sollozos de estos niños? Vos sois soberano y padre, ¿y serán vanas las lágrimas que la inocencia y la naturaleza han derramado a vuestros pies? ¡Ah! ¿El cielo mismo no se ha encargado el castigo de Sabino? ¿No os ha quitado el derecho de castigarle no poniéndole en vuestras manos hasta después de nueve años de un cruel cautiverio? ¿Permitiréis que algún día se os pue-

da sindicar de un rigor excesivo y tan poco necesario para vuestra seguridad? ¡Oh Cesar!, pensad en esto: vuestra inflexibilidad no puede quitar a Sabino más que una vida obscura y lánguida, y por otra parte obscurecería a los ojos de la posteridad aquella gloria tan brillante y pura, dichoso y justo fruto de vuestros trabajos y vuestras hazañas. (*)

(*) Parecerá que esta historia está escrita de una manera muy romanesca; pero los hechos que contiene son de la verdad más exacta, y como el asunto tiene tanto interés y el carácter de Eponina es tan perfecto, el Autor no pudo menos de añadir al fondo histórico, fielmente seguido, algunas ligeras ilustraciones. Sería de desear que este asunto se tratase con toda la extensión, y gracia de que es susceptible, enriqueciendo la literatura con un romance histórico, que podría ser tan moral como patético; y sería también argumento más digno de una comedia que muchas suelen escogerse. (Nota original del autor)

Himno al sepulcro

Correo de los Ciegos de Madrid. 1788. Pp 878-879/ 886-887 / 894 / 903-904.

Triste depositario de lo que estimé más en este mundo, tú que haces prorrumpir en llanto a la esposa que te ve dueño del objeto de su ternura, solitario sepulcro cubierto de lúgubres cipreses, vengo errante en estos sombríos valles, anegado mi corazón en lágrimas para mitigar mi pena y contarte mis desgracias.

¡Ah! ¡Qué tristes memorias renueva tu vista en el fondo de mi afligida alma! ¿Llamaré acá esos crueles recuerdos? ¿Tendré valor para traer a la memoria unas pérdidas tan amargas y que renovándose cada día me hacen derramar lágrimas sin cesar?

Almas amadoras, almas puras, tomaréis parte en la relación de mis desgracias. Los corazones duros e insensibles se quedarán impenetrables, oirán sin compadecerse los acentos de mi dolor. Indiferentes, ignoran que tiernos y durables son los santos afectos de la sangre y de la amistad.

Pero yo, que conozco la sensación que causan porque la he sufrido, yo que he perdido tanto, ¡infeliz de mí! séame permitido quejarme y venir a las sombras de estos tristes árboles a exhalar mis sollozos.

¡Ah! Un padre tan bueno, una madre tan virtuosa que yo adoraba y que ambos hacían feliz mi vida, arrebatados tan pronto a mi amor. ¿Y en qué tiempo? Cuando mi presencia les rejuvenecía. Satisfecho de las pruebas de su tierno cariño olvidaba en su seno los tormentos que había sufrido en tan larga ausencia.

Jamás olvidará mi espíritu aquel instante en que forzado por el cruel destino a apartarme de la casa de mis padres, me separé de los autores de mi vida. Abrazados conmigo, contristados, enmudecieron mucho tiempo, exhalando suspiros y sollozos. Mi padre interrumpió este silencio penetrado del más vivo dolor:

—Oh hijo mío—me dijo, —si nos amas como nos persuadimos, acuérdate de nuestro amor, ten presente el cariño que te profesa esta madre, la más tierna.

Bañado en lágrimas salí de los brazos de uno para caer en los del otro. ¡Ah! No me salí de ellos, la tirana separación me arrancó del amable seno de mis padres y cuando después de tan dura ausencia vine otra vez a gozar tan amable compañía desaparecieron para siempre. La muerte se los llevó, cuando se esmeraban más en darme nuevas pruebas de su amor y yo conocía que la verdadera felicidad de esta vida consiste en los lazos de la naturaleza y amistad.

¡Deliciosos días pasados con tanta celeridad! Ya no me queda más que el triste sentimiento de haberos perdido sin esperanza de volveros a ver.

Y vosotros cuya memoria me saldrá cara, fieles amigos que la inhumana muerte me ha robado en lo más florido de vuestros años y despojada de piedad por mí, hirió en mi seno, no oís mis voces cuando os llamo, ni existís cuando os abrazo.

¿Quién podrá consolarme? ¿Pero qué digo? Mis penetrantes heridas todo el resto de mis días me llevarán al sepulcro.

¡Muerte inflexible! Estos son los golpes con que me has oprimido, dime, ¿puedes reservarme mayores males? Tú me lo has quitado todo. Errante, entregado a la flaqueza,

tómame a tu cargo. ¿Pero qué hago? ¿Me precipito? ¿Me estoy quieto? ¿A quién confiaré mis penas? ¿A quién recurriré el último de mi vida? ¿Quién cuidará de mi debilitada vejez?

Huérfano y aislado entre los hombres ingratos, ya no me queda ningún amigo. Me veo extranjero y solitario en el universo y para colmo de desgracias, aún vivo.

¡Infeliz de mí! Creo hallar el descanso y calma mi melancolía pasando a países en que no tuviera apego en cosa alguna. Debilitado y casi moribundo abandoné, con ánimo de no volver a ver, los fértiles campo de la antigua patria de mis padres.

¡Qué lágrimas tan amargas derramé entonces! ¡Qué sensibles fueron para mí los últimos despidos! Toda la naturaleza se resintió, gimieron las duras rocas, enmudeció el río que riega aquellos deleitosos campos y sus blandas orillas repitieron mucho tiempo sus dolorosas quejas.

¡Ah! Confieso que me engañé. Con la fuga me llevé la impresión indeleble de mi triste sombra. Bajo otros cielos me ha seguido también la memoria de aquellos a quienes yo estimé. Los tengo presentes a cada paso. Yo los llevo y los siento más vivamente en mi corazón. De día me parece que les veo, de noche les divierto. Dulces imágenes, deliciosos errores de un alma tierna que, desvaneciéndose al abrir los ojos, sólo sirven para agriar mis mortales angustias.

¡Ya no hay felicidad para mí.! Desprecio enteramente el mundo y no espero descansar sino en el sepulcro, ya no vivo sino para exclamar: ¡Ah! ¿Cuándo amanecerá mi último día? ¿Cuándo dejará de arder el hacha de mi vida? ¿Cuándo desapareceré como una sombra o caeré sobre el cuchillo de la muerte, como la flor aniquilada por el aquilón?

Mientras el sepulcro pone fin a mis males, no tendré más envidia ni consuelo que el vivir bajo estas tristes sombras que alimentan mi dolor, divierten mi sufrimiento y hablan sin cesar a la causa productiva de mis males.

¡Ah, y cómo cambia el tiempo nuestros sentimientos! ¡Cómo nos diferencia de nosotros mismos! En mis niñeces me pasmaba de ver un féretro, la vista de un muerto me llenaba de horror. ¡Un fúnebre convoy se ofrece a mi vista! Yo temblaba, me apartaba con rapidez dando fuertes gritos al modo que un muchacho, cuando ve salir de la caverna de una roca una odiosa fiera queda atónito y estatuado como un mármol.

Hago memoria que me estremecía en la oscuridad cuando el cobre espantaba el aire con sus tristes sonidos, llegando mi aprehensión a creer que la voz de la muerte llamaba a mis oídos. Entonces un temblor universal se apoderaba de mi cuerpo, mis flacos espíritus me abandonaban y toda mi sangre se retiraba en mi palpitante corazón.

Semejante a un viajero alcanzado en la noche en un espeso bosque, cuando de repente oye el ruido de una cascada, cuya agua precipitándose redobla el horror que inspiran las densas tinieblas, inmoble presta su atención, se pone pálido de terror, se le erizan los cabellos, corre creyéndose perseguido por una cuadrilla de forajidos o por fieras bestias cuyos aullidos le parece tener cerca de sí.

Hoy en el día he perdido yo todo lo que hacía mi delicia, el infeliz destino ha llenado la medida de mis males. Bajaré sin flaqueza al imperio de los muertos. La imagen del féretro ya no me espanta. ¡Pero qué digo! Imploro todos los días al sepulcro y le llamo para que me socorra.

No es tan horroroso ni temible como cree la timidez vulgar. Es el asilo de los infelices, el objeto de las voces del sabio, el apacible puerto donde se guarece el cuerpo fatigado de las tempestades de la vida, después de haber suspirado sin cesar el corazón.

No, no temo la muerte. Pero, ¿por qué la he de temer si la piedad, si la ternura filial y la constante amistad inflaman continuamente mi alma?

Que tiemblen al aspecto de la muerte los que han tenido el impío atrevimiento de ofender al Ser Supremo y de insultar a su trono, que se abandonen a la desesperación y que cercando el sepulcro, vomitando blasfemias invoquen la nada. Pero yo, que creo firmemente en la inmortalidad del alma, que he alimentado religiosamente en mi corazón ese sentimiento tan suave para una alma, que he querido como un regalo que la divinidad bienhechora hace al hombre que ocupado de la tristeza sobrevive a lo que ama más, yo iré muy pronto a la patria más feliz donde uniré los objetos de mi amor.

Si, me reuniré para siempre con aquellas almas sublimes, en las felices regiones donde satisfecha y tranquila la tierna amistad no gemirá jamás estas crueles separaciones que acá en la tierra son causa de tanto dolor. Esta dichosa esperanza que la bondad de Dios ha fijado en mi corazón me anima en medio de los trabajos de esta vida y es el dulce objeto de mis últimos instantes.

Verdes campiñas, cuestas encantadoras que yo he recorrido con tanta frecuencia, acordaos de mis pesares. Amable fuente coronada de flores, ten presente lo más que te sea posible las visitas que te hice. Hermosos árboles, haced sabedores de mis tristes males a los que vengan a acogerse en vuestras sombras.

En fin, la piadosa mano que cerrará mis ojos, cuelgue en las ramas de la tierna haya que yo he plantado mi armonioso laúd, ponga mis cenizas al pie de esta haya y en la corteza grabe estas palabras:

Vosotros que venís a pensar en este desviado valle, paraos en este sepulcro y regadlo con vuestras lágrimas. ¡Ah! El cadáver que encierra fue víctima del amor que profesó a los autores de su vida y a sus amigos. Enojado de sobrevivirles, se enojó la tristeza, se apoderó de él y el dolor lo entregó a la muerte.

El convaleciente y el sepulcro

Correo de los Ciegos de Madrid. 22 de Octubre de 1788. Pp 1227-1228.

La lenta enfermedad, hija de la naturaleza irritada, había conducido a Galaty hasta la puertas del sepulcro. Tres veces las convulsiones de la agonía hicieron esperar el fin de su tormento a su familia que le lloraba. Tres veces vuelto a la luz del día tuvo el dolor de conocer lo grande de su pérdida, estrechando en sus moribundos brazos a su madre, a su joven esposa, a sus hijos y amigos. Había en fin agotado en él la muerte sus más crueles golpes cuando volvió a la vida. Aquél que tiene en sus manos la suerte de los hombres quiso prolongar la suya. Al modo que se ven las plantas aromáticas del Ditthsberg romper por entre la nieva ablandada con el viento de mediodía, así el bálsamo de la salud ahuyentó insensiblemente la palidez de una fiebre abrasadora. La esperanza y júbilo de los que le amaban ayudaron a la benéfica mano de la naturaleza.

Una mañana Galaty, libre de cuidados, tranquilo y alegre cual se acostumbra a estar en las montañas, salió de Schivvitz y fue a respirar el aire vivificante y renovado en lo alto de las cimas que cercan aquella comarca. Pendían sobre su cabeza las puntas gemelas del Hakenberg. A un lado corría por entre una madre cascajosa el Limmat, hijo de las más altas neveras. No lejos de allí aparecía con majestad el suntuoso Monasterio de Einsielden, resguardado de los torrentes destructores por un espeso bosque. Un cielo puro y sereno, un sol brillante que reflejaba en la llanura desde los hielos eternos de la montañas, las mieses ya doradas, las cepas cuyos sarmientos besaban la tierra por el peso del fruto y la hierba tierna que formaba una alfombra de esmeraldas, todo esto hablaba a su alma, todo le enseñaba la salud de la naturaleza. Insensiblemente conmovido y enajenado entrega Galaty su alma a la dulce impresión que excitan en ella los objetos que le rodean. Se sienta:

—¡Oh padre de los hombres!—exclama—. Bienhechor de tus más viles criaturas. ¿Cuál debe ser mi agradecimiento por todos los beneficios de que me has colmado en este día? A ti, no hay duda, debo la vida, pero en aquella primera edad la ignorancia y debilidad de la infancia y después la costumbre fueron causa de que mirase como debido lo que solo era una dádiva de tu mano omnipotente. Hoy me haces revivir. Mi corazón ya formado y mi razón alumbrada conocen lo sumo de este beneficio. Ya hombre, empiezo a vivir y comienzo una nueva carrera. Sí, he dejado de vivir, pero renazco más feliz de lo que nunca he sido. En otros tiempos no hacía más que probar los placeres que ahora me deleitan. ¡Ignorante! Nunca conociera su valor a no verme visto privado de ellos. ¡Qué hermosa perspectiva! ¡Qué riqueza! ¡Qué profusión! ¡Qué superabundancia de vida! Todo parece que toma parte en mi alegría. Cada objeto más fuerte y vigoroso participa de la salud que he recobrado. ¡Ah! El corazón del hombre es, sin duda, el mayor adorno de la naturaleza. Yo la he visto triste y abatida, próxima a eclipsarse conmigo. Hoy la veo renacer con mi cuerpo exhausto. Todo me convida a disfrutar y cada instante me prepara delicias siempre nuevas y siempre puras. Yo te saludo, oh ribazo encantador; montaña majestuosa yo te saludo. Mieses doradas, pámpanos siempre verdes, cada día os tributaré mis agradecidos afectos, ya sea que me pasee en medio de los campos que adornáis, ya sea que fatigado me siente a la sombra de los pinos que os dominan o ya me detenga en los prados

floridos en que pastan y retozan los rebaños de mi patria. La felicidad que me ofrecéis no tiene mezcla de disgusto; la paz que me dais es inalterable.

En medio de este entusiasmo habíase levantado Galaty y andaba sin pensar cuando al salir de una quiebra se halló enfrente de uno de aquellos sepulcros-adornos de Einsielden, consagrados a los defensores de Suiza. Al modo que el fatigado caminante que, entregado al blando sueño y recreado con las fantásticas ideas que su imaginación le pinta, despierta despavorido y atónito con el espantoso ruido del trueno y silbido del huracán violento, así Galaty a la vista de los sepulcros queda inmóvil. Un tropel de pensamientos amontonados se ofrece de golpe a su alma atemorizada. Un llanto involuntario corre por sus mejillas, aún descarnadas. Considera sollozando aquellas ricas mieses ya prontas a ceder a la hoz destructora. Más arriba mira los pastos, tan antiguos como el mundo, cubiertos ahora de fría nieve. Delante de sí advierte aquel sitio, asilo de un silencio eterno, en el cual por todas partes se miran las tristes señales de la muerte y del tiempo. En aquel mismo instante se acuerda de su amante esposa y de sus hijos que acaba de abrazar. Corren sus lágrimas con más fuerza. En poco ha estado que no le hayan perdido; es infalible que esto va a suceder o, lo que es aún más doloroso, tendrá que sobrevivirles. Pero en breve, reflexionando sobre la salud que ha recuperado, sobre el vano empleo de los días, sobre la instabilidad de los sucesos y sobre el inevitable escollo contra el cual todo zozobra, tomaron sus meditaciones otro rumbo. Los sentimientos de la religión y las dulces esperanzas que ofrece a los mortales dulcificaron su amargura. Cruzados los brazos sobre el pecho y fijados los ojos en el cielo, se arrodilla Galaty al pie del sepulcro sin poder proferir más que estas palabras:

—¡Oh muerte! ¡Término de nuestros gustos! ¡Oh vida futura, esperanza de una conciencia irreprensible! ¡Oh providencia, único apoyo del hombre dócil que te implora!

Diciendo esto se levanta, turbada la cabeza pero con el corazón tranquilo. Baja con pasos lentos del Hakenberg y en la falda de la montaña halló a su mujer e hijos que le esperaban.

Los dos paladines o la amistad a prueba. Cuento caballeresco

Correo Literario de Murcia. 1793. III. 144-148/150-155.

¡Oh, cuan alta virtud se necesita
para vencer un criminal deseo!
No basta el hombre, su razón no basta,
es preciso un auxilio de los cielos.

En la corte del emperador Carlo Magno había dos jóvenes paladines, sobrinos del célebre Witinkind, Duque de Sajonia. El tío, bien a pesar suyo, los había enviado en calidad de rehenes a la ciudad de Aix. El mayor se llamaba Sigifredo y el otro Frigiderne, pero el derecho de mayoría no había lugar entre ellos. Una amistad y unión fraternal, hasta entonces sin ejemplo, había hecho desaparecer toda desigualdad en orden al nacimiento. Unas mismas eran sus penas y placeres en términos que hubiera sentido cada uno no acompañar en su cautividad al otro. Tenían los mismos gustos y deseos, pasatiempos y costumbres. Siempre comían a un mesa y habitaban en una misma casa, pero lo que más sorprendía a toda la corte del Emperador era que en medio de las más sobresaliente bellezas de la Europa, ambos mancebos traían sus bandas blancas, símbolo de su insensibilidad para con las damas y de su resistencia a la esclavitud del amor. Era muy difícil que pudiera durarles mucho esta frialdad de corazón y así cesó de un todo a la llegada de la bella Armonda, hija de Amaurik, Conde de Baviera. Vierónla entrambos y entrambos a su vista sintieron las primeras impresiones del amor. Uno y otro se disimularon esta novedad todo el tiempo que pudieron. Es natural ocultar al amigo todo lo que quisiera cada cual ocultarse a sí mismo. Así los dos paladines se violentaron a una reserva mutua. Ellos se negaban hasta la dulce satisfacción de pronunciar uno delante de otro el nombre del objeto adorado, temiendo que al nombrarla la perturbación de su ánimo descubriría su secreto. Una discreción semejante es un crimen en la amistad. Así ambos padecían interiores remordimientos porque Sigifredo creía ofender en esto a Fridigerne y éste, de su parte, creía agraviar a tan fiel amigo con su silencio, siendo constante que nada entibia tanto el afecto que profesamos a alguno como la conciencia de nuestro mal proceder para con él. Pero si esta llama era un misterio recíproco para cada uno de ellos, no lo era para la penetrante Armonda, a quien sin embargo ninguno había osado declarar su pasión. Las mujeres tienen un sentido particular por cuyo órgano se informan fácilmente de lo que sienten por ellas el corazón de cualquier caballero, órgano único, superior y profético, que las instruye de todo aún antes de la primera declaración y cuando el caballero se determina en fin a esta declaración tardía y que tanto le cuesta sucede, como dice el poeta, que

Antes de haber venido
Ya se hallaba en casa recibido.

Cuando los hermanos separadamente y sin saber uno del otro hicieron presente al objeto de sus amores esta penosa declaración, Armonda supo por ella la mitad más de lo que necesitaba saber. Ella, pues, despidió a entrambos bajo diferentes pretextos, pero sin exclusión absoluta y siempre con el dulce cebo de una lisonjera esperanza. Armonda de este modo quiso tomar tiempo para elegir con acierto, porque, a decir verdad, en toda

la corte no había cosa que igualase al mérito de su hermosura ni las prendas de los dos paladines y desde que hay mundo ha sucedido siempre que las cosas semejantes entre sí tienen cierta especie de atracción mutua; es decir, que lo bello busca lo bello y las perfecciones de un mismo género se buscan como por simpatía. Pero el trabajo que todos tenemos de nacer con un solo corazón, depósito único de nuestros sentimientos, es causa de que entre dos objetos igualmente dignos de ser amados nos determinemos por uno solo. Fridigerne fue el elegido, sin que se pueda sospechar que debiese la preferencia a dos años de edad en que le excedía Sigifredo, porque ésta era una circunstancia de poca monta. Él la debió, sin duda, a su estrella feliz, si acaso las estrellas pueden influir, aunque sea indirectamente, en los caprichos humanos.

Empleó Armonda toda su habilidad en que Fridigerne no conociese el ascendiente que lograba en su afecto, pero la distinción que hacía en los paladines era bastante clara para que se dejase de sospechar que uno de ellos merecía su amor. Un acontecimiento tan imprevisto como trágico confirmó enteramente estas sospechas de la ciudad y de la corte.

Fueron interceptadas unas cartas en cifra que venían de Sajonia para el conde Amaurik. Éste se negó a descifrar su contenido y por su resistencia fue preso y encerrado en la ciudadela, donde al día siguiente se le halló muerto con veneno. Hubo sospechas de que él mismo se había asesinado y que las cartas interceptadas eran pruebas de su inteligencia con el Duque Witinkind, su aliado.

Los políticos opinaron que su hija Armonda podía ser cómplice de estos designios y por esto fue presa y guardada con el mayor cuidado, por el mismo hecho de haberse su padre quitado la vida. Señalaronse jueces para su causa y resultaron sospechas contra ella. En nuestros días se hubieran necesitado pruebas concluyentes para condenarla, pero en aquellos tiempos de barbarie caballeresca bastaban las presunciones para dar una sentencia, de que las personas de la distinguida clase de Armonda podían apelar a los *Juicios de Dios*, es decir al duelo jurídico por medio de campeones. En tan apurada situación la bella Armonda recurrió a este género de defensa y nombró sin demora por defensores a los nobles caballeros y paladines, Sigifredo y Fridigerne, a cada uno de los cuales, en señal de su nombramiento, envió una banda de color naranja.

Cada cual de los defensores se persuadió que el hermano no entraba en el nombramiento sino en clase de acompañado, ninguno sospechó que el otro hubiera fijado las atenciones de la bella y amable Armonda. Pero en este juicio sólo se engañó Sigifredo, porque su hermano, aunque lo ignoraba, era dueño de su amor.

Poco tiempo antes de la trágica aventura del Conde Amaurik había dado el Emperador un célebre torneo. Muchos paladines extranjeros habían lucido en él y señaladamente los dos gemelos, Amalarik y Giserico, caballeros vándalos de ilustrísimo nacimiento y muy nombrados en las justas y combates, pero ambos corcovados y de fisonomía desagradable. Eran cuatro la joyas destinadas para premio de los vencedores: dos de ellas ganaron los paladines sajones y las otras dos fueron premio de los vándalos. El Emperador dispuso que la bellísima Armonda fuese en dicho día la Dama del Campo, a quien pertenecía por esto la distribución de los premios. Pues sucedió que cuando los vencedores vinieron a su presencia para recibir de su blanca mano la recompensa del ostentado valor, pudo la bella dama ocultar el regocijo que le había ocasionado la victoria de los pa-

ladines sajones, pero no le fue dable, por más que hizo, contener su risa a vista de las ridículas figuras del los vándalos.

A este primer insulto, que podía tolerarse por involuntario, añadió un segundo menos susceptible de excusa, y fue, que en la arenga que les hizo para coronarlos, usó la picante ironía de compararlos a Cástor y Pólux, gemelos inmortales, que por su hermosura, esfuerzo y valor elevaron los poetas a la divinidad. Amalarik y Giserico fingieron no haber entendido este sarcasmo que los sacrificaba al menosprecio y risotadas de toda la corte, pero vueltos a la posada que les había señalado el Emperador dieron salida a su resentimiento y juraron un implacable odio a la casa de Amaurik. Una casualidad sirvió la venganza a la medida de sus deseos, porque en la misma tarde un correo de muy lejos, engañado con la semejanza de los nombres Amaurik y Amalarik, llevo al caballero vándalo las cartas en cifra de que hicimos mención y que en realidad venían destinadas para el bávaro. Los dos corcovados, naturalmente vengativos y que se miraban ultrajados, no se detuvieron en presentar las cartas al emperador haciéndose acusadores del Conde y de su hija. La acusación no tuvo fuerza efectiva al principio sino contra el padre, pero como luego le hallaron empozoñado, empezaron los cargos a producir su efecto contra la bella e inocente Armonda, la cual, en el corto espacio de tres días, fue arrestada, cargada de prisiones, examinada y condenada a perder la cabeza en un patíbulo.

Ya llegaba el fatal instante de la ejecución cuando los dos paladines, aceptando ansiosos la defensa de la inocente dama, se presentaron en la plaza pública y arrojando el guante a los delatores suspendieron la tragedia hasta el día venidero. Preparáronse los vándalos a la lid, pero fueles tan contraria la fortuna que se vieron reducidos a la alternativa de morir o desdecirse. La vida es amable, los vencidos confesaron en alta voz que reconocían al Conde Amaurik y a su hija inocentes de la correspondencia criminal que le habían imputado y el Emperador, testigo del valor de los paladines sajones, les tributó los más cumplidos elogios. No paró en esto su generosidad, sino que reputando mejor tenerlos por amigos y fieles servidores que por prisioneros les ofreció tierras en Francia. Dignidades y castillos que aceptaron gustosos, prestando al Emperador juramento de fidelidad.

Carlos, en vista de lo sucedido, ratificó la inocencia y declaró la libertad de Armonda, bien que con la condición de elegir en el preciso término de un mes, esposo entre los paladines de la corte.

Es muy fácil que la boca pronuncie el nombre que el corazón indica pero una doncella de elevado nacimiento se cree obligada a mil reservas que la retardan y dificultan semejante declaración. Aún las que aman con mayor pasión se avergüenzan de comunicar su deseo al objeto de sus atenciones. ¿Cuánto más sensible les será confiarlo a un tercero? Para ocurrir a esta dificultad y contemporizar en el modo posible con el pudor honroso de las damas, tenía el Emperador una urna de plata a cuya boca iban las damas a dar el nombre del esposo elegido. Esta urna imperceptiblemente abierta por el fondo descansaba sobre una basa hueca en cuya cavidad se introducía un enanillo de oído muy delicado que tenía el cuidado de retener el nombre pronunciado; el cual escribía inmediatamente en un pedazo de vitela y arrollándole lo introducía en la urna por el resquicio inferior. Cuando la doncella se retiraba podían llegar a consultar la urna todos los caballeros interesados en la elección y la cédula hacía para ellos las funciones de oráculo. Pasados los

treinta días la bella Armonda confió su secreto a la urna misteriosa. Los dos hermanos acudieron, entre otros muchos, y abierto el depósito de sus esperanzas hallaron una cédula con el nombre de Fridigerne.

¿Quién será tan metafísico que pueda penetrar lo que pasó entonces en el corazón de entrambos paladines? ¿Quién tan elocuente que pueda explicar los varios afectos que salieron a sus semblantes? Fridigerne, lleno de gozo, leía y releía su nombre en la feliz vitela y todo ocupado de su ventura, no podía percibir el desorden y trastorno que se descubrían en el rostro de su hermano y antes pudo Sigifredo violentar su alma y ahogar el cruel sentir que la devoraba que Fridigerne hubiera vuelto del éxtasis que arrebató su espíritu.

—Sea mil veces enhorabuena—dijo Sigifredo a Fridigerne con falsa y disimulada satisfacción—, Armonda se declara por ti y tú no serás insensible a tan alto favor.

El hermano, inundados sus ojos en lágrimas de placer, abraza a Sigifredo e ignorante de su rivalidad confiesa el casto fuego que excitó en su alma la bella hija de Amaurik.

Ya se preparaba todo para celebrar magníficamente tan ilustre boda, cuando la inesperada nueva de una insurrección en Austrasia obliga a Frigiderne a partir en posta para Metz, cuyo gobierno tenía del Emperador. Al partir confió y recomendó la asistencia y regalo de su dulce esposa a su hermano Sigifredo.

Ente otros beneficios que Sigifredo recibiera del Emperador contaba con un castillo en las cercanías de Aix. Aquí pues condujo presurosamente el precioso depósito que le había fijado su hermano y amigo.

Sucedieron estas cosas en ocasión que una enfermedad contagiosa y terrible por su mortífera malignidad corría y desolaba todos le territorios de Aix. No se veían por calles y caminos sino muertos y moribundos. Este terrible azote no perdonaba a nadie. El noble como el plebeyo y el rico como el pobre eran víctimas de su furor. No había distinción de edad ni de sexo, ni se conocía medicamento que le pudiera resistir. Sigifredo, pues, a quien la ventura de Fridigerne y la propia desesperación aumentaron hasta lo sumo la pasión que tenía a la bella Armonda, resuelto a robar al hermano la posesión de tan amable bien, se aprovechó de la ocasión que este contagio ofrecía sus designios. Hizo correr la voz de que Armonda, víctima de aquel azote cruel, había enfermado y muerto en sólo tres días y como todas las gentes del castillo le reconocían como a señor, le fue muy fácil acreditar esta fábula. Para completarla hizo celebrar exequias a la supuesta difunta, erigiéndola un sepulcro magnífico en la capilla de la fortaleza.

Mientras se tributaban estos vanos honores al sepulcro de la infeliz Armonda, gemía ella en un estrecho aposento, bajo la guardia de dos inflexibles carceleros que a ninguna de sus preguntas respondían, ni aun la dispensaban el triste consuelo de informarla del motivo de tan inusitado rigor. La visita de Sigifredo disipó sus dudas. Él la informó que sus medidas para divulgar la fama de su muerte habían sido tan exactas que nadie dudaba de su verdad. Que en este supuesto excusase pensar en Fridigerne, pues no saldría de tan dura prisión sino esposa de Sigifredo. Hecha esta declaración la dejó sin mirarla ni esperar su respuesta, suponiendo, quizás, que la sorpresa, el dolor y la indignación de semejante desafuero no la permitirían dar ninguna por entonces.

El robador, devorado de su secretos remordimientos, no osó presentarse a la hermosa prisionera hasta pasados tres días de esta visita. Excusóse de su atentado con un confusión que agradecía Armonda, creyéndola indicio de su arrepentimiento y aprovechando las ventajas que la ofrecía esta delicada situación, se determinó a hacerle cargos sensibles y patéticos, aunque sin aspereza ni rigor, sobre el atentado cometido contra su sangre, su honor y su amistad.

Sigifredo se consterna, se sonroja, tiembla, suspira y se arroja a los pies de la bellísima dama, pero más dominado que nunca de su desenfrenada pasión jura seguir el funesto, criminal e irresistible designio de asegurar su posesión a cualquier precio:

—¿De qué me reprendes, adorada Armonda?—decía el ciego amante—. ¿De los excesos y de los crímenes que tu hermosura me hizo cometer? ¿De la infame felonía para con mi hermano? ¿De mis detestables perjurios para con mi amigo? ¡Ah! Cuanto mayores son mis delitos, tanto más imposible sería resolverme a perder el fruto de ellos. De tú boca depende mi felicidad. Tu puedes legitimar y hacer honestas mis demasías. Hazte por amor mío cómplice de ellas. Dame tu amor. Concédeme tu mano, cualquiera que sea el dolor y resentimiento de mi hermano. Cuando llegue a instruirse de mi desesperada resolución, no podrá menos que disculpar la elección que de mí hicieres. Él será forzado a respetar en mí, no al hermano, no al amigo, sino al posesor de tu mano, al venturoso amante de Armonda.

Un silencio melancólico, una mirada llena de indignación fueron la única respuesta de la hermosa y desventurada hija del Conde de Baviera. Sigifredo, incapaz de sostener el torrente de este retórico silencio se retiró triste, confuso, desesperado y en el estado de una general consternación.

Ocho días de continuas penas, de reflexiones melancólicas, de memorias horribles, hicieron fluctuar en su alma en un piélago de tormentos espantosos. Fatigaban su espíritu el bárbaro y desenfrenado amor, la desesperación de obtener el fruto de sus criminales procedimientos, la memoria de su traición y felonía, la voz de la sangre, el clamor de la amistad violada y la vergüenza inseparable de tantos crímenes acumulados. Este combate de la razón y las pasiones llegó, en fin a desarreglar su juicio enteramente. Resuelve, pues, cortar un nudo que no podía desatar y ciego de furor se arroja al último delito, decretando concluir la horrible tragedia con la muerte violenta de la inocente Armonda.

Este sería el tiempo crítico de considerar la ruta necesaria de las pasiones y la cadena de funestos errores en que nos precipita un desordenado deseo, si al mismo tiempo no arrebatara nuestras atenciones un objeto más digno de fijarlas. Tal es la providencia benéfica de Dios y el inesperado medio con que sus piedades dieron feliz y venturoso término a tantas desventuras.

Ya Sigifredo arrebatado de su funesto frenesí, sofocados los remordimientos de su corazón y negado a la voz de la naturaleza caminaba colérico al aposento de la infeliz belleza, cubierto el rostro de una negra banda y desnudo el bárbaro puñal, ejecutor de su locura cuando a la puerta del castillo se oyeron tristes y melancólicas voces que decían:

—¡Oh, hermano amado! ¡Oh, amigo Sigifredo! Abre las puertas de este castillo al más desconsolado de los hombres, a tu hermano Fridigerne.

Un frío mortal se derramó entonces por las venas de Sigifredo y vacilando repentinamente sus fuerzas dio en tierra, desmayado. En esta situación le halló uno de sus

pentinamente sus fuerzas dio en tierra, desmayado. En esta situación le halló uno de sus domésticos que le buscaba por todo el castillo para avisarle de la venida de su hermano, y acudiendo a su voz todos los familiares, volvió a su acuerdo a poca diligencia.

—Abrid—dijo—, abrid esas puertas y nada digáis a mi hermano de este accidente.

Entrado Fridigerne, que sin llegar a Austrasia, cuya sublevación no fuese cierta, e informado en el camino de la triste muerte de su adorada Armonda, había venido a lograr el mísero consuelo de expirar junto a su sepulcro.

—¡Oh, hermano—le dice—, ¿cuál es el triste lugar que conserva las preciosas cenizas de mi adorada esposa?.

En esto descubre el sepulcro y engañado de la fingida inscripción se arroja deshecho en lágrimas sobre la losa fría, ahogado de amargos suspiros y abandonado a todo su dolor. Sigifredo, con doblado pecho, intenta consolarlo y le aconseja dejar un sitio que renueva la memoria fatal de una desventura inimitable, pero el fiel amante con trémula y dolorida voz,

—¡Oh, hermano!—le dice—. En vano me aconsejas. Arrojado sobre esta losa fría me verá el día y me hallará la noche. Ni el alimento renovará mis fuerzas hasta que el hielo funesto de este mármol, penetrando hasta mi corazón extinga la llama de mi triste vida.

A estas palabras Sigifredo, indeterminado, confuso y más desesperado que jamás se retira a su aposento. A todas partes que volvía el rostro se le ofrecían las espantosas imágenes de sus delitos y un horror sombrío llenaba de congojas y sobresaltos su corazón. Dos días pasó en este desorden y dos había que el miserable Fridigerne bañaba con su llanto la fantástica tumba de Armonda, negado el sustento y deseoso de la muerte que ya se le acercaba, cuando la luz celestial, disipando las tinieblas de tanto error, reprodujo en Sigifredo los sentimientos de la equidad y de la ternura fraternal.

—He aquí—decía—, oh mísero hombre, el fruto de tu locura y las resultas de tu frenesí. Mira a tu hermano que tan fiel te ama, mira a tu amigo que tan fino te servía, reducido a morir desesperadamente por obra de tus maldades y por recompensa de sus virtudes. Un mes hace que tu perfidia atormenta, aflige y desespera a una belleza infeliz cuya inocente sangre querías derramar como cruelísimo verdugo, y ¿tú podrás reconocer toda la fealdad de tus delitos y tendrás todavía bastante ferocidad para cometerlos? No, hombre infeliz; sufre con varonil pecho la vergüenza y confusión que te has granjeado, antes de consumar tantas maldades.

Dijo, y lleno de heroico arrepentimiento sube a la melancólica prisión y extendiendo su mano a la infeliz Armonda, la saca del aposento. Síguele ella con trémulos pasos hasta la capilla de la fortaleza, donde la bella dama descubre a un caballero tendido y sin movimiento sobre la fingida tumba. ¡Cual sería su emoción! En la losa reconoce su nombre y en la espalda del caballero la rica banda, bordada de su mano que dio a Fridigerne cuando defendió su honor y vida. A la presencia de este terrible espectáculo, la bellísima Armonda, lanzando un profundo suspiro, cae desmayada sobre su esposo. Pero vuelta en sí y reconociéndole de más cerca le llama con tiernas y afectuosas voces, lo mueve, lo anima y alienta con sus caricias amorosas. Fridigerne, entonces, incierto de lo que mira y dudoso de lo que toca, recogiendo sus apurados alientos y mirando a Sigifredo

que a su lado tenía,

—¡Oh, hermano!—le dice—. ¿Qué es lo que me sucede?

—¿Qué ha de ser?—responde Sigifredo—. Tu honor es salvo, ya has visto el delito y la satisfacción. El amor, ¡oh hermano!, expuso mi amistad a una terrible prueba.

Hecho memorable publicado en la *Gaceta General de París* en enero de 1764

Correo de Murcia. 1794. Pp 209-212.

Un dragón del regimiento de Belsunce y el Tambor Mayor del regimiento Maestre de Campo General de Dragones, llegaron la víspera de Navidad a una posada de Saint Denis (ciudad de la Isla de París) donde pidieron cena y camas. A la mañana siguiente pagaron el gasto que habían hecho y salieron a pasearse por la ciudad. Volvieron al mediodía y pidieron de comer y una botella de vino que también pagaron. Poco después volvieron a bajar, hicieron que les diesen otra botella y un poco de papel y se retiraron a su cuarto. Al cabo de rato una mujer que estaba de parto en la vecindad, envió recado al dueño de la posada, pidiéndole que impidiese que se disparasen armas en su casa. Respondió el huésped que nadie había disparado en ella y que no sabía por que le enviaban aquel recado. Replicarónle que seguramente habían disparado y que la paciente estaba muy sobresaltada. El posadero pasó a reconocer los cuartos y subió al que tenía los dos dragones, el cual encontró cerrado por dentro sin que nadie le respondiese. Asustado también el huésped con esta novedad, pasó a dar cuenta a la justicia; y habiendo abierto por orden de ésta el cuarto, se encontró a los dragones muertos, cada uno a un extremo de la mesa y al lado del dragón de Belsunce la escribanía y un papel escrito en forma de testamento, con una carta dirigida a su teniente. El contenido del testamento era el siguiente:

Un hombre que muere con su entero conocimiento, debe no dejar ignorar nada de lo perteneciente a su suerte a los que a él sobreviven. Nosotros nos hallamos en este caso y queremos impedir que se inquiete a nuestros huéspedes y dar cuenta de nuestra partida a los que por curiosidad y con pretexto de formalidades judiciales y de buen orden vendrán sin duda a visitarnos. Humano es el mayor de los dos y yo, Bordeau, soy el más mozo. Él es Tambor Mayor del regimiento Maestre de Campo General de Dragones y yo soy simplemente dragón de Belsunce.

La muerte es un tránsito; y si no preguntárselo al promotor fiscal de Saint—Denis y a su escribano que vendrán aquí a hacer un reconocimiento judicial. Este principio, y el conocimiento de que todo debe acabarse son los que nos han puesto en las manos estas pistolas. Pudiéramos pasar agradablemente el tiempo de vida que nos queda, pero este tiempo es corto. Humano tiene sólo veinticuatro años, yo no he cumplido aún cuatro lustros. Ningún motivo tenemos ni uno ni otro que nos obligue a interrumpir nuestra carrera. Sabemos que existe un momento para dejar de existir para toda la eternidad y queremos anticiparnos a este acto despótico del destino. En fin estamos disgustados de la vida y ésta es la única razón que nos la hace dejar.

Si los que aún son infelices no tuviesen preocupaciones y se atreviesen a mirar desapasionadamente su destrucción, verían que es tan fácil abandonar su existencia como dejar un vestido cuyo color nos desagrada. Nosotros damos el ejemplo.

Hemos probado todos los placeres de esta vida y el mayor de todos que es el de hacer bien a nuestros semejantes. Todavía pudiéramos gozar de ellos, pero todos los gustos tienen fin y la misma idea de que han de acabarse los envenena.

Estamos disgustados de la escena universal. Ya para nosotros se ha bajado la cortina y dejamos los papeles que hemos representado en la comedia del mundo a los débiles que quieran representar en él algunas horas más.

Unos granos de pólvora van a destruir esta masa de carne ambulante, a quien los orgullosos humanos llaman rey de todas las criaturas.

Señores jueces, nuestros cuerpos quedan a disposición de Vms, pero despreciándolos como los despreciamos, poco nos importa cuanto quieran hacer con ellos.

En cuanto a nuestros bienes, yo, Bordeau, mando mi espada de acero al Señor de Rouliere, el cual se acordará de que, el año pasado, casi en el mismo día, tuvo la bondad de perdonar a mi ruego a un soldado llamado Saint Germain, que había faltado a su obligación

A la criada de esta posada de la Ballesta mando mi pañuelo del cuello, el de faltriquera y las medias que tengo puestas.

El resto de nuestros bienes bastará para pagar los gastos inútiles de informaciones y proceso verbal que se harán con este motivo.

El escudo de tres libras (doce reales vellón) que queda sobre la mesa es para pagar la última botella que hemos bebido.

En Saint Denis, hoy día de Pascua de Navidad de 1773. Firmado: Bordeau. Humano.

Copia de la carta de Bordeau al Señor Clerac, Oficial de dragones del regimiento de Belsunce, que estaba de guarnición en Guise, Plaza de Picardía.

Mi teniente: es tiempo de dar a Vm. gracias por la amistad y favores que le debí durante la residencia en esa plaza. Acuérdome que muchas veces en nuestras conversaciones dije a Vm. que me disgustaba mi estado actual. Esta confesión era ingenua, pero no exacta. Después me he examinado más seriamente y he conocido que aquel disgusto no sólo se extendía a mi estado actual sino también a todos los estados posibles, a los hombres, a todo el universo y aun a mí mismo. De este principio debía sacar una consecuencia.

Cuando todo nos cansa debemos dejarlo todo. Este cálculo no es largo, pero tampoco para formarlo necesito del socorro de la geometría.

En fin, llega el instante en que voy a dejar la patente de existencia que tengo en mi poder casi veinte años ha y que me cansa de diez años a esta parte y un poco de pólvora va a aniquilar a este rey de todo ser, como dicen mis semejantes.

A nadie debo pedir perdón. Es verdad que deserto y que el desertar es delito; pero si me castigo yo mismo ¿de qué podrá quejarse la ley?

Yo había pedido mi licencia a mis superiores para tener el gusto de morir descansadamente. No se han dignado de responderme. Se reduce a despacharme yo un poco más aprisa.

Escribo a Bar para que entreguen a Vm. unos cuadernos que dejé en Guise y le suplico que los admita. En ellos encontrará Vm algunos fragmentos de literatura nada

vulgares y estos suplirán por el mérito personal que me hubiera sido necesario para merecer que Vm me mantenga en su memoria.

Adiós, mi querido teniente. Conserve Vm. en su amistad a Saint Lambert y a Dorat. Si se existe después de esta vida y hay peligro en dejarla sin permiso procuraré venir a avisarle a Vm. Si todo se acaba con la vida, aconsejo a todos los infelices, esto es, a todos los hombres, que imiten mi ejemplo.

Si escribe Vm alguna vez al señor de Serici me hará el favor de darle memoria de mi parte, pues por todas razones debo estarle muy agradecido.

Cuando Vm. reciba esta carta, apenas habrá 24 horas que he dejado de existir. Mi querido teniente, su más afecto y reconocido servidor que fue primeramente humanista, después letrado, después pasante de procurador, después fraile, después dragón y después nada.

Historia Trágica Española. La Peña de los Enamorados

José de Lacroix, Barón de Bruére

Correo de Cádiz. 19 de febrero de 1796. 23 de febrero de 1796. 26 de febrero de 1796. 1 de marzo de 1796. 4 de marzo de 1796.

Admiremos el espíritu de los siglos caballerescos, en que el amor, las guerras y los combates, formaban la ocupación de su brillante juventud. En aquellos tiempos, el hombre más enamorado era el más valeroso. El más fino, el más delicado en los estrados, era el más feroz, el más terrible, el más duro en los combates.

No se podía pretender el corazón de una joven sin pasar antes por la escuela del valor. Un caballero se atrevía a descubrir sus ocultos pensamientos cuando acababa de ejecutar una acción heroica y grande. Entonces escogía una dama: a ella dirigía sus pensamientos, sus palabras y acciones. Ella le animaba en lo más fuerte de la refriega, y le sostenía en los golpes difíciles. Dirigía su brazo. Si el caballero salía vencedor, atribuía a la dama la victoria. Una fineza de ésta, una flor, una divisa, producía las acciones más heroicas.

En este tiempo, la escuela del amor y la de la guerra era una misma. Confundíanse estas dos pasiones, o llamemos ejercicio a la otra.

Todos sabemos que en aquel tiempo los feroces musulmanes ocupaban la mejor y más fértil parte de nuestra península. El espíritu caballeresco infundía un odio irreconciliable contra estos enemigos de la religión y del estado. La obligación más sagrada de los caballeros, era la de hacerles continuamente la guerra. Detestaban tanto a los sarracenos, cuanto amaban a su dama.

Un joven caballero, descendiente de una de las más ilustres casas del reino de Aragón, sabe que el rey don Juan, Soberano de Castilla, ha levantado el estandarte contra el enemigo común. El caballero (a quien llamaremos Faxardo) desea salir de la ociosa y blanda vida del castillo de sus padres. Entraba ya en la edad en que el hombre sólo respira la guerra y los amores. Arde en deseos de ir y señalarse por su valor contra los opresores de su religión y de su patria.

En vano su madre llora y procura detenerle:

—¿Debéis vos impedir mi viaje?—le dice—. Os debo no menos la clase, que gozo, de caballero, que la vida. Mi padre no había cumplido aún dieciocho años y ya se había distinguido en la lid y en los torneos. ¿Yo viviré a su edad oscuramente en el seno de una vergonzosa inacción? Los bárbaros musulmanes se bañan en la sangre cristiana. Debemos temer aun el que reconquisten nuestro país, ¿y quién los combatirá y rechazará, si los jóvenes en quienes debe hervir el ardor de los combates, yacen como yo, lánguidamente, en el ocio y los placeres? Si me amáis, ¡oh madre mía!, debéis amar aun más mi fama y mi reputación. Dejadme, dejadme seguir las ilustres y gloriosas huellas de mis abuelos. ¡Ah que gusto sentiré yo, al volver a vuestros pies, arrastrando los estandartes ganados a los moros! ¡Cuál será vuestro gozo de que me veáis volver triunfante y victorioso!

Su madre le da un tierno abrazo y consiente en su partida. Ella misma, los ojos bañados en lágrimas, la mano trémula y desfallecida, le viste la luciente coraza, coloca en sus sienes el dorado morrión y pone en sus manos aquella preciosa espada, que su padre había manejado con tanta gloria y que aún estaba teñida de la sangre de los infieles.

Faxardo, se arranca de los brazos de su madre, que largo tiempo permanecen abiertos y como llamándole. Monta en un soberbio caballo y marcha seguido de dos escuderos dignos de asociarse a las proezas de su joven amo.

Bien pronto llega a las límites de su reino, penetra en los estados de Castilla, y llega a la brillante corte de su soberano. Los campos están cubiertos de formidables escuadrones; se ven llegar cada día nuevos refuerzos, que engruesan y amenazan el ejército. Los soldados, impacientes por dilatarse la hora de entrar en la pelea y vencer al enemigo, se ensayan en la ociosidad de sus campamentos en ligeras justas y torneos.

La tropa marcha. Faxardo camina al frente de la de su país. Se le conoce por el rojo penacho que ondea sobre su luciente casco.

El ejército, cual una opaca nube, cubre y obscurece los caminos de Andalucía. Los moros representan un número superior. Se traba la batalla, con igual furor se combate por ambos lados. Faxardo pelea cual un tigre furioso. El novel caballero se aventaja a los más experimentados, es la admiración de los dos campos. Los castellanos hacen votos por su conservación; los musulmanes pretenden hacerle prisionero.

La providencia divina, cuyos decretos son impenetrables, no permite que triunfe y venza la buena causa. La victoria se declara por Abenacar, rey de Granada. Faxardo cede a la multitud de los que le persiguen, pero no se rinde hasta haber hecho gemir a muchos por su loca temeridad. En fin, habiéndose señalado con mil prodigios de valor, fatigado ya y desfallecido, cercano a perder la vida por la mucha sangre que corría a borbotones de profunda herida, no quiere entregar su espada, si no es al Rey mismo. Este Príncipe, movido de la desgracia del joven aragonés, se adelanta hacia él y le dice:

—Valeroso caballero, no os avergoncéis de conocer a un vencedor que merecerá vuestra estimación. Recibid este primer testimonio de la mía: os vuelvo vuestra espada. Venid a mi corte, quiero fijaros en ella con los lazos del reconocimiento y de la amistad. No experimentaréis de mí más que beneficios.

Faxardo levanta sus pesados párpados, y duda de lo mismo que oye y ve. El monarca moro tenía pintadas en todas sus facciones la nobleza y la magnanimidad. Su prisionero no podía creer que un musulmán fuese capaz de un proceder tan sublime.

Abenecar vuelve a sus estados, seguido de su victorioso ejército. Lleva consigo a la Corte a Faxardo, que ya se halla sano de sus heridas, y le dice:

—Esta será mi prisión. Quiero que confieses que se puede amar a los mismos que nos han vencido.

Tenía Abenacar una hija de dieciséis años. Los poetas árabes habían agotado en alabarla sus metáforas brillantes y sus asiáticas expresiones; pero toda exageración quedaba corta. Su mérito era superior a cuanto puede presentar la imaginación de más hermoso. Era un modelo de las huríes que Mahoma ofrece en los delirios poéticos de su Alcorán a sus escogidos discípulos. En efecto, Zátima (así hablaban los poetas granadinos llenos de entusiasmo por su hermosura) era un botón de rosa que se abre con los suaves rayos de la mañana. Jamás la España había producido cosa más perfecta. Se paseaba por las

riberas de aquellos agradables arroyos, que riegan con abundancia las fértiles y floridas llanuras sobre las que se eleva Granada, y se hubiera creído que era la ninfa directora de la fuente de sus aguas cristalinas. Buscaba la sombra de sus espesos bosques, y parecía Diana arrastrando los corazones de cuantos la veían. Salía a las fiestas y regocijos públicos, se reputaba por la misma Venus encantadora, con sus tres gracias. Se creía que su vista hacía brotar las flores bajo sus plantas, y que conservaba al cielo su serenidad y brillante claridad. Llamábasela *Checher-Para*, lo cual significa trasladado a nuestro idioma «Palacio de Azúcar».

Abenacar dispone para celebrar la victoria alcanzada sobre las cristianos, dar un magnífico torneo. Brilló en esta fiesta toda la magnificencia y galantería de los moros granadinos. Concurrieron a ella los principales del Asia y África.

Faxardo fue convidado a entrar en la lid. Había visto a Zátima, y no había podido resistir a amarla; en el mismo instante la escogió por señora de sus pensamientos. Abandonó su corazón a aquel objeto encantador.

Presentose en la plaza soberbiamente adornado. No nos detengamos en pintar sus galas; en ellas brillaba a porfía la riqueza y el buen gusto.

Su escudo debe parar nuestra atención. Representaba un heliotropo abrazado por los rayos del sol, y tenía esta divisa: *Amo el fuego que me abraza*. Veíase al otro lado un águila que se elevaba, extendiendo sus alas hacia el astro, que todo lo ilumina, y tenía escritas estas palabras: *Llegaré aunque muera*.

Ábrense las barreras, preséntanse en la arena los combatientes. Faxardo no se había dado a conocer. Entra en la palestra, pelea con la mayor parte de los pretendientes al premio. Sale victorioso de todos los combates. Advirtiose que llevaba colores semejantes a los que brillaban en los ricos adornos de Zátima. La princesa tenía que repartir los premios. Se diría que había procurado justificar la comparación que de ella habían hecho los poetas de su país con el sol pues brillaban en ella los más finos diamantes en todos sus adornos. Es verdad también que su hermosura sobrepujaba a cuantas maravillas había unido el arte de su compostura.

Faxardo era uno los primeros vencedores que al ruido de las trompetas y timbales vino a recibir la recompensa de su afortunado valor. Llega, se echa a los pies de la hija de Abenacar y levanta la visera del casco. Un mismo golpe hiere a él y a la Princesa igualmente, y ésta le dice con aquella gracia que extendía sobre los más pequeños objetos:

—Caballero, os habéis vengado muy bien de los que os vencieron en la batalla. Vos sois el que triunfáis de vuestros enemigos.

El joven aragonés, lleno de turbación, le responde:

—Señora, éste es el instante en que yo me confieso vencido y en que aseguro que amo tanto las cadenas que me aprisionan, que jamás quiero romperlas.

Presentó al valeroso Faxardo un corazón de rubíes. Observad que este corazón es símbolo de la llama.

Levantase al instante el caballero, siguiente (*sic*) una multitud de combatientes, se precipita en la palestra, y exclama con grandes voces:

—¡Venga aquí el que quiera probar su lanza con la mía! ¡Estoy pronto a medir mi brazo con el suyo, y a defender que ninguna dama, es igual a la que más escojo por objeto de mis amores!

Al oír estas palabras, Zátima experimenta una especie de conmoción que descubre su pasión.

—El orgullo de los cristianos—dijo— se ostenta en todas ocasiones. ¿Cuál será la hermosura a quien Faxardo ofrece su corazón?

Refiérense estas palabras al enamorado caballero.

—¿Quiere saber la Princesa y conocer a la que yo sirvo? Solo ella puede saber mi secreto.

La fortuna confirmó la arrogante propuesta de Faxardo. Triunfó de todos sus contrarios y les hizo declarar mal de su grado que su dama era superior a todas las demás.

Zátima no puede ocultar ya la pena que la consume; pide a su padre (que la amaba con la mayor ternura) permiso para ver al joven cristiano.

—Quería saber cuál era la hermosura por quien Faxardo muestra tanto amor y tanta audacia. ¿Me perdonaréis, padre mío, este movimiento de curiosidad?

Abenacar le concede lo que solicita.

Faxardo es introducido en la habitación de la Princesa, que se hallaba rodeada de toda su corte.

—Señor—le dice—. No os disimularé que estoy impaciente por conocer la hermosura a quien nada pueda compararse; me lisonjeaba que en Granada...

El caballero no la deja acabar:

—En todo el mundo, Señora, no tiene igual. Me atrevo a repetirlo en vuestra presencia. Vos misma os veréis obligada a convenir en ello, pero solo a vos, princesa, me es permitido revelar su nombre.

Al instante comienzan a retirarse cuantos rodean a Zátima. Queda sola con Faxardo. Éste continua diciendo:

—Señora, quiero confiaros lo que hasta ahora no ha salido de mi corazón. Pensad en que obedezco vuestras órdenes con la mayor sumisión.

Al mismo tiempo que hablaba de este modo se le veía mudar continuamente de color, temblar y experimentar la agitación más terrible.

—No lo ruego, Señor. Me alegraré mucho de saberlo. No teníais que temer que cometer ninguna indiscreción. Si pudierais leer mi corazón, veríais que a lo menos, puede merecer vuestra confianza. Me será útil... Necesito... Necesito...

—Bien, Señora—exclamó el Caballero arrojándose a sus pies—. ¿Lo habéis exigido? Vos conocéis a la que yo amo... La que sólo debo nombrar a vos... La que adoraré hasta la muerte, y por la que daría mil veces la vida... Sí, Señora, os será imposible el dejar de confesar que no puede tener rival...

Entonces descubre un espejo pequeño que se había colocado en su pecho. Zátima penetra fácilmente el secreto de Faxardo. Se mira en el espejo, ve que es objeto de la pasión que ella creía nacer de otra. Sólo puede pronunciar con voz débil y cortada:

—Cristiano, ¿cuál es vuestra esperanza?

—He de adoraros, Señora, hasta el último suspiro, arder en mi llama, morir en mi amor...

—Señor... Levantaos, levantaos... ¡Si os sorprendiesen!

—¿La hermosa Zátima se dignaría perdonarme?...

—¿Perdonaros?... Faxardo... Señor... ¡Alá!.... No sois sólo el culpado...

Al instante la princesa manda entrar su corte.

—Ya sé en fin el secreto del caballero, pero he empeñado mi palabra de que no le descubriré. No obstante, si hubiese de seguir mis consejos, se aplicaría a vencer una inclinación...

—Jamás, Señora, procuraré arrancar de mí la saeta que lo traspasa. Os lo repito: aunque debiera causarme la muerte, adoraré siempre la mano de donde salió el tiro fatal.

Al decir estas palabras el caballero lanzó una mirada que sólo la princesa pudo entender, y, en efecto, comprendió muy bien lo que significaba.

En vano se esforzaba Zátima en ocultar con aparente alegría el desorden en que se hallaban sus sentidos. Aumentase esta agitación, cuando al otro día, oyó cantar al mismo Faxardo un romance, que a ejemplo de los moros, había compuesto él mismo, acompañándose con el melodioso son de una guitarra.

Abenacar estimaba cada vez más a su prisionero, y se resolvió a hacer con él, el más noble acto de generosidad:

—Cristiano—le dijo—, te he detenido demasiado tiempo en mi corte. Rómpanse tus cadenas, vuelve a tu patria y cuenta a tus conciudadanos el modo con que yo trato a mis enemigos. No dirán ahora los españoles que los moros son bárbaros. Sólo exijo, por pago de tu rescate, algunas pruebas de tu estimación a favor de un soberano que ha sabido reconocer tu mérito.

Faxardo movido de la magnanimidad del Monarca, se arroja a sus pies. El Rey lo levanta, y abraza en presencia de todos sus cortesanos.

Zátima se abandonaba a todas las ilusiones de su pasión. En lugar de combatirla y mirarla como funesta, la alimentaba y encendía en su pecho. Habíase grabado con caracteres de fuego en su corazón el romance de Faxardo. Participanla la acción generosa de su padre, que concede la libertad al caballero. Ella exclama arrebatada de un movimiento involuntario.

—¿Faxardo dejará este país...?

Conoce esta indiscreción, corre a encerrarse en su habitación, y allí se abandona toda a su dolor.

No era menos viva la agitación de Faxardo. Sólo había en aquel pronto considerado el noble proceder de Abenacar, y a la ventaja de poder emplear aún un valor útil a su patria y a su propia gloria. Pero cuando consideró la separación del objeto amado, del ídolo de sus potencias, de las delicias de su puro amor; se le presentaron las penas que le iban a cercar toda su vida.

—¡Triste de mi!—decía—. ¿Podré estar separado de Zátima? ¿Podré vivir un solo instante sin verla? ¡Pero mi patria!... ¡Mis padres!... ¡Ah desgraciado Faxardo, más te hubiera valido morir en el combate, hubieras muerto gloriosamente, que no acabar de esta manera infeliz!...¿Mas que se dirá de mí, si retardo mi partida? ¡Un español, que ve roto sus hierros no volar al combate! ¿Cómo excusarse a los ojos de España, del universo todo? ¿Qué medio para libertarse de su propia conciencia?

Faxardo llora, los más contrarios y opuestos sentimientos despedazan su interior. Forma el proyecto de alejarse prontamente de aquel país, sin despedirse de la Princesa, sin verla, sin informarse siquiera de si era sabedora de su partida. Pero cuando se ama con la extraordinaria viveza con que la amaba, ¿cómo se puede ejecutar estos intentos?

¿El amor no renace entonces con más fuerza, con más poder? Faxardo es el blanco de los combates de los sucesivos asaltos de la razón, del amor, de la obligación, del honor y de una pasión que quiere quedar victoriosa.

En medio de esta terrible tempestad recibe un billete, prepárase al instante a leerlo y teme romper el nema, ábrelo, y lee así: *Presentaos hoy en el bosque de las rosas. Una persona os pide una conversación secreta.*

El esclavo que había entregado el billete había desaparecido al punto que lo entregó. No puede informarse más. Vuelve a leer el papel, no conoce la letra.

—¿Qué tendrán que decirme? La Princesa... pero huyamos de esa idea... es imposible. ¿Abenacar habrá penetrado los secretos de un corazón que no puede resistirse a manifestar su dolor?... No importa, no faltaré a esta cita. ¿Debo tener miedo? ¿No he aprendido ya a morir?

Se apresura, pues, a bajar a los jardines. Ya le tarda la hora en que salga de sus dudas. Llega al bosque, no ve a nadie. Lucha en un mar de reflexiones, y no saca consecuencia alguna. Oye un ruido sordo. Para su atención. Ve se iba (sic) acercando una persona con un velo. Faxardo cree ser Zátima.

—¿Princesa?

—No soy la princesa—le responden. Y en efecto no era el eco suyo—. Pero Señor—continúa—, es mi ama la que me envía a hablaros, esa misma que nombrasteis. Soy la depositaria de los secretos de su alma: ¡Faxardo vos sois la causa de la pena que padece, y que la conducirá al sepulcro¡

—¡Yo causar la mínima pena a Zátima! Seas quien seas, ten compasión de mí. ¡Soy el más infeliz de los mortales!

—Señor, sois al contrario el más feliz: sabed... Zátima no es indiferente a vuestro amor. ¿Qué es lo que digo? ¡Indiferente!... Caballero bastante os he dicho... ¿Y marcháis?

La esclava levanta el velo. Faxardo reconoce a Fatme, la confidenta y la más querida amiga de la hija de Abenacar.

—¿Me habréis visto, forzosamente, muchas veces al lado de la Princesa?—le dice—. Siempre la acompaño. Nada tiene reservado para mí. Sois caballero y español. Esto es lo que nos ha persuadido a las dos, que podíamos contar con la nobleza de vuestro proceder. Zátima, señor, no podrá sufrir el veros partir, y dejar este país para siempre. ¿Me entendéis sin duda?...Vuestra partida será el último instante de su vida.

—¡Qué, yo he de ser el asesino de la que adoro! Amable Fatme, pues conocéis el fondo del corazón de la Princesa, leed en el mío... Sabréis que lo consume el amor más puro, y el mayor que cabe, hasta tal punto que no lo sabré vencer. ¡Yo me abraso! ¿Pero adónde nos arrastrará esta fatal pasión? ¿Qué peligros no amenazan a la hija de Abenacar? ¡Ah, Zátima! ¿Para qué correspondes? ¿No ves por todas partes una barrera invisible que nos separa? ¡Qué obstáculos impenetrables!

—Señor, no abandonéis este país. Esto es todo lo que te pedimos. Imaginad un medio. Si amáis, fácilmente lo hallareis. Respire Zátima el aire que respiráis, a lo menos, señor, tendrá el gusto de veros; si no lo lograse sabrá a lo menos que no estáis lejos de su persona, que habitáis este mismo palacio.

—El Rey... ¡qué golpe! ¿Debo corresponder así a su bondad? ¡Adorar a su hija! ¡Pagarle los beneficios con pesares!... Mas id... Contad a la idolatrada Zátima que moriré

en este país, que seré suyo hasta el último aliento. ¡Ah, si pudiera morir a sus pies!...

En este tiempo ve Fatme alguno que se acerca. Se apresura a partir, y deja en el estado más confuso al caballero.

En efecto dirigíanse muchas personas hacia aquel mismo bosque, y era Abenacar que, seguido de su corte, venía a gozar las delicias de aquel ameno paseo. Cáusale alguna sorpresa ver allí a Faxardo y le dice:

—¡No creía hallaros en este paraje! ¿Habéis dispuesto ya la marcha? No os negaré que me haréis gran favor en apresurarla, y en aprovecharos de la libertad que os he concedido. Tengo mis razones. Marchad y acordaos que los dos debemos estar sujetos igualmente a las leyes del honor... os lo repito. Apresuraos a uniros con los demás cristianos. Permito que los socorráis todavía con vuestro valeroso brazo, es glorioso combatir con enemigos como vos.

El monarca continúa su paseo. Faxardo permanece en cierto modo como inmóvil. No puede ocultarse a sí propio que acababa de recibir una orden para salir de Granada, y sospechaba si acaso Abenacar habría descubierto o sospechado algo de su pasión por la hermosa Zátima, y que haya determinado la pérdida de estas dos víctimas, separándolas para siempre.

—¡Ah, antes perezca yo mil veces que mi amada princesa experimente por mi causa ni aun el amago del más leve peligro! ¡Faxardo, Faxardo, tú no te puedes separar ni un solo momento de este país! ¿Y no tendrás valor para morir? Zátima sola sabrá la causa que ha puesto fin a tu vida, este consuelo te bastará para entrar en el sepulcro que te espera. ¡Fatal y desgraciado amor, es forzoso ceder! Una sola palabra de Abenacar me ha hecho conocer lo irregular de mi conducta hacia él. ¿Mancharás, Faxardo, con un indigno crimen, las glorias que te hicieron estimar de tu contrario? ¿Has de seducir una princesa, hija de tu bienhechor? Aunque no reparará tu amor en la ingratitud que cometes, ¿no eres cristiano? Zátima, ¿no profesa una secta contraria y que miras con el mayor horror? Sí, ¡todo debe separarnos! Rompe Faxardo para siempre unos lazos que te precipitan de un abismo a otro. ¿No temes faltar a la hospitalidad, a estos sagrados derechos? ¿No te avergüenzas de faltar a tu patria? ¿No eres español y caballero?...

Al decir estas palabras marcha veloz a su cuarto y dice a sus escuderos:

—Amigos, ya estamos libres. Tengo permiso de Abenacar para marchar a nuestra patria, salgamos de Granada. ¡Ojalá pueda yo olvidarla para siempre!

Faxardo queda solo. Abandónase entonces a las más violentas agitaciones: determina no volver a ver a Zátima. Quiere parecer agradecido e intenta escribirla. Toma la pluma. No sabe por donde empezar. Escribe algunos renglones. Escápasele la pluma. Sus lágrimas borran lo que ha escrito. ¡Qué valor no era menester para declararla que renunciaba para siempre a la felicidad de verla, de hablarla y de oírla!

—¡Ah, Zátima, Zátima, cómo podrá ser! ¿Pero el honor? ¡Ah bárbaro honor! Es preciso seguir tus rigurosas leyes, arrojemos para siempre del corazón una pasión que nadie puede aprobar. No veré a Zátima... Moriré en los combates que me cercan... Pues muramos; no tendré que acusarme de mi proceder. Zátima sabrá mi suerte, me llorará, pero me amará siempre, no lo dudo.

Sus escuderos entran a anunciarle que todo está prevenido para la marcha, que en el instante pueden ponerse en camino. Pide que le dejen solo un breve rato. Se echa

sobre una poltrona, despedazado su corazón de sentimiento.

¡Oh vosotros corazones sensibles, nacidos para el amor, contemplad a este infeliz luchando consigo mismo, y ved cómo la razón vence cuando hay virtud!

Fatme había hallado a la Princesa en la mayor consternación. Su padre había conocido su inclinación hacia Faxardo, no había ocultado sus sospechas y le había dicho a su hija:

—Zátima, ¿me habré yo engañado? ¡Vuestro corazón! ¡Un cristiano!... ¿Te avergüenzas?... Si mi hija fuese culpable... ¿Ves este puñal? Sabría impedir el delito, sí, lo clavaría, a mi pesar, en tu corazón... ¡Ah, heriría en el mío!... Tú conoces, amada hija, toda mi ternura para contigo; he procurado prodigarte todos los testimonios del amor paternal, he dulcificado la severidad de nuestras costumbres: y ¿será este el pago de mi complacencia?

Zátima, horrorizada, se abandona al llanto, repite a su confidenta las expresiones de su padre (que había salido ya) y añade el temor que tenía por la vida de Faxardo:

—Sí, Fatme, su vida vale aún más que la mía ¡Mi padre sería capaz!... Yo, yo soy sola la culpable. Voy, vuelvo a echarme a los pies del rey. Le confesaré que lo adoro, mis penas y finalmente mi delirio. Tendrá lástima de su hija y, si no, seré el único objeto de su venganza. Libraré a Faxardo...

Fatme se opone a sus proyectos. Le representa la imprudencia que había en ejecutarlos, las terribles consecuencias.

—No liberaríais a Faxardo—le decía—, ni impediríais el castigo de los dos. Creedme Señora, triunfad de una pasión que os cuesta tantos pesares, olvidad un amor que no puede tener un favorable fin, sí, olvidad...

—¿Qué dices, Fatme? No acabes, no acabes de pronunciar semejantes palabras. ¿Olvidar? Mi amor me es más preciso que mi vida, y ¿aunque yo lo quisiera lo podría? No, no me es posible el vencerlo, no conozco riesgos ni peligros...

—¡Señora! ¿Qué decís? ¿Abandonaréis por esta fatal pasión vuestros padres, vuestra patria, vuestra religión? ¡Me estremezco!...

—Zátima ya no es Princesa de Granada, es esclava de Faxardo—le responde la hija de Abenacar—. Es la última expirante de sus muchas prendas. No podré sostener su ausencia. Esta partida me conducirá al sepulcro... Quiero arrojarme en los brazos de la muerte...

No puede continuar. Un diluvio de lágrimas anegan sus palabras. Pregunta sin cesar por Faxardo. Le llama, como si le oyera. Se interrumpe, se pregunta, se responde, en fin, está fuera de sí.

Faxardo había diferido su partida hasta la madrugada del día siguiente. Sus escuderos gozaban el dulce reposo del sueño. Mas su amo, bien lejos de seguir su ejemplo, velaba inquieto y pensativo sobre el partido que había tomado de escribir a Zátima. Vuelve a tomar la pluma y escribirle segunda vez.

Estaba casi escrita la carta cuando oyó un ruido sordo, producido por algunas personas que corrían hacia su cuarto. El caballero, cuya alma era incapaz de tener miedo, y cuya pasión le hacía despreciar la vida, cree que podrá ser el padre de Zátima que viene a vengar su resentimiento, y forma la resolución de irse a presentar para recibir el golpe fatal. Abre la puerta. Dos mujeres, cubiertas de un velo espeso, y seguidas de un esclavo, entraban apresuradamente. La una exclama:

—Faxardo, libértanos, huyamos, huyamos, estamos perdidos...

Al decir estas palabras, levanta el velo, y ve a Zátima.

—¡Oh, cielos! ¡Qué veo! Yo soy caballero: expiro, muero...

—Mi padre... Mi padre lo sabe todo... Muera yo, mas muera víctima del amor. ¡Pero vos! ¡Ah!... Esto me causa mil veces más dolor que la muerte misma. Fatme ha podido averiguar, por medio de un esclavo la suerte que nos amenaza. Ya no es tiempo de pensar en mi indiscreción, en mi locura. Conozco todo el horror del crimen que acabo de cometer; pero es necesario libertarte de la venganza del rey. Este esclavo fiel que me sigue ha preparado cuanto se necesita para nuestra fuga.... Nos aguardan... Señor, sigo a mi amante, a mi esposo, confío todo en vuestro honor, aún más que en vuestro amor... No nos detengamos en salir de este país... Apresurémonos... Nos conducirán por sendas escondidas, llegaremos a la Vega, y ya entonces estaremos seguros.

¿Podía aguantar Faxardo este nuevo e inesperado golpe? Es un rayo que le hiere. Se contempla en la situación más peligrosa, y se mira hecho infame seductor, faltando a las leyes del agradecimiento, y traspasando el corazón de un padre que lo ha distinguido y favorecido sobre manera, a su libertador; ¡qué consideración tan terrible! Mira por otro lazo a Zátima, a quien ama, y de quien es amado, expuesta al furor y cólera de su padre, abandonada, y sin él, conducida a la muerte más cruel, y esta idea le hace temblar de amargura y de dolor. Su honor se halla comprometido por ambos, y lo pierde por tenerlo.

—Vamos, señora, le dice, vuestro esposo es el que os habla. ¡A qué extremos nos ha reducido nuestro amor!

Era cierto que Abenacar estaba informado de la pasión de su hija y del caballero, y que al otro día había de tomar de ellos una venganza terrible: pensaba sacrificar a los dos en medio de los tormentos más espantosos.

Nuestros amantes, seguidos de Fatme, el esclavo y los dos escuderos hallan en fin el medio de escapar y llegar hasta la Vega de Granada. El recelo de caer en las manos de Abenacar les daba alas. Zátima, medio muerta, volvía continuamente sus hermosos ojos hacia la corte de su padre. Ven una nube de polvo que se eleva y se engruesa (sic) cada vez más. Comenzaba a amanecer; oyen ruido confuso, creen haber oído los relinchos de muchos caballos. Descubren realmente una tropa de caballería, que parecía correr a ellos. Se llenan de espanto, se ofrece a su vista una roca escarpada, corren hacia ella, suben a la punta. La ligera tropa los alcanza y los rodea. Fatme, el esclavo y los escuderos caen heridos de mil golpes mortales. Sus enemigos, cada vez más furiosos, deseosos de apoderarse de su presa, se acercan a la peña dando horribles gritos y comienzan a trepar a la cima. Los dos infelices amantes conocen que no tienen que esperar remedio alguno. Zátima habla la primera y le dice al caballero:

—Faxardo, hemos perdido toda esperanza. Nos amamos, pero no podemos vivir juntos; muramos, pues.

Diciendo esto se abraza con el caballero, lo estrecha fuertemente y se arroja con él desde lo alto de la peña, que aún en el día conserva el nombre de *La Peña de los Enamorados*.

Abenacar no pudo resistir el dolor que le causó este suceso; lloró la muerte de su hija, y la siguió poco después al sepulcro.

Este hecho, que acabamos de referir, es enteramente verdadero. Lo aseguran los

mejores historiadores españoles.

Historia de Palmira, sacada de un manuscrito antiguo

Miscelánea instructiva, curiosa y agradable. 1796. 124-138.

El cielo estaba sembrado de estrellas, la luna brillaba en los aires y la noche, revestida de su manto, cubría las colinas y los valles. Sumergida en una profunda meditación y como fuera de sí, salía Palmira de su cabaña y dirigía sus pasos por las orillas del río vecino. Después, sentándose sobre un sauce solitario, contemplaba en el silencio el reposo de la naturaleza. Pero bien pronto, con voz lastimera, prorrumpió en estas palabras:

—¡Objeto de mi eterno llanto! ¡Permíteme que riegue con mis lágrimas esta triste ribera y que recorra en mi imaginación unas memorias demasiado tiernas!

Las lágrimas corrían copiosamente de sus ojos. Estaba apoyada sobre el sauce y la luna cubría su cara de un pálido resplandor, cuando un ruido, cuya causa estaba cerca de ella, le hizo volver la cabeza a toda prisa. Era su hijo que atónito y confuso y la ternura filial pintada en su semblante, le dijo, enternecido:

—Madre mía, sin duda que yo no soy tu hijo, pues no me comunicas tus secretos. Yo te he seguido desde la cabaña y he oído tus lastimeras quejas que han traspasado mi corazón. ¿Quién puede causarte tan tierno llanto? Derrama, derrama, madre mía, tus lágrimas sobre mi seno. ¡Cuán dulce me sería participar de ellas!

—Hijo mío—respondió Palmira—, único consuelo de mis últimos días, nada te negaré. Conozco tu alma grande y noble y al verte tan virtuoso me doy mil parabienes de ser tu madre. Estoy bien cierta de que vanos resentimientos no hallarán jamás cabida en tu corazón.

—¿Y bien—replicó impetuosamente el mancebo—, qué ofensa, qué delirio?

—Todo lo sabrás, ¡hijo mío! Ármate de respeto: aquí reposan las cenizas de tu padre. Ya veo tu sorpresa, pero escucha la deplorable historia.

En los primeros años de mi edad perdí los autores de mi vida. Una buena parienta, cuya alma era superior a su nacimiento, me recogió y cuidó de mí con amor de madre. Apenas tenía yo dieciocho años cuando la muerte me quitó también esta segunda madre, único apoyo de mi liviana juventud. Halleme pues sola, abandonada a mí misma, sin más guía que un corazón puro alimentado de los principios de la virtud y de la honestidad.

Pero yo no tenía más que dieciocho años y mi corazón excesivamente sensible experimentaba la necesidad de amar, como ordinariamente sucede en tal edad. Quería un amigo, quería un apoyo y buscaba en él los mismos sentimientos, la misma virtud que yo experimentaba en mi corazón. No sin mucho trabajo llegué a encontrar este prodigio. Elidoro, tu padre, me ofreció el homenaje de un corazón amante y tierno y lleno de inocencia como el mío. Una dulce simpatía nos atrajo el uno al otro con fuerza irresistible. Prometile mi mano, que ya tenía mi corazón, y partió al instante a anunciar a sus padres la esposa que había elegido. ¡Ah! Partió para mi desgracia. Una tarde de verano salí, según mi costumbre, a las orillas de este río y habiendo dejado mis vestidos en la ribera me arrojé al agua. Un momento después vi un coche que se paró enfrente de mí; estremecime y hubiera querido sepultarme en lo más profundo del río. Observé con atención y conocí a

Dorimón, señor de aquel territorio. Habíame visto desde su coche, pero sea que temiese asustarme si llegaba a mí o que los que le acompañaban le incomodasen con su presencia, partió como una exhalación y creí verme libre a costa de un temor vano. Mas al día siguiente, ¡cuál fue mi sorpresa al verle llegar solo a mi cabaña! Yo sabía muy bien que las personas de nacimiento igual al suyo no respetan en mi sexo las leyes del honor ni de la virtud y que no creen que haya delicadeza ni honradez en una clase inferior a la suya. Horrorizeme del odioso designio que le conducía y que no tardó mucho en descubrirme, pero hallé en mi virtud armas tanto más poderosas para rechazar la seducción y desperanzar enteramente a aquel vil corruptor.

Elidoro volvió. Yo derramé lágrimas de alegría y bendije al cielo que había unido dos corazones virtuosos. ¡Hijo mío! Quiera Dios que conozcas, como tu padre, el verdadero amor y como él jamás te separes de la virtud, que es su base firme y su sólido fundamento. ¡Hijo mío! Yo conocí la felicidad y la vi desvanecerse como una sombra. Apenas tú, prenda preciosa de la más estrecha unión, empezabas a pronunciar con voz balbuciente el dulce nombre de madre, cuando atento tu padre a todos tus movimientos, los dirigía con maña al fin principal del hombre, que es la virtud. ¡Ah! ¡Qué alegría no inundaba nuestros corazones al cultivar de concierto la semilla preciosa de la bondad, que después se ha descubierto en tu alma!

Una noche, sentados a la luna, discurríamos sobre los medios de inspirarte aquellos sentimientos nobles, aquel amor sublime de lo justo y de lo honesto, en un palabra darte un corazón inocente y bueno que tanto agrada al ser supremo. Subíamos así hasta la causa increada, admirábamos el orden inmudable y la armonía del universo, sintiendo en nosotros una especie de desaliento al considerar nuestra flaqueza y casi nuestra nada con relación al todo inmenso que observábamos. Pero al mismo tiempo una dulce confianza animaba nuestras almas absortas y arrebatadas en el más dulce enajenamiento. Entretanto tú jugueteabas a poca distancia de nosotros. La serenidad de la inocencia brillaba en tu cara y tu padre y yo observábamos las gracias naturales de la infancia que te hermoseaban. ¡Oh, qué momentos tan puros y serenos! ¡Pero, ah! Ellos no volverán más, para siempre los perdí...

De repente se echó sobre mí un hombre. Grité, miré y era Dorimon, que amenazando con un puñal mi garganta, con voz furiosa y descompuesta, exclamó:

—¡No vengas, Elidoro, a socorrer a Palmira, si no quieres verla caer a mis pies, pero si la amas más que a ti mismo...

—¿Qué he de hacer?—dijo Elidoro, arrebatado de un furor que por necesidad tenía que ahogar dentro de sí.

—Es preciso—replicó aquel monstruo— que te precipites en el río. No te detengas o vas a ver correr su sangre.

Aterrada con tan terribles amenazas dije:

—¡Elidoro, déjame morir!

—¡No, Palmira!—replicó él vertiendo un torrente de lágrimas—. No morirás, no, ya que está en mi mano el conservar tu vida. Y tú, desgraciado Dorimon, ¿qué rabia te incita a turbar la paz de nuestra unión y a mancharte con un crimen atroz? Detente hombre feroz, ¿es acaso tu corazón de bronce? Detente, yo te lo pido en nombre de Dios supremo, terrible vengador de los delitos.

—¡No hablemos más—replicó Dorimon—, elige entre su vida y la tuya!

—¡Ah! No tengo en que detenerme—exclamó Elidoro, arrebatado de dolor, y tomando carrera iba a precipitarse en el río...

Yo di un grito penetrante que suspendió sus pasos. Quiso hablarme pero los sollozos le cortaron la voz y ahogaron sus palabras. Su corazón, despedazado como el mío, no podía sufrir tantos tormentos. Mas Dorimon, rabioso e impaciente porque no veía consumado su delito, dijo:

—¡Ésta es mucha dilación! ¡Mira su sangre que salta ya de su pecho!

—¡Detente!—replicó Elidoro desesperado—. ¡Adiós, amada Palmira!...

Y dicho esto se tiró al río y sus aguas alborotadas le sumergieron. Arrebatada de dolor, di gritos lamentables y mi alma oprimida parecía que iba a desaparecer.

¡Hijo mío! ¿Te estremeces? ¿Lloras? Tú conoces bien la profundidad de mi herida. Inexplicable es la turbación en que me vi. Experimentaba todas las angustias de la muerte, pero sin acabar de morir. Libre ya, sin saber cómo, de los brazos del asesino iba arrojarme en el agua para seguir a tu padre, cuando tu débil voz me llamó. Detenida por sólo el instinto de la naturaleza me paré a la orilla del precipicio. Fui maquinalmente hacia ti, te tomé en mis brazos y caí sin fuerza sobre la ribera. Allí pasé toda la noche sin dormir, sin pensar, sin existir.

El día apareció bien pronto por mi desgracia. Hasta entonces había estado fuera de mí, pero la luz del día me volvió la vida y me hizo conocer toda la intensidad de mis desgracia. Reflexionaba y aumentaba mi mal. Vertía arroyos de lágrimas sin poder detener su curso ni podía separarme de estas funestas riberas, y tú, con aire risueño, me pediste de comer.

—Pobre niño—repliqué yo amargamente—, tú no conoces el horror que te rodea.

Luego que entre en la cabaña todos los objetos que se presentaban a mi vista no servían sino de alimentar mi dolor. Mi desesperación llegaba al último punto, y yo no existía sino para sufrir. ¡Juzga tú cómo estaría mi corazón! Cuando una serie de acontecimientos tristes, sucediéndose sin cesar con paso lento y progresivo, nos preparan de antemano a la pérdida de un objeto amado, el alma tiene tiempo para adquirir fuerzas con que sobrellevar el golpe tremendo, pero yo, que con plena seguridad gozaba con sosiego del placer de un feliz momento, ¿podía haberme armado contra una desgracia tan funesta cuanto inesperada? Mi alma elevada a los cielos, ¿podía pensar en los delirios de la tierra? ¡Oh Elidoro, esposo amargamente llorado, yo era feliz contigo...! Un momento más ligero que el rayo destruyó mi felicidad y te sepultó en las aguas. Mi alma oprimida no pudo sostenerse contra una tormenta tan rápida, parecíame ver el cielo desgajarse sobre mi cabeza y perdí el uso de la razón.

Luego que volví en mí, extendí por todas partes mi vista amedrentada y solo vi un espantoso vacío que me rodeaba. Envié a los parientes de Elidoro una pintura fiel de mi desgracia, pero unos habían ya muerto y otros habían pasado al otro lado de los mares. Quedé, pues, viuda por el crimen más inaudito y sin otro recurso que yo misma. En mi deplorable situación, tú sólo, hijo, me has hecho amar la vida y como tu inocencia me había ya conservado, tu virtud naciente me hace dulces algunos momentos de ella.

Un día estaba yo sentada sobre esta ribera, siguiendo con la vista el curso de las aguas cuando advertí un barquichuelo que navegaba lentamente. Levanteme conmovida y mi corazón sobresaltado se entregaba ya a una lisonjera esperanza.

—¡Dios mío!—decía yo—. ¡Si será Elidoro que habrá podido salvarse!

La impaciencia me hacía contar los momentos. En fin el barquichuelo abordó cerca de mí. Cubríale un paño negro y lúgubre, Acerqueme y vi a Dorimon. No me atemorizó su presencia. Fuime a él con intrepidez y le dije:

—¿Qué buscas? Habla.

Su respuesta fue echarse a mis pies y descubrirme el cuerpo de Elidoro. ¡Hijo mío! Mis llagas se renovaron y volvieron a verter sangre. Regué con mis lágrimas las tristes reliquias de mi esposo.

—¡Elidoro!—exclamé—. ¿Por qué me has amado tanto? ¿Tú te has sacrificado por mí y yo no te he seguido? ¡Ah! ¡Perdona, perdona!. Obligaciones sagradas me detienen en este mundo. Sí, esposo mío, si no fuera por esta parte de ti mismo, si no fuera por tu hijo, yo no vería ya la luz.

Mientras me sumergía así en mi dolor el autor de mis males gemía a mis pies. Los remordimientos, vengadores de la sangre inocente, despedazaban su corazón. Largo tiempo permaneció sin hablar y al cabo profirió estas palabras:

—Los celos me incitaron a cometer el más negro delito. El modo ha sido el más cruel y lo elegí para evitar toda pesquisa y perder a tu esposo sin que luego apareciesen pruebas de mi delito. Mas luego que vi sacrificada la víctima de mi rabia, tus penetrantes gritos introdujeron en mi alma las heridas infernales, mis cabellos se erizaron y te abandoné temblando y espantado de mí mismo, el miedo me ataba los pies y me estorbaba huir, ¿pero de qué sirve decirte más?... Esta noche misma tomé este barquichuelo y yo mismo he buscado el cuerpo a quien animaba tan grande alma. Le hallé y oso presentarle a tus ojos.

Cayó y se arrastró por el suelo como furioso. Yo le vi con ojos enjutos, pues mi corazón arrebatado de dolor no podía recibir ninguna otra impresión, ni aun la de compasión.

—Levántate—le dije.

Y como si fuera mi esclavo, le mandé hacer el hoyo en donde quería sepultar los tristes despojos de mi desgraciado marido. Pareciole mi voz la de la divinidad misma. Tan cierto es que a la vista de la virtud se cubre el vicio de una vergüenza irresistible. ¡Hasta tal punto, hijo mío, se envilece el hombre con el delito! Le vi trabajar sin descanso y empezaba ya a compadecerle.

—¡Ah!—me decía a mí misma—, ¡cuán desgraciado es el malvado!

Y considerando mi situación la hallé menos deplorable que la suya, pues yo no tenía delito alguno que me remordiese. Esta reflexión me hizo conocer que la virtud es un gran consuelo en los trabajos. Así la vista de una criatura más desgraciada que yo templó el exceso de mi dolor.

Luego que sepulté en la entrañas de la tierra la víctima sacrificada mandé al reo que se apartase de mi vista. Obedeció, diciéndome estas palabras:

—Los remordimientos que devoran mi alma te dejarán bastante vengada.

En efecto, hijo mío, ¿no es éste un hombre harto desgraciado? No pretendas, pues, una venganza que no sólo es peligrosa por ser contra un poderoso, sino que también es odiosa en sí misma. Confieso que el temor de que formases algún proyecto desesperado me ha contenido mil veces para no revelarte este secreto. En nombre de la virtud que posees te pido que no hagas tal cosa. Olvida generosamente la injuria y deja a la eterna justicia el cuidado de vengar la inocencia oprimida.

Apenas me vi sola, adoré al Supremo Remunerador que quiso que la virtud desgraciada hallase en sí misma un dulce consuelo. Entonces planté con mis manos este sauce que nos cubre con su sombra y extiende sus ramas sobre la tierra mezclada con las cenizas de mi esposo. Todas las noches vengo a pasar algún rato al pie de este árbol sagrado, no para afligirme más ni para murmurar del Autor de mi existencia, sino para elevarme a él por medio del sentimiento de mis desgracias. Yo no sé explicar el placer que hallo en derramar lágrimas en este sitio.

Palmira calló y se recostó afectuosamente sobre su hijo. Éste, penetrado de un religioso enajenamiento, quedó como mudo e inmoble y los dos guardaron un profundo silencio.

Intrigas venecianas

José María Blanco White

No me olvides. Londres. 1823

Hallábase Venecia en su mayor auge cuando un joven alemán, llamado Alberto, movido del deseo de aumentar la herencia que acababa de recibir empleándola en especulaciones mercantiles, llegó a aquella célebre ciudad, que, cual señora del Adriático, parecía nave grandiosa que flotaba sobre sus olas (ahora yace como casco varado que la tormenta echó sobre la costa, triste, solitario y desbaratándose poco a poco).

Reía la mar bajo los rayos del sol, que después de la larga carrera de un día de verano iba a ocultarse tras las distantes cumbres del Apenino, cuando el bajel que conducía a Alberto desde Trieste echó el ancla. Rodeáronlo en breve varias de las góndolas que cubrían los canales que sirven de calles a Venecia, y en breve se vio nuestro pasajero en medio de aquella ciudad de disolución y placeres. La novedad de los objetos, el contraste entre la gravedad alemana y la alegría bulliciosa de los venecianos, la estación del año y, más que todo, la juventud e inexperiencia de Alberto, dieron en un punto por tierra con todos sus planes mercantiles. No había ventana en que no clavase los ojos, atraído de los que con negro brillo centelleaban ya tras las entreabiertas celosías, ya a las claras y como para hacer alarde de su belleza.

—Poco a poco—dijo al gondolero—. ¿A qué viene esa prisa, remando como si nos siguiese una galeota turquesca?

—Señor mío—respondió el taimado veneciano—, por lo que hace a mí seguro estoy de que no me han de tomar los corsarios que empiezan a dar caza a Vuecelencia.

—¿A mí? ¿Cómo? No os entiendo, buen hombre. Pero decidme: ¿qué príncipe vive en aquella gran casa, a la derecha? Sin duda tiene visita esta tarde. Cuatro..., cinco..., qué sé yo cuántas bellezas están al balcón.

—Todas son de casa, mi amo. A lo que veo, Vuesa Señoría se hallaría más que dispuesto a visitar a esas señoras. Ánimo pues, y al avante.

Alberto empezó a atufarse con las respuestas del gondolero, pero habían llegado en esto bajo la ventana en que tenía fijos los ojos, y tal fue la sonrisa halagüeña con que fueron recibidas sus miradas, que creyó que había sido transportado en sueños a un mundo de placeres y encantos. De más buen humor con el gondolero, le preguntó cómo podría procurar entrada en la casa.

—Sólo con llamar a la puerta, señor mío. Yo he sido gondolero de esa familia y sé que las señoras de ella son en extremo aficionadas a extranjeros. Si gustáis, apenas dejemos nuestro bagaje en la posada, volveremos aquí y os desembarcaré en la puerta.

Deseoso de seguir el consejo, aunque algo receloso al mismo tiempo de verse expuesto a un bochorno, pues la casa, según su aspecto, no podía ser de mala fama, Alberto quiso probar fortuna y, poniéndose uno de sus mejores vestidos, volvió a entrar en la góndola, que, con curso más apresurado que antes, llegó a los escalones o desembarcadero del que a él se le figuraba palacio. Recibiolo el portero con respeto, y, en breve, se vio en un salón adornado donde las damas que habían atraído sus ojos le dieron la bienvenida con la mayor cortesía. A las excusas que hizo de su atrevimiento le respondieron asegurándole que las costumbres venecianas lo permitían y que, supuesto que su presen-

cia y los sujetos que había nombrado, para quienes traía cartas, aseguraban que era persona decente, tenían mucho placer en que aquella casa fuese la primera en que pusiese los pies.

En breve fueron llegando varios caballeros que frecuentaban la casa, y bien pronto se hallaron todos tan bien avenidos y amigos como si hubieran vivido en intimidad muchos años. Música, baile y juego vinieron a divertirlos en sucesión no interrumpida. Ganó como unos cuarenta ducados Alberto y, habiendo logrado una cita para la mañana siguiente de la joven a quien le había tocado obsequiar aquella noche, se retiró loco de contento a su posada, jurando en su corazón que Venecia era el verdadero paraíso en la tierra.

Habiendo visitado al banquero en cuyas manos tenía sus fondos, la curiosidad le sugirió hacer algunas preguntas sobre la casa que había visitado la tarde antes. La respuesta, aunque bien intencionada, le fue muy poco agradable. Por ella supo que la casa, aunque no de la peor clase, tenía pésima fama en la no escrupulosa Venecia.

—Tened cuidado con el bolsillo—concluyó el banquero.

—Hombre mezquino—dijo entre sí Alberto—, siempre pensando en el dinero... Pero las doce son, y es tiempo de ir a encontrar a mi Giannetta al salir de misa, en la Plaza de San Marcos.

Más segura que el mismo reloj de San Marcos, nuestro alemán halló a su hechicera en aquella confusión prodigiosa y animada de gentes de todas naciones, cada cual en su traje propio, cada cual hablando su lengua, y todos alegres y confiados como si se hallaran en su país nativo.

Ni es necesario, ni acaso sería posible, seguirlo en el laberinto de disipación y placeres en que se perdió de vista a sus correspondientes mercantiles. Seguíanlo, a lo lejos, los penetrantes ojos del banquero, quien por el hilo de sus cuentas descubría en qué estado se hallaba el ovillo de su bolsa y cuán pronto tendría que devanar la última vuelta. El incauto Alberto no se apercibía de esto mismo, y aun los compañeros y cómplices en sus desbarros no tenían muchas dudas sobre la catástrofe que se acercaba.

Llegó entre tanto el día en que Alberto puso su firma a la libranza que daba fin a su caudal, de que hasta el último sequín había venido a Venecia. Ya había notado, por muchas semanas antes, cierta frialdad y despego en la joven que hasta entonces parecía sólo vivir por él y para él. El festejo que de todos los visitantes recibía, en tanto que con incauta franqueza dejaba que su continua mala suerte en el juego barriese el montón de doblones que cada noche apilaba delante de sí al empezar la banca, se había convertido en cierta especie de mofa sorda y en un general desvío de los que antes lo rodeaban todo el día. La pasión loca que había concebido por Giannetta lo devoraba más que nunca, como si el despecho y los celos la enconasen convirtiéndola en una especie de fiebre. Varias veces le había ocurrido el pensamiento de poner fin a la inmensidad de males que se le presentaban en perspectiva, mas nunca con la vehemencia que cuando el criado, que había enviado a casa del banquero pidiendo una pequeña cantidad de prestado, puso en su mano una esquela que le daba la negativa en términos poco corteses. Era esto a la caída de la tarde, cuando, llevado de la engañosa esperanza que como reclamo empeña más y más en el camino de la perdición a los que se entregan a las pasiones, sin dejarlos jamás hasta que los derrumba al último precipicio, Alberto se preparaba a probar fortuna, por última vez,

al juego. Esperaba no menos aclarar las dudas en que lo tenía la conducta de su querida y, si en ambas cosas lo burlase la suerte, ya había determinado acabar con su vida aquella misma noche.

En esta agitación y combate de afectos se hallaba Alberto cuando un gondolero dejó a su puerta un billete en que Giannetta le anunciaba su determinación de no verlo más, alegando razones tan leves y ridículas que no dejaban duda del motivo al infeliz enamorado. Hizo mil pedazos el billete y, pisando los fragmentos, tomó la capa veneciana de noche y, embozándose en ella, se dirigió a un café retirado que los mercaderes turcos solían frecuentar para tomar opio. Compró, al entrar, una porción de este soporífico bastante a quitar la vida a veinte y, retirándose a una de las como celdas en que la sala estaba dividida, se arrojó sobre una silla con el desaliento que generalmente precede al último frenesí de furia en semejantes casos.

Apenas había tenido tiempo para echar una mirada en derredor cuando una persona cuyo bulto apenas divisó al pasar echó una carta sobre la mesa y desapareció. La sombra que había atravesado y el sonido de la carta, que dio de plano sobre la tabla, llamaron la atención distraída y confusa del infeliz mancebo. Fijó los ojos en el sobrescrito y halló que decía: *«Al Señor Alberto de Nuremberg, con toda prisa»*. La extrañeza del caso interrumpió la serie de ideas funestas que sin cesar había ocupado su imaginación durante las últimas veinticuatro horas. Tomó la carta, rompió el sello y halló en ella las siguientes palabras: *«¿Qué intentas, joven temerario? ¿Por qué pierdes toda esperanza? El cielo, a quien ofendes con tu desesperación, me ha hecho saber tus desgracias para remediarlas. Mañana, cuando oscurezca, haz oración ante el altar de la Virgen que está en el claustro interior de San Francisco. —Quien vela en bien tuyo»*.

Difícil sería pintar la multitud de afectos que estas misteriosas palabras excitaron en el alma de Alberto. El modo con que la carta había llegado a sus manos se le figuraba sobrenatural. La puntualidad con que había venido a atajarlo, cuando ya iba a consumar el suicidio intentado, no podía, a su parecer, provenir sino de cierta persona inspirada. Con tal aviso, a tal tiempo, no era posible pasar más adelante en el intentado crimen.

—El cielo—dijo entre sí—, que tan claramente me ha libertado de mi desesperación, me dará medios de restablecer mi fortuna.

Sin salir de su posada en todo el día, aguardó Alberto a que el sol se pusiese y, batiéndole el corazón como si se le quisiera salir por la boca, entró por los solitarios claustros de San Francisco cuando ya se necesitaba el auxilio de la lámpara que ardía a la entrada del patio interior en que estaba el noviciado. Con cierta especie de calofrío, pasó bajo el arco intermedio y al fin divisó el altar de la Virgen, que estaba al otro lado del cuadrángulo. Llegado que fue a él, hincó las rodillas y, aunque poco acostumbrado a actos de devoción, no pudo menos que sentirse poseído de un cierto abstraimiento pavoroso que más parecía efecto sobrenatural que resultado de las circunstancias externas. Absorto y confuso se hallaba Alberto, sin poder reducir el tumulto de sus pensamientos ni aun a aspiraciones sueltas con que implorar el auxilio del cielo, cuando el eco de los silenciosos claustros llevó a sus oídos los mesurados pasos y el arrastrar de la larga túnica de un religioso que se acercaba al altar. Un movimiento involuntario le hizo ponerse en pie y volverse hacia el ángulo de donde se oía el ruido. En efecto: vio venir un fraile con la capucha calada que se dirigía a él.

—Alberto—le dijo en voz baja al acercarse—, por el saber de tus pasos e intenciones que te mostró mi carta de anoche puedes inferir que no me eres desconocido. Si tienes cautela y eres capaz de guardar un secreto, tu fortuna se verá bien pronto restablecida. ¿Conoces a Mocénigo?

—Sí, le conozco, aunque no puedo decir que lo he tratado—respondió el joven.

—Bien. Sé—replicó el fraile— que, aunque trata a Elvira, la hermana de Giannetta, nunca va públicamente a su casa. Pero, aunque te parezca extraño que una persona de mi profesión te proponga volver a un lugar de disipación, la seguridad del estado veneciano lo requiere. Tu pobreza te ha echado de las puertas de tu querida, pero en poder de tu banquero hallarás medios que te franquearán otra vez la entrada. Mocénigo conspira contra su patria. El hecho es cierto, pero faltan pruebas. Insinúate con Elvira, gana su confianza con dones y promesas y encubre tus miras para todos continuando en la intimidad con su hermana. Si lograres averiguar aunque sea un indicio, con tal que pueda servir de prueba al suspicaz Tribunal de los Diez, tu fortuna es segura. De todos modos empieza a gozar el premio en los fondos que hallarás depositados a tu orden. Pero ten presente que el menor desliz de tu lengua te confina para siempre a una de las más oscuras prisiones del estado. Dentro de treinta días cabales te espero aquí para darme noticia de lo que hayas hecho.

Sin aguardar respuesta ni pedir consentimiento a comisión tan peligrosa, el fraile volvió la espalda y en breve se ocultó en la oscuridad de los claustros.

Pasmado quedó Alberto por algunos instantes a efecto de la sorpresa que las palabras del fraile le causaron. Diose prisa a dejar el convento y retirose a su posada. Aunque buscó reposo a su agitado espíritu en el sueño, sólo aumentó el apresuramiento febril de su sangre con la multitud de ideas extrañas y confusas que poblaron su cerebro durante una especie de duermevela en que de cuando en cuando caía. Amaneció, y con la primera luz salió de su casa ansioso de respirar el aire fresco y libre. Continuaron sus cavilaciones hasta que fue hora de abrirse el banco, y, más bien por averiguar si las imágenes que le presentaba la fantasía eran efecto de objetos reales que por la esperanza de hallarse con nuevos medios de volver a ver a su Giannetta, se acercó a preguntar al cajero si tenía algunas noticias de sus corresponsales.

—Cuatro mil ducados fueron puestos ayer a vuestro haber, pero sin nombre. El sujeto que los entregó no quiso decir de dónde venían.

—Poco importa—dijo Alberto—. Supuesto que son para mí, os estimaré me mandéis quinientos a mi posada.

—Así lo haré sin falta—concluyó el banquero.

—¡Bendito fraile!—exclamó entre sí el alemán—. ¡Santo más milagroso que ninguno de los que yo trataba en otro tiempo de lisonjear con misas!... Pero ¿en qué diablo de zambra me ha metido? ¿Cómo saldremos de ella? No hay que olvidarse, amigo Alberto, que aquí en Venecia desaparecen los hombres como por escotillón, y pudiera ser... Pero ¿a qué acongojarse antes de tiempo? Si yo cumplo con mi comisión, no tengo por qué temer. ¡Oh Giannetta, Giannetta, taimada y poco de fiar eres, pero no puedo vivir sin ti! Ánimo, y vamos a su casa.

El oro es el metal más prodigioso que ha formado la naturaleza. Su influjo se extiende a distancias increíbles. Con tal que un hombre tenga a su mano una buena porción

de este mineral prodigioso, le veréis el reflejo en la cara aunque él se halle a un cabo y su tesoro al otro del diámetro de la tierra. Una tira de papel encantado lo transporta en pocos minutos a su faldriquera; los demás hombres sienten el poder oculto del metal, y hasta las selvas y peñas le abren paso. Como Giannetta no tenía la menor semejanza con montes ni riscos en cuanto a dureza, aunque se les parecía algo en lo enmarañado de su carácter, no es extraño que los cuatro mil de pico, que esperaban tranquilos la firma de Alberto para volar a las blancas manos de la tal niña, obrasen una mudanza completa en la determinación de no verlo más. Al entrar inesperadamente en la sala, se empezó a aglomerar una especie de nube sobre las negras cejas de Giannetta. Pero no bien hubo Alberto anunciado que su antigua amistad no le permitía dejarla ignorante de la honradez de uno de los deudores de su padre, que le había enviado una considerable suma sin que él la pidiese ni la esperase, ni la primera sonrisa con que la primavera anuncia la huida del invierno es más placentera que la que congratuló a Alberto por su buena fortuna.

Pasados los primeros raptos de alegría, no pudo menos nuestro héroe que empezar a sentir lo dificultoso de su encargo. Presuroso y empeñado en no perder tiempo, al día siguiente empezó a dedicarse a Elvira con achaque de la amistad desinteresada que el ser obsequiante de su hermana requería. Poco, empero, agradaban a Giannetta estas filosofías de amistad y desinterés. Celosa, naturalmente, de su hermana, rival oculta a causa de la ambición que le hacía envidiar el cortejo de un hombre tan poderoso en Venecia como Mocénigo, la sospecha de que hasta su casi desplumado alemán parecía inclinarse al imán principal de la casa puso el colmo a su enojo y la determinó a no guardar término a su venganza.

Jamás había Alberto hallado a su Giannetta más que meramente placentera. ¡Cuál sería su placer cuando la vio ahora con todos los síntomas de enamorada! La primera indicación de esta mudanza fue el pedirle celos. ¡Celos, pedidos por una querida! ¿Dónde está el hombre que no se ha saboreado con el primer trago de esta copa engañosa, agradable y picante en la superficie, y más amarga que acíbar en el fondo? Bien conocía Boscán este sainete del amor cuando en sus planes de felicidad contaba el que su amada, *«... Alguna vez me pida celos, con tal que me los pida blandamente»*.

Parte de este deseo concedió a Alberto la fortuna; la otra se la llevaron los vientos. Quiero decir que, aunque Giannetta le dio el gusto de manifestarse tan penetrada de su amor que no podía sufrir que hablase a su hermana, lo hizo de un modo tan opuesto a la blandura apetecida por el poeta que lo acosaba de muerte de un cabo al otro de las veinticuatro horas. Desatentado el incauto joven entre la loca persecución que sufría y la necesidad de ejecutar la comisión de que pendía no sólo su bienestar sino la seguridad de su persona, no sabía cómo proceder. Pasaban entretanto los días, y no adelantaba paso con Elvira, a quien apenas podía dirigir la palabra, tal era la incesante guardia que la hacía Giannetta. Cerca de tres semanas habían pasado de este modo cuando la astuta celosa mudó de repente su plan de ataque. Descuidose al parecer de los pasos y proceder de Alberto, y empezó a manifestarse aficionada a un oficial rico, del lado allá de los cincuenta, que, antes por no saber qué hacerse que por otro interés más vivo, frecuentaba la casa. Aquí perdió los estribos el pobre Alberto: su pasión por Giannetta era harto loca para que este torbellino de afectos no le acabase de quitar el tino. Rogó, enojose, amenazó, acarició: todo en balde. Giannetta se mantenía firme en la determinación, que juraba haber

tomado, de romper para siempre. Sólo un momento pareció titubear y, como si la pasión renaciente la ablandase a su pesar, con ojos bajos, cual si quisiera ocultar las lágrimas que empezaban a llenarlos, dio al agitado Alberto el nombre de ingrato, acusándolo, por la milésima vez, de haberla abandonado por Elvira.

No menos veces había estado el incauto joven a punto de comunicar el importante secreto que, a su parecer, le restituiría el sosiego, calmando a su celosa amante, mas las últimas palabras del fraile resonaban aún en sus oídos, y el temor de una prisión perpetua le cosía la boca. Pero en la agitación de aquel momento la faltó la resolución y, cediendo a una necia ternura, contó a Giannetta su aventura con el fraile y la comisión de que estaba encargado.

La astuta Giannetta, aunque incapaz de adivinar el secreto, conocía demasiado Venecia para no haber antes sospechado que algunos de los agentes de las cabezas de partido se estaban valiendo de las dificultades pecuniarias y la sencillez de Alberto para sus fines particulares. Algunas vislumbres de que, por medio de Elvira, se intentase dañar a Mocénigo se habían presentado a su imaginación, y estas confusísimas dudas la habían aguijado a sonsacar a Alberto no menos que la envidia que tenía a su hermana.

La alegría que animó sus ojos cuando se halló dueña de secreto tan importante se le figuró al infeliz Alberto prueba indudable del ardor con que lo amaba, y ni una sombra de sospecha le nubló el corazón, aunque acababa de poner su vida en manos de una mujer liviana. Embebecido en su desatinado amor, que ahora más que nunca hallaba pábulo constante en las caricias de Giannetta, y confiado en los pasos que ésta le aseguraba que había tomado para averiguar la traición de Mocénigo, creía las bien urdidas patrañas con que su querida le llenaba la cabeza cada día y vivía en la esperanza de llevar al fraile los más importantes informes.

Llegó el día aplazado, y, aunque Alberto sólo llevaba esperanzas y promesas para el fraile, no por eso se olvidó de la cita en el claustro. Despidiose de Giannetta dándole a entender dónde iba y se retiró a su posada esperando que anocheciese. Hízose oscuro, entró en su góndola y, saltando en tierra a poca distancia del convento, se encaminó con menos temor que la primera vez hacia el altar de la Virgen del noviciado. No bien había hincado la rodilla, cuando el arrastrar de los hábitos y el blando pisar de las sandalias anunciaron la venida del religioso. Llegó, alzose Alberto y, preguntado en voz baja qué noticias traía, empezó dando disculpas de no haber adelantado cuanto quisiera en su comisión, pero asegurando que en pocos días esperaba tener pruebas o por lo menos indicios vehementes del trato de Mocénigo con ciertos espías.

No bien había pronunciado el nombre de Mocénigo cuando, a un leve escombrarse del fraile, salieron cuatro embozados de detrás de los cuatro ángulos, en tanto que el fingido religioso puso un puñal al pecho del desgraciado Alberto.

—¡Muerto eres, si hablas o, si haces la menor muestra de querer huir!

Los cuatro esbirros, que no eran otros que los que se habían presentado de improviso, le rodearon, y, en breve, se halló en una góndola, donde le vendaron los ojos y aseguraron las manos. Remaba el gondolero en silencio, y guardábanlo absoluto los ministros de la policía veneciana, sin que se oyese por un buen espacio más que el pausado sumergir de los remos y los ahogados suspiros del preso. Puesto en tierra, sin desvendarle, oyó el abrir de puertas pesadas como de fortaleza o palacio y, subiendo por escaleras

espaciosas, pero en lugar tan solitario que no daban paso que el eco no repitiese, se halló encerrado en un aposento pequeño, donde, por falta de luces, de nada le servía el que le hubiesen quitado la venda de los ojos.

Aunque Alberto no sabía otra cosa del fraile con quien un mes antes había hablado que lo que va dicho, la noticia que dio Giannetta a Mocénigo bastó para que el Tribunal de los Diez, de que él era miembro, se apoderase de la persona del confesor de Galeotto, su enemigo. Fray Gregorio de Jerusalén se hallaba, a este tiempo, en una de las prisiones del Estado. Tenía Fray Gregorio la fama de ser el más retirado de los religiosos franciscanos de Venecia. Faltábale, empero, cierto aire de mansedumbre, sin el cual la mayor austeridad no alcanza a dar opinión de santo. Aun el carácter y circunstancias de su retiro tenían un cierto tono de misantropía que no le conciliaban el afecto de las personas piadosas. Jamás se le vio en el púlpito; en el altar, aunque contemplativo, jamás dio muestras de afectos o ternura; y, en el confesionario, la piel morena y tostada de su rostro, el ceño que un entrecejo poblado le daba, el reflejo de los ojos negros como el azabache, que relampagueaban bajo unas pestañas largas y del mismo color las pocas veces que se levantaban del suelo, y, en fin, hasta el modo de hablar, sentencioso, lacónico y como enojado, ahuyentaban a los penitentes de las clases inferiores, y sólo se le conocían por dirigidos algunos de los principales de Venecia, de quienes parecía huir, no recibiendo ni pagando visitas. La edad de Fray Gregorio tocaba en los cincuenta. Su persona era delgada, aunque naturalmente forzuda. Hasta las más leves huellas de la juventud habían desaparecido en ella, pero de un modo tal que nadie sabría decir si por efecto de una vida penitente o de la violencia de pasiones que le habían carcomido el corazón. De su historia, lo que se sabía en el convento era únicamente que, hallándose algunos años antes en Nápoles como soldado en uno de los tercios españoles, se había retirado del mundo tomando el hábito de los conventuales de San Francisco. Inquieto, al parecer, y deseoso de huir de sí propio, había procurado que lo enviasen a Jesuralén, donde estuvo algún tiempo. Llamado otra vez por sus superiores a Europa, hacía como tres o cuatro años que se hallaba en Venecia, donde su retiro y la agitación interna que parecía ser su origen habían crecido visiblemente. En estos últimos días, y en consecuencia del informe de Giannetta, los espías de Mocénigo que, como confesor de Galeotto, lo tenían por objeto constante de sus pesquisas, habían doblado su actividad en observar sus acciones. Por otra parte, Galeotto no dejaba de tener cierta sospecha de que su plan de ataque había sido descubierto y, creciendo el recelo al paso que se acercaba el día de la cita entre Alberto y Fray Gregorio, concertó con el último que faltase a ella por aquella vez, siendo fácil darle otra si el secreto no había trascendido. En consecuencia de estas disposiciones, Fray Gregorio había salido aquella mañana para hacer una visita en el convento armenio, que ocupa una de las pequeñas islas vecinas a la ciudad. Siguiolo la policía a lo lejos y, cuando vieron que no podían cogerlo hablando con el alemán, como quisieran, prepararon la escena que se ha pintado en el claustro y, al mismo tiempo, aseguraron la persona de Fray Gregorio.

El empeño de Mocénigo y su partido era implicar a Galeotto en el crimen de conspiración contra su persona, que, como inquisidor de Estado, era sagrada por las leyes. Para esto bastaría que Alberto declarara que Fray Gregorio era quien lo había comisionado. Pero, a pesar del más severo interrogatorio, el alemán persistía en que no le era posible reconocer al religioso que le había hablado. Determinose, pues, por los Diez que,

a la noche siguiente, se verificase un careo después de haber examinado los papeles de Alberto, de que los esbirros se habían apoderado.

El reloj de San Marcos había sonado la media noche, cuando Fray Gregorio y Alberto fueron conducidos al Tribunal de los Diez, entrando por puertas diferentes. Las colgaduras de paño negro, los vestidos del mismo color que usaban los jueces y los ministros del Tribunal disminuían la luz de cuatro velas de cera puestas de modo que diesen de lleno sobre las caras de los presos, a fin de observar la expresión y mudanza de los semblantes. El contraste de la oscuridad general hacía resaltar sus personas de modo que parecían figuras de algún célebre artista que se salían del cuadro. A un lado, algo cerca de la mesa principal, se veía a Fray Gregorio como lo hemos descrito, echada atrás la capucha, los brazos cruzados, las manos metidas en las anchas mangas del sayal y los ojos en el suelo, sin haber echado ni una mirada a los jueces ni al otro preso. Alberto, más atrás, volvía los ojos con una especie de desasosiego, medio atemorizado, medio quejoso, como que le faltaba la experiencia de las desgracias humanas y de lo inexorable de la mala suerte que daba a su compañero compostura. Su edad no pasaba de veintidós años, medianamente alto, ojos ni tan claros como los del Norte ni tan oscuros como los del Mediodía, pero que parecían negros en la luz en que entonces brillaban. El pelo negro y rizado daba realce a una piel que, sin ser blanca, como podría esperarse en un alemán, tenía toda la transparencia que se necesita para que ni lo trigueño domine ni lo sonrosado dé enojos. Si la expresión del rostro no era de actividad mental ni afectos vehementes, tenía en el mirar pintados el candor y la benevolencia. Su primer impulso fue hablar a los senadores, mas luego le fue impuesto silencio mandándole que respondiese a las preguntas que le harían. La primera fue que dijese el nombre del religioso con quien había hablado en los claustros de San Francisco. Al responder que no lo sabía, le instaron a que dijese si conocía al que estaba presente. Aseguró que no. Repitiose la pregunta tres veces, y, oyendo la tercera negativa, el presidente tocó la campanilla, y Alberto fue conducido fuera de la sala.

—Por lo que hace a vos, Fray Gregorio, vuestro carácter retarda el expediente que probablemente sacará la verdad de boca de ese joven. Confesad, pues, si queréis escapar al tormento que, según parece, se está ya aplicando a vuestro compañero.

Oíase, en esto, la voz levantada de Alberto que, hablando a los verdugos sin haber aún roto en quejido, daba muestras de dolor agudo que ya se hacía intolerable. El silencio que, por pocos momentos, se apoderó del Tribunal dio cumplido efecto a un gemido agudísimo que concluyó con un sonido sordo como de persona que se desmaya. Los cabellos se hubieran erizado a cualquiera no acostumbrado a semejantes escenas, y aun las facciones secas y rígidas del fraile se demudaron, aumentándose su palidez. Sonó la campanilla otra vez, y el presidente, que no había quitado los ojos de sobre el religioso preso, le dijo:

—Confesad o preparaos a ocupar el puesto que por ahora va a dejar vuestro compañero.

—Extraña demanda—contestó en voz pausada Fray Gregorio—, la de que confiese lo que no sé, de que admita una acusación sin más fundamento que una vaga sospecha. Mi conducta anterior me absuelve de ella.

—Vuestra conducta, padre, ha tenido siempre algo misterioso. La historia de vuestra vida está incompleta, ¿Qué erais antes de tomar el hábito? ¿Por qué ocultáis el país de vuestro nacimiento?

—Porque nada tiene que ver mi patria con mis desgracias.

—Más de lo que acaso os convendría decir—contestó el presidente—. Pero oigamos—continuó—, lo que dirá el joven alemán.

Salía, en efecto, el infeliz, pálido como la muerte, sosteniéndose sobre los hombros de los ministros de justicia, o más bien sostenido por ellos, pues, según se veía, el tormento le había quitado el uso de los brazos. Faltábanle las fuerzas para hablar, y fue preciso darle una pequeña banqueta para que respondiese sentado a las preguntas y careo, que continuó de esta manera:

—Aunque os decís alemán, vuestros papeles dan indicios de que no nacisteis en aquellos dominios.

—No, señor—respondió Alberto—. Madrid fue el lugar de mi nacimiento, pero aún no tenía un año cuando mi madre, que era natural de Nuremberg, me llevó allá, acompañada de su hermano suyo, bajo cuya protección me he criado.

—¿En Madrid?—exclamó Mocénigo, clavando los ojos en el joven como si tratase de reconocer sus facciones—. ¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—El nombre de mi padre es un secreto que no me es posible revelar por ahora— contestó Alberto.

—¡Oh!—dijo el presidente—, semejantes secretos no se admiten en este sitio, a no ser como agravación del delito en que estáis implicado. El impulso viene sin duda de más alto, y, apenas hayan pasado veinticuatro horas, cuando el tormento os hará decirnos lo que sabéis de vos mismo, ya que no ha bastado esta noche a haceros reconocer a este religioso.

—¡El tormento otra vez!—dijo Alberto con voz que el terror enronquecía—. Señor—continuó dirigiéndose al presidente, en tanto que las lágrimas corrían hilo a hilo por sus descoloridas mejillas—, si no habéis nacido de las piedras, si los pechos de una madre os alimentaron en vuestra infancia, no me obliguéis a romper el juramento que hice a la mía, ¡mujer desgraciada!, cuando estaba para expirar. Contentaos con saber los hechos de la triste relación que me hizo al darme su bendición postrera y no me preguntéis los nombres.

—Oigamos la historia—contestó el presidente—, que luego sabremos cómo sacar los nombres en claro.

Sentado como se hallaba Alberto, con labios más moreteados y trémulos que cuando salió del tormento, y sin la menor acción, por hallarse sus brazos sin poder ni movimiento, contó su historia de este modo:

—Mi madre fue a España, cuando apenas tenía seis años, con la suya, que en calidad de azafata de la Reina la había seguido desde Alemania. La belleza de su persona y la gracia de sus modales hicieron a mi infeliz madre el encanto de la corte apenas dejó el convento en que se educó bajo la protección de la Reina. Más bien por afecto que por su empleo de camarista su señora apenas la perdía de vista, complaciéndose en tenerla a su lado hasta que, como intentaba, pudiera darla en casamiento a uno de los magnates de la corte. Mas la suerte había hecho que la bella alemana (así la llamaban comúnmente) fijase

la vista en uno de los caballeros jóvenes cuyo empleo le obligaba a vivir en Palacio cerca de la persona del Rey. Era el enamorado de familia noble, como lo denotaba la cruz de Santiago que llevaba al pecho, y había mostrado en varios encuentros un temperamento tan fogoso que a no ser por lo agradable de su persona y la finura de su cortesanía, que le ganaban el afecto del Monarca, más de una vez estuvo para perder su empleo. No es del caso contar por qué trámites creció el efecto de una parte y otra a pesar de las dificultades que la etiqueta de palacio ofrecía a cada paso. El trato, aunque a hurto, era diario, y cuando los amantes no podían hablarse no les faltaban ocasiones de entenderse por papeles. Mi padre, llevado de la vehemencia de su carácter, propuso un casamiento secreto, y mi madre, aunque no ignorante de las funestas consecuencias que para entrambos podían resultar del enojo de la Reina, cedió su mano y su persona. Un año había pasado sin que la imprudente conducta de los jóvenes esposos tuviese resultas que obligasen a descubrir su enlace, cuando un embajador extranjero, cuyo nombre y patria verdaderamente ignoro, concibió tal pasión por la bella alemana que cuanto influjo poseía (y era grande, por su carácter diplomático) lo convirtió en instrumento de conseguirla por mujer. Halló desdén donde no lo esperaba, y, mezclándose el resentimiento con el deseo, se convirtió en persecución lo que al principio fue cortejo. La Reina misma se empeñó en persuadir a mi madre y en proporcionar al embajador ocasiones en que ganase su afecto. No se daban estos pasos sin que su marido los observase y, como, por temor de que su vehemencia y ardimiento le hiciese declarar su enlace exponiéndose a la pérdida de su empleo, mi madre le ocultaba la propuesta del embajador, se envenenaba su pecho con los más funestos aunque ocultos celos. Mal aconsejada al fin por su azorada imaginación, determinó fiarse del honor de su enamorado perseguidor y, en una de las visitas en que las instancias del extranjero subieron al más alto punto de ardor, mi desgraciada madre se echó a sus pies rogándole que no la afligiese, pues estando casada de secreto en vano solicitaba su amor. Disimuló el malintencionado amante y preguntó el nombre de su afortunado rival; díjoselo mi madre y creyó que en aquel punto habían concluido sus males. Pero esta confianza fue el verdadero principio de sus desgracias. Un casamiento clandestino en palacio, cuando acababan de ponerse en toda su fuerza las leyes civiles y eclesiásticas que lo prohíben, era delito que el Rey no podía perdonar. Apenas habían pasado veinticuatro horas, cuando mi padre fue conducido al Alcázar de Segovia y mi madre encerrada en un convento. Desde aquel instante cesó toda comunicación entre los desgraciados esposos. Mi padre, no sé cómo, logró escaparse de su prisión, y ni mi madre ni ninguno de sus parientes supieron jamás su paradero. A poco tiempo de estar en las Descalzas Reales, mi madre percibió que lo era y, comunicando su estado a la Reina, recobró su libertad, aunque no su honra, que por la severidad de las nuevas leyes sólo podía quedar limpia por medio de un casamiento solemne con el autor de mi existencia. Confiaba en la nobleza de su esposo que no la abandonaría, pero al cabo de dos años de temores y esperanzas tuvo que conformarse con su desgracia y, jurando no volver a pronunciar el nombre de quien tan cruelmente la había abandonado, se volvió a Alemania, donde pasó el resto de sus días con su hermano, quien me adoptó por hijo. Allí murió pocos años ha, habiéndome confiado mi historia pocos días antes de su muerte.

—Según lo que oigo—dijo a esto Mocénigo—, vuestro verdadero apellido es Guevara.

La sorpresa que estas palabras causaron a Alberto le hicieron casi desmayar de nuevo. Mocénigo, volviéndose hacia sus compañeros, dijo, con aire insolente aunque no enteramente exento de compasión, al miserable objeto que tenía a la vista:

—¡Quién dijera que, al cabo de tantos años después que aquel villano español me puso a la muerte en Madrid, había su hijo de conspirar con mis enemigos en Venecia!

—Según eso—replicó uno de los senadores—, vos fuisteis el enamorado que separó a los dos amantes.

—¡Travesuras de la juventud!—replicó Mocénigo con una sonrisa maligna—. Lo extraño es que, con tener parte tan notable en la historia que este mozo nos cuenta y no obstante haber probado el acero del asesino, jamás le vi la cara.

—¡Veraslo ahora!—exclamó una voz que hizo resonar la sala.

Y en un momento Mocénigo cayó herido mortalmente a los pies del fraile.

Pintar la confusión que se siguió a esta herida sería imposible a la pluma. Acudieron unos al moribundo y rodearon otros con espadas desnudas al matador, quien, con ojos en que momentáneamente había sucedido el abatimiento a la fiereza, volviéndose hacia donde estaba Alberto, exclamó:

—¡Dejadme, dejadme abrazar a mi hijo, al desgraciado hijo a quien sin conocerlo he traído a tan miserable estado, y haced de mí lo que quisiereis!

Al decir esto, arrojó en el suelo, destilando sangre, la cabeza y brazos de la cruz que acostumbraba a llevar entre el cordón y el pecho, y cuya parte inferior servía de vaina al puñal con que había herido a Mocénigo.

—¡Oídme, señores, por pocos momentos antes que me conduzcan a la muerte lenta y horrible que de cierto me espera! ¡Si la parcialidad de Estado no os cierra los oídos a la voz de la naturaleza, confesad que el hombre a quien he quitado la vida no me ha pagado con ella ni la mitad de los males que me atrajo con sus viles intrigas! Ese hombre cruel, separándome de cuanto más amaba, me obligó a andar errante y mezclado con los forajidos de España por más de dos años después que escapé de la fortaleza donde me hizo encerrar su influjo. La narración de ese desdichado a quien he venido a reconocer por hijo, cuando yo he sido el instrumento indirecto de reducirlo a un estado en que la muerte debe serle apetecible, ha puesto ante mis ojos todas las maquinaciones con que ese vil hombre causó mi ruina. Suyas sin duda fueron las cartas falsas que, estando aún en prisión, me informaron que mi mujer había consentido a anular legalmente nuestro casamiento y falsificada debió de ser la firma de la desgraciada a quien creí traidora. Atrevime a entrar de noche en Madrid y atraje sobre mí la persecución más violenta de resultas de haberlo herido. Acogime a los montes, con los bandidos, hasta que, horrorizado de mí propio, me embarqué disfrazado para Jerusalén, donde tomé este hábito. Habíanse ya casi borrado las huellas de la pasión violenta que me hacía ansiar por venganza, cuando la desgracia, o mi destino, me obligó a vivir en Venecia. La vista diaria de mi enemigo renovó mis antiguos odios. Traté de causar su ruina, aunque no por medios violentos, si fuese posible evitarlos. ¡Qué me importa ya ni el mundo ni mi propia vida! A no ver a ese desgraciado objeto, a ese hijo a quien he venido a reconocer a las puertas de una muerte cruel y violenta, el placer de mi venganza me haría triunfar de vuestros verdugos.

Diciendo estas palabras, se arrojó al cuello de Alberto, que, desmayado a fuerza de sus dolores y de los encontrados afectos que la escena toda había excitado, yacía más muerto que vivo en los brazos de los que lo custodiaban.

El presidente dio sus órdenes en secreto. Vendaron los ojos y ataron atrás los brazos del fraile, y, poniéndolo en una góndola con el desfallecido o moribundo Alberto, los desembarcaron junto al puente llamado de los Suspiros, que conduce a las prisiones de Estado. Abiertas que fueron las puertas que conducían a dos calabozos subterráneos, y, observando Fray Gregorio que los iban a separar, exclamó con vehemencia:

—¡Dejadme abrazarlo por última vez!

Esta súplica quedó sin otra respuesta que una débil voz que se retiraba diciendo:

—¡Oh, no nos separéis! ¡Permitidme morir con mi padre!

El paraguas

José Joaquín de Mora

No me olvides (Londres). 1824

—¿Ha estado vmd. alguna vez en el *Triunfo* de Granada?

—No señor.

—El *Triunfo* es una plaza inmensa, o por mejor decir un campo rodeado de casas, mezquinas y feas a la verdad, pero entre las cuales sobresalen el convento de Capuchinos, el de Mercenarios y la plaza de toros. También se ve la puerta del Vira o del Elvira, la salida al camino de Andalucía y las graciosas colinas que forman el fondo de un cuadro sumamente pintoresco.

—Ya sé lo que es el *Triunfo* de Granada. Ahora quisiera saber que relación tiene la descripción que acaba vmd. de hacer con los paraguas.

—Ya lo sabrá vmd. En este sitio y no me acuerdo en que año, pero el año es lo de menos, se puso un magnífico castillo de fuego costeado por los comerciantes del Zacatin, en celebridad de no sé que acaecimiento. La función debía empezar a las ocho de la noche y el aparato prometía una magnífica reunión de cohetes, ruedas, fuegos de Bengala, estrellas, soles y trasparencias. A las seis de la tarde ya estaba el *Triunfo* lleno de gente. El tiempo había sido hermoso todo el día; sin embargo a eso de las siete menos cinco minutos empezaron a verse algunas nubes; y a las ocho, justamente cuando el polvorista tenía la mecha en la mano e iba a dar principio a la diversión, empezó a caer un aguacero tan fuerte y tan continuo, que los concurrentes sólo pensaron en buscar abrigo y guarecerse del inesperado diluvio que había aguado la fiesta. Allí no hay árboles, ni pórticos, ni cosa que se le parezca. La gente se apiñó junto a las casas, y se tuvo por muy feliz el que pudo lograr colocarse bajo el ala de un tejado o debajo de un bacón. Los que se hallaban en este caso formaban una línea junto a las casas de aquel vasto circuito. Otros infinitos acudieron, aunque tarde, de modo que en dirección paralela a esta fila de secos habla seis o siete filas paralelas de desventurados que recibían las inclemencias del ciclo, y que se apretaban y oprimían corno si creyeran hallar elasticidad en los que recibían sus arrempujones y codazos. Entre los que habían conseguido el favorable patrocinio de un ala de tejado, se hallaba don Timoteo Pantoja, el cual hubiera podido ceder su lugar a otro, puesto que había traído consigo un hermoso paraguas de tafetán de Francia carmesí, de cuyo instrumento no podía hacer entonces ningún uso. Sin embargo don Timoteo era un hombre muy sensible y se compadecía sinceramente de las pobres señoras que se habían puesto lo mejor del cofre y cuyas galas iban convirtiéndose poco a poco en trapos inútiles.

—¡Que de pesos duros tirados a la calle!—decía entre sí—. ¡Cuánto trabajo y cuanto tiempo se habrán gastado en economizar las sumas que han costado tantas mantillas, tantos velos, tantas pañoletas! Pero, ¿cómo ha de ser? Si no hubiera esos accidentes, las ganancias de los mercaderes y de los fabricantes no serian tan considerables. Así van las cosas de este mundo. Para que los unos rían, es preciso que loas otros lloren. Bien dice Séneca en su epístola...

No bien había concluido su cita, o, por mejor decir, todavía no la había terminado, cuando sus ojos se fijaron en una joven de bella presencia que estaba fuera de todo

amparo y que habiendo tenido la precaución de quitarse un rico velo negro de encaje de Francia, y envuéltolo cuidadosamente en un pañuelo de Holanda, se lamentaba de su cautela, pues el pañuelo y el velo estaban hechos una sopa. Mi don Timoteo, que de todas las desgracias humanas, las que más sentía eran las que molestan a las mujeres bonitas, hizo cuanto pudo por salir del estrujón en que se hallaba, y venciendo mil obstáculos y recibiendo mil insultos, pudo al fin desplegar su paraguas y extenderlo sobre la mojadísima doncella. Ésta, que no aguardaba tan oportuno socorro, le dirigió una mirada de gratitud y una sonrisa de benevolencia; mas los vecinos que de resultas de la evolución de don Timoteo, recibían más dosis de agua de la que les correspondía, empezaron a murmurar, y en seguida a incomodarse, y por último a gritar contra el paraguas, contra don Timoteo, y contra su protegida. El bueno del hombre, viendo la nueva borrasca que lo amenazaba, dijo a su compañera que sería mucho mejor salir de allí, ya que el tiempo no tenia trazas de ceder, y que si le permitía la honra de acompañarla a su casa, evitaría todos los inconvenientes que la rodeaban en aquel momento. La joven condescendió gustosa, mucho más cuando echó de menos a su criada que se había extraviado en el bullicio. Don Timoteo le dio el brazo derecho por estar lastimado del izquierdo, y procurando colocar el paraguas de modo que preservase a ambos el aguacero, se puso en camino por la calle de Elvira, lamentándose amargamente de que no hubiese en Granada coches simones como en Madrid, tan útiles en semejantes coyunturas. Al llegar al pilar del toro, la compañera, observando que don Timoteo andaba con alguna dificultad y que tenia el pie derecho poco mas o menos en la misma disposición que el brazo izquierdo, le dijo que agradecía mucho su favor, pero que no le permitía pasar adelante, pues vivía junto a la Alhambra y todavía quedaba un trecho considerable. Don Timoteo era demasiado cortés para no concluir la obra que había empezado; así que, sin darle oídos, siguió acompañándola hasta su habitación. En ésta fue presentado por la joven a sus padres, los que estaban con mucho cuidado por su tardanza y no sabían corno expresar su agradecimiento a un hombre tan atento y compasivo. Le suplicaron que descansase un rato, lo convidaron a refrescar, y cuando tomó el sombrero y el paraguas para irse, hubo aquello de:

—He celebrado mucho esta ocasión...

—Esta casa está a la disposición de vmd...

—Siempre que vmd. guste favorecerla...

Durante la visita don Timoteo supo que su hermosa compañera se llamaba Rosalía y que su padre era un abogado con pocos pleitos, pero honrado y virtuoso. Rosalía por su parte observó que aquel caballero era tuerto del ojo izquierdo, que representaba tener cuarenta años, que era amable e instruido, y que podía pasar por un buen mozo, sino fuera por aquellas ligeras imperfecciones.

Don Timoteo volvió a su casa muy resuelto a poner sus pleitos en manos del padre de Rosalía, no tanto por el buen concepto que había formado de su sabiduría, como por tener frecuentes ocasiones de ver y hablar con una persona que empezaba a interesarle. Durmió poco aquella noche, se levantó temprano, y a la hora regular pasó a casa del licenciado con un mozo cargado de papeles.

A esta segunda visita siguieron otras en las cuales Rosalía acabó de triunfar del corazón de don Timoteo. Pero aunque enamorado, era tímido y circunspecto, de modo que pasaron tres meses sin que se atreviese a declarar su atrevido pensamiento.

Al fin un día la halló sola y no pudo contenerse.

—Señorita—le dijo—, ¿quiere vmd. tener la bondad de permitirme que le cuente la historia de mi vida?

—Tendré mucho gusto en ello—respondió Rosalía.

—Es muy curiosa—continuó el amante—, siquiera por la parte que han tenido los paraguas en todos mis sucesos. Siendo de edad de ocho años, entré una noche en un cuarto a oscuras donde mi padre había puesto a secar un paraguas que estaba tan mojado como el mío en la noche feliz de los fuegos del *Triunfo*. Tropecé con él y tuve la desgracia de que entrase una ballena en el ojo que me falta y que perdí después de una larga y penosa enfermedad. Doce años después, yendo una noche por la plaza de Vivarrambla con mi paraguas extendido porque empezaba a lloviznar, pasó un oficial con una señora. Iban a un baile y estaban vestidos con todo lujo. No habían tenido la misma precaución que yo y la señora se quejaba del tiempo y del mal estado en que iban a ponerse sus galas. El oficial se acercó a mí y me pidió el paraguas; yo se lo negué y él me desafió. Al dia siguiente nos dimos de estocadas, y una que recibí en, el brazo izquierdo me lo ha dejado casi inútil para toda la vida. Pasé a Madrid y me aficioné a caballos. Compré uno algo asustadizo y lo estrené un día en que el cielo amenazaba. Al pasar por la plaza mayor empezó a llover; una manola que tenia un puesto de manzanas desplegó un enorme paraguas de hule que servía para el puesto y para la persona, a cuya vista el caballo se asustó y me tiró por las orejas. Caí en la mesa de las manzanas y me levanté con el pie roto. Me lo curaron mal y he quedado cojo.

—Fuerte cosa es—dijo entonces Rosalía—, que los paraguas hayan ejercido tan funesto influjo en la suerte de vmd.

—¡Funesto!—respondió suspirando don Timoteo—. De vmd. depende que toda la dicha que puedo gozar en este mundo traiga su origen de un paraguas.

Rosalía bajó los ojos y se puso encarnada. Don Timoteo se explicó con más claridad y obtuvo el sí deseado. Pocos días después recibieron la bendición nupcial, y aunque el suegro le perdió casi todos los pleitos, él se dio por muy satisfecho, habiendo debido su ventura a lo que hasta entonces le había proporcionado tan malos ratos.

La audiencia y la visita

José Joaquín de Mora

No me olvides. Londres. 1824

Devorado por la manía de proyectos y de innovaciones, y después de haber gastado todo mi patrimonio en modelos de máquinas, memorias, experiencias y tentativas, llegué a cierta capital del continente de Europa, (cuyo nombre no tengo por conveniente decir) con un plan tan vasto, tan importante y tan seguro, que, en mi opinión, el gobierno debía prodigarme los tesoros para llevarlo a efecto, y la nación alzarme estatuas en todas la plazas públicas. Mi idea consistía en establecer una gran operación que facilitase no sólo las comunicaciones, sino que fecundara grandes porciones de terreno, propagase el comercio, perfeccionase la navegación, cuadriplicase los proyectos agrícolas. Según mi idea, el reinado de Saturno aparecía de nuevo a la tierra con todas las felicidades que los poetas nos pintan, con su acostumbrada variedad. Si no cedía a ningún proyectista en ofrecer grandes resultados, ninguno de ellos me aventajaba en desinterés y generosidad. En recompensa de tantos bienes, yo no pedía nada; nada, absolutamente. Propuse, en verdad, que el gobierno me adelantase los fondos y me diese un privilegio exclusivo para cobrar ciertos derechos, pero estas condiciones eran justísimas y equitativas, porque todos vivimos de nuestro trabajo, y según la opinión de no sé que autor de economía política, una idea es una propiedad como un cortijo, o por mejor decir, una mercancía, corno otra cualquiera.

Pensé seriamente en la operación; escribí una memoria, calculé un presupuesto, tracé un mapa, y con todo este aparato, me presenté en casa de un Ministro muy influyente a pedir una audiencia. Desde luego, di con un portero nada urbano ni comedido, en seguida con un dependiente del Ministro, que tampoco era de los mas condescendientes, y después con un secretario que no hablaba mas que por monosílabos. Al cabo de muchas idas y venidas, logré la audiencia deseada. Me presenté en ella con toda la seguridad de un hombre que cuenta con el triunfo, y tuve la fortuna de que el Ministro me mandase leer la memoria, lo que hice con tono enfático y campanudo.

Ínterin, S. E. se divertía en jugar con un perrito dogo. Terminada la lectura, se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

El Ministro: Ese proyecto es impracticable, no tiene pies ni cabeza.

Yo: ¿Si V. E. tuviese la bondad de indicarme las razones en que funda su opinión?

El Ministro: Razones, razones... No hay más razones sino que vale nada.

Yo: Yo creí sin embargo que...

El Ministro: Pues creyó vmd. muy mal. En primer lugar, aquí no se conceden privilegios exclusivos.

Yo: Ya, pero cuando se trata de un plan tan benéfico...

El Ministro: En segundo lugar, esos dos ricos están secos la mitad del año.

Yo: Pues yo tenia entendido....

El Ministro: Por último, el canal tendría que pasar junto al parque del rey, mi amo, que de nada gusta tanto como de cazar perdices. Las perdices se ahuyentarían y S. M. quedaría privado de su diversión.....

Yo: Esa razón sí que tiene peso. Cedo a ella y me retiro. Beso a V. E. las manos.

Volví a casa. Guardé mis cartapacios en una papelera y me fui a la ópera. No bien había puesto los pies en el teatro, cuando divisé en un palco a la bonita Marquesa de ***, a quien había conocido algunos meses antes en París, muy metida con los diplomáticos, con los mariscales y con los periodistas. Fui a verla, y le conté mi aventura. La marquesa se echó a reír, me dijo que no me desanimase, que el Ministro, cuya protección buscaba yo, era muy amigo suyo, y que todo se compondría

—Proporcióneme vmd.—la dije— otra audiencia

—Nada de eso—me respondió—, le haremos juntos una visita. A las nueve de la noche, vaya vmd. a buscarme, y déjelo por mi cuenta.

A la hora indicada estaba yo en busca de mi amable protectora, muy puesto de vestido negro y medias de seda. Nos metimos en un coche, y llegarnos a casa de S. E., cuyos criados recibieron a la Marquesa como a una persona de la familia. Entramos en la sala, donde la mujer del Ministro estaba rodeada de un pequeño número de amigos, profundamente afligidos al verla molestada por una horrible jaqueca. Quien le presentaba un palito de éter; quien iba corriendo a pedir a las criadas agua de colonia; quien proponía una taza de café con zumo de naranja.

—¡Qué amistad tan edificante!—decía yo entre mí—. ¡Qué celo tan ardiente! ¡Qué afecto tan desinteresado!

Al cabo de una hora entró el Ministro, y mi Marquesa no le dio tiempo de saludar a la enferma. Se abalanzó a é1 como un tigre a su presa, y se lo llevó a un rincón de la sala, donde le estuvo hablando al oído. Terminada esta conferencia, el Ministro se dignó llamarme aparte, y tuvo conmigo este coloquio.

El Ministro: ¿Y bien, cómo vamos de proyecto?

Yo: Señor Excelentísimo, las grandes dificultades que hallo para realizarlo....

El Ministro: Déjese vmd. de tratamientos, y dígame cuales son esas dificultades..,.

Yo: En primer lugar, esto de no conceder privilegios exclusivos.

El Ministro: Es verdad que no los prodigamos: pero cuando se trata de un hombre de mérito y de una empresa tan útil no puede haber inconveniente.

Yo: Y luego, como los dos ríos de que se trata tienen tan poca agua

El Ministro: ¿Quién ha dicho esa simpleza? Todos los años salen de madre y ocasionan mucho daño a la sementeras.

Yo: Ya, pero como S. M. es tan aficionado a cazar perdices...

El Ministro: Le gustan mucho, pero es en el plato; en su vida ha tomado uno escopeta en la mano. No señor, la cosa no es tan difícil como a Vmd le parece. Véase vmd. mañana con mi secretario, y todo quedará corriente.

En efecto, al día siguiente volví, al tenor del precepto que había recibido, y hallé un nuevo protector en el secretario, un amigo íntimo en el dependiente, y un servidor afectuoso en el portero. Logré lo que deseaba, y cuando fui a dar gracias a la Marquesa por sus buenos oficios, y a llevarle un pañuelón de cachemire, y algunas otras bagatelas de gusto, me dijo riéndose a carcajadas:

—No diga vmd. a nadie que acepto su fineza, lo hago sólo por no desairarle. Pero, de todos modos, aprenda vmd. la diferencia que hay entre una audiencia y una visita.

El alcázar de Sevilla

José María Blanco White

No me olvides Londres. 1824

Mi paseo favorito, cuando me hallaba de estudiante en Sevilla, era el Alcázar, antigua residencia de los reyes moros y cristianos que fijaron su corte en aquella capital. Los árabes empezaron a edificar este palacio, a poco trecho de la principal mezquita, convertida después de catedral. Pedro el Cruel lo reedificó en más vastas dimensiones, por los años de 1360. El tirano de Castilla quiso que aquel edificio sirviese al mismo tiempo de palacio y de fortaleza, y para esto alzó, en la parte que mira a la ciudad, una muralla, que, aunque oculta en el día por las casas labradas en los tiempos siguientes, hace ver cuánto tiene que temer aquel a quien todos temen.

Las puertas de este circuito indican los límites de la antigua Sevilla, sin que se crea que me sirvo de este epíteto en el sentido de los anticuarios. Poco o nada me importan las fechas históricas, antes bien, por los malos ratos que me han dado durante el curso de la vida, procuro borrarlas cuanto antes de mi memoria. Ni siquiera he tomado en las manos un solo libro de los que contienen la historia de mi ciudad nativa. ¿Qué más libros que el Alcázar? Para mí era aquél un sitio de encanto. Los cantos tradicionales que tantas veces había oído en los dulces labios que me enseñaron el habla de Castilla habían producido este efecto en mi imaginación. Dábaseme un bledo de sus actuales habitantes, ni veía otros en el Alcázar que las sombras de los moros y españoles que habían residido allí en las eras del amor y de la caballería.

Y por cierto compadezco al andaluz joven que, al entrar un día de verano por la puerta de los Monteros y al mirar las filigranas arabescas del palacio, al pasar por los salones del jardín, y de allí a las caballerizas reales, por fin al guarecerse de los rayos del sol, ardiente pero vivificante, en el laberinto de calles moriscas que están detrás del Alcázar, puede oír con indiferencia aquellas sabrosas narraciones que el lenguaje del hombre no puede trasladar de las creaciones de la fantasía, aquellas pláticas dulces que mecieron mi niñez y que jamás borrará de mi memoria el tiempo. Bajando estoy el valle de la vida, y todavía se fijan mis pensamientos en aquellas calles estrechas, sombrías y silenciosas, donde respiraba el aire perfumado que venía como revoloteando de las vecinas espesuras, donde los pasos retumbaban en los limpios portales de las casas, donde todo respiraba contentamiento y bienandanza, modesto bienestar ensanchado por la alegría y por la mesura de los deseos, honrada mediocridad que no se atraía el respeto por la opulencia ni por el poder, sino por el pundonor heredado. Ya empiezan a desvanecerse, como meras ilusiones, los objetos que me rodean, y no sólo los recuerdos, sino las sensaciones externas que recibí en aquella época bienhadada se despiertan como realidades en mi fantasía. ¿Qué es lo que queda de las cosas humanas sino estos vestigios mentales, estas impresiones penosas y profundas que, como heridas mal cerradas en el corazón del desterrado, echan sangre cada vez que se las examina?

La entrada a los jardines del Alcázar es un corredor largo, bajo y estrecho, cuya oscuridad realza el efecto de la luz y del espacio, que se ofrecen de golpe al espectador cuando pasa la puerta de hierro del primer terrado. Para un inglés lo único que puede tener de agradable este espectáculo es la novedad. Todo lo que se presenta a la vista, hasta

las plantas y las flores, tiene un aspecto artificial y afectado. Las tijeras del jardinero conservan en perpetua simetría las altas paredes de arrayán, que sirven de vallados a los cuadros de flores, divididos en compasadas secciones. Los grupos de alhucema, boje y tomillo forman grotescos dibujos de animales, divisas y escudos de armas. El suelo de las calles es de ladrillo; una reja de hierro separa cada una de las divisiones, señaladas con los nombres de la Reina, el Príncipe, la Alcoba, el Laberinto y el jardín de las Damas. En el centro de este último se ven dos filas de bailarines formados de arrayán, excepto las cabezas y las manos, que son de madera pintada; lo demás del cuerpo y el traje son de planta viva. En una de las extremidades se ve una banda de músicos, de la misma planta, con arpas, pífanos y panderetas, y dos salvajes colosales, con enormes clavas en las manos, nacidos de las mismas raíces y alimentados por la misma sustancia, están a la entrada a guisa de centinelas.

No faltan viajeros remilgados y descontentadizos que miran estos objetos con afectado desdén. Los andaluces, empero, adoctrinados por el clima y por las cualidades de la tierra que habitan, no buscan delicias rurales en el recinto de una ciudad, ni bosques majestuosos en llanuras tostadas, ni césped aterciopelado debajo de una atmósfera ardiente, que no dejaría trazas de verdor si no fuera por la tenacidad de algunas plantas y por los arroyos artificiales que las riegan. Lo que anhelan es la frescura de la sombra, la fragancia de las auras, los murmullos de las fuentes, el hálito de los naranjos, que casi trastorna los sentidos, la espesa, aunque invisible, nube de esencias que las rosas exhalan, los suspiros del vendaval y los muy más suaves flauteos del ruiseñor. Estos placeres son harto diferentes de los que se gozan en la fría y vasta soledad de un parque, pero ¡oh, cuánto realce les da la misteriosa estrechez de un jardín morisco!

Anegado en estas sensaciones, solía yo pasar horas enteras en cierto rincón favorito, de donde podía oír a mis anchas el copioso raudal que de la boca de un león, con plácido susurro, se deslizaba a una dilatada alberca, y no hubiera cambiado los altos muros, incrustados de rústicos arabescos en su parte superior y forrados en la inferior de espesas varas de naranjos y limoneros, por el más grandioso de los parques que después he visto y he aprendido a admirar en Inglaterra. En aquel bienhadado asilo, casi solo, porque, si no es dos o tres días en el año, pocos son los concurrentes a los jardines del Alcázar, oyendo el ruido de las tijeras de los jardineros, que, cortando las fibras del boje y del arrayán, las forzaba a exhalar por doquiera sus esencias perfumadas, mi imaginación se gozaba en su propio recogimiento, como el ave criada en una pajarera, que nada desea de lo que está más allá de sus alambres. Y en verdad que en aquellos países sólo puede saborearse la libertad entre los altos muros y los fuertes cerrojos; sólo por estos medios puede el hombre ponerse al abrigo de los tiranuelos que dominan la Iglesia y el Estado. Así lo conocieron los reyes que edificaron y aumentaron el Alcázar y que procuraron rodearse de guardias y de muros para alejarse más y más de las miradas curiosas del público. Yo, que no disfrutaba otros placeres que los que me suministraba mi imaginación, no pasaba jamás debajo de las amenazantes clavas de los gigantes sin deleitarme en pensar que suspendían el golpe en mi favor y que estaban prontos a descargarlo sobre el primero que osase profanar la escena de mis sabrosas ilusiones.

Sin embargo, de cuando en cuando, venían algunas gentes del campo a ver los jardines del Alcázar, que forman una de las más interesantes curiosidades de Sevilla, y,

aunque en efecto su presencia me molestaba, por otro lado me divertía sobremanera el juego de las fuentes, que en estas ocasiones hacen lucir los jardineros, cuando se les da una propina. Porque es menester que sepa el lector que los paseos enladrillados y los muros cubiertos de incrustaciones rústicas, de conchas y de corales, ocultan un sin número de conductos, que están en comunicación con un depósito de agua colocado a mayor altura. Así que, sólo con dar vuelta a una llave, se ve salir una infinidad de chorrillos de agua, que suben a la altura de ocho o diez pies y cuya proyección conserva la línea del artimaño o figura que los arroja. Los que salen del suelo forman una especie de bóveda, debajo de la cual puede uno pasearse libremente sin recibir más que algunas gotas. Antes había órganos hidráulicos, que sonaban cuando se daba curso al agua, mas de esto lo único que queda en el día es un trompetero, cuyo sonido es muy suave y que parece salir de debajo de tierra. La singularidad de estos amaños y la frescura que esparce a la redonda esta lluvia artificial están en perfecta armonía con el carácter peculiar de la escena. Yo, por mi parte, jamás gocé de semejante espectáculo sin que mis pensamientos se vigorizasen, y sin que recibiese nuevos deleites mi fantasía.

En una de estas ocasiones trabé conocimiento con un excelente hombre, verdadero modelo de los caballeros de Sevilla, en época en que empezaban a afinarse los modales de los españoles y poco antes de que se generalizase la franqueza moderna, tan opuesta a la cortés gravedad y pausada urbanidad de nuestros antepasados. Llamábase don Antonio Montesdeoca, y era hombre de aquellos que sólo usaban el fraque a la francesa en los días de ceremonia o para asistir a alguna fiesta de Iglesia. Su traje ordinario era la pomposa capa española, de seda oscura en verano y de paño del mismo color en invierno. Cubría su cabeza una redecilla de seda negra, con una cálifa de colgajos en su extremidad, a manera de la que sirve de adorno a las pandorgas que remontan los muchachos. El sombrero de castor blanco tendría sus diez pulgadas de ala circular, sin que excediesen de tres o cuatro las de la altura de la copa. Era alto, delgado, derecho, y llevaba siempre sobre el pecho el brazo izquierdo, como si sostuviese la toledana, sin la cual ningún gentilhombre salía por las tardes hace sesenta años. Nos conocíamos de nombre, pero no más, así que cuando me encontraba con él, en las calles del Alcázar, lo saludaba quitándome el sombrero, según la usanza de la antigua cortesanía española, que mis padres me habían enseñado. No tardamos en trabar conversación. D. Antonio me dijo que conocía a mi familia, y me preguntó la causa de mis frecuentes visitas al jardín, no quedando poco sorprendido al ver la semejanza de nuestras aficiones, en tan diferentes edades. Desde esta primera conversación, muchas veces platicábamos a la sombra del mismo árbol. Tenía buen caudal de noticias acerca del Alcázar y de las otras antigüedades de Sevilla. Yo escuchaba con el más vivo interés cuanto me decía acerca de los tiempos pasados, y, recordando lo que más profunda impresión dejó en mi memoria, voy a anotarlo aquí para satisfacción de mis lectores.

Había en los jardines un sitio que desde mi niñez me inspiraba cierta curiosidad con sus vislumbres de pavor. Es una sala subterránea, lóbrega y profunda, sostenida por filas de columnas dobles, débilmente iluminada por unas lucanas abiertas en el techo y cerrada por fuertes puertas de hierro como si su destino hubiera sido el servir de calabozo. En medio se ve una fuente de mármol, seca en la actualidad, pero que tuvo agua en su tiempo, como lo denotan los conductos que todavía se descubren en su parte superior. La

tradición de su primer destino se conserva en el nombre de los Baños de Doña María Padilla. Fue esta señora, si hemos de creer a la voz común, querida de Pedro el Cruel desde su más temprana juventud hasta su muerte, y blanco de los tiros del partido que colocó en el trono al bastardo Enrique de Trastámara, que mató con sus propias manos al rey su hermano, después de la batalla de Montiel. Tal era, sin embargo, la belleza de María, tal la bondad de su corazón y tales las prendas de su alma, que aun las crónicas escritas durante el reinado del usurpador hablan de ella con respeto, a pesar de los desatinos conservados en las tradiciones populares de Sevilla, hijos de la malicia y de la calumnia. Una vez que entré en los baños, gracias a la protección de mi amigo don Antonio, preguntóme éste si había oído muchas historias acerca de María Padilla.

—Muchas—le respondí—, porque ésta es la comidilla de los muchachos de Sevilla, y, entre otras, no pocas veces he oído hablar del coche de fuego en que aquella señora suele dar sus paseos nocturnos por las calles de la ciudad y del descaro con que se ofrecía a las miradas del público en estos mismos baños.

—¡Qué absurdo y qué maldad!—me respondió don Antonio—. Insoportable me es la calumnia, aun cuando se dirija a personas que han desaparecido siglos ha del teatro del mundo. María Padilla, si he de decir verdad, es uno de mis personajes históricos favoritos. El amor desinteresado que profesaba a Pedro le hizo llevar con paciencia la nota de concubina, siendo, como lo era, la verdadera y legítima reina de Castilla. Poco después de su muerte, se presentaron a las Cortes de Sevilla las pruebas más indudables de este casamiento, y nadie negaría hoy este hecho, si su autenticidad no hubiera puesto tan grave obstáculo a la usurpación de Enrique. En galardón de sus virtudes y padecimientos, la Providencia le ahorró el pesar de presenciar los últimos años del reinado de Pedro y la humillación de postrarse a los pies del asesino de su marido, por más que los romances digan lo contrario. Pedro casi tuvo la suerte que merecía, y, con todo eso, no faltan motivos que excusan en cierto modo su tiranía. Era niño cuando ocupó el trono, y desde el principio alzáronse y lidiaron entre sí dos facciones que querían hacerlo víctima de su ambición. Su infame y perversa madre exasperó su índole, de suyo violenta, y la convirtió en descubierta ferocidad. La turba de bastardos de Pedro no estaban lejos de merecer la muerte que les dio el frenético tirano, y, con todo, María, a quien ellos aborrecían, hizo cuanto pudo por salvarlos. Grande debió de ser el poder de sus gracias, pues que enfrenaron durante toda su vida a un hombre de tan desbocadas pasiones. Mas Pedro, que, en la fiebre de la juventud y seducido por los protervos rivales de María, trató muchas veces de romper los lazos que a ella lo ligaban, volvía de nuevo a ella, declarando que era la más amable de las mujeres. ¿Veis aquella hermosa galería, sostenida en grupos de pequeñas columnas, que pasa sobre los muros de la ciudad, al fin de estos jardines?

—Sí—respondí yo—, por ella comunica el Alcázar con la Torre del Oro, que está a orillas del río.

—En aquella torre—continuó mi amigo—, estuvo algún tiempo una de las rivales que suscitaron a María sus enemigos. Llamábase Aldonza Coronel, hermana de la célebre María Coronel, fundadora del convento de Santa Clara, la misma que, por evitar los peligros que amenazaban su virtud, desfiguró su hermosura del modo más horroroso. Su cuerpo se conserva en una urna de cristales, en el sillón principal del coro del convento. Pues bien, Aldonza, más frágil que su hermana, vino a la corte a echarse a los pies del rey

y a implorar el perdón de su marido, Alvar Pérez de Guzmán, que había sido declarado traidor. El rey quedó prendado de su hermosura, y los enemigos de María fomentaron aquella inclinación, que tan funesta fue a la que la había inspirado. María yacía abandonada en el Alcázar, mientras la infiel esposa de Alvar Pérez atraía toda la corte a la Torre del Oro. El triunfo de Aldonza fue pasajero. La resignación de María volvió a encender el afecto del rey, y Aldonza tuvo que ir a sepultar su ignominia en el convento que su hermana había fundado para poner la virtud de las mujeres al abrigo de la corrupción de los tiempos.

También se han atribuido al influjo directo de María el mal trato y la muerte de Blanca de Borbón, que era, en la opinión pública, reina legítima de Castilla. No hay duda que contribuyó en gran parte a aquella bárbara acción el invencible apego del monarca a sus primeros amores, pero la causa principal de los infortunios de Blanca fue la conducta de la reina madre, que, bajo el pretexto de defenderla, daba rienda suelta a su ambición. El amor que María profesaba a Pedro era acendradísimo. A tal punto había llegado este afecto que, durante una de las épocas en que Pedro se mostró frío e inconstante, María consiguió una bula de Roma para fundar un monasterio, de que el Papa la nombró abadesa. Poseía, sin embargo, ciudades y estados, a que hubiera podido retirarse para vivir en fastuosa independencia. Pero volvamos a los baños, que da lástima verlos tan degradados y perdidos. En los tiempos de mi juventud aún conservaban la forma que les había dado el arquitecto árabe, porque esta pieza era la única que se mantenía intacta como la habían dejado los moros. Lo que es ahora una tenebrosa mazmorra era entonces un naranjal, de las mismas dimensiones que el patio que se ha construido encima. Las ramas de los árboles subían hasta el nivel del palacio. Estas filas de columnas sostenían dos corredores, que se cruzaban en ángulos rectos, que daban entrada al gran salón y formaban un agradabilísimo paseo que dominaba los cuadros del jardín. No puede haber mayor delicia en un clima caliente que la que se goza en un espacioso baño, sombreado por árboles frondosos, perfumado por fragantes flores, abierto a la luz y al aire, y excavado, por decirlo así, como una gruta en medio de un palacio.

Pregunté una vez a don Antonio cuál era su opinión acerca del carácter de Pedro el Cruel.

—Escritores ha habido en estos tiempos—respondió—, que han pintado aquel monarca como un hombre severo en demasía, mas no lo bastante para merecer el título que le ha dado la historia. Ya os he contado pruebas de su ferocidad, y añadiré que en los últimos años de su reinado fue traidor y pérfido para con sus amigos, y monstruo sediento de sangre para con sus contrarios. Aún en sus mejores días solía dar rienda suelta a implacables odios, aunque entonces su carácter parecía ser una mezcla de ingenuidad y amor a la justicia. Ya habéis visto en una de las calles de esta ciudad el busto de Pedro el Cruel, que indica el sitio en que monarca hizo una muerte, en un encuentro casual que tuvo una noche en que iba paseándose solo y disfrazado. Según cuenta la tradición, jamás se hubiera tenido noticia del autor del delito si no hubiera sido por una vieja que, al oír el ruido de las espadas, se asomó, con un candil en la mano a la ventana. Regirse inmediatamente, asustada, sin ver el rostro al hombre que había muerto a su adversario. Examinada al día siguiente por los jueces, declaró que el homicida no podía ser otro que el rey, a quien había descubierto por el bien conocido crujido de sus rodillas. Pedro oyó la acusación sin

turbarse y sin contradecir ni ultrajar a la vieja. No pudiendo, sin embargo, remover las sospechas que había excitado aquel suceso, mandó que se colocase su busto en la calle en que había ocurrido, a la manera que se ponen las cabezas de los malhechores en la escena de sus crímenes. Todavía se da el nombre del Candilejo a la calle que da enfrente del busto del rey, en memoria de la que sacó la vieja cuando oyó el rumor de la pendencia.

Cuál era el estado de la moral pública en aquellos tiempos y cuánta la ineficacia de las leyes contra los poderosos, se puede inferir de otra historia que nos han conservado los cronistas de Sevilla. A los principios del reinado de Pedro había en la catedral un prebendado que quería seducir a una hermosa mujer, casada con un menestral. Las frecuentes visitas del amante despertaron los celos del marido, el cual le intimó que no pusiese los pies en su casa. El clérigo, creyéndose insultado, montó en cólera y despachó al marido al otro mundo. Enseguida tomó sagrado en la catedral, y de allí a poco fue puesto en libertad por el arzobispo, que se contentó con imponerle una pena ligera. Un hijo del muerto, que, aunque joven y pobre, tenía sentimientos elevados, se presentó ante el rey, en el sitio en que éste solía dar audiencia a sus vasallos, que era un espacio abierto, rodeado de bancos de piedra y situado en la inmediación de una de las puertas de palacio. Esta especie de terrado se conservaba todavía a mediados del siglo XVII. El huérfano se quejó amargamente del arzobispo que había dejado sin castigo al asesino de su padre. Pedro lo oyó con gran atención, lo llamó aparte y le preguntó si se sentía con valor para vengar su ofensa, a lo que el joven respondió que aquello era lo que con más vehemencia deseaba.

—Pues bien—díjole el rey—, hazlo así, y ven enseguida a implorar mi protección.

El mancebo no se lo dejó decir dos veces, sino que en la primera ocasión hizo con el prebendado lo que éste había hecho con su padre. Acogióse a palacio, fue entregado a la justicia y se señaló día para hacerle la causa. Pedro oyó en el tribunal al abogado del arzobispo contra el preso, y preguntó cuál había sido la sentencia impuesta por la Curia al prebendado.

—La suspensión a divinis—respondió el letrado—, por el término de un año.

—¿Qué oficio tienes?—preguntó el monarca entonces al reo.

—Zapatero—repuso éste.

—Vistos los autos—continuó el rey—, fallamos que el reo estará privado de hacer zapatos por el término de un año.

Otro día quise saber la opinión de don Antonio acerca de una gran serpiente que en cierta ocasión había acometido a Pedro el Cruel.

—No estáis en el cuento—me respondió mi amigo—. Lo de la serpiente es una hechicería que algunos escritores del siglo XIV achacan a María Padilla. Dicen, pues, que el regalo de boda que Blanca de Borbón hizo a Pedro fue un hermoso tahalí que agradó sobremanera el rey. María, según aquellos escritores, temerosa de perder el cariño de Pedro, puso el tahalí en manos de un judío, famoso nigromante, y, después que éste lo hubo hechizado, lo volvió a poner entre las demás alhajas. Al día siguiente, Pedro recibió en su corte a los grandes que venían a darle la enhorabuena por su matrimonio, y, de repente, en lugar del hermoso tahalí, con que se adornó en esta ocasión, se vio una espantosa serpiente, que, con el don de la reina, desapareció en un momento de la vista de los circunstantes. Añaden que, desde aquel suceso, Pedro no pudo sufrir el aspecto de Blanca.

—Lástima es—dije yo—, que no se forme una colección de los cuentos de hechicería que se conservan por la tradición en estos países.

—Cierto es—respondió don Antonio—, y también lo es que esta parte de la ciudad podría suministrar abundantes datos a esa obra. Después de la conquista de Sevilla, se destinaron para habitación de los moros que quisieron quedarse todas las calles que están al sudeste del Alcázar. Otro barrio, como sabéis, ha conservado el nombre de Judería. Los moros y los judíos eran mucho más instruidos que los españoles, ocupados entonces únicamente en la guerra, y esta superioridad los expuso muchas veces a las sospechas de sus ignorantes vecinos. Los únicos médicos que había a la sazón en España eran, según creo, judíos y moros, y, como la medicina se da la mano con la química, las redomas, los alambiques y los hornillos de un laboratorio no podían menos de confirmar las preocupaciones de los españoles acerca del poder sobrenatural de la magia. Contribuían a mantener estos errores algunos impostores, que, viéndose ya sospechados, procuraban sacar partido de la credulidad y del miedo del vulgo. Acuérdome que en una de las comedias de Lope de Rueda sale un morisco, a quien todos consultan como el mágico titular del pueblo. Después, cuando los descendientes de los moriscos españoles fueron expulsados de la Península de un modo tan cruel e impolítico, prevaleció la idea de que habían dejado muchos tesoros ocultos y de que los guardaban por medios sobrenaturales. Eran entonces tan comunes como en algunas partes de Alemania los cuentos de tesoros encantados. Justamente tenemos enfrente una casa que, en mis mocedades, estuvo mucho tiempo desierta, porque, según decían, se aparecía todas las noches en ella el alma en pena de una mora, condenada a guardar un tesoro.

—Sé cuál es la casa—dije yo entonces—, pero el nombre que tiene de Casa del Duende me da a entender que la historia de que se trata pertenece a la parte ridícula del mundo de los espectros.

—Nada de eso—respondió mi amigo—. La historia, falsa o verdadera, es trágica e interesante. Voy a contárosla.

Entre las desventuradas familias de moriscos españoles que se vieron forzados a salir de España por los años de 1610, se contaba la de un rico labrador, dueño de esa misma casa de que hemos hablado. Como el objeto principal del gobierno en la expulsión de los moriscos fue evitar que se llevasen consigo sus riquezas, muchos de ellos las enterraron, esperando en mejores tiempos el permiso de volver de África a sus antiguos hogares. Mulei Hasem había mandado construir una bóveda debajo del ancho zaguán de su casa. Tomó sus precauciones para que nada echasen de ver sus vecinos; depositó en la bóveda una gran cantidad de perlas y oro, y hizo conjurar el sitio por otro morisco, diestro en el arte diabólica.

La envidia de los españoles y las graves penas fulminadas contra los expulsos que volviesen a la península, estorbaron a Mulei Hasem todas las ocasiones de recobrar su tesoro. Murió, confiando aquel importante secreto a su hija única, que, nacida y criada en Sevilla, estaba perfectamente enterada del sitio en que habían quedado las riquezas. Casóse Fátima, y quedó viuda, con una hija, a quien enseñó la lengua española, a fin de que en lo sucesivo pasase por natural de aquel país. Aguijoneada por la pobreza, aumentóse su deseo de recuperar la opulencia de su padre, y, sin poder refrenar su anhelo, se embarcó con su hija Zuleima en un corsario, y desembarcó, a escondidas de los habitantes, en una

cala de las inmediaciones de Huelva. Vistiéronse madre e hija al uso del país, tomaron nombres cristianos y se dirigieron a Sevilla, pretextando, para mayor disimulo, el cumplimiento de un voto en un famoso santuario, dedicado a la Virgen, que se halla cerca de Moguer. No es del caso entrar en los pormenores de las diligencias y artificios de que se valieron Fátima y Zuleima, para ingerirse en la casa en que estaban cifradas todas sus esperanzas. Baste decir que se acomodaron en ella de criadas y que se granjearon el afecto de los amos, a lo que contribuyeron en gran manera las gracias de Zuleima, que a la sazón tenía catorce años, y que no necesitaba de otros medios para cautivar el cariño de cuantos la tratasen que su lindeza y atractivo.

Cuando Fátima creyó que había llegado el tiempo de dar cumplimiento a sus planes, preparó a su hija con las instrucciones necesarias para apoderarse del tesoro, de que no había cesado de hablarle desde su niñez. Llegó el invierno; la gente de la casa se mudó al piso principal, según se acostumbra en Sevilla, y Fátima pidió el permiso de habitar los cuartos bajos en compañía de su hija. A mediados de diciembre, cuando las lluvias continuas anunciaban una próxima crecida del Guadalquivir y no había alma viviente que pusiese los pies en la calle después de oraciones, Fátima hizo los preparativos que debían ayudarla en la empresa que había meditado. Hízose de una cuerda y de un canasto, y, cerca de las doce de la noche señalada para llevar adelante la hechicería, se dirigió a tientas hacia el zaguán, llevando por la mano a Zuleima, que temblaba como la hoja en el árbol. Dan las doce en el reloj de la catedral, cuyo sonido, en las calladas horas de la noche, retumbaba en todos los ámbitos de la ciudad. Dos minutos después se oyeron los melancólicos golpeos de la plegaría, y, cuando éstos cesaron, quedó todo en el más profundo silencio, que, de cuando en cuando, interrumpían los aguaceros y las ráfagas. Fátima, desasiéndose de las frías manos de Zuleima, hirió un pedernal, encendió un cabo de vela verde, de una pulgada de largo, y lo colocó en una linterna. Apenas dieron los primeros rayos de luz en el pavimento, cuando se abrió éste, cerca de donde estaban la madre y la hija.

—Zuleima, única prenda de mi vida—dijo Fátima—, si tuvieras bastante fuerza para sostenerme, no te daría yo el trabajo de entrar en la bóveda. Pero no temas. Nada hay en ella sino oro y alhajas. Aunque hay una escalera por la que puedes bajar hasta el fondo, es demasiado perpendicular, y será más conveniente que yo te sostenga con la cuerda.

—Madre mía—respondió temblando la muchacha—, la sangre se me hiela en las venas al ver esa espantosa bóveda; mas no importa; os he dado palabra de ayudaros y la cumpliré. Atadme bien el puño. Cuidado, que vais a sostener todo el peso de mi cuerpo. ¡Piadoso Alá! ¡Mis pies resbalan! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡No me dejéis a oscuras!

Al descolgarse en la bóveda, cuya altura era como la del cuerpo de Zuleima, sus pies resbalaron, en efecto, en una de las piedras que sobresalían en el muro, y el ruido de las monedas que se deslizaron al golpe reanimó las desfallecientes esperanzas de la madre.

—Aquí está la canasta—le dice—, llénala de oro; busca las alhajas. No moveré la linterna. Bien, hija mía; otra canasta y no más. No quiero exponerte más tiempo. Todavía hay vela para cinco minutos. Pero... ¡Dios mío!, el pabilo está nadando en cera derretida. La cuerda... ¿dónde está?... La cuerda... busca la escalera... hacia este lado.

Oyóse un quejido lastimero. Lanzábalo la cuitada Zuleima, sepultada ya en montones de oro. Volvió a quedar todo en tinieblas. La infeliz madre buscaba a tientas la boca de la bóveda, pero en vano. Había cesado el encanto, y el suelo había vuelto a su estado primitivo. Hiérelo repetidas veces con el pie, y más crece su angustia, cuando un eco pavoroso retumba en la concavidad cerrada para siempre. Golpea con fuerza sobre los guijarros del piso, hasta que sus manos se entumecen. Arrójase casi exánime al suelo y, cuando recobra por algunos momentos el sentido, oye en lo profundo la voz plañidera de su hija:

—¡Madre, mía, madre mía, no me dejéis a oscuras!

Fátima permanece por un instante inmóvil. De pronto, abandonada a un frenético despecho, deja caer violentamente la cabeza sobre las piedras, y allí la encontraron al siguiente día, yerta e inanimada.

Dicen que Fátima se aparece, cierta noche del mes de diciembre, a los que incautamente y sin saber su historia pasan por el zaguán del encanto. Dos grandes figuras negras la obligan, a pesar de todos sus esfuerzos, a sentarse sobre la bóveda, con una canasta llena de oro a los pies. Ella procura desasirse de sus robustos brazos, para taparse los oídos, a fin de no oír las voces que suenan sin cesar por espacio de una hora:

—¡Madre mía, madre mía, no me dejéis a oscuras!

Los tesoros de la Alhambra

Serafín Estébanez Calderón

Cartas Españolas. 2 de febrero de 1832. 4. Pp 142-145

La carrera del Darro es la que, arrancando de la Plaza Nueva, va a dar en la rambla del Chapizo, subida del Sacro Monte de Granada.

Por el siniestro lado se levantan edificios de magnífica traza, cortados por los fauces de las calles que bajan de lo más alto del Albaicín, y a la derecha mano, por su álveo profundo, copioso en invierno, nunca exhausto en el estío y siempre sonante y claro, viene el Darro, ensortijándose por los anillos que le ofrecen los puentes pintorescos que lo coronan. De ellos el principal es el de Santa Ana, en cuyo ámbito, y de la misma mampostería del puente, hay asientos o sitiales siempre llenos de curiosos, que en las noches calurosas de junio y julio se empapan allí del ambiente perfumado y voluptuoso que en pos de sí lleva la corriente.

Eran las vacaciones, y mi amigo y compañero don Carlos, cerradas ya nuestras tertulias, nos citábamos en tal sitio a cierta hora para ir juntos, y después de girar y vagar otros momentos al rayo de la luna, retirarnos a nuestra posada, a repasar los estudios que tanto nos afanaban y que después tan poco nos valieron.

Una noche (ya muy cercana a su partida para pasar el verano con sus padres) dieron las doce sin haber acudido al sitio acostumbrado. Ya principiaba yo a tomar cuidado por su tardanza, cuando lo vi llegar más alegre y estruendosamente que nunca, y apoderándose de mi mano con el afecto más cordial, se me excusó de su descuido, y, como siempre, enderezamos hacia nuestra posada.

Aquella noche fuéme imposible hacerle entablar discurso alguno de interés, y mucho menos de nuestras tareas académicas.

—Estudiemos por placer y no por obligación—me decía—. ¿Piensas que se apreciarán nuestros desvelos aunque descollemos en la universidad y logremos todos los lauros de Minerva? Si tal sucediera, ¿cómo quedarían los necios? Y ya está decidido que ellos han de campear siempre por el mundo. Así diciendo—proseguía—, de hoy en adelante discurramos por pláticas más sabias y no de tanto enfado, y ya que no podemos atraer el sueño, ahora olvidemos las pandectas y los códigos.

Diciendo esto, comenzó a presentarme sus proyectos, que no fueran mayores ni más espléndidos si hubiera a mano un millón de pesos, y por sus adquisiciones futuras y por las haciendas que me había de regalar, y por los viajes que inseparablemente habíamos de emprender, lo dejé por loco o como hombre que se entretenía en fantasear las horas del sueño y del descanso.

Al día siguiente, bien de mañana, estaba ya en su bufete sumando y figurando cantidades de un valor inmenso y sin embargo de tener a mano el dinero que su familia le envió para el viaje, me rogó que le prestase tres monedas que fuesen de una a otra mayores en otro tanto.

Respondile que las monedas pocas que poseía no guardaban tal proporción, pero que para gastarlas nada importaba aquella, para mí, circunstancia muy extraña.

Se levantó sin replicarme ni un eco y fuése por la casa en demanda de monedas tan peregrinas, y a poco volvió diciendo

—Es mucho que nadie ha podido cumplirme el gusto sino la persona que menos hubiera querido. Pero la fuerza ha sido contentarse con su buena obra. La vieja Carja me ha dado tres monedas con el requisito que yo pedía: son tres doblas, la primera de dos pesos, la segunda de cuatro y la tercera de ocho y esta última preciso es que la tenga guardada muchos lustros ha, puesto que es de oro macuquino o cortado.

Y esto hablando, me enseñó la dobla, que por el reverso tenía los nombres de Fernando y de Isabel.

—La vieja Carja—prosiguió mi camarada—, por muy dulzaina que se muestre para conmigo, siempre me es de mal agüero desde que el otro día, diciéndome la buenaventura cierta gitanilla que conoces, me vaticinó que mis gustos se me habían de aguar por manos viejas. Pero en el asunto que ahora trato no sé qué mal pueda inducirme.

Nos separamos sobre el anochecer y quedamos, como siempre, citados en el puente de Santa Ana. Llegada la hora y aun no había dado el cuarto para las doce, cuando con paso vacilante y con el aire más melancólico, se me acercó y tomándome por la mano, fría como el granizo, tiró de mí para la posada, yendo yo tan confuso como espantado.

Sus suspiros me lastimaban sobremanera, y al tocar los umbrales de la puerta, me dijo:

—¡Qué maravillas vas a saber de mí!

Retirados a nuestro aposento, y yo más curioso que nunca, y temiendo el espíritu arriscado y de aventuras de mi amigo, me senté sobre el borde de la cama y esperé a que comenzase, como comenzó así su razonamiento.

—Ayer, al asomar la noche, recogía el fresco por el puente último que lleva el Abellano, y donde viene también a dar la senda que conduce a las espaldas de la Alhambra. Solitario el sitio, y la hora a propósito, me dejaba ir en alas de mis devaneos, cuando una voz cercana a mí en extremo, me sacó de mis ensueños, diciéndome:

—¿Eres valiente? ¿Quieres hacer fortuna?...

Volví los ojos y me encontré a dos pasos con un soldado de más que alta estatura, con morrión de cresta, con gola y vestes azules, con el rostro no desagradable, pero pálido y ceniciento, y con la voz, si bien honda y tristísima, nada desapacible. Llevaba terciada la espada del hombro, y en la mano apoyaba la pica oscura, pero de hierro muy luciente.

Considerándolo un breve espacio y porque no dudase de mi velar le dije que estaba resuelto a todo, y ordenándome que le siguiese, fuime en pos de él, ya casi perdido todo recelo por haberme largado la pica en que se apoyaba para que yo la condujese. El ástil era tan pesado que casi la llevaba arrastrando, y sin falta me prestaba la cualidad de invisible, puesta que encontrándome con varios conocidos y amigos que volvían de su paseo, ninguno hizo reparo en mi persona. Ya cercano al bosque, me dijo el soldado:

—Cuando lleguemos a las ruinas de los torreones (y cuenta con no equivocarte) haz lo contrario de lo que yo te mande.

Prometílo así y emparejamos con el baluarte de la puerta de hierro, por donde se dice que Boabdil salió huyendo de la furia de los caballeros Abencerrajes por la muerte de sus parientes.

Allí me dijo el misterioso guía que tocase con la lanza, lo que me guardé mucho de ejecutar; pero cuando llegamos a la torre aislada de las almenas y me ordenó que no llamase, entonces la levanté y di con ella un gentil bote contra la muralla, la cual maravillosamente se abrió de par en par, no dudando yo de seguir al soldado por aquellas oscuridades.

En la estancia donde nos paramos no encontré más adornos que enormes tinajas enclavadas en la tierra, y sentándose y haciéndome sentar el soldado sobre las tapas de hierro que las cubrían, me relató el encanto y el prodigio más estupendo que puede forjar la imaginación más maravillosa.

Me dijo que desde la conquista de Granada estaba preso en aquella torre, custodiando los crecidos tesoros que los moros habían rescatado y escondido de los cristianos, cuyo empleo enojoso lo cumplía enfadosamente. Que le estaba permitido el salir de tres en tres años para procurar su libertad, y que en distintos trances se había dejado ver de algunos, para que le facilitasen su rescate, pero que nunca logró el cabo y el fin deseado, pues de ellos a unos les faltó el valor, otros desmayeron en la mitad del camino y muchos no llenaron los requisitos y condiciones que se les habían impuesto, perdiendo así el premio de su trabajo. Y al decir esto levantó la tapa y sacó de la tinaja más cercana, como por muestra, el puño lleno de la arena más fina de oro, que era lo que repasaba en aquellos vasos.

Yo entonces—prosiguió mi amigo— le aseguré al soldado mi buen deseo y le ofrecí la fineza y esmero más extremado, y que pudiera disponer de mí a su buen albedrío, sin que los peligros pudieran arredrarme.

El soldado me respondió que no sería necesario arriesgar mi persona, y que para dar comienzo a la obra volviese a verle a la noche siguiente (por hoy) con tres monedas pedidas, pensadas y dobladas.

Pedíle la llave de este enigma, y me dijo que las tres monedas habían de ser rogadas y tomadas de un amigo que, ignorando el fin misterioso de su destino, pensase que eran para el uso mío, y que últimamente fueran el doble la una de la otra. Bien encomendadas a mi memoria todas estas circunstancias, me despedí del soldado, quien para llamarlo cuando la ocasión llegase me dio las señas de tres palmadas, con tres palabras que hará una hora que recité y ya las he olvidado con mayor espanto mío.

Separado de él anoche, tenía ante mis ojos la opulencia más rica, y en mi mano el hacerte feliz y poderoso, y ya reparaste la loca alegría que me dominaba.

No perdiendo tiempo, me procuré las monedas misteriosas, que, al ver mío, llenaban los puntos acondicionados, y esta misma noche volé al torreón arruinado, y dando las tres palmadas y pronunciando las tres palabras que ya olvidé, se abrió al punto la muralla, dejándose ver el soldado, con el rostro más triste y lastimado.

—Todo lo hemos perdido—me dijo—; sé que has hecho cuanto tu buen deseo te sugirió y cuanto estuvo en tu mano. Pero si bien las monedas son dobladas, la mayor tiene el mal de pertenecer a los reyes conquistadores de este suelo, Fernando e Isabel, y para los usos que debieron servir no perdonan los genios que aquí mandan, ni el nombre ni la efigie de entrambos héroes. Mira en prueba—me dijo—, a qué se redujo cuanto estos vasos contenían.

Y destapándolos sucesivamente no me mostró sino ceniza.

—Y estas urnas—prosiguió—, llenas de piedras preciosas, que por fineza mía y adehala debida a tu buena voluntad te destinaba, todas se han vuelto de carbón.

Y era así como él decía, siendo las urnas como aquellos jarrones de porcelana que se conservan en los Adarves, y fueron hallados en el aposento de las ninfas llenos de amatistas, topacios y esmeraldas.

El soldado se despidió tristemente de mí, diciéndome que aún pudiera tener esperanza dentro de los tres años, plazo necesario para que su visión pudiera repetirse, sin temer ya nada por la seguridad de los tesoros, pues estaban a salvo enteramente en tanto que estuviesen en su custodia.

Salí de la muralla, y volviendo los ojos no vi sino el lienzo liso y sin lesión alguna, yendo a buscarte con el desconsuelo que puedes imaginar, pudiendo decir sólo que nada en el mundo podrá aliviarme el pesar de haber perdido la mayor dicha y opulencia que puede esperar el hombre, habiéndolas tenido a tiro de la mano.

Por mucho que me parecieran disparatadas las razones de mi amigo, todavía lo vi tan cordialmente afligido y con abatimiento tal, que tuve a mejor partido el consolarle con otros discursos no de más compás que los suyos, y procuré que durmiendo recogiese con el sosiego, algún poco más de seso. Las horas de la noche las pasó sin descanso alguno y como en delirio, que llegó al frenesí más subido cuando a la siguiente mañana nos dijeron que la vieja Carja había desaparecido, dejando muy mal olor de sus acciones, que quién las calificaba de hechiceras, quién las presentaba por de un espíritu malo. Con esta aventura, mi amigo no hacía sino repetir el vaticinio de la gitana, y nada podía no ya distraerle, pero ni aun picarle la curiosidad ni despertarle el gusto. En fin, partió para su país (cantón inmediato de las Alpujarras), donde le vi ir con gozo mío, por parecerme que allí dejaría el peso de sus cavilaciones, confesando la irritación de su fantasía. Las cartas que me escribió casi me lo daban ya por restablecido, cuando un veredero que llegó una tarde a más andar, me trajo de la parte de mi desgraciado amigo el encargo encarecido de que fuese a darle el último adiós, si es que quería verle antes de morir.

Por mucha diligencia que puse en mi viaje por aquellas montañas, no llegué al lecho del moribundo sino a la segunda tarde, cuando ya mi pobre y delirante compañero tocaba en la agonía. Al verme, me tendió la mano, y con lágrimas en los ojos me dijo:

—Querido amigo, no he podido ser superior a mi desgracia. El que tuvo ante la vista y destinadas para él tantas riquezas y tal poder y se le escaparon de la mano, no debe sobrevivir. No te olvides que la dicha tuya hubiera acompañado a la felicidad de tu amigo. ¡Adiós! ... ¡Adiós! ...

Desde entonces no volvió a abrir los ojos, y a pocos momentos expiró, siempre repitiendo:

—¡Los tesoros de la Alhambra!... ¡Los tesoros de la Alhambra!...

Cuadro árabe

Antonio Ros de Olano

El Siglo. 1834

Cuando el cazador encuentra la gacela en el desierto, la persigue y suele acontecer que la mata, pero si por fortuna la alcanza entre sus manos, desde aquel momento ama su gacela y le guarda la vida y la acaricia.

El fruto de la experiencia en todos los hombres, así gobernantes como gobernados, es agrio como la manzana verde. El fruto de un amor experimentado es dulce a los sentidos y semejante al dátil en sazón que cuelga de la palma bienhechora: el caminante que de pasada regó la palma sabe dónde está, vuelve a ella, alcanza la fruta, se alimenta y duerme a su sombra sin cuidado.

El roble, gigante que ayer se levantaba hasta las nubes, hoy cae partido por el rayo; es la razón, porque el roble pretendió subir a la excelsitud del rayo. No dejemos ver, como el roble, que podemos subir hasta donde se asientan los tiranos.

El águila soberbia rara vez arropa con sus alas a la tímida garza, pero si una vez la toma bajo su amparo, la defiende del bando de los halcones hambrientos, y la cela, y su vista penetra más allá del peligro. El feroz en los combates, cuando ama, asemeja a la reina de las aves.

—No te entiendo, háblame claro—dijo su cautiva a Otman—ben—Ab—Neza, que así la hablaba.

—Gacela de los ojos azules—le respondió él—, tú eres la palma a cuya sombra me reposo de mis fatigas y la fruta que me endulza el paladar después de los amargos sabores de la vida... Huyamos, el rayo está más alto que nosotros y pronto a descargar sobre mi cabeza. Abderramán—ben—Abdalá, el Gafeki Amir de España, dice que es malo ser piadoso cuando no se es justo, y él no es ni justo ni piadoso porque tiene ambición y quiere matarme, y pretende por su ambición romper la tregua que he ajustado con tu padre... huyamos; el rayo es irresistible; huyamos, en el desierto no hay tiranos que corten las vidas, ni testigos que interrumpan el amor...

Daba muchos besos Otman en los ojos de su cautiva, que lloraban como si quisieran agotar las fuentes del padecer, y entrambos amantes dejaron suspirando el techo que los vio reír y se internaron sin camino en los montes de Albortat. Por allí vagaron largo espacio sin que ningún sitio les pareciera seguro. A este tiempo ya había llegado Gidhi ben Zeyan con tropas a la ciudad de Albat, donde estaba la casa de Otman y registráronla para matarle en ella, cumpliendo el mandato de Abderramán, y no le hallaron; y como no le hallasen se repartieron en todas direcciones para buscarle.

Descansaba Otman con su amada, por estar muy fatigados del camino y del ardor del sol, a par de una fuente cubierta de un verde dosel de hojas de encina, y le decía Otman a su cautiva:

—Escrita estaba mi caída desde lo alto de la rueda de la fortuna, y escrito está que tú llenarás mi corazón, en otro tiempo poseído de una ambición sin límites. Contigo, una palmera y una fuente clara viviré feliz; mi mundo será el círculo que describa la sombra del árbol hospitalario, cuando el sol ande su carrera, y mi tesoro tus caricias que yo contaré como el avaro cuenta las doblas de oro... Escucha, sabrás mejor la causa que me

separa de los hombres. Llegose a mí uno de los pocos buenos y me dijo: «Abderramán, a pretexto de la paz firmada con los Abrane, intenta quitarte la vida y publica tu debilidad con una cristiana, pero no son estos en su fondo los motivos que le arman en tu daño. Tú eres émulo suyo en el saber y en el valor y los Amires no quieren tener quien los iguale. Sálvate pronto o morirás en breve». Así me dijo cuando ya el sol tramontaba y yo dormí sin cuidado bajo el escudo de la justicia, mas luego, durante la noche, se me apareció un genio malo y me dijo: «Quédate, que el cordero del vellón blanco pace descuidado porque sabe que vela su pastor»; y luego vino un genio bueno y me dijo: «Huye, que el pastor del cordero del vellón blanco es un lobo».

Aquí llegaba Otman, y más cuidadoso de su cautiva que de su vida propia, al ruido que hacía la fuente, precipitándose por las quebraduras, temblaba como se ve temblar al tímido cervatillo al rumor impensado del viento entre las hojas. Es de varones prudentes temer el peligro y de fuertes y animosos combatirle cuando llega; no tardó mucho en probarlo así y no siempre fueron infundados sus temores, porque de pronto le asaltaron los satélites de Gedhi y atacáronle con fiereza; y él, como bravo león que era, defendíase hiriendo a muchos y matando a otros hasta que, por defender a su cautiva, le hirieron en salvo de herida mortal y cayó desangrado. Cortáronle la cabeza, que llevaron a Abderramán, y también la cautiva de los ojos del cielo. Al mirarla, este Amir exclamó:

—¡Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes!

Y mandola cuidar con mucho esmero para enviarla a Damasco.

El castillo del espectro

Eugenio de Ochoa

El Artista. 12 de enero de 1835. Tomo 1. Pp 16-19

... Decidme
sois hombre, sombra o fantasma?
Calderón

Hay cerca de la cordillera de Sierra Nevada un antiquísimo castillo, fundado en la cumbre de una montaña de inmensos peñascos amontonados unos sobre otros, cuyo pie bate un furioso torrente con un ruido sordo y continuo, y al cual parece imposible subir mirándole desde lejos; pero conduce a él una sendita estrecha y cubierta de guijarros desprendidos de las peñas que forman la montaña. Es todo el país circunvecino tan sumamente árido y pobre de vegetación que no parece pueda ser residencia de almas vivientes; sólo se ve por bastante distancia a la redonda un campo cubierto de una arena negruzca, donde crecen tal vez de trecho en trecho algunas ramas de pino y otros arbustos tan miserables y tristes como éste. No hay allí ni una cabaña en que reposar la vista, ni una flor que alegre el corazón. Era este edificio, a juzgar por su exterior, un antiquísimo monasterio, donde se habían acaso refugiado, para evitar la funesta persecución de los pretores romanos, los primeros fieles convertidos en España a la fe de Jesucristo. Tal vez andando los tiempos habrá servido unas veces de castillo, otras de convento, aún tal vez de asilo para bandoleros; pero hállase ya en el día tan arruinado que sólo puede servir para objeto a las investigaciones históricas de algún anticuario concienzudo. Refiere todavía sin embargo la tradición popular que, como enemiga de todo lo que pasa según el orden natural de las cosas, nunca deja de adornar a su modo cuanto cae por desgracia entre sus manos, mil aventuras a cual más terribles y absurdas relativas a aquel venerable edificio, generalmente conocido en toda la comarca con el nombre de Castillo del Espectro. No se puede negar que su situación verdaderamente romancesca es muy propia para producir y fomentar los vanos terrores que inspira su vista, a cuyo aspecto lúgubre y sombrío presta la imaginación de los habitantes de las cercanías, acalorada con las leyendas tradicionales del país, colores más lúgubres todavía.

En punto a las aventuras de que ha sido testigo aquel edificio, están divididas las opiniones. Aseguran algunos que allá en tiempos antiguos fue mansión de un caballero muy poderoso, que durante su vida había ejercido las más tiránicas violencias sobre todos los habitantes del país circunvecino, devastando los campos, asesinando a los hombres y robando las esposas y las doncellas. Una de extraordinaria hermosura, que tenía por nombre Irene, vivía en una aldea cercana bajo la vigilancia de su madre, viuda y anciana, quien tenía ya ofrecida su mano al joven Alfonso, mozo el más gallardo y audaz de todas aquellas cercanías. Amábanse entrambos novios con la mayor ternura y veían llenos de alegría acercarse el momento feliz que debía unirlos para siempre y coronar tres años de amores y de constancia. Llegó a oídos del señor del castillo la fama de la hermosa Irene y resolvió al punto robarla para su deleite y pasatiempo en la primera ocasión que se le presentara; lo cual ejecutó en efecto, habiéndose escondido con algunos de sus soldados en un bosquecillo junto al cual debía pasar Irene al caer de la tarde para ir a casa de su madre,

de vuelta del campo. Encerrola, a pesar de sus lágrimas y súplicas, en una estrecha prisión del castillo y celebró luego con todos sus soldados el buen éxito de su empresa, dándoles un magnífico festín en que todos bebieron y se emborracharon, hasta el punto de caerse los más sobre la mesa y en el suelo, bajo el peso del mucho vino que tenían encima del corazón.

Mientras de este modo pasaban el tiempo los habitantes del castillo, bramaba por de fuera el huracán y caía la lluvia a mares, rompiendo sólo la profunda oscuridad de la noche los vivos relámpagos que casi sin interrupción se sucedían en el firmamento. Respondían los del castillo con brindis, gritos y canciones de orgía a los terribles estampidos del trueno, que retumbaba con sordo ruido en aquellas bóvedas a los rugidos del torrente, estrellándose en las peñas sobre que estaba fundado aquel solitario edificio. Subía entre tanto por la cuesta que conducía a su altura un hombre, al parecer cubierto de venerables canas y embozado en una larga capa empapada en el agua que continuamente caía. Llamó al rastrillo con repetidos golpes. Al cabo de un buen rato salió a abrirle uno de los soldados.

—¿Quién eres y qué buscas?—le preguntó éste desde dentro.

—Dadme albergue por esta noche, señor castellano. porque soy un pobre trovador y no tengo más asilo que el vuestro, si queréis concedérmelo, así Dios os ayude. Abridme, Señor, porque es horrorosa la noche y la lluvia moja las cuerdas de mi lira.

—Tened un poco de paciencia, hermano, mientras voy a recibir las órdenes de mi señor.

Subió el soldado al salón del festín y preguntó a su amo si abriría o no al anciano trovador y le albergaría por aquella noche; a lo que le fue respondido que abriese inmediatamente, pues así lo exigían las santas leyes de la hospitalidad, tan respetada en aquellos tiempos. Bajó el soldado a hacer lo que se le mandaba y volvió a entrar en la sala del festín acompañado del trovador, que en lo encorvado y canoso mostraba estar ya en el invierno de la vida.

—Enjugad vuestros vestidos al calor de esa chimenea—dijo el castellano—, y tomad algún alimento si acaso lo habéis menester, para cantarnos luego alguna trova de las últimas que hayáis compuesto, pues supongo habréis perdido ya hasta la memoria de las que compusisteis en vuestra juventud.

Presentaba entonces aquel salón un aspecto verdaderamente diabólico. Alrededor de una larga mesa, cubierta aún con los restos del festín y con jarros y vasos de estaño, dormían y roncaban muchos de los soldados enteramente sumidos en una profunda embriaguez; y estaban otros tendidos por el suelo de trecho en trecho, dormidos los unos y luchando aún otros con las bascas de la borrachera. Una lámpara que pendía del techo, ya medio apagada, alumbraba aquella escena con una luz tibia y amarillenta, a que se unía la de una encina entera que ardía dentro de la chimenea y que, atascada en su parte superior por el viento que soplaba con violencia, arrojaba en la estancia sin interrupción, inmensas bocanadas de un humo negro y espeso capaz de trastornar la cabeza al mismo Satanás.

Sucedió a la entrada del trovador un largo silencio sólo interrumpido por los ecos de la tempestad y por los ronquidos de los durmientes; el mismo señor del castillo, olvidando la dicha que le aguardaba en los brazos de su prisionera, bebía sin interrupción

y se hallaba ya en un estado muy cercano al de la embriaguez. Calentábase el trovador a la lumbre de la chimenea y echaba de cuando en cuando algunas miradas al soslayo sobre la escena que tenía presente con aire torvo y aún misterioso. Permanecía embozado en su larga capa con tanto cuidado que, a haberse hallado más expeditos los entendimientos de los hombres que le rodeaban, hubiera podido excitar extrañas sospechas, pues no parecía sino que ocultaba algo debajo de sus vestidos.

—Ea, buen hombre—dijo con aquel tono peculiar a los borrachos el señor del castillo—, cantadnos algo que nos alegre los ánimos o vive Dios...

El resto de la frase quedó inédito.

—Sí, sí, que cante—murmuraron al mismo tiempo algunas voces vinosas.

Sacó el trovador de debajo de su capa un arpa muy pequeña que llevaba sobre la espalda a guisa de cartuchera y empezó a decir del siguiente modo:

I
Orillas del Betis, armados guerreros
cubiertos de acero y airoso gabán,
en tanto lucían los rayos postreros
de sol en ocaso, silenciosos van.
Camina a su frente un joven lozano,
el conde de Mena, señor catalán;
robusta una lanza relumbra en su mano
y oprime los lomos de un bayo alazán.

II
Un gótico alcázar de un monte en la altura
lejano entre nubes apenas se ve,
y en parte arruinada su inmensa estructura
aún muestra que un tiempo magnífico fue.
Sus torres elevan al cielo su frente:
tremola en su almena pendón de la fe;
con sordo bramido, furioso torrente
saltando entre peñas circunda su pie.

III
«Al alto castillo que allí se descubre»,
el conde decía, de Mena señor,
«lleguemos, soldados, que el cielo se cubre
de nubes espesas y adusto negror.
Marchemos, soldados». Ya en esto la esfera
cubierta se vía de luto y horror,
y cárdenos rayos en rauda carrera
descienden y suena del trueno el fragor.

IV

La lluvia que espesa desciende y a mares,
del fúlgido casco derriba el airón;
bañados en sangre los anchos ijares
su curso acelera veloz el trotón.
«Soldados», repite, «sigamos la senda
que lleva al alcázar», el noble infanzón;
y todos le siguen soltando la rienda,
la espada en la mano y el pecho al arzón.

V

Apenas llegaron del monte a la falda
que el viento y la lluvia ya empieza a calmar,
y el sol entre nubes de oro y de gualda
con tímido rayo comienza a brillar.
Del pino robusto la gota pendiente
con varios colores se ve rehilar,
y brilla cual brillan del sol en Oriente
al rayo primero las ondas del mar.

Aquí llegaba de su canto el venerable trovador cuando ya no había uno sólo de los presentes que no estuviese profundamente dormido bajo la influencia del vino y de la monótona voz del ambulante músico. Iba éste haciendo poco a poco más apagados e imperceptibles sus acentos hasta que, habiéndose asegurado de que nadie le oía, cesó del todo en su canto; y entonces brilló repentinamente en sus ojos todo el fuego de la cólera y de la juventud. Arrojó su lira al suelo y, habiéndose despojado de la capa que le cubría, mostró no ser ni con mucho tan entrado en años como antes aparentaba. Armose de toda su resolución y, cogiendo con ambas manos dos enormes puñales que llevaba a la cintura, empezó a descargar con la rapidez del rayo heridas mortales sobre todos los soldados. Los quejidos de los primeros moribundos despertaron a algunos de ellos, quienes, no vueltos aún enteramente de su profunda borrachera, apenas pudieron hacer uso de sus armas y ofrecieron una débil resistencia al impetuoso furor del mancebo. Luego que hubo de dar muerte a todos los soldados, empezó con el señor del castillo una furibunda pelea en que, después de haberle herido repetidas veces, le arrojó al suelo ya desarmado y sin aliento. Entonces cogió una gruesa correa que llevaba a la cintura con que le ató de pies y de manos, dejándole tan incapaz de defenderse como si estuviera ya en el seno de la muerte. Púsole entonces, el joven una rodilla en el pecho y, haciendo brillar sobre sus ojos un agudo puñal, le obligó a que le declarase el sitio en donde había encerrado a su hermosa prisionera. Hízolo así el caballero; con lo cual Alfonso, cogiendo un hacha encendida, se dirigió al sitio indicado, donde halló en efecto a su querida Irene entregada a la más profunda desesperación y a quien la llegada del amante en aquel momento parecía, más bien que una realidad, un incomprensible sueño de ventura. Sacó el joven entre sus brazos a su amante hermosa y se dirigió al salón del festín, donde yacía aún por tierra el caballero, arrastrándose por el suelo y arrojando espuma por la boca con unos bramidos horribles como los de un toro aherrojado entre cadenas. Cogióle entre sus brazos el ro-

busto mancebo y arrojole vivo por una de las ventanas del salón en el torrente que corría al pie del castillo, acrecentado con las abundantes aguas de la lluvia. Todavía se enseña como un objeto de terror la ventana por donde fue arrojado aquel terrible caballero, cuyas rapiñas y asesinatos, referidos en una noche de invierno por una vieja decrépita a los jóvenes de aquella comarca agrupados alrededor de una hoguera medio apagada, habían más de una vez quitado el sueño a muchas de las ardientes imaginaciones en que abunda la hermosa Andalucía.

El valeroso joven que, a peligro de su vida, había salvado con tan buena ventura el honor de su prometida esposa, salió con ella del castillo y dos días después celebró sus bodas, a que concurrieron todos los habitantes de tres leguas a la redonda, atraídos por la fama de aquel prodigioso suceso. Estaban los recién casados en el colmo de la alegría; pero ¡cuán pronto debían sucederla las lágrimas y la muerte!

A la caída de la tarde se reunió toda la juventud de ambos sexos en la orilla del torrente, teatro de la gloria del recién casado, para celebrar con bailes aquella boda. Pero, en medio de los cánticos de júbilo que por todas partes resonaban, se oye un grito terrible que sale del fondo del torrente y un brazo de inmensa longitud se levanta de en medio de las aguas, y con una mano cubierta de un guantalete de hierro precipita en las olas a la desdichada Irene... Su amante se arroja detrás de ella... La atrae a la orilla... Pero todos sus esfuerzos son inútiles... Una fuerza superior a la suya arrastra a su querida en sentido contrario y, después de profundas agonías, desaparecen entrambos en el seno de las aguas. De aquí venía la opinión general de que el alma de aquel caballero habitaba todavía las bóvedas del castillo y andaba errante por el fondo del torrente, lo que comprobaban las voces que suponía oír de cuando en cuando sonoras como un trueno en medio de las aguas, y una luz misteriosa que se veía correr a veces en la noche por dentro de las ventanas del edificio. Es probable que las tales voces no fuesen otra cosa más que los bramidos del torrente al estrellarse en las peñas; y aquella luz misteriosa, la que, en efecto, emplearían para alumbrarse algunos viajeros aventureros o, acaso, como es más probable, alguna partida de ladrones que se aprovechaban de esta tradición para vivir allí al abrigo de las persecuciones de la justicia.

Otros decían que el alma que moraba en aquel castillo era la del Abad de unos monjes que se habían establecido en él mucho tiempo antes de la entrada de los moros en nuestra patria, y a quien estos habían inmolado a su furia cuando se apoderaron de todo el país; pero que Dios había querido, para impedir que los musulmanes manchasen con su presencia aquel santo asilo, que el alma del Abad quedase allí para aterrarlos y probarles además con este milagro que, aunque diesen muerte a los cristianos, nunca podrían extinguir en España la verdadera luz del cristianismo; pues las almas, que es donde este reside, quedarían en vida en los sitios que habían antes ocupado los cuerpos. Refieren además con tono lúgubre las viejas y los muchachos de toda aquella comarca a los curiosos viajeros un sin fin de anécdotas y tradiciones antiquísimas, dirigidas todas a explicar el hecho sobrenatural de la voz y la luz, que será excusado enumerar, pues son tan inverosímiles e ingeniosas como las dos que hemos citado, y que aún no ha muchos años hemos oído contar en una cabaña inmediata al misterioso castillo en que sucedieron.

Zenobia

Eugenio de Ochoa

El Artista. 26 de enero de 1835. Tomo 1. Pp 44-48. 2 de febrero de 1835. Tomo 1. Pp 55-59

Soportó los suplicios con valor y firmeza
y el nombre de la Polonia fue suúltima palabra.
F. Wenzyk. «Glinski».

Estaba yo un día en el Boulevard de los Italianos, sentado a la puerta del famoso Tortoni, tomando un helado y fumando un cigarro de la Habana, agradablemente ocupado en observar los diferentes trajes y aposturas de las muchas personas de ambos sexos que pasaban por delante de mí, cuando vino a sentarse a mi lado el joven Enrique B** a quien sólo una vez había visto en el baile que dio al rey de Nápoles, a su vuelta de España, nuestro embajador en la corte de Francia.

Empezamos a hablar de cosas indiferentes, y noté en él el mismo aire de tristeza que ya me había llamado la atención la única vez que le había visto. Pero como nuestra amistad (ya que en el lenguaje moderno se bautiza con este nombre aun al más simple conocimiento) databa de tan poco tiempo, me pareció que seria indiscreto preguntarle la causa de su melancolía. No creo inútil decir al lector que era la fisonomía de este joven una de aquellas que previenen al instante favorablemente, a lo cual unía Enrique una elegancia sin afectación y muchísima dulzura en el trato, junto con unos modales finísimos y francos. Ofrecíle un helado y un excelente cigarro, de cuyas dos ofertas no aceptó mas que la última, pues la costumbre de fumar es ya, hasta en las personas mas delicadas, no menos general en Francia que en España; y desde entonces, sea por aquella necesidad que siente todo desgraciado de comunicar sus penas o porque, como dice un refrán francés: «los regalillos fomentan la amistad» lo cierto es que nuestra conversación empezó a tomar bastantes visos de familiar, y que ya, aunque de una manera vaga, me dio a entender que era poco feliz y que sus males nacían del corazón. Reparé en esto que muchas de las personas que paseaban por delante de nosotros se paraban y volvían la cabeza y hablaban entre sí, como si algún objeto extraño les hubiera llamado la atención, el cual objeto no era otro, a lo que luego entendí, más que una señora de extraordinaria hermosura, alta, medianamente gruesa y joven, aunque no en su primera aurora, que, vestida con el mayor lujo y el gusto mas delicado, pasaba dando el brazo a dos caballeros, uno ya entrado en años y cubierto de grandes veneras, y joven el otro y petimetre hasta el punto de rayar en la fatuidad.

Ya varias veces había yo encontrado en los paseos públicos y en los teatros a esta misma señora, y siempre me había admirado por su elegancia y desenfado; pero aunque procuré saber quien era, nunca supieron decirme más sino que era una dama extranjera y rica en extremo. Cuando pasó por delante de nosotros, saludó a Enrique con muchísima gracia echándole una mirada de inteligencia con una de aquellas inclinaciones de cabeza que reservan las mujeres para algunos seres privilegiados y que tanto lisonjean la vanidad del dichoso a quien se hacen en público. Seguíla algún tiempo con los ojos, y la vi conti-

nuar su paseo en medio de los dos galanes que la acompañaban, apoyándose con la mayor familiaridad ya en el brazo del uno, ya en el del otro. Luego que la hube perdido de vista entre el gentío, me volví a mi amigo para darle la enhorabuena de sus, al parecer, íntimas relaciones con una persona tan amable. Pero ¡cuál fue mi sorpresa al hallarle apoyada la frente sobre una mano, con el rostro encendido y entregado a la mas profunda agitación!

Dirigíle algunas palabras para comunicarle mi sorpresa; pero en vez de responderme se levantó precipitadamente, echó un pesoduro sobre la mesa, y sin esperar la vuelta, me cogió del brazo, llamó un fiacre y entró en él haciéndome seña de que le siguiera. Y habiendo dicho al cochero: «A los Campos Elíseos», empezamos a andar, quedando yo sorprendido y aún cuidadoso de verle en aquella situación. Al cabo de un corto rato me dijo :

—Acaba V. de ser testigo de la agitación que no he podido disimular al ver a aquella mujer y le creo a V. demasiado buen observador para no haber conocido lo mucho que me interesa. V. me inspira la mayor confianza, y quiero informarle de lo que me pasa, para que me ayude, si puede, con sus consejos.

Asegurele que podía contar con mi discreción; y habiéndonos sentado en unas sillas en los Campos Elíseos, a la puerta de una fondilla ambulante, me contó lo que sigue.

—A los diecisiete años me envió mi padre a París para continuar mi educación, que él había dirigido hasta entonces con el mayor esmero en una ciudad pequeña del Langüedoc, donde vivimos juntos hasta la época de mi venida a la capital. Me señaló una pensión muy suficiente para vivir con decencia, y durante los tres primeros años pasé una vida verdaderamente deliciosa, ocupado en mis estudios y frecuentando algunas tertulias y los muchos teatros que ofrece esta corte, sin que nada de particular me sucediese durante todo este tiempo. Contento con las fáciles conquistas de algunas damiselas vecinas mías del barrio latino, donde fijé mi residencia (calle de Sena, núm. 12), había tenido la fortuna de no caer en los lazos del amor; y ya me preparaba a dejar a París por mucho tiempo para volver al seno de mi familia, cuando un amigo mío, a quien casualmente había visto dos o tres veces en casa del mariscal G**, me propuso llevarme a casa de la señora que acaba V. de ver, lo cual acepté con gusto, habiéndome él asegurado que era persona de excelentes cualidades y que sería perfectamente recibido, sobre todo siendo presentado por él. Llevóme en efecto a la noche siguiente y aquella visita me decidió a no salir de París en manera alguna, a pesar de estar ya a punto de ponerme en camino y de las intimaciones de mi padre que deseaba tenerme a su lado.

Zenobia Zeloski (que este es el nombre de esa señora) vivía entonces, y vive aún, en una magnífica casa de la calle de Richelieu, amueblada con el mayor gusto y riqueza, con muchos criados, pero sin parientes ni ninguna especie de allegados. Algunos dicen que Zenobia es viuda de un gran señor ruso, que habiendo muerto poco después de su casamiento la había dejado dueña de inmensas riquezas, otros aseguran que nunca ha sido casada, y aun hay quien afirma que su marido viaja por las Indias Orientales, con comisiones secretas del gabinete de S. Petersburgo; pero en lo único en que todos convienen es en no poner la menor mancha en su reputación. Yo no podré explicar a V. la impresión que produjo sobre mi ánimo la vista de aquella mujer la noche primera que fui a su casa, pero quedé firmemente resuelto a no salir de París. Pronto conocí que el joven que

me había presentado a ella no era, ni con mucho, lo que él había querido darme a entender, pues vi que, poco más o menos, a todos los presentes hacía el mismo agasajo que a mi cicerone. V. sabe que por poco conocimiento del mundo que uno tenga, pronto adivina en una sociedad cuales el *cavaliere servente* de tal o cual señora; así yo conocí que allí ninguno se llevaba la palma, y confieso que hubiera sentido que hubiese algún afortunado.

En mi vida he visto mujer mas amable ni que mejor hiciese los honores de su casa. Ella misma sirvió el té a todos los presentes y vino a sentarse a mi lado en una hermosa otomana, donde durante un largo cuarto de hora, que a mí me pareció un instante, gocé todos los encantos de su conversación, la más amena y entretenida del mundo.

Desde entonces quedamos grandes amigos. Me rogó que fuese a visitarla con frecuencia, asegurándome que yo era la única persona con quien podía seguir una conversación a su gusto, y haciéndome sobre el particular una crítica de todos los presentes, la más delicada y graciosa que puede oírse; a lo menos a mí tal me pareció en aquel momento.

Nunca acabaría, amigo mío, si hubiera de contar a V. todas las perfecciones que descubrí en ella conforme la iba tratando; mis visitas, que cada día eran más frecuentes, en vez de disgustarla, parecían darle la mayor satisfacción y ella misma me incitaba a que la visitase aún más a menudo.

El deseo de agradarla; la necesidad de presentarme en su casa y cuando la acompañaba a los paseos o al teatro (que era muchas veces) de modo que lejos de avergonzarla, pudiera lisonjear su vanidad, me metieron en una porción de gastos muy superiores a lo que podía dar de sí la módica renta que me pasaba mi padre todos los meses. De modo que para aumentar unos gastos tuve que disminuir otros, y así dejé el cuarto que ocupaba en una posada decente de la calle de Sena, por otro situado cinco pisos mas arriba. En vez de comer en buenas fondas, empecé a hacerme traer a mi cuarto lo puramente necesario para no morirme de hambre; y todas estas privaciones y otras que ya se dejan suponer, me las hacía, no solo llevaderas, sino aún agradables, la esperanza. de ofrecer a Zenobia el palco mas elegante del Gimnasio (su teatro favorito) o la de presentarme en su casa con un nuevo chaleco de su gusto. Pero a pesar de todas mis economías me hallaba apuradísimo para sostener un lujo a que no alcanzaban mis medios, y además, para colmo de desgracia, mi padre, que ya varias veces me había mandado de la manera más positiva que fuese a reunirme con él y a quien mis disculpas no satisfacían ya, tomó el partido de escribir a su banquero, que era el que me pagaba mis mesadas, que no me diese más dinero que el necesario para mi viaje, y eso cuando le presentara mi pasaporte.

Esta conducta, a mi parecer tan dura, de parte de un padre querido, en vez de reducirme a la obediencia, no hizo mas que excitar mi obstinación y resolví procurarme dinero de cualquier manera que fuese. Empecé a frecuentar las casas de juego y tuve la fortuna de ganar bastante para seguir el mismo tren de vida que hasta entonces.

Yo entre tanto seguía viendo a Zenobia con mucha frecuencia y precipitándome en una pasión que me seguirá hasta la muerte. Nuestras conversaciones eran casi siempre las de dos amantes. Pero para serlo completamente, les faltaba un punto muy esencial, y era algo más confianza de parte de Zenobia. A pesar de la especie de encantamiento en que me tenía esta mujer, no dejaba yo de ir descubriendo en ella algunos defectos que me hacían muy desgraciado. Pero lo que me afligía mas que todo, era su circunspección para

conmigo y algunos rasgos de indiferencia que dejaba brillar en medio de nuestras conversaciones más confidenciales. Jamás me habló palabra acerca de su familia, ni nunca tampoco la pregunté yo nada sobre este particular. Aun en los momentos en que parecía hablarme con la mayor confianza y cariño, me parecía notar en ella cierto aire de frialdad y disimulo que nunca pude conocer si era natural o artificioso. De manera, que durante los seis primeros meses de nuestro conocimiento, aunque podía sin presunción creer que en efecto me amaba, no tenia sin embargo ninguna prueba positiva de su cariño.

Resultó de mis frecuentes visitas a casa de Zenobia lo que siempre sucede; es decir, que algunos ociosos empezaron a extender la voz de que yo era el galán favorecido de aquella dama. Y el que más se distinguió entre los que murmuraban de nuestro supuesto trato, fue el hijo de un noble Par de Francia (que es el mismo que me presentó a Zenobia, y, lo que mas le admirará a V., el mismo que iba ahora dándola el brazo.) Se me quejó con lágrimas en los ojos de las murmuraciones de aquel joven, lo cual me irritó de tal modo, que inmediatamente le desafié, y tuve la suerte de desarmarle y obligarle a desmentirse públicamente de cuanto había dicho.

Este suceso me hizo ganar mucho terreno en el cariño de Zenobia. Yo a lo menos así lo creí, y lo que contribuyó no poco a hacérmelo imaginar fue un billetito perfumado que me envió pocos días después, citándome para las cinco de la tarde a la puerta del *Caudran-bleu*, donde, decía en su carta, comeríamos juntos y solos para ir en seguida al teatro. Me suplicaba además que la acompañara luego a su casa donde tomaríamos el té y me comunicaría un secreto de la mayor importancia, que ya le parecía era tiempo de comunicarme. Estaba yo en el colmo de la alegría, no dudando que el tal secreto no era mas que un pretexto para poder oír favorablemente mi amor, y en alas del deseo llegué una hora antes lo menos a la puerta de la fonda que me indicaba, situada en una de las extremidades del Boulevar, casi frente por frente de donde estaba antes de la revolución la muy célebre Bastilla. No tardó en llegar la hermosa Zenobia en un coche que despidió al momento; comimos en un gabinete particular y fuimos luego al teatro de la puerta de S. Martin, donde daban el famoso drama titulado *Antony*.

Durante la comida y toda la representación me habló Zenobia del modo más tierno y cariñoso y el drama parecía interesarla vivamente.

—¡Qué feliz debe ser esa Adela—me decía—, con el amor de un hombre como Antony! ¡Qué pocos se encuentran como él en este mundo!....

—Pocos—la dije—, pero algunos hay.

—¡Dichosa la que pueda encontrarlos!—me respondió dando un profundo suspiro—. E infeliz el marido a quien le tocan en suerte esposas tan sentimentales como esa bella heroína—añadió dando una gran carcajada y pasando repentinamente de la tristeza a una loca alegría.

Esta cualidad de Zenobia, de pasar en un momento de las conversaciones más tiernas al epigrama y la ironía, era lo que más me desesperaba en ella. En un momento destruía con una risa fuera de tiempo todas las imágenes de felicidad romanesca que me habían hecho formar sus palabras de ternura. Veíala a veces derramar lágrimas por la desgracia de un amante desventurado; y un instante después parecía mirarlas con la mayor indiferencia, como si fuera la criatura más insensible de la tierra.

Volvimos, acabado el drama, a casa de Zenobia, donde nos esperaba un excelente té, preparado ya de antemano por su camarera; sentámonos junto a la chimenea en que ardía una buena cantidad de leña, que hacían indispensable el frío y humedad de la estación. No puede V. imaginarse la multitud de sensaciones que agitaron mi corazón al hallarme solo, a las once de la noche, en un gabinete adornado con toda la elegancia y voluptuosidad imaginables, al lado de la mujer, cuya presencia era para mí la felicidad suprema. Es este uno de aquellos momentos en que el hombre se eleva a su celeste naturaleza. Zenobia parecía muy ocupada en hacerme olvidar el objeto de nuestra reunión, que era según me dijo en su carta, el descubrirme un secreto importantísimo; pero estaba yo muy lejos de olvidarlo.

—Me parece—la dije al fin—, que nadie puede escucharnos; Zenobia, si mi corazón no me engaña, si tiene V. confianza en mí, descúbrame el secreto prometido; que yo sabré guardarlo, como guardo el de mi amor.

— ¿Está V. enamorado?— me preguntó con una sonrisa angelical—. Merézcale a V. su amiga la confianza de declararme cual es el dulce objeto de su pasión.

—¿Se burla V. de mí, Zenobia, o se divierte en fingir que ignora lo que sabe tan bien como yo mismo?

—Tiene V. razón—me respondió con un acento lleno de ternura—. Creo que soy amada con todo el entusiasmo del talento y de la juventud.... ¡ Pobre Enrique!

En esto me entregó una de sus manos que yo, arrodillado delante de ella, cubrí de lágrimas y de besos.

—Pero el cielo—prosiguió—, no nos hizo el uno para el otro, y.... por eso escribí a V. esta mañana, para decirle de palabra que no vuelva nunca a mi casa.

Si un rayo hubiera caído a mis pies en aquel momento, no me hubiera dejado más absorto que las palabras de Zenobia.

—Yo no soy—añadió con mucha seriedad—, una de aquellas mujeres que se hacen las desdeñosas para tener el gusto de dejarse vencer después de una calculada resistencia. Si ahora le digo a V. que no vuelva a mi casa, no es para que mi importune con súplicas inútiles, sino para que lo haga.

El desorden de mis ideas me impidió oír otras muchas cosas que me dijo; pero la primera impresión que sentí después de algunos instantes fue la de una justa vergüenza, por hallarme todavía arrodillado delante de una mujer que acababa de hacerme un desaire tan inesperado. Levánteme inmediatamente sin saber que hacer ni que decir; sólo sentía un agudo dolor mezclado de ira y de indignación. Un vago proyecto de venganza se me ocurrió entonces; y, sin meditarlo ni un solo instante, lo adopté resuelto a cuanto pudiera sucederme. Torné el sombrero y, saludando a Zenobia con la mayor frialdad, salí de su gabinete cuya puerta cerré con alguna violencia. Entré en el salón inmediato, y me escondí debajo de una ancha otomana, después de haber abierto y cerrado la puerta por donde se salía al recibimiento, para hacerla creer que me había marchado.

Al cabo de un breve rato tocó una campanilla y vino su camarera, pasando por junto a la otomana donde estaba yo escondido sin atreverme a respirar siquiera. No tardó en volver a entrar en el salón donde yo me hallaba; y habiendo apagado todas las luces, entró de nuevo en la estancia de su señora. Entonces, siendo muy incómoda la posición en que me hallaba, salí con el mayor silencio de mi escondrijo y me deslicé detrás de una

de las anchas cortinas de damasco que cubrían las ventanas, entre cuyos pliegues no corría peligro de ser descubierto a menos de alguna imprevista casualidad. Desde allí, sacando de cuando en cuando la cabeza con mucha precaución, pude convencerme de que estaba Zenobia desnudándose ayudada de su camarera.

Violenta fue la lucha entre mi amor y mi respeto hacia aquella mujer, que por un lado me impelía a ver cuanto pudiera de las ocultas perfecciones de Zenobia, y por otro me hacia avergonzar hasta de hallarme en semejante sitio. Acostóse por fin mi bella desdeñosa y se retiró su criada, después de haber arrimado a su cabecera una mesita de caoba, donde se veían esparcidos algunas cartas y periódicos al resplandor de una lamparita de plata. Empezó Zenobia a recorrer algunos de los diarios; y como desde el sitio que yo ocupaba, por estar cubierto de sombra, podía perfectamente verla sin ser visto, noté que de cuando en cuando interrumpía su lectura con sollozos y suspiros, como si la conmoviera profundamente lo que leyendo estaba. Tomó luego algunas de las cartas que tenia junto a sí; y habiendo llegado a la última, vi que la cubría de besos y de lágrimas y que daba rienda suelta a sus, hasta entonces, comprimidos sollozos y suspiros. ¡Cuál fue entonces mi agitación y mi rabia! No pudiendo persuadirme sino a que las tales cartas eran de algún amante querido, salí, sin ser poderoso a otra cosa, del sitio donde estaba oculto, y acercándome precipitadamente a Zenobia, la arranqué de las manos la carta que tanto la había conmovido, dejándola tan atónita cuál fácilmente se puede imaginar. Miré inmediatamente la firma para conocer el nombre del que yo me imaginaba ser un rival favorecido, y vi que estaba firmada por un tal Arturo Zeloski y este es el apellido de Zenobia. Quedé mudo de asombro al hallarme con una carta del esposo o hermano de Zenobia, en vez, de la de un amante como yo creía; y sin poder hablar palabra, permanecí algunos instantes con la vista clavada en el suelo y apretando convulsivamente entre las manos aquella misteriosa carta. Fácil me hubiera sido enterarme de su contenido, pues por dar gusto a Zenobia, había, a fuerza de trabajo, aprendido el polaco, lengua en que generalmente hablábamos, sobre todo cuando estábamos delante de gentes; pero no tuve valor para tamaña insolencia, y así devolviéndola su carta:

—Si V. me hubiera dicho que estaba casada—la dije—, o que existía cualquier mortal bastante dichoso para conmoverla tan profundamente, hace ya tiempo que se hubiera visto libre de las importunidades de un hombre, a quien su falsedad de V. acaba de obligar a cometer una acción indigna de un caballero.

Un torrente de lágrimas fue toda su respuesta; y atribuyéndolas yo al temor de que corriera peligro su reputación si se llegaba a saber que un joven había pasado la noche en su casa, procuré quitarle este cuidado, asegurándole que yo mismo descubriría el medio de que me había valido para quedarme, o defendería su honra contra el mundo entero con las armas en la mano. Fijaba ella entretanto en mí sus hermosísimos ojos con una expresión que me pareció aun más cariñosa que irritada; y aunque apenas podía contener los impulsos de mi amor viéndola en aquel estado, tuve sin embargo bastante firmeza, temeroso de un nuevo desaire semejante al que poco antes había recibido, para aguardar a que ella rompiera el silencio.

—¿Cómo ha tenido V. valor—me dijo—, para poner en semejante compromiso a una mujer que no le ha dado motivo ninguno para aborrecerla? ¿No decía V. que me amaba? ¿Y es digna esta acción de un amante verdadero?

—Zenobia, si yo no la amara a V. más que a mi vida, nunca hubiera quebrantado hasta este punto las leyes del honor.... Pero V. ha trastornado toda mi alma y la desesperación me hace capaz de todo.... V. misma lo está viendo.

—V. dice que me ama, Enrique y ahora lo creo.... Pero—añadió estrechando entre sus manos una de las mías y fijando en mi rostro sus ojos con una expresión sublime—, ¿se siente V. capaz de hacer por mí un gran sacrificio?

Estaba yo demasiado agitado para poder responderla; arrodílleme junto a su cabecera y levanté una mano al cielo como si le tomara por testigo de mi eterno amor y de mi deseo de sacrificarme por ella. Entonces obligándome a alzarme del suelo, me hizo sentar en una silla al lado de su cama y me habló en estos términos.

—Mi conducta debe haberle a V. parecido un enigma, lo mismo que a cuantos me han conocido. Joven, rica y hermosa según dicen, a todos admiraba el verme desechar el amor de una multitud de jóvenes ricos y amables que ponían a mis pies su mano y su corazón, al paso que con una refinada coquetería a todos daba esperanzas procurando hacerlos mis esclavos. ¡Pero el cielo sabe cuanto era puro el motivo de mi conducta! Y ahora voy a descubrírselo a V. Hija de la desgraciada Polonia, sentí desde mi niñez, como todos mis compatriotas, arder en mi pecho el fuego del patriotismo y el deseo de independencia que tanto han sublimado en todos tiempos a mi nación. Para mí el amor de la patria ha sido siempre el más vivo, el más vehemente de todos los sentimientos. En él, por decirlo así, se han concentrado todos mis afectos, todas mis esperanzas de felicidad. La revolución de julio ha hecho relucir para mis desgraciados compatriotas un rayo de esperanza y de un extremo al otro de nuestro territorio todos han levantado el estandarte de la independencia contra nuestros tiranos: hombres, niños, ancianos y aun mujeres, todos han volado a las armas y todos han arrostrado la muerte en defensa de la patria por la santa causa de la libertad. Nuestros largos e injustos infortunios habían excitado una profunda simpatía en el ánimo de la mayor parte de los pueblos de Europa y principalmente en el de los franceses y la idea que siempre he tenido del carácter amante y belicoso de esta nación, me inspiró una idea atrevida que inmediatamente puse en. práctica, con consentimiento de mi hermano Arturo (de quien es esta carta, y a quien sus riquezas y patriotismo colocan en el rango de uno los principales jefes de nuestra revolución). Resolví salir inmediatamente para París, con el intento de reclutar, no con dinero ni con promesas de dignidades, sino con los halagos de mi hermosura, a cuantos jóvenes ricos e ilustres pudiera, para cooperar a la brillante obra de nuestra independencia. Lejos de envilecerme a mis propios ojos de este modo, me enorgullecía y aún me enorgullezco ahora de ejercer, yo débil mujer y sin fuerzas para sostener la causa de la patria, esta sublime prostitucion. Fiel, pues, al propósito que formé cuando salí de Varsovia, procuré desde mi llegada a París atraer a mi casa y cautivar por todos los medios posibles, a la más lucida juventud de esta capital; y puedo decir que, gracias a mis artificios, he decidido a muchos jóvenes a abrazar la causa de que depende la felicidad o la amargura de mi vida. Con esta intención fingí corresponder al cariño que V. me tenía, como hacía con otros muchos pero con la diferencia—añadió bajando los ojos y con muestras de algún rubor—, de que con los otros iba solo movida por el amor de la patria, y con V... Si, Enrique en este momento solemne en que acaso nos vemos por última vez, declaro y juro por lo más sagrado que

existe para mí, por el dulce nombre de mi patria; que V. es el único hombre que me ha hecho olvidar algunos instantes el interés de la nación a que pertenezco.

—Zenobia—la dije—, dentro de tres días salgo para Varsovia.... ¡Feliz mil veces si puedo probarte mi amor, muriendo en defensa de tu patria!.

—Sí—respondió animada de un nuevo entusiasmo—. ¡Oh, Enrique! Vuela a defender a un pueblo heroico, víctima de ajenas injusticias. Y si mueres en esta terrible guerra, si sucumbe mi patria, yo te juro que mi muerte seguirá en breve a la tuya.

Siguió Zenobia algún tiempo derramando lágrimas de ternura y sentimiento, y yo, estrechando a mis labios una de sus hermosas manos que tenia entre las mías, me hallaba en una confusión de espíritu tal, que en vano me empeñaría en explicársela a V., porque ni aun yo me daba cuenta a mí mismo de lo que sentía. El dolor de separarme de Zenobia, la alegría de complacerla, la sorpresa de saber que me amaba me tenían como privado de sentido.

—¡Cuánto debe haberle a V. sorprendido mi conducta, y cuán inconsecuente y ligera debe haberme tenido! Nada está más lejos de mi carácter, sin embargo. Antes bien, he seguido el plan que me tenia propuesto con una constancia de que algunos creerán incapaz a una mujer y el resultado ha sobrepujado mis esperanzas. ¿Creerá V. que sin más trabajo que el de sonreír a veces sin gana, que el de convidar a comer a un hombre que me desagradaba o dejarme acompañar por otro al teatro o al paseo, he hecho pasar muchos miles de francos y muchos jóvenes voluntarios al servicio de mi país? V. se. ha batido por causa mía con el hijo de un Par de Francia, y esto acaso ha valido a la Polonia el poderoso auxilio de este joven, y el de su padre, más poderoso todavía, como rico y diplomático que es y muy influyente en el Ministerio. ¿Y de qué medio me he valido para hacer tamaños milagros? Haciendo creer con mucha destreza al tal joven que su herida le había hecho interesantísimo a mis ojos, y cautivándole más y más con una fingida compasión amorosa, gracias a la cual espero verle dentro de pocos días salir de París para reunirse con el ejército de Polonia. Esta vida de intriga y enredo, tan opuesta a mi carácter natural, era lo que me hacia parecer inconsecuente y ligera a los ojos de V.. ¡Cuántas veces olvidaba a su lado mi sublime misión para no acordarme sino de que era amante! Pero un momento después, la imagen de mi patria amenazada de una horrible esclavitud y de una muerte segura, se levantaba ante mis ojos y me hacia olvidar todo lo que no era ella!... Como me importaba tanto que nadie pudiera descubrir el motivo de mi conducta, que no hubiera dejado de suministrar al embajador de Rusia suficiente pretexto para reclamar mi deportación y calumniarme por todos los medios posibles, no me atrevía a declarar a mis adoradores el deseo que fuesen a Polonia o enviasen socorros indirectos, hasta que estaba bien segura de su amor; por eso esta noche no me atrevía a declararle a V. el secreto de que le hablaba en mi carta, y que no era otro sino el de que solo obtendría mis favores el que se sacrificara voluntariamente por la Polonia.

—¿Con que V. dudaba de mi amor? ¿Tan mal he sabido expresarlo? ¿Por qué me ha hecho V. esa injusticia, Zenobia?

—Porque a V. le amaba. Bien veía yo en los ojos de mis adoradores, como en un termómetro vivo, los grados de amor o frialdad que les inspiraban mis estudiados atractivos; pero con V. no era lo mismo y ya he dicho la causa.

—Hermosa Zenobia—la dije—, si la suerte me fuese favorable, si la Polonia triunfa en esta terrible guerra, si yo, en fin, volviese después de haberme portado como buen militar, ¿podré esperar como recompensa, constancia y amor de la hermosa que adoro?

—Enrique—respondió—, acabo de descubrir a V. un secreto que nunca ha revelado mi boca, y con esto he dado a V. una prueba de confianza, que sólo puede tener por base un vehemente amor. Acaba V. de leer como en un libro abierto cuanto ha pasado en mi corazón desde que salí de mi patria. Juzgue V. por sí mismo, si quien ha sabido doblegar su carácter y sus inclinaciones durante tanto tiempo por defender una patria amada, puede ser inconstante con el hombre a quien ha elegido su corazón.

Aseguré a Zenobia con todas las expresiones que pudo sugerirme la mas vehemente pasión, de mi entusiasmo por la causa de su país, juré guardar un profundo secreto sobre todo lo que me había revelado aquella noche[8]. Discurrimos entonces sobre los medios con que podría yo salir a la calle sin ser visto por ninguno de los de casa, y no hallamos otro mas ingenioso que el de abrir una puertecita que conducía a una escalera de caracol por donde se bajaba al jardín y saltar por las tapias de éste a la calle; todo lo cual lo ejecuté con notoria felicidad sin que nadie fuese testigo de mi evasión.

Al día siguiente me envió Zenobia por la posta un paquete de cartas para su hermano y algunos jefes del ejército, donde me recomendaba con elogios seguramente muy superiores a mi mérito. Escribiome también una carta en que me juraba de nuevo eterno amor y fidelidad, excitándome a cumplir mi deber y mostrarme digno de la nación a que pertenezco; dentro venia un retrato suyo en miniatura y un rizo de sus cabellos, objetos que me acompañarán hasta la hora de mi muerte.

Acabo de descubrir a V. lo que hubiera siempre permanecido oculto en el fondo de mi corazón, si a la mucha confianza que V. me inspira, no se añadiera el que en la situación en que me hallo me es indispensable tener en París una persona segura a quien remitir mis cartas para Zenobia y por cuyo conducto pueda yo recibir noticias suyas.

Mañana salgo para Varsovia y tal vez esta heroica ciudad será mi sepulcro v el de todos los valientes que la defienden. En este caso, ruego a V. dé noticia de mi muerte a mi desgraciada familia.

Al decir estas palabras, se le cubrieron los ojos de lágrimas pensando en los autores de sus días.

Procuré templar su justa aflicción v luego le acompañé a su casa, situada en uno de los barrios más retirados de la capital. Hicimos trasportar a la mía los pocos muebles que adornaban su estancia, de los cuales tomé inventario para devolvérselos a su vuelta o entregárselos a su familia en caso de que esta nunca se verificara. Dejome escrita una carta para Zenobia en que la decía, que siendo yo un amigo seguro, no había vacilado en descubrirme sus secretos y que podía contar conmigo con toda confianza. En efecto, habiéndome presentado con esta carta en casa de Zenobia, fui muy bien recibido, y me

8 No te admire, lector amigo, ver a este joven quebrantar en obsequio mío tan solemne juramento. Si estuvieras tan familiarizado como yo lo estoy con el carácter de nuestros vecinos del Norte, a fe que mirarías como muy natural esta inconsecuencia que tanto repugna a tu española gravedad. (Nota del autor)

convencí a la primera conversación, de que aquella mujer extraordinaria estaba realmente dotada de una energía de alma poco común en su sexo. Al día siguiente por la mañana, salió de París en la diligencia el enamorado Enrique B.

Seguí visitando a Zenobia con bastante frecuencia y la entregué diferentes cartas de su amante escritas desde todas las ciudades en que se había detenido. Así pasaron algunos meses, hasta que al fin supo Zenobia por una carta de su hermano, que Enrique había llegado a Varsovia y que se había alistado inmediatamente en calidad de voluntario durante la guerra, en la división de Romarino; y en fin, que había salido para reunirse con el ejército.

Harto conocido es el desastroso fin de esta guerra. A cada noticia funesta para los polacos que leíamos en los diarios, recibía el alma de Zenobia un golpe terrible como si la hubiera acaecido el mayor infortunio imaginable. LIegó por fin al cabo de algún tiempo la terrible noticia de la toma de Varsovia, y nunca olvidaré la fisonomía de nuestra heroína, mientras la leía con todos sus detalles en un periódico francés. La muerte de una madre querida no la hubiera afligido mas profundamente; pero no la vi derramar ni una lágrima. ¡Infeliz! Entre los nombres de los muchos valientes sepultados bajo las ruinas de la heroica nación polaca, se leían los de Arturo Zeloski y el de mi desgraciado amigo Enrique B...

Al día siguiente fui a casa de Zenobia; pero me dijeron que la noche antes había despedido a todos sus criados, vendido sus muebles y salido de París en una silla de posta.

Quince días después de estos sucesos, me encontré en uno de los bailes que se dieron en la casa de la ciudad a presencia del rey de los franceses y de su familia, con algunos de mis conocidos y, entre otros, con un joven diplomático ruso recién llegado a París, y celebre no menos por sus talentos en el arte que tanto han perfeccionado los Talleyrand y los Pozzo-di-Borgo, como por su poderosa cooperación en la ruina de Polonia. Entretenidos estábamos en tomar sendos helados y departir acerca de la política europea, con aquel tono ligero y chistoso que siempre emplean los señores diplomáticos cuando se dignan honrarnos con su conversación a nosotros profanos e ignorantes en la misteriosa ciencia del embrollo, cuando habiéndosele escapado al susodicho ruso algunas expresiones insultantes (a que yo tengo para mí que contribuyeron no poco los muchos vasos de ponche que llevaba bebidos) contra los polacos en general, salió de entre las personas que nos rodeaban un joven de poca robusta apariencia, el cual sin encomendarse a Dios ni al diablo, como suele decirse, asentó una sonora bofetada en loa anchos y rosados carrillos del diplomático moscovita. Fácil es de imaginarse el desorden que siguió a esta inesperada hostilidad, pero como la mucha gente que se interpuso impidió que los dos enemigos llegasen a las manos, sacó el agresor una tarjeta del bolsillo y la puso en manos de su atónito contrario, con lo cual desapareció rápidamente, habiendo pasado este suceso en menos tiempo del que me ha sido necesario para referirlo.

Este incidente se hubiera sin duda borrado muy pronto de mi memoria, si al otro día no hubiera recibido el siguiente billete de una mano desconocida:

«La persona que anoche en un baile dio una gran bofetada a cierto diplomático ruso, suplica a V. que tenga la bondad de acompañarle, en calidad de padrino, en el desafío a muerte que tendrá mañana con el hombre a quien ofendió. Soy extranjero y a nadie conozco en esta ciudad; aprecio a los españoles por razones que pronto sabrá V., y así me atrevo a suplicarle que mañana a las seis de la madrugada, se

halle a la entrada del bosque de Bolonia para ser testigo de mi mortal desafío»

No dejó de chocarme este singular anónimo, pero quise, con todo, llevar adelante una aventura que se anunciaba con tantos visos de romanesca. Halléme al día siguiente en el sitio indicado, donde me aguardaba ya el autor del susodicho billete. Iba embozado en una larga capa y cubría su rostro una careta de raso negro. Pronto llegó en un coche, acompañado de su padrino, el ofendido diplomático, y los cuatro nos internamos en una de las mas oscuras alamedas del bosque. Dispusimos que el combate fuera a la pistola, que los dos combatientes se colocarían a treinta pasos uno de otro y que ambos dispararían al mismo tiempo. Así se verificó en efecto, pero quiso la casualidad que ninguno fuese bastante afortunado para triunfar de su adversario, pues habiendo salido en un mismo instante los dos tiros, ambos cayeron al suelo bañándolo con su sangre. Quedó muerto en el acto el diplomático ruso, sin que sirvieran de nada todos los auxilios que se le prodigaron. Acerquéme a reconocer la herida de mi apadrinado, y al levantar la máscara que cubría su rostro, reconocí, con no menos sorpresa que dolor, las facciones de la desgraciada Zenobia. Estaba su rostro pálido como una azucena y las sombras de la muerte cubrían casi enteramente sus ojos, pero todavía respiraba, aunque era su aliento frío y casi imperceptible. Vendé con un pañuelo la ancha herida que tenia en medio del pecho y apoyé su cabeza sobre mi seno para que respirara con mas comodidad.

—¿Ha muerto mi adversario?—me preguntó abriendo un poco los ojos y con un acento tan débil y apagado que apenas podía oír lo que me decía.

—Sí—la respondí—. Ya ha muerto.

—Ahora moriré contenta y vengada.... ¡Enrique! ¡Arturo! ¡Oh patria mia!...

Y pocos instantes después exhaló entre mis brazos el último suspiro, murmurando con voz moribunda el dulce nombre de su patria.

Pamplona y Elizondo

José Negrete, Conde de Campo Alange

El Artista. 9 de marzo de 1835. Tomo 1. Pp 115-120. 16 de marzo de 1835. Tomo 1. Pp 127-132. *Apuntes para una biblipteca de autores españoles contemporáneos en prosa y verso.* Paris. 1840.

La gente hervía en el glacis de la ciudadela de Pamplona y en los alrededores de la deliciosa *Taconera*, contemplando con admiración el porte marcial y la franca alegría de los soldados de una brigada que salía al encuentro de las bandas rebeldes. El sol brillaba con todo el esplendor de que es susceptible en una mañana de mayo, quebrándose en mil reflejos sobre el acero bruñido de las armas, y derramando sobre toda la naturaleza ese vapor transparente y dorado que solo se ve en los cimas meridionales. Las músicas militares, a que por momentos se unían los tambores y clarines, completaban el prestigio de este espectáculo.

Veianse entre los curiosos personas de todas condiciones, sexos y edades, fisonomías animadas la verdad de bien opuestos sentimientos. Brillaba en unos la alegría mas sincera; en otras se notaba una frialdad no disimulada, y en no pocas, especialmente en la gente vestida de negro y en el populacho, se divisaba a veces una sonrisa irónica que un observador algo sagaz hubiera podido interpretar de este modo: «Bellos uniformes, ¡vive Dios! Lucidas armas, que vendrían de molde... Pero no hay cuidado, con alguna se quedarán y puede que algún día...»

Junto a la puerta de San Nicolás, en medio de un negro y tormentoso mar de apiñadas cabezas, descollaba, como un pequeño promontorio un coche de anticuada estructura que contenía cinco personas (más bien diríamos cuatro y media) cuyos trajes y modelos revelaban una existencia, si no brillante, al menos algo más que regular. Una señora como de cuarenta años, de facciones en extremo dulces y respirando mansedumbre, con un sombrero amarillo de tamaño algún tanto exagerado y de forma aplastada por el estilo de una inmensa visera, ocupaba el lado derecho del testero. En el otro estaba una joven que no había cumplido aún sus cuatro lustros, de facciones no menos dulces que su madre, aunque no de una exacta regularidad, vestida con mucho gusto y elegantemente prendida en la cabeza una mantilla blanca. Al vidrio, enfrente de ella un joven de veinticinco o veintiséis años con unos bigotitos sumamente recortados y perfilados de cada lado de la nariz, a guisa de dos pinceles, el pelo rizado y el sombrero montado a caballo en la oreja derecha. El cuarto asiento y aún algo más de lo que en buena repartición le cabía lo llenaba un caballero de alta estatura, vientre henchido, cabeza pequeña, calva y redonda como una manzana, carillos abultados y cubiertos de un brillante barniz de color bermejo y recortados por el cuello duro y almidonado de la camisa que de cada lado, pasando con dificultad por debajo de las orejas, se lanzaba como dos murallas hasta los confines de la boca. Este buen señor, símbolo parlante de la buena vida, tenía entra sus piernas el quinto personaje que dijimos podía calificarse de medio: a saber, un niño de diez años que, de pie al lado de la portezuela, se entretenía en hacer el ejercicio con el bastón del respetable caballero, amenazando a cada paso sus ojos con la

punta, e hincando con frecuencia los agudisímos codos en el vientre algo protuberante en que en todas sus evoluciones tropezaba, con visible desazón del buen señor. Pasaron primero dos batallones de la Guardia; luego dos del ejército, la artillería, los bagajes, y finalmente alguna caballería y un batallón de infantería ligera.

Al llegar este último, el niño, que hasta entonces no había hecho otra cosa que hostilizar el vientre de su tío (que tal era) y tocar la trompeta en un cucurucho de papel, cuadrándose con una imponente seriedad siempre que pasaba algún jefe, exclamó, interrumpiendo de repente su música militar:

—¡Ay! Mamá, allí viene Don Eduardo. Dime; ¿es cierto qué se va?

—Sí, hijo mío—contestó la señora que ya conocemos—, y en verdad que es una calaverada, porque aun no está completamente restablecido de su herida, y el día menos pensado va a tener que quedarse en un lugarcillo cualquiera, o en una miserable borda[9] . Pero estos muchachos tienen las cabezas como molinos de viento, tan pronto giran a un lado como a otro, tan pronto dicen sí como no....

—Pero ¿no te estarás quieto Perico?—prorrumpió con impaciencia el colosal caballero, a quien hacían sudar copiosamente las involuntarias hostilidades del muchacho....

La señora prosiguió:

—Aún no hace una semana que Eduardo me dijo positivamente que todavía permanecería en Pamplona por lo menos un mes, que es lo que, según el cirujano, necesita para curarse enteramente. Pero al día siguiente supe que ya estaba haciendo preparativos de viaje. Yo no puedo adivinar cual haya sido la causa de tan repentina mudanza.

La joven se puso sumamente encendida. La madre continuó:

—Me lisonjeo de que no podrá quejarse del trato que en nuestra casa ha recibido, porque, aunque hubiese sido hijo mío, es bien seguro que no hubiéramos hecho mas. Eso sí, el pobre joven lo merece todo. ¿Te acuerdas, Isabel, del estado en que llegó, pálido, cubierto de sangre y sin fuerzas siquiera para hablar?

La joven no contestó. Bajó los ojos y un instante después los levantó hacia su vecino del vidrio, dirigiéndole una mirada que quería decir algo, pero cuyo sentido no era fácil adivinar.

Una compañía de cazadores pasaba en este momento. Mandábala un teniente de veintitrés o veinticuatro años. Sus facciones, sin ser de las mas regulares, tenían un no sé que de noble e interesante. La palidez de su rostro y su paso no del todo firme daban indicio de que acababa de salir de una larga enfermedad, cuyo carácter determinaba claramente su brazo izquierdo, envuelto en un pañuelo y sostenido por una venda. Estaba tan distraído que no reparaba en ninguno de los objetos que le rodeaban. Mil saludos le fueron dirigidos desde el gentío y a ninguno contestó. Por fin, al pasar delante del coche, hirió su oído una voz infantil que le llamaba. Alzó la vista y divisó al niño, que, depuesta su marcial ferocidad y dejando caer la trompeta con los ojos llenos de lágrimas, alargaba sus manos hacía él, encargándole que volviese pronto. La madre le saludaba con el abanico, enternecida al parecer. Isabel le miró con una amarga sonrisa, abrió los labios como para decir algo, pero el joven de los bigotes perfilados llamó su atención, hablándole en voz baja y, según pudo juzgarse por su fisonomía, dirigiéndole alguna

9 En Navarra llaman bordas a las chozas donde se recoge el ganada (Nota del autor)

queja. El rostro pálido del oficial se cubrió de fuego de repente, como con una erupción volcánica. Quiso hablar, pero la voz no salió de sus labios, y arrastrado en el movimiento general de la columna, como la hoja de un árbol en medio de la corriente de un río, una muralla de bayonetas y morriones le encubrió a breve rato el misterioso carruaje.

El niño lloraba, diciendo que ya no tenia quien le enseñase el ejercicio, y le hiciese sables con papel plateado. La madre dijo que rezaría por la feliz vuelta del interesante, aunque atolondrado muchacho. Los dos jóvenes se hablaban en voz baja. El filisteo se lisonjeó de que con la salida de esta columna podría venir carbón a Pamplona, y bajaría de este modo su precio, que a la sazón era exorbitante.

Un cuarto de hora después, una nube de polvo, que a lo lejos se desprendía del camino como niebla, era lo único que se veía de la columna.

II

El sol se escondía detrae de un enorme peñasco de la sierra de Aralar.

En un valle encajonado por dos altas montañas se divisaba un numeroso cuerpo de gente armada con artillería y muchos bagajes, descansando con orden mientras una nube de tiradores se adelantaba a explorar un bosque que se hallaba en la falda de uno de los dos montes. Retumbaban en tanto algunos tiros, y entre los árboles ya cubiertos de sombra brillaban los fogonazos como exhalaciones fosfóricas.

Media hora después cesó el fuego, y la columna se puso en movimiento. Un grupo considerable de gente armada se apareció al mismo tiempo en la cresta de la montaña, recortándose, corno un montón de puntos negros, sobre el reflejo moribundo del sol, y después de haber hecho una descarga a las tropas de la Reina, que salían del bosque, se hundió del lado opuesto.

Entretanto una compañía de cazadores, que desde el principio había sido destacada para flanquear la posición que se suponía ocupada por los rebeldes, seguía el fondo de un barranco bastante retirado del punto a que debía concurrir. Las cornetas de la columna repetían sin cesar el toque de llamada y retirada, y varios ordenanzas recorrían el monte en todos sentidos en busca de esta compañía, que hundida entre mil peñones, como en una tumba, no podía oír las señales, ni descubrir a los que buscaban sus huellas, y que, engañada por la luz dudosa del crepúsculo, se iba alejando cada vez más de la verdadera dirección.

El oficial que la mandaba se hallaba ya tan exhausto de fuerzas, que tenia que apoyarse en uno de sus soldados para subir la fatigosa cuesta que se hallaba a su frente. Al ver la palidez de su rostro, la lánguida y casi moribunda expresión de su fisonomía, fácil era reconocer al teniente Eduardo M*** que ya hemos visto a su salida de Pamplona tres días antes.

La noche cerraba por momentos, y con ella crecía el ansia del pobre joven que se hallaba completamente desorientado. En vano hizo tocar varias veces su corneta. El eco sólo le contestó, con su voz prolongada y de mal agüero. Finalmente, llegado a una pequeña plataforma rodeada de encinas, mandó hacer alto a su gente con el fin de recobrar un poco de aliento, porque ya ni fuerzas le quedaban para tenerse en pie, y al mismo tiempo envió descubridores en distintas direcciones, para reconocer el terreno y

ver si encontraban camino o senda que los condujese a algún punto habitado, en que adquirir noticias.

Media hora hacia ya que descansaban, y habían vuelto casi todos los descubridores con nuevas poco consoladoras, cuando sonó a corta distancia en el monte un tiro, al cual siguieron otros tres o cuatro. Eduardo hizo tomar las armas a su gente, y como si la idea del peligro hubiese disipado sus males y derramado en su pecho nueva vida, mandando a sus soldados que permaneciesen en silencio, se adelantó solo hacia el paraje en que se había oído la señal de alarma. Pocos pasos había andado, cuando sonaron bastantes tiros a su espalda y oyó muy cerca el relincho y los pasos de un caballo y una voz que decía:

—No tiréis, amigos, que soy del 5º ligeros, y vengo en busca vuestra.

—¡Bendita mil veces la Providencia!—exclamó Eduardo al oír esta voz que le pareció venida del cielo. Y ansioso de ver cuanto antes al que llegaba tan a punto para sacarle de las asperezas en que se había extraviado quiso avivar el paso, pero sus piernas, mal seguras, se enredaron en una rama y cayó sobre las piedras con tal violencia que perdió el sentido.

Cuando le hubo recobrado, sintió empapado y en extremo dolorido su brazo izquierdo, y mirando a la luz de la luna, que ya brillaba con todo su esplendor en el horizonte, vio que la humedad era de sangre. Su herida se había vuelto a abrir al golpe que dio en una peña. No podía saber cuanto tiempo había durado su desmayo, pero el curso de la luna, que apenas asomaba en la cresta del monte cuando él dio su caída, y que a la sazón se hallaba a cierta altura, le indicaba que había durado bastante tiempo. Un silencio profundo reinaba en derredor de él. Levantóse penosamente y parándose a cada paso para respirar y apoyándose en los árboles, llegó por fin a la plataforma en que había descansado con su tropa, pero estaba desierta. Llamó por sus nombres a varios de sus soldados y sargentos; nadie le respondió.

Imposible sería dar una idea del abatimiento en que cayó el pobre joven, al verse solo, estropeado, en medio de la montaña, en una de las situaciones mas horribles que puede concebir la imaginación humana. No obstante, empezó a andar hacia donde se le figuró que se habrían retirado sus soldados, pero al cabo de media hora, desesperanzado de encontrar sus huellas, y ya enteramente falto de aliento, se dejó caer como muerto sobre un peñasco.

La naturaleza estaba tranquila, el cielo despejado, la luna con todo su esplendor. Cuanto le rodeaba era gigantesco. A sus pies se despeñaba un torrente, escupiendo hasta donde él estaba una espuma densa y ligera como niebla. El fragor del agua que azotaba los peñascos era lo único que daba alguna vida, algún movimiento a aquel paisaje. Del otro lado del torrente, se veía un pequeño monte despejado de árboles y cubierto de esa hierba resbaladiza como hielo, que suele hallarse en la cumbre de las altas montañas de Navarra. Detrás de este monte, un enorme peñón alzando sobre todos los cerros vecinos su frente quebrantada y renegrida, como el gigante de la montaña. A la derecha formaba ésta un ancho boquete, por el cual se descubría un valle, que aparecía vaporoso como una inmensa laguna y en el cual buscaba en vano la vista un objeto en que detenerse.

Al principio cayó Eduardo abrumado, como si se hubiese desplomado sobre él un monte entero. Nada veía, nada oía, todo era sombras, silencio, caos... La fatiga de sus

miembros, la opresión de su pecho y el horror de su situación formaban en él un conjunto en extremo penoso, pero vago e indeterminado. Padecía cruelmente y no sabia de qué. Pero al cabo de un rato, el frío de la noche, la humedad que del torrente se exhalaba y el agudísimo dolor de su brazo le sacaron del letargo, y le llamaron de nuevo a la vida.

Entonces pensó seriamente en la situación horrible en que se hallaba, solo, sin fuerzas para dar un paso, perdido en medio de las montañas que en todo tiempo fueron la guarida de rebeldes y facinerosos... Y por un movimiento natural volvió interiormente la vista hacia el tiempo pasado, hacia la semana última ¡Qué diferente situación! Veíase en una sala adornada con elegancia, blandamente reclinado en un comodísimo sillón, clavados los ojos en una joven que él contemplaba como a una aparición celestial, y escuchando las melancólicas modulaciones del *Ultimo pensamiento* de Weber, con el recogimiento con que nuestros mayores debieron oír la palabra de Dios, tremenda al par que melodiosa, en medio del estallido del trueno y el retemblar del firmamento. ¡Ah! ¡Cuántas veces, al escuchar este vals, aun cuando ninguna nube empañaba el bello horizonte de su porvenir, se hincharon de lágrimas los ojos de Eduardo y sintió en su pecho una opresión vaga, dolorosa, de aquellas que no se pueden explicar porque todo en ellas es misterio, y que no es posible concebir a no haberlas experimentado personalmente !!...

¡Prodigioso poder, el del músico!!!

El pintor observa los objetos que contiene la naturaleza, los combina en grupos más o menos complicados, varia a veces sus formas y sus colores, dándoles las de otros objetos, pero siempre copia. Sus creaciones, ininteligibles para los hombres vulgares, no son sino la pintura fiel de un tipo que existe o ha existido, una imitación de cosas que han visto sus ojos o que su imaginación le representa con todos sus colores.

El poeta es un pintor. Al dibujante pertenecen el exterior, las formas materiales, las propiedades visibles de los objetos, las impresiones que en nuestro físico estampan las pasiones, el prestigio de la luz y del colorido. El poeta se apodera del interior, penetra los misterios, lee en el alma, pinta lo invisible, da formas a lo que no las tiene, presenta al hombre desnudo de la corteza exterior y aprecia justamente sus acciones, no por los resultados, sino por la intención que presidió en ellas; en una palabra, analiza y pinta las causas cuyos efectos materiales copia el pintor. Para esto observa continuamente el corazón humano, se observa a sí mismo: ésta es la ocupación que llena su existencia. Estudia y copia.

El músico ¿de donde saca sus inspiraciones? Este sí que es un misterio impenetrable para los infinitos a quienes no ha concedido el cielo el inestimable don de la música. El pintor ve cuadros hechos en la naturaleza. El poeta los halla igualmente en ella y en el corazón humano. El músico oye en los aires esas celestiales melodías, que traslada luego a una forma perceptible a nuestros sentidos y que tan profunda impresión hacen en ellos, obrando de un modo misterioso e invisible, como una esencia mágica que se filtra insensiblemente en nuestras venas. Así sucede que cuando nos sorprende la música en una situación moral algo exaltada, su impresión es sumamente duradera y tal vez eterna. ¿Quién hay, por ejemplo, dotado de un alma sensible, de una imaginación algo ardiente, que al oír cierta aria o cierta contradanza, no recuerde con emoción el día en que por última vez la oyó cantar, o bailó con aquel ser que es una necesidad de nuestra existencia

y que nuestra imaginación se complace en rodear de cuantas perfecciones es susceptible la naturaleza humana....? La música, en ciertos casos, es un libro de historia. Un aria, un vals abren a una imaginación juvenil mil páginas en que lee épocas enteras.

El *Último pensamiento* de Weber[10] fue siempre el trozo predilecto de Eduardo, porque su alma naturalmente melancólica hallaba en él un lenguaje enteramente simpático y que hería profundamente su sensibilidad.

III

Herido en un brazo Eduardo en un encuentro con los rebeldes, le alojaron en Pamplona en casa de Doña Mencía de R.***, viuda de un rico propietario, señora en extremo bondadosa, que vivía con su hija Isabel y con el niño que ya conocen nuestros lectores. Dos meses y medio permaneció Eduardo en esta casa y el esmerado trato y las demostraciones de cariño que le prodigaron la señora y sus hijos, acabaron por identificarle de tal modo con la familia, que amaba a la primera como a una madre, y corno a hermanos al niño y a Isabel. Si bien, a decir verdad, esta última ocupaba en su corazón un lugar algo distinto del que a una hermana está reservado. ¿Y cómo pudiera ser de otro modo?

De los horrores del campo de batalla, de la aspereza de los montes y la miseria de las chozas, se había visto el pobre joven transportado, como por encanto, a una habitación deliciosa en que todos los objetos halagaban su vista, y cuya atmósfera templada y saludable brindaba al descanso. El duro trato de la gente de guerra, sin piedad ni consideraciones, se había trocado en una dulzura, en una mansedumbre de que casi había perdido ya Eduardo la memoria. Las conversaciones soeces de los soldados, empedradas de juramentos, blasfemias y maldiciones, se hablan cambiado en dulcísimos coloquios con unos seres, cuyo principal y casi único anhelo parecía ser el de procurar algún alivio a sus dolores. En los momentos más penosos, cuando las esquirlas de su brazo se rozaban, cuando la fiebre enardecía su sangre y resecaba sus labios, sus amables patronas, sentadas al lado de su lecho, procuraban distraerle con su conversación, prodigándole cuantos consuelos se hallan al alcance de una mujer en estos casos. ¡Y son tantos!!.... Así es que su voz, y en particular la de la joven, aun en los momentos en que los dolores o el delirio no le dejaban entender lo que decían, resonaba en los oídos de Eduardo como una música celestial, presagio de celestiales bienes, que le ligaba a este mundo y le detenía, aun cuando el alma parecía quererse desprender de sus entrañas.

Luego que su herida le permitió levantar y salir, empezó a acompañar a paseo y a casi todas partes a Doña Mencía y a su hija. Las noches las pasaba igualmente en su compañía, ya leyendo en alta voz mientras ellas se dedicaban a sus labores, ya escuchando embelesado junto al piano los trozos de música que con exquisito gusto tocaba Isabel, y

10 Se asegura que este vals es de Reissiger y no de Weber; pero lo que es indudable es que este último gustaba en extremo de él, y que lo escribió una noche pocas horas antes de morir. ¡No parece sino que ya veía a los seres de este mundo como sombras, y abierto a sus pies el insondable abismo de la eternidad!! (Nota original de autor)

bebiendo insensiblemente y con un placer vago e indefinible el veneno que al fin había de desterrar para siempre de su existencia la paz y la alegría. Eduardo jamás había hablado de amor a Isabel, ni él mismo, en verdad, había tratado aún de analizar las sensaciones que experimentaba. Hallaba un encanto extraordinario en la compañía de la amable joven, la cual por su parte no mostraba empeño ninguno en huir de él, pero la inquietud interior que sentía, no tenia aun causa ni objeto aparente. La nube está preñada de electricidad, pero se ignora su existencia, hasta que algún choque la revela, ocasionando la explosión.

Don Antón R***, el colosal hermano de Doña Mencía, acostumbraba a los principios ir a casa de ésta dos días por semana, acompañándole algunas veces el joven que vimos en el coche en las primeras páginas de esta historia, que era sobrino de su mujer. Pero de repente empezaron a menudear las visitas de estos dos personajes y en especial las del último, que a poco tiempo acabó por pasar los días enteros en esta casa, en donde comía y aun con frecuencia cenaba. Estas visitas causaban una desazón cruel a Eduardo, que apenas tenía ya ocasión de ver sola a Isabel, a cuyo lado se fijaba Don Diego desde que llegaba por la mañana, hasta la hora de retirarse por la noche. Estas contrariedades hicieron por fin reventar la mina, y nuestro joven conoció, aunque demasiado tarde, que el mal que le roía las entrañas no era otra cosa que unos celos infernales, hijos del amor frenético que le consumía.

Resuelto, pues, a declarar abiertamente su pasión, una noche, después que se hubieron retirado Don Antón y su sobrino político, se acercó Eduardo a Isabel, pálido y trémulo como el reo a quien van a leer su sentencia de muerte, y después de algunos preámbulos, dijo que deseaba hablarle en secreto algunos instantes. Ella le contestó, sonriéndose (y al mismo tiempo se puso encendida como la grana), que lo haría con tanto mayor gusto, cuanto también tenía ella que confiarle alguna cosa, como a un buen amigo, de cuya discreción y honradez estaba segura.

Para un amante, una palabra, una mirada dicen tanto como el discurso mas prolijo, sobre todo si puede interpretarlas favorablemente. Considérese, pues, el efecto que producirían en el ardiente joven las que acabamos de oír. Inundaronse sus ojos de lágrimas de alegría, y asiendo tiernamente una de las manos de Isabel, la conjuró que no dilatase un instante mas el confiarle su secreto.

Ella entonces, bajando los ojos y entreteniéndose maquinalmente en arrugar con una mano la punta de su delantal, le dijo que, sabiendo lo mucho que él se interesaba en su suerte, creía deber participarle una gran novedad el enlace que, dentro de dos semanas, debía verificarse entre ella y su primo político Don Diego de N***, joven de bellas prendas y que la amaba entrañablemente.

Un rayo no hubiera obrado con mas violencia sobre Eduardo. Sus ojos húmedos de lágrimas se secaron de repente, clavándose en el suelo con la expresión de un hombre que medita algún plan siniestro, su frente se plegó en mil arrugas y brotó sangre de su labio inferior, que él mismo se mordió maquinalmente, sus dedos se comprimieron convulsivamente, arrancando un pedazo de cortina que tenia en la mano.

Isabel alarmada de tan repentina mudanza, le preguntó qué tenia, pero él sin contestar se retiró a su aposento, cerrando estrepitosamente la puerta.

A la mañana siguiente le vieron salir de casa muy temprano, y no volvió hasta la noche. Sus facciones desencajadas revelaban las tormentas que agitaban su espíritu.

Seis días después, sus patronas le veían salir de Pamplona con una columna.

IV

Reconcentrado en sí mismo largo rato, recorrió Eduardo en su imaginación toda esta época que acabamos de describir, y el recuerdo de las pasadas felicidades no hizo sino ahondar sus heridas y envenenarlas más y más, aumentando el horror de su situación presente. Pensaba, por una parte, en Isabel, ese ángel de luz que en los momentos mas terribles, en que, como una lámpara pronta a apagarse, fluctuaba su alma entre el mundo y la eternidad, había sabido derramar en su pecho casi helado nuevo calor, nueva vida con sus consuelos. Pero ese mismo ángel no veía en él sino a un hombre. La compasión había sido el único móvil de sus acciones, y los mismos consuelos hubiera prodigado indudablemente a otro cualquiera que se hubiese hallado en la misma situación que Eduardo. Esta conducta, que en otra mujer o en otras circunstancias no hubiera hecho sino aumentar a sus ojos el mérito de la joven, le pareció injusta, cruel, cuando tuvo que renunciar a todas las ilusiones que en su delirio había concebido, cuando vio disipar como humo el mundo ideal que le había forjado su imaginación. Isabel no le amaba, ni su alma se hallaba dotada del temple necesario para poder amar (claro es que no usamos esta palabra en la acepción en que por un abuso suele tomarse, sino con toda la energía que se encierra en su sentido exacto). Buena por naturaleza y por el ejemplo de su madre, Isabel no pasaba de una mujer vulgar, en cuanto a sentimientos. Incapaz de concebir un crimen, como de comprender un rasgo heroico o una pasión profunda. Eduardo necesitaba un alma de fuego para unirse y simpatizar con la suya, y en donde creyó encontrarla solo halló un alma vulgar, solo hielo. La escena de que hemos sido testigos la noche de su declaración decidió para siempre de su suerte. ¡Qué sea de tan poco peso el destino de un hombre, que un grano de polvo, una palabra, un soplo, puedan arrastrarlo y sumirlo para siempre en la desgracia!...

Enteramente arrecido por el frío de la noche, y pegados a sus rodillas sus pantalones empapados por la humedad del torrente, tiritaba el pobre joven en el duro lecho que le había dado su desesperación, y se recreaba interiormente en considerar la dulzura de un buen fuego, de una atmósfera consoladora, del mismo modo que un enfermo solo sueña en los encantos de la salud y un preso en el halago de la libertad. Por fin, atormentado igualmente por su imaginación y por las punzadas de su herida, se levantó delirante, resuelto a poner término de una vez a todos sus males, atravesándose el corazón con la espada.

Pero ni este recurso le quedaba; la vaina estaba vacía. El acero había desaparecido, saltando de ella, sin duda, cuando dio su terrible caída

—Si al menos hallase algún precipicio bien hondo, hondo como el infierno, en que su supiera deshacerme como espuma al caer—exclamó por fin con voz sepulcral subiendo penosamente al monte que se hallaba a su espalda. Y al cabo de un rato prosiguió—: Estas montañas, que han servido de sepultura a tantos millares de hombres ¿me la rehusarán a mí...? No. La providencia es justa.. Ya no debo vivir... No lo puedo... Y en efecto, ¿qué vínculos me unen a la tierra? ¡Una madre!... Ella me llorará, sí, mucho tiempo; pero si supiese lo que padezco, si viese el miserable estado en que se halla su hijo. ¡Oh!,

pediría a Dios que le concediese un eterno descanso. Y luego, las caricias de mis hermanos mitigarán su dolor, acabarán por consolarla; y llegará un día en que, sentada al lado del fuego, les hable de su hijo mayor, como de un ser que pasó por este mundo sin dejar rastro como un sueño. Les hablará de mí como de una de las innumerables víctimas que se hundieron en la sima de la guerra civil. Y sus hijos escucharán en silencio su relación, y cada uno pintará a su modo en su imaginación al hermano de que tan confusa imagen les conservará entonces su memoria. Que aún son muy niños, y su corazón, como la arena del desierto, como el agua de la laguna, no puede conservar largo tiempo ninguna impresión. Y fuera de mi madre... ¿Quién me llorará en este mundo, quién?

Y permaneció en silencio como si esperase una respuesta.

Al ruido de su voz se estremecieron las ramas del árbol que en aquel instante le servía de apoyo y se desprendieron asustados tres o cuatro grajos, lanzando graznidos, que en medio del silencio de la noche, resonaron en todo el monte, lúgubres y siniestros como un eco de muerte. Eduardo se sintió desfallecer.

—Estos—prorrumpió con voz apagada—, estos son los que cantarán mis funerales, los que frecuentarán mi tumba, y cruzarán el aire triunfantes con mis despojos para delicia de sus polluelos. ¡Qué horror! ¡Qué horror ! ...

El ladrido de un perro sonó a alguna distancia.

Eduardo se levantó para escuchar mejor. El perro volvió a ladrar, y él empezó a dirigirse maquinalmente hacia el paraje de donde parecía venir aquel sonido.

Cerca de media hora habría andado ya, sin volver a oír nada, ni divisar ninguna huella humana ni señal de habitación, y empezaba a sospechar que el ladrido habría sido una mera ilusión, cuando entre los árboles descubrió el resplandor de una hoguera. Acercose lentamente a ella, y al cabo de pocos minutos oyó cascabeles y cencerros de ganado, que le hicieron conocer que se hallaba cerca de una borda. Al ver la llama y al considerar el consuelo que experimentaría con su calor su cuerpo todo, entumecido por el frío, y el alivio que le procuraría un poco de leche, extenuado como estaba de hambre, de cansancio y de dolores, hizo la naturaleza humana su efecto. El instinto de la conservación triunfó de las congojas del espíritu en aquel momento en que la debilidad física ya casi rayaba en extinción.

Acercóse, pues, a una choza que estaba junto a la borda, y de la cual salía el resplandor. Los perros empezaron a ladrar con furia, y dando vueltas en torno de él, parecían dispuestos a despedazarle. Al ruido salieron de la choza dos hombres armados de sendos garrotes. Eduardo, dando diente con diente y doblándosele las piernas de necesidad, les pidió que le albergasen por aquella noche; pero ellos le contestaron en su dialecto, de que él no entendía una palabra. No obstante, un peso duro le sirvió de interprete, y un momento después se hallaba dentro de la choza.

Era ésta bastante capaz. Las paredes medio arruinadas de una antigua borda formaban sus lados, sosteniendo la techumbre, que se componía de ramas verdes y tierra, si bien en algunas partes, y en especial hacia el centro, tenia algunos boquetes bastante anchos, por donde se escapaba el humo de la pequeña hoguera, cuyo resplandor había servido de norte a nuestro joven.

Sentado al lado del fuego, cuyo calor hacia humear sus vestidos enteramente empapados, se puso éste a examinar a sus dos huéspedes, cuyo exterior nada tenia cierta-

mente de amoroso. Uno de ellos, enteramente vestido de pieles atadas con cuerdas en derredor de sus piernas y cuerpo, presentaba, con su pelo rojo, su barba de un mes, sus cejas en torna de matorrales y sus labios espartosos y entumecidos, un conjunto salvaje con alguna semejanza lejana a un hombre Su edad frisaba en los cuarenta y cinco. El otro pastor estaba algo mejor vestido, si bien sus pantalones parecían de mosaico, y su chaqueta, azul en mejores tiempos, dejaba asomar por bastantes partes una amable sonrisa. En la cabeza tenia una boina o gorro baigorriano colorado, que es uno de los distintivos de los habitantes de las provincias vascongadas. Estos dos entes, en suma, eran de esos que no quisiera uno encontrar en la montaña, a orillas de un precipicio, en una noche de tempestad.

Eduardo, no obstante, aceptó con gusto la leche, queso y pan de maíz que le ofrecieron.

Mientras él devoraba estos manjares, tenían los dos pastores una conversación sumamente animada, echando con frecuencia miradas significativas a su huésped, que, ocupado exclusivamente en satisfacer la primera necesidad de la naturaleza, no se curaba de modo alguno de sus discursos. Cierto es que no entendía ni una palabra de cuantas ellos pronunciaban, pero esto mismo habría bastado en otra ocasión para causarle bastante inquietud. Porque, aun en las circunstancias ordinarias de la vida, suele inspirar cierta desconfianza, o cuando menos disgusto, el oír hablar en un idioma que no se entiende: siempre cree uno que es el objeto de la conversación. El hombre de las pieles parecía empeñado en persuadir a su compañero alguna cosa, que éste rehusaba, moviendo continuamente la cabeza en ademán negativo, y enseñando de cuando en cuando el duro que hablan recibido de su huésped.

Éste, por su parte, apenas hubo contentado algún tanto su estómago, y desterrado de sus miembros el estupor que los tenia embotados, sintió que se le doblaba la cabeza y se cerraban sus párpados, y después de algunos esfuerzos inútiles para sacudir el sueño, rindiéndole enteramente el cansancio, se dejó caer sobre una zalea, y pocos instantes después dormía profundamente.

Casi al mismo tiempo salió de la choza el pastor de las pieles.

El dulce calor que se insinuaba por momentos en los miembros de Eduardo, el alimento que acababa de tomar y el descanso que a la sazón gozaba, no podían dejar de influir agradablemente en su sueño, al menos en los primeros instantes.

Al pronto, solo divisaba vapores; presentía una existencia, pero aún no tenia color; veía objetos, pero sus formas eran vagas como la niebla. Poco a poco se fue animando todo a su vista, los objetos fueron adquiriendo relieve, y por fin se desplegó a sus ojos un cuadro entero de la vida real.

Hallábase en un hermoso salón, alumbrado por millares de bujías, entapizado de sedas y espejos, y embalsamado el aire con los aromas mas exquisitos. Un brillante concurso de damas y galanes lo llenaba. Reinaba un profundo silencio, como en un castillo encantado. De repente, se oyó una música celestial, unos acentos que no eran nuevos para Eduardo y que le hicieron derramar lágrimas de júbilo y de ternura. Una joven cubierta de aderezos, que bullían en torno de su garganta y en medio de su negra cabellera, como gotas de rocío que tiemblan al sol, era la que producía aquellos sonidos tan armoniosos. Esta mujer era Isabel. Eduardo quiso acercarse a ella, pero sus miembros rehusaron obedecerle. Quiso hablar, sus labios no se menearon. Hallábase en la situación de un hombre que,

en medio de un accidente que destierra la vida de todo su cuerpo, excepto de la cabeza, conserva el conocimiento, pero no tiene fuerza ni siquiera para mover los párpados o abrir o cerrar los ojos; situación horrible que con harta frecuencia suele acongojarnos de entre sueños. El baile empezó, por fin. Un vestido color de rosa, blanco trasparente como una gasa, revelaba las formas elegantes al par que modestas de Isabel. Un joven, con un ramo de flores en la mano, se acercó a ella y se lo ofreció y la sacó a bailar. Mil veces pasaron los dos valsando delante de Eduardo, que reconoció en el joven a D. Diego de N***. Isabel dejaba en pos de ella un rastro de aromas y frescura. Concluido el vals, el dichoso joven estrechó en sus brazos a su compañera, y selló en su frente pura el ósculo de paz: ya era su esposo. Al cabo de un rato pasó Isabel delante de Eduardo y le reconoció. Y entonces, soltando una carcajada sardónica, y bañándose su rostro en un resplandor infernal, estrechó de nuevo en sus brazos a su esposo, y empezó a cantar en tono de burla y con una voz llena de vibraciones metálicas el vals del *Último pensamiento* de Weber, que tantas veces había tocado para complacer a Eduardo. Hallábase éste inundado de un sudor frío como hielo. Su garganta oprimida por un nudo fatigoso dejaba escapar su respiración con dificultad y por intervalos desiguales, produciendo un ronquido semejante al de un moribundo. Entonces cambió la escena. Se vio perdido en el monte, a orillas de una sima. Acercose a ver su profundidad; y al contemplarla, todos los objetos que le rodeaban empezaron a dar vueltas a sus ojos. Sintió con angustia que se apoderaba el vértigo de su cabeza, y para no caer, se abrazó con un árbol que se hallaba a la orilla, pero crujieron sus raíces y empezó a doblarse rechinando hacia el abismo al peso del angustiado joven. Este, entonces, falto ya de fuerzas y de ánimo, cerró los ojos y se dejo caer de espaldas en la sima. La conmoción fue tan violenta que despertó.

La herida de su brazo le hacia sufrir agudos dolores. Su pecho latía desigual y violento como el de un enfermo abrasado por la fiebre. La choza estaba desierta, la hoguera apagada. Fuera, se oían los pasos de uno de los pastores que se ocupaba silbando en sus faenas. El frío era excesivo, el cielo empezaba a aclararse, el oscuro esmalte de la noche se iba convirtiendo en el gris plateado del crepúsculo. Las ovejas con sus balidos indicaban que ya se acercaba la hora de que las dejasen salir al campo. A lo lejos, en los árboles se oían algunos graznidos.

Eduardo se envolvió en las pieles, y disipadas las causas que pudieron inspirarle algunas ilusiones, se halló fríamente delante de la realidad, y conoció todo el horror de su situación. La luz, que iba bañando por instantes todos los objetos vecinos, le incomodaba en sumo grado. No le parecía sino que ella había de venderle a sus enemigos.

En esto ladraron los perros, y algunos bultos negros interceptaron la luz que entraba por la puerta de la choza. Al ver aquellas sombras de mal agüero, quiso Eduardo levantarse, pero unos brazos de hierro le enlazaron, y brillaron delante de su pecho algunas bayonetas, profiriendo al mismo tiempo los agresores mil amenazas, que él no pudo entender, si bien el tono de voz y los ademanes con que las acompañaban, no podían dejarle la menor duda acerca de su sentido.

El pastor de las pieles se despidió amigablemente de los *aduaneros*[11] y echó a andar con su ganado tarareando una canción muy parecida por su armonía a los mugidos de

11 Facciosos que siempre andan en pequeñas partidas y cuyo oficio se reduce a robar y saquear en detalle. (Nota del autor)

una vaca. Y Eduardo, escoltado por seis hombres de miserable, cuanto siniestra apariencia, desapareció poco después entre los árboles.

V

Era cuatro días después.

Todas las ventanas de Elizondo estaban abiertas para dar paso a la brisa deliciosa que corría. En los jardines que rodean a esta lindísima ciudad en miniatura, se paseaban pacíficamente muchos soldados facciosos, persiguiendo gallinas, estudiando botánica en las huertas, y consultando en los cerezos el estado de la vegetación[12]. Pero un espectáculo mas interesante nos llama a una de las casas de la calle principal.

En un miserable aposento, cuya ventana, cerrada con una reja de hierro, cae sobre el río, se halla recostado en un jergón un joven, que conocemos por sus desgracias, pagando a la naturaleza el tributo que le han negado varias noches pasadas en continua agitación, en medio de las mayores asperezas de Navarra. El sol, que entra de lleno por la ventana, baña su rostro pálido, ajado por los dolores y la fatiga. Su frente se ve arada por arrugas que medio mes de sufrimientos han estampado en su tersa juvenil superficie y un ribete azulado circunda sus ojos. Las vendas que rodean su brazo izquierdo, llenas de sangre y lodo, rasgadas en distintas partes y en un completo desorden dejaban ver la excesiva hinchazón y funesto aspecto de aquel miembro. No obstante, su sueño es tranquilo y aun vaga en sus labios una sonrisa imperceptible. Que sin duda la naturaleza tiene embotados en este momento los dolores del cuerpo y las congojas del ánimo, y además de esto, rara vez deja la juventud de derramar alguna flor sobre los males que aflijan a la humanidad. Pero de repente, esta sonrisa empieza a pronunciarse más y más, parece que su rente se despeja, y un sonrosado casi imperceptible baña sus mejillas. Unos acentos melodiosos que acaban de llegar a sus oídos son los que causan esta dulce impresión y le tienen durante un rato suspenso y como arrebatado a una esfera celestial. Empero los sonidos adquieren intensidad, crece el ruido y Eduardo despierta. No ha sido una ilusión, no un sueño. La música continúa, alegre y estrepitosa, como el canto de los soldados. Una guitarra y media docena de voces roncas, acompañadas de palmadas, que marcan el rompas, son las que producen estos sonidos, que, entre sueños y como rodeados de vapores y de misterio, le habían parecido tan melodiosos.

El paso del mundo ideal en que durante algunos instantes se había hallado el infeliz a la vida real a que había vuelto a caer era verdaderamente terrible. Un crucifijo que estaba sobre un escaño, único mueble que se hallaba en toda la habitación, le recordaba su próximo fin, que le hacían desear sus males hasta cierto punto. Sin embargo, dejar este mundo en la primavera de la vida, cuando todo él sonríe y sólo presenta el porvenir flores y cielo, ver esconderse el sol detrás de una montaña siempre verde, respirar una brisa embalsamada por los árboles y por las plantas aromáticas, ver deslizarse a sus pies el manso Bidasoa, cuyas aguas se encaminan a Francia y pudieran conducirle en breves horas a aquel país hospitalario, si fuese algo menos que un hombre; ver todo esto y considerar, que cuando ese sol amanezca estarán cerrados sus ojos para siempre, que esa brisa jugará

12 Debe tenerse presente que hasta junio o agosto del año pasado no pusimos guarnición en Elizondo (Nota del autor)

dentro de poco con las melenas de un cadáver y que el curso del río no se agitará de modo alguno por que se cometa un homicidio... Todo esto es horrible... Y Eduardo estaba pálido como un muerto.

Las risotadas de los músicos le sacaron de su meditación. Una voz vinosa cantó, o por mejor decir, berreó la siguiente copla:

«Bien hayan los nueve meses
Que tu madre te trujió
En el vientre de tu tripa
Para casarte con yo.»[13]

Y volvieron a resonar, todavía con mayor violencia, las bestiales carcajadas. Eduardo mismo no pudo menos de sonreírse al oír tan estúpida canción, si bien la alegría de aquella gente formaba un contraste cruel con la situación en que él se hallaba.

No obstante, se arrimó maquinalmente a la ventana, para ver el alegre grupo que, en frente de ella y del otro lado del rió, con tanta tranquilidad se solazaba: mas no bien lo hubo verificado, cuando un tamborcillo, metido en una enorme casaca, que para él era un traje talar, comenzó a gritar con todo el vigor de sus pulmones:

—¡Pachin! ¡Garduño! ¡Coliflor! Venid aquí.... A ver al oficial cristino, que van a fusilar esta tarde. ¡Pronto! ¡Pronto!

Y cesó la música, y volviéndose todos los ojos hacia la ventana de Eduardo, empezaron los silbidos y las injurias en vascuence y en castellano. El conoció al instante la necesidad de retirarse al interior de su aposento; pero no lo hizo tan a tiempo que pudiese evitar el golpe de un troncho lleno de fango, que de abajo le arrojaron, y que vino a aplastarse en una mano que tenia apoyada en la reja, llenándosela de inmundicia.

Encendióse en ira el joven, y lanzando una mirada fulminante a la chusma que así le ultrajaba, fue a lavarse la mano en un cubo que se hallaba en un rincón de su cuarto. Al verificarlo, reparó casualmente en una sortija toda negra de humedad y de tierra, que tenia en un dedo de la mano izquierda; y como si hubiese herido su imaginación una idea luminosa, se la quitó y empezó a limpiarla con particular esmero. A poco rato, arrojaba un brillo prodigioso el magnífico diamante que en ella estaba engastado.

—Singular casualidad—exclamó poniéndolo a la luz para que produjese mas vivos destellos—. Singular casualidad, por cierto, que me hayan dejado esta joya, los que para registrar bolsillos y escudriñar escondites, nada tienen que envidiar a los hurones. La costra que la cubría fue causa de que no pusiesen los ojos en una cosa, que para mí tiene mas valor en este instante que todas las armas, que todos los bienes del mundo ¡Como que acaso le deberé la vida!... ¡La vida! ¡Infeliz de mí! ¿Habrá quien quiera venderme la mía por un pedazo de vidrio?... ¿Venderme la suya?... Que nada menos aventura el que me ponga en libertad.... ¿Y para qué la vida? ¡ Para padecer los tormentos del infierno!!... ¡Insensato! ¡Yo deliro!!

Ya hacía rato que el sol se había ocultado detrás de las vecinas sierras, cuando se iluminaron las rendijas de la puerta, sonaron pasos en la pieza inmediata y entró un hombro de alguna edad, alto y seco, con un rollo de papeles en la mano, una linterna, y pendiente del hombro izquierdo una charretera de las que hace quince años se gastaban, pequeñas y a guisa de garra de león, señal de su dignidad militar.

13 Es auténtica (Nota del autor)

—¿Usted sabe la suerte que le espera?—prorrumpió, sin mas fórmula de introducción, con un acento catalán muy pronunciado y en un tono de voz tan seco como su fisonomía. Y viendo la frescura con que el joven le respondió afirmativamente, prosiguió—: ¿Tanto le molesta a usted la vida?

Eduardo no contestó; pero la expresión de su fisonomía pudo servir de respuesta afirmativa.

—Pues yo vengo a ofrecérsela a usted, y con ella el honor.

Eduardo clavó en él los ojos con la misma admiración que le causaría a cualquiera el oír a un verdugo hablar de sensibilidad. El faccioso prosiguió:

—Han asegurado algunos que en la acción de Nazar y Asarta fue usted de los que mas se distinguieron.... ¿Quiere usted aumentar el número de nuestros valientes oficiales?...

Los ojos apagados de Eduardo, se llenaron de fuego de repente, su fisonomía abatida se animo, cubriéndose de una imponente dignidad, al contestar con voz de trueno.

—¡No!

En aquel momento parecía que el joven había crecido por lo menos una pulgada. El viejo mismo se sintió, en cierto modo, avasallado por la energía del que él consideraba pocos minutos antes, sin ánimo y casi sin vida.

—Joven—replicó—, piénselo usted bien. A usted se le conserva su empleo, y si no acepta, antes de que acabe de anochecer, será pasado por las armas. ¿En qué quedamos?

—Ya ha oído usted mi contestación.

—Bien está—replicó el oficial faccioso abriendo la puerta—. ¡Padre capellán! Pase usted adelante, y despachemos pronto...

Casi al mismo tiempo empezaron los tambores a tocar llamada.

VI

—¿Cuántos prisioneros hemos hecho?—decía el coronel X*** a un ayudante suyo, apeándose de su caballo en la casa principal de Elizondo aquella misma noche

—Ninguno mi coronel, que es tan fácil dar alcance a los facciosos como pillar gorriones con la mano. Pero hemos rescatado a un oficial nuestro que iba a ser pasado por las armas.

—Más vale esto que una docena de prisioneros. Dígale usted que quiero verle al instante.

VII

Pocos días después era verdaderamente una delicia ver a la graciosa Isabel de R*** con un ramo de flores en la mano y sonriendo a cuantos la miraban, bailando con su nuevo esposo, con la indiferente alegría de quien no da importancia alguna a sus acciones. La casa estaba iluminada con particular esmero y todo en ella respiraba movimiento y regocijo.

No obstante hacía rato que la música se cansaba en vano tocando un rigodón sin que los bailarines pudieran arrancar a sus compañeras de un corro que en derredor de un hombrecito de diminuta estatura y pelo ceniciento se había formado.

—¿Qué diablos tienen que hacer la niñas con un doctor en medicina?—prorrumpió por fin, con voz de trueno, don Antón R***.

—Nos está contando que ha visto esta tarde a Don Eduardo—contentaron varias voces femeninas con inarmónica gritería.

—¿Y por qué no ha venido a mi casa—dijo Doña Mencía—. Pero aún es tiempo, todavía puede brindar a la salud de los novios esta noche. ¡Pobre muchacho! Ya que se puede decir que nos ha debido la vida que venga al menos a bailar con mi hija, que le quiere tanto, tanto...

—¿Bailar? No, señora—repuso el doctor—. Yo me hallaba por casualidad en la *Taconera* cuando entró con la columna, montado en un macho de bagaje, pálido, hundidos los ojos, huecos los carrillos, desencajado el semblante, en un estado de que es difícil formar idea a no haberlo visto. Tanto que al pronto yo mismo no le conocía. Pregúntele si se alojaría en esta casa y me dijo que no, que prefería ir al hospital que estaba resuelto a ello. Viéndole en un estado tan lastimoso, a pesar de no tener destino en aquel establecimiento, le acompañe hasta su lecho y mientras le desnudaban, habiéndome preguntado por Doña Mencía y su hija, le participé el fausto motivo del baile de hoy. El pobre joven daba diente con diente, sus miembros, helados en las extremidades, temblaban convulsivamente, su rostro estaba amoratado... Y a poco se desmayó. Examiné entonces su herida y vi que debieran haberle cortado el brazo hace muchos días

—¡Pobre joven!—exclamó Doña Mencía enternecida—. ¿Y habrá que hacer irremisiblemente la amputación ?

—No señora—contestó el doctor, dando a su fisonomía una expresión singular.

Un silencio sepulcral reinó en el corro durante medio minuto. Por fin uno preguntó:

—¿Por qué?

—¡Hola, niñas! ¡A bailar! ¡A bailar! Que mañana habrá tiempo para consultas de medicina—exclamó Don Antón, atronando a todos los concurrentes.

—¿Pero por qué?—volvió a preguntar al doctor la misma persona de antes.

—El mal estaba demasiado adelantado—contestó éste—, y hace poco mas de media hora que ha expirado en mis brazos.

—¡Pobre Eduardo! ¡Pobre Eduardo!—y brillaron lágrimas en algunos ojos, y entre ellos en los de Isabel. Doña Mencía estaba profundamente conmovida. El baile empezó de nuevo. El médico prosiguió en voz baja, hablando con la buena señora:

—¡Qué lástima de joven!... Sus últimas palabras fueron: ¡Madre mía!... ¡Isabel!

Isabel valsaba en aquel momento. Que aunque sentía la muerte de su antiguo amigo, del que solía volverle las hojas en el piano, el compromiso en que se hallaba con la persona a quien había ofrecido aquel vals era demasiado grande para no despreciar todas las demás consideraciones. En efecto, ¿qué diría el mundo si a una de estas palabras se faltase ?...

Una hora después el doctor, sentado al lado del jovial Don Antón, brindaba a la pronta reproducción de los nuevos esposos, y resonaban las copas y las risotadas.

Al mismo tiempo, en el hospital estaban envolviendo el cadáver de un joven oficial en el lienzo que debía acompañarle a su última morada

La cena se concluyó, y un sacerdote bendijo el lecho nupcial.

Alberto Regadon

Pedro de Madrazo

El Artista. 14 de abril de 1835. Tomo 1. Pp 185-191. 21 de abril de 1835. Tomo 1. Pp 196-204

«Lo confieso: ¡mi corazón
se halla muy cambiado hace ya
mucho tiempo!...»
(Byron – El Corsario)

I. Entre Santa Olalla y el Ronquillo.

Espero la víctima!... Son las once y media de la noche. Un velo negro en que no brilla ni una estrella. Confunde los escarpados montes de Sierra Morena con las inmensas explanadas de tierra negruzca que circuyen esta peligrosa cordillera. Es el mes de noviembre: la risa de la noche hiela los vapores de este estuoso terreno sobre las silvestres plantas que alimentan a los millares de animalejos, únicos pobladores pacíficos de esta gran barrera ¡Alguna vez habrá sido teñida por la sangre del hombre!...

El graznido del cuervo se oye pasar de una a otra peña. Es animal carnívoro y acaso espera impaciente devorar las particiones que va a hacerle mi puñal... ¡yo voy a prepararle el cebo! Pero estas graznidos van acompañados de un eco más dulce a mis oídos, que los hace no tan atronadores y ásperos como ellos son realmente, y esa voz que les acompaña tiene un sonido tenue y lamentuoso; parece una piedra arrojada a un pozo de agua de mucho profundidad. La naturaleza está revestida del manto de la omnipotencia y es necesario para presenciar los golpes de un asesino y oír los quejidos de la víctima que el corazón esté adormecido y guarnecido de bronce y que el asesinato se haga a la luz del día. Hace mucho río... el aire crece y conduce a mis oídos una voz: ¡escuchemos!

¡Dios mío! Aparta de mi frente pálida el velo del terror y serena mi ardiente imaginación que me abrasa las sienes con la sangre que hierve en mi cráneo. La criatura está sujeta a tu poder y sus ojos por mucho que se eleven hacia ti no pueden traspasar la barrera que pusiste en las cejas a sus miradas. ¡Aparta de mi frente pálida el velo del terror! No me alucines con los prodigios de tu poder que sin ellos yo te adoro y te reconozco superior a la grandeza de todos nuestros deseos. Pero mi frente sudorosa se cubre ya con el rocío de las plantas, porque es también de tierra; mis rodillas se doblan, porque es demasiado el peso de mi cabeza y el hielo ocupa en las venas el lugar de esta sangre que corre por mis vestidos y los moja; pero mis sienes arden mientras mi cuerpo se cubre con el paño frío de la muerte. ¡Santo Dios, apártame de la tumba! ¡No permitas al buitre devorar mis miembros sobre la huesa de mis padres; que la sangre del hijo no salpique el rostro de quien le dio el ser! ¡Aparta de mi frente pálida el velo del terror!

¿Quién será este extraño individuo que a esta hora, a las once y media de la noche, viene a orar sobre una tumba, en el centro de un despoblado de cuatro leguas, sitio destinado a la maldad, tan cerca de las breñas que jamás han sido iluminadas por otra luz que el fulgor de los puñales antes de presentarlos a los extraviados caminantes? ¿Quién,

oculto su cuerpo en las tinieblas, descubre su voz y la levanta al cielo, entre los montones de huesos hacinados de los muertos, cuya blancura, manchada aún con algún residuo de carne negra, parece distinguirse en medio de la densa oscuridad que abate y confunde todos los objetos de su alrededor? Solo sé que he de conocerlo muy pronto. ¡Ah!, si un hombre con el brazo levantado para descargar el golpe sobre su cabeza, le espera detrás de una enorme piedra, acaso no tendría aliento para quitárselo al infeliz que tan tiernamente ora. No, sus plegarias son otras que la de un pecho abrasado por los licores y envejecido en la corrupción de las orgías y su voz clara aunque desfigurada por el temor que corta sus palabras es bien diferente de la de un hombre cuya nariz ha respirado el olor de la sangre reciente y ha bebido algunas gotas de ella en la copa con que ahoga los pocos sentimientos de humanidad que le restan. La santa melancolía de un alma pura se manifiesta en las palabras de este desconocido.

Pero Alberto Regadon ha vendido su brazo por cien escudos y como es el primer asesinato el que va a cometer, no puede menos de estremecerse con los clamores de las que será su víctima. No tiene con que comer y la paga de su crimen le proporcionaría los medios de aplacar su conciencia entre los placeres... ¡cien escudos!...

II

¡Que lástima! Un joven de veinte años, pálido y blondo, nacido en la riqueza y educado para ocupar uno de los puestos elevados de la nación, cambiarse en asesino porque ha malgastado sus bienes y le han hecho aborrecer el trabajo los ociosos amigos que adquirió en la bella Andalucía. ¡Pobre Alberto! Su corazón estaba bien lejos de desear al exterminio de su semejantes. Y a pesar de eso él se ha dejado corromper y se oculta ahora con los fríos y rudos peñascos de una guarida de bandidos y está acechando la presa para echarse sobre ella a deshora y merecer los brutales aplausos de esta horda de desalmados. Sus piernas inseguras se doblan hacia dentro y se rozan una rodilla con otra como si hubiesen cortado sus tendones... ¡causa mucha compasión!... Pero sus facciones se han vuelto duras y malignas, sus ojos desencajados, y aunque su brazo está levantado y armado de un puñal de Albacete, el temblor le quita la fuerza. ¡Con todo, la víctima no se podrá defender de un golpe dado a salvo!...

El débil resplandor de una pequeña linterna se acerca muy pausadamente. ¡Que aspecto tan triste y miserable muestran las grietas y entrañas de la sierra, iluminadas de ese modo! Todo se ve en derredor cubierta de brezos y maleza. Un pedazo de camisa hay sobre una zarza, no es blanca ni sucia tampoco... otro color más imponente la tiñe y no parece estar todavía bien enjuta. El individuo que lleva la linterna se ha detenido... ha vuelto a andar algunos pasos... y vuelve a detenerse otra vez; se le oye murmurar una oración, pero no se le ve porque la linterna solo tiene cristal en la parta de adelante. Está rezando un vía crucis. Al llegar a la séptima cruz, muy cerca del sitio donde se oculta Alberto, esta proximidad del verdugo al inocente que va a expirar entre sus manos, tiene un no sé que de particular que hace dudar de la terrible ejecución que se dispone. El portador de la luz se detiene más tiempo que en las paradas anteriores, al pie de esta séptima señal de la redención, como si se dispusiera a concluir sus oraciones. El resplandor se introduce en las rendijas de la madera y desaloja a un salamanquesa de su nido.

III

Es animal venenoso y me ha picado en un pie que llevo desnudo. Parece que ya ha reconocido al hombre que le visita de noche y quiere defenderle de su agresor. ¡Ah! Es imposible que yo le mate; aunque muera de hambre no mancharé mi pecho con la sangre de un inocente. ¡Y ahora mismo silba mi jefe para darme aviso!!... ¡Maldito sea su silbido, que me precipita al foso cuando me había agarrado a sus bordes con mis uñas para salir fuera! ¡Al fin cumplo mi palabra, pero dame los cien escudos, que después yo cobraré en tu cuerpo lo que me haces quitar a este infeliz!!...

IV

He cometido el primer asesinato.

Soy otro hombre... ya no temo; antes, hace un minuto, la imagen de una cuchilla, de una muerte, encadenaba mis movimientos. Mis órganos percibían de una manera diversa que ahora. Un paño, no sé de que color, ofuscó mi vista en el momento de arrojarme sobre él, pero no me ha impedido acertarlo en parte segura. Una puñalada ha sido bastante. Debo haber variado de fisonomía. Si viviese mi padre creo que no me había de conocer. ¡Ay, mi padre! ¡Qué tanto me acariciaba de pequeñito sobre sus rodillas!... ¡Qué me besó en la frente al tiempo de morir!.. ¡Qué me educaba con tanto esmero y me enseñaba a no hacer mal a nadie!...

¡Si me ofrecen otros cien escudos, me hallo en estado de irle a buscar al sepulcro!!...

He visto caer el cuerpo sobre la linterna y matar el resplandor, pero esta oscuridad no me amedrenta porque pienso en cosas muy alegres. Me acuerdo de las noches de verano en que me reunía con algunos compañeros de la Universidad de Sevilla e íbamos a dar músicas y serenatas a las hermosas andaluzas del cutis moreno y pelo de azabache que salían a las celosías y miradores a oírnos tocar la guitarra. Algunas veces la luna iluminaba las rejas y las veíamos, al través de los hierros, la dentadura blanca como la nieve cuando nos sonreían en silencio. ¡Aquel silencio era muy expresivo! ¡Cuánto hubiera dado yo en ciertos momentos porque alguno se hubiese presentado a disputarme las atenciones de la dama!... En aquellos arrebatos mi imaginación no conocía el temor y yo callejeaba solo y a media noche y me estaba arrimado a una tapia contemplando los calados y arabescos de una antigua portada, hasta que se abría el balcón de encima y veía flotar un pañuelo blanco como una bandera desplegada sobre las almenas de un castillo recién expugnado anunciando franca entrada a los vencedores. ¡Qué gozo el mío! Mi frente acalorada se burlaba del peligro. También hacia ese sitio mi corazón ha encontrado algún atractivo y ahora también me burlo y nada temo, pero ¿es qué me he vuelto a enamorar? No me acuerdo de ningún amor o rendimiento posterior a la desgracia de mi amada Catalina y mis manos no aprietan sus delicados y tiernos dedos... ¡Un puñal ensangrentado es lo que abarcan y la hermosa dama rendida es este cadáver que yace a mis pies!!...

Pero no temo y en prueba de ello voy a reunirme con el Feo, que ya me llama, para que le de cuenta de mi desempeño. Voy a la cueva de un jefe de ladrones y he de emborracharme porque no soy ya menos que él.

V

¡Este bárbaro hombrachón me ha preguntado, sonriéndose, si me agrada mi nueva profesión!... Le he respondido algunas palabras, pero yo mismo ignoro lo que he dicho.

Hago cuanto puedo por olvidarme de mi estado y disfrutar de sus bestiales complacencias, desatendiendo a las voces de mi corazón y aún en algunos momentos creo que gozo como los malhechores. Si mi alma hubiese sido formada para la virtud era imposible que yo dañase a nadie y hace pocos momentos no he sentido una gran repugnancia en hacerlo. Señal que he cumplido con mis primeras inclinaciones. Sí, yo he nacido para lo que soy ahora y cuando niño sin duda tuve síntomas de estas emociones, pero no podía discurrir y no me acuerdo de ello. Dentro de algunos meses lo haré sin que me hostiguen.

Estas eran las reflexiones de Alberto: el espíritu diabólico parecía haberse introducido en su cuerpo y no se horroriza de los que está diciendo entre sí. Porque cometido el primer crimen, la gran barrera que se encontraba antes de cometerlo entre él y la virtud queda vencida, saltando por encima de la primera víctima y entonces se ven las cosas de un modo menos imponente. La distancia y el tiempo que parecía deberse andar creyendo que al asesinato se camina como por una escala graduada, desaparece, y todos los escalones que se habían de subir progresiva y pausadamente, se confunden en uno solo, aunque muy elevado. ¡Qué horrible es la sonrisa del que lo salva de un solo salto!!...

Alberto se ha mudado el nombre, el nuevo jefe le llama Juan Cabeza de Muerto, ¡nombre desgraciado! Pero no son los ladrones los que se lo han puesto, ha sido el mismo porque cuando entró a ser salteador de caminos, ya pensaba en disfrazarse por si llegaba el caso de una declaración...

¡La declaración de un homicidio!...

—¿Qué haces, Cabeza de Muerto? ¿No bebes? ¡Pobre muchacho! Su primera empresa le ha dejado en que pensar. Lo mismo me sucedió a mí cuando empecé la carrera. La verdad que no tenía yo sino diecisiete años y mi primer golpe, a pesar de la repugnancia que experimenté, no fue menos seguro que el que he sacudido no ha una hora

¡Esto me dice un hombre! Y al mismo tiempo se retuerce la barba que tiene más de cuatro pulgadas y me muestra con la mano vendada un montoncillo de ropa y una bolsa en un rincón de la guarida. La venda de la mano es un pedazo de camisa finísima. En la zarza había otro pedazo.

—¿Qué tiene usted en esa mano?—le pregunté, pues todavía no estaba bastante familiarizado con el lenguaje franco de esta gente

—Nada, un rasguño. El pícaro quiso defenderse, pero a buen seguro que con la tierra y las piedras que tiene encima no se ha de rebullir, aunque esté medio vivo.

Se ha puesto a cantar en seguida.

Es imposible que pueda expresar el efecto que han hecho en mí estas palabras. He sentido un golpe de sangre en la cabeza que me tiene atolondrado y mis ojos ven una porción de cosas que no puedo claramente distinguir. Un velo gigantesco y aéreo me ofusca la vista y a pesar de que no le toco me impulsa hacia atrás y un humo espeso me ahoga. Se aumenta por grados con un ruido que va creciendo progresivamente, empezando muy pianito y concluyendo por un rumor bárbaro y atronador, que parece traspasarme las sienes de parte a parte, también veo muchos cuerpos de una extraordinaria magnitud caer blandamente y sin causar el menor ruido y a la caída recibo un terror pánico que me hace temblar de pies a cabeza. ¡Yo deliro!... Pero los delirios de la calentura de un asesino son, comparados con los de una calentura ordinaria, como la muerte cruel de un hombre sobre el cual se desploma un pedazo de edificio y el espanto de otro que lo ve desplomarse sin herirle. Esa mesilla de madera, la capa parda que sirve de cortina y deja pasar la claridad de una mecha encendida por las aberturas y cuchilladas de que está llena y un mugriento banquillo lleno de clavos, son los aparatos de un banquete que se va a celebrar entre un viejo ladrón y un novicio en el robo. Sería regular que el veterano se siente y el bisoño esté a su lado en pie.

—¿Por qué ha suspendido usted su canto?—volví a preguntarle—. Me gustan mucho las canciones andaluzas, y su gusta usted cantaremos a dúo.

—Que me place, más antes voy a enseñarte una cosa que creo que no te disgustará, ¡qué disgustarte! Y aún te chuparás los dedos... ¡Felipa!—gritó—. ¡Sal afuera! Aquí tienes un guapo mozo.

¡Bárbaro! ¡Que voz tan estentórea y vinosa! Esta Felipa será la compañera con que este infame partirá su botín, y ahora me presentará a ella como un tercero en sus desórdenes.

VI

Somos tres fieras en la palestra.

Ella baja, muy cargada de hombros, y su cara demasiado pequeña y consumida con la nariz arremangada, pero sus ojos son iguales a los de su camarada, es decir, pequeños y encarnados alrededor de la pupila a causa de las libaciones que menudearán a todas horas del día.

Le he dicho que me llamo Juan Cabeza de Muerto y ella se acerca a mí sonriéndose con los brazos abiertos para abrazarme. ¿Si me habrá juzgado esta mujer capaz de deleitarme en sus impurezas? Todavía no he llegado a ese estado, por que me acuerdo de la pobre Catalina muy a menudo y jamás podré profanar esta memoria infortunada. No la he permitido que me abrazase y mi jefe se retira tras de la cortina o de la capa agujereada creyendo que su presencia me estorba para admitir sin rebozo la finezas de su harpía.

—¡Vaya melindres de señorito!—ha dicho entre dientes al retirarse

—Aquí tiene V. en persona a la serrana Felipa—me dijo ella— una mujer que aunque capaz de pelear a brazo partido con cualquiera de la cuadrilla de mi chico y de embastanar con una chaira de cachas negras a dos ganapanes a la vez, y aún acaso de esos gitanos que llevan atado el puñal a la muñeca, también sabe, cuando llega el caso, dejar a un lado su orgullo y mimar y gastar bromas con un muchacho que se lo merezca.

—Pues a mí no me gustan los mimos—la respondí secamente, casi indignado y lleno de vergüenza— y suplico a V. que se aparte de mi lado porque deseo estar solo.

—¡Oiga! ¿Quiere estar solo, eh? Pues sepa el boquirrubio y voluntarioso pillete que jamás se ha repartido un solo maravedí, ni se ha bebido un cortadillo solo, sin que estuviese yo delante sin presidir la distribución que se hace con tanta religiosidad que el que se queja no se va sin una aberturita que vendar, en castigo de su falta de respeto. Y así, señorito, avéngase a mi voluntad, sino quiere pasarlo mal en un paraje tan agradable y divertido.

Y levantándose el zagalejo de bayeta, me mostró una navaja, atada con un bramante a su descarnada y sucia pierna. Esta acción me ha llenado de terror y no me atrevo a pronunciar ni una sola palabra. Al fin, esta maldita bruja, valiéndose de mi sobrecogimiento, me ha dado un beso en la frente y he sentido un frío repentino que ha penetrado mis entrañas y hace trabajosa mi respiración. Los padecimientos que he empezado a sufrir me tienen en un estado de anonadamiento y estupor, pero si continuo en esta clase de vida presto llegaré a la insensibilidad estúpida de los hombres familiarizados con el crimen.

Una docena de hombres de malísima traza acaban de entrar precedidos de su jefe por un trampa oculta entre la maleza detrás de la capa que sirve de colgadura.

De ellos dos o tres llevan altos los pantalones para descubrir las señales de los hierros del presidio y uno de estos no tiene narices. Regularmente me dirán «Camarada, esos cinco» y tendré que tocar sus manos porque sino serán capaces de escupirme en la cara. En efecto, ya han apretado mis dedos con sus curtidas manoplas y se me ha representado el momento de atarme las manos con los rudos cordeles antes de ajusticiarme, y al fin yo soy uno de ellos.

Sentémonos al banquete puesto que el Feo me ha cedido parte de su banquillo y oigan mis oídos el lenguaje de los bandidos y los gritos de su bestial regocijo. Todos los de la cuadrilla permanecen en pie alrededor de la mesa, pero esto durará hasta tanto que la embriaguez les arrastre por el suelo. Sus miradas son atravesadas, sus acciones torpes y perezosas y en sus semblantes sólo se nota indolencia y atrocidad. Se presentan como fatigados del trabajo... ¡trabajo fatigoso y diabólico!

Lo que más me ha impuesto ha sido el ver que uno de estos ladrones limpiaba mucho su navaja y su vestido. Pero lo hacía de modo que un festín entre gente más timorata acaso no mereciera tanto aseo. Esta limpieza y pulcritud causa espanto en hombres de esta clase porque rara vez se ven estos fenómenos.

A pesar de que Felipa está desempeñando los deberes de un ama de casa oficiosa y tal vez un poco aseada, que las viandas que presenta no son correspondientes a los paladares de los que las engullen y que los cubiertos son de plata, me parece que estoy en una fiesta de espectros y que el diablo me hace las porciones.

—¡Vamos ahora a cantar!—dijo el jefe, después de haber remojado el gaznate con un par de vasos de mosto manchego y uno más pequeño de manzanilla, de cuyo licor, por una fineza nada común, me hizo probar de su mismo vaso—. Tu me acompañarás, Cabeza de... de... ¡de chorlito!—(que ya el licor empezaba a obrar sus efectos), y tomando una vihuela me la entrego para que tocase.

—¿Por qué tono he de acompañar!

—¡Yo no entiendo de tonos!—me responde casi enfadado y juzgando mi pregunta como una interrupción del canto que iba a comenzar con toda la presunción y desembarazo de un músico consumado.

—Pues en ese caso...

No me dejó concluir mi frase. Irritóse como si le hubiera injuriado y me dijo, haciendo mil gestos de cólera

—¡A ver como toca sin replicar más palabra, sino quiere divertirnos un rato bailando las seguidillas de San Vito!

Me enseñó en seguida, con grave y amenazador continente una argolla pendiente del pecho, y prosiguió:

—¡Sea dócil o haré que dos de mis soldados, entre puntapiés y bofetones y carcajadas, en ella le estiren la figura!...

Levante la cabeza, miré la argolla fatal y me estremecí. Mientras yo permanecía con los ojos clavados en la tierra, comenzó el Feo su cantata. Lo primero fue una especie de falsete chillón o gallipavo, que su garganta estaba demasiado áspera para producir mejores sonidos y al cabo de un prolongado mugido, consiguió modificar algunos puntos terminando por una voz solemne y sepulcral. Así continua todo el cantar. Oiré sus broncos acentos y arreglaré mis cuerdas.

I
Un pañuelo en la cabeza
Y una faja,
Una gitana belleza,
Una baraja,
Vale más en esta tierra
Con una cuchilla al cinto
Y una botella de tinto
Que la Francia y la Inglaterra.
¿Qué vale vivir en calma
Sin probar a la fortuna?
Que mi alma
Es, aunque fiera,
Más entera
Que otra alguna.
Y prefiero los amores
De mi morena Felipa
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de los licores...

II
Habitar bajo artesones
De azul y oro,
Reclinarse en almohadones

Como un moro,
Y para hacerse temer
Usar por el brazo el nombre
Es cosa indigna del hombre
Y propio de la mujer.
¿Cuánto más vale mandar
De los bandidos la nata
Y brindar,
Mientras mi tropa
Quita ropa
Y quita plata?
Que prefiero los amores
De mi morena Felipa,
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de los licores.

III
Yo solo con mi cuadrilla
Veterana
A las leyes de Castilla,
Si es mi gana
Quito todo su poder.
Me río de su condena
Y del presidio y cadena.
Me hago en la sierra temer.
Y si dura mi cabeza
Cuanto dure mi canana
De riqueza
He de embutirla
Y ceñirla
A mi serrana
Que prefiero los amores
De mi morena Felipa
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de los licores...

IV
No tiene pelo dorado,
Ni ella canta,
Ni collar abrillantado
En la garganta;
Pero su fuerte cabello
Es negro como la mora
Y hace visos de señora

Sin perfume en el cuello.
Y más la quiero brindando
Con mi copa y con mi gente,
Que adornando
Con granalte
El esmalte
De su frente.
Que prefiero los amores
De mi morena Felipa
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de los licores...

V
Que busquen mis dos guaridas,
Mi cabeza,
En las rocas guarnecidas
De maleza.
Entre Olalla y Santipon,
O entre Córdoba la bella
Y la venta de la Estrella
Que tengo en contribución.
Y como me echen el lazo,
Y me lleven a Triana
Por el brazo
Habrán de unirnos,
Y han de oirnos
La tirana.
Que prefiero los amores
De mi morena Felipa
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de los licores...

VI
Ni quiero pasar mi vida
Y mis amores
En la cárcel distinguida,
Con señores,
En la que da al arenal
Con estatuas adornada.
Prefiero la gente honrada
De pecho al aire y puñal
Y aunque soy tan caballero
Como lo es el asistente,
Vivir quiero,

Si me encierra,
Bajo tierra
Con mi gente.
Que prefiero los amores
De mi morena Felipa
Entre el humo de la pipa
Y el vapor de los licores.

Cuando acabó su tercer estrofa, cesé yo de acompañarle. Mis dedos se entorpecieron como si una pócima repartida por mis miembros hubiera producido su efecto y fue tal mi estupefacción y asombro al ver los semblantes risueños de los compañeros que celebraban esta canción con desacompasadas y bárbaras risotadas que casi me persuadí a creer que me hallaba en una fiesta de escuerzos con el uso de la palabra. La heroína de los versos gozaba de su triunfo repantigada en una silleta de tabla y de vez en cuando me dirigía unas miradas al soslayo como reprendiéndome de la sequedad que usé antes con ella, mientras toda aquella horda se disputaba la preferencia en su cariño. Me hallo convertido en un irracional, ni sé lo que me pasa, ni me asombra ya la diferencia de estos tiempos a los pasados. que hace un resto de acibarados remordimientos me llenaba el corazón. Sólo sé que esta mujer me causa compasión, más ignoro la causa. Cuando yo era estudiante y obsequiaba a alguna sevillana de la clase inferior, me acuerdo que muchas veces sufrí sus desaires porque ella conocía que, nacido en pardo sayal, sería difícil que de mi trato sacase otra cosa que manchas en su honor. Tal vez esta mujer haya sido en su juventud bastante virtuosa y habrá despreciado los obsequios de algún caballero por enlazarse con mi jefe y seguir su mala vida.

Mis camaradas van experimentando el poder del vino y el Feo está ya sumergido en el más profundo sueño. ¡Si yo pudiese engañar a esta mujer, que no parece dormirse!... Tentaciones me dan de escaparme...¡No puedo sufrir por más tiempo el olor de la sangre!

VII

—Buena mujer, ¿se interesaría usted por mí?

—Sí, hijo mío, aunque no debiera, porque tus desprecios no me han dejado muy satisfecha ¿Qué quieres? Todo cuanto ves está a tu servicio si te enmiendas. Pide lo que gustes.

—Sólo quiero un favor; el vino me ha hecho mal. Tráigame usted un poco de agua, en tanto yo cuidaré de cerrar la entrada de esta cueva.

—Voy al momento.

Se ha marchado por la trampa y me deja solo. Este bolsillo sufragará mis gastos hasta Sevilla y me quedará dinero para establecerme en paraje menos odioso que una quiebra de Sierra Morena. Cubro con mi capa uno de estos beodos y me llevo este lío de ropa que será más decente que la mía rota.

He salido atolondrado de la guarida y he tropezado con mi víctima en el camino. ¡Qué horror!... Yo creía, mientras presencié el convite, que apartándome de aquel lugar encontraría la felicidad en cualquiera otra parte, pero este tropiezo fatal me ha hecho ver que yo he contribuido a difundir el vicio fuera de su copa.

Si hiciera luna, ¡qué perspectiva más horrenda se presentaría a mis ojos!!

El miedo me hace volver la cabeza a cada paso de mi acelerada fuga y cuando miro hacia delante una cuchilla reluciente vuelve su punta a mis ojos; de manera que mi viaje de vuelta yendo cargado de oro es más miserable que mi llegada a este sitio, muerto de hambre. ¿Y en que consiste esto?

VIII

—Aquí tienes el agua... Pero, ¿dónde estás Cabeza de Muerto? ¡Ah! ¡Pobrecito! Algún vahído le ha postrado en el suelo. Le quitaré la capa de la cabeza y le rociaré con agua.

Levantó Felipa la capa. Miró un momento con ceño de meditación y luego, sacudiendo de repente la cabeza, alzó las cejas, entreabrió la boca y exclamó, admirada

—¡Media Barba! Pues, ¿y Cabeza de Muerto? ¿Dónde anda?. El picaruelo se ha valido sin duda de mi buena fe y ha tomado el portante. No, no volveré a fiarme de muchachos. ¡Mire usted! ¡Y con aquella carita de ángel!...

—¿Qué hay Felipa?—dijo Media Barba como asustado—. ¿Han venido en nuestra busca ya? Bien le decía yo al Feo que hubiéramos hecho mejor en apoderarnos de las mulas de aquellos dos canónigos, que en clavar el pecho a aquel pobre mozo... ¡Lo juro por mi media mandíbula! Y no por eso creas que soy un mandria o un gallina, porque bien acreditado tengo lo contrario.

Volvió a cerrar sus ojos y no habló más.

—¿Qué criado, ni que canónigos?—repuso Felipa después de haberle escuchado—. ¿Tú sueñas! ¡Ahí te finges aventuras y lances a tu talante, cuando hace más de ocho días que estás hecho un cobarde! ¡Cuando te veré dar una mojada o apretar un garlito!!... Bien pudieras en vez de roncar seguir el ejemplo de tu jefe....

—Ya lo sigo—dijo media Barba sin abrir los ojos.

—Quero decir—contestó Felipa—, que así como tu jefe me ha hecho un buen regalo esta tarde con un lío de ropa y una bolsa con diez onzas de oro que ha quitado, bien podías tu hacerme otro semejante y entonces merecerías más mis cariños. Pero mientras te contentes con las glorias de tu noviciado y con el significante apodo de Media Barba, por la cuchillada de aquel carabinero de antaño y no quieras empeñarte en campañas aún más arriesgados, no volveré a mirarte con ojos hechiceros, sino con desprecio, ni oirás de mi boca aquellas sales que cautivan a todos mis privilegiados. ¡Anda, qué no debo yo prostituir mis encantos con un hombre como tú!...

Si nuestro Media Barba se hallara a la sazón más fresco de cerebro, la arenga con que Felipa procuraba picar su amor propio, valiéndose del estado del ladrón que era de carácter altanero e indomable cuando se le echaba en cara su pereza, le hubiera causado alguna sensación, pero es el caso que Media Barba estaba sordo a a las expresiones de esta meguera y así volviéndola las espaldas y dando un ronquido bestial, después de haber en-

treabierto los ojos colorados para mirarla se entregó el sueño dejando a Felipa arrodillada a su lado y con el vaso de agua en la mano, sin sabe que hacer.

Esta vieja tenía cautivados los corazones de aquellos infames a excepción de Media Barba que le aborrecía por su fealdad aunque él no era menos feo. Por una guiñada de ojo, una asquerosa sonrisa o algún dicharacho impúdico de Felipa lanzábanse furibundos al crimen y se disputaban el lauro con que ella había de coronar al más temerario. Este lauro era siempre alguna deshonestidad.

Es probable que la cuadrilla continuase durmiendo hasta que una bueno coyuntura de poner en ejercicio su profesión, les hiciese abrir las bocas, estirar los brazos y agarrotar el cuerpo para empeñar en seguida el puñal, al mismo tiempo de colgarse en el pecho el escapulario. En tanto Felipa cuidará de las faenas domésticas y procurará inventar y forjar nuevas arengas para atraerse al rebelde Media Barba a sus inmundas y diabólicas caricias. Cuando echen de menos la ropa y el dinero que Cabeza de Muerto se ha llevado le llenarán de maldiciones y jurarán colgarle en la fatal argolla de la caverna. ¡Pobre Alberto! Y estas maldiciones las repetirán todos los días al acostarse y al abrir los ojos para que otros desgraciados los cierren.

En Sevilla
IX

Hace ya días que no veo los semblantes de aquellos ladrones. Esta ciudad, que siempre me ha parecido tan bella y risueña, ahora nada me divierte. Bien es verdad que no salgo de mi cuarto porque se me figura que todos me buscan para asesinarme. Cuando entré en Sevilla todos los perros de Triana se arrojaban sobre las piernas de mi caballo, como si quisieran impedirme el paso. Los perros tiene mucho olfato y el olor del malhechor trasciende. Después, aquel muchacho que venía corriendo hacia mí, me pareció venir a detenerme por orden de la policía y me aterró en tal manera que volví riendas y empecé a correr cuanto podía mi fatigado caballo delante del muchacho. En medio de la carrera gritó: «A ese pícaro, que me ha robado la yegua negra, prendedle, prendedle» y entonces conocí que no era a mí a quien buscaba, sino a otro que era un grado menos que yo, es decir, era ladrón solamente. Y al instante me arrojé con tal brío sobre el ratero que le tiré de la yegua al suelo. Un asesino quitó el robo a un ladrón para devolvérselo a su dueño. Esta buena acción me alegró algún tanto y me encuentro ahora con gran deseo de repetir semejantes actos y por las mañanas cuando me levanto me siento la cabeza tan pesada y me atormentan tales ideas que no me atrevo a salir a la calle. Las tardes me llenan de melancolía porque me acuerdo de lo que vi en la plaza de San Francisco dos días después de mi vuelta a Sevilla. Era una de aquellas tardes cenicientas de este mes de noviembre, apenas se había puesto el sol, todo estaba claro, pero la plaza estaba desierta. Paseabame yo por ella y al volver atrás la cabeza, no se con que motivo, me encontré con una vieja que cruzaba la plaza a grandes pasos sin causar el menor ruido. Miróme con poca atención, más bien con negligencia, pero se me sonrió un poco y aquella sonrisa que tan siniestra me pareció al través del paño oscuro que la cubría la cabeza no dejó de turbarme. La volví a mirar y sus espaldas y su cuerpo me recordaron a la infame Felipa. ¡Qué se hará ahora esa bruja con sus antiguos camaradas!...

X

Hoy voy a los toros. No hace un mes que esta diversión me horrorizaba ¿en que consistirá que ahora no me horroriza? Los vidrios de mi cuarto tiemblan con el ruido de los calesines y coches que conducen la gente a la plaza. El tiempo está hermoso, parece de una tarde de verano. La calle hormiguea con la infinidad de personas que marchan todos en una dirección, con los semblantes tan risueños como tristes los traerán a la vuelta de los toros. Las mantillas de diversos colores resaltan sobre la masa negra del pueblo. También pasan algunos majos a caballo con fajas de seda amarillas y encarnadas haciendo morisquetas y escaramuzando para atraerse la atención de las graciosas sevillanas.

No falta alguna que levante los ojos al cielo y acaso mire a mi balcón y se ponga colorada al escuchar los requiebros de cuatro elegantes que van tras ella de bracero y se pare a pedir agua a una aguadora para que pasen adelante sus satélites, mientras otra doncella no tan vergonzosa y recatada marcha a paso militar levantando su gruesa voz y accionando en medio de los soldados que llevan sus pañuelos cargados de pasas y tostones para ocuparse durante la función. Me estoy afeitando al balcón y esta escena me alegra sobremanera y me quita las tentaciones de degollarme que otros días me dan durante esta operación. ¡Ah, si todos fuesen día de función!... ¡Qué felicidad la de estas gentes y cuanto más disfrutan en estos días los artesanos que los ricos! Todo el jornal de la semana lo consumen en un día y tan alegremente que no desean guardar el dinero jamás. Yo conservo aún la soldada del asesino después de la ropa que he comprado y voy a gastar parte de este pago fatal. Por fin corro a mezclarme con esta turba, con estos miles de cabezas que forman oleadas y se apiñan en los parajes angostos para esparcirse en los mas anchos de la calle de la Compañía. Parece un arroyo desigual cubierto de trapos negros.

Se me figura que todos me miran y tengo tal vergüenza que ya me arrepiento de haber cerrado la cancela y de la orden que acabo de dar a la huéspeda para que no reciba a nadie hasta las seis que es la hora de concluirse la función.

XI

Estoy tan apretado que no puedo menearme.

Después de cien pisotones, empellones y codazos para sacar mi billete me hallo metido en una prensa y si no me divierto probablemente dejaré la grada y pasearé donde nadie venga a tropezarme. Además de eso, no veo a ningún amigo Estoy como atolondrado y todo me parece raro y nunca visto como si fuera un extranjero en esta ciudad.

Ya se has despejado la plaza y se espera la señal para abrir al primer toro. ¡Qué algazara! ¡Qué voces! ¡Y qué palmoteo! Quien no está acostumbrado a esto, sale de la plaza con la cabeza atronada y le suenan los oídos como si tuviese aplicado a cada oreja un cántaro de cobre vacío.

Veo enfrente de mí, en un palco principal, una joven preciosa. Si no me engaño es la misma que miró a mi balcón cuando yo me rasuraba. Lleva mantilla blanca y una rosa en la cabeza que le hace gracia, su rostro es fresco y sonrosado y sus ojos son negros como dos chispas apagadas sobre una hoja de la flor que resalta en su cabello. No se que

le habrá sucedido que se ha puesto pálida y sus facciones han tomado un interés particular. También los que están con ella parecen asombrados y ahora que he apartado mi vista de aquel palco he visto a todos los espectadores en la misma agonía porque el toro ha derribado al picador a la primera embestida y este desgraciado yace nadando en su sangre. Tan distraído había estado yo con mi belleza que ni oí el redoble del timbal, ni vi salir al animal del chiquero, pero en este momento un sudor frío corre por mi frente al aspecto de la horrorosa escena que estoy presenciando. Casi se me figura un ensueño y en vano procuro despertar como sucede muchas veces soñando. Lo que ahora miro es la realidad. ¡Un hombre muerto al principio de una diversión!

Pero el bárbaro populacho no parece sensible, redobla sus gritos de hiena y pide: «¡Otro toro!» «¡Otro picador!». En medio de estos acentos frenéticos y de las carcajadas y alegrías de los beodos he visto llorar a una niña. Una sola, y esto es porque aún es pequeña y todavía no está acostumbrada a un regocijo que quizás cuando sea mayor será su diversión favorita. La hermosa del palco está ya serena y no ha derramado ni una lágrima; esto ha entibiado mucho el fuego que empecé a alimentar en mi pecho otra vez enamorado. Ya no encuentro en ella tanta semejanza con mi desgraciada Catalina como creí hallar al principio. Agita al aire su pañuelo de batista y aplaude a un espada que de una sola estocada ha taladrado el corazón del bravo animal lleno de banderillas, atormentado y ya indefenso. ¡Cuantas veces he estado por gritar en medio de la turba: «¡El que siente en su pecho alguna compasión levántese y nos uniremos para impedir que salga otro toro!», pero no lo he hecho porque temía no encontrar un compañero entre tantos millares de personas.

Mis ojos están cargados y me pican. Iba a quedarme dormido, pero dos hombres que están a mi lado y que no habían despegado los labios en más de media hora me privan de este descanso. Hasta ahora no les había dado gana de vocear y reírse. Se les figuró que estaba yo *entregado a Morfeo* como ha dicho uno que probablemente será dómine o pasante. El de mi derecha sacó una bota de vino y ha bebido hasta que el licor le ha arrancado esos gritos, pero el dómine ha rehusado beber hasta engullir una o dos docenas de castañas asadas. Entre tanto,los dos gritan a porfía: esto me hace ver que la alegría de esta diversión sólo proviene de los desórdenes que se permiten en ella. Como yo no meriendo y sólo he venido a ver morir un hombre, en vez de divertirme me lleno de tristeza y me acuerdo de la argolla de la cueva de ladrones y otras cosas no menos horribles. ¡Y después querrán hacerme creer que me he divertido!

Si estos dos hombres no empezaron antes su merienda, fue sin duda por no ofrecerme el vino y las castañas y han esperado a que el sueño me obligase a reclinar la cabeza sobre el antepecho de la gradería. Muy engañados están si esperan que yo habré de hacer caso de su mezquindad. Esperaré en esta postura a que la gente se levante para retirarme a mi habitación en medio de las oleadas del pueblo, que me distraen más que el verle ocupado en una pica o en un banderilla de fuego y si puedo dormir un poco me alegraré después.

XII

De lo que me alegro es de haber despertado.

Quisiera distraer mi imaginación del ensueño que acabo de tener pero me es imposible en un sitio donde se ve la sangre mixta del hombre y del bruto. Ha sido una pesadilla. Me parecía salir de mi casa a medio día y marchar hacia la plaza de San Francisco, mientras un sin número de personas, la mayor parte mujeres de los barrios bajos, marchaban en dirección contraria a la mía y hablaban de tabernas y meriendas, para celebrar la suerte de haber prendido y ajusticiado al famoso bandido el Feo, mi antiguo jefe. Algunas personas se habían parado a una esquina y formaban un pequeño corro. Llamó mi atención, me aproximé cuanto pude para saber la causa que así ocupaba a aquella gente y como no podía ver nada por los sombreros de los que tenía delante pregunté a uno que parecía salir del centro de aquella masa: «¿Qué es lo que sucede?». Nadie me respondió ni una palabra y al instante vi correr a todos espantados y sin el menor murmullo, dejándome solo y espantado también de verlos huir sin saber yo la causa a pesar de tenerla a mi lado. Me sucedía lo que a un enfermo, que se aterra al ver a una sombra que se mueve fuera de su gabinete sin advertir en la lámpara que está detrás de la cortina, cuya sombra hace mover la llama trémula que alimenta. Volví la cabeza y vi una mujer tendida de bruces en el suelo que parecía muerta y otra que se retiraba volviéndome las espaldas, haciéndome por detrás señal con la mano para que abandonase a la infeliz que me disponía ya a levantar de las losas, para ver si podía ejercer en ella alguna caridad. «Corra usted, déjela usted, que está ya muerta y le van a llevar a la justicia para que declare». En efecto, apenas había acabado estas palabras y había perdido yo de vista su cabeza desgreñada, cuando me sentí agarrar los brazos fuertemente. Una patrulla de soldados me rodeó y por orden del cabo que los guiaba, me conducían al cuerpo de guardia para tomarme después declaración de aquella muerte. Iba yo distraído en el suceso y ni sabía por donde marchaba ni que iba preso, ni tampoco como me habían apartado de la muerta sin poderla levantar. Sólo recuerdo que tenía doloridos los codos porque me llevaban asido por ellos y que al entrar en la plaza sonó su reloj las dos y media. Nada distinguía de las casas, de los puntos del mercado ni de los que cruzaban por delante de mí, porque un velo blanco y luminoso me ofuscaba la vista y mi imaginación estaba ocupada en el suceso de la esquina. Al llegar al centro de la plaza, sentí tocar mi frente con un cuerpo frío y blando, levanté las manos y toqué los pies de un ahorcado en el cual reconocí después al Feo.

XIII

Ahora me acuerdo que al despertarme este hombre que está a mi derecha me rozaba la frente con la bota de vino que alargaba al dómine su compañero, que ya había dado fin a las dos docenas de castañas asadas.

—Diga usted caballero ¿cuántos toros faltan?

—Éste es el último y ya tocan a matar—me ha respondido el de la bota, con el semblante, lleno de tristeza y descontento.

—¿A matar?...

—Si señor, y harto que me pesa... Pero me parece que usted también lo siente, aunque quizás por otro estilo que yo.

—Basta, ya le comprendo a usted.

¿Será posible que me despierte para ver morir un animal tan hermoso?, me decía yo entre mí. Todavía, si ya no le presentaran la muletilla, podría servir ese toro negro para la dehesa, según lo animoso que se muestra y la poca impresión que parece haberle hecho las varas y banderillas a su gruesa piel. Pero el destino de este pobre animal está en unas manos que no sueltan el hierro sino después de empapadas en el humo de la sangre que ven correr con placer. Sino, véase el rostro del espada que acaba de hacer su oficio. O su *deber,* como ellos dicen, y repárese en la sonrisa que sale de su boca abierta por el cansancio. Aun los mismos que salen heridos de la refriega, se van riendo cuando los conducen a la enfermería, porque estos hombres son de una naturaleza diversa de los demás.

Los toreros quedan triunfante en la plaza, mirando a las gradas y palcos, enseñoreándose y aireándose con los sombreros y monteras, mientras las mujeres de los tendidos les dicen al pasar palabrotas bárbaras e indecorosas, dándoles el parabién de su destreza. En breve este lugar de tanta alegría y bullicio que parecía estremecerse con los aplausos de los aficionados, quedara yermo e inanimado sin presentar a la vista del último que salga otros objetos que un caballo muerto, algunas banderillas ensangrentadas y el rastro de polvo y sangre que dejó el toro arrastrado por las mulas engalanadas con banderolas de raso y cascabeles. ¿Y qué se ha sacado en limpio de este regocijo? ¿Qué utilidad nos resulta? Que la carne que mañana comamos será más barata que la de otros días.

XIV

«La función ha estado mediana». Estos son los clamores del pueblo en general. ¡Aún no se contentan con la muerte del primer picador!

Las puertas de la plaza vomitan al arenal millares de personas que se desparraman en todas direcciones. ¡Qué deprisa marchan! Me dejan atrás. La verdad que el paso que yo llevo me proporciona ver por más tiempo a la hermosa del palco, que va delante de mí apoyada en el brazo de un joven elegante. Me parece que al salir me miró con algún interés y acaso con un poco de compasión. Si estuviéramos en otros siglos más atrasados, tal vez creería que esta joven dotada de la segunda vista había leído en mi corazón la simpatía que la tengo y que al mismo tiempo veía la mancha de mi reciente crimen y por eso me tenía lástima. ¡Ah! ¡Si ella supiera que clase de emociones agitan ahora mi pecho y el horror que me tengo no dejaría de corresponderme!!... ¡Qué lindo es su cuerpo!...

Me han tirado de la levita por detrás. He vuelto a la cabeza con mucho disimulo, pero no he distinguido persona alguna conocida. Acaso sería esta mujer que acaba de pasar por mi lado tan aceleradamente. Su zagalejo de sayal pardo y el pañuelo colorado que cubre sus espaldas, no sé porque razón me llena de tristeza y se mezclan en mis pensamientos para acibararlos. Sin duda consiste eso en que la mujer que vi en sueños, que huía de la muerta volviéndome las espaldas, tenía los vestidos enteramente iguales a los de ésta y aún el calzado grueso y las medias azules. ¡Es posible que esta visión siempre ha de volverme las espaldas!... Por otra parte estos aullidos que a mi alrededor suenan tan lastimeros y agudos me quitan toda la diversión que yo podría disfrutar observando y escuchando las conversaciones de tantas gentes que dejan la plaza con la misma melancolía que los niños al concluirse una comedia de magia o figurón. Mis ilusiones, tan gratas mientras

desde mi balcón veía pasar el pueblo hacia la plaza de toros se han desvanecido con estos accidentes, quizás insignificantes para cualquiera otra persona.

Las reflexiones de Alberto fueron interrumpidas por los nuevos aullidos de un perro de lanas que, moviendo su pequeño rabo, sacudiendo las orejas y haciendo todas las demostraciones de cariño propias de un animal que reconoce a un amigo bienhechor, se le ponía por delante y pasaba por entre su piernas interceptándole el paso, de manera que nuestro desgraciado joven indudablemente le hubiera sacudido con el pie a estar más desembarazado y jovial.

—¡Hola, Aradin!—le dijo Alberto, acariciándole, después de haberle examinado un instante.

Pero el animal no cesaba en sus aullidos tristes y prolongados y esto fue de mal agüero para Regadon, el cual abismado al parecer en la meditación y con el semblante tétrico y pálido se dirigió a su casa acompañándole el perro hasta la esquina de su calle, no dejando de aullar con la misma melancólica monotonía. Al separarse Alberto de Aradin, se le prendió éste a la falda de la levita sin dañarla y no le soltó hasta que nuestro Regadon levantó la mano como para castigarle. Más no por esta amenaza cesaron su clamores y cuando Alberto llegó a la puerta de su casa todavía se percibían los quejidos del animalito que solo por la amenaza había desistido de obligar al joven a seguirle.

XV

¡Pobre Aradin! Acaso necesitaría de mi auxilio para socorrer a algún necesitado y yo, egoísta, me he negado a prestárselo, o tal vez su amo, mi antiguo amigo, se hallara expuesto a un grave peligro y mi poca diligencia podrá serle funesta. ¿Pero yo a quien puedo ser útil cuando soy el que necesito del socorro de los demás? Sin embargo iré a verle, le buscaré donde se encuentre, y la caridad que parecía haberse extinguido en mi pecho, intentando castigar al pobre perro, volverá a alimentarse de nuevo poniendo cuantos medios estén a mi alcance.

La educación de Alberto le había enseñado a ser compasivo y a pesar de haber ahogado con el crimen este noble sentimiento, no estaba aún lejos de hacerle renacer. Sucede con las afecciones del alma, lo que con una mecha, que se apaga con un soplo y se vuelve a encender con otro dado inmediatamente.

Sí, buscaré a mi amigo, pero es regular que me diga: «¡Cuanto tiempo hace querido Alberto que no nos vemos! He ido a tu casa y no me han sabido dar razón de tu paradero», y no sé si mi turbación llegara a confundirme. También me dirá: «lo único que he podido averiguar es que saliste hace cosa de un mes de Sevilla y pasaste el puente de Barcas acompañado de un hombre de muy mala traza» y en este caso no sé si me mataré en su presencia. No, es necesario que le responda como muy alegre, como poco advertido, con la voz entera, y que le aprieta la mano con tanta fuerza como si mi alma se ocupara entonces solamente en aquel placer, como si volviese de un viaje divertido por toda la Andalucía. En un palabra, como si no temiese empozoñarle con mi tacto.

Pero esto no podrá ser, porque no tengo bastante práctica en el fingimiento... Estoy resuelto. Si acaso me da vergüenza el hablarle yo me miraré a la nariz para ver si me he puesto colorado y si esto llega a sucederme en términos de no poder ocultarle mi deli-

to, me desharé el cráneo contra las paredes de su cuarto. Anita canta, quiero escucharla. Hay momentos en la vida en que todo parece siniestro; esta canción que en otros momentos sólo hubiera llamado mi atención para hacerme reír, me hace ahora estremecer, a pesar de que tan perfectamente conozco el corazón sin malicia de la niña que lo canta. Es la hija de mi huéspeda que ahora estará probablemente planchando y a pesar de lo graciosa que es Anita, las inflexiones y dulces paradas de su voz me parecen los ecos de una cantata diabólica y maliciosa.

La pata en Sevilla
La otra en Granada.
La lengua en Toscana
Y el cuerpo en Tolon.
¡Ay qué repartido que está este señor!
¡Chiminí, cominí!
¡Ay, Don Simón!

Ya ha cesado la voz del mal agüero, parecía que cantaba el himno de un descuartizado. Sin duda viene la joven cantora a abrirme. En efecto

—¿Anita, ha venido alguien a preguntar por mí?

—Nadie, sólo una mujer de muy mal aspecto y me ha entregado para usted esta tarjeta del marquesito de... de... no me acuerdo del nombre que me dijo. Usted podrá verlo, que yo no se leer.

—El marquesito de Torrevieja. Ya había penado en ir a verle. Su perro me acaba de recordar esa obligación, pero, ignoro como, sin advertirlo, me he metido en casa. ¡Padezco tantas distracciones!... Anita, que me despierten mañana a las ocho, estoy muy rendido... Pero dime ¿y era tan mala la figura de aquella mujer?

—Sus vestidos no lo eran menos que su cara, descarada y enjuta. Traía un sayal pardo muy remendado y una medias azules, aunque por delante eran más bien pardas. ¡Válgame Dios! Si la hubiera visto, Don Alberto...

—Basta, retírate...¡Siempre esa misma mujer!...

XVI

Aunque he dormido mucho, no he descansado.

Todavía es temprano y cuando vengan a despertarme no me hallarán porque a las ocho me estaré paseando bajo la Torre del Oro. Todos los recuerdos de esta hermosa torre y del frondoso paseo del Arenal, donde amé por la primera vez; la de aquellas noches de verano, frescas y serenas, en las que me alumbró la luna para pasear la ribera del Guadalquivir, mientras lloraba en mi soledad los aparentes desdenes de mi Catalina; los de ese puente de Barcas que tantas veces transité a deshora en busca del objeto de mi amor y las de aquellas noches de romería a San Juan de Alfarache, han huido de mi memoria como las hermosas y los placeres huyen de un apestado y sólo me acuerdo de lo que pasó hace pocos días. Mi método de vida ha variado con mis ideas y en consumiéndome el poco dinero que me resta, tendré que sujetarme al régimen que me imponga la necesidad. Pediré limosna.

La mañana es deliciosa y la ligera brisa que mueve mis cabellos hace que respire con más libertad que en el ahogado aposento donde duermo, cómodo tan sólo para los ratones y arañas que se arrastran por su frío embaldosado.

¿Por qué no saldré a pasear todas las mañanas? Pero no debo detenerme demasiado porque he de visitar a mi amigo el marqués. He hecho un nudo en el pañuelo par no olvidarme.

Todo está en silencio. Sólo al pasar por la puerta de Triana he oído algún ruido. Hay un cárcel en su grueso, destinada a los delincuentes de familias honradas y nobles. Porque si el malhechor es bien nacido no se le debe castigar como al plebeyo, aunque sea mayor su delito que el de éste.

Desde aquí veo, frente por frente, el puente de Barcas, con sus cuatro ermititas, las casas oscuras del barro de Triana y entre ellas el célebre edificio donde se hicieron fuertes los moros en la toma de la ciudad por San Fernando. El puente que salía de esta fortaleza, también de barcas, fue destruido por uno de mis antepasados, el almirante Bonifaz. Tengo a mis espaldas las puertas de Triana y del Arenal, la primera de orden dórico, elegante y majestuosa, adornada con estatuas. Veo a mis costados una prolongada tabla de agua mansa que baña todo el arenal, cubierto de árboles mojados aún con la niebla y por entre ellos se descubre la Torre del Oro y parte del colegio de San Telmo. ¡Lástima que sea de tan mala arquitectura! Muchas veces he visto enseñar a los pilotos y demás marineros de pequeño. Siguiendo el recorrido que hace el río a mi izquierda se va a San Juan de Alfarache, que no se puede ver desde aquí porque la altura donde está le oculta enteramente. ¡Cuántas veces le he visto cantando en medio del agua! ¡Cuántas veces he visto en el Guadalquivir, en noches de luna, centenares de barquillas engalanadas con farolitos de todos colores cruzarse velozmente, dejando en pos de sí surcos plateados como las ráfagas pálidas y brillantes del espíritu de vino encendido y derramado! El batir de los remos en el agua, cuando tenía fósforo, causaba un resplandor maravilloso; las velas crujían con la brisa y el canto de los jóvenes que iban a la romería se perdía insensiblemente, hasta que sólo se percibía el murmullo del agua al quebrase contra otra barquilla más cercana que seguía rápidamente a la primera. Me acuerdo que repetidas veces el pañuelo blanco de Catalina, flotando entre puntos resplandecientes verdes y encarnados, que eran los colores de los farolitos, me hizo aventajar a todos los brazos que acompañaban al mío. Ésta era la señal que me la hacía conocer, pero su voz sobresalía más dulce que la de todas las sevillanas a mis oídos. Cantaba muy bien y acompañada del rumor de las aguas sus ecos tenían un no sé que de particular que no puedo explicar. ¡También oí alguna vez sus suspiros!

¡Ah, Catalina! Cada vez que me acuerdo de ella me es imposible contener el llanto y estos son los únicos momentos que acompaño con lágrimas. No correspondía a una joven tan bella y virtuosa la muerte que me la arrebató, la víspera de nuestro enlace. Si éste se hubiera verificado, no sería yo lo que soy ahora, porque sus virtudes y docilidad endulzarían la crueldad de mis intenciones y las suavizarían. Esas arenas tantas veces regadas con mis lágrimas, depositarán los últimos restos del dolor de un hombre que ha bajado a las simas del crimen mientras tú subías al seno de la bienaventuranza. ¡Ah, Catalina!...

XVII

—¿Qué hace usted, caballero?

Un muchacho de la calle me ha hecho esta pregunta con aire de mofa, después de haber disparado a mis pies una nuez de pega.

—¡Muchacho!...

Pero este insolente no merece el gasto de una sola palabra. Acaso me ha creído embobado porque me he detenido en medio de la calle.

—Es que como mira usted tanto al Rey Don Pedro se me figuró que no le había visto usted hasta ahora, cuando no hay niño no vieja que no sepa ese cuento.

En efecto, sin saber como, he venido a parar a la calle del Candilejo, en vez de ir a la calle de mi amigo que está en la calle de los Monsalves. Ahora nada extraño que este muchacho me creyese bobo y quisiera espabilarme con una nuez de pega a que son tan aficionados estos pequeños vagabundos. Se cuenta como tradición popular, que habiendo muerto el Rey Don Pedro a un agresor en una noche muy oscura y haciendo la policía sus indagaciones sobre la muerte de este hombre mientras el monarca estaba persuadido de que nadie podría acusarle como testigo del hecho, un anciana llamada Ventura que vivía en el paraje donde sucedió la muerte, declaró que el matador era el mismo Rey a quien ella había reconocido por el ruido de las canillas al andar, habiendo salido a la ventana alumbrada con un candilejo. Súpolo Don Pedro y mandó que se colocara su busto en ese nicho, delante del cual me detuve involuntariamente. Justamente me he metido en la callé más estrecha y sucia de Sevilla.

XVIII

Por fin llegué a la casa del marqués, pero he llamado dos veces y no me han abierto. No se porque motivo tendrán cerrada la puerta de la calle. Pueden ser que hayan mudado de habitación, pero no veo en los balcones y en los miradores papeles que anuncien estar esta casa desalquilada.

Ya oigo el ruido de la cancela: vienen a abrir.

—¿Quién es?—me acaba de preguntar una voz que desconozco.

—Gente de paz; abra usted.

—¿Cómo tan temprano, y por aquí?—me replicó, recibiéndome, la mujer del sayal pardo y las medias azules, y después continuó: Que prefiero los amores / de mi morena Felipa...

Un estremecimiento en todo mi cuerpo paralizó mis movimientos y no me fue posible huir al reconocer el semblante irrisorio de Felipa.

—No extraño tu admiración, Cabeza de Muerto, porque...

—No, no. ¡Infame! No me llame así. Yo soy Alberto Regadon y si usted me descubre...

—Nada de eso, ya sabes que mi inclinación hacia ti no puede serte perjudicial y ya que la casualidad nos ha proporcionado esta entrevista quiero contarte el motivo de mi

venida a Sevilla. Además de que para acabar la obra te sobra tiempo, porque está bien seguro...

¿Qué querrá decir esta mujer? Yo tiemblo

—Después que tan lindamente me engañaste, pidiéndome agua, se oyeron dos tiros a corta distancia de nuestra guarida y a poco rato entraron en ella ocho soldados de caballería. ¡Mala ventura para ellos! Los cuales arrojándose como hurones sobre nuestra gente, debilitada con el sueño y la borrachera, maniataron a cuatro sin la menor resistencia y entre ellos al Feo. ¡Dios le de más ánimo a estos gallinas para salir a la plaza de San Fernando a bailar el zapateado! Los restantes se defendieron, aunque con pereza y poco valor, y unos murieron, y otros fueron herios. ¡Dígalo Media Barba quien ya ha perdido su tan querida mitad!. ¡Desgraciados, ya no echarán más requiebros a su hermosa Felipa!...

Hase enjugado esta mujer con un pico del delantal una lagrima que me ha parecido turbia y asquerosa y se dispone a proseguir.

—Como para eso de combates las mujeres somos consideradas como cero, ¡gracias a la buena voluntad de lo señores hombres!, no hicieron caso de mí aquellos militares y afortunadamente pude sustraerme de aquel lugar para buscar nueva fortuna. La otra guarida del jefe, qué está a la otra parte de la Sierra, cerca de la venta de la Estrella, en el camino de Córdoba, fue descubierta anteriormente y aquellos infelices declararon que nosotros estábamos entre Santa Olalla y El Ronquillo, en una especie de puerto formado por dos amplios peñones, al cual llaman ya el Puerto de los Ladrones

Acaba de hacer Felipa una breve pausa y se me sonríe. Yo me siento acompañado de un terrible escalofrío y no sé como me presentaré a mi amigo.

—Dime Felipa, ¿y tú sirves al marqués de Torrevieja?—vuelve a sonreírse

—Como para esto de navajadas y golpes tengo alguna habilidad con estas manitas... Pero a pesar de eso, si te han prometido otros cien escudos...

—¡Maldita bruja! ¡Harpía!... Calla, calla o te ahogo.

¡El Marqués está herido! Vuelo a su habitación.

¿Por qué esta infame, en vez de amedrentarse, se sonreía cuando le puse el pañuelo en la boca?

XIX

¡La persona a quien di la puñalada es mi mayor amigo, el marqués de Torrevieja!... He entrado en su alcoba y le he visto expirando. Su pobre madre me ha contado lo que yo sabía aún mejor que ella. No he hablado ni h hecho gesto alguno, sólo he podido huir de la presencia cadavérica de mi víctima, que no me ha mirado porque no podía volverse a mí. Abur, Felipa. ¡El cielo te maldiga como yo acabo de maldecirme!

XX

Pero al fin a nadie he muerto todavía. No, no soy un asesino. Veo la plaza de San Francisco enteramente negra. Un millón de cabezas flotan sobre ella sin el menor murmullo. Quiero ver lo que es.

Al acercarme han levantado un espantoso grito uniforme que hace temblar los edificios y me parece que aquel sinnúmero de bocas quería beber mi sangre. Los gritos se redoblan y mi cabeza es una bomba ardiente presta a estallar. Mi cráneo hierve interiormente y me duele como si me lo arrancaran. Los gritos resuenan tercera vez con mayor fuerza que las dos anteriores. Si yo pudiera internarme y mezclarme con la turba gritadora, conseguiría el ver este espectáculo y el ocultarme mejor por si hay alguien que me señale con el dedo desde un balcón. Al fin lo he conseguido, pero muy a mi pesar.

Dan garrote a un hombre y aunque no distingo sus facciones por estar atontado con la calentura que devora mi frente y haber disminuido mi vista quisiera saber quien es, porque yo debo conocer a todos los de mi oficio. Preguntaré a este hombre que está a mi derecha y parece de buena traza.

—¿Buen hombre, quién es el ajusticiado?

—Nuestro jefe—me ha respondido, callandito, Media Barba, que estaba detrás de mí, disfrazado de carnicero.

XXI

De este modo me es imposible vivir. Si me admitiesen en un convento daría gracias al cielo y estaría en paz. Por todas partes veo muertes, visiones, cárceles...¡qué horror! Y para complemento he visto hacer a un hombre lo que jamás había visto ni podido ver. ¡El hijo del verdugo ajustó su pañuelo a la boca del ajusticiado y ha recogido en él la sangre negra que vomita el reo a la rotura de la garganta! Sólo faltó que lo hubiese sacudido en mi frente para colorar el sello de asesino que llevo en ella.

Estoy resuelto a borrarlo con la penitencia. Voy a buscar un caballo... Pero es natural que pidan fiador... Iré a pie.

XXII

¡Pobre Alberto ! Su crimen es horrible pero la expiación de un solo delito no le abandona en toda su vida.

En la calle de la Compañía, al salir de la ciudad, oyó al pregonero estas palabras: «Se ofrecen veinte escudos al que presente la cabeza de Juan Cabeza de Muerto»

Y, por fin, al salir del barrio de Triana, unos buitres que devoraban los restos de un perro muerto, volaron a su alrededor rozando casi su cabeza con las grandes y fuertes alas y haciendo tal zumbido con la pluma en su lento vuelo que el desgraciado joven, pálido y aterrado, cayó al suelo, al principio de su marcha. Su dirección era a Santiponce.

Adición. A un personaje desconocido

Es muy regular que las personas de buen gusto que lean esta historieta, encuentren en ella un gran vacío, porque su escritor, que fue en otros tiempos muy amigo mío y con el cual estoy muy enemistado por la nueva secta literaria que ha abrazado, no ha dicho en la conclusión algunas cosas que, según lo practicado por los escritores del siglo pasado y las reglas prescritas por los discípulos de Dupré Dumenil, enteran a los lectores de todas las menudencias que tanto contribuyen a aumentar el interés de la historia. Sin embargo, ya que por una fatalidad no pueda decir a los propósitos del clasicismo lo que sucedió a Regadon, a Felipa y a los demás personajes de la historia, después que Alberto abandonó Sevilla, me complaceré en contarles lo que con el escritor de ella me sucedió no ha muchos meses.

Viajaba yo por la Andalucía, en busca de antigüedades y de manuscritos empolvados y carcomidos; llegué a Santiponce con el ánimo de hacer algún notable descubrimiento sobre las ruinas de Itálica, y aunque no me salió fallida la intención, el éxito de mis trabajos no correspondió al noble objeto de mis penosos viajes. Estaba yo admirando los sepulcros del célebre Guzmán el Bueno y su esposa Doña María Alfonso Coronel que se conservan en la iglesia de San Isidro del Campo, de los padres Jerónimos, cuando me sentí tocar la espalda y oí algunas palabras mal pronunciadas que parecían surgir de un pozo. Volví la cabeza y vi a un ente sucio y de figura de oso que con una montera de piel hacía el ademán de pedirme limosna. Observé atentamente a aquel extraño individuo hasta que, sacando de un bolsillo un legajo de papeles mugrientos y desiguales, me suplicó diese una limosna a Alberto Regadon. Al oír este nombre di un paso hacia atrás, pero recobrando mi serenidad puse en su montera medio duro y le pedí me dejase examinar esos papeles.

—Hace usted bien en no huir de mí—me dijo con voz fuerte y ensanchando el blanco de sus penetrantes ojos— y yo se lo agradezco. El gobierno me ha indultado y a pesar de eso mi nombre suena en los oídos de los habitantes de Santiponce como un anatema, como el silbido de un salteador de caminos. Vea usted mi vida desde que llegué a este pueblo. A pesar de mi penitencia, de los ayunos y de las lágrimas con que todos los días baño este húmedo pavimento, no hay niño, ni anciano ni mujer, que no huya de mí como de un espíritu conjurado por un exorcista...

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono vario e indeciso. Arrastrose enseguida por el suelo, dando aullidos como un demente, y dejándome con los papeles en la mano huyó por una trampa que no me atreví a levantar después. Examiné aquellos manuscritos y di por bien empleado el susto que pasé con la aparición de Alberto Regadon. ¡Qué noticias tan interesantes contenían! ¡Ojalá las hubiera copiado! Marché a Sevilla, busqué al amigo que escribió esta novelita y alborozado con mi hallazgo le entregué los papeles para que por ellos hiciese un apéndice a su escrito. ¡Menguado de mí!

Dos días después fui a su casa, deseoso de ver el fruto de mi viaje a Santiponce y aquellos preciosos papeles estaban ardiendo en el fuego de la chimenea para chamuscar un par de pichones. La cólera me precipitó contra el escritor, pero el respeto a un enorme cuchillo que tenía en la mano me impidió maltratarle, así que salí corrido de su casa, mientras él, sentado a la mesa y con el mayor descaro se reía, a grandes carcajadas, y sin poder pasar un bocado, ni articular una sola palabra que me aplacara en mi justa indignación. Desde entonces sólo respiro venganza. En aquel legajo de papeles, tan bárbaramente sacrificados se daba noticia de la vida de Catalina, tan querida de Alberto, de su desgra-

cias, de sus padres, pueblo de su nacimiento y hasta una copia de su fe de bautismo hallé en ellos. Se daba razón de la madre de Alberto, de la genealogía del Marqués de Torrevieja y porque motivo iba a rezar en el vía crucis, si era o no por penitencia del confesor y otras cosas por este estilo. Todas estas interesantes noticias debidas a la vida de Felipa y Alberto desde que huyeron de Sevilla, hubieran deleitado sobremanera a los lectores, si la mala fe del escritor no me hubiera privado para siempre de ellos, pero ya que esto no puede remediarse, sirvan estos renglones de desagravio a mis amados lectores *clasiquistas*, que con sobrada razón han podido agraviarse de ver una composición imperfecta, según las reglas de Aristóteles.

Stephen

Eugenio de Ochoa

El Artista. 5 de mayo de 1835. Tomo 1. Pp 234-239. 12 de mayo de 1835. Tomo1. Pp 243-248. 19 de mayo de 1835. Tomo 1. Pp 259-262

¡Una mujer!!!... Con su flotante velo
tocó al pasar mi frente.
D. Ventura de la Vega

I

Una mañana de noviembre, entre cinco y seis de la madrugada, subía la cuesta que conduce del Prado al Retiro por el lado del Tívoli, un joven como hasta de veinte años, vestido con bastante elegancia según parecía a primera vista, pero no tanta que pudiese resistir a un examen detenido de todos los objetos que componían su vestimenta. Llevaba un frac azul con botones dorados, algo raído por las espaldas y por los codos, tan perfectamente abrochado de arriba abajo, y tan bien unido por delante con los lazos de un corbatín negro, que más bien que a otra cosa, parecía destinado a ocultar la ausencia del chaleco y de la camisa. Aunque a decir verdad revelaban, o querían revelar, la existencia de esta última dos picos bastante blancos que salían por entre el corbatín y el carrillo y caían a manera de gola, según la nueva moda de los románticos ingleses. Un pantalón negro, digno compañero del frac, completaba con un par de botas y un sombrero no muy nuevo, el traje de nuestro héroe, y estaba el pantalón tan tenue y descolorido que casi se clareaba por algunas partes, dejando ver por todas la artificiosa trabazón con que estaban dispuestos los hilos que lo componían. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del costado, lo cual hacia por lo menos muy dudoso que estuviesen cubiertas de sendos guantes, pues aunque corría en efecto algún fresquecillo, no era tanto que hiciese necesario el doble abrigo de guantes y de bolsillos.

Caminaba nuestro joven a muy buen paso y tan preocupado al parecer en sus meditaciones que ningún objeto exterior le llamaba la atención, pues ni aun se la llamó siquiera el arco por donde se entra en el Retiro, contra cuya pared adyacente se pegó un muy buen encontrón, expresando en seguida con un gesto enérgico el agudo dolor que con él había recibido. Dirigióse al estanque principal, a cuyas orillas se estuvo paseando triste y meditabundo un largo rato. Internose luego por los hermosos bosquecillos situados alrededor del gracioso estanque chinesco que es, como nadie ignora, uno de los más hermosos adornos del Retiro, y habiendo llegado junto a él, se puso a mirarle con la mayor atención, apoyado en la baranda que le rodea.

Contemplaba nuestro joven sus turbias aguas con ojos tétricos e inmóviles. La brisa de la mañana agitaba sobre su frente los rizos de su rubia y larga cabellera y la expresión de una profunda y habitual melancolía estaba grabada en su semblante con caracteres indelebles. Pero la llama del genio en toda la fuerza de su juventud resplandecía en sus azules ojos y rasgados.

Stephen Wordan era el nombre de este joven. Nacido en el nebuloso clima de Alemania, donde había pasado los primeros años de su infancia, conservaba en su carác-

ter, a pesar de su larga mansión en España, aquella melancolía meditabunda que tanto distingue a los alemanes y en general a los habitantes de todos los países ásperos y tempestuosos. Vino Stephen a España a los nueve años de edad, y el hombre que le acompañó en su viaje le puso inmediatamente después de su llegada en el colegio de Bergara, donde no tardó en distinguirse de todos sus colegas no menos por su carácter sombrío que por sus extraordinarios adelantos en todas las materias a que se dedicaba, especialmente en el dibujo y en la literatura. Lejos sin embargo de granjearse por este medio el aprecio de sus profesores y compañeros, todos le miraban más bien con despego que con cariño, porque no eran capaces algunos de penetrar el misterio de aquella alma profunda, y porque reconocían otros en él cierta superioridad intelectual que ofendía algún tanto su amor propio

La melancolía habitual de nuestro alemán no tenia sin embargo por único motivo la naturaleza de su temperamento, antes bien es de creer que si su existencia hubiera sido siempre feliz, propendería más bien Stephen a la alegría que a la tristeza. Pero motivos de más gravedad contríbuian a fomentarla como contribuyeron sin duda a producirla. Stephen no conoció nunca a sus padres. El hombre que le trajo a España y a quien nunca había visto hasta la época de su viaje, pagaba todos los años las cuentas del director en que entraban todos los gastos de objetos indispensables que el mismo director le adelantaba, pues solo una vez al año parecía por Bergara o enviaba en su lugar a alguna persona de confianza el misterioso acompañante de Stephen. Conservaba éste recuerdos bastante confusos de los primeros años de su vida, pero cuando oía a sus compañeros ponderar las dulzuras de la casa paterna, se acordaba de que nunca había él recibido las caricias y cuidados de que tanto oía hablar a sus compañeros. Leía las cartas que estos recibían de sus madres y hermanos y aquel lenguaje de amor y de ternura era para él enteramente nuevo. Consideraciones que le sumergían en una multitud de meditaciones amargas a que sucedían las más ardientes lágrimás derramadas en la soledad, porque no hubiera querido él por nada en el mundo que sospecharan sus compañeros la causa del sentimiento que le agitaba. Perdíase el pobre muchacho en sus hondas cavilaciones, dábale mucho en que entender aquel misterio en que parecía estar envuelta su existencia y viendo que los domás muchachos que le rodeaban tenían en el mundo personas que se interesaran por ellos y que él no tenia ninguna, llegó a familiarizarse con la idea de que era un ser condenado por el ciclo a un injusto infortunio y a no contar con más amparo que con el suyo propio. De aquí provinieron la circunspección y melancolía que llegaron a hacerse habituales en su carácter y que bautizaban con el nombre de orgullo e insensibilidad sus compañeros y profesores. El poco cariño que unos y otros le mostraban acabó por hacerle formar desde su niñez una idea poco favorable del género humano y le obligó a ocultar en lo más hondo de su pecho, por miedo de verse humillado, la profunda sensibilidad de que le había dotado la naturaleza.

Uno solo entre sus compañeros, más perspicaz que los otros y de carácter más suave, hizo justicia al desgraciado alemán, penetrando cuál era la causa de su, al parecer, extravagante monomanía. Llamábase este muchacho, que tendría entonces la misma edad que Stephen, Enrique Mendoza; simpatizaron tanto los dos jóvenes apenas se conocieron, que no tardó en unirlos la más estrecha amistad, y esta amistad, que tan bien sabía sentir el corazón del pobre Stephen, fue el único objeto que endulzó algún tanto su triste y larga mansión en el colegio.

Pocos eran los recuerdos que le quedaban del tiempo que había pasado en Alemania, pero había uno entre ellos, que aunque vago y confuso, llenaba siempre su alma de una purísima alegría. Acordábase de que iba algunas veces a la casa de campo donde él habitaba en compañía de un viejo y una vieja, bastante ridículos, una señora muy joven y muy hermosa que le hacía las más tiernas caricias y le tenia horas enteras entre sus brazos llorando y estrechándole a su seno con la mayor ternura. Era tan confusa esta memoria, que ni aun se acordaba de las facciones de la señora, pero un secreto presentimiento le decía que aquella debía de ser su madre, porque sólo aquella le había amado como, a juzgar por las cartas que recibían de sus madres los otros colegiales, aman las madres a sus hijos.

Siete años pasó Stephen en el colegio de Bergara, al cabo de los cuales recibió una carta del hombre que le había acompañado en el camino y una suma de diez mil reales que le entregó un desconocido. El contenido de la carta era el siguiente:

«Ya ha cumplido V. diecisiete años, y con esos diez mil reales se ha agotado el dinero que recibí de una persona, cuyo nombre no diré jamás, para completar su educación de V. De hoy en adelante corre V. ya por su cuenta y es libre de sus acciones. Con los talentos que V. posee, fácil le será hacerse una suerte independiente sin necesitar de los socorros que ha estado recibiendo hasta ahora por mi mano y con que no debe contar ya de hoy en adelante.»

El primer cuidado de Stephen fue abonar al director todos los gastos que había hecho por él durante cl último año de su mansión en el colegio, y con el dinero que le quedaba resolvió hacer un viaje a París, habiendo oído decir que en aquella gran capital se encontraban, más que en otra alguna, medios fáciles y baratos de adelantar en la pintura, arte a que, desde aquel momento, resolvió dedicarse exclusivamente por ser aquél para el que se sentía con más disposiciones. La idea de verse solo en el mundo y abandonado del cielo y de la tierra, no le abatió en manera alguna por estar ya muy de antemano familiarizado con ella. Así es, que a la primera ocasión se puso en camino para la capital de la Francia, sin contar con más ayuda ni más protección que la de su buena suerte y la de Dios.

Tres años pasó Stephen en París, sepultado en el barrio más recóndito de la capital, dedicado exclusivamente al estudio de la pintura y a la lectura de crónicas y poesías antiguas. Hizo algunos retratos con cuyo producto se mantuvo luego que se le acabaron los diez mil reales y llegó a hacerse alguna celebridad en su arte entre el corto número de personas que le conocían, pero fastidiado de la monótona vida que pasaba en París, sin amigos y sin amores, resolvió volver a España, creyendo hallar en esta nación eminentemente romántica y original, inspiraciones nuevas y grandiosas que le distrajesen algún tanto de su profunda melancolía. Los primeros meses de su mansión en Madrid fueron para él una serie no interrumpida de sensaciones agradables, porque encontraba en muchos puntos de esta ciudad, no desfigurados todavía por la mano de la civilización, vestigios de aquella época tan poética y tan admirable, conocida bajo el nombre de edad media. Seis meses hacia que se hallaba Stephen en Madrid, cuando, como dijimos al principio de esta historia, contemplaba con ojos tristes y inmóviles las aguas del canal chinesco del Retiro.

II

Y se conocía en la expresión de su semblante que un amargo y profundo sentimiento le atormentaba el corazón, y no le faltaba motivo en verdad para estar cansado de la vida. ¡Pobre Stephen! Su alma sensible en extremo, no había hallado todavía un objeto en quien derramar el tesoro de su ternura. Sentía en su pecho un vago deseo de amar y sin embargo todas las mujeres que veía le parecían incapaces de corresponder a un amor como el suyo. Todas sus ilusiones de poeta se iban desvaneciendo una a una y dejando en su lugar un vacío espantoso. Stephen, en fin, resolvió acabar de una vez con su amarga existencia.

Y por eso se había dirigido aquella mañana al estanque chinesco del Retiro, pareciéndole delicioso aquel sitio para encontrar en él un eterno descanso. Iba ya a precipitarse en las aguas, cuando una mano de mujer contuvo su brazo, y habiendo vuelto la cara para ver quien le detenía, se halló frente por frente con un ángel de luz, que tal le pareció a él la mujer que tenia delante. Su fisonomía indicaba que salía apenas de la infancia, iba vestida de blanco y el viento hacia flotar sobre su frente de nieve juntamente con sus dorados rizos los pliegues de una blanca mantilla.

Stephen al verla se quedó pasmado, porque nunca ni aun en sus ilusiones delirantes había visto un ser tan celestial, una imagen tan cumplida de la hermosura.

Le pareció mirándola que el cielo se había abierto sobre su cabeza, las sombrías ideas que poco antes le agitaban, se desvanecieron en un momento y se le imaginó que empezaba para él una nueva existencia, no ya árida y triste como la que había pasado hasta entonces, sino llena toda de mágicas felicidades. Lo que sintió entonces Stephen no podemos nosotros explicarlo, ni hubiera él podido decirlo, porque se hallaba su cabeza en una violenta exaltación... Porque hay primeras sensaciones que son tan rápidas y trastornan el ánimo de tal manera, que no pertenecen a la tierra, sino al cielo

Mirabale aquella mujer con ojos compasivos, como si hubiera adivinado el siniestro proyecto que meditaba y le rogara que se conservase a la vida. Con todo, no le habló una sola palabra, porque tienen los corazones un lenguaje mudo más elocuente que el de los labios. Salió en esto de entre los árboles inmediatos otra mujer, cubierto el rostro con un velo negro, y habiendo cogido del brazo a la que ya adoraba nuestro alemán, se alejaron juntas de aquel sitio, dirigiéndose hacia la salida del Retiro que conduce al Prado. Quedó Stephen por un largo rato tan agitado de confusas sensaciones, que ni aun tuvo aliento para seguirlas, pero habiendo vuelto en sí poco después, echó a andar por el mismo camino que ellas habían seguido y durante algún tiempo no le fue posible encontrarlas, hasta que al atravesar el arco por donde se sale a la bajada del Tívoli las divisó a lo lejos. Pero ya no iban solas. Un joven de muy buen parecer daba el brazo a una de ellas. Al llegar al Prado, subieron las damás en un coche, montó el joven en un airoso caballo y todos se alejaron con una velocidad aristocrática. Cuando llegó Stephen al Prado, vio al coche y al caballo tomar la vuelta de la calle de Alcalá y pronto los perdió de vista.

Entonces le pareció que aquella mujer, y todo lo que le había pasado aquella mañana, no era más que un sueño. Su corazón latía con una violencia extraordinaria y abrasaba su frente un ardor calenturiento. Siguió como por instinto el camino por donde había visto alejarse el coche donde iba encerrada toda su felicidad. La mañana entera la

pasó recorriendo las calles como un loco, mirando a cuantas mujeres encontraba como si quisiera reconocer en cada una de ellas a la que tan grabada tenia en el fondo de su corazón, y lo mismo hizo todo aquel día y los siguientes. Todas las mañanas iba a pasearse por las orillas del estanque donde se le había aparecido aquella forma celestial, pero en vano. Cada día se persuadía más de que aquello no había sido más que un sueño misterioso, una ilusión de su delirante fantasía y poco a poco se iba apoderando de su alma la tristeza habitual que nunca le abandonaba. Pero sentía no obstante una vaga esperanza de ventura, porque un secreto presentimiento le anunciaba que su suerte estaba a punto de mudarse enteramente, pero ignoraba si sería para mayor felicidad o para mayor infortunio. Pronto lo veremos.

III. Stephen a Federico

Todos mis paseos matinales, todas mis investigaciones han sido inútiles. Por más que hago, por más que voy y vengo al Retiro, me es imposible encontrar a aquella mujer que de algún tiempo a esta parte ejerce sobre mi imaginación un imperio tan extraordinario. Todas las mañanas al amanecer voy a pasearme junto al estanque del Retiro, donde la vi por primera y única vez, y nunca la encuentro. No falto una sola tarde al Prado ni dejo todos los días de consagrar un par de horas a recorrer las calles de. Madrid con la esperanza de hallarla. Pero todo es inútil. Sin embargo sus facciones están tan profundamente grabadas en mi corazón, que estoy seguro si la casualidad me hiciese encontrarla, la reconocería entre mil.

Muchas veces he procurado desechar como un capricho de mi fantasía este ridículo empeño de volver a ver a una persona que en realidad nada me interesa. Pero no parece sino que los obstáculos que se me presentan para hallarla, avivan más y más mi curiosidad. Es probable que el tiempo y mis ocupaciones me quitarán en breve de la cabeza esta singular manía, pero entretanto puedo asegurarte que no hago más que pensar en ella. Ahora por fortuna tengo otro cuidado de mucha entidad que me obligará a olvidar completamente mi dama invisible, o me distraerá al menos lo bastante para ayudar al tiempo a que la borre de mi memoria.

Recibí antes de ayer una carta de la Marquesa de R. muy conocida en Madrid por su belleza y sus aventuras, en que me suplicaba pasase por su casa aquel mismo día para empezar su retrato al óleo de tamaño natural. No dejó de chocarme bastante el verme preferido por aquella señora a los muchos y célebres pintores que hay en Madrid, siendo mi mérito tan corto y poca o ninguna mi fama como discípulo de Apeles. Acudí a la hora convenida a casa de la Marquesa con mi caja de pinturas debajo del brazo y vi que en efecto su belleza correspondía a los elogios que me habían hecho de ella cuantos la conocían.

Estaba sola cuando entré en su estancia y vestida del modo más seductor y artificioso. Un ropón o bata abierta por delante, blanca como la nieve, la cubría de pies a cabeza dibujando por entre sus anchos pliegues unas formás perfectamente hermosas según el gusto de los pintores flamencos, es decir, redondas y carnudas. Unos piececitos en miniatura, breves y estrechos, se descubrían apenas por debajo del vestido, gracias al vivo azul de unas pantuflas de terciopelo, bordadas de plata a la chinesca. que los cubrían. Tenía el

pelo recogido detrás de la cabeza con galán artificio y caía por su cuello y sus hombros en largos rizos de ébano sobre una anchísima pañoleta blanca y bien bordada. La edad de la Marquesa no parecía ser la de la primera juventud; pero se hallaba en aquel dichoso periodo de la vida mujeril, tan apreciado por los inteligentes, que comprende desde los veinte y ocho hasta los treinta y cinco.

Estaba, cuando entré a verla, tendida, más bien que sentada, entre los almohadones de un ancho sofá, y tenia en la mano un librito forrado de tafilete color de rosa, que por su forma y dimensiones parecía ser evidentemente novela o colección de poesías.

Me recibió con el mayor agasajo y cortesía posibles, ponderóme lo mucho que había oído encarecer mis talentos de artista, y acabó por suplicarme la hiciese su retrato de cuerpo entero en el traje que mejor me pareciese, para sorprender con él a su marido ausente entonces de España. Llevóme en seguida a su guardarropa para que eligiese entre los numerosos y ricos vestidos que desplegó ante mis ojos, el que mejor me pareciera para retratarla con él. Enseñóme además una profusión de aderezos y otros adornos mujeriles, con el objeto de que eligiésemos entre ellos el que mejor se adaptara al carácter de su fisonomía. Después de un asalto de cumplimientos, en que intenté demostrarla y la demostré en efecto que ella no necesitaba adornos ni composturas para estar hermosa, nos decidimos unánimemente por un vestido de terciopelo negro muy escotado, que debía hacer resaltar ventajosamente la extraordinaria blancura de su cutis, y escogimos entre los aderezos uno de perlas blancas que adornara su cintura, su garganta y su cabello. Empecé en aquel mismo instante a hacer el bosquejo de su retrato, y a juzgar por la mucha paciencia de la Marquesa, es probable que pronto estará acabado, pues toda la mañana y toda la tarde la pasamos, pintando yo, y diciéndome ella las cosas más amables y cariñosas del mundo. Esta mujer, a lo que parece, me profesa una verdadera simpatía; continuamente me está haciendo preguntas con el mayor interés acerca de mi salud, de mis talentos, de mi familia... ¡De mi familia! Nunca le he dicho nada sobre este particular; porque en efecto ¿qué podría decirle? Tú conoces el secreto de mi nacimiento, amigo mío; pero no todos poseen como tu un corazón amigo de los desgraciados, ni saben que es una injusticia hacer recaer sobre los hijos las culpas de los padres. Si yo descubriera a la Marquesa este fatal secreto ¿quién sabe? ¡Acaso se desvanecería en un momento todo el afecto que me profesa, acaso miraría como un crimen la mancha de mi nacimiento, porque otros han sido bastante injustos para hacerlo! No; nunca descubriré a la Marquesa el secreto de mi vida.

IV. Stephen a Federico

Ya llevo bastante adelantado el retrato aunque hace muy pocos días que lo empecé. Ahora se le ha antojado a la Marquesa que la retrate con un perrillo que tiene, muy lindo y vivaracho, llamado Azor, y aunque acaso lo exigía la dignidad del arte, no he creído deber oponerme a este inocente capricho.

Cada día voy descubriendo en esta mujer nuevas gracias y nuevos atractivos. Imposible me parece combinar la profunda sensibilidad que tiene o aparenta tener, con la escandalosa historia que refiere de su vida la crónica de los salones. Yo ignoraba que esta señora tuviese hijos; ayer me dijo que es madre de una hija muy joven, que está educándo-

se en una casa de campo a dos leguas de Madrid para evitar el mal ejemplo de la corte. ¿Por qué no estará su madre con ella?.... Me ha hablado de sus viajes, refiriéndome también algunas particularidades de su vida. ¡Si vieras!....

Esta mujer debe haber sido muy desgraciada, porque muchas veces, en medio de nuestras conversaciones, se le cubren los ojos de lágrimás como si se la representaran algunos tristes recuerdos. Siempre encuentra algún motivo para que mis diarias visitas sean cada vez más largas, y si no temiese pasar por presuntuoso a tus ojos te diría que, si esta mujer no me ama, me profesa al menos un afecto muy parecido a la ternura. También por mi parte creo que, sin la aparición de aquel ser misterioso o fantasma de mi imaginación que se me presentó junto al estanque del Retiro, la amaría con toda mi alma; pero una voz interior me anuncia que ha de repetirse aquella hermosa aparición, y entre tanto, búrlate de mí cuanto quieras, pero te juro que en ella pienso todos los días, que con ella sueño todas las noches, y que su imagen, que llevo profundamente grabada en el corazón, es la única estrella que brilla en la negra noche de mi existencia.

V

Al día siguiente de haber escrito esta carta, salió Stephen de su casa entre once y doce de la mañana. Estaban todavía las calles sucias y fangosas con la lluvia de los días anteriores, y caminaba nuestro joven a muy buen paso por la Red de San Luis arriba, poniendo los pies en las aceras con el mayor cuidado para no salpicarse de lodo las botas y los pantalones. Llegó a la calle de Fuencarral y entró en una casa de muy buena apariencia, que era la que habitaba la Marquesa de R.

Estaba ya esperándole esta señora vestida como para retratarse; pero no se hallaba sola según tenía de costumbre. Un joven, vestido con la mayor elegancia, con bigotes, espuelas y latiguillo, estaba sentado junto a ella con airé familiar en un sillón de brazos, y parecía muy entretenido en juguetear con el perrillo Azor, favorito, como ya dijimos, de la amable Marquesa.

Correspondió apenas el joven, que por su porte parecía militar, con una ligerísima inclinación de cabeza al cortés saludo de Stephen, y volvió a renovar con el perro su contienda que había interrumpido por un momento la llegada de nuestro pintor. Chocó a éste no poco la desatención del militar, y se lo hubiera dado a entender de un modo más directo que con miradas severas, a no haberle contenido la presencia de la Marquesa quien, como para hacerle olvidar la descortesía del otro, le recibió aun con más agasajo y dulzura que otras veces.

—El señor es el pintor que la está a V. retratando—dijo el militar sin levantar siquiera los ojos del perrito, que con más ahínco que nunca, procuraba asir con los dientes el restaño del latiguillo con que recibía alguno que otro golpecito en el hocico y en la cola.

—Si, señor—respondió la Marquesa con sequedad.,

—A juzgar por el estilo del colorido—añadió sin interrumpir su pelea perruna—, parece que el señor no ha visto cuadro alguno de la escuela de David, muy superior seguramente a la del día. ¿Eh? ¿Me equivoco?

Stephen no respondió palabra.

—¿Según parece, el señor no se digna contestarme?

Continúa el mismo silencio de parte de Stephen.

—¿Me cree V. indigno de darme una contestación caballero, o es V. sordo?—añadió el militar levantando repentinamente la cabeza y mirando de hito en hito a su interlocutor.

—No extrañe V. que no le haya contestado antes—respondió Stephen con la mayor serenidad—, pues ignoraba si se dirigía V. a mí o al perrito que tan ocupado le tenía.

—¡Si non e vero e ben trovato!—dijo el militar dando una sonora carcajada, en que no le acompañaron ni Stephen ni la Marquesa.

—El señor—interrumpió esta última—, es extranjero, y no dudo que al pasar por París para venir a nuestra nación haya visto los cuadros de que habla el Sr. Conde y los de la célebre escuela moderna

—Célebre para los que no lo entienden, o lo entienden poco—respondió el conde procurando dar a su fisonomía, poco poética en verdad, una expresión maliciosa.

—Confieso humildemente—respondió Stephen—, que soy en esta materia de la opinión de los que no lo entienden o lo entienden poco, como dice el Sr. Conde.

—Yo—interrumpió éste—, no me he dedicado nunca seriamente al estudio de la pintura, indigno de mi rango social, pero me ha parecido siempre un oficio bastante bonito y me ha gustado en todas ocasíones proteger a los pintores. Aunque a decir verdad nunca me han sido útiles para nada, pues entre más de ciento que me han sacado el. retrato, ni uno tan siquiera me ha sacado parecido.

—La fisonomía del Sr. Conde es sin duda inimitable.

—Pero la pintura está aun tan atrasada que apenas David y Girodet han dado todavía un paso desde Rafael acá, y lo que es los españoles, nada.... Pero no hay que desalentarse; ahora estamos en una época de movimiento, de aplicaciones, y puede ser que se descubra alguna máquina de vapor para hacer retratos parecidos. En ese caso, le aconsejo a V. que compre una.

Este impertinente consejo desagradó tanto a nuestro alemán, que no pudo menos de contestar con alguna violencia:

—Ya que el rango social del Sr. Conde le ha impedido dedicarse al oficio de la pintura, debió también impedirle de meterse a consejero y pedagogo de quien no le pide ni consejos ni lecciones.

—Mil gracias por el aviso, señor pintor, y por la manera discreta con que me viene dirigido.

—Si este aviso es indiscreto, no puede a lo menos tachársele, como a otros, de grosero.

Iba animándose por grados la fisonomía de ambos jóvenes y ambos parecían dispuestos a no ceder un punto de terreno en aquel asalto epigramático. Vela la Marquesa con muestras de mucho sentimiento aquella antipática desavenencia, y deseando ponerla fin, dijo dirigiéndose a Stephen:

—Ya se acerca la hora del paseo y me parece que por hoy no podremos trabajar en el retrato.

Púsose nuestro alemán de todos colores al oír estas palabras, cuyo sentido penetró inmediatamente con aquella perspicacia cosquillosa, hija del amor propio que tanto

distingue en general a los artistas. Levantóse repentinamente, saludó con mucha frialdad a la Marquesa, y salió de la estancia después de haber echado al conde una mirada sombría y aun amenazadora.

VI. La Marquesa A Stephen

¿Verdad, amigo mío, que no me hace V. la injusticia de creer que en el pique, que tan neciamente suscitó el conde esta mañana entre VV. dos, he podido en manera alguna aprobar sus ridículas chanzas? ¿Ni que he tenido intención de humillar a V. al decirle indiscretamente que ya habla pasado la hora de continuar el retrato?

Sé que la delicadeza de un joven, cuya alma no han desencantado todavía los desengaños del mundo, es cosa tan respetable y tan santa, que no hay atención ni cuidado que no deba emplearse para no ajarla ni ofenderla. Por eso ruego a V. que me perdone si he podido olvidarlo un solo instante. Yo, amigo mío, estoy por desgracia tan acostumbrada con el uso del mundo a decir y a escuchar cosas que en otro tiempo me hubieran herido profundamente el corazón, y que ahora resbalan sobre él como sobre una plancha de acero, que no es extraño olvide de cuando en cuando que hay todavía en el mundo almás nuevas y delicadas que, como flores de primavera, se deshojan y marchitan a la más leve sacudida

Stephen, sea V. más indulgente conmigo que yo misma. Mañana estaré sola todo el día y ganaremos el tiempo que nos ha hecho perder hoy para el retrato una risita importuna... Y comeremos juntos y solos, y me acompañará V. por la tarde a visitar a mi hija, si quiere dar esta satisfacción a su amiga.

La Marquesa de R.

VII. Stephen A Federico

Todos mis temores eran infundados, absurdos. La Marquesa, lo mismo que cualquiera otra mujer por más hermosa que sea, jamás podrá inspirarme una pasíón verdadera, porque creo en el fatalismo y en las predestinaciones. Creo que cuando la naturaleza forma un corazón sensible, le destina de antemano a un amor determinado y no a otro ninguno. En fin, amigo mío, he encontrado la mujer que nació para que yo la amara, la única que formó la naturaleza para mí y ésta es Matilde.

¡Matilde!... ¡Antes de haberla visto ya había yo adivinado su lánguida hermosura, ya había resonado en mi alma el eco de su voz, y ya se me había presentado mil veces en mis sueños y en mis ilusiones!

¡Matilde!... Ella es la que me apareció junto al estanque del Retiro para libertarme de una muerte segura, ella es el ángel de mi vida, el ser que estoy destinado a amar.... ¡Matilde! Bien me lo decía, mi corazón. Por eso amaba yo a la Marquesa, porque la Marquesa es su madre.

Ayer me suplicó esta señora que la acompañase a la casa de campo donde se está educando su hija. Fuimos allá y la vi.... ¡Dios mío!... Conoció la Marquesa la impresión que

había producido sobre mí la vista de aquel ángel, y una lágrima humedeció sus párpados. Detúvose muy pocos momentos con ella y me pidió el brazo en seguida para subir a su coche. Subí yo también sin saber lo que hacía y me senté a su lado. Partieron los caballos con suma rapidez y pronto nos hallamos en Madrid en el gabinete de la Marquesa. Estaba mi cabeza tan trastornada que ni sabía yo que hacer ni que decir. Ella por su parte parecía también herida del más profundo dolor, y así estuvimos sentados en un estrecho confidente guardando entrambos el más profundo silencio. Al cabo de un rato, cogió la Marquesa una de mis manos entre las suyas y la estrechó con una presion convulsiva, sentía yo caer sobre ella con frecuencia algunas lágrimas. Al fin me dijo:

—¿Qué le ha parecido a V. mi hija?

—¿Quién? ¿Matilde?...

Entonces me ocurrió de repente una idea que fue para mí como un rayo de luz. Me levanté sin decir palabra, tomé mi sombrero y sin saludarla siquiera salí de la estancia y de allí a la calle, llena la imaginación de un fantástico desorden

VIII

Aquella misma noche, entre once y doce, salió Stephen de Madrid por la puerta de Alcalá, siguiendo el mismo camino por donde pocas horas antes había pasado en coche con la Marquesa. Brillaba la luna en medio de un purísimo cielo de invierno, y corría un filo muy agudo y penetrante, acrecentado por la humedad del campo, pero todo era menester para refrescar algún tanto la ardorosa frente de nuestro alemán.

Las confusas ideas que le agitaban, el combate interior de su ánimo, vacilante entre el temor y la esperanza, y la especie de aletargamiento en que se hallaba, producido por el agudo filo de la noche, le hacían andar a pasos precipitados sin sentir el menor cansancio y casi sin apercibirse de que estaba caminando hacía ya más de dos horas, se halló junto a la casa de campo donde había visto aquella tarde a la hermosa Matilde....

Estaba toda la casa sumergida en el más profundo silencio; y la calma de la naturaleza en aquella triste hora de la noche, y la idea de hallarse junto al sitio donde habitaba su querida, produjeron en el ánimo de Stephen una agitación misteriosa y sublime. Rondaba alrededor de la casa y todo le anunciaba que sus habitantes estaban rendidos al sueño, pero al pasar por delante de las tapias de un jardincillo inmediato, vio brillar una luz por entre las cortinas de una ventana, y una forma de mujer que pasaba lentamente diferentes veces proyectando su sombra sobre los cristales. Entonces latió su corazón con mayor violencia pensando que aquel cuerpo que vela moverse era el de Matilde que velaba como él y acaso también pensaba en él

Sin poder contenerse, saltó las tapias del jardín con no poca dificultad y peligro para acercarse algo más al sitio donde estaba su querida. Llegó al pie de la ventana donde había visto luz poco antes, y habiéndola mirado con más atención vio que estaba como todas sumergida en la oscuridad y que le había engañado el resplandor de la luna reflejándose en. aquellos cristales... Y entonces una profunda tristeza cayó sobre el corazón del pobre Stephen. Le parecía que Matilde había desaparecido para siempre de su vista y que nunca más volvería a verla, porque se había desvanecido como un sueño al acercarse a ella. Tendióse al pie de unos árboles y pronto el frío y el cansancio le sumergieron en una

especie de letargo en que, ni dormido ni despierto, le agitaban una multitud de sensaciones tan. confusas que ni aun podía darse cuenta a sí mismo de ellas, y unas veces le parecía hallarse en el ciclo y otras en el infierno.... Quedóse en fin dormido, y tuvo un sueño espantoso. Le parecía hallarse en un vasto desierto donde sólo se descubría a lo lejos un monasterio arruinado, al cual llegó por un camino cubierto de peñas y de abrojos que le desgarraban los pies al andar sobre ellos. Entró luego en la iglesia, sólo alumbrada por algunas lámparas moribundas y desierta a la sazón. Sólo en una de las oscuras bóvedas laterales, le pareció distinguir una blanca forma inmóvil y apoyada en uno de los pilares del templo, y esta fantasma o visión repetía su nombre con voz sepulcral, aunque semejante a la voz de Matilde. Conforme se iba acercando Stephen a ella, iba retirándose poco a poco aquella forma, y así anduvo algún tiempo sin poder alcanzarla, hasta que al fin desesperado se precipita sobre ella y la estrecha entre sus brazos, moviendo los labios como para hablarla y sin poder articular ningún sonido. Pero sintió entonces un frío de muerte y oyó un ruido como de huesos que se chocan entre sí... Porque en efecto estaba estrechando entre sus brazos un esqueleto cubierto con el mismo vestido blanco que había. visto sobre el cuerpo de Matilde y coronada la frente de flores como lo estaba ella cuando la vio aquella tarde. Aquel esqueleto cayó al suelo, deshecho en cenizas con el contacto de Stephen y luego otra fantasma gigantesca le dio un beso sobre la frente y le clavó en el pecho un agudísimo puñal. Aquella fantasma tenia las facciones y el rostro mismo de la Marquesa. Entonces se despertó sobresaltado y volvió a cerrar los ojos apenas los hubo abierto, pareciéndole que se hallaba todavía bajó la influencia de aquel terrible ensueño. Una joven estaba arrodillada a su lado mirándole con ojos de compasión y de ternura, con las manos cruzadas sobre el pecho, vestida de blanco y la frente coronada de flores... ¡Y esta joven era Matilde!...

IX

¡Oh! Todas las palabras de amor que se dijeron entones aquellos dos seres afortunados, todas las promesas que se hicieron, toda la ternura que se juraron, seria imposible repetirlo aquí, porque el lenguaje del amor es inimitable, porque no hay ningunos acentos como los acentos del primer amor. Entonces el silencio dice más que muchas palabras, y una mirada encierra mil juramentos y mil placeres; entonces las almas de los amantes se entienden entre sí y se hablan en un idioma tan dulce como el que emplean los ángeles cuando alaban en sus cánticos al Señor. Por eso pasaremos en silencio todo lo que Stephen dijo a Matilde en aquella primera entrevista y todo lo que ella le respondió, porque solo hablaron de amor, y porque el lenguaje del verdadero amor no se puede expresar en ningún idioma. Porque es como los últimos sonidos del arpa, como el aroma de la azucena, como el color de la luna.

Todas las mañanas se veían Matilde y Stephen al amanecer en el mismo jardín donde se vieron la vez primera, y cada vez que se veían les parecía que se amaban aun más que la precedente. ¡Pobres amantes!

¡Mientras se juraban constancia eterna y se creían más dichosos que todos los monarcas del mundo, la desgracia tendía sobre ellos sus negras alas y los destinaba a una terrible expiación!.... A cada instante que pasaban en el seno de la alegría, debían seguirse

largas horas pasadas entre lágrimas y amargura. Porque ésta es la vida: una serie de pesares sólo interrumpida por alguna que otra felicidad pasajera; una negra noche de tempestad en que solo brilla, de tarde en tarde, alguna estrella engañadora. Se creían felices Matilde y Stephen con su pureza y con su amor, y su felicidad se desvaneció en un momento como un sueño dorado. ¡Pobres amantes!....

X

Eran los días de la Marquesa y quiso esta señora que fuese su hija a pasar aquel día con ella en Madrid, para lo cual fue por la mañana a buscarla en su coche con Stephen, de quien no podía separarse un momento porque le amaba con todo su corazón. Era aquel el primer día que pasaron juntos nuestros amantes y sin embargo, pocos días más amargos que aquél acibararon la existencia del pobre Stephen. Era el objeto de la Marquesa al traer a su hija a Madrid, rodearla de todas las seducciones posibles para que con la vista de nuevos galanes olvidase a su amante; y por eso convidó aquel día a comer a su casa y a un baile que dio aquella noche a los más brillantes jóvenes de la capital. Entre ellos asistió, vestido con un magnífico uniforme de capitán de coraceros, el petulante conde, cuyas sandeces oyeron no ha mucho nuestros lectores. En medio del aristocrático lujo de todos aquellos elegantes, hacían, por cierto, muy triste papel el frac raído y éticos pantalones de nuestro pintor. Durante la comida y el baile, que fueron lucidísimos, todos se apresuraban a obsequiar a Matilde, haciendo sufrir a Stephen todo el tormento de los celos y de la humillación. El que más excitaba su despecho era el conde, porque éste era el que más atenciones y obsequios prodigaba a Matilde. Estuvo sentado a su lado a la mesa y toda la noche bailó con ella sin dejarla, como suele decirse, ni a sol ni a sombra. Hubiera dado entonces Stephen la mitad de su vida por saber bailar, pero este ejercicio le había parecido siempre tan ridículo que no se había querido tomar el trabajo de aprenderlo. Veía además con dolor el lamentable estado de sus vestidos, y tenia demasiado orgullo para exponerse a la risa universal presentándose entre los demás bailarines en medio de aquel salón tan concurrido y tan iluminado. Andaba de un lado a otro costeando las paredes y siguiendo con los ojos a su amada mientras la llevaba el conde por la cintura, en un rápido galop o la decía al oído lo que él hubiera querido escuchar a costa de su sangre. El conde le miraba también a veces con cierto aire desdeñoso y triunfante, como si quisiera hacerle sentir su superioridad; dirigía la palabra a Matilde y luego le miraba y se reía indicando claramente que acababa de decir alguna agudeza, pero la pobre niña estaba unas veces pálida como la nieve y otras con el rostro encendido, y miraba a su amante con una ternura angelical. Todo lo veía la Marquesa, complaciendose cruelmente en observar el visible despecho de Stephen. Acercose entonces a él y, en medio de mil cumplimientos zalameros, le dijo que tenia prometida al conde la mano de su hija y que por eso no le extrañara verlos bailar juntos toda la noche. ¡Oh! ¡Quién podrá decir lo que sufrió entonces el enamorado Stephen!

Una sonrisa amarga vagaba sobre sus labios y miraba a la Marquesa como si no pudiera creer lo que oía, admirábale que pudieran pronunciarse con ligereza aquellas. palabras tan terribles. Pasó el conde entonces a su lado dando el brazo a Matilde y esquivando el cuerpo como si temiese tocarle, le dijo sonriendo:

—Cuidado, no me empuerque V.

Y en efecto, tenía Stephen una mancha de aceite en el brazo izquierdo.

Cogióle de la mano el alemán con tanta violencia que le dejó los cinco dedos señalados en sangre, y no le soltó hasta que ambos se hallaron en la calle. Acertó entonces a pasar por allí un oficial de guardias, amigo de Stephen. Pidióle éste su espada y fueron a batirse los dos rivales a una misteriosa callejuela. Pero era el conde mucho más diestro que nuestro pintor en el manejo de las armas y le pegó una estocada en el pecho que le tuvo más de cuarenta días en la cama.

Iba la Marquesa a visitarle durante su enfermedad con mucha frecuencia y le cuidaba como pudiera hacerlo la madre más cariñosa. Cuando le veía más triste y abatido que otras veces, le hablaba de su hija y le prometía que no la dejaría ver al conde aunque hacía sin embargo todo lo contrario. Iba Stephen restableciéndose poco a poco, y veía la Marquesa que pronto estaría en estado de ir a ver a Mailde. Esta idea la aterraba conociendo la profunda pasión que la había inspirado y contra la cual se habían estrellado hasta entonces todos los artificios que había puesto en práctica para casarla con el capitán de coraceros. En vano la había rodeado de la más lucida juventud de la corte durante la enfermedad de Stephen, porque Matilde no pensaba más que en su amante. Aunque le ocurrió el pensamiento de alejarla de Madrid, no se atrevió a ejecutarlo, segura de que Stephen la seguiría a cualquier parte del mundo adonde la llevara, y porque, aunque la afligía la idea de verle enamorado de otra, todavía la afligía más la de separarse de él. Entonces dirigió sus baterías por otro lado haciendo un cálculo que, como hijo de la pasión, fue falso, inmoral y de terribles consecuencias para ella, para Matilde y para Stephen;,pero pudo más el amor que la prudencia. No volvió a hacer mención del matrimonio de su hija con el conde; antes bien desde entonces le hablaba, siempre con una gravedad llena de candor y se le mostraba más cariñosa y lánguida que nunca.

Un dia en que se hallaba ya Stephen casi completamente restablecido y agitado con la dulce esperanza de ver pronto a su amada, estaba la Marquesa, sentada junio a la cabecera de su cama y apoyada la frente sobre las palmas de las manos. Toda la mañana habían estado hablando de Matilde, y en esta conversación como en otras muchas que ya habían tenido sobre el mismo asunto, la pintó Stephen con los más vivos colores la pasión que le devoraba. Entonces le dijo la Marquesa.

—Una vez que está V. tan enamorado de mi hija, sin duda piensa en casarse con ella y tiene por consiguiente una suerte cómoda e independiente que ofrecerla, pues no seria justo ni generoso sacarla del estado Feliz en que ahora se halla para reducirla a la pobreza:

—Yo trabajaré tanto que al cabo llegaré a ser rico, Señora.... Y si lo logro algún día ¿podré aspirar a la mano de Matilde?

—V. conoce mi corazón, Stephen... ¿Para qué me hace V. esa pregunta?

Y entretanto estaban sus ojos bañados en lágrimas y miraba al joven alemán con la mayor ternura; pero él, que ni pensaba más que en su querida, creyó que la Marquesa aprobaba su pasión y se echó a sus brazos bailando su seno en lágrimas de agradecimientos. Ella estrechaba a su pecho con amor la cabeza de Stephen, cubriéndola de besos y de caricias; él entretanto pensaba en Matilde y en los medios de llegar a ser rico para poseerla. Nada le parecía más fácil que lograrlo; pensaba pintar cuadros sublimes, escribir dra-

mas llenos de pasión y de fuego... ¡Pobre Stephen! Pintó pensando en Matilde una Virgen hermosa como las de Rafael, y nadie compró este cuadro y perdió lo que habíaa gastado en lienzo y en colores: escribió un drama lleno de pasión y de ternura, y la. empresa de teatros no quiso representar este drama

Y entretanto aumentaba todos los días el amor de nuestros jóvenes. A las brillantes esperanzas de Stephen sucedió un profundo abatimiento. Lejos de llegar a ser rico, no veía más porvenir que el de una espantosa miseria y no quería hacersela participar a Matilde. Un día le dijo la Marquesa.

—Veo, amigo mío, que no le sonríe a V. la fortuna, y que si hubiéramos de esperar a que viniera esa caprichosa deidad para casar a mi hija, iría la pobre con palma a la sepultura. Pero yo quiero conciliarlo todo. Trabaje V. durante cuatro meses cuanto pueda; y si me jura por lo más sagrado que durante este tiempo no verá ni escribirá a Matilde, prometo que pasados estos cuatro meses le dará la mano de esposa.

Inútil será decir si aceptó o no nuestro alemán.

La Marquesa esperaba que durante este tiempo olvidaría Matilde el amor de Stephen, para lo cual pensaba emplear cuantos artificios pudiera. Iba a verla casi todos los días, y pronto la dio a entender que conocía el secreto de su amor y que lejos de desaprobarlo ella misma habla dado a Stephen las mayores esperanzas y permitióle que fuera a visitarla siempre que quisiera. No sabía por consiguiente la hermosa niña como explicarse la larga ausencia de su amante, y la Marquesa por su parte también aparentaba estar admiradísima de que la olvidara tanto. Anuncióla tun día diestramente y con aire compungido que andaba Stephen enamorado de otra, y fue poco a poco aumentando hasta hacerla creer que estaba a punto de casarse con ella. Fácil es adivinar los artificios que empleó para esto la Marquesa; la larga ausencia de Stephen comprobaba además todos los embrollos que la ocurrían. Tuvo bastante destreza para hacerle trabar conocimiento con una Señora amiga suya, viuda verde en extremo y asaz entrada en amos. Érale forzoso a veces, por algunos compromisos sociales, acompañarla al teatro y al Prado, y nunca dejaba la Marquesa de llevar entonces a su hija a Madrid para que se convenciera por sus propios ojos de la supuesta infidelidad de su amante. Estos crueles amaños costaron tantas lágrimas a la pobre Matilde que no tardó en irse debilitando su salud de día en día; y la Marquesa con una compasión fingida la excitaba a olvidar a su traidor amante y a corresponderle con la misma indiferencia, asegurándola que aquella aflicción que mostraba por su inconstancia, lisonjeaba no poco la vanidad de Stephen y que se hacia de ella un mérito al lado de su nueva querida. Entonces empezó a pintarla ron los colores más risueños la felicidad que gozaría, si consentía en casarse con el conde; pero ella la suplicó con lágrimas en los ojos que no la casara ron nadie, porque su único deseo era acabar sus días en un convento. Esta idea fue un rayo de luz para aquella madre criminal: alabó la resolución de su hija, ponderándola los placeres de la vida monástica, y la calma de la reclusión y la esperanza de una gloria segura. ¡PobreMatilde! Dióse tanta prisa la Marquesa, que pocos días después entró su hija en un convento; pero antes de hacerlo la dictó su madre una carta para Stephen.

XI

La vida estudiosa y retirada que observaba Stephen desde que se restableció de su larga enfermedad, le había retraído casi enteramente del trato de sus amigos, de modo que a ninguno veía sino muy de tarde en tarde. Una noche, al retirarse a su casa, sintió que le daban un golpecito sobre la espalda, y al volver la cabeza se halló entre los brazos de su antiguo compañero de colegio Enrique Mendoza, a quien no había visto hacia ya muchos años, pero de quien, como nos sucede generalmente con todos los que han sido compañeros de nuestra infancia, conservaba un recuerdo dulcísimo.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo te ha ido?

—¿Qué te haces?

—¡Tú por aquí!

—¿Dónde vives?

—Dame otro abrazo.

—¡Quién había de decir!...

Todas estas preguntas y exclamaciones, sazonadas con sendos abrazos, se hicieron los dos amigos sin darse tiempo siquiera para contestarse, tan agitados estaban con aquella inesperada alegría.

—Yo, amigo mío—dijo al cabo de un rato a Stephen su compañero—, soy ya hombre de obligaciones, padre de familias y ¿qué sé yo?... Me he casado... ¿Y tú? ¿Siempre poeta, siempre visionario ?

—Siempre por mi desgracia, siempre.... Pero hombre, estás desconocido. ¡Tú tan grave, tan formal! ¡Con esa levita que te llega hasta los talones! ¿Dónde vives?

—Ahora te vienes a mi casa conmigo, y te presento a mi mujer y a mis hijos...

—No, ahora no puedo; tengo que hacer.... Pero dame tus señas y mañana...

—Mañana pasaremos el día juntos; te espero para tomar chocolate y no te suelto hasta después de haber cenado.

—Corriente.

—Es que no tienes que faltar... Ya tu sabes que tu reputación en punto a citas no estaba muy bien sentada antiguamente.... En interponiéndose una oda o un soneto... Adiós cita, adiós todo....

Caía del cielo mientras hablaban los dos amigos una lluvia bastante recia y corría un vientecillo agudo y penetrante; pero cuando ellos lo notaron, ya estaban calados hasta los huesos. Volvió Stephen a reiterar sus promesas de que no faltaría a la cita y habiendo abrazado de nuevo a Enrique con toda la efusión de su alma, se separaron para ir cada cual a su respectivo domicilio.

Trabajó Stephen toda aquella noche en su humilde zaquizamí a la pálida luz de una vela de sebo, y se halló al día siguiente con que ya. tenia acabada la traducción de cierto drama alemán que le había encargado un librero especulador. Púsole esto el ánimo tan ligero, con la esperanza de ver pronto llegar dinero fresco, que olvidó por un momento todos sus pesares, creyéndose un hombre completamente feliz. Acordóse entonces de la promesa que habla hecho a Enrique, con lo cual acabó de ponerse tan alegre y ufano que no se hubiera trocado entonces nuestro pintor por el mismo emperador de los chinos.

No fue bastante a aguar su contento la inútil visita que hizo a todos los rincones y escondrijos de su reducida habitación, esperando hallar en alguno de ellos dinero o cosa que lo valiera; revolvió todos sus papeles; buscó hasta dentro de la caja de pinturas y viendo que nada hallaba, escamó:

—¡Bah! ¿Quién hace casó de pequeñeces?... ¡Maldito dinero, amén!

Y unas veces cantando, otras declamando en alta voz retazos de poesía burlesca, se afeitó y compuso lo mejor que pudo con los derrotados artículos de su guardarropa. Despees de haber empleado cerca de una hora en componerse y ocultar lo mejor posible el triste estado de sus vestidos, salió de su casa cantando y danzando con una algazara tal que dejó escandalizado a un grave zapatero de viejo que, según su costumbre, trabajaba en la puerta de la calle. Díjole Stephen al paso con voz sepulcral, poniéndole las manos sobre la cabeza:

—¿Alba ligustra cadunt? Vaccinia nigra liguntur.

Pasó Stephen aquel día en casa de Enrique, y éste fue uno de los más felices de su vida. Veía en su amigo una imagen de la más cumplida ventura, y acordándose de que ya habían pasado tres meses de los cuatro que había fijado la Marquesa, pensaba continuamente en Matilde: vagaban en su imaginación las más risueñas ideas y la disposición de su ánimo pintaba con colores alegres todos los objetos de la naturaleza. Admiraba la felicidad de su amigo, rodeado de sus hijos y de una esposa querida, pero sin envidiarla, porque estaba seguro de que dentro de un mes gozaría él la misma felicidad. ¡Oh! ¡Venturosos los que están dotados de una ardiente fantasía! Si sus pesares son más profundos, más enérgicos que los de los demás hombres, también sus placeres son inmensos; también en aquel solo día gozó Stephen más que otros gozan en todo el curso de su vida.

Y cuando salió a la noche de casa de su amigo, rebosaba de tal manera la alegría en su corazón, que sentía una necesidad de comunicársela a cuantos encontraba y de estrecharlos en sus brazos y de verlos tan venturosos como él. Las calles de Madrid le parecían admirables, el empedrado suavísimo, las mujeres divinas, los hombres todos sublimes, tanto que ni aun se atrevía a tocarlos al paso temeroso de ofenderlos; el más puro regocijó estaba pintado en su semblante y en su corazón. Antes de volver a su casa recorrió una porción de calles y anduvo de un lado a otro siguiendo el hilo de sus doradas ideas, porque era con ellas más feliz que todos los monarcas del mundo con sus tesoros y sus coronas. Volvió al fin a su casa ya muy entrada la noche y el primer objeto que llamó su atención fue una carta cerrada que estaba sobre su mesa y en cuyo sobrescrito reconoció la letra de Matilde. Cubrió el enamorado alemán este precioso objeto de lágrimas y de besos, y no hacia más en su delirio que apretarle contra su pecho y luego contra su boca. Iba saboreando poco a poco el placer de abrir aquella carta para prolongar en cuanto pudiera tan suprema felicidad; ya empezaba a romper la oblea y se interrumpía para llevar el papel a sus labios; ya leía el sobrescrito y poníale luego sobre su corazón.... En fin, después de muchas oscilaciones, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se sentó en la única silla que había en su estancia; arrellanóse muy bien en ella como un canónigo; tomó la carta en ambas manos, abridla con lenta precipitación y leyó lo que sigue:

«Anuncio a V. que le devuelvo todos sus juramentos, todas sus ridículas promesas, todos sus melodramáticos suspiros, porque no soy como V. se » imaginó neciamente una pastorcita de novela. Cuando reciba V. esta carta, será ya su divina Matilde, esposa de

otro hombre, no tan sentimental como V., pero algo más decente a lo menos, pues no lleva un frac tan raído como el de cierto pintor de buhardilla que yo conozco. Adiós, señor alemán; guarde V. su risible pasión y sus poéticos suspiros para otra mujer menos tonta que MATILDE.»

La Marquesa había calculado mal el efecto que produciría esta carta. Quedó Stephen hacho una estatua de hielo cuando la hubo acabado: al cabo de un rato se levantó de la silla, cerró con llave la puerta de su cuarto, y luego se oyeron algunos tristes y amargos sollozos a que sucedió un silencio profundo

XII

Apenas escribió Matilde la fatal carta que la había dictado su madre, salió con ella de la casa de campo y fue al convento de S.... donde aquel mismo día tomó el hábito de novicia: pero habían ya los crueles artificios de la Marquesa martirizado tanto el corazón de aquella inocente niña; era tanto lo que había llorado en secreto y sufrido en aquellos últimos tiempos, que su cuerpo delicado se marchitó como una azucena manoseada o herida del viento. Al día siguiente de su entrada en el monasterio, sonaban las campanas tristemente: estaba la iglesia apenas alumbrada por algunas lámparas y en su centro se elevaba un humilde túmulo cubierto de negro, a cuyo alrededor estaban arrodilladas todas las religiosas, rociando con agua bendita la frente pálida. de una virgen y cubriendo su cuerpo de flores. Este cuerpo era el de Matilde.

Dejó la Marquesa a su hija en el convento, y metiendo en su seno la carta que esta había escrito a Stephen, se dirigió en coche a su casa con toda la rapidez de los caballos. Entregó luego la carta a uno de sus criados para que la llevara a su destino, y quedó sola en su gabinete llena el alma de alegría, esperando ver pronto al joven alemán curado por el desprecio, de su pasión hacia Matilde... ¡Oh! ¡Cuán dulces eran las esperanzas que la sonreían! Imaginábase que a fuerza de amor y de ternura lograría vencer la indiferencia de Stephen, y ya creía verle a sus pies jurándola eterno amor... Entonces entró uno de sus lacayos a decirla que estaba a la puerta un caballero que deseaba hablarla. Latió su corazón con la mayor violencia al oír estas palabras; y sin poder disimular su agitación, dio orden para que le introdujeran a su presencia. Entró entonces en la estancia un hombre que por su porte parecía extranjero: llevaba un casacón a la antigua, color de tabaco y una peluca con polvos, flanqueada de dos inmensos rizos que le caían sobre las orejas. Saludó este extraño personaje a la Marquesa, haciéndola una profunda reverencia y en seguida se sentó a su lado.

—¿No me conoce V., Señora?—la dijo, mirándola con atención.

Parecíale a ella que las facciones de aquel hombre no le eran enteramente desconocidas; sólo se acordaba de haberle visto hacia ya mucho tiempo y en una tierra extranjera. Mirábale sin embargo atentamente y con una especie de sobresalto.

—Yo le diré a V. quien soy, Marquesa—añadió el anciano con una voz algo cascada—. Hubo un tiempo en que V. me conocía como a sí misma; hubo un tiempo en que mi voz la hacia palpitar de alegría y no de sobresalto como en este momentos.... Si, yo le diré a V. quien soy. Hará cosa de unos veinte años que llegó a Viena con su marido una joven española, muy hermosa y muy sensible. En la casa que daba enfrente dela que ella

habitaba, vivía un joven alemán que muchas veces la vio a sus ventanas y la siguió a los paseos y a los teatros: tuvo a veces ocasión de hablarla y pronto los dos jóvenes llegaron a amarse con la mayor ternura. La joven extranjera burlando la vigilancia de su anciano marido, recibió varias veces en secreto a su amante y, ¡oh!, ¡cuán felices fueron entonces los dos jóvenes, el alemán y la española! Una noche estaban juntos los dos, jurando amarse eternamente y gozando todos las delicias del amor y la soledad, cuando entró de repente el marido de la infiel; y como era anciano y era débil, pasó sin duda en aquella estancia algún horrible misterio, porque al día siguiente se encontró muerto en la calle al ofendido esposo y habían desaparecido de Viena el alemán y su querida. Pocos días después... ¡Oh!, no tiemble V., Marquesa, que ya me falta poco... Sí, yo la diré a V. quien soy. Pocos días después, estaban ya fuera de Austria los dos amantes, y por espacio de algunos meses anduvieron viajando por Italia v por Alemania. Hallándose en uno de los estados de esta última nación, dio a luz la española un niño, fruto de sus amores con el alemán. Señora, hoy hace veinte años justos que nació este niño.

La Marquesa le escuchaba y sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

—Pero—continuó el desconocido—, no tardó la española en ser infiel a su amante como lo había sido a su esposo, y cuando su hijo tenia cinco años, se casó ella con un marqués español y volvió a su patria abandonando a su hijo pero no le abandonó el alemán. Estaba el pobre niño criándose en una casa de campo cerca de la ciudad, y muchas veces iba su madre a verle y pasaba horas enteras estrechándole entre sus brazos, porque le amaba tiernamente; sin embargo, tuvo valor para abandonarle por un amante.

—¡Carlos! ¡Hijo mío!—exclamó la Marquesa con amargura.

—¡Pobre Carlos!—añadió el extranjero—. Ese era también el nombre de su padre.

—¡Oh! ¡Compasión! ¡Piedad!—exclamó la Marquesa, echándose a los pies de su interlocutor—. Sí, ya sé quien sois... Sois el padre de mi inocente Carlos... Pero este niño, si no me engañó una carta vuestra que recibí en España, es ya un ángel en el cielo.

—O un desgraciado sobre la tierra... ¡Oh! ¿No te ha dicho a veces tu corazón que lo tenias a tu lado?. ¡Pobre Marquesa!. Cuando abandonaste a tu hijo, me hallaba yo en el último grado de la indigencia, habiendo gastado en los viajes que hice contigo todo el dinero que pude sacar de mi casa en aquella terrible noche en que murió tu esposo. Entonces me propuso un amigo que hiciésemos juntos un viaje a las Indias Orientales con esperanza de enriquecernos, y desesperado como estaba, no viendo para mi hijo más que un porvenir de miseria, acepté gustoso esta proposición. Pero no quise exponer al niño Carlos a las fatigas de un viaje penoso. Reduje a dinero lo poco que poseía y se lo entregué a una persona de toda mi confianza para que cuidara de la educación de nuestro hijo. Le dije que no volvería hasta después de muchos años y que entonces le buscaría en Viena, donde tenia él fijada su residencia. Para evitarte crueles remordimientos, me ocurrió la idea de escribirte que había muerto Carlos; y para que cuando éste viniera a España, como tenía yo dispuesto, no pudieras reconocerle, cambié su nombre por otro,. que si lo pronunciara en este momento, te vería caer a mis pies de horror y de vergüenza. En fin, dos meses hace que volví de mi viaje aventuroso, pero no me ha sonreído la fortuna como yo imaginaba. Fui a Viena y allí encontré al hombre a quien encargué la educación de nuestro hijo, y supe que éste se hallaba en Madrid. Vine a esta capital, y sin darme a conocer vi va-

rias veces a nuestro pobre Carlos y vi también a su madre. Tomé algunos informes que me horrorizaron y ahora, para evitar que cometas un gran crimen., vengo a decirte que el hijo de nuestro primer amor es tu amante. ¡Stephen!

—¡Dios mio!—exclamó la Marquesa y cayó desmayada en brazos de su antiguo amante; pero volvió en sí al cabo de un rato, y todos los impulsos del amor maternal se despertaron repentinamente en su corazón.

Entonces se acordó de la carta que había dictado a Matilde, y pensando en el carácter de su hijo, se horrorizó como si temiera algún terrible acontecimiento. Y apenas la hirió esta idea, cogió del brazo al alemán y salió con él de su casa dirigiéndose a la de Stephen. Subió temblando las escaleras y llegó a la puerta que encontró cerrada por dentro. ¡Oh! ¡Cuánto sufrió entonces el corazón de la Marquesa! El delirio y la desesperación aumentaban sus fuerzas de tal manera, que con el empuje de sus brazos echó la puerta al suelo y entro con los ojos desencajados, delirante y frenética en la habitación de su hijo; pero al ver el espectáculo que tenia delante, cayó al suelo como si un rayo hubiera herido su frente. Estaba el cadáver de Stephen tendido sobre su cama con tres profundas heridas en el lado del corazón; tenía el brazo derecho pendiente fuera de la cama y en la mano izquierda la carta que poco antes le había escrito Matilde... En el suelo brillaba un puñal cubierto de sangre.

XIII

Dos días después tomó la Marquesa el hábito de religiosa en el mismo convento en que había muerto su hija.

Los dos artistas

José Bermúdez de Castro

El Artista. 2 de junio de 1835. Tomo 1. Pp 281-286

En una callejuela sucia y oscura de Sevilla, habla una casa cuya fachada y distribución desde los cimientos a las tejas han sido alteradas por adicciones, substracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente su forma y cambiarla en otra, tan distinta y tan diversa de la de que hablamos que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia de 1616 en que la presentamos a nuestros lectores.

I

En aquel tiempo consistía la tal casa en dos pisos, se puede contar por tal, una especie de camaranchón de suelo terrizo y de techo bajo que cubría las tres cuartas partes de la sala y al que se subia por una escalera de mano. Este sobrado o zaquizamí, es el que nos interesa conocer, y mas bien por satisfacer la curiosidad de algún lector o lectora que se distraería de nuestra relación por el ansia de adivinar el resto de la casa, diremos que ésta se componía a más de la sala, de un pátio grande y cuadrado, una cocina estrecha a un lado y una mezquina cuadra para un caballo al otro. Cuadra a la sazón vacía, y sea esto dicho de paso para no volver mas a visitarla.

El camaranchon, o sea sobrado de que hablamos, tenía dos ventanas opuestas, una que daba a la calle y otra al patio que hemos mencionado. Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalón de aquella escalera, y al sacarla por la especie de escotillón que servía de entrada, se veían varios lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose a primera vista que no había entrado en la mente del que los puso idea alguna de adorno o simetría en su colocación pues unos estaban apaisados, otros colgando por un ángulo, todos con despilfarro y al descuido, inclinándose más a un lado que a otro según que el clavo sobre el que se balanceaban en equilibrio estaba más o menos distante del centro del bastidor.

Algunas pinturas por concluir, algunos bocetos chispeando de imaginación y viveza, la mayor parte de estudio, acompañaban a los lienzos y tablas, alternando con ellos en adorno y simetría.

Dos o tres tablas pendientes de cuatro cuerdas y apoyándose en una de las paredes, sostenían y se plegaban en arco, al peso de quince o veinte volúmenes de poesía, filosofía escolástica, y con ellos la *Simetría del cuerpo humano* de Alberto Durero, la *Anatomía* de Bexalio, la *Perspectiva* de Daniel Bárbaro, la *Geometría* de Euclides y otros varios libros de matemáticas y pintura.

Junto a ellos había un rimero de dibujos, estudios de hombre, caprichos de pintor, países mal tocados y borrones, según se echaba de ver por algunos de ellos que habían rodado y que yacian esparcidos por el suelo. Y más allá y sobre un sillón de encina y

dos bancos que había en el cuarto, otros papeles revueltos con una gorra, unos gregüescos desgarrados, una golilla bastante limpia aún, y un jubón de seda que colgaba de la silla, bañando una de las mangas en un ancho barreño cuya agua sucia y aceitosa mantenía en remojo, y fuera del contacto del aire que les secaría, cuatro o cinco brochas y pinceles.

Una losa con su moleta aun sucia de albayalde, descansaba sobre una mesa de nogal; un gran caballete y un lienzo en él ocupaban el centro del cuarto, junto a una ventana y a buena luz de norte, entrando por la izquierda. Esta ventana, hábilmente cubierta de lienzo y papel ennegrecido, daba estrecho paso a la luz, que entraba en rayo vivo reflejando sobre la cara de un aldeanillo colorado y robusto, que en actitud grotesca enseñaba dos hileras de dientes anchos, blancos y afilados sin duda por el pan de Telera, fingiendo la mas abierta y extravagante risa, con tales veras, que la hubiera comunicado al más afligido espectador.

Pero por una contradicción de esto mismo, el único que había en aquel aposento no participaba de ella. Un joven. al parecer de dieciocho a veinte años, de cara grave y silenciosa, de color moreno, de ojos vivos y mirada fija, estaba delante del bastidor, la paleta en la una mano, el pincel en la otra, copiando al parecer, aquella extravagante y fingida risa del aldeanillo. Y no debía de estar muy contento de su obra, porque sus cejas juntas, sus labios apretados y sus movimientos prontos, bruscos y convulsivos de despecho, no dejaban duda de que estaba incómodo y fastidiado.

Dos o tres veces se apartó un tanto para considerar su obra, sus ojos se dirigían rápidos del modelo a la copia, después tocaba, desfumaba, volvía a tocar, a retirarse, a comparar, y el resultado y desenlace de aquella maniobra fue exclamar con rabia: «Voto a...» y aquí se detuvo como buen cristiano, pensando a quien votaría; al cabo se enmendó.

—¡Válame Dios! ¡Y quién podrá imitar tales tintas!

Y por mucho que quiso contenerse, después de un rato de combate, de titubear y de esfuerzos para contener su cólera, levantó la mano, tiró el pincel sobre el lienzo que se deslizó arrollando las tintas que encontró al paso y trazando una curva de todos los colores del arco iris. Y no contento con eso arrojó tiento y paleta y pinceles, descargó sobre el lienzo un fuerte puñetazo que hizo un ángulo recto por donde pasó el puño, y exclamó, ya sin consideración ni comedimiento:

—Voto a... Dios, ¡qué hace tintas que no puede imitar un hombre!

Y se arrojó desesperado sobre el sillón de encina, sobre papeles y jubón, y con la mano en la frente cayó en un abatimiento cual si estuviese adormecido. El abatimiento, la desesperación del genio que ve el cielo y no puede subir a él.

El aldeanillo que le servia de modelo, sin decir una sola palabra, sin parecer admirado del desenlace y viendo que su amo nada hacía, plegó sus labios, se sentó en el suelo, y sacó de un rincón del seno y de debajo de su camisa rota y sucia un pedazo de pan moreno, y empezó a morderle con tal ansia, que dejaba entrever que hacia tiempo que deseaba empezar semejante entretenimiento.

Acabó su almuerzo o comida, muy despacio y saboreándose con cada uno de los últimos bocados. Después se arriesg6 a echar una mirada tímida sobre su señor, pero le vio inmóvil y en la misma postura. Esperó y esperando pasó el tiempo, hasta que, viendo que anochecía, se deslizó del cuarto sin que el pintor hiciese el menor movimiento.

Así permaneció abatido, pensativo, dando señales de estar en vela por alguna contracción convulsiva. Una vez alzó la cabeza, miró al derredor y se cubrió los ojos, apretando los puños y golpeándose la frente con fuerza. Así pasaron las horas, y no comió, así le encontró la noche, no durmió, y sólo a la mañana siguiente, al amanecer, salió del cuarto, abatido, pero más bien con expresión de tristeza que de la desesperación primera. Tomó la gorra con una pluma rota y pelada y el ferreruelo. Por un movimiento natural e irreflexivo torció y levantó el mostacho naciente y llevando aún señales de la tormenta pasada en los ojos hundidos y la color cetrina, bajó por la escalera, y después de santiguarse devotamente, salió a la calle.

II

Era buen cristiano, y cristiano del siglo XVI, pues el XVII empezaba entonces: así su primer cuidado, fue dirigirse a la iglesia vecina. Allí oyó misa, estuvo algún tiempo, y ya más tranquilo salía por la puerta, cuando una mano le tocó ligeramente en el hombro y una voz conocida le dijo al mismo tiempo:

—Vaya con Dios, Seor Diego.

El que así le hablaba era un hombre de bastante mas de sesenta años, alto, bien hecho y con cara agraciada de color trigueño, que daba señas de haber sido de buen parecer, ojos vivos y negros, ojos de genio que hablaban de guerras y artes con todo el ardor de un soldado y el entusiasmo de un artista. La boca pequeña y despoblada, con solo dos o tres dientes descarriados; pero el cuerpo airoso, la presencia gallarda y de gentil ánimo. Llevaba un ferreruelo de camelote negro, usado y raído, el jubón era de lo mismo, con follages y cuchilladas primorosas, pero no en mejor estado que su compañero; llevaba calzas escuderiles o *pedorreras* como llamaban en aquel tiempo, con lazo de color, espada larga y brillante, gorra calada a un lado con aire soldadesco y marcial. Todo maltratado, raido y diciendo pobreza a tiro de ballesta; pero limpio y acepillado con minuciosidad y cuidado.

¡Oh!. Era ciertamente un espectáculo digno de ser mirado, la reunión de aquellos dos hombres, el uno entrando en la vida, el otro saliendo de ella, el uno todo esperanzas, el otro todo memorias, y ambos combatiendo con el destino, ambos mirándose con ojos que dejaban ver un alma ardiente, un genio de fuego, una imaginación volcánica, una vida que el entusiasmo gasta como una lima de acero; y esto a través del prisma del porvenir de la juventud y el velo de lo pasado de la vejez. ¡Ah! Quien los hubiera visto no los hubiera equivocado con almas vulgares y hubiera dicho: «o hay mucho bien o mucho mal dentro de esas cortezas de carne; o hay un cielo o hay un infierno». Al uno le esperaba el suicidio o la gloria. Al otro... El otro había arrostrado y sobrepujado cien combates de la vida contra un destino duro e intratable.

Y era así, el anciano era un gran poeta... Pero ignorado, oscuro, sólo conocido y tratado por algunos artistas de genio ameno y entusiasta, que en aquella época podían solos apreciar la imaginación florida y ardiente del anciano.

Nuestro joven pintor le conocía, le quería y respetaba como profundo filosofo, humanista y valiente soldado. Sabia de memoria sus trovas, y los jóvenes eruditos de Sevilla repetían con entusiasmo algún soneto con que se dió a conocer.

En aquel momento decía:

—Pero esa palidez, esos ojos encarnados, cansados y hundidos... No gastes tu vida que puede ser tan gloriosa.... No gastes tu corazon niño... Eso...

—Eso significa—dijo el pintor interrumpiéndole con despecho—, una noche de vigilia, de llanto, de tormento, rabia y desesperación.

Y apretó con fuerza el brazo de su compañero, y ahog6 un suspiro convulsivo.

—¿Y qué? ¿Amores de la edad primera?—dijo el viejo con interés—. Pero, no—porque vio otro fuego que el del amor arder en aquellos ojos—. No, no puede ser joven, dime ¿qué te ha sucedido?

—¿Qué me ha sucedido?... Perder mis esperanzas de gloria, quemarme las alas... ¡Caer!

—¡Habrás emprendido mas de lo que debes, no habrás escogido el momento de inspiración!

—¡No he podido pasar de una línea, de un punto: y allí me quedaré, allí me confundiré con otros!

—No, joven, tú no has nacido para confundirte... No... Alza la cabeza... Alzala, pensando en la gloria.

—¡La gloria!... Sí, yo soñé en la gloria, y a vos debo esos sueños que me desesperan: yo quise o vivir admirado o morir... no una existencia media, de esas que encenagan la vida... y ahora ¿cómo volar?

—¡Si yo tuviese tu mano, tu pincel y mi imaginación!—le dijo el otro con una mirada de entusiasmo y poniéndole la mano sobre el hombro, y chispeando de genio y poesía—. Tú no sabes el tesoro que posees. Trabaja, y yo te prometo la fama

—¡Es en vano!... Ya perdió para mi su prestigio! Yo me gastaré antes de salir de la nube!—respondió el joven con aparente indiferencia.

Y se quedó un momento silencioso. Después dijo:

—Vuesa merced también ha soñado con esa gloria, vuesa merced también ha compuesto trovas, comedias y ¿qué? ¿qué ha conseguido? ¿Está su gloria en ese ferreruelo, en ese jubón?

—¡Verdad! Verdad. Estoy pobre, olvidado, enfermo, perseguido... ved mi gloria. ¡Esa mujer ingrata que yo he adulado, acariciado y contemplado tanto! ¡Qué pago, oh Dios!—y bajó la cabeza pero por solo un momento—. Soy pobre, es verdad—dijo en seguida con aire fiero y marcial de poeta y soldado—, soy pobre, pero honrado. Y los sueños de amor y felicidad, y los personajes que yo he creado como un Dios con sus virtudes, sus caracteres, sus pasiones, buenos o malos, a mi antojo, esos personajes que amo como a mis criaturas, esas obras que son mis hijas, esos ratos de ilusión y delirio, esas delicias celestes, ese vuelo delicioso, vago, libre como el aire, esos mundos donde vivo, dime: ¿no compensan todas las penas, todas las desgracias de la vida? Dime ¿Quién me los quitará? ¡Qu´q vale la gloria de los hombres junto a las creaciones, a los placeres de un Dios!

Las arrugas profundas de su frente se habían desplegado, sus ojos brillaban con el doble fuego de juventud y entusiasmo, su cabeza noble, erguida, de mirada desdeñosa, que parecía medir la tierra con el centro del cielo... No era un hombre, no, era un genio, un Dios; más que eso era el poeta, el verdadero poeta inspirado.

El joven pintor se encontró dominado por la mirada de águila y la elocuencia fascinadora del anciano. Bajó los ojos, avergonzado de su debilidad, y cuando el viejo le dijo:

—Vamos a tu casa, vamos—se dejó conducir como un cordero.

III

E! taller estaba en el mismo estado que le dejamos.

Subieron juntos aquellos dos hombres que parecían padre e hijo.

—¿Dónde está el lienzo?—dijo el viejo.

—Aquí— respondió el joven, y le alzó del suelo, borroso, empolvado, roto y sucio de la tierra que se había pegado

—¡Qué vergüenza! No tienes disculpa.¿ No estabas contento de tu obra? ¿Qué es, pues, lo que te contentaría? Has destruido un prodigio— y decia esto considerando atentamente la pintura—. Buena expresión. Esta cara se ríe, toda ella ríe. Buen colorido, viveza de concepto, extraño, ¡valiente toque! ¡Esta media tinta! Esta sola es el lunar de la obra. ¿Por qué defumarla y lamerla tanto?

—Ésa, ésa—dijo el pintor con viveza—, ésa sola me desespera, ésa es la causa de mi despecho. Yo he visto ese azulado, esa tinta., vagar enderredor del labio del modelo y reunirse sin confusión con el oscuro! Yo la he visto, la he concebido y no he podido ejecutarla—dijo lloroso—. Decidme, ¿no es motivo para desesperarse?

—No. Valor lo primero. Pintar y salir del vulgo, sigue la inspiracion, no imites.

—¿Y que haré? ¿Qué puedo yo inventar? ¿Qué colorido puedo yo imaginar que no me haya robado el Ticiano con tanta hermosura y valentía de dibujo y suavidad... ¡Ay! Ya vino Corregio con su pincel de gracias, con su gusto exquisito, con su colorido encantador, su redondez, su relieve y sus vírgenes! Y mi imaginación, que Vuesa merced pondera, ¿de qué sirve? ¡Ya vino Rafael con su expresión, su gracia y su imaginación fecunda! ¿Por qué haber nacido tan tarde!!! ¿Qué puedo hacer ya?

—Imitar a la naturaleza: todos la han alterado, unos para embellecerla, otros para degradarla; pintala tú como es, con su divina hermosura, con la majestad respetable que recibió del Altísimo, con sus caprichosos defectos, con sus tintas fuertes y decididas, como es. Sin quitarle, sin añadirle nada... Y tu imaginación, tu pincel hará el resto. Y después, después te espera la gloria, pero no te alucines, la felicidad no. Si titubeas, si temes la envidia y sus persecuciones, si temes, si dudas cambiar la felicidad por la gloria, no naciste para artista; rompe el pincel.

—No—dijo el joven con enstusiasmo, agitado como en un torbellino por las palabras del anciano—. No... No titubeo... Venga la fama, gane yo la inmortalidad, y después no temo ni desgracias ni males. Vengan, yo los desafío.

Y alzó la cabeza orgullo y pareció que la esperaba, como si hubiese sido un talismán, como si sus palabras hubiesen sido sortilegio que las evocase.

—Asi te quiero y esperaba verte, hijo mio, —dijo el anciano enternecido—. Tú eres digno del don que concedió el cielo. ¡Ay! ¡Si yo hubiese tenido tu pincel soberano, tu arte encantador! El orbe hablaria de mí... Y hubiera sido menos desgraciado. Mira mi

frente, ¿no hay mil desgracias escritas en ella? Yo viví en un mundo que no podía comprenderme. Fui infeliz, tuve que devorar mi alma, mi genio, porque no podía trasladarlo a un lienzo, ni cincelarlo en un mármol. Tuve necesidad de comer y serví... Pero mi alma de fuego era preciso que respirase o se consumiera. El ardor militar sonríe a la juventud... También promete palmas y gloria sin fin—, dijo con una sonrisa fiera y marcial—. Yo fui soldado, y juro a Dios que no tengo de que avergonzarme. Pero Dios quiso cerrarme aquel camino, aquella vida que templaba el fuego de mi alma y la dilataba. Mira, —y enseñó al joven pintor una grande herida y un tronco mutilado—. ¿Ves? Fue preciso dejar la espada. Pero podía escribir. Mi pluma fue mi pincel y pinté cuadros con su colorido tan fuerte como el tuyo y su dibujo tan correcto... ¡Dibujo moral, y muy difícil!

—Y ¡cuán buenos cuadros!—dijo el joven con admiración

—Pues no has visto mi obra maestra—continuó el viejo—. Mira, aquí está, sobre mi corazón y se enterrará conmigo. Han creido ver un libelo, me han perseguido, ella es causa de todas mis desgracias... Pues mira; la quiero más por eso, por las penas y trabajos que me cuesta.

Entonces sacó con cuidado un grueso cuaderno de letra incorrecta y borrosa, y empezó a desplegar a los ojos del pintor aquel inmenso cuadro. Especie de tela matizada como un tapiz del brillante bordado de historias frescas, raras, aereas fragantes como las flores de un jardín. Mil extravagancias, mil locuras con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, y que se pierde en mil arabescos fantásticos con las más filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razón sana, y con los amores imaginarios y ridículos, y con visiones de alucinaciones vaporosas, y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes o tiernos, desgraciados o felices, con lágrimas y suspiros dulces, o con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas o elegías. La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas, con mil caracteres que cambian como los días. Tela florida que desenrolla una existencia fantástica, pero verde. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusión de chistes y extravagancias, capaces de hacer sonreír a un sepulcro.

Ya el pintor había olvidado su desesperación, su abatimiento, su entusiasmo, y todavia escuchaba cuando concluyó el capítulo.

—Ahora—dijo el viejo sonriendo y gozando más en las sensaciones que se pintaban en los ojos del joven, que en los aplausos de la multitud—; ahora pinta.

—¡Y qué pintaré. después de lo que he oído y esa media tinta!

—Pinta la naturaleza virgen, sin alteración, y serás original, y te citará el mundo... La media tinta tan lamida y borrosa—dijo considerando la tela rota y sucia—. Ya comprendo... Sí, yo te prometo que saldrás bien de ella. Pero júrame por Dios que harás lo que te diga.

—Lo juro—respondió el joven arrastrado por la superioridad del genio.

Abrió la ventana, preparó la paleta, puso de nuevo lienzo en el caballete, tomó el tiento, los pinceles, se colocó ante la lela, y sólo entonces le ocurrió preguntar:

—¿Y qué pinto?

El viejo estaba junto a la ventana que daba a la calle, echó una mirada al oír aquella pregunta y sin titubear respondió:

—Aquel viejo.

Y señaló un viejo aguador de pellejo curtido que en aquel momento despachaba agua a dos o tres sedientos.

El joven titubeaba.

—¿No te he dicho que la naturaleza? ¿Qué importa que el objeto sea vil y bajo? Dios es quien necesita de una religión divina de su aureola de fuego y de sus alas de ángel para subirnos al cielo. Pero al genio le basta su pensamiento de fuego sin alas ni religión.

El pensamiento era algo heterodoxo para el siglo, pero pasó como un axioma ente los dos artistas, sin advertencia ni reclamación.

—Joven, no titubees; píntalo, ése, a lo vivo, mirando con esos ojos duros, con esa alma ruda, ponme todo eso sobre un lienzo y después yo te diré: «Eres un Dios», y te adoraré.

En un momento se penetró del asunto la joven imaginación del pintor, y lo dibujó de prisa, informe pero ardiente como un volcán. El soldado registró minuciosamente su bolsillo, sacó, después de exprimirlo, algunas pocas monedas de cobre. Su comida de aquel día, que dio sin titubear al rapaz Andrés, el mismo que sirvió de modelo al desgraciado lienzo del día antes. Le hizo una seña y el chiquillo inteligente y vivo, dio un salto y volvió ufano con el aguador que se colocó sin hablar palabra delante del pintor. Éste, sumergido por el fondo de su pensamiento y su obra, no dio las gracias al anciano sino con una sonrisa. ¿Pero para qué más? Ya él le había comprendido.

Ambos callaron: ni una sola palabras se habló de una parte ni de otra. ¡Ay! ¡Cómo volaba el pincel sobre el lienzo! ¡Cómo se mezclaban rápidas sobre la paleta las tintas más caprichosas que se unían en el lienzo y figuraban todas las alteraciones de la luz! Así, sin levantar cabeza, una hora y otra hora, hasta seis. Mientras más se acercaba al término del cuadro, más se agitaba y se movía y más atención prestaba el viejo soldado. ¡Ay! ¡Como se reproducían! ¡Con qué verdad!. Las formas angulosas, las tintas verdosas, las sombras cortadas de aquella cara ruda. ¡Cómo nacían sobre la tela las manos encallecidas, el cutis tostado del villano!

El mismo Andrés participaba de la admiración y del entusiasmo que la obra divina inspiraba; en un momento se puso delante del hombre en la actitud de tomar el vaso y su amo, sin decir palabra, trasladó al lienzo el pensamiento del rapaz, con su cara picaresca que en vano aparentaba inocencia.

Las horas volaban, la obra adelantaba. Alguna vez exclamó el anciano entusiasmado y como a pesar suyo:

—¡Bien! No hay más que desear.

Ya la obra estaba para concluir, ya sonreía el joven artista cuando de repente se nubló su frente.

—¡Vota a...! ¡Maldita media tinta, todavía se presentó!

Tomo el pincel; ya iba a tocar cuando el viejo soldado se le echo encima.

—Voto a bríos—exclamó—, no en mis días, no lo permitiré. ¡Miren si yo lo había acertado!

Pero el joven pintor luchaba con él.

—¡Dejadme, dejadme, por Dios! ¡!No me impidas señor que lo haga ahora que tenga la imaginación llena del asunto.

—¡Acuérdate del juramento!

—¡Qué juramento tengo de recordar, señor, cuando se trata de mi vida eterna! ¡Dejadme!–dijo rabioso.

—Antes matarás a este pobre viejo—y enfermo e inválido y con una fuerza que desmentía los años impedía al pintor que se acercase al cuadro..

—Señor, señor—dijo el joven apretando los dientes—, señor, dejadme os digo. Dejadme concluir lo mejor que he hecho.

—¿No ves que vas a echarlo a perder, insensato? Descansa la vista.

Pero el joven no le escuchaba y pugnaba por desasirse, y como en esto paso algún tiempo cuando pudo soltarse y llegó al caballete se quedó como petrificado delante del lienzo. Aquella media tinta tan difícil, escollo de sus obras había desaparecido. La obra estaba concluida. Era una obra maestra. El anciano se sonrió.

—¿Ves—le dijo— si tenía yo razón? ¿Estás convencido que ese vapor, esa sombra leve que veías, era solo nubes de tus ojos cansado de fijar el modelo? ¡Tenía yo razón en querer que apartases la vista? Dime, ¿qué le falta a ese cuadro?. No le toques más. Todo lo que ganaría en suavidad perdería en genio y viveza... Considera tu obra y dime si yo te anuncié sin razón una fama eterna. Firma, firmala, que pase tu nombre por los siglos hasta el fin del mundo.

Y el joven con una sonrisa de agradecimiento y satisfacción, con la cara encendida de entusiasmo y placer, con la cara trémula de agitación y alegría, puso al pie: *Velázquez pinxit*

—¡Tú serás inmortal, Diego Velázquez da Silva!

Velázquez le echó los brazos, lloró de alegría y le dijo:

—¡Y tú también, Miguel de Cervantes Saavedra! Eso que me has leído será eterno.

Ramiro

Eugenio de Ochoa

El Artista. 9 de Junio de 1835. Tomo 1. Pp 293—298.

Es un morisco que viene
Solo desde el Alpujarra
A matar un hombre.
CALDERÓN.

I

Era la noche. El desgraciado Ramiro desde las ventanas de su prisión contemplaba a la luz de la luna, la melancólica tranquilidad de las selvas cercanas, escuchando el lento y monótono murmullo de las olas que rodean el terrible castillo de Aliatar donde vive hace ya mucho tiempo prisionero. En aquella triste mansión pasaba su vida el desgraciado caballero, sin más consuelo a sus melancolías que los recuerdos siempre dulces de las pasadas venturas. Pensaba en su amada Zelma a quien tanto amaba a pesar del tiempo y de la distancia, y de no saber si ya tal vez aquella hermosa mora vivía feliz olvidándole entre los brazos de su rival Aliatar, que traidoramente le tenia encerrado en su castillo, contra todas las leyes del honor y de la caballería.

Sumergido estaba en profundas reflexiones, cuando oyó el sonido de un cuerno, anuncio sin duda de la llegada de algún extranjero al castillo, y sintió poco despues pasos cerca de su estancia como de hombre cubierto de pesadas armas. Abrieron la puerta de su prisión, y distinguió Ramiro al pálido resplandor de la luna un guerrero de talla gigantesca y armado de punta en blanco; parecía de edad algo avanzada y de complexión robusta; su rostro, tostado por, el sol, estaba cubierto de cicatrices y anublado de profunda tristeza, como si algún amargo sentimiento le atormentara interiormente, pero entre la nube sombría que daba a su semblante un aire siniestro y melancólico, se descubría una serenidad a todo trance y un valor impertérrito.

Cerró la puerta tras sí con gran violencia, y quitándose el casco y la espada presentó a Ramiro su mano cubierta de una manopla de hierro.

—Toca esa mano—dijo con voz bronca y destemplada—. Ramiro ¿me conoces

—No me acuerdo—respondió éste—, de haberte visto en mi vida, y aun me admiro de que sepas mi nombre. Pero sin duda—añadió suspirando—, la fama de mis desgracias le habrá hecho llegar a tus oídos. Extranjero, dime quién eres, cómo te llamas y con qué objeto vienes a buscar a un desgraciado, hace tanto tiempo privado de la libertad.

—Con el de volvértela—respondió el guerrero—. Vengo a volverte una libertad que te han arrebatado indignamente. pero tiembla—añadió frunciendo las cejas y apretándole la mano con violencia—, que el mismo que hoy rompe tus cadenas no te arranque la vida. ¡Oh Ramiro! ¡Piensa en Almanzor!

—Poco temo tus amenazas—respondió Ramiro con tranquilidad—. Pero quien quiera que seas tú, que me hablas con tanta arrogancia, sospecho que tus promesas tendrán el mismo efecto que tus amenazas.

—En efecto—respondió con una sonrisa irónica—: te cumpliré con la misma exactitud las unas y las otras. Sígueme, y verás como digo verdad. Pero en cambio del beneficio que te hago rompiendo tus cadenas, exijo tu palabra de caballero español de que me seguirás en cualquiera ocasión en que. yo te llame, aun cuando estuvieras a los pies de tu querida o rezando sobre la tumba de tu madre.

—Lo juro—respondió el cristiano.

Y esto diciendo salieron juntos de la prisión, y después de haber bajado varias escaleras de caracol y atravesado algunas piezas alhajadas a la morisca y escasamente alumbradas, llegaron a un salón donde habla una mesa servida con dos cubiertos y cuatro esclavos negros alrededor.

—Sentémonos—dijo el extranjero—, y comeremos juntos.

Y haciendo seña a los esclavos para que se retirasen se colocó en la mesa en frente de Ramiro.

—Sin duda—le dijo éste—, serás grande amigo de Aliatar, pues mandas de esta manera en su castillo; pero a pesar de todo, dudo que te perdone el haberte atrevido a dar libertad a su mayor enemigo.

—Si estuvieras en estado de defenderte—respondió levantándose el extranjero con ojos centellantes—, esas palabras hubieran sido las últimas de tu vida.

—Serénate—dijo Ramiro—, serénate, y si mis palabras te ofenden echa la culpa al misterio con que me tratas, y a que no sabiendo quien eres y viéndote en los dominios de Aliatar tranquilo y seguro, no pude menos de pensar sino que eras su amigo.

—Algún día me conocerás y puede que te pese, Ramiro; pero ahora no quiero decirte mi nombre. Bástete saber que soy musulmán y enemigo mortal de Aliatar.

—Si es cierto lo que dices, te aconsejo que no te detengas mucho tiempo en este castillo, si no quieres exponerte a hacer en él mas larga mansión de lo que quisieras. Créeme, salgamos de aquí, haz que me den armas y vamonos a algún sitio donde puedas cumplir tus amenazas. Entonces veré si tus hechos corresponden a tus arrogantes palabras.

—Por la cabeza del Profeta,—respondió el musulmán levantándose repentinamente—, te juro que satisfaré tu deseo. Pero ahora es menester que nos separemos. Algún día me encontrarás y entonces conocerás quien soy. Ahora vuelve al campamento de los cristianos y sé feliz por algún tiempo. Pero graba estas palabras en el fondo de tu corazón: no durará mucho tu felicidad, porque la sangre del justo pide venganza y la consigue, y tu has derramado la sangre del justo. ¡Oh Ramiro! ¡Piensa en Almanzor!

—Si—respondió Ramiro con tristeza—, yo he derramado la sangre de Almanzor, pero ha sido en combate singular, y he libertado a mi patria y a mi religión de su más terrible enemigo, y no me arrepiento.

—¿Quién sabe?—respondió el guerrero—. Acaso te arrepentirás algún día.

Llamó en seguida a dos esclavos negros y les mandó trajesen una armadura completa que Ramiro vistió al punto con muestras de alegría, como quien abraza tras larga ausencia a un amigo querido. Examinó la espada que le pareció de buen temple, igualmente que el yelmo y el escudo, y llegaron en seguida al puente levadizo donde hallaron un poderoso caballo blanco, ricamente enjaezado. Montó en él Ramiro despidiéndose de su libertador, y partió a todo galope siguiendo las encantadas orillas del Genil. Cubrióse el

rostro con la visera del casco por empezar ya a dejarse sentir los rayos del sol y al cabo de algunas horas perdió de vista las almenadas torres del castillo que le había servido de prisión. Poco mas de cinco leguas habría andado, cuando llegando a un espeso bosque que se hacía a la derecha del camino, resolvió detenerse en él, no tanto por la fatiga de su caballo como para gozar de la frescura y amenidad del sitio. Desensilló el trotón dejándole pacer libremente, y se tendió a la sombra de unos espesos robles llena la imaginación de los extraordinarios sucesos de aquella noche que más le admiraban cuanto más pensaba en ellos. Aquel extranjero que sabia su nombre y ejercía tanto dominio en el castillo, ¿quién era? Se decía enemigo de Aliatar, y sin embargo permanecía tranquilo en sus dominios después de haber quebrantado sus órdenes. Revolvía en su imaginación mil conjeturas que se destruían por sí mismas y no sabía a que resolverse, cuando oyó una voz que parecía salir de no lejos del sitio donde él estaba. Puso atento el oído y percibió algunos sollozos y suspiros que parecían arrancados de lo mas hondo del pecho. Movido a compasión se dirigió al lugar de donde salía la voz, y vio un joven como de diecisiete a dieciocho años, vestido a la morisca, que era el que tan tristemente se quejaba. Pareció al principio no advertir la llegada del caballero, tanto estaba sumergido en su dolor, y así tuvo tiempo Ramiro para mirarle despacio; y luego que le hubo contemplado le pareció que mas hermoso joven no había visto en toda su vida. Tenia la cabeza rodeada de un blanquísimo turbante y le descendía por la espalda una larga cabellera de ébano rizada naturalmente. El fuego de sus ojos negros y rasgados estaba algún tanto templado por el agudo dolor que le traspasaba el corazón. Era de talla mediana y bizarro en extremo. Pendía a su cintura un alfanje morisco, tenia en la mano una jabalina y un arco a su lado. Luego que vio al caballero se levantó repentinamente blandiendo el arco y mirándole con semblante amenazador.

Ramiro le dijo.

—He oido tus suspiros y conocido por ellos que eres desgraciado; pero por grandes que sean tus penas, está seguro de que nunca igualarán a las mías. Solo el deseo de consolarte en tu aflicción me ha movido a turbar tu reposo.

—Mis penas son de tal naturaleza—respondió el joven moro—, que no admiten consuelo alguno. Pero no por eso agradezco menos tu cortesía y buen deseo. Si no estás depriesa y el escuchar males ajenos no aumenta los tuyos, siéntate a mi lado y te contaré la historia de mis desgracias.

—Te oiré—interrumpió Ramiro apretándole la mano afectuosamente—; te oiré, amigo mío, y acaso te servirá de consuelo el ver un mortal mas desgraciado que tu.

Dicho esto se sentaron a la orilla de un manso arroyo que por allí serpeaba, y el joven árabe empezó en estos términos.

II

Nací en Granada en el tiempo en que nuestro rey Muley-Hasem reinaba pacíficamente entre nosotros protegiendo las artes y las ciencias, adorado de sus vasallos, respetado y temido de sus enemigos. Mi padre, de la famosa tribu de los Abencerrajes, vivía tranquilo a la sombra del trono gozando del favor del rey y querido de todos. Casóse bastante joven con una hermosa granadina de la tribu de los Gomeles, siendo yo y una her-

mana mía menor, llamada Zelma, el fruto de sus amores. Un dia llamó el rey a solas a mi padre y le dijo:

—Reduan, he sabido que los cristianos reúnen todas sus fuerzas para caer sobre nosotros y aniquilarnos; si hasta ahora he podido mantener la desunión entre ellos, ya cansados de hacerse la guerra entre sí, se reúnen contra nosotros llevando por única divisa «*Enemigos del Islamismo*». Pero todas sus fuerzas reunidas me darían muy poco cuidado a no ser por las divisiones intestinas de mi reino. Tu lo sabes; a pesar de todos mis esfuerzos, no he podido apagar la rivalidad que existe hace tantos años entre los Zegríes y los Abencerrajes, las dos mas poderosas tribus de mi imperio. Mi hijo Boabdil protege a la primera y conspira contra mí, fomentando entre mis vasallos el espíritu de rebelión. Amigo mío, dame tus consejos y dime qué debo hacer para libertar a mi pueblo del peligro que le amenaza.

—No me sorprende lo que me dices—respondió mi padre—, hace mucho tiempo que tu hijo protege a los pérfidos Zegríes con el objeto de colocar tu corona sobre su frente. Pero por grande que sea su partido no debes temerle., porque los Abencerrajes nunca te abandonarán., y los Abencerrajes son invencibles. Créeme, Muley-Hasem, arroja de Granada a esa infame tribu que es la peste de tu reino. y si el amor de padre te impide castigar a Boabdil, desprecia al menos a un hijo indigno de ti.

Entonces fue cuándo los cristianos reunidos bajo las banderas de Fernando e Isabel empezaron de nuevo una guerra suspendida hacia ya tantos años, y que debía ser más terrible y sangrienta que todas las pasadas. Indignados los españoles de ver a los enemigos de su fe, pacíficos posesores de la parte mas hermosa de su territorio, resolvieron arrojarlos de ella, y vengar de una vez ocho siglos de oprobio y esclavitud. Penetraron en nuestras tierras haciendo en ellas terrible destrozo, y el formidable monarca de Aragón llevó el terror y el espanto hasta los muros de Granada. Guerreros invencibles, inmensos ejércitos salieron de todas partes de España para pelear contra nosotros, y el estandarte de la Cruz tremoló bien pronto en muchas de nuestras mezquitas. En vano implorábamos a Mahoma: Mahoma se había retirado de nosotros y nos abandonaba a nuestros enemigos, que nos destrozaban con furor como los leones del desierto al tímido rebaño. El pueblo agolpado a las puertas de la Alhambra, pedía a gritos marchar contra los cristianos, Muley lo deseaba también, pero Almanzor ya no existía; Almanzor, el más valiente guerrero, el más firme baluarte del islamismo, el espanto de los soberbios, el amparo de los débiles, el rayo de los combates, el querido de las bellas. Almanzor derrotó mil veces a los cristianos. y si viviera todavía, los hijos de Pelayo no hubieran osado salir de las cavernas donde los sepultó el valor de nuestros padres.

Un día fatal para nosotros, en que se celebraban unas magníficas justas para celebrar el aniversario del nacimiento de nuestro rey, se presentó de repente en el torneo un guerrero que, a juzgar por sus armas, parecia cristiano, y que después de haber desarzonado a nuestros mas valientes paladines, arrancó también la vida con la punta de su lanza al nunca hasta entonces vencido Almanzor. ¡Día terrible! ¡Día de muerte y destrucción! Llorad, hijos de Omar. Con Almanzor acabó vuestra gloria y vuestro imperio; Alá nos abandona a la rabia de los partidarios del Crucificado. Venid hijos de Cristo y hartaos de nuestra sangre, profanad nuestros templos, derribad nuestros altares, nuestros guerreros que

un tiempo os vencieron, caerán bajo vuestras espadas como las hojas de los árboles al impulso de los aquilones!!...

Con no poca dificultad logró Muley-Hasem ayudado de sus guardias, sustraer al caballero cristiano, que Ramiro se llamaba, al furor del pueblo. Llevóle a uno de sus palacios en los alrededores de Granada y allí le tuvo oculto algún tiempo, hasta que habiéndose el infame Boabdil apoderado de la corona de su padre, le entregó en manos de su consejero Aliatar, uno de los hombres mas vengativos y perversos del mundo, y rival, a lo que luego se supo, de Ramiro en sus amores con mi desgraciada hermana Zelma.

—¡Tu hermana!—interrumpió el guerrero.

—Si ¡pobre Zelma! En el palacio de Muley-Hasem conoció al caballero cristiano y desde entonces empezó. para ella una vida de amargura. El cielo ha querido castigarla por haber amado a un infiel. Ella misma me ha contado sus amores con el cristiano y no he podido menos de perdonarla, porque debe ser un muy cumplido caballero el que ha vencido a nuestro Almanzor. Pero la hermosura de mi hermana conmovió el corazón del pérfido Aliatar, y éste al punto encerró a su rival en uno de sus castillos, recreándose en los tormentos que le preparaba. Empezó desde entonces a galantear a mi hermana y obtuvo permiso del Rey para casarse con ella.

Sin duda habrá llegado a vuestros oídos la fama de aquella horrible noche, que fue la última para los desgraciados Abencerrajes, en que el tirano Boabdil hizo perecer traidoramente a casi todos los guerreros de aquella famosa tribu. Mi padre, que mandaba una expedición contra el rey de Fez, fue uno de los pocos que se salvaron. pero se confiscaron todos sus bienes y se ofrecieron inmensas sumas al que entregase su cabeza. ¡Qué horror! ¡También mi inocente madre fue sacrificada al furor del tirano! Yo estaba entonces peleando contra los cristianos, y apenas supe las horrorosas escenas que habían pasado en Granada, dejé el ejército y fui a reunirme con mi padre, a quien hallé entregado a la mas horrible desesperación. Corrí, bañado en lágrimas, a arrojarme a sus brazos, diciéndole algunas palabras de ternura. pero en vez de estrecharme en ellos como tenia de costumbre, me repelió con horror diciéndome:

—No, Abenamar, ya no eres hijo mío. Si fueras mi sangre no derramarías esas lágrimas indignas de un hombre. ¡Abenamar, venganza, venganza!!....

Diciendo esto, me miró con ojos tan encendidos que parecía salírsele por ellos el corazón a pedazos. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, lanzaba de cuando en cuando algunos gemidos tan profundos que no pude menos de horrorizarme al verle en aquel estado. Paseabase por la estancia a grandes pasos, alzaba los ojos al cielo y parecía amenazarlo en su cólera algunas veces exclamaba sacrílegas imprecaciones contra Mahoma, miraba sus armas, y entonces una horrible sonrisa daba a su semblante el aspecto de una hechicera poseída de los espíritus infernales. Yo le dije :

—Padre mío, ¿qué debo hacer?

—¿Qué debes hacer?—interrumpió mi padre, apretándome la mano—. ¿Y tú me lo preguntas ? Abenamar, si eres hijo mío no debo decirte cual es tu obligación. Boabdil vive y reina en Granada; toma este puñal y sepúltalo en el corazón de ese pérfido Rey que ha derramado la sangre de tu madre. Pero no; yo le reservo una muerte mas digna de él, lenta, terrible y que servirá de escarmiento a los tiranos. ¡Oh ! Sí, algún día sufri-

rán los culpables el tormento que me hacen padecer. Ahora vuelve a Granada, que pronto te seguirá tu padre y prepárate a ayudarme en mi venganza.

Desde entonces, Señor Caballero, no he vuelto a ver a este padre querido. Pero cuando volví a Granada, donde permanecí oculto algún tiempo, vi varias veces a mi pobre hermana Zelma, que su amante Aliatar tenia encerrada en una de las prisiones del Alhambra. Allí la pobre niña pasaba la vida en medio de las lágrimas, pensando en su perdido amante. Yo logré algunas veces introducirme disfrazado en su jardín y entonces procuraba consolarla, aunque no era a la verdad mi situación menos triste que la suya. No había vuelto a tener noticias de mi padre, y ya le creía víctima del rencor de Boabdil, cuando supe que en vez de entregarse a su venganza, había logrado granjearse la privanza del Rey y hacerse grande amigo de Aliatar. Por su influjo fue desterrado de Granada el virtuoso Muley-Hasem, y no pasaba día en fin que no trajese a mis oídos la noticia de algún nuevo crimen de mi padre. Acrecentaban estas nuevas el horror que me inspiraba aquella ciudad bañada en la sangre de mi madre, con lo que me era en extremo odiosa la existencia. Resolví pues salir de Granada con mi hermana para libertarla de su horrible amante Aliatar y la fortuna favoreció este proyecto: me introduje en el jardín donde ya otras veces había visto a Zelma, y salimos los dos en traje de cautivos sin que nadie reparara en nosotros; aquella misma tarde nos hallamos a bastante distancia de Granada. Anduvimos toda la noche y llegamos esta mañana a ese bosquecillo inmediato, donde entre las sombras de los árboles dejé descansar a Zelma, que se hallaba rendida a la fatiga del camino. Ahora es nuestro intento llegar a tierra de cristianos y entregarnos a la protección del generoso Gonzalo de Córdoba, amigo del valiente y malogrado Ramiro.

Desde que éste oyó que Zelma se hallaba descansando a corta distancia, no le fue posible atender mas al discurso de Abenamar; le echó los brazos al cuello con extraordinaria agitación, diciéndole al mismo tiempo cual era su nombre. Contole luego lo que le había sucedido aquella mañana y, por las señas que dio del guerrero que le había abierto las puertas de su prisión, conoció el joven árabe que aquel era su padre, Reduan. Oyeron en esto la voz de Zelma que llamaba a su hermano y ambos se dirigieron al bosquecillo inmediato donde hallaron a la hermosa mora, bastante sobresaltada de ver llegar a su hermano en compañía de un guerrero armado de punta en blanco, y cubierto el rostro con la visera. pero cuando supo que aquel guerrero era Ramiro, estuvo a punto de caer al suelo desmayada de sorpresa y de alegría. Estaba ya en esto el sol bastante adelantado en su carrera, y a pesar de ser calurosísimo el día se pusieron en marcha los tres jóvenes dirigiéndose a lo que podían juzgar por la luz hacia el campamento de los cristianos. y al cabo de algunas horas de camino se encontraron con un pequeño destacamento de españoles, a cuyo frente caminaba el joven Gonzalo de Córdoba. Apenas se dio a conocer Ramiro, resonaron en las filas de los soldados mil gritos de alegría, y en pocos momentos llegó la fama de aquel feliz suceso hasta las tiendas de Isabel y se extendió por todo el ejército: doquiera resonaban acentos de júbilo y entusiasmo por la vuelta de aquel valiente mancebo que creían perdido hacia ya mucho tiempo. Salieron los Reyes a recibirle, acompañados de los principales jefes del ejército. Todos querían estrecharle entre sus brazos y estaban impacientes por oír la relación de los sucesos que le habían salvado del furor de los enemigos. Al verle llegar acompañado de una joven y de un mancebo árabes, entreveían todos algún novelesco misterio, y la Reina Isabel, con aquella amable perspicacia que tan-

to la distinguía, conoció muy pronto que en la llegada de su campeón se encerraba algún amoroso suceso. Tomó inmediatamente bajo su protección a los dos jóvenes infieles y se encerró después en su tienda con su esposo y con Ramiro, para que éste la refiriese cuanto le había pasado desde que cayó en poder de los musulmanes. Hízolo así Ramiro sin ocultarle su amor a Zelma y pidiéndola al mismo tiempo su permiso para darle la mano de esposo. Pero la Reina le dijo que estaba determinada a poner sitio a Granada al día siguiente, añadiendo que si lograba conquistar aquella ciudad, sus bodas con Zelma serian la primer ceremonia cristiana que se celebraría en los infieles muros de Granada. Díjole también que tenia secretas inteligencias con alguno de los enemigos, y que si un traidor habla perdido a España, un traidor iba a facilitar a los españoles la conquista de una parte de su territorio. En efecto, el vengativo Reduan había escrito en secreto a los Reyes Católicos designándoles el siguiente día para que asaltasen la ciudad, cuyas puertas estaban encomendadas a su defensa, y les ofrecía libre entrada por ellas si consentían en entregarle la persona de Boabdil. Agitaban pues todo el campamento cristiano los preparativos del asalto y todos se daban el parabién de ver terminada en breve aquella sangrienta guerra, a cuyo fin debla contribuir no poco la llegada del valiente Ramiro.

III

Verificóse al siguiente día el asalto de Granada y poco después la toma de aquella hermosa ciudad, en el cual desplegó Ramiro el heroico valor que tan célebre le había hecho en todo el ejército. Hicieron los Reyes Católicos su entrada triunfal con toda pompa y solemnidad, y se distinguían entre su comitiva los trajes árabes de Zelma y de Abenamar, a cuyo lado iba caracoleando en un hermoso caballo el valiente héroe de nuestra historia. Uno de los primeros cuidados de la piadosa Isabel, fue hacer consagrar para el culto cristiano, todas las mezquitas y templos profanados antes con las ceremonias del islamismo y fiel a su promesa hizo que al día siguiente celebrara Ramiro sus bodas con la hermosa hija de Reduan. Dio la Reina un gran baile a la juventud mas lucida del ejército en uno de los salones del Alhambra, y no se separó aquella numerosa concurrencia hasta ya muy entrada la noche. Quedaron solos los recién casados y antes de retirarse a su estancia rogó Zelma a su nuevo esposo que se paseara con ella un rato por el jardín para gozar de la hermosura de la noche. Paseábanse los dos venturosos amantes por aquellas deliciosas alamedas, platicando amorosamente, llenas las almas de una dulcísima esperanza. Llevaba Ramiro el brazo sobre la cintura de la amable Zelma y ella reclinaba su lánguida cabeza sobre el pecho del cristiano. Iban así los dos jóvenes cuando salió de entre los árboles inmediatos, una especie de fantasma cubierta de negro, la cual, llegándose a Ramiro, le puso en las manos un billetito cerrado, con lo cual desapareció entre la sombra de los bosques.

Abrió Ramiro el misterioso billete y leyó a la claridad de la luna, las siguientes palabras:

«Acuérdate de la promesa que me hiciste en el castillo de Aliatar: aun cuando estuvieras a los pies de tu querida o rezando sobre la tumba de tu madre, juraste que me seguirías. ¡Ven, pues, oh Ramiro, y piensa en Almanzor!!!

Estremecióse Ramiro al leer esta carta y estrechó a Zelma entre sus brazos con la mayor ternura, una voz interior le decía que nunca mas volvería a verla.

Salió entonces del Alhambra y se encontró en la calle a Reduan embozado en un ancho alquicel, con aire sombrío y amenazador. Hízole seña el árabe de que le siguiera y ambos echaron a andar por el camino que conduce al hermoso sitio llamado la Vega de Granada. Brillaba la luna en mitad del cielo con un esplendor que pudiera competir con el del mismo sol y habiendo llegado a lo mas espeso de la Vega, vio Ramiro lleno de horror un cadáver ensangrentado cubierto de un riquísimo traje musulmán, y desfigurado con un sin fin de anchas y profundas heridas. Quedose al verlo pálido como la muerte. Reduan le dijo con mucha serenidad:

—¡Oh Ramiro! Hé aquí lo que queda de un monarca en otro tiempo tan poderoso, he aquí lo que queda de Boabdil. Este infame tirano derramó la sangre de mi esposa querida y yo he derramado la suya. Después de haberle privado de su reino le he arrancado la vida. Porque la sangre del justo pide venganza y la consigue. ¡Oh Ramiro, piensa en. Almanzor!

Diciendo estas palabras, cayó de improviso sobre el cristiano, que con los brazos cruzados sobre el pecho estaba contemplando aquella víctima del furor de Reduan, y le clavó en el pecho un ancho puñal que llevaba escondido debajo del alquicel. El infeliz cayó al suelo derramando un torrente de sangre.

—Si—prosiguió Reduan—, la sangre del justo pide venganza y la consigue. ¡Oh Ramiro, piensa en Almanzor!

Luisa. Cuento fantástico

Eugenio de Ochoa

El Artista. 7 de julio de 1835. Tomo 2. pp 40-45

«Como me lo contaron os lo cuento».

El país de las aventuras misteriosas, la patria de las sílfides y las ondinas, el suelo predilecto de los encantadores y las magas, es la Alemania, la poética, la nebulosa Alemania. Sus selvas, tan antiguas como la tierra, tan negras como el infierno, son asilo de innumerables duendes y fantasmas: sus lagos y sus torrentes están poblados por mil hermosas ondinas; las orillas de sus caudalosos ríos, siempre cubiertas de una neblina gris, están erizadas de fuertes castillos feudales, teatros de las más increíbles tradiciones... ¿Y qué mucho? En todos ellos reside algún diablo azul o algún blanco espectro, ya fije su mansión entre los pilares de sus góticas capillas, ya en sus revueltos subterráneos, ya entre sus desiguales almenas, ya en el húmedo panteón donde duermen con eterno sueño en sus tumbas de piedra los antiguos señores del castillo.

Hay en la orilla izquierda del Rin una fortaleza de piedra de que era señor hace trescientos años un barón muy poderoso. Tenía este barón una hija de dieciséis abriles. Hablando de ella, decía en la crónica que escribió de aquella época el capellán del castillo, hombre ya asaz contaminado con las nuevas doctrinas de Lutero, estas palabras: «La condesa Luisa es una viva imagen de su madre, la baronesa Matilde, que pasaba por la mujer más hermosa del imperio: sus ojos son del color del cielo en una mañana de primavera; su rostro delicado tiene la palidez de la luna, en su cabello de un color rubio ceniciento brillan reflejos argentinos cuando los hiere la luz del sol; su cuerpo es tan airoso y flexible como una palma oriental. Hay además en toda su persona un no sé qué de aéreo e ideal, que revela una celeste naturaleza. Tal es la condesa Luisa, hija única del barón Steinlonberg».

No es extraño, pues, siendo tan perfecta Luisa, que estuviera su padre tan orgulloso con ella, y que la destinara allá en su mente a los más brillantes partidos. Cuando la veía el anciano barón, en los escasos momentos que le dejaba libre la costumbre feudal de vivir en perpetua guerra con sus vecinos, arrodillada al pie de un crucifijo, cruzadas las manos sobre el pecho y los ojos húmedos de lágrimas, pedir al cielo que conservara la vida de su padre y rezar con fervor por su difunta madre; cuando la oía cantar con una voz tan dulce como la de los ángeles, inclinada como una azucena sobre su arpa de ébano, las dulces baladas tirolesas, o la veía descifrar con una paciencia benedictina, para disipar los cuidados que anublaban la frente del poderoso barón, las crónicas de sus antecesores manuscritas en iluminados pergaminos; cuando consideraba, en fin, que aquella delicada flor, aquel arcángel de luz era el solo consuelo de su ancianidad, la única criatura que sabía con una sonrisa o una mirada de amor despejar su frente sombría como un cielo de invierno, entonces se la hubiera negado aun al mismo emperador de Alemania.

Y con más motivo a quien no fuera príncipe ni emperador. Porque, en efecto, debe de ser cosa amarga para un anciano desprenderse del objeto más querido de su corazón, dar a otro voluntariamente un pedazo de su alma, y no saber cuál será la suerte que

le espera bajo la protección del hombre a quien la entrega. Si fuera evidente, como dicen, que todos nuestros afectos son hijos del egoísmo, o sea un reflejo del afecto profundo que cada cual se profesa a sí propio; si estuviera bastante probado este vergonzoso secreto de la naturaleza humana, diríamos que el barón se amaba tanto que no quería exponerse a tener un disgusto viendo a su hija infeliz o malograda.

Al emperador de Alemania tampoco le hubiera dado Luisa su mano voluntariamente, y en esto a lo menos era de la misma opinión que su padre. Pero la hermosa niña amaba ya con aquella ternura inefable con que se ama a los dieciséis años, y cuando lo supo el barón, penetró en su alma la más profunda amargura. Hasta entonces él había sido el único objeto de los pensamientos de Luisa, el único ser por quien alguna vez se había despertado sobresaltada en medio de la noche. Cuando conoció al que amaba su hija, sintió hacia él un odio implacable, y le maldijo en el fondo de su corazón.

Arturo, sin embargo, no era digno de ser aborrecido. Luisa le hacía más justicia amándole con toda su alma. Era éste uno de aquellos jóvenes, blancos como la nieve, apasionados y novelescos, de que tanto abunda la novelesca Alemania; uno de aquellos seres sublimes y melancólicos, cuyo tipo se encuentra en Schiller y en Mozart, especie de ángeles desterrados del cielo, condenados, por una injusta fatalidad, a vivir entre los hombres. Tal era el joven Arturo.

Sus ojos de un azul sombrío, húmedos y rasgados, se dirigían continuamente al cielo con una expresión de amargura indecible, y se veía al mismo tiempo en su frente, de una blancura celestial, la más profunda resignación. Sus labios entreabiertos como una rosa de verano, exhalaban un aliento perfumado y purísimo, Su rostro, perfectamente ovalado, mostraba aquella inocente serenidad que tanto nos hechiza en el semblante de los niños; y aunque era alto de cuerpo y gallardo como un mancebo, se traslucía en todo él una delicadeza mujeril.

Así que, inútil decir cuánto se amaban Luisa y Arturo. Sus almas se comprendían como dos hermanas gemelas, y hasta cierto punto formaban parte la una de la otra. Separarlas hubiera sido destruirlas, hubiera sido cortar el lirio de su tallo, arrancar al laúd sus cuerdas sonoras. Sus dos almas unidas formaban una misteriosa armonía. Su amor era una predestinación, un efecto del irresistible influjo de las estrellas.

Estaba el cielo cubierto de nubes. Algunos relámpagos amarillentos desgarraban de cuando en cuando su negro velo. Un viento agudo y sonoro sacudía las altas ramas de los pinos, gigantes embozados en sus capas de escarcha. El reloj de un monasterio vecino acababa de dar las seis de la tarde, cuando atravesaba Arturo un bosque contiguo a la morada del soberbio barón. Caminaba el joven a muy buen paso, pero volviendo atrás la cabeza continuamente y parándose para percibir el menor ruido, la palidez natural de su rostro estaba entonces aumentada por el terror supersticioso que le causaba la soledad de aquellos sitios.

¡Triste soledad! Arturo no temía hallarse con una partida de salteadores, ni ver de repente brillar sobre su pecho el puñal de un asesino, no temía extraviarse en aquel laberinto de árboles que tan perfectamente conocía, la próxima tempestad sólo le causaba un leve sobresalto, y sin embargo su corazón latía apresurado como el de un ruiseñor cautivo entre las manos de un niño.

Porque cada árbol cubierto de nieve que veía a lo lejos le parecía un fantasma evocado de su sepulcro, a cada golpe que le daban al andar las ramas de los arbustos, creía sentir sobre su cuerpo la mano helada de algún duende. Y no es extraño que así fuera: Arturo vivía en el siglo xvi, siglo de candor y de fe, de superstición y de creencias. Iba pues andando Arturo con no poco miedo, cuando llegó éste en su corazón al más alto punto, al ver brillar entre las ramas, a la repentina luz de un relámpago, un bulto metálico que despedía reflejos de color de sangre.

Entonces toda la suya se le heló en las venas y quedó inmóvil, sin que le fuera posible dar un paso ni adelante ni atrás. Ños reflejos azules de sus cabellos negros como el azabache se veían cubiertos de un sudor casi cuajado. La oscuridad crecía por instantes y con ella el rumor del viento que arreciaba: volvió a herir la luz de un relámpago en el bulto metálico, y Arturo se estremeció de nuevo hasta la médula de sus huesos, porque en efecto era supersticioso y débil como una mujer.

No le era posible seguir adelante, y sin embargo sabía que Luisa le aguardaba en su ventana, desde la cual le había prometido hablarle aquella noche por estar ausente su padre. Se lo había prometido en una carta que, confiada a un mensajero infiel, llegó primero a manos del barón de Steinlonberg que a las de Arturo. Este, por fin, se resuelve a seguir adelante: después de haberse encomendado a la Virgen María con todo fervor, arrodillado sobre la yerba encanecida por la escarcha, sigue su camino hacia el Castillo, cuyas altas almenas se desprendían apenas a lo lejos del fondo adusto del horizonte.

Sus labios pronunciaban el dulce nombre de Luisa, el sobresalto le hacía volver la vista atrás a cada instante y apenas podían sostenerle sus rodillas. Cada vez que algún relámpago le descubría el objeto de su terror, cerraba los ojos como un hombre que conoce el peligro y se resuelve a no oponer resistencia. Al cabo de pocos momentos, al volver una senda, vio delante de sí, tan cerca que podía alcanzarle con la mano, un guerrero armado de punta en blanco: este guerrero era el barón de Steinlonberg.

—¿A dónde vas?—le dijo con voz tan bronca y destemplada que Arturo creyó oír junto a sí la explosión de un arma de fuego—. ¡Imprudente! ¡Pensabas poder arrebatar a un anciano el único consuelo de su vida!... ¡Oh! ¡Maldición sobre ti!

Apenas oyó estas palabras, sintió el desgraciado joven penetrar en su pecho la punta helada de un puñal, y cayó al suelo como una flor arrancada por el huracán. Un instante después exhaló el último suspiro, con un sonido tan tenue y fugitivo como el que forma resbalando sobre las cuerdas del arpa una mano moribunda. Caía la lluvia a torrentes, y apenas tocó el suelo el cadáver de Arturo, le arrebató en sus aguas un arroyo desprendido de la más cercana colina... Entonces tembló a su vez el soberbio barón. Un terror supersticioso embotó por un momento todas las potencias de su alma.

En la noche de aquel mismo día, estaba el padre de Luisa en un salón del castillo, acompañado del capellán cronista, que, con una voz lenta y monótona, iba leyendo en alta voz las sublimes palabras de la Biblia, heréticamente vertida en lengua vulgar. Ardía una encina entera en la inmensa chimenea de la estancia, y la lámpara de hierro que pendía del techo bañaba las paredes y los trofeos que la adornaban con una luz macilenta.

Sumergido estaba el barón en inquietas meditaciones, lo que se conocía por los movimientos bruscos con que se revolvía en su sillón, como un oso apresado en estrecha jaula. De cuando en cuando salía de su pecho alguno que otro ronco suspiro. Era ya bas-

tante entrada la noche, y aquella hora avanzada, y la voz lenta del capellán y el suave calor de la chimenea, todo contribuyó a sumergirle en una agradable modorra, semejante a la que cierra después de comer, en su muelle sillón, los carnosos párpados de obeso canónigo toledano.

Frontero al sitial que ocupaba junto a la chimenea el padre de Luisa había un sitial vacío. Entreabrió el barón los ojos al cabo de una hora de sueño, y no sería fácil decir lo que sintió al ver delante de sí, sentado en el sitial frontero al suyo, un guerrero vestido de armas negras, estrechando entre sus brazos a la hermosa Luisa y al oír los nombres de ¡Arturo! ¡Luisa! suspirados con amor por aquellos dos jóvenes enamorados. Al mismo tiempo resonaban en los oídos del barón estas palabras de la Escritura, pronunciadas lentamente por la voz severa del capellán: «Y el Señor le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita desde la tierra hasta mí. Por lo cual ahora serás maldito en esta tierra que ha abierto su boca para tragar la sangre de tu hermano derramada por ti».

Es el caso que todo esto debía de ser una ilusión de aquel padre celoso, porque Luisa entre tanto estaba sola en su estancia, tendiendo la vista por el balcón abierto sobre el espeso bosque, que hasta donde podía alcanzar la vista rodeaba el castillo. Apoyada la frente en la palma de la mano, cargados los ojos de ternura y de anhelo, llena su alma de inquietud, esperaba a su Arturo la dulce niña, sin saber a qué atribuir aquella tardanza.

Muchos motivos tenía Luisa para estar inquieta, pero era el mayor de todos saber que debían de estar prontos a entrar en campaña para el día siguiente todos los vasallos, en edad de tomar las armas, dependientes de aquella gran baronía. Su señor feudal lo había exigido así para terminar de una vez sus contiendas con otro barón no menos inquieto y belicoso que él. Arturo era vasallo del padre de Luisa, no porque hubiera nacido en sus dominios, antes bien nadie sabía quiénes eran sus padres, ni cómo o cuándo se había establecido en aquellas cercanías. Pero se hallaba en ellas, estaba en edad de tomar las armas, y fuese noble o villano, cosa que nadie sabía tampoco, era menester que al día siguiente, al primer toque de los clarines, estuviese formado con los demás vasallos delante del castillo, bajo las banderas feudales del barón de Steinlonberg.

A la tempestad de la tarde había sucedido una de aquellas noches blancas y frías que tan generales son en los países del Norte, parecía que la bóveda celeste reflejaba el color de un suelo cubierto de nieve. Más de una hora hacía ya que estaba Luisa en su balcón, sumergida en mil vagas ideas, cuando vio a lo lejos acercarse al castillo con toda velocidad un bulto negro, que luego distinguió ser un hombre y un caballo que a toda carrera se adelantaban.

Estaba el hombre cubierto de armas negras, y era el caballo del mismo color que las armas del caballero. En su gallardo porte, en la gracia de sus movimientos reconoció al joven Arturo; pocos instantes después una escala de seda reunió a los dos afortunados amantes. El caballo quedó atado a una argolla bajo el balón de la doncella, golpeando las guijas del suelo con su ferrado casco.

Creyó Luisa hallarse bajo la influencia de un sueño, cuando de repente, sin acordarse de haber salido del castillo, se halló sentada a la grupa del caballo negro que montaba Arturo, y sintió sobre su cintura la presión de una mano cubierta de hierro que fuertemente la sujetaba: esta mano era la de Arturo. Él y su amada cruzaban a caballo con la rapidez del relámpago colinas y selvas y llanuras inmensas, acercándose más y más a un

horizonte oscurísimo donde serpeaban en rápida vislumbre algunas ráfagas de luz. El cielo por lo demás estaba, como antes, puro, blanco y sereno, pero la pobre Luisa se hallaba en una angustia inexplicable: pálida como la muerte, los ojos desencajados, seca y fría, los cabellos erizados, violentamente oprimida su linda boca con ambos puños cerrados, temblaba la hermosa niña en los brazos de aquel misterioso espectro como la tímida gacela entre las garras del tigre...

Al choque de los pies del negro trotón brotaban chispas del suelo, y por los ojos y por la boca arrojaba llamas azules y rojas. El más profundo silencio reinaba en derredor, y ni aun se oía el ruido que hacía el caballo al galopar. Después de haber andado dos horas por lo menos, llegaron Luisa y Arturo a la entrada de una gruta. Bañaba la atmósfera una media luz semejante al último crepúsculo de la tarde. Apeóse el caballero de las armas negras, y con gentil cortesía, puesta una rodilla en tierra y la otra doblada a guisa de estribo, ofreció su mano a Luisa y la ayudó a apearse del negro corcel.

Estaban los dos jóvenes a la entrada de la gruta, Luisa palpitando aún de terror, Arturo, grave e inmóvil como una estatua de bronce.

—Luisa, Luisa—dijo éste con una voz tan triste y cavernosa que parecía salir de un subterráneo—, ¡vamos a separarnos para siempre! Dame tu mano, Luisa, deja que estampe mis labios en los tuyos.

Y quitándose la manopla de la diestra, presentó a su amada los dedos largos y nudosos de una mano de esqueleto, y levantando con la izquierda el casco guerrero, dejó ver el cráneo pelado y la expresión sardónica de una calavera, cuyas huecas facciones, vistas a la luz de la luna, formaban un conjunto verdaderamente espantoso. Aquella calavera movía sus labios de hueso como si quisiera articular algún sonido. Dio entonces el espectro un paso para acercarse a Luisa; pero ésta, lanzando un grito de horror y sacando nuevas fuerzas de aquella sensación profunda, corrió hacia la gruta y penetró en ella, delirante, frenética, como penetra en los abismos un alma criminal acosada por los espíritus infernales. Fue, sin embargo, aquella sensación tan violenta como rápida, pues familiarizada ya, por decirlo así, con las impresiones sobrenaturales de aquella noche, se recobró pronto y volvió la vista atónita a todos lados para reconocer el sitio en que se hallaba. ¡Cuál fue entonces su admiración! Vio que era aquél una gruta fresca y hermosa, cubierta de algas y conchas marinas, en que se respiraba un ambiente puro como el que refresca en las noches de verano el rostro de las hermosas sobre las aguas de los canales en las góndolas venecianas.

Oyó Luisa a corta distancia los ecos de una dulce armonía, lenta, melancólica y sublime; un concierto de arpas e instrumentos desconocidos unido a la acorde modulación de algunos acentos mujeriles. Era un himno funeral, un canto de muerte lo que tan dulcemente sonaba, y a la horrible agitación en que hasta entonces se había encontrado Luisa, sintió ésta suceder en su pecho un sentimiento de lánguida tristeza, inefable y profunda. Continuó adelantándose hacia el sitio de donde salían aquellos sonidos, pero sin duda debía de estar muy lejano, o ir retrocediendo lentamente y sin que ella lo advirtiera, porque, aun después de haber andado mucho, siempre se hallaba a igual distancia del término de la gruta. Sentía Luisa una especie de mareo, de aturdimiento, pero ni padecía, ni se consideraba desgraciada. Empezó de nuevo a circular la sangre en sus venas, y dos lágrimas de ternura humedecieron sus párpados. Llegó, en fin, al término deseado y pene-

tró en una estancia cuyas paredes eran tan diáfanas y cristalinas, que no parecía sino que el éter del cielo las circundaba por todas partes. En un lado de aquella estancia vio una escena capaz de conmover un corazón de roca.

Un grupo de mujeres hermosas como serafines, reclinadas sobre arpas de cristal y veladas con blancos cendales y largas cabelleras argentinas, rodeaba un túmulo formado de conchas y yerbas, sobre el cual yacía el cadáver de un joven. Una mujer, más hermosa que todas las mujeres, reclinado el cuerpo sobre el cadáver, le miraba con amor, humedecía con el aliento de su boca sus cárdenos labios y la frente pálida del mancebo, derramando al mismo tiempo sobre él un torrente de lágrimas. En el rostro de aquella mujer brillaba la ideal belleza de las ondinas. Era una ondina en efecto. Un momento después de haber entrado Luisa en aquella estancia, huyeron despavoridas al verla las jóvenes que con sus arpas de cristal llenaban el aire de una celeste armonía. Al ver el espectáculo que tenía delante, sintió Luisa abrirse de nuevo todas las llagas de su corazón, porque en aquel joven muerto reconoció a su desgraciado amante Arturo. En su rostro, privado de vida, reinaba aquella serenidad celeste que tanto le embellecía en tiempos más felices, pero examinándole de cerca se veían también en él algunas violentas contracciones, señales de su reciente agonía.

—Ven, ven—dijo a Luisa la mujer que lloraba sobre el cuerpo de Arturo—; ven, por ti murió este mi desgraciado hijo. Yo le recogí en mis brazos, porque me hallaba entre las aguas del arroyo junto al cual le asesinó tu inicuo padre. Ven, fatal mujer, ven; contempla tu víctima.

—¡Mi víctima!—exclamó Luisa—, ¡oh! ¡no! ¡no!

Y diciendo esto voló con los brazos abiertos hacia el fúnebre lecho; pero no bien hubo tocado el frío cadáver, cuando desplomándose a la voz de la ondina la gruta y el lecho, se sintió arrebatada llevando entre sus brazos a su perdido amante por una corriente impetuosa. Durante algunos minutos la persiguió como su sombra la imagen de la desolada ondina, que en pie a la orilla del agua, adelantándose con la misma velocidad que la corriente, aunque sin dar paso alguno, la miraba con una expresión indefinible de dolor y de ira. Desapareció por fin esta imagen, y Luisa, privada ya de sentido, se dejó llevar por la corriente sin soltar el cuerpo del infeliz Arturo.

Terrible fue la batalla en que el barón de Steinlonberg, resuelto a terminar de una vez sus desavenencias con otro caballero tan poderoso como él, perdió la mayor parte de sus soldados y todas las posesiones de su baronía, excepto el fuerte castillo situado en la orilla izquierda del Rin. Al fin de la prolija relación de esta batalla, inserta en la página 542 de la ya citada crónica del capellán del castillo, se lee lo siguiente: «Serían las siete de la tarde, cuando el barón, perdida ya toda esperanza, se retiró del campo de batalla, seguido de algunos escuderos y del autor de esta crónica. No menos rendido de cansancio que su señor estaba el hermoso alazán andaluz del barón. Tuvo, pues, éste que detenerse en un espeso bosque, distante como hasta tres millas de su fortaleza. Sentóse sobre la yerba a la margen de un arroyo, y, mientras estaba sumergido en sus amargas meditaciones, aumentó de repente la espantosa lluvia que durante todo el día había estado despidiendo las nubes. La corriente acrecida del arroyo junto al cual descansaba el barón, trajo al cabo de pocos momentos entre sus aguas y depositó a sus pies dos cuerpos abrazados: uno de ellos era el de su hija única, la hermosa Luisa. No fue ya posible ocultarle el terrible secre-

to que yo sabía ya por acaso, y que hasta entonces había podido guardar. ¡Infeliz!... La noche del día anterior entré en la estancia de la condesa Luisa, pero demasiado tarde por desgracia para evitar su temprana muerte. Aun no había yo pasado el dintel de su puerta, cuando a la claridad de la luna, vi a la hermosa joven precipitarse desde su ventana en un raudal que corría a los pies del castillo, y en cuyas aguas vio la infeliz, que acababa de despertar de un largo y agitado sueño, el cadáver de un joven a quien amaba con toda su alma. Cuando acudí a sacarla de las aguas, a ella y al joven se los había llevado ya la corriente. Oculté esta cruel nueva al barón, esperando siempre que no sería mortal para su hija aquella caída y tomando las más minuciosas precauciones para descubrir su paradero. ¡Pero todo fue inútil! Cuando volví a verla en el bosque donde estaba su padre, ya era cadáver... El desgraciado barón, al verla, perdió enteramente el juicio, y pocos meses después murió de pesadumbre en el castillo de sus mayores».

Hasta aquí el texto histórico.

No obstante la autenticidad de este documento, la tradición popular ha conservado a la desastrada muerte de Luisa la explicación fantástica que daba de ella el barón en sus raptos de delirio.

—¡He matado—exclamaba— al hijo de una ondina!, y la ondina se ha vengado ahogando a mi hija. El espectro de su amante la atrajo a la gruta fatal: ¡allí está! ¡Ya se hunde la gruta!... ¡madre desapiadada!... ¡Luisa!, ¡adiós!, ¡adiós!

Y el miserable anciano, presa de aquella horrible visión, se moría lentamente.

El lector escogerá como guste entre la historia y la tradición.

La mujer negra o una antigua capilla de templarios

José Zorrilla

El Artista. 11 de agosto de 1835. Tomo 2. Pp 163-167

Uno de los templos que se ven hoy en Castilla la Vieja es el de Torquemada, villa situada a pocas leguas de Valladolid, entre esta ciudad y la de Burgos. Antes que este se edificara, servía de iglesia una capilla que llaman de Santa Cruz. Ahora está a pocos pasos del pueblo, y sigue sirviendo de templo secundario. Fue obra de los caballeros templarios, que la abandonaron muy poco después de haberla levantado para sus fines particulares; y transcurriendo días, se hizo un objeto de veneración y de pavor para el simple habitador de Torquemada. Se dijo que no todo era bueno en aquella capilla: que se oían ruidos subterráneos, y hubo quien añadió que le constaba estar habitada por los malos espíritus. Estos rumores crecieron cuando don Juan II de Castilla mandó cortar la cabeza de su condestable don Álvaro de Luna, por quien los vecinos de Torquemada hicieron muchos sufragios. Contaron que se oían ecos lastimosos en Santa Cruz; que recorrían luces de una parte a otra, y que vagaban por la noche en sus cercanías sombras movibles y otras fábulas a este tenor.

Al mismo tiempo apareció un ermitaño en la parte del pueblo opuesta a la en que estaba la capilla. Allí se acababa de levantar un santuario con el nombre de Nuestra Señora de Valdesalce, cuyo cuidado se encargó a este ermitaño, que vivió algún tiempo con una vida ejemplar y siendo el ídolo de los vecinos de la población.

De estos sucesos tan simples en sí y tan naturales, se sacaron mil cuentos inverosímiles y absurdos, que tuvieron motivo en las causas anteriores del acaecimiento que voy a referir, y que se conservó largo tiempo en la memoria de los aldeanos con el nombre de la mujer negra.

Una mujer misteriosa entraba, ya hacía algunas noches, en la capilla de Santa Cruz, sin que nadie supiese quién era ni con qué objeto se presentaba allí. Algunos atrevidos y un poco más despreocupados que los otros se arriesgaron a seguirla, entrando en el templo algunos minutos después que ella. No quedó rincón que no miraran, ni escondrijo donde no se introdujeran; pero la mujer no apareció. Una hora antes de rayar el alba, esta dama incomprensible salió de la capilla y desapareció entre la maleza de un bosquecillo, o más bien dehesa cercana. ¿Cómo, pues, explicar este misterio? Entraba, salía, se la buscaba, y así se daba con ella como si fuese un espíritu invisible. Los lugareños, aterrados, no osaban, después de este acontecimiento, acercarse a Santa Cruz desde que el astro del día empezaba a debilitarse. El ermitaño de Valdesalce estuvo también algún tiempo sin dejar su habitación, lo que contribuyó al aumento de su terror. El suceso de la mujer negra empezó a tomar un aspecto muy formal. «El condestable, decían los aldeanos, era sin duda muy culpado; nuestras oraciones han irritado su alma.» Otros hablaban de la mujer negra, como de una bruja que tenía pacto hecho con el diablo, añadiendo unos que se les había mostrado por la noche, y otros que, volviendo de los azares del campo, la vieron bailar al anochecer alrededor de una seta, como decían lo practicaban las brujas: y algunas viejas

contaban que la habían visto saltar con suma rapidez de unos en otros tejados, cantando por un tono en extremo lúgubre.

El ermitaño bajó, por fin, a visitar a sus queridos hermanos, como él llamaba a los vecinos de la villa. El semblante de este hombre era angelical, su porte agradable y cariñoso. Llevaba una túnica de paño burdo ceñida a la cintura con una correa. Vagaban sobre su espalda los negros y rizados cabellos, y la barba crecía a su antojo, dando a su rostro varonil un carácter de majestad y nobleza que nunca desmintieron sus palabras ni sus hechos. La alegría de los aldeanos fue general cuando vieron bajar a su ermitaño. Corrieron a su encuentro, le contaron el suceso de la mujer negra muchas veces, porque se les figuraba que aún no lo había comprendido bien. Él escuchó su narración con una paciencia imperturbable, les animó, les dijo no creyesen en cuentos de brujas ni en hechizos, que tal vez aquella mujer fuese tan buena cristiana como por bruja la tenían y concluyó prometiéndoles que él mismo iría a descifrar aquel misterio. Los del pueblo quedaron muy pagados de la afabilidad del eremita, le dieron repetidas gracias y le acompañaron largo trecho fuera del lugar, retirándose después con más tranquilidad de la que habían tenido los últimos días.

El solitario de Valdesalce esperó la venida de las sombras lleno de curiosidad. La idea de aquella mujer extraordinaria le había hecho gran impresión, y parecía hallar un presentimiento en su interior que le inclinaba a creer que era un ente bien desgraciado. Meditaba en las señales que le dieron de ella los del pueblo, dejaba escapar expresiones de compasión. Hubiera querido descubrirlo todo en un momento. Mas no sabía que el cielo le preparaba una escena bien triste en la capilla de los Templarios.

La noche llegó desplegando a la vez todos los encantos que la acompañan en la estación deliciosa de la primavera. La luna apareció suspendida en el puro azul de una atmósfera tenue, que parecía tener la virtud de aligerar la vida de los seres condenados a arrastrar unos días cortos y desabridos sobre la tierra. Ayudándose con su pequeño báculo, descendía de su choza el eremita de Valdesalce, encomendando al Eterno, en duplicadas oraciones, el éxito del negocio que iba a emprender en favor de sus caros habitantes de la llanura. Atravesó silencioso por medio de las sombras que proyectaban los edificios pequeños y groseros que se veían separados del resto de la población y al cabo de algunos minutos se arrodilló ante el altar de la capilla a que no resolvían acercarse los lugareños. Acomodose en un lugar extraviado desde donde pudiese registrar el espacio más reducido del templo, y aguardó más de una hora sin percibir el más mínimo ruido.

Al cabo de este tiempo, la puerta que él había cerrado detrás de sí, se abrió lentamente con un prolongado mugido; la lámpara colgada delante del ara, osciló débilmente y dio muestras de expirar, confundiendo así los objetos de una manera horrorosa. Una mujer de una figura interesante se adelantó hacia el presbiterio y oró por algunos momentos. Iba cubierta con un ropaje de seda negra que realzaba su cutis delicado, y convenía con su semblante abatido. Sus ojos lánguidos recorrieron velozmente la capilla, y dirigiéndose a la lámpara, comunicó la llama a un largo hachón, que difundió una claridad trémula, cuyo resplandor dio movilidad a los seres estacionarios por naturaleza. Dirigiose a un altar lateral, y separando una ligera tarima, dejó ver una escalerilla de caracol, oculta bajo una pequeña trampa, por la que desapareció. La oscuridad volvió a tomar posesión de la capilla, porque la lámpara había sido apagada por aquel ser fantástico. El eremita se

dirigió a ciegas al sitio por donde se había sumergido la mujer negra, y entrando en la trampilla empezó a caminar por las entrañas de la tierra. Después de haber bajado algunos escalones, se adelantó por un callejón tortuoso, evitando cualquier ruido que pudiera producir su marcha. Al paso que se adelantaba se aumentaba la claridad, y pocos pasos anduvo para encontrar otra segunda escalerilla, que terminaba en una estancia subterránea más extensa que la capilla. Un sepulcro servía de altar, al parecer, y algunos huesos extendidos por el pavimento mostraban bien eficazmente que sirvió un día de cementerio a los hombres.

La mujer prodigiosa se hallaba como en un éxtasis al pie de aquella tumba. Su rostro estaba humedecido con algunas lágrimas; sus facciones se habían hecho gruesas y duras; la vista no cambiaba de dirección; en una palabra, todo indicaba estar entregada a un exceso vehementísimo de delirio. El eremita permaneció mudo de admiración y de terror a la entrada de este salón fúnebre. Dos veces estuvo tentado a volver atrás, pero una secreta curiosidad se lo estorbó, y permaneció oculto hasta ver el final de esta escena. La mujer negra se levantó, se acercó más al sepulcro, y entregándose a un terrible frenesí, gritó con una voz robusta y más que mujeril:

—¡Inés! ¡Inés! He aquí las cenizas de tus abuelos. Tu padre no está aquí. Los buitres han agitado sus plumas inflexibles sobre su cadáver, y han escondido las uñas y el pico en sus entrañas insepultas. ¿Quién dará cuenta de esto? ¡Inés! ¡Inés! ¡La maldición de los padres es eterna, el parricida no reposa ni aun en la tumba!

El acceso de furor se aumentó. Temblaba de pies a cabeza, pronunciaba sonidos incomprensibles, agitaba en el aire la antorcha que tenía en la mano, finalmente empezó a dar vueltas en derredor de aquella mansión de los muertos, y, haciendo un movimiento rápido desde el extremo opuesto, corrió demente hacia la escalera de la capilla. Fijó sus ojos desencajados en el eremita, cogiole por la túnica y le condujo casi arrastrando hasta el pie del sepulcro. Allí agitó la antorcha por segunda vez, la acercó al rostro del morador de Valdesalce, parecía quererle reconocer, y, repitiendo mil gestos convulsivos, quedó en pie delante de él como quien vuelve de repente de un letargo de muchas horas. Su semblante tomó otra vez su carácter lánguido, se sonrió débilmente, como por fuerza, y dijo:

—¡Hola! El ermitaño de Valdesalce ha venido a visitarme. Ciertamente, este sitio no es un palacio adornado con ricos tapices, pero la perspectiva de un sepulcro no debe serle tan desagradable.

Hasta entonces no había percibido el solitario más que la idea de un delirio tremendo y de una mujer criminal, mas cuando su semblante se serenó no vio en él sino una imagen de la desgracia y sirviéndose del mismo lenguaje que había usado aquella mujer, la contestó:

—El ermitaño de Valdesalce ha oído que una mujer misteriosa causaba terrores en los corazones sencillos de los aldeanos con sus apariciones nocturnas en la capilla de Santa Cruz.

—¡Misterio! ¡Terrores! ¡Apariciones!—repuso ella, con admiración marcada—No, no, os han engañado... es una falsedad; Inés Chacón no se aparece... Tocadla, su cuerpo es de la misma materia que los demás.

¡Todo era aquí maravilloso, todo enigmático! El nombre de Inés Chacón produjo en el ermitaño un repentino temblor, sus ojos negros rodaron sobre sus órbitas, y no pudo articular por algunos momentos una sola palabra.

—El eremita se ha estremecido—dijo Inés—. ¿Le aterran los gemidos de los espíritus que habitan aquí? Podemos abandonarlos cuando les plazca.

—Mujer extraordinaria, los espíritus no me intimidan, pero tus palabras excitan en mí una idea más horrible. ¿Quién eres? Habla, te juro por las almas de tus antepasados un silencio eterno e inviolable.

—Pues bien, que el hombre de la soledad me escuche, no oirá de mis labios más que verdad.

Esto dicho, colocó entre dos piedras el hachón que tenía en la mano, y, sentándose en unos escombros enfrente de él, hizo señal al ermitaño para que la imitase. Era por cierto una escena bien asombrosa ver a dos seres tan raros y tan distintos, conversando con aparente tranquilidad de las cosas de la vida, rodeados de los despojos del tiempo y de la muerte. Después de un corto silencio, empezó Inés su narración con un tono lúgubre y enfático.

—Burgos me vio nacer. Mi padre fue el inseparable amigo del desventurado condestable, que perdió ha poco la privanza del príncipe don Juan con la cabeza, y su caída arrastró tras sí a nuestra corta familia. Diecisiete veces había visto despojarse los jardines de sus flores, siguiendo en este tiempo la fortuna de aquel favorito del rey de Castilla, cuando don Rodrigo de Aguilar, poderoso caballero de Aragón, se atrevió a fijar sus ojos en la orgullosa frente de Inés. Le amé, ¡demasiado me pesa!; ya es tarde. Mi padre iba a salir desterrado de la corte, cargado con toda la indignación de un príncipe caprichoso. En este momento crítico don Rodrigo ofreció a mi padre un asilo seguro en su fortaleza de Aragón, se obligó a mantener mi familia en el antiguo fasto y ostentación, y concluyó con pedirle la mano, lo que mi padre le negó abiertamente.

Yo ignoraba que don Rodrigo era un jugador, un impío cargado de deudas y de vicios, que ocultaba por medio de virtudes aparentes. Ciega de amor, traté de impostor a mi padre infeliz, y le anuncié que lo creía todo una odiosa suposición suya, para no permitirme dar el nombre de esposo al aragonés, y disfrazar así su odio contra los que siguieron otras banderas que las del condestable.

El infame don Rodrigo facilitó, a pesar de mi padre, una entrevista con la alucinada Inés. Tuvo en ella valor para proponerle la fuga. «Después que nuestro matrimonio esté concluido», me dijo, «vuestro padre cederá, y lo dará todo por bien hecho». Mi pasión abominable pasaba los límites del verdadero amor, yo estaba frenética, y mi padre, por otra parte, me prometía un porvenir nada lisonjero. ¿Lo creeréis? Consentí en habitar con él en su castillo de Aragón, y con esta idea que me halagaba ahogué en mi corazón el cariño filial. A la medianoche salimos de Valladolid, seguidos de tres criados bien apercibidos y valientes. Todavía veíamos las veletas girar en las torres de los templos de la ciudad, al débil brillar del astro nocturno, cuando un bizarro caballero, armado de punta en blanco, se opuso en medio del camino por donde debíamos pasar. Calada la visera y la lanza baja en brioso continente, acometió a Rodrigo, cuyo caballo, menos fuerte que el del incógnito, midió la arena con su cabalgador. Nuestros criados cercaron al vencedor, el cual, cubierto de heridas, sucumbió después de una porfiada lucha. ¡Insensata! Yo me da-

ba el parabién de su ruina, de la ruina de mi padre. Abrió un momento sus moribundos ojos, y, fijándose en su execrable hija, exclamó: «¡Pluguiera al cielo que vivieras maldita sobre la tierra; y que tus infames amores ... !». No acabó. Sus fuerzas le hicieron traición; la voz expiró en sus fauces, y yo me alejé, sin saber lo que hacía, de aquel espectáculo de barbarie.

Aquí se detuvo Inés, y derramó algunas lágrimas a la memoria del que la dio el ser: pareció quererse entregar a otro acceso de delirio, mas, recobrando el espíritu, prosiguió.

—Este golpe se borró pronto de mi memoria entre las caricias infernales de mi pérfido esposo, que después de haberse burlado a su sabor de la crédula Inés, me encerró en un calabozo de su castillo, donde me dio la noticia de la muerte de mi padre. Pero un conserje que él creía de su confianza le vendió y me dio la libertad. Convencida de que nada adelantaría con querer vengarme, sino hacer más patente mi deshonor, vine a concluir mis días cerca del sepulcro de mis abuelos. Ese bosquecillo cercano me oculta durante el día, y mientras el hombre paga el tributo del descanso a la naturaleza frágil, doy rienda a mi dolor en este miserable sitio. La maldición de mi padre, venerable ermitaño, resuena sin cesar en mis oídos, y la última noche he creído ver su sombra indignada que se alejaba de esta capilla. Aún tengo otro secreto que revelaros. Mi vida acabará muy pronto; tomad, esta joya se la hallaron a mi padre sus asesinos entre la coraza (Inés mostró una cruz de oro guarnecida de magnífica pedrería). Iba unida a un billete para su único amigo, de quien es propiedad; debía de haberle acompañado en su destierro. ¡Quizá le habrá seguido al sepulcro!...

—¡Todo lo sé ya! —exclamó el ermitaño, tomando en sus manos la cruz que Inés le presentaba—. ¡Dios mío! ¡Para esto he vivido hasta hoy! ¡Oh, mi fiel Gonzalo!...

—¡Qué, sois vos! —dijo la joven frenética—. ¡Hernando de Sese, el apoyo de mi padre, se cubre con la túnica del ermitaño de Valdesalce! ¡Sí, sí, todo es horror en la tierra, y la maldición paternal pesa sobre mí con todo su vigor!

Mientras un torrente de lágrimas bañaba el rostro del sensible Hernando, el delirio se apoderó de Inés, y tomando carrera desde la mitad del subterráneo, intentó estrellarse contra aquellas paredes revestidas de cráneos humanos. Hernando de Sese corrió a estorbar el fatal proyecto, pero un nuevo prodigio detuvo a la joven en su desesperada corrida. El centro de la tierra gimió; la losa de la tumba cayó al suelo resbalando por sus bordes, y un guerrero armado de todas las piezas se levantó como un espectro, en medio de ellos. La cruz roja de Santiago resplandecía en su pecho, y resaltaba más colocada en su coraza cubierta de negro pavón. Un penacho oscuro flotaba sobre el almete, como un funesto grajo que revolotea en tomo de una torre enlutada por la muerte de su señor.

Entretanto que Inés y Hernando permanecían inmóviles, sobrecogidos de un estupor indefinible, la mano del caballero aparecido alzó la visera y mostró un semblante noble, en que luchaban a la par la angustia y la indignación.

—No temáis—dijo con una voz tétrica—, ¡vivo todavía!

—¡Vive todavía!—repitieron a un tiempo Hemando e Inés.

—Sí, vivo todavía—replicó el caballero (en quien ya se habrá reconocido a Gonzalo)—. Los asesinos no acabaron con mi existencia, y cuando volví del profundo letargo en que me dejaron sumergido, me hallé en una habitación desconocida, donde la caridad de una virtuosa mujer me puso en el estado en que me veis. Allí supe la fuga de

de una virtuosa mujer me puso en el estado en que me veis. Allí supe la fuga de mi amigo Hernando, y determiné buscarle para vengar el ultraje hecho a mi familia por el impío don Rodrigo. Aguardando la ocasión de descubrirme al ermitaño de Valdesalce, encontré el asilo de mi hija infeliz, y pensé hacerla caer en mi poder, ocultándome en un segundo subterráneo que tiene entrada por ese sepulcro.

Iba a contestar Hemando, pero un gemido prolongado que se oyó a sus espaldas, no se lo permitió. Inés estaba entregada de nuevo a otro delirio más vehemente que los dos primeros. En vano su padre la estrechó en sus brazos, la prometió su perdón y la llamó repetidas veces su hija, su querida hija. Una fiebre ardentísima la consumía por instantes: hacía contorsiones y gestos repugnantes, y entre las bascas de su furor se la oía repetir con frecuencia: «¡Maldición! ¡Maldición!» Y un gemido histérico y espantoso terminaba sus ecos de demencia.

Durante esta escena el hachón se consumió enteramente, y mientras Hemando subía a buscar algunos vecinos de su confianza que diesen un asilo provisional a aquellos desventurados, Inés, desasiéndose de repente de los brazos de su padre, se hizo pedazos la cabeza contra el sepulcro. La última llamarada de la antorcha mostró al triste Gonzalo el cerebro de su hija esparcido a su alrededor, y un grito de desesperación se propagó por las bóvedas del subterráneo, resonando hasta la misma capilla.

Un momento después bajó el ermitaño acompañado de aldeanos que traían hachas encendidas. Pero no fueron más que las antorchas que alumbraron un lastimoso funeral. Gonzalo Chacón siguió el ejemplo de su hija frenética, y había expirado abrazado con su cadáver al pie del sepulcro de sus abuelos.

Ya no existe este subterráneo, pero se conserva intacta la capilla de los Templarios.

Beltrán (Cuento fantástico)

José Augusto de Ochoa

El Artista. 18 de agosto de 1835. Tomo 2. Pp 135-140

I

En uno de los viajes que hice, sólo por diversión, aún no ha muchos años a lo interior de las montañas asperísimas de Asturias, me detuve una noche, porque me obligó a ello una furiosa tempestad, en un pueblecillo de como hasta ocho casas, de cuyo nombre no me acuerdo. En ese pueblo me alojé en casa de uno de los vecinos más ricos, el cual me obsequió en cuanto estuvo a su alcance. Su familia se reducía a él, joven todavía y de atléticas formas y a cuatro hijos. Llegó el anochecer y entonces cené en su compañía. Apenas habíamos concluido nuestra frugalísima cena, cuando vi entrar en la casa a todos los vecinos del pueblo a pasar la velada[14] en casa de mi huésped. Encendiose una abundante lumbrada y a la luz de un mustio candil se pusieron todos a trabajar. Ya habrían pasado así como cosa de diez minutos, cuando una jovencita de las más graciosas que allí habia, con voz clara y aire desenvuelto dijo:

—¿Y que no nos ha de contar hoy ningún sucedimiento la Señora Remigia? Yo creo que porque este caballero esté aquí. no ha de ser un motivo para que usted no nos cuente algo. Y yo sé muy bien—, prosiguió dirigiéndose a mi—, que después que la haya usted oído me dará usted las gracias por haberlo recordado.

—¡Ay! No, por Dios—dijo una de las hijas de mi huésped—, que esta noche más está para rezar que para oir esas historias tan tristes que cuenta la señora Remigia. Oyen ustedes los truenos y el viento y los relámpagos ¡Ay, Dios mío!

—Calla, tu bobuela—replicó su padre—, eso que dices es muy bueno, pero más ganas tenemos de oir alguna de esas historias que nos cuenta que no tus bachillerías.

Y volviéndose a un rincón de la chimenea dirigió la palabra a un bulto en que yo no había reparado todavía.

—¿Nos contará usted algo esta noche, Señora Remigia?—le preguntó.

—Si, hijo mío, ¿por qué no?

Al concluir estas palabras que fueron pronunciadas debajo de un ancho pañuelo de paño pardo, con voz cascada y ronca, descubrió el rostro la que 1os pronunciaba echando sobre la espalda el pañuelo que la cubría la cabeza. Todavía recuerdo, a pesar de los muchos años que han transcurrido, las facciones de aquella horrorosa vieja: tenía las mejillas pálidas y hundidas que formaban dos profundos huecos, los ojos cavernosos y sombreados con unas largas y cenicientas cejas, la frente despoblada y cubierta de arrugas, nariz remangada y enseñando dos agujeros más que grandes, la boca desmantelada, labios gruesos y blancos, tal es la figura que de repente se presentó a mi vista. Al mismo tiempo

14 La velada, en aquel país es como en muchos de Castilla, en donde la escasez de medios no permite a todos los habitantes de los pueblecillos el extraordinario gasto de la luz. Para hacer llevadero este dispendio se reúnen en una casa, por semanas, para trabajar, las mujeres hilando y los hombres en quehaceres de su sexo (Nota original del autor)

la luz del mísero candil casi moribundo, agitado por el viento que entraba por la chimenea, alumbraba de lleno su cara. La contracción de sus ojos cuya viveza era admirable, la hacía pasar en aquel lugar y a mi vista por algo más que humano. Tal era el personaje que iba a divertir aquella reunión, en medio de una cabaña, cuyas negras paredes anunciaban la mayor miseria y en que debía sonar su voz al horrible estruendo de una furiosa tempestad.

—Esta noche—principió—, ya que estos vivos relámpagos, esta oscuridad, esta lluvia continua, y este silbar del viento, me recuerdan una historia que me contó mi abuelo. Voy a referirosla. Prestadme atención. Ya habréis oído hablar, aunque no sea mas que por tradición del conde de A. Pues de este famoso dueño de todas estas montañas, voy a hablaros.

Querido de todos sus vasallos, el castellano de A. moraba en un fuerte castillo, cuyas ruinas aún se ven en la falda del monte de los Castaños. Joven de hermosa presencia y valiente cual ninguno, era el ídolo de sus súbditos y el terror de los moros.

A fines del siglo XII, después de la toma de Jaén por nuestras armas victoriosas, hallándose a las orillas del Guadalbullón, trataba ya de volverse al seno de su anciano padre y a sus queridas montañas, cuando un caso de que nadie tuvo noticia le hizo abandonar el ejército y no parecer en más de un año. Sus soldados volvieron a sus hogares al mando del joven Ramiro. Todo aquí era confusión y congoja; en el castillo su padre y hermano derramaban copiosas lágrimas, y las bovedas de la sepulcral capilla resonaban en continos cánticos de los piadosos monjes del vecino monasterio, rogando al cielo por la pronta vuelta del adorado Beltrán. Mas en vano era todo; ni aun el eco de la fama traía a estas tristes montañas la menor noticia, ni el armonioso trovador al pie de la colina hacía temblar las cuerdas de su laud para cantar los altos hechos del señor de las montañas. Ya había pasado más de un año, cuando una tarde se presentaron dos peregrinos en el castillo pidiendo hospitalidad; fuéles concedida al momento y después de haber repuesto sus fuerzas con los manjares que les sirvieron, pidieron ser presentados al señor del castillo, lo que les fue concedido al instante.

Uno de ellos, de como hasta cuarenta años de edad, llevaba de la mano a una joven de veinte años cuyas angélicas facciones nada dejaban que desear al admirador más escrupuloso del bello ideal. Su padre, pues tal era el que la acompañaba. llevaba en su rostro pintada todas las tribulaciones de un alma empozoñada y sobre su frente el sello de la reprobación. Introducidos que fueron a la presencia del triste padre de Beltrán, el peregrino dobló humilde la rodilla, diciendo:

—Salud y paz sea contigo, piadoso señor de estas montañas.

—Salud y paz—repitió Elmira.

—Gracias amigos, gracia—contestó con un suspiro.

—No suspiréis, Señor—le dijo un anciano sacerdote que ocupaba el sitial contiguo—. Dios, con su infinita bondad os volverá a Beltrán, aun antes que creéis

—¡Ay! Siempre me decís lo mismo, padre y nunca llega el feliz momento.

—Sí llegará—contestó el padre de Elmira—. Yo le he visto en Granada cubierto de las gloriosas armas con que conquistó a Jaén, y su escudero me aseguró que volvía a las montañas.

—¿Hablas de veras, peregrino?—preguntó—, tiembla si no...

—¿Y porqué había de temblar?—respondió fijando en él una mirada viva y penetrante—. Yo le vi y su escudero me aseguró que volvía a sus hogares. No es ya aquel joven lozano y fogoso. Todo su exterior demuestra la tristeza y la palidez de su rostro y la contracción de sus facciones, en que está pintado el más vivo dolor, dan a su semblante un aspecto fatal. Mañana debe llegar.

—¡Dios mío!—exclamó el anciano e hizo una seña con la mano mandando que todos se retiraran, menos el sacerdote.

Raimundo, así se llamaba el padre de Beltrán, todavía temblaba y ya hacia rato que Elmira y su padre habían salido de su cuarto.

—Mi hijo— decía— volverá, pero desgraciado o criminal. ¡Dios mio! ¿Era esta mi esperanza? ¿Son estos tus beneficios?

El sacerdote procuraba consolarle y ya la noche con su negro manto principiaba a caer sobre las montañas; el azul de1 cielo se iba disipando poco a poco y negras nubes cubrían el horizonte.

—¿Veis—decía el anciano— esas oscuras nubes que se precipitan sobre mi castillo? Ellas me representan la desgracia, y mi fiel corazón me anuncia que será fatal la entrada de Beltrán en mi hogar. Venid, pediremos a Dios por él.

II

Nuño del Espinar era el padre de la hermosa peregrina que le acompañaba. Huérfano desde su más tierna infancia, había llegado a la edad de la razón sin haber hecho nada más que aumentar los vicios de que había sido dotado al nacer. Libre ya, a la edad de veinte años, dio curso a todas las pasiones de que era capaz un hombre, y asi su fortuna, que era corta, la disipó en pocos años. Viendose sin ninguún recurso, abrazó la carrera militar, que en aquellos tiempos de turbulenc;as intestinas y de guerras con los vecinos moros daba libre curso a empresas del más alto provecho. Poco después se casó con una joven hermosa y rica, a quien abandonó después de disipar su fortuna. De esta unión tuvo a la hermosa Elmira, y en esta joven desgraciada fundó el malvado todas sus esperanzas de fortuna. Habia sido educada en Jaén por una tía suya que profesaba la religión proscrita en España, y esta señora había imbuido en la joven Elmira todo el odio que ella profesaba a los cristianos. Su padre, poco escrupuloso en materias de religión nunca la había preguntado sobre este asunto ni una palabra; y además, más avaro que cristiano, con tal de lograr con que satisfacer sus vicios, nunca reparó en los medios, y siempre lejos de su hija solo la veía de vez en cuando y entonces era para ver en que estado se hallaba su hermosura.

En la época de que hablamos, temeroso el rey de Jaén de la próxima guerra que lo amenazaba y que no podía evitar se valió de Nuño del Espinar para varios asesinatos secretos de grandes señores con que procuró poner obstáculo a los grandes preparativos guerreros de los cristianos. Varios homicidios cometidos en los campamentos de los nobles españoles, introdujeron la confusión en sus filas y la desconfianza entre todos ellos; de aquí principiaron a removerse los antiguos odios y rivalidades. que solo la guerra contra el enemigo común habían apagado por el momento, y los servicios del sanguinario Nuño apartaron por algún tiempo la ira cristiana de los muros de Jaén.

Entonces fue cuando Elmira y su tía salieron de Jaén, para habitar una casa de recreo que tenían a una legua de la ciudad, y allí fue donde Beltrán conoció a Elmira. Su amor a esta joven fue tan rápido como la violencia del torrente, y ella, pesar de su odio inveterado a los cristianos, lo amó también; pero fiel al juramento que había hecho, jamás consintió en darle la menor prueba de su cariño. Beltrán no podía hablarla jamás; siempre encerrada en su quinta, desesperaba al tierno amante que suspiraba debajo de su ventana.

Entonces principió el sitio de Jaén. Cada nueva acción que ganaban los cristianos aumentaba el odio y la desesperación de Elmira. Lloraba por el joven que había conmovido su alma, pero al mismo tiempo la ira que profesaba sólo al nombre cristiano, la hacía invocar con todo su corazón al falso profeta para el exterminio entero de la raza aborrecida. Amaba al joven cristiano con una pasión digna del país en qué había nacido tan ardiente como el sol abrasador del mediodía. Cuantas veces estuvo a punto de abrir las celosías y decirle «¡Yo te adoro!», cuando él pasaba las silenciosas horas de la noche, dirigiéndola sus suspiros y sus quejas; pero el recuerdo de su religion la hacia refrenar los impulsos de su amor. ¡Infeliz! La lucha interna entre su deber y sus pasiones la sofocaba, y la muerte no la hubiera parecido tan cruel como el estado en que se hallaba.

Ya hacia días que el caballero no se había presentado en aquellos sitios como tenia de costumbre, cuando una tarde le vieron venir montado en un soberbio caballo; su marcha era pausada y su exterior triste, pero decidido. Llegó al pie de la quinta y apeándose de su trotón, se dirigió con paso atrevido a la puerta, dió un fuerte golpe en ella y esperó tranquilo el éxito de su audacia. Viendo que tardaban en abrir, volvió a llamar y entonces fuéle abierta la puerta por un escudero que le introdujo en una sala alegre y risueña donde encontró sola a su adorada Elmira.

La dicha sin igual que entonces experimentó y la conmoción que sentía al verse en la presencia de la belleza que amaba, le dejaron mudo por un momento. Detuvo el paso al verla y permaneció en éxtasis, fijos los ojos en ella por espacio de algunos minutos. Su corazón latía con una violencia inexplicable. No podía hablar. Inmóvil como una estatua, se creía transportado, en aquel momento, a una esfera muy superior a la de un ser mortal, hasta que al fin, rompiendo el silencio, pudo articular con voz apagada y débil:

—¡Elmira, yo te adoro!.

Apoyó la mano al decir estas palabras sobre la coraza en la parte del corazón, con un movimiento rápido y convulsivo como si procurase contener de este modo los dolorosos latidos con que éste se agitaba dentro de su pecho.

Elmira, vuelto el rostro a la ventana, apoyada la cabeza sobre la palma de la mano, parecía indecisa acerca de lo que había de responder: amaba a Beltrán, le amaba con delirio, y todo hubiera sido capaz de hacerlo por él, menos el sacrificio de su religión. Mas de repente, volviéndose hacia el caballero le dijo:

—También yo te amo Beltrán, te amo desde el primer día en que te vi; pero la suerte ha puesto entre tu y yo una barrera impenetrable. Yo sigo la religión de Mahoma, y el que quiera poseer mi mano ha de profesar mi misma religión, si no... ¡es imposible!

Un rayo que hubiera caído en aquel momento a los pies del caballero, no le hubiera trastornado tanto. En sus ojos estaban pintados el espanto, el dolor y la desesperación. Revolvía sus miradas con delirio y no sabia donde reposarlas. Al fin volvió la vista a Elmira y la dirigió una mirada expresiva, como preguntándola si había oído bien, y la

tranquilidad que notó en toda su persona le convenció de que no se habia engañado. Ciego entonces y poseído de algún poder infernal, el señor de las montañas se arrojó a los pies de Elmira y juró sobre su espada abrazar la fe de su enemigo.

Apenas pronunció el fatal juramento cuando negras nubes cubrieron el horizonte, y un trueno horrible resonó sobre sus cabezas e hizo estremecer la tierra hasta sus más profundos cimientos. ¡Hasta estas montañas llegó el sordo rumor del estampido horrible; pero el caballero en los brazos de su amada nada veía sino ella, y todo lo olvidó gloria, patria, honor, religión... todo lo arrojó de sí en un solo día...!

Pero los agudos remordimientos sucedieron bien pronto al furor del amor, y Elmira se vio abandonada de su amante a los pocos meses. Errante por la España huía por todas partes, pero la llaga que llevaba en su conciencia, ese Dios justiciero que siempre persigue al delincuente, no le abandonaba jamás. En vano buscó la muerte en los combates, en vano procuraba sacrificarse en continuos desafíos... No podía encontrar la muerte, ni nada alcanzaba a sofocar los gritos de su conciencia. Desesperado, se entregó a la disipacion y a toda clase de vicios pasando en orgías escandalosas todos los días y las noches de su miserable existencia.

Ya últimamente., fatigado su cuerpo de los excesos a los que se había entregado y su alma de los remordimientos que la despedazaban, trató de volverse a su castillo y a sus montañas. para ver si en los brazos de su padre podía hallar algún consuelo. Y tal vez lo hubiera conseguido, sino hubiera encontrado, dentro de su mismo palacio, el áspid fatal que acibaró su vida y le arrojó en el abismo del infortunio y del crimen.

III

Al amanecer del día siguiente, un sin número de trompas guerreras y el continuo campaneo del vecino monasterio, anunciaban algun grande acontecimiento en el castillo. Acudieron todos los habitantes de los pueblos inmediatos, y vieron entrar a Beltrán en sus hogares. Venía montando en un caballo negro y seguido de un solo escudero. Su persona era tan distinta de cuando abandonó aquellas montañas, que nadie podia reconocerle. Estaba consumido y pálido como la muerte. Su mirar, torvo y sanguinario, se fijaba con rapidez sobre los objeto que le rodeaban, y más de un valiente tembló al encontrar sus ojos fijos en los suyos. Su padre salió a recibirle y le dio el ósculo de paz en la frente. Tembló Beltrán al recibirle, y toda su armadura resonó como si se bubiese roto en aquel momento. El capellán del castillo acudió a darle su bendicion, pero rehusó tomarla, lanzándole al mismo tiempo una mirada amenazadora, y apretando los ijares de su caballo se internó en el castillo. Lo que pasó dentro de él, nadie lo supo; sólo si que principiaron a hacerse sentir en estas pacíficas montañas las iras de Beltrán. Robos continuos, y todo linaje de insolentes demasías marcaban por todos partes su ira contra los cristianos y al mismo tiempo, la muerte de su padre, que anunció una bandera negra colocada en la torre más alta del castillo, nos quitó a nuestro único protector. La voz general atribuyó esta muerte a la mano despiadada de Beltrán y además el destierro de su convento de los piadosos monjes, que le habitaban hacía muchos años, acabó de llenar de espanto y de terror toda esta desgraciada comarca.

Por fin, Dios, con su infinita bondad, oyó las súplicas de todos los vasallos de aquel hombre cruel, y dignó arrebatarle de la tierra de la manera más estupenda y horrible. Oid.

Hacía cosa de tres meses que Beltrán de A. había llegado a su castillo, antes asilo del desgraciado y ahora mansión de los más abominobles crímenes e impenetrable a todo lo que no eran o soldados o satélites de Beltrán. Todos murmuraban, pero en voz baja, pues no faltaban denunciadores viles que delatasen a los descontentos y que arrastrasen al infeliz. al fatal castillo de donde no debía volver a salir. El hambre se hacía sentir aún en las casas de los mas ricos, pues apenas el cielo habia concedido alguna buena cosecha cuando los agentes del déspota la conducían al castillo para satisfacer la avaricia del bárbaro señor. Tal en el estado de estas desgraciadas montañas, cuando se verificó el memorable suceso de que voy a hablaros.

Una tarde del mes de diciembre se oyó un gran ruido de trompas en las almenas del castillo. Esta era una señal de llamada a todos los habitantes de la aldea. Acudieron todos y por primera vez, después de la llegada de Beltrán, entraron en el castillo los moradores de estas montañas. Un número infinito de personas de todas edades y sexos se precipitaron en la capilla, y ¡cuál fue su asombro al ver reducido a templo de Satanás, el santuario de Dios donde moraban las sombras y las cenizas de los ilustres y gloriosos ascendientes de Beltrán, y a un vil sarraceno revestido de los ornamentos de su culto esperando en la grada del altar la llegada del conde! El horror de la muerte se pintó en todos los semblantes. Entonces a nadie le quedó ya duda de que el castillo se había convertido en un infame asilo de impiedad e irreligión y todos temblaban como la hoja en el árbol, esperando algún grande suceso, no pudiendo creer que las sagradas sombras ni la Divinidad ultrajada dejasen impune tan abominable delito.

De repente se abren las puertas de la capilla y aparecen Beltrn y Elmira asidos, de la mano. Se arrodillan al pie de] impío altar, y Nuño del Espinar principia la ceremonia del matrimonio. Su ambición ya estaba satisfecha.

En tanto la noche principiaba a caer; negras nubes cubrían el cielo, el viento zumbaba con un furor terrible y la lluvia y los relámpagos se sucedían cada vez con más violencia. El trueno rodaba sobre el castillo haciéndole temblar hasta sus cimientos, pero nada alcanzaba a conmover aquellas almas criminales, y la ceremonia continuaba lentamente... Pero al llegar al sí fatal, un trueno horroroso hace estremecer la tierra, y el viento con nueva furia rompe las pintadas vidrieras de la capilla, entra silbando por entre las pilastras y apaga las antorchas nupciales, quedando todo iluminado sólo por la lámpara funeral de los sepulcros. Los mismos aldeanos caen al suelo juntando sus rostros con la tierra y gritando con voz dolorida: «¡Salvadnos, Dios mío, piedad, piedad!» Huye el sacerdote despavorido y Beltran, levantándose de las gradas donde había caído desplomado, revuelve sus miradas a todas partes con las convulsiones del mas completo delirio. Su cuerpo tiembla y su pecho agitado arroja suspiros dolorosos. Pero, ¡oh prodigio!, de en medio de los sepulcros se ve alzarse un guerrero con torva vista y gesto amenazador. Todo él está rodeado de la luz más viva. Fija sus miradas en Beltrán, le ase con una mano fria y descarnada. y quiere precipitarle en el sepulcro del que había salido. En vano Beltrán resiste y forcejea... La sombra con un impulso violento le levanta del suelo y se hunde en la tumba

con su presa. Sólo se oyó un triste gemido y el choque de las losas al juntarse con violencia.

Apenas desapareció Beltrán calmó la tempestad, las nubes se disiparon y la blanca luz de la luna entró por las rotas ventanas. Elmira sola estaba aún exánime y sin dar. señales de vida en las gradas del altar. Fueron poco a poco los aldeanos reponiendose de su pasado susto y salieron con precipitacion de aquel lugar de calamidades.

—Allí murió el impío—dijo la vieja Remigia con voz aguda, y señalaba con la mano por una ventana un sitio en el centro de las ruinas—. Yo he estado varias veces contemplando los restos del soberbio castillo y he visto entre sus escombros vagar las sombras de los malvados. He visto en la. tristes horas de la noche aparecer de cuando en cuando la sombra de Elmira, ya en un lado, ya en otro. Pero en las noches tempestuosas, en aquellas en que el huracán furioso arranca los árboles, entonces es cuando se hacen más sensibles los suspiros y más visibles las sombras que allí habitan. Se oyen sordos gemidos y rumor de cadenas, se ven levantarse aquí y allá horribles espectros y también alguna vez no ha faltado quien haya visto cruzar de un lado a otro luces misteriosas.

Desde aquel día fatal ha estado el castillo deshabitado. Ningún ser viviente llegó a poner los pies en él sin que hubiese vuelto contando horribles cosas y grandes visiones. Y así el castillo fue poco a poco cayendo en ruinas.; y aún ahora que sólo se ven sus escombros es peligroso acercarse a él, pues las sombras que allí moran hacen pedazos al infeliz que osa pisar su recinto.

Así concluyó su leyenda la vieja Remigia, dejando a todo su auditorio en la mayor consternación y a mí por la expresión diabólica de su rostro y la verdad con que expresaba lo que sentía. Pasé la noche en tristes ensueños y al día siguiente continué mi viaje.

¡Alucinación!!!

José Bermúdez de Castro

El Artista. 6 de octubre de 1835. Tomo 2. Pp 223-227

Quién no ha estado alguna voz en una iglesia al anochecer o ya de noche cuando la blanca, la monótona claridad del día no se mezcla a la de mil luces rojizas, picantes, inquietas, vibrantes, que se mueven y brillan como un incendio y esparcen un calor que embriaga?

¿Quien entonces, alguna vez, no se ha sumergido en la soledad de la muchedumbre? Y ¡ay! cuanta soledad, en aquel profundo silencio; cuánta soledad y aislamiento en todas aquellas cabezas inclinadas, cada cual solitaria, en aquel millar de bocas que dirigen al mismo Dios, el mismo ruego; silencio, misteriosamente porque él oye las palabras que no se pronuncian con tanta claridad como ve los pensamientos! ¡Cómo se eleva el alma y se lanza religiosa, convencida, pía, llena de fe y sin pasiones en un cielo que no se ve, pero que se comprende en, aquellos momentos de éxtasis, aunque luego se borre de la memoria!

¡Cómo se eleva y se ve el corazón puro, vago, rápido como la paloma de la escritura, fiel, ardiente como la columna del desierto!

Pero alguna vez también, el pensamiento baja a la tierra y por una caprichosa cuanto inexplicable mezcla de sus pensamientos y de su esencia divina y de su naturaleza humana, conserva algo del entusiasmo del aura del templo sin olvidar su cuna del lodo. Y da matices indefinibles de colores místicos y celestiales a sus ideas terrestres. Vaga entonces a una región intermedia que une algo de una y otra esencia. Suelo pasar al amor divino con todas las formas de la vida perecedera, y al amor terrestre, puro, casi celestial, con toda la metafísica do la vida eterna. Ve una compañera como un ángel del cielo, esbelto, diáfano, hijo del mas puro perfume de la palabra de Dios, hijo de la mente del Altísimo y ve un ángel, como una virgen modesta, pura, inmaculada, de formas armónicas, de semblante modesto y virginal, aura de rosas, vapor fragante.

Yo también he sentido estas impalpables ráfagas de sentimiento, esta doble armonía del alma, no hace muchos días.

Inmóvil, apoyado sobre un pilar del templo, repasaba en mi mente, escuchaba en mi oído ciertas palabras que me decía el cielo.

Yo las he oído claramente, y aunque ya las he olvidado, recuerdo que había una vida entera en cada una de ellas, un misterio, una profecía. La menor hubiera bastado a conmover un imperio, el mundo mismo sobre su eje invisible y afianzado. ¡Qué de secretos! ¡Qué de poesía! ¡Qué de misterios revelados en cada una de aquellas palabras! La sola memoria de que las comprendí entonces me hace temblar y me asusta como la de un terremoto. Yo las escuchaba atentamente; mis ojos fijos, inmóviles, mi vista perdida en aquel mar de cabezas orando, no veía, no sentía; el espíritu estaba lejos y había dejado al cuerpo solo y abandonado como un cadáver. Mi chispa celeste, el germen de otro mundo, había ya casi roto el hilo que la encadenaba... cuando un lazo invisible, un solo movimiento pronto como un relámpago me bajó a la tierra desde mi quinto cielo. Él solo disipó to-

das las visiones que pasaban delante de mis ojos, hizo callar la voz celestial que hablaba al oído. Aquel movimiento fue para mis ojos paralizados, como una noche oscura. Me deslumbró, me arrastró la vista y se la llevó consigo, atrayendo en pos a mi espíritu que tan lejos vagaba. Volví a la tierra y volví a ser hombre. ¡Yo, que ya había puesto un pie en el cielo!

Este movimiento, que no puedo maldecir, fue el de una cabeza que se volvió, un solo instante, en medio de aquel mar de otras. Una cabeza de mujer, con apariencias de ángel; una cabeza de Rafael, de Murillo, de Correggio. Llena de poesía, de bello ideal, de genio, una de aquellas cabezas que se aparecen alguna vez en sueños y en medio de nubes de color de fuego.

—¡Ah! ¡Qué hermosa, qué linda cabeza!—exclamé yo enajenado.

—¿Cuál?—preguntó un joven con lente y muy amigo mío que se había puesto a mi lado.

Yo no respondí. Voló el templo, deseché la oración y no vi más sino aquella cabeza. ¡Todo mi ser se acogió a no se que órganos nuevos que participaban de vista y memoria, y se esforzaban en pintarme lo que había entrevisto un momento! ¡Ay! Se había vuelto un solo instante; fue una exhalación. Ya entonces oraba sumergida en la misa, y no se volvía a mi lado.

Pero mis ojos estaban como elevados y procuraban ir mas allá de aquella mantilla y de los rizos que se trasparentaban por el manto y que se recortaban negros sobre el fondo brillante del altar.

¡Cuán largos fueron los instantes en que su segundo movimiento me enseñó de nuevo aquel perfil divino!

—¿ Cuál?—volvió a preguntar mi amigo.

—Mira—le respondí—, no se ha vuelto mas que un solo instante, no ha podido verme; ni me hubiera reparado en medio de tantos, en este rincón, a la sombra de esta columna, y sin embargo parece que me ha visto. ¿Qué sentido le habrá dicho qua hay uno aquí que ya le ha mirado, qué repasa y devora en la memoria las gracias que ha entrevisto?

—¡Bah!—dijo mi amigo limpiando el lente con su guante de castor.

Y yo seguí mezclando mis pensamientos metafísicos del templo can los débilmente tenidos de terrestres

—Este segundo movimiento, créeme, fue una consecuencia natural y aun necesaria del primero. El primero, ciertamente, fue casual. Pero ahora hay algo en el ser que la dice hay uno que la mira y desea verla. ¿No ves como arregla los rizos? ¿No ves esos movimientos graciosos de su mano, seminaturales, semiestudiados, y esos matices imperceptibles de todos ellos, que no había antes, y que son porque reconoce que la miran y la observan?

—¡Qué locura!—dijo, dejando caer desde la altura de sus ojos, el lente que se sostenía por un artístico estudio en las cavidades del hueso octicular, y que así precipitado quedó oscilando, pendiente de un grueso cordón de pelo rubio.

—¡Locura! ¡Sí, es verdad, tú no puedes verlos; tú estás fuera de eso aura de simpatía, en que yo estoy sumergido, fuera de esa corriente magnética que se lleva mis miradas y me trae todos sus pensamientos!

Efectivamente. Yo no soy fatuo, ni presumido, y juro que aquellos movimientos, que comprendía con una facilidad inexplicable, me hablaban de deseo de agradar y eran tan cariñosos como palabras de amor,

¡Tachar de locura la mas exquisita percepción y perfectibilidad de los sentidas! ¿Por qué mis miradas de fuego, que llevaban toda mi alma, toda la parte esencialmente sensible del ser, no habían de hacer impresión sobre aquel tejido celular. sensible y eléctrico? ¿Por qué cada uno de aquellos poros de cristal no habían de recoger toda la electricidad que llevaban mis miradas? ¿Por qué no habían de ver y sentir tan fácilmente como los ojos y el oído? ¿ Y porqué no habían de hablarle tan fácilmente como a mí sus movimientos?

Cuando un sonámbulo anda con los ojos cerrados y evita cuidadosamente todos los obstáculos y tropiezos, y anda por sitios peligrosos sin el menor desliz, ¿no es porque su potencia visual existe entonces en otros órganos que en los ojos? En el estómago, por ejemplo, como en alguno de los sueños magnéticos, y ¿por qué aquel serafín no había de ver por su espalda?

— ¡Cierto!!!—dijo mi amigo, con alguna parte de ironía.

Y proseguí yo:

—He oído de un epiléptico que se agitaba en las convulsiones horrorosas del mal y gritaba descompasadamente, por más que los circunstantes y el médico procuraban acallarlo. Y como es frecuente en aquella enfermedad, no comprendía ni daba señales de oír nada de lo que lo decían. Pero en uno de aquellos esfuerzos, y por la oposición que oponía el médico a sus convulsiones, llegó éste a hablar en ocasión que tenia puesta la mano sobre el estómago del paciente, el que respondió al momento: «Tranquilícese V. señor doctor, que procuraré contenerme.» Varias veces se repitió la misma prueba, y nada oía el enfermo mientras no hubiese algún contacto de parte del que hablaba con su estómago. Lo que prueba indudablemente que este tenia el órgano auditivo en aquella víscera. Y ahora bien, ¿ por qué mis miradas no han de poder desarrollar un órgano visual en los nervios sensibles de las espaldas desnudas de ese hermoso ángel? Puedes burlarte; pero por mi parte no tengo la menor duda de que ahora me ve y me oye. De donde concluyo por consecuencia directa inmediata que el amor, la presunción o el deseo de agradar en una mujer, es un excitante que puede causar el mismo efecto que una epilepsia o la más fuerte columna magnética: es decir, desarrollar nuevos órganos y hacer nacer una existencia nueva y excéntrica de la antigua en todas sus partes principales y accesorias.

—Es verdad—dijo mi amigo distraído y dirigiendo el lente a la parte opuesta.

Pero en tanto seguían aquellos movimientos, aquellas señales inexplicables, indescriptibles, indefinibles, que nos dicen que una mujer sabe que la miran tan claramente como si lo dijera con palabras, esto si alguna vez sus palabras confiaran este sentimiento. Nadie sabe en qué consiste, pero todo hombre que ha mirado y admirado a una mujer, como no sea muy torpe, conoce, sin saber en qué, si ella lo ha conocido, si la agrada, tan fácilmente como una mujer conoce a la primera mirada si ha gustado, y descubre si aquella mirada tiene la mas mínima liga de otro sentimiento que el mirar; si ha producido sobre la retina otra impresión más que la representación de su imagen; y si de la retina ha pasado al corazón... al alma... al... No importa.

Volvió por dos veces la cabeza y sus ojos se dirigieron constantemente al rincón adonde yo estaba, sumergido en la oscuridad que proyectaba la columna, sumergido en aquel mar de gente.

Ciertamente habla algo mas que de casual en aquellas dos miradas, en aquellas miradas cortas, informes, apresuradas, como temerosas, en aquellas miradas de pudor, vergonzosas, pero fijas y tiernas, que imploraban piedad, compasión, llenas de persuasión, de elocuencia, de convencimiento de su debilidad. Cada una me hablaba y me decía una conversación entera de amor y de abandono de cariño, una de aquellas conversaciones con las manos enlazadas, con la cabeza sobre el hombro, con interrupción de suspiros, de miradas, de caricias, de besos, de pudor... yo soy una paloma, un silfo, que vive de aura, de amor, una flor que respira el rocío, un ángel que se mantiene de la bondad de Dios, un soplo, un rayo de luz; una mirada me aja. ¡Piedad y amor!

—¡Y quién no te adorará!—dije yo, en un tono que llamó la atencien de los circunstantes.

Pero ya en esto se había acabado la oración. Cesó el órgano. La muchedumbre empezó a moverse, a levantarse, a agitarse en diferentes sentidos como un mar tempestuoso. Y yo en pie miraba sólo a ella, veía pasar a la gente a mi alrededor, como esas fantasmas que acompañan a los sueños, distraído, sin ver; sólo ella me encadenaba, me sentía impulsado hacia ella por no sé que fuerza que me lanzaba, y a la que no podía resistir sin grande esfuerzo. Ella, en fin, era mi punto de atracción y no sé si esta sensación fue común a ambos porque, por su parte, se dirigía hacia mí directamente.

No pude menos de hacérselo reparar a mi amigo; pero no me entendió, ni pudo, ni era digno de comprenderme. Yo me perdía en mis cálculos. y resistía con trabajo a aquella fuerza que me arrastraba. Porque ¿qué imán, que atracción neutoniana puede compararse a la que sentíamos? Y no me quedaba ya duda que era yo el objeto, el punto a que ella se dirigía, porque sus ojos estaban tan clavados en los míos y parecía observarme tan fijamente al mismo tiempo que se acercaba, que en medio de toda la dicha que sentía y rebosaba de mi corazón, en medio de afectos tan diversos, no dejaba de turbarme un poco aquella mirada fascinadora a pesar de cierta desvergüenza natural y artificial que debo al trato de gentes. Y no dejaba de embarazarme y perderme en mis cálculos e ideas, la conciliación de aquella mirada fija y decidida, con las primeras tímidas y vergonzosas. No podía conciliar el pudor y timidez que expresaron aquellas, con la seguridad soldadesca de las últimas. Las primeras eran de un siervo y éstas de un señor. No sé si por disimular la turbación que hizo nacer en mí estas contradicciones de pensamientos, intenté sonreírme en el momento que se me acercaba directamente.

Pero ni aun pareció repararlo y me derrotó completamente. siguió con paso firme, sin mover la cabeza, de un modo. tan extraordinariamente desvergonzado que echó a pique una gran parte de mis ilusiones, y caminó tan impávidamente, que yo absorto y distraído en aquella multitud de ideas contradictorias, no advertí que se acercaba, y no pudiendo apartarme bastante pronto llegó y dio un tan fuerte encontronazo conmigo, que me sacó de mi abstracción.

Aquel empujón fue tan fuerte, tan robusto, que no me dejó duda que venía de un cuerpo material, mortal, sin nada de aéreo ni fantástico, y para acabar de destruir de un golpe el resto de mi ilusión oí una voz que me dijo:

— ¿Porqué no se aparta V. caballero? ¿No sabe que mi pobre hija es ciega?

En el instante sonó a mi derecha una ruidosa carcajada, que dio mi amigo, haciendo voltear el lente y enrollando por este movimiento su magnifico cordón alrededor del dedo índice. Y me incomodé agriamente cuando me dijo:

—¿Ves como te había distinguido entre todos? ¿Ves como se dirigían a ti sus miradas? ¿Ves como las sentía por cada uno de los poros de sus espaldas?

—Sí, sí, las sentía—le dije con rabia—. ¿Esto mismo no lo prueba? ¿Si ella no podía verme, qué otra cosa que esa fuerza o simpatía magnética, que esa corriente eléctrica que nos unía y nos ponía en contacto pudiera decirle todos mis secreto; decirle que yo la miraba, que me agradaba, y pudiera dirigir su mirada hacia mi, y sus pasos hacia mi sitio? ¿No es esto un principio en apoyo de mi creencia? ¿No se funda esta misma creencia en el convencimiento que sin poderme ver, me adivinaba y me buscaba? Y si me hubiera visto podría haber advertido mi deseo de verla y agradarla, podría por curiosidad, presunción o amor buscarme y observarme. Pero no hay duda; ciega como es, es otro instinto, nuevamente despierto por alguna de las causas que te he dicho, el único que pudiera advertírselo.

Mucho, mucho más le dije; él se calló y nada tuvo que responder. No sé si él quedaría convencido, creo que sí.

Pero yo, por mi parte, juro que en aquel momento ya no estaba persuadido de lo que decía.

Pregunto ahora, siendo mis razones bastante sensatas, ¿porqué la misma razón que me las dictaba, porqué el mismo principio que apoyaba y daba su valor innegable a mis argumentos estaba fundado en un su no haberme visto? ¿Porqué fue éste el mismo que los destruyó completamente en el fondo de mi corazón y mi juicio?

¿No hace creer esto que tenemos una percepción íntima de la verdad, y que, a pesar de todo el oropel de nuestra imaginación, un órgano desconocido o instintivo nos la revela entre los brillantes sofismas que fabrica nuestra imaginación sin contar con el alma y con la voz divina e innata del corazón?

Y esta misma percepción que yo creo descubrir ahora, ¿no será quizás uno de esos mismos brillantes sofismas que necesitan un desengaño por inspirarnos dudas?

Todos somos ciegos, esta verdad es indudable.

Y otra verdad también, es que nuestra educación, civilización, o el abuso de nuestras facultades intelectuales, apaga cierta chispa que recibimos de Dios y nos sumerge en tinieblas, donde vemos luces fosfóricas que brillan engañosamente y solas para nuestros ojos.

La predicción

Jacinto de Salas y Quiroga

El Artista. 20 de octubre de 1835. Tomo 2. Pp 243-246

I

Entonces era yo muy joven, y algunos dedos más arriba de la cruz de mi acero latía un corazón virgen, impetuoso y ardiente, que ni el hielo del Norte ni el sol abrasador del mediodía pudieran ennegrecer ni empedernir. Una existencia de contemplación y estudio, un poderoso deseo de perfección, un vago anhelo de volar, de extender los brazos, de elevar la frente, me hicieron mirar con despego y tedio las débiles paredes que limitaban mi ardiente vista. ¡Yo necesitaba mecerme en los brazos de la tempestad, deleitarme en la destructora ira de los procelosos mares que Hornos y Gama traspasaron los primeros; sentarme sobre la cima de los Andes e insultar con mi vista, desde la cumbre del Chimborazo, a los seres degradados que vieron sin amor ni simpatía mi orfandad y abandono!

¡Pronto surcaré en paz las irritadas olas, sin tener a mi lado quien insulte mi dolor con su imbécil risa, quien retire la mano al presentarle yo la mía débil esclavo de su poder y vano orgullo, cobarde que mira con altanera sonrisa al desgraciado y tiembla ante el que puede más que él! Pues yo no; yo no, ¡no temblaré ni ante la ira de Dios!— Mañana partiré para un mundo más nuevo que este; si allí no hallo inocencia y virtud, a otro mundo me iré; ¿y cuál será éste?... El cielo.

Era aquel el último día que hablaba yo al anciano director de mi conciencia, y a sus tiernas expresiones de amor y consuelo, permanecía yo insensible como una roca. Yo no sé que infernal poder había retirado las lágrimas de mis ojos, el enternecimiento de mi pecho. Mis párpados estaban enjutos y mis mejillas brotaban fuego.

—Pues bien, oh padre—dije al fin—, quedad contento; recibiré ese pan de vida y vuestra bendición.

—Dios te dé la suya, joven insensato, que por una vana curiosidad vas a exponer tus días.

—¿Y de qué sirven mis días?.... ¿A quién le hacen falta?.... Yo no tengo padre, yo no tengo madre

—Pero tienes hermanos y prójimos

—Hermanos si, y uno a quien amo con delirio. Pero él será más feliz sin mí. Su dicha, su amor, su entusiasmo militar, todo eso, oh padre, se le acabaría a mi lado; porque yo me río de la dicha de los demás, me burlo de su amor y no entiendo su entusiasmo. Sin embargo, juro que me duele abandonar a mi amado Agustín En cuanto a mis prójimos, yo no tengo prójimos.

—¡Blasfemo!

—¡Pues qué! ¿Queréis que llame prójimos a esos entes que se mofan de mis dorados sueños, que quieren cubrir con sus impiedades mi inocencia; que me han visto

muerto de sed y se han reído de mí sin darme agua? Si estos son mis prójimos, también son mis prójimos los perros

—¡Hijo!

Aquel día se pasó como todos para mí, soñando una felicidad que no hallaba, bendiciendo a Dios y maldiciendo a los hombres. Por la noche quise bañar mi frente en los rayos de la luna, salí al campo y entonces si, entonces pude llorar.

¡Las lágrimas! ¡Ése es el riego de nuestra alma! ¡Ése es el rocío del cielo!... ¡Ése es el bálsamo del infeliz!... ¡Entonces sí lloré, me prosterné ante el cielo, entoné un cántico y fui feliz!....

Pero un quejido sordo y penetrante llegó a mis oídos y resonó pronto en mi alma. Lanzábale un anciano cuyas venerables canas abandonaron sus hijos, un anciano enfermo que no podía moverse del banco de piedra que le sostenía. Mis débiles hombros serán tu apoyo, ¡oh anciano! Yo te llevaré a tu albergue.

Yo le llevé, si, yo le llevé; y le coloqué en su lecho, y cubrí las nobles cicatrices de su seno con el lino perfumado, y apliqué a sus labios mil saludables bebidas, y pedí a Dios por él, y al cabo de tres días le volví a la vida.

Entonces me dijo mi amigo:

—El bajel ha partido; perdiste mil escudos.

—Pero salvé la vida de un hombre—contesté con altivez.

Y una voz celeste dijo entonces: «Joven, serás muy desgraciado.

II

Centenares de bajeles, rica y lujosamente empavesados, con infinita diversidad de banderas, cubrían las aguas de la insegura bahía de Valparaíso. Las águilas de Rusia, las llaves de Roma, la oriflama roja de los britanos, las estrellas de los Estados Unidos, y los tres colores de Francia, lucían en la popa de vistosas naves; todas las naciones tenían allí la señal y muestra de su poderío y grandeza; solo la España, la reina algún día de aquellos mares, no tenia allí ni un castillo, ni un solo león, ni una sola cadena pintada sobre el lienzo. El cielo estaba cubierto de espesísimas nubes, negras columnas de densos vapores se elevaban del seno del mar, y las repetidas detonaciones del cañón del inmediato castillo, más que a saludos de honor se asemejaban a un grito de socorro. Era sin embargo un día de faustos recuerdos, el aniversario de la independencia de Chile. Pero la naturaleza no mezclaba su gozo al justo contento de los libres americanos. Silbaba el viento con una furia destructora, hervía el mar, saltaban las olas entre horror y espuma, y, estrellándose en los costados de los buques, iban a perecer con un bramido, dejando paso a mil y mil que las seguían. Las pesadas áncoras se desprendían de las cadenas y cables que la tempestad despedazaba, y los bajeles, chocándose entre sí o estrellándose en las inmediatas rocas, eran hechos millones de pedazos, adornados todavía como para una fiesta.

En medio de aquella escena de desolación y espanto, que permanecerá grabada eternamente en lo más profundo de mi corazón, inmóvil yo y sereno, contemplaba desde la ribera aquel majestuoso cuadro de luto. Veía perecer infinidad de hombres, veía agitarse mil arrugadas y horrorizadas frentes sobre las cubiertas de los buques, y nadie, nadie en el

mundo pudiera salvar a aquellos infelices. Distraídamente, sin embargo, me aligeré yo de mi ropa, y me sonreí luego al contemplar mis impotentes deseos.

Una fragata inglesa recorría la bahía con prodigiosa velocidad; descargada ya de camiones y mástiles su peso era muy ligero. Mil veces creyeron los infelices que la montaban ser ya presa de la muerte; las más diestras maniobras no pudieron hacer más que retardar la última hora. Por fin se encrespó de nuevo el mar, y la nave fue a estrellarse contra una roca. Yo que la había seguido con la vista, vi sumirse en los abismos infinidad de hombres. Un joven de majestuosa presencia, quiso no obstante luchar con la muerte, y se agarró a una tabla que el mar arrastraba como una ligera pluma. Ya estaba el infeliz cerca de tierra; pero el cansancio aflojaba sus brazos... Iba a perecer. Entonces, sin temer ni examinar el peligro, me precipité yo al mar, y agarrando por la cabellera al valeroso joven, le traje en pos de mí. Una espantosa ola nos arrojó a entrambos, sin sentido, sobre la arena de la playa.

Yo no sé lo que fue de mí durante algunas horas; pero sí que al volver a la vida, me hallé tendido sobre un lecho y que una voz celeste dijo: «Joven, serás muy desgraciado»

III

Y después, cuando el imprudente padre de la joven Paula quiso sacrificar su candor, su virginidad, su pureza, a la ambición y al orgullo, yo levanté mi voz, yo fui el protector de la infeliz, yo sequé sus lágrimas.

Y cuando el fuego amenazó devorar la casa inmediata, yo me precipité entre el humo y los escombros, y arrojé con denuedo la última gota de agua en la hoguera.

Y después, cuando la patria estaba todavía aletargada, yo fui de los primeros que gritaron: «¡Libertad !»

Y siempre la misma celeste voz me repetía:

«Joven, serás muy desgraciado.»

IV

¡Y la predicción se ha cumplido!....

Yago Yasck

Pedro de Madrazo

El Artista. 20 de enero de 1836. Tomo 3. Pp 29-34. 27 de enero de 1836. Tomo 3. Pp 42—46. 3 de febrero de 1836. Tomo 3. Pp 53-58

I

—¿De veras? ¿te lo ha dicho?—decía una máscara a otra en el chillón falsete de costumbre.

—Te repito que sí; adiós; creo que se acerca a nosotros. Ella me parece que es, mira allá, al fin, por entre aquel grupo último. Ahora sale de aquel corro de irlandeses. Adiós—respondía ésta en el mismo tono.

—Pero hombre...es decir que puedo contar...

—¡Dale, señor machaca!—miróle el otro de pies a cabeza con desconfianza, e hizo ademán de alejarse—. No es él—murmuró entre dientes, y volvió a examinarle.

—¡Ay! ¡qué divina! Dijo en su voz natural el primero mirando hacia donde el otro le había señalado—. ¡La trenza de oro!!—exclamó en tono melancólico.

—No es para Usted, ¡silencio!!!—prorrumpió el segundo con voz de trueno, y sus ojos grises chispearon como los de un lobo. Esta última palabra, pronunciada de un modo tan enérgico, resonó sobre la gritería general de aquella inmensidad de enmascarados y el precipitado compás de una gallop ruidosa.

Paró la orquesta, las parejas se detuvieron instantáneamente cada una en el puesto que la casualidad le marcaba como a virtud de un choque galvánico, y sólo dos individuos rebozados en dominó negro fueron los únicos que en medio del general asombro se vieron deslizarse al través de los grupos fijos en el tablado, sin comprender nadie la causa de tan inesperada escena.

Cuando las comparsas volvieron a su algazara y movimiento y la música recobró su compás, un curioso fisonomista pudiera haber notado en los ojos de las hermosas, húmedos de placer, aunque encerrados en profana cartulina y tafetán, de cuan distinto modo se retrata el alma en ellos embebida en los goces de la materia y más aun en la esperanza y en el deseo, que recordando lo que nunca en semejantes circunstancias suele entretener la imaginación de los seres entremezclados de ambos sexos — la existencia de otros seres que no habitan la tierra. Porque en efecto, aquella palabra, «¡Silencio!», pronunciada como acababa de serlo y con un acento tan poco común, más hablaba a un moribundo fluctuante entre la vida y la eternidad, que a un viviente rodeado de una atmósfera cargada de luz y de vapores, respirando el ambiente que mueve el perfumado cabello y toca la garganta y espalda de una mujer blanca, y se llena de frescura, la garganta y espalda de una morena andaluza, y se embalsama de voluptuosidad!

II

La noche era fría; la calle blanqueada con la nieve, alumbrada por la luna de enero, presentaba un cuadro triste pero dulce y sereno. Paraje a propósito para una danza de

íncubos, flotando silenciosos por el aire y saltando de un tejado en otro tejado. La calma que con la soledad en él reinaba era alguna que otra vez interrumpida por los ecos de una música lejana. El mismo efecto hacían que el melancólico canto de coro de una de nuestras inmensas catedrales, escuchado desde una recóndita capilla a la mustia claridad de sus altas y pintadas vidrieras, y al pie de un lecho de mármol donde reposa su antiguo fundador. Aquel paraje hablaba más al misterio que a otra cosa; representaba el sueño tranquilo de una virgen de 13 años, alterado por los delirios que la arrastran a la adivinación de unas intrigas que no conoce — cree acordarse de lo que nunca vio — porque lo profetiza como profetiza la inocencia. Aún no la ha dicho el mundo "sé que estás ahí" y se presenta dormida en los banquetes, rodeada de jóvenes hermosos, de risas y palabras de amor; y mientras su sombra recorre por los placeres siente en su corazón latir cada uno de los acentos del que la seduce, y le parece recoger en sus entreabiertos labios rojos el beso de un hombre que se le representa como un ángel del amor. ¡Pobre niña!! ¡ Si después de despertar te arrebatan el lúbrico bálsamo de tus sueños, y te arrojan a merced del oro, y te sumergen en un enfermizo tugurio entre los brazos de una vieja ponzoñosa!!

Sonó un reloj: las doce. El teatro de la Cruz arrojaba por sus puertas de cuando en cuando, a la manera de un gastrónomo ya repleto que repudia a veces un manjar delicado, algunos individuos para recibir los que nuevamente llegaban.

A la luz de la luna se miraban unos a otros. Había allí rostros encendidos, llenos de esperanza; los había también pálidos y sombríos, con todas las señales de un descontento sumo, Pero no faltaba algún calmoso que se reía de las agudezas del que marchaba adelante, llevándosele a su mujer y a su hija mayor agarradas cada una a su brazo. Ni faltó un impúbero que corrió delante de su padre gritando "¡ladrones!", por no exponerse a la humillación de verse abofeteado en público por el anciano que lo cogió fumando y requebrando a una mujerzuela...

Inútil juzgamos manifestar a los lectores un ejemplo de la confusa algarabía de entrantes y salientes. ¿Y quién no habrá estado siquiera una vez en su vida en semejante diversión?

Algunos gritos confusos y repetidos que salían de una puerta del coliseo, acompañados de un ruido como de carrera, precedieron a la aparición de dos bultos negros en persecución uno de otro; eran dos enmascarados. El perseguidor, a beneficio de las gentes que por allí andaban, pudo alcanzar a su enemigo y le asió fuertemente del cuello. La fatiga producía en su pecho un sonido ronco. Revolvióse el otro con presteza, y al revolverse, el dominó abriéndose dejó ver dos piernas por su forma y aparato más de Deán que de espadachín. Con su sacudimiento hizo perder a su antagonista toda la ventaja. Volvió éste a rodearle con sus brazos, y aquel levantando los suyos en calma le cogió ambas muñecas, y como quien se desprende de un niño de pecho, dando una carcajada que resonó seca como un árbol al troncharse, se libertó de su contrario arrojándole de espaldas en la nieve.

El desgraciado perdió el sentido

Dispersáronse los curiosos como una multitud de hojas al soplo de la brisa, y desapareció con ellos el de las pierna de deán, repitiendo su carcajada más atronadora que la del mismo Estentor.

A pocos minutos volvió a pasar éste con una mujer envuelta en un largo mantón. Salía por los costados su cabellera rubia, flotando al aire y esparciendo una especie de resplandor azulado. Parecía un ángel arrebatado del cielo por un demonio.

Los ojos de él centellearon al pasar por el lado de la mascara que aún permanecía derribada, y señalándola con una mano:

—¿Le conoces?—preguntó a la mujer—; parece una mosca ahogada en un artesón de leche. Repitió su risotada, y prosiguieron su camino. Pero la mujer se estremeció y le dijo:

—Abate ¿Le ha mandado usted con algún recado a mi madre

III

Pasó a poco otra máscara.

El caído se levantó. Miráronse un momento de hito en hito. Rara vez produjeron el Carnaval y la Locura, gemelos más completamente iguales. A no ser por la nieve del disfraz del uno y su poco satisfecha catadura, no hubiera sido fácil distinguirlos. Permanecieron un rato cara a cara, después del cual sin dirigirse una sola sílaba se entró el uno en el teatro y el otro sacudiendo su dominó se retiró por el lado opuesto.

No había aún este último traspuesto la plazuela cuando volvió aquel apresuradamente, y dándole un golpecito en la espalda:

—¡Mi parodia!—le dijo en tono de máscara—, usted que se ha estado aquí tomando el sereno, me dirá si han dado las 12, o si ha llegado a sus frescos oídos alguna risotada del demonio.

—No lo sé, pásalo bien.

Y ambos desaparecieron cada cual por su camino.

IV

Lo mismo que una de aquellas cara terríficas que cree uno ver después de haber leído un cuento de Hoffmann o visto un cuadro de Callot en una noche de insomnio, se presentó al través de los vidrios de un balcón que mandaba su claridad a una lóbrega callejuela, el perfil irrisorio de una cabeza horrible que, destacada fuertemente sobre la luz de la vidriera, gesticulaba y movía sus manos y hombros, recogía sus relucientes ojos y alguna que otra vez dirigía a la calle su mirada fascinadora, como esperando algún objeto.

Aquella habitación, por dentro llena de preciosos muebles, de hermosos cuadros encerrados en abultados marcos de oro del nuevo estilo, profusamente iluminada y embalsamada con perfumes y ricas esencias, por una causa desconocida revelaba al corazón algo de extraordinario y fantástico. Entrar en ella y mirar aquel lujo era como mirar la fantasmagoría dentro de una calavera; aproximarse a aquellos muebles era como aproximarse al espejo de un quiromántico, porque a pesar de su riqueza, de su semejanza con una realidad voluptuosa y risueña, la casa del abate Yasck parecía formar una parte muy integrante de las regiones de Berit y Astarot.

Ocupaba todo el hueco de un embutido confidente, un hombre de edad madura que solo por la movilidad de sus ojos grises, y la fatiga de su pecho manifestaba no ser

un maniquí, grueso y de siniestra fisonomía. Su anhelosa respiración era como el estertor de un moribundo, por lo demás parecía muy bien acomodado en aquella posición: hubiera podido pasar por el complemento del confidente; en una palabra era la labor incrustada de aquella habitación.

Entró allí una joven tierna, hermosa, vestida de blanco con el cabello tendido. ¡Qué crimen puede pesar sobre tu corazón, linda creanza! ¡Qué temores inclinan tu frente blanca y tersa hacia la tierra, y doblan tus rodillas como las de la virgen en el pavimento del templo ante los alteres, más por el temor de las sombras del antiguo coro que por la devoción de los pecadores!

Desde la puerta por donde entró hasta los pies del abate donde yacía postrada, habría lo más seis pasos, en cada paso varió del color de sus mejillas seis veces. El abate aterrando su alma demasiado flexible, la plegaba de tal modo a su voluntad que la mandó llorar, y lo hizo.

Era un cuadro como la *Confesión de Johannot*. Considérese el abate revestido de hábitos sacerdotales, el alma despojada de crímenes, y es el catolicismo entero esta escena: la pasión joven, sencilla, ardiente, que se desconoce, a los pies de la decrepitud que conoce el mundo, que juzga, que castiga (¿Por qué haces llorar a ese ángel?). ¡La fuerza de la vida, el poder del alma, prosternados ante la ley terrible de un fantasma de hombre que ya no tiene sangre, ni vida ni otro pensar que la venganza y una muerte cercana!!

¿Y quién sabe si aquella tierna mujer, veía en los objetos que le circuían el fondo oscuro de una antigua catedral, con su desgastada sillería del siglo XV, y aquellas antiguas sombras de madera del apostolado en su gótica simetría? ¡ Quien sabe si en aquel hombre encontraba una verruga del cristianismo¡ Porque no podía desfigurarse con la ilusión, del mismo modo que no puede parecer justo un energúmeno.

¡Y a pesar de todas las apariencias, la malignidad de Yasck había encontrado un reflejo, aunque débil, en el cristal de aquella alma, y la había corrompido; no había allí ya virtud, era un frío escepticismo, un indiferencia interrumpida por el rastro de lo pasado, pero sin fuerza para entusiasmarse, crear, espiritualizar la realidad que la envolvía!...

V

La mandó reírse y estar alegre, y ella se rió, y se levantó esbelta y ligera. Mas en su risa flotaba aquel matiz que sólo da a unos ojos azules en la inocencia, el júbilo del corazón. Confundióse el color de sus pupilas en el contorno de los párpados superiores, tomando aquella fisonomía un viso de sufrimiento. La luz pálida que parecía esparcir su suelto cabello la hubiera hecho pasar por una aparición de un cuadro de Miguel Ángel. Y a no ser porque hacían ruido sus pisadas y por el roce de sus vestidos, pudiera pasar por una Helena como la que soñaba el visionario pintor músico y poeta alemán, cuando el gas del Champaña se desenvolvía lentamente resbalando de la copa como un alma que sale por la abertura de la losa sepulcral, mezclándose con la espesa nube de humo en que siempre vivía, con la cabeza inclinada y melancólica, y los codos sobre la mesa. Entonces veía sílfides, princesas, sin tacto y sin aliento, vagando sobre la azulada llama de su ponchera. ¡Entonces pintaba como Goya a pinceladas misteriosas y sin forma, cantaba, y componía como un hijo de Odín sobre el arpa de la Eolia en una triste noche de invierno!

Pero otras veces adoptaba de tal manera sus acciones a la voluntad del abate, que hubiera podido compararse a una sombría virgen de las que solo aparecen en la niebla, tomando lecciones de brujería de una vieja gitana. Y entonces el abate conservaba la superioridad del doctor, y ella la humildad del catecúmeno.

Los besos que el abate le daba sonaban como una hoja seca al estallar.

—No puede ya tardar—dijo—, créeme, tanto vale unirse a un hombre por toda la vida como encerrarse herméticamente en una botella con un mico, un gato o el verdugo por compañeros; ese lazo cruel que los hombres han dado en llamar matrimonio es la torre de Babel. Han creído preservarse de la cólera divina remontándose a la pureza de los ángeles, y al fin su edificio se desplomara, y quedarán confundidos.

En medio de tan saludables máximas, entró en la habitación un joven de rostro bello, pero desfigurado con la relajación, sin embargo sus ojos no anunciaron un simple materialista.

A una señal de cariño de los dos, alejóse de allí el abate.

La casa de éste encerraba el Pandemónium de todas las sensaciones de la vida.

No había ya una dueña cortesana que guía a una cita a una doncella; sí dos amantes que se entregan a su amor en presencia de una fiel y callada dueña.

Comenzó la hermosa a estremecerse violentamente al acercarse a ella el indolente joven; pero era su temblor causado, no por un miedo inesperado y nuevo, sino por la memoria de una escena ya ejecutada otra vez.

—¡Rafael—gritó pálida la niña.

Rafael se sintió enternecido.

Era en efecto aquella escena capaz de ablandar a un moribundo empedernido. Y Rafael estaba lleno de vida, y su alma era sensible. Su cráneo era de loco y de poeta; loco lleno de ideas, de sarcasmos, de pérfidas sonrisas, poeta burlón, escéptico, colorista a gruesos toques, de bermellón, de negro. Su mente se exaltaba con facilidad, y su imaginación se transportaba en medio de sus desenfrenos a la altura de los poetas dramáticos.

Dos lágrimas de pasión se asomaron a sus párpados, poco después yacía enamorado a los pies de Ángela. Temblaba ella hermosa y apasionada, la estrechaba contra su corazón convulsivamente. El entreabrió sus labios purificados con el arrepentimiento, y Ángela seducida recibió en ellos el ósculo de un amor ardiente como el infierno.

VI

A las nueve de la mañana, la luz del día pasando al través de las persianas, coloreaba débilmente la muselina del cortinaje, y permitía apenas el ver los brillantes colores de la alfombra, y los preciosos muebles de la habitación donde los dos amantes reposaban. Algunas doraduras relucían sin embargo. Tendidas en una otomana, las vestiduras de Ángela se dibujaban como una vaporosa aparición.....El profundo silencio que reinaba en este templo de amor fue turbado por un ruiseñor que se colocó sobre la ventana, sus repetidos gorjeos, y el ruido de sus alas repentinamente desplegadas al tomar el vuelo, despertaron a Rafael.

—¿Para morir?—exclamó concluyendo una idea empezada en el sueño del cual salía...

Contempló a Ángela, la cual durmiendo sosteníale su cabeza, y graciosamente tendida como un infante con el rostro vuelto hacia su corruptor, parecía mirarle aún y mostrarle su hermosa boca entreabierta, que dejaba pasar un aliento igual y puro. Su divino perfil se destacaba fuertemente sobre la fina batista de las almohadas, y parecía dormida en el placer.

Rafael parecía atormentado por una carcoma que roía su corazón, y en las protuberancias de su frente, calva por el libertinaje, se pintaba en sus ojos hundidos al amargor profundo en que se le convertía el aspecto de aquel espectáculo lúbrico, apenas iluminado por el crepúsculo de la mañana.

Ángela quedaba dormida, y Rafael dejó aquella estancia, cabizbajo.

Recibióle Yago Yasck, con una expresiva sonrisa de maligna complacencia.

—Cuando el hombre duerme, el diablo está despierto; cuando la mascarilla de Polichinela ríe, suele a veces por la espalda esconderse Drama con el puñal entre la manga; y cuando el hombre llora, sus víctimas se ríen, y le pisotean con desprecio.

Tal fue el recibimiento que tuvo Rafael.

—Sentencioso estáis, Yago—dijo el joven.

—Y toda la ciencia—prosiguió aquel—, se reduce a encontrar la oposición en su lugar. El bien y el mal en contraposición, pero nunca el bien solo ni el mal solo. Si en un cuadro falta el claro—oscuro, adiós pintor. Mire usted, pasé mi juventud en una universidad. Al entrar por sus puertas oí decir en una cátedra: "el hombre es igual a la planta"; y en otra cátedra: "la planta es igual al hombre", y un catedrático explicaba botánica, y el otro fisiología. Todo era una misma cosa puesta en oposición.

La melancolía de Rafael fue presto advertida por el abate.

—Si el seductor se arroja a los pies de la mujer le jura amor, puede destruir la oposición, y al fin cometer la necedad de cumplírselo... y unirse a ella.... Y manchar su reputación viviendo en matrimonio con una mujer que puede muy bien ser hija de la querida de un abate. Id con Dios que pronto nos veremos.

Una estrepitosa carcajada histérica fue el final de este diálogo.

Rafael comprendió al abate, y lleno de espanto corrió al lecho donde reposaba aún Ángela pronunciando en sueños su nombre y vertiendo una lágrima helada que corría por su mejilla, como la gota de la gracia divina que desciende sobre la cabeza del réprobo y no hace más que alterar un momento su estado de embrutecimiento. Un impulso repentino le hizo llevar sus manos a la garganta de la infeliz, y al despertar ella trocó su furor en un beso que grabó sobre su frente.

Apenas salió a la calle varió su fisonomía. Entró en otra casa de bien diferente aspecto de la que acababa de dejar, y salió de ella con su habitual sonrisa, lleno de alegría y contando el oro que sobre sí llevaba.

Otro salió a su tiempo, y en el portal se abrasó los sesos de un pistoletazo.

VII

—¿Estaba usted distraído?

—Pensaba en esa poesía que sabe usted sentir con tanta energía—respondió Rafael—. En efecto, ¿qué cosa más bella que la poesía de S. Juan, de Homero y de Calderón?

—¡San Juan!—exclamó su compañero—. ¡Siempre me acuerdo del Evangelio como de una tierra de promisión cerrada para mí!.

Y permaneció un momento sumergido en un abismo de pensamientos fatídicos.

Ocupaban los dos una mesa de la fonda del Comercio, sentados uno en frente de otro. La mesa estaba cubierta con las reliquias de un buen almuerzo.

—¡San Juan!—prosiguió Rafael, continuando su primera idea—. Le arrebata a uno al cielo en una capa de fuego o en un torrente de luz; Homero, sobre un carro tirado por aves blancas o mujeres hermosas; Calderón en su pensamiento solo, que es su carro y su torrente de luz. El ha adoptado el mundo y sus pasiones, ¡sus pasiones!. ¿Qué piensa usted, Jenaro? Mejor que el mundo diría el infierno, porque el mundo es un infierno apagado; en él no hay torrentes de luz, ni nubes de oro, pero sí pasiones desordenadas, frentes maldecidas. ¿Eh? ¿Que cree usted Jenaro? ¡Placeres emponzoñados y remordimientos de sangre!! ¿Será cierto Jenaro?

Llegó aquí expresándose con una energía y un calor tales, que no podía ocultarse al conocimiento de su compañero hasta qué punto tan alto, Rafael, y lo que Rafael decía, eran una cosa misma.

Hizo en la frente dos arrugas profundas y formando ángulo en el entrecejo. Su boca tomó una latitud nerviosa, y sus ojos desencajados miraban sin ver, sin movimiento, como de ojos de cristal. Su poco cabello se encrespó sobre su frente y por las sienes, y retorció sus manos convulsivamente; después de lo cual ambos permanecieron en silencio.

—Rafael, le hallo a usted hoy diferente de lo ordinario.

—Porque hoy he padecido más que de ordinario, Jenaro.

—Ayer no nos vimos.

—¡Ayer empezó mi martirio!

—También yo soy desgraciado.

Un fuerte apretón de manos puso a ambos en comunicación de sus más secretos pensamiento, pero la fuerza magnética se disipó, y volvieron a su estado de abatimiento mutuo.

—¡Imposible!—exclamó Jenaro como distraído—. Su máscara sí era siniestra y respiraba la paz fatídica de la muerte, todas las máscaras son lo mismo, y debajo de aquellas facciones siempre fantásticas, siempre en la misma armonía, siempre inmóviles, siempre risueñas, sin alteración de color, sin contracciones, como cadáveres pintados con sangre, revueltos, desordenados y siempre con su último gesto, hay toda clase de colores, facciones, sonrisas, gestos y contracciones! Pero su mirada era inocente, y su seno virginal latía sobresaltado a los acentos del amor, su voz, ese órgano celestial de la pureza de su cuerpo, tenía un encanto para mí desconocido; tenía color, aroma, sabor, cuerpo, y llegaba hasta mi corazón, y lo movía como una hoja que sacude el viento. La primera vez que respiré el mismo ambiente que pasaba por sus labios, que sentí llegar las inspiraciones de su alma virgen hasta la mía, que nos comunicamos misteriosamente por no sé qué medio, sentía con horror sobre mi pecho el peso de un presentimiento de sangre y devastación que mezclado a sus candorosas miradas, y a su estado de lágrimas y de abatimiento se me

presentaba como un cuadro de la más espantosa miseria. ¡Mi pincel corría empapado en tintas de luz y dejaba un rastro negro y hediondo!!! Anoche la vi, pero me la robaron y no pude tan siquiera clavar una mirada de amor en sus pupilas. Pero usted no sabe lo primero, voy a contárselo—añadió vivamente, y pasándose la mano por la frente, prosiguió con calma:

—Perdió a su madre hará ya dos años, espantosamente desfigurada en su lecho de muerte. La sangre corría por su frente y por su boca torcida en una convulsión. Jamás he sabido el nombre de aquella mujer. Un incidente que recuerdo con terror me llevó a aquella habitación funeraria. Un diestro jugador de manos hizo una suerte conmigo y me mandó mirar en su espejo. Miré y creo que sentí los espeluznos del terror.

«¿No conoce usted a la que muere?» me dijo el empírico. No pude contener la risa al oír semejante despropósito. «Siempre suelen ser o el padre o la madre,» añadió uno de los espectadores. Con todo, aquella visión me dejó una impresión que nunca he podido borrar. Hablar de su padre a un huérfano desde la cuna es como preguntar al demonio por la felicidad de los santos que hay ahora en el cielo.....Salí de aquel paraje, me informé de la casa donde había visto la moribunda, su lecho derribado, y el ángel arrodillado a sus pies. Y corrí hacia ella. Todo era allí silencio, formidable terror y llanto, ¡llanto, sí!, ¡la pobrecita lloraba!! ¡Ah! Rafael, ¿no ha visto Usted nunca llorar a una niña de trece años? Y a una niña arrodillada delante de su madre a quien está viendo morir, y ¡no puede con sus tiernos brazos arrancársela a la muerte!! Aquella malhadada madre tenía profundamente grabadas en su rostro todas las señales de un desenfreno escandaloso, algunos pocos mechones de pelo apegotados hacia una de las sienes, daban a su cabeza el aspecto de una calavera preparada para dar un susto a un muchacho. ¡Parecía que la muerte, en retribución de los desordenados placeres de una vida errante, había querido presentarla al mundo en su última hora con toda la hediondez del pecado! ¡Pero la pobre niña!!! ¿Qué delito podía pesar sobre su alma inocente para someterla a una prueba tan espantosa!!!

El dolor arrancó a Jenaro un suspiro profundo; enjugó dos lágrimas que corrieron por sus amarillentas mejillas con la mano temblorosa y pálida y prosiguió:

Pero en medio de aquella lúgubre antipatía entre la madre y la hija, adiviné que la desgraciada madre velaba sobre la pureza de la niña como un ángel de la guarda que cubre con sus palmas la cabeza de la creanza sometida a su amparo. El día de que le estoy a usted hablando, o por mejor decir aquella horrible noche, a un lado del lecho medio derribado había unas vasijas con varias medicinas, y al otro estaba la niña llorando y empapando con su llanto la muselina de su vestido blanco, con el hermoso cabello tendido, los ojos clavados en el techo de aquella sepulcral alcoba, y las palmas unidas en actitud de orar con un rosario de gruesas cuentas en ellas. La encontraba yo más hermosa y más inocente que el sueño de un niño de cuatro años. Era el espíritu, el candor y la belleza como la pensaba Rafael, la armonía de Kressler, el amor de Byron, la fantasía de Rembrandt.

Jamás conseguiré olvidar aquel juego que tan inesperadamente puso en movimiento los más secretos resortes de mis existencia. Las palabras del nigromántico resonaban en mis oídos todavía, y cuando volvía los ojos a aquella encantadora sílfide creía ver una figura formada por el talento de los mejores artistas en acumulación. Era un ángel principiado por el Correggio, y terminado por Murillo. Interrumpía a veces sus plegarias

para cuidar de su madre. Era la única que lo hacía. Se la acercaba en silencio con los ojos llenos de lágrimas. Quise prestar algún auxilio a aquella familia desgraciada, pero la enferma lo rehusó con gestos tan espantosos que retrocedí horrorizado, y no tuve otro recurso que el contemplar inmóvil aquella escena desgarradora.

Entró sin saber por dónde en la alcoba, un hombre vestido de abate, de rostro encarnado y sombrío, y mirar torcido. El color de sus facciones recortado y sin transparencia, en algunos parajes frío, en una palabra, debajo de aquel cutis tostado no parecía haber una gota de sangre. La enferma arrojó al verlo un grito histérico, y dando un salto de convulsión quedó como muerta a un lado del lecho. Pero acercóse a la cabecera el abate con la Biblia abierta en una mano y la otra extendida sobre el libro, y diciendo al oído de la mujer algunas expresiones misteriosas acompañadas de gestos parecidos al bostezo, produjo en ella el efecto magnético y la hizo abrir los ojos. La niña con las manos cruzadas sobre el pecho, estaba como paralizada, y cuando yo quise huir...

«Dijiste que habíamos de morir juntos», dijo a la enferma el abate con infernal sonrisa. Ella quiso incorporarse en el lecho, no pudo, miróme desencajada, y me tendió los brazos. Yo retrocedí acobardado. «Todavía no», prosiguió el abate, «él tiene que hacer méritos por mí». Y después, arrimándose a la niña, «aún me queda tu hija, y tengo tres años de término», dijo pausadamente.

«¡Mi hija no, no!», gritó furiosa la madre, incorporándose en el lecho. No pudo proseguir. Sonó interiormente su pecho como una tabla rota, azuláronse sus ojos, esparciéndose por sus facciones un color acardenalado, tendió hacia la niña sus brazos disecados produciendo un ruido de dislocación, y enseñando sus pupilas blancas como dos granizos....cayó de espaldas. Y en la convulsión postrera lanzó un fuerte grito que resonó con una vibración metálica. Puso entonces el abate las manos en la cabeza de la niña, y al tiempo que ésta sollozaba y gritaba de dolor y de espanto sobre el cuerpo frío de la muerta, «ahora comienza en ti la virtud», dijo él. Y pasando la palma por las largas trenzas de Ángela, produjo en ellas un resplandor azulado como el fósforo. Salí de allí trastornado. Sentí palpitar mi corazón en los oídos, y un frío espeso entraba por mis párpados.

—¡Ángela!—murmuró Rafael, palideciendo repentinamente.

—Sí, ¡Ángela!—repitió asombrado Jenaro mirando de hito en hito a su amigo que con la frente sobre la palma de la mano se hallaba a punto de perder el sentido—. Sí, Ángela, a quien amo con todo mi corazón, prosiguió con aire distraído. Anoche la vi, ¡quizá por última vez!!

Rafael parecía una figura de pasta o un maniquí preparado para una farsa, tal era el estado de su fisonomía, húmeda, recortada la barba, sin vida, sin color, sin pensamiento. Un visionario hubiera dicho al verlos: «son dos libertinos, uno vivo y otro muerto, y emplazado el muerto para una orgía viene del otro mundo a cumplir su promesa». Pero Rafael continuaba hablando distraído.

—Aquella máscara singular se acercó a mí, y me dijo: «a las doce y media la tendrás en casa como anoche». Pasó ella entonces bailando una ligera gallop. ¡Pero después!!... una equivocación fatal de dominó...

—¡Una equivocación de dominó!—exclamó Rafael como despertando de un letargo. Miráronse un instante con sorpresa—. La cita era para mí.

—¡La trenza de oro!!—gritaron los dos a un tiempo y levántaronse de sus asientos.

—¡Es mía!—gritó frenético Jenaro.

—¡Veamos!—dijo Rafael con expresión diabólica tomando un cuchillo y haciendo a su rival señal para que le siguiera—, veamos quién duerme mejor sobre la nieve.

—¡Mía!!—volvió a gritar Jenaro con terrorífico acento.

—¡De ninguno!!—dijo una voz desconocida, fuerte como el huracán al revolverse en una nube, y una bolsa cayó sobre la mesa.

Y Jenaro sobre su asiento.

Contó Rafael el dinero con gesto irrisorio.

—En sesenta escudos me la vendió por un mes, faltan cuatro escudos.

—¡Maldición!! ¡dos noches tuya!!—y dejó la fonda despavorido.

VIII

—¡Así se vende un ángel!!! ¡Por 60 escudos!! ¡Ha caído ya del cielo!!—exclamaba dolorosamente Jenaro sentado en su elegante habitación delante de un pequeño cuadro a medio concluir. Sus ojos estaban encendidos, pálidas sus facciones, y un puñado de cabellos en la mano fuertemente apretada. Porque Jenaro era artista, y sentía como artista.

La paleta y los pinceles desparramados por el suelo, y un chafarrinazo dado con rabia en la tela, indicaban la ninguna superioridad de la pintura sobre su desesperación.

—¡Nunca he podido hacer una madona! — gritó lleno de despecho.

Murmuraba por intervalos algunos nombres con voz bronca y cascada. Quería también pronunciar el de Ángela, y gesticulaba como un demente sin poder pasar del primer sonido. Levantóse de su banqueta, hízola rodar de un puntapié un buen espacio sobre sus ruedas, se frotó las cavidades de los ojos con ambos puños hasta hacerles saltar lágrimas. Y repetidas veces se llevaba las manos a la cabeza, y después de un prolongado quejido que parecía salir de sus entrañas, hacía una especie de risa mezclada de dolor como la de un niño antes de llorar.

Verdaderamente es lastimosa la situación de un hombre, que se siente repentinamente arrancado a los placeres de una dicha soñada para hundirse en una realidad espantosa.

Arrojó furioso el lápiz que tenía en la mano, y miró el puñado de cabellos que rodaba por el suelo con el aire que hacía su bata, con un gesto de compasión. Y tomando en seguida un violín que descansaba todo empolvado sobre un pequeño estante de libros, abrió una portezuela disimulada en un rincón de su habitación, y se escondió en aquella especie de nicho, después de lo cual siguió un profundo silencio. Considere el lector a este joven, pintor—músico, incrustado en su nicho apenas iluminado por la pálida luz que por lo alto mandaba un reducido ventanillo, vestido con una negra bata cuyos pliegues parecían salir de la tierra, su cabeza rubia iluminada superiormente, clavados los ojos en el cielo como un alma del purgatorio en el momento de la inspiración divina, y teniendo en su mano el instrumento, inmóvil como un santo de escaparate, y rodeado de esqueletos, momias, instrumentos de anatomía, retortas y otros objetos de alquimia no menos dignos de atención. Una armadura de reluciente acero colgada a un lado de la portezuela, aumen-

taba lo misterioso del cuadro. Visto todo a la luz del crepúsculo de la tarde, el cerebro menos pensador y positivo se hubiera hecho de repente visionario, y creería ver el purgatorio en miniatura al reparar en aquellos jeroglíficos infernales, al sentir aquel sabor a edad media y a encantamiento a pesar del polvo y de las cuantiosas telarañas que a guisa de arabescos colgaban por toda la antigua alacena.

Levantó majestuosamente el arco, y dejándolo caer sobre las cuerdas, empezó un canto lleno de sentimiento y de misterio. Participaba aquella armonía de ideas a un mismo tiempo extravagantes y tiernas, y resonaba en aquel nicho con un inexplicable sabor romancesco y enérgico. Entraban las vibraciones del sonido por entre la armazón de hueso de un esqueleto colgado por el cráneo en el fondo de la alacena. Los huesos parecían responder por dentro con un murmullo vago a las vibraciones de afuera. Balanceábanse las piernas de aquel despojo de hombre con solemne compás, chocaban a veces una con otra con seco estallido, temblaban todas sus costillas como movidas por el chispazo eléctrico, y la amarillenta calavera formaba en sus yertas cavidades sonidos desconocidos que expedía con un no sé qué de sardónico y feroz. Al herir con el arco las prodigiosas cuerdas, un estremecimiento general confundía a la vista el contorno de la figura entera de Jenaro, como sucede al mirar por el través del gas que radia una hoguera bien encendida. Lloraban sus ojos, palidecía como un difunto, y su largo cabello se encrespaba sobre su cabeza. Inclinóla a un lado y a otro como un péndulo, bajó un poco el cuerpo, agitó convulsivamente sus hombros, corrió el arco sobre el instrumento en toda su longitud con una especie de frenesí maligno y satánico. Un punto de luz azulada subió rápidamente por todo el arco. A este siguió otro. Parecían dos estrellas al escapar de la tormenta. El arco tropezó fuertemente en la pared, desmoronó parte de la masa de polvo inveterado que había en toda ella, las vasijas e instrumentos del vasar rechinaron. Y Jenaro exclamó dejando caer el violín y alzando los ojos con dolor:

—¡Por el alma de mi padre! Que si el diablo visita la alacena, ya le ha sentido dentro de mi cuerpo.

Decíase en efecto que el espíritu infernal vagaba por la misteriosa alacena, e iniciaba a los que en ella entraban en ciencias desconocidas a los demás hombres. Jenaro, o muy despreocupado o deseoso de participar de la ciencia nigromántica, hacía en aquel nicho sus estudios de música, pero siempre salía de allí con algún signo fatal en la imaginación, que a un mismo tiempo le deleitaba y desgastaba su vida de pensamiento y melancolía.

Dio un grito, salió de repente del escondrijo empolvado, con el rostro lívido y animado de un gesto sardónico y dando diente con diente.

Un niño como de 10 u 11 años, vestido a la antigua, apareció en su fondo vuelto hacia la pared, y añadiendo algunos signos a una escritura de idioma desconocido. El esqueleto alargaba su transparente mano y borraba indignado lo que el niño escribía.

Acercóse a él Jenaro con mezcla de horror y cariño, y poniéndole la mano en la cabeza:

—¿Qué haces?—le dijo con voz temblona.

Volvióse el niño a él sin responder palabra, pero enseñándole un gesto espantoso. A poco un resplandor iluminó aquella especie de calabozo. Levantóse el muchacho

lleno de rabia, y agarrándose con las manos a una especie de hilos amarillentos, desapareció por lo alto. Y Jenaro cayó desmayado sobre el piso de madera.

Cuando volvió en sí se hallaba sostenido en los brazos de un hombre vestido de seda negra, en traje de abate, que le miraba con una expresión de ternura y sentimiento.

—¡Pobre Jenaro!!—dijo con acento grave el desconocido.

—¿Quién es usted?—exclamó el joven—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Te he visto nacer—dijo aquel extraño individuo—. Venía yo a traerte noticias de Ángela, y tú te estabas durmiendo en el suelo.

—¡Ángela!!—murmuró Jenaro limpiando su bata y ocultando con su larga cabellera al bajar la cabeza el rubor de sus mejillas.

—¡Ha muerto!!—dijo solemnemente el hombre, levantando con majestad hacia el techo el índice ensangrentado.

—¡Maldición!!—gritó el joven arrojándose rabioso al asesino.

—¡Pobre muchacho!—dijo con imperturbable serenidad el desconocido, y con los brazos cruzados sobre el pecho—. No es la primera vez que tengo el dolor de luchar contigo.

Y esto diciendo, le asió con frialdad por los antebrazos y le arrojó de espaldas en el suelo. Frotóse en seguida los brazos produciendo el humo de una plancha sobre trapo mojado, y desapareció. Pero antes hubo entre él y el hombre de solo hueso un gesto de correspondencia infernal.

IX

Quien hubiera estado a la hora del crepúsculo de la tarde en cierta habitación lujosamente adornada, donde había una alcoba con las vidrieras entornadas que expedían por sus junturas una luz cárdena y moribunda, hubiera oído muy de cerca los gritos desesperados de un hombre entregado por las apariencias al espíritu diabólico. Y después hubiera sentido abrir la puerta, y entrar en la habitación un joven con bata negra y el cabello desgreñado diciendo:

—Aquí es sin duda.

Porque en efecto era Jenaro. Llegó a tientas a la alcoba, abrió sus puertas, y cayó sobre él el cadáver de una mujer de quince años, con el cuello destrozado, y las rubias trenzas resplandecientes encrespadas en torno de su rostro como la aureola del sol en el eclipse...

X. Conclusión

Era un año después.

Estaban una noche de carnaval reunidos en una habitación de un cuarto principal, un sacristán gordo, rechoncho y moreno, figura de saco de carbón, y varios músicos amigos suyos, tres de ellos ciegos y uno tuerto, tocadores de violín y bandurria, sentados en torno de una mugrienta y carcomida mesa de ignorada madera, mesa que parecía extraída de un archivo de parroquia. Reposaba tranquilamente sobre ella una jarra blanca vacía en medio de muchos vasos de vino, unos llenos, otros mediados, como una respe-

table abuela de blancas tocas, ya desecada, que mira con placer a sus alegres descendientes, animados por la sangre que algún día corrió por sus venas. Contrastaban con la algazara de la reunión, sus voces vinosas, el clamoreo de los instrumentos y la rusticidad del ajuar entero, el eco de la habitación por largo tiempo deshabitada, la empolvada tapicería y pintura de sus paredes, y el misterioso olor que cree uno percibir al entrar en una gran pieza condenada por la superstición, porque se cuenta haber sucedido en ella prodigiosas aventuras. Pero de estos cuentos no se le importaba un bledo al sacristán Cirilo que, como hombre de trastienda, en varias ocasiones había sacado buena raja de todo aquello en que metían las viejas su hocico gris. Y aunque su mollera sonara a calabaza, ¿qué cuidado podría dársele de muertos y fantasmas, cuando desde tierno pimpollo de monago se había acostumbrado a gatear a todas horas el campanario de la antigua parroquia?

—En verdad—decía él con afectada risa de confianza en sí mismo—, que he encontrado una viña. Si todo me cuesta como la casa, dentro de poco me echo una peluca de perdiguero más larga que la de la fantasma.

—Cómo quiere disimular el miedo—dijo entre la risa general que excitaron las palabras del sacristán, y su voz temblona como la de un niño que entra por apuesta en una cueva oscura, uno de los músicos, a quien todos los demás hablaban como a persona nuevamente conocida. Era éste un hombre grueso, como de unos 40 años, con un parche verde sobre un ojo y el otro encandilado y contornado de negro, como los ojos de felpilla de una careta de tafetán, la nariz en forma de triángulo equilátero, y la boca asaz modesta para comparecer a presencia del susodicho único ojo.

—Cómo quiere disimular el miedo—repitieron todos, menos uno que era ciego y el más joven de ellos, de sufrida y pálida fisonomía, cabello ajado, y vestidos en algún tiempo de rico paño y elegante corte, el cual un poco desviado de los demás, se ocupaba tan solo de su violín Amatus de robusto tono, que tocaba con gran maestría. Prosiguieron embromando al pobre acólito hasta hacerle decir, que si salía la cabeza desgreñada se atrevía a quedarse solo con ella y arrancarle el cabello.

—Presto saldrá—dijo con harto maligna sonrisa el del parche, y entrando la luz por su desguarnecida boca, iluminó su caja enjuta, en carne viva, y sin lengua al parecer. Más esto no lo notaron sus compañeros—. Entretanto vamos remojando el paladar y si gustan les contaré la historia de la fantasma.

—Ya puede usted empezar—gritaron todos a una voz.

El humo de los cigarros formaba una espesa nube sobre sus cabezas, el aire puesto en vibración por los instrumentos e impregnado de gases espirituosos había tomado cierta densidad, y los cerebros chamuscados se hallaban en su punto para figurarse espectros, apariciones, silfos y variar la forma de los objetos. Acurrucóse el sacristán contra el hombro del que estaba a su derecha, cruzó los brazos, apretólos bien, y después de girar una mirada clandestina de paura hacia lo oscuro de la pieza, tosió con fuerza, escupió y miró a sus camaradas con cuanta altanería le toleraban su chaquetón apostólico y el cerote de su corazón.

Concluyeron los músicos sus tocatas, y siguiendo a la bullanga un regular silencio, principió el del parche su cuento en grave entonación. Mientras tanto el joven ciego proseguía, más apartado aun de la mesa, una armoniosa inteligencia con su instrumento, a

quien hacía bajo sus dedos reír, quejarse y cantar en aires por lo común dulces y melancólicos.

Así empezó el tuerto su historia:

Vivía en esta corte por los años de 1794, un matrimonio alemán con un hijo nacido en Krems de 10 años de edad, muchacho el más travieso que criaron las nebulosas márgenes del Danubio. Su padre excelente químico y minero, discípulo de los célebres Pott y Zimmermann, con sospechas de alquimista entre la gente del pueblo, anciano de genio un poco áspero, iniciaba desde pequeñito el niño en los secretos de los minerales y de los gases. Había visitado las minas de la Styria y de Saltzbourg, pero lo hizo por su desgracia con tanto acierto, que en una ocasión el discípulo encolerizado por unos azotes que tuvo muy bien merecidos de su padre, valiéndose de una composición que tenía éste en una retorta de la alacena donde guardaba sus aparatos y hacía sus operaciones, le dio la muerte en su lóbrego laboratorio poniendo en combustión el compuesto, sobre el cual trabajaba aquel a la sazón. Cuando la pobre madre se encontró con el cadáver de su marido, negro como un tizo del infierno, el niño saltaba y batía las palmas de gozo.

No hay que espantarse, porque de lo contrario no tendrán Ustedes oídos para escuchar la conclusión.

Decíase que el diablo se había colado en el cuerpo del muchacho. Eso no hay que creerlo, —dijo, haciendo un gesto irrisorio, y prosiguió—. Huyó la madre a su país, llevándose a su hijo. Cuéntase que el niño, en pago de haberle conservado la vida, la echó al agua al pasar por una barca en su viaje. — Aquí volvió a hacer el gesto de risa, y añadió una carcajada seca como el sonido de una tela al desgarrarse. Los oyentes principiaron a mirarle con recelo.

Nos lo encontramos después en las orillas del Elba, de veintiséis años, y tonsurado por una manía de ascetismo. No sé dónde diablos fue a aprender a tocar con tanta perfección que estuvo por más de dos años desempeñando la plaza de primer violín del teatro de Dresde. Pero al fin se enamoró de una cantatriz casada con un pobre diablo también del teatro. Y después de haber tenido de su trato un niño hermoso, la mujer temiendo la cólera de su marido, mandó al niño a Madrid con un tío de ella, ajustado de segundo bajo en este teatro. Casualmente fue el hijo a parar a la fatal casa primer testigo de las habilidades del padre. En cuanto a éste, la cantatriz tuvo a bien de entregárselo a Satanás, — santiguáronse los oyentes — a lo cual este señor debió de estarle muy agradecido. Dióle una bebida que le abrasó las entrañas a presencia del verdadero marido, y temerosa del cumplimiento de cierto voto le arrancó la lengua. Este buen cristiano, tan manso y pobre de espíritu, no desdeñó el tálamo de su mujer legítima, habiendo en él, seis años después del nacimiento del niño, a una niña, la más hermosa que nació con ojos azules desde la Suiza hasta el mar Báltico. La continuación es romancesca.

En uno de aquellos éxtasis que se apoderan de dos amantes, en los que se pierde el juicio y el sentido, juráronse el violinista y la cantatriz amor perpetuo o muerte mutua. Y ella, sin duda más enamorada, o quizá más dolosa, añadió al primer juramento el de no sobrevivir a su amante, y morir con sus auxilios. Aun me acuerdo: era una tarde de verano, estaban los dos enamorados en un delicioso jardín fuera de la ciudad, sentados bajo un cenador de céspedes y jazmines a la falda de una roca, sobre la cual se levantaban los restos de una antigua fortaleza perteneciente al feudo del B. de Bernightoff. El sonido de

sus besos llegaba hasta la fortaleza, que les miraba con sus abiertas troneras como un lobo hambriento sobre un monte las ovejas que pastan a sus pies. Al pronunciar el juramento la mujer, salió del seno del hombre una risotada a la cual respondió el torreón de la fortaleza. Aterrado el joven de aquella exclamación histérica, que él mismo desconocía, recordó lo que decían en su niñez del alquimista. Se creyó sujeto a las potencias del infierno, y palideció repentinamente. Esto fue motivo para que la enamorada reiterara su juramento, pero dos veces que lo hizo fue respondida por dos risotadas de su amante y dos ecos de las ruinas.

—Gran patraña debe de ser la tal historia—exclamó uno de los músicos—, ¡cuando nos emboca hasta los más secretos pensamientos de esos amancebados!

Sin hacer caso el del parche prosiguió su relación. El joven ciego no abandonaba su instrumento. Sus tocatas y el tono de voz del que contaba seguían una misma escala. Reinaba entre las dos voces cierta misteriosa comunicación, una inteligencia profunda.

Ya os he dicho cómo se libertó la cantatriz del violinista. Vino ella a Madrid con su hija. Pero ya las pasiones la habían desfigurado, y había perdido la voz y el cabello. Sin colocación, y abandonada por el vicio mismo, pasó sus últimos años en un miserable tugurio con su hija, que era su único consuelo, sin un pobre perro que cuidara de calentar su lecho cuando la hermosa niña cuidaba la casa, sin la menor noticia del paradero de su primer hijo. Porque su tío, a quien estaba confiado, había ya fallecido. Educose el joven con esmero en la música y en la pintura, aunque se cuenta que nunca supo hacer una Madona. ¿Eh, señorito?—volvió la vista al ciego, el cual al oír esta interpelación y las últimas palabras de la historia suspendió su tocata, y se estremeció palideciendo de repente. Todos se miraron unos a otros.

—No es nada, proseguid tocando—pero la relación era de gran interés para que el joven no la escuchara con todos su cuatro sentidos. El otro continuó:

Llegaba su hora a la miserable cantatriz, pero ¿cómo había de morir sin auxilios? Vino, pues, a agonizarla el tonsurado del otro mundo. El diablo le concedió un cuerpo que había servido ya para otras apariciones y que estaba arrinconado en un rincón del infierno, y además 3 años de término sobre la tierra. No olviden ustedes que falta ya poco para cumplirse el plazo. Las particularidades de su viaje subterráneo no merecen referirse. Murió pues aquella miserable prostituida, dejando a su hija en manos del abate Ya...¡ha! ¡ha! ¡ha! — interrumpió el nombre con una risa cascada parecida al crujido de una carreta — y con el sentimiento cruel de ver en sus últimos momentos al hijo, que para mayor tormento la desconocía, sin poderle decir, «yo soy tu madre».

Dejó el ciego caer su violín sobre las rodillas, y entreabriendo sus ojos blancos como dos granizos, le gritó lleno de espanto:

—¡Quién es Usted, miserable!!

—Yo soy—respondió con calma el del parche—, uno a quien no le interesa a Usted por ahora conocer. Trabaje por el alma de su padre.

Con admiración de todos volvió el ciego a colocar entre la barba y el hombro su Amatus, mientras el del parche concluía su historia.

—Hace hoy tres años justos que murió aquella mujer. Su hijo, que tenía ya 20 años, se enamoró entonces sin saberlo de su misma hermana. Pero merced a la venta que

al cabo de algún tiempo hizo el abate Yago de la trenza de oro a cierto perdido llamado....no importa su nombre, no tuvo lugar el incesto.

Detúvose un momento y miró al ciego con recelo, pero tocaba entonces éste como poseído de un espantoso frenesí.

Su cuerpo temblaba, las venas de su frente se hincharon, formaba con su violín una misma esencia, terrible, fantasmagórica, ideal. Era un hombre envuelto en un remolino, el vértigo rodando con el espanto, un energúmeno, en espíritu conjurado por un exorcista. Ráfagas de luz corrieron por lo largo de su arco. El del parche estaba inquieto, miraba al tocador con terrorífico semblante, mordía sus labios y suspendía su historia como para dar tiempo al joven. Al fin sacó de su faltriquera un librito negro de escabrosa y ardiente superficie, y apuntó en él catorce rayas blancas, todo era enigmático y aterrador.

—Como os iba diciendo: al amanecer del tercer día de máscaras, había el libertino dejado en el lecho durmiendo y con el cabello tendido a la niña de la trenza de oro. Echose Yago a su lado para reposar. Despertó ella, mas no sé de qué diablos tuvo tal miedo, que saltando al suelo salió asustada de la alcoba, y juntado sus vidrieras las mantuvo cerradas con toda su fuerza para ponerse en salvo del abate, mientras con los ojos desencajados gritaba pidiendo socorro. Pero las miradas de Yago Yasck son como el aliento del caimán. La pobre niña sacó la cabeza, sus cabellos resplandecientes formaron una aureola de luz en su contorno. Juntáronse las puertas y quedó ahogada entre ellas. No piensen Ustedes que Yago tuviese la menor parte en esta funeraria escena. Lo único que hizo fue colocar el cadáver aun palpitante a la parte de adentro de la alcoba, en cuya operación pudo muy bien haberse manchado de sangre. — Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una frialdad singular, y acompañadas de una mirada escudriñadora hacia el joven ciego.

—¿Cómo se llamaba aquella niña?—preguntaron todos a un tiempo.

Esa niña—respondió el del parche—, se llamaba la trenza de oro en las máscaras, y Ángela en su casa.

Arrojóse el ciego a él como un tigre.

—¡Yago!!—gritó con tan terrífica voz que parecía haberle saltado el pulmón a la garganta.

—Sí, ¡Yago soy!! Y Ángela era hija de tu madre, ¡pero no era hija mía como tú!!—exclamó el abate abrazándose a su hijo.

Cayó Jenaro en tierra sin sentido. Sacó Yago su negra cartera, arrojola al suelo, y paseando por el cuerpo del joven una espantosa mirada de cariño

—Muchos méritos me faltan todavía—exclamó—, ¡no me alcanzarás nunca el cielo!! ¡Pero te he apartado del incesto!!

Sonó un reloj de iglesia las nueve, con una vibración tan penetrante que parecía colocada su campana sobre el techo de la habitación. Retembló la pieza. Siguiose un zumbido prolongado que iba en aumento. Abriéronse las puertas de la alcoba y se apareció la fantasma. Arrojaba su cabello llamas, que alumbraban su rostro acardenalado y las llagas aun recientes de la garganta. Al resplandor del espíritu, entreabrió Jenaro sus ojos sin pupilas. Desaparecieron los músicos como un puñado de pajas al aliento de la tempestad, y abriéndose en el piso un tenebroso abismo, hundiose en él el abate después de

haber tomado la figura de un joven de veinte y ocho años, difunto, con el rostro descolorido y ensangrentado, y abierta la boca lívida y sin lengua.

El término había pasado. El fuego reclamaba su presa.

XI

La casa fue demolida.

Jenaro vivió algunos años cubierto de miseria.

En cuanto al buen Cirilo, mucha impresión debió de hacerle la cabeza de las greñas. Al amanecer del día siguiente a aquella noche fatal lo encontraron tendido de bruces en el salón del Prado, y al levantarlo no quería abrir los ojos, y preguntaba «¿Se ha marchado ya?».

En el día no sabe salir de la sacristía de la parroquia, donde pasa su vida sentado como un archipámpano en uno de aquellos oscuros bancos de cajón, y los monaguillos juegan con él como con un mentecato, le tiran de las orejas, y le hacen repetir este cuento muy a menudo.

1534

Jacinto de Salas y Quiroga

El Artista. 10 de marzo de 1836. Tomo 3. Pp 117-118.

Por los años de gracia 1534, había en la noble ciudad de Palencia, una plaza que se llamaba del Azafranal, y en esta plaza había una iglesia y en esta iglesia una estatua que se llamaba Nuestra Señora de los Afligidos. Acaeció que la noche de uno de los primeros días del mes de agosto fuese fría y destemplada, y que soplase el viento con tanta furia y horror como si en diciembre se estuviera; acaeció también que hacia las doce de la noche, dos hombres, muy embozados en sus largas capas, estaban recostados a las paredes de la iglesia y tan inmóviles estaban que parecían un adorno del gótico edificio lo que, en verdad, era curioso de ver.

Aunque la noche estaba oscura no lo estaba tal vez bastante al gusto y buen deseo de los incógnitos, sobre todo del más alto, que solía decir en muy baja voz a su inmóvil compañero:

—¡Lo que tarda el sacristán! Alarcón, si acierta a pasar alguien por aquí y nos conoce, ¿qué será de mi honra?

Cinco minutos después de dicho esto la última vez, se acercó con paso muy lento y al parecer temeroso a los dos bultos un nuevo bulto de mas tosca apariencia, y dijo con voz confusa: «San Antonio» y el mas alto de los que esperaban le contestó: «Santa María». Dicho lo cual, el último llegado se acercó a las puertas del templo, y con tino y recelo las abrió, mirando a todos lados por si alguien acechaba. Después que hubo abierto, los tres entraron y cerraron de nuevo la puerta, aunque no con llave.

Acaeció también que un honrado hidalgo del regimiento de S. M., que de llegar acababa de Dueñas, donde estaba hospedado el Consejo Real y de la Inquisición, tenía su morada enfrente al susodicho templo; acaeció que no dormía a aquellas horas, y como en el silencio de la noche oyese abrir las puertas de la iglesia, se puso a acechar por si algo descubrir podía; y después que vio lo que hemos narrado y algo de lo que a narrar vamos, fuese a avisar a Juan de Nevares, que era alcalde aquel año, para que sorprendiese a los que él tenia por malhechores y diese cuenta de todo al señor Emperador que, por temor de la peste, se hallaba a la sazón en aquella ciudad.

Por el un extremo de la plaza del Azafranal entraron con paso bastante acelerado dos hombres, llevando un bulto con cuidado sumo; iban detrás otros dos hombres, de quienes el lento andar manifestaba la tristeza y dolor. Todos cuatro, que iban muy embozados, llegaron a la iglesia, empujaron la puerta, y al verse dentro la cerraron con llave y cerrojos, y he aquí lo que allí pasó.

Enfrente del altar de Nuestra Señora de los Afligidos había una mesa cubierta de negro, y encima de ella se colocó el bulto que los dos hombres llevaban y ese bulto era.... el cadáver de una mujer joven y hermosa. Su rostro estaba descubierto, y uno de los últimos llegados, mozo de más de treinta años, miraba sus cárdenos labios y desencajado rostro con el ansia de la desesperación. Dos hombres, entretanto, abrían un sepulcro y otro que era preste y tenía estola al cuello, leía con gran devoción oraciones que debían

ser descargo a los pecados de la muerta. El infeliz doliente a cada instante se enternecía más, hasta que al fin prorrumpió en amargos lloros. El preste permanecía sereno, y cuando hubo concluido sus plegarias, hizo señas para que arrojasen el cadáver a la huesa. Entonces fue cuando, levantándose de repente, el afligido amante o esposo se arrojó al cuello de la difunta sin quererse apartar de ella, vertiendo copiosas lágrimas. Nadie se atrevió a separarlo de allí; sólo el preste, que llevaba hábitos morados y cruz de brillantes, se acercó y le dijo con serenidad:

—Dios es el rey de los reyes

Agarró el cadáver y le echó en el hoyo.

—Requiescat in pace—dijo, y cubrió su rostro con tierra.

En la misma capilla había una pila de bautizar. Todos se acercaron a ella. Uno de los acompañantes sacó de debajo de su capa una niña medio muerta, y el preste arrojó sobre ella agua, sal y bendiciones, y después dijo al afligido mancebo:

—¿Cómo se ha de llamar?....

—Juana, como su abuela—contestó el otro.

Y el de los hábitos morados puso por nombre Juana a la criatura.

Después se fueron todos a las gracias del altar de nuestra Señora, y el sacerdote les echó la bendición. Levantáronse en seguida, y se dirigieron a la puerta por donde habían entrado. Abrióla el sacristán y al querer salir todos, gritó una voz harto conocida: «¡Alto ahí!».... y muchos ballesteros se pusieron delante.

Entonces el que había llorado en el templo dijo:

—¡Qué venga a mí Juan de Nevares!

Y Juan de Nevares, que era quien hablado había, se le acercó. Desembozóse el mancebo, y le preguntó:

—¿Me conocéis?

A lo cual respondió el Alcalde:

—¡Dios mío !.... ¡El Sr. Emperador!

—¡Silencio!—dijo el otro hombre, y desapareció con los suyos.

Poco después fue presentado a su santidad para el arzobispado de Santiago, Don Pedro Sarmiento, obispo de Palencia que fue quien absolvió al alcalde Ronquillo, el que dio garrote al buen Acuña, obispo de Zamora; pocos días después, Juan de Nevares subía la cuesta de Dueñas honrado con el título de familiar de la santa Inquisición; pocos días después Don Juan de Guevara y Camargo tuvo que ir a Paredes de Nava donde estaban los Embajadores; pocos días después, Don Fernando de Alarcon fue a Becerril de Campos donde estaba aposentado el consejo de Hacienda y de la Emperatriz...

¡Y no muchos años más tarde se reunieron otra vez todos en el infierno!

El torrente de Blanca

José Augusto de Ochoa

El Artista. 24 de marzo de 1836. Tomo 2. Pp 127—132

I

En uno de los hermosos días de la primavera en que el sol puro y claro destellaba sobre la tierra sus ardientes rayos, en la hora de las diez de la mañana, salieron del Castillo de Puerto-Alto dos hombres, el uno armado de punta en blanco, y el otro con vestido corto y muy bien prendido. Adornaba al primero una rica armadura de acero bruñido, recargada de afiligranados adornos de oro y plata; llevaba además el casco sombreado con blancas plumas, y ceñía su cuerpo un rico cinturón del que pendían la espada y el puñal. Su compañero vestía el traje corto usado en tiempo de paz; el color era pardo claro, pero todo él galoneado de oro y forrado en rico raso blanco. Ambos jóvenes, nobles, airosos y de la más esclarecida nobleza española, eran el adorno de la corte de Castilla y el terror de los vecinos moros de Granada. Amigos inseparables desde la niñez, llegaron casi al mismo tiempo al grado de capitanes en los ejércitos y fueron armados caballeros el mismo día, por la heroica toma de Jaén, en que se distinguieron siendo donceles del Rey. Calzóles la espuela de oro la hermosa Blanca de Almodovar.

Empero el carácter de ambos jóvenes era enteramente opuesto. Don Alfonso (el armado) era de un genio altivo, orgulloso, de un carácter fuerte, incapaz de ceder una vez declarado su modo de pensar; despótico, iracundo y no permitiendo ninguna clase de competencia, ni aun en la cosa más trivial.

Don Enrique, de un carácter de todo punto distinto, unía a una suavidad casi femenil en la voz, un corazón de los más abiertos a las sensaciones de la compasión y de la piedad. Su carácter débil cedía con suma facilidad a todos los demás pareceres, y si algunas veces disputaba o contradecía era como un rayo de sol que despunta en un día oscuro y nebuloso, y que desaparece al momento.

Estos dos amigos, a pesar de la diversidad de sus genios tan difíciles de unir, habían vivido hasta entonces con la mayor armonía, pero un solo acontecimiento los había hecho enemigos irreconciliables. Amaban ambos a la mima mujer, a la hermosa Blanca de Almodóvar. Don Alfonso, con la pasión más impetuosa, y Don Enrique con el amor sereno, pero fuerte que le ocasionaba la fija creencia de que era su felicidad la que defendía en su pasión.

En disposiciones nada apacibles salían del Castillo de Puerto-Alto; Don Enrique contestaba a las fogosas expresiones de su amigo, mesurado, pero con entereza.

—Yo la amo lo mismo que tú, Alfonso, y no cederé a nadie e el derecho que heredé de la naturaleza para poder entregar libremente mi corazón a quien se me antoje. Si fuera una cosa indiferente, un simple capricho, ya sabes que te amo demasiado para negarme a darte gusto.

—Pues yo la amo también, y quiero absolutamente que sea mía Blanca de Almodóvar, y si otro que tú se hubiese atrevido a ser mi rival, toda su sangre derramada no bastaría para lavar este ultraje.

—¡Ultraje! ¿Acaso lo es el amar a una mujer que tú encuentras hermosa?

—Si lo es. Pero ya sabes que nunca admití competidor en nada, y mucho menos le admitiré en amor. Enrique, conoces mi carácter, sabes que naturalmente soy violento y este paso que doy, viniendo a buscarte para advertirte que yo amo a Blanca, debe convencerte de que tu persona es la segunda cosa que amo más en el mundo, y que no deseo que nuestra antigua amistad se altere. Vengo a decirte que renuncies a ella.

—¡Qué renuncie a ella!—respondió Enrique separándose dos pasos de Alfonso, y mirándole con atención—¿Es posible qué te hayas atrevido a hacerme el ultraje de juzgarme tan cobarde, que sólo porque tú lo mandas renuncie a mi felicidad? No lo creas; soy fácil en ceder, porque mi carácter y mi natural bondadoso lo exigen así muchas veces; pero aun cuando no estuviera mi corazón apasionado, solo tu tono altivo bastaría para obligarme a sostener mi modo de pensar.

En tanto Alfonso rechinaba los dientes y daba muestras del mayor despecho: detúvose un momento, miró al lado en que se descubrían por cima de los árboles las torres del Alcázar de Blanca, y volviéndose de repente a su rival:

—Enrique—le dijo cogiéndole la mano y apretándosela con violencia—, ¡Dios te libre de que te encuentre en los Pinares de Blanca! ¡Adiós!

Bajó dos o tres revueltas de la sierra y se perdió pronto de vista en medio de las sinuosidades de Puerto-Alto.

Pensativo por demás quedó Enrique después de las últimas palabras que pronunciara Alfonso. Amábale por costumbre, y sentía en extremo que una pasión les hubiese desunido hasta tal punto. Al mismo tiempo veía con dolor y cólera el tono áspero y duro con que Alfonso se había atrevido a mandarle que abandonase su pasión a la única mujer que amó en cl mundo, primer amor tan fuerte en la juventud y tan ardiente aun en la pacífica cabeza del joven de Puerto—Alto, que llegó a trastornarle tanto que le sacó de su ser y mudó también su carácter. Resuelto a despreciar las atrvidas amenazas de Alfonso se encaminó silencioso, pensativo y cabizbajo a su castillo.

II

En medio de unas altas montañas, distante una legua de Puerto-Alto y en el país de las ardientes pasiones, se elevaba una torre de forma cuadrada de la más remota antigüedad Esta torre solitaria, colocada en la parte más alta del monte y en medio de un oscurísimo pinar nacido entre. enormes peñascos y profundos precipicios, servia de asilo a la inocencia.

Blanca de Almodóvar, hija del capitán Rogerio, vivía en una torre desde su más. tierna infancia. Inocente y pura cual la flor del campo habla pasado sus primeros años ignorando hasta la existencia de los demás hombres y si el Rey no hubiese mandado a su padre presentarse en la corte, acaso siempre lo hubiera ignorado. Aquel conjunto de lujo y de movimiento, que vio por la vez primera, la deslumbró y hasta la asustó, pero su cora-

zón volvió a su albergue con la misma paz que antes tenia, y visitó su antigua morada con alegría después de una ausencia de un mes.

Acostumbraba a perderse en aquellos espesos bosques con el arco en la espalda, corría y atravesaba los hondos precipicios con la ligereza del gamo perseguido por los cazadores. Nunca había oído la voz de los hombres en aquellos desiertos lugares, y solo sí los aullidos de los osos y de los lobos, el ruido desapacible del bullicioso torrente, los bramidos del huracán, y la naturaleza segun el Hacedor la creó. Por eso su carácter y sus modales se resentían demasiado del selvático aspecto de los sitios que habitaba.

Blanca en medio de las sierras, era feliz y hacia la desdicha de los dos jóvenes más brillantes y espléndidos de la corte. En vano la naturaleza la había dotado de una hermosura sin igual, en vano algunas veces su corazón palpitaba con un sentimiento desconocido bajo la blanca túnica de lana que la cubría. Hija de los bosques, su corazón se repartía entre tres seres, su Dios, su padre y Gazul, perro mastín de enormes dimensiones y cuya lealtad no le permitía separarse un punto de ella.

Era aquella mujer para su padre lo único que podía hacerle llevar con resignación la vida triste y monótona que pasaba en su torre solitaria, desde el momento en que perdió a su desgraciada esposa, comida de lobos en una cacería, segun aseguraban los hombres de armas y criados que la acompañaron aquel día fatal.

Desde entonces, olvidó Rogerio la corte, su alegría le abandonó, y hasta sus perros y su caballo fueron desechados con desprecio cuando se los presentaban para animarle a su diversión favorita. La tristeza más profunda se había apoderado de él; permanecía horas enteras sentado en su silla al lado de su anchísima chimenea con las manos cruzadas sobre las piernas, y entonces nadie osaba interrumpirlo en sus meditaciones, pues su cólera era tan terrible como las furias del torrente engrosado por una copiosa lluvia. Sólo su Blanca, la hija de su corazón, era la que hacia desaparecer las arrugas de su frente, y asomarse a sus labios una melancólica sonrisa.

Una tarde en que Blanca había salido, como otras muchas, a su paseo por los intrincados senderos del monte, la vieron volver corriendo y con muestras del mayor asombro. Traía el cabello tendido, el rostro cubierto del carmín más vivo, y el arco en la mano.

Aquella venida tan precipitada y con apariencias tan siniestras, puso a los criados en el mayor desorden y sacó al anciano de su natural apatía; preguntola éste cual era la causa que motivaba aquella huida, pero tan conmovida estaba la niña que solo pudo responder a la multitud de preguntas que la dirigía Rogerio estas palabras.

—¡Al monte... Al monte... Un hombre... Gazul!

Su padre tomó al momento sus armas, y seguido de dos hombres y guiado por Gazul salió de la torre dirigiéndose hacia la parte baja del monte, a donde les conducía el perro saltando delante de él y dando de cuando en cuando tristes aullidos. Llegados que fueron al lado de un torrente que aun hoy día se despeña desde lo alto del cerro, el guía Gazul desapareció de repente. Llámole Rogerio varias veces, pero el ruido de la inmensa catarata dominaba demasiado su voz para dejarse oír. Desesperado ya después de un cuarto de hora de inquietud, iba por sí mismo a hacer indagaciones y a separarse del lugar en que se hallaban, cuando el fiel martín se apareció otra vez, rabo entre piernas y el hocico teñido de sangre. Mándole su amo andar, y el perro obediente les dirigió a un espeso

matorral; al llegar a él dió un aullido triste y doloroso. Rogiero y los dos criados avanzaron en el espeso bosquecillo y vieron a un hombre vestido con suma elegancia, tendido en el suelo y atravesado el hombro izquierdo con una flecha. La mucha sangre que le rodeaba y el color pálido de su rostro, daban indicios de que la muerte había arrebatado a este joven que revelaba por sus vestidos ser de ilustre nacimiento. Helados de pavor, Rogerio y sus dos compañeros permanecieron un momento sin atreverse a acercarse al infeliz, que tal vez en aquel momento exhalaba el último suspiro.

—Por San Juan, Señor—dijo uno de los criados acercándose al tendido—, que este hombre da señales de vida, y seria muy cruel abandonarle en este estado, mucho más cuando según las señas de la flecha le hirió doña Blanca.

—¡Cruel sería!—respondió Rogerio dando un suspiro—, ¿más sabes tú si lo merece o no ?

Nada contestó el criado a esta pregunta de su amo; pero el otro que hasta entonces no desplegara sus labios:

—En salvarle la vida, si es posible, nada se pierde—dijo—, porque si faltó o atropelló en lo más mínimo el honor de Doña Blanca, no nos falta en la torre una buena cuerda de cáñamo con que castigarle. Tal vez puede ser también...

—No prosigas—interrumpió el amo—. Cargad con él y traedlo a la torre.

Rogerio, después de estas palabras, tomó con paso precipitado el camino que más pronto conducía a su castillo Apenas entró cuando se dirigió al cuarto de su hija.

—Blanca—la dijo—, he encontrado al hombre que tú decías ¿Qué te ha hecho?

—¿Le habeis matado?—preguntó con ojos centelleantes de duda y de temor.

—Ya estaba casi muerto

—¿Y donde está?

—Pronto llegará a la torre.

—¿Por qué lo habéis salvado? Es un hombre, padre mío, que...

—¿Qué? Sepamos.

—Que se atrevió a sorprenderme en el lado del torrente. Eché a huir, y me siguió. Le hice señal con mi arco para que se detuviera, despreció mi seña, despreció mi amenaza, y le disparé una flecha que sin duda le hirió.

—¿Y es eso todo?

—Todo.

—¡Dios mí! ¡Siempre violencias en estas pacíficas montañas! ¡Y tú, hija mía, sólo porque un hombre te quiere hablar, o tal vez implorar tu socorro por haberse extraviado en estas negras espesuras, te atreves a dar fin a sus días!. ¡Desgraciada Elvira! Si vivieras, enseñarías sin duda a tu hija a tener tu dulzura, tu amable sonrisa y dejaría de ser, a tu lado, tan feroz como las breñas en que se ha criado.

—Padre mío...

—Basta,—interrumpió su padre con imponente gesto—, es preciso curar a ese extranjero, es preciso salvarle. ¿Has oído?

III

Tres meses hacia que Don Enrique estaba en la torre solitaria de Rogerio. Sano ya de su peligrosa herida, gracias al cuidado de la hermosa Blanca había salido de las puertas del sepulcro como milagrosamente. La pasión que profesaba a aquella mujer se había aumentado hasta un punto extraordinario, y el peligro en que se vio su vida por ella había dulcificado infinito el carácter de Blanca. El espacio de tres meses pasados casi continuamente a su cabecera y el remordimiento que sentía en su interior por ser la causa de los padecimientos de Don Enrique, habíanla inspirado hacia este joven sentimientos desconocidos hasta entonces en su alma; y solo faltaba para que el doncel bendijese su herida, que una circunstancia cualquiera obligase a la inocente Blanca a decirle que le amaba. Esta circunstancia se presentó: anunció Don Enrique que se marchaba del castillo. Recibió el Castellano esta noticia con su apatía ordinaria, pero Blanca lloró al separarse de él, y le obligó a que la prometiera que no tardaría en volver.

Vuelto a su castillo de Puerto-Alto, lleno con su larga ausencia de desorden y confusión, satisfizo a todas las preguntas que le hicieron sus parientes, si bien procurando no comprometer el secreto de su corazón. Más no le fue igualmente fácil libertarse de su antagonista Don Alfonso, que separándole de los demás importunos:

—Enrique—le dijo—, yo sé donde has estado.

—¡Tú! No puede ser.

—Lo sé pero quiero que lo digas.

—Si lo sabes, sea en buen hora. Pero yo no tengo necesidad de dar cuenta de mi conducta a nadie.

—Ese mismo empeño que pones en ocultarlo, tan ajeno de tu carácter, me lo haría sospechar si no lo supiera.

—Sospecha cuanto te diere la gana; pero la verdad es que estuve en una gran cacería, que me rompí una pierna que he estado curándome....

—¡Muy pronto la curaste, por Dios!

—Tres meses me costó de cama.

—Nunca mentiste, Enrique ¿Por qué lo haces ahora?. Te probaré que las dos cosas que has dicho son enteramente falsas. A una gran cacería nunca va un señor castellano como tú, sin gran acompañamiento de criados y palafreneros, y tú fuiste solo, enteramente solo, y siendo falsa la cacería, no me queda duda de que lo de la pierna lo sea también.

—Bien; creerás todo lo que quieras, nada puedo añadir si no me crees. Adiós.

—Nunca pensé que un noble, y mucho menos un caballero, se envileciera hasta el extremo de mentir—dijo Don Alfonso deteniéndole por el brazo—. Sé donde has estado, lo sé. Has estado en la torre de Rogerio de Almodóvar.

—¿Y qué te importa mi conducta? ¿Estoy acaso obligado a darte parte de mis acciones? Me parece que nuestra amistad...

—Se acabó—dijo Don Alfonso frunciendo las cejas—, te has hecho indigno de ella, Has mentido.

—¡Mentir!

—Escucha, todavía no he concluido y no debes olvidar que yo amo a Blanca, y que...

—Yo la amo también—interrumpió Enrique.

—Entonces, caballero, uno de los dos tiene que dejar de existir. ¿Entiendes? Y a pesar de que un hombre que miente es indigno de medir su acero con el mío... Ya me entiendes.

—Si te entiendo; pero yo no mediré mi acero con el tuvo.

—¿Serás también cobarde?

—Insulto es ése que si otro que tú le dijera le costarla la vida, pero tu sabes que no he dado en las muchas ocasiones que se han presentado, ningún motivo de duda sobre este asunto. Escucha, Don Alfonso, voy a hablarte con toda la ingenuidad de mi corazón. Si quisiera engañarte te diría que ya estaba olvidado de la hermosa Blanca; pero con mi franqueza natural te diré que la amo con delirio y que una mansión de tres meses en su alcázar...

—¡Tres meses!

—No me interrumpas. Una herida peligrosa me obligó a entrar en su torre y hoy he salido de ella. Si antes la amaba, ahora la adoro, y de ningún modo consentiré en desistir de mi empeño. Pero no son las armas las que han de decidir esta cuestión. Criado contigo como hermano desde mi más tierna infancia, te profeso el cariño de tal, y me seria triste, doloroso y hasta imposible el derramar tu sangre. Voy a proponerte un medio más seguro y que no pueda desunirnos para siempre; tu verás si debes aceptar.

—Di, veamos—dijo Don Alfonso en voz balbuciente de furor.

—Tú y ya amamos a Blanca. Pues bien, iremos juntos a la torre de Rogerio, pedirémosla a su padre y que la misma hija de Almodóvar decida de nuestra suerte. ¿Te conviene? Sí te elige a ti, te prometo dejarte en paz sir feliz; y no poner ningún obstáculo a tu dicha. ¿ Prometes lo mismo?

—Sí. Mañana marcharemos. Adiós.

IV

Al día siguiente a las siete de la mañana se encaminaban a la torre de Almodóvar los dos amigos, seguidos de criados y escuderos. Al llegar a la fortaleza, fueron recibidos más bien como gente que viene a incomodar que no como huéspedes acogidos con gusto.

Después de los primeros cumplimientos de estilo, el joven Enrique suplicó a Rogerio que tuviese a bien escucharles a él y a su amigo un corto instante en secreto.

Accedió a ello el castellano y les llevó a la habitación en que solía posar las horas solitarias de su vida.

Tomó la palabra Don Enrique por él y por su amigo y le dijo:

—¿Conocéis, sin duda, nuestra clase y nuestro nacimiento?

—Si—contestó—, vuestro padre fue mi hermano de armas. Al padre de Don Alfonso también le conocí. Sé que sois nobles y ricos.

—En este supuesto, no tengo necesidad de decíroslo, más os quiero decir el motivo de nuestro viaje. Criados desde la infancia bajo un mismo techo, nos hemos amado

siempre cual si fuéramos hermanos y tal vez nos amáramos todavía sin la fatal circunstancia de que los dos adoramos con la pasión más viva a la hermosa Blanca. Otros en nuestro lugar hubieran ya derramado su sangre para quedar sin rival; pero nosotros hemos resuelto pediros su mano y que Blanca elija entre los dos el esposo que más sea de su gusto. Hemos jurado también respetar su elección

—Yo creo—respondió el padre—, que con no dársela a ninguno estaríais más en paz.

—Os engañáis—replicó Don Alfonso—. El único medio de salvarnos y de poneros al abrigo de nuestras tentativas será el que accedáis a la súplica de mi amigo.

—¿Os atreveríais acaso?

—Todo puede suceder—respondió Don Alfonso.

—Mancebo, sois por demás atrevido. Sin embargo, voy a ceder a vuestras súplicas: venid conmigo. Mas no, escuchad primero: yo amo a Blanca, como a la única persona que después de su madre supo inspirarme cariño; quiero que sea feliz, y quiero sobre todo no separarme de ella. Lo único que me une a la vida es ella; si faltase...

—Si consiente en elegir uno de los dos, viviréis en el castillo del dichoso—respondió Don Enrique.

—Ninguna objeción tengo ya que poner. Esperadme aquí. Yo hablaré a Blanca y diré sobre quien recae su elección.

Salió entonces Rogerio y varias veces procuró Don Enrique dirigir la palabra a su amigo; pero no recibió ninguna respuesta y si muy adustas miradas.

Poco despues entró Blanca acompañada de su padre.

—Señores—dijo—, Blanca eligió ya. A ambos os aprecia y agradece el afecto que la profesáis, pero su corazón se decide por Don Enrique de Castilla.

—¡Ah! ¡Dios mío!—dijo Alfonso, exhalando un ronco suspiro, y poniéndose pálido corno la muerte, mientras Don Enrique, acercándose a Blanca, le daba las gracias y la juraba un eterno amor.

Mas reprimiendo de repente su abatimiento el impetuoso Alfonso se precipitó hacia Blanca, y separándola bruscamente de su rival:

—¡Blanca!—la dijo con ojos centelleantes de cólera y con voz balbuciente—. ¿Es cierto que amáis a Don Enrique?

—¡Pues no ha de serlo!—respondió con candor—. Si no le hubiera conocido tal vez os prefiriera, pero...

—¡Si no lo hubiera conocido!¡Falso, engañador, yo...!

No dijo más, reprimióse al punto y solo dejó ver en su rostro el despecho y el dolor.

V

Quince días después de esta escena, salían de la capilla de la torre los dos felices esposos, seguidos de Don Alfonso, de Rogerio y de muchos nobles y principales caballeros. Celebraron las bodas con suntuosa y abundante comida en que el Castellano de Almodóvar salió de sui estado natural, brindando muchas veces y procurando alegrar la compañía con mil graciosos decires y continuas libaciones.

Concluida la comida, todos hicieron sus preparativos para una gran cacería, con que quiso obsequiarles el señor del castillo.

Estaba el cielo oscuro; una niebla bastante espesa principiaba a esparcirse por cima de los montes y a caer sobre la tierra, y todo por fin presagiaba que la caza no podría ser muy agradable a causa del frío y de la humedad.

Con todo, calientes las cabezas por los vapores del vino, salieron a perseguir las fieras de los espesos pinares de la dependencia de Almodóvar.

Los últimos que se disponían a salir eran los nuevos esposos. Rogerio los detuvo:

—Hijos míos—les dijo—, no os separéis de los cazadores ni un momento; el cielo está oscuro, la niebla es espesa. ¡Podría sucederos alguna desgracia!

Algunos gritos de impaciencia se dejaron oír en la plataforma de la torre, entre los cuales resonaba la voz de Don Alfonso. Salieron inmediatamente y principió la caza con el ardor y el bullicio que siempre acompañan a esta estrepitosa diversión. Después de varias horas de carrera detuvo por fin el paso Don Enrique, y olvidando los consejos de su padre, se apartó con Blanca poco a poco de la bulliciosa comitiva y fue dirigiéndose hacia el matorral en que fue herido por la flecha de Blanca. Su hermosa compañera estaba pálida y débil y no quería entrar en él por el fatal recuerdo que hacía de este sitio, y le suplicó que se dirigiesen al torrente. Complaciola al instante su amado, y entretenidos en dulces pláticas llegaron al borde de la espumosa catarata que en aquel lugar se despeña de más de veinte pies de altura.

—Enrique, si quisieras darme gusto nos reuniríamos a los cazadores. ¡Nuestro padre nos lo recomendó con tanto empeño!

—¿Que puedes temer a mi lado?

—Nada. Pero, que sé yo... Tiemblo sin saber por que. Estas aguas, este cielo oscuro, esta niebla, me presagian...

—No te asustes; nada temas, yo estoy aquí.

—Mi padre me dijo que no me separara de tu lado. Además Enrique—dijo asiéndole del brazo—, tu amigo Don Alfonso.

—¿Qué? ¿Te ha dicho algo?

—No, ¡pero tiene un ademán siniestro! Le he visto no separarse de nosotros ni un instante y ¿quién sabe?... Mira, no quisiera ofenderte, pero le tengo miedo.

—Aleja de ti esa idea, Blanca. Don Alfonso es caballero, es mi amigo, es mi hermano, y si te amó, ya. sin duda lo ha olvidado.

—Volvamos, esposo mío, volvamos a la torre. La niebla se espesa cada vez más, la noche cae, y ya principia a llover. Dame ese gusto.

—No tiembles, Blanca mía. Apóyate en mí que yo te. Sostendré. Disipa esos vanos temores y nada temas mientras yo esté a tu lado.

En aquel momento se apareció Don Alfonso.

—Buscándoos venia. Nos habéis afligido con vuestra ausencia. Tiempo tendréis para estar juntos—añadió con una sonrisa sardónica.

Blanca se estremeció.

Estaban entonces vueltos de cara hacia el torrente:

Don Alfonso se acercó a su amigo.

—Hoy es día de San Lorenzo. —En este día naciste, Enrique ¿Te acuerdas?

—Muchas veces me lo han dicho.

—Si, hoy es el día de tu cumpleaños, y en estos últimos, cuantas veces has agriado tú mi existencia con traiciones y mentiras, y sobre todo con haberme arrebatado lo único que amaba en este mundo, lo único que pudiera hacerme feliz. ¡Desgraciado! Tú has emponzoñado mi existencia.

Mientras decía estas palabras, desenvainaba con la mano derecha el puñal que pendía de su cintura.

—Tú has sido para mí un genio de maldición. Tú has sido mi mayor enemigo: una víbora que yo abrigaba en mi seno, y que sólo esperaba el momento favorable para morderme, envenenarme y acabar conmigo. ¡Desgraciado!

Don Alfonso, fuera de sí, blandía el puñal sobre la cabeza de Enrique.

—Esta niebla—continuó—, esta oscuridad deben presagiarte tu muerte. Es preciso que mueras para que pueda yo ser feliz.

En el momento en que ciego de rabia, los ojos desencajados y arrojando espuma por la boca, iba a descargar el golpe fatal, una flecha le hirió en el costado derecho. Volvió de repente la cabeza, y sintiéndose desfallecer y escurrírsele los pies hacia el torrente.

—¡Maldición de Dios!—gritó—. ¡Morirás conmigo! ¡No gozarás de ella!

Y al dejarse caer, se agarró furioso a Enrique, que sobre un terreno en declive y húmedo por la niebla no pudo sostenerse. Blanca, apoyada en su brazo y casi desmayada a vista de la horrible escena que acababa de presenciar, se dejó arrastrar con él. Los tres cayeron, y las aguas se los llevaron en su seno....

Ese fue el lecho nupcial de Blanca de Almodóvar y de Don Enrique de Castilla.

Rogerio fue el que disparó la flecha.

VI

Todavía refieren este suceso los habitantes de las miserables cabañas que existen en aquel monte. Aseguran que en cl día de San Lorenzo, en los primeros minutos de todas las horas del día, se ve en medio de las aguas la sombra de una mujer, vestida de blanco y tendida la negra cabellera. Pero en las horas de la noche, no solo es más visible esta sombra, sino que se oyen gritos y lastimeros ayes como de gente que se ahoga y pide socorro. Estos rumores, apoyados por una antigua tradición, hacen que los habitantes miren con el mayor respeto este sitio, y que no se acerquen a él sin hacer primero la señal de la cruz y encomendarse muy de veras al santo de su devoción. El despeñadero de que hemos hablado, es conocido vulgarmente con el nombre de torrente de Blanca, y de esta antigua leyenda trae su origen.

Un caso raro.

Eugenio de Ochoa

Semanario Pintoresco Español. 10 de abril de 1836. Tomo 1. Pp 20-21

Erase que se era... Pero empecemos de otro modo. Había aún no hace muchos años, en el reino de Jaén, una soberbia casa de campo, que ni podía llamarse castillo ni mucho menos granja. Era un término medio entre estas dos cosas. Es el cuento que en aquella casa de campo no habitaba alma viviente porque sucedía en ella un fenómeno sumamente particular que a todos tenía aterrados y confundidos. Entraba uno de noche en la tal casa con una vela apagada y al punto se encendía ella sola; entraba otro con una vela encendida e inmediatamente se apagaba. Y eso que no faltaba un vidrio en las ventanas ni había rendijas en la puerta por donde pudiese colarse el viento, ni causa alguna, en fin, al menos aparente, a que pudiera atribuirse aquella particularidad. Pero a pesar de todo, no hay más, sino que así sucedía y que a nadie se le alcanzaba el porqué, de modo que la maldita *casa del duende* era el bú de todas aquellas cercanías. Repetían la misma experiencia los doctos y los incrédulos y siempre resultaba la misma diablura: la vela apagada se encendía y la vela encendida se apagaba.

¿Ustedes no saben por que sucedía esa incongruencia? Pues yo se lo voy a decir.

Vivía en Jaén, allá en tiempos del rey que rabió, un tal Mateo Bergante, pero tan bergante él, que no había otro mayor en los reinos de la Andalucía. Este Mateo Bergante era pues un hijo de buena familia y de las más acomodadas del pueblo, un diablo como hasta de veinte años. Buen mozo, valentón y de aquellos que a los doce de su edad hacen novillos, a los quince trasnochan y a los dieciocho emigran de la casa paterna. Mateo se emancipó a los diecisiete, porque para todo era precoz el mozo, y se fue a probar fortuna por esos mundos de Dios. Durante un tiempo no le fue mal. Como era bien plantado y nada corto de genio, las señoras mujeres le tomaron bajo su protección inmediata y como él decía, *allí me las den todas*, y tenía razón. Luego él, como era tan malo naturalmente, si se le presentaba alguna ocasión de apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño, no la desperdiciaba y sabido es que éste es un medio muy expedito para no carecer de lo absolutamente necesario. Pero no era esto lo peor. Si algún caminante se encontraba al caer el crepúsculo de la tarde en algún despoblado con Mateo Bergante, sacaba el infeliz su rosario y encomendaba su alma a Dios en voz baja, pálido y desencajado, porque había oído decir a personas fidedignas que aquel hombre así respetaba la vida como la hacienda ajena. Pues, ¿y lo que hacía en la iglesia? En la iglesia, tal era su perversidad, casi nunca se le veía y aún entonces, mientras los demás rezaban y se daban golpes de pecho el hurtaba con disimulo los vasos sagrados en las capillas, interrumpía al predicador, soltaba una carcajada en medio de la misa y cometía toda clase de irreverencias.

Un día que cometió un delito muy escandaloso, de poco le valieron sus artimañas, prendiole la justicia y fue condenado a muerte.

El fraile dominico que debía prepararle a bien morir era un santo varón y que había leído muchos libros en latín y en otras lenguas y tanto se afanó que Mateo Bergante empezó seriamente a arrepentirse y a temer a la muerte, no tanto por ella misma como por lo que vendría detrás. Viéndole en tan buenas disposiciones dejole sólo el fraile para que meditara sobre la muerte y llorase sus pecados.

Pero apenas Mateo Bergante se quedó solo cuando empezó a pensar en cosas livianas y a olvidar todo lo que le había dicho el fraile. Sin embargo aún sentía alguna vez impulsos de arrepentimiento y ya estaba para ser bueno, ya pensaba en lo bien que le había ido siendo malo. Pero él, para colmo de iniquidad, vacilaba entre el vicio y la virtud y aún se inclinaba más al primero... En esto se abrió el calabozo y entro... ¿Quién dirán ustedes que entró? El mismo Satanás en persona. ¡Traía un olor de azufre! ¡Dios nos libre!

Clarito: el diablo, temiendo que se le escapara aquella alma pecadora trató de asegurarse de antemano y como los malos pronto se entienden al cabo de un cuarto de hora quedó hecho y firmado con sangre del brazo izquierdo de ambos, un contrato entre Mateo Bergante y el enemigo. Obligábanse por él las dos altas partes contratantes la segunda a satisfacer todos los deseos de la primera, cualesquiera que fuesen, durante dos años y la segunda a entregar su alma al diablo sin resistencia cumplido este plazo. Así separó Satanás del camino del cielo a una alma medio contrita y que hubiera podido salvarse. ¡Qué pícaro!!

Escribir todas las bellaquerías y enormidades que hizo Mateo Bergante en estos dos años fuera escribir la historia del hombre malo y así la pasaremos por alto. Pero al acabarse el plazo le entró un miedo terrible a las calderas de Pedro Botero y se retiró a una casa de campo que había hecho construir en su provincia, porque, aunque libertino y desalmado por demás, siempre le tiraba un poco el amor de la patria, como a todo hijo de vecino. En aquella casa, pues, la misma que aún no hace mucho tiempo se llamaba del duende vivía Mateo Bergante con un padre franciscano a quien había tonado en su compañía para que le desasnase en punto a moral y una buena mujer, que Gertrudis se llamaba, a cuyo cargo estaban la cocina y la bodega. A eso se reducía toda su servidumbre y cierto que no se podía abusar menos de la protección del señor diablo.

Sucedió que una noche, mientras estaban cebando y discurriendo Mateo y padre, subió Gertrudis de la bodega todo trémula y despavorida, diciendo que había visto entre dos cubas de aguardiente a un hombre con cuernos y rabo que precisamente debía ser el diablo y que se reía y que decía que tenia que hablar cuatro palabras al señor Mateo Bergante.

¡Pobre Mateo Bergante! Sacó su calendario, echó la cuenta y vio que se había cumplido el plazo. Pero como era valiente, hizo de tripas corazón, contó su cuita al fraile, apuró la copa que tenía en la mano y echó a andar.

—Para las ocasiones son los amigos—dijo el religioso—. Déjame coger el breviario por lo que pueda suceder y voy contigo.

Hízolo así, cogió la vela que ardía sobre la mesa cubrió su luz con la mano izquierda y se dirigieron juntos a la bodega, el fraile delante, Mateo detrás.

—¿Quién va? ¿Quién eres? ¡Venga Mateo Bergante!—dijo el diablo.

—Escucha—dijo el padre—, conozco la condiciones del contrato y vengo a pedirte un favor. Estamos allá arriba cenando como unos paganos, con que déjanos acabar. Apenas se consuma esta vela, Mateo Bergante jura que te entregará su alma.

—Consiento—dijo el diablo.

Al oír estas palabras dio un soplo a la vela el fraile, la envolvió en su rosario y echó a correr seguido de Bergante. El pobre diablo se quedó con medio palmo de narices.

Lanzó un grito lastimero y se hundió en los infiernos, rabo entre piernas, furioso y corrido de verse burlado cual otro chino.

Mateo Bergante guardó la vela como un tesoro y murió de puro viejo, llorado por sus amigos y sobre todo por los franciscanos a quienes amaba en extremo. Llamó su alma a las puertas del cielo, pero no quiso abrirle San Pedro porque realmente no lo merecía, mas como según lo tratado no pertenecía al diablo hasta que se consumiese la vela, volvió su alma a su casa a vigilar sobre el precioso talismán que le liberaba de los infiernos. Satanás, como es tan pillo, enciende todas las velas que halla en la casa, pero lo que decía el otro: a un gitano un soldado; si Satanás las enciende, Mateo Bergante, que se halla muy bien en este pícaro mundo va y la apaga y *colorín, colorao, mi cuento se ha acabao*.

El Marqués de Lombay

Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins

Semanario Pintoresco Español. 10 de julio de 1836. Tomo 1. Pp 121-125

1. Introducción

Vivía hacia mediados del siglo XVI en la corte de nuestra España, que lo era entonces Toledo, un caballero de tan principales prendas que, con ser aquella metrópoli cabeza del imperio más vasto que han conocido las hombres, y estar enseñoreada por un rey quizá el más poderoso que ha ocupado trono alguno en la tierra, con todo eso, no sólo se granjeaba el aprecio de los suyos, sino que era mirado por los extraños como uno de loa mejores ornamentos de nuestra nobleza, entonces galana, rica y prepotente.

Tan elevada era su cuna, que contaba entre sus más próximos ascendientes reyes y sumos pontífices, y que el monarca le llamaba no sólo con cortesía, sino con placer primo y condiscípulo, porque era su común abuelo el Rey Católico, y ambos habían aprendido juntos las matemáticas; pero con todo eso, ni se jactaba de su ilustre prosapia, ni era su alcurnia lo que más recomendaba su persona. Rayaba aperas en los veintinueve años, y una presencia gallarda y majestuosa, un continente dulce, un aire gentil, eran dotes exteriores que realzaban más las muchas que adornaban su entendimiento y su corazón; valeroso sin arrogancia, discreto sin vanagloria, y tan francamente piadoso, que a veces era objeto de risa entre sus colegas.

Una sola pasión pudo deslizarse en su pecho entre el ascetismo religioso y el respeto cortesano. Una sola, aquella que penetra igualmente en el palacio del monarca que en la celda del anacoreta: el amor, y aun éste entró tan de callado y con tan honestas formas en el pecho del Marqués, que ni él mismo pudo apercibirse a combatirlo. Empero, como los espíritus elevados no pueden dirigir sus miras sino a objetos elevados también, he aquí que nuestro héroe puso sin advertirlo las suyas en la más cumplida dama de toda la corte, en la propia Reina.

Tenía lugar de contemplarla a menudo porque desempeñaba uno de los principales empleos de su servicio, y ni la veía ni la hablaba vez alguna que no ponderase en su interior la virtud y el talento de su señora. «Es la más cristiana de todas las reinas», decía para si; y cuando su lengua repetía: «es la mas cristiana», su corazón entendía «es la mis hermosa». Algunas veces, a pesar de que no era inclinado a la adulación, ponderaba tanto a su ama el respeto y la gratitud que la profesaba, que otra menos honesta y pura que la Reina, hubiera entendido por amor lo que su caballerizo llamaba agradecimiento.

En alguna ocasión se lamentaba de que la suerte hubiese colocado tan alta a la bella Isabel, que solo la corona de un emperador hubiese sido precio conveniente de su mano, y en otras aún le parecía la diadema corto premio a la virtud de su dueño, y deseaba que la distancia que los separaba fuese todavía mayor, para que su afecto, que él llamaba siempre respeto, se asemejase más a una purísima adoración colocado ya el ídolo a una altura inaccesible para el adorador.

2. La Caza

Rebosaba a la sazón en júbilo y cortesanos festines la capital de los dos mundos, porque el Emperador habla convocado a ella las Cortes del reino. Torneos y justas, y banquetes y fuegos artificiales, celebraban aquél acontecimiento, y la Corte que aventajaba entonces a todas en poder, parece que las quería también exceder en lujo y en placeres.

Uno de los que más agradaban a la emperatriz Isabel era la montería, y por eso las batidas se repetían a menudo. En una de ellas, que tuvo lugar en una de las últimas y más bellas semanas de Abril de 1539, se quedaron un breve espacio solos, y perdidos entre un bosque de nogales, S. M. y el Marqués, que corno ballestero mayor no la desamparaba un momento. Cabalgaba éste el mismo alazán con que el día antes habla vencido en el torneo, y llevaba una rosa, filigranada delicadamente en Salamanca, del primer oro que Hernán Cortés había enviado de la conquista de Nueva España, objeto raro y precioso que había servido de galardón al vencedor del palenque, y que tenía para el Marqués doble valor por haberlo colocado en su pecho la mano delicada de su señora, diciéndole: «que sea para vos de tanta honra como vos lo sois para España».

Viendo Isabel que su primer caballerizo no había aún disparado una sola vez la ballesta que llevaba en la mano, se volvió a él, y con gentil donaire le dijo:

—Extráñame mucho, Lombay, que siendo vos tan valeroso como lo acredita esa rosa que lleváis al pecho, gustéis más de la caza de alones que de la montería.

—Me place, señora, en la cetrería, admirar el poder del hombre que consigue hacer sus esclavas las criaturas que Dios hizo libres, y sujetar a su voz las aves del cielo.

—Y aún con todo ese poder, amigo mío, que se extiende a amaestrar y encadenar a cuanto vive alrededor de nosotros, y aún a aquellos seres que se levantan hasta el firmamento, la pobre razón humana ni alcanza jamás a estudiarse a sí propia, ni a dominar el corazón que late dentro de nuestro pecho.

—Esas meditaciones son las que más gozo me dan, señora, porque, como bien sabe V. M., soy, como cristiano, un tanto inclinado a la contemplación, y como músico no poco afecto a la poesía; y muchas veces allá en mis correrías, comparo las aves sencillas e indiscretas con nuestros deseos, porque vagan como ellos libres e independientes, y como ellos independientes se remontan tal vez donde los esperan los halcones, que son semejantes a las pasiones del alma, que luego esclavizan las voluntades y dan tormento y muerte a nuestro albedrío. Pero permitidme señora, que yo a mi vez extrañe que un corazón tierno y sencillo como el de V. M., guste del ejercicio en que ahora nos empleamos, y pueda sin remordimiento dar la muerte a pobres bestezuelas que ningún mal la han causado.

—Y decidme, Marqués, vos que habéis militado con valor en Italia; vos que luego en Francia, en la toma de Freus, vengásteis valerosamente la muerte de vuestro amigo Garcilaso, que expiró en vuestros brazos, ¿qué os parece más difícil, odiar a un enemigo que jamás hemos visto con amor, o dejar de amar indiscretamente a quien tratamos de continuo con estimación?.

El Marqués calló, cruzó los brazos sobre el pecho más para buscar el modo de no entender aquella pregunta, que para comprender lo que veía claro en ella. La Emperatriz le dijo poco después:

—Decidme, mi contemplativo caballerizo, si os sucediera como a un montero de una de mis parientas, las princesas de Hungría, que disparando inadvertidamente su ballesta, en vez de atravesar una cierva, dió muerte a su señora. ¿qué haríais vos?.

—Antes me ha reconvenido V. M. porque no he descargado la mía, y ya veis que sería indiscreto en mí, pensar en el remedio de males que de todo punto procuro evitar.

—Pero suponed que así no fuese, decidme: ¿qué partido tomaríais?.

—Señora, soy demasiado temeroso de Dios para precipitarme en un abismo como aquél hizo. Pero soy también demasiado amante de mi Reina, para no hacer que cayese la cuchilla del verdugo sobre mi cabeza. Pero si V. M. me lo permitiera, yo me atrevería a dirigirla la misma pregunta.

—Lombay, yo fío en mi acierto, lo que vos en vuestra prudencia. Jamás (estoy segura por muy repetidas experiencias), jamás mis tiros hieren donde no se han dirigido mis miras.

—¿Y si a pesar de todo vuestro tino os hiciere traición sin vos conocerlo— respondió precipitadamente el Marqués.

—En este caso la púrpura imperial no me resguardaría más a mí, que a vos los arminios ducales. Creed que la justicia es como el amor, que no respeta a nadie..

El Emperador, que buscaba a su esposa, llegó en el mismo momento, y el Marqués, por primera vez en su vida, miró a su soberano con disgusto, y a su corazón con vergüenza.

3. El Oratorio

Vueltos a la ciudad aquella noche, el mal parado caballero se retiró como siempre a su oratorio. Arrodillóse, según su costumbre, en un reclinatorio que había heredado del Papa Alejandro VI, y como lo usaba también, abrió un devocionario primorosamente minado que habían escrito para su antepasado Calixto III, los monjes de Valdigna. Pero su alma no se prestó esta vez a sus piadosos arrobamientos. Una y otra pasaba la vista sobre las páginas del devoto libro, y no entendía sus frases. Isabel hallaba escrito en todas ellas; Isabel le repetían los oídos por todas partes, y el recinto estrecho de su aposento, y la humilde postura de su persona no bastaban a hacerle olvidar el bosque y el alazán de por la mañana.

—¿Qué inquietud y desasosiego es éste (se preguntaba a sí mismo) que con tal violencia hace latir mi corazón, que con tal peso abruma mi frente, que con tal fuego hace correr en las venas la inflamada sangre mía? ¿Qué siglo es este que así ha pasado sobre mí en un solo día? ¿Qué palabras eran aquellas que se escapaban esta mañana de mi boca, tan sin parte mía, en la presencia de Isabel, como sin voluntad del arcabuz se desprende la bala cuando la mecha se le acerca? ¿Y aquellas dulcísimas y oscuras comparaciones de la Reina, se dirigían a alentar mi timidez, o a reprimir mi temeridad?... ¡Isabel!... ¡Oh Dios mio! ¿Qué magia tiene este nombre que cual un velo, embaraza mi vista?.

Y como si procurara, en efecto, descorrerlo, pasaba violentamente la mano por su encendido rostro, y abriendo maquinalmente el libro que tenía delante por otro lugar, procuró convertirá él toda su atención, y leyó claramente:

En mi lecho por las noches busco al que ama mi alma, le busco y no le hallo.
Porque cuando yo duermo, mi corazón vela, y la voz de mi amada le despierta.

Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven.
Ven, que tú eres para mí, como la paloma del desierto para el peregrino, y como el lirio entre espinas eres tú ¡oh Reina! entre las hijas de los hombres.
Ven y bajaremos juntos al bosque de los nogales; allí pondrás tu izquierda bajo mí cabeza, y con la diestra me acariciarás.
Me pondrás como sello sobre tu corazón, porque el amor es duro como la muerte
Huye, amado mío, y aseméjate a la corza y a los cervatillos sobre los montes de los aromas.
Porque hay una pasión que es oscura e incomprensible como el infierno, y la luz de sus lámparas es luz de fuego y de llamas.

—¡Dios mío, qué profanación!—clamó entonces el infeliz, y se arrojó para huir de aquella leyenda en el sillón que tenla detrás—. ¡Qué blasfemia! ¡Yo dirijo a un objeto mundano las santas palabras de los libros sagrados! Porque ¡ay! ¿no es una persona mortal la que está fija en mi mente? ¿Y qué persona? ¡Santos cielos! ¡La esposa de mi mejor amigo, de mi protector. de mi señor, de mi Rey! Huyamos, sí, huyamos para siempre de un escollo en que mi virtud puede estrellarse... Pero ¿y esta huida, no pudiera turbar la paz de mi familia? ¿Inquietar el ánimo de mi esposa? ¿Sembrar sospechas en la mente del Emperador? ¿Empañar quizá el honor de la Reina? Ciertamente, y por evitar un mal dudoso para mí, ¿por qué he de causar yo daños ciertos a personas extrañas y venerables? ¿Ni qué motivos puedo yo temer para pensar lo que pienso? No hay duda. Esto no es más que un rapto de orgullo culpable. No; amor no es este, porque yo amo tiernamente a doña Leonor, y jamás he experimentado por ella tan fuertes sensaciones ni aun en el dia que la recibí de la mano de Isabel, y en que yo le di la mía en la Capilla Real de Madrid. Pero ¡ay! ¿no hice yo aquel sacrificio, más atento a evitar males a mí padre, que a procurarme bienes? ¿Y qué fin pudo tener la Reina en alzar con tal empeño esa barrera nueva, y en unirme al mismo tiempo a su dama más querida a su confidenta más íntima... Será que... ¡Ah! No... Vanidad es ésta, lo repito, inspirada ciertamente por el maligno espíritu, a quien conviene combatir frente a frente; quedémonos, pues, y, en verdad, aun en el caso que fuese amor, ¿cuánto más meritorio será resistirlo a la presencia del objeto que lo provoca? ¿No lo he ocultado aun hasta de mí mismo? ¿Pues por qué no he de poder recatarlo en adelante de Isabel? Ofreceré de continuo a Dios costosos actos de mortificación sin culpa alguna, porque no la hay en amar con pureza lo que todo el mundo admira; y tachar de criminal a un joven, porque se inclina a la hermosura, sería acusar a la aguja de marear porque sigue al imán, y al heliotropo, porque va en pos del astro del día. Y si en esto hubiese algún mal, ¡cuántos años no quedan para expiarlo. ¿Me los negará a mí la divina misericordia, cuando mi tía, la duquesa de Ferrara, incestuosa, adúltera y fratricida, pudo aún llorar largamente en el claustro crímenes tan hediondos?

—Señor—gritó entonces doña Leonor desde fuera.

—Señora, ¿qué se ofrece?—contestó el Marqués con un tono áspero que jamás había usado.

—Daos prisa, que la vida de su majestad está en peligro.

—¿Qué decís? ¿Acaso el Emperador?—exclamó corriendo a abrir la puerta el caballero.

—Os llama con premura. Su augusta esposa ha sido acometida de una fiebre violenta, y apenas la dan esperanzas de vida los médicos.

—¡Miserable de mí!—gritó el de Lombay poniéndose ambas manos en el rostro, como si temiese que alguna señal apareciera en él de la criminal esperanza que le había acometido en el primer instante, y partió al palacio de los condes de Fuensalida, donde vivían los Reyes.

4. El Emperador

—Todo ha sido inútil, mi querido Lombay, el llanto de mis vasallos no ha bastado a contener la ira de Dios, que hiere a los poderosos cuando están más engreídos y desvariados en locos regocijos, y en el banquete del mundo coloca siempre el acíbar de los dolores al lado de la miel de los placeres, ¿Quién viera pocos días ha a la imperial Toledo resplandeciente y engalanada como una rica hembra en días de bodas? ¿Cómo la conocería hoy así enlutada y huérfana?... Bien que inútiles, me sirven, sin embargo, de gran consuelo las muestras de dolor de mis pueblos, y el vivo interés que han mostrado por la vida de mi esposa, los cuatro días que ha durado la enfermedad. Los templos no se han visto libres de gentes, ni las calles y plazas desamparadas de numerosas rogativas de disciplinantes, que con lágrimas y gemidos pedían a Dios la salud de su reina. Mis grandes todos han abandonado los arneses y ricas galas, que poco ha lucían, para vestirse la túnica penitente y el humilde sayal. Ni es poco, primo, lo que a tí te debo, si es cierto que eras tú uno que se distinguía entre todos por el peso enorme de la cruz que llevaba a cuestas. Dicen que era el que cubría con más cuidado su rastro con el antifaz, y bajo lo tosco de su cilicio, nadie le hubiera conocido si la delicada pequeñez de sus ensangrentados y desnudos pies, no hubiera descubierto en él al caballerizo mayor de la Reina, al mejor amigo del Emperador.

Y ponía blandamente la mano en el hombro del silencioso Marqués.

—Ojalá, señor, que las penitencias que yo haga por la salud de los demás, alcancen a conseguir el perdón para mí.

—Vamos, Lombay, que no es cosa razonable que yo haya de aliviarte y consolarte. Hablemos de otra cosa. Mucho te agradezco el que llevando a tu esposa contigo condesciendas en dejar a tus hijos aquí; el príncipe Don Felipe tiene particular inclinación a Don Carlos el mayor de ellos, y los juegos de ambos contribuirán a aliviarme otro tanto y distraerme en el monasterio de la Sisla, donde pienso retirarme; ya que la etiqueta de palacio me priva en este caso de mi mayor amigo.

—V. M. me llama por un dictado que no merezco.

—¿Ni a quién mejor que a ti pudiera encomendar la custodia de una alhaja que he perdido para siempre. y que ya polvo volverá en breve a la tierra de que salió?.

—V. M. pudiera encontrar servidores más...

—Vamos, adiós, que es sobrada humildad la tuya... Que lleves buen viaje.

El Marqués besó entonces la mano del Emperador para despedirse.

—Levántate y abrázame, mi buen condiscípulo—le dijo éste, observando que estaba sobrado tiempo de rodillas.

—No me alzaré, señor, mientras V. M. no me perdone.

—¿Y de qué. Marqués?—contestó algo enojado el Rey y luego continuó—: ¡Ea, levanta que estás perdonado! ¡Estos devotos! ¿Qué más preparativos tomaras, ni qué más

hicieras, si en vez de ir a Granada, te llamase mi servicio, como a Julián de Alderete mi tesorero, a las tierras de Méjico?

Un llanto común y un abrazo cariñosísimo fue la última señal de la marcha.

5. Lombay

—Que mañana, al amanecer, la campana de la vela en este alcázar haga la señal del regio funeral. Y tres horas después, y apenas salga de la Alhambra el primer guión del entierro, los mosquetes y arcabuces hagan salva corno si fuera el día de mayor pompa. Los cuatro maceros de la ciudad abran el paso con sus pértigas enlutadas, y que los añafiles y atabales que los sigan suenen roncos y destemplados. Que los jurados y regidores de ella vayan de duelo y montados en caballos destrenzados y sin jaeces. Cien pobres con ropones negros y cirios amarillos en las matos vengan después, y tras ellos cien plañideras cubiertas con mantos de velarte. Los estandartes y guiones sean los mejores y más ricos, aunque también negros, y las cruces de plata con lazos de aquel color. Los frailes no lleven la capucha alzada ni las velas ardiendo, y los clérigos traigan sus sobrepellices no rizadas. Los prestes celebren y vayan aquel día con ornamentos negros de velludo, y solo el Arzobispo y sus diáconos con terno de brocado de oro. Los canónigos lleven las capas de coro sueltas, los capuces calados y las estolas de damasco sobre el roquete. Detrás del reverendo Arzobispo, la Reina, mi señora, sea llevada en caja cubierta de reposteros negros por seis donceles de su corte, con las armas imperiales bordadas de oro, y otros seis hidalgos de la ciudad vestidas todos de gala. Yo, como su caballerizo mayor, cabalgaré a su lado para su mejor servicio, y los monteros la guardarán ordenados alrededor y armados de punta en blanco. Sírvanla sus damas y dueñas ataviadas y prendidas como de boda. Luego sigan los maestres de sala con las insignias reales de oro y piedras preciosas en azafates y cojines de duelo bien recamados, y a continuación veinticuatro pajes descubiertos y con lazos negros en el brazo. Vayan en pos a caballo los reyes de armas con sus pendones abatidos y ricas dalmáticas; los hidalgos de la ciudad vestidos de gala, los caballeros de las órdenes que en ella haya, con armaduras y hábitos, y los gentiles hombres engalanados ricamente y con banda negra al pecho, todos sobre monturas de oro y plata, y con penachos negros. Llevará el duelo, a nombre del Emperador nuestro señor, el Virrey de este reino, y sus caballos y otros doce bridones más que traerán los escuderos del diestro, enjaezados todos como en un triunfo, irán desangrándose. Y cerrarán la marcha los tercios y gente de armas que, como dispuestos a función marcial y sonando las trompetas, darán guardia al real cadáver. Las puertas de la ciudad y de las casas estarán cerradas, volcadas las celosías de los miradores, y silenciosas las campanas, basta que S. M. sea descubierta en la catedral, y ciertos ya todos de su muerte, podamos dar libre rienda a nuestro justo dolor.

Tales eran las órdenes que el Marqués de Lombay daba y tales las ceremonias que al siguiente día se practicaron en Granada. El desgraciado no podía, sin embargo creer lo mismo que veía, y al hacer los preparativos fúnebres se figuraba que aparejaba algún torneo o montería, porque siempre tenía presente a su Señora en aquel mismo traje en que pocos días antes la había visto por última vez, y no se la podía figurar de otro mo-

do que con aquél ademán hermoso y risueño con que le hablaba del triste caso de su parienta de Hungría.

La comitiva salió después de la Alhambra, y el Marqués ricamente adornado con la mejor armadura que tenía, y con el manto de la orden de Santiago de que era comendador sobre los hombros, creía al montar su alazán que iba a entrar en justas para ganar nuevamente la rosa de oro. Muchas veces en el espacio que media desde las puertas del alcázar hasta las de la iglesia, levantó la voz al lado de la Reina, diciendo: «S. M. quiere se camine más despacio», y siempre lo hizo con igual alegría que si lo hubiera oído de la boca misma de la Emperatriz. Las bellas de Granada que presenciaban curiosas la pompa funeral en las calles, admiraban la compostura y desembarazo del caballero, y los servidores de la Reina que asistían llorosos a aquél acto extrañaban la serenidad de su jefe, si bien lo pálido de su semblante y lo desencajado de sus ojos, les hacía conocer la enajenación mental del caballerizo.

Llegó la procesión a la ciudad, y apenas hubo entrado en ella el Arzobispo con toda la gente que le precedía, se cerró detrás de él la puerta que hoy se llama de las Granadas en la calle de los Gomeles, y los reyes de armas llamaron por tres veces en el umbral con las astas de sus pendoncillos. Tres veces preguntaron desde dentro quién llamaba, y otras tantas también gritó sereno el caballerizo: «Abrid a la Reina».

Delante ya de la iglesia metropolitana, se apeó la comitiva, y colocado que fue el féretro en la capilla mayor y abierta junto a él la sepultura al lado del enterramiento de los Reyes Católicos, el Prelado levantó la voz y dijo por tres veces: «¿Dónde está S. M.? Mostrádmela», y los gentiles hombres abrieron la puertecilla del ataúd y no pudieron resistir la fetidez. Acercóse entonces Lombay al sitio que ellos abandonaron; el semblante se le encendió, los ojos casi se le saltaban, y sus facciones se le inmutaron de tal suerte, que dio bien a entender la sensación que tan terrible espectáculo le causaba, y con una voz rueca y terrible, como si quisiera penetrar hasta el abismo y ser oído desde la eternidad, gritó tres veces:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Señora!—y luego rompiendo en llanto, añadió con acento débil y desmayado—: La Reina ha muerto.

El Arzobispo, continuando la ceremonia dijo:

—Jurados de Granada, sedme testigos de lo que vais a oir, y vosotros—entonces leyó una lista de doce caballeros de la corte—, juradme por la cruz en que murió Cristo señor nuestro, que este es el real cadáver de Doña Isabel de Portugal, Reina de Castilla y de León, Emperatriz de Alemania, y esposa del magnífico, poderoso y católico rey Don Carlos nuestro señor.

Dudaron algún tanto los caballeros; pero luego, poniendo todos menos Lombay las manos en la guarnición de las espadas, dijeron:

—Sí, juramos.

—Y vos, ¿no juráis, Señor?—dijo el Arzobispo acercándose al Marqués.

—Id—le respondió este—, a que se extienda el testimonio de lo que se ha hecho, y que mis compañeros lo firmen, mientras mis ojos se cercioran de lo que no quieren creer.

—¿Es posible—decía cuando se quedó solo, porque la pestilencia hizo huir a todos—, que sea ésta la misma, aquella Isabel antes tan cortejada, ahora tan abandonada;

aquella reina tan alabada del mundo entero, ahora casi negada de los suyos? ¿Pero qué mucho? ¿Dónde está, dónde, aquella belleza que la hacia el ornato de la corte? Trocada ahora en un objeto horroroso y pestilente; aquellos ojos que con un solo movimiento esclavizaban todos los corazones, ya vidriosos y hundidos; aquella voz que mandaba desde donde nace el sol hasta donde se apaga, aquí muda; aquél conjunto de gracias hecho ahora montón de podredumbre y pasto de viles gusanos. ¡Juventud, majestad, talento, hermosura, poder, virtud, todo reducido a polvo más miserable y nauseabundo que la inmundicia misma! ¿Y este era el objeto de mis deseos? ¿Y en esto fundaba yo mis esperanzas, seguro de una larga vida? ¡Ay! ¡Si cuando yo discurría tan locamente, la muerte hubiese necesitado de una víctima menos elevada! ¡Quién sabe cuántas gotas caben en el vaso de nuestros delitos, y si una más llenará su medida y la derramará sobre nuestra cabezal. ¡Tal vez la hora de la eternidad ha sonado para tí, desventurada, concebido apenas el primer pensamiento criminal!

Volvieron entonces el Arzobispo y los caballeros, y tocando aquél en el hombro al caballerizo mayor, que aún permanecía insensible a la fetidez que despedía el cadáver, y tan inmóvil como si su corazón se apacentase en aquél espantoso espectáculo, le preguntó:

—¿Reconocéis por fin a vuestra ama?.

—Sí—respondió el Marqués. y con los ojos vueltos al cielo, poniendo la diestra sobre la cruz que llevaba al pecho, al mismo tiempo que con la siniestra dejaba caer para siempre sobre el objeto de su amor el velo mortuorio, añadió: —Pero yo os juro que no serviré más a dueños que me se pueda morir.

6. Conclusión

Algunos años después, en el pontificado de Clemente X, se celebraba en Roma la canonización de San Francisco de Borja, primer Marqués de Lombay, cuarto duque de Gandía, Grande de España, Caballerizo mayor de la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, su Virrey y Capitán general en Cataluña y tercer prepósito general de la Compañía de Jesús[15].

15 En la edición de las Obras Completas del autor (1886) se añada un nuevo final a partir de este punto:

No sólo dio su vida asunto a lecciones morales y esplendor al culto católico, sino que fue materia de creaciones artísticas de toda especie. Bayeu y Goya fantasearon cuadros; el gran Calderón de la Barca y los jesuitas Fomperosa y Calleja inventaron comedias; el duque de Rivas publicó romances; el autor de estas líneas acomodó folletines. Quizá el siervo de Dios no vistió nunca las galas que le prestaron los pintores, ni intervino en las escenas a que le trajeron los dramáticos, ni concibió los sentimientos que le atribuyen loa novelistas. Si Horacio da bula de *quid livet andendi* para estos excesos, cuestión es ardua y no oportuna ahora; pero lo que es es necesario protestar, y yo he de hacerlo en cuanto me concierne, es que cuanto pueda dañar la memoria de aquel héroe cristiano, que fue en todos los estados de su vida alto ejemplo de pasmosa santidad y pureza, de sublime humildad y abnegación heroica, es hijo sólo de la fantasía del escritor, y no de la verdad del cronista.

Tú, pues, desocupado lector, si en esta media docena de párrafos, hallas alguna edificación y ejemplo, glorifica al Santo, si fastidio o escándalo, culpa al novelista, si por fin, placentero entre-

Su cuerpo yace en esta corte en la iglesia de san Felipe Neri.
El joven Duque de Osuna lleva su título y es su descendiente

tenimiento, atribúyelo al género de literatura novelesca que, nociva o conveniente, es siempre agradable. Sabe, por ultimo, que el venerando cuerpo de San Francisco de Borja, existe hoy en la pequeña iglesia de San Antonio del Prado de Madrid. Que el palacio en que vivió en Valencia se ha convertido en fábrica de hilados, y que su nombre, título y honores, los lleva el Duque de Osuna, Don Mariano Téllez Girón y Borja.

La peña de los enamorados

Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins

Semanario Pintoresco Español. 11 de septiembre de 1836. Tomo 1. Pp 193-195

I

—¡Qué calor! Jamás ha abrasado tanto el sol de Granada; la cabeza me arde; ese vergel es tan largo, tan sin sombra.

Así exclamaba una bella mora al subir las gradas de mármol que conducían al bosque de su jardín, y al mismo tiempo levantaba el velo que envolvía su rostro, y se limpiaba con un delicadísimo lienzo el copioso sudor de su tostada frente.

—¿No veis, señora—le decía una de sus damas que la venía acompañando—, cómo las flores se marchitan por estar poco guarecidas de sus rayos, cómo el agua refulgente de aquellos estanques de jaspe se seca con su calor, cómo los colores que matizan las filigranadas celosías del palacio palidecen a su luz?.

—Dime, Zaida. ¿no te parece que el amor es como el sol, que hace crecer a la hermosura y luego la marchita, que da el brillo de los diamantes a las lágrimas y luego las seca; que sonrosa las mejillas y luego las descolora?...

Al decir esto, no ya para enjugar el sudor, sino para restañar el llanto, cubria su bello semblante con el pañuelo y apoyándose en uno de los jarrones de porcelana, que adornaban aquella entrada, más parecía una estatua sepulcral que un ser animado y sensible. Zaida le acercaba una y otra vez un precioso pomo de oro con alcanfor, porque temía qne su señora sucumbiese al dolor y al cansancio.

—Zaida, amiga mia, ¡cuánto te debo!... Si quisieras dejarme sola un momento... Mira, tu amistad es mi único consuelo, tu voz es para mí como la brisa del mar para el que se abrasa de ardor; pero ¡ay!, cuando la llama se ha levantado ya, esa brisa no puede hacer más que aumentarla....

La pobre Zaida, si bien sentida del despego de su señora, atendía más al ajeno alivio que al propio sentimiento: y poco cuidadosa de las dulces palabras de su amiga, procuraba tan solo hallar motivo para obedecerla.

—Mirad, señora, que estáis muy cansada, muy decaida. ¿No fuera mejor que nos sentáramos en .un sofá de césped. que está en la calle de los laureles, o que siguiérais apoyada en mí hasta que el sudor que corre por vuestras mejillas se hubiese templado?.

—Ya sabes el carácter de mi padre; si supiera que estábamos en el jardín, y nos sorprendiese a hora tan desusada.

—Es imposible. Se quedó jugando al ajedrez, junto a la fuente del cisne en la sala dorada, con el Hagib Ariz-Ben-Alí, y bien sabéis que aunque se quemase todo el palacio no movería con precipitación un solo alfil.

—Si, mas con todo, pudiera suspender la partida; más vale que te quedes; desde aquí se ve la puerta del castillo, y a la menor novedad puedes avisarme...

Estrechóla la mano con tal ternura, y con tanta expresión la miró al decir estas palabras, que la discreta dama leyó todo lo que pasaba en el corazón de su amiga, y no pudo menos de acceder a sus súplicas.

II

Cuando el sol de Agosto brilla desde lo más alto de los cielos; cuando su lumbre dora la ancha faz de Andalucía, loe habitadores de aquellas bellas ciudades no se atreven a dejar sus voluptuosas y fresquísimas moradas; ni aun las aves osan desprenderse de las ramas temiendo que las abrasen los rayos que pasan entre las hojas de los árboles o como si el aire les hubiera de faltar para sostenerlas en el vacío. Un silencio igual al de la media noche reina por todas partes, y parece que la naturaleza, admirada de la brillante y de la sublime hermosura del sol andaluz, se para a contemplarle.

La suntuosa alquería de Aben-Abdalla, llena de festines y de zambras todo el día; aquella mansión del lujo y de los placeres, en donde no se da tregua al regocijo ni aun durante las breves horas de la noche, solo en esos momentos se mostraba muda, desierta, como si no tuviesen dueño sus salones, ni cultivadores sus jardines. Zulema, en tanto, con paso veloz, a par que mal seguro, atraviesa las calles de limoneros y naranjos, y esta vez sólo sus ojos animados, no expresan pensamiento alguno; agítanse a uno y a otro lado maquinalmente, y allá detrás de ellos se descubre una idea fija, invariable, así como las aguas al moverse en los estanques, impelidas por el soplo de la mañana, dejan siempre ver al través de sus movibles olas el pavimento de mármol y el musgo que crece en su fondo. Al extremo de una larga calle de cipreses hay un óvalo plantado de robustos álamos revestidos de yerba, y en medio de él se eleva un pabellón que tiene grabado sobre su entrada en caracteres arábigos, de oro brillante, este lema:

«MORIR GOZANDO»

Era aquél sitio el más elevado de toda la hacienda, y la vista que de allí se disfrutaba lo hiciera delicioso, aunque no fuera él en sí el conjunto de la riqueza y la magnificencia oriental.

Este templete, formado por columnas de pórfido, cuyos capiteles y bases de bronce cincelados representaban mil peregrinos juegos de cintas y de llores, estaba cubierto por un techo de cancha embutido de nácar; alrededor, y en medio de los arcos, sendas vidrieras de coloree dejaban entrar la luz del sol modificada por mil iris, o descubrían su horizonte de dilatados jardines. En torno se extendían almohadones de terciopelo verde con franjas de oro, intermediadas por floreros de porcelana y por perfumadores de plata. Un tapiz de brocado cubría el pavimento, y en el centro un baño de alabastro recibía los caños de agua olorosa, que le tributaban dos ánades de oro.

Todo era placer alrededor de la bella virgen; todo luto y desconsuelo en lo íntimo de su corazón. Como si no estuviera aquél aposento examinado con una sola mirada, Zulema recorre con las suyas las paredes de aquél pabellón. Se revuelve con violencia, su tocado se descompone, el cabello flota en torno al ímpetu de su movimiento, y luego, desesperada y exánime, cae sobre uno de aquellos cojines que la rodean, así como la erguida palma agitada por el huracán en medio del desierto, sacude una y otra vez su ramaje alrededor de sí y al fin, tronchada por el pie, se desploma sobre la arena.

III

Cruzados ambos brazos, la cabeza inclinada. la barba sobre el pecho y la vista fija en un solo objeto, contempla D. Fadrique de Carvajal el descuidado cuerpo de Zulema. que yace sobre aquellos taburetes como un manto arrojado en el lecho en un instante de entusiasmo o de cólera. Lentamente, como si cada una marcase una idea dolorosísima, se deslizaban una tras otra sus lágrimas, y corriendo ardientes por las pálidas mejillas del cristiano iban a rociar los desnudos y delicados pies de la insensible mora.

La voz de su profeta llamando a los creyentes en el último día, no la hubiera quizá conmovido, y un suspiro acongojado que lanzó el cautivo penetró hasta el fondo de su pecho.

—¿Eres tú?—le dijo con voz desmayada y débil—. ¿Eres tú, Fadrique?.

—Os guardaba el sueño. ¡Feliz quien puede dormir, señora, mientras que todos velan! ¡Feliz quien encuentra un lugar de refrigerio cuando la naturaleza abrasa todo lo que vive sobre la tierra!

—¿Dormir? ¡Fadrique, si yo pudiera dormir un sólo momento... Si yo pudiera dormir eternamente!—y luego afirmando más el tono de la voz, y como si ya estuviese del todo reportada a su estado natural añadió—: Más habrá descansado en estos cuatro días mi jardinero, cuando ni un solo ramo me ha ofrecido.

—Señora, yo sé que cualquiera que haya sido mi origen, al presente, por mi desgracia, soy esclavo vuestro... Cautivo de vuestro padre. Nunca comeré en balde su amargo pan ni un solo día.

—Yo no quiero reconvenir al cautivo—dijo corrida Zalema. Y luego añadió tiernamente—: Pero ¿no tengo motivos para quejarme del caballero?.

—El caballero, señora, ha regado con llanto estos días las flores que el cautivo debía cultivar para vuestra boda.

—Y ¿quién te ha dicho que las prepares?.

—Quien pudiera saberlo y no tenia interés en callármelo.

—Fadrique, cuando después de la batalla de los infantes me presentaron tu cuerpo ensangrentado, el médico debía también saber tu suerte; él te preparaba la mortaja, y yo te curaba; y yo te decía que vivirías por mi y yo sola te dije la verdad. Cuando cautivo después en la Alhambra gemías sin esperanza, tu cómitre no te hablaba más que de nuevas cadenas; yo sola te consolaba; yo sola te anunciaba mejor fortuna; te decía que serías para mí, y yo sola te dije la verdad. Y después, Fadrique, y después cuando el cautiverio de amor vino a aprisionarnos a ambos más que el de tus hierros; cuando abrazados ambos en lo íntimo de nuestros corazones, desesperábamos de poder comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos, yo sola te lo prometía; yo te enseñaba el lenguaje de las flores; yo te lisonjeaba con la proximidad de mejores días, y yo sola, tú lo sabes, yo sola te dije la verdad. ¡Ingrato! ¿Tantas pruebas no han bastado ni aun a inspirarte confianza? ¿Todas ellas no han podido alcanzar el que siquiera me creyeses?

Arrojose precipitado a los pies de su amada; D. Fadrique, llevó enajenado su blanca mano a los labios y cuando intentaba despegarlos para justificarse y escuchar una y otra protesta de que era amado el canto de Zaida vino a interrumpirlos.

—Es mi padre, adiós.

—¿Tengo un rival? ¿Me dejarás de amar.

—No. Primero morir, te lo juro. Morir gozando—dijo leyendo el rótulo—. Esta tarde dejaré un ramo en la fuente del dragón, allí vendré con el Hagib.

Estas fueron las últimas palabras que Zulema dijo dirigiéndose ya azorada hacia donde sonaba la voz de su amiga.

IV

Incomprensible fue para Don Fadrique el ramo que Zulema dejó junto a la fuente. Era el caballero tan diestro en descifrar aquella especie de escritos, que ni el árabe más galán pudiera aventajarle. Pero en aquella ocasión se molestaba en vano dando vueltas a aquél conjunto de flores, sin poder entender el arcano que en ellas se encerraba. Unos cuantos botones de siempreviva le indicaban la constancia de Zulema. Y luego una zarza rosa venía a recordarle su mala ventura. El colchico le decía claramente: «pasó el tiempo de la felicidad». Pero puesta a su lado una retama, le infundía alguna esperanza. Quería luego con más ahínco penetrar el sentido, y entre mil insignificantes flores solo un crisócomo significaba algo, «no hacerse esperar». Conoció, pues, que Zulema, obligada a hacer aquel ramo en presencia del Hagib, habría puesto en él mil cosas insignificantes, solo por condescender con su molesto acompañante. Pero con todo, un heliotropo, que descollaba en medio, le gritaba con muda voz: «yo te amo», y esto le consolaba.

—Pero ¡ay!, esto no basta. El tiempo urge más que nunca. Quizá al amanecer, Zulema será de otro; las bodas se van a celebrar en la madrugada, ¡y yo no puedo hablarla!. Si a lo menos pudiera darle una cita. Pero ¿y qué medios?...

En aquél momento vio pasar al anciano padre de Zulema por una encrucijada. Una idea se le presentó, y no la había aún de todo punto reflexionado, cuando ya estaba en práctica. Cortó dos tallos de anagalida, y dirigiéndose al viejo musulmán, le dijo:

—Señor, vuestra hija ha estado buscando de estas flores para un medicamento toda la tarde, y no ha podido hallarlas; ofrecedselas, pues, y advertidla en mi nombre, que aun mejor que llevarlas al pecho, es, según la usanza de los míos, beber el agua que deja este vegetal después de puesto al sereno por dos horas en la ventana.

Bien sabia el mahometano que aquella flor significaba cita pero el lenguaje franco del cristiano, le hizo abandonar esa idea. Sin antecedente ninguno de la pasión de su hija, sabiendo además cuán medicinal era aquella planta, e ignorando que el cautivo supiese el significado que pudiera tener, no dudó un punto en dársela a Zulema y referirla exactamente las palabras del jardinero.

V

—No puedo más, Fadrique mio, ya lo ves. Hace cerca de doce horas que caminamos sin descansar, y luego, este sol, este sol....

—Y como traes la cabeza descubierta, como te dejaste el turbante deshecho en la ventana por donde te escapaste... ¿Quieres que te lleve un rato?

—No, mejor será que descansemos un poco aquí a la sombra de este peñasco. Ya les llevamos sin duda mucha ventaja, y si no saben el camino que hemos .tomado...

—Sí, aquí; mira cuán fresco está este sitio. Sentémonos.

—Quítate la armadura, mi buen Fadrique. ¡Ay! cómo abrasa, parece que acaba de salir de la fragua.

—¡Si vieras mi corazón, hermosa mía! ¡Si lo vieras cómo arde!

—Yo no sé cómo estuviste tan cuidadoso do sustraer todo este hierro. ¡Cómo pesa! ¿Lo ves? Te ha sofocado mucho, tu cabello está todo mojado, tus mejillas de color de grana. !Qué hermoso eres, cristiano mío! Dime, ¿falta mucho para tu tierra? Allí seré esposa tuya, ¿no es verdad? Y dí: ¿cómo me llamarás? Isabel, ¿no es esto? Y yo seré tu amiga y tu hermana, y viviremos juntos y para siempre; porque ¿no me has dicho que tu Alá lleva al paraíso unidos a los esposos que son virtuosos?.

—Si, querida mía, en la gloria está el colmo de todos los bienes.

—Y ¿qué mayor bien que tenerte así a mi lado?. En este momento no trocaba yo este poco de sombra, y ese peñasco altísimo, inculto por todas los palacios de Granada.. ¿Por qué le miras con esa especie de horror?.

—Dos antepasados míos fueron precipitados junto a Martos de una elevación igual.

—¿Y por qué?.

—Por la venganza de un Rey.

—Pues qué, ¿no me has dicho que Jesús prohíbe la venganza?.

—¡Ah! ¡Quién sabe a dónde nos llevan las pasiones! Pero mira, ¿qué polvareda es aquella?.

—Sin duda algún ganado... No, que son caballeros. Si serán... Y moros sin duda..

—¡Ay de mí! ¡Huyamos!. Es tu padre: mira su turbante rojo....

Poniéndose precipitadamente las armas y corriendo ya, decía esto Don Fadrique.

—Somos perdidos, han cercado la montaña. No nos queda más recurso que trepar por ella...

Así comenzaron a hacerlo. Los moros, dejados los caballos al pie, trepaban también tras ellos. En vano Don Fadrique y su bella fugitiva, aglomerando cuantas piedras y troncos les suministraba como armas la desesperación, las dejaban caer con gran destrozo de los contrarios, Una nube de dardos los cubría, y el pobre cristiano tuvo que desprenderse del escudo para que su amada se resguardase. Cuando más estrechaba ya el cerco, una piedra disparada por manos de la misma mora, vino a herir y a derribar a su padre. Paróse en un momento la pelea con el sobresalto que esto causó.

—Entrégate—la decía después a Zulema—, entrégate a tu padre, hija desnaturalizada, y él te perdonará. La sangre de ese perro, no la tuya, es la que necesita mi venganzaNegóse la amante granadina, y renovóse con más furia el asalto. Apenas quedaban algunas varas de terreno ya cerca de la cumbre y junto al horrible despeñadero a los desgraciados, cuando Fadrique, herido por mil partes, le dijo:

—Entrégate, amada de mi alma, y salvate. Yo ya no puedo vivir. ¿Qué me importa morir ahora o dentro de algunas horas, morir de flechazos o de una cuchillada?.

—¡Si tú mueres, muramos juntos, morir gozando!—dijo la mora abrazándose con su amado, y precipitándose con él en el abismo.

Una zarza vino a detenerla por la vestidura y a ofrecer a su desalmado padre el horrible espectáculo de una hija que prefería morir con su amante a vivir con él. Su cuerpo pendía como el nido de un águila, en un lugar enteramente inaccesible a todo socorro. En vano el moro, al borde de aquél abismo, la llamaba y la tendía una y otra banda de las turbantes: ninguno llegaba. Entre tanto, D. Fadrique, más pesado por sus armas, se había desprendido de los brazos de su dama, y terminado su mísera existencia allá en el fondo, en el sitio mismo donde poco ha reposaba en brazos de su amada. El vestido de ésta se desgarra en fin, y viene su cadáver vagando por el aire, como el de una paloma herida de una flecha, a reposar junto al de aquél por quien había tantas veces jurado morir gozando.

VI

Esta montaña que está junto a Antequera, recibió por esta causa el nombre de la Peña de los Enamorados, y nuestro grave historiador Mariana, al indicar ligeramente este suceso, añade: «Constancia que se empleara mejor en otra batalla, y les fuera bien contada la muerte si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religión y no por satisfacer a sus apetitos desenfrenados».

El baile de animas

Clemente Díaz

Semanario pintoresco español. 2 de octubre de 1836. Tomo 1. Pp 221-223

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no debo acordarme, existía no ha mucho tiempo la religiosa costumbre de obsequiar a las ánimas benditas con un baile público, que se celebraba constantemente el primer Idus de marzo. En él se desplegaba toda la pompa, todo el buen gusto, y todo el espíritu de sociedad a que puede extenderse el pueblo manchego, insociable por naturaleza, y pobre por la gracia de los Señores comendadores y demás polillas que todo el mundo conoce.

A la caída de la tarde, cuando el labrador limpia el lodo de la reja, y el hortelano oprime el lomo de su rucio con un costal de patatas para trasportarlas al pueblo las rollizas manchegas aderezan con agua y aceite sus crinados cabellos, se calzan sus medias azules pespunteadas de blanco, y ajustan al cuerpo un plegado zagalejo de lana de color de ladrillo. Sientanse, así compuestas, en los umbrales de las puertas, para atraer las pasajeras miradas del gañán que, caballero en su mula, atraviesa la silenciosa calle tarareando un cantar, o para sorprender al pastorzuelo que regresa del hato, solfeando con la cuchara un repiqueteo armonioso en el caldero de las migas. Si uno de éstos les saluda, se detiene un rato a la puerta, y las cuenta cualquiera anécdota del perro que guarda el ganado, o del lobo que le diezma a pesar de la vigilancia del perro, ya todo el lugar lo sabe, ya todo el lugar sospecha, la malicia extiende la voz de que hay novios, y el Sr. cura abre el registro de matrimonios, buscando en él algún hueco para escribir otro asiento.

No extrañe, pues, el lector que la robusta Percala, una de las criaturas más frescas y más bien sazonadas que jamás nació de madre pecadora, tuviese opinión de estar en vísperas de amonestarse con media docena de mozalbetes del pueblo, cuando su calle se veía rondada noche y día, y la reja de su aposento engalanada de continuo con ramos de olivo y sendos manojos de tomillo silvestre. Entre la turba de adoradores que incensaban su altar, había dos que remontaban sus pretensiones sobre los otros, aspirando al apoteosis por medio del enlace que cada cual se juzgaba próximo a contraer con aquella divinidad destacada del coro de los dioses.

Era uno de estos, cierto apuesto hidalguillo que calzaba zapato, fumaba cigarros de a seis, y arrastraba tras su nombre los ilustres apellidos Novillo, Abarca, y Muñoz Hernández de Pacheco. El otro nacido en el humilde suelo, porque es opinión que jamás le mecieron en cuna, no tenia más patrimonio que su azada, más galas que su chaleco de bayeta amarilla y sus calzones de estezado, ni otro apoyo sobre la tierra que el de un brazo velloso revestido de tendones tan fuertes como el escudo de Aquiles. Miraronse siempre de reojo estos dos rivales, como acontece a dos perros que se disputan un hueso antes de acercarse al plato que le contiene; y ya diversas veces hubieran venido a las manos (o por mejor decir a los garrotes), sin la mediación de un juez de paz tan prudente como el ilustre Percales, padre de la noble heroína, cuya rara belleza tales contiendas suscitaba.

Con estos antecedentes podrá el amante de nuestras costumbres nacionales, pasar a la sala del baile que está ya preparada, y esconderse detrás de una colcha de algodón que sirve de colgadura, y a donde nadie se acerca por temor de mancharse. Desde aquí,

lanzando una ojeada por todo el sarao, descubrirá una larga galería de sillas de antiquísimo pino, talladas a navaja y adornadas con inscripciones de Aves Marías, corazones, estrellas y caprichos de los mas célebres artistas conocidos en África. Y no tendrá que hacer un grande esfuerzo para ver todo esto, porque los grandes velones de cuatro pabilos que solo al mundo salen en semejantes funciones y en los novenarios de los entierros, los traslucientes faroles de los establos, y los candiles de las cocinas, diseminados en profusión por todo el ámbito de la sala, de tal suerte la iluminan, que se distinguen con claridad aun las telas mas sutiles de araña quo penden de las vigas. Una mesa grande de nogal con embutidos de concha a medio desembutir, sirve de aparador al ambigú, compuesto de blancos torrados, negras pasas, parduscos higos, y amarillas tortas de cañamones amasados con miel; y estas cuatro viandas colocadas en otros tantos cenachos de paja, circuyen graciosamente en forma de ramillete, a un hidrópico pellejo colmado hasta el cuello de oloroso vino. Dejaré aquí al espectador curioso que examine a sus solas este brillante escenario, y pasaré como simple historiador a la narración de los sucesos.

Eran las ocho de la noche, hora en que habiendo ya dado el sacristán el último toque de las ánimas, dejaba entregadas al sueño las campanas de la torre, y abrazando su cascado guitarrillo, corría presuroso a socorrer a su amigo el barbero, el cual llevaba sobre sus hombros todo el peso de la orquesta. No bien hubo llegado a la casa del baile, cuando se le acercó un mozo embozado en su manta y le dijo:

—Dios te guarde, Vinajeras. Las chicas te están ya esperando, porque quieren que las eches las seguidillas del *gori, gori,* y yo deseaba toparte para saber cuando vendrá tu vecina la Percales.

No te canses, Cañamón—le contestó e1 sacristán en tono de *requiem*—; la Percala no viene esta noche. Yo he sentido el ruido de sus cedazos, y discurro que estará cerniendo harina para el amasijo de mañana.

—¡Cerniendo harina!—dijo estupefacto el mancebo—. ¡Yo iré a buscarla, aunque tenga que meterme por una gatera.

Y partió con la velocidad de un caballo.

Entró muy grave el guitarrista con su sotana salpicada de cera, y al punto salieron a su encuentro para darle la bienvenida, las altas notabilidades de aquella asamblea. Truchón, Mondonga, Cuatro cuartos, Coleta y Birikifi, fueron los primeros en saludarle, por ser individuos todos del ilustre ayuntamiento y tener la presidencia en la muy devota congregación de las benditas ánimas. Siguiéronse a estos el noble Cachifollas, escultor de los pucheros mas celebrados en la Mancha; cojo Tortaspiernas, panadero de una habilidad nada común en su difícil arte; el temible Espantaconejos, pastor de cabras, cuya voz de trueno hacia huir despavoridos a todos los animales menores que él; Botica, expendedor del cremor tártaro y sabio elaborador de aceites para curar las mataduras; Gotera, ingeniero civil envejecido en la construcción de paredes de tierra y cobertizos de paja, con otra multitud de varones esclarecidos cuyos motes y profesiones fuera difícil enumerar Tampoco se quedaron atrás la noble y remilgada Collera, la alegre viuda de Cardillo, la tostada hija del Tío Berruga, las dos hermanas Orujas, ni la violenta Frasca Cura-madijas. Mas como el dar una justa idea de las calidades, adornos y nombres de todas las pulcras damas que el estrado adornaban es empresa muy superior a las fuerzas de mi pluma, me

limitaré solamente a trasladar el dialogo que, en un rincón de la sala, tuvieron dos viejas sibilas arrellanadas en dos mullidos y viejísimos posones de ristras de ajos.

—¿Ha visto V. tia Cacarucha, como Perico, el hijastro del Tío Pelele ha dado seis cuartos a las ánimas por bailar con la Vica? ¿De donde le habrá venido esa India al pobre quema-sarmientos, si no gana otro tanto en cuatro cargas de carbón?

—Calle V. tia Colmena, parece que no ha visto V. el mundo sino por embudo, según se esplica ¿Pues no sabe V. que ha traido esta mañana un cuerno de aceite que se topó en las árganas[16] del baquero, y se lo vendió a escondites al Sr. Farfulla, el escribano?

—¡Bendito sea Dios, mujer! ¡Y qué fortuna de chico! ¡Quién me diera a mí todos los días un cuerno así para mercar lo que me hace falta.

—Hermana, dígame V. ¿quién ha pujado a la Juanchica que se está poniendo ahora las castañuelas para bailar?

—¡Buena pregunta! ¿Quién ha de ser sino su novio, el cuñado de Coleta, el Sr. Alcalde?, que como hace de menistro, y es el que cobra las multas

—Ya, ya estoy; tiene dinero fresco. Pues yo no se lo envidio, porque como dice el refrán lo mal ganado sirve de comida al diablo. ¡Ladronazo! La otra tarde hizo pagar dos reales al Tío Rastrojo porque había metido la burra en un quiñón a comer cebada. Y no le valió el haber mercado la bula el domingo pasado, porque es hombre que no tiene nenguna religión, ni nengún aquel.

—No se canse V., Tía Colmena, que las concencias y las condutas de estos tiempos están tan pochas como los tomates que echo yo a mi marrana. Cuando yo me criaba podían venir las mozicas a estas funciones con sayas de color y esas castañas de pelo en la cabeza. Ya, ya.... con sus basquiñas negras y sus mantellinas de estameña forradas de terliz encarnado como se va a las procisiones. Mire V. sino esas loquillas que están bailando ahora, las sobrinas del estanquero, como llevan medias blancas para hacer ver que son hidalgas; como si su madre la Señora Cacha (que de Dios haya) no las hubiera gastado azules, y no por eso dejó de ser alcaldesa, y de comprar un pajar con la contribución que su marido sacó al pueblo con achaque de matar langostas, aunque como es de público y notorio la langosta que mató con aquel dinero fue el hambre de su casa que era bastante.

—Y dígame V. hermana Cacarucha, ¿quien es el limosnero de las ánimas este año, porque yo no le he visto entodavia la similitú del rostro?

—Mujer ¿pues no sabe V. que es Frasquito Novillo, el hijo de Abarca? Mírele V. ahí con su esportillo, recogiendo el dinero

Y en efecto, en aquel momento el piadoso hidalguete tomaba cuatro cuartos que le alargaba un labrador y repetía en alta voz.

—¿Quién puja, Señores, quién puja? ¿Quién quiere bailar con Antonia la Calcetera? Cuatro cuartos dan por ella. ¿Quién puja, quién puja?

No hubo un solo bailarín qua moviese los labios, sin duda porque Antonia la Calcetera estaba sobradamente tasada en los dieciséis maravedíes, y así se vio al robusto mozo de mulas, agarrarla en aire de triunfo con sus callosas manos, y hacer compasadas piruetas, tal como el oso del Piamonte, metido en un corro de espectadores, da vueltas al rededor del concurso, abrazado a un palo.

16 Especie de morral o alforja hecha de piel de cabra sin curtir. (Nota del autor)

Concluidas las dos primeras rondarais, Truchón, procurador síndico del común, creyó de su deber el amparar a los vecinos, a quienes representaba en el goce de sus derechos, y dando una recia palmada, hizo suspender el baile, y puso en circulación las viandas del ambigú, apropiándose las mejores primicias con arreglo a la más ordenada caridad. Era cosa de ver el ansia, el apetito, el afán, el deseo con que damas y caballeros se abalanzaban a los cenachos. Hubo persona que en aquel instante creyó encontrarse sin manos, y no reparó en que era efecto de que le sobraban los ojos. Derramóse vino en dos jarros de tal calibre que, colocados en la cúspide de la gran pirámide de Egipto, parecerían sin duda del tamaño regular, y en ellos vinieron a estampar los labios tantas sedientas bocas, que a breve rato un mosquito los hubiera recurrido interiormente con la misma seguridad con que los hijos de Israel atravesaron el mar Rojo.

En tal estado de cosas se oyó repentinamente un sordo murmullo en todos los ángulos de la pieza, semejante al zumbido de un enjambre de avispas apoderadas de un lagar. Causabale la entrada imprevista de una moza de gallardas formas toda empolvada de harina, que seguida de un gigantesco mancebo se adelantaba hacia la concurrencia.

—Es la Percala—refunfuñó entre dientes la Tía Colmena.

—Y la acompaña Canamón—marmoteó por lo bajo la desdentada Cacarucha.

En efecto, tales eran los héroes que fijaban en aquel momento las miradas de les concurrentes. Más de una hembra se mordió los labios de rabia al presentarse la envanecida beldad, y algunos mozos arrugaron la montera de despecho al ver que Cañamón era su favorito. Pero entre todos los envidiosos de este nuevo Adonis, el que mayores tormentos experimentaba, el que más palpablemente sentía destilar en su corazón cl veneno de los celos, era el sin ventura Frasquito Novillo Abarca y Muñoz Hernández de Pacheco. No pudiendo contener por mucho tiempo la exaltación de sus deseos, arrojó sobre una mesa la espuerta de las ofrendas, y echando mano al bolsillo exclamó en alta voz:

—¡Ocho cuartos doy por bailar con la hija de Percales

Desató su faja Cañamón con aire satisfecho, y dijo:

—Yo doy cuatro más, porque naide me la quite.

—Quince cuartos pongo, Señores—replicó ensoberbecido el hidalgo.

—No bastan—continuó Cañamón, un poco aturdido—, tengo yo aquí un real de plata suelto para ofrecer a las ánimas

—Pujo y repujo—pronunció balbuciente de cólera el irritado Novillo—; cinco reales doy al contado y una docena de huevos frescos que pusieron ayer mis gallinas.

Palideció el favorito galán al escuchar estas tremendas palabras. Cinco reales al contado y una docena de huevos, era una riqueza peruviana muy fuera del alcance de su menguada fortuna. Parose un rato pensativo, y como chicuelo que se empina para alcanzar al cordón de fina campanilla, así anduvo recontando su dinero y estrujando la prolongada cavidad donde le tenía escondido. Pero ¡oh cruel fatalidad! Entre plata y cobre, entre cruces y reyes, entre tamo y basura, sólo halló el infeliz veintitrés cuartos y medio; y aun de esos, dos eran de dudosa circulación por haber servido varias veces de yunque, para agujerear las abarcas. Vio entonces con claridad todo lo horrible de su situación. Como náufrago que se ahoga a la orilla de un encendido bajel, y reluchando con la muerte se abraza estrechamente al inflamado timón, así el atribulado mancebo asía el brazo de su querida arrastrándola, fuera de tino, hacia la puerta de la sala. Su colérico rival que no le

quitaba ojo, ni perdía la menor parte de sus mas pequeños movimientos, al advertir esta bastardía, dio un repentino salto cual tigre cazador que se lanza sobre su presa, y echando mano a la navaja se puso en actitud hostil y amenazadora. El membrudo gañán no era hombre a quien asustaba unta cuarta de hierro, porque sus músculos eran más duros que este metal, y el golpe de su puño mas temible que el de un bélico ariete, pero no llegó el caso de abrir la brecha a la que se disponía porque entrando en esta sazón en la sala el respetable Percales, asió a su hija con violencia por la cinta del mandil, y la arrastró hasta la calle diciendo enfurecido:

—¡Ven acá buena hembra! ¡Yo te diré si es primero el bailar que el cerner!

Esta escena despertó tanto la curiosidad del concurso que la función quedó a medio empezar y uno por uno fueron desfilando todos, excepto cuatro personajes que se quedaron a correr el telón y apagar las candilejas. Uno de ellos era el músico rapista que dormido profundamente bajo la mesa del ambigú permaneció allí hasta el amanecer abrazado, con fraternal ternura, al pellejo del vino que no quiso soltar. Su incomparable amigo el sacristán Vinageras, conservaba la interesante actitud del Bardo que preludia unas trovas; pero sus ojos cargados de mosto se abrían con dificultad, su lengua entumecida no acertaba a moverse, y su imaginación remontada a los Cielos, le recordaba solo, en vez de las alegres seguidillas que debiera tocar, el grave y majestuoso cántico del *Tantum Ergo*. La Tía Cacarucha, limpiándose con la manga del jubón los ribeteados párpados, apostrofaba con un gesto particular de dolor su lsmentación ordinaria:

—¡Valgame Dios, que concencias, y que condutas tan pochas las de estos tiempos! El Señor nos tenga de su mano.

El barrigudo Mondonga, último de los cuatro espectores que quedaron sin duda en la escena, con intención de rebañar algunos desperdicios de miel y cañamones derramados por el suelo, abría el postiguillo de una ventana para dar salida al humo de los candiles, cuando retrocedió todo asustado diciendo:

—¡Oiga, oiga, abuela Cacarucha; mire V. que regolución de porrazos y que motín de cachetes se ha movido en la calle! Así menudean los golpes como si estuviesen machacando granzones, ¿No escucha V. como levantan el grito probes e hidalgos, todos reunidos, unos a favor de Cañamón y otros al de Paco Novillo? ¡Qué voces! ¡Qué palizas!..,. ¡Virgen de la Soledad, que tumulto tan parecido a un rebullicio ....!!

Sacó la gaita por el postigo la rugosa octogenaria, hizo asomar al sepulcro da su boca una ligera sonrisa, y volviendo a recobrar su aire ordinario de contricción, exclamó:

—¡Gracias sean dadas a Dios! Ya estoy más contenta. Por fin, los muchachos de estos tiempos no han olvidado todavía la antigua costumbre de sus abuelos de rematar los bailes de ánimas con una función de palos.

Una cita

Nicomedes Pastor Díaz

1837

Advertencia del autor

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando a la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo, de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su Iglesia, el rumor del viento entre sus árboles o sobre sus techos, no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado.

A pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente a tan tierna memoria; y sin embargo, los había hecho. Ausente muy joven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado después en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hacia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de menos, en las tormentas de su corazón, las borrascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto le hizo creer siempre fría su expresión, y apagados y pálidos los colores con que había iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto a que los consagraba: y si no hizo lo mismo con los que a su madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público.

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares a que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días.

Verdad es que cuando en 1833 escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos después; y si bien pueden descubrirse en este otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera también parecer hoy imitación y contagio lo que bueno o malo fue entonces un pensamiento propio. Así tambien mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito después. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de

los mismos que, le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiración avanzan.

I. El Anteojo.

Rayaba una hermosa aurora de agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habían apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitación en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansión de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habían despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas antes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habían engalanado antes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen antes que el sol las tueste, antes que el calor sofocante de agosto las fatigue. La religión las llama, el placer las espera... Van a una romería.

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el río, la villa y el mar. No puede llamársele colina; es más alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arrancando perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una región donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última Toca es una ermita, y la rodea una plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele a veces sentarse el genio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes: allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracán. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descienden los torrentes; los trajes de la multitud que subía por todas las sendas, parecían flores que tapizasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se había trocado en un vasto salón de fiesta.

Cubríanle por todas partes tiendas y pabellones, donde se ofrecían agradables manjares y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas e instrumentos rústicos. Había bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacía tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecía palpitar de placer, y acudir también a la fiesta. Pronto se inflaman estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El tosco violín rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, ríen, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inexplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario, sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo a sus pies los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religión es un festejo, parecían no pertenecer a la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del

fondo del valle, aquella reunión, cuyos movimientos se veían distintamente, pero cuyas voces no podían oírse, parecía un cuadro ideal, una visión milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa a quienes hacía salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno más entusiasmado, ninguno más ebrio de alegría que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus pies ligeros bullían en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oídos de todas las hermosas, y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundía aquella mañana. Veíase, en efecto, casi enloquecido a un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaídos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus labios, comúnmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones, y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veían requebradas de repente y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. El mismo extrañaba su trasformación, y no podía contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo e intenso se había hecho por un momento la inconstancia misma. Corría a todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba a otras, pero las dejaba a todas. Enmedio de su alegría, ninguna le fijaba ni le complacía. Su contento brotaba de su corazón mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno había allí que le adoraba; y él lo sabía. Procuraba entretener a su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huía: el amor es una tristeza continua, y aquella mañana su pecho no quería más que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta, para reposar, cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía; su corazón da un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante o indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entonces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Por qué aquel extremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilación magnética? ¿Está ausente su adorada?... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la población?... No: todas están allí. —¿Suspira en vano por alguna que vengue su sexo, siendo ingrata a su cariño? No... La pasión de su amante es aún más intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar a su lado? Le separa de su querida algún obstáculo insuperable? No... Para aquella noche le ha dado una cita... ¡Ah! Esta sola idea basta para turbarle. La más terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitación, a la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado; pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campiña, y descubrir a lo menos la choza donde se alberga.

Sí; una hija de las cabañas, una joven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y civilizadas no habían podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulalia. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones, ni bajos sus pensamientos, como decían muchos nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginación, despreció demasiado a las mujeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sino el placer. Le pareció que las rosas del campo eran más fáciles de coger

que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor, acabó por ser amante.

Eulalia no era una mujer común: era una doncella hermosa, cándida y tierna, sino comparable a una mañana brillante de primavera, sí a lo menos a un día puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de la rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos, como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodía; pero no es sólo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico; tienen también su atractivo y majestuosa belleza el copudo nogal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del Norte.

También hay en las playas de aquel bello país ojos árabes y formas griegas. Eulalia las tenía, y su corazón había recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada e interna; una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una inglesa. Capaz de resistir a todas las ofertas del interés, y a las gracias más brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y más que todo, una atención delicada, una muestra de respeto, le podían inspirar la más tierna pasión. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas, sin alcanzar de ella una caricia; y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Había escuchado con desconfianza, pero con placer, las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazón, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponía pálida al verle, se envanecía de sus obsequios; y si en una solemnidad campestre la sacaba a bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentía la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreía; pero si hablaba a otra aldeana, lloraba. Luciano, atraído al principio sólo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba a través de esta firmeza, convirtió el interés en pasión. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno; pero la imaginación exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos días sin verse. Las romerías del campo o los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solía Eulalia recibir a su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido joven escalaba... —¡Qué! ¿Y eran puros estos amores? —Sí... —Y Eulalia, introduciendo en las altas horas de la noche a su apasionado galán, ¿había conservado la inocencia? —Nada más cierto. En vano el mundo se ríe de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles a los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el tosco amor en los campos de mi patria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaría heroísmo; allí basta que haya ternura. Después de un día de continuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre a su lecho de paja para dormir tranquilo, o para desvelarse pensando en su amada. Asiendo su ferrado bastón, arrostrando el frío de la noche o la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, o trepando peligrosos derrumbaderos, camina sólo y a pie dos horas, a la luz de la luna o de las estrellas, y escala arriesgado la habitación de su querida... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su

mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del día festivo que puede hablarla en el atrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos, o tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor. —Ficción, ficción, exclamarán todos; pero todo es ficciones y paradojas para los que piensan conocer el corazón humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino a convencerle.

La noche de aquel día era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulalia; pero su imaginación se asía de esta falta para prometerse a la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habían visto en ocho días; y creía él que esta ausencia habría avivado su pasión. La veía perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imagen no podía causarle tristeza, pero sí agitación, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor más vivo con aquella memoria que le perseguía, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza a recorrer los bordes de la explanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serían más poderosas que un recuerdo importuno. Tenía delante de sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos, como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase a su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser más que el primer eslabón, y a su izquierda descubría todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su río, su villa, su puente, sus frondosos vergeles, sus campos floridos, y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo continuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atención, y los techos de pizarra fijaron más su vista que los mares, las rocas y las montañas.

Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisba su presa, percibió allá lejos, muy lejos, casi en el horizonte, la mansión de Eulalia. Más bien la adivinaba su imaginación que la veían sus ojos; y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hacia una peña, donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca, con su techo aplomado y piramidal, no parecía entre la arboleda más que un pequeño túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy lejos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un anteojo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañón mortífero, parecía que sus ojos, a través de aquel instrumento, iban a hacer una conquista. Cree sorprenderá su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento... ¿Quién sabe?... Dirige el tubo... Allí está... Pero ¡Oh fatalidad!... El anteojo no es un telescopio perfecto: los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Sólo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hieren de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado; un temblor involuntario le sobrecoge, párase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si

fuera a despeñarse, y deja caer maquinalmente el anteojo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le había herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?... No lo vio. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centellaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta visión singular es la que le aterró; aquella sorpresa le comunicó un pavor extraordinario que no había sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara a petrificarse; no podía pensar, no podía meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelleo había llegado a su corazón antes que a sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido: y Luciano, pálido, cruzados los brazos, despavorido como el que ha visto una visión del otro mundo, e inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningún ser viviente hubiera turbado su éxtasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del anteojo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba a sus labios una sonrisa más amarga que todas las lágrimas, una voz dulcísima suena a su espalda, y llega a sus oídos un acento de tierna compasión, que exclama: ¡Pobre Luciano!...

Entonces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó también a celestial, y volvió la cabeza aguardando otra visión. No se engañó. Era la voz de un ángel; la criatura más hermosa le llamaba; era una joven más pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin duda habían seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasión había vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió a él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo; y Luciano cedió a él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la Peña de la Cruz, y siguió a la hermosa; pero no contestaba a su acento ni a sus amorosas miradas. Ella le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus labios entreabiertos; al sentir fría aquella mano que tenía asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima también era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazón de Luciano como el rocío a una planta agostada. Su sangre volvió a circular con más libertad; las rosas volvieron a colorear sus mejillas; las ideas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexión natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, sino con el fuego de la pasión, si a lo menos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasía la misteriosa impresión de la figura de plata.

El pensamiento a su vez se apoderó de ella para adivinarla; pero inútilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las explicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razón se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarrón de azófar sobre la cabeza de una aldeana, o un segador empuñando la afilada

guadaña: su mente despavorida no podía comprender cómo objetos comunes causen una impresión tan mágica y durable. Lo fue sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar a lo menos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire más extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecían fantásticas larvas. Los cantos de alegría no cesaban, y aquellas voces las oía él como de una región remota. Hablaba a su hermosa compañera, a veces con fuego como si estuviese al lado de su querida, y otros momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus impresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase aún ser de otro mundo, o a la sombra de una persona muerta.

En tanto había pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercía toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban a la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con más estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrían todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen a despeñarse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban más a prisa, como acontece en la vida. Luciano había anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto a la Peña de la Cruz, y volvió a herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunión no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles más corpulentos, aquellos sotos extensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada sucesión de días bellos: hay además en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió a participar de aquella dulce electricidad. Reclinado a la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y mirtos, a orillas de un fresco arroyo, viendo el mar a través de las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones más tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló más que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas; improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana; y la espesura del soto, ocultando la Peña de la Cruz, ponía un velo de tranquilidad entre su corazón y la figura de plata.

Tal vez contribuí a este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvían a su bella amante, antes esquivada: al fin sus mágicos atractivos le habían alucinado: la hablaba con todo el fuego del amor, y la hablaba sinceramente. A la caída de la tarde llegó paseando solo con ella a la fuente del arroyo, y la tenía casi abrazada. La infeliz, que se veía correspondida, extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia más seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caída la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se, escondía entonces en los mares, parecía una víctima inmolada ya para siempre al imprudente joven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebato de un momento era más vivo en su pecho que el efecto de una pasión arraigada; su voz se había anudado a la garganta, sus manos asían a su amante

con una fuerza volcánica, y sus labios se inclinaban sobre los de aquella criatura que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía a huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba también; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresión enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsión ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazón que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frío; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresión funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.

—Sí, soy un monstruo—exclama—; ¡pero no te amaré jamás!

Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo a su amante, como si fuese a precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse a la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II. Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias. la apetecen; todos los dolores se avivan a su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. También la agitación de Luciano creció con la noche; también brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodean en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar a su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas, imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festín. A su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deseo, era un tormento; aquella agitación un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazón del joven, a medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hacia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, o buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero estos pronósticos estaban sólo en su corazón. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía a los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aún cantaban alborotados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía a través de los campos un camino de plata.

Luciano llega, y se prepara a salir para la aldea de Eulalia. Otras veces gustaba de atravesar el valle a pie como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Ármase cual si hubiese de lu-

char contra algún contrario; ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte: sube en un caballo más negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido y denodado corro un antiguo paladín que corriese a escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía; y este terror se disminuyó también. Al verse armado y corriendo en su fogoso bridón, se cree superior a todos los riesgos, a todos los enemigos, a todos los rivales; y sus esperanzas vuelven a ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasasen por el campo creerían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando a veces, tenía algo de funesto: diríase que el genio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creerían también ver la figura de plata.

A alguna distancia de la casa de Eulalia moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la aldea. Aquellos campos no son desiertos como los demás, de España, donde de noche no hay más que sombras. Allí se descubren por todas partes casas aisladas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por do quiera labradores que se llaman a gritos, niños que lloran, dos amantes que hablan bajo un árbol, o un anciano que vuelve a su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el río golpea sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el labrador ahuyenta al jabalí, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan también a estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, o el lento pulsar de la agonía.

Era ya entonces media noche, y nada se oía. Sólo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fatuos manojos de paja encendida, que sirven de antorchas a aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban también con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos a los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la Iglesia de la aldea. Él no era supersticioso: había tal vez mucha religión en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era más bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensación que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entonces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la Iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. A través de aquel resplandor pasaba a veces una sombra informe que le eclipsaba, Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia, que despertasen y revoloteasen por su imaginación despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la Iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo... Síguelos un resuello profundo y fatigado... Luciano se hiela; su cabello se eriza; su sangre se para.

—No hay duda—exclama—; las tumbas se abren... Oigo ya el ronquido de los muertos...

Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían a cada momento.

—¡Sí!—continúa sin aliento—. Hoy me persigue un genio infernal... Hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis pies. Mansión de la virtud y de la inocencia, mansión de Eulalia, protégeme... Escóndeme... Ya no busco en ti el amor... Busco el amparo; busco... ¡La calma!... ¡Eulalia!... ¡Eulalia! Líbrame de las iras del cielo...

Eulalia ya podía escuchar sus plegarias... Luciano está a sus umbrales... Detiénese un momento, y aplica el oído con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar también rumores siniestros. Pero nada oye: en aquella mansión de vivos reinaba más tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodea la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra, por cuyos puntales solía trepar a la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la da el pavor, el sobresalto. Huye más bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede a su impulso, como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia... ¡Santos cielos!.... A la escasísima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, en medio del aposento, aquel extraordinario brillo... La espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza a ella, y no la halla; ya no la ve; desapareció. Cree, no obstante, percibir más cerca otra blancura se aproxima asustado... Pero ¡ilusión! ¡Delirio dulcemente desvanecido! Es el lecho de su amada; el lecho donde Eulalia dormía, es el que detiene sus pasos... El tacto sólo de la almohada donde reposa su frente templa el ardor de su pecho y hace una revolución en su fantasía. Poco antes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi extraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le conmueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entonces no era capaz de transportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contemplaba a oscuras a Eulalia como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

—Duermes, dulce adorada mía, duermes, exclama... Duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad... Duermes, y me esperabas... Ni la inquietud te desvela, ni el amor... ¡Ay! No... Yo no estoy celoso de tu sueño... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos... Tu sueño no es el de la indiferencia, sino el de la virtud... Y a mí me cercan los terrores del delito... Sí... Yo soy criminal... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto... La inocencia duerme... ¡Qué tranquilamente!... Casi no se oye su aliento... Reposa, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré... Ese sueño te hace sagrada... ¡Para siempre!... Sí... Yo quiero ser virtuoso... Yo expiaré mi crimen... Ese sueño me revela un gran secreto... Yo te amaré como tú me amas... Yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño... Lo juro... Sí... ¡Lo juro!... Por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina; lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas, que aún me estremece... ¡Y por tu sueño!.

Diciendo así, había tendido la mano sobre el pecho de Eulalia en ademán solemne, como para confirmar su juramento; y el cielo puso también en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos toparon una cruz... Y como si esta

cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos a esta luz, y nada vio: sintió solamente que un ser humano había penetrado en la estancia. Este ser dio un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve a cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caído de rodillas... ¡Ah!... ¡Quisiera haber quedado ciego en aquel momento!.. Pero al fin cede a su destino, y mira otra vez... ¡Mirada funesta!... ¡Visión terrible! Ya está patente tu misterio... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud... Encantos de la hermosura... Todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real... Las voces del templo tienen eco... La inquietud de Luciano ha cesado... ¡Su juramento se ha cumplido!... Eulalia... Eulalia allí está... ¡Pero está muerta!... su cadáver yace tendido en el negro féretro... Y a su cabecera brilla y centellea ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenía otra mano entre sus manos, la que había hallado sobre el seno de Eulalia. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente a aquella cruz de plata, y a aquel rostro de cera. Su color era más pálido que el de su amada, y estaban más desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulalia reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulalia no era más que un cadáver; pero Luciano parecía un alma réproba que se presenta ante el Supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y quedar allí muerto.

Pero estaba inmóvil. Sólo algunas veces apretaba a su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus labios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto.

—No turbaré tu sueño... ¡Lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas!

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que había entrado en la estancia de Eulalia, otros cien gritos de pavor habían respondido, y Luciano sentía que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferían no se atrevieron a entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones: un sacerdote las dirigía, y prosternadas a la puerta de la estancia, respondían en alta voz a sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éxtasis aquella espantosa gritería: en medio de sus confusas plegarias distinguía solo: «¡Jesús, Jesús, Jesús!...» Y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacía llegar a su alma estas tremendas palabras:

—Huye, espíritu de perdición; huye, enemigo infernal, a tus eternos abismos.

—Ya huyo—dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pie—. ¡Ya huyo!

Y a este acento cadavérico, a este aullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prorrumpieron en un ¡ay! mil veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un genio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos, se despertó enmedio de su terror un sentimiento de ternura. Inclinóse respetuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil, ceñida de flores como la de una víctima santa, y un transporte de amor fúnebre ardió en su corazón.

—Oh hermosa mía—exclamó—, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto... Ven a mis brazos, cadáver adorado... Mis últimas caricias no turbarán tu inocencia... ¡Ni tu sueño!

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulalia, y estrechó a su pecho aquel seno que no palpitaba ya... En aquel abrazo aún había ilusión de amor, aún había sombra de placer... Y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fue un grito de terror... Sus labios se inclinaban sobre los labios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y volvió a sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus labios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió a poner la cruz sobre el pecho de Eulalia, y volvió a exclamar en alta voz:

—Ya huyo, ya huyo... No me atormentéis más, voces del cielo... Ya os dejo a Eulalia... Ya no turbaré su sueño... ¡Ya huyo!...

Y huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces ¡Jesús, Jesús! atronaban sus oídos, y le empujaban afuera del funesto aposento. El último objeto que vio aún al descender, fue el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar..., No. Él hubiera permanecido toda la noche al lado de aquel cadáver; hubiera gozado en su desesperación; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulalia, como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputación permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexión era sin duda más fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Había visto a su amada: faltábale ver a su víctima.

Siguiendo el camino de la Iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entonces, en vez de repelerle, le fascina, y le atrae como los ojos del dragón. Corre despechado, como un guerrero vencido ya, que busca la muerte; empuja la puerta del templo, y entra... No ve fantasmas, ni cadáveres... Un hombre está solo en medio de la Iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los ataúdes. A su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas... Una sólo está encendida... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenía en su mano una botella, y bebía tranquilamente, cual si estuviera en un festín. Aquella tranquilidad era espantosa; parecía un genio de muerte sorbiendo a todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel ser tan familiarizado con los muertos, se aterró a la vista de un vivo: sobrecogido delante de Luciano, que se acercaba silencioso, corrió a echarse a sus pies.

—¿Quién sois?—dijo Luciano con voz seca—. ¿Qué hacéis, aquí a estas horas?

—Señor—respondió todo temblando el hombre del templo—; soy... Un pobre... Soy... Ya lo veis—diciendo esto le mostraba una sepultura abierta—. Todo el día estuve ganando mi sustento en el campo... He tenido que hacer esa sepultura de noche... Ahora mismo:... Estaba descansando de mis fatigas... Soy un pobre, señor...

—¿Y para quién es esa sepultura?

—Para Eulalia...

—¿Y quién mató a Eulalia?...

—¿Quién la mató? Señor... Nadie... Ella... Dios... Una fiebre... Un pesar...

—¿Un pesar?...

—Sí, dicen que un joven, un caballero...

—¿Qué?...

—Un joven, un caballero la seguía. Sus padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron... ¡Oh señor! con mucha razón;... Con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se había apoderado de la joven... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas... Pero al fin... ¡Dios se la llevó!... Sus padres volvieron a reñirla, y a castigarla, y a encerrarla... Y mañana la enterraré. Murió en tres días... Murió de pesar;... Pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció también. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la Iglesia, se adelanta a la vacía huesa, y se prosterna. ¡Entonces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento había experimentado los terrores de la imaginación, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen. Aquel instante fuera, del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí había un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito sólo hallan alivio ante Dios. Oró, sí. Oraba con toda el alma, con todo su ser. Sus ojos medían toda la profundidad de aquel sepulcro; su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo:

—No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mía, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazón homicida. Gran Dios, ya sé porqué son delitos las pasiones... Ya estoy horriblemente convencido; pero ya estoy castigado. ¡Eulalia, ruega por mí! Mira cómo se elevan al cielo las manos que excavaron tu sepulcro... Mira cómo le riegan con sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte.

Lloraba entonces en efecto; lloraba a torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No había llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sino en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él había también ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito a Luciano, le advirtió que ya se veía la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo, y se fue lentamente al albergue de su colono, que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas tremendas palabras:

—No turbaré tu sueño.

Estremecióse, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vio amanecer; vio la alegría de la naturaleza, con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él sólo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodillóse, y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente a él como la de un niño a la luz; pero tampoco le vio. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre, sus ojos

hallaron la Peña de la Cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del día anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Había vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un día bello de su juventud, sino como un moribundo a quien atormenta la imagen de sus antiguos placeres.

Las campanas volvieron a sonar, y se levantó. Pensaba asistir a las exequias de Eulalia, y se dirigió a la Iglesia. A pocos pasos llega a sus oídos un canto fúnebre, y una bandera negra ondea a través de los árboles. Adelántase... Mas ¿por qué vuelve la cabeza de repente? ¿Por qué desaparece apresurado? ¿Por qué huye por los campos como un malhechor? ¿Por qué ve despavorido sombras y espectros en derredor de sí?... ¡Ah! Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata... ¡Y no pudo mirar más!...

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fue más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razón, pero la alegría... No. Aquella noche tiñó de negro toda su vida.

Jamás se le vio después en un festejo; jamás mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paseos volvió a la aldea de Eulalia. Pero algunas mañanas trepaba a la cumbre de donde había dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veía en el puente, en la playa, o en la vega, mirando absorto la Cruz de la Peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistía a los funerales. En las noches oscuras del verano las aldeanas solían oír entre las arboledas un canto dulce y lúgubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Había puesto a la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas... Y no dio otros besos en su vida.

Fasque Nefasque

Manuel Milá y Fontanals

Biblioteca Romántica Moderna Tomo 2. 1837

Personas.

Huberto—Bernardo—Josefina—Cazadores—Niñas

Campo iluminado por la luna. A la izquierda muchas ruinas, en medio algunos árboles y a la derecha campo casí despejado con alguna ruina.

Sale Huberto en traje de caza por la derecha con una saeta en la mano. Sientase.

HUBERTO — Mucho me he fatigado, pero bien caro ha pagado el animal el atrevimiento de encararse con Huberto de S. Huberto. ¡Cómo si Huberto no fuese mi nombre y el santo patrón de mi casa patrón de los cazadores!... Esta mañana, pobre lobo, la sangre se revolvía en tu cuerpo enrojeciéndote los ojos furiosos, y esta noche la que gotea de la punta de mi saeta es la sola sangre tuya que no está tranquila. Pardiez que algunos de mis amigos andan diciendo a todas horas que es placer degollar al ciervo, al conejo y demás animales pacíficos, y yo de este mismo lobo he sentido compasión al ver vacilar su cabeza con tanta boca abierta y con los ojos medio cerradosl... Mas ¿qué debía hacer? He salvado la vida de aquel paje de cabellos rubios que después, cosa extraña, me ha mirado tan aturdido como si fuese yo otro lobo; y he puesto en peligro mis días para guarecer los del pastor y los del rebaño ; y no será poca recompensa a mis trabajos la dulce vergüenza que sentiré cuando en la ciudad digan las señoras, señalándome con el dedo, tal vez en presencia del príncipe: aquel galán caballero es el mejor cazador de las llanuras... ¡Cómo que así me presentaron por primera vez ante mi Josefina! *(Pausa.)*

¡Josefina! ¡Josefina!... Y no sé por qué anda tan triste y con los ojos bajos. Yo siempre la digo: ¿Quieres que no vaya a la caza? ¿Despiertas acaso asustada si al extender los brazos no encuentras con los de tu esposo? Pues bien, renunciaré a la gloria, renunciaré al sonido de la corneta tocada a media noche. ¿Quieres dotar seis doncellas de la villa? ¿Quieres que el día de sus bodas se presenten engalanadas como princesas? Pues bien, seré un pobre caballero, pero la fiesta próxima iré a la ciudad a vender uno de mis campos y volveré tan contento con un puñado de monedas de plata... Ella está muy triste, pero mi corazón nunca se abate. Quizá cuando pase la causa de su tristeza se arroje más ardiente a mis brazos... A mí me sucede que cuando voy un rato sobre el caballo, con las riendas flojas y la cabeza inclinada, soy después el que más ruido meto entre mis compañeros... *(Pausa. Levántase dejando sobre una piedra su saeta.)*

¡Ah! Esas son ruinas de mi viejo castillo transportadas al antiguo cementerio de mis antepasados! Bien han hecho en enterrar estos restos de un castillo en estos restos de un sepulcro... Aquí esculpido en una losa un corazón herido por tres flechas, una que figura ser de fuego, otra de oro y otra de acero bruñido. ¡Oh abuelo mío, buen Huberto III de San Huberto! En tu infancia, cuando servías de escolar en la abadía cercana, tu corazón fue herido de amor divino con flecha de fuego; después en tu edad moza, noble caballero, loa ojos negros de Brunilda te hirieron de buen amor con flecha de oro; y en tu edad vieja Roger de Francia te hirió de muerte con flecha de acero bruñido. ¡Muy noble corazón fue

el tuyo, Huberto III de San Huberto! En aquellos tiempos estos ángeles de piedra que ahora reposan sobre escombros, extendían sus alas sobre las puntas de nuestros torreones y lloraban por cada herida que recibía un servidor de mi casa y también por cada herida que el arma del enemigo imprimía en una piedra de nuestro castillo! Llorad ahora sobre los que duermen en este cementerio, oh ángeles: ningún servidor de armas resta en mi palacio, y las piedras del castillo todas acá y allá están esparcidas. *(Empiézase a oir un coro lejano de caladores.)*

Aquí podré descansar con seguridad. ¡Mala había de ser la fiera, y fiera había de ser el hombre que se atreviese a dañarme sobre estas piedras para mí tan sagradas! Estos cantos lejanos me adormecerán y mis miembros acostumbrados a obedecer sus gritos de caza, espontáneamente se moverán como si fuesen mecidos... Oh ángeles que habitáis en el hueco de estas imágenes como el alma habita el cuerpo, o que os esparcís sobre sus formas bruñidas como una luz vaporosa, no temáis por mí; volad a derramar dulces sueños sobre la frente de mi Josefina. *(Duérmese.)*

CORO DE CAZADORES — La luna ya se acerca a la montaña; cazadores, apresuraos para la última batida.

Suene la corneta, chasquée el látigo. El silbido de las flechas confúndase con el ruido de los matorrales que se rompan.

Desbaraten nuestros corceles la margen de la carretera, desbaraten sin vergüenza los cuadros cultivados de la huerta.

¡Viva! ¡Viva! Que el jornalero trabaje seis horas el día de la fiesta de Mayo y compondrá las huertas y la margen de las carreteras.

Que las mieses paguen su tributo al que las libra del pico de la perdiz y del hocico del conejo. ¡Hua! ¡Hua! Esta es la última batida.

La noche del cazador es muy corta; el cazador sólo duerme desde que la luna se oculta hasta que aparece la aurora.

Corre, corre, mi caballo; mueve los pies como en una danza: la caza es la menos guerrera de tus diversiones.

Corre, corre, que te vestiré de gala antes de entrar en la ciudad para pasear delante de las ventanas de mi señora.

¡Hua! ¡Hua! La luna se oculta, esta es la última batida *(Sale Bernardo.)*

BERNARDO — Me dijo que me aguardaría en estas ruinas. ¡Hernán! ¡Hernán!... Habrá huido por miedo de espectros. ¡Hernán! ¡Hola! Se ha dormido. ¿Si habrá cumplido lo que le encargue? *(Da con la saeta de Huberto y tocando su punta ensangrentada, la cree de su paje Hernán.)* ¡Así, para esto sólo te quería, para que me embriagases en pasión, sangre de Huberto! ¡Pronto me embriagará tu adulterio, Josefina de San Huberto! Esto quería, y que después me llamen cobarde porque he confiado a un criado la comisión de asesinar a un pobre caballero. ¿Qué me importa? ¿Había de poner en peligro mi vida cuando estoy cercano a gozar tanto? Si, que por besar a la adúltera con besos de delirio, en medio de unas ruinas, en medio del frío excitante de le noche, mi corazón, para quien son tan escasas las sensaciones, podría dar un pedazo de si mismo.

Duerme, Hernán; duerme, paje de los cabellos rubios, mientras yo gozo. Quizá la inquietud de temer que despiertes acabará de agitar mi alma y darla movimiento y calor para gozar. Quédate con tu saeta, con tu hermosa saeta en la que acaricio dos anchas y fi-

nas alas, con tu saeta que habrá volteado alrededor del corazón de Huberto para dar mejor en el centro. *(Entra en las ruinas sentándose hacia la izquierda.)* ¡Cuánto he de disfrutar! Pero después también, ¡cuánto padecer! Cuando se ha separado todo del corazón para dar más lugar al crimen, después cuando este crimen lo abandona, ¡qué soledad! ¡Qué sequedad tan terrible la de un corazón como el mío en su quietud! Y por la mañana, cuando pesan tres veces más sobre el alma aletargada nuestras ideas siniestras, cuando al despertar encontramos en el pecho el gusano que ha despertado más pronto que nosotros...

Pero estas ideas me entristecen cuando debiera ensayarme para los goces que me esperan. ¡Quizás todo el fuego de mi pasión se haya desvanecido en esperanzas y Josefina me encuentre indiferente! Además, Josefina es demasiado bella; sin facciones atormentadas, sin ojos sanguinosos es incapaz de entender mis risas de deleite. ¿Qué me importa el fuego de un corazón tranquilo? Si a lo menos viniese temblando... (*Sale pausadamente Josefina y se sienta sobre las ruinas al lado mas cercano al dormido Huberto*)

¿Tiemblas?

JOSEFINA — *(Reprimiendo asustada su temblor)* No, no.

BERNARDO — Eso sólo faltaba para desencantarme.

JOSEFINA — ¡Ay! ¡Ya tiemblo!

BERNARDO — ¿Cómo?

JOSEFINA — ¡He oído a mi lado los suspiros de mi esposo!

BERNARDO — Será tal vez la sangre que tiñe mis manos que suspira por sí misma. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué idea tan graciosa!

JOSEFINA — ¿Qué has dicho?

BERNARDO — Nada, que me acerques tus labios.

JOSEFINA — No, he oído otra vez suspirar a mi esposo.

BERNARDO — ¿Es cierto? *(Limpiase silenciosamente la mano de la sangre que cree de Huberto.)*

CORO LEJANO DE NIÑAS — Niñas, la noche ha huido, viene la mañana; el invierno ha huido, viene la primavera; levantaos al tercer canto del gallo.

Hoy es la fiesta de Mayo. Este día la tela lisa no estremecerá la punta de nuestros dedos; las tijeras penderán del delantal, sólo por adorno.

No desenvolveremos el hilo del cerco movedizo en que cuatro cañas ruedan como cuatro niñas que juegan. Hoy descansarán las cañas y jugarán las niñas.

No acunaremos al hermano pequeñito que irá adornado con franjas de plata en brazos de la madre. mientras otro hermanito mayor la seguirá asido de una mano con los ojos bajos y los pies traviesos.

Hoy se cierran las puertas por de fuera. ¿Sabéis quién gobernara las casas esta tarde? El perrito, las gallinas y la cabra que se pasearán solos con la cabeza erguida por nuestros aposentos.

Levantaos, niñas. Que el fresco de la mañana enrojezca vuestras mejillas; batid las manecitas que hoy es la fiesta de Mayo. *(Josefina huye desatentada; Bernardo queda meditando.)*

BERNARDO — ¿Si será verdad que exista una vida de inocencia pura como esta mañana? Dios del cielo, si has querido herirme con este canto, te engañaste; cuanto han dicho estas rapazas es demasiado aéreo para penetrar en mi corazón.

CAZADORES — La montaña está pronta a repeler de su seno el sol templado de Mayo. Cazadores, apresuraos para la primera batida.

Suene la corneta, chasquee el látigo; el silbido de las flechas confúndase con el ruido de los matorrales que se rompan.

Desbaraten nuestros corceles la margen de la carretera, desbaraten sin vergüenza los cuadros cultivados de la huerta.

BERNARDO – Sí, ahora sacudís la vergüenza para cosas tan fútiles, y el mismo amor a sentimientos desconocidos que os impele a lo vedado, os impelerá también cuando habituados a romper márgenes no lo consideréis como cosa vedada. Las que ahora son locuras entonces serán crímenes; que el corazón abandonado a sus extravíos siempre va más allá, y siempre como un océano quiere ir más allá. Vosotros, sin embargo, cuando os separáis fastidiados de vosotros mismos y de vuestras diversiones, no os encontráis solos en la soledad; vuestro corazón se entiende entonces consigo mismo; llora de sus locuras que ya aborrece y de que apenas se acuerda, y llora con una armonía divina. ¡Confieso, poder del cielo, confieso que me has herido!

CAZADORES — Corre, corre, mi caballo; mueve los pies como en una danza: la caza es la menos guerrera de tus diversiones.

UNOS CAZADORES — A la derecha de le villa que se alegra de la venida del sol.

OTROS — A la derecha de las ruinas de S. Huberto.

TODOS — ¡Hua! ¡Hua! esta es la primera batida. *(Huberto despierta y se levanta.)*

HUBERTO — (*Hablando consigo*) ¡Qué sueño tan pesado, Dios mío! ¿Qué es lo que me ha sucedido? Parece que estas buenas ruinas han murmurado cosas borrascosas... Después un canto dulce como el de un bardo que se ensaya en la cuerda más querida de su cítara, después... Si algún dragón húmedo salido de estos escombros hubiese respirado en mi boca, trocando por el mío su aliento envenenado...

UNOS CAZADORES — A la derecha de la villa que se alegra de la venida del sol.

OTRO — A la derecha de las ruinas de San Huberto.

(*Bernardo, que había continuado en su meditación, se levanta para salir pausadamente. Mueve con esto algunas ranas, y Huberto despavorido por el ruido que las ramas producen, por el grito de caza último y por sus tristes imaginaciones, cree que anda por allí una fiera. Sube a una cima precipitadamente y dispara su saeta lacia Bernardo del cual le separan las ruinas y los árboles. La saeta pasa los árboles y las pilastras y hiere a Bernardo*)

BERNARDO — ¡Cielo! Herido estoy.

HUBERTO — ¡Dios mío! ¡He herido a un hombre!

BERNARDO — *(Tocando las alas de la saeta)* ¿No es esta la flecha de Hernán? ¿Por qué mi sangre ha tenido que mezclarse con la del odioso Huberto de San Hubeno?

HUBERTO *(Que se habrá acercado)* — Cómo, desdichado cristiano tu sangre se ha mezclado con la de una fiera. ¿Me creías muerto?...

BERNARDO — Sí, a manos de mi paje Hernán.

HUBERTO — Mira, allá se divisan algunos cazadores. ¿Quieres que te transporte con ellos a mi palacio donde quizá cures de tu herida?

BERNARDO — No tengo fuerzas para querer nada... A tu palacio, a tu palacio... No todo lo de tu palacio es tuyo... ¿Creerás lo que voy a decirte?

HUBERTO — Las palabras del que está delante de las puertas de la muerte nunca son mentidas.

BERNARDO — Pues bien, corre a tu palacio y lo encontrarás sin su mejor joya, sin la pálida Josefina que está de vuelta de los brazos del adúltero. Si te engaño, haz de mí lo que quieras.

HUBERTO — *(Marchando)* ¿Y qué podría hacer de tu esqueleto?

BERNARDO — Colgarlo de un asta como el de un bandido. (*Solo*) Otro crimen aun y no estaré aligerado en presencia de Dios por un solo instinto de remordimiento. Bien, llamaré a Huberto y le diré que estoy loco y que no me crea... Si no me oye, mejor; entonces no seré ya responsable de unas desgracias que no habré podido impedir y quedaré con el placer de la venganza... *(Levántase para llamar a Huberto, pero vacila y muere.)*

La Predicción

Jacinto de Salas y Quiroga

No me ovides. 14 de mayo de 1837. Nº 2

Tú esperas... ¡bien! ¡Plegue a Dios
cumplir tu presentimiento!...
De los dos será el contento
Como el mal fue de los dos.
(J. F. Pacheco)

I

¡Oh, mujer!.... Cuando la voz celestial se mezcló a mis ilusiones de niño y pronunció su terrible presagio, cuando maldijo mi felicidad de ángel y mi esperanza de justo, yo tendí la vista con desconsuelo en torno mío, y crudo fue el dolor que de mi corazón se apoderó. Porque dije: estas dichas que ahora me embriagan se hundirán cuando el sol se hunda en los mares; las ondas del perfume que arde en el pebete se convertirán en nubes de tormenta, y el cielo de mí vida en lóbrego infierno. Las lágrimas corrían entonces por mis párpados, en medio de los festines, y al eco de canciones de alegría se elevaba en mi seno un cantar, profundo como mi temor, oscuro como mi porvenir. Y así marchaba con trémulo paso como el viandante cercado de un precipicio y de vistosas alfombras de fragantes flores, que ignora si el aroma del nardo es más de temer para él, que las espinas de la rosa.

¡Triste!.. ¡Triste presagio aquel que nos condena a padecer en el deleite, a llorar en la alegría, a vivir muriendo! ¡Y en este mar de penas y de temores, a arrojar con supersticioso empeño el placer del alma, la sonrisa de los labios! ¡Y a no gozar con el goce, y no vivir con la vida, y no existir con la existencia!

¡Oh mujer! Yo atravesé con mi maldecida frente, sellada con el sello del dolor, un inmenso vacío, y aunque no hallé ni penas ni amargura, siempre resonaba en mi temor aquella voz celeste que dijera: «Joven, serás muy desgraciado»

I I

Cargaron sobre mi frente nubes preñadas de infortunios, cercáronme redes de maldición, y escupiéronme los hombres al rostro, porque... ¡ésta era la sentencia fatal! ¡Dolorosa era una vida así, triste, desierta, y todas las horas del día, y todos los instantes de la noche, y toda la eternidad de mi existencia era solo un dolor envuelto en un gemido!

¡Errante en un mundo a donde había bajado tan solo para llorar un cielo, busqué un seno maternal en que reclinar mi frente, y no le hallé; busqué un padre a quien amar y nadie respondió a mis suspiros, y nadie se dolió de mi acerbo dolor!

Era yo una planta arrojada por una mano de ira en un desierto; era un recuerdo sin pasado, una esperanza sin porvenir.

El huérfano buscó una madre, y el huérfano no encontró una madre. El hombre angustiado buscó un amigo, y el hombre angustiado no encontró un amigo. El hombre amoroso buscó una mujer a quien amar, y... ¡el hombre amoroso te encontró a ti!

¡Oh, mujer !... Si hay un cielo en el mundo, yo le encontré al encontrarte a ti, con tu alma de ángel en tu cuerpo de virgen. ¡Nadie, así! ¡Nadie jamás en la vida podrá derramar en mi alma la luz que tus miradas derramaron! ¡Nadie me verá regar sus plantas con mis lágrimas, cual tú o has visto! ¡Nadie oirá palabras de amor cual tú has oído! ¡Ni nadie jamás ejercerá sobre mí esa mágica influencia que tú ejerces, que ha cambiado mi vida en un solo pensamiento: tu amor!

Cuando yo te vi, temblé. Temblé que la terrible maldición se cumpliera y que una existencia de encantos se trocara por el sudario del padecer. Y entonces agolpadas las lágrimas a mis ojos, acariciando una idea de felicidad, y meciéndome en los brazos de la esperanza, dije: «¡Oh, Dios mío, qué la predicción no se cumpla!»

III

¿Para qué, oh mujer, puso Dios nuestras almas en distintos cuerpos? ¿Para qué nos separó en la vida si nuestras almas se encuentran cada día en el cielo de la esperanza? ¿Para qué nos obligan los hombres a sonreírnos cuando nuestro corazón está despedazado?... ¡Ah!... Es una atroz tiranía... ¡Tú no lo sabes cual yo, virgen celestial, porque tú recibes cada día el cariño de una madre, y de una madre amorosa! .. ¡Y recibes los halagos de un padre noble, como tú, y como tal sensible! ¡Maga mía, ámalos, ámalos, qué yo también los amo, y quisiera poderles pagar con mi vida misma el amor que te tienen. Ahora... pero entonces también ellos me amaban y también lloraban, como tú, mis infortunios. ¡Diera hasta mis ilusiones de poeta por volver a aquellos felices días, por recobrar su ternura, el permiso de contemplarte a todas las horas del día!

Entonces ambos soñábamos las mismas felicidades, ambos vivíamos con la misma vida, éramos uno mismo. Tú sabías mis versos, yo sabía tus cantares, nuestros ojos se encontraban a menudo bañados de lágrimas, y tus miradas de amor eran el deleite de mi alma. Entonces no pronunciaban jamás tus labios mi nombre sin un epíteto tierno y tras de tu recuerdo tu corazón se enajenaba de gozo. ¡Qué delicia era aquel llorar! ¡Que delicia aquel vivir!. ¡Qué delicia aquella existencia de ángeles! Yo te decía llorando: «¡Virgen mía, no tiembles que la predicción no se cumplirá!»

IV

¡Y sin embargo, se cumplió! ¡Virgen celestial, si tú supieras como pasan las horas de mi vida! Los hombres te engañan. Mientras ellos me pintan a ti con negros colores, yo solo me ocupo en pensar en tu amor ¡Ah! ¡Cuántas veces la amarillenta luz del alba me encuentra regando con mis ardientes lágrimas el umbral de tu mansión! Y al verme luego, pálido y macilento, que me encamino trémulo a mi albergue, me ven y te dicen: «Salió de una orgía». Mujer no los creas, que mis soledades son eternidades de pena, no instantes de placer.

¡Angel mío único mujer a quien idolatro en la vida, las horas de mi existencia están contadas; por ti sola amaba esta !...¡Tú me la diste, tú me la quitas!

Al bajar al sepulcro llevo conmigo, entre mil recuerdos de oro, un recuerdo de plomo. Yo te perdono, yo te perdono mi muerte, y solo en gracia de este amor entusiasta, una gracia te pido...¡Tú sabes quiénes son los seres que más amo en la tierra; después de mi, muerte enjuga sus lágrimas! ¡Ellos secarían también las tuyas si tú llorases! ¡Si alguno, en torno tuyo, me maldice, pide perdón por mí, que soy más desgraciado que culpable!. Mujer, tu fuiste mi primero y único amor; si los muertos aman, tú serás mi adoración hasta en la tumba.

¡Encantadora virgen mía! ¡La predicción se ha cumplido!!!

Una impresión supersticiosa

Pedro de Madrazo

No me olvides. 2 de julio de 1837. Nº 9

I

No se crea que bajo este título voy a componer un cuento o una novela. Un buen dibujo, un cuadro, un edificio, una fantasía de música alemana profunda y bien sentida, inspiran cierta clase de ideas que no pertenecen a un género de poesía decidido. Además, las reflexiones que aquí voy a consignar no existían antes de ver la estampa que a este número acompaña, de manera que este dibujo no es una viñeta hecha para un trozo de literatura: es el capricho de un artista, y estos renglones son un nuevo pensamiento de los muchos a que da lugar otro pensamiento ya realizado.

Porque, en efecto, un joven hermoso, elegante y abatido con su frente de genio, con su mirada de penetración, sentado en actitud meditabunda en una habitación veneciana, revestido de sedas y brocados, con una puerta oculta para las visitas de amor y una ventana griega para escuchar el canto de los pescadores cuando, bajo su oscuridad y su misterio, duermen las aguas del canal Orfano; y una vieja en pie a su lado, que le habla para persuadirle con la seducción de una hermosa disfrazada en una góndola, con la vehemencia en la seca voz y con el fuego en los hundidos ojos —cualidades tan notables en una vieja cortesana— forman la representación completa de una larga vida y experiencia mundana, prostituyendo una vida de pocos años, de creencias y de encantos. Ella le persuade, le seduce; él duda, rehusa y vence. Porque otras noches el cielo estaba sereno y estrellado, y al poner el pie en las aguas dejaba en su habitación un hermoso rayo de luna; ahora está negro y tempestuoso, y las aguas del Adriático se estrellan, bramando a la entrada de los canales. En un alma joven que cree y espera, nunca falta un sentimiento de superstición; pero esta superstición es virgen, noble y nacida en la verdad del pensamiento.

II

Tanto en España como en Francia y como en Inglaterra por lo general los hombres sólo consideramos la superstición por el lado de la ridiculez. Sin embargo, sus raíces existen poderosas y profundas en el corazón de la criatura y la misma filosofía, siempre que parece obstinarse en un absoluto desprecio de este sentimiento íntimo, es superficial y presuntuosa. La naturaleza no ha creado en el hombre un ser aislado, destinado solamente a cultivar y poblar la tierra, sin tener, con todo lo que no sea de su especie más relaciones que la estéril e invariable comunicación nacida de su utilidad y de su egoísmo. No, ciertamente; entre todos los seres, físicos y morales, existe una gran correspondencia. No hay una sola persona, al menos yo así lo creo, que al tender sus miradas hacia un horizonte sin límites, al pasear la playa adonde vienen a estrellarse las olas del mar, o al levantar los ojos al firmamento poblado de estrellas, no haya experimentado una especie de

emoción que no le ha sido posible analizar o definir. Parece que voces desconocidas, llenas de misterio y de armonía, bajan de lo alto de los cielos, se lanzan de la cima de las rocas, resuenan en el fondo de los torrentes y de las selvas que se agitan, y se alzan de las concavidades de los abismos. ¡Hay un no sé qué de profético en el tardo vuelo del cuervo, en el fúnebre grito de las aves nocturnas, en los lejanos rugidos de las fieras del desierto!...

Todo lo que no está civilizado, todo cuanto existe libre del artificioso dominio del hombre, habla a su corazón. Sólo las cosas que él ha adulterado para su uso son mudas, porque están muertas. Pero estas mismas cosas se reaniman, vuelven a tomar una vida mística, cuando el tiempo desgasta y destruye su utilidad. La destrucción, pasando sobre ellas, las vuelve a su relación con la naturaleza... Por eso los edificios modernos son monumentos mudos: por eso las ruinas tienen voz. Todo el universo se dirige al hombre con un lenguaje inefable, que se hace sentir en el interior de su alma, en una parte de su ser desconocida a él mismo, y que participa de los sentidos y del pensamiento. ¿Qué cosa, pues, más natural y sencilla que imaginar que este esfuerzo de la naturaleza para penetrar en el hombre va acompañado de una significación misteriosa? ¿Por qué esa agitación interna, esa especie de sacudimiento mental que parece revelarnos lo que la vida común y prosaica nos oculta, había de carecer a la vez de una causa y de un objeto? La razón, no hay duda, no puede explicarlo —cuando quiere analizarlo, deja de existir—. Llega la luz del día y desaparece la fantasma. Por lo tanto, esto pertenece esencialmente a la poesía. ¡Consagrado por ella este misterio, encuentra en todos los corazones una cuerda que le responde, un tono que exclusivamente le pertenece, un sonido para formar el acorde con su sonido, una cavidad para recibirle! El destino, escrito en los astros, los presentimientos, los sueños, los presagios, esas sombras del porvenir que nos cercan, a veces no menos terríficas que las sombras de lo pasado, pertenecen a todos los países, a todos los tiempos, a todas las creencias. ¿Quién es el que, mientras le anime un interés grande, no presta el oído temblando a la que cree la voz del destino? Cada hombre, en el santuario de su pensamiento, se explica esta voz como puede, y guarda silencio delante de los otros hombres, porque no halla expresiones para comunicar aquello que jamás deja de ser individual.

III

Pero hay seres cuya organización física, delicada y frágil, es susceptible de más vehementes impresiones; y hay momentos en la vida de estos seres en que una sensación de aquella especie puede ser funesta. Ambas cosas tenemos a la vista en la estampa que acompaña a este número. Ahí está uno de esos seres, ahí está uno de esos momentos. Con estos datos se puede combinar un drama. La invención nos pertenece a ambos: al artista que pinta la escena y a mí que describo la acción. Y porque coloque a esa existencia de joven, melancólica y alegre, distraída y pensadora, en el cuadro de los sueños y de las delicias, como un ángel de Rafael en un paisaje de Claudio Lorena, como una voz de niño en el solemne coro de una antigua abadía, para obtener el efecto en el claro-oscuro de la idea; porque le vista el traje galante y poético del siglo XVII, y le dé un alma de fuego y una fisonomía española, y le coloque en el centro de la risueña Venecia, ocupado en la meditación de unos antecedentes de amor y de unas consecuencias de incertidumbre y de desgracias; finalmente, porque dé a este joven el nombre de Don Luis Calderón, y me lo

figure en íntimas relaciones con una Lucrecia Contarini, también joven y hermosa, veneciana, de cabello dorado, blanca y sonrosada, como una creación de Ticiano o Tintoretto, nadie me podrá hacer cargo de estas suposiciones.

Por todo lo cual vendrán nuestros lectores en conocimiento de que el apéndice de la vieja, verdadera Quintañona castellana, cuyo nombre reservamos como demasiado ridículo, no hace en el negocio su papel del todo indiferente.

Ahora bien, ya he dicho que era la noche oscura, que las aguas azotaban con furia los bordes de los canales, y he dado a entender que por consiguiente la góndola de Lucrecia, flotando a merced del viento, era la única que surcaba en silencio las agitadas ondas de las lagunas. Sola, cubierta de paño negro para ocultar los adornos y exquisitos recamos de la embarcación del senador Contarini, presentóse a la vista del abatido Don Luis, que la miró desde su ventana dejando correr por su semblante una lágrima de compasión.

¡Sentóse a escribir, y entregó a la anciana en un papel regado con el llanto una eterna despedida!

Y Lucrecia en tanto esperaba impaciente la llegada del español. Ya reclinada muellemente en los aterciopelados almohadones de la barquilla, la idea de embriaguez que acariciaba su pensamiento pesaba sobre sus delicados párpados, y amortiguaba con un velo de humedad y de placer la luz de sus hermosos ojos; o ya sobrecogida por la misma impresión terrífica de la tempestad, imploraba arrodillada y con las manos cruzadas el perdón de la Madona de un pórtico, cuya luz miraba rielando sobre las aguas como la estrella de los desgraciados. Acaso el pensamiento de los dos amantes estaba unido por un hilo invisible de fatalidad... Además, el corazón de su veneciana es tan apasionado como tímido y devoto. ¡El amor, la esperanza, le alucinaban; el agua que salpicaba los pabellones de la góndola, el viento que los hacía ondular, le estremecían!

IV

¡Aquella impresión supersticiosa de Don Luis era una revelación del cielo!

Reuniéronse al siguiente día los tres miembros de la Inquisición de Estado para recibir la aprobación del senado de la sentencia pronunciada, y también ejecutada ya, contra la adúltera Lucrecia Contarini. El senador de este nombre, y Foscari, el marido de la desgraciada, no pudiendo intervenir en un negocio que les era personal, fueron excluidos del congreso. El pobre padre sabía ya demasíado bien la suerte que le esperaba. El paradero de su hija era para él un misterio.

El marido era demasiado estoico y miraba con indiferencia el delito de Lucrecia.

La vieja veneciana acababa de ser conducida a los pozos del canal de los inocentes

V

Entretenido estaba Don Luis Calderón, aunque no muy a su sabor, en los preparativos de su viaje. Muy amargos suspiros salían de su pecho y muy honda pena le desgastaba las entrañas. La noche era fresca y clara. Brillaba la luna y plateaba las aguas dormidas del Orfano y una barca en ellas esperaba al joven español. Pero antes de partir necesitaba

Don Luis un momento de meditación y de desahogo, necesitaba comunicarse con aquella habitación que abandonaba, con aquellas paredes mudas y despojadas que le comprendían, bañarse en aquel rayo melancólico de luna, en aquella luz tan amiga del infortunio, respirar en su ventana griega el aire de los canales, y escuchar por última vez las tristes canciones de los pescadores. ¡Hay tanto misterio para un alma joven en la vida de los pescadores!

Abrió Don Luis su ventana, y entró en la habitación desarreglada ya y sembrada de inútiles papeles un rayo de luz que restituyó a sus pálidas facciones todo el encanto viril de sus momentos de amorosa embriaguez. ¡Sin duda, en aquel momento se creía feliz! Dilatóse su frente ancha y serena, y halagó la brisa suavemente su negro y luciente cabello helando en sus párpados una lágrima que empezó en una idea de tristeza, que desvaneció al apoyar sus brazos en el húmedo antepecho de alabastro.

Llegaron a sus oídos los acentos deseados. Eran las octavas del Tasso que cantaba el gondolero, ocioso en su barquilla, abreviando las horas de la noche e interrumpiendo el silencio de las lagunas. Solitario en medio de tantos magníficos edificios, la calma del cielo, la sombra de los altos palacios que se prolongaba sobre las aguas, el lejano ruido de las olas del mar, el silencioso movimiento de las góndolas negras de sus compañeros y su lento balanceo, prestaban nuevos encantos a la melodía de su voz. Otro barquero le respondía con la siguiente estrofa; la música y los versos formaban el medio de inteligencia de aquellos dos hombres que tal vez no se conocían, y después millares de voces resbalando sobre la tersa superficie de las lagunas con los nombres de Rinaldo, Tancredo y Erminia proclamaban sin saberlo al poeta de Sorrento.

Bogaban en silencio Don Luis Calderón y su camarero. Detúvose el barco de repente y preguntó el español la causa.

—Aquella flámula roja de una góndola del Estado—respondieron los gondoleros.

Llegó en efecto a poco rato la temible embarcación. Todos estaban helados de espanto. Don Luis esperaba triste y resignado. Obligáronle a salir de su góndola y llevándoselo a la del Estado desaparecieron con la rapidez del relámpago. Era la misma góndola de Contarini

Aún permanecían inmóviles los gondoleros de Don Luis Calderón, cuando vieron que del barco de la Inquisición del Estado, cuyo rumbo seguían ya de muy lejos con los ojos espantados, precipitaron al agua dos cadáveres, uno de hombre y otro de mujer, unidos y despojados de sus vestiduras.

Esto no obsta para que nuestros suscriptores den a la estampa de este número la significación que más les acomode.

Los jóvenes son locos

Miguel de los Santos Álvarez

No me olvides. 3 de septiembre de 1837. Nº 18. 10 de septiembre de 1837. Nº 19. 17 de septiembre de 1837. Nº 20

Las once de la noche acababan de sonar en el elegante reloj de un cuarto de estudio, en que a la sazón había dos jóvenes, que, sobrenadando, por decirlo así, entre la multitud de papeles revueltos que la adornaban en el más bello desorden, estaban sentados a una mesa.

El mas viejo tendría unos veinte años, y llevaría unos cuantos meses de ventaja, en el trote largo de la vida, al más joven, que, en aquel momento, estaba, un si es no es, meditabundo.

El primero, como verán nuestros lectores,. en el discurso del diálogo que trasladamos, se llamaba Carlos, el otro Eugenio..

—¡Pero, Eugenio, por Dios! No seas loco—, dijo al fin Carlos, reanudando sin duda una interrumpida conversación.

—Vamos a ver, ¿y quién te ha dicho que esta es una locura?...

—¡Pues no lo ha de ser! Vaya, chico, acabaste de perder el poco juicio...

—Que me habéis dejado todos vosotros.

—A fe mía que nada nos tienes que echar en cara. ¿Se pasa un día sin que pienses a tus solas mil extravagancias?

—¿Y se pasa una hora sin que ejecutemos juntos dos mil necedades?

—¡Bueno!—dijo Carlos, poseído del más cándido entusiasmo y levantándose de repente—. Ése es el modo de vivir en este mundo, ésa es la felicidad, ése es el gozo, ése es el único alivio de las penas con que al nacer...

—Vaya, déjate ahora de raciocinios. Por fortuna no nos falta de que hablar; cuando no hay nada que hacer es cuando se piensa.

—¡Buena teoría! Buena, Carlos !Y qué serio lo dices! Cuando yo pienso una extravagancia, ya sé que lo es; pero a ti se te descuelgan del alma como los frutos muy maduros caen del árbol, sin violencia, obedeciendo a cierta fuerza centrípeta.

—Bien, como quieras; ¿pero no te parece que dentro de muy pocas horas habré ya experimentado una multitud de sensaciones nuevas?...

—Te aconsejo que no emprendas esa aventura.

—Ya he dicho que quiero.

—Pues quiere, en hora buena; pero repito, que es la locura más extraordinaria...

—Pues no lo es.

—¡Pues ea, se acabó! No lo es. ¿Quieres que te dé una prueba de que ya no la tengo por tal? ¿Quieres que vaya contigo?

—No, porque entonces no conseguiría mi objeto .Quiero estar solo con esa mujer. Quiero tener miedo.

—¡Miedo! ¿Y a qué fin?

—Ya te he dicho que quiero ver hasta donde alcanza en nosotros el poder de lo extraordinario. Quiero penetrarme bien de las ideas que se pueden ocurrir a un hombre, en la situación en que yo voy a estar dentro de poco. Quiero, en una palabra, ser el protagonista en un cuento que voy a realizar en vez de escribir.

—Muy bien pensado; pero estoy seguro de que no conseguirás tu objeto. En vez de temblar te reirás de las extravagancias de esa loca. Y como la risa y el miedo...

—Pues no me reiré, y tendré miedo, porque me empeñaré en tenerle, y lo conseguiré.

—¡Qué disparate ! !Si esa no pasa de ser una mujer común! ¡Si tuviera un poco más de dignidad, ya podría desempeñar mejor su papel de bruja! ¿Pero no reparaste esta mañana en sus ridículos modales, no te hizo rabiar aquella solemnidad grosera, con que quería adornar sus toscas palabrotas?

—¡Bien! Pero yo por ahora no tengo otro instrumento de que valerme para mis ensayos. Es cierto todo lo que dices, pero ella echará el resto para asombrarme. Además, ¿te parece que no es bastante, para aterrar a un hombre, el hallarse solo con una bruja a las horas de la noche, en que, hasta en su cuarto, vislumbra algo que le contiene en sus movimientos, que le hace economizar todo lo posible el ruido, aunque no sea un avaro en materias de bulla; esas horas en que las cosas no tienen cuerpo, porque nosotros no le vemos, en que por lo mismo comprendemos mejor los espíritus, que nuestra imaginación nos hace temer sin saber porqué, en cuyo silencio los acompasados golpes de una péndola parecen mas bien una articulada y monótona despedida del tiempo, que se lamenta solemnemente de abandonarnos, en los sonidos metálicos que cuentan el espacio en que los hombres le han dividido?.... ¿Esas horas en que la oscuridad no solo roba sus colores, dejando severos y tristes a todos los cuerpos que nos rodean, sino que se introduce dentro de nosotros mismos, llenándonos de fúnebre tristeza, como la atmósfera que respiramos, que está entonces separada de la luz, alma del mundo, de ese incomprensible éter, sin el cual no se puede vivir?

—Mira, al momento te dejo continuar; pero, aparte eso de respirar oscuridad, solemne disparate, a mi entender (y con tu perdón); en cuanto a lo de no poder vivir sin la luz del sol, creo que te equivocas. A mí me parece que es una bonita mentira y que indudablemente podríamos vivir en una eterna noche, porque yo creo que una lámpara miserable, colocada a media vara de nosotros, ganando en proximidad, lo que pierde en brillantez, es un sol igualito, igualito, al que nos alumbra desde yo no sé cuantos millones de leguas.

—¿Y quien te ha dicho que la luz que da esa lámpara no viene de la que da el sol?

—No nos metamos a hablar de lo que no entendemos.

—Pues entonces, ya podemos condenarnos a no hablar una palabra. Pero, dejemos esto a un lado. ¿No te parece que el verse uno a esas horas solo en el mundo, porque nadie sabe donde uno está, en una buhardilla mal aparatada, delante de una mujer que sea lo que quiera está fanatizada por lo maravilloso, es suficiente para hacerle penetrar, o por mejor decir, adivinar, aunque no sea mas que por aproximación, una situación sublime?

—Sí; pero a todo esto, ya se ha pasado la hora de la cita. ¿Qué es eso? ¿No te atreves a ir, y te estás ahí haciendo el fanfarrón, y dejando pasar el tiempo con tu charla, para tener luego la disculpa de que se pasó la hora?

—Te has equivocado. Ese reloj acaba de dar las once, y anda media hora adelantada. Aún tengo un cuarto de hora para salir de mi casa, y otro para llegar a la suya. Pero vámonos, no será malo dar una vuelta antes por sitios extraviados para inspirarse un poco.

—La noche no deja nada que desear en cuanto a oscuridad. ¿Tú me acompañas?

—Bueno.

—¿Pero por supuesto que no subes?

—No, hombre, no, ya me llegará a mí también el día en que daré una noche a espíritus. Me has metido en ganas de habérmelas con vestigios.

Ya se había echado encima Eugenio la capa.

—¿Vamos?

—Espera, voy a sacar las pistolas.

—¡Ah! ¿Y te atreverás a dispararlas en caso necesario?

—No sé, puede muy bien ser que no, y puede muy bien ser que sí.

—¡Mucho cuidado! En un acceso de furor puedes hacer un disparate, y vivir luego atormentado por los remordimientos. ¡Fuera de broma!

—Vaya; déjate de tonterías. Vámonos; ya estoy en un estado de solemne agitación como si fuera a acometer una grande empresa.

—Ya te se conoce en lo acompasado de los movimientos, y en lo hueco y sepulcral de la voz.

—¡Alúmbranos, María!

Y los dos jóvenes bajaron la escalera.

Ahora, mientras llega nuestro héroe al escondido zaquizamí, en que ha de pasar, no sabemos si una buena o mala noche, vamos a explicar a nuestros lectores el por qué de tan extraordinaria determinación.

Eugenio se había acostumbrado, a pesar de su despejado talento, a pensar extravagantemente. Era por lo mismo aficionado a todo lo que salía del orden natural de las cosas. Hacia dos días que tenía noticias de una mujer, a quien alguna que otra gente regular consultaba, respetándola como a bruja; y según pueden ver nuestros lectores no se había descuidado en hacerle una visita. No es de presumir que Eugenio creyese que aquella mujer tenía pacto con el demonio, pero lo cierto es, que no la despreció como su amigo Carlos. De repente, al estar hablando con ella por la mañana, se le ocurrió la idea de pasar una noche entregado a los sueños de su imaginación, en la casa ridículamente adornada de una mujer que se tenía por un ser sobrehumano. Se lo propuso, en efecto, y aunque ella, al principio, resistía, al fin picada en lo más vivo de su honor, condescendió en una especie de desafío, en que ella ganaba, si lograba atemorizar a Eugenio, y perdía, poniéndose en ridículo, todo su prestigio, sino conseguía inspirar más que desprecio a un niño que se había atrevido a arrostrar sus verdaderos o fingidos encantos. Todo el mundo alcanza lo mucho que a ella le iba en salir airosa de esta empresa, y todo el mundo podrá alcanzar asimismo los peligros que correría el hombre que se encerrara a las horas mas

avanzadas de la noche, entre cuatro paredes, con una loca, que poniendo todo su placer en la fama de bruja, viera en él un testigo de su impostura.

En nada de esto pensó Eugenio; ni por la imaginación se le pasó que aquello podía parar en otra cosa que en algún susto, acaso capaz de atemorizarle, que era lo que él deseaba.

Llegó pues con bastante ánimo hasta la puerta de la calle de una destartalada casa. Allí se despidió de su amigo, que se separó de él, deseándole una noche divertida. Entró en el portal, que estaba absolutamente oscuro, acertó a tientas con la escalera, y subiendo el primer escalón, pidió fuerzas a Dios para encaramarse por ciento y cinco, que la vieja le había dicho que tenia que contar para llegar a la puerta de su cuarto.

Como el que más y el que menos se ha hallado una vez en una mala escalera, sin luz, y acompañado solamente del silencio de las altas horas de la noche, excusamos de enumerar los obstáculos que tuvo que vencer el pobre Eugenio, para decir por fin desde una altura respetable:

—¡Ya están los ciento y cinco!

Apenas habla pronunciado estas palabras, se abrió una puerta; una mano larga y enjuta que le podía dar casi dos vueltas con sus dedos a la muñeca, de que le tenia agarrado, le introdujo, sin luz, en una estancia que debía ser una calleja, según lo estrecho que se encontró Eugenio. Al momento cerró la puerta, dando cuatro interminables vueltas a la llave, que, unidas a una voz cascada que le dijo con aire de amenaza: «Ya estás solo», llenaron a Eugenio de un espanto tal que le hizo arrepentirse muy de veras de su imprudencia.

La situación era peligrosa. Estar solo, a ciento y cinco escalones de elevación, con una puerta en medio, cerrada con cuatro vueltas de una llave que debía ser enorme, según. el sonido que hizo al rozarse en la cerradura, antídoto contra las esperanzas de escaparse, sin luz, y en poder de una bruja o de una loca, que es peor. He aquí una posición en que no desearíamos hallarnos, ni que se hallase ningún amigo nuestro.

¡Pobre Eugenio!

En los primeros momentos se sucedieron con tal rapidez una multitud de ideas en la atolondrada cabeza de Eugenio, que no sacó de todas ellas ninguna consecuencia razonable. Con los ojos cerrados, el rostro violentamente contraído hacia el pecho, y los hombros levantados, estaba como el que espera un golpe que no sabe de donde ha de venir, ni sobre qué parte de su cuerpo ha de caer.

El viento en tanto, aunque no muy fuerte, susurrando ligeramente entre los huecos de las tejas, que no estaban muy lejos de su cabeza, contrahacía, con prodigiosa volubilidad, mil diversos sonidos indeterminados, de esos que resbalan en nuestros oídos, que son a estos lo que el humo a los ojos, y que podrían muy bien ser efecto de éste, si el humo hiciera algún ruido, al romper, con sus aéreas evoluciones, la atmósfera en que va a perderse. Esta especie de fantástico arrullo daba a las ideas de Eugenio, que a la sazón iban ya desembrollándose un poco, una tinta, digámoslo así, de trasparencia, que le hacia creer que estaba bajo el influjo de algún ensueño delicioso; pero alguna que otra china que el viento hacia caer del tejado, y que se introducía acaso por su cuello hasta las espaldas, dándole un verdadero susto, mientras creía que podía ser una araña, insecto que por una singular antipatía le helaba de espanto, le hacía bien pronto conocer el sitio en que real-

mente se hallaba: nada menos que en la patria de sus enemigos, en uno de los lugares en que, según la concurrencia de tales bichos, debe estar prodigiosamente adelantada la civilización, y por lo tanto la malignidad de estas criaturitas, lanzadas al mundo sin duda tan solo como una muestra de la belleza que puede dar un buen artífice a sus obras, esmerándose en aplicar a su construcción todas las reglas del buen gusto en las proporciones que estaba al fin despierto, aunque a oscuras, en una solana.

Mucho más tiempo del que hemos tardado en describir todo esto, estuvo Eugenio sin hacer apenas un movimiento, y podemos decir, con toda verdad, que casi deseaba ya no cambiar de situación, porque al menos en aquella se iba acostumbrando a no tener ningún peligro; pero al fin vino a sacarle de ella la misma mano que en ella le había metido, la mano de los cinco látigos, que no hallamos otra expresión que mejor pueda dar una idea clara de tan prolongados y correosos dedos.

Le asió segunda vez por el brazo, y sin que se notase hacia que lado cala el cuerpo, todo de aquella estrambótica parte, le obligó a dar unos cuantos pasos sin que Eugenio supiera en que dirección.

Al fin notó que quien hasta entonces le había dirigido por un lado, o por tierra, o por el aire, que acerca de esto tenía sus dudas, se colocaba en aquel momento delante de él, y poniéndole las manos en el pecho le obligaba a detenerse. Entonces sintió que cl bulto había desaparecido, o por mejor decir, se había alejado, soltándole el brazo, pero agarrándole en cambio las dos manos. A poco tiempo empezó a sentirse atraído suavemente hacia delante, como si se quisiera que anduviera despacio, y efectivamente, arrastrando casi los pies, comenzó a dar algunos pasos; siete habría dado a lo más cuando, faltándole el suelo, creyó, asustado, que empezaba su viaje al infierno, que está en el centro de la tierra, según nos lo prueban una porción de datos irrecusables; pero bien pronto se halló otra vez sobre un pavimento firme, de manera que, aunque él sabia que este era camino que se hacia con mucha rapidez, conoció que aun no había llegado, y que a lo sumo habría descendido como unas doce o trece leguas. Le soltaron entonces las manos, y quedose solo e inmóvil, confuso y aquejado por el dolor de un pie que se le había retorcido en el terrible salto.

Poco tiempo duraron sus dudas acerca del sitio en que se hallaba. Después de una súbita llamarada de pólvora o azufre, según el olor que despidió, vino a quedar encendida en medio del que entonces conoció ser un cuarto irregular, una especie de lagartija que daba más que suficiente luz para ver distintamente todos los objetos que le rodeaban. Prescindiendo entonces de todo lo demás, lo primero que hizo fue buscar por todo el techo algún boquero, por el que él calculaba que debía haber bajado allí, desde una altura por supuesto mucho mas considerable, porque de las vigas al suelo no había más que unas dos varas, y esto era muy poco para la gigantesca idea que él se había formado de su descendimiento. Encontró alguna que otra considerable rendija, pero no bastante grande para dar paso a su cuerpo; por lo cual, después de todo el. detenimiento con que, en atención a las circunstancias, podía dedicarse a hacer esta observación, se quedó sin saber de que modo ni por dotado había llegado hasta allí, y empezó a pasar sus absortas miradas por toda la habitación.

Nosotros solo diremos a nuestros lectores que detrás de Eugenio había un escalón que se elevaba hasta media vara sobre el suelo del cuarto en que entonces se hallaba,

que se comunicaba por medio de él con otra pieza que estaba contigua. No lo aseguramos, pero pudo muy bien ser que esta media vara, abultada por el miedo, que abulta todas las cosas, viniese a dar de sí hasta las doce o trece leguas que midió en su imaginación nuestro atolondrado joven.

El primer objeto que éste vio al recorrer con sus miradas el interior de la habitación, fue un rostro salpicado de todos los colores imaginables que resaltaban horriblemente a las llamaradas trémulas de la luz azul que despedía la lagartija inflamada. Éste era el rostro de la señora Agueda (así se llamaba la vieja) que, levantándose con solemnidad, hizo sentar a Eugenio junto a sí, al derredor de una redoma en que notó Eugenio un pequeño movimiento que no supo a que atribuir.

Inexplicable ciertamente es el efecto que la luz produce en nosotros; ya era Eugenio otro hombre, ya empezaba a ver todas las cosas como eran en sí, el arlequinado rostro de la vieja, más que miedo le daba risa; entonces se acordó de su amigo, y creyó que efectivamente ya no le quedaba otra cosa que hacer en toda la noche sino reírse de las innumerables ridiculeces de que iba a ser testigo, y se dio por muy contento de esto, porque el miedo que hasta llegar allí había experimentado, había dejado sin duda satisfechos cumplidamente sus deseos de sensaciones extraordinarias. Sentado pues junto a la señora Agueda, recorría tranquilamente con sus miradas todo el aposento, que nada tenia de particular en sus adornos, mientras la vieja, mirándole fijamente y con aire reflexivo, pensaba sin duda en los medios que había de emplear para atemorizarle. Así se pasó un buen rato hasta que la señora Agueda, levantando la redoma, le dijo:

—Estos son los espíritus que me obedecen.

Y aplicándosela a los ojos le hizo retroceder pálido, y aterrorizado hasta el extremo opuesto de la sala. El genio malo de Eugenio la había inspirado sin duda llenar aquella redoma de arañas. Esto era lo que él menos esperaba, y lo que más le conmovió. Levantóse detrás de él la vieja con su talismán en la mano, llena de gozo, al ver que efectivamente había producido su efecto. Eugenio, que la vio dirigirse hacia él, conociendo que había llegado su último momento, si se le ocurría la idea de soltar sobre su cuerpo aquel enjambre de asquerosos animaluchos, creyó hallarse ya en el caso mas apurado, y cómo para esto tenía reservadas sus pistolas, dirigió para sacarlas sus manos a los bolsillos con un gesto de amenaza.

Adivinó su intención la vieja, y enarbolando la botella le dijo:

—Si no me entregas al momento las armas que traes ocultas te arrojo esta redoma a la frente. Está encantada, y al momento mueres.

Le había cogido la delantera en la acción. Eugenio no temía la amenaza del encanto, pero veía ya sobre sus ojos una tortilla de arañas, entre las que algunas quedarían vivas para pasearse por todo su rostro. Éste fue el medio más poderoso que se hubiera podido discurrir para hacerle obedecer; entregó pues sus dos pistolas a la señora Agueda que las recibió asombrada del extremo de terror a que se hallaba reducido el pobre muchacho.

Desde entonces varió sin duda la vieja de intención, porque, separándose y colocando la redoma sobre una mesa, no se curó ya de aterrar a Eugenio. Éste, sobre quien estamos seguros que ninguna fuerza hubieran tenido todos los resortes que pudiera emplear la señora Agueda para atemorizarle, pues que como hemos dicho, así que se vio con

luz volvió a recuperar toda su presencia de ánimo, merced a la casualidad maldita que había hecho que se ocurriese a la vieja encerrar arañas en la botella, se hallaba en el más lastimoso estado de anonadamiento que se puede imaginar.

La señora Agueda entonces, tierna como todas las mujeres, a pesar de sus setenta y tantos años y de su naturaleza sobrehumana, llevada de un sentimiento de caridad, o acaso de otro no tan legitimo y mucho más profano, se acercó a Eugenio y le condujo a una silla diciéndole:

—Hijo mío, eres demasiado joven aún, para que yo tenga un interés en destruirte. Conozco que estás muriéndote de miedo. Voy a despojarme de todos mis encantos, y a ser por un momento una mujer como otra cualquiera. Voy a oscurecer el sol de mis misterios. Ese lagarto que ves ahí brotando llamas por todas partes, es el padre de todos los espíritus que están encerrados en esa redoma. Los ha tenido del legitimo matrimonio que hace muchos años contrajo, siendo padrino el mismo Satanás, con esta encantada gata.

Y le enseñó un hermoso gatazo negro que estaba a sus pies, y decirnos gatazo, porque como nosotros no creemos lo del matrimonio con el lagarto, nos inclinamos a creer que lo era efectivamente, tanto mas cuanto que a nosotros nos trae cuenta, por ser más decoroso hablar en nuestro cuento de un gato que de una gata.

Dirigiose pues la señora Águeda a una mesa, cogió un vaso de agua que en ella había en una mano y una cerilla en la otra, y acercándose al lagarto de luz, murmurando algunas palabras ininteligibles, encendió en él la cerilla, y después arrojó sobre su cabeza, en forma de bautismo, todo el vaso de agua, y dejó de alumbrar el ahijado de Satanás, dejando al mismo tiempo un más que medianamente detestable olor a azufre. Nosotros presumimos que aquello seria un pedazo de cualquiera cosa, recortado en forma de lagartija, e iluminado después con el auxilio de algunas capas de mixto inflamado.

Concluida esta operación, la señora Águeda colocó la luz sobre la mesa y saliendo del cuarto entró en otro que le servia de alcoba. En muy poco tiempo volvió a aparecer delante de Eugenio sin ninguna mancha en la cara, que a la verdad no por eso era más agradable. Ya no le hablaba con e1 tono enfático que hasta allí había empleado.

—¡Pobre muchacho!—exclamaba, queriéndole pasar la mano por la cara, cariño de que huía Eugenio, lleno de sobresalto, porque no hallaba apenas diferencia entre las desproporcionadas patas de las arañas, y los inconmensurables dedos de aquella mano.

—No huyas por Dios, hermoso mío—le decía ella, haciendo nuevas tentativas para acariciarle—, estoy decidida a no hacer contigo uso de mis encantamientos.

Así era la verdad, y confesamos que sentimos de todo corazón, que abandonase tan pronto su plan de aterrar a Eugenio, porque entre los medios de que para ello se hubiera valido, no dejaría de haber alguno que nos hubiera divertido a nosotros al contarlo y acaso a nuestros lectores al leerlo.

Eugenio, que acaso veía en los ojos de aquella mujer lo que ninguno de nosotros sabe, porque no la vimos, rechazaba con horror los repetidos asaltos que aquella mano dirigía contra su rostro, sin que esto valiese de nada, pues que cada vez iba en aumento el entusiasmo de la señora Águeda, hasta que por fin anunció francamente con sus movimientos la intención de darle un beso. Entonces ya, viéndose amenazado el pobre Eugenio del más pesado lance que puede suceder a un joven, del beso de una vieja, trató de de-

fenderse por todos los medios que estaban a su alcance, sin que por eso cediese la vieja de su intento, trabándose por consiguiente entre los dos una lucha, que nos haría reír si no la consideráramos bajo su verdadero punto de vista: como un combate en que los enemigos, que por doquier encontraba nuestro héroe, eran unos labios secos y renegridos, puertas de una boca sin fondo, y unas manos rugosas y acartonadas, frías como pudieran estarlo las de un cadáver.

El gato que, poco acostumbrado a ver gente en su solana a aquellas horas, desde un principio había estado inquieto, seguía, entonces con sus encendidas pupilas dando a sus redondos párpados una prodigiosa extensión, todos los movimientos de los combatientes, y fijaba sus terribles miradas en Eugenio con una atención no interrumpida, peligrosa ciertamente para un hombre, cuando el que así le clava los ojos es un gato.

Tan acosado se vio ya Eugenio por aquella mujer, que entonces era efectivamente una furia, que se vio obligado a recurrir para librarse de ella, al medio de darle con violencia un golpe en el pecho, y derribarla al suelo. Apenas había caído la señora Águeda, cuando el gato, llevado de su instinto, queriendo sin duda vengar a su ama, se lanzó sobre Eugenio con la velocidad que un tigre sobre su presa.

Al momento cayó Eugenio a plomo, como herido de un .rayo.

Cuando se levantó la señora Agueda, halló al joven sin movimiento, y al gato muy afanado por desprenderse de las garras dos pedazos de carne ensangrentada. Cogió la luz para examinar en que parte había sido herido Eugenio. Éste tenia vacías las cuencas, poco antes llenas con dos hermosos ojos. Por una desgraciada casualidad, el gato había hecho presa en ellos. La violencia del dolor le había ocasionado un mortal desmayo.

La señora Águeda salió del cuarto con la luz. Después de bastante tiempo volvió con una cazuela y una jarra. Con el líquido que esta contenía, que era de un color casi dorado, lavó con mucho cuidado las heridas, y después empezó a frotarlas con violencia con el ungüento, o cosa parecida que contenía la cazuela. Esta operación duró como hasta un cuarto de hora. Concluida, recogió la vieja los pocos chismes que por el cuarto había, incluso el gato que se montó pacíficamente sobre su hombro, y ayudada de su luz, salió del cuarto, bajó la escalera que no estaba muy lejos, y bien pronto estuvo en la calle entonces apagó la cerilla. A pocos pasos se detuvo, llamó a una puerta, y dijo a quien salió a responderla:

—Diga vd. al señor alcalde de barrio que la señora Águeda se ha escapado ahora mismo dejando medio muerto en su cuarto a un pobre muchacho. Que vaya allá a socorrerle, y que sea pronto, porque aun así puede que no llegue a tiempo. Hasta mañana, vecina.

Comenzó a andar a pasos bastante largos y bien pronto se perdió por una porción de callejuelas, en que no había ni aun un sereno.

Así que el alcalde de barrio recibió este recado, se levantó, salió de casa, y pidiendo auxilio al más próximo cuerpo de guardia, se dirigió a la casa de la bruja, que era bien conocida por la señora Águeda.

Llegó a ella, hizo levantar a todos los vecinos, que estaban aterrados por el ruido que habían sentido en el cuarto de la vieja pero que se habían contentado con meter bien la cabeza entre las sábanas, creyendo que era producido por un baile de demonios. Más

de veinte personas se encaminaron hasta la bohardilla, pero costó mucho trabajo el que una se decidiese a entrar en ella.

Por fin alguno, más valiente que los demás, rompió la marcha, y al momento se vio inundada de gente y de luz la estancia en que, aún desmayado, yacía Eugenio. Un cirujano que había entre los circunstantes, se aproximó a él, y declaró, después de examinarle, que aun vivía.

—¡Pobrecito!—dijo una caritativa vecina—, bajarle a mi misma cama.

—Eso es—replicó el marido—. !A saber quien será!

En aquel momento le había sacado el alcalde de barrio del bolsillo a Eugenio, una cartera en que había tarjetas con las señas de una casa, que era la misma a que se dirigían todos los sobres de las cartas que se le encontraron. Decidieron pues, después de mil engorrosas disputas, llevarle a aquella casa que efectivamente era la suya.

No volvió en sí hasta después de seis horas. Rodeaban su cama tres o cuatro cirujanos, cuatro o cinco mujeres, entre ellas el ama de la posada, y por turno asomaban la cabeza por las puertas vidrieras del gabinete, cinco o seis vecinos que oficiosamente, como sucede en casos semejantes a éste, habían tomado aquella casa por suya.

Gracias al buen remedio casero que poseía, sin duda, la señora Águeda, no sentía Eugenio el más pequeño dolor en las ensangrentadas cuencas y nadie pudo convencerle por consiguiente de que estaba en su cama. Se creía aún en presencia de la bruja, a quien dirigía las más encarecidas súplicas para que le desencantase. Creía contrahechas por ella todas las voces que, como la de su patrona, le eran bien conocidas, y confesaba de buena fe a la señora Águeda, de quien él aun no se había separado, que creía de todo corazón en sus encantos, y la aseguraba que desde allí en adelante renunciaría a su despreocupación, y convertiría en amor su desprecio a la honrada familia de los incubos, súcubos, etc.

Cuando ya se cansaron los circunstantes de reírse del lastimoso estado a que se hallaba reducido Eugenio, que fue al cabo de unas dos o tres horas, le dejaron solo. Solo estuvo todo el día; la noche la pasó también hablando solo, sin un solo instante de sosiego.

Al día siguiente vino a verle su amigo Carlos, que no pudo tampoco convencerle de que era él quien le hablaba, pues que Eugenio creía también su voz contrahecha por la señora Águeda. Carlos salió de la alcoba convencido de que había brujas.

Dos meses se pasaron, y Eugenio aún creía que no se había concluido la noche en que empezó su desgracia. Otros cuatro se pasaron todavía en que estuvo esperando con paciencia la aurora. Al fin de ellos su locura tomó otro carácter, y se convirtió en una verdadera furia; entonces se trató de ponerle en parte donde no pudiera hacer daño. Eugenio no tenía familia. La mayor parte de sus amigos se habían ya cansado de sostenerle en su enfermedad, y los pocos que aún estaban resueltos a sacrificarlo todo por él, eran justamente los más pobres. Al cabo pues de otros dos meses, en que su locura se apaciguó un poco, no ya porque pudiera hacer ningún daño, pues el infeliz volvió a resignarse y a esperar pacientemente que amaneciese para salir de aquel estado, sino porque ya se le habían agotado todos los recursos, le encerraron en una casa de locos.

Doce años vivió sin poderse convencer de que estaba ciego. Recorría con sus dedos los huecos de las vacías cuencas, creyendo firmemente que aquello era una ilusión

producida por los encantos de la bruja. Los doce años pasaron sobre él, sin que él creyese que había pasado una noche.

Por fin murió, y acaso por premio de sus sufrimientos, hallaría la tan deseada aurora en el cielo. Si por cl contrario bajó al infierno, que todos puede ser, he aquí un hombre, que a lo menos tuvo el tiempo suficiente para sacar todas las consecuencias posibles, de lo mucho que se padece en un insomnio.

Esto es lo que sabemos acerca de este suceso. Hubiéramos querido extendernos al contarle, a hacer algunas reflexiones sacadas de la situación de nuestro héroe, pero nos hemos contentado con presentar el hecho desnudo, porque estamos persuadidos de que nuestros lectores nos lo agradecerán, en obsequio a la brevedad.

De la verdad de lo que acabamos de contar responden el poco interés que en sí encierra, signo característico de la verdad, vieja, fea, seca e insípida; la poca proporción de los hechos entre sí, que se suceden en el orden con que efectivamente ocurrieron, sin la graduación que en los incidentes ha inventado el arte para la belleza del todo, y últimamente el tiempo que hemos tardado en escribirlo, porque ninguno de nuestros lectores nos supondrá tan locos que malgastemos nuestras horas en escribir mentiras de este jaez. Nosotros les aseguramos que jamás nos hubiéramos entregado, de tan buena fe como lo hemos hecho, a un género tan generalmente tenido por malo por los que saben más que nosotros, si a ello no nos obligara la verdad de esta rara aventura, que, aunque sin consecuencias morales, y por consiguiente inútil en una época que tan relajada está lo sociedad que solo necesita azotes y sermones, no ha dejado de afectarnos al llegar a nuestra noticia por medios que descubriríamos a todo el mundo si estuviese en nuestra mano.

No importa que verdad sea

Sebastián López de Cristóbal

No me olvides. 5 de noviembre de 1837. Nº 27

No importa qué verdad sea
Basta que lo pueda ser.
Calderón

—¿Qué te parece mi semblante? ¿No lees nada en él?—me preguntaba Eugenio uno de los últimos días de su enfermedad, cuando, a la cabecera de su cama, pasaba largas horas acompañándole.

—Bueno; te has repuesto desde que procuras desechar esa idea fija que come tu alma y tu cuerpo.

—¿No lees nada en ella?—me replicó—. ¿Tú nada lees en las fisonomías de los que te rodean? ¿No crees lo que ha dicho Calderón, que son el sobrescrito de las cartas de favor que ha dado el cielo?. Él sin duda leyó siempre bien en este papel escrito por la naturaleza; la sociedad en aquel tiempo no conocería las tintas simpáticas, porque ahora muchas veces lees en una hermosa fisonomía, y te engañas. El mundo, con sus desengaños, te saca de este error, es el paso gigantesco de la sociedad, mentir con la lengua ayudándose del semblante. Algunos deletrean ese escrito contrahecho por la educación. Cada secreto es un desengaño, cada letra cuesta un año de vida. Las lágrimas y el pensamiento continuo suelen sacar hábiles intérpretes. Los hombres malos leen con facilidad. Otros mueren cuando han leído. Yo voy a ser de estos últimos.

La fisonomía de Eugenio salió de su abatimiento, sus ojos brillaban revelando sus sufrimientos, el fuego que consumía su corazón salía a su rostro. Temí que su exaltación no le produjese el acceso que le enajenaba. Nadie sabía la causa de su locura. Miraba con los ojos fijos a todos, como si quisiera sorprender los secretos del corazón en el semblante. Buscaba la soledad y sólo conmigo hablaba, porque yo le atendía, creyendo muchas cosas que él decía.

—¿Qué has leído—continuó con agitación—, en el rostro de mi antigua criada, Brígida? ¿No te dicen nada aquellas arrugas que le cruzan en todas direcciones, bordándole como una red ? ¿Aquellas profundas arrugas de su frente que se reúnen formando ángulos, sus ojos hundidos que acechan debajo de las cejas salientes, y aquella boca qué se pliega en derredor del único diente?. Los caracteres son marcados—dijo, dando una carcajada que me asustó, porque Eugenio nunca había reído.

En su juventud, siempre sonreía con inefable candor. La inocencia de su alma agitaba dulcemente su semblante. Como una brisa comprime la superficie de una laguna, y enseña su fondo, la sonrisa de Eugenio descubría su corazón.

—No sé.

—¡Tú no has sido desgraciado, a ti no te han engañado!—dijo con desaliento—. ¡Pues es de bruja !

Y se rió con el placer del que revela un secreto que ha sorprendido.

—Eugenio, siempre el odio a esa mujer.

La fisonomía de mi amigo estaba violentamente comprimida; se miró las uñas, uno de los signos mas característicos de locura, me observó con su mirada fija que sostuve con serenidad, y se abismó en sus reflexiones, reclinando la cabeza sobre su pecho.

Pobre Eugenio, tú has sido engañado, tú lloras la sociedad que has comprendido, tú mueres porque en ella no puedes vivir.

Cuando acaba el niño, el hombre empieza; cuando acaba el hombre es una vaciedad. La sociedad ha creado otro ser en el cuerpo que fue hombre; el niño ve vida en la naturaleza, el joven alma, el hombre materia, el niño hecho hombre, deja de ser ángel, y baja a la tierra lodo, porque la sociedad seca su alma con la nada de sus formas, con la materialidad que la constituye. A sus puertas el joven deja el manto de la inocencia, para cubrirse con la capa de la hipocresía. Las puertas de la sociedad son como las del sepulcro; de estas solo pasa el alma, de aquellas el cuerpo. ¡Desgraciado del. que no abandona las creencias! Éste en medio de la sociedad es un alma privilegiada para padecer. Estas. almas perecen ahogadas en una atmósfera en que no pueden desarrollarse, porque todos los seres tienen una atmósfera peculiar en la que viven, y fuera de la cual mueren. Los peces, el agua; las aves, el viento; los hombres ya no la tienen, la sociedad les ha dado una en la que respiran pero en la que no viven. Cuando el mundo se desarrolla ante el joven, pomposo y magnífico, le manifiesta un Dios; cuando ve los hombres no le encuentra, ellos le prueban lo contrario. Cuando ve la creación solo le han enseñado una verdad, un ser creador; sobre esta. verdad, funda su mundo bello y grande como el principio. Sus creencias son consecuencia de su fe. Piensa lo que sería, no lo que es. Por eso los jóvenes son felices, porque creen y esperan, por eso los hombres son desgraciados y se suicidan porque dudan. Eugenio llora, Eugenio piensa, y la sociedad que le ve le llama loco porque él la comprende. Ella a él no

Tan distraído como había quedado Eugenio me hallaba yo. No penetraba en su corazón, y él leyó en el mío.

—No quiero—me dijo sacándome de mis reflexiones—, que dudes de mí. Voy a decirte lo que no he dicho más que a mi mismo. Eres mi amigo, tu fisonomía me lo ha revelado, aprovecho la ocasión de gozar de mis observaciones con placer. Cuando uno entra en la sociedad con las creencias de niño entre hombres, todo lo adivina menos la verdad. Cree en la amistad, cree en el amor, cree en la gloria. El amor es la primera ilusión que pierde y es la segunda que recibe. La gloria es la segunda que se desvanece. La amistad es su primera ilusión y él último desengaño, Hay almas, que sufren dos desengaños y pocas sufren el tercero. Ninguna le sobrevive. Cuando nos separamos del colegio tú sabes que yo tenia muchas ilusiones. Los primeros pasos de mi vida fueron felices. Aplaudisteis mis versos. Tenía un amigo, lo tengo todavía, eres tú. Mi temperamento, mis inclinaciones, las ridiculizabais con aquella buena fe, con el interés que un amigo reprende dando un consejo, no con aquel aire que los hombres aconsejan. Sus consejos son mandatos cuando no son burlas, y he aquí por lo que creo que nunca los obedecemos. No quieren que adivinemos. El alma para pensar, amar y aborrecer con que nacemos les incomoda, porque es una tácita reprensión de su conducta, con sus entusiasmos de amor, de compasión, de ira. Ellos calculan y anteponen la razón al corazón y ahogan este entusiasmo que hace nuestra felicidad, responden con una carcajada a una lágrima, nos asesinan con su

compasión insultante. Me aconsejabais que no me entregase a todas mis. ilusiones, que no creyese en el mundo que soñaba bueno como mi corazón. Cuando yo deliraba, vosotros adivinabais. Yo me muero y vosotros vivís. Creía mucho. Ahora dudo mucho también. ¿Te acuerdas de mis sueños de felicidad, de mis bellezas ideales, hermosas como la naturaleza, puras como la luz? Pues las he soñado despierto, he visto mujeres despojadas de su alma abierta a las emociones tiernas y benéficas, rosas en magníficos jarros de porcelana privadas de sus frondosas hojas, pero con espinas. Creía en sus almas virginales defendidas con las espinas del pudor, y llenas del aroma de la inocencia. Me engañé. No; las hay, pero yo no las he hallado. Amé una mujer seductora, sus gracias, su mentido candor me enajenaron. La amaba con aquel amor que yo te pintaba, amor exagerado que acaba con mi vida porque ha llenado toda mi alma. ¡Qué amargo es desprenderse uno de sus ilusiones! Mira; son los colores de las cosas, cuando se gastan, los objetos descoloridos que vemos nos entristecen tanto como nos alegraban. Nuestra alma, cuando no ve en el mundo más que cuerpos sin color, se entrega a la inmensa noche de la desesperación, como el ciego que admiró el día, y queda reducido a una profunda noche, aunque los recuerdos de lo que vio, halagan a éste y afligen nuestra alma, que no puede recordar su mundo con los mágicos colores con que le adornó, porque le ha visto deshacerse, gastarse, y sabe que acabó. Aquel se deleita mirándola con su alma al través de sus párpados,

Tú conoces a Luisa. Es bella, y la amé, porque era inocente como un niño, y pura como un ángel. Su alma se revelaba en su semblante aumentando sus gracias. Pues el mundo y la sociedad han corrompido a este ángel; yo no sé lo que piensa ella de él, si ha sido engañada, si sufre. Yo sé solo que ha sido la flor, emblema de mis ilusiones, que la mano de un hombre miró, y se gozó en cortar y deshojar,

Estaba yo un día en mi gabinete del jardín contento porque, amando y joven, pintaba el cuadro de mi felicidad con el pincel de mi imaginación. Creía estar solo, y me sorprendió una carcajada sonora y desentonada. Volví la cabeza porque aquella carcajada me asustó con su estruendo. Era Brígida; en su cara no había arrugas, su boca estaba plegada como siempre. En su vacía boca rodaba aquella risa infernal, formando el ruido que hace el viento agitado en una caverna. Tenía más estatura; estaba más gruesa, su cara estaba enrojecida por el placer, y comprimida por el cutis le redondeaba de un modo espantoso y ridículo. Si no hubiera tenido boca hubiera reventado. Creí que su alma se deshacía riendo. Miraba uno de los espejos de mi cuarto. Yo me acerqué, miré.

Luisa estaba en la escalera de un templete en el jardín. Un hombre estaba a su lado, sus miradas de fuego encendían el rostro de Luisa, que temblaba bajo el peso de aquella mirada. En sus ojos veía su última mirada de inocencia, que quemaba aquel sol de lascivia con su impuro fuego. El hombre abrazó a Luisa, ella cayó en sus brazos; yo en el abismo del que no me levantaré.

No sé lo que me sucedió, me encontré en la cama, mi familia lloraba enderredor. No encuentro aquí nada, porque he visto que el mundo este es un infierno, que en él entramos inocentes, somos diablos, y luego condenados, que la generación que sale por el sepulcro corrompe a la que entra por la cuna; que los jóvenes son flores bellas con el aroma de la inocencia que el hombre aja con sus manos impuras, y quema con su infestado aliento.

Eugenio calló abismado en sus reflexiones

—¿No oyes la voz de esa maldita que canta allá en los infiernos?—me dijo con voz temblona, y con notable agitación—. Yo la compadecía cuando los criados la llamaban vieja y bruja. No veía en ella más que la librea del sepulcro, que nosotros aborrecemos. Nunca creí que era bruja, pero el espejo, la risa...

Eugenio cayó en el acceso que le enajenaba. Se revolvía en su cama, llamaba a Brígida, hablaba de la magia de los espíritus, voceaba, reía y lloraba. Rendido por la excesiva agitación calló, mirando con ojos fijos.

—Eugenio, Luisa salía de aquí cuando yo entré.

—Sí, viene a acompañarme. También mí hermana y mis amigos me compadecen, y cuando oigo decir que estoy loco, estudio sus fisonomías, y pienso que no puedo decir lo que siento a quien no se ría, y me juzgué por tal. Luisa me habla con mucho cariño.

—Te ama—le contesté—. Yo la hallo bella y buena.

—Yo no—replicó Eugenio con enfado.

—Por un sueño, y si no, como me has dicho, porque una bruja te ha engañado.

—Mira, no me ha engañado nadie más que mis ilusiones. El mundo colora todo conforme le conviene, y de una creación perfecta, el hombre ha hecho una mala. El hombre miente amistad y virtudes, el mundo placeres y felicidad. Su aliento seca la inocencia y la virtud, pero conserva sus trajes. Con ellos viste sus vicios; con ellos engaña, y se engaña. Luisa es bella, el hombre no ha podido con su hermosura, el tiempo sí podrá. El tiempo no podría con sus virtudes, y el hombre sí. El hombre la desnudó de ellas, y el tiempo la vistió con las gracias que en las mujeres mienten virtudes. Las rosas tienen colores y aroma, el aroma se le roban el viento y el sol, el color el tiempo. La rosa sin aroma es bella y deleita a la vista. Acércate a ella, y ya no es el vaso de aroma que fue, aunque es rosa. Una virgen es un ángel, una mujer no es más que hermosa. Luego, yo pienso en esto de tal modo que tú no me entenderás aunque te hable, y yo no te puedo hablar. Cuando pienso en Luisa, pienso en Brígida, y entonces...

Eugenio volvió a agitarse. La idea de esta mujer le sacaba fuera de sí. Gritó, se despedazó con sus manos. Tuve que llamar, entró su familia.

Luisa le llamó. Eugenio se repuso. Con sus ojos fijos escudriñaba el alma de la infeliz. Era la mirada de agonía de un reo de muerte cuando le dan a leer su perdón.

Luisa retiró avergonzada sus ojos y echó a llorar

—Eugenio, no me mires así, me aterran tus ojos.

Eugenio la miraba como sí las palabras de Luisa no llegasen a su corazón.

—La verdad... Las risas de Brígida fueron la campana que dobló por la muerte de mis ilusiones—decía—. ¿Lo entiendes, Luisa, lo entiendes? La bruja... La carcajada... El espejo...

Rió. Su demencia se cambió en furor, tuvimos que sujetarle, cerrándole.

Todos me preguntaban, Luisa llorando. No pude leer nada en su semblante; mi amigo Eugenio sólo sabía la clave del misterioso alfabeto de su fisonomía

Al cruzar el jardín vi las ventanas del antiguo gabinete de Eugenio. Al frente estaba el templete del jardín, las puertas estaban abiertas, su interior era de espejos.

—Puede ser cierto—dije

Y me acordé de lo qué dijo Calderón:

«No importa que verdad sea,
basta que lo pueda ser.»

La sorpresa

Serafín Estébanez Calderón

Observatorio pintoresco. 1837. Pp 35-40. *Semanario pintoresco español.* 1847. Pp 63 / 68-69

I

—Tello, mi buen paje, ¿qué descompostura es esa? ¿Qué lágrimas se te agolpan a los ojos? Tu caballo viene cansado. Tu caballo, a par de los míos, hijo del viento, jamás vencido, ni en la carrera ni por la fatiga, ¿cómo se rinde al viento?

.....

—Pero tu señora, la amada de mi corazón, ¿qué hace? ¿Qué nuevas me envía? El alzamiento de esos moriscos no habrá por ventura ganado todavía las esperanzas de Orgiva, y presto, presto, mi buen amigo, el Marqués de Mondéjar, con sus tercios y caballeros, y yo con ellos, iremos a poner en seguro aquella villa y a castigar la desenvoltura y las maldades de esos desconocidos. Pero nuevas, nuevas te pido de mi señora. —A caballo, a caballo, señor; hace tres noches que los moriscos de tu alcaldía se alzaron. Los levantiscos y monfis de las taas vecinas, acaudillados por Aben Farax, entraron de rebato en la villa. Los moriscos, que sin duda estaban de concierto con él, se unieron, y apenas los cristianos viejos y la gente de tu casa pudimos recogernos al castillo, aportillado por todas partes desde las guerras pasadas.

—Aben Farax. Ese del linaje de los antiguos Abencerrajes, que creyó con tales títulos, y por su destreza en las cañas, parejas y zurizas, poder alzar los ojos a tu señora, a mi Elvira. A caballo, a caballo, mi buen paje. El castillo mantendrá todavía. Los continuos de mi casa son resueltos y por defender a su señora, por vengar los ultrajes hechos a la cruz, ¿qué no harán? A caballo, a caballo, mi buen paje; síganme mis amigos y escuderos. En pocas horas estaremos en Orgiva, y de cerca nos seguirá el Marqués. Nosotros libraremos la villa y juntos vengaremos la sangre de los mártires. Castigaremos la rebeldía de esos descreídos.

—A caballo, a caballo, mi señor. Alas del pensamiento fueran tardas para nuestra empresa. Héme aquí las vestiduras rasgadas de los tiros de ballesta, y no cabales los plumajes del sombrero al rehilar de la lanza de Aben Farax. Cuando salí por los muros aportillados para traeros tan malas nuevas, ya los moriscos se mejoraban en ellos, ya los cristianos que se recogieron en la iglesia, inflamada la torre, forzadas las puertas, habían caído en manos de los alzados, sufriendo mil lástimas y martirios horrorosos. Al trasponer los oteros de la villa, corriendo, corriendo en mi caballo como el viento, la vocería de los bárbaros y el crujir de la arcabucería me hizo mirar atrás, y ya los vi cabalgando sobre los adarves. Otros, llevando por delante los cristianos cautivos, desviar así los golpes y tiros de los nuestros, y todos a punto ya de entrar en el último recinto. Al llegar yo a los muros de Granada, al tocar los umbrales de tu palacio ya he dado la voz de alarma por todas partes, y a tales nuevas ya los caballeros de la ciudad te esperan para que los lleves a libertar a doña Elvira, ya que para más no sea tiempo. Pues toda la tierra anda ya alzada y no hay tiempo para más.

—A caballo, a caballo, caballeros y escuderos. ¡A caballo, a caballo.
Ya briosos don Lope y su paje
cogen soltando al aire el arzón;
ya cabalgan y, al son de añafiles,
sigue en silencio el noble escuadrón.

II

La torre de Orgiva defendíase aún, y los moriscos, que ponían gran precio en rendirla, la combatían con tesón y rabia, y bien que los sitiados les herían a muchos y mataban a no pocos, no por eso desistían y aflojaban en su intento. Para llevarlo a cabo dispusieron dos mantas de fuertes maderos resguardados por arriba con lana mojada y otros aprestos, para que allegados a los muros por ruedas, al abrigo de ellas, poder picarlos, apuntarlos, y pegando después fuego a todo el aparato con tascos y cáñamo untado con aceite, que para el caso llevaban, desplomar y dar con la torre en el suelo, única defensa que ya quedaba a los cristianos. Antes de que estuviese a punto una de las mantas, lograron los sitiados ponerla fuego, pero la otra llegó a fin y todo apresto, y con ella comenzaron a batir la torre.

Los bárbaros, capitaneados por Aben Farax, y a salvo de las armas arrojadizas de los cristianos, por ir dentro de aquella máquina, llegaron hasta el muro y luego comenzaron a picarlo y cavarle desesperadamente. Las defensas de los sitiados poco o ningún efecto hacían en aquella techumbre que rechazaba el fuego y resistía a las piedras que sobre ella caían. El peligro se aumentaba, subía al cielo la vocería de los bárbaros y crecía la zozobra de los combatidos cristianos...

—Leandro, Leandro—dice uno de los sitiados—, no vale tener ojo para matar con el arcabuz al ciervo que corre o al moro que acecha, si no lo tienes ahora para aportillar la cubierta de la manta por aquel pedazo de lienzo que se deja ver entre la lana y los colchones. Si por aquí abrimos un razonable portillo que deje llegar sin interpósito resguardo a la cabeza de esos retajados las misivas y recados de nuestro brazo, el aceite hirviendo y otros regalillos que preparan estas mujeres, ya pudieran muchos de ellos quedar al pie del muro en lugar de la piedra que han derribado y tendríamos gran lumbrada esta noche con el fuego de esa endiablada máquina.

—Dame, Vilches, la cabeza de un moro a cien pasos, que la pelota de mi arcabuz la cortará tan a cercén, como laque te hizo dejar olvidada en el buen país de Flandes esa pierna que te falta. Pero ten presente que la pelota horada, pero no rasga; ¿y qué diablos mejoraríamos con plantar un agujero de criba en esa techumbre? Una buena piedra arrojada con brío, que rasgue el largo y quede blanco para otras de mayor calibre que ensanchen más y más la brecha, eso es lo que conviene.

—Pues, Leandro, esa empresa me toca a mi. Para ti el prez del blanco con arcabuz y ballesta, pero el de la piedra guárdese para tu amigo Vilches, que a cien pasos sabe mancornar un toro, y a veces hace bajar por el aire a las pintadas perdices.

—Veamos pruebas de tu buena destreza y hagamos de manera que pueda tener fruto la embajada de Tello y el socorro que presta nos traerá nuestro don Lope. Mejor que piedras son los mazaríes que están en el zaquizamí, preparados para la obra de la ca-

pilla. Al ir por ellos cuenta con no asustar a doña Elvira, que ora por nosotros con sus dueñas y doncellas. Al representármela tan afligida, tan hermosa, tan celestial, mi odio a esos moriscos se redobla.

El mejor éxito coronó esta empresa Cuando los moriscos más afanados estaban en picar el muro, y cuando más cerca estaban de su triunfo, un brazo vigoroso disparó al canto un ladrillo que rasgó por entre la lana parte del lienzo de la techumbre. Los cristianos, que ponían toda su salvación en aquel azar, agolpaban allí gran bálago de piedras, que ensancharon la brecha bastante para dar paso a los tiros y golpes. Los moriscos, ciegos de rabia, sin repararse en nada, ni desistían ni aflojaban. Pero el aceite hirviendo, los tascas inflamados de cáñamo que caían, y el comenzar ya a cebarse el fuego en todo aquel andamio, pudo más que la desesperación. Y dejando aquí muchos muertos de los suyos, y allá otros tantos heridos, que eran pasto del incendio o blanco de las murallas, hubieron de tocar retirada. Por el campo se oían los alaridos de la rabia, en el muro los gritos del triunfo y al caer la tarde, cuando se apagaba ya el fulgor de las armas v el bullicio de la pelea, se alzaban por aquellos ámbitos las voces fervorosas y fervientes de los que oraban en la capilla.

III

Mi esperanza y mi alegría:
sólo cifro en tí, María.
¿Tú no fuiste
siempre albergue de los tristes?
Venzo siempre los terrores
del martirio y sus horrores.
Los enojos,
cuando vuelvo a ti los ojos.
Rica y noble, tierna esposa
desgraciada como hermosa,
triste muero
sin ver antes al que espero.

Tú, don Lope, dulce esposo,
en la lid tan animoso,
¡cuantos daños
en la flor de nuestros años!!
A mí, triste en esta torre,
nadie, nadie me socorro.
Tú en Granada,
¡Elvira de ti apartada!!!
Si yo muero, desde el cielo
rogaré con fuego y celo
que María
sea tu ayuda, estrella y guía.

Si a librarme tú vinieras,
relumbrando en esas eras,
con tu empresa,
¡cual seria mi sorpresa!

—¡Tello, Tello, la voz es de tu señora, que sus plegarias envía al cielo en los primeros albores de la mañana! ¡Qué sorpresa, qué placer será el suyo al ver cumplidos sus votos, y que se mire estrechada entre los brazos de su esposo y libertador! Tello, las mangas de los arcabuceros despejen las crestas de esos montes de los moriscos que quieren herir a los tercios que trae el de Mondéjar y los jinetes corran la tierra persiguiendo a los moriscos que huyen por Benizalte y Cañas y venguen en ellos las atrocidades y martirios hechos en los cristianos. Yo, arrendando el caballo en estos espinos y descubriéndome a los centinelas, voy a llevar a Elvira con mi persona la primera nueva de mi llegada y de su libertad, para mayor y más dulce sorpresa suya.

¡¡¡Un adúltero!!!

José Amador de los Ríos

El Cisne. 1838. 45-48/56-59

Huye, infeliz, del tálamo
Que induce al crimen
D. Francisco Martínez de la Rosa.

I

Pasó el día sediento, ardiente, como el espacio de una hoguera... Ya es de noche. Acaban de sonar las ocho en la gigante torre de la gótica catedral, y de responder al sonoroso eco de su campana las mil que la circuyen. Es la noche de San Juan, es una noche de verbena henchida de placeres, de mancebos, de encantadas sílfides con sus ojos de azabache, con sus cabellos de oro, con sus mejillas de rosa y sus labios de rubí. ¡Es una noche de alegría para todo el mundo, solo para mí de congoja!!

Hace un año que mi corazón ama, un año de martirio y de penar, cuyos días me han sido más pesados, que la mano del infortunio. Un año ha, no sentía en mi pecho esta funesta llama; no conocía ninguna mujer, porque todas me eran indiferentes. Pero ahora ¿cómo puedo apagar este fuego devorador? ¿cómo restablecer en mi alma aquel imperturbable sosiego, único compañero de mi vida? ¡Gran Dios, un año no más!!... Era una noche como esta: la luna en mitad del cielo vibraba sus blanquecinos rayos, plateando en su cúspide un edificio cuyo aspecto sombrío revelaba aún las sangrientas escenas, de que había sido depositario... la ¡inquisición!!

Abismado en contemplar su fatídica fachada con sus diez[17] inmóviles estatuas, parecíame que de cuando en cuando oía distintamente los moribundos gritos de sus víctimas, y que veía grabada una infernal sonrisa en los inmundos labios de sus despiadados verdugos. Ni el confuso susurro de las mil voces, que agitaban débilmente el viento, ni el ligero flotar de los vestidos y cendales, ni el desconcertado vocerío de la vendedora chusma eran suficientes para arrancarme de aquel deleitoso, a la par que triste estupor... ¡Cuan feliz era!!...

Percibí, empero, la voz de un ángel, perdí el hilo de mis profundas meditaciones y no tardé en perder con él mi libertad. ¡Era una mujer!!!... Frenético, fuera de mí, seguí sus pasos, y encontré una diosa.

No había dado aún dos vueltas al prolongado espacio de la alameda, siguiéndola, oyendo su divina voz, dirigiéndola de vez en cuando una mirada de fuego y amor, cuando advertí que una dulce sonrisa sellaba sus hermosos labios. La vi y mi corazón, palpitando en mi encendido pecho, ya no era mío. Trémulo, balbuciente la dirigí mi agitada y convulsa voz. Ella, al parecer tranquila, me oía con silencio. La declaré mi amor. Callaba. Insistí, y su única respuesta fue una mirada, que acabó de abrasarme las entradas. Tocaba ya el colmo de mi dicha, logrando sus continuas y expresivas miradas. Sus labios iban a pro-

17 En otro tiempo existieron catorce, pero en el día que las apunto, están casi derruidas también. (Nota del autor)

nunciar tal un «sí», pero un hombre se nos pone delante, la saluda. «Es mi esposo» dijo. «Su esposo» repitió mi delirante pecho, y... desaparecí.

II

El amor, decía en mi delirio, siendo único, es un sentimiento divino. La sombra, la sospecha de su división le ensucia y le profana. Esta verdad es tan probada, que no hay corazón que sin temblar se acerque al objeto de su culto, si la conciencia le acusa de infidelidad la más mínima. Apetecer estar en los brazos de una mujer casada, emplear los medios, cualquiera que sean para conseguirlo, gozar en fin de sus favores, es a la vez obligarla a violar los más sagrados vínculos, y ser el objeto, el alma de una intriga vergonzosa y de una traición infame. Es exponerse sin delicadeza al ser el blanco de la indignación, de la infidelidad, y la causa de la prostitución de una mujer honrada. Es además soportar una división, que cambia el más leve placer en un eterno remordimiento, sufrir la desastrosa mancha de la infamia, y finalmente, estar marcado con el último desprecio. ¡Ay!! ¡Al pensarlo un secreto horror se apodera de mí!! Tarde o temprano todo se sabe, y cl criminal lleva siempre el castigo en sí mismo.

¿Y quién podrá derramar la desesperación en el pecho de un hombre, que la menor sospecha le atormentaría hasta la tumba? ¿Quién le arranca de su tierno culto, de sus adoraciones, y de su amor, para no sembrar en el resto de sus días más que amargura? ¡Miserable!! Habrá criado el infeliz en su seno una serpiente qué despedace sus entrañas, habrá buscando el consuelo de su angustiosa vida, la felicidad de sus días, unido todas sus afecciones, todos sus placeres, sus gustos, y todo él mismo al objeto de su cariño; pero no encontrará en él más que amargo cáliz, se verá atormentado hasta la huesa, y reducido a desear, a buscar su último momento. ¡Tan insoportable le ha de ser su acibarada vida!!

Sus hijos, sus queridos hijos, cuyo ser le ha sido tan deseado para multiplicar la imagen de su esposa, para ser los fiadores de su tierno y mutuo cariño, y cerrar aun más el sagrado lazo de su dulce unión, esos hijos se convertirán en sus verdugos. Sus miradas, sus caricias, y su inocente sonrisa serán las furias de los celos y de la desesperación, sin cesar fijos en él, y cien veces más crueles que las de un condenado. Su esposa le ha hecho la última de las afrentas; su presencia le es importuna, sus hijos sospechosos, y no puede tener confianza en sus criados, porque el corazón corrompido de una mujer corrompe todo lo que le rodea. ¡¡Desventurado!! Va a ser la irrisión de los libertinos, el entretenimiento de los demás y el escándalo de unos y otros. ¡Sus angustias no son de aquellas que disminuye la confianza! ¡No hay consuelo ninguno para él!

III

Habían pasado ya seis meses desde que la vez primera te vi, mujer. ¡Seis siglos de congoja fueron más bien en mi abrasado pecho!... Era una tarde del arrecido invierno, una tarde con su vivificante sol, con un celaje puro, como la brisa de una mañana de primavera. ¡La tarde de la Concepción! Visitaba el santuario del Señor, llena mi alma de un edificante celo, estaba prosternado ante su sacrosanto altar, y ya se acercaba la hora de ocultar su sacramento, cuando resonaron en mis oídos los terribles acentos de tu voz, y

me llegó la hora del frenesí. Ya había desaparecido de mi corazón toda su calma, y con ella su fervorosa devoción; ya no sentía en mis entrañas más que una impura llama. ¡Estabas tú también arrodillada!

Sobresaltado, despavorido, quise huir, pero no pude. Obraba en mi alma una fuerza superior a su momentánea oposición. El genio del mal había logrado un poderoso influjo sobre mí y detenía mis vacilantes pasos. Quedé inmóvil; tu rostro bello iluminado por la luz del sagrado altar, participaba de un hermoso claro oscuro, que le hacía aun más seductor, y ¡estabas llorando!! ¿Por quién llorabas, ilusora maga? Llorabas tú por mí, y eran tus lágrimas en el templo del Señor.

En aquel momento rodaron por mi acalorada fantasía mil ensueños de felicidad. Ya no temblaba sino de amor, y mi corazón anhelaba hundirse en el abismo de los placeres. ¡Tan arraigada estaba en mi pecho aquella frenética pasión!! Cada momento, cada minuto, que pasaba, me parecía una eternidad. Te vi, al fin, alzar de las sagradas losas, sí; te vi, oyendo al mismo tiempo tu deliciosa voz, que me decía: «sígueme» y «¡sígueme!!!» resonó en el fondo de mis entrañas. Te seguí, mujer, no como te siguiera la primera vez, no con aquel candoroso amor de la juventud, sino ardiendo, exhalando un volcán abrasador de mi convulso pecho.

IV

Pero, insensiblemente, por un fatal instinto he llegado a la alameda, y es la noche de San Juan, la noche de las ilusiones. Un año hace que en este mismo sitio la vi y en lugar de haberse apagado aquel voraz fuego en mi pecho, lejos de debilitar por sí mismo sus progresos, sus llantas han abrasado mi corazón, y sus raíces tocado el fondo de mis agitadas entrañas. ¡Dios mío, piedad!!!

V

Pocos momentos han pasado, y la alameda, desierta hace un instante, hierve con los veladores, que de todas partes llegan. Estoy sentado al pie de las antiquísimas estatuas de Hércules y Julio César, y percibo claramente las variadas escenas, que se practican en mi alrededor. Veo pintados con el colorido de la verdad en todos los rostros, que me circuyen el placer más puro, la alegría más. seductora. Oigo doquiera mil frases de amor interrumpidas por las continuas ondulaciones, que verifica al dar sus repetidas vueltas, la masa del gentío. Todos ríen, todos son felices...¡Sólo yo tengo el alma emponzoñada!!!

Miro una porción de jóvenes amigos, que pasean eslabonados, hablando, refiriéndose sus conquistas amorosas y sus ardides para conseguirlas. Acaba de sentarse a mi lado una mujer vestida de negro, cuyo espeso velo no deja ver absolutamente su, al parecer, hermoso rostro. La creo bastante agitada.... ¡Tal vez será también infeliz!!

He sentido en mi pecho una repentina agitación desde que vi a esta mujer. Sus apagados suspiros, sus inmutables miradas fijas en mí, y su angelical presencia han desgarrado otra vez aquella herida, que no estaba aun cicatrizada en mi corazón. ¡He vuelto a sentir aquella convulsión abrasadora, aquel terrible frenesí, y perdido, en fin, toda la tranquilidad que me restaba!!

Después de un momento de silencio ha exhalado un profundo suspiro arrancado del corazón, ha rollado el doble velo sobre su cabeza. ¡¡Es ella!! ... Mujer, ¿porqué vienes a turbar el sosiego de mi angustiado pecho? ¿Porqué te acuerdas de mí ? Se ha levantado y sus labios han pronunciado otra vez aquella encantada palabra: «Sígueme»

VI

Han dado las once en la arabesca torre de San Lorenzo. En este momento cruzamos una tortuosa y desierta calle manchada por la caprichosa desigualdad de las casas con mil monótonas sombras, que dibujan en el suelo los cortados rayos de la argentada luna. Hemos dado vuelta a una colosal manzana y estamos al pie de un antiguo edificio, en el cual se ve un pequeño postigo, que ha sido abierto al acercarnos por una robusta mujer.Ya hemos entrado.

Acabo de ser introducido, después de dar mil vueltas a una infinidad de angostos y torcidos corredores, en una grandiosa sala alumbrada por una pequeña lámpara pendiente de dorada cadena. Está ricamente amueblada y tiene en su cabecera un suntuoso lecho... ¡Tal vez será el tálamo del adultério!!! Mi conductora ha desaparecido... La luna hiere mi fría y sudosa frente con un pálido destello, que, a pesar del tupido cortinaje de las encumbradas claraboyas, penetra por entre sus negligentes pliegues. Reina en esta casa un silencio, que horroriza: ¡Es el silencio de la muerte!!

Oigo en este instante los acordes acentos de una guitarra. ¡Cielos!, ¿será ella?. Su voz, su divina voz... ¡Sí! ¡Ella es!! Quizá ahora en los brazos de su esposo jure serle fiel hasta la tumba tal vez. Pero, escuchemos

Es el amor delicioso,
y muy dulce una pasión
conyugal.
Ven a mis brazos esposo,
llega, y toma un corazón
muy leal.
No deseches
No, mi ruego,
que es de fuego
mi pasión.
que en mi pecho,
dueño mío
tu desvío
da aflicción.

¡Infeliz de mí! ¡Mientras él goza de sus caricias; mientras recoge el fruto de su amor, yo estoy lleno de encontradas pasiones, y ahogado en mil lágrimas de sobresalto!!! Pero tampoco él es dichoso; bajo esa halagadora máscara, bajo ese velo de hechizos está escrita su desventura. !Y he de ser yo el hombre que la ha de causar!!!

Ya no resuenan en mis oídos sus angelicales acentos. Todo ha vuelto a caer en un silencio sepulcral. Han sonado las doce en no sé que reloj, y no viene.... ¿Si me habrá vendido? Mas no. Escucho crujir lentamente una puerta.... Sus pisadas... ¡Ella es!!

VII

—¡Mujer!!

—¡Hermoso mío!!

—¿Eras tú la que hace un instante cantabas...?

—Cuanto he sufrido con ese hombre; pero ya soy toda tuya.

—¡Mía!

—¿Qué tienes? Tú no me amas; me has engañado

—¿Qué dices?

—Sí, no me amas.

—¿Qué no te amo, infeliz? ¿Pues por quién he entrado en esta casa? ¿Por quién arrostro ahora los mayores remordimientos de un alma sensible, si no es por ti?

—¡Remordimientos!... Por mí

—No temas, ya estoy resuelto: yo te adoro

—¡Ángel mío!!

¡Y ha estampado en mis fríos y amoratados labios un beso ardiente, como la lava de un volcán, un beso que ha vuelto mi arrecido sudor en un sudor de fuego!!

¡¡La una!!! ¡¡Soy adúltero!!!

Tus ojos cargados de un sueno terrible se cierran a la luz, y tú duermes quizá tranquila... ¡ Desgraciado de mí!! Yo también dormiré....

VIII

Aún no he doblado mis cansados párpados al letárgico sueño, que me acosaba, y ya un ensueño desastroso ha venido turbar mi fatigado dormir.

Posaba sosegadamente en mi solitario lecho, ni el más leve indicio de sobresalto agitaba mi pacífico sueño, todo era allí silencio, todo tranquilidad, cuando la hechicera imagen de una mujer vino a arrebatarme tan preciosos dones. ¡Ah! Era muy hermosa. Yo entonces, ebrio de alegría, tendí mis temblorosos brazos hacia ella, la encontré en mi delirio, la acaricié con frenesí, y... ella sonreía. Oí de repente un trueno aterrador, vi la brilladora y eléctrica luz del rayo iluminar en aquel momento toda mi habitación y cesar dejándome envuelto en una espesa nube de azufre. Desperté, y en lugar de aquella encantadora ficción, en lugar de aquella angelical mujer tocaron mis manos un agigantado esqueleto y mis ojos vieron una banda de fuego, que culebreando por el condenso espacio se fijaba en mi cadavérica frente. Quise lanzar un grito de horror con toda mi fuerza; pero había quedado mi lengua muda, y apenas podio exhalar mi pecho la respiración. Grité por fin, mas ¡cuál fue mi agitación y mi sorpresa al ver alzarse sobre mí aquel espantoso y lúrido

espectro, escupirme al rostro diciéndome: «¡Maldito seas, adúltero», desaparecer y quedar tan solo aquella roja franja, donde se veían aún escritas las palabras de la terrible maldición!! Estalló en seguida una infernal carcajada, volvió a lucir la luminosa antorcha, se apagó por tres veces, otras tantas brilló sobre mi proscripta cabeza con más fuerza....«¡Maldito seas!!» resonó segunda vez en mis aterrados oídos... ¡Dios mío, perdón!!!

Pavoroso, azorado acabo de despertar, y me encuentro en la estancia del crimen. Mil fantasmas se agitan en mi alrededor, por todas partes escucho rechinar sus amarillentos huesos, v las horrendas maldiciones que pronuncian sus hundidas bocas, se graban en el fondo de mis entrañas. ¡He aquí el fruto de una pasión nefanda!!!

IX

Adiós. Tú duermes, mujer,
en el lecho criminal,
mientras un fuego infernal
siento en mis venas arder.
Duerme, mujer, duerme en paz
con el sueño del olvido,
mientras yo soy maldecido
sin hallar ningún solaz.

El mulato de Murillo. 1639

J. M.

El Cisne. 1838. 210-215

Era una mañana de las más bellas y apacibles del caluroso estío. El sol apuntaba apenas, dorando débilmente las altas torres de la ciudad del Guadalquivir, y varios jóvenes se dirigían por diferentes partes con la ansiedad propia de su edad a la casa del celebre pintor Bartolomé Esteban Murillo. Llegaron todos casi a un mismo tiempo a la puerta, y saludaronse mutuamente de esta manera

—Dios te guarde, Izturiz.

—Carlos, buenos días.

—Hola, Fernández.

—Gonzalo, parece que hoy se madruga.

—No siempre habéis de ser los primeros.

—¿Qué dice el bueno de Méndez?

—¿Y tú, Córdoba?

—Absolutamente nada, señores.

Y reunidos que fueron penetraron silenciosamente en la casa, y después en el estudio de aquel acreditado ingenio.

Aún no estaba el maestro en él. Los jóvenes artistas se preparaban a pintar, y cada uno observaba el trabajo del día anterior, y si los colores habían hecho ya su deber, facilitando la continuación de sus respectivos cuadros, cuando Izturiz exclamó, lleno de admiración y de furor a un mismo tiempo.

—¿Quién de vosotros se. quedó el último en el estudio? Por Santiago...

—¿Estás aún durmiendo?—replicaron a la vez Córdoba y Fernández—. ¿Has olvidado que salimos juntos?

—Pues es una chanza muy pesada señores—repuso Izturiz seriamente—. Ayer limpié mi paleta con un cuidado especial, y la encuentro hoy llena de colores como sí uno de vosotros, se hubiera servido de ella esta noche pasada.

—¡Calla! También una pequeña figura en cl extremo de mi lienzo—dijo Carlos—. ¿Quién, pues, se divertirá así todas las mañanas en hacer dibujos, ya en los lienzos, ya en los caballetes? Fernández, en el tuyo también observé ayer uno..

—Es Izturiz. Su paleta misma le acusa..

—Os juro que no, señores.

—Es en vano, porque tú no eres capaz de hacerlas tan bien.

—Con todo algo mejor que tú; parece que lo haces apropósito...

—¡También están mis pinceles sucios!—gritó Gonzalo—. Por Santiago de Compostela que aquí sucede algo de extraordinario todas las noches.

—¡Tal vez creerás tú, como el negro Gómez, que es el Zombi quien viene!

—A fe mía—dijo Méndez que labia permanecido contemplando silencioso una de aquellas figuras—, que si es el Zombi de los negros quien pinta tan bonitos caprichos, bien pudiera hacer también la cabeza de mi virgen, en la descensión de la cruz. Por más que me la imagino casta y pura mi pincel no puede formarla

Al decir esto, Mendez, con una sonrisa irónica, se dirigía a su caballete, cuando un grito de asombro se escapó de sus labios y quedó mudo y pálido, delante de su cuadro. Una cabeza hermosa de virgen, bosquejada solamente pero con una expresión y fuerza admirables, salía tan pura, tan graciosa de sus contornos en medio de los demás personajes, que le rodeaban que parecía haber venido allí como una aérea aparición

—¡Que es éso!—exclamó una voz fuerte y algo cascada, que arrancó a los jóvenes de su estupor y les hizo inclinarse respetuosamente delante del que hablaba.

—Mirad, Señor Murillo—respondieron todos, señalando el caballete de Méndez.

—¿Quién ha pintado ésto? ¿Quién ha hecho esa cabeza, señores?—dijo Murillo vivamente—. Responded. El que ha bosquejado esa virgen será un día nuestro maestro. Vamos, decid. ¡Murillo quisiera haberla pintado! ¡Por el alma de mi padre! ¡Qué toques! ¡Qué delicadeza! ¡Qué suavidad! ¿Eres tú, querido Méndez, amado discípulo?

—No señor—respondió este, entristecido.

—¡O tú lzturiz, Fernández, Carlos!

—No señor.

—¡Qué diablos! Pues ella no se habrá venido sola

—Ya lo creo, señor—dijo Córdoba, el más joven de los discípulos—. Pero no es la primera cosa extraordinaria que sucede en este estudio.

—¿Pues qué?—repuso Murillo, contemplando siempre la preciosa cabeza de la virgen.

—Según vuestras órdenes—continuó Córdoba—, jamás salimos de aquí sin dejarlo todo arreglado, limpias las paletas, lavados los pinceles, y perfectamente colocados los caballetes. Y por las mañanas, cuando volvemos, no sólo lo encontramos todo revuelto sino que además miramos por todas partes figuras, a fe mía, encantadoras. Aquí una cabeza de ángel, más allá de demonio; allí un perfil de una bella joven, o el respetable rostro de un anciano. Pero todo esto admirable, Señor. Por hoy ya lo veis. Y si no es nuestro maestro, el célebre Murillo quien hace estos caprichos, será preciso crear que el diablo tiene parte en ello.

—Bien quisiera ser yo. Y seguramente no negaría ni un solo rasgo, ni una sola línea. A este bosquejo le falta aún algo de dibujo, pero está bueno, muy bueno... ¡Sebastián! ¡Sebastián!—exclamó de repente—. Ahora vamos a saber quien ha sido el autor. Di, Sebastián, ¿no te he mandado que duermas aquí de noche?.

—Si, Señor—respondió nuestro nuevo personaje que era un mulato como de quince arios, esclavo del pintor.

—¿Y lo haces así?

—Sí, Señor

—Pues entonces dinos quien entró aquí anoche o esta mañana antes que los—señores. Habla pues, mal esclavo, o te doy conocimiento con el puño de mi bastón—dijo Murillo encolerizado al muchacho que retorcía los flecos de su chaqueta sin responder—. ¿No oyes?—añadió, tirándole de una oreja.

—¡Nadie señor! ¡Nadie sino yo, os lo juro!—exclamó postrado de rodillas y elevando juntas sus manos hacia su interlocutor.

—Escucha—replicó Murillo—, quiero saber quien ha hecho esta cabeza de virgen y las figuras que mis discípulos encuentran todos los días al entrar en el estudio. Esta

noche, en lugar de dormir, velarás y si mañana no has descubierto al culpable, llevarás veinticinco golpes con el mazo. ¿Lo entiendes?. Ve pues a moler tus colores, y ustedes a trabajar.

Después empezó la hora de lección con el mayor silencio, pues Murillo era muy pintor, para creer que debiera hablarse en el estudio alguna cosa que fuese independiente de tan noble y difícil arte. Pero al momento que se marchó, vengáronse los discípulos. Y como el objeto, que ocupaba la imaginación. De todos eran aquellas pequeñas figuras tan suaves y tan delicadas, que parecía que nacían por de noche para dejar sitio a los que tenían que venir después, recayó la conversación sobre este asunto.

Guárdate del terrible mazo si mañana no encuentras el culpado, Sebastian, dijo Méndez.

—Os digo, Señor, que es el Zombi.

—Que tontos y estúpidos, son estos negros con su Zombi—añadió Gonzalo sonriéndose.

—El Zombi, es como si dijéramos un alma en pena. Pero tened cuenta con el, señor Gonzalo, porque el Zombi ha estiradlo de tal modo el brazo derecho de vuestro San Juan, que si hace lo mismo con el izquierdo dentro de poco podría quitar y poner las hebillas de sus zapatos (si los tuviese) sin inclinarse.

—Sabéis señores, que aunque Sebastián no lo entiende no deja de hacer justas observaciones—exclamó Istúriz, mirando el San Juan de Gonzalo.

—A fuerza de moler colores, nada tiene de extraño que haya conseguido distinguirlos—repuso Méndez, algo picado por cierta chanza de Sebastián.

—Distinguirlos sí—dijo éste—, pero hacer uso de ellos es diferente.

Era preciso confesar que la inteligencia y viveza del esclavo eran tan grandes que cada discípulo, indecisos por alguna dificultad o defecto en su obra, no se desdeñaban en consultarle y seguir fielmente su consejo, siempre justo y verdadero. Así todos le amaban y al medio día, al tiempo de marcharse, no hubo uno que, dándole una palmadita cariñosa en el hombro no le dijera.

—Vela bien, Sebastián, atrapa al Zombi o prepárate a recibir los veinticinco golpes.

II

Era de noche. El estudio de Murillo, el más famoso pintor de Sevilla, aquel estudio tan alegre y animado de día, se había cambiado en un salón silencioso y triste. Una sola lámpara ardía colocada sobre una mesa de mármol y no lejos de ella, un tierno Jove cuya tez se confundía por su color con las sombras que en su derredor vagaban, pero cuyos ojos brillaban en medio de la parda oscuridad, como los diamantes al reflejar en ellos la luz, se miraba de pie, apoyado en un caballete.

Inmóvil, como la piedra, se le hubiera creído dormido. Tal era el estado inconcebible de estupor en que se hallaba, absorto en profundas reflexiones. Muy serias debieran ser por cierto, puesto que la puerta del estudio, que no había cerrado por descuido, había dado paso. a una persona, que acercándose le llamó tres veces por su nombre, y a la

tercera le tocó suavemente la mejilla.. Sebastián levantó entonces sus ojos, y halló cerca de sí, un negro corpulento y respetable

—¿Que queréis, padre mío?—le preguntó tristemente.

—Hacerte compañía.

—Es inútil; id a acostaros, yo velaré solo.

—¿Y si viene el Zombi?

—No le temo—respondió con una sonrisa involuntaria.

—Te arrebataría, hijo mío, y el pobre negro Gómez no tendría ya consuelo alguno en su esclavitud.

—¡Qué horrible es ser esclavo!

—¡Qué quieres, hijo! ¡Dios lo ha querido así!

—¡Dios! Por eso le ruego todos los días, padre mío, y no dudo que alguna vez me escuchará. Entonces no seremos esclavos. Pero id a reposar. Yo voy a acostarme sobre este jergón de paja y después a dormir. Buenas noches, padre. Id con Dios.

—¿Pero de veras no tienes miedo del Zombi?

—Esa es una superstición, propia de nuestro país. El padre Eugenio os ha explicado ya, como a mí, que es imposible exista en la naturaleza cosa alguna sobrenatural.

—Entonces, ¿porque cuando los discípulos te preguntan quien hace esas pequeñas figuras que encuentran todos los días, les respondes que es el Zombi.

—Para entretenerme, padre mío, y hacerles reír.

—Pues adiós, buenas noches.

Y dándole un cariñoso abrazo salió de la habitación lentamente.

Luego que Sebastián se vio solo dijo, exhalando un suspiro de alegría:

—¡A la obra! ¡A la obra!

Pero de repente, cambiando de expresión:

—Veinticinco golpes de mazo, si no nombro mañana al autor de estos dibujos. Y quizá más si lo declaro. ¡Oh! Dios mío, inspírame.

Y se postró en el jergón que le servía de lecho.

Bien pronto el sueño cerró sus cansados párpados en medio de su oración.

El refulgente rayo de la aurora penetraba ya por entre las vidrieras del estudio, cuando despertó el esclavo. Eran las cuatro de la mañana. Otro niño se hubiera acostado y dormido; pero él que no tenía ya suyas más que tres horas solamente de libertad, obligó a sus ojos a permanecer abiertos, y sus brazos y piernas a moverse.

—Valor—se decía a sí mismo cobrando fuerzas—, tres horas son tuyas, hijo mío. Aprovéchalas, que las demás son de tu amo. Borremos, pues—continuó, tomando un pincel empapado en aceite—, todas estas figuras.

Después se acercó a la virgen, que iluminada por la media tinta del día parecía mucho más delicada y hermosa.

—¡Borrarla! No, prefiero ser castigado, ser muerto! ¡Borrarla! ¡Ellos mismos no se han atrevido y yo tendría valor para hacerlo! Jamás.... Esta cabeza vive, ella respira, habla. Si yo la borrase, ¡Dios mío!, creería que su misma sangre iba a acusarme de asesino. No, no, acabémosla.

No había dicho esto, cuando ya la paleta se encontraba cubierta de colores en sus manos y enajenado comenzó a pintar, sin hacer caso del día que ya iba adelantando su

carrera, absorto en el cuadro, que tomaba vida y movimiento bajo las líneas que trazaba su inspirada mano.

—Un toque más—decía—, otro claro aquí... Después la boca... ¡Oh Dios mío! Ella se abre, sus ojos me miran... ¡Esa frente, qué pureza!.... ¡Hermosa virgen mía !....

Y olvidaba la hora, su esclavitud y los veinticinco golpes prometidos. Todo lo olvidaba el joven artista delante de su producción. No veía más que la cabeza de la virgen María sonriéndose.

Pero un leve ruido que oyó a su espalda le hizo volver la vista, y los pinceles cayeron de sus manos al ver detrás de sí a todos los discípulos y al mismo Murillo, que al frente de ellos estaba.

Después de un momento de silencio el pintor, imponiéndolo también a sus alumnos se acercó a Sebastián, que estaba petrificado, y ocultando su emoción y recorriendo con la vista al nuevo artista y a su obra, le preguntó.

—¿Quién es tu maestro, Sebastian?

—Vos, señor.

—¿Tu maestro de pintura?

—Vos—respondió temblando.

—Yo jamás te he dado lecciones.

—Pero las dabais a los demás y yo las escuchaba.

—¡Oh! Hacías más que escucharlas, por el viejo patrón de las Españas. Te aprovechabas de ellas, hijo mío.

Después volviéndose hacia los jóvenes, les preguntó si habla merecido Sebastián premio o castigo. Todos respondieron lo primero, añadiendo cada uno la recompensa .que debía darse al esclavo, que impasible escuchaba los efímeros premios, que le ofrecían.

Últimamente Murillo, mirándole con cariño le dijo:

—Estoy muy contento de ti por lo que has pintado, por esos toques ligeros y admirables, por ese colorido, y más que todo por esa virgen, que tu pincel creó. Te concederé cuanto me pidas, Sebastián. Dime tus deseos, nada temas, que yo juro, como estén en mi mano, satisfacerlos.

—¡ Oh señor, si yo me atreviera....!

Y cada discípulo para animarle le decía al oído, lo que había de pedir al pintor. Cuando Méndez se acercó le dijo:

—Pídele tu libertad, Sebastian.

—¡Ah! ¡Señor, la libertad de mi padre; eso es cuanto ambiciono!—exclamó el joven arrojándose a los pies de su maestro.

—¡Y la tuya también, hijo mío!—dijo éste, recibiéndolo en sus brazos y sin poder contener una lágrima que se le escapó involuntariamente de sus párpados—. Tu pincel ha descubierto en ti un hombre de genio, tus palabras demuestran que eres un hombre de corazón. Señores, el artista es completo. De hoy más, serás no solamente mi discípulo, sino mi hijo, ¡Dichoso Murillo! Tú has hecho mucho más que cuadros, has formado un pintor.

El maestro cumplió fielmente su palabra, y Sebastián Gómez, conocido por *El mulato de Murillo* llegó a ser, gracias a él, uno de los más grandes pintores con que se honra

hoy España. En la santa iglesia catedral de esta ciudad, no ha mucho tiempo que existían buenos cuadros suyos y entre ellos, *La Virgen con el niño Jesús, la Santa. Ana y su San José* y *El Cristo atado a la columna, teniendo a sus pies a San Pedro.*

Anochecer en San Antonio de la Florida

Enrique Gil y Carrasco

El Correo Nacional. 1838.

I

La caída de una serena tarde del mes de agosto, un joven como de ventidós años, que había salido por la Puerta de Segovia, enderezaba sus pasos lentamente por la hermosa y despejada calle de árboles que guía a la Puerta de Hierro, orillas del mermado Manzanares. A juzgar por su fisonomía, cualquiera le hubiera imaginado nativo de otros climas menos cariñosos que el apacible y templado de España; sin embargo había nacido en un confín de Castilla, a las orillas de un río que lleva arenas de oro, y que llevó con ellas su niñez y sus primeros años de juventud. Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos y en sus despejada frente se notaba una ligera tinta de melancolía al parecer habitual. Este joven se llamaba Ricardo T.....

El sol ocultaba su disco bajo un resplandeciente velo de púrpura, orlado de franjas de oro; las lavanderas recogían su ajuar, levantando extraño murmullo a la margen del río; varios jinetes caballeros en soberbios palafrenes volvían grupa hacia la capital; los pobres paisanos del mercado se retiraban con carros y cabalgaduras, y aquella escena bulliciosa y animada tenía indefinibles encantos, perdiéndose poco a poco en la soledad y en silencio del crepúsculo.

Como quiera, nuestro joven más parecía divertido en sus tristezas y pensamientos que cuidadoso de los últimos suspiros del día y de la poética y apacible despedida del sol. La brisa de la tarde que soplaba fresca y voluptuosa después de un día de fuego, despertando vagos rumores entre los árboles y meciendo sus desmaltados ramos, fue poderosa por fin a sacarle de su cavilación. Levantó la inclinada cabeza a su balsámico aliento; sus amortiguados ojos lanzaron un relámpago; sus labios se entreabrieron con ansia para respirarla; su frente se despejó del todo, y no parecía sino que un tropel de anacaradas visiones desfilaba de repente por delante de él según se mostraba fascinado y gozoso. Aquella brisa se desprendía de las cumbres de Guadarrama, y tal vez se había levantado entre las olorosas praderas de su país; aquella brisa le traía las caricias de su madre, las puras alegrías del hogar doméstico, los primeros suspiros del amor, los paseos a la luna con su mejor amigo; todo un mundo, finalmente, de recuerdos suaves y dorados, y que aparecían más dorados y suaves mirados al través de la neblina de lo pasado desde el arenal de las tristezas presentes.

El aura recogió sus alas por un breve espacio, y las visiones del mancebo recogieron sus alas a la par. No parecía sino que la súbita caída de un telón le quitaba de delante un teatro lleno de luz y de alegría. Sus ojos lanzaron todavía una llamarada, pero lúgubre y siniestra como una luz de desencanto, que sólo sirve para alumbrar el desierto que cruzamos; quedó su frente más anublada que antes y sus miradas se extinguieron como los fuegos fatuos del estío.

Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vida de sus primeros años junto con la ternura de su ma-

dre, habían desenvuelto hasta el más subido punto estas disposiciones. Cuando cumplió los quince años eran las mujeres a sus ojos otros tantos ángeles de amor y de paz, o unos espíritus de protección y de ternura como su madre; miraba a los hombres como a los compañeros de un alegre y ameno viaje, y la vida se le aparecía por el prisma de sus creencias como un río anchuroso, azul y sereno por donde se bogaban bajeles de nácar, llenos de perfumes y de músicas y en cuyas orillas se desarrollaban, en panorama vistoso, campos de rosas y de trigo, pintorescas cabañas y castillos feudales empabesados de banderas y resplandecientes de armaduras. El sentimiento de lo grande y de lo bello era un instinto poderoso en él; su corazón latía con acelerado compás al leer en la historia de la Grecia el paso de las Termópilas, y muchas veces soñaba con la caballería y con los torneos de los siglos medios. La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se animaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen, nacida en los vergeles del paraíso; y los vuelos de su corazón y de su fantasía iban a perderse en los nebulosos confines de la tierra, y a descansar entre los bosquecillos de la fraternidad y de la virtud.

Su amor hasta entonces era como el vapor de la mañana, una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en las espumas de los ríos o se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres. Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en la soledad, y se gozaba en los roncos mugidos del torrente; pero muy pronto la fada de sus aguas se le aparecía coronada de espumas y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanza, que le llamaba y corría a guardarle entre las sombras de un pensil de arrayán y de azucenas. Y la vida tornaba el alma del mancebo, y tenía fe en mañana y era feliz.

La virgen prometida se le apareció finalmente. Era una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical; su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo como el de nuestro joven. Los dos corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una sustancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores, y las flores de alrededor bajaron sus corolas hacia el suelo estremecidas de placer. De entonces más los dos amantes se amaron, como se ama la primera vez en la vida, y el porvenir sonaba en sus oídos como una promesa inefable de unión sin fin y de amor eterno.

Sin embargo, la imaginación de Ricardo por sobra de candor había cometido un yerro; vivía entre los hombres y se figuró vivir entre los ángeles, y esperó de aquellos lo que de éstos se puede esperar. Hombres hubo que hirieron con su anatema la frente de su padre y la paz de su hogar, y el porvenir del amor y los propósitos para el porvenir, todo fue a perderse entre las formas de la desconfianza y de la desesperación. Y sin embargo, la frente de su padre era respetable y sin mancilla, la paz de su hogar se derramaba como una luz de consuelo entre los infelices, era su amor una fuente de nobleza, de entusiasmo y de virtud y su porvenir un ensueño de beneficiencia universal. Aquellos hombres soplaron sobre este reposado y verde paisaje, y lo trocaron en una arena movediza que el viento de la amargura arremolinaba a cada soplo para esparcirla en seguida por los últimos confines del horizonte.

El pobre mancebo tuvo que abandonar todo lo que le quedaba en el mundo, el tierno cariño del hogar y las llorosas miradas de su ángel. La noche en que por última vez la vio hubo misterios extraños; sus ojos se abrieron a la orilla de una sima sin fondo, por la cual pasaba un agua invisible; pero cuyo delicioso murmullo llegaba hasta ellos. Los amantes, víctimas de un amargo delirio tenían sed, una sed inmensa y abrasadora y pasaban increíbles tormentos al borde de aquella corriente que tan dulcemente sonaba, pero que huía de sus labios. Un rayo de la luna rasgo el manto de los nublados y la visión pasó.

—Adiós—dijo la virgen, con inefable y melancólica sonrisa— nuestro amor pasará como las aguas de esa corriente subterránea; pero esas aguas paran en el mar y nosotros con nuestra pasión descansaremos un día en el mar de la muerte.

El joven la dijo entonces unos versos muy melancólicos que la había hecho, besó con adoración la punta de su velo y partió con lentos pasos.

Al otro día un solo amigo le acompañó en su amargo viaje, y al apretarle contra su corazón le dijo

—¡Adiós y quizá para siempre!... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena? Mi presencia daba antes la dicha y la alegría...pero hoy sólo la muerte puede dar.

El amigo se alejó con los ojos anublados.¡La predicción se ha cumplido! ¡Aquel amigo duerme hace un año entre los muertos!.

La vida de Ricardo en la corte se había pasado olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres. No había alcanzado a volver la paz al que le había dado la vida; su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones y desamparado de los hombres, habíanse visto obligado a conversar, como Lord Byron, con el espíritu de la naturaleza. Entonces una musa dulce y triste como las alegrías pasadas, había venido a sentarse a su ignorada cabecera, le había hecho el presente de una lira de ébano y dictado himnos de dolor y de reminiscencias perdidas; le mostró lo pasado por impenetrables rejas que le vendaban el paso para tornar a él, y tendió sobre lo futuro una cortina de sutil crespón negro que le permitía ver sus paisajes, pero todos anublados y cenicientos. Sólo de cuando en cuando, y como por singular merced, descorría la musa una punta del velo, y le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando a pueblos colosos, que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas. Y entonces un rayo de aquel sol inflamaba el corazón del poeta, doraba la lira de ébano que aparecía de oro resplandeciente y purísimo, templaba sus cuerdas, le inspiraba canciones de juventud y de esperanza, cantaban los pueblos nobles y caídos por villanas apostasías, y los ángeles del destierro venían a escucharle y a batir sus blancas alas entorno de la cabeza de los proscritos. ¡Pobre poeta! Entonces su misión le parecía grande, y aun cuando el velo dejase caer sus enlutadas puntas, conservaba dulcísimas memorias que iban a juntarse en su mente con los demás recuerdos, único patrimonio que le dejara la musa.

Y he aquí la razón porque muchas veces su alma se complacía en el camino de los campos donde naciera, y en respirar sus auras balsámicas. El día en que le hemos visto, su corazón estaba más tenebroso que de costumbre; su anciano padre descansaba al lado del amigo de su niñez en las tinieblas de la muerte; su madre no le abrazaba más de dos años hacía; y en fuerza de mirar su amor como un ensueño demasiado hermoso para

verlo cumplido, la esperanza se había ido agotando en su pecho, y la tristeza quedaba únicamente por señora de él.

II

Todas estas circunstancias de su vida, que expuestas dejamos, todas estas memorias de dicha se desplomaban sobre el corazón de Ricardo como un peñasco que se precipita sobre una aldea del valle; sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente.

Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblegarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser, cuando la voz de una campana pausada y misteriosa vino a liberarle de ella.

Miró en derredor como quien despierta de una pesadilla, y se encontró a la mano derecha con la ermita de San Antonio de la Florida, graciosa y linda capilla, asentada a un lado del camino, como asilo religioso para los pensamientos del casado viajero.

Algunas veces había pasado Ricardo por delante de su puerta, pero nunca se había resuelto a orar en ella, porque su amargura destilaba gota a gota en su corazón la duda y la ironía, y no osaba cruzar los umbrales de la casa del Señor, sin llevarle por ofrenda una fe sencilla y pura como la de sus primeras oraciones.

Pero aquella tarde abrumaba el pesar de su pobre espíritu, faltábale el corazón de un amigo con quien partir su desconsuelo, y le pareció que el Señor perdonaría sus dudas por lo mucho que padecía. Entró pues en el recinto de la oración; la capilla estaba silenciosa, sola; los postreros reflejos del sol la iluminaban con una luz vacilante y dudosa; todo era grave, solemne y recogido allí, y hasta los rumores de afuera se desvanecían a sus puertas. Ricardo sintió la religión de sus primeros años, se arrodilló desolado en las aras del altar, dejó correr las lagrimas que se agolpaban en sus ojos y oró con abandono, con confianza y con fe.

Rezó las oraciones de la Virgen, que le había enseñado su madre con el mismo candor que entonces, conoció que un bálsamo desconocido se derramaba por las llagas de su pecho, hasta se le figuró que la madre de los desventurados le sonreía con amor, y cuando alzó sus rodillas del suelo y fue a sentarse, divertido en blandas imaginaciones, en uno de los bancos de la capilla, comprendió que la esperanza es una luz del cielo, que brilla en las más espesas tinieblas de la desventura.

Alzó sus ojos a la bóveda del santuario como para dar gracias a la Virgen de su alivio, y un espectáculo de todo punto nuevo se ofreció a su vista. La nube de púrpura, que velaba las últimas miradas del sol, las derramaba sobre la tierra lánguidas y teñidas con los matices más delicados de la rosa, bien así como una reina llena de dulzura, que realza con sus cariñosas palabras la afable despedida de su real esposo. Aquellos mágicos resplandores penetraban por las altas vidrieras de la capilla, y derramaban sus apacibles tintas por las pintadas bóvedas.

Un pincel gigante de nuestros días, había dejado allí una magnífica huella, porque el Señor había rasgado delante de él las bóvedas del firmamento, y la gloria le había mostrado sus inefables galas y alegrías.

El soplo de Dios hinchó de inspiración el soplo de aquel hombre, los querubines prepararon en su paleta los cambiantes más suaves de la mañana, las pompas más sublimes de la tarde, y las ondulaciones más vagas de los inciensos, y mientras su mano, guiada por el frenesí divino que encendía su cabeza, copiaba las glorias del Altísimo, unos ángeles mujeres, parecidos a los que brotaban de su pincel, refrescaban su frente con el apacible batir de sus alas.

Estos ángeles—mujeres eran hermosos y aéreos, pero reinaba en su semblante un apagado viso de pesadumbre, como el sonido lejano de un arpa, que se ha amortiguado entre las alas de los céfiros. Ricardo, el poeta de las memorias, comprendió la expresión de pesar que empañaba apenas su frente, y divisó al través de ella las mártires del amor puro, las vírgenes que habían muerto con su primera pasión como una aureola de virtud, y que volando por espacio sin fin, al compás de las arpas de los serafines, volvían de cuando en cuando a la tierra compasivas miradas, y verían una lágrima sobre el hombre, que en un tiempo miraron como el compañero de su vida.

Por entre ellas y en celajes de color más encendido flotaban los ángeles niños, que habían caído en la huesa desde los pechos de sus madres, alegres, bulliciosos, abandonados, sin más pensamiento que el de su eterna alegría y el de las alabanzas del Señor.

Perdíasen a veces en los más remotos términos del espacio, y aparecían allí radiantes aún, pero confusos como las formas de los ensueños; o se mostraban en las nubes más cercanas a la tierra, formando delicados y cariñosos grupos, y espiando con una sonrisa de esperanza, la triste peregrinación de sus madres por el suelo. Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la principal cualidad de su índole generosa, y que sólo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores y una especie de éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser.

Su pecho había palpitado con las vagas melancolías de Osián; las sublimes visiones de Dante, las apariciones espléndidas del Apocalipsis habían embargado su imaginación, y sus ojos se habían detenido fascinados delante de los lienzos de Murillo y Rafael; pero jamás inspiración tan poderosa le había cautivado, jamás habían pasado por su mente tan profundas emociones. Quedó el joven embebecido en pensamientos de religión y de arte, doblose involuntariamente su cabeza, y ni él mismo supo lo que por él pasaba.

III

La luz se apagaba de todo punto en la capilla, el sol se había escondido completamente, y sólo la encendida nube enviaba un reflejo cada vez más pálido, que atravesaba sin fuerza las vidrieras y se perdía entre los celajes de la bóveda.

Un extraño rumor, un rumor como lejano y delicioso, sacó de su distracción a nuestro poeta. Alzó los ojos y al punto volvió a cerrarlos como si un vértigo le acometiera, porque su imaginación se había desarreglado con el tropel de sensaciones de aquella tarde memorable, o los ángeles se había animado y dejando las bóvedas cruzaban el aire, lo alumbraban con el fulgor cambiante de sus alas y lo poblaban de inefables melodías.

Durante un rato que estuvo nuestro poeta con los ojos cerrados, su razón luchaba a brazo partido con su fantasía procurando sojuzgarla; pero su corazón a pesar suyo

abrigaba una sensación dulcísima, un presentimiento de ventura, y su leal corazón jamás de había engañado. Abrió, pues, de nuevo los ojos y ya no le fue lícito dudar.

Los ángeles niños flotaban entre las nubes de magníficos arreboles; sus bocas puras como un capullo de entreabierta rosa, entonaban los cantares de la ciudad mística; sus alas esplendentes y ligeras se revolvían lanzando suaves reflejos y todo en derredor suyo respiraba el perfume y el abandono de la infancia.

Y los ángeles vírgenes pulsaban las arpas de oro, cruzaban por el viento con reposado compás, con frente melancólica pero radiante, y envueltos en nacaradas nubes parecidas al humo de los inciensos.

Rosas blancas y marchitas coronaban sus arpas, y de cuando en cuando caían algunas a los pies del absorto poeta, y el poeta las cogía y las aspiraba con fe y encontraba perfumes purísimos bajo aquel velo de muerte. La luz del Señor se había derramado en el místico recinto ; la luz de la mañana, la luz de los presentimientos dichosos inundaba el alma de Ricardo, y le parecía encontrarse delante de una de aquellas auroras de su primera juventud, en que el inmenso cielo estaba azul por todas partes, y el horizonte teñido de rosa, de jazmín y de gualda. ¡Pobre poeta!. ¡Cuánto tiempo hacía que su corazón no palpitaba con tanta dulzura! ¡Desde las noches en que su amor se adormecía bajo los pabellones de la esperanza, nunca se había sentido tan venturoso!

Súbito, una figura blanca y vaporosa se desprendió del coro de las vírgenes, cruzó el aire con sereno vuelo y quedó en pie delante del poeta. Un velo ligero y transparente ondeaba en torno de sus sienes; su vestido era blanco como el armiño y sólo una cinta negra estaba atada a su cuello con descuidado lazo. Cuando el poeta la vio se empañaron sus ojos, y su corazón se paró como si fuese a morir bajo el peso de la memoria, que despertaba en él la pura aparición de su ángel de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical.

Hubo un largo silencio durante el cual callaron las arpas y los himnos; uno de aquellos silencios inexplicables y en el que hay tanta alegría como amargura. Por fin la virgen tomó la mano del poeta, le miró de hito en hito y le dijo con dulce voz los versos que Ricardo había compuesto para la noche de su despedida.

¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida
¿Por qué extendió sus alas sobre ti?
¿Por qué tiñó tu juventud perdida
con el suave color del alhelí?
Tu amor como la espuma de los mares
frágil entre amarguras pasará,
y al eco de tus lúgubres cantares
nadie sobre la tierra llorará.
La virgen de tus sueños de pureza
flor solitaria de un abismo fue,
que alzó a mirarte la gentil cabeza
exhalando el aroma de su fe.
Pero nunca tus labios a besarla
en su pasión pudieron ¡ay! llegar,

y apagarán sus hojas su color...
¡Mísero corazón! ¿Por qué consumes
sin porvenir el fuego de tu amor?
Triste es decir adiós a la esperanza
junto a la puerta do asomó el placer...
mas pasaron las auras de bonanza
y sopla el huracán... ¡Adiós, mujer!
¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida
al extender sus alas sobre ti,
cegó tus ojos con su luz mentida...
¡Sombras eternas morarán allí!.

Hubo después de estos versos otro intervalo de silencio.

—¡Pobre Ricardo!—dijo la virgen, con un suspiro doloroso.

—¡Oh! sí, ¡Pobre Ricardo!—contestó el poeta—. Mi vida se ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos, y tu memoria era la única que me acompañaba. Óyeme, angélica; yo no sé si eres tú o es tu sombra la que me habla. ¡Ay!, en mi corazón todas son sombras, y tú eras la más pura y más querida de ellas. ¡Ángel mío!, dime: ¿Has visto tú mi abandono, mi soledad y mi pobreza? ¿Has visto tú mis humillaciones en medio de esta sociedad que ha consentido mi perdición cuando tenía dieciséis años, y mi corazón no pensaba más que en amarte? ¡Oh! dime como antes: ¡Ricardo mío! y yo seré feliz. Y si no eres más que una ilusión de mi fantasía, déjame morir con mi ilusión.

—Es verdad—contestó la virgen—, algunos hombres han robado su manto a la justicia y nos han perdido. ¿Qué les habíamos hecho nosotros, pobres pájaros que solo les pedíamos la luz del sol, los cristales de las fuentes y un rosal donde cantar nuestros amores? ¡Ricardo, Ricardo mío! Yo he llorado mucho porque lloraba por ti, y mi corazón te seguía por doquiera, y sangraba con las espinas de tu senda de amargura. Mi corazón se volvió a Dios y le mostró sus heridas, y le pidió bálsamo para curarlas, y Dios se apiadó de sus pesares, y mandó al ángel de la muerte que sacudiese sobre mi sus alas negras como las del cuervo, y el ángel las sacudió y mi alma flotó por los espacios y el Señor me colocó en el coro de mis hermanas las doncellas de los amores perdidos. Mis ojos, entonces, se volvieron hacia la tierra, y te vieron allí solitario y desamparado; tu corazón apagaba poco a poco su fuego, y sólo por mi exhalaba alguna vez una llamarada. Yo sentí que el mío se partía y me postré llorosa ante el trono del Eterno.

—¡Señor!—le dije—, perdón para el hombre que amé en el suelo; su alma está triste hasta la muerte, y su fe vacila.

—El hombre que tú amas—respondió el Señor—, ha dudado y su alma estará triste hasta morir. Pero baja a la tierra y consuélale y díctale cantares que alivien su tristeza; no te mostrarás a sus ojos como la virgen de sus primeros amores, porque sólo te ha ver cuando su alma llore al pie de los altares.

Y yo bajé a la tierra y me fui a sentar a tu cabecera bajo el semblante de una musa tierna y melancólica, y te di el laúd de ébano que has pulsado en la soledad. Yo te mostré tu pasado porque tu pasado era puro y virtuoso; y te oscurecí tu porvenir porque era nublado en tu imaginación, donde imperaban los recuerdos como señores despóticos. Yo

alcanzaba permiso del señor para alzar de tarde en tarde una punta de tu velo y por allí veías el porvenir del mundo libre, resplandeciente y feliz; yo he velado sobre ti siempre, porque te había coronado con las primeras flores de tu esperanza; yo te he querido, porque te quise con mi primer amor, y este amor es como las lámparas del cielo que nunca se apagan.

Hoy has orado, y el Señor te ha permitido que me vieras entre la pompa de los ángeles y te ha recompensado de tu fe presentándome a tus ojos.

Las arpas de oro volvieron a sonar entonces, pero sus ecos dulcísimos y apagados se perdían por entre las bóvedas y apenas llegaban a morir en los oídos del poeta.

—¡Ricardo mío!—dijo el ángel—, ¿amas mucho la gloria?

—¡Oh!—respondió el poeta contristado—; mi gloria eres tú; pero los lauros del amor no han crecido para mi frente, y yo quisiera laureles para ofrecértelos algún día en el paraíso.

Un ángel niño batió entonces sus alas de mariposa, trajo un laurel de oro y el ángel lo puso sobre la cabeza del poeta.

—¡Toma—le dijo—, solitario poeta! Tus lágrimas y las mías han sacado las guirnaldas del amor; toma este laurel de oro y ojalá que tu fama vuele por los últimos ámbitos del mundo. ¿Pero habrá quién te adore como te adoro yo?. ¡Oh!, no pierdas tu amor, porque es un perfume quemado en un altar y entre sus nubes alzarás tu vuelo hasta el trono del Señor. Tu Angélica ha cruzado ya las tinieblas de la huesa para llegar a los campos de la luz y tú las cruzarás también, porque tu Angélica te aguarda y las esperanzas del cielo nunca se agostan en flor.

Calló la virgen y el poeta sintió el blando contacto de sus cabellos en su semblante, sus labios estamparon en la frente de Ricardo un beso de castidad y de pureza, sus alas se agitaron con un blando estremecimiento, y cuando el arrobado joven abrió los ojos, ya la visión se había desvanecido.

Enseñoreaban las sombras la capilla. La música de las arpas de oro se había perdido en el silencio de las tinieblas, y sólo a lo lejos se percibía un rumor débil y apagado como el de una bandada de palomas que surcan el viento. El poeta paseó por la oscuridad de sus desolados ojos, rodeó con ellos la capilla y sólo encontró en todas partes la noche y el silencio. Por una de aquellas ilusiones de óptica que tan fáciles son en las horas del crepúsculo, la ermita se ensanchó de un modo increíble a su vista; su bóveda le pareció más ancha que la de las góticas catedrales, y allá en lo más encumbrado de la cúpula fingían sus ojos dulces reverberaciones, más pálidas que las que despedían las alas de los ángeles, pero tan apacibles y serenas como aquellas. Sin duda la tribu luminosa se había parado allí un instante para darle el último adiós.

Entonces el tañido de una campana se derramó solemne y religioso por aquellas soledades, vibró con particular acento en todos los ángulos de la capilla, y el poeta cayó de hinojos delante del altar borrado por las sombras. Aquella campana que sonaba en el crepúsculo, como para recordar la incertidumbre de la vida, llamaba a los fieles a orar sobre los muertos y Ricardo que había perdido sus padres, el amigo de su niñez y el amor de su juventud, oró sobre las cenizas de los tres, y el eco santo de los altares repitió su oración como en prueba de que el cielo le había escuchado.

Cuando se acabó su plegaria sus ojos se alzaron a la cúpula de la ermita esperando encontrar en ella el velo flotante de las vírgenes, pero todo había desaparecido, y la noche envolvía la tierra entre su oscuridad. Los ángeles habían aguardado allí la oración del poeta suspendidos entre la tierra y el cielo, y la había llevado palpitante y fervorosa a los pies del Altísimo.

IV

Desde aquella tarde memorable las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida y bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen en su espíritu, la reminiscencia de la gloriosa aparición era una especie de luna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba a esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida y el paseo por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño y poblado además de ensueños de esperanzas, de amor y de justicia.

El espectro

Anónimo

Liceo Artístico y Literario. 1838. 24-35

1

Todavía se conservan a corta distancia de la desembocadura del Guadalquivir, frente a los pinares, las ruinas del castillo en cuyo recinto ocurrieron los sucesos de que nos constituimos historiadores; y aun podemos añadir, para duelo de los corazones sensibles y mengua de nuestro siglo, que sin respetar el resguardo marítimo de la hacienda nacional las reminiscencias románticas que cada uno de aquellos vestigios lleva escritas en su carcomida faz, suelo visitarlos muy a menudo con el solo designio de interrumpir el sueño de los contrabandistas que acaso pernoctan en sus cuevas hospitalarias; porque hay hombres que ni saben leer en las piedras, ni descubrir en un montón de escombros la historia dolorosa de la humanidad.

A pesar de esta profanación, harto frecuente, las ruinas gozan de pleno derecho civil en las tradiciones de la comarca; y no se oye hablar de suicidio, ni se refiere conseja ni historia de apariciones que no se haya localizado en aquel punto solitario, mansión hoy de cuervos y de grullas acuáticas; residencia un día de los poderosos conde de Santa Eulalia

El descubrimiento que produjo una de las últimás excavaciones verificadas al pie de la derruida torre, de un féretro de plomo adonde se contenían los restos de alguna persona humana, mezclados con ricos joyeles y con los fragmentos de un puñal; y el que después se hizo de varios pergaminos adonde se refería el suceso triste que vamos a conmemorar, habrán contribuido, sin duda, a decidir el carácter sombrío y tétrico de las ruinas, asimilándolas en la mente de los sencillos moradores de los contornos, a todas las visiones de horror que sueles engendrar la pasión de ánimo hasta en los más esforzados pechos.

II

Alzaba su orgullosa frente hacia las nubes la torre feudal de Santa Eulalia en el mismo sitio que hoy ocupan sus calcinados escombros y algunas murallas medio caídas de época posterior, con que a la manera que ciñen uno y otro corsé las matronas de cierta obesidad y de ciertos años, tal vez se apuntalara y robusteciera la antigua fábrica al empezar los siglos a cuartearla; y florecía en todo el vigor de su poder el conde tercero del mismo título, valiente, generoso y tenido en mucho por su rey y por los caballeros de la época. Era su lanza de las primeras que brillaban en los torneos y en las batallas; su escudo uno de los más acuchillados de la época; su yelmo uno de los más resplandecientes y plumíferos que en los alardes y belígeras escaramuzas parecían.

No sólo por el impetuoso valor, no sólo por la afabilidad y cortesanía del conde le inclinaban el lanzón y la cabeza los guerreros jóvenes de la época, ni sólo por su expe-

riencia en achaque de guerras, asaltos, catapultas y reveses; sino porque era padre, además, de la más rica y de la más hermosa heredera de los contornos. El que su mano alcanzara podía vanagloriarse de haber clavado la rueda de la fortuna. O valiéndonos de algún moderno símil, suponer que repentina y sucesivamente le hablan hecho diputado, ministro embajador y gran cruz de la Orden Americana sin saber cómo o por qué.

Así se veían tan cortejados, amén del conde, su capellán y el de la niña, el mayordomo, el halconero y el caballerizo de su casa; personajes que no dejaban de influir en el ánimo del señor.

Eulalia, así se llamaba la heredera, por honra de la santa patrona de la familia, era empero la que más activa y poderosamente dominaba las voluntades del soberbio castellano; porque es de advertir, que así cabe un corazón paternal, afectuoso y tierno dentro la fulgurante malla y coselete, como en la clerical hopalanda o bajo el jubón de acuchillada seda o el chaleco elegante de Soiré que fabricarse suele en los modernos talleres de Utrilla

Pero no era tanto el afecto y cariño del conde como cierto infortunio de que el ilustre campeón no estaba exento, el que daba a su hija un poder casi omnímodo intramuros de la mansión feudal, y especialmente a ciertas y determinadas horas.

Un secreto espantoso, horrible, inaudito, abrumaba el corazón del caballero, encadenándole, por decirlo así, a los caprichos de su hija. Aquel paladín temido, aquel señor generoso y clemente, cortés en el regio alcázar, impetuoso en los combates, pródigo con sus colonos, devoto en la iglesia y suave, aunque tardo, en el decir, cometía diariamente la prosaica liviandad de ponerse como una uva; y dormía después de un solo sueño rústico y plebeyo en demasía lo que de la noche quedaba; y era su respirar feroz y ronco, y tan sonoro, acompasado y robusto, que se oyera por todo el castillo, a no tener Eulalia calafateadas cuantas puertas daban a la alcoba del potentado; sin lo cual creyeran sus familiares que era tal vez el nocturno estridor voz del órgano de la capilla que milagrosamente se tocaba solo; o quizá le comparasen a objeto más humilde y menos lisonjero a la dignidad del noble castellano.

No celebraban empero los sacerdotes de Isis con más recato y con mayor misterio su culto, ni se colora, remoza y perfuma la rugosa viuda de estos tiempos en encierro más riguroso, que aquel en que ofrecía sus libaciones el conde de Santa Eulalia, a la memoria, según él decía, de una esposa prematuramente perdida al dar luz al fruto de su ternura y de sus amores.

Desde el tiempo de aquel infortunio, empezó el buen caballero a castigar su propio dolor y sus tristes recuerdos a la manera que Noé lo acostumbraba; más su hija Eulalia, piadosa como lo fueron Sem y Jafet con el santo patriarca, se esforzaba en cubrir con un velo la desnudez de tan villano vicio; y aun había hecho imaginar a las gentes que la alquimia entretenía las horas solitarias del infanzón en su nocturno encierro, deseando para su padre antes el temor que se suele tributar a los profesores de ocultas ciencias que el desprecio con que la sociedad injusta (y démosle a la sociedad batería, que a fe que ella no ha de citarnos a juicio de conciliación) suele sellar la frente del beodo jovial y humanitario, ora sea por halagar el hipócrita puritanismo inherente al hombre, ora por conformarse a las clásicas y atroces creencias de los lacedemonios, incapaces de buscar en la ebriedad el estro y sublime misticismo que tanto embellecen aquellos largos crepúsculos, aquellas vagas y fantásticas penumbras que pinta el opio entre la vigilia y el sueño de los orientales.

Nosotros no osaríamos decidir si fue con efecto el dolor el que abrió puerta a la intemperancia en el pecho del conde, o si, como indican los pergaminos, adolecía ya el paladín de esa inclinación antes de enviudar y aun antes de casarse; lo cierto es que su hija Eulalia sabia aprovecharse de aquellos instantes de plácido epicureismo que eran a su padre tan dulces y sabrosos como frecuentes, y a ellos sólo debía la dilación de su esperado enlace.

Afirman los manuscritos de que nos valemos, que hablaría como incipiente en la historia y en la buena crítica el que refiriera un animado diálogo entre un infanzón de aquella época y su hija, acerca del cómo, cuándo y con quién habla ésta de contraer esponsales. Lo del yugo matrimonial se medía entonces, según parece, por las yugadas de tierra, por la conveniencia política del enlace, como suelen ajustarse en nuestros días las alianzas de los príncipes, y sin que a la parte más próximamente interesada, se la dejase voto en la elección. Así no habia Eulalia empeñado batalla de lágrimás y sollozos con su señor al decirle éste una noche con cierta brusquedad caballeresca, que se preparase a dar la mano a Fernán—Gómez de los más apuestos donceles del monarca. El futuro esposo no pasaba de veinticuatro años (dieciséis eran los de la doncella), y ya le habían hecho célebre entre varones y damás, su valor, su hermosura, el esplendor de sus arneses y la cortesanía y gala de sus modales.

Desde que las proyectadas bodas se publicaron, fue Eulalia el objeto de mil enhorabuenas de las principales damás y señores de la corte.

Solo ella veía con despego el tálamo nupcial que tantas lindas hembras le envidiaban; solo ella hubiera podido contemplar con horror el presuroso día que iba a enlazar su destino con el de Fernán Gómez.

Más no curándose de azotar las brisas con gemidos, de mesarse los hermosos cabellos ni de cubrir de tristeza la tez transparente y delicada, manifestábase asaz de complacida, al tiempo mismo que trabajaba con astuto y celoso afán en el nocturno taller alquimístico de su padre, por posponer el dia suspirado de la boda, valiéndose para ello de mil subterfugios y de las inacabables y fortísimás disculpas que las circunstancias le proporcionan por lo común a una doncella que no apetece mejor estado. Así pasaron días y meses fatigosos para ella, como suelen serlo para el deudor los que le acercan al plazo de su empeño; y cada hora era más próximo y urgente el compromiso; y ya se empezaba a traslucir que solo a los escrúpulos y desdenes de la interesante heredera debía atribuirse tanto retardo. Su alteza apremiaba, pues, al conde; el doncel se impacientaba y los familiares del castillo admiraban se de que prefiriese la joven a la corte, el encierro adusto de la casa paterna, las homilías del capellán, y, sobre todo, la elaboración constante de metales y sortilegios en que a su padre acompañaba; máxime no habiendo Eulalia manifestado nunca la más lejana inclinación al claustro, ni siendo sus ojos de aquel género que llevan la palabra celibato estampada sobre la pupila.

III

Era la una de la noche. La luna menguante acababa de levantar el recostado disco sobre las aguas del Océano, vistiendo de escasa y pálida luz las aristas del castillo, y aumentando así la intensidad a las sombras que generalmente le envolvían. Por las hendi-

duras de una ventana situada al lado de la torre que miraba al mar, mostrábase apenas el reflejo de alguna luz que debía de arder en la parte interior del aposento, cual si nunca durmiese la persona que le habitaba, o emplease acaso aquellas horas tenebrosas en el tráfico de los agüeros y ocultas y reprobadas ciencias. ¡Cuántas veces al cruzar la barra en su barquichuelo, algún pescador extraviado, hacía el signo de la cruz sobre la frente para ahuyentar de junto a sí los malos espíritus que imaginaba entretenidos en aquella ahora con el conde de Santa Eulalia. ¡Cuántas veces maldijo santiguándose algún navegante madrugador la sed de oro que así arrastraba a la eterna condenación a tan opulento potentado, a un noble tan llano y tan jovial que al ver sus mejillas de carmín, su corpulencia y llano trato, más parecía bebedor desaforado que mágico precito! ¡Cuántos votos de pobreza no se hicieron al columbrar aquellos desmayados reflejos de la ventana desde las solitarias y oscuras ondas, tal vez por los mismos que irían a buscar un maravedí de plata en el seno del más fiero escuadrón mauritano, atravesando lanzas y ballestas y mil muertes ataviadas en mil diversas formas!

Pero no atesoraba caudales el habitante del misterioso apartamento, ni eran sus sueños de poder y de gloria, sino de amargura, de muerte y desesperación. Doliente, herido más bien de una tristeza profunda, de aquellas que en las antiguas edades quebrantaban el corazón, y no se solían convertir en el melancólico placer que tanto se estila hoy, que de ninguna enfermedad clasificada y fulminante, yacía un imberbe mancebo como hasta de dieciocho años con las pálidas mejillas reclinadas en la diestra mano y el cuerpo extenuado a lo largo del lecho. Una lámpara, cuya luz tremolaba a impulsos del viento que por entre las hendiduras de la ventana la combatía, derramaba en el rostro del enfermo cierto matiz cárdeno, que combinado con su mortal lividez asemejaba no poco su fisonomía a la de un cadáver. Una silla dura, estrecha y de levantado espaldar colocada junto al lecho, algunas armas y vestidos colgados en el lado opuesto de la ventana, y una especie de pedestal adonde descansaba la lámpara, componían todo el mueblaje del cuarto; más limpio y cuidado, sin embargo, de lo que acostumbraban a estar los de tan pobre aspecto. A la hora en que hablamos tenía el enfermo un crucifijo de plata en la siniestra mano, y parecía dirigirle mentales oraciones.

Absorto y cuasi desfallecido continuaba su rezo, cuando un ligero rumor que inesperadamente se oyó junto a su almohada, le afectó no menos que un sacudimiento eléctrico pudiera. Sus ojos se animaron; un encendido rubor bañó sus mejillas; quiso reponerse, pero cayó de nuevo sobre las almohadas más abatido que antes. Al mismo tiempo apareció en el cuarto envuelta en blancos cendales la visión misteriosa de una mujer que con leve paso se acercó al enfermo, asió su mano, la llevó a los labios y la cubrió de lágrimas y de besos.

—Tus sollozos me dicen harto mis desdichas—exclamó con voz apagada el mancebo después de algunos instantes—. Ya veo que no es la felicidad para mí. Se dichosa, Eulalia. En vez del mullido lecho que junto a ti me había prometido mi loca fantasía, me espera la huesa. Cuando tú ricamente tocada subas mañana al altar, bajaré yo al sepulcro. A ti te estrechará en sus brazos Fernán Gómez; la muerte a mí en los suyos. Despidámonos en paz, amor mío. Si la misericordia divina me abre las puertas del cielo, yo rogaré a Dios que llueva sobre ti felicidades...

—¡No, bien mío!—exclamó Eulalia con histérica y convulsiva fuerza—. No hay humano poder que baste a separarnos. Si el cielo hubiera querido conservar tu robustez y fuerza, ya habríamos cruzado el mar, ya viviríamos ignorados y dichosos en otras repones.

—Pero mientras yo sufro postrado en este lecho, viene y te arranca de mi corazón otro mortal más feliz, un caballero de ilustre alcurnia, un igual tuyo, que en mi mejor estado de salud me despreciaría hasta negarme el honor de un combate. Yo, miserable paje, huérfano, plebeyo, ¿quién soy yo para aspirar a tu mano...?

—Tú eres, amor mío, lo que fue el mismo Pelayo, un hombre magnánimo de corazón, fuerte de brazo, capaz de alcanzar no solo la dorada espuela, sino la corona de los condes y principales señores. Anímate, amor mío, mi querido García, haz un esfuerzo de esa tu voluntad poderosa y grande. Resuélvete a ganar mi mano ya que la deseas, y yo te juro por la imagen de ese mismo Señor que crucificado tienes en la tuya, ser sólo para ti, vivir para ti sólo. Y si la muerte corta prematuramente mi aliento, si paso a la región oscura de los que finaron antes que haya tu nombre llenado el mundo y rescatado el santo sepulcro tu espada, ven a buscarme entre las cenizas que en el panteón feudal yacen; ven, alma mía, y yo te juro que a serme permitido volver en espíritu a la tierra, bajaré a verte, y desde la cóncava urna te daré el sí que mi corazón respira y te llamaré mi señor. ¿ No me quieres, García?

Una luz sobre natural había brillado en los ojos del paje al oír estas palabras. Su fisonomía se animó a deshora cual si raudales de nueva vida inundasen su pecho. Y con voz enérgica, aunque desigual y agitada, preguntó a la doncella.

—¿Y tanto me quieres, Eulalia? ¿Serás capaz de inmolarme tu presente grandeza y tus esperanzas? ¡Ah! Yo te juro por esta santa efigie, no acercarme a mujer alguna, no conocer más amor que el tuyo, hasta merecerte por mis hechos; y entonces te buscaré, Eulalia mía, y solicitaré tu mano, y bajaré a llamarte al sepulcro si en él descansas y cabe a tu huesa levantaré una ermita a la santa de tu nombre, y allí te lloraré en vida, hasta que la muerte me despose contigo para siempre y juntos vivamos en el cielo. O si los alfanjes agarenos acabasen mis días yo te avisaré en sueños que concluyó mi peregrinación sobre la tierra.

—Y en un convento—añadió Eulalia—, rezaré yo por ti y regaré de lágrimas el pavimento.

—¡Infelices! ¿ Qué decimos?—exclamó García, cuasi avergonzado de sus propias expresiones. Yo estoy moribundo, exánime; tú apalabrada para mañana mismo...

—El que goza de salud tal vez vive su última hora, y el que más doliente parece suele gozar de luz por largos años. No, mi García. Yo presiento que está más cerca mi fin que el tuyo. Tus banderas tremolarán victoriosas un día en los militares campos, cuando quizá esta misma doncella que ahora te idolatra estará borrada del número de las gentes, hecha polvo...

—Esas imaginaciones, adorada Eulalia, apresurarán mi agonía

—Mis palabras, ídolo mío, salieron del corazón—repuso interrumpiéndole la joven—. Jura que en vida, y más allá de la vida me cumplirás tus palabras, júralo por este Cristo.

—Sí lo juro, con toda la sinceridad de mi alma. Y quiera el cielo negarme su perdón si a la prometida fe faltase.

—Yo también lo juro por la pasión y muerte del Redentor. Tuya seré mientras viva. Tuya seré en la tumba.

—Yo vendré a pedir tu mano aunque en ella se ocultare.

—Tú serás mío aunque la agarena lanza te haya arrojado a la eternidad...

Y al decir así se abrazaron los esposos, y profuso y ardiente llanto corrió mezclado por las mejillas de ambos. Este acceso calmó un tanto su turbación, y como se hallasen poco remachados los clavos de plata que unían la efigie a la cruz, los desencajó fácilmente García con su daga; y entregando a Eulalia la imagen envuelta en un blanco paño de lino que de su madre tenia, él se reservó para sí la cruz, y ambos guardaron esta especie de sagrado talismán y símbolo de los temerosos juramentos que acababan de prestar, con ánimo de reunir a la cruz la efigie cuando ellos mismos se unieran.

IV

Nada se conoce tan desapacible, tan árido y desconsolado como los vientos de invierno en las playas de Sanlúcar. Siempre han abundado en aquella ciudad los paralíticos, porque no hay en efecto nervios asaz de tersos y bien trabados, para resistir sin lesión el desabrigo de aquellos arenales húmedos y desiertos. Así en la estación rigurosa se recogen las gentes apenas traspone el sol, aunque en verano pasan cuasi toda la noche bañándose en el mar, y gozosos celebran la fragancia de aquellas brisas más deliciosas que las que cruzar solían el jardín de las Hespérides y el esplendor de aquellas estrellas rutilantes y hermosas cual los luceros que brillan en el índico piélago.

Predominaban a la sazón los aquilones de enero, y parecía el castillo de Santa Eulalia, por lo desierto y desolado, alcázar de la esterilidad o panteón de la muerte. Ya hacia muchos años que gozaba de mejor vida, según la piadosa creencia, el señor a quien la plebe acusaba de hechicería.

Murió sin hijos, y su heredero, rico hombre cortesano, se presentó a tomar posesión del nuevo dominio; pasó en él una sola noche fatalísima y al amanecer del siguiente día partió resuelto a no entrar jamás en sus murallas, aunque nunca quiso declarar qué razones le movieron a abandonar tan pronto la recién adquirida fortaleza.

Era, pues, invierno, como decimos, y a la luz de una hoguera nutrida con troncos de viña, calentábanse y departían en la honda cocina del castillo de Santa Eulalia, una dueña que en la casa había pasado los abriles y mayos de su vida, si es que aquella vida tuvo en efecto primavera, y un peregrino, venido de Tierra Santa, a quien daba la vieja hospitalidad.

Estaba tan tostado del sol el rostro del viajero, y los mechones de su pelo y barba estaban tan negros, largos y espesos, que apenas podía inferirse por su rostro si había ya pasado o si aun no llegaba a los treinta años. Pero leíase fácilmente en su fisonomía que los padecimientos habían apresurado en él la carrera del tiempo y sellado con su huella el rostro de nuestro viandante, que con los ojos bajos y las manos cruzadas oía, tétrico, las consejas de la dueña.

—¿Murió, pues, el conde?—dijo el peregrino en tono de interrogación a la coronista siguiendo la plática comenzada.

—Sí, hermano—contestó ella con misteriosa voz—. Una mañana amaneció difunto sentado en su propia silla. Viendo que sus apartamentos no se abrían, hubieron de entrar por la ventana los escuderos, santiguándose y rociando agua bendita por la sala, pues habéis de saber que las gentes hablaban de secretas artes que mi honrado señor practicaba y ningún viviente del castillo había jamás penetrado en su laboratorio, cubierto, según se sospechaba, de negros paños, de esqueletos y vidrios y tubos de extrañas formas. Pero nada se halló. Los espíritus precitos se llevaron con el alma del caballero los huesos y vasijas, los hornos e instrumentos, y solo dejaron algunos frascos llenos de una especie de aguardiente que ardía a la luz del candil; y con uno de ellos empuñado yacía difunto el caballero a quien sin duda debieron de ahogar los demonios pues de su nariz y boca salía aun la amoratada sangre.

—¿Y nada más se supo de su muerte?—preguntó el peregrino.

—¿Quién habla de curarse de ella—repuso la anciana—, supuesto que ni hijos ni parientes tenia? Porque habéis de saber, señor, que mi señorita, ¡ah! ¡Dios la haya dado descanso! murió también un año antes, el día mismo de su boda. Ya estaba en el altar esperándola el valiente Fernán Gómez, el más gentil caballero de Andalucía. Ya ardían los blandones nupciales, cuya luz se trocó, ¡ay de mí!, en luz mortuoria y funeral, cuando un desmayo súbito tomó a la novia, y en menos de un momento dejó de vivir. La pena atarascó al noble castellano su padre de manera, que salió tambaleándose de la capilla y cantando mal urdidas trovas cual si ebrio de vino se encontrase. El futuro esposo, viudo antes de casado, quedó yerto y como paralítico de dolor, y vistió armas negras desde entonces, y entró en la Orden de los Templarios y pasó a Tierra Santa, después de ver el oficio de difuntos que se celebró en honra de su prometida. ¡Ah, hermano mío! Desde entonces son todas desdichas en el castillo. La hermosa Laura, la doncella de honor de mi señorita, desapareció el mismo día, y no se ha vuelto a saber de ella; pero se susurra que en un pergamino hallado milagrosamente, por entre los corporales al tiempo de decir misa, se declaraba que la joven Eulalia se había dado a sí misma la muerte, por no desposar al bravo de Fernán Gómez; que ya era esposa de otro hombre, al cual ha sido imposible encontrar, pues no había en toda la fortaleza más varones que los meniales, todos ancianos y poco favorecidos, y algunos pajes de corta edad que ya también desaparecieron. Yo no sé si será cierto lo del pergamino; pero es la verdad que desde entonces no hay vivir en el castillo. Las más pavorosas sombras aparecen por la noche a la cabecera de las camas. Y la imagen de la condesa Eulalia, pálida, mortal, destrenzada la cabellera y cubierta de blancos y temerosos cendales, se ve cruzar por las almenas y atravesar desiertas galerías arrastrando cadenas; y se oyen a su paso alaridos tan medrosos, que aunque vamos por la casa cubiertos de reliquias y rezando el trisagio a todas horas, vivimos llenos de pavor y parecemos a fuerza de sustos más viejos que el tiempo nos ha hecho. Pocos de los antiguos habitantes del castillo han quedado ya y si yo tuviera un asilo, también le habría abandonado. Tres años hace que no entra por estos muros un solo forastero. El nuevo castellano vino a tomar posesión; pero tales apariciones le rodearon, que a poco expira aquella noche; y a la luz de la aurora salió de la fortaleza, y santiguándose más allá del rastrillo, juró de no pasarlo más en su vida, y partió a galope contristado y mustio cual si del mismo infierno saliera.

Al pronunciar estas palabras lanzó a deshora la vieja un agudo grito que sobrecogió a su huésped e hizo a los dos empuñar con fe las cruces de sus rosarios. Un espectro cruzó su vista y los que conocieron a la condesa Eulalia hubieran podido ver en la aparición una imagen suya tan parecida cuanto es permitido que del sepulcro salga.

Pasó súbitamente la fantasma, y todo quedó sumergido en profundo silencio. Al cabo de un rato empezó a oírse la respiración de los dos interlocutores, que algo recobrados, rezaban ya sendas avemarías con baja y presurosa voz. Restablecidos del miedo continuó así el diálogo.

—Esta noche—dijo balbuciendo la dueña—, la pasaremos aquí en oración, y mañana proseguiréis hermano vuestra ruta, y la bendición de Dios os acompañe.

—Si quisierais, honesta y cristiana dueña—le contestó el peregrino—, otorgarme una merced singular, me dierais por habitación cualesquiera de las que habrá desocupadas en la torre. Cierta penitencia severa que me es forzoso cumplir cada noche adonde humanos ojos no me vean, me obliga a haceros esta súplica.

—¡Jesús mil veces!—exclamó la dueña—. ¿Y vos osareis, hermano, subir solo a esos lugares, morada únicamente de protervos y aterradores espíritus?

—Con la bendición de Dios, pasaré en ellos la noche, y tal vez, me revelarán los que sufren el medio de cumplir algún voto que ponga en paz sus ánimas.

—¡El Señor os favorezca, peregrino! Si a esas mansiones pasáis, no esperad que nadie os haga compañía. Subid solo, encomendaos a Dios, y pensad que es muy de temer que nunca más bajéis. La última persona mortal que pernoctó en la torre, fue un doliente pajecillo a quien cuasi exánime bajamos de ella cuando finó la señora: recobróse luego un tanto y salió a buscar fortuna, y es fama que pereció en Palestina en olor de santidad. Desde entonces no se ha respirado humano aliento por aquellas desmanteladas galerías.

Tanto, empero, reiteró el peregrino sus súplicas y con tanto fervor que al fin hubo de darle la dueña una bujía, una llave para que abriese la primera puerta de la torre, y una medalla de Santa Eulalia, patrona del castillo, para que le favoreciese. Y así preparado se enderezó el piadoso viajero a las temidas mansiones.

V

No fueron vanos los recelos de la vieja. El peregrino penetró en paz hasta la alta habitación de la torre, adonde una vez pasó el paje García sus dolencias. Aún estaban allí tapizados de polvo y carcomidos por los insectos el pedestal adonde solía descansar su lámpara; aún colgaban de la pared las antiguas armaduras cubiertas ya de orín y desencajadas sus piezas y sin lustre los dorados clavos y hebillas; y bien se advertía que faltaba de aquellos lugares la mano del hombre hacia ya muchos años.

El peregrino hizo oración y se recostó en el lecho. Más aun no había cerrado los ojos, cuando se apagó súbitamente la bujía y pensó advertir en su sorpresa que un soplo humano la matara. Repúsose en el lecho y oyó pasos recatados en la estancia, y asiendo de una cruz de plata que oculta en el pecho llevaba, comenzó a pronunciar devotas y ardientes preces. A corto rato descubrió en la lejanía y a distancia mucho mayor de lo que su propia alcoba ocupaba, un cárdeno reflejo que las piezas interiores descubría, y a su luz vio pasar la sombra de Eulalia, ligera, leve, aérea, instantánea, como suele aparecer el lam-

po de las tempestades. Encomendándose el peregrino a Dios férvidamente y siguiendo por largo trecho el astro de luz que la huella de la aparición marcaba, percibió al fin, no sin espanto suyo, los flotantes ropajes, ocultándose tras las urnas cinerarias de la capilla, pues hasta ellas había descendido por intrincados pasajes y escaleras. Todo volvió a quedar envuelto en profundas sombras, y arrodillándose entonces el peregrino oró en voz alta y requirió a las afligidas almas de declararle cual era su voluntad, que él religiosamente cumpliría y pronunció su propio nombre, y dijo que por juramento estaba obligado a consolarlas y a prestarles religiosa o corporal ayuda.

Poco a poco empezó una pálida efulgencia a iluminar los sepulcros. Adelantóse el peregrino, apenas con ánimo ni aliento bastante para acabar la empresa, hacia el lugar del ara; y pensando que de una de las naves laterales le llamaban, partió hacia ella, y siguió una sombra que parecía retroceder a su vista; acercóse empero, y creyó en su delirio que fuese aromático y rosado, en vez de sepulcral, el aliento de la visión, y ya más próximo adelantó la mano audaz para asirla y cuando pensó que aquella fantasma se tornase en huesos y ceniza, ¡oh poder de los eternos designios! se halló abrazado a una cintura elástica, flexible y frágil, a un cuerpo delicadísimo como aquellos que ve la juventud en sus ensueños, y sobre su corazón descansaba un seno agitado y palpitante, y sobre sus hombros una cabeza cubierta de perfumada, suelta y luenga cabellera.

VI

Con la primavera próxima volvieron al castillo de Santa Eulalia los antiguos placeres. Una mañana se desayunaban juntos la hermosa castellana y su valiente esposo, y departían así:

—¡Y supiste, señora, hacer tanto por mi amor! ¿ Cuando podré pagarte?

—Sí, mi García—replicábale festivamente la bella Eulalia—. Supe con tanta industria fingir y aprovechar aquel accidente, que cuando Laura mi doncella, espantada de verme abrir los ojos, iba a pedir auxilio, «Calla», le dije, «Afloja los cordones, no permitas entrar a nadie», y colocando en el ataúd un pesado bulto vestido con mis propias ropas, le velamos después por el lugar del rostro, y a la hora determinada cerró Laura la tapa y arrojó la llave al mar. Durante mi trance oía cuanto en derredor mío se hablaba; y no puedes imaginar con cuanto terror y sobresalto sentía estrechar los cordones que me ataron y preparar mi entierro. Lo que el miedo no ocupaba, lo llenabas tú en mi mente, García mío, y yo creía ver el rostro de mi santa patrona que me prometía futura felicidad. Desde entonces hemos vivido Laura y yo ocultas por el castillo, divertidas en ahuyentar a los importunos y esperando a que tú nos rescatases, ídolo mío, y a que pudiéramos unir a tu cruz de plata la efigie que yo conservaba en el pecho. No quise revelarte mi secreto para probar tu fe, para que tú supieses que me merecías, que era yo tuya de derecho, y que el alma que el paje García logró cautivar, seria feliz al entregarse al campeón ilustre de Palestina si alguna vez tornaba a reclamarla .

En medio de lágrimas de ternura, besaron los esposos el Crucifijo. La imagen estaba recién unida a la cruz por medio de clavos de oro encabezados con rubíes, y habíanla suspendido a una caja de marfil y concha por medio de una cadena de rica pedrería.

Conclusión

No hablaban más los papeles extraídos en la excavación del puñal, los huesos ni las joyas que se encontraron en el ataúd de que al principio hicimos mérito. El puñal hubo sin duda de ser obra de algún armero morisco de los que trabajaban en Damasco, pues la hoja se conservaba ilesa, punzante y fuerte cual si tantos siglos no hubiesen podido acribillarla.

También imagina un nuestro amigo, anticuario además y muy mucho de sagaz y conjeturador, que los huesos pertenecerían a un difunto de aquellos tiempos, si ya no eran de algún hipopótamo antediluviano, sobre lo cual nos abstenemos de aventurar nuestras propias presunciones, hasta comparar los expresados huesos con los fósiles que ahora suelen desenterrarse por mano de los sabios que estudian las antigüedades egipcias. Lo de las joyas nos parece apócrifo. En tales tiempos estamos, que si joyas hubiera, ya las habría acotado el tesoro público aun cuando las encubriesen y ocultaran los mismos montes de Oca que no unas ruinillas de tres al cuarto.

Hanos parecido justo dar estas aclaraciones para calmar la codicia de los aficionados a rubíes, que podrían partir malaconsejadamente a Sanlúcar a cavar por dentro de las ruinas y a espantar en sus pacíficas moradas a las lechuzas, a los grajos y a las grullas acuáticas.

La capa roja. Cuento nocturno

Anónimo

El Panorama. 1839. 6-11

Era de noche y se acercaba el fin del otoño. Un viento frío, que rugía a través del follaje anunciaba la proximidad del invierno. Impaciente yo por llegar al rincón de mi hogar, aguijaba a mi caballo, no acordándome de que el pobre animal había andado todo el día sin descansar mas que una sola vez.

Había caminado mucho tiempo por un campo raso, y entonces se me presentó una senda pedregosa. Seguila y no tardé mucho en hallarme metido en un bosque, a cuyo lado se levantaba una colina, en cuya cima descubrí una horca muy alta, de la cual estaba suspendido por una cadena el cadáver de un criminal.

Confieso sin rodeo y tal vez con rubor, que soy algo supersticioso. ¡Ojalá que esta confesión me valga alguna indulgencia! Con el fin de salir de aquel paraje fatal antes que la noche me envolviera completamente en sus tinieblas, puse mi caballo al galope.

Alzábase la luna y su pálido y misterioso resplandor iluminaba tristemente mi camino. Aun no hacía un cuarto de hora que había perdido de vista el objeto de mi terror, cuando oí a cierta distancia el rumor de un caballo que se acercaba galopando a mi espalda, y en este momento comencé a sentirme penetrado de un frío extraño y glacial.

Eché los botones de mi chaquetón sin encontrar consuelo. Páseme alrededor del cuello el pañuelo del bolsillo, y, creyendo que el ejercicio disiparía esta nueva incomodidad, metí espuelas con mas fuerza. Pero yo continuaba helado, y a pesar de la extremada velocidad de mi cabalgadura, oía sin cesar detrás de mí el mismo rumor que había herido antes mis oídos. Miré a todos lados sin descubrir alma viviente. Pero en una revuelta de la senda percibí un caballo tordo montado por un hombre alto, flaco y seco, de puntiaguda nariz, cara pálida y melancólica, cuyos párpados eran tan largos que parecía dormido. Chaqueta blanca, sombrero adornado con pluma encarnada y jubón negro, componían su vestimenta. Lo que más en él me sorprendió fue que llevaba la camisa abierta por delante y el cuello enteramente desnudo.

Cabalgamos algún tiempo a la par sin que aquel ente extraordinario volviese la cabeza para mirarme. Yo no dejé de contemplarle hasta que mis ojos se entumecieron de frío. De cuando en cuando me veía precisado a echar el aliento en mis dedos, abandonado las riendas de la brida, y al recogerlas conocí que mi caballo iba tan helado como yo.

En tanto el desconocido no echaba de ver mi incomodidad. Su capa de color rojizo colgaba atravesada en el arzón delantero, su chaquetón daba vueltas al rededor de su cuerpo, y su camisa, agitada por el aire, ondeaba corno una vela.

Parecíame esto muy singular y lo era en efecto. Revelaba su persona un tipo inconcebible, misterioso, tan difícil de expresar como de definir, y que inspiraba secreto terror. No puedo dar cuenta de la sensación, ni del movimiento que me hizo clavar las ayudas en los polvorosos ijares de mi bucéfalo, que a despecho de su cansancio salió al trote largo. Era mi inatención sin duda deshacerme de mi compañero, pero este, viéndome huir, se lanzó en mi seguimiento. Cuando yo reprimía la velocidad de mi carrera, él reprimía la suya, y cuando yo volvía a galopar, galopaba él también a mi lado. Esta táctica sin-

gular no dejaba de causarme zozobra y aun espanto. Pero el mayor de mis males era el horrible frío que cada vez se hacía mas intenso, que penetraba todo mi cuerpo, que se iba insinuando en mis venas, que me punzaba tan dolorosamente en la nariz hasta arrancar de mis ojos involuntarias lágrimas que surcaban mis mejillas. ya mas frías que el mármol.

Tranquila estaba la naturaleza en torno de nosotros. Sólo el eco aislado repetía los pasos de nuestros caballos, sólo la luna alumbraba nuestro camino. Su luz incierta y dudosa proyectaba a lo lejos nuestras sombras en dimensiones gigantescas; pero la de mi compañero era doble de la mía, aunque iguales nuestras tallas.

Resuelto a dar fin a mis temores, reforcé la voz y le dije con tono que procuré hacer lo mas firme posible:

—Paréceme, caballero, que V. ha determinado que estemos siempre juntos, si bien uno de los dos no participa tal vez de semejante deseo.

Hizo el extranjero una leve inclinación con la cabeza, y en seguida manifestó cuanto le pesaba haberme importunado, aunque sin intención, pues creía que llevábamos el mismo camino.

Explicabase con tanta gracia y con tanta finura que me vi precisado a imitarle. Y a pesar del anhelo de deshacerme de su persona fingí agradecer mucho su buena compañía. Y volvimos a trotar uno junto a otro.

—¡Uf ! !Caballero, qué frío hace!—le dije.

—Si V. quiere aceptar mi capa—replicó—, le prometo que se abrasará V...

—¡De ningún modo!—repuse, rechazándola secamente.

—¡Será para otra vez!—dijo el desconocido.

Y picando a su cabalgadura, me dejó solo. Mi caballo y yo sentimos notable alivio.

Poco después llegué a una venta que se hallaba cabalmente a la mitad del camino que yo debía andar, y cuando eché pie a tierra eran cerca de las ocho. El ventero, hombre jovial, de vientre esférico, cara de luna llena, y perpetua sonrisa, me recibió como todos los venteros han recibido, reciben y recibirán a los caminantes.

—Deme V. un cuarto reservado—le dije—. Y que me traigan con que refrescar.

Saludóme el huésped profundamente y en términos muy respetuosos me dio a entender el pesar que sentía de no poder servirme pues el último aposento que le que daba disponible estaba ya ocupado hacía diez minutos por un caballero. Pero creía que éste tendría mucho placer en cederme la mitad del dormitorio.

Fuese a preguntar al caballero si consentiría en la cesión, y no tardó en volver a decirme de su parte que le cabría sumo gusto en disfrutar de mi compañía. Dirigí mis pasos a la habitación; pero juzgue el lector cuales serian mi sorpresa y mi estremecimiento, cuando, al llegar al dintel de la puerta, me encontré al extranjero sentado junto a su capa roja.

Al reparar en aquel ser misterioso dióme una convulsión de nervios e iba ya a retirarme; pero él se levantó y, ofreciéndome una silla, dijo que me cedía con satisfacción la mitad de su cuarto. No pude rehusar tan cortés ofrecimiento, cuando, por otra parte, hallándome en un paraje habitado, debía estar completamente tranquilo. Acepté, pues, el convite y sentéme junto al hogar apagado, preguntándole si se le ocurría alguna objeción contra una buena lumbre, porque el frío iba apoderándose nuevamente de todos mis

miembros. A esta pregunta sus facciones se alteraron visiblemente; pero, componiéndolas en el mismo instante, me respondió señalando su capa en la que yo no me atrevía a echar los ojos:

—Yo nunca tengo frío, caballero, y esta capa me basta, aun en la estación más cruda. Pero V., que está tiritando, puede ponérsela, y estoy seguro de que entonces entrará en calor.

—Doy a V. gracias—le dije—. Prefiero calentarme de otro modo.

A la vista de aquel ropaje, que a mi parecer tenia algo de diablesco, sentía un terror secreto e indefinible que me forzaba a no aceptarlo. Determiné, pues, rehusarlo por segunda vez. Tomada esta resolución, me levanté, llamé al ventero que se presentó inmediatamente, y volviéndome hacia mi compañero, a quien mi negativa habla mortificado algún tanto,

—Presumo, caballero—le dije—, que la lumbre no incomodará a V. aunque siempre tiene calor. ¿Consiente V. que la enciendan?

Inclinó el hombre la cabeza, pero sin responder; y clavando los ojos en el suelo continuó guardando silencio. El huésped se dio un buen frote de manos y salió diciendo que nunca había hecho tanto frío como esta noche. Mientras estuvo ausente, no dejó el desconocido la postura meditativa que había tomado. Yo me sentía cada vez mas transido y al cabo se apoderó de todo mi ser una melancolía glacial acompañada de convulsivo temblor.

Las diez daban en el reloj de pared que había en nuestro cuarto, cuando llegó una criada con leña. Era una mozona de alegre cara y remangada nariz, a quien no se podía mirar sin soltar la carcajada. Pero apenas hubo entrado, se quedó tan seria y melancólica como nosotros, y después de muchas tentativas infructuosas para encender lumbre, no pudo manos de confesar que le era imposible conseguirlo.

Hacía tanto frío que yo no quise renunciar al consuelo de calentarme. Vino a su vez la ventera; pero en vano empleó toda su maña para que la leña prendiera. Sólo lograba sacar de ella algunas chispas, pues así que el extranjero volvía hacia el hogar sus entelados ojos y su pálido rostro, gemían los tizones y el fuego se apagaba de contado.

Sin embargo, yo iba conociendo que si permanecía mas tiempo en aquel sitio estaba expuesto a helarme vivo. Quise levantarme, pero mis piernas entumecidas y tiesas se negaban a obedecerme, y caí vacilando en mi asiento. Viendo el extranjero mi confusión, me dijo:

—Caballero, me parece que aun mortifica a V. el frío. Hágame V. el gusto de abrigarse con mi capa.

Y abrió la capa roja que estaba enteramente forrada de una magnífica piel de oso.

¡Oh, qué tentación! Por poco no caí en ella. Para vigorizar mi ya debilitada resolución, quise apartar la vista; pero mis ojos se separaban a mi pesar de la dirección que yo quería darles y se clavaban con afán en aquel forro tan blando y tan caliente.

Observando el desconocido mi indecisión, hizo nuevo alarde del objeto tentador, y me dijo con aquel tono de misterio, cuya singular expresión no cabe en el lenguaje humano

—¡Si V. quisiera ponérsela, se abrasaría entonces!

Al pronunciar estas palabras cobró su fisonomía una palidez todavía más lívida, sus sombríos y eclipsados ojos lanzaron un brillo siniestro y contrajo todas sus facciones una horrible sonrisa, mientras su descarnada y amarillenta mano me señalaba con un dedo la capa roja.

Entonces vi. algunas manchas oscuras en ella esparcidas, que el color de escarlata hacia mas visibles.

Estremecíme... Un pensamiento horrible se presentó a mi espíritu, y volvió su vigor a mis helados miembros. Eché a rodar mi silla, y, precipitándome fuera del aposento, crucé la cocina como un relámpago, casi derribé al ventero al echarle una moneda de plata en la cabeza, y, corriendo a la cuadra, ensillé mi caballo apresuradamente y salí al galope, pues ya oía la voz del extranjero que pedía el suyo, blasfemando.

Pero mi corcel era excelente. Saltaban chispas de sus cascos, y huían los prados a izquierda y a derecha, mientras que los árboles volaban junto a mí como unas sombras.

Llegué a casa jadeando. Llamé a la puerta y salió a abrirla mi mujer. Estábame esperando impaciente, y al tiempo de abrazarme me dijo que arriba encontrarla a un amigo antiguo que deseaba mi llegada casi con tanto afán como ella misma.

Esta noticia me dio extremado placer.

—Tanto mejor—le respondí—. Con un amigo de confianza, una buena botella y un buen fuego es fácil consolarse y olvidar lo pasado.

Subí precipitadamente las escaleras; pero por poco no caigo de espaldas sorprendido y terrificado al hallarme al misterioso extranjero, cuya fija mirada no se apartaba de la tierra, y mas allá, tendida sobre el respaldo de una silla, la horrible capa, cuyos largos pliegues habían ahogado en otro tiempo los moribundos gemidos de una víctima

El ruido de mis pasos sacó al incógnito de sus infernales meditaciones. Levantose y se acercó a mí cortésmente. Yo quise retroceder, pero, como tenia detrás la escalera, permanecí inmóvil. El se inclinó atentamente, y me rogó le perdonase el atrevimiento de presentarse en mi casa.

—Ya que la fortuna—añadió—, me ha deparado la satisfacción, de acompañar a usted hoy en su viaje, he creído, al pasar por delante de esta casa, que V. se ofendería si hubiese ido a pedir hospedaje en otra parte.

Estaba yo tan asustado y me cortó en tales términos su osadía que no pude responderle. Tartamudeé algunas palabras: mas él se dio prisa en tomarlas por un consentimiento. No tuve valor para desengañarle.

Apartéme de su lado con pésimo humor y me acosté aunque no para dormir, pues no lo consentía mi extremado frío. Sin embargo, el cansancio pudo mas que la imaginación y me iba ya amodorrando, cuando, hacia la una, oí un ruido sordo que me desveló, y a la luz de la lamparilla, que se iba apagando, vi deslizarse una sombra....

Era el extranjero. Acababa de entrar en mi cuarto no se cómo, porque no sentí abrir la puerta. Le vi acercarse silenciosamente haciendo una larga pausa entre paso y paso. Empecé a temblar convulsivamente, conocí con indefinible angustia que el cabello se me erizaba, que mi respiración iba siendo cada vez mas laboriosa, que mi corazón no latía... ¿Cuál puede ser su intención? ¿Ahogarme, asesinarme? !Oh qué horror! Pero no cabe duda: trae en una mano aquella capa diabólica, espantoso instrumento... Le veo tocar la

cama, temo perder uno solo de sus movimientos, le miro fijamente... ¡Y de pronto se conturba mi vista, quiero distinguir, y no encuentro mas que tinieblas.! ¡Horrible momento!

De repente hiere mis ojos debilitados un resplandor rojizo... Era la capa iluminada por el último rayo de la lamparilla. La abre, se acerca andando como un espectro... Sin duda viene a ahogarme!... Quédase inmóvil un instante.... ¡Qué horrible expectativa! ¡Esto era morir dos veces!

Ya no pude sufrir mas aquella calma y me tiré de la cama con las fuerzas que me, daban la rabia y la desesperación.

—¡Malvado! ¡Infame asesino!—grité aferrándole por el cuello—. ¡No me matarás al menos indefenso!

El desconocido dejó caer al suelo la capa fatal, apagose en aquel momento la luz y empezamos una lucha espantosa en medio del silencio y de la oscuridad.

Los ojos de mi antagonista chispeaban ese la sombra como carbones encendidos, lanzando al parecer vivos relámpagos. El combate se sostenía por ambas partes con igual encarnizamiento; pero el extranjero cayó en su mismo lazo, porque enredándosele los pies en la capa, vino al suelo y yo tras él. Lanzó súbitamente un rugido semejante al del tigre... Yo le tenía sujeto por aquella nariz tan larga, tan afilada....

—¿Qué diablo, estás haciendo, hombre?—gritó mi mujer, levantándose—. ¡Qué majadería! ¡Golpearme y pellizcarme de ese modo! Estoy segura de que mañana voy a tener la nariz como un tomate.

Parece que durante mi sueño, bastante agitado en verdad, había estado toda lo noche descubierto y como tratase mi mujer de echarme la ropa encima, la había asido de las narices....

Esto explica el porqué nos habíamos caído entrambos de la cama.

Historia de dos bofetones

Juan Eugenio Hartzenbusch

El Panorama. 1839. 67-71 / 85-88

Primera parte

De la iglesia de San Sebastián de Madrid salía a la calle de las Huertas un día de Pascua de Pentecostés, hará siglo y medio con poca diferencia, un mendigo tan andrajoso como sucio y colorado, con un ojo y un pie de menos, una joroba de más, dos muletas, cien remiendos y cien mil marrullerías. Bajaba resueltamente la calle, harto desigual y barrancosa entonces, avanzando seis pies burgaleses de cada tranco, y deteniéndose alguna vez a excitar la conmiseración de los fieles que subían a la parroquia, hiriendo sus oídos con mil estudiadas fórmulas de pordiosear, articuladas en voz aguardentosa y aguda. Brincando y pidiendo, bendiciendo a unos, renegando de otros y estorbando a todo el mundo, llegó a las últimas casas de la calle vecinas al Prado, y se paró delante de una de buena apariencia, como recién construida, limpio aún el desnudo ladrillo de la fachada, sin orín todavía los clavos de la puerta, blanca la madera del ventanaje, y acabada de esculpir sobre el friso de la portada en caracteres legibles, a la media hora de estudio, esta inscripción que trasladamos al pie de la letra y que parece quería decir: Resucitó al tercero día, año mil seiscientos, María, Jesús, José, setenta y ocho. BRESSVR REX Y TTERCIA DIE AN. 16 MAR. IHS. IPH. 78. (Entre paréntesis, esta fecha de la resurrección del Señor me parece algo atrasada.) Allí el astroso pordiosero esforzando la robusta voz de que estaba dotado, comenzó a demandar limosna pasando lista a todos los santos del calendario; y cabalmente al nombrar al glorioso fundador de la venerable orden tercera, se oyó un suave ceceo detrás de las espesas celosías de una reja correspondiente a la casa flamante que observaba el cojo, el cual oído el reclamo, atravesó de un brinco la calle, echó un papel y tomó otro por debajo de la celosía, recogió por delante de ella unas monedas, soltó un: «el señor la corone de gloria», y emparejó calle arriba listo como un cohete, clamando a grito pelado: «Por la invención de San Esteban, hermanitos, una caridad a este pobre lisiado.»

Pocos momentos después los postigos de aquella reja se cerraron con estrépito, se oyeron voces de mujeres, unas humildes como de quien pide silencio, y otras imperiosas como de quien manda obediencia; y al cabo de un rato se abrió la puerta y salieron dos damas limpia y honestamente vestidas; pero sin paje, ni dueña, ni rodrigón, ni criada. Cubiertas con sus mantos, no era fácil adivinar su clase por lo señoril u ordinario del rostro; el hábito del Carmen que llevaban, lo mismo convenía a la rica que a la pobre, a la tendera que a la titulada; pero el rosario devanado a la mano izquierda de cada una de las dos tapadas, labrado de filigrana de oro, con medallas preciosas y una cruz sembrada de diamantes, revelaba la riqueza que se encubría en el modesto atavío de la persona. Santiguáronse las dos al atravesar el umbral, y la que venía detrás dijo a la primera con voz grave y no muy recatada:

—Cuidado, doña Gabriela, con lo que te he prevenido; tú ya debes considerarte como casada, porque el señor D. Canuto de la Esparraguera debe llegar muy pronto a recibir tu mano: basta de devaneos; que si llego a cogerte otro papel, allá de tu ingenioso Gonzalvico, por el siglo de mis padres que le he de dar ocasión para que encarezca en veinte sonetos la grana de tus mejillas.

Doña Gabriela respondió con voz tan sumisa y apagada a esta amorosa insinuación en forma de apercibimiento, que sólo se le pudo entender la palabra madre, tras un suspiro ahogado entre los pliegues del velo. Y con esto la madre y la hija se encaminaron a San Jerónimo donde tocaban a misa mayor, dejando adivinar el desabrido silencio que una y otra guardaban, la poco airosa celeridad del paso y el violento manejo de los mantos, que si los hubiesen alzado entonces, hubieran dejado ver dos caritas ajenas de toda consonancia con la festividad de aquel día, que ya hemos dicho era de pascua.

¿Qué había sido entre tanto del ágil correo con joroba y muletas? El cojo mientras tanto había ya dado cuenta de su encargo en el atrio de San Sebastián a un caballero muy atildado de bigotes, pero algo raído de ropilla; y mientras el galán, vista la carta de doña Gabriela, iba a su casa y escribía la urgentísima respuesta que su enamorada le pedía, ya el correveidile había evacuado tres o cuatro negocios de igual especie, había visitado media docena de tabernas, y antes que principiase el sermón en San Jerónimo, ya se hallaba a las puertas del convento aguardando ocasión de cumplir con un nuevo mensaje para Gabriela, encontrándose con ella al tiempo que saliese del templo el numeroso concurso que asistía al santo sacrificio.

Era entonces la iglesia de los padres Jerónimos inmediata al Prado que de ella tomaba el nombre, mucho más concurrida que lo ha sido en estos calamitosos tiempos que hemos alcanzado. En aquella época en que habitualmente se combinaba la holganza con la piedad, se iba a misa a San Jerónimo como si dijéramos «por atún y ver al duque», porque antes o después, o después y antes, se paseaba el Prado, el cual a la sazón merecía este nombre legítimamente, pues no era su suelo como ahora un tablar de monótona infecunda arena, sino una vistosa alfombra de lozana yerba salpicada de frescas flores. Agolpábase la muchedumbre de curiosos a las puertas del templo para ver entrar y salir a las hermosas, y aprovechar una sonrisa, una palabra o cosa de interés más alto, y agolpábanse por consiguiente allí los que acuden siempre adonde se reúne gran gentío: vendedores, ociosos y pedigüeños. Naranjeras despilfarradas, bolleros sucios, alojeros montañeses harto más a propósito para terciar la pica que para portear la garrafa, demandantes para monjas, para frailes, para hospitales, para presos, para una necesidad, para una dote, para mandar pintar un ex voto, para comprar un cilicio, todos se apiñaban a las puertas del convento; y estimulados los unos por su interés, los otros por un santo celo (que viene a significar lo mismo) disputaban sobre el puesto, lo defendían o usurpaban a fuerza de juramentos y cachetes, cuando acabada la función, la gótica puerta vertía prietas oleadas de pueblo, confundiendo en completa anarquía sexos, edades y condiciones, un grito general compuesto de mil se elevaba por el aire, y penetrando por las prolongadas naves del lugar santo, parecía al oír aquel ruido sordo bajo la empinada bóveda que las venerandas efigies, inmóviles pobladores de altares y nichos, murmuraban entre sí ofendidas de aquel escandaloso estrépito, codicioso y profano.

Apenas doña Gabriela y su madre, menguada el ímpetu de la multitud que las había llevado a gran trecho de la puerta, pudieron caminar por voluntad propia y se detuvieron a reparar el desorden de los mantos y vestidos, fueron al punto conocidas de la turba postulante; y en un abrir y cerrar de ojos se formó en torno de ellas un triple muro de chilladores espectros. Afamada por su caritativo corazón doña Lupercia (que no es justo se ignore el nombre de una mujer benéfica), así acechaban los necesitados su manto, su rosario y su vestido, como una enamorada pescadora la vela del barco de su marinero. Era de ver la grita, el ahínco, el afán con que los pobres acosaban a la madre y a la hija. Un ciego, apisonando con su palo los pies de sus colegas a título de reconocer el terreno, se empeñaba en que le comprase Gabriela un romance de un ajusticiado; otro le ofrecía una jácara a lo divino donde, sin que la inquisición se escandalizase, se calificaba al pan eucarístico de pan de perro; otro más sagaz le presentaba la historia de los amores del conde de Saldaña, y conseguía ser atendido el primero. Doña Lupercia mientras tanto reñía al uno, preguntaba al otro por su mujer, limpiaba la moquita a una muchacha, tiraba a un chicuelo de las orejas y distribuía el bolsillo según las leyes de la equidad y de la justicia. Daba un real de a ocho a un infeliz que medio escondido entre los demás apenas se atrevía a implorar un socorro con la mirada alta de la necesidad y del encogimiento; pero al ver a un ex trompeta, que apestando a tabaco y zumo de vides decía con harto mal modo:

—Distinga voacé de personas, y acuérdese, voto a Bruselas, de que ricos y pobres, todos los hijos de Adán somos hermanos.

La discreta señora buscaba el ochavo más ruin del bolsillo, y entregándoselo al grosero con aire, le replicaba:

—Tome, señor soldado; que si todos sus hermanos le dan otro tanto, millones puede regalar al rey de España.

Un grupo de damas y caballeros, de cuya alta jerarquía daba testimonio otro grupo de lacayos poco distante, se acercó en esto a las dos misericordiosas tapadas, cuyos nombres habían oído entre las bendiciones de los desgraciados a quienes socorrían. Abriéronles paso los mendigos, y la madre y la hija se levantaron entonces los velos. La madre contaba ya cuarenta y cinco otoños, y aún era hermosa; la hija era lo que la madre había sido a los veinte abriles, una preciosa joven. Al ver Gabriela entre las damas que llegaban a saludarlas algunas de sus amigas, asomó a sus labios una sonrisa, graciosa sí, pero insuficiente a disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, animado antes y rubicundo, y ya pálido y ojeroso. Los recién venidos, después de los comedimientos ordinarios, dirigieron a Gabriela repetidos parabienes de su próximo enlace, que ella oía clavados los ojos en el suelo, no sabemos si de modestia o de disgusto. Uno de los caballeros que allí se hallaban atormentaba su escasa imaginación buscando hipérboles y piropos con que encarecer la felicidad de una novia, cuando en mala hora para ella descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y zurcidos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa y distraída desposada, la cual a pesar de su confusión, recibía disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojose doña Lupercia a su hija con la celeridad del águila, quitole el billete, miró el sobrescrito, conoció la letra, y dejándose arrebatar de la cólera, en nadie más violenta que en una mujer devota, levantó furiosa la mano y descargó sobre doña Gabriela el más recio bofetón que han soportado jamás mejillas femeniles.

—Se lo había prometido (perdóneme el Señor el enfado)—decía doña Lupercia, mientras la triste joven casi muerta de rubor se tapaba con el velo para ocultar su llanto.

Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cogió a su hija del brazo y se la llevó de allí, todavía más aprisa de lo que habían venido. Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de la hija, las madres dijeron que estaba bien hecho lo que no sabían a punto fijo por qué se había hecho; y al cabo de cinco minutos en que se había hablado de salmón, de comedias, de peinados, del flato y del gran turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofetón dado coram populo a una niña casadera.

¿Y creerán nuestras amables lectoras (a quienes libre Dios de tan duros trances) que la severísima doña Lupercia se contentó con la afrentosa corrección que había impuesto a la apasionada doncella? Nada de eso; así que llegó a su casa, y antes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro y encerró en él a su hija, retirándose sin decirle ni una sola palabra; pero dejándole sobre una mesa una luz, un rosario, sus capitulaciones matrimoniales y un tratado de agricultura. No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro: el tratado de que hablamos, obra de un religioso sapientísimo, a vueltas de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y la chirivía, contenía excelentes consejos de moral para las jóvenes, llegando a tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor, que les prescribía lo que debían hacer cuando les aconteciese hallarse a solas con un hombre mal intencionado, y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algún hilacho, o si llevaban mal atadas las ligas. La lectura, pues, de algún capítulo de dicha obra era muy del caso en tal ocasión.

Aquella noche entre doce y una penetró con mucho sigilo una criada en la prisión de Gabriela, y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se apoderó con ansia de la pluma y del papel que le traía la subcomisionada del cojo, y de un tirón escribió estas palabras: «Líbrame del poder de mi madre, Gonzalo mío, porque jamás seré esposa de un hombre, que aunque honrado, discreto y rico, tiene una cicatriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla, y se llama don Canuto.» Aquí llegaba, cuando acordándose del bofetón y temiendo que podría no ser el último, rasgó el papel y dijo con resolución a la mensajera:

—Vete, y di a don Gonzalo que ni me escriba, ni me vea, ni vuelva a pensar en mí en toda su vida.

Quince días después, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela en su cuarto al anochecer con el mismo don Gonzalo en persona.

—Sígueme—prorrumpió él—: todo está dispuesto para la fuga. Dineros me faltan, pero arrojo me sobra: viviremos pobres en una aldea, pero felices.

Gabriela seguía maquinalmente a su galán, el cual había ya pasado el umbral de la puerta, cuando recordando el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la promesa solemne hecha al caballero de la cicatriz, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto el postigo, se quedó la dama dentro, y en el portal el desventurado amante.

Otros quince días después el cura de S. Sebastián rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristán y monacillos, preguntaba en la sacristía de la parroquia a doña Gabriela si quería por su legítimo esposo a don Canuto de la

Esparraguera. Y aunque es de ley que todas las que se oyen dirigir tan tremendas palabras las escuchen con los ojos bajos, ello es que doña Gabriela, o porque oyó alguna tos o chicheo, o sonó en el techo algún ruido que llamó su atención y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista, y su mirada se encontró con la de don Gonzalo. Tuvo ya la novia en los labios la primera letra de un no claro y redondo, que no diese lugar a interpretaciones; pero acordándose en aquel momento del bofetón del día de pascua, miró a las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatídico «sí, quiero».

Cuatro años después subía a San Jerónimo una señora bizarramente vestida de terciopelos y encajes, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, emblema de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices, y acompañada además de dos dueñas, dos pajes, dos niños y dos pasiegas con dos criaturas de pecho. Traía la feliz pareja una conversación secreta, aunque al parecer muy festiva, y habiéndose parado un instante, dijo el caballero:

—¿Fue por aquí sin duda?.

—Aquí fue—respondió la noble matrona, fijando con amorosa expresión sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo.

El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte, y le dijo en voz baja:

—No me podrás negar que fue un bofetón bien aprovechado.

Segunda parte

Era de noche, y un sereno de Madrid anunciaba las dos y media. Esto anuncia que hemos dado un salto superior al de Alvarado en la calzada de México; y si añadimos que el sereno llevaba pendiente del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de estos felices tiempos de libertad y de estados excepcionales, de liceos y de represalias, de poesía y de miseria. Eran las dos y media de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de la *Atala*, del *Ivanhoe*, de *Bug—Jargal* y del *Corsario*, una interesante joven de negros ojos y negra cabellera, el rodete en la nuca y los rizos hasta el seno, se deshacía al amor de la lumbre en amargo llanto que inundaba sus mejillas medianamente flacas y descoloridas. Es común decir que cuando llora una niña tiene algún hombre la culpa de su lloro; y esto era puntualmente lo que se verificaba con doña Dolorcitas del Tornasol aquella noche, porque hombre era el que había escrito no sé qué cuento, novela o drama que tenía en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido de imaginarios males por gusto del autor, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora. Por lo demás ningún hombre había dado a Dolorcitas hasta entonces motivo de pesadumbre, porque a todos los veintiséis amantes que había tenido hasta la edad que contaba (sin incluir en aquel número ningún galán del tiempo en que la niña iba a la maestra) a todos veintiséis había dado calabazas: al uno por joven, al otro por machucho; al uno por rico, al otro por no serlo; al uno por elegante, al otro por zafio. Aguardando que la suerte le deparase algún Arturo o caballero del Cisne, todos le parecían Frentes de Buey y Cuasimodos. Esparcidos por el suelo estaban todavía los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello y canto dorado, primera

entrega del vigésimo séptimo galán, hecha furtivamente aquella noche en una academia de baile; pero téngase entendido a pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal que existía en la cabeza de la melindrosa niña, tenía sin embargo cierto aire o traza novelera que agradaba algún tanto a la pretendida. Mientras ella se acongojaba por la infelicidad ajena a falta de la propia, el libro estacionado en los pliegues de la amplísima falda que se escapaba de un talle de sílfide, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoraron en un punto la inocente margen de las mentirosas páginas. Acudió Dolores a salvar a su héroe favorito del suplicio de la inquisición; pero acudió tan tarde, que convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarlas del fuego sólo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvió el brazo de la niña defendido sólo por una delgada tela de algodón, fácil de inflamarse. Soltó Dolores asustada el libro, cayó éste ardiendo sobre la falda, prendió en ella, y viose en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entonces de todo punto, principió a correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desaforadas voces como la ocasión requería, y un poco más, si cabe. Al estrépito que armaba, despertó no sólo la única persona que vivía con ella (que era una anciana, tía suya), sino la vecindad entera: quien creyó que los facciosos estaban ya cantando el Te Deum en Santa María, quien que estallaba en Madrid un pronunciamiento en regla, quien que sus acreedores habían descubierto el undécimo asilo que había mudado en cuatro semanas. Conmoviose toda la casa; los milicianos nacionales de ella se echaron las correas encima y salieron a los corredores a paso de ataque y haciendo la carga apresurada: y fue ciertamente un espectáculo notable el ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y a la escalera, y asomar por ella viejos y viejas, mozos y mozas, chicos y chicas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos sin calzones y ellas en enaguas; habiendo llegado a tanto la curiosidad de una vecina coja y medio cegarra, que al salir a informarse olvidó su muleta, y no se olvidó del anteojo. Mientras todos preguntaban y ninguno respondía, los gritos habían cesado, y por consiguiente la perplejidad era mayor. Era el caso que la respetable doña Gregoria (la tía de Dolores), puesta en pie al primer grito que oyó, había saltado de la cama, y encaminándose hacia donde sonaban los alaridos, se encontró al atravesar la cocina con la atolondrada joven, que ya no estaba para conocer a nadie; y gracias a las nueve arrobas que pesaba la buena anciana, pudo resistir el recio envión sin venir al suelo, y la que cayó hecha un ovillo fue la sobrina. La tía, aprovechando aquella feliz coyuntura, hizo un esfuerzo para verter sobre Dolores un barreño de agua, y en un santiamén apagó el fuego y puso a la niña más fresca que una lechuga. Desnudola, llevola a la cama, apaciguó el tumulto vecinal con dos palabras, volvió a la autora de él, vio que todo el daño que había sufrido se reducía a un ligero chamuscón de rodillas abajo, y un rizo menos; con lo cual la prudente doña Gregoria se sosegó y principió a indagar la causa del incendio.

—Ha de saber usted—decía Dolores ya recobrada de su turbación—, ha de saber usted, tía de mi alma, que de aquel lienzo que me regaló mi padrino, estaba haciendo yo unas camisitas que pensaba dar a los niños de la pobre viuda de la guardilla, que están los angelitos que da lástima verlos, cuando...

Al llegar aquí la relación que, como ve el lector, no prometía mucha fidelidad histórica, salteó las narices de doña Gregoria un tufo a chamusquina que le hizo salir de la

alcoba al gabinete, temerosa de nueva catástrofe; y casi debajo del brasero halló el lomo de un libro en rústica, cuyas hojas habían sido reducidas a pavesas. Apareció entonces toda la verdad del caso; amostazose sobradamente la buena señora y apostrofó a su sobrina con los epítetos de embustera, desobediente, perturbadora del sosiego público y romántica amén de esto, que le parecía peor que todo. Ella, para disculparse, habló de subterfugios inocentes y de irritabilidad de nervios, de consideraciones justas y de arbitrariedad doméstica, soltando de aquella boca tan copioso raudal de bachillerías, formuladas en la peregrina fraseología moderna, y acompañadas con tales suspiros, ayes y lágrimas, que la grave doña Gregoria, más por ver si conseguía hacerla callar que por otra cosa, se atrevió a poner su mano irreverente y prosaica sobre aquellas mejillas de alfeñique. ¡Nunca tal hiciera la mal aconsejada tía! Allí los chillidos de Dolores cual si la mataran, allí el arrancarse frenética los cabellos, allí el caer en un soponcio de media hora de duración, y salir de él para entrar en una convulsión espantosa, en medio de la cual invocaba a todas las potestades del infierno, desgarraba las sábanas y aporreaba a su tía, que no tuvo más remedio que pedir favor a los vecinos. Nuevo alboroto, nueva encamisada. La habitación de Dolores se llenó de gente: unos se destacaron en busca de facultativos, otros por medicinas. «Sinapismos», decía uno; «friegas», replicaba otro; «darle a oler un zapato», decía un señor antiguo; «darle con él en las espaldas», decía una desenfadada manola. Por último, como todo tiene fin en este mundo, menos las miserias de España, a las dos horas y media de brega y barahúnda cesó el síncope, y volvió en se acuerdo la irritable señorita, a tiempo que se desgajaban tocando a fuego las campanas de la parroquia, donde engañado uno de los vecinos, había ido a avisar así que oyó las voces del primer alboroto, sin haber podido conseguir hasta entonces que el sacristán despertase. Poco después comenzaron a sonar las demás campanas de Madrid; acudieron las bombas de la Villa, los serenos, los celadores, los alcaldes, la guardia con dos docenas de aguadores embargados, los milicianos que estaban de imaginaria; y guiados todos por el diligente vecino, ocuparon la casa; y poco satisfecho el celo de los peritos de la Villa con la declaración unánime de los interesados, invadieron los desvanes, subieron al tejado, descubrieron dos o tres carreras, echaron una chimenea abajo y rompieron los vidrios de un tragaluz, con lo cual se retiraron plenamente satisfechos de haber cumplido su obligación.

Pocos días después, el vigésimo séptimo galán de Dolorcitas recibía una carta en que la chamuscada niña le decía que era el único hombre que había encontrado el camino de su corazón, y le rogaba que tendiera su mano protectora hacia una huérfana infelice, víctima de una tía bestial.

Tres meses después anunciaba un periódico chismográfico de la Corte que una agraciada joven de ojos negros, pelinegra y descolorida, se había fugado de la casa de su tutora en compañía de un peluquero, llevándose equivocadamente él o ella cierto dinero y alhajas que no pertenecían a ninguno de los dos.

Dos años después en la feria de Jadraque obtenía los mayores aplausos una cómica de la legua llamada como nuestra heroína, representando en un pajar el papel de la infanta doña Jimena; y al día siguiente su alteza la señora infanta dormía en la cárcel de la villa por disposición de un alcalde celoso de la salud y de la moralidad pública.

Mes y medio después un alguacil que había traído de orden de un señor juez una ninfa de ojos negros a Madrid, como pueblo de su naturaleza, contaba a un colega

suyo en un figón de la calle de Fuencarral, que la ninfa mencionada había preferido una habitación en el hospicio a vivir bajo la custodia de cierta parienta suya que no gustaba de monerías.

Otro mes y medio después faltaba una noche una persona en el dormitorio mujeril de la casa de Beneficencia de esta Corte, y los dependientes del Canal de Manzanares a las 48 horas sacaban de aquellas cenagosas aguas el cadáver de una joven con las manos puestas delante de la cara.

La joven era la desventurada Dolores. Un castigo imprudentemente impuesto la condujo a la carrera del vicio; el mismo castigo hizo a Gabriela entrar en la senda del deber. A otros caracteres, otro modo de manejarlos; otros tiempos, otras costumbres.

El conde fratricida

Pablo Piferrer

Recuerdos y Bellezas de España. 1839

> *Un hombre del coro:*
>
> *¿Qué son las esperanzas, que son los proyectos que forma el hombre perecedero? Hoy os abrazabais como hermanos... este mismo sol que ahora va al ocaso brillaba sobre vuestra amistad; y ahora yaces en el polvo, herido por la mano homicida de tu hermano... ¡Ay del asesino! La sangre corre y penetra en la tierra. Pero abajo, en, tenebrosos abismos, están las mudas hijas de Temis; en medio de la noche y del silencio, nada olvida, todo lo juzgan con su infalible justicia; recogen esta sangre en su urna sombría y componen y preparan la terrible venganza.*
>
> *Schiller*
> *La novia de Mesina o los hermanos enemigos*

Triste bramaba el viento sacudiendo las viejas encinas del bosque, y su furioso soplo precipitaba unas sobre otras las nubes que oscurecían el cielo. Desde su alta morada asomó el gavilán su cabeza y clavó sus penetrantes ojos en el fondo del valle; la tímida liebre enderezó atenta las orejas y la corneja echó a volar lanzando lastimeros graznidos.

Sonaba a lo lejos confuso rumor de bocinas y alguna que otra lanza sacaba su banderola por encima de los arbustos. De repente el ruido creció, y el ladrar de los perros y las pisadas de los caballos oyéronse en varias direcciones. Un jabalí cruzara la senda delante de los cazadores e internárase en la maleza, llevando tras sí la enfurecida jauría de los sabuesos y la estrepitosa cabalgata, que se dividió para cercarle en una batida general.

Ramón Berenguer hundió el acicate en los flancos de su buen caballo y se lanzó al alcance de la fiera seguido del más fiel de sus pajes. En su ardor salvó hoyadas y torrente y se deslizó por la orilla de los barrancos como un fantasma arrebatado por el viento. Una alondra salió espantada de las ramas de un roble y atrajo la atención del conde que le echó su azor. Los chillidos de la avecilla indicaron que preveía su suerte, y más pronto el diestro halcón los ahogó entre sus uñas y la trajo sangrienta a su amo. Diz que entre tanto, en senda oculta y de nadie transitada brillaron por un momento entre las ramas aceradas armaduras y pasaron sin rumor bardados corceles como una tropa de íncubos que en silencio corren al lugar destinado para sus sortilegios.

—Paje, mi buen paje, así te dé Dios ventura en lides y el nombre de tu amada sea el de la más hermosa: que lleves esta alondra a mi noble esposa Mahalta, que en mi buen palacio condal acaricia al pequeño hijo de tu soberano.

Una bandada de cuervos sacudió sus negruzcas alas graznando tristemente y desapareció arrastrada por el viento. Pero el conde ató su mejor sortija al cuello de la alondra y la entregó a su fiel paje, que estremeció el suelo con el galope de su bridón.

Siguió Ramón el alcance del jabalí, parando de cuando en cuando su curso para escuchar el débil y lejano ladrar de las perros y el toque moribundo de alguna bocina. La

espesura del bosque robaba la escasa luz del día, y en medio de tan espantosa soledad no le traía ya el viento el rumor de su alegre comitiva.

Un relincho sonó como un gemido al pie de una cercana colina y el conde dirigió allá su corcel, que rehilaba las orejas y como pesaroso obedecía la espuela del caballero.

De repente abriéronse los arbustos y dieron paso a una tropa de hombres que, calado el yelmo y lanza en ristre, embistieron al conde, y le atravesaron con cien heridas. Tendió el infeliz una postrer agonizante mirada a su derredor, y al descubrir la lívida y sombría frente de su hermano, que algo apartado se apoyaba en un árbol, lanzó un suspiro y cayó sangriento del caballo, mientras el azor voló a posarse sobre un cercano varal.

—El agua no conserva las huellas—dijo el fratricida Berenguer, y partió con todos los asesinos llevando el cadáver de su hermano y desapareciendo en la espesura.

Las trompas volvieron a resonar lejos, muy lejos; los gritos de los cazadores llevados en alas del vendaval parecían siniestros gemidos de espíritus que rápidamente cruzaban; bramaban los pinos como un mar enfurecido y hondamente murmuraban palabras de muerte.

Dos ágiles sabuesos atravesaron la maleza, y desembocaron donde fue asesinado el conde. Al ver el charco de la sangre, arrastráronse hasta él y ansiosamente olieron sus negros vapores. Lanzando entonces un aullido tristísimo y prolongado, echaron a correr con todas sus fuerzas alrededor de la sangre, describiendo con frenesí anchos círculos y parando de cuando en cuando para aullar lenta y dolorosamente; el azor correspondíales con sus agudos chillidos.

El eco repitió más cercanos los pasos de los caballos y por fin la comitiva del conde, cuidadosa ya por su larga ausencia, acudió atraída por el ladrar de los perros, que al verla redoblaron el furor de su carrera, mientras el azor sacudía gritando sus alas encima del varal.

Miráronse consternados unos a otros los caballeros y los pajes; mas ¿quién podía descubrir el origen de semejante desgracia?

Al coger el azor por las picuelas, echó el ave a volar pausadamente lanzando tristes gritos, como si con aquellos, sonidos quisiese indicarles que fuesen en pos de ella. Rojas manchas de sangre salpicaban a trechos el camino y, a lo lejos, sobre las aguas de un lago que brillaban como una cinta de plata, revoloteaba arremolinada una nube de cuervos.

Al verlos aulló melancólicamente toda la jauría y el azor apresuró su vuelo hasta llegar a las orillas del lago. Graznaron horriblemente todas las agoreras aves, como si previesen que iban a arrebatarles su presa, que sobrenadaba en un círculo de agua algo teñida con su propia sangre.

Sacaron los criados el cadáver de su señor, y los caballeros dieron sus mejores capas para envolverle, mientras sus leales servidores lamentaban su temprana pérdida y recordaban sus virtudes.

Triste y dolorosa fue su marcha a Gerona. Las puntas de las lanzas surcaban el polvo, arrastraban por el suelo las bordadas banderolas y las bocinas ensayaban de cuando en cuando tonadas lúgubres. El fiel azor volaba siempre delante de la fúnebre comitiva.

Con grave y melancólico son tañían todas las campanas de Gerona. La fama de aquella muerte cruzó por ella seguida de consternación y espanto, y un fúnebre silencio reinaba en sus plazas y en sus calles.

Cubriéronse de negros paños las paredes de la iglesia; un altísimo dosel del mismo color ocultó el rico altar y sobre su oscuro fondo resaltaba una larga cruz de plata que relucía siniestramente con la amarillenta lumbre de los cirios, mientras las bóvedas repetían murmurando las preces de los difuntos.

Sonó general lamento en la fiel Gerona al entrar en su recinto el fúnebre cortejo, que entre el llanto de los habitantes y el clamoreo de las campanas subió a la catedral. Allí paró el azor su vuelo sobre la puerta del templo, y despidiendo un grito agudo cayó muerto de dolor.

Al llegar los caballeros a los umbrales del santuario, salió el clero en solemne procesión con sendos cirios a recibir el cadáver de su conde, y los rezos hondos que murmuraba helaban el corazón mas intrépido.

¿Quien asesinó al joven Ramón? Una vaga sospecha volaba sobre aquellas cabezas; un triste presentimiento oprimía todos los corazones; pisaban un suelo volcánico, y ni una sola senda había que no cruzase sobre el abismo; pero el dedo de Dios iba a señalar el homicida.

Movióse el capiscol, y en su voluntad y conciencia entonó el Subvenite, pero las palabras no correspondieron a su intento, y su voz hizo resonar la terrible pregunta del Señor: «¡Caín! ¿Dónde está tu hermano Abel?»

Un frío terror cundió por los circunstantes al oír estas palabras; no hubo una frente que no palideciese; no hubo una mano que no temblase: la multitud empezó a dispersarse temerosa y azorada; densa oscuridad pesó sobre la comitiva, y es fama que vaciló la lumbre de los cirios en el altar y que en las tumbas subterráneas sonaron extrañas voces que repetían las palabras del Señor: «¡Caín! ¿Dónde está tu hermano Abel?»

Manuel el Rayo[18]

Anónimo

Revista Gaditana. 1839.

Por toda la dilatada costa española de entrambos mares desde el golfo de Cantabria hasta el Cabo de Rudas el contrabando es verdaderamente escandaloso. No se trata aquí de aquellos contrabandistas tímidos que pueblan los limites de nuestras provincias, y ayudados de mil disfraces, armados de mil estratagemas, logran escapar a la persecución del fisco, renegando en circunstancias peligrosas de una profesión que la necesidad o la codicia les hizo abrazar por un momento. No; el verdadero contrabandista español, el que abraza en sus operaciones toda la extensión de nuestro territorio, desprecia a aquellos cobardes imitadores y gusta de ser conocido en todas partes por el título de una profesión que considera útil e indispensable a la sociedad: tiene sus costumbres propias, sus usos, sus canciones, su lenguaje, su vestido peculiar; su persona es por lo regular atlética y terrible; su marcha grave e reposada; sus actitudes, el manejo de la capa y el sombrero llenos de elegante desdén. Familiarizado con la intemperie, su salud es fuerte y vigorosa, y en sus refriegas con los dependientes del resguardo jamás suele estar dirigido ni por espíritu de aborrecimiento ni de venganza, mirando sólo en ellos unos hombres obligados por deber a oponerse a su tráfico, así como a seguirle. Según estos principios jamás o rara vez se convierte en agresor; mas si se ve atacado empeña tenazmente todos sus fuerzas en la lucha, y sólo pone fin a ella cuando después de muchas horas de combate siente faltarle las últimas fuerzas de resistencia. No pocas veces queda por dueño del campo, y entonces tampoco se obstina en perseguir a su enemigo, dando bien a conocer que no empeñó la acción sino por pura necesidad en defensa propia.

El carácter del contrabandista español es igualmente notable por la puntualidad en los empeños contraídos, lo sagrado de sus palabras y la indignación y encono con que mira a los ladrones y asesinos, al paso que enumera con orgullo el número de aduaneros que hizo morder la tierra a impulsos de su trabuco. Pero si hemos de hallar el verdadero tipo del contrabandista español, fuerza será buscarle en las costas del mediodía desde el

18 «Manuel el Rayo», apareció sin firma en el *Semanario Pintoresco Español* de 1840. Varios críticos han atribuido el cuento a Mesonero Romanos, a la sazón director del Semanario y que publicó en él por entonces varios artículos sin firma. Otros críticos han rechazado esta atribución por lo desusado del tema (historia de amores y venganzas entre contrabandistas andaluces) en un autor como Mesonero. Yo defiendo la idea de que no es de Mesonero, pues fue publicado con anterioridad (dato que no he visto recogido por ningún crítico en la polémica) en la *Revista Gaditana* en 1839. Que Mesonero, entonces en plena lucha por afianzar su *Semanario,* diera preferencia a una revista de Cádiz sobre la que él dirigía para publicar una obra suya me parece inverosímil. Lo que ocurrió, sin duda, es que el cuento ya apareció en la *Revista Gaditana* sin firma y Mesonero lo tomó de ella, en uso de una costumbre que por entonces había, según la cual los artículos sin firma se consideraban artículos de redacción, publicables libremente en otros medios escritos. En el índice del SPE de José Simón Díaz se recogen cartas de Mesonero sobre esta costumbre.

cabo de Gata hasta la embocadura del Guadiana. Sabido es que Gibraltar, situado en medio de ambos puertos, es el gran depósito de que la Inglaterra se sirve para inundar a toda España de los inagotables productos de sus fabricas; y en comparación de esta irrupción inmensa es poca cosa el contrabando hecho por la frontera de los Pirineos y sobre la raya de Portugal.

A Gibraltar pues deberá trasportarse el observador que quiera conocer al verdadero contrabandista español; no porque estos hombres extraordinarios hayan fijado su domicilio en aquella fortaleza, sino porque les sirve de centro y punto de partida para sus operaciones. Allí los sorprenderá, como suele decirse, con las manos en la masa, cargando y armando sus barcos; enganchando la tripulación, y preparándose a las mas arriesgadas empresas, con aquella calma impasible, aquella sangre fría áspera y desabrida que forman por lo general el fondo de su carácter, y que fueron durante cincuenta años las calidades distintivas de uno de ellos llamado Manuel el Rayo, cuyas últimas aventuras vamos a referir a nuestros lectores.

Hijo de un contrabandista igualmente famoso, nada era a los ojos de Manuel superior a este profesión. Atrevido y emprendedor, habíase enriquecido en ella saliendo siempre victorioso en multitud de encuentros con el resguardo de mar y tierra, y siempre rodeado de hombres igualmente animosos y emprendedores, justificaba bien el sobrenombre de El Rayo con el que era conocido en toda la comarca. Su estatura era alta, y su persona bien cortada. Sus facciones pronunciadas y severas, y el color cetrino de su tez tostada por los rayos del sol meridional, y sus anchas patillas y barba poblada, realzaban notablemente el carácter enérgico y vigoroso de su semblante. Llevaba constantemente cubierta la cabeza con el acostumbrado pañuelo de color, y encima el sombrero de cucurucho y alas grandes: una zamarra de piel negra con agujetas de plata y una ancha chupa de terciopelo ajustada con multitud de botones de filigrana: dos filas de estos adornaban también la costura del calzón de ante, y unos ricos botines de correa delicadamente bordados sujetaban la pierna. Con esto y la ancha faja de seda encarnada, desdeñosamente arrollada en torno de la cintura y la característica capa andaluza manejada con gracia y desenvoltura, completaba el avío nuestro Manuel cuando los trabajos de su profesión no le permitían algún descanso. Pero llegaba la hora de volver a la faena, y entonces arrollada la capa a la grupa de su caballo, tomaba en su lugar una larga manta rayada, echándola sobre el hombro izquierdo; guarnecía la cintura con dos pares de pistolas cargadas hasta la boca, montaba en su trotón, y echaba a andar puesta la mano en el gatillo de su escopeta.

Hacía ya doce años que nuestro contrabandista habla perdido a su mujer, quedándole por único fruto de su unión, una niña de cinco años llamada Casilda, en quien habían venido a reunirse todos lo; sentimientos afectuosos de su corazón. Habíala hecho dar una buena educación, si así puede llamarse el estudio de las primeras letras basta el punto de entender con trabajo el Ejercicio cuotidiano, el de la música, hasta poder acompañarse a la guitarra algunas graciosas coplas del Serení, y el de la danza, bastante a poder desempeñar las graciosas actitudes de la Cachuela; educación por otro lado no muy inferior a la que por aquella época (1817) solían recibir nuestras señoritas, a quienes se tenia miedo de enseñar a leer, en la persuasión de ponerlas así a cubierto contra las asechanzas de los amantes.

Casilda, pues, con tan ligera instrucción llegaba ya a aquella época de la vida en que lleno el corazón de nuevos e inexplicables sentimientos, desdeña ya los recuerdos de la primera edad, para embriagarse en un presentimiento vago del porvenir. Y no una vez sola mirándose al espejo y reconociendo su hermosura, un sentimiento natural de orgullo se dibujaba en su expresión y actitudes, adoptándolas tales que hubieran podido servir de moldeo al divino pincel de los Murillos y Zurbaranes.

Mas si el corazón de Casilda se había regocijado al reconocer los atractivas de su persona, el de Manuel por el contrario la veía con temor, y como hombre que durante el curso de su larga vida tan llena de incidentes y aventuras, conocía bien todos los géneros de seducción que el amor sabe emplear contra el sexo débil. Temía por su hija adorada, y hubiera querido siempre encontrarse a su lado, maldiciendo a su profesión que le condenaba a tan larga ausencia. Tenia en fin por ella el mismo amoroso cuidado que Víctor Hugo ha prestado a Tribuleto hacia Blanca, y rodeaba a su hija de las mismas precauciones que según el poeta francés inventó para su hija el bufón de Francisco primero.

El severo contrabandista, sabia pues, que en un pueblo pequeño está menos expuesta la virtud de una mujer que en una gran ciudad, por abundar menos en aquellos esos ociosos mozalbetes que se ocupan como por juego en labrar el deshonor de las familias; y por esta razón habíase retirado de Cádiz y fijado su domicilio al otro lado de la bahía en la linda ciudad del Puerto de Santa María. Allí pues, en una casa bastante cómoda y elegante de la calle de Palacio, y bajo la sola inspección de una antigua criada, la vieja Marta, crecía en gracias y adelantaba también en misteriosos ensueños la hermosa Casilda, la hija adorada de nuestro Manuel.

Y tal era su retiro que la pobre muchacha no vela alma viviente sino su vieja guardadora. Las espesas celosías de sus ventanas impedían a los profanos paseantes penetrar con su vista hasta lo interior de la casa, y a no ser porque todas las mañanas veían los vecinos salir a Marta a buscar las provisiones, hubieran podido tomar aquella casa por un castillo encantado. Casilda también salía, pero era únicamente los domingos a misa, si bien al amanecer y siempre cubierta con su velo, y escoltada por la vieja; y tal era la precaución del buen contrabandista, que él mismo las había trazado el itinerario hasta la iglesia, el sitio mas oscuro de ella en que debían colocarse, y el mas prudente uso del velo, y sobre todo del abanico, todo con el objeto de que no pudiesen llamar la atención de persona alguna.

Sin embargo, bien había Marta echado de ver, que su señor solía a veces admitir a su mesa a un joven mancebo de hasta unos veinticinco años, gallardo, bien portado, y vestido con el obligado traje de la vida contrabandista. Esta infracción de la regia impuesta por Manuel, la edad del mozo, su colocación en la mesa al lado de Casilda, sus miradas a ésta, su distracción y arrobamiento, y alguna que otra palabra más o menos significativa, hicieron entrar a Marta en serias cavilaciones, hasta que en fin, vino a sacar en limpio que si su experiencia secular no la engañaba, el viejo Manuel proyectaba alguna cosa seria, y que era muy posible que el joven contrabandista acabase por ser yerno del veterano. Y fueron tantas las diligencias que la vieja camarera hizo para averiguar la verdad del caso, que al fin pudo escuchar el siguiente dialogo de sobremesa entra el viejo y el mancebo.

Casilda acababa de levantarse de la mesa, y entrambos contrabandistas guardaban el mas profundo silencio, saboreando corno distraídos su cigarrillo de papel. De repente Antonio (que era el mozo), suspiró, y encarándose al viejo le dijo:

—A la verdad, Manuel, que Casilda es una muchacha como un oro.

—Hola—replicó el viejo—, ya veo que no eres ciego.

—Camaraá, no hay que enfadarse, pero estoy enamorao de ella.

—Naá tiene de particular; donde menoz se pienza zalta la liebre.

—Es que no lo he dicho toó; y.... vaya.... si tu eres gustoso, yo lo seré en ser su marío.

—Antonio—replicó gravemente Manuel—, ¡cuidao con burlarse de los santos sacramentos!

—Hombre yo no me burlo, y lo juro por esta cruz

Y hecha la señal con los dedos pulgares la besó respetuosamente. Manuel le lanzó una mirada escrutadora[19] como de quien intentaba adivinar por el semblante el interior de su corazón. En fin, después de una pausa regular exclamó.

—Antonio, ¿es verdad que amas a mi hija?

—Que no entre en cl cielo, si te he dicho mas que la verdad.

—¿La harías tú feliz?

—La tendré como una reina.

—Muy bien; te permito aspirar a su mano. Pero mira; antes de poseer tan preciosa joya, es preciso merecerla. Yo se bien quien eres; no ignoro que te has visto en circunstancias delicadas, en terribles encuentros, y que nunca has perdido ni el valor ni la serenidad; se que tus manos saben manejar bien el trabuco, y harto mejor que yo lo saben los esbirros del resguardo; pero esto no basta, y necesito una prueba mas de tu aptitud. Escúchame. Tengo intención de dar una repasata a un maldito guardacostas que se nos anda siempre asomando entre el cabo Espartel y la embocadura del Guadalquivir, y me ha parecido del caso confiarte esta misión peliaguda. Quiero decir, que pondré a tu cuidado la defensa del primer cargamento que tenga que introducir por esta costa, y cuenta con lo que haces, porque solo haciéndolo bien podrás llamar tuya a Casilda.

—Sea—respondió Antonio entusiasmado—. Entrégame tu charanga, *La Trinidad,* y sesenta hombres escogidos, y yo te respondo con ayuda de Dios y de nuestra señora que ese maldito falucho me le he de amarrar a la popa o ha de ir a contarlo al fondo de los infiernos.

—No tardará, en presentarse la ocasión—dijo con gravedad el veterano—. Pero no hay que exponer la vida sin gracia. Por lo demás tiempo nos queda, por que asi corno Casilda no tiene mas que diecisiete años y yo no pienso casarla hasta los dieciocho cumplidos

—Hágase tu voluntad—dijo Antonio, procurando ahogar un suspiro

—¡Ah!. se me olvidaba—replicó Manuel. Es preciso también que tu me expliques algunas circunstancias de tu vida. Tú andabas antes al contrabando en las costas de Málaga, ¿por qué las dejaste y te viniste a éstas?

—Es un secreto que yo debo callar

19 "Encantadora" aparece, por error, en la versión publicada el SPE

—¡Hola!—dijo Manuel con un tono impetuoso—. ¿Después de lo que acabo de prometerte guardas todavía conmigo secretos?

Antonio no respondió.

—¿Qué dices a esto?—gritó Manuel con voz áspera y sonora

—Digo que... en fin, voy a contártelo todo. Hará unos diez años que perdí a mis padres, dejándonos a un hermano, una hermana y yo, dedicado aquel al comercio en Málaga, y yo entregado por inclinación a esta vida aventurera. Esto ya lo sabías; pero ahora sabrás lo que ignorabas. Un joven de Marbella de unos veinte años, que había recibido de Dios una hermosa figura y un corazón de tigre, y de sus padres una fortuna inmensa, y una perversa educación, vino a pasear a Málaga, y por que tanto vio a mi hermana y se le antojó enamorarla. Pasaronse algunos meses antes que mi hermano llegase a entender nada; pero cuando quiso acudir al remedio, ya no le tenia, quiero decir que mi hermana había sido víctima de un vil seductor .. Mi hermano entonces, como puedes conocer, no tuvo otro remedio que provocar al pícaro de Arévalo, pero este malvado aprovechándose de un descuido de mi pobre hermano, le asentó un par de puñaladas que le dejó en el sitio.

—Dios le tenga en descanso—dijo en voz baja Manuel.

—Luego que yo supe esta terrible desgracia—prosiguió Antonio—, me hallaba en Calahonda en las gargantas de la Alpujarra, y volando en alas de mi furor llegué a Málaga, busqué al asesino para saciar mi venganza; pero en vano; porque temeroso de ello había escapado del peligro, y nunca mas he vuelto a saber de él. Dejé entonces mi ciudad natal, con la intención de no volver a ella ni ver jamás a mi desgraciada hermana, causa de mi deshonra y de la muerte de mi hermano, y me vine a Cádiz donde te ofrecí mi brazo, y el deseo de seguir en un todo tus huellas. He aqui la historia de mi vida.

—Ya la sabia yo—dijo Manuel con sonrisa.

—Pues entonces ¿por qué me la preguntabas?

—Para ver si eras franco conmigo

—¿Y qué, dudabas de ello?

—No; pero entre dos que bien se quieren, con verlo basta.

—Pues ya lo has visto.

Aquí hicieron los dos un rato de silencio, e interrumpiéndole después Manuel.

—¿Conocerías al asesino?—dijo a Antonio.

—Sí, por cierto—replicó este.

—Y si por casualidad le hallases ¿qué harías?

—Como hay Dios que le matara.

—Pues yo te lo prohíbo, o no serás jamás mi yerno—dijo el viejo

—Lo he jurado—replicó Antonio suspirando.

—El obispo de Cadiz te levantará el juramento

—¿Mas por qué me has de prohibir?....

—¡Por que! ¡Por qué!... Porque yo no quiero para mi hija a un hombre que podrá manchar a traición sus manos en la sangre de un cristiano; porque, además, tendrías que andar como él ahora, prófugo, oculto y huyendo de las manos de la justicia; y porque entonces nuestra Sra. del Carmen, patrona de los contrabandistas, no te daría su protección.

Esta última observación pareció hacer una gran impresión en Antonio, y después de un rato de reflexión:

—Dices bien, Manuel—exclamó—, seguiré tus consejos.

—Fío en tu palabra

—Puedes hacerlo.

Y dicho esto se separaron los dos.

Pocas horas después Antonio iba ya camino de Gibraltar, a esperar en esta plaza las órdenes de Manuel, que le confiaba hasta aquí las expediciones menores, reservándose para él propio las mas peligrosas.

Habíanse pasado algunos días despees de aquella conversación, cuando Manuel recibió la siguiente carta de uno de los primeros mercaderes de Sevilla.

Sr. Manuel:

Muy señor nuestro: quisiéramos si no hay inconveniente, surtir el almacén con unas mil piezas de muselina, otras dos mil de percal, francos de derechos. Si V. puede entregarse de esta operación, sirvase V. darse una vuelta por acá para arreglar el negocio. Quedan de V. sus afectísimos servidores.

Tal y tal

Al día siguiente de recibida esta carta, no bien apuntaban los rayos del sol, cuando después de abrazar estrechamente a Casilda, y reencargar a Marta el mayor celo en su guarda, el valiente Manuel, con su cigarro detras de la oreja, armado de todas armas, trotaba sobre su bridón camino de Sevilla, tarareando en voz alta el gracioso polo de su paisano Manuel García.

«Yo que soy contrabandista y campo por mi respeto,
a todos los desafío
y a ninguno tengo miedo.»

II

Madre, la mi madre,
Guardas me ponéis,
Y si no me guardo,
no me guardaréis

El inmortal Cervantes al poner en boca de una de sus heroínas la coplilla que arriba cuelga, no fue mas que un sencillo intérprete de lo que la experiencia demuestra como averiguado; a saber ; que nada es más difícil que guardar a una mujer que no quiere defenderse a sí propia. Y si esto es regla general en todos los países ¡cuánto mas no lo ha de ser bajo el bello cielo de Andalucía, en donde los ardientes rayos del sol y el aura suave y perfumada, impregnan, por decirlo así, los sentidos de una dulce voluptuosidad, haciendo al mismo tiempo nacer flores prematuras en la tierra, y tempranos deseos en el corazón!

Cádiz había sido la cuna de Casilda; la muchacha rayaba ya en los diecisiete abriles, y era habitadora del lindo Puerto de Santa María.

Un domingo que se hallaba en misa, acompañada de su vigilante dueña y sentada a la morisca sobre una estera redonda en el suelo de la iglesia, los pies cuidadosamente recogidos y cubiertos con la basquiña, el dorso del cuerpo apoyado en una de las columnas

de la iglesia, el velo de la mantilla recogido con coquetería sobre el peine de concha permitía ver toda la gracia de su semblante que podía competir en belleza con un botón de rosa entreabierto que entretejía en los bucles del lado izquierdo; y abriendo y cerrando desdeñosamente el abanico, parecía seguir el impulso de la costumbre mas bien que a una intención determinada.

El sacerdote iba ya a echar a los fieles la bendición, y todavía el libro de devoción de Casilda estaba abierto por la primera página; una ligera sombra de tristeza y de impaciencia se pintaba en su frente, y en sus hermosos ojos daba bien a entender una ansiedad que procuraba en vano disimular. Mas de pronto una ligera sonrisa vino a cambiar el aspecto de aquel hermoso semblante, y un gallardo joven que la miraba hacía mucho rato con atención, y que se hallaba al otro lado de la iglesia en pie y apoyado como ella en una columna, respondió instantáneamente a aquella sonrisa con otra igual. Estaba cubierto con una elegante capa, y su talla aunque no muy elevada, era noble y esbelta, sus facciones regulares aunque algo afeminadas, y unos hermosos ojos que manejaba con destreza, cautivarían al que los miraba, si no revelasen a su pesar un no sé que de afectación e hipocresía que por otro lado no desdecía de su edad, que podría ser de seis lustros. Habiéndose encontrado las miradas de ambos jóvenes con una rapidez tal que Marta misma no pudo observarlo, Casilda dejó caer el velo sobre su semblante hasta que al salir de la iglesia en el momento en que la gente se agrupaba a la puerta, por un movimiento estratégico se encontró nuestro galán al lado de la hermosa, precisamente en el instante en que varias personas se hallaban interpuestas entre ella y su dueña, y bajando misteriosamente la mano recibió de Casilda una carta diciéndole en voz apenas perceptible:

—Se la devuelvo a V. porque no sé leer la letra de mano.

El astuto joven que había previsto sin duda este inconveniente, la entregó otro papel diciéndola que aquel le entendería, y sin aguardar respuesta desapareció rápidamente entre la turba. Llegada a su casa la hija del contrabandista abrió con prontitud este billete, y vio que en caracteres perfectamente imitados a los de imprenta contenía estas solas palabras: «Hermosa Casilda, yo la adoro a V. Fernando.»

—¡Hermosa Casilda!—dijo la muchacha alzando la vista hacia un espejo que delante tenia, y sonriéndose con satisfacción al ver confirmada en él la verdad de aquellas palabras.... «Yo la adoro a V....» repitió una y mil veces, y quedó largo rato pensativa, deshojando entre sus dedos aquel mismo capullo de rosa que poco antes adornaba su cabellera, y luego suspiró repitiendo con ternura el nombre del dichoso Fernando

Tres meses después de aquella escena, y pocos días antes de la vuelta de Manuel, en el instante en que el sereno del barrio acababa de cantar las once de la noche, un hombre embozado en su ancha capa y cubierto hasta los ojos con el sombrero calañés, se paseaba silenciosamente por la sombría y solitaria calle del Palacio; y no bien sonó las doce la campana de la iglesia, se colocó en el cancel de una puerta frontera a la del contrabandista, permaneciendo allí inmóvil y casi sin aliento, los ojos fijos en las ventanas de Casilda. De repente un ligero ruido como de una puerta entreabierta con precaución, vino a interrumpir la monotonía de aquella escena, y una mujer vestida de blanco alargó su mano, e hizo una pequeña señal, con lo cual el galán corriendo precipitadamente a su encuentro, se introdujo en la casa y volvió a cerrar con la misma precaución y silencio.

¡Infeliz Casilda! ¿por qué abriste? ¡Marta! ¿por qué dormías? ¡Manuel! ¿por qué estabas en Sevilla?

Pocos días después de la partida de nuestro contrabandista para aquella ciudad, Antonio había recibido en Gibraltar la carta siguiente:

«Mi querido Antonio: Ha llegado la ocasión de hacerte digno de Casilda. La casa de.... me confía un cargamento de valor de medio millón de reales, y he pensado en confiarte la dirección de esta empresa. ¡Por Dios, Antonio, que tengas cuidado! ¡Seis mil duros son el premio de esta operación, y veinte y cinco mil de pérdidas si la virgen no te protege! Escúchame, pues.

«Cargarás las mercancías en la goleta La Trinidad*, y además del patrón y sus treinta hombres, engancharás otros sesenta de tripulación. Tu partida de Gibraltar deberá ser por la noche y con el mayor sigilo, y luego que te halles en la mar harás cargar los cañones, arcabuces y demás armas, disponiendo también que las hachas estén preparadas para el abordaje. Al enfilar el Estrecho, seguirás la costa de África para evitar los fuegos de Tarifa, y lo mismo harás si puedes de cualquier otro encuentro en las aguas; mas si te vieses perseguido de cerca, no titubees en aceptar el combate, y romper el fuego a babor y estribor. A su tiempo te haré conocer, el santo y punto de la costa entre Rota y Chipiona en que debe verificarse el alijo; allí estaré yo para hacer las señales convenidas. Dios te proteja, y te traiga a la memoria que Casilda debe ser la recompensa de esta operación importante que te encargo.»*

P. D. «Harás decir dos misas para implorar la protección de nuestra santa patrona.»

De regreso nuestro Manuel al Puerto de Santa Marro, y después de haber abrazado a su Casilda, empezó a ocuparse en loe preparativos de defensa de la costa en el momento del desembarco; y como tenia bien conocidos a todos los hombres que en aquellas comarcas saben exponerse alegremente por precio de algunos doblones al fuego del resguardo, bien pronto quedó hecha su eleccion y concluido el pacto respectivo.

—¿Estás disponible?

—Sí por cierto.

—Quiero emplearte.

—¿Por cuantos días?

—Por doce.

—¿El negocio es de empeño?

—Seremos bastantes.

—¿Cuanto da su mercé?

—Seiscientos reales.

—Negocio concluido.

—Toma la mitad.

—Gracias, nuestro amo.

—Encontrarás armas y municiones en la venta del Puerto, camino de Chipiona.

—Entiendo. El santo y seña.

Manuel se arrimaba entonces a su oído y le decía en voz baja:

—Nuestra Señora del Carmen. El veintitrés de septiembre a las ocho de la noche en la ensenada de La Salud cerca de la roca de *La Gran Fantasma.*

—Allí estaremos.

—Pues Dios te guarde.

—Sr. amo, ¿cuantas misas se han dicho?

—Dos en Gibraltar y dos aquí.

—Dios nos dé su gloria, y la Virgen del Carmen su protección.

Desde el día de la llegada de Manuel al Puerto de Santa María, un pañuelo blanco colocado de manera que podía verse desde la calle, se hallaba atado de la parte afuera de la celosía, y en una de las ventanas que daban a los aposentos de Casilda. Todas las mañanas y las tardes el consabido joven aparecía al principio de la calle del Palacio, y no bien miraba ondear el pañuelo en las rejas de su amada, mordía los labios con despecho, pronunciaba algunas exclamaciones casi imperceptibles, y retrocedía rápidamente por donde vino. Manuel no había observado esta señal hasta el mismo 22 de septiembre, en el instante que preparaba su marcha para la roca de La Gran Fantasma. Herido súbitamente a su aspecto, permaneció algunos minutos mirando atentamente el pañuelo con una especie de estupor, y torciendo luego bruscamente el pasó hacia una de las callejuelas que desembocan en la plaza del Polvorista, entró en la cabaña de un pescador amigo suyo, le llamó aparte, y le dijo con voz sombría y misteriosa.

—Pedro, ¿estamos solos?

—Solos—respondió el viejo pescador.

—Toma ese doblón de a ocho, y deja por hoy tus redes.

—¿En qué puedo servirte?

—Conozco tu prudencia, y quiero confiarte un secreto.

—Siéntate y habla—respondió Pedro presentándole un escaño.

—No tengo tiempo, porque marcho en este instante a la roca de *La Gran Fantasma.*

—Entiendo

—Creo que algún bribón anda haciendo la rueda a mi hija.

—¡Ave María purísima!—dijo Pedro santiguándose—. Y qué es lo que quieres?

—Quiero que hagas centinela día y noche alrededor de mi casa; que observes con la mayor atención, y que partas inmediatamente para la ensenada de la Salud si alguna circunstancia te hace conocer que mis sospechas son fundadas.

—Por el Santo Ángel de la guarda te juro que no entrara una mosca en tu casa sin conocimiento mío.

—Descanso en ti.

—Puedes hacerlo.

—Hallarás siempre un caballo a tu disposición en case del compadre Bartola.

—Quiera Dios que no tenga necesidad de subir en él.

—Gracias. Adiós Pedro.

—Adiós Manuel.

Y el contrabandista se alejó al acabar estas palabras, y una hora después seguía a caballo el tortuoso sendero que guía a la roca de *La Gran Fantasma.* Durante casi toda la travesía de las cuatro leguas cortas que separan la ensenada de la Salud, del Puerto de Santa María, permaneció pensativo y silencioso; pero al dar la vista a aquella, el peligro a que iba a exponerse le hizo palpitar el corazón, y afirmándose bien sobre los estribos, arrojó su cigarro, sacudió airosamente la manta, y apretando los hijares de su bidón, comenzó en alta voz su acostumbrada cantilena:

Alza, que viene la ronda
y se empieza el tiroteo.

III

Saliendo de Rota en dirección de Sánlucar, se descubre una de las campiñas más risueñas y fértiles de España. Por un lado se mira todo el país cubierto de hermosos olivares, y por otro, y en los sitios escabrosos, se cultiva la viña que produce el exquisito vino conocido en toda Europa con el nombre de Tintilla de Rota. Más adelante la campiña es aún más varia; desaparece la vid, el pino sucede al olivar, y altas montañas divididas entre sí por torrentes impetuosos, cortadas en picos elevados e incultos cuyas blanquecinas cabezas se confunden a veces con las nubes, desafían al recio impulso de los huracanes, e inspiran siempre al viajero colocado a su pie aquel silencioso pavor de que todo hombre se ve poseído ante los magníficos cuadros de la naturaleza.

En las gargantas de estas montañas deshabitadas, es donde anidan los más temibles bandoleros, y todo alrededor es lúgubre y sombrío aun en las riberas del mar donde aquellas van declinando y dividiéndose en varias grietas, efecto de la acción incesante de las aguas. Este última circunstancia es aún más sensible en cierto sitio, en que la mar, entrando en una estrecha y profunda garganta, presenta una ensenada segura y apacible, aunque tan pequeña, que apenas pueden fondear en ella tres o cuatro embarcaciones, a la vez. Por uno de los costados la enorme roca, elevándose como una inmensa muralla mas de ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar, ofrece a la vista un segundo cuerpo en su parte superior, como si la masa que le forma hubiese sido de intento colocada allí por la mano del artista, y entre el primero y segundo cuerpo, un gran pico de roca seco y descarnado se adelanta hacia las aguas por largo espacio, presentando a cierta distancia el aspecto de un brazo gigantesco. Esta extraña singularidad es la que ha hecho que los contrabandistas hayan dado a aquella roca el nombre de *La Gran Fantasma*, cuyo título confirma todo el que la ve desde el mar.

La pequeña bahía que se encuentra al pie de aquel imponente coloso no es otra que la ensenada de la Salud, como ya habrá adivinado el lector, la misma en donde debe verificarse el desembarco del cargamento cuya defensa había sido confiada a Antonio.

El veintidós de septiembre, a las ocho de la noche, todas las gentes que Manuel había tomado a sueldo se encontraban reunidas hasta en número de sesenta en la ensenada de la Salud. Ninguno había faltado a la consigna; y sobre todos los puntos culminantes de las colinas que la rodean se veían acechos armados de todo punto, con orden de hacer fuego a toda figura humana que no respondiese a la seña. El grueso de la compañía, escondido en una grieta de las rocas, debía acudir al primer punto amenazado en donde fuese necesaria su presencia, y Manuel, subido en la cima de *La Gran Fantasma*, armado con sus cuatro pistolas, de pie, y apoyando la espalda en la cabeza del gigante granítico, dominaba desde allí hasta una inmensa extensión de tierra y mar. No lejos de él, Francisco Muñoz, uno de sus hombres de más confianza, paseaba a guisa de centinela por los senderos más escabrosos de la montaña. Un silencio terrible reinaba en su alrededor, y el mar, apenas rizado por una ligera brisa, no dejaba escuchar más que el monótono balance de las olas que llegaban perezosamente a besar el pie de la montaña.

Nuestro contrabandista con su anteojo de noche consultaba el horizonte, pero nada se alcanzaba a ver sobre la superficie de las aguas en el inmenso semicírculo que

abrazaban sus miradas, y ya habría pasado una hora en esta silenciosa ansiedad, cuando Francisco observó que el anteojo del contrabandista no saltaba ya de un punto a otro, sino que estaba fijo hacia uno determinado, que. a juzgar por la altura del instrumento,, debía divisarse bastante lejano. De repente Manuel sin perder de vista el objeto que llamaba su atención,

—Haz una señal—le dijo a Muñoz en voz baja.

—¿En qué dirección?—contestó éste

—Un poco a la derecha de la farola de Cádiz.

Francisco abrió entonces una linterna sorda de tres pies de alta, y dejó ver una luz clara y vivísima por el reverbero interior de la linterna, mas disparada solamente en un estrecho círculo, en dirección del cual se presumía estar el objeto que había visto Manuel.

Después de un cuarto de hora de silencio,

—Todavía nada—dijo Manuel con impaciencia—, y sin embargo a estas horas debería estar Antonio a lo menos a la altura de la farola.

Continuó volviendo a dirigir el anteojo hacia aquel punto del horizonte. Algunos minutos después de pronunciadas estas palabras:

—Muñoz, Muñoz—dijo con alegría—, ¿no ves allá abajo la respuesta a la señal?

Un pequeño punto luminoso casi imperceptible distinguíase en efecto, aunque solo con la ayuda del anteojo, como anegado en una espesa niebla en medio del horizonte.

—Haz la segunda señal—dijo el contrabandista.

Muñoz hizo brillar por tres veces una masa de luz que aparecía y desaparecía con la rapidez del relámpago, efecto de cierta cantidad de pólvora colocada en un foso de la montaña. Manuel guardaba silencio.

—Sea enhorabuena—dijo en fin—. He aquí la respuesta de la goleta a la segunda señal.... ¡Perezoso!... ¡Bien sabia yo que vendría a la cita!—añadió con la expresión del amor propio satisfecho—. Muñoz, prevén nuestra gente, y toca la bocina.

Y en el mismo instante un sonido particular, agudo y monótono interrumpió el silencio de aquellos sitios. El eco de las montañas repitió por intervalos este sonido, y todo volvió después a quedar en silencio.

—La brisa empieza a refrescar.... La mar está buena. Podrán estar aquí dentro de una hora—dijo el contrabandista extendiendo su manta sobre lo escarpado de la montaña—. Haz centinela, Muñoz, que voy a descansar un instante.

Diciendo esto encendió su cigarro y se tendió boca arriba en el límite de la montaña con las piernas colgando hacia el abismo.

Hacía ya media hora que estaba en esta posición, y Muñoz continuaba haciendo reflejar su linternón hacia la goleta que debía acercarse al abrigo de aquel faro accidental. Todo era silencio en torno de ambos, cuando de repente un ligero rumor como si fuera producido por el paso rápido de un hombre, se dejó escuchar a alguna distancia; el contrabandista se puso en pie de un salto, y él y Muñoz prepararon sus escopetas, la mano en el gatillo, el oído atento, conteniendo la respiración, y en este acecho permanecieron inmóviles procurando penetrar con su vista las sombras de la noche; pero en vano; porque nada que se moviese llegó a fijar sus miradas.

—Esto habrá sido sin duda—dijo Manuel en voz baja—, alguna bestia feroz que se habrá precipitado allá al fondo. No importa, bueno es estar con cuidado. Acuérdome que una noche a esta misma hora un ruido semejante al que acabamos de oír, me llamó de repente la atención. Estaba solo, y dirigí mi vista a todos lados hasta que allí a la derecha, al otro lado del torrente, por bajo de esa roca que negrea allí mas, noté algo que se movía, armé mi escopeta e hice fuego... Algunos gritos lastimeros vinieron al instante a penetrar mis oídos, pero el peligro había pasado, porque los gritos salían del precipicio. Al día siguiente distinguí mutilado y hecho pedazos por la caída el cuerpo de un espíon de la costa.

Apenas había Manuel acabado estas palabras, cuando otro ruido aún más extraño vino a interrumpir su misteriosa conversación. Un cañonazo disparado a lo largo del mar, y en la dirección de la ruta de la goleta, hizo temblar la base de *La Gran Fantasma.* Manuel tomó precipitadamente su anteojo, y enfilándole hacia el lado del horizonte de donde había partido la explosión.

—¡Caramba... Caramba...!—gritó con furor, pronunciando una de las interjecciones tan frecuentes en esta clase de hombres

—¿Qué has visto?—dijo Muñoz con interés.

—¡Por el diablo que me lleve—dijo el contrabandista—, creo que es el brik guardacostas que avanza a toda vela contra la goleta, y amenaza atacarla...!

La vista perspicaz del contrabandista no se había engañado; era el *Veloz* de la marina real, que siguiendo el aviso que le daba la torre de Tavira en Cádiz, señalándole un buque que según maniobra sospechosa parecía contrabandista, habla salido al mar, y se encontraba, favorecido por la marea baja, muy cerca de la goleta.

Manuel parecía fuertemente agitado, aunque afectando serenidad, y dejábase adivinar en él la ansiedad en que le tenia el resultado del lance, que sin duda iba a empeñarse. Ayudado de su anteojo espiaba con atención todos los movimientos de ambas embarcaciones, aunque a veces la oscuridad las ocultaba a sus pesquisas. Un silencio de algunos minutos había sucedido al primer cañonazo; escuchóse en seguida el segundo, después el tercero, y otro, y otro, y otro. Luego, en fin, y durante un cuarto de hora un prolongado fuego de mosquetería, infinidad de fogonazos al través de una densa nube de humo, un ruido imponente y terrible prolongándose majestuosarnente entre las ondas, y que repelían a lo lejos las altas montañas de la costa como el eco del trueno en una horrorosa tempestad.... De allí a poco todo quedó en silencio y completa oscuridad.

El contrabandista paseaba siempre a lo lejos su mirada sombría y amenazadora. Muñoz no osaba ya dirigirle la palabra, y sólo con la muda y atenta observación de sus movimientos procuraba adivinar el desenlace de aquella importante lucha: una sola palabra, apenas pronunciada, se escapa de la boca de Manuel.

—Nada

Y esta palabra con su brevedad desesperadora no era otra cosa que una duda mas, susceptible de cualquiera interpretación. De repente, en fin, y como herido de una súbita aparición.

—¡Se ha salvado, se ha salvado!—grita Manuel desde arriba con tal voz, que pudo ser escuchada por el grueso de la compañía que acampaba al pie de la montaña. Mo-

mento semejante a aquel en que el vigía de una embarcación, colocado en el palo mayor, deja escuchar a la tripulación aquellas palabras mágicas de «¡Tierra!, ¡Tierra!».

—Toca la llegada, y enciende los fuegos de guía—añadió el dichoso Manuel.

Al instante Muñoz hizo oír el agudo sonido de la corneta: un confuso movimiento se escuchó a los pies de *La Gran Fantasma*; inmensas fogueradas de ramas secas alumbraron en un instante la estrecha entrada de la Ensenada de la Salud, y permitieron distinguir hasta medio centenar de hombres, todos armados y formados en pie sobre la rivera; el linternón, que hacia dos horas ardía en la cima de la montaña, quedó instantáneamente apagado; el contrabandista Manuel apareció en medio de su tropa, y mandando el silencio, tomó la bocina, y dirigió a los de la goleta estas palabras.

—¡Hola! Compañeros, ¿quién vive?

—Nuestra Señora del Carmen—respondieron los de la embarcación.

—Sea ante todas cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar—dijo el contrabandista volviéndose a los suyo, y santiguándose humildemente.

—Por siempre sea alabado—respondieron los otros con gravedad, y pusieron las armas en pabellones.

Un cuarto de hora se habría pasado, cuando una pequeña embarcación, rotos los palos agujereada por todas partes, y con cuatro hombres muertos y siete heridos sobre el puente, entraba en la ensenada de la Salud. Era la goleta del contrabandista Antonio.

Atracada que fue a la costa:

—Dios os guarde, hijos míos—dijo Manuel con una voz grave:

—Y a V. también, nuestro amo—respondieron los hombres de a bordo.

Y después ni una palabra mas, ni otro movimiento que el de trescientos brazos ocupados en descargar el buque en medio del más absoluto silencio, sólo interrumpido par los chirridos de las poleas que ayudaban a levantar los lardos. Todas aquellas sombras se agitaban sobre las rocas en el seno de la mas completa oscuridad, y únicamente de vez en cuando solían aparecer acá y acullá algunas lucecitas de varias linternas, a quienes lo espeso de la niebla no permitía extender su claridad mas que a un estrecho semicírculo.

Antonio y Manuel permanecieron un momento abrazados hasta que retirándose a un lado:

—Estoy contento de ti—dijo éste a aquél con una expresion de ternura—. ¿Estabais muy lejos cuando el brik ha disparado la andanada?

—Dos leguas largas.

—¿Y le habéis tratado bien?

—Cerca de un cuarto de hora le han dominado mis fuegos.

—Y él por consecuencia también os habrá hecho gran daño

—Cuando ha podido virar de bordo y utilizar todas sus piezas, ya había perdido el palo mayor, y la mitad de su tripulación yacía muerta en el entrepuente.

—¡Y sin embargo—dijo Manuel—, tenía doble gente y artillería, y hubiera podido abrasar a mi pobre goleta!

—La última bardada es la única que nos ha causado las pérdidas y averías que pudras ver.

—¿Y luego?

—¡Luego! ¿Qué habían de hacer? Huir como unas gallinas.

—¡Bien por Antonio!—gritó Manuel—. ¡Bravo! Desde este día te tengo por todo un contrabandista.

—Siempre seré digno de este título, y de la mano de Casilda—dijo Antonio mirando fijamente a Manuel

—¿De mi hija?—contestó este con un movimiento extraño, que no se ocultó a los ojos penetrantes del joven.

—Sí, por cierto.... ¿Acaso habrás mudado de intención?—dijo Antonio con abatimiento.

—Nada de eso—replicó Manuel—, y antes bien es posible que no espere para uniros al término que había fijado

—¡Qué dices!—exclamó Antonio lleno de alegría.

—Digo la verdad—contestó Manuel, procurando reprimir un suspiro.

—¿Acaso será?...

—Después hablaremos—le interrumpió el padre de Casilda.

Y dicho esto se alejó, como atormentado por un vago presentimiento de la desgracia que acaso le amenazaba, y sin poder apartar su imaginación de aquel pañizuelo blanco que había visto suspenso en las rejas de su bija.

Antonio entre tanto, lleno el corazón de ilusiones y de esperanzas, saboreaba las últimas palabras de Manuel, que parecían asegurarle el cercano término de sus deseos.

IV

Todo el cargamento de la goleta se hallaba ya amontonado en la playa, y Manuel daba las órdenes a la tripulación para que, dándose a la vela, volviesen cuanto antes a guarecerse a la bahía de Gibraltar, extendiendo sus instrucciones al piloto para que a su llegada a aquella ciudad hiciese enterrar en lugar sagrado a los cuatro hombres muertos, y dispusiese la celebración de una misa por el descanso de sus almas. Recomendó asimismo a su celo el mayor cuidado con los siete heridos que a duras penas podían ocultar sus dolores. Concluidas que fueron estas prevenciones la embarcación, desplegadas las velas, salía majestuosamente de la ensenada, cuando de repente, y con no poca sorpresa de Antonio y de los demás circunstantes reunidos en torno del capataz, dejóse oír una voz sombría y sonora que le dirigió estas palabras.

—¿Tienes valor, Manuel?

A esta brusca interpelación el contrabandista hizo un movimiento de sorpresa, y todos los circunstantes, fijando la vista en él, esperaban la respuesta al atrevido incógnito, cuya repentina aparición en aquellos lugares no acertaban a explicar; hasta que al fin el contrabandista, como volviendo en sí y pasando su mano por la frente bañada de un frío sudor.

—¡Ah eras tú Pedro!—dijo con una voz que dejaba adivinar la mas profunda conmoción.

—Sí, por cierto—respondió el viejo pescador.

—¿Y qué vienes a decirme?

—Una desgracia.

—¿Qué es lo que oigo? ¿Qué dices? ¿Qué es lo que has visto? Habla, responde—interrumpió Manuel con el acento de la desesperación.

—Según habías dispuesto—respondió Pedro con voz grave y serena—, marché a tu casa.

—¡Silencio!—dijo el contrabandista con imperio, y volviéndose luego hacia Antonio—. Haz trasportar los fardos—le dijo—, a la caverna de *Los Cuervos de la Roca Negra*, y cuida de que el tabaco quede escondido bajo la arena: yo voy a hablar un instante con este hombre.

Y agarrando fuertemente por el brazo a Pedro, le llevó aparte al pie de la montaña diciéndole.

—¿Qué es lo que has visto, Pedro? Habla bajo

—Mucho temo afligirte.

—¡Dios mío! ¡Qué es lo que va a decirme!—dijo el contrabandista con un temor convulsivo; y permaneció largo rato en silencio entre el temor y el deseo de aclarar el terrible misterio sobreponiéndose en fin a aquella especie de vértigo.

—No importa, Pedro—continuó—. Dímelo todo, ¿qué es lo que has observado?

—Tu hija....

—Habla pronto.

—Tu hija esta noche a las diez....

—Pronto.

—Ha abierto la puerta a un hombre.

—¿Hay más?

—El hombre ha entrado, y la puerta se ha vuelto a cerrar.

—¡Mil diablos te lleven! ¡Es imposible! ¡Mientes¡—dijo Manuel fuera de sí.

—He estado esperando un cuarto de hora largo—prosiguió Pedro con frialdad, para ver si salía, con intención de seguirle y darte sus señas; hasta que en fin, viendo que nadie se movía, y hallando por fortuna el candado en la puerta, le corrí, eché su llave y.... ¿Entiendes? Antes de dos horas puedas asegurar te de la verdad, y castigar la ofensa que te se haya hecho. Esta es la llave del candado.

Y diciendo estas palabras, el viejo pescador presentaba en efecto la llave al contrabandista; pero en vano, por que éste nada veía ni escuchaba. Cual si fuera herido de un rayo, permaneció largo tiempo inmóvil, los ojos clavados en el suelo, contraídas las cejas, y respirando con dificultad. Arrojase bruscamente contra la montaña y rechinando los dientes y mordiendo la tierra, dejaba de tiempo en tiempo escapar esta exclamación: «¡Sangre!»

De repente incorporándose con energía:

—Marchemos—dijo a Pedro arrastrándole hacia la playa

Paróse de allí a algunos pasos, y con tono solemne:

—Júrame—continuó, que no dirás a nadie lo que has visto.

—Te lo juro por el alma dé mi padre.

—Pues vamos.

Antonio acababa de partir para la caverna de *Los Cuervos de la Roca Negra*, y Manuel dejó sus instrucciones a Muñoz para que se las participase a aquel, previniéndole que antes de pocas horas estaría de vuelta. Dicho esto marchó con Pedro, y en pocos minutos

estaban de regreso en el Puerto de Santa María, en el momento en que el reloj daba las tres de la mañana.

—Dame la llave del candado—dijo Manuel en voz baja.

—Ahí está—le contestó Pedro—. ¿Entro contigo?

—Sí; tu presencia me puede ser útil.

—¿Cuál es tu proyecto?

—Pronto lo sabrás ... Mira Pedro, abre tú, que me tiemblan las manos, y temo hacer ruido.... Así .. ahora toma la llave de la puerta.... Dos vueltas....

—Ya está.

—Entra primero, Pedro, y cerraré la puerta.

—¡Qué oscuridad!

—Espera, yo te guiaré.

—¿Donde estás?

—Dame la mano. Baja dos escalones...Bien... Ya estamos en el patio.

El contrabandista miró atentamente por todas las ventanas del interior, y en todas partes observaba silencio y oscuridad.

—Subamos—dijo—. He aquí la escalera. Sube dieciocho escalones....Ya estamos en la galería.... Este es el cuarto de Casilda. No hay luz.... Escuchemos.

Manuel acercó el oído a la puerta, y permaneció cinco minutos en esta posición

—Nada oigo—dijo retirándose—. Escucha tú ahora

Pedro se colocó en la puerta, pero nada mas oía que la alterada respiración de Manuel.

—Nada—dijo al fin Pedro....

Un rayo de alegría brilló sobre la ancha frente del contrabandista.

—Pedro—dijo—, ¿si acaso te hubieras equivocado? ¿Si hubieras tomado una visión por realidad?

—Espera, calla—dijo el viejo pescador interrumpiéndole.

—¿Qué has oído?—replicó el padre de Casilda por cuyos miembros corrió un estremecimiento eléctrico.

—Calla—repitió Pedro—, hablan en voz baja cerca de nosotros.

—¿Qué dices?

—Escucha.

Un ligero bisbiseo, apenas imperceptible, hirió entonces los oídos del contrabandista, sin que pudiera determinar que dicho ruido saliese o no del interior de la habitación de Casilda. Como el hombre que se ahoga a se halla próximo a caer en un precipicio, quiere escapar a su muerte por los medios mas extraordinarios que le dicta la desesperación, aunque fuera el de asir un hierro ardiendo; así Manuel, ante la evidencia de su desgracia, buscaba un medio de persuadirse de que aun podría estar equivocado, llegando hasta desear que fuesen ladrones o asesinos los que se habían introducido en la habitación de su hija. Siguiendo esta idea, para él consoladora, dio algunos pasos pidiendo a Dios de corazón que fuese cierta; pero en vano; todo era silencio en derredor suyo, y solo allá en el fondo de la habitación se dejaba oír siempre el mismo misterioso dialogo. El desventurado Manuel sintió faltarle las fuerzas, y apoyado en la pared, inmóvil e irresoluto, observaba un triste silencio.

—Vamos, ¿qué hacemos?—le dijo Pedro, haciéndole volver de esta especie de estupor

—Vas a verlo—respondió Manuel con decisión.

—¿Para que montas tus pistolas?

—¿No me decías que era menester sangre?

—Sí, pero la muerte del seductor ¿hará mas honrada a tu hija?

—Dices bien—replicó Manuel después de un momento de reflexión—. Espérame aquí.

Y dicho esto se dirigió al cuarto de Marta, en dónde todavía lanzaba algunos tibios resplandores una lamparilla colocada sobre la mesa, y solo se escuchaba el ronquido de la vieja que dormía profundamente. Manuel encendió una luz, y volviéndose adonde Pedro se hallaba:

—Llama a la puerta—le dijo.

Pero Pedro sorprendido de la extrema palidez de su semblante y lo desencajado de sus ojos, quedó mirándole inmóvil sin acertar a pronunciar una palabra.

—¿Qué tienes?—le dijo Manuel—. Llama a la puerta.

Pedro obedeció; pero nadie respondió al llamamiento.

—Puede que el hombre que esta encerrado adentro tenga armas—dijo Manuel—. Toma tú esta pistola, y llama segunda vez.

Hizolo así Pedro, y pasados algunos momentos de silencio, una voz de mujer que revelaba bien la mayor conmoción, contestó.

—¿Quién llama?

—¡Tu padre!—contestó el contrabandista con una voz de trueno. Y viendo que nada se movía.

—¡Abre aquí—continuó—, o echo la puerta abajo!

Y acompañando la acción a la amenaza, rompió las tablas, y vino la puerta el suelo con un ruido que hizo temblar la casa..

Casilda se habla arrojado del lecho, cubierta ligeramente, y con el cabello flotante sobre sus hombros, los brazos tendidos, la mirada desencajada.

—¡Oh, padre mío, padre mío!—exclamó. Y cayó sin conocimiento sobre el suelo.

—Quédate a la puerta—dijo Manuel a Pedro—, y haz fuego al que intente pasar.

—Es inútil esa órden—dijo una voz varonil salida de la extremidad de la sala, y Fernando con el rostro demudado, temblando y sobrecogido de sorpresa, apareció en medio de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

A su vista Manuel dio un paso atrás, y arrojando fuego en sus miradas, la frente sombría y amenazadora, trémulo el labio, fuerte y precipitada la respiración, semejaba a un atleta en el momento en que victorioso acababa de arrojar por tierra a su temible adversario. Cediendo por tres veces a un movimiento nervioso y convulsivo, había alargado su mano al gatillo de la pistola, pero otras tantas pudo reprimir este siniestro movimiento. Una infernal sonrisa asomó a sus labios, cual la alegría del tigre cuando mira a su presa antes de devorarla; mas sobreponiéndose otra vez rompió al fin este terrible silencio, y con una voz breve e imperiosa.

—Sigueme—dijo al desgraciado Fernando.

Marta, que había despertado al ruido, corrió en esto a saber su causa, y redoblando el furor de Manuel a la vista de la vieja, lanzase violentamente sobre ella, y amarrándola por la garganta, la hizo caer de rodillas a sus pies.

—¡Encomienda tu alma a Dios!—la dijo—. Vas a morir.

—¡Yo!.... ¡Válgame María Santísima!. ¿Qué es lo que he hecho?—interrumpió la vieja a semejante apóstrofe.

—¿Qué es lo que has hecho?—replicó Manuel con los ojos encendidos de cólera—. ¿Qué es lo que has hecho?.... Mira, mira ese hombre ¿cómo se halla aquí? Tú debes saberlo; tú, a quien yo habla confiado el cuidado de mi hija. Dime ¿cómo se he introducido en su cuarto? Tú le conocías ¿no es verdad? ¿Eres su cómplice en la infame acción que cubre mi frente de vergüenza, y me preguntas que has hecho?.... Mira a Casilda, mírala allí inmóvil, muerta tal vez y deshonrada. Mi hija deshonrada, ¿y me preguntas que has hecho? Encomienda tu alma a Dios, porque vas a morir sin remedio.

La pobre Marta confundida por lo grave de la acusación, y por la terrible amenaza que el contrabandista la fulminaba, besaba los pies de su señor regandolos con su llanto; extendía hacia el sus manos trémulas y descarnadas, y no podía pronunciar una palabra en su defensa, porque la conmoción la ahogaba la voz.

Manuel la miraba siempre con furor, aunque al aspecto de tanta desesperación, la contemplación de su vejez, sus blancos y escasos cabellos, esparcidos en desorden, y la elocuencia muda de sus lágrimas y suspiros, acabaron por dominar el corazón del contrabandista, y desarrugar un momento su tempestuosa frente

—Pruébame al menos—la dijo—, que no eres culpable y háblame... pero no.... quítate de mi vista, vete, sal de mi casa...

Y sintiendo pasar este ligero movimiento de clemencia:

—Vete al instante—continuó—, o si tardas un minuto mes, no puedo contener mi furor; pero no, quédate, ten cuidado de esa mujer, y tú Pedro ayúdala.

Después dirigiéndose a Fernando:

—Sígueme—le dijo con imperio, y Fernando le siguió.

El seductor de Casilda se hallaba en pie, delante de Manuel, pálido y tembloroso como el criminal delante de su juez en el momento en que la justicia humana va a pronunciar la sentencia que condena al suplicio su cabeza, y no osaba levantar los ojos ante aquel padre justamente irritado, ante aquel hombre que venía a ser a la vez su acusador, su juez, y acaso su verdugo.

Entre tanto Manuel, paseando silencioso y precipitado por la habitación, procuraba comprimir sus violentos transportes, hasta que al fin, afectando una tranquilidad que estaba lejos de experimentar, se paró de repente, y dirigiéndose a Fernando:

—¿Quién eres?—le dijo con gravedad, y al parecer sin enojo.

Fernando, que esperaba una explosión terrible, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.

—¡No te muevas!—gritó el contrabandista, tomando este movimiento en otro sentido—. ¡No te muevas, o mueres en el acto!.

El corazón de Fernando palpitó, conociendo que la calma de Manuel era sólo aparente, y que al menor chispazo podía inflamarse aquel pecho volcanizado; llamó pues

en su auxilio a la prudencia, y componiendo su semblante con todo el exterior de vergüenza y de arrepentimiento, respondió prontamente a la interpelación de su juez

—Mi nombre es Fernando Zarzal.

—¿Tu patria?

—Granada.

—¿Porqué la has dejado?

—Por viajar.

—¿Eres rico?

—Bastante.

—¿Quién son tus padres?

—Hace tres años que los perdí, y estoy solo en el mundo.

—¿No eres alistado?

—No.

El contrabandista guardó un instante de silencio, y después continuó.

—¿Cuento tiempo hace que estás en el Puerto de Santa María?

—Cinco meses.

—¿Y cuánto que conoces a mi hija?

—Cerca de cuatro.

—¿Dónde la viste?

—En la iglesia...

Manuel rechinó los dientes, y dió un fuerte bramido

—¿Y es verdad lo que me has dicho?—continuó.

—¿Dudáis acaso de mí?—contestó Fernando con vierta altivez.

—¿Qué si dudo?—respondió Manuel, como sintiendo renovar su furor—. ¿Quién no ha de dudar de lo que sale de la beca de un infame, de un vil seductor?... ¿Qué si dudo?....¿Sabes tú quien soy? ¿Ignoras qué estas hablando con el padre de la mujer que has deshonrado?... ¿Conoces todo el poder de este nombre, y el derecho que me da para dudar de tu infame conducta? ¡Malvado! Tú has asesinado mi honor y mi reposo, has cubierto mi frente de oprobio, te has introducido traidoramente en el lugar más sagrado de mi casa... ¿Y me preguntas si dudo de tus palabras? ¡Cobarde! ¿Parecete que no debo yo informarme de ti, como tu lo hiciste de mi antes de asesinarme? ¿No conoces que me perteneces? ¿No conoces que estamos unidos el uno al otro por un lazo terrible, que nadie mas que la muerte puede desatar ?

Manuel respiró un momento, y aprovechándose Fernando de este instante, iba a responder; pero el contrabandista continuó.

—Sí, que cualquiera tiene derecho de exterminar la víbora que encuentra oculta en su hogar; yo usaré de este derecho. ¿Me entiendes?.... Tiembla, pues, el momento en que ejerza mi venganza, no le precipites con una palabra mas.

—He aquí mi pasaporte—dijo Fernando interrumpiéndole, y Manuel le recorrió rápidamente comparando sus señas con las de Fernando; y después de esta escrupulosa pesquisa, guardó el pasaporte y volvió a pasearse por la habitación. Su frente ora apacible y tranquila, ora sombría y amenazadora, reflejaba bien la lucha de sus encontrados afectos, y Fernando, observándole silencioso, procuraba leer en ella su terrible sentencia.

De repente el contrabandista, mirándole fijamente, le dijo con tuna gravedad imponente

—¿Amas a Casilda?

—¡Qué si la amo!—, prorrumpió Fernando con un movimiento de entusiasmo—. ¡La adoro mas que a mi alma!

—¿Y la harías tú dichosa si llegase a ser tu mujer?

Sea que Fernando amase verdaderamente a Casilda, o ya por el temor de la venganza del terrible contrabandista, dejóse caer a sus pies, y con el acento más apasionado:

—Yo os lo juro—respondió—, y ojalá que ella os pudiese hablar por mí, para que no pudieseis dudar de la sinceridad de mis palabras, y si toda mi vida....

Pero Manuel, interrumpiéndole:

—Levántate y ven conmigo—le dijo con arrogancia.

—¿Adónde?

—¿No basta que yo lo mande ?

Fernando no tuvo por conveniente responder.

—¡Pedro!—gritó Manuel hacia el lado donde aquel estaba—. ¿Qué es de Casilda?

—Acaba de volver en sí.

—Necesito un hombre. ¿Dónde está tu hijo?

—Voy a buscarle.

Y luego que éste se presentó.

—Vas a seguirme a la roca de *La Gran Fantasma*, y es preciso que sea pronto, porque ya no tardara en amanecer. Tu Pedro, antes de mediodía, partirás con Casilda para la Ensenada de la Salud, de modo que lleguéis antes de ser de noche. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—José—dijo en seguida al hijo del pescador—,¿estás armado?

—Llevo mi escopeta.

—Pues marchemos, y tú, Fernando, síguenos.

Y dicho esto desaparecieron, después de haber lanzado Manuel una rápida mirada sobre su desdichada hija.

V

Una hora hacia ya que el sol doraba con sus ardientes rayos las elevadas cimas de las montañas que rodean a *La Gran Fantasma*, cuando los tres viajeros llegaron a la Ensenada de la Salud. Antonio acababa de partir por tercera vez a la caverna de *Los Cuervos de la Roca Negra*, y Francisco Muñoz era el que allí se hallaba, acompañado por algunos hombres. Por el número de mercancías que aún cubría la playa, juzgó Manuel que la operación de la guarda les ocuparía aún todo el día. Antonio no podía regresar antes de mediodía, y por grande que fuese el deseo que el contrabandista tenía de hablarle, le era forzoso esperar hasta aquella hora. Dirigióse pues, hacia un bosque resguardado por elevadas rocas, con intención de disfrutar algunos instantes de reposo, después de haber encargado al hijo del pescador Pedro que no perdiese de vista a Fernando, y a Francisco Muñoz que indicase a Antonio, en el momento de su llegada, el lugar adonde se retiraba. Tendióse luego sobre el césped, colocó a su lado la escopeta, encendió su cigarro, tomo una pistola

en cada mano, y después de una lucha penosa y dilatada entre el cansancio físico y moral contra la tumultuosa multitud de pensamientos que provocaban el insomnio, venció al fin aquél, y se quedó dormido.

Tres horas hacia que el sueño pesaba sobre sus párpados pero estaba muy lejos de haber sido para el un bálsamo reparador. De sus labios entreabiertos se escapaban a veces palabras vagas, cuyo sentido hubiera sido difícil comprender: un sudor frió corría de las arrugas sombrías y profundas de su tempestuosa frente. De repente se despierta sobresaltado, se incorpora, y cediendo a un movimiento tan habitual como de instinto, prepara su pistolas, dirige en torno suyo los extraviados ojos y da un grito de sorpresa al ver de pie a su lado a un hombre que le miraba con interés e inquietud. Era Antonio.

Manuel guardó silencio por algunos instantes. Sabía todo lo que había padecido, y lo que le restaba que padecer como padre, y preveía todo lo que Antonio iba a padecer como amante. Esta idea le agobiaba, y no se sentía con fuerzas suficientes para despedazar con sólo una palabra el corazón del joven contrabandista, llegando a desear que estuviese allí Pedro para encargarle de darle a conocer a aquél la noticia fatal.

Antonio le observaba silenciosamente con una admiración mezclada de zozobra.

—¿Qué tienes?—dijo por fin el joven contrabandista

—Tengo que decirte—contestó Manuel con voz grave y conmovida—. Siéntate a mi lado.... ¿Estamos solos?...Escucha... Antonio, si llegases a saber que la que tú has amado, que la que amas todavía, que tu novia, que Casilda en una palabra, no es digna de ti; si te dijesen que su corazón ha palpitado, sí palpita de amor por otro, si te asegurasen que un hombre ha ocupado ya su lecho ¿que harías?

—¿Y por qué supones cosas que tú mismo tienes por imposibles?—replicó Antonio con extrañeza.

—Contesta a mi pregunta—continuó Manuel—, ¿qué harías?

—Romper la cabeza del insolente calumniador—contestó Antonio haciendo un ademán terrible.

—Pues bien, hiere—dijo Manuel inclinando la cabeza—, hiere; mi hija está deshonrada.

—¿Qué dices?—repuso Antonio con sobresalto.

—La verdad—contestó Manuel.

—¿Sueñas aún?—dijo aquél fijando sobre el contrabandista sus ojos alterados.

—Te he dicho la verdad—replicó este con el acento de la desesperación.

—¿Y cuál es el infame?

—Ya sabes su nombre; sin duda le he pronunciado en sueños.

—Fernando Zarzal.

—El mismo.

Antonio permaneció como abismado bajo el peso de aquella terrible revelación, que hería su pecho como la punta de un agudo puñal. Después de un largo espacio de silencio, dijo por fin con una voz sombría.

—¡Ah! ¡Fernando Zarzal! ¿Sin duda le habrás muerto?

—No. Vive aún.

—¡Vive!—, exclamó Antonio incorporándose y dejando brillar en su semblante una feroz alegría....¡Vive! Y ¿dónde está? ¿Dónde? —, añadió blandiendo el puñal que

pendía de su cintura —¡Oh Manuel! ¡Cuánto te agradezco que no hayas derramado su sangre! Te has privado de ese placer, has querido reservármele a mí solo.... ¿eh? Permite que te abrace por esa generosidad... ¿Dónde está? Dilo, Manuel... respóndeme... ¿Dónde está?... Quiero deshacer su cabeza entre mis manos, como quien espachurra un insecto...

—Fernando Zarzal no morirá tal vez.

—¿Qué dices?

—Tú mismo vas a dictar su sentencia

—¿Qué misterio...?

—Voy a explicártele.

—Di, pues.

—¿Me prometes hablarme con franqueza?—dijo con voz grave el padre de Casilda.

—Jamás disimulé mis pensamientos—repuso Antonio.

Sucedióse un prolongado silencio. Manuel fue el primero que le rompió después de haber dejado escapar un dilatado suspiro.

—Antonio—dijo con voz grave pero casi temblando de conmoción—, con una palabra vas a despedazar para siempre mi corazón, o a lisonjearle con la esperanza de un porvenir tranquilo y dichoso: pesa bien tu respuesta. He aquí lo que quiero preguntarte. ¿Quieres, después de lo que te he revelado, dar a Casilda el título de esposa tuya?

Manuel trataba de leer una respuesta en los labios del joven contrabandista. Todos los suplicios de la inquietud estaban pintados en su rostro, y por la palidez de sus facciones, por su convulsiva inmovilidad, se podía juzgar del inmenso interés con que esperaba la respuesta de Antonio. Éste, con los ojos bajos e inclinados hacia el suelo, parecía también víctima de una lucha violenta en el interior de su corazón. Su silencio prolongó por algún tiempo la penosa ansiedad, hasta que en fin, una voz sorda y sombría vino a espirar en sus labios.

—No—dijo, y su cabeza cayó involuntariamente sobre el pecho.

Manuel permaneció absorto un momento, y estremeciéndose luego repentinamente murmuró estas palabras.

—Fernando Zarzal no morirá.

—¡Cobarde!—replicó Antonio.

—Fernando será esposo de Casilda—añadió a medie voz el contrabandista. Y Antonio sin ser ya dueño a contener su indignación.

—¿Qué dices?... ¡Es imposible!

—Será. Y ¿quien podría oponerse? ¿No soy dueño de disponer a mi gusto de la mano de mi hija ? Te repito que será. ¿Acaso me queda otro medio para cubrir su falta? ¿O he de ir yo mismo a dar publicidad a una desgracia que me llena de oprobio? Porque es preciso ser francos, y con la misma lealtad con que todo le lo he descubierto, lo descubriría igualmente a cualquiera otro que aspirase a ser su esposo. Y ¿crees tú por ventura que estaría yo en ánimo de hacer cada día semejante confesión? ¿Imaginas acaso que podría soportar con paciencia que se me diese en rostro con un repugnante desdén, que hiriese constantemente mis oídos el insultante no con que acabas de ofenderlos? Desengáñate, pues, no me queda otro camino para ahogar mis horribles recuerdos. La pérdida de Zarzal, su fuga, o cualquiera otro obstáculo para su unión con Casilda serian en este

momento una calamidad para mí; y al contrario, haciéndole esposo de mi hija, quedará salvada su debilidad ante los ojos del mundo, y a los propios míos será al día siguiente de su unión con Zarzal tan pura como lo era antes de conocerle.

—Tienes razón—dijo Antonio en voz baja.

—No quiero, pues, volver a aparecer por el Puerto de Santa María hasta que mi hija sea esposa de Zarzal, y esta misma noche iremos a Sánlucar, en cuya ciudad

—Pero, ¿donde está tu hija?—interrumpió vivamente Antonio.

—Dentro de pocas horas la veras.

—¡Qué! ¿Debe venir aquí?

—Antes de ser de noche.

—Pues adiós—dijo Antonio con una voz sombría, extendiendo su mano a Manuel.

—¿Y adónde te quieres ir?—exclamó éste con interés.

—Quiero abandonarte.

—¡Abandonarme!... Y ¿por qué?

Al decir esto, los ojos del viejo se arrasaron en lágrimas.

—Si de aquí a algunos días—continuó Antonio con una tranquilidad aparente—llegases a saber que se ha hallado en la playa el cadáver de un hombre arrojado por las olas, sólo te pido que te acuerdes de mí.

—¿Qué es lo que intentas?—exclamó el contrabandista con un movimiento de terror, y el decir esto, un pequeño ruido vino a llamar la atención de ambos interlocutores.

Antonio volvió rápidamente la cabeza, y lanzando un grito sordo:

—¿Quién es aquel hombre?—exclamó

—¿Cuál? ¿Dónde le ves?

—Allá abajo, entre las rocas, a la sombra de aquel gran pino, acompañado de otro hombre vestido de pescador. ¿No le ves?

—¡Ah! ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Quien es aquel hombre, te pregunto? Preciso es que yo lo sepa, tu reposo y el de Casilda dependen de ello. Vamos, responde.

Y diciendo esto sus ojos desencajados centellaban de coraje, y en su mano brillaba el horrible peñal.

—Guarda esas armas—dijo pausadamente el contrabandista—, y ten entendido que mientras Fernando Zarzal esté defendido por mi, nadie se he de atrever a atacarle.

—¿Quien? ¿Fernando Zarzal?—gritó Antonio bramando de furor; y el viejo Manuel temió que una nueva desgracia amenazaba su cabeza.

—¿Que quieres decir?

—Ven conmigo—respondió Antonio. Y llevándose a Manuel que apenas podía seguir la precipitada marcha del mancebo al través de las rocas, hasta que llegando al pie de la montaña Antonio se paró de repente.

—¿Cómo dices que se llama ese hombre?

—Fernando Zarzal.

—Es falso

—¿De dónde dices que era?

—De Granada

—Falso también.

—¿Qué mas ha dicho?

—Que viajaba por gusto.

—Mentira.

—¡Cómo! Si tengo su pasaporte!

—¡Mentira, mentira, su pasaporte miente como él!.

—¡El diablo me lleve! ¿Pues quién es ese hombre?—replicó enfurecido Manuel?

—¿Quieres saber quién es? Pues bien; es el mismo que yo busco hace años, el joven de Marbella de quien te he hablado, el infame Arévalo, el asesino de mi hermano.

Si la gigantesca cabeza de *La Gran Fantasma* desprendida violentamente de su inmenso pedestal y lanzada por una fuerza sobrehumana hubiese venido a caer a los pies. del contrabandista, seguramente no hubiera experimentado su pecho el asombro de que quedó poseído al escuchar estas palabras. Sus ojos fijos e inmóviles (empañados por una silenciosa lágrima) daban a entender los padecimientos interiores de su alma. Antonio le miraba y sonreía, pero con aquella sonrisa satánica de la venganza, exclamando:

—¡Al fin le he vuelto a hallar! Y sea Dios o el diablo quien me lo presente doy gracias a Dios o al diablo por habérmele echado al paso... ¿No es verdad Manuel que me le cedes, y que encargas a mi brazo mi venganza? ¿No es verdad que puedo ya cumplir el juramento de arrancarle la vida?... Déjame, déjame, Manuel, que beba su sangre.. No te opongas a mis deseos.

Y diciendo estas palabras vibraba un puñal ante los ojos de Manuel

—¡Detente!—exclamó éste con una voz espantosa, sujetando con fuerza el brazo de Antonio.

—¡Déjame!

—Detente digo: ¿qué es lo que pretendes?. Yo también quiero tener parte en la venganza.

—¿De veras?—replicó Antonio brillando en su frente la alegría.

—Voy a darte la prueba.

—Pues vamos allá.

—Vamos.

Y ambos se dirigieron hacia la pendiente de la roca, en donde suponían encontrar a Arévalo.... De repente Manuel se paró.

—Espera un poco—dijo.

—¿Qué idea te ocurre?

—Espera, te digo y escúchame: yo he oído, no sé donde, pero yo le he oído, que en una ocasión un hombre asesinó a otro por venganza como nosotros; pero en el momento en que sumergió el puñal en su corazón, la sangre salió a borbotones de la herida. Algunas gotas cayeron sobre las manos del asesino... Quiso hacer desaparecer aquellas señales acusadoras, pero cuantos medios empleó para conseguirlo fueron inútiles; cuanto más lavaba las manchas más claras se manifestaban.... Aquellas gotas de sangre siempre frescas, siempre vivas, que le recordaban continuamente su crimen, le despertaron los remordimientos, los remordimientos le condujeron a la desesperación, y la desesperación a la muerte.

—Eso es un cuento—replicó Antonio con una voz que daba a entender por lo menos la duda.

—¿Donde está la prueba?—dijo Manuel.

—Yo no lo creo.

—¿Y porqué? ¿No vemos diariamente cosas aún más extraordinarias?

—En fin ¿qué pretendes?... Quieres, me has dicho, tomar parte en la venganza ¿renuncias ya a ella?

—No.

—Pues entonces, ¿qué intentas hacer?

Manuel reflexionó por algunos momentos, y en seguida levantó lentamente les ojos hacia la cima de *La Gran Fantasma*. Antonio siguió maquinalmente el mismo movimiento. Al volver a fijarlos en el precipicio se encontraron sus miradas, y un rayo de diabólica alegría brilló sobre los duros surco de su atezada frente.

Los dos contrabandistas se habían entendido.

—¡Hasta la noche!—dijo Antonio

—¡Hasta la noche!—repitió Manuel con una voz sombría.

Y se separaron.

VI

Aún no eran las nueve de la noche; opacas nubes que giraban de Norte a Sur tocaban a su paso en la cabeza de *La Gran Fantasma*. Ni una estrella centelleaba a lo lejos sobre la oscura línea que formaba el horizonte, y apenas se distinguía un reflejo pálido producido por la farola de Cádiz, cuya luz ocultaba en intervalos una espesa niebla. Todo presagiaba una de aquellas terribles tempestades tan frecuentes en ambos equinoccios. El viento soplaba húmedo y violento, caprichoso e inconstante; la mar mugía lúgubre y sordamente, y sus olas amenazadoras comenzaban a elevarse, como preludios imponentes de las terribles luchas a que suelen entregarse los elementos en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

—Tengo frío—dijo Fernando Zarzal, que se hallaba al lado de Manuel sobre la cima del gigante de granito.

—Y yo miedo—añadió temblando y con voz débil y tímida la desdichada hija del contrabandista.

—El temor que te inspira la proximidad de la tormenta no tardará en disiparse—repuso Manuel.

—¡Qué noche tan oscura!—, prosiguió Casilda —¿Cómo bajaremos?

—¿No estoy yo aquí para guiarte? Jamás te extraviaste mientras tu padre estuvo a tu lado.

—Pero es imposible que la nave que nos espera pueda acercarse a la costa en una noche de tempestad. Habrá sin duda vuelto a la mar. Bajemos, pues.

—Y ¿quién se atreve a dar consejos a quien lleva cuarenta años de experiencia?—dijo Manuel con una voz de trueno.

Sucedióse un largo y profundo silencio.

—¿Creéis—dijo por fin Fernando—, que vuestras gentes esteren de regreso de la caverna de Los Cuervos o como la llamáis, para el momento en que llegue la nave?

—¿Qué te importa.?

—¡Qué! ¿estamos solos?—se atrevió a exclamar Casilda.

—Solos——contestó su padre con una voz aterradora. La infeliz se estremeció, Fernando murmuró entre dientes algunas palabras ininteligibles.

—¿Qué tienes?—dijo Manuel con gravedad—. ¿Acaso ese inmenso y majestuoso espectáculo te llena dé espanto? ¿No se eleva tu espíritu al sentir ese estremecimiento convulsivo de la naturaleza? ¡Si tu supieses cuantas veces me he hallado en este lugar en el momento en que los elementos llenos de furor se despedazaban entre sí! Porque esta roca es mía: es mía por derecho de conquista. Los huesos de los imprudentes que han osado disputarme su posesión están allá abajo en el abismo. Aquí soy potentado. Y ¡ay del temerario que sin mi permiso se atreva a pisar este lugar! ¡Ay sobre todo del criminal que impelido por la casualidad o por la fatalidad de su destino crea encontrar aquí un refugia! ¡Ay!... ¡Ay! ¡Sí, ay de tí si me hubieses engañado, si no fueses Fernando Zarzal! Tu juez va a parecer tu verdugo, te herirá si mientes

—¡Qué oigo!—dijo Fernando estremeciéndose.

—Silencio—exclamó el contrabandista.

—Pero, padre mío, ¿será posible?

—Silencio—repitió Manuel con voz terrible.

Y al resplandor de los relámpagos que empezaban a brillar, vio Fernando al terrible contrabandista, con rostro sombrío, y armadas las manos con dos pistolas. De repente dio un agudo silbido.

—Aquí estoy—dijo Antonio, saliendo de entre una de los escondrijos de la roca. Casilda y Fernando dieron un grito de espanto y de sorpresa.

—Quien nada debe, nada teme—exclamó gravemente el viejo contrabandista, y volviéndose hacia Antonio

—Te he prometido—prosiguió—, darte a conocer al que debe ser esposo de mi hija. Ahí le tienes; mírale. ¿Es esta la primera vez que le has visto?

Y al decir estas palabras, Manuel abrió la linterna sorda que llevaba debajo de la capa, y su resplandor dejó ver el rostro de Fernando Zarzal.

Antonio retrocedió de furor al mirar claramente al asesino de su hermano; y empuñando el terrible puñal, se adelantó en seguida hacia él.

—¡Monstruo—exclamó—, heme aquí frente a frente!

—¡Gran Dios! ¿Qué es lo que veo?—dijo Fernando con un temblor convulsivo.

—¿Qué ves? ¡Qué! ¿Ningún secreto presentimiento te ha indicado que yo estaba oculto a dos pasos de ti? ¿No te ha avisado tu conciencia de que tu infame pecho iba a dejar de latir? ¿No oiste una voz lúgubre que te decía: «Antonio Doblado, el hermano del que cobardemente asesinaste después de haber deshonrado a su hermana, va a despedazarte entre sus manos?» Arrodíllate, Arévalo, arrodíllate y encomiéndate a Dios; porque vas a aparecer ante su presencia: pero sea breve tu oración. Yo haré un esfuerzo para detener por un instante mi brazo.

—¡Antonio Doblado!—exclamó Arévalo con abatimiento.

—¡Sí, este nombre encierra la sentencia de tu muerte! ¿Estas dispuesto?—continuó Antonio levantando su puñal.

Al oír esta terrible revelación, Casilda cayó sin conocimiento sobre la piedra de *La Gran Fantasma*, y su padre, corriendo a socorrerla, dejó caer de sus manos la linterna que rodando hasta lo profundo del abismo dejó aquella escena en la mas completa oscuridad. Arévalo temblaba ante el terrible vengador que acababa de aparecer a su lado; un sudor frío inundaba su conmovida frente, y su cabeza se inclinó hasta las rodillas como impelida por una fuerza sobrehumana. En el extravío de su razón sólo pudo pronunciar estas palabras con voz quebrada y suplicante:

—¡Piedad! ¡Piedad, Antonio!

—¿Piedad?—repitió éste con voz aterradora—. ¿Tuviste acaso piedad de mí cuando tu puñal atravesó traidoramente el corazón de mi hermano? ¿Tuviste piedad cuando deshonraste a mi hermana? ¿Tuviste piedad cuando engañaste a esta joven que me estaba prometida? Disponte, repito que vas a morir.

—Espera, espera—exclamó repentinamente Manuel—, deteniendo a Antonio.

—No—contestó éste—, ¿qué intentas? Este hombre me pertenece y, ¡ay del que intente contener mi brazo!

—Detente, dije, quiero hablarle. Arévalo—continuó el padre de Casilda con voz solemne y conmovida—, en el momento en que tocas al término de la vida, tengo un favor que pedirte. Escucha: yo te perdono el mal que me has causado, pero sé generoso con el hermano del que asesinaste. No le obligues a cometer un crimen igual; no nos pongas en la precisión de enrojecer nuestras manos con tu impura sangre. La muerte está allí, el abismo está debajo de tus pies. Ve.... y nosotros rogaremos por tu alma.

—Ve—repitió Antonio.

Estas palabras hicieron concebir alguna esperanza a Arévalo; levantó la cabeza como para imponer a sus adversarios, y dijo con entereza.

—¡No, nunca!

—Ve—continuó Manuel con voz de trueno—. ¿Acaso no conoces que no puedes vivir? ¿No te dice tu corazón que tu muerte es justa? Sí, ve te digo. Siento que el crimen impulsa ya mi mano.

Y los ojos de ambos contrabandistas centelleaban en la oscuridad, y lanzábanse de sus pechos agudos sonidos. Arévalo iba retirándose siempre para evitar el contacto de las puntas de los puñales, y ya sus pies tocaban en los últimos límites de la roca. Casi suspenso encima del abismo, todavía su voz ahogada repetía:

—¡Nunca! ¡Nunca!

Pero al ir a dar un paso más atrás para escapar a la última acometida de sus verdugos.

—¡Cielos!

La tierra ha fallado a sus pies, pierde el equilibrio y...

—Estamos vengados—dijo en fin Antonio y él y Manuel marchaban en dirección opuesta al sitio de aquella catástrofe.

Un inmenso relámpago surcó en este momento el horizonte y el estampido del trueno siguió un instante después. La desdichada Casilda, vuelta al fin de su parasismo, se levanta precipitadamente; recorre con avidez su vista a uno y otro lado buscando a su amado Fernando; mas solo ve a su padre inmóvil, silencioso y pintada en su semblante la inflexibilidad. Adivina entonces la horrible venganza, y conociendo en fin que el hombre

a quien había amado tanto, había cesado de existir, un grito de dolor y de desesperación fue el único desahogo que, al abandonarla de nuevo las fuerzas dio a conocer lo profundo de su herida.

Pero el terrible Manuel, sin parecer conmovido por tan desastrosa escena.

—Casilda—la dijo con voz grave, procurando hacerla comprender su siniestra intención—, ánimo, hija mía, ahora te toca a ti. Tu amante te espera allá abajo.

Este horrible apóstrofe penetrando fuertemente en el corazón de aquella infeliz criatura, hizo prevalecer en ella el sentimiento natural de la vida, y por un movimiento involuntario cayó de rodillas a los pies de su terrible padre, sin acertar a pronunciar una palabra de perdón.

—Sin duda me pides que te perdone—dijo Manuel enternecido—. Sí, hija mía; tu no bajarás al sepulcro acompañada de mi maldición. Pero entre mi deshonor y tu muerte no debes titubear. Entiérrale contigo, Casilda, y espera allí a tu desgraciado padre que no tardará en seguirte.

—¡Piedad! ¡Piedad padre mío!—gritó a este tiempo Casilda apoyada en las fuerzas de la desesperación—. ¡Sí mi padre me perdona, también el mundo me perdonará!

—No, no, hija mía—dijo Manuel con la voz ahogada y balbuciente—, el mundo tiene menos misericordia que un padre. Mira la prueba, mira allí aquel hombre que te amaba, y que estaba pronto a unir contigo su existencia, Pues bien; pregúntale ahora si consiente en llamarse tu esposo: tu verás que ni tu llanto ni tu desgracia serán bastantes a enternecerle.

—¡Antonio!, ¡Antonio!—gritó Casilda con amargura—. ¡Perdóname por Dios!

—Antonio—replicó Manuel con voz solemne—, ¿quieres tener compasión de mi hija? ¿Consientes en recibirla por esposa?

La respuesta que iba a escaparse de la boca del joven contrabandista era el decreto de vida o muerte de Casilda, y ella y su padre, procurando ahogar sus suspiros, miraban a Antonio, como el criminal contempla el semblante de su juez.

—¡No!—gritó éste con una voz sombría.

La desventurada joven lanzó un grito penetrante, y se arrojó en los brazos de su padre como para buscar un abrigo contra la muerte; pero Manuel levantándola en ellos por un movimiento de desesperación.

—Esto es ya demasiado, no puedo sufrir más—exclamó—. Y marchó precipitado, arrastrándola consigo al borde del abismo. La infeliz joven no tenia ya ni resistencia ni lagrimas que oponer. Manuel, en el acceso de su frenesí, ni la conoce ni la mira. Álzala en fin para precipitarla, y en el momento en que sus brazos la iban a abandonar....

—¡Detente!—grita con terror Antonio—. ¡La viuda de Arévalo será mi mujer!

A estas palabras Manuel se vuelve rápidamente, y dejando a Casilda en el suelo se dirige a Antonio, estrechando fuertemente su mano.

—¿Lo juras?—le dice con un movimiento de entusiasmo.

—Lo juro—respondió gravemente Antonio.

Y ambos permanecieron abrazados algunos instantes.

Pocos minutos después, a la luz de los relámpagos, vióleles bajar sosteniendo entre los dos a la infeliz Casilda, apenas vuelta en sí, y luego tomaron juntos la vuelta del Puerto de Santa María.

Calabazas

Clemente Díaz

Semanario Pintoresco Español. 1939. 129-132

Una hora había ya pasado desde que la campana de la Iglesia del Castellar (pueblo situado si mal no me acuerdo en la Provincia de España donde según el dicho vulgar de las gentes no quiso entrar la Santísima Virgen), una hora había trascurrido digo, desde que la susodicha campana hizo arrodillar a los fieles para rezar las oraciones cuando a la puerta de una casa construida de tierra, adobes y almazarrón, y a la claridad de una luna, que lo mismo envía su prestada luz a la choza del pastor, que a los dorados capiteles del palacio ducal, se descubrían tres figuras humanas cuya descripción no quiero pasar en silencio, aunque no recoja otro lauro que el de despertar un apacible sueño en mis amables lectores.

Era el primero de los tres personajes un viejo pequeñuelo y regordete, vera efigie del Padre Sileno, aquel ayo y compañero de Baco que, cabalgando en un jumento, siguió a su discípulo a la conquista de la India, y sentábale tan bien un sombrero gacho de ala inmensa y doblado hacia abajo, que pudiera decirse sin exageración, no que el sombrero se había hecho para él, sino que él nació vestido y calzado dentro del sombrero. No se si por esta circunstancia, o por la de ser en su totalidad achaparradito como un cogollo de coliflor, o por la de tener un tanto cuanto de afición a la bellota silvestre las gentes ociosas y mal entretenidas le habían cambiado su segundo nombre, Antonio, en el de *Chaparro*, a que se agrega que habiendo tenido la desgracia de perder con su mujer la única hidalguía de su casa, no le quedó ningún derecho al título de Sr. Juan Antonio que se le daba en vida de la difunta, y hubo de contentarse con que le saludaran simple y llanamente llamándole cl Tío Juan Chaparro. De todas suertes y prescindiendo de estas pequeñeces que nada quitan ni añaden al verdadero mérito de un hombre, el Tío Juan Chaparro tenia el suyo, como cualquier otro, y ni su cara hubiera hecho un papel desairado en la proa de un navío, ni sus anchas espaldas dejado de soportar una sera de veinte arrobas, si en vez de nacer labrador hubiese tenido a su cargo el despacho de una carbonería.

Acompañábale en el momento de que hablamos un tierno Chaparrito, vástago que a pesar de salir de tan robusto tronco, carecía de corteza y de savia, se encorvaba al mas pequeño soplo del céfiro y no podía soportar el peso de una gota de rocío. Este ser raquítico, mitad hidalgo y mitad plebeyo, hombre en la forma pero Chaparro en la sustancia, rayaba en la edad de diecinueve años sin saber el *cristus*, ni tener disposición para otra cosa que para tomar el sol en la plaza y dar alguno que otro golpe de mano al arrope de la cámara y al vino dulce de la bodega de su padre. Llevaba, a la sazón, el vestido de gala, el cual consistía en una gorra cónica de terciopelo negro, sostenida en parte por la oreja derecha, y en parte por el lazo de un pañuelo de yerbas ajustado a la frente, una chupa de pañete con bocamangas y vivos de pana azul; un escrúpulo de chaleco de percal mil rayas, una faja de estambre encarnado, calzón de piel de cabra estezada con grandes escudos de latón por botones, media blanca con trabilla y escarpín de lana azul celeste, zapato de cordobán con lazos de cuero y flexible vara de olivo por bastón.

La tercera persona de este rústico triunvirato era la muy encorvada, muy mutilada y muy caduca del Tío Muleta, el curtidor de pieles, hermano carnal de Chaparro el Grande y, padrino del Chico a quien profesaba un cariño paternal. Su traje, si bien distaba mucho de ser rico, era sin embargo elegante y exhalaba un aroma desconocido de nuestros perfumistas, que solo acertarían a apreciar los traficantes en suela y los sayones del matadero. Un capotillo pardo con dos dedos de cuello y media cuarta de esclavina pendía de sus hombros; una gorra de badana con pellejo de liebre ocultaba sus canas; cinco pieles de otros tantos machos cabrios formaban sus calzones y chupa, y una abarca nuevecita sujeta con menudos y delicados cordones de esparto y adicionada con bayetas abrigaba su pierna izquierda, única columna de aquel edificio ruinoso que necesitaba un puntal de madera para sostenerse.

No bien el presidente de esta comisión, el grave y mesurado Juan Chaparro había tocado al llamador de la puerta donde parados se hallaban, cuando un gañán mozalbete de tan malos paños como buena fisonomía, salió a recibirlos con su farolillo en la mano y previos los cumplimientos ordinarios de «*Santas y buenas nachrs nos dé Dios*» y «*Dios se las dé a V. muy buenas*», los introdujo en una larga cocina, en cuyo hogar ardían a la vez un celemín de cáscaras de piñones, media arroba de paja y dos espuertas de aquella sustancia que suelen acarrear en serones las burras de leche de esta heroica capital. Al calor de la humeante montaña se hallaba sentado un hombre, alto y enjuto con gorra de estambre en la cabeza, chaqueta y calzón de paño pardo y pantorrillas desnudas, el cual, fijando su mirada estúpida en el caliente rescoldo, enjugaba en él sus abarcas impregnadas de lodo.

—A Dios, hermano Simón—dijo Chaparro dándole una palmadita en la espalda—. Parece que el barro de tu viña se te ha pegado bien a las zarrias.

—Sí—contestó el adusto Simón—, y me ha hecho coger una liebre sin menester de los perros, porque he caído toíto a lo largo sobre una maldita cepa y se me han metío los sarmientos por los riñones. Pero sepamos que traéis por aquí a estas horas.

—Venimos a vesitarte—replico Chaparro—, y, amen de vesitarte, a hacer un ajuste contigo, es decir, si tú quieres, porque sino tu alma en tu palma como habla el refrán.

Al oír la palabra de ajuste frunció las cejas el hombre del gorro azul, soltó las abarcas de la mano y mirando con aire de indignación al imperturbable Tío Juan le dijo:

— ¡Un ajuste! Un ajuste.... Buen gitano eres tú para ajustes. ¿Creerás que se me ha olvidado la partida que me jugastes hace ocho años cuando te propuse la garda[20] del quiñón? Pues no la olvidaré tan intanto que Dios mc conserve los dientes; porque no me las mamo. Un quiñón de siete celemines de pan, que da vergüenza icirlo, y yo te daba por él cinco fanegas de candeal graneo y un buchecillo añalejo que me parió la burra platera....

—Hermano Simón—dijo el respetable Muleta interrumpiendo su impetuoso discurso—; aquí vinimos de paz como guenos amigos a echar pelitos al mar sobre esas disputaciones, que no valen ni una paja de centeno; y si me premites quo te lo iga, no tienes razón, porque el quiñón es gueno y ha producido en el último agosto ocho anegas de trigo rubio, y linda con el pozo duz, que ya sabes lo que esto vale. Pero no hablemos de esto y Chaparro te irá lo que quisiere y tú dirás si te tiene cuenta, y agur del alma.

20 Intercambio, trueque. (Nota del autor)

Este breve discurso calmó algún tanto el agitado espíritu de Simón y preparó a su antagonista para hablar con mayor desahogo sobre el asunto de su embajada. Imagínese el lector por una parte al padre, al tío y padrino, al hijo, sobrino y ahijado, que aunque seis personas en la apariencia son tres en la realidad, arrellanados en un mugriento escaño de pino, cubiertas las cabezas, como exige la política del país; por otra al dueño de la casa sentado en un enorme posón de estera, acariciando suavemente el cuello de un mastín oprimido por la carlanca; y por otra al malicioso Pascualillo, introductor de las visitas, alargando la gaita por detrás de un montón de pellejos de aceite para oír lo que se hablaba, y su formará una idea aproximada de la situación topográfica de los personajes de nuestra escena.

Después de un intervalo de silencio que el orador Chaparro empleó en ordenar sus ideas, toser, escupir y dar mil vueltas su enorme sombrero, cansado de hacer esperar a su auditorio y dirigiéndose a Simón, soltó la voz a semejantes razones.

—Pues señor, por no andar en retóricas, soy a icirte ce por be lo que tengo de icir, porque el mal camino andarle pronto como ice el refrán. Mi chico, Pepe que esté presente, está entrado en los diecinueve años, y la verdad, no quisiera que fuese a servir al ley, porque él no le gusta ser melitar y porque si me le matan en la guerra, mi defunta no me ha de golver a parir otro. Pues señor, voy a icirte: mi primo el esterero que está en Madrid, muy bien a Dios gracias porque tiene tienda de higos y naranjas y yo no sé que mas cosas, se ha casado con una moza[21] de un usía que es del consejo, muy personaje él, como que gasta coche y tiene una enfinidá de cruces, y este usía le ha dicho a mi primo que se van a echar unas quintas muy grandes, y mi primo que no es lerdo, me lo ha escrito en continenti iciéndome que case a Pepillo. Pues señor, voy a icirtc: como no hay mozas solteras en el pueblo, tiene uno que apechugar con la primera que topa, y Muleta y yo nos hemos acordao de tu chica, la Pocha, que ya tendrá trece años, porque está espigailla. Esto no es icirte que la cases, porque tú eres su Padre y harás lo que quieras; pero si quieres casarla con Pepillo, yo le daré el mejor macho de mi labor y ocho anegas de tierra y catorce de trigo para sembrar, y un poquillo de centeno y algo de cebadilla, y amén de esto les daré la comía del almediodía hasta la Virgen de agosto, que cuando llegue mi hora ahí les queda tóo, porque yo no me lo he de llevar a la tierra. Si tú le das a tu hija una de las tres pollinas grandes que tienes para el acarreo, y algo de tierra blanca y el molino aceitero, con la ropilla que lo dejó su tía Cacurucha los muchachos no pueden llamarse pobres, porque el macho de mi hijo con la burra de tu chica pueden arar tan bien como cuasiquiera yunta y luego...

—Y luego—interrumpió el viejo Muleta arrimando a un lado la pata de palo que le servía de apoyo y dándose un aire particular de importancia— mi ahijado no andará desnudo mientras yo sea curtidor, porque tendrá estezado para calzones y buenas correas de lomo para abarcas, pues las últimas que le di le han servido dos meses y otadía las tiene sin estrenar.

Callaron, dicho esto, los dos órganos del mensaje; recostáronse sobre el respaldo del escaño para descansar, y esperaron con paciencia la respuesta de Simón que fue concebida en los términos siguientes.

---

21 Criada (Nota del autor)

—Toíto lo que habéis parlado está muy bien parlado; pero yo soy hombre de palabra y no quiero faltar a ella por todo el dineral del mundo. Porque el hombre no ha de tener dos caras y andar iciendo ahora quiero y luego no quiero, porque cada uno tiene su concia y se mete la mano en el seno antes de regolverse a hacer una mala aición. Ahí está Pascualillo que me está sirviendo (para San Miguel hace tres años) sin ganar soldada nenguna, que bien sabéis que con el gavilán en la mano alza una tierra que no hay mas que pidir. Pues yo le he hecho la aferta de dalle a mi Pocha y no he de golverme atrás; pero esto no es icir que si hacemos la garda de marras y me das el quiñón....

—El quiñón—dijo Chaparro levantándose de su asiento con muestras de impaciencia—, no le desfrutará naide mas que yo mientras viva, porque este año que está de descanso le tengo sembrado de habas ¿estamos?, y el año que viene si Dios quiere, le engolveré de trigo y después al que sigue le echaré de patatas ¿estamos? y no tienes que hablarme del quiñón mas que juese para hacerme archipámpano, porque toíto lo piso con el pie por mor de que no me le quiten.

—Pues yo—dijo Simón levantándose bruscamente y calándose el gorro hasta las cejas—, te he dicho y repito que no quiero mas tratos ni contratos contigo; y como se que too lo que parlemos se ha de golver jarabe de pico voy a echar un pienso al gancio y atajemos desputas.

Dicho esto y sin acordarse de recoger las abarcas, salió con aire colérico de la cocina dejando estupefactos y atónitos a los héroes de nuestro artículo.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora?—dijo Muleta a su hermano.

—¿Qué hacemos?—respondió éste con energía—. Tomar la puerta y marcharnos a vesitar al tuerto el hortelano, que no nos negará su hija por quiñón mas o menos como este Mambrun de aceitero metío a labrador.

Y sin aguardar otra réplica se puso con mesurado continente en el camino de la calle. Siguiéronle en silencio su hijo y hermano, y ninguno de los tres desplegó sus labios hasta tanto que llegaron a una casa situada en un ángulo del lugar. Acercóse Chaparro a una endeble portezuela que se hallaba entreabierta, y dando el *deogracias* de costumbre gritó con desentonada voz.

—¡Antonio! ¡Antonio!

—¿Porqué Antonio preguntais?—replicó una viejecilla avinagrada, que a manera de trasgo o de visión se apareció repentinamente a la entrada de la barraca—. ¡Pero ah!.... No le había a V. conocido, Tío Juan: pasen VV., alante y se sentarán a la lumbre. Mi hermano Antonio se ha quedao en la huerta porque la noche pasada nos han robado una espuerta de cebollas y media ocena de coles, y Antoñico está en la fragua a aguzar las herramientas; pero pasen VV. pasen VV....

—No, estamos muy de priesa—contestó el procurador de bodas con aire de disgusto—. Viníamos solamente a ver si el hermano Antonio quería casar a su chica con mi Pepillo, que por mor de las quintas quisiera que fuese a la iglesia; pero ya que no está, iremos a tentar el váo por otra parte y en un suponer de que no topasemos novia, golveremos mañana.

—¡Ay, Tio Juan, y qué tarde han acudido VV.!—exclamó la encorvada viejezuela haciendo un gesto de dolor—. Mucho deficulto que Pepillo pueda encontrar acomodo porque todas las mozas del lugar están comprometías... Ya se ve, hay tanta priesa de ca-

sarse con estas quintas, que si tuviera mi fe de viuda de como mi marío ha muerto en presillo, otadia me habían de solecitar los novios así como los dedos de la mano. Mire V; la chica de Antonio está ofrecía al hijo mayor del Sacristán; la Coja del Tío Truchón va a casarse con el hijastro del Tio Cachifollas; la sobrina de la Tía Ranera está comprometía, ya sabe V., con el ahijao del Sr. Cura; la muchacha de la herradora, va este domingo a echar la primera amonestación con el morillero[22] del Tio Conejo; y a esta semelitú no hay una mocosa en el lugar que no tenga su noviaje colgao de la saya. La única que está a merecer es la señora Sinforosa que tiene muy cerca de los cincuenta; pero esa como es tan hidalga y tiene la sangre de otro color que los probes, puede que se intierre con palma, sino la solecita algún presonage con muchos relumbrones y mucho aquel....

—A la par de Dios—exclamó Chaparro frunciendo las cejas y metiéndose las manos en los bolsillos de los calzones—. A la par de Dios, Tía Rosa: muchas espresiones al hermano Antonio y perdonar por todo.

—No hay de que, Tío Juan—contestó la vetusta—. Giienas noches.

Y cerró la puerta atrancándola por dentro con una viga de pino.

Luego que se encontraron solos en la calle nuestros tres héroes, tuvieron una discusión acalorada que pasaremos en silencio, de la cual resultó, que después de pasar una revista escrupulosa a todas las mujeres del pueblo comprendidas en la edad de trece a setenta años, útiles para contraer matrimonio, no se encontró ninguna que pudiese libertar a Chaparrito de la angustia en que se hallaba sino la Señora Sinforosa. Todas las miradas, todos los pensamientos se dirigieron entonces hacia este áncora de salvación; y por lo tanto no es de extrañar que en menos de dos minutos, la presunta novia y el galán pretendiense te hallasen *tete a tete* en el estrado de la noble hidalga.

Consistía éste en una cocina estrecha tapizada de telarañas y hollín, empedrada de huesos, guijos y pedazos de ladrillo, adornada con media docena de sillas antiquísimas, un miserable escaño sin colchón ni cobertores y cuatro posones de ristras de ajos; y alumbrada finalmente por una tea de pino verde, metida en un casco de herradura que hacia oficios de candelero. Todo en este aposento respiraba miseria y desaseo y hasta el hogar apagado donde apenas existía un vestigio de ceniza, revelaba al espectador cl secreto de que en aquella casa se acostumbraba a comer de fiambre. La Señora Sinforosa con su pañuelo de yerbas en la cabeza, su saya y jubón de estameña sembrada a trechos de parchecitos de tierra blanca que encubrían otros tantos lamparones de aceite, sus medias azules y su rueca atravesada por la cintura; se asemejaba a una de las tres divinidades infernales que según los mitólogos, hilan y cortan a su antojo las vidas de las tristes mortales. Una mirada de desdén fue lo único que nuestros pobres plebeyos pudieron arrancar a tan noble dama en cambio de un millón de reverencias y saludos que la dirigieron; pero a vueltas de esta aspereza oyó con una imperturbable tranquilidad las pesadas peroraciones de Chaparro y los extravagantes rodeos de que se valió para declararla su atrevido pensamiento. Después que hubo escuchado largo rato al orador, soltó la rueca y el huso, atizó con los dedos la chispeante candela, y haciendo ademán de despedir a sus huéspedes les dijo.

—Ya es hora de que yo rece mi rosario y me recoja a dormir. V. debe hacerlo lo mismo, Tío Juan, y cuide mucho de que esa cabeza no se vaya a pájaros. A su chico de V.

22 Criado (Nota del autor)

no le faltará alguna perdida de esas que van a espigar, o alguna hija de otro pisaterrones con quien casarse, sin venir a insultar a una Señora de mis circunstancias, que tiene a Dios gracias una sangre tan limpia como el agua del río.

—Su mercé no me ha comprendío, Señora Sinforosa—dijo Chaparro un tanto desconcertado—. Perdone V. yo no he vente a insultar a naide y mucho menos a una Señora que sabemos por esperencia quien es. Mas como las quintas aprietan y no hay una novia por un Cristo, y su mercé está soltera, nos hemos echao encima por mor de que otro no nos gane por la mano; y además....

—Basta, basta—pronunció la quisquillosa hidalga dirigiéndose hacia la puerta de la calle)— Por aquí, por aquí... Cuidado, Tío Muleta, no tropiece V. en ese cenacho que está junto al banco.... La noche está estrellada y hermosa.... Vaya, hasta otro rato.... Que descansen VV.... Agur, agur....

Y empujando alternativamente ya al uno, ya al otro de los importunos embajadores, cerró la puerta y les dejó digerir la repulsa a la claridad de los astros.

Encogiósc de hombros el Tío Juan y emprendió cabizbajo y mohíno el sendero de su casa. Siguiéronle en silencio el Tío Muletas y su hijo; el primero desempedrando colérico la calle con su pata de palo, y el segundo llamando a todas las puertas y ventanas con su varita de olivo para distraerse; pero no bien habian dado la vuelta a la primera esquina, cuando el travieso Pascualillo que los habla acechado constantemente desde su entrevista con Simón y que deseaba divertirse a costa del galán desairado sacó de entre los pliegues de su manta un enorme caracol, sopló en él con toda la fuerza de sus pulmones produciendo un sonido ronco y desapacible, y soltando despues una estrepitosa carcajada, gritó con desaforada voz.

—¡¡Calabazas!! ¡¡Calabazas!!

El capón[23]. Novela histórica y racional

José Somoza

El Capón. Novela Histórica y Racional. Salamanca. Imprenta de Juan José Morán. 1840

A mediados del siglo pasado, en una noche de la Primavera, se paseaba en el Retiro la camarera de la reina María Bárbara[24] con el Marqués de la Ensenada[25], primer Ministro de Fernando el VI. Ni uno ni otro se alejaban del Real Palacio por si preguntaban por ellos los Reyes, que se hallaban en la ópera. Ejecutábase ésta en el gran teatro contiguo al mismo Palacio, que estaba suntuosamente iluminado como todos los contornos.

—¿Canta Farinelli?[26]—preguntó el Ministro.

—Sí—dijo la camarera—, y por eso me he salido.

—¡Cómo, señora! ¿No os gusta oír la mejor voz de todo el universo, según voto general de españoles y extranjeros?

—Me enfada, Marqués, me irrita—dijo la camarera—. La profusión, los gastos, las locuras que ocasiona este hombre que..., ¡ni aún hombre merece ser llamado! sino como le llama por ahí todo el mundo.

—Tenéis manía al pobre Farinelli—dijo el Ministro—, que no es culpable en ninguna manera de que SS. MM. tengan pasión por la música, y hayan formado el empe-

23 El Papa Pablo IV (1555—1559) prohibió a las mujeres cantar en los templos católicos y desde entonces todos los coros de música religiosa fueron de hombres. Ante la necesidad de tener voces agudas se recurrió a la castración de niños pequeños para que conservaran la voz de tiple de la niñez y así prescindir de las mujeres en las tonalidades agudas. Esta práctica fue muy común para la interpretación de papeles masculinos con una voz delgada en el barroco, también en música no religiosa y sobre todo en óperas, y prevaleció hasta el siglo XX con Alessandro Moreschi (1858—1922).

24 Bárbara de Braganza, hija de Juan V de Portugal y de la archiduquesa Mariana de Austria.

25 Zenón Somadevilla, Marqués dela Ensenada (1702—1781). Riojano, de origen modesto, comenzó su carrera administrativa en puestos relacionados con la marina. En 1743 es nombrado ministro de Guerra, Hacienda, Marina e Indias. Dos años más tarde será nombrado consejero de Estado, cargo en le que permanecerá con Fernando VI. Su política tuvo como objetivos fortalecer los ejércitos y la Armada, recuperando el control económico de las Indias y reformar la administración y el comercio con una serie de medidas ilustradas. En 1754 fue desterrado a Granada y después al Puerto de Santa María. Carlos III le permitió regresar a la Corte sin ocupar ningún papel político. Su presunta implicación en los motines de 1766 le llevaron al destierro a Medina del Campo, donde falleció.

26 *Farinelo le llama Samaniego en la fábula del ruiseñor. (Nota del Autor).* Su nombre en realidad era Carlo Broschi (1705—1782) el cantante más ilustre de su generación. Durante 25 años vivió en España y fue consejero real de Felipe V y Fernando VI usando siempre su poder con gran discreción y delicadeza. A la llegada de Carlos III al poder volvió a Italia. Samaniego le menciona en la fábula de *El ruiseñor y el mochuelo,* en el que un mochuelo caza y mata a un ruiseñor que canta por la noche muy bellamente, pero que no deja dormir a ningún animal. Cuando el mochuelo mata al ruiseñor no hay protestas y todos se siente aliviados. Samaniego termina así su fábula: «*Si con sus serenatas / el mismo Farinelo / viniese a despertarme / mientras que yo dormía en blando lecho, / en lugar de los ¡bravos! / diría: «Caballero, ¡Que no viniese ahora / para tal ruiseñor algún mochuelo*!»

ño de dar tan a menudo estas funciones magníficas, que en efecto salen caras. Yo que veo, y que tengo que pagar las cuentas, sé lo inmenso de los gastos de las iluminaciones, de los helados que se distribuyen a todos los espectadores, de los fuertes asignados de las cantarinas, que se traen de Italia a peso de oro. Pero hay que hacerse cargo de que esta monarquía es la más rica hoy día de toda la Europa, porque ninguna tiene ciertamente cinco mil millones de reales en Tesorería, como hay en la nuestra, y no es de extrañar, por tanto, que sus reyes absolutos quieran mostrarse magníficos. No es culpable, repito, el pobre Farinelli, y digo más, que sería difícil encontrar un privado como él, que no hubiera abusado del favor en dos reinados, porque sabéis que en el de Felipe V privó Farinelli, como en éste, y Farinelli, hoy día, es meramente un músico, sin más honores ni condecoraciones, y sin que los reyes y reinas, sus admiradores, hayan seguido el ejemplo de Felipe IV, que dio al célebre pintor Velázquez, la llave dorada y el hábito de Santiago.

—Idea feliz, Marqués—exclamó la camarera—, y ofrezco promoverla. Quiero ver cómo la corte y la nobleza española sufre el último golpe de degradación, y que el reino vea armado caballero a un...

En esto los clarines dieron señal de que la guardia hacía movimiento. Las puertas del teatro comenzaron a arrojar grupos apiñados de espectadores. Las carrozas y sillas de manos circulaban a la luz de las hachas de viento, y el Ministro y camarera entraron en palacio por una puerta excusada.

Esta tal camarera referida estuvo para casarse de joven con el ministro Marqués de la Ensenada, galán que entonces no era ni ministro, ni marqués, por lo cual los parientes de la novia no habían permitido tal enlace, y para separarla totalmente la habían puesto en Palacio. En efecto, el amor es como el hipo, que se suele curar con un susto, ya en una gran borrasca, o en un combate de mar, nadie piensa en sus amores; por lo tanto, esta señora logró curarse en la corte, que es una borrasca y combate perpetúo. A su amante le sucedió otro tanto con otra medicina, que fue poner tierra al medio, pues pasó a Italia de Secretario del Almirantazgo, que obtuvo del infante D. Felipe cuando iba a posesionarse del Estado de Parma y Plasencia. Pero en el año de 1743, habiendo muerto D. José del Campillo, Ministro de Hacienda, Guerra, Indias y Marina, y no sabiendo los reyes de quién echar mano para reemplazarle, la ocurrió a la camarera proponer en conversación a su antiguo amante, y no fue este pensamiento sugerido, en verdad, por el amor, sino por el orgullo. Quiso que sus parientes, acatasen, admirasen de ministro al que habían despreciado de escribiente; y la mera insinuación de aquella camarera bastó a hacer un Ministro universal, porque entonces aún no había el engorro y carbonada de tener que andar a caza de mayoría en las Cortes. Convertido en ministro el amante, no le volvió a mirar como tal la camarera, porque, desengañémonos de vulgaridades, en la corte el amor es la divinidad más subalterna; le miró como su criatura, como su obra, como baluarte y máquina de guerra para imponer, vencer y destruir al enemigo. Ella le hizo Marqués de la Ensenada; ella logró que obtuviese la gran Cruz de Malta; ella, en fin, consiguió condecorarle con el Toisón de Oro; porque pensar que el mérito, aunque grande, del ministro, bastó para escalar este estrellado cielo fuera otra vulgaridad. Los grandes, ya se ve, se pusieron furiosos, pero tanto mejor; ¿de qué sirven las honras y las distinciones, si no hacen reventar de envidia y de despecho a los demás? Para lograr este dulce placer, y humillar más y más a la grandeza, adoptó la camarera la idea de elevar a caballero al

músico Farinelli, aunque le aborrecía, o, más bien dicho, porque le aborrecía.

Éste había tenido la fortuna, no obstante su favor y su influencia, de no excitar la envidia ni la malevolencia general, fuese por no juzgarle digno de ella, o fuese porque él había acertado a evitarla.

Porque había la singularidad de que Farinelli era filósofo, y de la escuela de Sócrates, por temperamento. Jamás, había querido alternar con los altos señores. Jamás habían logrado éstos que se sentase a su mesa, aunque habían formado empeño en ello. ¡Dúdabase si está resistencia era dignidad propia o humildad! Una vez oyó decir a un oficial de la guardia al entrar en el cuarto del Rey:

—Para este histrión es el favor, y yo me veo sin premio con treinta años de servicio.

Volvióse hacia él Farinelli, y le dijo:

—Nos veremos esta tarde, porque he oído lo que habéis dicho.

El oficial le aguardó, esperando una querella, o temiéndose un arresto; mas Farinelli le presentó el diploma del grado superior que le correspondía[27].

Tal era el sujeto con quien la camarera tenía antipatía, y no era de extrañar, porque la filosofía no es la más amable y seductora prenda para agradar a una dama de Corte, sobre todo en un sujeto como Farinelli.

Ello es que tanto instó al camarera a su ama, y tanto ésta dijo al Rey sobre lo conveniente que sería al decoro del trono que fuese el favorito caballero, que a los pocos días la Comendadora de las Calatravas recibió por un alabardero de medias encarnadas una real orden, en la que se la prevenía hiciese preparar lo necesario en la nave de la iglesia para recibir y armar caballero de la Orden al Sr. Brosquio de Farinelli.

Sorprendida la celosa superiora, que sabía, aunque por alto, la calidad del neófito, cometió la imprudencia imperdonable de comunicar el oficio a todas las señoras de la casa y reunirlas para oir su consejo, manifestando, desde luego, su opinión de que se representase luego, luego a S. M., la incompatibilidad e incompetencia del agraciado. Abrióse la sesión sobre el asunto, pero como la mayoría de las freiras no conocía a fondo el motivo esencial en que la superiora fundaba su oposición, sucedió lo que en los Parlamentos, cuando un ministro presenta su proyecto de ley, del cual no puede dar al público el motivo, y cada orador divaga y se extravía miserablemente, dándose una en el clavo y ciento en la herradura. Suponían que la dificultad consistiría en las pruebas de nobleza, y que de lo que en esto se trataba era de conservar el decoro de la Orden, como en los primeros tiempos. Mas este motivo loable no las pareció a muchas suficiente, y esto decían aquéllas en quienes más que un noble orgullo dominaba actualmente la curiosidad de ver celebrar una función concurrida y magnífica de recepción en que hacía el primer papel el sujeto más célebre del reino; pero otras en quienes dominaba la pasión no menos fuerte de la vanidad, estaban firmes, tercas y tenaces en rechazar a un miserable músico extranjero. La superiora, en fin, creyó fijar la cuestión diciendo, aunque con suma repugnancia, congoja y empacho:

—Señoras, no hay que cansarnos, es irregular.

Y se cubrió con el manto, como el gran Pompeyo, porque el color del semblante no la hiciese traición en aquel trance.

---

27 Véanse los Diccionarios Biográficos. (Nota original del Autor)

—¿Irregular?—exclamó una imprudente joven—. ¡El dulcísimo nombre, y qué gran testimonio! ¡Le he visto yo de Aquiles, con tonelete y vestido de punto de color de carne, y es un mozo completo que parece hecho de cera; por señas, que primero salía de mujer, con su querida y las demás mujeres entre quienes vivía disfrazado, porque es muy bonita idea la de aquella ópera, y si bien parecía de princesa, mejor parecía de héroe cuando tenía que separarse de su enamorada, que todas las señoras que le vimos y le oímos nos desgarrábamos a llorar a gritos!

—Niña, bajo el precepto de obediencia os prohíbo decir más tonterías—exclamó la presidenta—. Y crea la comunidad que tan incapaz es él de ser caballero, como el gato que yo tengo en la falda.

Y tomó el gato irregular en brazos y levantó la sesión.

Pero aquella sesión acalorada, con todos sus incidentes, no era, digámoslo así, sino como una charada propuesta a la imaginación, a la curiosidad, a la combinación de jóvenes inexpertas, mientras que las señoras ya maduras se retiraron deplorando en silencio el compromiso de las circunstancias y las consecuencias lamentables que podría originar, porque evidentemente había un pronunciamiento general a favor del novicio caballero. Hubo al anochecer corros y grupos en los claustros, hubo carreras, chillidos, pellizcos y abanicazos; cerráronse las puertas de las celdas, los faroles se apagaron, las patrullas de porteras tuvieron que retirarse y fueron, en fin, chicheadas y llamadas viejas todas las autoridades en esta criminal noche. Sólo la sacristana se mostró serena, decidida y firme, y empuñando el cordel de la campana, dijo:

—De aquí no pasa la revolución; voy a tocar, y todas nos perdemos.

Así aquel almirante, cuyo nombre no tengo presente, salvó el honor de su tripulación amotinada, amenazando dar fuego al almacén de pólvora. Porque a los grandes genios les es dado el conocer que para dominar la multitud (las turbas) en sus grandes disparates, el remedio es oponer, en lugar de la razón, un disparate mayor.

Pero la superiora al día siguiente dio a este grave negocio otro giro más fino y diplomático, que fue copiar la orden de S. M. en oficios dirigidos a los comendadores de la Orden, para su inteligencia y efectos consiguientes. Esto sólo fue bastante para que se levantase una tempestad deshecha. Se escandalizó la España; en Madrid hubo juntas, discursos, protestas, exposiciones de los caballeros, y canciones y pullas y pasquines de los que no lo eran.

A éstos les contestaron los alguaciles y los mosqueteros. A los primeros impuso silencio el Rey, diciéndoles que él era el Gran Maestre y que se conformasen con su voluntad, pues se habían conformado con la de un grande de España que cruzaba caballeros a todos sus pajes, aunque fuesen hijos de sus aperadores.

Cesó así la oposición, pero no el descontento. Se dividió la corte, el clero, la nobleza y el palacio. Sólo la camarera se aplaudía y triunfaba, porque había conseguido malquistar a los grandes con el Rey y hecho odioso al privado con el público, y el tramar dos enredos a la vez es la obra maestra de la intriga.

Por lo que hace a Farinelli, se ha dicho que era filósofo; pero no precisamente de la secta de Epicteto, que advertía a su contrario no le rompiese la pierna, y cuando se la había roto le hacía ver claramente lo justo de su advertencia. Farinelli creía lícito evitar que le rompiese los huesos la señora camarera, a la que conocía como a las teclas mismas

de su clave. Y conocía que le odiaría siempre. Por otra parte estaba muy cansado de la vida de la corte, y más de la corte aquella en la cual cada día que pasaba era su cargo más dificultoso, pues era el de divertir a dos reyes enfermos y aburridos, e incapaces de gozar ningún humano contento. Así podía decir como Platón, cuando dejó a Dionisio: voime porque no puedo hacer de un rey un hombre. Desde la muerte de Felipe V había solicitado su retiro en vano; en vano había suspirado por su país nativo; pero hoy que comenzaba a ser aborrecido del país en que se hallaba, y al que no le ligaba ninguna obligación, creyó que se debía aprovechar de la ocasión que se le presentaba y sacar para su libertad todo el partido que la antipatía misma de la camarera le podía facilitar, si él tenía sagacidad para darla dirección.

Hecho su plan, buscó a la camarera, y la dijo:

—Señora; sé muy bien cuánto debo agradeceros por haber conseguido que SS. MM. me honren con el hábito de Calatrava; más para que esta honra tenga efecto, falta una circunstancia indispensable en ley y conciencia, que es obtener una dispensa que me habilite en forma para recibir la Orden. No se ha tenido presente semejante requisito, que nos expondría a un desaire a vos y a mí y aun a SS. MM. a quienes he resuelto pedir la licencia para ir a impetrar yo mismo el breve; y como pudieran tener alguna repugnancia en concederme el permiso, desearía vuestro favor e influjo para conseguirlo. Quiero confidencialmente manifestaros toda mi intención. Conseguida la dispensa, os la remitiré y os suplicaré tengáis la bondad de presentarla para que se me reciba caballero, a despecho y pesar de todos los comendadores del reino, y me cruzaré en Italia, porque quiero deciros en secreto que jamás volveré a España. Estoy decidido a vivir y morir en mi país, y depende de vuestro favor que yo logre este objeto, que ya comprendéis se debe reservar, y que no os descubriera si no concibiese el interés que tomáis por mi felicidad.

Atenta y silenciosa escuchó la camarera esta confidencial exposición en que vio el cielo abierto para sus propias miras, y la costó trabajo contenerse en demostrar su alegría.

En efecto, librarse para siempre del odioso favorito que la había quitado a su entender la privanza absoluta, a ella y al caro Marqués, era el acontecimiento más dichoso de su vida, y por colmo de ventura su enemigo mortal tendría que quedar agradecido y confiado en su amistad. Así es que, después de las generales protestas de dolor, persuasión, reconvenciones y otra andanada de embustes, cuyos fuegos apagó él con redobladas instancias, se dio por convencida la astuta camarera de las razones del solicitante, aún más astuto que ella.

Separáronse pues, para ir a trabajar los dos a una, pero la camarera se propuso hacerlo sin dar noticia la más mínima de ello a su amigo el Marqués, de cuya honradez y buena fe desconfiaba en sus intrigas. Esto era lo que había previsto Farinelli, que por su parte reservó este secreto al Marqués, temiendo de su amistad que se opusiera a su ausencia. Esta era la vez primera que el bueno de Farinelli usaba de estas reservas, dobleces y reticencias tan ajenas del carácter con que le hemos delineado, y no se creyó culpable en su moral y en su filosofía, pues que se hallaba en la situación crítica de verse expuesto a la burla, y aún al odio público en el acto de admitir una condecoración ridícula para él, y que no podía excusar sino fugándose.

El amor se vence huyendo, decía Mentor a Telémaco, y yo digo lo mismo de la corte, y la diosa de la sabiduría creyó lícitas las tretas y aun los chismes para salvar a su héroe de la corte de Calipso. Queda por tanto asentado que se puede usar a veces de la intriga defensiva; ¡pero tienta! que el permiso se limita únicamente a aquellos casos extremos en que tiene que salvarse el honor o libertad.

Salvó uno y otro nuestro héroe logrando, aunque a duras penas, permiso temporal para marchar a Italia, y púsose en camino al día siguiente.

Entrando aquel día el Ministro a despachar con el Rey, le halló de muy buen humor, cosa notable, atendida su habitual hipocondría, y dijo S. M.:

—Marqués, si hubieras venido antes, te hubieras divertido. Estaba aquí Farinelli, cuando ha entrado el padre Puga a hacerme presente que esperaba se suspendiesen las funciones de ópera, en atención a haber comenzado el tiempo cuadragesimal, y como es tan opuesto a estas fiestas profanas, nos lanzó una filípica contra ellas y sobre sus perjuicios en la Cristiandad. A mí se me ocurrió decir a Farinelli, que por qué no salía a la defensa de su profesión y de los poetas dramáticos tan mal parados por el padre Puga. Farinelli, a quien no falta presencia de ánimo, talento e instrucción, dijo:

—Si su reverencia dirigiera tan sólo contra mí sus invectivas, nada tendría que decir; pero ha denigrado a hombres y escritores respetables, entre ellos a mi amigo Metastasio, autor de las grandes óperas que V. M. oye y yo ejecuto.

De aquí entabló un discurso en defensa del teatro y de la música que le hizo sudar al padre; entre otras cosas le dijo: que la moral de las óperas de Metastasio era tan pura como la de los mismos Santos Padres, y que era la Atalia de Racine tan religiosa y tan edificante como las meditaciones de Fray Luis de Granada. El padre se atrincheró en lo absurdo de la mitología, mas le desalojó mi Farinelli, probándole que si tales fábulas eran perjudiciales y pecaminosas, se debían quemar los cuadros que hay en este gabinete, como la mayor parte y los mejores de mi Real Palacio, y derrocar las estatuas más célebres de Roma y de la Europa.

Pero replicó el padre, que ese era un grande abuso de las artes, y que quien había abusado más era la poesía y la música; mas le tapó la boca Farinelli diciéndole que quien más abusaba de la música eran ellos, reduciendo a los hombres al estado de no serlo; que suya había sido la invención de este obsceno sacrificio de sangre humana en la Europa.

Y añadió S. M.:

—Debo confesar, Marqués, que tú has hecho grandes cosas en los diez años de tu ministerio. Desde la paz de 1748, se ha creado una marina de cuarenta y cinco navíos de línea, veinte fragatas y otros buques de guerra con materiales en los atilleros para otros treinta navíos con artillería y jarcia, y 40.000 marineros matriculados. Se ha construido el gran camino de Guadarrama y el de Santander aún más dilatado. Se edifica la gran plaza de Figueras. Se han concluido siete leguas del canal de Castilla: se forman los suntuosos Arsenales del Ferrol y Cartagena. Se han llevado a cabo empresas científicas, cual la de Ulloa y de D. Jorge Juan. Se ha concluido otra obra aun más difícil y útil que todas las otras, el gran concordato, en que se ha conseguido lo que no esperó ni logró todo un Fernando el Católico, ni todo un Carlos V. Y se trabaja en la alta empresa de la única contribución y no se han aumentado para hacer todo lo dicho las contribuciones existentes, antes se han disminuido. Pues bien, Marqués, escucha un gran secreto: todos tus proyec-

tos, tu celo y tus desvelos hubieran sido inútiles, porque los envidiosos e ignorantes me los desfiguraban; me los convertían en irrealizables o perjudiciales, si no hubiera existido y estado a mi lado el amigo Farinelli. Él, a quien yo preguntaba, porque sabía su probidad y buen juicio, me los aplaudía, me los aclaraba, me los persuadía con una convicción tan elocuente, tan acalorada, tan decidida por el bien público, que superaba y vencía mi irresolución. Porque ese monaguillo es una gran cabeza y un corazón grande, y la menor de sus prendas es la excelencia en su arte. Ya en tiempo de mi padre, que le amaba como yo, hizo grandes servicios, y vez hubo que sólo él logró sacar a aquel Rey de sus negros accesos de melancolía, y reducirle a asistir al consejo y al despacho. ¡Quién diría que el celo cívico por la felicidad pública se halla en el favorito, en el Capón de mi real capilla y cámara! Y se rió S. M. que estába de buen humor como se ha dicho.

El Rey dijo además al Marqués que Farinelli marchaba a Italia aquel día en virtud de permiso que con mucha repugnancia le había concedido, sólo por complacer a la Reina su esposa, a quien se había pedido con instancia este favor.

Sospechó al punto el Marqués que en esto podía haber intervenido la camarera, y así, en la primera ocasión que la habló procuró averiguarlo, diciéndola que en el viaje de Farinelli había perdido el mejor amigo y el principal apoyo de su ministerio.

—Vuestro mejor amigo y principal apoyo—dijo la camarera—, ha sido y será siempre la persona que os hizo ministro.

—Vos, señora, me hicisteis ministro, pero no buen ministro, como él me ha hecho apoyando mis ideas, por la felicidad pública.

—Reparad, Marqués, que cuanto mas agradecido os manifestéis a él, tanto más ingrato os descubrís conmigo, que me he ocupado y me ocupo tan exclusivamente de vuestra fortuna y gloria.

—No soy ingrato, señora, soy sincero y franco; a vos os agradezco mi fortuna, a él le agradezco mi gloria.

—Pues sabed, hombre ciego y desaconsejado, que por vuestra gloria misma me era odioso el favorito a quien se atribuía una gran parte de vuestros pensamientos y de vuestros actos en el ministerio. Quiero que sólo vos tengáis la gloria de vuestros aciertos.

—Yo agradezco, señora, ese deseo si no pasa de tal, pero si habéis influido para proporcionarme ese aumento de gloria que vos suponéis, permitidme que os prevenga que me será imposible conseguirla, porque es imposible que haya buen gobierno si toman parte en él las camareras.

—No lograréis irritarme, Marqués, y aunque debiera ofenderme ese lenguaje, sólo os diré en buena paz y amistad que los más gloriosos de nuestros reinados son aquellos en que las camareras han intervenido. Decidme: ¿qué hubiera sido de la gran Isabel la Católica, a no ser por el influjo de doña Beatriz de Bobadilla, su camarera? Ni aun hubiera sido Reina, o al menos no se hubiera realizado la reunión de Castilla y Aragón; pero aquella camarera, que amenazó coser a puñaladas al gran Maestre de Calatrava con quien iban a mal casar a Isabel, fue quien deshizo la trama urdida por sus contrarios. Ella (porque debió ser un demonio en intriga y osadía) fue quien salió de Segovia disfrazada de aldeana, y montada en un borrico para decir a Isabel que viniese de secreto para reconciliarse con el Rey, su hermano.

—Cierto—dijo riéndose el Marqués—, y aun pudiérais añadir una travesurilla más de la tal camarera, y es lo que pasó el día de la reconciliación, en que el Rey con Isabel comió en casa de D. Andrés de Cabrera, marido de la tal doña Beatriz, pues desde aquel momento el rey D. Enrique no volvió a ser de provecho, muriendo a poco tiempo, y las sospechas de envenenamiento sabéis que fueron vehementes.

—Eso no está probado—dijo la camarera algo cortada—, además de que el tal rey D. Enrique se había hecho acreedor a cualquier cosa, por lo malo y por lo tonto. Su mujer era mala, malísima, pero estoy en que no la merecía. Y luego aquel engorro de la Beltraneja, tan pronto hija legítima como adulterina, y por añadidura el D. Beltrán, que tan pronto cortejaba a la Reina como al Rey... ¡Digo, que era una familia que me río yo de la de los gitanos en las noches de ferias!

—Sabéis la historia—dijo el Marqués despidiéndose—, pero estudiad en la contemporánea de la Princesa de Ursino[28], y hallaréis el paradero de la más influyente y diestra camarera.

Mientras esto pasaba en palacio, y apenas se publicó que había salido de Madrid Farinelli, cuando los embajadores extranjeros, y al frente de ellos el de Austria, determinaron aprovechar la oportuna ocasión de su ausencia para lograr la caída del ministro Marqués de la Ensenada, que por espacio de diez años, les había impedido disponer de la España como era costumbre. Suponían que el favor de Farinelli sería quien hubiese sostenido al ministro, y esto era de inferir en buena diplomacia, en el mero hecho de ver que no habían sido enemigos el ministro y el privado.

Para dar fuego a la mina que cargaban era menester buscar un personaje que en la monarquía española tuviera representación, carácter y decisión, y evitar que llegase a sospechar que iba a ser el instrumento de intereses extranjeros.

El Duque de Alba, fue el que les pareció más apropósito, y esto por la razón especialísima de que era enemigo declarado de los jesuitas. Estos padres, según las últimas nuevas, se aseguraba haber insurreccionado el Paraguay y levantado ciento y cincuenta mil neófitos armados. Esta alarmante noticia, llevada al Duque de Alba por un conducto nada sospechoso, le hizo presentarse al Rey, y decirle franca y enérgicamente el estado de aquellos dominios y el de su corona. Para convencimiento y prueba irrefragable, puso en manos de S. M. una moneda con el busto y nombre de Nicolás I, y en el reverso el bonete jesuítico[29].

---

28 Marie-Anne de La Trémoille, Princesa de los Ursinos (París; 1641 - Roma,1722), dama francesa de la corte de Felipe V de España. Camarera de la primera mujer de Felipe V de España, María Luisa Gabriela de Saboya, tuvo una enorme influencia política. Fue desterrada cuando la segunda mujer de Felipe V, Isabel de Farnesio, adquirió influencia en la corte, poco después de su boda.

29 Las reducciones jesuitas de Paraguay, pueblos en los que los jesuitas habían desarrollado un estado semiindependiente por donación de los reyes de España y Portugal, eran el punto de mira de muchos poderes europeos que querían utilizar las colonias para su beneficio. Para ello se creó la falsa historia de Nicolás I, rey de Paraguay, en la que se decía que un jesuita croata, Nicolás Plantich, se había levantado contra los reyes de España y Portugal y creado un estado propio en las reducciones.

La impresión que esta novedad causaría a un monarca ya débil y enfermo, es fácil de suponer; pero aun fue mayor la impresión que causó a la reina María Bárbara, no sólo por su carácter, sino porque sabía ésta que contra su hermano el rey de Portugal se estaba predicando el regicidio por el padre jesuita Malagrida[30], que anunciaba en el Rey al AntiCristo; en cuya virtud fue después el monarca acometido a balazos en su coche, a cuya rapidez debía sólo el no ser asesinado.

Creyéronse pues los Reyes vendidos y destronados, y creyeron primer cómplice a su primer ministro, como es uso constante y general en todas las monarquías de países civilizados. Así fue que el Marqués de la Ensenada se vio al entrar en su coche cercado entre bayonetas, y llevado a una prisión públicamente; en tanto que su casa, rodeada de centinelas, era allanada y todos sus efectos registrados e inventariados.

Inútiles fueron todos los pasos, todos los manejos de la infatigable camarera a favor de su querido Marqués; lo que consiguió su celo fue que se la creyese sospechosa, y que su ama, en un acceso de cólera, la mandase prender e incomunicar. Y esta pobre señora aunque inocente sufrió no sólo las penalidades anejas a una prisión, sino las del amor propio que debe padecer todo intrigante que se ve envuelto entre sus propias redes, el despecho que da el convencimiento de no saber el arte en que uno ha colocado toda su vanidad, la eterna y roedora humillación de un autor silbado o de un orador que se queda sin gente. ¿Cuál era el efecto de la maquinaria, empleada sólo para elevar a su ídolo? Haberle hecho caer en tierra por haber removido y separado el pedestal en que se sustentaba. Y este ídolo ya caído iba a ser hecho pedazos por el hacha del verdugo.

La causa que se formaba activamente al Ministro presentaba un aspecto fatal. El Marqués de Valdelirios, que mandaba las tropas españolas en el Río de la Plata, acababa de llegar a Madrid y declaraba que los sublevados en el Paraguay habían acometido y derrotado a las escasas fuerzas que se les pudieron oponer, y de este azar se hacía un cargo al Ministro, que en vano había aconsejado la expulsión de los jesuitas.

Además se le acusaba de haber dado orden al jefe de escuadra D. Pedro de la Cerda para apresar los buques extranjeros que cruzasen por nuestras colonias, aunque lo que se les impedía era sólo el ilícito comercio.

Se le acusaba de haberse enriquecido a costa del Estado, aunque todo el inventario de sus bienes sólo ascendió a doscientos mil pesos, y de esto mucha parte eran diamantes que le había regalado la Reina.

Se le acusaba, en fin, de irreligioso; este era el cachetero de rematar entonces, aunque el cura de su parroquia publicó después los inmensos socorros que daba a muchas familias, y que cesaron con su caída.

Su sentencia de muerte era una cosa que nadie dudó, ni en Madrid ni en todo el reino, aun antes de ser pronunciada, y se creía que Farinelli había huido por ser cómplice y merecedor de la misma pena; así decía un pasquín:

Volaverun, el Capón
Requiescat por D. Zenón.

Así se llamaba el Marqués de la Ensenada, el cual en su prisión, y envuelto en su inocencia, esperaba resignado el término de su causa y de su vida.

---

30 Gabriel Malagrida (1689-1761). Jesuita italiano, misionero en Brasil, al que se acusó de una conspiración para asesinar al rey de Portugal. Fue ejecutado por herejía.

Una noche, a deshora, llegó a los oídos del preso una melodiosa voz que cantaba estos versos:

A ritorna etá dell' oro,
Alla terra abbandonata,
Se non fosti immaginata
Nel sognar felicitá.
Non e ver, quel dolce stato
Non fuggi, non fu sognato,
Ben lo sente ogni innocente
Nella sua tranquillitá.[31]

El correrse los cerrojos, abrirse las puertas y encontrarse el preso en los brazos de un ángel, fue un momento; y este ángel era el mismo Farinelli, que venía a ponerle en libertad.

Farinelli, a quien se suponía en Italia, no había salido del reino, porque había querido despedirse antes de la reina madre Doña Isabel Farnesio, viuda de Felipe V, que desde la muerte de su esposo vivía retirada en el real sitio de la Granja. Allí se detuvo Farinelli a instancias de aquella Reina que le había estimado tanto.

—Mirad—le decía Isabel—, como una Reina puede ser feliz sin estar en el trono, y mucho más feliz que cuando estaba en él. A mi afición a las artes y a las letras debo en parte la felicidad que disfruto en esta soledad. Pero las artes y las letras ya eran mis conocidas y amigas, y me habían dado placeres en mi anterior situación. El placer que yo no conocía bien, el que no había saboreado hasta ahora, era el placer de la beneficencia Sobre el trono, sin duda, se puede hacer mucho bien, pero no se está seguro de haberlo hecho, no se ven por vista de ojos, no se gozan los efectos de él. Así como una persona aficionada a cultivar las flores, no puede disfrutar de ese placer creador si toma a su cargo los inmensos jardines de Aranjuez. Quien goza real y verdaderamente de él, es el que se reduce a cuidar las macetas de su azotea. Ese es el que se apasiona, el que toma cariño por cada clavel que ha escardado, regado, defendido del hielo y presentado al sol. Ese es el que día y noche ve su trabajo premiado, su esperanza realizada, su amor propio satisfecho, el que cuenta por minutos en cada botón que se abre las hojas que se despliegan, las gotas de rocío que le bañan, los matices que se avivan, la fragancia que se aumenta. Nuestro corazón no se puede afectar intensamente sino por individuos, no le es dado abrazar la inmensidad para enamorarse de ella, y yo, convencida de esto, me contento con el bien que hago en el pequeño círculo de pueblos que recorro en mis paseos. Les proporciono granos, reses, vestidos y asilos, y sobre todo, en el modo de proporcionárselo les proporciono consuelo, virtud y alegría, y así nos ayudamos mutuamente a la felicidad ellos y yo.

Tales eran las conversaciones de Isabel con Farinelli, que la entendía y contestaba, cosa poco común en esta clase de conversaciones, y que cuando se logra es el placer grande y puro del razonar de los buenos.

A este tiempo llegó la noticia de la prisión del Marqués de la Ensenada. Farinelli, que conocía su inocencia, interesó a Isabel, que también había conocido su celo por el bien público y sus grandes servicios a la monarquía en el anterior reinado, y se aprestó a escribir en su favor a Fernando el VI.

---

31 Aria de la ópera *Il trionfo di Clelia* (1732) de Metastasio y Hasse.

—Tened presente—le decía en la carta—, que a ese ministro debéis el haber encontrado a vuestro advenimiento al trono, apuntalada la Tesorería, y no olvidéis que el portador de este pliego es su amigo y el nuestro Farinelli que prolongó y dulcificó los días de vuestro padre.

Dióle además Isabel a Farinelli (que se empeñó en ir él mismo a salvar al Marqués), carta para el príncipe de Yaci, embajador de Sicilia, donde reinaba Carlos, el hijo de Isabel, y sucesor de Fernando en el trono de España.

El Embajador, en virtud de estas cartas que Farinelli llevó a Madrid en posta, presentó una protesta que desde luego causó el gran efecto de consternar a los enemigos del Marqués, que temieron irritar al que había de ser su soberano, como en efecto lo fue Carlos III. Y el embajador de Austria vio dispersa y deshecha su falange cual si se la hubiera tragado la tierra. En seguida Farinelli se presentó al Rey, a quien halló agravado en sus dolencias, y que le dijo casi sollozando:

—Me consuela tu venida porque, al cabo, de ti no me hablan mal como de cuantos han tenido mi confianza. ¡No caben en mi cabeza tantos horrores, tanto infierno como han metido en ella!

Farinelli le consolaba diciéndole cómo las cartas de la Reina viuda de su padre le sacarían de dudas, y le volverían su tranquilidad.

También se echó a los pies de la reina María Bárbara pidiendo justicia para un inocente, y fue escuchado más favorablemente que lo que era de esperar del genio de aquella Reina, pero por casualidad había Farinelli elegido un momento el más oportuno para encontrarla accesible y piadosa como va a ver el lector.

La reina María Bárbara construía por entonces con gran magnificencia el real convento de la Visitación, llamado de las Salesas, para cuya fundación había conseguido que viniese a Madrid desde Saboya la madre Ana Sofía de Rochebardaul, del convento primitivo de la ciudad de Annesy, y a esta señora de la alta nobleza saboyana, visitó la Reina en el beaterio de San José, donde se hallaba hospedada con otras tres religiosas de Annesy que la habían acompañado. En esta visita, dispensando la Reina a la abadesa del ceremonial, la dijo suspirando:

—¡Demasiado, señora, he disfrutado de esas vanidades; demasiado he abusado de las humanas grandezas! En mí veis la criatura mas orgullosa, soberbia y altiva que han producido los siglos. Yo exigía como un deber la humillación, la adoración de todas las criaturas, hasta de las de mi sexo, y desdichada de aquella mujer, por mas noble y digna que fuese, que, al pasar yo por las calles, no descendía de su carruaje, y no se prosternaba en mi presencia; veces hubo en que no admití la excusa de hallarse la delincuente embarazada o enferma. Pero este desenfreno, este delirio de la soberbia, está hoy tremendamente castigado, y la mujer, la Reina de los dos mundos, que se gloriaba, no sólo de su poder, sino de la hermosura de su tez y de sus carnes, mirad lo que es en el día.

Y descubriéndose el seno, se le mostró a la abadesa cubierto todo y comido de piojos.

Iba a caer sollozando en los brazos de la religiosa, pero volvió en sí y la dijo:

—Ni aun ese consuelo me permite el Cielo; debo evitar, debo huir las caricias de la compasión, soy un objeto de horror, mi cuerpo es un muladar hediondo y pestilente que será necesario alejar de las poblaciones; y aún encuentro personas compasivas, carita-

tivas, intrépidas que me asisten y me cuidan. ¡Oh! cómo cada atención, cada servicio suyo me reconviene y me acusa de mi dureza anterior, con ellas mismas; ¡oh! cómo la desgracia y las enfermedades hacen buenos a los malos. Necesario ha sido este horrible pero justo suplicio para que la reina Bárbara sea humana y agradecida. Rogad, señora, al Dios de misericordia por esta desgraciada, rogad más bien por mi afligido esposo, culpable sólo por haberme amado, por no haber corregido severamente mi perverso carácter y que me seguirá prontamente al sepulcro, si el Cielo abrevia mis días.

La abadesa procuró consolarla llorando con ella, la exhortó a la humildad y aun la insinuó, respecto a esta virtud, que redujese y moderase el plan del convento de fundación, pues más que de Monasterio era de Palacio real. Y sin duda fue útil este aviso a la nación, pues dice el maestro Florez, hablando de aquella obra, que tuvo la Reina que vencerse a sí misma para no aumentar magnificencia[32]. Sin embargo, a pesar de la abadesa, conservó el nombre de real que merece el edificio. Y San Francisco de Sales si le viera, dudaría que se había construido para su humilde instituto, formado (según el santo) para sacar del lodo algunas almas, que si no quedarían encenagadas en el trampal de las ranas[33], es decir en mundana vanidad.

Al volver a Palacio la Reina habiendo hecho a la madre Ana Sofía esta visita, o esta confesión contrita y penitente, fue cuando Farinelli se la presentó suplicando en favor de su inocente amigo; por eso he dicho que aquel momento fue el más oportuno. En efecto, la Reina se conmovió, conferenció con el Rey, leyó los pliegos de la Reina viuda y el resultado fue que a las veinticuatro horas tenía ya Farinelli entre sus manos la real orden de libertad del Marqués de la Ensenada. Con ella corrió Farinelli a la cárcel y sacó al preso, y le dejó en su casa, diciéndole:

—Amigo, marcho a Italia con el gusto de haber salvado el honor y la vida a un hombre grande, que no ha tenido otro error que el de pensar ser capaz de hacer el bien en esta Monarquía. Al fin, para vuestra gloria, ahí quedarán los libros del Catastro, cual trozos del camino de la plata que atestiguan la grandeza de las empresas romanas.

Y se marchó Farinelli a Bolonia, en donde ha muerto estimado de todos en el año de 1782.

También dejó la corte el Marqués de la Ensenada, y se retiró a Granada, y es muy de notar, por cierto, en honor del Marqués de la Ensenada, que casi todos los Grandes que tenían estados en Andalucía, incluso el Duque de Alba, causa inocente de su desgracia, dieron orden a sus administradores de librarle o de ofrecerle cuantos fondos tuvieran de sus rentas. De Cádiz le remitió el comercio letras por valor de un millón y setecientos mil pesos, a fin de que viviese con toda comodidad y esplendidez. Y si se añade a esto que en las cortes extranjeras se celebró como una gran victoria la retirada de este Ministro, habremos dado una idea del mérito y los servicios del Sr. D. Zenón Somodevilla, Marqués de la Ensenada, que está enterrado en Medina del Campo.

Pero ¿y la camarera? La camarera, al fin, tuvo que agradecer al favor de Farinelli que se la permitiese retirar a un convento, donde pudiese enredar, intrigar y chismear sin

32 El convento de la Visitación, llamado también de las Salesas Reales fue construido por orden de la reina Bárbara de Braganza, provocando un escándalo por su gasto desmesurado.
33 Véanse las cartas del Santo. (Nota original del Autor)

perjuicio del público, y dicen que se la oía exclamar muy a menudo: «No pensé que tuviese alma tan grande un filósofo capón»[34].

34 Esta voz era de uso corriente en aquel tiempo, y aun lo ha sido hasta este siglo para nombrar a los cantores tiples y capas de coro que había en las catedrales. Aún en el año de 1813 se cantaba en Salamanca un himno patriótico que tenía una estrofa en honor del Diputado a Cortes Muñoz Torrero, profesor que había sido de aquella Universidad, y decía la tal estrofa:
Torrero hará liberal
con su virtud e inocencia,
patriotismo y elocuencia
al Capón de San Boal.
Si lo fué Farinelli en efecto no está averiguado; lo que sí consta es haber sido armado caballero en el Convento de las Calatravas, habiéndose hecho las pruebas necesarias. (Nota original del Autor)
* Diego Muñoz Torrero (1761-1829). Sacerdote, rector de la Universidad de Salamanca, defensor de las ideas liberales y diputado en las Cortes de Cádiz. Fue encarcelado, torturado y ejecutado por obra de Fernando VII.

Una nariz. Anécdota de carnaval

Manuel Bretón de los Herreros

La Alhambra. 1840. 294-297

—¿Permites que me siente junto a ti, serranita?

—Con mucho gusto. Y te agradezco que prefieras mi lado al de tantas bellezas como brillan en el salón. ¿Me conoces por ventura?

—No. Hasta ahora no. Y es muy posible que me suceda lo mismo aunque te quites la careta. Pero, ¿qué importa? Esta noche podemos empezar a conocernos y a tratarnos, si tú quieres. Los conocimientos que se hacen en una baile de máscaras no suelen ser los peores.

—También suelen dar terribles petardos.

—No seré yo quien te lo niegue que algunos he llevado. Pero...

—Y algunos habrás dado también.

—No. Poco puede engañar quien acostumbra a presentarse en todas partes, sin exceptuar los saraos de carnaval, con su cara descubierta.

—En efecto. Tú no tiene por que ocultarla y no de todos los hombres se puede decir lo mismo.

—Gracias, amable serrana. ¿Me conoces, según eso?

—Sí, de vista. Me han dicho que eres poeta. ¿Quieres hacerme versos?

—Te los haré si los deseas porque siempre me he preciado de complaciente con las damas. Pero sepa yo primero tu nombre...

—Atribúyeme cualquiera: Filis, Laura, Filena. Uno que te parezca poético. Yo no te he de decir el mío verdadero, sino el primero que se me ocurra, con que más vale que tú propio lo finjas a tu gusto.

—Pero sin ver al menos el rostro cuyas perfecciones he de ensalzar, sin conocer el dulce objeto de mis inspiraciones...

—¿Eso dice un poeta? A vosotros que vivís siempre en las ilimitadas regiones de lo ideal, ¿qué falta os hace la presencia de los objetos de vuestro culto?. Yo, por mi parte, no fío tanto de mi cara, ni me parece tan estéril tu imaginación que me aventure a descubrirme.

—Verdad es que los poetas, ya que en su número me quieres contar, solemos pasear nuestro espíritu por los espacios imaginarios. Pero no nos alimentamos sólo de ilusiones y de mí se decirte que en materia de placeres, estoy y estaré siempre por lo positivo.

—¿Y qué placer puedes tú prometerte de ver mi cara?

—El de admirarla, si es bonita como presumo. El de adorarla...

—¡Siempre tenéis la adoración en la boca! Mereceríais los petas que os desterrasen de toda república cristiana y bien constituida.

—¿Por qué, bien mío?

—Si decís lo que siente vuestro corazón por idólatras impíos y si lo contrario por embusteros. Haces bien en venir sin careta. Los poetas no la necesitáis para mentir. Siempre estáis de máscara.

—Si eso es cierto, acepto por mi parte una cualidad que tanto me asemeja al bello sexo.

—¿Tan fingidas somos las mujeres?

—Sí, mascarita. Es cuanto a eso no podéis decir que os acusan los hombres sin fundamento. Pero es preciso decir al mismo tiempo que la desconfianza y la tiranía de los hombres ocasionan vuestra falta de sinceridad y que vuestras ficciones son por lo general muy dignas de indulgencia porque os obliga a ellas el mismo deseo de agradarnos. Pero, ¿es posible que no he de verte la cara?

—No puede ser. El *deseo de agradarte* me aconseja que conserve la careta.

—Tu conversación me encanta y cada palabra aviva más mi justa impaciencia de conocerte.

—¿Acaso has necesitado verme la cara para suponerla *llena do perfecciones*? ¿No me llamabas de buenas a primeras dulce objeto de tus inspiraciones? Créeme: tu interés y el mío se oponen al acto de condescendencia que solicitas. Mientras permanezca tapada estoy segura de oír en tu boca frases lisonjeras a que tal vez no estoy acostumbrada. Si desaparece de mi rostro el protector cendal, ¡adiós ilusión!. La yerta cortesía, la adusta seriedad sucederán a los elogios, a los requiebros, a la tierna adhesión con que, sino engreída, me tienes al menos divertida y contenta.

—Esa modestia es para mí la prueba más evidente de tu mucho mérito.

—Sí ya que carezco de otro tengo el mérito de ser modesta... Digo mal: de ser sincera.

—A poder yo confundirte con el vulgo de las mujeres no me costaría ahora mucho trabajo el creerte. El carnaval no es otra cosa que el reverso de la medalla del mundo y sin duda las damas a la sombra del tafetán que parece convidarlas a mentir, fingen menos que con su propia cara. ¡Tienen tan pocas ocasiones de decir la verdad impunemente!... Pero tú... Tú no eres fea. Lo puedo jurar. A fuerza de errores y desengaños he llegado a adquirir cierto tacto, cierta pericia en punto a calificar máscaras. No me equívoco así como quiera. ¡Oh! ¡Tengo yo buena *nariz*!

Al decir esto advertí en mi interlocutora un movimiento como de sorpresa o de disgusto. Me figuré que había sonado mal a sus oídos un frase tan vulgar y me apresuré a disculparme por no haberme expresado con la cultura que ella merecía. Pero riéndose mi serrana y apretándome la mano me manifestó con suma finura y amabilidad que perdonaba de buena gracia un *lapsus linguae* de tan poca trascendencia y yo continué:

—Sólo por una cosa sentiría que te desenmascaras.

—¿Por qué?

—Porque ya no me sería lícito hablarte como a una serrana, como a una máscara. ¿No es un dolor el haber de renunciar a esta cariñosa familiaridad, a este delicioso tuteo que permiten los bailes de carnaval? Ahora te hablo como a los amigos íntimos, los hermanos, los esposos, los amantes

—Pues y si cometo la indiscreción de quitarme la careta, te faltará tiempo para levantarte y apenas podrás articular un tibio y desapacible: *a los pies de usted.*

—¡Qué gusto de mortificarme! ¿Me juzgas tu capaz de semejante desatención? Quiero suponer por un momento que eres fea, horrible. ¿Te despojarías con la careta que me está desesperando, de los atractivos de tu conversación, de esa voz que me hechiza, de esa afabilidad que me cautiva, de esa gracia que me embelesa? ¿Cómo puede parecer mal una mujer con tales dotes? Si tu cara es fea yo te lo perdono.

—Mira lo que dices. ¿Serás tú más indulgente que los demás hombres? ¿Estarás menos dominado que ellos por el amor propio? La fealdad es para vosotros el mayor crimen de una mujer.

—O yo soy de otra especie o tu calumnias a los hombres, serranita. Desata sino esa carátula envidiosa de mi dicha y verás, como lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposición ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No veo yo la mórbida elegancia de tu talle? ¿No estrecho en la mía tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pie donoso y pequeñuelo? ¿No me revela mayores hechizos la palpitación de ese pecho celestial? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos tan encantadores?. Esas trenzas de ébano que forman tan hermoso contraste con la animada blancura de tu garganta, ¿de quién son, sino tuyas? ¿Tan mal sé yo sortear los movimientos de tu cabeza que no hay visto ya sonreír deleitosa tu boca divina?

—Pues con todos esos primores que tanto encareces te aseguro que soy una visón y que has de horripilarte si me descubro.

—¡Oh, que no! ¿Si es imposible! Tu cuerpo, tus facciones...

—¿Las has visto todas?

—Puedo decir que sí. La nariz es lo único.... (Aquí me interrumpió con una carcajada) ¿Te ríes? ¿Eres acaso...roma?

—O Cartago... ¿Qué se yo?... No te empeñes en averiguarlo

—No, no es posible que una nariz anómala o heterogénea desluzca el inefable conjunto de tantas gracias, Y, sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con ese boca, con esos ojos, con esas formas incomparables, yo te perdono que seas chata o narigona.

—¡Imprudente!

—¡Ea, descúbrete! Salga el sol para mí a las dos de la mañana.

—¡Temerario!

—¿Me obligarás a que te lo ruegue de rodillas? ¿Me expondrás a ser la irrisión del baile?

—Basta, bien. ¡Tú lo quieres! Me vas a ver sin máscara. ¡Qué hayamos de ser tan débiles las mujeres!... Pero a lo menos no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

—¿Eso más? ¡Oh, gloria! ¡Oh, ventura! ¡Envidiadme mortales! ¡Dadme la lira, oh musas! En este momento soy Píndaro, soy Tirteo...

—En este momento eres un insensato...

—¡Qué rabia! No acierto a desatar este nudo... Lo cortaré... ¡Ah! Ya está. ¡Hermo...!

No pude concluir el vocablo. Tal fue mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror. ¡Qué nariz! ¡Qué nariz! ¡Qué nariz!! No hubiera yo creído que la naturaleza fuese capaz de

llevar a tal extremo el pleonasmo, la hipérbole, la amplificación. El soneto de Quevedo, «Erase un hombre a una nariz pegado», sería pobre y descolorido para pintarla. Aquello no era una nariz humana, aquello era una remolacha, un guardacantón, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! ¡Y dicen que nuestra patria se está regenerando!. Pues, ¿cómo se consienten todavía tamaños abusos?. Si es justo condenar todo lo que se oponga a la marcha lenta, pero progresiva de nuestras caras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo exagerado,¿cómo no se da una ley contra la exageración de las narices?... En medio del horror que me causaba aquella funesta mutación de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increíbles esfuerzos para articular alguna frase de galantería... ¡Imposible! Si hubiera tenido delante un espejo estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mía, la serrana, que sin duda había aprendido a resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella, se reía de muy buena fe, no sé si de mi conflicto o de sí propia. Esto me dio pie a levantarme so pretexto de saludar a un amigo y sin osar mirarla otra vez me despedí con un seco y displicente: *a los pies de usted.*

El rubor daba alas a mis pies. La cólera me cegaba. Me faltaba tierra para huir, tropezaba en muebles, en personas, en mi mismo y me hubiera marchado a mi casa sin esperar el coche ni rescatar la capa, a no haberme excitado la misma pesadumbre que tenía un hambre tan desaforada como la nariz a cuya sombra anocheció mi alegría. Volé, pues, al ambigú, me apoderé de una mesa, arrebaté la lista, pedí lo que más pronto me pudieran traer, comí, no ya con apetito, con ira, de cuatro platos diferentes y ya me iban a traer el quinto cuando he aquí que se sienta enfrente de mí, ¡justicia divina!, la misma serrana o por mejor decir, la misma nariz por quien estaba dado a los demonios. Mi primer impulso fue levantarme y correr, pero la chusca serrana me dejó petrificado diciéndome con una dulzura infernal:

—¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme a cenar?

Yo me turbé como un necio y la nariz se reía y por mi desgracia no se reía el galán que la acompañaba que lo hubiera celebrado para desahogar contra él mi furor.

—Señora...

—No le haré o usted mucho gasto. Un vaso de ponche a la romana y nada más.

Semejante descaro me picó vivamente y resolví vengarme mofándome de ella.

—Tendré mucho gusto en obsequiarla a usted, señorita, pero temo que esa nariz usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted la careta, no sé como...

—Claro está. No había de beber con ella. Me la quitaré.

—¡Cómo!... ¿Qué dice usted?... Pues...

En esto, echó una mano a su nariz y... ¡se la arrancó!

¿¡Pecador de mí! Era postiza, era de cartón y quedó descubierta la suya verdadera, no menos agraciada y perfecta que las demás facciones de su cara.

¿Cómo pintar mi vergüenza, mi desespero, al ver tan preciosa criatura y al recordar la ligereza la indiscreción, la iniquidad de mi conducía. Iba a pedirle mil perdones, a llorar mi error, a besar postrado el polvo de sus pies, pero la cruel dio el brazo a su pareja, me desconcertó con una mirada severa y despareció diciéndome fríamente: *beso a usted la mano.*

Las segundas nupcias

Vicente de la Fuente

Semanario Pintoresco Español. 1840. 203-207.

No lejos de las márgenes del Ebro se levantan las débiles tapias de un pueble desconocido en las geografías de Plinio y Estrabón, y nada célebre en las modernas cartas. Allí vivia hace algunos años un honrado infanzón, que por su noble alcurnia era respetado de todos sus vecinos, a lo cual contribuía no poco su descarnado semblante, y su prolongada coleta recogida con una gran red de seda negra que caía sobre su espalda. Apellidábase este bello señor D. Lesmes Bobadilla, descendiente por línea recta de un escudero fiel al rey D. Jaime, a quien éste, en premio de sus buenos servicios domésticos dejó varios feudos en aquel pueblo para él y sus descendientes. Por luengos años fueron estos felices con la fortuna de su respetable abuelo: a ella debieron el empuñar casi de continuo la vara de la alcaldía, sonar el esquilón en los concejos populares, y ocupar el lugar preeminente en los festejos públicos. Pero como nada hay duradero en este mundo, hizo la pícara suerte que los bienes de fortuna caminasen en razón inversa de los honores, menguando aquellos conforme se acumulaban estos; a lo cual contribuía no poco el haber sido los ascendientes de Lesmes muy poco laboriosos y económicos, y muy mucho sistemáticos y orgullosos.

El mismo Lesmes, después de haber seguido un largo pleito sobre ciertas tierras, que a causa de su suelo infecundo yacían eriales, perdió el pleito, las tierras y otras varias fincas que le fueron embargadas y vendidas para el pago de costas y proceso. Esto exasperó hasta tal punto la fibra harto irritable de nuestro protagonista, que estuvo para marcharse al otro barrio, por no ver las iniquidades que en éste se cometían; pero habiéndolo reflexionado mejor, y después de haber filosofado por algún tiempo (merced al vacío de sus tripas) entró en cuentas consigo mismo, y vino a sacar en limpio que era cierto aquello de trabajar para comer. Tomó pues diferente rumbo que sus progenitores, y determinóse a cumplir lo que había ofrecido cuando le bautizaron, de renunciar al mundo con sus pompas y vanidades. Para ello metió en un rincón los títulos y pergaminos, y en lugar de la vara de la justicia tan cara a sus mayores, empuñó con mano fuerte la esteva de un arado. Al principio tuvo no poco que sufrir en escuchar las indirectas de la gente vulgar, y las patéticas exclamaciones de las viejas que recordaban las ya marchitas glorias de su linaje, pero Lesmes, constante a fuer de buen aragonés, llevó adelante su honrado propósito, y gracias a su resolución tuvo algún tiempo después, con los restos de su hacienda, para pasarlo mejor que la mayor parte de sus ascendientes.

Principiábale a sonreír la fortuna, pero como esta señora es tan inconstante, cansóse luego de sonrisas y enseñó la calva, aguándole al bueno de Lesmes toda su prosperidad con la muerte de su cara consorte, fiel compañera en sus adversidades, la cual se marchó dejándole para memoria cuatro pedazos de sus entrañas. Sintiólo mucho Lesmes, pero reflexionando en el consejo de uno de sus amigos, que tratando de consolarle había dicho que todavía quedaban hijas de Eva se dio tal prisa a obsequiarles y pasarlas revista que antes de concluirse el luto ya le casaban lo menos con cuatro mujeres, pues tenia

otras tantas o mas novias, según se decía en el pueblo. Pero la que prevalecía sobre todas, y la que verdaderamente arrebataba el cariño del viudo, era una muchachona del mismo lugar que sobresalía entre las otras mozas

Quantum lenta solent ínter viburna cupressi.

Llamábanla vulgarmente la Roya porque tenia el pelo rubio, y por consiguiente los ojos azules, motivo por el cual las envidiosas la llamaban ojos de gato; como si fueran verdes y no azules. Es de saber que los maldicientes del pueblo (que eran casi tantos como personas de ambos sexos) contaban a la Roya una larga cáfila de adoradores, entre los que figuraban en primer término un cirujano, que había estado de partido en el lugar, y tuvo el negocio bastante adelantado, un estudiante sobrino del cura, y hasta cinco o seis notabilidades más, tanto del pueblo como de fuera de él. Estos eran los descubiertos, pues había otros muchos pretendientes ocultos que no se hablan atrevido a llegar a sus aras.

Pero entre todos los ocultos y manifiestos el verdadero predilecto de la Roya, el que por mas tiempo había merecido sus favores, era el hijo del sacristán. Era éste un joven de veintiséis años, de raras prendas o, como vulgarmente se dice, un estuche de habilidades. Tenía profundos conocimientos en latín, y le hablaba tan sublime, que el cura mismo no lo entendía cuando le ayudaba a misa. Era tal su destreza en escribir que el mismo Tritemio con todas sus claves difícilmente descifrará sus escritos, y hay quien dice que Torio no hacia letra como la suya. Pero en lo que mostraba sobre todo los quilates de su talento precoz era en la música, principalmente en la guitarra, la cual tocaba con tal habilidad que su nombradía era vulgar por todos los pueblos a la redonda, motivo por el que sus mismos émulos, que le odiaban a causa de su genio insultante y quimerista, se velan precisados a rendirle parias cuando se trataba de dar alguna ronda (vulgo serenata) en obsequio de sus queridas. Por lo demás su físico nada tenia de remarcable, pues apenas llegaba a la marca, motivo por el que se eximia de quintas; *inda mais* tenia los ojos ribeteados de granos, y las narices bastante romanas. Para completar las noticias que se han podido reunir acerca de este interesante personaje solo resta decir que en el pueblo se le conocía con el alias de Chupalámparas, con el cual igualmente le designaremos nosotros. Tal era el antagonista de Lesmes.

Tiempo hacia que los dos aspirantes a la Roya se miraban de reojo como perros que tratan de abalanzarse a un hueso. Dudoso era el éxito, y nadie se atrevía a decidir a que partido se inclinaría la victoria, y hasta el buenazo de Júpiter se estuvo mirando a la balanza esperando en que vendría a parar la fiesta, como en otro tiempo cuando andaban a trompazos los griegos y troyanos. Luchaban por una parte los antiguos amores, con el interés, la nobleza del viudo, con la juventud del sotasacristán, y la pobreza de éste, con los cuatro hijos de aquel. Triunfó por fin el interés como es de uso y costumbre, y decidise la suerte a favor de Lesmes.

¡Oh y quien será capaz de contar la desesperación de Chupalámparas al saber la horrible infidelidad de su amada! Arrojó las sillas, se tiró los pelos, pateó el sombrero, dióse a sí mismo estupendas puñadas en la barriga y en la frente, y saliendo al campo se arrojó en un sembrada a devorar su dolor, cómo dicen los románticos. Al verle en tal estado cualquiera le hubiera tenido por un Orlando furioso cuando supo la infidelidad de su amada Angélica. Ya hacia largo rato que había anochecido, y en vano los piadosos veci-

nos esperaban oír el toque de oraciones, pasóse en blanco igualmente que el de ánimas, con no pequeño escándalo del pueblo. Noticias de tanto bulto no podían estar por mucho tiempo encubiertas, así es que al día siguiente no se hablaba de otra cosa ni en la carnicería ni en la plaza del lugar, que de las calabazas, y el despecho del repudiado amante de la Roya, dividiéndose las opiniones en distintos bandos según eran sus intereses y parentescos. De aquí provenían los diferentes espectáculos que aparecían todas las mañanas en las ventanas de la Roya, pues unas amanecían adornadas de ramas, y con hermosas guirnaldas de flores, otras por el contrario se veía pendiente de ellas un enorme cardo, o el descarnado cráneo de un borrico, según las diferentes pasiones de los que habían rondado la noche anterior. A veces éstos, encontrándose unos con otros en la calle y en medio de las tinieblas de la noche, se endosaban mutuamente sendas palizas, con notable detrimento de las guitarras y mucho mayor de las costillas de los beligerantes.

Por fin Lesmes, para quitarse de ruidos y salirse con la suya, determinó dar al traste con la viudez, y tapar con esto las bocas maldicientes. Designóse pues para el día de la boda el de las calendas de julio, (que aquel año cayeron en martes) a pesar de las repetidas advertencias de las sibilas del pueblo que ya desde aquel momento auguraron los mas funestos resultados. Bien hubiera querido Lesmes por evitar ruidos haberse casado fuera del pueblo, lo cual tenia a su parecer grandes ventajas, pudiendo de este modo evitar las burletas que son indispensables en tales casos, pues pensaba permanecer una temporada fuera del pueblo, dando lugar a que se desahogasen los que pensaran divertirse a sus expensas. Pero algunos amigos oficiosos con quienes lo consultó, consultando ellos quizá mas a su vientre que al bienestar del novio le ponderaron los graves inconvenientes de una boda hecha de «cencerros tapados» como ellos decían; y las hablillas, y el que dirán del pueblo, que por lo menos lo atribuiría a flaqueza de bolsillo o a que se había vuelto cicatero. Cedió al fin Lesmes a tan ponderadas razones decidiéndose por el extremo opuesto a verificar su boda con tal aparato y solemnidad que deslumbrase a sus contrarios, y nada dejase que desear de las tan célebres de Camacho. Al efecto y en primer lugar se hicieron grandes aprestos de cocina y municiones de boca, enramóse vistosamente el corralón de la casa solar de Bobadilla, en donde se había de dar un baile general, conceptuando este lugar como el más a propósito, atendida la estación, y además se habilitó para comedor un enorme granero también de la casa, alisando lo posible las protuberancias de las paredes, enjalbegándolas sus barbas con varias capas de cal, y adornándolo con los mejores muebles de la casa, y algunos de las vecinas. Entre estos y otros preparativos los sorprendió el dia de la boda.

No es para mi novel pluma el referir aquí el universal regocijo del pueblo, con tan plausible motivo; los brillantes vestidos de la novia, y el soberbio traje de Lesmes, traje con que se había honrado su bisabuelo en iguales circunstancias, y que recordaba los principios de los dos siglos XVIII y XIX. Con harto dolor tengo que omitir su prolongada tizona, con honores de virginidad, su bien empolvada coleta recogida con una gran red de seda carmesí al uso del país, las enormes hebillas con diamantes como garbanzos, alhajas todas vinculadas en la familia, y finalmente aquel gran sombrero tricornio que marchaba en batalla por las plazas y en columna cerrada por las calles, pues que de otro modo no cabía.

El acompañamiento era igualmente numeroso y galán. Las mujeres llevaban sus basquiñas azules, los hombres entrados en edad llevaban sus capas de paño de Silueca, de color de pasa que tiraba a pardo, pues así lo exigía el ceremonial a pesar de la estación, pero los jóvenes iban más a la ligera adornados con sus calzones de pana azul, amén de las fajas moradas que les cubrían desde los pechos hasta las corvas, ocultando las asentaderas; completaban este adorno ocho varas de hiladillo azul en cada pantorrilla para sujetar la alpargata, las anchas cintas del escapulario, y el sombrero de quitasol.

Dirigióse pues el acompañamiento a la iglesia, en la que Chupalámparas mas resignado ya con su suerte, tuvo que pasar por el horrible tormento de ayudar a la misa nupcial, ínterin que su padre, que además de las funciones de sacristán, ejercía las de maestro de niños y organista, hacia resonar las bóvedas del templo y retemblar sus vidrieras con las sonoras trompas del órgano, recordando aquel dicho vulgar.

Quod deficit in scientia, supletur in trompetas.

II

En uno de los salones del antiguo solar de Bobadilla, de que ya hemos hecho mención, se veía un gran número de gastrónomos ocupados en roer los huesos de un opíparo banquete y menudear tragos del tinto de la Cañada, que arrojaban de su seno las denegridas paredes de seis grandes cántaras con honores de tinajas. Entre tanto otro grupo mas fogoso y movible, se entretenía en preludiar un baile, ajustándose las castañuelas, y ensayando lucidas cabriolas.

Desgraciadamente la atmósfera estaba cargada de negros y espesos nubarrones que amenazaban una pronta tempestad, por lo cual fue preciso convertir el comedor en salón de baile con harto dolor de Lesmes, que deseaba hubiese sido en el sitio destinado, para que todo el pueblo hubiese disfrutado de él. Pero como nunca una desgracia viene sola, sucedió, para mayor dolor de los novios, que los gaiteros, que habían sido traídos expresamente para solemnizar la función, se hallaban imposibilitados de tocar, merced al mucho tinto que habían traspasado con permiso del casero, y fue opinión general de cuantos los vieron comer, que debían haberse estado purgando siete días antes, según la gran cantidad de comestibles que embutieran, y la sed devoradora que continuamente trataban de apagar.

Entonces fue cuando Lesmes vio a las claras lo horrible del precipicio en que él mismo se había colocado, y lo mal que había procedido en desechar el consejo de las personas sensatas que le habían advertido que no celebrase su boda en martes; pero ya no tenia remedio y era preciso luchar impávido y arrostrar con serenidad el maléfico influjo de su fatal estrella. En fin, por complacer aquella honrada concurrencia, hubo de aceptar, aunque con gran repugnancia, la oferta que de sus habilidades le hizo Chupalámparas, el cual, como es de suponer, era uno de los convidados por razón de su sagrado empleo; y él fue tan filósofo que se resignó a concurrir al convite nupcial, nada mas que por mostrar su benevolencia a las provisiones de los novios. Una vez pues aceptada su oferta marchó presurosamente a su casa, de donde condujo en peso toda su orquesta, compuesta de guitarrillo y guitarrón, pues no se le puede dar otro nombre a aquel célebre instrumento

vera efigie del arca de Noé. Añadiéronse una bandurria, un par de yerrecillos, y una gran pandera con cascabeles, con lo cual quedó organizada una más que decente orquesta.

Después de una media hora larga que duró el templar y afinar los instrumentos, arreglar parejas, y colocarse los espectadores, rompió la orquesta con toda solemnidad dando principió con una jota rasgada que sirvió de obertura, e incontinenti salieron los novios a estirar las piernas. Fuéronse en seguida mezclando las parejas, y alternando la orquesta todo su repertorio de jotas; la jota alta, la estudiantina, y la jotita al aire.

Notábase ya desde el principio en el director de la orquesta cierto aire de satisfacción, y como de triunfo, mezclado con una sonrisa insultante que daba margen para vaticinar un desenlace nada pacífico. En efecto, no tardaron mucho rato en sentirse los primeros síntomas de alarma, semejantes al sordo mugido precursor del terremoto. Lanzaba de cuando en cuando algunas coplitas que a pesar de su vulgaridad eran altamente ofensivas al decoro de los novios, tomándolas como suele decirse, por donde queman, y más estando los ánimos tan poco avenidos. Una de ellas fue aquella tan manoseada cuarteta que dice:

Supuesto que no me quieres
no me da pena maldita,
que la mancha de una mora
con otra blanca se quita.

—Oiga osté, seor músico, ¿por quien va eso?

—Por naide.

—Es que a mí no hay que venirme con endiletas.

—¿Le he nombrado yo a esté, pues?

—Quesque a mi parienta y a mí no nos ha de hacer la bulra dengún hijo de la rechota.

—El que se pica, ajo come, cuanto ni más que yo náa he dicho que pua ofenderles, que lo que yo canto lo pue cantar cualsiquier hijo de vecino

—Pues tengamos la fiesta en paz y no andar con micerias, que ya se me va subiendo a mi la mostaza a las narices.

—¡Haya paz, señores!—gritó el tío Tripeta, que había sido padrino de la boda y desempeñaba en comisión el oficio de bastonero, y diciendo y haciendo dio un fuerte palo sobre la mesa, causando tal estruendo que sobrecogió a todos los espectadores, obligándoles a guardar silencio mal su grado, con lo cual se restableció la tranquilidad instantáneamente; entonces los músicos volvieron a puntear su jota como antes.

A todo esto la novia permanecía impávida como si a ella no le fuera nada, desentendiéndose de las risitas comprimidas que se dejaban traslucir al través de los abanicos, y de las tosecitas forzadas de sus émulas, que triunfaban de gozo a cada reproche que se dirigían los contendientes. Todo lo observaba la Roya de reojo y nada se la escapaba, pero reservaba para otra ocasión la venganza de estas pequeñas injurias, que jamás se perdonan las mujeres.

Lesmes por su parte estaba también notablemente alterado y parecía luchar con algún pensamiento o maquinar en su mente algún proyecto de despique. Entretanto el baile había vuelto a principiar, y Chupalámparas se preparaba a cantar otra vez, cuando de repente Lesmes se puso en pie diciendo

—¡Alguna vez había yo de echar mi carta a espadas! Aura me toca a mí.

—¡Bomba, bomba!—gritó el numeroso concurso, sorprendido de tan inesperada proposición.

Viendo el novio tan favorables disposiciones, tosió, escupió, frotóse las manos, y con voz algo alterada al principio arrancó de su pecho la siguiente coplilla.

¡Ay del probe que no tiene
con que salir a la plaza!
Se tendrá que morir de hambre
si no traga calabaza.

Grandes fueron los aplausos que el bando de Lesmes, o como si dijéramos, el partido ministerial, le prodigó por su canción; celebróse con estrepitosas carcajadas y furibundo palmoteo, y aun algunos por aumentar la zambra idearon el dar con los palos en el suelo, como si pidieran que se alzase el telón. No fue menor la vergüenza del atrevido monago: la canción del novio había sido para él una indirecta del *Padre Cobos*. Se le había echado en cara su miseria, su hambre, y, sobre todo, sus mal digeridas calabazas. Mordióse los labios de coraje, rascó desaforadamente la guitarra, y con voz desentonada y presurosa se vengó de su contrario con la siguiente coplilla.

Un viejo recién casado
guardaba mucho su viña,
y se halló con el rebusco
cuando creyó hacer vendimia.

¡Oh, válgame Dios! ¡Y cuán grande fue la furia que abortó en aquel momento el generoso pecho del hidalgo aragonés! Levantóse furioso del asiento, estiró los puños, arqueó las cejas, mientras que sus movimientos convulsivos indicaban la cólera reconcentrada, embistió denodadamente a su competidor, y hubiéralo éste pasado mal, a no haberse interpuesto algunos de sus amigos, y la misma Roya temerosa de que Lesmes hiciese algún desatino. Mirála éste con torvo ceño y adusto semblante, como si le preguntara «¿Qué dices a eso?». Sufrió la Roya aquella mirada con altanería, bien persuadida de lo peligroso que le hubiera sido bajar la vista, y aquella altanería parecióle a Lesmes que decía: «Miente, es una calumnia», y se dio por satisfecho.

Pero entre tanto que pasaba entre los novios esta conversación muda, esta escena pantomímica e instantánea, algunos amigos suyos menos sufridos, se dirigieron hacia el músico procaz con ademanes hostiles y amenazadores, y le hubieran metido la copla en el cuerpo a garrotazos, a no haber él puesto pies en polvorosa, favorecido de otros amigos suyos, (como si dijéramos los de la oposición), los cuales con achaque de evitar riñas y de meter paz, se pusieron por delante, y le libraron del primer ímpetu. Pero viendo que los parciales de Bobadilla se disponían a perseguirle, tornaron posición y se declararon las hostilidades dirigiéndose mutuamente apodos y reproches. Iban ya a venir a las manos, o por mejor decir a los garrotes, cuando de repente un estruendo horrísono y terrible ató las manos y suspendió los brazos de los partidarios de Bobadilla, helándolos por un instante de pavor. Entonces los contrarios inferiores en número, abandonaron el campo, tratando de mejorar de posiciones en la calle.

III

El hijo del sacristán al propasarse a insultar al respetable novio no había procedido tan inadvertidamente que hubiera procurado antes tener bien guardadas las espaldas.

En efecto había reunido una gran tropa de descontentos, compuesta de los antiguos adoradores de la Roya, enemigos suyos personales en otro tiempo, y que ahora habían transigido con él, gracias a lo bien parado que había quedado en sus amores. Agregarónseles algunos que por diferentes motivos eran desafectos a Lesmes, y otros muchos alborotadores de oficio, que nunca faltan en los pueblos. Mancomunados todos ellos bajo las órdenes de Chupalámparas, habían recibido orden de permanecer silenciosos en la calle, como lo verificaron hasta el momento en que se presentó su jefe con el rabo entre piernas. Entonces para celebrar su llegada y saludar a los novios según antiquísima costumbre en las segundas nupcias, ensayaron un ruidoso desconcierto de cencerros, cuernos, peroles, cabestros de campanillas y otros muchos instrumentos de este jaez.

Dirigía esta cencerri-cornada un mozancón de formas atléticas y mirar estúpido con mas trazas do Fauno o de Centauro que de persona humana. Conocido en el pueblo con el alias de Camorra, era éste el segundo jefe de la cuadrilla y hacía el oficio de maestro de cornetas en aquella infernal charanga, soplando un enorme cuerno cuya habilidad poseía en tal grado, que en atención a ella se le había provisto en el empleo de Dulero, que equivale a director de la muchedumbre molar e inspector de los prados concejiles. No dejaron de asomarse a la ventana mas de cuatro envidiosas que repicando las sonoras almireces contribuían por su parte a la cencerril asonada.

¿Pero quién será capaz de pintar la furia de Lesmes al oír la diabólica serenata con que le obsequiaban.? Dirigióse al balcón en un momento de furor como si quisiera caer rápidamente sobre sus contrarios, pero detenido por sus amigos armóse con la espada de sus progenitores, y seguido de sus parciales que manejaban sendas estacas, se lanzó en la calle vibrando furioso su tizona.

Terrible fue la embestida de los de su partido que obligó a cejar algún tanto a sus contrarios, pera rehaciéndose éstos de aquel ataque brusco dispararon sobre sus agresores una nube de sopas de arroyo, que cansaron algunos chichones y no pocas escalabraduras. En seguida ambos partidos se estrecharon mutuamente, y principió una reñida pelea. Lesmes furioso busca por todas partes al objeto de su cólera, y se abre paso con su tizona por entre los grupos opuestos: descubrelo por fin, no de otro modo que cuando Eneas encontró a Turno por entremedio de los escuadrones de los Rutulos. Estaba Chupalámparas a retaguardia y como huyendo el bulto de los palos cuando se halló de manos a boca con su terrible competidor: vióse enteramente perdido; pero con todo, reuniendo sus fuerzas, enarboló el palo que por su natural gravedad y el impulso que se le comunicó debiera caer sobre la cabeza del novio a no haber este huido el cuerpo; pero con todo no pudo evitar el que cayera sobre sus hombros dejándole de paso una oreja en camino para la enfermería.

Apretó Lesmes los dientes de dolor y cólera, y antes de que su contrario segundase otro golpe quizá mas efectivo, le pegó tan estupendo tizonazo, que el infeliz vino mal de su grado a medir el suelo con sus espaldas. Entonces Lesmes poniéndole un pie encima, y vibrando su espada cual retablo de S. Miguel, se preparaba a ejecutar una sanguinolenta venganza. Allí se iban a perder las esperanzas bien fundadas de innumerables

sacristías, allí estuvo expuesta a un inminente riesgo la flor y nata de los monagos aragoneses y hubiera sin duda perecido víctima de un resentimiento conyugal si el feroz Camorra no hubiera venido en su socorro descargando sobre la cabeza de Lesmes tan estupendo garrotazo que se la dejó abierta como granada de dádiva.

Dudoso era el éxito de la refriega, y ya había bastantes heridos por una y otra parte, cuando apareció el alcalde acompañado del cura párroco. A su vista los revoltosos huyeron despavoridos diseminándose por las calles. Entonces salió también el escribano, que desde el principio de la paliza había permanecido agazapado tras de una esquina; y con corteses y bien ponderadas razones manifestó la gravedad de tamaño delito, su perniciosa influencia, y la perentoria necesidad de entablar en el acto una sumaria. El cura bien penetrado de los filantrópicos y justificados deseos del signatario de la república, le manifestó que la gente del país era muy mala para tratada con rigor, pues en vez de abatirse, se exasperaban y volvían contra la mano que les castigaba.

—Sin que sea visto—le dijo—, que yo me oponga, ni aun remotamente a las medidas que juzgue oportunas la justicia, creo, señor secretario, que debéis reprimir vuestros deseos de escribir.... ¿No veis aquella cruz ?....

—Cuanto ni más—interrumpió el alcalde—, y perdonadme el señor regente que le ataje su palabra honrada que una paliza no es cosa de mucho aquel por aquí, porque al fin cada uno es dueño de sus costillas, y el que no quiera polvo que no vaya a la era.

Atónito el escribano como si le hubiera caído un rayo a los pies, apenas podía dar oídos a los discursos del alcalde. Las últimas palabras del cura habían herido vivamente su imaginación, recordándole el trágico fin de uno de sus predecesores que había sido muerto allí de un trabucazo, por creerle, y no sin fundamento, principal motor e instigador de una causa harto ruidosa que había arruinado algunas familias con aumento notable de la suya.

Sacóle de estas lúgubres reflexiones la voz de la tia Carpanta que asomada a su ventana, con un candil en la mano, preguntaba al alcalde con interés si había cosa de cuidiao.

—No es cosa—contestó aquel—Chupalámparas tiene una mojada tal cual, el hijo del tío Panduro tiene un garranchazo en la pierna, y se ha descoyuntao un brazo, y el tío Lesmes tiene una gusanera en la cabeza. Pero no ha sido cosa de cuidiao porque todos ellos aun pueden andar en dos pies.

—No ha sido tan poco—replicó el tío Tripeta—, porque la pérdida del enemigo ha sido superior, según el rastro desangre que han dejado en la calle.

—¡Bendito sea Dios!—dijo la estantigua cerrando su ventana—. ¡Bien decía yo que los chicos de estos tiempos no tienen la cabeza tan dura como sus abuelos!

El lago de Carucedo (Tradición popular)

Enrique Gil y Carrasco.

Semanario Pintoresco Español. 1840. 228-229/235-339/242-247/250-255

Introducción

Hacia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de loa vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase a ver desde la ceja de loa vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores, los navales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanda oscilación de las aguas convierte a veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellécese más y más según se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de canoas merecían, pues que se reducen a dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de Lago sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse a beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por de fuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura a raíz de las cuestas y cimas áridas ynegruzcas del Monte de los Caballos, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de Carucedo en una fértil cuando angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del Castillo de Cornatel, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las Médulas, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, a modo de árboles de desmayo o de guirnaldas verdes y lus-

trosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo más desviadas, y a diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndanse largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si a esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las caleras que de ordinario arden al rededor, el trinar y el revolar de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, altiva y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan a grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el lago de Carucedo.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba a más andar al termino de su carrera, cuando un viajero joven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica con que iba sentado a la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego; las cumbres peladas y sombrías del Monte de los Caballos enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de espléndidas e imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las armas más sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado a despuntar en el confín más remoto del Oriente, cárdeno y confuso a la sazón, venía a embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se vela allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y a solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, a manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y así era) de haber visto el

mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría a las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegría, vergel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser, y en que arrebatado a vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernisimo y divino Fr. Luis de León:

«¡Morada de grandeza!
¡Templo de claridad y hermosura!
El alma que a tu alteza
Nació, ¿que desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

—¡Ah, señor! mire; allí por bajo de Lago húbole en otro tiempo un convento..

Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga—repuso el barquero—, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande, de su letra todo, que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos—le replicó su compañero—; tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si a sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar a sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohíno el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, si no que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya—repuso el otro—, endereza hacia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Bogaron, con efecto, hacia allá; amarró su piragua el aldeano, y tomando la vuelta de Carucedo, volvió a poco rato con los papeles de su tío el cura, diciendo al viajero:

—Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también—añadió con énfasis—, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenía cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradecióle el viajero el presente con corteses razones, y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reír el alma del paisano; el cual, dando un millón de vueltas en

la mano a su sombrero de paja, y deseando a su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fue más contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle a nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado a fuer de teólogo, lo adobó y compuso a su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar a mal nos atrevemos a publicarle.

I. La primer flor de la vida.

Fueme la suerte en lo mejor avara.
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Escuras sombras en la luz más clara..
Herrera.

A últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el día el lago de Carucedo por entre norte y ocaso, y a la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían a buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del poder no habían costado una lágrima a ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecía sino que para eso solo los había juntado allí la suerte, pues que ninguno había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del joven, que tenía por nombre Salvador, sólo se sabía que siendo aún rapazuelo y con no poco recato, había llegado a la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces, y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el abad, habíase criado a la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos, y en especial del venerable fray Veremundo Osorio, su santo prelado. Había cobrado éste un cariño verdaderamente paternal al joven Salvador, y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta a las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era así, porque en verdad que nunca alma más noble animó tan varonil y hermosa figura; nunca corazón más valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle, sin embargo, los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones: pero nadie se lo llevaba a mal, porque los más discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de María, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro Salvador, no era menos oscuro ni dudoso. Allí habla llegado con una anciana, de nombre Ursula, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel

apartado rincón de la tierra, habíanse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes, y además un escaso rebaño que la joven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguía los animales montaraces, la vio y amó en la soledad; y esta pasión, que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas, y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron a oídos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida; pero la habitual y melancólica distracción en que vino a caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo a las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula María; antes bien, acostumbrado a la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y abrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era licito arrancar a cierto misterioso papel que el abad guardaba. En su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millón de recelos, a modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba, no obstante, cada día más, porque si es dulce cosa el amor a los veinte años, para un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio, que sólo había llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel joven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él había derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban a dar tan abundantes como sazonados frutos, ponían su alma al abrigo de toda inquietud en punto a los intentos de Salvador; porque bien sabía que sus sentimientos podrían acarrearle en buen hora la desdicha, nunca, empero, la deshonra. No obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol, por la huerta del monasterio, tendida a la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar a plaza tan delicado asunto, porque la conversación fue larga, agitada y misteriosa. Volvían ya lentamente a la abadía, cuando antes de entrar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:

—Sí padre mío; cuanto me habéis dicho, antes me lo he dicho yo. El sacrificio que de mi entereza reclamáis, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de más subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneración filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del terrible papel. Pero dejar de amarla es imposible—añadió con violencia—, y más imposible aún que vos me lo ordenéis. Su amores para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo más corazones que a mí se inclinen, que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me ví en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazón de mi enemigo.

El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba a la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fue aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vio los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco a la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada donde solía ir María a apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcornoques, y de urces[35] en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubría, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora, fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debía pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraída mano a su leal perro, y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba a su encuentro, cuando por cima de las rocas que enfrente de la gruta se extendían, acertó a mecer el viento una pluma de águila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habían hecho a aquel hombre sus desafueros por todas las cercanías; pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no sé que palabras, que así parecían arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolución firme, inexorable y duradera. Entonces fue cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahínco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse después en la espesura, y a poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba a recoger los dispersos cazadores.

Púsose a pensar entonces en su situación nuestro valiente mozo, y como por una inspiración súbita se le viniesen de tropel a la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé qué misterios de persecución y amargura, resolvióse a dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que a nadie. Pero como su corazón, acostumbrado a mostrarse todo entero a los ojos de María, difícilmente podría recatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse a no hablarla en aquel día. Por otra parte, ocupaban su imaginación negros recelos e inquietudes: así fué que se quedó rondando a manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada, recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza alrededor, cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla a lo lejos su apesarado amante, hasta que la vio desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar a la abadía.

35 Brezos

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque había aún bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche. Sólo el castillo de Cornatel, gracias a las líneas rigurosas de sus muros, y a su situación que le hacía descollar sobre el fondo oscuro de los montes lejanos, aparecía aún claro y distinto.

Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreñado.

—¿Cómo así, Salvador?—le preguntó Osorio sobresaltado—, no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mío—respondió éste—. Mi sueño no era una mentira, sino un presentimiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo a mis ojos, y me la quiere robar.

—¡Cómo!—interrumpió el abad asombrado—. ¿Hay por aquí quien se atreva a semejante desmán? ¿No saben que a mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Extendió Salvador el brazo hacia el oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornatel, que todavía se alcanzaba a ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Álvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza!—exclamó el religioso con espanto.

—El mismo—replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado a entender la firme resolución que alimentaba su alma. Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia, dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado a una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fue el primero a romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador?—le dijo ya con calma.

—He pensado—respondió éste mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente—, que soy hombre, amante y caballero, si no por mi alcurnia, a lo menos por mi corazón.

—Y por tu alcurnia también—repuso gravemente Osorio—, que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vio y le dijo:

—Escucha, hijo mío; estamos a la boca de la caverna del tigre, y si comparamos nuestras fuerzas con las suyas, más desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guarnición, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos a parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

—Pero, señor—replicó el mancebo— ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda—contestó el santo abad—. Los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo a hilo en la noche

su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y a modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo, si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

—¿Y María?—repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia—contestó el religioso—, porque si algo llegase a entender la pobre Úrsula, tengo por cierto que ni tú mismo sabrías el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día muy de mañana el santo abad con su báculo y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso a la puerta de Úrsula, y entrando por ella con no poca extrañeza de las dos mujeres, como viese a la doncella a punto de salir con su hato, apartó un poco a la anciana y le dijo con sosiego:

—No dejéis salir a María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorío de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.

Aunque el acento del piadoso varón rebosaba tranquilidad y calma, no por esa dejó de mirarle con ansiedad, mientras hablaba, aquella mujer.

—Padre mío—le preguntó con zozobra—, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Seria cierto que nos vemos asomadas a un abismo?

—Con que, según eso—repuso el prelado sonriendo con cierto aire jovial—, ¿en abismo nos convertís a mí y a mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformación.

Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:

—Por ahora no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo.

Y en seguida enderezó sus pasos hacia el castillo de Cornatel. Hacía poco que había salido el sol cuando se puso a trepar el agrio repecho a cuyo término se levanta, aun en el día, esta fortaleza, y cuando llegó a la barbacana ya cataba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar a un religioso sólo con su bastón de peregrino, apresuráronse a franquear la puerta, y su comandante cruzando con él el puente levadizo, y guiándole por una estrecha y oscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar a las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse más de su huésped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron a su tarea. A poco rato volvió el mensajero é introdujo al abad en el aposento de don Alvaro.

—¿Qué diablos trae por aquí semejante abejaruco?—preguntó uno de aquellos perdonavidas—. ¿Será que nuestro amo piensa convertirse? Tú, Tormenta, que has hecho de introductor, di, hombre, ¿qué gesto puso don Alvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar a poner tres en raya una sola vez.

—Con que, ¿es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazón?—replicó con alegría Boca Negra—. ¡Sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe—repuso otro—, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? Que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni a la suela del zapato del buen ladrón.

Riéronse los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvía, por una ventana que daba a un precipicio de más de cien varas, y volvieron a su juego.

Abrióse, por fin, después de largo rato, la puerta del aposento de don Álvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venían alterados, si bien el de don Álvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí fríamente volviose el uno a su recámara y el otro salió paso a paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó a casa de Úrsula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase a pacer su rebaño, lo llevase a las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de San Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío?—le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas a vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto—contestó el anciano—, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harto claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador—dijo después resueltamente—, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.

El joven se retorció las manos de desesperación.

—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo—continuó el santo abad—, pero el impío ha tendido sus redes y no levantará mano hasta consumar su perdición. Así que mañana al romper el alba, mandaré un correo a mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar a los reyes en la guerra de Granada, y pediréle que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender a María y a su madre en su viaje, y sacarla de las garras del león. En tanto,

aunque no es de sospechar que a nuestros mismos ojos suceda ningún desmán, tu deber es guardar a la huérfana desvalida y mirar por ella; que Dios y tu derecho sean contigo.

Dicho esto partió aquel santo varón a encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo—repitió Salvador—, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que sólo se atreve a desamparadas mujeres.

Rayó la luz del siguiente día y ya el mensajero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la joven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras éste por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba a un encumbrado pico que llamaban los naturales la Espera del Corro, y que señoreaba todo el país. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el Campo de la Legión, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarte nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legión apareció un rebaño y detrás de él una mujer de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja:

—¡Es ella!

Sentóse la niña a la margen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose a mirar las frescas olas que entre la yerba se perdían: clara señal de que alguna nube empañaba el ciclo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento a su seguridad antes que a los impulsos de su propio corazón, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados: pero sólo vio aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban a hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador, viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir a consolar la pena de María, y torciendo a la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa se extendía el *Campo de la Legión*. Comenzaba a trepar su blanda cuesta, cuando llegaron a sus oídos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salían, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado a los matorrales que guarecían la pradera, y se quedó confuso al ver a don Alvaro. ¿Por dónde había venido?... Pero, qué le importaba saberlo? ¿No lo tenía allí a solas? Así es que en aquel punto le pareció más hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada a los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba éste en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desorden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, sólo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo más sagrado.

—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero—le decía con angustia—, soltadme. ¿Qué honra sacaréis de atropellar así a una pobre muchacha, vos que debíais protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble? ¡Soltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mía que se moriría de verse sola! ¡Soltadme y toda mi vida rogaré por vos de

rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso y de que os dolisteis del desvalido!

—María—respondió el caballero alzándola del suelo con violencia—, te amo tanto, que antes que sin ti volvería sin vida a mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís!—repuso la doncella encendida en cólera—. ¡Villano! ¡Mal caballero! ¡Salvador, Salvador mío!—gritó con desesperación—. ¿Cómo no vienes en mi ayuda?

—¡Aquí estoy!—respondió a su espalda una voz bien conocida. Soltó don Alvaro a la niña que casi exánime fue a caer a los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:

—¡El corazón me lo daba! ¡El corazón me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mía!

—Ahora piensa en ti—contestó Salvador—. Por la encañada de los ruiseñores vas segura y desembocarás en el convento; ampárate de sus muros que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin ti—replicó ella—. Aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra—dijo Salvador—. Huye—añadió con angustia—, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caías en sus manos, yo mismo te daría de puñaladas.

La doncella huyó.

Quedáronse frente a frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de don Álvaro habla un capote de aldeano que explicó a nuestro joven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba también, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebataban su alma. Reportóse, sin embargo, como pudo, y dijo a su rival:

—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Sólos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble?—le preguntó Rebolledo con ironía.

—Sí a fe—contestó sin descomponerse Salvador—. Y prueba de ello es que pude, y aun quizá debí, pasaros en claro y a mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara a cara.

—Voy a llamar a mis arqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el más alto torreón de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, según dicen, un agua tan fresca, que allí podréis templar vuestra cólera.

Aunque Salvador tenía el arco armado, dejóle hacer: y aplicando el caballero su cuerno de caza a los labios, sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.

—Bien está—dijo entonces.

—¿Con que tenéis miedo?—repuso Salvador, prorrumpiendo en sardónica y destemplada carcajada—. ¡Vive Dios que me maravilla!, porque en este mismo sitio acabáis de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo, que el mismo Lanzarote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaución es cuerda, porque nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van a

tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y a prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardéis, vive Dios, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre a hombre no va nada.

—!Perro!—dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera—. Tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro.

Y diciendo y haciendo se fue para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacía un rato que batallaban sin ventaja, cuando a raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.

—Tu fin se acerca—dijo don Álvaro.

—¡Y el tuyo llegó ya!—, respondió Salvador. Y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra a su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.

—¡Socorro! ¡socorro!—gritó don Álvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían a dárselo, y Salvador huía por el opuesto lado.

—¡Socorro! ¡Confesión!—repetía con ansia. Y en esto se le cortó el habla y expiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.

—Por allí se escapó el asesino—dijo uno de los arqueros.

—Es Salvador, el de la abadía—repitieron dos a un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron a nadie.

A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.

—¿Y María?— le preguntó—: ¿Donde está María?

—¿Qué es esto, Salvador?— exclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.

—Huye—dijo entonces el abad—, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la Palomera, que esta mismo noche iré a buscarte y a llevarte noticias de María.

Sin aguardar a más salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca, y por un valle que llaman en el día Foy de Barreira, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigían pausadamente a Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su sector en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.

—¡Salvador!—dijo.

—¿Quién me llama?—respondió este.

—Yo—respondió el afligido abad—. Hijo mío—añadió—, cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Úrsula y María han huido sin llevarse más que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte tú no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de don Álvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.

—¿Con que es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra?—contestó Salvador.

—Todo—respondió aquel varón piadoso—, menos la honra y el amor de nuestro padre común que está en el cielo.

Salvador sollozaba en la sombra, y el viejo sentía partírsele el alma.

—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? preguntó por fin el joven.

—Esta noche han llegado.

—¿Y cuando parten para Andalucía?

—Mañana volverán a su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.

—Con ellos me voy, padre mío. Quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trochas y veredas desusadas llegaron a la abadía. A la mañana siguiente antes de rayar el día salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amén de un bolsillo bien provisto que según dijo le habían entregado al confiarle su educación. Cuando llegaron a la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban a su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demás aparecía borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convenidas en humo, y con los ojos anublados exclamó:

—¡Oh! ¿Cuándo volverán a mi corazón la frescura y verdor que se han caído de el?

Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y apretando los ijares de su palafrén, fue a reunirse con los soldados.

II. La flor sin hojas.

Vanitas vanitatum,
et omnia vanitas

Si el corazón de Salvador no hubiese salido tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se estremeciera de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba a ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban a pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por más que torne abril, no torna a verdear ni a florecer, no extrañaremos que el cazador de San Mauro caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste enmedio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Bierzo: soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brío de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando a sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pe-

cho, y a todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que a manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura, y además su natural denuedo y noble sangre, le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros a Córdoba a principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y a fuer de capitanes experimentados, aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla a la sazón, y don Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando a orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibidos. No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía a las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio a Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y esa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos jefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de a caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de extraña manera a Salvador al ver cumplido uno de sus más ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas excusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio a aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercero día a un valle por todas partes cercado de recuentos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban a media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brío. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldados también de gran fama), se adelantaran con trescientos soldados prácticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Excusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos más atrevidos de tan ardua empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que extienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador, llegáronse por diversos lados a raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase a un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relincho del caballo, daban a conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria a la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole a los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba a morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallara de hinojos todavía, dijóle el primero en tono bajo y un tanto irónico:

—¿Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis a orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro.

Pesóle de la burla a Salvador, pero nada dijo, sino que llegando con gran priesa a donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida a la muralla, y subió con valerosa determinación, mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves, matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador, ganoso de aventajarse a todos en aquella memorable acción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta a los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hizolo así bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó a salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas, y preguntó con voz entera:

—¿Quién va?

Respondiole Salvador hiriéndole de una punta, que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:

—¡Al arma, al arma! ¡Los enemigos tenemos dentro!

Despertóse a las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador, que por su parte sólo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hacia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas:

—¡El rastrillo! !Bajad el rastrillo!

Pero no fiándose de nadie, abalanzóse a la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacía Salvador para ganar la puerta, redoblaron asimismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo, harto claro le daba a entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de adentro acudir a la muralla, volcar las escalas, y entonces sólo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desbaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto más y más sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba:

—¡Apretadle, que va a caer el rastrillo y es nuestro!—cuando, dando una gran voz y diciendo—: ¡Mahoma, valme!—cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo.

En seguida, y a modo de torbellino, salían por la puerta de la escalera dos guerreros que traían mal parados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversión, corrió a la puerta del castillo, abrióla de par en par y dio larga entrada a los de afuera, que de rondón se precipitaron. rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos a la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar o prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del castillo. Al día siguiente, después de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos, acaudillados

por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente a todos los demás.

Puso esta pérdida en gran consternación a la morisma, como que veían a los enemigos en el corazón de sus tierras: y sobre ellas se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacén juntó aceleradamente su ejército de tres mil de a caballo a cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatiola encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó a sacar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobróle gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera, el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el más poderoso entre los señores de esta tierra a don Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, y en él tenían puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y a la ley de la caballería: así fué que sacando el estandarte de Sevilla, y juntándose con don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava; don Diego Pacheco, marqués de Villena y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salían al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuése con los brazos abiertos para don Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses, pusieron término a las desavenencias que traían divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y a su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz, Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina Sidonia.

Por lo que toca a Martín Galindo, que ya lo era de Santiago, hiciéronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Albania. Todos aquellos señores les honraron a porfía, saludándolos como a hombres los más arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz, sin embargo, no fue dueño de sí propio, y harto mostró la predilección que le merecía Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó a los demás caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro joven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos a abrazarle, diciendo el maestre:

—¡Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene a manifestarse a quien tanto le desea?

No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba también y respetaba al santo abad, a quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le había adornado con un apellido ilustre que en él se extinguía, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con más honra. Sintió el nuevo caballero una emoción profunda, y, sin embargo, respondió al maestre y al marqués que había querido aguardará que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabía cómo mostrarles su agradecimiento.

—Escuchad, Salvador—le dijo el maestre después de mirarle con atención largo rato—. Aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen ten alto, todavía hay en vuestra persona un no sé qué, que habla en favor vuestro. Mucho me habíais de honrar si me recibieseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo—añadió con donaire—, que no sois enemigo de mi noble orden, ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito.

El de Cádiz, que lo oyó, dijo a Salvador:

—El maestre me ha ganado por la mano, y harto más ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero, sin embargo, debéis saber—añadió apretándole la mano—, que don Rodrigo Ponce de León os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiereis menester.

Los demás caballeros hiciéronle también por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con don Rodrigo Téllez Girón, del cual no se volvió a separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que más que otra cosa parecía fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo, no era feliz: de continuo se le venían a la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María a modo de mariposa bellísima y errante. Tan cierto es, que el amor en una alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina a su influjo.

Habían despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habían hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una más larga para nuestro mancebo. Decía en ella que a pesar de sus vivas diligencias no había podido dar con el paradero de Úrsula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Habláble además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió a resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y a traer oportuna diversión a sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato en los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando animo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que al punto se agrupó en torno del caído maestre, y mantuvo sólo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche expiró don Rodrigo Téllez Girón. Lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado a Salvador, y expiró teniéndole asido de la mano y encomendándoselo muy encarecidamente a don Gutierre de Padilla, clavero mayor de la orden.

Cuánto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vado que en su corazón dejaba, no hay por qué ponderarlo. Baste decir que había mirado al maestre con un afecto extraño y misterioso, que venía a ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz a consolar a Salvador en cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó a hacerle los más cordiales ofrecimientos; pero don Gutierre de Padilla le dio a entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trajeron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco a la ciudad de Granada, edificando a su frente la villa de Santa Fe, y en ella le decía que había vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevara una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algún tanto había tornado a sus pesquisas sin alcanzar por eso más que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver a ver a su hijo querido, según la postración en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hacia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestre, que como hermano le había mirado, descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal, desaparecía en las sombras del misterio o de la muerte quizá. Miró detrás de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hacia adelante; allí los combates y su estruendo. Alegróse de verlos tan cercanos, y precipitóse en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasión, que vino a dar en una especie de emboscada donde más de veinte moros le embistieron a la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendía valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo a galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando a loa demás, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo a Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fe. Caminaban en silencio, y nuestro joven maravillado examinaba con suma atención y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era éste alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubriale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo:

—En verdad, señor caballero, que mereciais no ya un hábito el más calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.

—Mi reino no es de este mundo—repuso el desconocido con voz grave y sonora—, y aunque he catado cerca de esta generación muchos años, ellos no han conocido mis caminos..

Sorprendido se quedó Salvador al oir estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura.

—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que, puesto que en acorreros más haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante acción, no sólo os descubriré mi rostro, sino que también os diré mi nombre: Llámanme Cristóbal Colón.

Esto diciendo alzó la celada y mostró a Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila candal y poderosa. Había en aquella cabeza un no se qué de inspiración, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiración y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fe, y se separaron cortésmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó a un caballero de Calatrava quién era Cristóbal Colón, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse a reír el caballero, y le dijo:

—Es el loco más hidalgo y más valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que revuelve en su imaginación, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos a la corte: pero aunque ha fascinado a algunos, los más le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oir hablar con tan escaso comedimiento de un hombre a quien sin saber por qué tenía en mucho: amén de que se le hacía duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y so color de dar las gracias a Colón por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubría, encamínose a su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan a las almas elevadas, y las reunen en un punto, bien así como una mísera luz atrae a dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intención pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristóbal; de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razón le cautivaron al mismo tiempo con su seducción irresistible. Desde entonces prohijó con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colón como un hermano o como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendición de Granada. Era cosa de ver la pompa y majestad de los reyes y sus hijas, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra, seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de él llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje con el estandarte real y el de Santiago a los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría, que llegaba a los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecía querérseles salir del pecho a aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes a sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde, entre los diversos premios que se repartieron, puso don Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava a Salvador, y doña Isabel le regaló una cadena de oro, lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido, sin embargo, su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso a la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colón sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey de Galicia le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulación noticiábale el anciano cómo había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar a Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador, pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vio seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba, finalmente, donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colón, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confin de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colón del puerto de Palos de Moguer el día 3 de Agosto de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fue un tejido de sublevaciones y de peligros, en que a no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y cl brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario, que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entretanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fe, encendiéronse, por último, en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podían impedirles que volviesen las proas hacia España. Colón, en semejante extremidad, les prometió y juró de hacerlo así, con tal que a los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación:

—¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me vedaréis como a Moisés la entrada en la tierra prometida, a mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, a ml que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío.

Salvador fuera de sí se volvía y revolvía a todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos.

—Vedlas—le dijo con entusiasmo—: ved las palomas del arca santa, Dios os las envía sin número, cuando a Noé vino una sola.

Eran, en electo, todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana. Pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colón.

Aquella misma noche a cosa de las diez, velaban los amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador señalándole una luz como de antorcha, que a lo lejos relumbraba. Subía el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colón exclamó con voz de trueno:

—¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas. Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas.

Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo, y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre, exclamando también:

—Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor, que cabalgaba en el torbellino.

Avergonzóse Colón entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando a Salvador:

—Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él.

Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní a quien Colón puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le había salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida, en medio de los isleños asombrados, y Colón plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como a un Dios. Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir a solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud, sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso, sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años; era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel a la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos, exclamó:

—¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos e iríamos a dar en el océano del sepulcro con toda nuestra felicidad e inocencia. ¡Ángel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María!

Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse, por fin, al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue a reunirse con sus compañeros y con Cristóbal Colón, de quien no se separó basta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demás de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó a éste ni devolvió a Colón sus honores y prerrogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo. La hiel que por tanto tiempo habla ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vio agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que habla soñado; se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza:

—¡Vanidad de vanidades, y todo es vanidad!

Volvió entonces su corazón al Padre de las misericordias, y diciendo un adiós eterno al desgraciado Colón tomó el camino de San Mauro de Villarrando resuelto a aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

III. Yerro y castigo.

¡Sólo a una mujer amaba!..
Que fue verdad creo yo,
Porque todo se acabó.
Y esto sólo no se acaba.
Calderón. — La vida es sueño.

En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó a ver delante de a la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba.

—¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo?—le dijo el recién llegado.

—¿Quién os había de conocer, Salvador—respondió el buen religioso abrazándole—, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado?

—Harta prisa me di para ganarla con aquellos perros—repuso Salvador con aparente jovialidad—. Pero decidme ¿y el santo Osorio?—añadió, procurando encubrir su zozobra.

—¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que erais vos? ¿Estáis enfermo?.... ¡Jesús! ¿Y es este aquel mozo tan gallardo? ¡Vaya! ¡Si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino!

—¿Pero el venerable abad?—replicó Salvador con impaciencia.

—¡Ay, hijo!—contestó el buen portero—. Está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la Hondonada del Naranco, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos días pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerraseis loa ojos. Pero os ponéis tan pálido. ¿Queréis tomar alguna cosa?

—No, nada—replicó Salvador, procurando ocultar su turbación—. Sólo os pido que le prevengáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina vista.

—Sí por cierto—dijo el padre Acebedo—. Voy allá volando, pero venid vos también a aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vio harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó a la puerta gritando:

—¡Salvador! ¡Hijo mío! ¿Por qué no vienes?

Corrió éste desalado al encuentro exclamando:

—¡Oh, padre mío, padre mío!

Y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos a decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varón piadoso.

—El cielo ha oído mis oraciones, y ahora después de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los días del hombre pasan semejante a la flor del heno, y los míos están contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé, pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y a mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo vi todo. Si en tu corazón se anida la vanidad mundana, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo don Pedro Girón, maestre de Calatrava.

—¿Con que según eso—preguntó Salvador con ansiedad—, el maestre don Rodrigo Téllez Girón, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano?

—Sí, por cierto: la misma sangre corría por vuestras venas.

—¡Conque era mi hermano!—respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos—. ¡Conque era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡Hermano mío!» ¿Cómo fui tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colón. Sus últimas lágrimas hablan corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón: de su misma tristeza solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente a las palabras del abad. Tan cierto es que allá en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde a los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la Iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de don Rodrigo Girón, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido a su hijo, no pasase a su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caldo bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya más sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:

—Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles a un ángel que vino a consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del océano, y la tierra prometida desplegó a nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas a mis párpados, vacíos a mi corazón y desengaños a mi entendimiento. Por premio de nuestras trabajos el gran Colón y yo hemos tenido grillos a los pies y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era más bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido a buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración. Mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abrieseis las puertas del santuario y recibieseis mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría sobre mi cabeza cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguiose una larga pausa a esta declaración, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa a romper el silencio.

—Salvador—le dijo por fin el anciano—, maravillado me dejas con tu resolución, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignación te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazón humilde llevas a las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperación, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mío, Dios no envía sus ángeles de consuelo sino a las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Díme, ¿si llegases a encontrar un día a la mujer que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:

—¿Pero no me dijisteis que murió?

—Sí. Murió para ti y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios—replicó el anciano prontamente.

—Pues entonces—añadió Salvador con sordo acento—, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que si no me juzgáis digno de él lo iré a pedir a la puerta de otro cualquier monasterio.

El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza:

—¿Qué teméis? ¿No véis que mi frente ha comenzado ya a encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan a treinta y tres años de pesares?

El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenía para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admira-

ción que causaría a todos los monjes semejante suceso; tanto más, cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que además todos le habían visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares más gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenla en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devoción aumentaban y engrandecían sobre manera. De allí a pocos días acaeció la muerte del venerable Fray Veremundo Osorio, que pasó a mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneración a su memoria, eligieron por sucesor suyo a Fray Salvador Téllez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal a todo el mundo. El rigor y la penitencia sólo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor había hecho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monjes antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto a él, ni los sentía ni los saludaba, tan embebecido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que más cerca de él estaban en el coro oianle pronunciar, en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que les dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes había hecho merced al monasterio y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la expresión, como por la corrección suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Habla desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar a María; no quedaban más que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que según pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió a demandarle su amparo y a mostrarle las heridas de su pecho. Y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inexplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como a la esperanza de las venideras. Y, sin embargo, absorto en la contemplación de aquella imagen soberana, poniéndola a manera de talismán sobre sus más enconadas llagas, y amándola con toda la efusión de su alma, sentía su corazón apartado de la paz del justo, y como codicioso y celoso del amparo de aquella purísima virgen. Más de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venían a mezclarse, disimuladas e invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se había aposentado en su alma.

—Pero, ¿dónde—se replicaba sosegándose—, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿Dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo común—añadía ya con calma—. Velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como león rugiente buscando víctimas que devorar. Resistámosle

con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.

Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacían su semblante cada día más adusto y sombrío, y daban a su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se había pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vio al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido, que no le sintió

—Sí. Razón tenía aquel santo varón—decía en voz baja y desconsolada—. Los espíritus de la calma no han venido a mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh virgen pura! ¿No está limpio todavía mi corazón de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz

La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen, de la Virgen y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendía. Salió éste con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponía a sus monjes, y le preguntó:

—¿Qué traéis, padre portero?

—Padre nuestro—respondió éste inclinándose—, de dos días a esta parte cunde en los alrededores una superstición extraña. Dícese que una maga, o bruja, o no sé qué visión, viene por las noches a la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene a los paisanos, que hasta los mismos criados del monasterio se excusan de llevar allí sus bueyes.

—¿Y no habéis vos procurado desvanecer semejantes mentiras?—preguntó el abad con tono severo.

—Sí, padre nuestro—replicó el portero—. Pero, ¿de qué puede servir mi humilde opinión delante de supersticiones tan añejas?

—Bien está—contestó el prelado—. Id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba a las Médulas, y que, según dijimos en la primera parte, es un valle que en el día llaman Foy de Barreira, se encontraba a la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana, en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con la sombra de sus árboles y la frescura de sus aguas. Loa años y los hombres la habían, empero, destrozado, y sólo se conservaba el pedestal de la estatua derecho en medio del pilón aportillado, y el torso mutilado de la Diosa misma caído por tierra a pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yerbas silvestres. En aquel lugar habían pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y, sin embargo, acercábase aquél sereno y repuesto a semejantes sitios, porque allí mismo había ido a desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió dejarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó a la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas

fingían un encaje aéreo de reluciente plata que, al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba alrededor silencio profundo, y sólo el monótono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades. Como nada se divisaba por allí, el monje se sentó sobre la estatua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó a su lado, y vio pasar a la maga que, sin reparar en él, se sentó a la orilla de la fuente y se puso a mover las limpias ondas con su mano. Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantase Salvador como sobresaltado, y comenzó a observar los movimientos de aquella fantástica criatura, que vuelta de espaldas hacia él, pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdían entre el ruido de la fuente. Levantase a poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedó éste helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen misma de su oratorio. Venía andando lentamente, y, cuando ya llegaba cerca, pronunció, con triste y apagada voz, estas palabras del Cantar de los Cantares:

—Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

¡No era la virgen! Salvador dio un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí, halló la maga de rodillas junto a él, rociándole la cara con agua de la fuente. Levantase entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica visión, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas.

—¡María! ¡María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido a pedir a los hijos de los hombres?

—¿Quién eres tú?—respondió ella con una particular sonrisa. ¿Tú, cuya voz me trae a la memoria la imagen de mis pasadas alegrías? Aquí mismo—continuó, yendo y viniendo con desatentados pasos—; ¡aquí mismo fui tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caído de mi cabeza.

Salvador entonces fuera de sí, se acercó a ella y le asió una mano, sin que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.

—¡Esto es verdad!—dijo Salvador—. ¡Mis manos estrechan esta mano! Esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Conque eres tú, María, la misma María?

—No soy la misma—replicó ella con gravedad—, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo—añadió con una loca alegría—, harto más dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes a platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú, que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?

—Es que soy yo, yo, Salvador, mírame bien, ¿no me conoces?

—¿Quién? ¡Tú Salvador!—repuso ella palpando su cabeza—. ¿Dónde están, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿Dónde tu arco y tus flechas? ¿Dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?

Y luego añadió como reflexionando:

—Tú no puedes ser, porque Salvador baja también algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tú vistes.

—Está loca, ¡loca, Dios mío!— exclamó Salvador retorciéndose los brazos.

—¡Loca, loca!—repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras—. Bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto, que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.

Dicho esto púsose a caminar alrededor de la fuente, cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traía vestido el hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza. Estaba flaca, descolorida y macilenta; de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí, a un lado, sombrío y amenazador.

—Según eso—dijo con amargura—, mis meditaciones, vigilias y plegarias, han sido incienso quemado en los altares de la tierra. Según eso, mis armas se han vuelto contra mi, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza

María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job: «Hablaré con amargura de mi alma. Diré a Dios: no quieras condenarme. Manifiéstame por qué me juzgas así».

—Tenia razón el santo Osorio—dijo el monje después de una breve pausa—. Muerta estaba para mí, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro. Es verdad—añadió mirándola—; las penas han secado el tallo de la flor, y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.

La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job: «¿Por qué me sacaste de la matriz? Ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro». Y en seguida se paró delante del abad, y dijo con voz apagada: «¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor». Siguióse a estas palabras un profundo silencio, en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió: «¡Semejante a mi dolor!.

—¡Oh sí!—murmuró Salvador con voz sorda—. Dolores hay que no caben en el corazón del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se había vuelto a sentaren el borde de la fuente, y miraba a la luna con distracción profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitación incesante y viva, y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.

—¿Qué he de hacer?—dijo por último en voz alta—. ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razón y el mundo de su amparo? María—añadió acercándose a ella—, es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.

Miróle ella fijamente y le contestó:

—Si iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira, yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.

Echaron a andar en silencio y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías y se paraba a sacudir las gotas de rocío que a manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron a la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba a reír. Parose, sin embargo, la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:

—¿Sabes que me moriré si me vuelves a las rejas de hierro?

—Sí—respondió el abad con cariño—. Y por eso te llevo a unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.

Llamó enseguida al portero, y abrió éste la puerta de par en par: ¿pero cuál fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademán? Dio un grito de horror y se arrimó a la pared para no caer.

—¿Estáis en vos, Padre Acebedo?—le dijo el abad agarrándole.

—¡Ah! ¿sois vos, padre nuestro?—respondió el asustado portero con indecible alegría—. ¿Con que parece que vuestra paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa Iglesia?

—¿Qué estáis ahí hablando de conversión ni de Iglesia?— eplicó el abad no poco enojado.

—Sí, padre nuestro, a la maga o bruja, o lo que es, que ha pasado por delante de mí

—Necio sois en verdad: ¿no reparáis que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz, y sin duda se habrá escapado de algún convento.

—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y...

Adelante pasara en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase a lo mejor.

—Id—le dijo éste friamente—, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.

El pobre portero caminó a prisa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razón, por más que a los súbditos les sobre.

El *Retiro del Abad* era la morada solitaria que había mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos días de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habían prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondonada del Naranco*, y a su vez, aunque más allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de limite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio: mientras a los pies, y en una deliciosa hondura, se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas, que por su parte hacían sombra a un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba a los misterios de la me-

ditación y del recogimiento, como a la contemplación de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador a María, y se separó de ella, diciéndole.

—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres. También la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir a Dios que vengan a ti esos ángeles que te consuelan.

Dicho esto, se alejó en compañia del padre Acebedo, que por su parte había cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Ésta se había quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente, sin echar de ver la falta de sus compañeros que por su parte llegaron a la abadía sin hablar palabra; el abad, a causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quiénes eran, a dónde iban, ni qué propósitos eran los suyos. Hoy, que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que don Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Úrsula, doncella de buen linaje, pero tan inferior a su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demás, y comenzaron a denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que don Alonso le provocó a singular combate: pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba, tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo, dejando a su mujer y a su hija de pocos meses, cercadas de viudez y orfandad espantosas. Temiendo que Úrsula reclamase algún día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz, abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino a refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer, viendo a su hija expuesta a las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror, a buscarla protección de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habían minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de León, llamado San Martín del Valle. Con cuánta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay por qué encarecerlo; baste decir que dejaba a su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como a veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que había en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual murió más resignada, encargando a ésta que buscase en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acerbo golpe, declaró el estado de su corazón a la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio, pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto cuando llegó el mensajero de la abadesa

de San Martín. Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura éste al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de don Álvaro Rebolledo le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quiera que sólo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas. dio la vuelta a San Martín, y a los pocos días tomó María el velo, y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores; y aquel corazón que no concebía más que el amor, que solo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era, por cierto, sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba a aquella tierna y delicada criatura; así es que su razón se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin a perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear a veces repitiendo versículos de los libros sagrados, que aplicaba casi siempre a su situación, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían a hablarle de las esperanzas del ciclo. Así se pasó mucho tiempo, hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter más sombrío, y comenzó a llorar amargamente, quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba a morir. Estaba el monasterio de San Martín asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Bierzo, que todavía se levanta orillas del río Boeza en la feraz ribera de Bembibre, y en situación deliciosa. Aquel país ameno y pintoresco aquietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora a Salvador, que ceñudo, callado y a paso lento entró en la camara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:

—¿Con que es verdad—exclamó—, que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con que a ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido a postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba.

En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monjes de San Mauro se preguntaban unos a otros:

—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hunden, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?

Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear. Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala

siempre Salvador en compañía de algún religioso, y sus palabras si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que más tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Jerónimo en el desierto, pero sus monjes nada adivinaban: tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, a las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, después de haber corrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin a San Mauro y entregó al abad una carta, dándole además cuenta de su mensaje. Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que habla resuelto guardarla por unos días más, después de lo cual él mismo la acompañaría con dos monjes y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito a la abadesa, y con esto despachó al mensajero que sin perder tiempo dió la vuelta a San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.

—¡Eso no!—dijo por fin levantándose como un león herido—. Apartarla de mi es imposible. He registrado los lugares más secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar a cabo tan horrible propósito.

Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al *Retiro del Abad*. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas. Llegóse a ella y le dijo:

—¡Maria, mírame bien! ¿No te trae mi voz a la memoria el recuerdo de tus días alegres?

—Sí—respondió ella con ingenuidad—. Ya te lo he dicho otra vez.

—Pero, ¡no me conoces!—añadió él con ansia—. ¿No conoces a tu Salvador?

Midiole la doncella de alto a bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:

—No. Tú no eres Salvador; porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores, o el casco de los guerreros y no el hábito de los monjes.

Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo, tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que a su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado más la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así sin hacer caso del transtorno que parecía amagar a la naturaleza, llegó a su celda, vistiose por debajo de sus hábitos el traje de cazador que usó en sus primeros años, ocultó animismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oirse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:

—¡Salvador, Salvador!

Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino a caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó a abrazar a Salvador diciéndole con inefable ternura:

—¡Salvador! ¡Alma mía!

—¡María! ¡Amada de mi corazón!—respondía éste, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monje. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra en torno suyo y vió el habito de Salvador caído entre los brezos: reparó en seguida en su propio ropaje; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos:

—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida a Dios, tú que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar a tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? ¡Vuélveme a mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia!

Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole su hábito caído:

—¡Sí; lo he hollado porque me separaba de ti, y porque todo lo atropellaría para llegar donde tú estás! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin ti todo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú a un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado a tus pies? Pues bien; ¡cúmplase mi estrella! ¡ya nunca me separaré de ti, y al que quisiera dividirnos, le arrancaría el corazón con mis manos!

En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada:

—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mí por toda la eternidad?

Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó a temblar bajo sus pies:

—¡Oh!—añadió la virgen con las manos juntas—. ¡Vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes!

—¡No!—respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho—. ¡Jamás me separaré de ti, y venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!

No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vinose a tierra estrepitosamente el Retiro del Abad; cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante a las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó María cayendo de rodillas—. ¡Perdón para nosotros!

Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse a subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo a los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban a Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas, como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si a morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes. Acordaronse al ver esto del prelado, a quien algunos hablan visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba a gusto de su imaginación, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monjes consternados y privados de su asilo, se retiraron a Carracedo, rico monasterio, situado en la ribera del Cua; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

Conclusión.

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento a la imaginación del vulgo, ansioso siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mi tío don Atanasio el cura» que decía el barquero; y salva la flojedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás, el Lago de Carucedo tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que le ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es más que probable que ya en tiempos de los romanos existiese, por que las cercanías están llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fría como casi siempre se muestra.

Mariano

José María de Andueza

Semanario Pintoresco Español. 1840. 259-261

—El coche ha pazao ya.

—Maldita zea la hora en que nazizte Chepe: ez una infame noticia la que me traez.

—¡Y qué! Pacencia y barajar.

—¡Pacencia! Y eze pícaro D. Luiz ze reirá en miz hocicos deapuea de haberme zoplao la novia..., No; juro a Dioz que no. Mira: saca el tordiyo y a montar. ¿Irá muy lejoz el coche?

—A coza de medio cuarto de legua. Pazó mientraz yo eztaba conzolando a la pobre Paca, que ziempre está yorando, como ci no hubiera aprendido en la escuela otra coza.

—Ya me tiene acribiyao con zuz lágrimaz y zuz arrumacoz.

El que esto último decía era un hombre como de veinticinco años, alto, bien formado, cuyo rostro revelaba hondos pesares, y vestido con el traje que generalmente acostumbran llevar los contrabandistas y majos andaluces: calzón corto, botines de cuero bordados de sedas de colores, chaquetilla adornada con belloticas y alamares, faja encarnada, pañuelo de seda con brillante sortija al cuello, y sombrero calañés. Una canana bien provista de municiones que le rodeaba la cintura, una carabina de más que regular tamaño y una manta de muestra, que le servia ya de defensa en un encuentro de arma blanca, ya de abrigo en rigurosa noche de invierno, completaban su pintoresca y cómoda vestimenta. El segundo interlocutor que acababa de merecer del primero una maldición y el nombre de Chepe, lucia el mismo traje, aunque de menos lujo; y a juzgar por la confianza que entre ambos reinaba unas veces, y por el respeto que otras manifestaba Chepe a su compañero, cualquiera los hubiera tenido o por dos amigos, o por amo y criado.

El sito en que se hallaban era la entrada de un cortijo situado al lado derecho del camino real de Sevilla, sobre una altura desde la cual se divisaban y aparecían como fantásticas alfombras las verdes y olorosas campiñas de Andalucía. Elevábanse a su frente como en contraste algunos peñascos por cuyas grietas se deslizaban transparentes arroyuelos, que se perdían entre las desigualdades del terreno, y volvían a aparecer mucho mas lejos para pagar su humilde tributo al delicioso Guadalquivir. Era la tarde de un día de noviembre; el cielo estaba despejado, la atmósfera serena, y solo en el corazón de un desgraciado bramaba oculta tempestad.

II

Mariano era hijo de un contrabandista de Málaga que se había enriquecido en el comercio: su padre quiso darle una educación esmerada, y con este objeto lo envió a Cádiz bien provisto de recomendaciones y de dinero. Mariano era inclinado a los placeres,

generoso, valiente y carecía de experiencia, tenia hermosa figura, rasgueaba con primor la guitarra, y no pensaba en el porvenir: con estas disposiciones pronto se halló en Cádiz como en su centro. Con efecto, algunas músicas nocturnas, varios misteriosos encuentros de la plaza de San Antonio y de la alameda del Carmen, tal cual paliza dada y recibida al salir del Valon o en la Mirandilla, tres o cuatro amigos calaveras y unos ojos árabes llenos de fuego, elocuentes, irresistibles, hicieron de nuestro joven un héroe.

—¿De qué te sirve pasar todo el día como un búho sobre los libros?—le dijo un amigo—. ¿No eres rico? El estudio se ha inventado para los pobres. Tú no has de ser abogado, ni canónigo....Vamos, quema esos mamotretos y aprende a vivir.

La voz de un amigo es una cosa sagrada; se introduce en el corazón, lo domina; es la voz de Dios, pura, desinteresada.... ¿Quien se resiste a la voz de un amigo?

No tardó mucho tiempo Mariano en experimentar los efectos de aquella perniciosa sirena. Había visto en un paseo a la hermosa Inés, hija del marqués de L*** ; y verla, adorarla, y poner en juego medios eficaces para ser correspondido fue para él obra de un solo día. Serenatas debajo de sus balcones, billetes amorosos, señas, dinero a las criadas, nada escaseó Mariano para llegar al logro de sus deseos. Sin embargo ninguna respuesta, ni el más ligero favor había recibido que le alentase en su empresa, y esto mismo le obligaba a proseguirla, llegando a enamorarse tan perdidamente de Inés que primero hubiera renunciado a la vida que a su posesión.

Llegó por fin el día en que su suerte iba a decidirse. Paseábase Mariano pensativo y a la ventura por las calles de Cádiz una mañana del mes de octubre de 1817 cuando oyó que le llamaban por su nombre: paróse, miró hacia atrás, y reparó en una mujer cubierta con un velo negro. Creyó el joven al pronto que era alguna de sus conocidas aventureras y se disponía a seguir su camino; pero ella se le acercó, y asiéndole del brazo le dijo:

—¿Cuánto daria V. zeñor D. Mariano, por tener cita noche una entrevizta con la zeñorita Inez de L.**?

—¡Ah!—respondió nuestro heroe sorprendido. Y V. puede.... Pero no; ¿quién ez V.?

—Zu donceya, zi V no lo toma a mal.

—¡Ez pozible gran Dioz! Y eya.... ¡Ah! por piedad.... dígamelo V... ¿ Me ama

—Ez V. correzpondío, pero....

—¿Qué?.

—Hay de por medio un rival formidable.

—Juro a Dioz que lo mataré.

—Bien hecho y mejor penzao.

—¿Y cuándo la he de ver?

—Esta mizma noche a laz nueve irá V. a eztacionarze debajo de la ventaniya que hay detraz de la caza del marquéz. Eya eztará arriba, y hablarán ustedes; pero cuidado con D. Luiz

—¿Quién ez D. Luiz?

—El rival.

II

Las nueve de la noche daba el reloj de San Antonio, hora en que reunida una brillante tertulia en el salón del marqués de L*** presentaba el espectáculo de esos magníficos *soirées* que modernamente hemos admirado y admiramos en los grandes hoteles y palacios de París y de Madrid. Todos los concurrentes se esmeraban en contribuir a disfrutar lo que en esas reuniones de la alta sociedad se llama una noche deliciosa; deliciosa que consiste en hablar de la última moda, en elogiar la voz y maneras de la dama soprano, en criticar el enlace del conde H. que va a pagar sus trampas, en tocar una obertura al piano y en pasear un rigodón. En 1817 no conocíamos rigodones, y los bailes de primera clase eran mucho mas animados pues no se había excluido de ellos el vals por alto, el nacional y airoso bolero y la expresiva contradanza española. La tertulia del marqués de L*** era pues preferible bajo este aspecto a las que hoy disfrutamos.

En aquella tertulia reinaban también la alegría y la franqueza que los graves españoles hemos ido desterrando poco a poco, no se si a pretexto de nuestras desgracias o de nuestra orgullosa pobreza. Y con todo también había allí una mujer triste, una mujer con el rostro risueño y el corazón despedazado, una víctima de la preocupación y del despotismo paternal, que había comprendido a fuerza de ejemplos la necesidad de hacer creer a todos que estaba alegre, porque hace veintitrés años eran hipócritas las hijas de familia, no por cálculo, como ahora, sino por obligación. Inés, única heredera de grandes riquezas estaba ya destinada a sacrificarse, uniendo su mano con la de Don Luis, hijo primogénito de un título de Castilla: era un pacto de familia, un tratado en que solo las apariencias sociales, no las conveniencias, habían tenido parte. El corazón, la felicidad de dos novios era un incidente secundario, una cosa subalterna. Por otro lado, era claro que habían de ser dichosos una vez que poseían grandes riquezas y dos títulos. ¿Para qué mas en este mundo?

Don Luis amaba a Inés; pero ésta, al paso que aborrecía en él una petulancia sin limites y el insoportable orgullo que heredó de su familia, había notado las fogosas miradas que Mariano, nuestro joven enamorado, la dirigía en los paseos y en la iglesia; había leído sus billetes llenos de entusiasmo y de pasión, y admiraba su gallardía y la fama de valiente que entre los guapetones de la vida airada se había adquirido. Por mucha vanidad que tenga una mujer, siempre es sensible a estas prendas. Inés, pues, amaba a Mariano, lo sabia aunque dispuesta interiormente a no vencer una pasión que nunca es tan violenta como cuando es naciente, presentía los terrible obstáculos, más aún, la imposibilidad de romper los detestables lazos que la unían a D. Luis.... Presentía, en fin, que iba a ser desgraciada.

Avanzaba la noche, y Mariano esperaba hacía una hora al pie de la ventanilla el cumplimiento de sus deseos Arrimado para no ser visto, mas por decoro de Inés que por miedo, a un ángulo que formaban dos lienzos de pared, proyectando en la calle negra sombra, se entregaba, de antemano a la felicidad que dentro de pocos momentos iba a gozar. No le parecía sueño aquella aventura, porque estaba acostumbrado a creer todo posible, ni hallaba dificultoso que la hija de un grande, bella, joven y virtuosa se enamorase de él, porque juzgaba a todos los corazones por el suyo; el desencanto debía ser horrible.

Asomó por fin una mujer, la noche estaba oscura, tanto mejor para el misterio de una cita.... Era ella...Ni ¿cómo dudarlo?

—Buenaz nochez—pronunció una voz que pareció a Mariano la de un ángel.

—¡Hermoza mía! He yegao por fin al término de miz ezperanzaz ¡Ah! Zi zupieraz lo que paza en ezte corazon too tuyo! Miz cartaz te lo han dicho ya mil vecez; pero tú, ingrata, dezconocia, ni a una zola me haz conteztao.

—No era ecente....maz no por ezo merezco talez nombrez... Yo....ez precizo ecirlo....Zí....yo....amo a V.

—¡Bendita mil vecez zea eza rezalaizima boca!. ¡Ah mona! Zi pudiera apretarte aquí contra mi pecho! Acabaz de hacerme el hombre máz feliz.

—Y yo zoy la mujer máz dezgraciáa.... Mañana...

—¿Qué? ¿Qué?

—Mañana debo cazarme.

—¿Con quién?

—Con Don Luiz.... Mi padre ze ha empeñao y...

Un rayo que cayera en aquel momento no hubiera desconcertado a Mariano tanto como aquellas palabras. Calló largo espacio, pero recobrando al fin su acostumbrada sangre fría dijo a Inés

—¿Eztáz resuelta a zer mía?

—Zi—contestó ella.

—¿Tienez valor?

—No me falta. ¿Qué debo hacer?

—Mañana a las cinco saldráz a miza; yo te ezperaré con doz cabayoz en ezte mizmo zitio y huirémos de Caiz.

—¡Malvado!—gritaron al mismo tiempo. Inés desapareció, y un hombre con la espada desnuda se precipitó sobre Mariano. Hizose éste atrás, empuñó la navaja, y dijo a su contrario.

—¿Ze yama V. Don Luiz, mi amigo?

—Sí—respondió el de la espada—, D. Luis de Pareda es mi nombre, villano. Entrégate o te mato.

—Graciaz a Dioz que pueo cumplir mi juramento—exclamó el joven—. Dije que mataría a D. Luiz, y lo mataré

Al mismo tiempo dio un salto hacia adelante y atravesó con el cuchillo el pecho de su rival. Cayó éste dando gritos, y Mariano se retiró paso a paso, perdiéndose en breve por las callejuelas de la ciudad.

IV

Un mes después de este suceso se hallaba Mariano a la entrada de un cortijo en el costado derecho del camino real de Sevilla; a su lado estaba sentada una mujer llorosa que al parecer imploraba su piedad.

—Ye te he icho, Paca—decía él—, que me haz hecho dezgraciao, y cuando un hombre como yo lo ice, ze le puee creer.

—Yo te amaba—respondió la mujer sollozando.

—También me ijizte que eya me amaba y mentizte.... ¿Y qué me importa tu amor? Huizte del rezentimiento del marquez cuando zupo que habíaz representado el papel de zu hija hablando conmigo desde la ventaniya, la noche que herí a Don Luiz, y me pedizte un azilo en eztoz andurrialez. Te lo concedí por caridá; tú cuidaz de mí y de mi criao, en una palabra, me zirvez eu el cortijo como zerviaz al marquéz en zu gran caza de Cáiz. ¿Qué maz quierez?

—Tu amor....

—Caya, perra de Lucifer.... ¡Mi amor! ¿Zabez tú lo que ez mi amor?... ¡Ah! ¡Eya zola! ¡lnéz!...

Y Mariano se separó de Paca, y pasó largas horas meditando en las consecuencias de un crimen que hacia días había concebido.

Don Luis no había muerto, ni su herida presentaba el menor peligro; el susto que a pesar de su valor le asaltó cuando se vio acometido por Mariano, a quien suponía indefenso, y una enorme piedra en que no había reparado, produjeron su caída. Pocos días tardó en restablecerse, y el Marqués, agradecido al empeño con que había salvado el honor de su hija, comprometido por la intriga de Paca, activó las diligencias matrimoniales, y la unión de Inés con Don Luis tuvo efecto a entera satisfacción de todos sus amigos. Súpolo Mariano en su retiro, y supo también que los nuevos esposos debían salir para Madrid cinco días después de la boda. En consecuencia determinó observar el camino real con cuidado, valiéndose al efecto de su criado Chepe, hombre como él resuelto, y que se había visto obligado a escaparse de Cádiz, por hallarse comprometido en un lance de puñaladas que había producido el resultado de dos o tres muertes. Así estos dos hombres, fuera de la ley por distintos motivos, se habían unido para hacerse más fuertes contra la ley. El hombre desgraciado comía, bebía y dormía con el hombre perverso, confundiéndose los dos en el seno de la libertad, en los montes, del mismo modo que la ley los confunde en las cárceles y en el patíbulo.

Cuando Mariano supo que el coche que conducía a Inés y a D. Luis había pasado por el camino real, sintió una opresión violenta, como si su corazón se encontrase apretado entre dos planchas de hierro. Pero las emociones duraban en él un minuto; sabia vencerlas y dominar todo sentimiento desde el instante que formaba una resolución. Al frente de un imperio hubiera sido inatacable; al frente de un ejército, un conquistador.

Montó Mariano en su tordillo, y seguido de Paca y de Chepe se adelantó por un atajo, calculando que antes de anochecer podría bajar al camino real por un punto a donde el coche no hubiese llegado aún, a causa de una cuesta que tenia que bajar. Precisamente se encontraba al fin de aquella cuesta el sitio en donde Mariano había determinado llevar a cabo su venganza.

Cerca ya del camino dejó los caballos en el bosque al cuidado de Chelpe, y se adelantó con su carabina. A pocos momentos divisó el coche. Ardiendo entonces en ira, y asomando a sus labios una sonrisa irónica

—¡Ya te tengo!—exclamó—. ¡Pérfido Don Luis; no gozarás por mucho tiempo de tu dicha!

Y diciendo y batiendo empuñó la carabina, cuando se sintió detenido por el brazo de Paca que le había seguido sin ser vista.

—¡Qué traez aquí!—dijo Mariano con desprecio.

—Vengo a evitarte un crimen—respondió Paca—, ya que yo zoy la cauza de tu dezgracia ...Mira—añadió con entusiasmo, y señalando al cielo—, ayí eztá el Dioz que noz ha de juzgar.. tu corazon ez bueno... perdona a Don Luiz.

—¡Nunca, nunca, no hay perdón!—gritó Mariano; y apartando bruscamente a Paca con su fuerte brazo, levantó la carabina, apuntó al coche, y el tiro resonó por el bosque como el estampido de un seco trueno. La primera víctima de la venganza de Mariano fue el cochero. Precipitóse Don Luis al camino armado con dos pistolas, pero su rival había vuelto a cargar la terrible carabina, y el segundo tiro acabó con la vida del esposo de Inés. Corrió Mariano al coche en donde yacía desmayada la inocente y desventurada causa de aquel infortunio, y abriendo la portezuela la sacó en sus brazos al camino. Acudieron Paca y el criado con los caballos, volvieron a montar, y se internaron por el bosque, llevando Mariano a Inés desfallecida.

V

El año de 1818. ahorcaron en Málaga a un famoso bandido llamado Mariano, o por otro nombre *El sin miedo.* Era natural de la misma ciudad. y había hecho su nombre celebre a fuerza de delitos. En sus últimos momentos refirió al religioso que le auxiliaba la historia de su vida: murió arrepentido de sus crímenes, y dejó declarado que al lado del cortijo en que fue preso, se hallaba al pie de un árbol una maleta llena de onzas de oro, las cuales era su voluntad se entregasen por iguales partes a Sor Inés y a Sor Francisca, religiosas hospitalarias de S. Juan de Dios de Cádiz, a quienes había tenido en su poder por haberlas sorprendido en un camino, y que habían huido de él apenas pudieron hacerlo.

El religioso citado apuntó los principales incidentes de esta historia, y su cartera me ha inspirado la idea de extractar un cuento que publico, no como interesante, sino como provechoso para la juventud.

El Príncipe de Viana

José María Quadrado

La Alhambra. 1841. 127-131/166-168/191-192/202-204/225-227

Cuando Carlos, príncipe de Viana, desde la galera que le arrebataba lejos de Mallorca, vio los opacos muros del real palacio en que tantas horas de paz y de estudio había gozado al son de las olas que batían sus cimientos, y la ciudad en que dejaba más de un recuerdo y más de un beneficio desaparecer y perderse en el azul de los cielos, levantó a estos una dolorosa mirada de súplica y desamparo y luego inclinó la cabeza y cruzó los brazos debajo de sus vestidos, como si se preparara a amargos trances y se entregara arrancado del puerto a la corriente de su desventura. Hijo del rey de Aragon v de la reina de Navarra, prometido a Isabel hermana de Enrique IV, más tarde heredera de Castilla, primo de Fernando, rey de Nápoles, cuyo trono le habían antes ofrecido los varones del reino, había ya rehusado una corona, y podía prometerse otras tres, reuniendo la España entera bajo su cetro; y en la opuesta orilla de Cataluña aguardábanle a su desembarco las fiestas y homenajes de sus vasallos, el amor de mil corazones que por doquier en su tránsito conquistaba, y sobre todo el abrazo de un padre desde largos años separado.

Carlos temía que el paternal abrazo semejante al de la serpiente no le ahogase al estrecharlo.

No pasaron ocho meses antes de que el príncipe puesto en cadenas en Fraga por orden de su padre se acordase de su sombrío presentimiento. Juan II, después de pasear a su cautivo por Fraga, Aytona y Zaragoza, testigos del horror de su atentado y de la inocencia de su víctima, le encerró en la fortaleza de Morella. Y mientras se levantaba de todo el reino un grito de lástima y de indignación, mientras los pueblos se hacían degollar por la libertad del príncipe y vestían luto y celebraban rogativas como por pública calamidad, el palacio de los reyes de Aragon comparable al de los Atridas, veía rotos todos los vínculos de la sangre y ultrajados los afectos todos en el cruel monarca que había jurado la muerte de su primogénito, en la ambiciosa Juana Enriquez, su segunda consorte, que urdía la ruina de su entenado, y en la desnaturalizada condesa de Foix, hija de Juan II, pidiendo la sangre de su hermano a precio de la corona de Navarra.

Una hermana tenía Carlos, la virtuosa Blanca, único miembro de su familia con quien le unían el amor, la desventura y el odio de su padre. Reina un día de Castilla, y arrojada del tálamo real por el imbécil Enrique IV su esposo, al volver a la casa paterna encontrándose como extranjera en un vasto desierto, había entregado todo su afecto, y enlazádose cual débil hiedra al príncipe, sin advertir cuán incierto era su apoyo y cuán combatido por los vientos.

Cuando se la arrancó de su hermano, en vano pidió compartir con él el peso de las cadenas y acompañar su solitaria cautividad; pero sus llantos y su orfandad que eran un ultraje para aquella corte corrompida, y las instigaciones de su implacable hermana, la de Foix hicieron que se la alejase a un castillo en la ribera del mar no lejos de Peñíscola. Gente numerosa que la sirviera y a un tiempo la vigilara, lujosos muebles y densas rejas, v

aquel edilicio mitad palacio y mitad prisión, todo allí revelaba su destino de princesa y de cautiva.

Una noche, arrodillada en su reclinatorio, preñados los ojos de lágrimas, leía las preces escritas con oro y azul en su precioso devocionario, donde su difunta madre, cuyo nombre heredada por ella era tan caro aun a los fieles navarros. Había paseado por la tarde a orillas del mar, cuyas monótonas olas y monótono rumor tal melancolía y recuerdos despiertan en el alma; pero la de Blanca no se fijaba en los felices días y fiestas de su juventud, ni en la espléndida corona que había ceñido sus sienes, sino en la sombría torre que encerraba a Carlos.

Veíale pálido a veces en la húmeda cárcel, recostado sobre pajas, y entonces sin advertirlo apartaba la almohada e hincaba sus rodillas en el frío suelo para orar. A veces le creía ya difunto víctima del odio de sus enemigos, y entonces dirigía a él mismo la oración con que antes imploraba por él, pidiéndole la llamase a sí para reunirse en los cielos.

Unos dulcísimos acentos que lánguidamente y a deshonra sonaron cual bajados de las nubes, vinieron en aquel momento a aumentar su ilusión. Corrió Blanca a la ventana, y al nebuloso resplandor de la luna distinguió un hombre armado que era el autor de aquel canto acompañado e interrumpido con los sonidos de una bandurria.

Discurrió luego que sería aquel hombre un salvador, y que se encubría allí quizá un artificio que en bien suyo debía resultar; y mandó a sus damas, a quienes el canto había llamado también a las rejas, que introdujeran al trovador, mostrando tal imperio en su rostro habitualmente dulce y suplicante, que no osaron aquellas resistirse a sus deseos, a pesar de la severidad de la vigilancia, y del rigor de las instrucciones recibidas.

A poco rato un caballero de gallarda y elevada estatura, calada la visera, hincó la rodilla ante Blanca como a dama, y como a princesa, y a ruego de ella con voz al principio trémula entonó el siguiente canto que las damas y los sirvientes escucharon ávidamente sentados en derredor:

Colguen les gents ab alegria festes,
Loant a Deu, entremesclant deports;
Places, carrers, e delitables hors
Sien cereats ab recont de grans gestes;
E vajá jo los sepulcres cercant,
Interrogant animes infernades;
E respondrán, car no son companyadas
D altre qua mí en son continu plant.

O vos mesquins, qui sois terra jaeu
Del colp d Amor ab lo cors sangonent,
E tots aquells qui ab cor molt ardent
Han bé amat, prech vos nous oblideu.
Veniu plorant, ab cabells escampats,
Uberts los pits, per mostrar vostre cor
Com fonch plagat ab la sageta d or
Ab que Amor plaga ls enamorats.

Jó viu uns ulls haver tan gran potença
De dar dolor e prometre plaher,
Y esmaginant viu sus mi tal poder
Que n mon castell era esclau de remença.
Jó viu un gest e sentí una veu
D un feble cos; e cuidara jurar
Qu un hom armat jo 1 fera congoxar
Sens romprem pel; jo m so retut per seu.

Mos sentiments son axi alterats
Quant la que am mon ull pot divisar,
Que no ni acort si so n torra n en mar,
Y ls membres luny del cor tinch refredats.
Si m trob en part ont li pusca res dir,
Jó crit algú parque ab ell m escus:
Aquesta s por perqu ella no m refus
Crehent mon mal de mala part venir.

O ver Amor! tu invoch e reclarn,
Puix m has plagat, vulles m abandonar
Aquell unguente que sol medicinar
Los pacients que per tú mal passam.
O tú qui ets sobirana dolor
Quant desiguals los volers fas venir,
Not veja tal, o m atorga 1 morir;
Dolça m sera de la mort 1 amargor.

—¡Oh trovador!—exclamó Blanca—, vuestro canto es más dulce que el del cisne, y más grato que el aroma del incienso.

—¡Ah! Señora, el cisne solo es canoro cuando muere, y el incienso oloroso cuando arde.

—Pueda un día—continuó sonriendo la princesa—, la blanca mano de vuestra dama estrechar la vuestra y coronar tanta constancia.

—Jamás será mía, ni puede serlo.

—¿Y la amáis, con todo?

—Sí—respondió el trovador y señalando la entreabierta ventana—, ¿No amais—dijo—, esa luz plateada de la luna, y esos sonidos de la noche que vienen del bosque o del mar, y sobre todo al Ser invisible autor de estas bellezas y armonía, sin rivalidad con las demás criaturas, y sin pretensión de llamar a estos objetos exclusivamente vuestros? Así amo yo.

—Mas, ¿qué deseos os alimentan?

—Mis deseos son eternos como el amor que los produce, y que sin ellos se extinguiera. Mi corazón tiene sed infinita, y no encuentra quien llene su océano: a los cora-

zones vulgares y pequeños hasta una gota para llenarlos. El mundo no sabe lo que es esta llama que arde en el alma sin tocar la carne y sin menguar ni consumirse, que sin pábulo alguno de la tierra se eleva recta y pura hacia la región del fuego, y que tanto deleita mientras atormenta. Yo sí, lo sé, en quien amor ha colocado de tal manera su trono, que parece extranjero en cualquier otro corazón, y a quien ha revelado todos los tesoros de su esencia y todos los tormentos de sus heridas.

—¿Y no desearais sanar de ellas?

—La muerte solo puede sanar del amor. El amor y la muerte estos dos bienes supremos del hombre, si la paz e inmovilidad de la una pudiera conciliarse con la agitación v delicias del otro. En cuanto a mí—añadió con voz más triste que nunca—, para tener completo descanso en el otro mundo, será preciso que Dios me diga que ella en este ha llorado mi muerte, y que salve una sola centella del naufragio de la tumba.

Blanca estaba conmovida, y aquella voz y aquellos pensamientos no le parecían por otra parte desconocidos. Mandó despejar la estancia, y todos los sirvientes se retiraron, excepto una dama que se colocó al otro extremo del aposento. Entonces el caballero levantó su visera, y la princesa exclamó gozosa:

—Sí, el mismo sois que sospechaba, Ausias March[36], el inmortal trovador, el fiel amigo de mi hermano.

El caballero tenia el rastro encendido, los ojos en el suelo, y temblaba corno un niño.

—¡Ah!—continuó Blanca—. Siempre me acordaré de vuestras trovas que coronaba con mi propia mano, de los certámenes poéticos en que competíais con Carlos, y después cuando me acompañasteis a Castilla para mi himeneo malhadado. Jamás os he visto tan triste como al entregarme a mi real esposo en medio de las fiestas y aclamaciones de dos reinos. Sin duda presagiabais que seria desdichada, y las espinas que me aguardaban en mi tálamo de rosas.

—Y no sois sin embargo la más desdichada.

Si el corazón de Blanca no estuviera lleno con los recuerdos de su hermano, en aquella tierna y dolorosa expresión hubiera adivinado los tormentos de Ausías y la causa de su timidez.

—¡Ah!, sí—respondió—. Tenéis razón; Carlos ha sufrido más que yo. Pero, decidme, ¿vive acaso?... ¿se acuerda de su hermana?...Porque él sin duda es quien os envía a mí.

—Vive, y vive por vos a quien sólo ama; porque ¿de qué sirve la vida sino para amar?

—Pero ¿no es verdad, decidme vos que penetráis hasta él, que sus carceleros son más duros, y su encierro más solitario que este mío, que no hay adornos en su prisión, corno esos que me rodean, que cubran su desnudez y opacidad; ni penetra en ella, cual aquí, la luz y el puro ambiente de los campos? ¿No fuera mejor que allí juntos nos hubieran encerrado ?... ¡Oh! Volved os suplico, a la torre de Morella para no abandonarle más,

36 Debemos advertir que así los versos que hemos puesto en boca de Ausias March, como la mayor parte de los pensamientos que emite en su diálogo, han sido extraídos de las obras que dejó aquel célebre trovador (Nota del autor).

habladle de mí a menudo, y os serviré de rodillas toda mi vida por un instante que le deis de consuelo.

—Consuelo, y aun libertad podrá deberos, si os resolvéis a un sacrificio...

—¡Sacrificio!... ¿Y hasta ahora me lo habíais callado ?

Y la princesa no alentaba de inquietud y de esperanza.

En este momento se oyeron al pie de los muros numerosas pisadas de caballos, y luego gran rumor y agitación en el castillo, cuyas gentes bajaron todas, incluso la vigilante camarera. Inmutóse Blanca, y volviéndose a Ausias:

—Alguien viene—le dijo—, cuya presencia no deseo; retiraos do quiera... Aquí, tras esos tapices... Por vuestro honor y seguridad mía, no lo rehuséis que no es mengua para un caballero ocultarse a ruegos de una dama.

No tardaron en presentarse a la puerta del salón algunos pajes con antorchas, tras de los cuales esperaba Blanca ver aparecer el rostro seco y bilioso de su padre; pero se desengañó al hallarse luego a la presencia aun más odiosa de su hermana Leonor, condesa de Foix en cuya deprimida frente y malignos ojos se retrataba su alma entera.

Sentóse Leonor junto a su hermana primogénita mirándola de hito en hito como la serpiente a la paloma.

—Y bien—empezó después de un largo intervalo—, ¿es mejor para tu salud este retiro?

—¡Oh!, mucho mejor. El aire que respiraba con vosotros me hacia daño.

—Sin embargo, el aire del destierro, por puro que sea, puede por fin acarrear la muerte; y la prisión no es muchas veces más que la antesala de la tumba.

Y con voz hueca y misteriosa, preguntóle luego:

—Blanca ¿has sabido algo de tu hermano?

La desgraciada princesa sintió desfallecerse y helársele la sangre.

—¡Ah! Dime que se le levanta ya el cadalso, que se le lleva a la muerte, o que ha muerto quizá. A ti pertenece esta embajada, y me verás caída, expirante a tus pies; y tu placer será inmenso, como será inmenso mi dolor.

—Te engañas hermana; si tuviera sed de la sangre de Carlos, en vez de volar de noche a esta solitaria torre, hubiera corrido al palacio de nuestro padre, y mostrándole estas cartas le diría: aquí tu hijo llamaba los enemigos al centro de tu reino, aquí desmembraba tus estados, aquí maquinaba contra tu vida.

Y al decir estas palabras agitaba unos papeles en que aparecía la firma de Carlos.

—Fruto inicuo de la calumnia y de la impostura—exclamó Blanca.

—Cuyo veneno no fuera por esto menos eficaz para la muerte. Y con todo a entregártelos he venido si a barato precio los redimes. En mis manos están la vida y la muerte de Carlos: en una el pergamino de tu renuncia en favor mío de los derechos a la corona de Navarra, que te concede la primogenitura, está aguardando tu firma; en la otra las fatales cartas que aguardan un no para perderos.

—¡Dios mío! ¡Así juegas con una corona la vida de sus hermanos!

—Soy madre más bien que hermana, y mis hijos, nietos de tantos reyes, no pueden bajar al sepulcro sin diadema, ni debo aguardar a que se extingan dos vidas para ceñírsela. Además—añadió con amargura—, ensayaste ya que una corona no puede soste-

nerse sobre tus sienes, ni tú incapaz de ser madre sabrías qué hacer de ella, a no ser que la legases a tu esposo en correspondencia del amor con que te ha distinguido.

—No—repuso Blanca—. Mi madre me acusara desde el cielo si te abandonase esta herencia que hizo florecer con sus virtudes. Harto te conozco, Leonor; no puedo confiarte la suerte de tantos pueblos.

—Y bien, adiós, heredera de Navarra: prepárate a subir al solio, porque pronto estará vacante.

—¡Oh! dame ese papel—exclamaba Blanca con agonía al ver alejarse a su opresora—. Firmaré mi sentencia de muerte si importa, al lado del perdón de mi hermano.

Y arrebatando el pergamino firmó sin leerla la renuncia que a causa de sus dolencias hacía en favor de su muy amada hermana la condesa de Foix, de los derechos que le pertenecían y pertenecieran en lo sucesivo, y con la otra mano cogió los pérfidos papeles que compraba con aquel sacrificio.

Después de exigir a su víctima el juramento del secreto, alejóse satisfecha Leonor murmurando entre dientes:

—Desgraciada, no salvaste la vida de tu hermano, sino la tuya. Porque la muerte hará con otros lo que he obtenido de ti con la pluma.

Blanca quedó inmóvil e insensible, pero sus sentimientos estaban agotados, y al levantar sus extraviados ojos de las fatales cartas que tenia en su mano todavía, halló a Ausias a su lado.

—Cumplido está el sacrificio, le dijo con fúnebre sonrisa—sólo hubiera preferido que vuestros labios me lo anunciaran más bien que los de esa mujer.

—¡Ah! Señora, no es esto lo que pedía el príncipe, sino que acudierais por él a las súplicas y al corazón de vuestro padre. Habéis firmado la ruina vuestra y la suya, y yo lo veía, y estaba a dos pasos, y no podía impedirlos porque me tenia atado mi palabra de caballero.

—¿Pero no veis estos papeles ?...Le hubieran muerto.

—La perfidia los fraguó, y fraguará otros mil si le conviene. ¿Creéis que su vida está más segura desde que es el único obstáculo a la ambición? La renuncia que vos firmasteis con tinta, ojalá no la firme él con su sangre... Pero esa fatal firma—añadió—, ha de borrarse con la punta de la espada.

Y partió dejando a Blanca desfallecida en brazos de sus damas.

II

Ausias March había cumplido su promesa. Comunicando a los demás el ardor y energía de su alma, recorrió pueblos y provincias, y «sus vehementes discursos fueron la centella que produjo en favor de Carlos una explosión universal. A lo largo de las costas de Cataluña, y de una en otra de sus fragosas cimas corrían de noche fuegos de alarma, cual si un mismo soplo los encendiera, cruzabánse gentes arreadas por todos los caminos, resonaba en los valles el terrible grito de somatén, y casi todas las ciudades a ejemplo de Barcelona enarbolaban la bandera del Principado, emancipándose de un rey que ni aun padre sabia ser.

Los navarros se agitaban para salvar al amado príncipe que desde tantos años debía ser su monarca, y cuyas virtudes y feliz gobierno recordaban; los aragoneses viendo desdeñadas por Juan II su mediación y súplicas se preparaban a las armas; al paso que el ejército del rey de Castilla penetraba por las fronteras, según la política de los estados que hacen siempre servir a su ambición los atentados y escándalos de los vecinos. Y entretanto Juan II fugitivo de sus mismos vasallos, desde el castillo de Amposta detrás de las lanzas del corto ejército que había reunido, oía con espanto la tempestad que rugía y que amenazaba arrebatarle la corona.

En uno de los salones del regio castillo estaban sentadas dos mujeres en anchísimos sillones, y algo más lejos dos hermosos niños jugaban sobre la alfombra. Un claro sol de invierno brillando al través de las purpúreas colgaduras, derramaba un rosado tinte por toda la estancia, y se oía un murmullo grave y confuso producido por la ancha y majestuosa corriente del Ebro que al pie de las ventanas se dilataba.

—Leonor—dijo la más alta y hermosa de las dos damas, cuyas vivaces miradas, móviles labios y altiva frente, en que brillaba aún un resto de juventud, revelaban al par profundo artificio y elevada ambición—. Leonor, con vos puedo confiarme, pues sois la única de esa prole rebelde que amáis a vuestro padre, y que no me dais el odioso nombre de madrastra. El cautivo de Morella triunfa desde su prisión. Su desgracia a los ojos de los pueblos le ha tenido lugar de inocencia, y su conducta ha encontrado imitadores, porque la rebelión fácilmente desciende desde la familia real a las últimas clases. Pero temo que esas flores con que pretenden ceñirle no sean las de una víctima y los aplausos que le rinden la sentencia de su muerte.

—Temamos más bien por la nuestra, oh reina, cuando las imprecaciones y alaridos de los rebeldes resuenan hasta nuestros oídos, cuando erramos prófugos de ciudad en ciudad, y nos ciñe un muro de enemigos por todas partes. ¡Oh! ¡Por qué deje mi hermoso palacio de Foix, y lleve conmigo a mi Gastón!

—Escuchadme, Condesa. El rey desde la madrugada se ha encerrado con su confidente. Al cabo de algunas horas Peralta ha salido con aspecto sombrío, y mi esposo agitado y pensativo corno el que acaba de tomar una resolución extrema. Sabéis que tales conferencias jamás suelen ser en balde.

—¡Ah!

—Mi corazón se estremece por él, quizá en el vuestro se conmueve también la sangre fraternal. Pero no temáis, que mi poder es de clemencia, y me interpondré entre el príncipe y su padre irritado, pues rehúso una corona para mi hijo si ha de comprarse con sangre. ¡Y nuestros hijos sin embargo—añadía pasando cariñosamente su mano sobre los negros cabellos de su Fernando, y sobre los blondos rizos de Gastón—, nuestros hijos no tendrán corona y serán súbditos, y pagarán el crimen de la fidelidad de sus madres!

—Y bien; si es preciso que caiga la cabeza de Carlos, lloraré acaso, pero no detendré el golpe que reclaman la seguridad de mi padre y el amor de mi hijo. ¡Harto fatal nos ha sido su vida hasta ahora!

— ¡Oh! muy fatal sin duda. El vacío que dejara en su desaparición sería bastante vasto para que todos cupiésemos en él sin embarazarnos; y bastante rica su herencia para repartirla. Y tú, hijo mío, serías llamado heredero de Aragón, y la mano de Isabel de Castilla quizá enlazara algún día con la tuya la noble corona de mi patria. ¿No es verdad que

entonces afirmarlas la de Navarra sobre las sienes de Gastón, y le tenderías tu brazo más robusto, y os uniríais inseparablemente?... Y al mismo tiempo hacían las dos princesas que los niños tendiesen sus manecitas.

Había no sé qué de siniestro y horroroso en la cándida alianza de aquellas manos inocentes unidas para la obra de la usurpación, en las tiernas caricias que les prodigaban las dos madres envueltas en pláticas sanguinarias, y en los sacrílegos votos que ellas dirigían al Cielo en nombre del más santo de los afectos. El Cielo no bendijo aquella alianza ni escuchó sino en parte tales votos; porque Fernando dueño más tarde de España entera debía vengar a Carlos y a Blanca arrebatando la manchada corona de Navarra a los nietos de su cruel hermana, y Leonor debía ver expirar a su hijo antes de ser rey en la flor de sus días, y Juana no había de gozarse largo tiempo en la elevación del suyo.

A poco rato apareció en la estancia un hombre alto y flaco aunque nervudo, de cabello entrecano, de enjuto rostro y de oblicuo mirar, ante quien se levantaron las dos damas, saludándole profundamente una con el nombre de padre y la otra con el de esposo. Aquellas tres personas que a pesar de sus estrechos vínculos se aborrecían de corazón porque mutuamente se conocían, juntábanse sólo a impulsos de su ambición contra un miembro de su misma sangre, y su unión era otro crimen más execrable todavía que el odio que se profesaban.

—Retírate, hija mía—dijo el rey en cuya voz había un cierto sonido que hacia temblar aun cuando acariciaba—. Es preciso que hable a solas con tu madre.

Y apenas se retiró Leonor llevándose a Gastón de la mano, sentóse el monarca y dirigiéndose a su esposa:

—Señora—dijo—, ved aquí el fruto de vuestros consejos, vedme en ese último asilo más cautivo que el príncipe en la torre; la tierra parece abrirse bajo nuestros pies.

—Si vuestra dignidad y el trance en que nos hallamos, me permitieran recriminaciones, os dijera que ese es el fruto de carecer de ánimo para seguirlos enteramente. No obstante si como a padre más bien que como a rey debo aconsejares, os ruego que no encrudezcáis contra vuestro hijo, y no queráis al menos su muerte.

—¿Qué habláis de muerte? Se trata de su libertad, que hoy mismo iréis a darle en Morella.

—¡Señor!

—¿Qué queréis? No es posible hallar pruebas de su delito, la tierra, el Cielo hacen causa con él, los rebeldes amenazan, los vasallos fieles murmuran: es preciso soltar la presa.

—Hay fieras que no la sueltan, sin hincar antes en ella sus dientes.

—¿Sabéis que su muerte llevaría en pos la nuestra? Qué sería de nosotros si desde el cadalso echase yo su cabeza al reino sublevado, cual guante de desafío; o si le entregara cadáver a los pueblos que le preparan su carro triunfal?

—Si infundierais en su copa una de aquellas semillas de muerte que tardan tres, seis meses, un año entero en producir su fruto, y que salvan así de la persona del enemigo como de la venganza de los hombres... Quizá no fuera la primera vez que se ha dado esta bebida a un prisionero la víspera de su libertad.... Pero no, yo no quiero justicia contra él, cuanto más un crimen.

Juan II frunció sus cejas, y paseaba a largos pasos con aspecto sombrío cual si huyera de la fantasma de un delito que le atraía y le horrorizaba a un tiempo. La reina continuó:

—En cuanto a mí, si no es preciso que sea víctima expiatoria, y que mi sangre satisfaga la sed de los rebeldes, me retiraré con mi hijo a Castilla al lado de mi padre, o a cualquier asilo, si es posible ¡ay ! el encontrarlo, cuando mi mortal enemigo enlace su mano con la heredera de Castilla, y ciña a un tiempo las tres coronas de España.

Y diciendo esto tomó en sus brazos a Fernando, quien viendo llorar a su madre se enlazaba al cuello del rey, ignorante de que con sus inocentes abrazos pedía la sangre de su hermano.

—¿Qué decís de retiro dónde estoy yo?—exclamó Juan—. ¿Quién se atreverá a respirar mientras yo respire, ni a recoger mi corona sino de encima de mi sepulcro? Además la reconciliación será completa con vuestra ida a Morella, y el príncipe que verá la autora de su libertad en aquella de quien creía haberlo sido de su cautiverio, os bendecirá y os conciliará el amor de los pueblos.

—¿Creéis vos en la reconciliación y en el olvido de las injurias?—repuso ella con amarga sonrisa—. En cuanto a mí no creo, y rogaré al cielo para que no seáis víctima a vuestra vez de la misma ciega credulidad que os ha entregado tantas víctimas incautas. Solo sentiré oír desde mi destierro que Juan II, rey de Aragón y de Navarra es mas fuerte por sus engaños que por su espada, que un puñado de lanzas puede más con él que el amor de padre, que recibe la ley de sus pecheros....

—¡Oh, callad, callad!—gritó el rey. Y llamando luego a un paje: —Que entre Peralta—dijo.

Era Pedro de Peralta de una de las más nobles familias de Navarra, hombre de no menos valor que artificio, de sangre fría en los riegos así como en los delitos, que así esgrimía la espada como el puñal, y a quien debía el rey los crímenes y la grandeza de su reinado. Juan II no era más que un subalterno de alma impasible y carácter aventurero; Peralta era el soberano.

Apenas entró el confidente, díjole aquél:

—Acompañareis a S. A. la reina hasta Morella. Y mañana os espero con el príncipe en este alcázar

Y luego en voz más baja;

—Lo que me proponíais esta mañana, cumplidlo, pero que sea allí, y no delante de mis ojos.

La reina partió al momento escoltada por Peralta y por otros caballeros.

Por los pajes de S. A. súpose que el rey había paseado por su cámara toda la noche, y que antes de amanecer salió pálido y demudado para llamar un mensajero que envió apresuradamente a Peralta con órdenes ocultas.

Entretanto divulgóse en alas de la fama la libertad, del Príncipe, y el castillo ofrecía un flujo y reflujo de gentes, que venían. unas a cerciorarse de tan agradable nueva, y otros volaban a llevarla a diversos y remotos puntos para calmar las turbulencias. Despojábanse los álamos de sus ramas para adornar la carrera, y los pinos de sus teas para encender luminarias, las villas y ciudades vecinas se despoblaban, y por todas partes el celo y el amor de los pueblos suplía para los festejos a las órdenes del soberano. Los guerreros

limpiaban sus armas alrededor de Amposta, los juglares preparaban sus instrumentos, y los jóvenes se ensayaban para. la danza.

Era el 2 de marzo. El sol declinaba al ocaso brillante y rojo cual una rueda de hierro al sacarse de la fragua, cuando una nube de polvo que desde las almenas se descubrió al poniente, y el lejano murmullo de aclamaciones que de boca en boca cual eléctrica chispa resonaron en un momento hasta dentro del castillo, anunció la llegada del príncipe y su comitiva. No cesaron los aplausos mezclados con la armonía de atabales y trompetas hasta que el Príncipe, saltando de su caballo, y teniendo el estribo del palafrén de la Reina la ayudó a apearse, y subió palpitándole el corazón, la escalera principal del castillo, a cuyo extremo le aguardaba su padre.

Carlos había ya llegado a la mitad de sus días. Sus grandes ojos negros brillaban con doble fuego sobre su rostro pálido y abatido por los sufrimientos: sobre su ancha y elevada frente caían sus cabellos prematuramente encanecidos, y al ver la noble dignidad y suave melancolía de sus ademanes, cualquiera se hubiera arrojado a sus pies para besárselos y hubiera muerto por él.

El sentimiento de felicidad que rebosaba entonces en su semblante, añadía no poco a su hermosura, viendo salvado su honor y su libertad al través de la risueña naturaleza que libre por fin contemplaba, de la regia pompa y guerreros sonidos que acompañaban su marcha, de tantos corazones corno le adoraban y le anegaban cual en un océano de amor, enfrente del castillo que le saludaba por todas sus ventanas, y de la bandera de Aragón que se mecía sobre las almenas, como aplaudiendo su venida.

Cuando llegó. a la presencia de su padre, dobló la rodilla y cogiéndole una mano la besó y la bañó con algunas lágrimas. Ambos estaban mudos y conmovidos, pero el rey parecía confuso, anonadado y como fuera de sí.

Carlos rompió primero el silencio:

—Llegó por fin el día, oh señor, tan deseado por mi corazón, y que jamás dudé que llegase. Bien compensará mis días de abandono y de tristeza, si oigo en él en vuestros labios una palabra de clemencia y de amor... Vos callais—continuó—. Ah, señor, ¿de qué servía volverme la libertad, si no habíais de volverme también vuestra cariño? Si creéis que haya atentada jamás contra vos, tomad una espada y traspasad mi corazón; mas un día conoceréis que os amé siempre, y que fui inocente, si lo ha sido hombre alguno. Pero, quién sabe? Quizá he cometido yerros, quizá os ofendí sin querer

—Príncipe...

—¿Y por qué no hijo?

—Bien, hijo, como quieras; si eres culpable te perdono; si inocente, perdóneme Dios. Cuanto hoy he hecho contigo—añadió echando a la reina una siniestra mirada, a mi esposa debes agradecerlo.

Carlos besó la mano a su madrastra.

—Sí—repuso—, la reina abrió mi prisión, y yo creía erais vos mismo que veníais a romperla. Hubierais visto el suelo húmedo aún con mis lágrimas, y mi dolor escrito en las paredes, como lo veis en mi cuerpo todavía.

Levantó los ojos en este momento, y se horrorizó al ver la palidez cadavérica y la contracción violenta del rostro de su padre.

—¡Ah!—exclamó—, también ha dejado huellas sobre vos el dolor. ¿Pensabas que no había yo padecido, y que los vínculos de la sangre al romperse no despedazan igualmente a los dos que enlazaban?

Entraron luego en el salón, donde Carlos apretó la mano a todos los circunstantes sin contener un movimiento de aversión al tocar la de Leonor. Preguntó por Blanca, y sabiendo que estaba ausente y enferma, bajó la cabeza y se resignó a no verla hasta el siguiente día.

El sol lanzaba. oblicuamente en la estancia sus últimos y anaranjados rayos, y Carlos de pie cerca de la ventana exclamó:

—¡Hermoso día por cierto!. Toda mi vida he de consagrar su aniversario con solemnes festejos.

Juan II se dejó caer exánime sobre un sitial.

El festín fue largo y silencioso. La reina se mostraba sobremanera amable y placentera, Leonor no disimulaba su pasmo y su despecho, cl monarca estaba taciturno y pensativo. El Príncipe al observarle gimió sobre la dureza del corazón de su padre, la única vez cabalmente que era paternal.

Aquellos momentos en efecto, si hubieran producido el arrepentimiento, bastaran para expiar las iniquidades todas de Juan II. En medio de la amarga duda sobre si había llegado a tiempo el mensaje salvador, ni la etiqueta real ni la prudencia le permitían interrogar a Peralta cuyo semblante en vano espiaba. Veía delante a su primogénito ignorando si era presa ya de la muerte, y luego se acordaba de cuando por vez primera le había estrechado entre sus brazos recién nacido, y de los proyectos formados un día para su engrandecimiento, y del primer beso recibido de él hasta el último impreso en su mano. Y después nada veía sino sombras, y nada oía sino un prolongado silbido que formaba en sus oídos una palabra: «¡Parricida!»

Estremecióse al oír el sonido do las copas, y pensó en la que acaso se había ofrecido a Carlos la víspera anterior. Clavados sus ojos en el rostro de Peralta procuraba leer en él, e interrogábale con agonía, como pidiendo un gesto, una mirada; pero aquel rostro nada revelaba, era mudo, de mármol.

Al terminarse el festín fueron introducidos los embajadores de varias ciudades descontentas de Cataluña, y Carlos entonces levantándose:

—Mis buenos amigos—les dijo—, os dejo con mi padre para. que tratéis con él de lo tocante a vuestra dicha y seguridad. De mí nada habléis, os pido. Sí, padre mío, atended a vuestros vasallos, pero haced de mí lo que queráis, que no he venido a conferenciar con vos, ni, a regatearos el poder, sino a echarme a vuestras plantas y a pediros un asilo, que después de tantos vaivenes y oleadas cualquiera me será deseable.

A pesar de la moderación del. Príncipe, que se retiró, el discurso de los embajadores fue audaz y vehemente; pero aquel monarca tan arrogante y celoso de su poder permanecía entonces impasible y como aletargado. Eran no obstante tan exageradas y duras sus últimas. pretensiones, que Juan II iba a levantarse indignado, pero Peralta le contuvo.

—¿Qué plazo señaláis al cumplimiento de las condiciones?—preguntó el confidente a los enviados.

—El próximo otoño.

—Bien. Podéis concedérselas—dijo volviéndose al rey mientras vagaba por sus labios una. imperceptible sonrisa.

—¡Dios mío!—murmuró el monarca cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Mi hijo está envenenado!

III

Asomados al antepecho de una galería del real palacio de Barcelona, el Príncipe de Viena y su fiel Ausias respiraban la fresca brisa del mar que sin olas como sin rumores se extendía ante sus ojos poblado de velas y de esquifes. Era una de aquellas claras noches de verano en que la luna, émula del sol y eclipsando celosa. a las estrellas, reina en el cielo como única soberana con su sola luz los desiertos espacios del firmamento.

—Hermosas horas—observó Carlos—, dignas del trovador o del solitario, hechas para cantar o para contemplar. ¡Cómo me recuerdan aquel tiempo cuando era yo también solitario y trovador, cuando era feliz!

—¿Y no habéis sido feliz desde entonces? Acordaos, oh Príncipe, de aquel reciente día en que Barcelona entera salió de sus muros a abrazares como una madre al hijo que creyó difunto, en que por boca de sus niños os ofreció sus homenajes tan tiernos y sinceros como ellas. Entonces nadasteis en felicidad, no por el esplendor y majestad que os ceñía, no por veros dueño de tantas lanzas y vasallos, no por el solemne triunfo y ruidosas aclamaciones que confundían y postraban a vuestros enemigos, sino por que erais amado y porque vuestra presencia hacia felices a todos.

—Tienes razón, Ausias. Mejor es oír el rumor de las bendiciones de un pueblo que el susurro de los bosques; vivir desvelado por el bien de los demás, que mecerse en dulces y dorados sueños y remediar las miserias de dos hombre, que llorarlas sosegadamente en el retiro. De algo valen los cuidados del trono, y hay también sus dulzuras en llevar las insignias de esa víctima coronada que ha de inmolarse por un pueblo entero, y anteponer a su propia felicidad la del último de sus vasallos.

—Y goza tanto más cuanto más sacrifica, porque la felicidad del hombre está en el sacrificio.

—Tiempo ha—prosiguió el Príncipe—, que no había encontrado tal silencio y calma alrededor de mí, y que en mi espíritu no había podido elevarse tan libre y desahogadamente. Me parece hallarme en Mesina todavía, recorriendo los sombríos claustros de San Plácido, o habitar los desiertos salones del palacio de Mallorca, batido de más cerca por las olas, donde a la vista de una serie de reyes extinguida, escribía la historia de otra serie de reyes, los de Navarra, de los cuales era yo el último heredero, y cuyo hermoso reino no esperaba tornar a ver. Tú no has visto, Ausias, esta isla risueña y hospitalaria, esta perla que mis predecesores, para engastarla en su corona, arrebataron a sus primeros monarcas, cuyos retratos parecían mirarme ceñudos y amenazarme, aunque mi suerte era muy semejante a la suya. Quizá por esto la línea de Pedro IV se vio extinguida en sus hijos; quizá también el cielo, esterilizando la ambición humana, no ha permitido que mi tío Alfonso, aunque el más noble y justo de los conquistadores, legase a su hijo la corona de Aragón. No quiero, no, que se diezmen los vasallos para que su soberano añada un título mas a la cabecera de sus decretos, no comprendo así la felicidad de los pueblos.

—Plegue al cielo que cumpliéndose vuestros deseos, reposen pronto los pueblos a la sombra de vuestro cetro y que la vida que os resta sobre el trono sea tan larga al menos como la que soportasteis en cautividad y destierro. Tres meses ha que Peralta llegó a esta ciudad con plenos poderes del rey, vuestro padre para arreglar la concordia deseada, y tres meses que va alejando su término con artificios v siniestras dilaciones. Temedlo todo de él, señor.

—¿Qué quieres? Me estremece ese hombre disimulado y feroz manchado con la sangre de mis fieles Beamonteses, pero es el enviado de mi padre ¿Crees que aguarde o que maquine algo?

—No sé. Pero en cada salón de este palacio, en cada plaza de la ciudad, en las deliberaciones de los consejos, en los alardes militares, por doquiera cual si se multiplicara, aparece con sus miradas escrutadoras y con su rostro inescrutable, callado y sombrío en medio del gozo universal, como aquella nube, mirad, que asoma y destaca negra sobre el plateado horizonte.

La llegada de Blanca vino en este momento a dar otro giro a las tristes ideas de los dos interlocutores. Blanca, en cuyas mejillas habían renacido las rosas como la serenidad en su frente, y que participando del triunfo de su hermano como había participado de su desventura, vivía entonces a un tiempo de la felicidad de entrambos. Ausias iba a retirarse tímido y respetuoso; pero la Princesa deteniéndole amablemente:

—¿Dó vais caballero?—le dijo—. Sabéis que entre yo y mi hermano nadie cabe sino vos Pueda al menos la presencia de Carlos haceros soportable la mía que constantemente evitáis.

—¡Ah! Señora, vuestra presencia era un bien harto celestial para quien a tristeza vive condenado, y yo debía vedármelo hasta tanto que cesasen los influjos de mi estrella.

—¡Pues qué ! ¿Os sentís adversos todavía bajo un cielo tan sereno y en la atmósfera purísima que nos cerca?.... ¡Oh hermano mío!, oiga yo la armonía de tu olvidado laúd, y alguna de tus trovas juveniles, porque este día es tan bello como los de nuestra edad primera.

—Mal sonarían aquí—repuso Carlos sonriendo—, las canciones del destierro, o los desmayos de la aflicción. Seríame preciso inventar un canto para la felicidad.

—¿Y vos, Ausias, no habéis nunca probado la dicha? Cantadnos, cantadnos la hora mas feliz de nuestra vida.

—Entonces acaso cantaría esta noche en mis versos.

—¡Oh! sin duda se os aparece al lado vuestra dama risueña, impalpable, bañada con los rayos de la luna. Pero si mora en la tierra, decidme su nombre, que yo soy princesa y vos Ausias, y pocas por altas que sean se negarán a mis súplicas y a vuestro amor cuyos afanes admira y compadezco.

— ¿Me compadecéis?—exclamó vivamente el trovador—. Vuestra piedad vale tanto para mí como el amor de mi dama, y no es otra quizá la gracia que del cielo he implorado. ¡Ah!, perdonad, señora—continuó con más calma—, también es ella como vos, hermosa, también discreta, también amable, amable ¡ay! conmigo mientras ignore mi amor. Pero no temáis, jamás mi lengua le dirá mi pensamiento, ni mis ojos harán traición a la lengua, prefiriendo cegar lejos de los suyos, y mi amor dormirá conmigo en el sepulcro.

—¡Ah! Sí, calládselo; y si no puede corresponderos, si su corazón está muerto ya para el amor, compadecedla, así como ella compadecerá vuestros tormentos y silencio. ¿Quién no quisiera ser amada de tal modo?

Los tres estaban dolorosamente conmovidos y separaronse sin hablar otra palabra.

Blanca al retirarse a su aposento, dejó vagar su melancólica imaginación sobre el arcano inopinadamente descubierto, sobre los tiernos sacrificios de Ausias que con él se le revelaban, v sobre la oculta complacencia de verse objeto de tan generoso amor y de tan dulcísimos cantares. Estremeciese de pronto al oír unos pasos acercarse cautelosamente, y más al ceder la puerta para dar entrada a Peralta.

—¡Caballero!—, le gritó con voz trémula—, en estancia tan secreta y a hora tan avanzada ¿cómo osáis presentaras ante mí?

—Perdonad, señora. Negocios hay de todas horas y de todos lugares.

—Con el Príncipe debierais entenderos acerca de ellos, que conmigo ninguno común podeis tener.

—Antes a vos atañe únicamente el que ahora me trae. Escuchad, señora, que seré breve. Sois mujer, sois débil y heredera pronto quizá de una corona que devoran con los ojos ambiciosos potentados. Vuestro padre la guarda, vuestra hermana la acecha, los reyes de Castilla v de Francia se la disputan y los fatales derechos que a ellos tenéis, no os han producido hasta ahora sino cadenas y desventura. Y bien; si se presentara a salvaros un paladín con toda su fortuna y pujanza, ¿dudaríais enlazar vuestra regia piarla a la suya robusta, para que teniendo en la otra mano vos la diadema, y él la espada, os abrierais al trono un camino seguro?

—Lo que de mí no ha conseguido la más alta estima, mal podría conseguirlo la ambición, y no seria a precio de un trono que volviera a encenderse, si posible fuese, en mi corazón el amor.

—Ni lo pediría tampoco vuestro campeón, ni sería principalmente lo que vos buscarais en él, contentándoos con aceptar su brazo, que en ciertos casos vale más que un corazón. Peralta es el que os ofrece entrambos: Peralta, dueño de tres mil lanzas, heredero de glorias y de timbres sólo a los vuestros inferiores, Peralta que años ha estado velando sobre vos, y que se cree dichoso en que le debáis vuestra felicidad presente, vuestra libertad, y aun quizá el aliento que respiráis.

—Mil gracias, Peralta, sé lo que valen vuestras palabras, y a lo que alcanzan por mi mal vuestros esfuerzos. Pero advertid que no está en mi flaca mano la corona que os tienta, que brillará muy pronto sobre las sienes de mi hermano, y que de ellas podéis ir a arrancársela si os atrevéis. El podría agradeceros el apoyo que me disteis, cargo en el que os ha sucedido desde su libertad.

—Y que pudiera volver a mi por la muerte del Príncipe...

—¡Su muerte! El cielo es harto piadoso, y los hombres le aman demasiado... Pero lo habéis dicho con unas sonrisa tan glacial, con acento tan sombrío... ¡Por Dios! Acabad; nada me ocultéis.

—Nada sé, Princesa, que no sepáis también. Que la rebelión le sacó de las cadenas, que son crueles los odios de una misma sangre, que la última noche de su prisión cenó con la reina, que bebieron en distinta copa...

—¡Dios mío! ¿Y no habrá quien le salve? Mi mano por su vida... Mi mano os doy, Peralta, aunque después la desmenucéis con tenazas ardientes. Un antídoto... Daos prisa.

—Es tarde ya. El plazo no haría sino apresurarse con vuestros esfuerzos y con la revelación del secreto; es incierto pero inevitable.

Blanca dio un grito y cayó al suelo, desplomada.

Cuando las damas acudieron azoradas encontraron insensible y yerta a su señora. Nadie hallaron con ella, todo estaba intacto y ordenado en la estancia, tranquilo todo en el palacio. Al volver en sí la Princesa lloró amargamente, y se quejó de una espantosa visión; y aquel grito, y aquel desmayo quedaron envueltos en densas sombras, y en siniestro misterio.

Desde aquella noche se vio a Blanca desfallecer y marchitarse, corno la flor que abriga en sus hojas mortífero insecto. Nada sin embargo había cambiado a su alrededor. Carlos había sido solemnemente proclamado primogénito de Aragón. Nuevas esperanzas de paz, nuevas alianzas con los estados vecinos, nuevos homenajes de los pueblos, bendiciones y contento por todas partes. En medio de las pompas del palacio, o de la alegría de las fiestas, se le sorprendían las lágrimas en los ojos, estremecíase a cada palabra de su hermano, cuya presencia evitaba a veces, y a veces contemplaba con ansia, estrechándole azorada corno si alguien fuese a arrebatárselo. Cada noche se despedía de él como si fuera para siempre; cada mañana volvía a encontrarle con insensata alegría como si le viera resucitado del sepulcro. Así pasaron muchos días.

En uno de los primeros de septiembre resonó súbitamente el palacio con sollozos y clamores, y se agrupó la población entera alrededor de él. Carlos había sido herido por un fuerte desmayo en medio de su consejo. Blanca no empalideció, porque estaba ya pálida, y exclamó tan solo: «¡Dios mío, ya ha llegado el día!». Y estas palabras admiraron a los que las oían, porque aquel golpe era para todos inesperado. En aquellos días el pueblo se despojó de sus galas, las calles aparecían con las tiendas cerradas, vacías de gente y de rumores, cual suelen a la madrugada, las iglesias enlutadas y llenas de fieles resonaban con solemnes rogativas, y la ciudad toda pareciera silenciosa y sombría cono los que velan a un moribundo.

Un rayo de salud brilló en Carlos una vez, y un rayo de gozo en los habitantes. Pálido y débil como estaba se les mostró desde el regio balcón, y el Príncipe y su pueblo se contemplaron por largo espacio en tierno silencio, que acabó en aquel por lágrimas y en el pueblo por aplausos. Todos rodeaban a Blanca, todos la felicitaban, pero ella respondía tristemente: «Mi hermano morirá».

Iba cumpliéndose su presagio. Bien pronto Carlos reposó su cabeza sobre la almohada para no levantarla jamás, y fueron extinguiéndose los latidos de su pulso al paso que aumentaba el ardor que le consumía. El sacerdote vino a su lado, y Dios dentro de su pecho para consolarle; y después que con lágrimas pidió el perdón de su creador, y con una tierna carta el de su padre, llamando a los consejeros y cortesanos, y ofreciéndoles a uno tras otro su lánguida mano pendiente del lecho, les dijo:

—También necesito de vuestro perdón, oh vosotros, a cuyo reposo y fortuna mi vida ha sido tan fatal, y a quienes mi muerte va a serlo más, arrebatándome en el punto de premiar vuestro sudores. El proceso de mi historia va a publicarse en la tierra, mientras el

de mi vida va a abrírseme en el otro mundo: ojalá sean los hombres tan justos como lo será Dios. Vuestro amor me dice que no pude ser culpable, y que fui digno de ser vuestro Príncipe... Más no lloréis así, os ruego. ¡Oh, Dios mío! Perdona al que fue tan amado de sus semejantes.

Todos juraron entre sollozos ser fieles a su memoria, todos más tarde sellaron con sangre su promesa.

Eran las dos de la madrugada del 23 de septiembre. Los salones de palacio apenas iluminados con la fúnebre luz de algunas hachas sólo resonaban con las pisadas de los sirvientes que cruzaban, y con las lentas campanadas que anunciaban en la Catedral la agonía del Príncipe. Blanca, de pié junto al lecho de Carlos enjugaba el sudor de su frente que la muerte teñía ya con cárdenas sombras, mientras la fiebre hacía brillar aun sus ojos con un resto de falsa vida, y encendía sus rosadas mejillas.

—Bien llorabas, hermana—dijo el moribundo—. Tú presagiabas mis exequias en medio de mi triunfo... Dime, ¿No quema mi mano? Siento un fuego que abrasa mi corazón y circula por mis venas.

Y Blanca besaba ansiosamente la mano de Carlos, cual si quisiera sorber la fatal ponzoña que corría por sus arterias.

—Oh padre mío—continuó aquel, y Blanca se estremeció—, ¿qué dirás al saber mi muerte? Cuánto siento partir sin el postrer abrazo de mi padre... Hermana, haz que entre Peralta.

No tardó en llegar el enviado en cuyo impasible rostro no se pintaba ni arrepentimiento ni triunfo al contemplar su obra. Solo entonces el Príncipe con él y su hermana les habló en voz baja e interrumpida:

—Fui padre en mi mocedad, Dios perdone mi error... Y muriera feliz si pudiera legar a mis hijos mi nombre y mis abrazos, pero de ellos brotaran acaso discordias y sangre.... ¡Ay de mí! Los amo con toda mi vida, mas decid a mi padre que no tema: jamás sabrán que sean nietos suyos... He seguido vuestros consejos, Peralta, y mis propios afectos: Blanca será reina de Navarra. Oh, hermana mía, oh, la más amada después de mis hijos, tuya es la corona de nuestra madre...

—¿Qué hiciste Carlos? Mis derechos los cedí a Leonor, y tu vida y tu libertad fueron salvadas a costa de mi renuncia

—¡Renuncia!—murmuró el Príncipe con dolor.

—¡Renunciar !—clamó Peralte confuso y desesperado. Y luego con diabólica idea añadió:

—¡No lo sabéis todo aún, Príncipe!. ¿Te acuerdas de la cena de reconciliación en Morella, del abrazo de tu padre en Amposta? Aquella cena es tu muerte, aquel padre tu asesino.

La frente de Carlos se anubló y una agitación convulsiva estremeció sus miembros, mientras erraba por sus labios una palabra do venganza. Sus ojos extraviados e encontraron de repente con un crucifijo, y apretándole en sus manos exclamó:

—¡Oh Padre mío verdadero, muera yo por él, como vos moristeis por mí!

No habló ya otra palabra. Un sacerdote mientras expiraba, le decía:

—Sal de esta tierra, alma fiel, do no hallaste sino cadenas y destierro. El trono para que naciste está en los cielos.

Conclusión

Barcelona cayó de pronto en el estupor y anonadamiento del dolor, y vio inmóvil a la odiada Juana Enríquez penetrar en sus muros, besar sacrílega la yerta frente de su entenado, y hacer proclamar a su hijo heredero de Aragón. Al volver de su desmayo dio un grito que resonó en todo el principado, mendigó un dueño a las naciones, y juró sepultarse en sus ruinas antes que obedecer al parricida monarca.

Los catalanes hirieron un santo de su Príncipe y miles sin cuento en diez años de revueltas civiles se inmolaron para consagrar el nuevo culto. Los afectos tienen también sus mártires y santos como las creencias; y la inocencia y el infortunio ¿no constituyen reunidos cierta especie de santidad?

La triste Blanca otra vez cautiva de su padre, y confiada después a Pedro de Peralta, bañó con sus lágrimas los pies del asesino de Carlos, y tuvo que pedirle un asilo, porque su vista le era menos odiosa que la de su hermana a quien debía entregarla.

—¿Nada al menos os reste—le decía—, del veneno que ofrecisteis a mi hermano?

El veneno que pedía le fue presentado más tarde, por mano de Leonor en el castillo de Ortez, a 2 de diciembre de 1464, tres años después de la muerte de Carlos.

El mismo fin los unió a entrambos como los hablan unido el afecto y las desgracias, y sobre su tumba se levantó el trono de Fernando el Católico, rey de Aragón, de Castilla y de Navarra.

El ánima de mi madre

Antonio Ros de Olano

El Iris. 1841. 10-14/31-35/51-56/82-87

I

¡Terrible noche aquélla por cierto!

Mi calle enfila al Norte sin discrepar un ápice y está muy solitaria y ruinosa, de suerte que, mejor que calle, parece una brecha que abrió el invierno con sus baterías de viento y el empuje de sus avalanchas… ¡Oh! ¡gran sitio para celebrar un sábado! ¡Recinto pintiparado para los aquelarres!……Sin embargo las brujas andan desperdigadas a tientas y a locas por el mundo, cuando no han dado con ella. ¡Ah! ¡Qué calle, qué calle la mía!

Llovía a cántaros y un vendaval rabioso acababa de matar los faroles, cuando mi padre entró en casa. Estábame yo acurrucado en el barreño de la ceniza y rebujado en un ruedo leyendo a Platón al mortecino reflejo de una candileja, y como tenía mis cinco sentidos puestos en el libro, no saludé al buen señor con el tenga Vd. santas noches de costumbre. Tiróme él su capa encima muy bruscamente y sentí un frío mortal que me caló los tuétanos.

Más mojado que un chopo, naturalmente sacudí los hombros y miré el rostro de mi padre. En lo que vi se hallaba enojado y eché a temblar.

—Maldecido de Dios, bien hizo tu madre en morirse al echar al mundo el fruto de su culpa. ¡Oh, cuánto horror me das!

—Padre mío, soy inocente y bueno.

—¡No! tú eres el instrumento que forjó y aguzó una mujer contra su honra y vida.

—Padre mío…

—Quita, quita, que naciste en mal hora.

—Soy inocente y bueno, laborioso y humilde. He calentado tu vianda, barrido los suelos de tu estancia y mullido tu lecho para que reposaras.

—¡Mi lecho! ¡Mi lecho!! ¡Ah! ¿Tú sabes que el vellón de mi cama está convertido en erizos de veinte años a esta parte?

—Yo he restaurado el calor de tus miembros, padre mío, con la frotación de mis palmas…

Mi padre cayó de golpe sobre los ladrillos y una palidez de muerte cubrió su rostro. Entonces me precipité a él y mis labios y mis manos llamaron a su cabeza la sangre que sin duda se había retirado a los senos del corazón para ahogarlo. Mas poco a poco la rubicundez de sus mejillas fue subiendo de punto, tanto que empezó a darme cuidado y hasta que los ojos se le pusieron como la lumbre.

Mientras se mantuvo inmóvil lo sostenían mis brazos, pero luego que incorporándose me clavó una mirada, que me quemó de dos chispazos, di en huir para que más el diablo no aventara la braza. Y en siete saltos cobré la puerta, bajé seis tramos y me encontré en la calle.

La lluvia había cesado, y en su lugar un mansísimo orvallo caía como el ropaje de las sombras aplanando el espíritu.

Eché a andar sin dirección, desamparado y huérfano en el mundo, sin nadie sobre la tierra para mí, oscuro el porvenir, desprovisto para la sociedad, aborrecido de un hombre y desconocido de todos, solo encogido, tímido, cobarde, el alma pura, el corazón sensible, jamás rociado en el bálsamo de las caricias, el cuerpo yerto, entumecido y flaco, sin pan y sin asilo, próximo a perecer de sentimiento.

Parecíame que marchaba sobre el caos, que en verdad no sentía bajo mis pies la tierra.

Las manos por delante y caminando, tropecé contra el atrio de una iglesia y me acogí a sus muros. ¡Ay!, dije, arrojando muy de cerca el hálito en mis crispados dedos. Las comunidades religiosas eran unas nuevas familias que adoptaban por hijos y por hermanos suyos a los como yo desgraciados, sin otro vínculo que la virtud; pero desde aquí fueron arrojadas al martirio las comunidades religiosas y el templo está desierto y la caridad sin sus mandatarios. ¡Estoy solo!, y mañana el sol que me caliente descubrirá mi miseria a los que pasen por junto a mí sin condolerse. Y ahora me esconde la misma noche que me hiela….tan malos son para mí la noche como el día. Mañana como hoy, ¡todo es lo mismo! Y el siempre se forma de una hora y otra y otra y la de más allá, ¡todas como ésta! ¡Ay madre mía! ¡cuál fue mi culpa al nacer!

La pena del inocente no es amarga y por eso se alivia con el llanto. Yo lloraba y llorando estaba cuando vi una lucecilla muy triste que rompía la neblina, al parecer a muy larga distancia, pero en realidad no tan lejos. Fuese acercando tanto la lucecilla que vi quién la traía y cómo. Y quien la traía érase una mujer, desnuda como un ángel, y la lucecilla no era vela, lámpara, ni farol, sino una llamita que a la mujer le brotaba desde la altura y al lado del corazón pegada al pecho.

Paróse aquella ilusión, aquella realidad, aquel espíritu, aquel ente bello, misterioso, dolorido. Paróse a medio paso de mí y lentamente dejándose caer de rodillas fue luego para más de cerca contemplarme, con una amante ternura y un celestial placer que por los ojos y la boca derramaba. Embebecida, estática, sublime, llena de abnegación como una madre por su nacido, lacrimosos los párpados y cansados, los labios rebosando en pueril o fanática sonrisa…..sin aliento.

—Me muero de frío. No hay más si no que me muero. La noche se hace ya más larga que mi resistencia… y soy un pobrecito que a nadie hago mal, un pobrecito que acaba de perder a su padre, y que perdió a su madre, hace ya mucho, un pobrecito huérfano, lleno del santo temor de Dios…. ¡Oh! Sí que me muero de fríííí….o…..

—Amor mío, corazón mío, alma de mi alma, del alma de tu madre que te adora. ¡Qué hermoso estás!! ¡Y cuánto has crecido! ¿y has llorado mucho? ¿y te consolaban con mimos cariñosos? Dime, ¿cuál mujer te prestó el pecho para envidiarla yo? ¡¡Querubín del cielo!! ¿Quién te comió a besos las primeras sonrisas de la infancia? ¿quién se dormía a tu lado o te arrullaba en su regazo? ¿a que dichosa despertó tu lloro? ¿quién santiguó tu frente? ¿quién ensayó tus labios a balbucear la palabra primera?…. ¡Ah!….¡Ah!…. ven a mí que deliro de alegría. ¡Ah! Ven y ampárate del calor de la madre que es el calor más dulce y sabroso. ¡Oh! ¡Qué gozo, qué gozo! ¡Tenerlo ya tras tanto purgatorio!

—Per signum crucis…. Abrenuncio Satanás…. Diablo, mujer, visión o lo que tú seas, vengas de dónde vinieres, yo te conjuro y en nombre de Dios te pido, que si buscas mi perdición, huyas, como hiciste del Santo Abad Antonio, y si es que por lo contrario te ofreces en mi provecho, también de parte de Dios te pido que me digas quién eres.

—Cuál fue tu culpa al nacer, exclamabas llorando hace un instante, y se lo preguntabas a tu madre infeliz, que allá desde el seno de la eternidad como te oía, rompió la cárcel de la muerte, cerrada con las sombrías sordas puertas del misterio, que se levantaron para no caer, entre esta y la otra vida….

—¿Con que tú eres….?

—Tu madre, Leoncio mío, y tú un pedazo de este mismo corazón cuya llama es amor, que me alumbra en las tinieblas, para que mis anhelantes ojos busquen su otra mitad por el mundo y te encuentren, te reconozcan y se harten de la mirada que perdieron.

—¡ Oh madre mía, madre mía, cuál fue mi culpa al nacer!

Mi madre me arrebató en sus brazos, me arrulló sobre sus muslos, con la mano izquierda sostenía mi cabeza y con la derecha muy delicadamente puso entre mis labios uno de sus pechos.

Yo me dejaba querer a todo exceso. Mi madre me contemplaba y alternativamente se reía y lloraba, pero represando siempre el aliento para que la respiración no interrumpiera mi reposo.

Poco a poco aquella alteración de sus afectos fue calmando y sin dejar de mecerme y con un tono melancólico jamás oído en las partituras italiana, tono semejante a los plumajes de niebla, que sobre las crestas del Sangotardo, ondulan y se pierden en la silenciosa inmensidad aquella, mitad espíritu y lágrimas lo demás. Con un tono tristísimo arrojado de los senos del corazón, cantó las estrofas siguientes para derramar unción sobre mi sueño:

Con quince mayos cumplidos
Y en su rostro la hermosura
Envuelta en pobres vestidos;
Y los ricos atrevidos
Que llaman a su clausura.
Tendrás oro, pedrería
Plumas, seda argentería;
Ricas galas que gastar;
Será tu suerte la mía
Será tu destino amar.
Arroja hermosa doncella,
De tus manos la labor,
Que tan joven y tan bella
No te empleas bien en ella
Cuando te llama el amor.
Amor que es el estallido
Del beso ardiente, perdido
Entre el ramaje sin fin

Del ancho verde y florido
Laberinto de un jardín;
Amor que es el abandono,
El columpio entre ilusiones;
Que el arpa y las canciones
Tristes que en lánguido tono
Llamarán a tus balcones;
Amor que es fuego en el pecho,
Que es el delirio en el lecho
Y el cielo de la mujer
Amor que es volar de un trecho
Los límites del placer
Serás reina en los estrados,
Sultana de cien galanes,
Y tus trajes recamados
Se quejarán despreciados
Al rodar por los divanes.
Altas horas de la noche
Serán música el ruido
Del aliento y el quejido,
Que prenda como de un broche
Amante un labio en tu oído.
Y tu gala y gentileza
Y el drama de tu belleza,
Abriendo el mundo por foro,…..
Pisarás por más alteza
Carrozas de sedas y oro.
No declinarán tus días;
Tus pupilas radiarán;
Tus continuas alegrías,
Por ser tuyas serán las mías.
Tus rivales llorarán.
Arroja hermosa doncella,
De tus manos la labor,
Que tan joven y tan bella,
No te empleas bien en ella
Cuando te llama el amor.
Y pasaron y volvieron,
Suspiraron, padecieron,
Y tornaron a cantar.
La miraron, la dijeron
Sin descanso, sin cesar.
En su corazón nacía
Un sentimiento de cielo,

Amaba cuanto veía,
La flor y el ave que huía
Extraviada en su vuelo.
Amaba el sol y en el viento
Amaba la veleidad;
Y su pobre apartamento
Amaba hasta el sentimiento
De su virgen pubertad.
¡Ay! Amaba y padecía
deseaba y no tenía!….
¡Hija! Trabaja, por Dios,
Que ya pronto vendrá el día
Y haya pan para las dos.

Llegando aquí exhaló mi madre un quejido dolorosísimo. Era todo el recuerdo de una vida entera ya pasada, la expresión enérgica, concreta, depurada y sublime de una tragedia completa. Su quejido se clavó en mis entrañas y vibró como la espada de buen temple dentro del seno de la víctima.

Conocí entonces que era yo parte del corazón de mi afligida madre, y sentí con ella y ella conmigo, la mitad cada uno de un dolor único pero inmenso.

—Leoncio, mío, enjuga tus ojos, levanta la cabeza y mírame para que mi memoria se retrate en el espejo de mi vida real. Voy a contártela tan sin rebozo y con una extensión tal, que sólo tu la sabrás en la tierra. Tú me perdonarás tanto porque tu desgracia te ha hecho más justo que el mundo, como porque mi alma lo necesita; y yo te referiré cosas que no salen del labio de las mujeres sino después de muertas ante el tribunal de Dios.

—Habla, madre mía, y llévame contigo donde no nos separe el tiempo.

II

En aquellos tiempos daban las doce de la noche, daba la una, y se contaban hasta las tres de la madrugada, pronunciadas a la vez con claro y distinto son por cinco relojes de cinco torres distantes. Y al expirar la postrera campanada de la última hora, se apagaba constantemente la luz en una buhardilla altísima, que en la calle del Dardo corona como por escarnio una casa de vecindad con cuatro pisos y cuarenta viviendas, semejante en la general pobreza y el mutuo encono de los asociados a esas repúblicas que llaman federales.

En mil ochocientos y dos, la que estaba destinada por la Providencia a ser mi familia materna, habitaba un cuarto principal de los de la misma casa y vivía con menos holgura que estrechez. Casóse en dicho año mi madre y convino con su marido en que habitarían el piso segundo, y en este nací yo. Pronunciόse la guerra a poco y mi padre marchó a campaña. Murieron mis abuelos. Dejamos mi madre y yo aquella vivienda y subimos veinte escalones más para bajar un real.

Era ya el piso tercero nuestro acomodado retiro, cuando una bala dio mucho honor a mi padre, pero le quitó la vida y a nosotras el sustento que de él recibíamos.

Entonces subimos otros veinte escalones regados con el llanto de mi madre que la pobre recuerdo que me llevaba en hombros, y no apartaba de mí los ojos, más que para encomendarme a la Virgen de los Desamparados. Sin duda que creía la mataría en breve el sentimiento.

Mientras mi madre andaba las diligencias para establecer su derecho a una viudedad, que no le habían de pagar, se consumieron nuestros ahorros. Cierta mañana, que no me había dado de almorzar, llegó el casero y la regañó. Calmóse aquello a poco, hablaron luego despacio, él contando por días y ella por quebrantos, hasta que por último cambiáronse unas llaves, dióle mi madre las gracias muy humilde, y con grande resignación cogiéndome de la mano subimos al piso quinto, que es la buhardilla altísima que desde la calle del Dardo domina toda la población y en la que en aquellos tiempos se apagaba la luz a las dos de la madrugada.

Desde los seis años de mi edad hasta unos meses antes de mi muerte, habité bajo aquel techo avariento que me reducía el espacio a medida que la edad íbame dando estatura.

No he tenido amigas, no conocí el bullicio del concurso, no he pisado la arena postiza de los paseos artificiales, ni mis pies giraron nunca al compás voluptuoso de una orquesta.

Solíame mandar mi madre por no dejar su faena, a que comprara en las vecinas tiendas algún frugal alimento; y muchas veces iba también a la fuente por agua, porque la que había en casa, como estaba bajo la teja vana se nos entibiaba muy pronto. Bajaba yo la escalera a tramos y cantando. Hablaba a las vecinas y corría; y en llegando a la calle solíanme besar las mujeres diciéndome: "Dios te bendiga, ¡qué hermosa eres!"; y los hombres groseros, ponían su mano sobre mi cabeza y soltaban el vapor de su aliento sobre el espejo de mi inocencia, diciéndome con tono intencionado de amenaza, placer y confianza: "crece, crece, que no te aguardan malos quince."

Era yo en efecto en la niñez, como la manzana más alta del huerto cercado; que el sol primero la calienta y las últimas auras la refrescan. Toda colores, redondez y lozanía, bullidora, versátil y parlera, brotando vida y recogiendo risas, que solían apagarse en mi buhardilla, allí junto a mi madre dolorida, los ojos bajos y las manos aplicadas a la costura más asidua, ya desde aquellos años pequeñuelos.

Cosíamos para un almacén de vestuario y lo pagaban tan poco, que apenas ganábamos el sustento.

Desde que comenzamos a trepar escaleras, cada mes desaparecía de mi casa un mueble o un vestido de mi madre; pero yo siempre contenta y ella cada vez más melancólica marchábamos en progresiones opuestas.

Caducó la infeliz; los ojos le enfermaron y no atinaba a enhebrar la aguja. Apuntaba yo en tanto, en desarrollo físico y destreza en el trabajo; pero ella al cabo de un tiempo quedó ciega del todo y el peso de la casa gravitó por completo sobre mí.

Cosía muchísimo, hijo mío, y como los días me eran cortos y las noches caras, mientras comíamos ensartaba agujas para la próxima tarea.

Tú no sabes lo que es una madre desvalida y ciega, acariciando a una hija que la mantiene; nada hay tan elevado, nada tan desgarrador, nada que tanto nos llene el corazón, ni nada tampoco que más nos haga sentir la propia insuficiencia. "Hija," solía decir-

me, "¡quién pudiera ayudarte, aunque fuera sudando gota a gota la sangre de mis venas!!" Y luego se afligía y palpando en sus tinieblas, buscaba mi cabeza y la besaba y tras esto continuaba diciendo: "créeme que lo haría…. En cada gota de mi sangre te ofrecería un descanso; y mi último aliento se escaparía durante un sueño tuyo…. ¡No muy lejos de ti! Hija mía de mi vida. Colócate en el sol y pásame la mano por los ojos, a ver si se me aclaran un poquito….¡un poquito nada más, le pido a Dios, para mirarte!" Ella así me influía su amargura y yo procuraba distraerla cantando, pero todo era en vano; alargaba el cuello hasta sentir mi aliento en su mejilla y me decía: "tienes la voz de un ángel, pero la cólera de Dios contra su sierva apagó la antorcha de la luz dentro de mis ojos, para que la vanidad no se gozara en contemplarte…. ¡Ven, abrázame mucho, apriétame, maltrátame; y que te sienta ya que no te veo!"

Estos accesos se hacían insoportables. Arrojábame yo en sus brazos con un sobrante de vida matador, el cual me hacía prorrumpir en gritos histéricos y dementes caricias hasta que la postración se apoderaba de nosotras y llorábamos.

Mi madre entonces, queriendo consolarme, se esforzaba diciéndome: "no trabajes más, hermosa mía, descansa porque yo te lo ruego, que con lo que has hecho ya tenemos para mañana, y yo con pan y con agua me paso tan contenta; porque como me lo das tú, la voluntad lo sazona de todos los sabores, ni más ni menos, que aquel manjar que derramaban los ángeles sobre la grey de Dios en el desierto.

Tal mis años de la infancia corrían monótonos ignorados y labrando en cierto modo felicidad por la costumbre; hasta que unos tras otros pasando perezosos, cumpliéronse los quince de mi vida. Y durante un sueño, una pluma mágica ludió mi cuerpo, que retembló de placer; y por tres veces volvió a pasar ondulando la pluma vaporosa y otras tantas retemblé. Mis pechos se apretaron y temblaron y bajo de ellos el corazón tembló como un cervatillo asustado.

Una vara encantada sin duda tocó mi frente, porque súbito a mis ojos y a compás de una música augusta que envanecía, las paredes de mi buhardilla, las unas de las otras se apartaron al infinito.

Vi correrse los velos de mi mundo y otro allá en lontananza apareció.

Y el mundo aquel era el movimiento, la irreflexión, la vida, la risa y la alegría de los hombres; la vanidad, el lujo y devaneo de las hembras; el ruido, la armonía, la danza y los festines de ambos sexos, mezclados en tropel y sin concierto.

El mundo aquel era de un suelo anchísimo y sin montes, y acá y allá jardines amoldados y alfombras por el suelo y ricos almohadones arrastrados; pabellones, espejos obeliscos, oro y cristal; fuentes y cascadas y primorosas aves prisioneras de todas las regiones de la tierra. Y se tendía bajo una techumbre no tan elevada, pero más cómoda que la bóveda del cielo, tersa como el firmamento y tachonada de una infinita multitud de luces ¡que no se nublaban nunca!!!…

Ignoro que misterioso mandato me prevenía que anduviera, porque estaba destinada a formar parte de aquel gran mundo, pero lo cierto es que yo me creía andando con precipitación hacia él, cuando me despertó el primer canto de un gorrión parado en el alero de mi buhardilla.

Rodé una intensa mirada para reconocerlo todo inclusa yo misma, y vi a mi madre levantada ya; y a tientas enhebrándome agujas para la labor.

Boté del lecho afuera y me arrojé a los pies de aquella anciana ciega, con un dolor de atrición penitente.

Lo pasado era para mí una culpa sin absolución, que la vergüenza me impidió confesarle, a pesar de su dulce solicitud y de la suavidad de sus instancias.

Mi sueño de oro fue por último envilecido con el nombre de pesadilla y tratamos de olvidarlo; pero veinte veces al día se humedecieron mis párpados; y al través de los prismas que formaban las lágrimas agolpadas, veía pasar con danza y galanura aquellos arrogantes mancebos, y aquellas galanteadas damas, de cuya felicidad distaba tanto mi escondida desgracia.

Todo el gran panorama de aquel sueño estaba frente de mí. Embebecida en la contemplación mental, los brazos me caían perezosos….. y ¡ay de mí! el día primero que mi madre me llamó mujer con cierta extraña alegría de amor propio, fue, Leoncio mío, el día mismo en que yo empecé a conocer la honda desventura que cobija a este sexo de abnegación y de escarnio, a quien la ajena vanidad impuso leyes y la naturaleza rodeó de simas; donde nunca nos arrojamos sin ser empujadas, donde tampoco nunca caemos solas, sino con el hombre legislador, que se salva por más fuerte.

Sucedió que un día, al abrir la puerta de nuestra buhardilla, oí en los pasillos inmediatos un canto extraño, un voz delgada y muy alta que una cadencia lenta y melodiosa decía:

Arroja, hermosa doncella
De tus manos la labor,
Que tan joven y tan bella
No te empleas bien en ella
Cuando te llama el amor.

Aquel eco impensado y unísono con el indefinible sentimiento de mi alma, movió mi curiosidad y me trajo a la mente el recuerdo completo del sueño simbólico. Entonces sin más reflexionar, me encaminé por donde había llegado hasta mí la voz; y me hallé frente a frente con una mujer, como de cuarenta años, alta, atezada, los ojos negros y radiantes, la boca rasgada, desaliñado el pelo y muy luciente, la cintura delgada y flexible como el lomo de la culebra, los pies pequeños y calzados con chapines color de rosa, y medias abigarradas; vestía saya blanca, corta y poblada de jaralares; llevaba los brazos desnudos y en cada muñeca una garzota de cascabeles, ceñíanle la garganta tres collares de abalorios, le colgaban de las orejas unos pendientes de granate y con la mano derecha daba vueltas a una pandereta que zumbaba a compás de su cantar.

Al verme quedóse parada y contemplándome con cierta sonrisa y donosura picaresca.

Yo le pregunté a quien buscaba y me respondió:

Reina sultana,
Flor de las flores,
Rosa temprana,
Soy la gitana
Que canto amores.

—¡Ola! —le dije al oír su respuesta—, ¿con que tú sabrás acertar lo que, salvo la voluntad de dios, ha de suceder a todos y a cada uno de nosotros los que no conocemos vuestra ciencia?

Y me contestó muy festiva:

Oiga que sí,
La gitana es zahorí
So perla fina;
Quiromántica, adivina,
Que a quien su sino procura
Dice la buena ventura

—Y tú me la querrás decir de balde?

—A las bonitas como vuestra merced suelo yo pagarles un real columnario para que me la oigan con la sal que la digo y las muchas venturas que predigo.

—Empieza, pues, gitana, y dímela, sea mi fortuna la que se fuere.

—Déme, pues, la niña su manita de plata.

III

Llena de la más buena fe le entregué mi mano y no sin algún respeto quedé aguardando la revelación de mi porvenir. Cogiómela ella y abriéndola a su sabor, contó, recorrió con su dedo índice y combinó todas las rayas de la palma.

Murmuraba en tanto no sé qué oración o exorcismo e iba cobrando gradualmente la gravedad de una Sibila. Yo temblaba, más la gitana medio inspirada, sin pararse en mi temor, como que replegó su espíritu en sí misma y empleó un rato, al parecer consultando con Mefistófeles o recibiendo la inspiración de Dios.

Sea esto lo que fuere, arte, ciencia, revelación o impostura, dejó por fin su actitud reflexiva, clavó de hito en hito sus ojos en mis ojos, cimbreó la cintura y meneando la cabeza soltó su predicción en estos términos:

Quince mayos, quince flores
Atadas con verde cinta,
Y la última se pinta
Con el sol de los amores.
La cinta es de la esperanza;
Y el ramillete fatal
Puesto en vaso de cristal
El hombre llega y lo alcanza.
Niña de los quince mayos
Vive sola en su retiro,
Y se le arranca un suspiro
Cuando amor vibra sus rayos.
Ilusiones en el día,
En la noche ensueños de oro,
Disgusto, indolencia, lloro
Y penas que no sentía.

Ya no tardará y mañana
Tal vez que cuente llegado
Un ruido, que impensado
La llame hacia la ventana.
Verá pasar un galán
Rubio y que atento pasea,
Piafa, cambia, escarcea,
En un caballo alazán.
Más fustigando el corcel
Huirá el galán como el viento;
Y ella con el pensamiento
Seguirá al bruto y a él.
Y antes que las huecas losas
Hiera el resonante callo
De aquel hermoso caballo
De las revueltas pomposas;
Se verá como palanca
Sobre la blanca paloma,
El buitre y que se desploma
Sin que el cazador lo vea.
Volará sin ser sentido
El buitre de frente cana,
¡Pobre flor! Y una mañana
te sorprenderá otro ruido.
Sin alcanzar su aflicción,
Diránla enferma de amores,
Y espinas que fueron flores
Rasgarán su corazón.
Hará la niña dichoso
Al amador que desea,
Hasta que venga quien sea
La maldición de su esposo.
Que el buitre al huir callado
Dejó para maldecida
Una pluma desprendida
Prevenido u olvidado.
Cuanto ha dicho la gitana,
Por estas rayas lo arguye,
Fíalo al tiempo que huye
Y te lo dirá….mañana.

Dijo, y cogiendo su pandereta si disponía a partir, pero yo la así de la falda para rogarle por Dios y por los santos, que si bien no quería hacerlo del todo, se explicara a lo menos más claramente.

—No— me contestó—, por más que quisiera no puedo. La buenaventura está ya dicha y como no sea que te cumpla oír aquel romance que se gime, se canta y se llora, mal haya amén la gitana, si se le alcanza otra cosa.

—Bueno, pues bien, empiézalo; y ya que soy tan pobre, haga por ti la fortuna, y ojalá que te veas la más rica de tu familia.

—¡Oh tórtola de los primeros arrullos! No te quejes ni me desees mayor bien que el que me guardo. Yo no tengo familia y mi ciencia será lo que se fuere, pero es lo muy bastante para mí. Un tiempo la cabila de mis padres apacentaba sus ganados en todo un valle; las cabras coronaban el monte y en divididas piaras los asnos y las yeguas poblaban las orillas de un río. Vino entonces sobre la tribu errante la mano negra, y no se oyó en todo el contorno más que un balido y el llanto de una criatura… eran una cabra que aclamaba a su perdido recental y una hija mamoncilla, a quien sus padres no socorrían. Ningún otro rumor sonaba a la redonda y todo lo demás estaba donde la Inquisición era servida. La cabra vino a mí y me dio su leche, seguíala yo gateando por espacio de muchas lunas. Ella me abrigaba de noche y me alimentaba de día, hasta que creciendo y viajando supimos llegar a la ermita de la Malograda, la que se encuentra mitad en medio del bosque de los Áloes. Allí todas las mañanitas, con la brisa en las ramas de los sauces, se formaba una armonía que aprendí en la naturaleza y del hondo del santuario salían las palabras que voy a cantar.

Dijo y dio muchas y muy rápidas vueltas a su pandereta, que de nuevo empezó a zumbar.

Imposible me era sacudir la fascinación que sobre mis sentidos obraba la gitana, y ella en tanto comenzó a cantar el fúnebre lamento, aquel que antes me oíste, hijo mío, y daba sin parar, en torno a mí, muchas fantásticas y muy pausadas vueltas. Cada vez más iba prologando sus círculos, hasta que al entonar la postrera estrofa, cuando dijo:

Hija, trabaja por Dios,
Que ya pronto vendrá el día
Y haya pan para las dos

casi no percibía el eco y al expirar la última cadencia dio en huir por los encrucijados corredores y desapareció, dejándome apesarada sin saber de qué; y pensativa sin acertar el objeto.

Mi madre, que lo ignoraba todo, me preguntó si me sentía enferma y le respondí que sí, pagando su cuidadosa ternura con mi segunda mentira.

La temerosa anciana desde aquel momento instó con tanta tenacidad y de tal modo se afligía, que por calmar su angustia obedecí a sus instancias y me acosté. Palpó mi ropa y desde los pies a la cabeza la acomodó a su gusto, besóme en los labios, se llegó a la ventana y la entornó. Quemó un terrón de azúcar y se acomodó en un rincón muy silenciosa con el rosario en la mano. Creyó a poco sin duda que yo me había dormido, porque muy quedito se santiguó con la cruz de su rosario y echando mano a su cayada salió con tiento de la habitación, llevándose el picaporte.

¿Dónde iría la madre ciega, más que a pedir prestados unos reales, dados de mala gana, contados cuarto por cuarto, con una fingida historia en cada real, con una condición apretante en cada ochavo; y recibidos con una gratitud tan generosa como el martirio?

Quedéme a solas, y aparté los cabellos de mi rostro, descubrí el pecho y desnudé los brazos. Quería respirar, quería espacio, libertad y silencio.

Los ojos buscaron la luz y un rayo de sol penetraba escasamente por una rendija de la ventana. Los ligeros tamos se agitaban en él y las moscas danzando al monótono zumbido de sus propias alas, llegaban formando intersección con la cinta luminosa; e iban, giraban y volvían con vueltas y revueltas circulares sin cesar en rumor ni en movimiento.

Allí se aficionó mi vista indeliberadamente y aquel continuo rebullir sin orden, fue dando vaguedad al pensamiento, vértigo y confusión a los sentidos, o no acierto qué cosa me pasó. Pero a que fue realidad me inclino y no mentido devaneo reflejado en sombras por la cámara oscura de los sueños.

Era un átomo brillante que se mantenía en la luz como el botón de oro dentro del fuego. Yo lo vi y luego en confusión pasó muy rápido y llegó hasta él un animal que por lo diminuto no tenía pronunciados ni el color ni la forma. El átomo impulsado por su propia escondida virtud se acreció cobrando voluntad y movimiento. El animal se mostraba impaciente pero sin ser osado a huir como podía. El átomo érase ya una chispa encendida con el soplo de la vida y se posó sobre los hombros del animal.

En tal estado la chispa viviente y el animal informe volaron largo trecho, y cuanto más se alejaban más crecían. Volvieron hacia mí en aquella misma progresión de volumen a la ida llevaban indicada y ya me parecía distinguir en el objeto un jinete que refrenaba el ímpetu de su palafrén. Los divisé por fin a mi deseo clara y distintamente. Y un color de oro purísimo a los dos les prestaba realce y hermosura. Muy joven era el caballero y el palafrén sin juicio como un niño. Daban vueltas, daban vueltas, sin perder el galope y sin que yo les quitara ojo, que no sé cuál me parecía más arrogante. O érase que el uno al otro tan unidos marchaban y tanto se prestaban de sus bellezas relativas, valor y maestría, que no acertaba la voluntad sedienta en dividir objeto tan hermoso, sino a admirarlo completo en su atrevido conjunto y galanura.

Un grande rato por aquel aéreo espacio que pisaban, señoreáronse, solos, sin tropa, espectadores ni cortejo, pero de improviso apareció una atropellada cohorte de jinetes y todos juntos y el galán entre ellos, emprendieron un lucidísimo torneo.

No se oían los pies de los caballos, ni voces ni relinchos ni el campo se nublaba con el polvo, ni sonaban trompetas, ni aliento alguno, ni el menor choque que pudiera alterar la fantasía.

Era el galán de los cabellos rubios quien entre todos sobresalía, su corcel más revuelto y levantado, su cintura la más ágil; y toda su apostura tan resuelta que aquella cabalgata lo envidiaba.

Ya parecía que una voz muda o un secreto convenio les prevenía correr la última pareja, pues que lo vi (aunque con pena) cómo se preparaban para ello… y en esto sobrevino un estrépito dentro mi mismo cuarto.

Salió cada jinete a escape y por su lado, cual si montaran en asustadizos ciervos que oyen el perro y salen disparados, más aun así fue el postrero el caballero del palafrén dorado, que cogiendo carrera emprendió un salto, y rompiendo por entre la cinta de luz, sus cabellos chispearon y lo perdí de vista.

Aquel estrépito lo había producido el dejarse caer al suelo, un gato de la vecindad, muy familiarizado con mi casa. Al verlo me irrité tanto, que le arrojé la almohada, salió despavorido por donde había entrado y aquello quedó otra vez en silencio y las moscas volvieron a zumbar.

Te confieso, amado Leoncio, que el recuerdo de mi humilde tarea me causó horror y que sin embargo que la piedad filial me desgarraba el alma no podía valerme ni aun a mí misma.

—¡Ah! ¡Maldita sea mi suerte!—exclamé con el primer preludio de la desesperación, e incorporándome en el lecho me vestí con desorden.

Abrí de golpe los postigos y empezaba a coser, cuando sentí que muy quedito levantaba mi madre el picaporte.

Entró pasito a paso y me enternecí.

—Ya estoy buena—le dije y ella bendijo a Dios.

Traía para mí la pobrecilla un cuarto de gallina dado al fiado, salvo que por él había dejado en rehenes su pañuelo. Estaba gozosa con la nueva de mi salud, pero no pudo por menos de quejárseme de todas las vecinas, las que sin exceptuar una sola se habían negado a prestarle medio duro….

Estábamos en mitad de estas quejas que tanto ponen en relieve la desgracia, cuando llamaron a la puerta. Salí a abrir y me saludó por mi nombre una mujer al parecer decente y para mí del todo desconocida. Traía dicha mujer un lío en la mano, pasó adelante, sentóse, desenvolvió su lío y me presentó dobladas hasta doce comisas nuevas de holanda y otro igual número de pañuelos sin estrenar. Díjela que qué significaba aquello, y me contestó que ella era viuda del teniente coronel D. Hipólito Chinchilla de Zuazo, natural de Sevilla, compariente del marquesito de Andújar y muerto por los pícaros franceses en la misma batalla que mi padre.

—Ya se ve—prosiguió—, naturalmente se tiene ley hacia aquellas personas que en mejores días fueron, como quien dice, de la familia; porque como sabe aquí la mamá, las militaras, hija, nos tratamos ni más ni menos que hermanas. Y así es que yo, sabiendo que no estaban Vds. en la prosperidad que se merecen, dije a un amigo de casa, que es otro yo y hombre poderoso y muy cabal, mira fulano, una compañera mía con una hija como un sol se encuentran desgraciadas y es preciso que me sirvas completamente…. Al sujeto, hija, no hay más que pedirle, anoche se lo dije en la tertulia y esta mañanita temprano me ha remitido ese recadito que dentro del pañuelo de en medio tiene la explicación y el honorario, porque él, ¡Jesús!, no ha querido anunciarse con una limosna….¡Ca! ¡ni por pienso! Es D. Juan Pérez y López un señor, ya mayor y muy prudente..

—Déle Vd. las gracias en nuestro nombre a ese caballero y que lo encomendaré a Dios—dijo mi madre—. Y Vd., señora, hallará el premio en el cielo.

—Calle Vd., por la virgen, compañera— respondió la viuda—, vaya, pues, no faltaba más. D. Juan no exige de la niña sino que le marque bien esas prendas, que están nuevecitas. Ea, yo volveré por ellas y seremos amigas.

—Las llevaré yo, señora—, la respondí, y convino en ello diciendo:

—Pues no hay inconveniente, calle Mayor en la casa grande de sillería donde está el vestuario y ya estaré hablado el portero para que no me la detengan a Vd.

Diciendo esto se levantó, abrazó a mi madre que quedaba atónita y a mí me pidió un beso, llamándome hermosísima y profetizándome muchas venturas.

Apenas se hubo ido la viuda del teniente coronel, fui desdoblando las ropas una por una, y en efecto hallé que dentro del séptimo pañuelo había envueltos en un papel hasta setenta y dos duros en oro y en el mismo papel que las monedas venían liadas decía:

J.P.L. igual a 3 que multiplicado por 24 suman 72 y en igual número de pesos fuertes por esta vez se gratifica al mérito.

Yo nunca había visto tanto dinero junto y me aluciné. Di un grito de alegría y puse el oro en las manos de mi madre.

La buena señora se llevó a los labios aquel presente llovido del cielo y exclamó:

—La divina Providencia provee a los justos tarde o temprano, hija mía. ¡Nuestros apuros se hacían ya casi insoportables y el señor que vela sobre sus criaturas, oyó mis fervorosas súplicas! ¡Bendigamos a Dios y al bienhechor, por cuya mano nos ampara!!

Pusímonos de rodillas y rezamos, y en el momento emprendí mi trabajo, sin dar treguas hasta verlo completo.

Eran las dos de la madrugada del siguiente día, cuando apagué la luz y me entregué al descanso.

Un pensamiento lisonjeó mi sueño: era el lujo… y reposé tranquila.

Las diez de la mañana serían apenas, cuando entraba en el portal de la casa grande de de la calle Mayor. El portero era un viejo chancero con dos escarapelas, una bermeja colocada en el sombrero y otra negra puesta sobre el ojo derecho. Díjele quién yo era, y si me permitía la entrada. Y él midiéndome con el ojo sano de alto a bajo, tomando un tono picante y meciendo el cuerpo sobre las piernas, me respondió:

—Ya estoy impuesto, prenda, entre con bien ese garbo que con tal palmito de cara hay pasaporte franco, ración de etapa, alojamiento y compaña.

Entré un tanto avergonzada y muy creída que me iba a encontrar con la viuda del teniente coronel Zuazo.

Conclusión

Pasé un recibimiento, una antesala y una sala, luego otra y después otra, todas muy espaciosas, decoradas con muebles suntuosos, algo severas en su anticuada magnificencia y desiertas de todo viviente. Más parecíame que conforme iba caminando adentro me guiaba la viuda del teniente coronel Zuazo pues que creía oírla como tosía cada vez una puerta más allá.

Llgué por último a un gabinete sombrío, a causa de tener entornadas las persianas y llamé con un dedo a la vidriera antes que por resolución que tuviese hecha de entrar, por temor que me sobrevino de volver atrás sin el eco que me había conducido por donde yo ya ignoraba hasta aquel término.

¡Oh! ¡Pluguiera a Dios que en lugar de mi cobarde atrevimiento hubiéranse pegado las manos a la lengua y la vaciladora voluntad ojalá se hubiese convertido en la certeza insensible de la muerte…!

Apenas toqué el cristal me respondió la voz de un hombre que con tono imperioso y prevenido dijo:

—Adelante.

Y oí como pasos que venían hacia mí.

Se abrió la puerta y sobrecogida saludé a un personaje que vestía bata de color de fuego sembrada acá y allá de diablos negros. Tenía este hombre sobre cincuenta años de edad, era alto, enjuto y atezado, con las cejas muy pobladas, y la mirada lenta y el ademán indiferente y flojo.

El tal hombre me cogió de la mano y me sentó a su lado en un confidente del fondo del gabinete.

La luz entraba a medias y solo la costumbre podía ir poco a poco aclarando los objetos que me rodeaban.

Enfrente de nosotros vi como había un cuadro con grande marco dorado, cuyo lienzo sería próximamente de vara y cuarta. En este lienzo se dibujaba entre otros objetos agrupados y por entonces confusos, un templo con una torre eminente y en el último tercio de la torre la esfera de un reloj sobresalía. El pausado golpe de la péndula me advirtió que estaba animada la esfera del reloj.

Distraje la vista de aquel punto y vi sobre una mesa reclinadas las unas apoyándose en las otras muy simétricamente y formando curva, más de trescientas onzas de oro en una sola hilera… Parecióme también que se movía onza por onza como la serpiente anillo por anillo… Pero no… no… fue tan solo ilusión de aquel momento… Las onzas no se movían.

Mientras que yo me hallaba fascinada contemplando aquello y poseída de un terror pasivo, el sigiloso y austero personaje había vuelto a cogerme la mano izquierda sin grande interés aparente, y como por mero pasatiempo jugaba con mis dedos que convulsivos le opondrían sin duda alguna resistencia que le fue grata, porque gradualmente iba cobrando vida que la faltaba hasta que tocó en el exceso.

Aquí solté un grito. Le pregunté quién era que tan osado me ofendía, más él asomando el labio inferior se sonrió como un relámpago y sólo dijo:

—J.P.L. igual a 72.

—¡Ah! No, caballero, aquí están las camisas y el dinero en mi casa.

—Y tú en la mía—me respondió sin refrenar acciones ni alterarse.

Yo di otro grito y me refugié en un rincón hecha un ovillo.

¡Ay, hijo mío! ¡Qué les vale contra el tiro certero del alcotán flechado, a la tímida codorniz la floja avena ni al colorín la rama en que se esconden!

Aquí D. Juan Pérez y López se puso en pie, arrojó al suelo su bonete bordado y con furor se sacudió la bata….

La bata, ¡ah! La bata era de fuego y ambos faldones dieron un chasquido atronador como cohetes infernales. A este chasquido contestó fatídico el reloj del marco de oro con once ayes doloridos y tras estos lamentos cuando expiraron, la música misma aquella de mi sueño, aquella misma augusta consonancia se reprodujo a no tanto trecho de mis oídos como la oí la vez primera.

Parecióme que se difundía por la estancia cada vez más clara como la aurora del alma y que su oriente lo tenía en el reloj de oro. Levanté hacia él la mirada y vi sobre el lienzo a todos aquellos arrogantes mancebos y a las galanteadas damas aquellas que antes viera voluptuosos danzando al pausado compás de la armonía. Vi el lujo y los doseles, las

fuentes con aljófares, los ricos aderezos, las plumas y las estofas. Vi despierta, hijo mío, el sueño entero de la crisis de mi vida, brotado por el caño abundante de la fantasía virgen de una mujer.

¡Ay de mí! ¡a quién le fuera dado no volver los ojos! Un ruido misterioso y como de escamas llamó a mis pies, miré y encontréme con la serpiente de oro culebreando muy humilde y como deseosa de que la pisara con tal de que me advirtiera sus halagos.

Una y cien vueltas dio sin que yo fuera osada a prorrumpir ni un alarido, más ella, viendo impunidad o flaqueza, subióse deslizando por la falda hasta mi mismo seno.

—¡Piedad!—exclamé, como implorando amparo del amante bastardo y vi su bata de fuego que me deslumbró y con mayor sorpresa que nunca advertí que en ella y al son incesante de la música, también bailaban los tiznados demonios una grotesca pantomima, los unos frente a frente de los otros, pareados y como si fueran juegos de tenazas.

¡Ay! ¡ay! La música arreciaba, el rumor atronaba mis oídos, la llameante bata fulguraba, mi vista se perdía confundida entre tantas multiplicadas maravillas, ¡mi alma en fin era un aroma que volaba, y mi cuerpo aún la flor de que partía!

Un frío apetecible, un calor sabroso, un roce regalado sentí luego, que se me desenvolvía por el pecho para subir pausado a la garganta. Y era que la serpiente en elegantes roscas llegó hasta mis oídos, y arrojando un aliento imperceptible habló de esta manera:

—Leda, Leda, tu escondida orfandad era tu mundo, hasta que el corazón se te asomó a los ojos y me viste por las lumbreras de tu alma. Yo soy el Dios de la tierra, a quien adoran los reyes de los hombres, y por quien los hombres se humillan a sus reyes. Yo de los senos profundísimos, donde las aguas azuladas de Omán hierven y combaten, arranco la avergonzada perla para la frente de la mujer. Leda, Leda, como un punto en el vacío tu niño corazón era tu mundo, tú me viste y yo soy más grande todavía que el mundo de la creación. Sígueme, que soy también virtud de los hombres, el poder a la sociedad, el amor de las familias, la perfección de la belleza. Y yo en cambio sentaré encima de mis brillantes hombros tu hermosura. Ámame así como la piedra oriental ama al engarce, y si pierdes tu nombre, te daré títulos sonoros y magníficos que muchos han trocado por la vida. Yo soy parte hoy y mañana el todo del oro de la tierra. Ámame, ámame como te amo, adorada mía, que de placer, si me abrazaras, me derretiría en el canal que forman tus dos pechos. Ámame, ámame como te adoro, hermosa mía….

¡Oh seductora voz de la serpiente!

Sentí desfallecerse mi flaca materia, perdióse mi razón desvanecida y en un vapor densísimo vagó mi espíritu.

No sé si sentí en mis labios la boca de la serpiente que besaba y sin embargo de su amorosa solicitud y encanto di un grito de dolor.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Suéltame, suéltame que me devoras…—parece todavía que lo siento… Y en esta angustia recobré la razón y me encontré arrojada como un pañuelo ajado con las manos.

Desolada volví en torno los ojos, y de mi pasado vértigo encontré solamente como real y positivo, bastantes onzas esparcidas por el suelo y alguna que otra en mi seno que cogí y arrojé lejos de mí.

El impasible D Juan Pérez y López se paseaba a lo largo del gabinete cual si nada me hubiese sucedido.

De allí a un instante se arrebató las manos a la frente, dio una patada en el suelo y tiró con violencia de la campanilla.

Tardaban en venir a su deseo y sacudió con mayor fuerza el tirado. Oyóse en esto un ruido como de pasos precipitados y se presentaron, la que yo creía viuda del teniente coronel Zuazo y el portero, pero venían en la forma más extravagante que jamás se haya ocurrido a nadie.

El portero andaba a gatas y la viuda venía a la jineta en sus espaldas. Al verlos dijo D. Juan Pérez y López con marcado desafuero y virulencia:

—Zarandilla y Chuzón de los demonios, ¿dónde os metéis canalla que andáis torpes? Ea vivo, echad fuera a esa muchacha y traedme ropa de calle, que me voy al remate de unas fincas nacionales que fueron de los ex frailes trinitarios.

Tanta vergüenza cayó sobre tu pobre madre que no atinaba a andar.

D. Juan Pérez y López dado que hubo sus órdenes, se puso a recoger una por una las onzas que había desparramadas por la alfombra.

Hízome una seña la Zarandilla y la seguí cabizbaja. Esta mujer desvergonzada espoleó al vil Chuzón y le dijo,

—Arrea marido

Y el Chuzón tomando un trotecillo respondía,

—Mujer, ya ando.

Así llegamos al portal. Yo les iba detrás y para despedirme a orillas ya del dintel, pegó el Chuzón un corcobo de cabra envuelto en un insolente par de coces al que la Zarandilla de grado o por fuerza brincó al suelo y cayó de pies. Hízome en seguida un moho ridículo y huyeron ambos por donde habían venido muy alegres.

Heme tú a mi vuelta a mi buhardilla con dirección incierta, desmemoriada y pálida, a cada paso sobrecogida de espanto, volviendo la cabeza y creyéndome que D. Juan Pérez López me sorprendía de nuevo para ensayar su condenada magia.

Al llegar a una esquina oí una voz muy cerca de mí que me llamaba y quedé petrificada.

—No te asustes—me dijo la voz con tono delicado e insinuante al alma—. Yo te he visto cien veces sin que fuera advertido, y otras tantas intenté decirte que te amaba, pero el cobarde corazón tembló.

Fijé la atención y vi un joven absorto en contemplarme y temeroso cual si esperara oír de mi labio una sentencia severa.

No supe qué responderle, y dos gruesas lágrimas surcaron mis mejillas, acaso las más amargas de mi vida.

—¡Ah!—exclamó el mancebo—, no llores por piedad. Yo te he visto también en una ventana muy alta de la calle del Dardo y me pareciste una flor perfumada de pureza, que pendía del cielo prendida a un cabello de un serafín. Yo te amo, porque si la inocencia está en la tierra, tu corazón es su altar. Yo te amo porque esas lágrimas mismas que descienden, tranquilas manan de la fuente de la castidad. Me nombro Mario Garcerán y ya conocen tus ojos y tu oído a quien hoy llama a tu sentimiento y llegará mañana acaso a pasar los umbrales de tu casa.

Mario Garcerán inclinó la cabeza y se apartó de mí. Mirábale yo alejarse como si aun estuviese bajo la influencia maravillosa del gabinete terrible y necesité apoyarme.

Era Mario Garcerán un joven que contaba a la sazón veinte y dos años apenas. Todo su ademán era resuelto, de atrevida cabeza, blonda cabellera rubia, y el bozo apenas indicado sobre el labio superior. Al golpe de sus pasos respondían las lucientes espuelas que llevaba.

Parecíame haber soñado aquel hombre antes de conocerle, guardaba al mismo tiempo cierta reminiscencia de haber oído su voz. Mi voluntad se había instintivamente aficionado a él en otras ocasiones, pero sin duda que el juicio no había entrado por nada y la memoria no retenía ni cuándo ni en dónde.

Desapareció a lo lejos y me acometió el recuerdo de los pasados sucesos con toda la intención de Judit y la amargura de Lucrecia….. ¡Ay de mí! ¡Ni el puñal de la segunda, ni el brazo vengador de la primera, ni la garganta de Olofernes, estaban a mi arbitrio en aquella edad….! El tirano del oro podía vagar impune por esta nueva Vetulia esclava, degradada Roma…. Aquello fue sólo un rapto de ira femenil, que huyendo pronto me postró en la tristeza más profunda.

Cabizbaja y llorosa llegué a mi quinto piso, abrí la puerta y ¡oh dolor!, hijo mío, mi madre se revolcaba accidentada por el suelo….¡jamás, jamás! ¡Las palabras no alcanzan donde raya el dolor de un solo empuje!

Al día siguiente estaba yo reclinada en la almohada sobre que dormía mi doliente madre y llamaron fuera. Salí a ver quien fuese, entró Garcerán y se despertó mi madre. La decaída anciana apenas lo sintió hablar, que olvidando sus dolores se sonrió con una sonrisa inefable.

Explicó Mario el motivo de su visita y mi madre alabó a Dios y nos dijo:

—Mirad, hijos míos, hace un instante que mi alma había abandonado el cuerpo como la llama al pabilo, pero mi alma dejaba un destello de sí misma sobre la tierra y le penaba abandonarlo sin guía y para que divagara por el caos. Era forzoso remontar el vuelo y la aflicción plegaba las luminosas alas de mi alma. El mandato de Dios y el apego de las criaturas al mundo que conocemos, forman la agonía de la muerte. En este estado un soplo del señor sobre mi ser entero, volvió la vida a su cárcel y con los ojos del fervoroso espíritu, vi su dedo omnipotente que señalaba hacia allá por donde llegaste tú a interrumpir mi sueño…. La bendición de Dios sobre sus hijos y sobre vosotros la de la madre ciega y moribunda.

Alargó mi santa madre sus desmedrados brazos, e incorporándose apenas en el lecho reposó cada una de sus manos sobre nuestras cabezas, abrió los ojos claros y serenos, dijo que nos veía, y entreabiertos los labios y risueños luego reclinó la frente y tendió el cuerpo para dar libre paso al alma justa…. Expiró.

No sé cuales fueron las muestras de mi pesar. Me acuerdo sólo que perdí el sentido y al volver de un letargo me hallé en un sitio extraño para mí, rodeada de gentes desconocidas y solícitas.

Dijéronme luego que Mario Garcerán me había dejado en poder de una honrada familia, como un depósito sagrado para hacerme su esposa luego de transcurrido cierto tiempo.

Así era la verdad, vino Garcerán al poco rato y me habló lleno de ternura en presencia de un anciano de la casa. A punto estuve de arrodillarme a sus pies y contarle mi vida como lo he hecho contigo, Leoncio mío, pero el no verlo nunca a solas, fue la causa que contuvo mi noble resolución y he aquí también el motivo de nuestra común desgracia.

A los dos meses contados desde el fallecimiento de mi madre, Garcerán se casó conmigo

Transcurridos unos cuantos días llamó la Zarandilla a mi puerta. Me habló y traía una amenaza mortal. Yo azorada le regalé dinero para que se fuese, callara y no volviera. Garcerán nos encontró hablando y pasó de largo.

Al poco tiempo, tanto amor como nos teníamos y la paz que reinaba en nuestra casa había desaparecido todo por parte de Garcerán.

En el lecho mi sueño era interrumpido para oír un suspiro o una maldición. En la mesa mi pan iba mojado con lágrimas que las movía una mirada recelosa.

Yo me sentía indispuesta cada vez más. La soledad en que me dejaba mi marido, lo mucho que yo le quería y la falta de sus caricias conspiraban en mi sentir a esta enfermedad continuada, lenta y que entorpecía mis miembros.

Así, hijo mío, transcurrieron siete meses, y al cabo de ellos…. Te dejé en el mundo.

¡Ah! ¡si el libro de todos los héroes pudiera escribirse! ¡El heroísmo de abnegación pertenece a las mujeres, y el cúmulo de sus sublimes coronas de martirio, ahogaría las palmas y los ambiciosos laureles, de esos hombres que los historiadores dibujan y los poetas iluminan o encienden!

Te dejé en el mundo, hijo mío, con el solo dolor de no abrazarte, porque cuando aún mi corazón vivía para ti, mis brazos ya estaban muertos…..

A este punto de su relato llegaba el ánima de mi madre, cuando oímos unas como voces perdidas a lo lejos. Yo no las entendí, pero ella desembarazándose de mí, se quedó tan chiquitita que tuve que buscarla, y por la lucecilla que arrojaba la encontré y vi que era del tamaño de una liebre empinada.

Me eché en el suelo para besarle el rostro y entonces muy quedito me dijo al oído izquiero:

—Por ahí viene tu padre que se volvió loco hace veinte años. A ti te busca y yo le temo tanto que me voy. No le digas nunca que me has visto ni le cuentes nada de lo que de mí sabes porque no te creería. La duda sólo le tiene trastornado el juicio. Juzga tú qué no le haría la certeza si Dios no hubiera dispuesto que los hombres dudaran hasta de lo que ven. Ya, ya viene, amor mío, alma de mi alma. Perdóname que soy tan inocente como la paloma que se encuentra en las garras del gavilán.

En efecto, mi padre estaba ya encima. El ánima de mi madre se consumió en sí misma o se sumió por los poros de las losas como el agua en la arena.

Las voces de mi padre eran desaforadas.

—Satanás, vuélveme mi hijo—iba gritando. Y con gigantes desconcertados pasos, a trancos daba a veces con las manos en el suelo.

Llevaba caída de hombros y arrastrando la capa de hielo aquella que me caló los tuétanos. Y más de veinte perros callejeros ladrándole a la zaga y acosándole por detrás, lo traían a mal traer y la capa se la tenían hecha jirones.

A pesar del mucho castigo que desde chiquito me tiene apocado el ánimo, corrí en su ayuda y sacudiendo pedradas a los perros, logré ahuyentarlos.

Me columbró mi padre mientras que yo aún me las había con los maldecidos canes, y viniéndose por detrás se me echó a cuestas agarrándome mucho y muy creído que me rescataba de las uñas de Barrabás.

Me le cargué a las espaldas lo más acomodadamente que me fue posible y aquí caigo, allí tropiezo, más allá me reposo y con impaciencia, logré volverlo a casa y lo tendí en la cama sin separarme de su lado, hasta muy de mañanita que es la hora en que de ordinario se encaja de rondón alcoba adentro, cierto jorobadillo barbudo, chascando un látigo y echando fieros y blasfemias por la boca. Mi padre salta entonces de la cama sin remedio, baila el pelado al son de la fusta y a revueltas el uno con el otro bajan pegando brincos la escalera para irse juntos, yo no sé dónde ni a qué.

Los bandoleros de Andalucía

Juan Manuel de Azara

El Iris. 1841. 98-102/114-117. Semanario Pintoreso Español. 1846. 347-350/356-358

I

Lo que voy a contar no es una novedad, ni menos un cuento con detalles históricos, es una aventura, como tantas otras aventuras que por no haber sido publicadas no han sido nunca sabidas.

En marzo de 1828 tuve que hacer un viaje a Córdoba a acompañar a mi hermano gravemente enfermo; su mal era una afección nerviosa que cedió pronto a la influencia de la estación, pero los médicos le aconsejaron para completar la cura los baños de mar en Málaga o en Cádiz. Aprestámonos pues, a mediados de junio a marchar; nuestros preparativos se acabaron pronto; mi hermano y su mujer, una criada, un criado y yo componíamos toda la comitiva. Tomamos un coche de colleras y un mulo para llevar el esceso de equipaje que no cabía en la zaga; nuestro camino no era el mas recto, porque teníamos que apartarnos un poco hacia la sierra a recoger en un pueblecillo una hermana de mi cuñada que nunca había visto a Sevilla y Cádiz y suspiraba por ver el mar, los teatros, las tertulias y todo lo que fastidia en las ciudades y aparece tan hechicero en la soledad de las aldeas.

Estaba mi hermano casado con la hija de un propietario de Aguilar que poseía ricos olivares y excelentes tierras de labor en todas las cercanías. Concha era una muchacha de lugar por la estrechez de sus ideas y la moderación de sus gustos; nada había visto y era muy joven; tenía en aquella época diecinueve años, ningún conocimiento de la vida, viveza y buen humor. Su cara era muy blanca con los ojos y el cabello perfectamente negros; su nariz aguileña y delicada daba un aire fino a su fisonomía; su boca era tal vez un poco grande, pero en cambio era marfil su dentadura; tenía una estatura regular, llena de carnes sin ser gruesa, muy buenas formas y gracia en su modo de andar. Las mujeres decían que era un poco pálida y los hombres que era muy linda. Mi hermano estaba enamorado de ella; ella amaba sinceramente a mi hermano, con lo que hacían un matrimonio feliz.; ocho meses en Córdoba, cuatro en Aguilar al lado de los padres de Concha llenaban la existencia cómoda y descansada; los cuidados de la casa y la labor de mi hermano ocupaban el día, y se pasaba la vida poco a poco sin grandes placeres, pero sin disgustos ni privaciones.

Salimos de Córdoba una mañana a las diez, con sol claro, con cielo sereno pero con un calor insoportable. Comimos en el campo, llegamos al pueblecillo por la noche y al amanecer volvimos a emprender nuestro camino, con nuestra nueva compañera Antonia. Era el reverso de la medalla de mi cuñada; rubia, y con ojos azules pero con un color de salud que la cubría de grana a cada momento, era lo que se llama por el mundo una guapa muchacha fresca y lozana, deseando casarse a toda prisa y sin novio que la quisiese. Yo iba entre las dos en el fondo del coche que sobre sus sopandas antiguas tenía un movimiento infernal; ninguno de los tres era muy grueso, pero el calor era mucho, fastidiosa

la jornada, y así es que cuando llegamos al Carpio por la noche, sentí una agradable emoción al verme libre del continuo traqueteo del carruaje, y de no escuchar las campanillas de las mulas que en un camino largo acababan por relajar el tímpano, dejándolo por algún tiempo inservible. El mesón a que íbamos a parar no presentaba por cierto el aspecto más satisfactorio; de ancho patio pero de pocas habitaciones, se hallaba en aquel momento ocupado por varios personajes de distintas jerarquías. Salió el mesonero, hombre gordo y rechoncho, como son todos los mesoneros desde Cervantes acá; nos recibió de mala manera porque era un manchego seriote y de mal gesto; pero al ver que traíamos provisiones y que nuestro aspecto indicaba gente acomodada, ablandó su ceño y encomendándonos a la sobrina, chica muy agradable por cierto para estar en tan mal sitio, se volvió al banco de herrador que a la derecha de la puerta se hallaba para continuar una partida de cané que con baraja algo grasienta y lustrosa seguía con algunos soldados. Metiéronse en un cuartucho las señoras y yo salí con mi hermano a ver el castillo morisco que domina el pueblo, en tanto que nos guisaban alguna cosa para satisfacer nuestro devorante apetito. Cuando después de media hora volvimos al mesón, hallamos finalizado el juego, reunida la gente en el patio y haciendo calceta la linda sobrina o criada cuya buena presencia en aquella casa me sorprendía. Nosotros tocamos nuestros sombreros al entrar, y con un «¡salú, caballeros!», tomamos asiento en medio del corro.

Componíase este de algunos soldados del regimiento del Príncipe empleados en la persecución de ladrones; de un sargento de anchos bigotes y mala catadura que mandaba la partida, de tres arrieros manchegos que hacían las mejores migas con el mesonero su paisano, del herrador del pueblo y de un hombre que por su facha y su vestido parecía medio aperador, medio contrabandista. Llevaba un sombrero serrano con ancha franja de terciopelo con cuatro borlas de hilillo, un chaleco negro y bordado, chaquetilla de majo de paño negro con flecos y bellotas de seda, un calzón de punto azulado con botoncillos de plata, botines jerezanos, espuelas en los zapatos, faja encarnada y en ella un cuchillo de monte con puño de marfil guarnecido de corales. Representaba unos treinta y cuatro años; su fisonomía era agradable y bien proporcionada, aunque el cutis estaba algo tostado por el sol; enormes y bien peinadas patillas sombreaban su cara, y su mirada aparentemente distraida examinaba con disimulo toda la gente que estaba alrededor. Yo no se por qué, entre aquel grupo de gentes me llamó la atención aquel semblante; no se si será la gallardía de su persona, que aunque pequeña de estatura tenía algo de decoro y dignidad, lo que me hacía fijarlo con frecuencia, pero de cuando en cuando le miraba y apartaba luego mis ojos de los suyos que se volvían hacia mí con una expresión burlona.

—¿Cómo va el ganado de Antonio?—preguntó uno de los arrieros, volviéndose al herrador.

—Muy mal, señó Cruces— respondió el otro—, no hay yerba y los animalitos se mueren de hambre; yo quería ir a Córdoba a vender algunas ovejas, pero diz que anda la gente por el camino y no es cosa de que le quiten a un probe los cuartos.

—¿Hay rateros por el camino?—preguntó con indiferencia mi hermano

—No señor—le replicó el sargento—, hay una partida de ocho hombres que ha hecho muchos robos estos días; vienen y se van como Pedro por su casa, y yo no puedo hacer nada porque me han dejado solo estos cuatro soldados que no quiero exponer a que los maten esos pícaros que se reunen y se dispersan con mucha facilidad; además es-

tán mejor montados que estos muchachos y conocen todas las veredas. Pero a bien que ya viene el capitán con veinte hombres y entonces vamos a salit todos los días.

—¿Quién es el capitán?—preguntó con viveza el majo de la faja y del cuchillo.

— ¡El capitán!—respondió el sargento—. Un señor más valiente que toito el mundo. Ha estado tres años persiguiendo ladrones, se llama D. Roque Comares y conoce a José María.

—¡A José María—dijeron a la vez los arrieros y los soldados.

— Si señor, a José María, a quien ha visto muy de cerca, un día que a dos leguas de Écija se encontró con el; y ya le tenía agarrado cuando un pistoletazo del ladrón lo tiró en el suelo herido de un brazo. Entonces era teniente de la primera del primero; por eso le hicieron capitán de la segunda.

—¿Y cuándo viene?—preguntó con indiferencia afectada el majo que había escuchado con la mayor atención las palabras del sargento.

—Desde las cuatro estoy esperando aquí por su orden; creo que no deberá tardar.

El majo se estremeció por un movimiento involuntario; giró sus ojos rapidamente alrededor de sí por ver si le había observado alguien y encontrando mis miradas, se puso a jugar con las borlas de su sombrero mientras se balanceaba en la silla.

—Bueno que está— replico con mucha cachaza—, veremos qué hace con tanto ladrón como anda por esos caminos. Un hombre de bien que va a sus negocios tiene que esconder el dinero y caminar con el credo en la boca.

—¿Qué hora es caballero y vd. Perdone?—preguntó dirigiéndose a mi hermano.

—Van a dar las ocho—respondió éste sacando el magnífico reloj que heredó de mi padre, a quien se lo regaló un primo que fue oidor en Méjico.

— ¡Las ocho! pronto se va el tiempo—y levantándose de la silla se preparaba a salir, cuando se escuchó el ruido de los caballos y casi al mismo tiempo se presentó con su partida el capitán D. Roque Comares.

—¡Buenas noches de Dios a vds., caballeros!—dijo el recienvenido después de dejar su caballo en manos de su asistente y mientras que sus soldados llevaban los suyos a la cuadra—. Ha hecho un calor del demonio hoy; mentira me parecía que había de llegar aquí, ¿Y que hay de bueno, sargento Pérez?, ¿La gente, por dónde anda?.

—Antes de ayer salió de Écija José María para reunirse con sus compañeros, pero el diablo sabe dónde está ahora.

— ¡De Écija!—dijo el capitán con aire colérico—¿Qué les parece a vds., señores? Está uno persiguiendo a esos hombres noche y día y luego toman asilo en las ciudades donde encuentran mucha gente de su calaña que los ocultan sin que ni corregidores ni alcaldes puedan dar con ellos. Después dicen que no hacemos nada, que nos pasamos el tiempo en los mesones ¡Caramba! la cabeza de José María vale dinero y él me ha de costear mi primer uniforme de comandante.

—Y hará vd. bien, señor capitán—replicó el majo con una sonrisa burlona—, no le suelte vd. si le pilla, porque dicen que es hombre astuto y atrevido. Según ha contado el sargento tienen vds. cuentas pendientes de resultas de un balazo o que se yo cuantas cosas.

—Ya nos veremos—replicó D. Roque, reparando por primera vez en la gallarda figura del majo que, inmóvil junto a una columna debajo del farol que alumbraba el patio, fumaba tranquilamente un cigarro de papel sin cuidarse al parecer de la conversación. El resplandor de la luz llegaba a su semblante sin iluminarlo; cayendo desde arriba descomponía todas las facciones con la sombra del sombrero abultando su fisonomía. Parecióme sin embargo por un momento que le reconocía el capitán; una expresión de espanto pasó por sus ojos y volviéndose hacia el indiferente interlocutor le dijo con viveza:

—¿Qué viene vd. a hacer aquí? ¿Quién es este hombre?—añadió con mas pausa dirigiéndose al mesonero.

—Un caminante, mi capitán—respondió con mesura el majo, adelantándose al corro y tocando su sombrero—; un caminante que conoce los caminos y aguarda la salida de esa tropa para pasar a su abrigo hacia Córdoba porque ya está escarmentado.

—Yo le conozco a vd.—dijo D. Roque—, en alguna parte nos hemos visto y su figura de vd. es sospechosa.

—No es extraño; hace dos años estuvimos juntos en la feria de Mairena donde me ganó vd. al juego quince onzas como un ochavo. Tiene vd. muy buena suerte. Por lo demás ahí va mi pasaporte porque la gente honrada no teme que la conozcan.

El recuerdo agradable de las quince onzas ganadas ablandó seguramente la severa suspicacia del guapo capitán, porque apenas desdobló el pasaporte para leer el nombre de Juan Serrano, corredor de trigo, devolviéndoselo inmediatamente con un oportuno «vd. perdone», al tiempo que retorcía complacido su bigote negro y poblado.

Concha nos hizo avisar que estaba pronta la cena, y teniendo que salir a las dos de la madrugada para evitar el calor del día, saludamos a la reunión y nos metimos en nuestro cuarto. Al pasar por la puerta de la cuadra noté que en un rincón oscuro hablaba el Sr. Juan Serrano misteriosamente con la linda criada. «¡Amores de camino!», me dije a mi mismo; y después de hartar un hambre bastante regular, me tendí en un jergón para gozar de las delicias del sueño.

A la una y media vinieron a despertarnos y nos preparó el criado chocolate. Había luna y su luz clara y transparente alumbraba el patio; los arrieros dormían aún, pero no el corredor de trigo que ayudado del mesonero enjaezaba su caballo. Era una jaca cordobesa de dos cuerpos, castaña y perfectamente proporcionada; los arreos eran baqueros pero ricos; al lado de una silla jerezana estaba colgada una escopeta magnífica con abrazaderas de plata.

Me saludó con el sombrero y después de haberle contestado trabamos conversación

—Tome vd. chocolate conmigo—le dije.

El majo se resistía cortesmente, pero mi hermano que llegaba en aquel momento le instó tanto que se vió obligado al fin a aceptar nuestro convite. Mi hermano es un ente raro que había simpatizado con Serrano desde el principio, pero el corredor, al tomar el chocolate con nosotros sufría evidentemente una contrariedad, una mortificación que por política disimulaba.

—¿Hay ladrones de aquí a Écija?—preguntó mi cuñada con ansiedad.

—No sé, señora—respondió el corredor—, sin embargo los caminos no están seguros, y viajar a estas horas y con tantas campanillas en las mulas, no es lo más prudente por cierto.

— ¡Bah!—replicó mi hermano—. Jose María está del otro lado y hace mucho tiempo que por el camino de Sevilla no sucede un lance.

—Pero—insistió Serrano—, bueno es caminar con precaución. Si yo pudiese, acompañaría a vds.; mas tengo que apartarme del camino. En fin creo que nos veremos pronto.

El corredor de trigo se levantó, saludó cortésmente a las señoras, me tendió la mano, le dí un cigarro y nos separamos excelentes amigos. El mayoral cargó los cajoncillos y pequeñeces que llevan siempre las mujeres en los viajes; subimos al coche y a pocos momentos, al resplandor de una luna clara y templada, trotábamos en el camino de Écija. Íbamos hablando de la gente del mesón y sobre todo del señor Serrano, cuya mezcla de energía y de finura no podía menos de llamarnos la curiosidad. Mi cuñada iba algo asustada, comentando sus misteriosos avisos; mi hermano decía que era un hombre muy campechano y cortés y Antonia le encontraba mucha gracia y una figura agradable. Así íbamos entreteniendo el tiempo hasta que empezó a amanecer. Concha miraba por la ventanilla y se asustaba porque le parecía ver sombras lejanas entre los olivares.

—¡Si se moverán los olivos, niña!—decía con cariñosa burla su marido.

De pronto gritó mi cuñada

—¡Ay Dios mío!, ahí están—y se agarro de mi temblando.

Era verdad

—¡Alto!—gritó una voz desde fuera.

Detúvose el mayoral, yo saqué la cabeza por la portezuela y vi con espanto a la luz de la luna que nos rodeaba una partida de bandoleros que caracoleaban alrededor del coche.

II

Pasaron algunos momentos de angustiosa incertidumbre. Parecía un sueño que sucedía; inmóvil el mayoral en su asiento, parado el zagal junto a las mulas, apiñados nosotros en el coche, nada venía a sacarnos de la inercia estúpida en que yacíamos. Algunas palabras oí confusamente que iban dirigidas al conductor; volvió el carruaje a moverse y nos apartamos del camino real para entrar en un olivar espesísimo, cortado por zanjas que teníamos que rodear. Nadie hablaba. Concha estaba pegada a mi brazo que apretaba de cuando en cuando con movimiento compulsivo; Antonia sollozaba en silencio; mi hermano miraba inquieto a todas partes. Seguimos nuestra incierta ruta sin parar durante media hora. La luna había perdido su luz antes los primeros rayos de la aurora naciente, y su pálido resplandor venía a iluminar los bultos de los ladrones que acompañaban en dos filas el coche. Sin saber que sería de nuestra suerte, sin armas con que defendernos, mi hermano y yo nos mirábamos en la mayor incertidumbre, temblando, no por nosotros, sino por la suerte de nuestras infelices compañeras.

—¡A parar!—gritó clara y distinta una voz áspera y desagradable. Detuviéronse las mulas; saltó a tierra el mayoral y después de algunos instantes, abrióse la portezuela y

asomó la cabeza feroz de un bandolero. Su sombrero caído sobre sus torvos ojos, su desaliñada y crecida barba, la expresión estúpida de su semblante nos causaron funesta impresión.

—¡Vayan bajando uno a uno!—dijo arrugando las cejas.

Yo bajé el primero, y en el momento me cogieron dos ladrones y con las sogas de la zaga me ataron a un olivo; a mi lado estaba también amarrado el infeliz mayoral, que, como acostumbrado a semejantes lances, manifestaba la mas completa indiferencia; el zagal hablaba familiarmente con los bandidos y en su intimidad se conocía que habían obrado de acuerdo. Saltó del coche la criada y fue a parar entre aquella gente que la recibió con indecentes bromas; la infeliz muchacha se echó a llorar, pero cada vez redoblaba la algazara. Mi hermano miraba aquella escena desde la portezuela del coche; lo que veía era un anuncio de la suerte que aguardaba a su mujer; sus ojos se encendían en cólera y sus labios se pusieron blancos como la cal.

—¿No baja vd., caballero?—le gritó con aspereza el ladrón de la fea catadura. Mi hermano bajó, pero al intentar amarrarlo empezó a luchar con desesperación.

— ¡Hola!, ¿se resiste este gallito?—dijo el bandolero, y levantando el trabuco pegó con la culata un golpe tal sobre la espalda de mi hermano que cayó de boca a tierra. Al punto le agarraron y apretaron los cordeles entre sus brazos y un olivo.

En aquel momento sentí una angustia horrible en el corazón; la vista de mi hermano atado en frente de mi, con la cabeza caida sobre el pecho, el aspecto de aquella gente apiñada junto a la portezuela para ver bajar a mi cuñada, el vago presentimiento de una suerte horrible me hicieron temblar e irritarme a la vez. Hubiera dado la mitad de mi vida por estar libre con un puñal en aquel momento; pero aunque probaba el romper mis ligaduras las sentía mas apretadas a cada esfuerzo que hacía. Concha bajó medio muerta, pero al ver a su marido prorrumpió en gritos y en lamentos

—¡Calle vd.—le dijo un bandolero tirándole del brazo; entonces se sentó en un surco y con la cabeza entre sus manos, se puso a llorar amargamente. Antonia, pálida como la muerte, se arrojó a su lado. El dolor hacía entonces interesantes a las dos hermanas. Los ladrones las miraban inmóviles y casi penetrados de compasión; pero el bandolero de mal gesto los reunió para descargar el coche.

—¡Vamos trabajando y silencio—dijo sin volverse siquiera a mirarnos.

—Señó Luque—dijo uno de la partida encarándose con él—, ¿no sería bueno que saliese alguno a esperar al capitán?.

—¿Para qué?—respondió—. José María no ha de venir ya hoy y yo creo que se ha ido a vivir de otra manera, hace algunos días que no parece, ¿no estais contentos conmigo, muchachos?.

—Si señó—gritó un ladrón chico y grueso—. Vd. nos da mas vino que el capitán, y se va viviendo, vd. es el segundo, y ya se ve toitos le obedecemos sin decir esta boca es mía.

La respuesta no debió agradar mucho a los bandoleros porque quedaron en silencio sin responder nada a la interpelación del señó Luque.

Los baúles sacados del coche estaban ya en el suelo; la ropa blanca, los trajes, nuestra ropa rodaban en confusión; cada uno tomaba lo que mejor le parecía y lo apartaba en un montón distinto del de los demás. En un rincón del coche había una

canasta con botellas de vino de Montilla, regalo que pensaba hacer en Cádiz mi cuñada; pronto fue descubierta, y con los restos de un jamón, con un poco de pan y frutas que era nuestro repuesto, se improvisó un almuerzo entre aquella gente desalmada. Destapáronse botellas sobre botellas; el señó Luque excitaba a sus compañeros que bebían desmedidamente; los brindis mas obscenos se repetían en la reunión; los labios de mi hermano temblaban en convulsión continua, única señal de vida que daba. Yo entretanto había recobrado mi serenidad y calculaba a sangre fría. Me era imposible concebir como podía ser aquella la partida de José María, cuya disciplina y dulzura se encomiaba por todas partes. Si miraba la fisonomía de los bandoleros veía generalmente caras de contrabandistas atrevidas y francas, aunque ya trastornadas por la borrachera, pero la traza del señó Luque, sus torvas miradas me hacían estremecer. Por otra parte, yo no comprendía como teniendo tan cerca a los soldados del regimiento del Príncipe, se entretenían los ladrones con tanta calma. Los nuevos brindis que resonaban junto a mí me distrajeron de estos pensamientos; advertí entonces que todas las miradas de aquella gente ebria se fijaban en mis cuñadas. Un sudor frío corrió por mi cuerpo cuando vi levantarse a los bandoleros.

—Alce vd. esa frente, niña—dijo Luque agarrando por la barba a la asustada Concha.

—Venga vd. conmigo—gritó otro a su llorosa hermana.

—¡Quieto todo el mundo!—exclamó un ladrón joven y de resuelta fisonomía—. No es justo que el segundo ni Perico nos dejen a nosotros sin hacernos caso, echemos a suerte las señoras, y a quién Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—Al as de oros—dijo uno de ellos, y sacando de su chaqueta una baraja mugrienta empezó a repartir cartas.

No se si fue casualidad o artificio pero los dos agraciados fueron el señó Luque y el mismo Pedro que se había acercado a Antonia de antemano. Mi hermano entretanto bramaba de rabia; su boca arrojaba espuma hasta que, sofocado, dejó caer sin fuerzas su cabeza. El señó Luque y su compañero se dirigieron hacia las hermanas, quienes llorando resistían el contacto de sus manos impuras. La lucha duró por algún tiempo; Luque arrancó el pañuelo de la espalda de Concha, dejando descubierto su pecho que inflamó mas su lúbrico apetito; las fuerzas de mi cuñada se agitaban en combate tan desigual. Las pisadas lejanas de un caballo interrumpieron por un momento a los bandoleros; hasta que al fin cansados de tanta resistencia sacaron sus pañuelos para sujetarlas. La sangre abrasaba mis venas y se agolpaba a mis ojos. Concha y Antonia iban a caer desmayadas en los brazos de los dos bandidos, cuando se oyó un silbido cercano y en el mismo momento apareció un nuevo personaje en la escena. Todos quedaron en silencio y confundidos a su vista; él se adelantó rápidamente y agarrando al gigantesco Luque por la faja le arrojó violentamente a un lado.

—¡El capitán! ¡El capitán!—repitieron con alborozo los ladrones—. ¡Señó José María!—le gritaron algunos con ternura cercándole en derredor.

Yo pronto le reconocí; era el corredor de trigo que encontramos en el Carpio; Juan Serrano era José María.

Parecía en aquel momento un general irritado mas bien que un capitán de bandoleros; apartó con los pies los restos de las botellas y las ropas esparcidas por tierra;

miró en torno de sí y nos vió atados; volvió su vista a Concha y una expresión de tristeza pasó por su semblante. Sus ojos se clavaron luego sobre Luque que le devolvió sus miradas con altanería.

—¿Es esto lo que yo te encargué?—le dijo temblando de cólera—. La partida de José María no viola mujeres ni maltrata a los hombres. Si nos hemos echado al camino ha sido para vivir, pero no para hacer daño. Yo te conozco y te sigo hace tiempo, Curro; yo sé que a estas horas tienes una promesa de indulto en la faldriquera, pero no te escaparás. Has emborrachado a estos muchachos para que cometan crímenes y los ahorquen después. Veo que no has contado conmigo.

Hizo una seña y los bandoleros rodearon a Luque. Éste empuñó su trabuco, pero la mano de José María le agarró antes de que le apuntase; con una celeridad increíble sacó de la faja su cuchillo de monte y antes de que pudiese acudir ninguno de los bandoleros lo había hundido tres veces en el corazón del bandido traidor. Luque cayó en tierra murmurando maldiciones, y el silencio más profundo sucedió a su muerte.

—¡Cobardes!—dijo el capitán limpiando lentamente la sangre que goteaba del acero con su pañuelo de batista—. ¿Os entreteníais así en mi ausencia? Ganas me dan de abandonaros a los soldados que llegan.

Efectivamente oíase, aunque lejano, el paso de una partida de caballería.

—Vamos—continuó—, todo el mundo va a devolver lo que ha tomado; quien oculte una cinta siquiera se las habrá conmigo. ¡A llenar pronto los baúles!.

Sin un murmullo, sin la menor señal de descontento, empezaron aquellos mismos hombres, que nos hubieran asesinado antes, a volver a la zaga del coche las maletas y baúles que habían bajado. Más o menos estropeados volvieron todos los objetos a su sitio, y esto se hacía entre el temor que la llegada de los soldados causaba a los bandoleros.

—¡Que desaten a esa gente!—gritó José María

En el momento nos vimos libres. Mi hermano y mi cuñada se estrecharon llorando en los brazos el uno del otro. El capitán se acercó.

—Es tarde, el tiempo vuela—dijo—, es necesario marchar. Pido a ustedes mil perdones por la conducta de esta gente, siempre se han portado bien estos muchachos, pero ese infame— añadió señalando al cadáver del Luque—, los perdía.

Un grito de satisfacción entre los bandoleros acompañó estas palabras.

—¡A caballo! ¡Tomad por el atajo y esperadme en los cortijos de Deza!—clamó con imperiosa voz José María.

Ya era tiempo. El ruido de la partida de caballería estaba cada vez mas cercano; pero los ladrones no querían dejar solo a su capitán.

—Pronto—gritó éste— nadie me siga, yo estoy seguro—y señaló con gesto imperioso la ruta con la mano.

Nadie vaciló ya; los bandoleros se perdieron a escape en el olivar. En el calor de nuestro reconocimiento le hicimos mil instancias para que se pusiese en salvo.

—No hay cuidado—nos dijo sonriéndose. Y montando a caballo, siguió al estribo del carruaje, distrayendo con atentas palabras las terribles emociones que nos agitaban todavía.

Pocos minutos habríamos andado cuando nos hallamos con el valiente capitán

Comares. Un aperador que a la sazón pasaba le contó que nos había visto entrar de un modo sospechoso en el olivar. Dijímosle que nos habían asaltado tres rateros, pero que la valentía del corredor de trigo había matado a uno y ahuyentado a los otros. Don Roque tendió la mano a nuestro libertador y envió dos soldados por el cadáver de Luque para presentarlo en el pueblo.

—¿Y por dónde tiraron?—preguntó ansioso Comares.

—¡Por allí!—gritó el bandolero y señaló el lado opuesto al de la retirada de la cuadrilla.

—¡Vamos por ellos, muchachos!—gritó Don Roque a sus soldados y despidiéndose de nosotros, metió espuelas a su caballo para internarse en el olivar.

—No hay cuidado alguno ya—nos dijo José María—queden vds. con Dios y dispensen lo mucho que han sufrido hoy.

Ninguna de nuestras ofertas fue admitida.

—Algún día nos veremos con mas tranquilidad—nos dijo, y tendiéndonos la mano que estrechamos con ternura, volvió las riendas de su jaca cordobesa y desapareció a galope por el camino.

Felizmente llegamos a Écija. Mi hermano y mi cuñada estuvieron al mismo tiempo en la cama, enfermos de las espantosas impresiones de aquel día. Fuimos a Cádiz y aún en medio de la completa felicidad que gozaba, se estremecía Concha al oir hablar de ladrones; temblaba también la atolondrada Antonia, pero suspiraba sin querer al acordarse de la buena traza y generosidad de José María.

El resentimiento de un contrabandista

Juan Manuel de Azara

El Iris. 1841. 269-272

En el año de 1827 se dió comisión a un comandante de caballería llamado D. Antonio Díaz Manrique para reprimir el contrabando que infestaba la serranía de Ronda. Había llegado a tal punto el escándalo que el gobierno creyó que sólo a fuerza de terror podía ponerse coto a los desmanes que sin interrupción se sucedían. Destacamentos de soldados ocuparon casi todos los pueblos. Publicose un bando nombrando una comisión militar para juzgar los delitos de contrabando, autorizando al presidente para hacer ejecutar la sentencia o suspenderla hasta consultar con el ministerio. A mediados de julio de aquel año estaba el comandante D. Antonio Díaz Manrique en su casa, cuando le trajeron a firmar una sentencia de fusilamiento.

—¿Qúe es esto?—preguntó el alcalde.

—La ejecución del contrabandista Andrés Bueno, a quien hace dos horas cogió un sargento en el monte.

—¿A dónde iba?.

—El dice que a ver a un hermano suyo, el contramaestre de una goleta que llegó hace pocos dias a Cádiz, pero todo el mundo sabe que fue el que introdujo la carga de tabaco que aprehendimos en el camino de Málaga. ¿Se le fusila?.

—Bien. Traiga vd.

Cogió el papel y firmó. Cuando hubo quedado solo, el oficial reflexionando sobre lo que acababa de pasar, no tardó en arrepentirse de haber condenado tan ligeramente a muerte a un hombre tal vez inocente. Levantóse pues y salió para hacer que se sobreseyese a la ejecución, pero no había andado veinte pasos cuando oyó una descarga de fusilería. Un minuto después se encontró junto al cadáver inanimado de su víctima. Era un joven de alta estatura, de buen semblante; sus vestidos eran los que acostumbraban a usar los majos en Andalucía. Después de haberle considerado un instante, el oficial se retiró lleno de remordimientos.

Entre los espectadores de esta escena horrorosa se hallaba el hermano de Andrés Bueno. Terminada la ejecución, se fue a casa de la viuda del muerto, profiriendo palabras de venganza contra los matadores. Apenas había entrado cuando llamaron a la puerta.

—Es el señor cura—dijo uno de los niños que había salido a abrir.

Al penetrar en la casa halló el clérigo al contramaestre ocupado en limpiar una pistola de cazoleta, mientras los dos hijos mayores del muerto fundían en una sartén un poco de plomo para hacer balas. En cuanto a la pobre viuda, estaba sentada en una silla, cerca del fogón, mirando con secos ojos los preparativos que se hacían a su lado.

—¿Es una muerte lo que va vd. a hacer?—dijo el cura con una voz severa, dirigiéndose al hermano de Andrés Bueno.

–Han matado a mi hermano a sangre fría, a mi hermano inocente—respondió el marino continuando en su preparación del arma enmohecida que tenía en la mano.

–Los pensamientos de venganza deben ser rechazados del corazón de un cristiano—dijo el sacerdote—. Dios prohibe derramar la sangre. Déjele vd. el cuidado de matar al culpable; eternos remordimientos en esta vida y un eterno castigo en la otra harán justicia de los crímenes cometidos en la tierra.

Continuó largo rato en este tono. El marino tan pronto alzaba la cabeza, como la bajaba en señal de asentimiento. De cuando en cuando hacía una corta observación. Sin embargo al fin pareció que las palabras del cura lehacían impresión; interrumpió su trabajo, reflexionó un instante y dijo de repente:

—Creo efectivamente que tiene usted razón, señor cura. Su conciencia me vengará. Prometo no levantar la mano para derramar sangre.

En la tarde de aquel mismo día reflexionaba dolorosamente el comandante sobre el acontecimiento de la mañana, cuando se precipitó su asistente en su cuarto con la palidez en el semblante y la mayor alteración en la fisonomía. Remitióle una carta con oblea negra que contenía únicamente estas palabras: *Andrés Bueno ha muerto el 13 de julio de 1827. El comandante D. Antonio Díaz Manrique morirá el 13 de julio de 1828. Doce meses.* Seguía una firma completamente ininteligible.

—¿Quién te ha dado esta carta?—preguntó el comandante.

—Andrés Bueno—respondió el asistente con voz alterada.

—Andrés Bueno murió, majadero.

—He asistido a su ejecución y estaba presente cuando fue arrojado en la zanja del cementerio su cadáver—replicó el asistente—, pero aunque supiese que me iba a llamar Dios a dar cuenta de mis palabras, juraría que él mismo ha sido el portador de esta carta.

Díaz Manrique no era supersticioso. Esta carta misteriosa le inspiró sin embargo algunas inquietudes que se disiparon con el tiempo; quince días después ni pensaba ya en semejante cosa. El 13 de agosto se hallaba en Málaga y entró su patrona en su habitación a darle una carta que le había sido entregada por un hombre alto y pálido. Esta carta era completamente igual a la primera, menos en que el número de los meses estaba reducido a once. Díaz Manrique, al leer este segundo billete, sintió despertarse sus temores. Volviéronle mas punzantes que nunca sus remordimientos y los gritos de su conciencia culpable empezaron a persuadirle de que había algo sobrenatural en este raro acontecimiento. A nadie había dado parte de su viaje a Málaga a donde había llegado la noche antes: ¿qué persona en el mundo hubiera podido adivinar así sus intenciones y encontrarle en el momento dado?. Una inquietud vaga pero continua se apoderó de él; el apetito y el sueño le abandonaron. Trató de distraer sus sufrimientos, lanzándose en el torbellino de los placeres, pero nada pudo divertir sus pensamientos sombríos, la pena moral que le abrumaba le seguía por do quiera.

El 13 de septiembre se hallaba en la mesa, rodeado de antiguos amigos y a punto de brindar por una señora, cuando un criado le puso en la mano una carta cerrada con oblea negra. Quedóse sin color al recibirla y cayó en su silla sin pronunciar una sola palabra; un momento después fingió una indisposición repentina y salió del aposento. Por la mañana dejó a Málaga para ir, según dijo, a cazar en un soto; un solo criado le acompañó. Ninguna idea de placer o de diversión traía a Díaz Manrique a aquellos desiertos. Había llegado al punto de considerar toda clase de dicha o de goces como un sueño de tiempos

pasados que no había de volver. Todo lo que podía esperar ya era un alivio parcial. El olvido momentáneo de sus males buscóle en las fatigas del cuerpo y en la actividad de la vida de los campos. Pero el recuerdo del fusilamiento fatal no le dejó un instante, un fantasma sangriento estaba a su lado sin cesar, sus miradas la hallaban en todas partes. El mes de septiembre pasó de esta manera.

Pasaron también otros. Un día que Díaz Manrique, volviendo de una larga excursión por el monte, se hallaba muy fatigado, pasó por un estrecho sendero que costeaba un arroyuelo. A una vuelta que hacia el camino, vió repentinamente a un hombre que de pié en una colina, designaba con la mano un peñasco cerca del cual había de pasar. Díaz Manrique consideró atentamente la figura de ese hombre, sus facciones eran las de Andrés Bueno. Los cabellos del comandante se erizaron en su cabeza; helóse su sangre; su mano por un movimiento maquinal levantó la escopeta e hizo fuego. Una sonrisa de desprecio pasó por los labios de Bueno, que sin hacer el más ligero movimiento, continuó señalándole el peñasco. Algunos segundos después desapareció como por encantamiento. Al acercarse al sitio designado, Díaz Manrique halló una carta: le anunciaba que sólo le faltaban seis meses de vida.

Desde esta aparición, no dudó ya el comandante que había algo sobrehumano en su misteriosa aventura. Sus temores, sus sufrimientos, redoblaron y vió llegar con espanto mortal el fatal día que debía traerle carta nueva.

Lució al fin este día pero nada extraordinario sucedió a Díaz Manrique quien vió acercarse la noche sin haber recibido carta. Esta circunstancia le hizo esperar que el encanto estaba ya quizá roto. Volvía pues lleno de alegría a su habitación cuando al intentar pasar sobre un puentecillo solitario, halló un hombre que parecía querer disputarle el paso. Al llegar a él, reconocióle. Era un viejo cuyo hijo mayor había ido a presidio por contrabandista. Su casa había sido registrada y decomisado cuanto contenía. Había quedado en la mayor miseria. Suplicóle Díaz Manrique que le hiciese lugar pero el otro sin moverse le miró de hito en hito y le dijo:

—Esperaba a usted.

—¿Me esperaba usted?— respondió el comandante—. Nada tengo que ver con los defraudadores de la real hacienda y con los pícaros.

—Usted es un cobarde, tenga usted cuidado con lo que dice.

Díaz Manrique se puso colorado.

—Nunca me ha insultado nadie impunemente—exclamó—, elija usted una de esas pistolas y defiéndase.

—¿Y para qué?—replicó el viejo—. Todo cuanto amaba en el mundo me ha sido arrebatado a sangre fría por usted. La vida que paso es triste y tengo que buscar mi subsistencia. Nunca he cogido una pistola aunque he manejado bien la escopeta, pero ciertamente le mataría a vd. si quisiese porque le llevo ventaja. La mano del asesino está temblando siempre.

—¿Pues qué tiembla mi mano?—dijo Díaz Manrique en un arrebato de cólera.

El viejo se sonrió desdeñosamente, sacó un papel del bolsillo de su chaqueta, y presentándole a Díaz Manrique

—Tenga vd. lo que me han encargado que le entregue—le dijo con afectada calma—. Y bien, ¿su mano de vd. no tiembla ahora?.

Díaz Manrique no tardó en reconocer aquella carta. Flaquearon sus rodillas y se desmayó. Cuando recobró el sentido, había desaparecido el viejo, pero vió a alguna distancia la sombría cara de Bueno que le miraba fijamente.

Largo fuera contar todas las tentativas que hizo Díaz Manrique para librarse de su perseguidor y consolar los siniestros pensamientos que le aquejaban. Recorrió casi toda Andalucía sin poder evitar las cartas fatales que llegaban regularmente el trece de cada mes, a pesar del cuidado que tomaba de ocultarse a los ojos de todos.

En esta extremidad tomó la resolución de expatriarse y de retirarse a Lisboa en casa de una hermana casada, hacía algunos años con un comerciante portugués. Embarcóse en Cádiz en una goleta mercante y se sintió libre de un gran eso al perder las costas de España.

Durante aquella noche empezó a alborotarse la mar, y poco después una tempestad declarada vino a poner en grave peligro al buque. Díaz Manrique había subido al puente y miraba a los marineros que amainaban la vela del palo mayor al tiempo que, a la luz de un relámpago, vió al mismo Bueno que mandaba la maniobra, y que al pasar dejó caer junto a él una carta cerrada con oblea negra, bajando al momento por la escalera de la escotilla. Imposible es decir la agonía que sintió el desgraciado fugitivo. Comprendió entonces que todo estaba acabado en el mundo para él, que ninguna esperanza le quedaba y su corazón se estrelló en un sentimiento horrible de desesperación.

Cuando llegó a casa de su hermana, apenas pudo ésta reconocerle, tan mudado estaba. Lívida palidez cubría su semblante, consumíale ardiente calentura. En vez del joven alegre, que había conocido en otro tiempo, encontraba un hombre viejo antes de la edad racional, triste, inquieto, que apenas hablaba, que nunca sonreía. Pesarosa tanto como asombrada de tal transformación, preguntó muchas veces a Díaz Manrique, pero éste se negaba siempre a responder, y pasaron muchas semanas antes que pudiese saber nada.

Al fin un día que se paseaban por junto al teatro de S. Carlos, su hermana le insistió para que le hiciese conocer la causa del estado en que le veía. Díaz Manrique guardó silencio.

—Si son remordimientos lo que os atormenta, le dijo ella, lo mejor que puedes hacer es buscar los consejos de la religión.

—¡Ah!— dijo Manrique con amargura—no puedo rezar, tampoco tengo este consuelo. Solo un día me falta que pasar en el mundo y mi perseguidor me sigue paso a paso. Esta tarde a las cinco, seré tan solo un cadáver, y sin embargo no puedo rezar porque mi ánimo está siempre distraido. Mira, mírale allí—dijo temblando convulsivamente y señalando a un hombre alto que caminaba lentamente por la acera opuesta.

Fue necesario llevar a Díaz Manrique a casa de su cuñado; estaba tan débil que apenas podía sostenerse. La hermana, persuadida de que la imaginación tenía mucha parte en su enfermedad, hizo colocar en frente de su cama un reloj que había adelantado más de media hora. A medida que se acercaba el instante fatal, el estado del enfermo empeoraba gradualmente, pero cuando el reloj dio las cinco, recobró alguna fuerza y empezó a concebirse alguna esperanza. En este momento sonaron pasos en el cuarto vecino, abrióse con estrépito una puerta y dio entrada a un hombre que se acercó a la cama. Díaz Manrique levantóse y se sentó, arrojó una mirada sobre el forastero y volvió a caer muerto en la almohada.

Era el hermano de Andrés Bueno.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?—dijo irritado el negociante.

—Soy el contramaestre de la goleta en que vino el Sr. D. Antonio; nos volvemos y me llegaba a saber si quería alguna cosa para Cádiz o para Ronda.

¡Adiós, mundo!

Antonio Ros de Olano

El Pensamiento. 1841.

En 1834 la guerra era a muerte. El ejército de las provincias del norte no dominaba más suelo que el que momentáneamente tenían los soldados bajo sus plantas.

Cierto día de invierno la división del general había desde muy temprano empeñado acción contra las fuerzas reunidas de Zumalacárregui; y como al rayar la noche los enemigos hubiesen desaparecido para irse donde les plugo, el general siguió, andando, andando y tropezó por último con un pueblecillo que vínole bien, porque acorraló allí su gente, harto cansada, asaz hambrienta y algo reacia en cuanto a persuadirse por completo de que el último tiroteo hubiese sido para ellos una gran victoria. Verdad es que en punto a victorias contra facciosos, nuestro soldado ha estado siempre un si es no es dudoso. No ha podido nunca comprenderlo bien a las claras, pero es de suyo tan excelente el soldado español que toma a buena cuenta del bien y del mal. Y como ello se dice, lo que pasó, pasó, no es nada y adelante, y vengan penas con tal que vengan panes, que todo cae en el morral. Y el morral es la despensa, el tocador, el guardarropa, la almohada, la casa y los penates del veterano español.

La aldea donde el general alojó seis mil hombres constará de veinte y tantas casas, se llama Galdeano, y está situada entre Estella y las Amescuas.

Naturalmente se infiere que dentro aquellas viviendas no tocaban a ladrillo por huésped, pero esto era tan frecuente en la campaña, que en lo más mínimo alteró a la tropa, sino que por el contrario alojó cada individuo su fusil bajo techado y echó después cada uno su cuerpo con su morral a la calle.

El caso era prevenir la cena. Juntáronse para este acto los camaradas en rancherías parciales, y seis mil hombres encenderían sobre dos mil fogatas.

La leña estaba verde, las calles húmedas y pantanosas, la niebla no dejaba ascender el humo; y se armó un infierno que lo atizaban las caras más atrevidas de los más fieros diablos con los carrillos inflamados y los bigotes tiesos.

En medio de esto flameaban opacas las hogueras, y acá y allá cruzaban figuras fantásticas como de condenados que se perdían en el caos haciendo aspavientos.

Aquello era un gran cuadro, no para Vernet, que es amanerado y metódico en su fingido desorden, sino para un pintor flamenco con sus tintas chocantes, sus términos vislumbrados que se huyen, su naturalidad grotesca y su síntesis resaltante que lo arroja todo envuelto en un efecto sorprendente a la primera ojeada.

¡Oh! ¡Aquello era un gran cuadro para visto a distancia, pero en la aldea ni los caballos que se desgañitaban a relinchos podían resistirlo!

La cena de los soldados en campamento es tan escasa como larga, tiene parte de la colación del cenobita y mucho de la orgía. Fríen primero la carne, generalmente con sebo, se la comen hebra por hebra, beben, fuman, charlan, siempre al amor de la candela, porque es una propiedad momentánea de que son tan avaros como los frailes de la cama, y entre sorbos y bocanadas de humo que huele a pimentón, sueltan chistes de la boca, y

de las manos dejan caer patatas en las ascuas, que, mientras las asan, las pelan y se las comen, pasase la noche, suena la diana y vuelven a la noria.

Cuándo duermen no lo sé, cuándo reposan tampoco. No parece sino que el fusil duerme por ellos y que ellos reposan cuando el fusil los descansa.

La noche de Galdeano había una ranchería compuesta de cinco imprudentes soldados, excéntrica de las otras y contigua a las tapias de la aldea, a igual distancia de dos guardias avanzadas; y sentados a la redonda los cinco hombres sobre sus respectivos morrales, hacían arder la fogata que daba gusto.

Un soldado de bigote chamuscado, pequeñuelo y más feo que Picio, dando vueltas a una ascua entre los dedos, díjole a otro que tenía todo el aspecto de un novicio y vestía pantalón de lienzo:

—Novato, alarga un pito.

El otro, que bien claro dejaba ver que era un quinto, le alargó con presteza un cigarrillo de papel, y el veterano lo encendió sin darle las gracias.

De allí a poco otro soldado tan feo como el primero y más amenazador, dijo al segundo:

—¿Oyes, recluta, me secaste el fusil?

—Sí, señor camarada Romero.

—¿Le diste aceite?

—Sí, señor.

—¿Le pasaste el baquetón?

—Sí, señor.

—Es que sino...

Apenas el soldado Romero había empezado su amenaza cuando otro de los compañeros dirigió la palabra muy imperioso al humilde quinto:

—Quintarraco, anda a por agua.

El malhadado se levantó rangueando y volvió lo mismo de allí a un rato con una fiambrera llena de agua; apuráronla los demás, y el último le arrojó al rostro el sobrante. Todo lo sufría el paciente, al parecer contentísimo, pero al sentarse se quitó un zapato y muy dolorido se quejó de las vejigas.

—Eso no es nada, dijo Romero, y si te aplicas lumbre, mañana estás tan corriente.

El recluta a esta insinuación se calzó al momento su zapato por miedo de que le aplicaran a viva fuerza la medicina, y queriendo distraer la conversación se dirigió al más serio de los circunstantes, y le dijo:

—Cabo Rando, ¿no nos cuenta usted nada?

El cabo Rando no le contestó por entonces más que estas palabras.

—Atiza, recluta.

Sopló el recluta, metió leña, sacó una patata y se la dio al cabo Rando después de bien mondada.

—Estimando—dijo el cabo y se echó un poco atrás porque se le tostaban las uñas.

De allí a un instante por el lado del campo se oyó un cencerro como de bestia que pacía, y de los cinco dijeron los tres más maleantes.

—Vamos a ver qué casta de bicho sea ese, y si sale vaca la ordeñamos, si sale cabra la mamamos, si es cerdo lo descuartizamos, y si es jaco servirá mañana de bagaje.

—Alto ahí, muchachos—exclamó el cabo Rando; y el cencerro se oía cada vez más cerca y pausado—. Alto ahí, chicos, que no sabéis vosotros cómo anda el andergue del mundo que digamos.

—¿Pues qué hay?—dijeron todos.

—Hay—repuso el cabo—, que las brujas se cuelgan esquilas como las cabras para atraer los machos cabríos, y luego que los tienen engatusados se montan en ellos y son capaces de cualquier fechoría.

El quinto se persignó dos o tres veces y el cencerro continuaba sonando.

—No hay más que lo dicho, en Avárzuza estaba yo una noche de avanzadilla, y oí un sol tal como ese, fuime hacia él, y me pareció que veía una cabra; pero como yo diese en perseguirla, se puso en dos pies la tal cabra, que no lo era, me arrojó las tetas que eran dos pedruscos, cada uno como mi cartuchera, y los dos me dieron en salva la parte, pero tan fuerte que caí redondo. Entonces vi cosas del otro mundo, y fui a amanecer al hospital cubierto de unas heridas, que los practicantes decían ser de bayoneta, y yo me sabía que habían sido hechas con las uñas de la bruja. Con que no os metáis, muchachos, que en la guerra, mientras no nos lo manden, lo mejor es la del cuquis.

El cencerro cada vez se anunciaba más cerca, y el cabo volviéndose muy socarrón hacia donde sonaba, torciendo el gesto levantó la voz, y dijo:

—Hermana Salcocha, a mí no me la cuela, que yo ya soy perro viejo. Muchachos, arrojarle un mendrugo para que coma y nos deje en paz.

—Anda, tú—dijo Romero al recluta—, y tírale esta patata cruda, que de menos hizo Dios al soldado.

El pobre quinto, que todo lo entendía bajo pena de obediencia, armado de su patata, se puso en pie; pero no bien había cobrado posición, cuando a boca de jarro estalló un fusilazo que lo volcó patas arriba, y al caer expirante sobre las ascuas, solo le quedó aliento para pronunciar estas últimas palabras:

—¡Adiós, mundo!

Al fracaso huyeron los compañeros, y un aullido salvaje vomitó el grito subversivo de «¡Viva Carlos V!»

Pusiéronse en alarma las patrullas y guardias avanzadas, y prendieron a un joven del país, de rudas y atléticas formas, con una boina azul en la cabeza y un esquilón colgado del pescuezo. En aquel punto mismo lo hicieron trizas, y apenas les quedó tiempo para más operación, y tuvieron que replegarse, porque instantáneamente rompió un fuego vivísimo el enemigo, y las balas crujían por todas partes.

Por la mañana el cuerpo muerto del recluta estaba en cueros vivos, aguardando una cristiana sepultura en el mundo y del mundo a quien había dirigido su postrer a Dios el infeliz ingrato. Cuando el mundo ni de vista lo conocía y su madre olvidada se iba a deshacer en lágrimas por él.

¡Oh hijo mío!

Antonio Ros de Olano

El Pensamiento. 1841. 30-33.

Zubiri estaba bloqueado por los batallones de Sagastibelza.

Iba a nacer la aurora. Eran esos preciosos momentos en que los miembros de los soldados batidos por la fatiga se gozan con avidez en el descanso; los párpados entonces les pesan como si estuvieran enterrados bajo tres varas de tierra, la fantasía les divaga dentro el vapor de un sueno profundísimo ya todos y cada uno el corazón, siempre sobresaltado, les da vuelcos, temerosos los pobres de que la diana rompa en las cornetas y cajas militares.

Y aun así, dichosos ellos cuando los suyos los despiertan a son de música y al sonreír del día, porque suele acontecer que los enemigos, aprovechando el rato más dulce de la vida militar, pasito a paso por entre las matas llegan a oscuras casi hasta las barbas de los sitiados, y allí les sueltan con estrépito una descortés rociada de plomo que a todos los pone antes y con tiempo en pie, salvo a aquellos que de resultas de la morisqueta pasan a mejor vida, como suele decirse, y a breve rato se encuentran con que el alma la tienen en el cielo y los huesos en el suelo y las carnes suspendidas en el aire dentro los buches de los pacíficos cuervos que toman lo que les dan.

Zubiri estaba bloqueado y defendían la plaza mil y más hombres, quinientos Provinciales y el resto de Cuerpos francos.

La hora de la descubierta se acercaba y la anticipó un suceso extraordinario.

Empezó éste porque una avanzadilla tenia su cuarto vigilante a la parte de afuera muy agazapado, con los fusiles entre las piernas y el sargento Carranza distraía aquel mal rato contando a sus subordinados la historia de los Doce Pares, y el como Roldan en Roncesvalles perdió la maza y la vida.

En mitad de su narración estaría Carranza cuando exclamó:

—Esto de hoy día es una vergüenza, me dijo allí el Sacristán cuando fui por raciones con la última partida, que una vez con aquella maza que tienen guardada, mató Roldan diez mil moros aciguatándolos a buena cuenta, y nosotros ahora nos pasamos los días haciendo fuego, y no mueren cien cristianos. ¡Oh! ¡Era mucho hombre aquel! por mas que fuera nación. Preciso es confesárselo, valía mas que nosotros. .

—Poco a poco, mi sargento—saltó Palomares—. En lo de los moros no me meto, pero en cuanto a que Roldan fuese el mejor hombre del mundo, nones; pues dígole a V. que era mejor el que le mató, porque baste saber que él no se murió por sí solo, sino con ayuda del valeroso Bernardo del Carpio, que aquí en la cartuchera traigo la historia que no me dejará mentir; y al fin al fin mejor era Bernardo, que fue un español neto, y el otro era gabacho francés, que mala peste los alcance a todos.

—Qué entiendes tú de historias, Palomares. La razón es la razón, y no ha habido un hombre corno Roldán; lo mismo servirías tú para él con ese fusil, que todos nosotros juntos con el rabo de una sartén

—Roldan era un gabacho, y en diciendo español, todas las naciones tiemblan.

—Roldan era todo un hombre, Palomares.

—Tiene razón el sargento—dijeron los del corro unánimemente lo mismo que si fueran diputados de unas cortes ministeriales, y la disputa hubiera concluido en tal estado a no hallarse entre los circunstantes un desertor francés calentándose los pies al rescoldo, el cual interpretando el insulto tomó la voz y dijo muy atufado:

—...*cre nom de Dieu*, camaradas, *parlez vous bien, frances Roldan mucho mecor que españoles brigantes*.

Riéronse todos del francés que estaba ya puesto en pie y en ademán de tomar guardia de florete; riéronse todos, como digo, y un soldadillo más pequeño que media peseta y de color de ochavo le hizo además una higa abriendo un palmo de jeta, pero el desertor que tenía en los labios una pipa de barro, agarróla tan diestramente y le tiró con ella tan acertado que le rompió un diente; cosa que movió la terrible ira del fusilero y avanzándose al francés que a pie quieto lo esperaba trabaron pelea, y allí dando bamboleos y traspiés vinieron a hacer arena de la lumbre y saltaron chispas y brasas por el aire y cada soldado salió por su lado moviéndose tal zambra, que los sitiadores emprendieron a tiros con los sitiados antes de la hora de la descubierta y no solo aquella guardia sino también todas las de Zubiri y el retén se pusieron sobre las armas.

Con la gola en el cogote, un pie desnudo y una bota puesta, aún se estaba restregando las pestañas el oficial comandante de la avanzadilla, cuando cesaron los fusilazos y solo se oyeron las voces insultantes que los de arriba dirigían a los de abajo:

—*Falsos horzayas*[37]—les decían—, ninguno de vosotros ha de quedar con vida.

Y los de las guardias del recinto contestaban:

—Facciosos llenos de piojos, luego en la descubierta os lo diremos.

Cambiaron largo rato insulto por insulto y trazas llevaban de no dejarlo nunca a no adelantarse un fraile a los facciosos, el que con voz estentórea gritó y dijo :

—¡Silencio que voy a convertir a los cristinos!

Y luego temerariamente poniéndose en pie sobre el más empinado vericueto se echó atrás la cogulla, expectoró dos veces y amansándose la barba predicó de esta manera:

—Amados oyentes míos, fieles e infieles. Cuando Jesús a Juan y los otros apóstoles perdón de los pecados envió predicar, penitencia mandó hacer Juan a pecadores y en el cielo pecadores y pecadores están y eso que eran judíos. Ego sum Pater Lárraga secundo apostolorum y vosotros judíos cristinos ser a quien yo predico; omnia moriuntur, hermanos en el Señor, que como es decir que Cristina tiene que morirse ¿y quien entonces vosotros defender los que en Zubiri sólo la cabeza sacar por la rendija?... ¿defender la rapaza que viruelas y sarampión hacen muerto?... Omnia moriuntur, pues y defender entonces a Satanás y todos entonces por carlistas morir y condenada el ánima iréis sin tropezón a porta inferi de la que con razón santísima dice letanías libera nos Domine!... Sí pues, convertirse pues y penitencia largas hacer y letanías y Carlos V libraros han y yo bendición envío cristinos que se conviertan a Jesucristo, Juan y al rey Carlos y fusiles traigan, tiren morriones y tomen boynas y para que ayuda présteme el ángel diciendo, Ave María.

Callar el fraile, murmurar el rezo los sitiadores y estallar en desaforada risa los sitiados, fue todo un punto.

---

37 Horzaya significa en vascuence niñera (Nota del autor)

Era el predicador, como él mismo puso de manifiesto, el reverendo Padre Lárraga, a quien por su elocuencia los Bastaneses y los del valle de Dona María llamaban *Pico de oro*. Después fue personaje de gran peso en el ánimo del Pretendiente; y en aquel momento la befa causó tal irritación a los carlistas que adelantándose muchos al lugar de la predicación, rompieron un vivo fuego y en el primer rebato estuvo la plaza a pique de ser tomada a viva fuerza.

Esto dictó una medida vigorosa para repeler, al enemigo y fue que parte de la guarnición saliera a contener la intrepidez de los contrarios, encerrándolos a viva fuerza en los limites de sus atrincheramientos.

Circuláronse las órdenes al efecto, con la rapidez acostumbrada, y mientras los Provinciales guarnecían el recinto, se juntaron en la plaza del pueblo que era el punto de reunión, hasta quinientos hombres de cuerpos francos de infantería y unos treinta jinetes, también de estas tropas accidentales.

El primero que se presentó en su puesto fue el jefe de todos ellos, y era por cierto un hombre que merece la pena de ser bosquejado. Diminuto, acartonado, la ropa ajada y mal ceñida a la estructura de su cuerpo. Vestía sobre una casaquilla verde una zamarra de borrego muy ancha; las piernas las llevaba puestas de colorado y no las tenia muy derechas, sino encornadas hacia dentro y a guisa de reñidor de zancadilla. Era inquieto, ágil, bullicioso, y daba muchas vueltas en poco tiempo y menos terreno se mostraba impaciente, y parecía la viruta de carpintero que el viento mueve. Su edad rayaría sin embargo en los cuarenta y tantos años, aunque su ligereza parecía mantenerlo en los veinte. Tenia este hombre la cabeza como aplastada a viva fuerza por las sienes, el cráneo se elevaba mucho en la parte superior, esto, y los ángulos de una frente cuadrada,, y la protuberancia en demasía del hueso occipital, daban a la cabeza del hombre viruta una de aquellas formas, que no admiten sombrero encasquetado, sino que por lo contrario parece que le repelen, o que el sombrero tiene fuerza centrifuga, o bien que ha sido puesto por mano ajena, que nunca acierta a acomodarlo con natural apariencia.

Las orejas del jefe eran dos orejones de gran tamaño, tenía el cabello tupido, laso, y, de un color, que en los caballos se llama entrepelado. La tez de su rostro estaba curtida por el sol; sus facciones eran rígidas, la boca suspicaz, sus ojos, como sucede en los albinos no se fijaban al mirar; eran tan inquietos como su mismo dueño, pequeñuelos, algo saltones y como dos balas de vidrio azul; las manos eran disciplinas de cinco ramales, sus pies parecían de gallo en el aire de salida y los espolones; y el mote de guerra de semejante caudillo érase Zarandaja.

Iban llegando los soldados uno a uno bastante mohínos: y cuando ya vio un grupo crecido Zarandaja, pidió muy imperioso su caballo, y trajéronle una yegua extranjerada, quiero decir, una yegua española con el rabo cortado, sin duda por mor de las moscas en este país que no las hay.

Montó en su hipogrifo que tenia muy cerca de ocho cuartas y estaba enjaezado con una piel de oso sin curtir. Y a tan alto púlpito subido desnudó el chafarote, é iba a dar la voz de mando, cuando se le vino a las mientes el pasar lista, y hecha la señal salieron los cabos al frente y empezaron a llamar por sus nombres, a los que respondían sin mas que la palabra *Señor* para justificar la presencia del individuo.

Nadie faltaba al parecer. Los soldados estaban murmurando, cabizbajos y remolones, porque no advertían la presencia del cantinero y su asno, caso tan raro, como si dijéramos encontrarse los Puritanos sin Biblia, tan desconsolador, como si se hubieran visto en el desierto los Israelitas sin maná, y tan embarazoso, como si a un ministro de Hacienda español se le mandara rendir cuentas.

Zarandaja, conociendo esto, no osaba emprender la marcha, y lejos de reprender a nadie, envió emisarios en busca del cantinero.

Rebuznó el rucio, y su voz alentó los corazones. Asomó las orejas por la esquina, y hubo muchos vivas a la libertad; quién aprestó un cacharro, quién un cuero, quién una cantimplora, y hasta hubo quien se atreviera a sacar un cuerno, entre las cuales baratijas se alivió el jumento de un enorme pellejo de aguardiente que llevaba.

Volvieron los soldados a las armas, que por un instante hablan abandonado, y rompiendo a la desfilada fueron marchando hasta pasar un foso, que fácilmente saltaría un gato, y allí hicieron alto para aprestarse a la batalla.

Quinientos hombres formaron tres columnas de ataque, contra posiciones minadas y defendidas por mayores fuerzas y cada columna tendió una guerrilla tres veces superior a su reserva. La caballería debla envolver la derecha en dirección de la borda de Iñigo, guiada por una vereda de las que en España abren los contrabandistas, y Zarandaja estaba en todas partes, a pesar de su yegua, que al sentírselo encima le retozaban dos fetos uno en el vientre y otro en el espinazo.

El sol rayaba en las cumbres del Pirineo cuando Zarandaja mandó al corneta de órdenes que tocara calacuerda.

Un fuego vivísimo rompió en el acto por ambos lados y hubo empujes a que los facciosos no pudieron resistir, y cejaron de las primeras posiciones; porque los soldados francos eran a la verdad lo peor que podía oponérseles, y estaban estos tan amaestrados por la experiencia, que iban desparramados hiriendo por los mismos filos, y a más del conocimiento práctico que tenían del terreno, de cada terrón hacían un parapeto.

Convencido Zarandaja de que una vez posesionados sus infantes no se los arrollarían a tres tirones, quiso coronar la victoria dando una mano de caballería; y volviéndose a sus ordenanzas, al herrador y a un oficial manco, que todos cuatro le seguían detrás, les dijo

—Vamos a dar ahora un repelón, y ya veréis cómo les meto mano.

Puso espuelas a la yegua, y con aquel *Estado mayor* se encaminó hacia la borda de Iñigo hasta tropezar con lo que llamaba su escuadrón.

Lo encontró emboscado en una encrucijada y mandó tomar el trote, marchando impávido sobre un flanco del enemigo.

Con las lanzas en ristre, los pendoncillos flotando, las cabezas inclinadas sobre el hombro derecho y los cuerpos recogidos sobre el arzón, amenazaban los flanqueadores una decidida carga por entre montes y barrancos.

La caballería enemiga, capitaneada al parecer por el fraile del sermón, hacia frente al progreso de la infantería su contraria, y estaba por lo tanto expuesta a un golpe imprevisto y funesto.

Intrépido Zarandaja con los suyos, rompieron al galope y ya no hubo unidad ni buen concierto. «Unión» gritaban unos, otros caían, quien paraba de la rienda y daba es-

puela, quien volvía hacia atrás y quien temerariamente blandía la lanza entre los sorprendidos enemigos que huían con pavor.

El fraile que montaba un jaco relinchón puso pies en polvorosa y echó a huir como un cohete.

La infantería cristina que notó el zafarrancho gritó: «¡La caballería vence! ¡La caballería! ¡La caballería! » y dejó sus parapetos y se lanzó al campo enemigo con ardor.

Zarandaja se revolvía en su yegua como un energúmeno, y descargaba más palos en los vencidos que un venteador de lana. «Cuartel», gritaban unos. «Mátale», decían los otros. «No le mates», respondían por allá. «¡Ay!», se oía exclamar a los heridos, y Zarandaja, insensible a todo menos al entusiasmo de la victoria, dio tras un oficial que se trasconejaba a favor de aquella baraúnda y ya lo llevaba casi a la punta del chafarote cuando la yegua dio dos malos trancos y quedó patiestevada con el cuello tendido y grande sobrealiento en los ijares.

—¡Ay, que se ha reventado la yegua!—dijeron los ordenanzas.

—Eso es que tiene calambre—añadió el oficial manco, y el herrador repuso con tono muy pausado:

—Mi comandante, déjela V. hacer aguas.

Zarandaja tomó con este consejo facultativo la paciencia que no tenia y se mantuvo en la postura ridícula que ocupa todo jinete cuando orina su caballo pero la yegua no sentía semejante necesidad. Iba a ser madre y lo fue en efecto sin apearse de ella su señor.

—¡Ya ha parido!—exclamó el Estado mayor con voz de júbilo.

—¿Y qué ha parido, potro o potra?—preguntó el de encima. Y el herrador después de bien examinado dio fe de que el recién nacido era un mulo.

Aquí no pudo Zarandaja refrenar la cólera y dijo a gritos:

—¡Maldito sea mil veces el burro del cantinero

No bien había expirado el eco de tan terrible maldición cuando rebuznó el asno por tres veces y a todos les pareció oír que entre suspiros repetía estas sentidas voces:

—*¡Oh! ¡Hi-jo mí-o!*

Más de una vida se libró aquel día por el parto impensado de la yegua, la persecución cesó por eso y los soldados francos regresaron a Zubiri llenos del buen humor de la victoria.

Zarandaja era el único que se quejaba del contratiempo y como en España no se puede ni se debe ser criador de potros, pensó en devolver al cura de Ochagavia la fecunda yegua que le habla quitado por creerla estéril.

Principio de una historia que hubiera tenido fin si el que la cuenta la hubiera contado toda.

Miguel de los Santos Álvarez

El Pensamiento. 1841. 83-92

¡Anchos, muy anchos son los caminos que guían al mal, y estrechos, muy estrechos, los que conducen al bien! De palabra y por escrito ha llegado esta afirmativa exclamación tantas veces a lastimar nuestra alma de suyo inclinada a lo bueno, que a fuerza de oírla repetir, no parece sino que se ha erigido en principio incontestable para toda la humanidad, siendo, sin duda, causa del miedo instintivo que todo el mundo tiene a hacerse bueno, cuando es malo, o a seguir siendo bueno cuando es bueno. Yo por mi parte, lleno de dudas en está materia, suelo consolarme repitiendo un refrán, de cuyo principio no me acuerdo, que acaba diciendo...«y el mal para quien le vaya a buscar» Perezoso de mío, si en irle a buscar consiste, no tropezaré en todos los días de mi vida con el dichoso mal, y aunque hasta él se llegue pisando rosas y desojando claveles.

Así me hablaba un estudiante viejo, que estudiaba todavía, porque había empezado muy tarde su carrera, a quien mi padre me había confiado para repasar mis estudios de filosofía moral. Estas mismas palabras, con corta diferencia, me decía aún no hace cincuenta años, y ahora, que según usted dice, señor doctor de mi alma, estoy ya en mis últimas horas, razón por la cual recuerdo sin duda las primeras de mi vida; ahora, gozo extraordinariamente en verme tendido en esta cama, donde perdida ya la actividad del cuerpo y del espíritu, ni al cuerpo, que está, señor doctor de mi vida, todo lo mal que puede estar, le ha devenir otra cosa que la muerte o la salud, que ambos son dos grandes bienes, ni al espíritu otro pensamiento que el de Dios, su criador, que es su gran bien, consuelo y esperanza. ¡Quiero decir, doctor de mi vida, que lo que es ahora no he de ir yo a buscarme ningún mal, reducido como estoy a no poder ir a buscar nada, y a contentarme con todo lo que me venga a buscar a mi!

¡Y el mal para quien le vaya a buscar! ¡Oh prudente y sabio maestro mío, y cuánta razón tenias, y cuánto habría yo ganado en ser entonces tan prudente como tú, o en hallarme como ahora impedido y enfermo, sin fuerzas para buscar nada, y con sobrada debilidad para aguardarlo todo!...

Ha de saber el lector, que todo esto que ha leído, y lo que en adelante leerá, me lo ha contado a mí, que lo estoy escribiendo, un doctor en medicina, muy amigo mío, hombre curioso y observador, más que profundo, pertinaz, de todas las cosas que delante de él pasaban, y pasan aún, si desgraciadamente no ha muerto en los dos meses que hoy hace que fue a casarse a Alemania, por higiene, con una mujer, que él sólo cree poder encontrar en aquel país, gorda, colorada y sana y saneada desde los pies hasta la cabeza. Treinta y un años y cinco meses, me dijo al despedirse de mí, que había inútilmente gastado por acá en buscar lo que él llamaba toda una mujer.

A este doctor fue al que en un hospital contó un enfermo algunos sucesos de su vida, que el doctor me contó a mi, y que yo cuento a los lectores, para que a falta de

otra cosa mejor, si están muy desocupados, pasen un rato, bueno o malo, que ésas no son cuentas mías

Contóme pues mi buen doctor, que el enfermo que le decía lo que el lector ya sabe por el principio de esta historia, era un hombre de unos cuarenta años poco más o menos, enjuto de carnes, más a consecuencia de la enfermedad que porque él no estuviese dotado de una robustisima constitución; de ojos pardos y rasgados, tan llenos de vida, que ganaban aún estando él enfermo, en energía de expresión, a los de la mayor parte de los hombres en su estado de salud. Tales ojos, me decía el doctor, yo no los he visto en mi vida, ni puedo explicar la especie de temor, o más bien de miedo que me inspiraron, cuando al tomar por primera vez el pulso a este hombre, se encontraron con los míos.

—Hola, doctor—me dijo—, bien venido por este santo hospital, y por este maldito cuerpo: vamos a ver si salirnos adelante, que yo por mi parte confío un poco en los médicos buenos, y usted no tiene mala traza.

—¡Así me gusta, así me gusta! Los enfermos animosos tienen andada la mitad del camino para curarse.

—Pues mire usted, doctor, me gusta el metal de la voz de usted, Dios quiera que sus recetas escritas sean tan dulces como sus palabras habladas.

—Veremos, veremos... ¿Duele?

Amigo, apenas le hice esta pregunta, poniéndole la mano en el abdomen, cuando, dando un grito de dolor y echando seguidos y pronunciados con notable claridad y fuerza, unos cuatro o seis de los más soeces juramentos, dio un salto que se elevó media vara sobre la cama, y al dar el salto dio conmigo en tierra, lastimándome no poco con el pecho, la cara que yo tenia naturalmente inclinada para examinar mi enfermo. Su primer movimiento fue venirse hacia mí con el puño levantado, pero al verme caído se apaciguó su cólera, y no solamente se apaciguó, sino que se trocó en un bondadoso arrepentimiento del daño que me había causado; y levantándome con una ternura que me sorprendió no poco, por el singular contraste que formaba con su primera furiosa sacudida, me dejó no menos sorprendido con la buena educación y con las suaves y cordiales palabras que empleó para pedirme perdón del movimiento, como él decía, que el dolor había dado a su pobre máquina.

Yo le perdoné desde luego, porque, amigo, el médico es tan superior física y moralmente al pobre enfermo, que puede perdonarlo todo por más que tenga su mal genio, como cada hijo de vecino, y él se volvió a meter en la cama diciendo:

—¡Todo me punza, todo me duele, todo me encoleriza! ¡Es mucha desgracia! ¡Maldito de Dios sea el mundo, que por todas partes está lleno de puntas que me hieren!

Me separé. de su cama para dejar que se sosegara un poco, con intención de volver después de la visita de los demás enfermos, a ver a aquel. hombre que había picado mi curiosidad.

Pregunté a un practicante si sabía quién era y cómo había venido al hospital, y me dijo que aquel enfermo había estado preso, y había venido allí echando sangre por la boca, de resultas de que queriéndose escapar de la cárcel, había hecho la barbaridad de arrojarse desde un tejado de bastante elevación.

Después que di mi vuelta por las camas de la sala, volví a la de mi hombre, a quien encontré perfectamente sosegado. Me senté a su cabecera, estuve a su lado un buen rato, le hablé con cariño amistoso y hasta procuré consolarle con ternura, aunque con esto nada gané, pues como él me dijo, estaba tan acostumbrado a consolarse a sí mismo, que sabia ya de coro todos los consuelos y todas las maneras de consolar que hay en el mundo.

Gané sin embargo su corazón con mis buenas palabras, y cuando me despedí de él, hasta otro día, apretándome la mano me manifestó una simpatía. que me alegró mucho, como que me daba esperanzas de saber de su misma boca algunas cosas raras que debla haber en su vida. Yo me muero por los estudios de observación, y contentísimo de haber encontrado con quien a mí me parecía tan buen original, no hay que decir si haría todos los días dos largas visitas al enfermo, que cada día me apreciaba más.

Al fin tantas visitas le hice y con tanto esmero le traté, que aunque por desgracia no pude darle la salud, porque eso no estaba en manos de la ciencia, le di tan verdadero conocimiento de mi buen carácter que cuando por último, como él me lo había pedido de todas veras, le dije casi toda la verdad, quitándole las esperanzas de vida, que él además no estimaba en mucho, pasaba conmigo deliciosísimos ratos de conversación, en los que yo me entretenía con placer, por ser la suya muy variada y llena de un encanto particular. Todas mis recetas se redujeron entonces a calmantes, y con esto la enfermedad sin atormentarle gran cosa, iba caminando poco a poco a su paradero natural, que en este caso, según mi primer pronóstico, desde que eché los ojos al enfermo, era la muerte.

No tenia aquello ningún remedio: los tejidos todos de la máquina tendían a una completa disolución, y todo en aquella tela se volvía cabos sueltos que era imposible atar.

Un día en que el enfermo estaba más animado que de costumbre, dando, por decirlo así, como una luz que se apaga por falta de sustancias que la mantengan, los últimos resplandores, que no parece sino que a manera de burla, son más claros que los primeros; aquel día aproveché yo todos los recursos que me sugirió mi curiosidad, para saber algo de la vida de aquel hombre, que hasta entonces no me había hablado sino muy vagamente de sus sucesos; y como yo conocía que si no aprovechaba los momentos, iba a perder un utilísimo estudio de observación, con tanto interés me dirigí a mi objeto, que al fin mi buen enfermo me dijo, lo que en los mismos términos, si puedo, voy yo a decirte a ti, discípulo curioso y aprovechado de mis lecciones de experiencia observadora, aplicada a los momentos ociosos de la vida.

Aquí el doctor me repitió las mismas palabras con que empezó el enfermo a acordarse de su juventud, de sus estudios de filosofía moral y de su pasante, continuando su relación en los términos que el lector verá, si es tan bondadoso que aún no se ha cansado de leer cosas en que nada le va ni le viene.

Y ahora yo por boca del doctor, y el doctor por boca del enfermo, seguimos así la historia.

Ya ve usted, querido doctor, que a pesar del estado en que ahora me encuentro, he recibido una buena educación, o por mejor decir, ya ve usted que a pesar de que he recibido una buena educación me encuentro en el miserable estado en que usted me

ha conocido. Pues ha de saber usted que nadie tiene la culpa de esto, pues a mí me parece que ni aún yo mismo la tengo. Cuando más iba labrando en mi reflexión la profundidad de los principios de la filosofía, cuando más ganaba mi alma en el verdadero camino de la felicidad tranquila que disfruta en esta mundo el sabio que logra obedecer sin violencia estos tres preceptos de la moral: instrúyete, corrígete, modérate; cuando yo sentía ya dentro de mí cierta predisposición a querer instruirme, corregirme y moderarme, he aquí que un cuarto de hora basta para dar al traste con años de estudio y de lecciones, tanto de los autores de asignatura en las universidades, como de otros que me había proporcionado mi ilustrado preceptor, sin contar con los magníficos y elocuentes trozos de sus explicaciones, que mi padre había querido que escuchase, no contento con lo que yo pudiera aprender del sabio doctor de la universidad de mi pueblo, que ocupaba entonces dignísimamente la cátedra de mi curso de filosofía.

Me gusta hablar con juicio y con reposo de toda lo que pertenece a la época de mis estudios, porque es materia que lo merece. ¡Gran lástima ha sido que los haya dejado tan pronto, y si entonces los dejé con gusto, ahora caigo en que hice mal, porque yo sin duda ninguna hubiera hecho grandes adelantos, y a estas horas, que no doy ya ningunas, puede que diera algunas esperanzas, si hubiera seguido carrera!

¡Ah! querido doctor, me olvido de que mi carrera está ya en este momento reducida a un. trotecillo pesado y poco airoso, que me lleva a la muerte, a la cual camino yo tan contento, como un gitano que va a deshacerse a una feria del desgraciado burro que le lleva a ella, partiéndole los ijares a cada tranco de su inaguantable trote.

Tenia yo, por el tiempo, de que le estoy a usted hablando, diecisiete años, y mi corazón debía ser tan bueno, que a eso atribuyo yo la hermosísima expresión de mi fisonomía en aquella edad. Lo cierto es que todo el mundo me quería a primera vista, y sobre todo en las mujeres notaba yo, si eran niñas, una alegría al verme que me alegraba a mí tan inocentemente como a ellas, y si eran ya mujeres, pasaba desde sus ojos a los míos un interés tan tierno, un afecto mezclado con amor maternal y lleno del deseo de otro amor más vehemente, que me hacia feliz mil veces sin saber yo a punto fijo por qué, pero quitándome a punto fijo, las ganas de estudiar por cuatro o seis días, cada uno de estos pensamientos vagos de felicidad.

¡Ahora se me ocurre que todos estos síntomas no eran sino preludios de la grande influencia que en mi vida habían de tener con el tiempo las mujeres! ¡Para ponerme en movimiento, bastaba que una se presentase y recogiese en sí todos los sentimientos de mi corazón, que hasta entonces no habían hecho otra cosa sino volar por los espacios. imaginarios de la hermosura y del amor!

Iba yo a entrar un día en casa de mi pasante a dar mi acostumbrada lección, cuando desde el balcón de una casa grande que había enfrente, que era la mejor fonda de toda la ciudad, donde paraban los viajeros ricos y gente toda de importancia, sentí que dando con suavidad golpes en los cristales, era indudablemente a mí a quien hacia señas, llamándome, la delicada mano de una mujer, cuya hermosa cara, bañada de un suavísimo color animado con mil tintas de vergüenza, recibió mis miradas sorprendidas, con una expresión inexplicable de ternura que me conmovió.

Obedeciendo maquinalmente, y sin que yo pueda decir a punto fijo lo que en aquel momento pasaba por mí, de un salto atravesé la calle, entré en la fonda, y subí la

escalera, atusándome el pelo y componiéndome la corbata. Desde el fondo de la primera habitación que encontré, cuya puerta estaba de par en par abierta, me volvió a hacer señas de que entrase, la misma mujer que poco antes me las había hecho desde el balcón.

¡Palpitándome el corazón con tanta fuerza que me hacia sentir la opresión del chaleco, me adelanté, y apenas estuve dentro, cerré instintivamente la puerta, y me encontré cara a cara y a solas con la mujer más hermosa que hasta entonces había yo visto! Adelantóse ella entonces, y pasando por una sala, llegamos a un gabinete más bonito que el de mi madre, que además de no haber sido en su vida coqueta, no estaba ya en edad de tener gabinetes bonitos por el estilo de aquel, que estaba todo él lleno de mil misteriosas fruslerías. Sentéme yo en una otomana, y al sentarme, atolondrado como estaba, me dejé caer sobre un sombrero de paja de Italia; y era tal mi, aturdimiento, que sin moverme, permanecí sobre él sentado. A todo esto no habíamos hablado una palabra. Ella, que al parecer estaba tan cortada como yo, se dirigió a un espejo, en cuyo cristal veía yo una hermosísima cabeza de mujer que se descomponía distraídamente los rizos, como si en ello estuviese absorbido todo su cuidado, y unos hermosos ojos negros y rasgados, mágica luz de aquella peregrina visión, que llegaba hasta mi corazón, dirigiéndome todos sus rayos, templados por una especie de vergüenza infantil.

¡Así pasaron algunos minutos, y ojalá hubiera así pasado toda mi vida! ¡Ah, doctor mío, ahora estaría yo con muchísimo gusto, como entonces! Mal sitio es éste para recordar aquél; pero al fin un alma que se va, y un cuerpo que la echa, bien están en un santo hospital: más cerca está esto del otro mundo, y cuanto más lejos de éste, mejor!

¡Ah... maldito sea mi pecho!... ¡Me duele, que es un gusto!... A ver, doctor., a ver, deme usted ese vaso de jarabe... por si es la última vez, le apuraremos, y ¡Dios quiera que sean golosos los pobres gusanos que han de comer mi cuerpo, así gozarán más en su banquete, porque todo yo debo estar hecho por dentro una delicadísima confitura; tal me ha puesto usted de jarabes, pobre doctor, que en este caso no ha podido usted ser otra cosa que un más que mediano repostero para los gusanos de la tierra! ¡Lo mismo es todo, y todo le viene bien a alguien!

Tomó su jarabe, amigo, y yo te confieso que nunca me picó más que entonces, el tonito alegre con que siempre me llamaba doctor. Y siguió diciéndome:

Por fin, aquella mujer, con la cara medio vuelta al espejo, y medio vuelta a mí, dijo como si hablara consigo misma, con una voz que fue para mí un nuevo encanto.

—¡Ah, qué locura, haberle llamado! ¡Pero he pensado tantos días hacer lo mismo...! ¡Oh, no, y nunca lo he hecho!

Y volviéndose entonces repentinamente hacia mí, siguió diciéndome:

—¡Perdone usted por Dios, hoy no he podido resistir a mi curiosidad... como viene usted todos los días a la misma hora a esa casa...! ¡Cuántas veces desde ese bacón le he visto a usted salir para esperarle hasta el día siguiente!.

Ni usted está en edad, buen doctor, de oír con gusto, ni yo en disposición de decir todo lo que en aquella mujer había de lindo, desde los pies hasta la cabeza. Mi buen corazón está tan seco, que para describir una mujer tan hermosa como aquella, maldito si me inspira otra cosa que coger de ella los dos extremos, la cabeza y los pies, y

dejarle a usted llenar el medio como mejor le dé la gana. Era alta y delgada, para que usted no se equivoque en las distancias.

Yo, mientras ella me decía esto, pude mirarla y admirarme de su hermosura, pero no decir ni una sola palabra, porque cuando me disponía a enterarla de que yo era un estudiante, que iba a la casa de enfrente a dar su repaso de filosofía moral, cruzó por mi cabeza un pensamiento raro de amor propio, y me avergoncé en aquel momento por primera vez de ser estudiante. ¡Desde aquel instante data mi odio a los estudios! Parecióme a mí, y creo que todavía me parece, que decir a una mujer, que uno estudia, es hacer con ella un mal papel, porque el hombre debe ser siempre un sabio consumado delante de quien todo lo puede exigir de su amor, que es cosa natural y dada por Dios al tiempo de nacer. ¡Amor y más amor, y nada más que amor, y a un lado las ciencias, y aunque no tan lejos, a un lado también las artes! ¡Esto pensé yo entonces, y lo demás, para mí, era ser un hombre para hacer fortuna y dinero, pero no para dar placer a su corazón, ni al de ninguna mujer amante y hermosa!

¡Locuras, doctor, locuras!... ¡Pero, amigo, por lo visto yo soy lo que se llama un hombre de pasiones! Ahora las tengo en el picadero de este hospital, y yo creo que si no me muriera, y ellas conmigo, tampoco saldrían de aquí domadas. ¡Las he corrido muchos años a escape y por mal terreno: algunas veces han dado fuertísimos tropezones, pero cada vez más llenas de ardor, han acabado por gustarme tanto, como un caballo bueno que yo tuve, al que nunca castigué, aunque me despedía vigorosamente al suelo, una vez de cada tres que le montaba!

Como creo, doctor, que no debe interesarle a usted gran cosa lo que le voy contando, me entretengo en hablar de lo que mejor me parece, entre lo poco bueno que en estas últimas horas se me ocurre. ¡Estoy muy alegre; pero amigo, una cama como ésta, aunque no me quita del todo mi buen humor, le arropa un poco entre sábanas gordas, y el pobre está sudoso y calenturiento!

Después de otro momento de silencio, dije por fin con una franqueza que me sacó del paso:

—¡Señora, yo no sé lo que me sucede, pero siento dentro de mí tantas cosas, que no puedo decir ni una sola!

—¿Por qué?

Y esta pregunta valió para mí por mil frases que hubieran querido darme aliento, porque en ella reconocí el acento de mi madre, el de mi hermana, el de todas las personas que me querían, dulcificado aún por la expresión de un afecto que penetraba lleno de ternura en mi corazón.

—¡Señora!—la respondí yo tartamudeando.

—¡Yo tengo la culpa, pero el corazón nos manda a veces!...

—¡Mi corazón no cabe ahora dentro de mi pecho, no me atrevo...!

—¿A qué no se atreve usted? ¡No se atreve usted a hablar con confianza a una mujer que le acaba de dar a usted una prueba imprudente de cariño!

—¡De cariño!

—De amistad, sí, de una amistad cariñosa y cordial.

—¡Ah!. De amistad...

—¿Es poco eso?

—¡Ah! ¡Perdón si tanta hermosura me ha hecho perder el juicio por un momento!

—¡Perder el juicio!...

—¡Sí señora, sí, porque seguramente lo he perdido al pensar en amor!...

—¡En amor!...

¡Y pronunciando estas palabras con un afecto tan dulce que me hizo sentir un frío delicioso que corría por todo mi cuerpo, se sentó enfrente de mí, y dejó caer la frente sobre una mano, perfecta en belleza, como la que pudiera imaginar el pintor más delicado!

Ya ve usted, querido doctor, que mi sentimiento suplió en esta ocasión por mi experiencia, y que con la franqueza de un niño, en cuatro palabras que a ella debieron sonarla mejor que a usted, porque entonces más que con las palabras, hablaba yo con la expresión y con el acento, y ahora las digo para que usted las oiga como si las leyera; en cuatro palabras puse la conversación en el mismo punto en que un hombre la hubiera puesto, en el mismo tiempo, de una o de otra manera. De algo me había de servir el tiempo que había malgastado en pensar en las mujeres, que siempre habían sido mi sueño de oro. Luego, por algún tiempo, siguieron también siendo mi sueño; pero no ya de oro, sino dorado a expensas de mi corazón, que ha gastado un tesoro en teñir de luz pura las manchas cada vez más grandes que iba observando en la dorada imagen de la mujer que yo quería amar dentro de mí, y en las de todas las que he amado por fuera.

¡Doctor, doctor, principio quieren las cosas, y sea el que fuere! No había pasado una hora desde que aquella mujer y yo estábamos. juntos, y ya entre los dos había sucedido, a la primera irresolución, una cordial correspondencia de afectos y de ternura, que selló aquel principio de mis amores, con una marca cariñosa, que con otras tres o cuatro del mismo género, son las únicas marcas, que no de golpes y porrazos, me ha dejado mi vida pasada!

¡Demasiado dulce y empalagoso he estado al contar todas estas niñerías! El hospital y los jarabes me han puesto el alma suave como un guante, y mal pega tanta ternura, hablando con un médico de pobres; pero amigo, yo soy un pobre muy tierno y muy delicado; la alhaja de un hospital para un corazón sensible. A la legua se le conoce a usted, doctor, que ni es nervioso ni espiritualista; pero con todo, parece que no dejan de gustarle a usted las tonterías, y harto será que no se esté usted entreteniendo, según la atención con que me escucha, en calcular por los vuelos de mi alma, de cuya anatomía no sabe usted ni una palabra, los anatómicos accidentes de mis tripas, que puede que anden dentro de poco manchándole las manos en un barreño, escurriéndosele sin darle ninguna noticia del espíritu, que para usted, pobre doctor, copio para todos, ha de quedar siempre oculto en el fondo de la vasija! ¡Lo mismo es el cerebro que las tripas, doctor: vamos andando, y perdonar si tengo mal humor!

¡Pasó aquella mañana al lado de aquella mujer, agitando el tiempo al batir sus alas en torno a mí, tantas palabras de cariño, tantos pensamientos de amor puro, tanta inocente felicidad, que ninguna hora de mi vida ha pasado más ligera! ¡Doctor, yo era. un niño con un corazón más blanco que una paloma, y mi inocencia vistió con su blancura mis primeros sentimientos de amor hacia una mujer, a quien mi candor enamoraba más y más, por lo mismo que en ella había dejado la vida mil dolores, en lugar de los

primeros años de su juventud! La historia de esa mujer es muy larga, y me va doliendo cada vez más el pecho para que pueda contarla con gusto. Tenia entonces veintinueve años. Se había casado a los diez y seis a disgusto, y por obedecer la voluntad de sus padres, con un marino que en sus viajes había hecho una inmensa fortuna. Dos años permaneció al lado de su esposo, y a los dos años le abandonó para siempre. Había viajado mucho, y cuando yo la conocí se preparaba a un nuevo viaje a Inglaterra, y la casualidad de haberme visto, fue sólo la que la detuvo algún tiempo en el pueblo, que yo con ella debía dejar, entrando de repente en una vida nueva! Los disgustos de un amor desgraciado la llevaban a huir de un suelo donde había padecido mucho.

Estaba sola: la energía de su carácter y la misteriosa ligereza con que me hablaba de su vida, fueron para mí como un mágico hechizo que realizó las ilusiones que yo siempre me había formado de la mujer a quien yo entregaba soñando todo mi amor, cuando viendo pasar delante de mi las mujeres que en mis pocos años conocía, ni eran las jóvenes y modestas hijas de familia, las que llenaban mi corazón, porque era más fuerte que el suyo; ni eran las mujeres de más años, a quienes yo hubiera podido entregársele, como anhelaba, porque a todas la vida las imponía obligaciones difíciles de romper.

A los ocho días de haberla conocido era todavía mi amor puro como el de un ángel, pero tan grande, que había ahogado completamente en mi el amor de mi familia. Mi dignidad de hombre, que tan inocentemente me forzaba en desplegar delante de ella, se resentía con rabia, cuando confesándome a mis solas la verdad, me hallaba niño y estudiante, bajo la disciplina de mis padres y de mis maestros.

Ella adivinaba sin duda todo lo que dentro de mí pasaba; pero sin cuidarse mucho de si había o no alguna exageración en lo que yo siempre la decía de mi absoluta libertad para hacer lo que me diera la gana, me manifestaba un amor cada vez más tierno, cada vez más providencial, solícito y cuidadoso de mil cosas insignificantes de esas con que el amor se embellece hasta convertirse todo él en un campo hermosísimo, a fuerza de florecitas menudas, que, para nada valen, ni aun para vistas, si se examinan una a una siguiendo el método analítico que llamamos los que hemos estudiado filosofía.

¡A propósito, doctor, no volví a agarrar un libro, y ahora verá usted como voló para siempre la carrera que tan a disgusto mío como a gusto de mis padres, me iban estos dando por los campos del saber! En estos últimos días de que voy hablando, ya empezaba yo a mirar a mi padre como un freno, y a mí pasante corno una espuela, y cansado de tenerlos siempre encima, renegaba de lo que a ellos tanto les complacía; de andar buscando laberintos y jardines por el camino de un estudio metódico y seguido.

¡Así es que apenas Inés habló la primera vez de viajar, y de ver juntos un mundo para mí nuevo en el cual tendría siempre al lado a la mujer que entonces tenía que dejar muchas veces con sentimiento, porque en mi calidad de niño, me veía forzado a cultivar mi pasión a hurtadillas, sentí una alegría tanto más grande cuanto que nunca se me había a mí ocurrido un medio tan expeditivo de seguir los impulsos de mi corazón!

A los dos días había ella ya salido en un vapor para Marsella, y yo, que me las compuse con toda felicidad para escaparme, me uní bien pronto al imán de mi destino.

¡Doctor! ¡Doctor!... ¡Y como querrá usted creer que hasta después de tres años o cuatro, no volví a acordarme con sentimiento de mis padres!

¡Yo creo, buen doctor, que usted con esa bendita fisonomía y con esos ojos de gorrión enfermo, no habrá querido nunca como yo, ni habrá dado nunca más que con mujeres de su misma raza, que no quieren como quieren las de la mía!

Amigo, puesto que usted no ha de comprender ni una palabra de una porción de cosas que se hallan en el mundo fuera de todo camino, para los que como usted siguen el recto de la razón y del bienestar, le bastará saber que todo un año pasamos Inés y yo olvidados de todo lo que no era nuestro amor, bajo el triste, y para mí desde entonces delicioso cielo de Inglaterra. En este año se acabó de formar, a mi parecer, mi razón, y tanto, que el amor, que había sido para mí un sentimiento vehemente y apasionado, empezó ya a sufrir en mi cabeza una porción de exámenes de que no salía nunca muy airoso.

¡En resumidas cuentas, me decía yo a mi mismo, el poseer. una mujer hermosa, y el estar libre de su padre y de su madre y sus libros, no es otra cosa sino estar como yo estoy, y a fe que bien se puede estar mejor! Ya se ve, cosa muy natural, iba yo ya sintiendo los preludios del fastidio que engendra una mujer, cuando acabada esa inexplicable simpatía magnética, que yo he sentido muchas veces y por muchas mujeres una después de otra, viene uno a encontrarse, y lo mismo las sucederá a ellas, con que está al lado de una cosa, todo lo bella que se quiera, pero que al cabo nada tiene de particular, después que ha perdido el influjo mágico, que por lo visto no era suyo, sino prestado. Pronto empecé a dejar de ser feliz ¿no es verdad, doctor? Amigo, a mí me ha favorecido el cielo con lo que se llama una naturaleza muy adelantada. ¡Cuarenta años tengo, y estoy con unas ganas de morirme, que no parece sino que he vivido mil siglos!

Inés, la pobre, que al amarme a mí, había buscado en este amor el olvido de mil crueles penas que la habían dado otros amores, y que en mí, tan joven como yo era, no veía por lo menos, aunque me hallaba menos apasionado, el infame y brutal egoísmo con que amamos luego los hombres que amamos mucho, seguía enamorada, y tanto más cuanto más veía que, los dolores que había padecido, acababan con su juventud y la iban acercando a una crisis de belleza, que deben sentir mucho las mujeres muy hermosas.

Yo, cada día ganaba en vigor y en hermosura varonil, y el deseo de conservar mi corazón, consuelo y esperanza del suyo, la llevó a emplear todos los recursos que caben en la cabeza de una mujer, para avivar mi amor, no contenta con el cariño tierno que yo la tenía, porque no la basta eso nunca a una mujer amante. Por desgracia suya, y con toda la ligereza de su carácter, fueron los celos uno de los medios que creyó más a propósito para despertar con sus agudos filos mi pasión.

Corno era tan hermosa, no hacía aún dos días que había formado su plan, y ya había logrado herir dos millones de veces mi amor propio.

¡Todo fue desde entonces disgustos entre nosotros, y se complacía en ellos la pobre Inés, porque al fin en ellos había derramada alguna gota de amor!

Pero cada vez se agriaba más mi corazón y se desplegaba con más fuerza la violencia de mi carácter. La faltó a Inés la prudencia, y a mí me sobró la rabia y el despecho, y sucedió lo que seguramente usted buen doctor, no se espera.

Entre todos los hombres con quienes Inés me andaba continuamente incomodando, era el que más antipatía me inspiraba un joven de una familia aristocrática, militar, buen mozo, y tonto, como son todos los ingleses cuando dan en serlo, con una imperturbabilidad capaz de irritar a un santo de piedra de nuestra España

No le había yo ya dicho que no volviera a parecer por nuestra casa, porque me daba ira el pensar sólo en confesarle mis celos.

Una noche volvía yo desesperado, lleno de cólera contra mí mismo, porque era ya tarde, y a mi pesar y forzado por la costumbre, tenia que dar a Inés alguna disculpa de mi tardanza. Toda mi cólera tomó otro giro más terrible, cuando entrando en la sala, encontré en ella a Inés sentada al piano, y al joven militar al lado, que al entrar yo, pasó los ojos desde la cara de Inés a la mía, con una indefinible expresión de estupidez tan parecida al desprecio, que sentí subir a borbotones la sangre a mi cabeza, y ciego de ira, no sé que fue antes, si el pensamiento o la acción de lanzarme a él, y loco de furor envolverle por todas partes, con tal fuerza nerviosa, que aquella grande mole, sin poder resistirme vino al suelo, donde cada vez más irritado, fuera de mí y olvidado de todas las leyes de nobleza y generosidad, dándole con una silla en la cabeza y con los pies en todas partes, no le dejé sino perdido el movimiento, cuando Inés logró por fin separarme de mi presa.

Todo esto había pasado en un momento, y acaso hubiera parado aquí sin los violentos golpes que me hacia dar a Inés, la infernal idea del ultraje, del desprecio, que me había hecho, aguardándome tranquila, a deshora y sola, con un hombre que indudablemente la amaba, y a quien yo aborrecía. A los golpes, crecían los gritos, y a los gritos creció tanto mi ira, que cogiendo a Inés por el cuello con una mano crispada por la rabia, y dándome yo mismo golpes de despecho con la otra, me acerqué a una ventana, y abriéndola, me arrojé por ella maldiciéndome a mí y a todo lo creado, en mi impotencia, abrazado con Inés, cuyo cuello oprimía cada vez más en mi locura.

He aquí, buen doctor, una determinación tomada pronto y mal, al parecer de usted; pero, amigo, ya estaba hecho, y como no paramos en el aire, fuimos a dar al suelo, ahogada Inés, que por lo menos se ahorró el dolor do aquel tremendo porrazo, y yo toda magullado y cómo muerto.

¡Siempre me gusta acordarme de este suceso en broma, porque es el primero que me ha hecho llorar de veras, y quiero al recordarle apartar de mí las lágrimas!

Cuando volví en mí, me encontré en la cárcel, y allí, en medio de la deliciosa soledad de un calabozo, fue donde vino a acompañarme como un enemigo cruel, un sentimiento de. ternura tan amarga hacia la mujer que había perdido para siempre, que decidido a morir, me abrí un día todas las venas que pude, que creo que fueron tres, con un hueso de gallina.

Mi pobre sangre me obedeció, y empezó a salir a chorro; pero, amigo, cuando estaba a lo mejor, entró el carcelero, y avisando al momento a una porción de gente, entre todos, llenos de caridad, que yo no agradecí sino repartiendo puñadas por todas partes, lograron por fin sujetarme, y llevándome a la enfermería, me salvaron, haciéndome el regalo de unos cuantos días más de vida, que además de haber sido muy malos, se me acaban ya de un momento a otro.

¡Buen regalo ha sido, doctor, buen regalo ha sido!...

Debilitado con la cura, y a consecuencia de la sangre que había vertido, desaparecieron todos los síntomas furiosos de mi dolor. Se sentó mi juicio, se aclaró mi espíritu, y apareció mi razón a hacerme feliz con mil pensamientos probables que me sugería.

Ya se ve, todo lo que yo le he contado a usted acerca de los motivos a que yo atribuyo los celos que Inés me daba, es acaso verdad, y acaso siempre me amó, y acaso era absolutamente imposible que amara a otro; pero, amigo, vino mi razón y me dijo que todas estas explicaciones no estaban dictadas acaso sino por mi amor propio; y entonces yo, confundido entre tantos acasos, me agarré a lo más probable, y vista la conocida debilidad. de las mujeres, que sin que se las pueda echar nunca la culpa, son casi siempre culpables, fui feliz con mi nueva idea de que Inés se habla burlado verdaderamente de mí.

¡Feliz, doctor, feliz! ¡Sólo que todo yo sudaba cuando se me ocurría este pensamiento, que tan bueno era para mí, que hasta me volvía todo mi amor a Inés... sólo que la había ya perdido para siempre, y ni un beso podía enviarla!

¡Vamos, doctor, usted no puede comprender los goces que yo debía entonces al uso sentado de mi razón!

Estaba deseando que me ahorcaran, y en la justicia humana confiaba yo, para ahorrarme el trabajo de emprender otro suicidio. Pero, amigo, deparóme la suerte un abogado diestro, que a pesar de la familia del tonto aquel que yo había matado a patadas y a pesar de lo patente que estaba mi crimen, o por mejor decir, apoyado. en esto mismo y en las declaraciones de los testigos, que estaban conformes en decir, y decían verdad, que era yo uno de los hombres más amables y blandos. de carácter que habían conocido; apoyado en estas razones, probó que estaba loco y en vez de ponerme en manos del verdugo, me puso en manos de unos compañeros de usted, doctor, que con una curiosidad digna de unos sabios, me estuvieron moliendo a observaciones, sin adelantar ni el canto de un duro en la ciencia

Yo en este tiempo me resolví a dejarme vivir, porque como se me observaba, hubiera tenido que pensar mucho para hacer otra cosa, y ciertamente no merecen tanto, ni la vida ni la muerte.

Mi locura o mi crimen o lo que ello fue llamó extraordinariamente la atención en Londres, y la circunstancia de ser Inés y yo españoles, aumentó todavía la fatal especie de belleza que tienen estos sucesos extraordinarios, nacidos de una pasión violenta.

Me veía todo el que podía, y en aquella temporada se puede decir que cultivé yo el trato de lo más notable de Londres, bajo todos aspectos.

No tenia yo aún veinte años; pero estaba ya casi completamente desarrollado, sin que eso me quitara la amable lozanía de la primera juventud.

Yo creo que no me vio una sola persona, que no me manifestase al despedirse de mí, el cariño cordial de un padre: tanto interesaba a todo el mundo mi figura y mi conversación.

En los ojos de las pocas mujeres que vinieron a verme, notaba yo una especie de amor, lleno de miedo, que. lisonjeaba no poco la pueril vanidad que yo tenia entonces

Entre todas, una sola fue la que me causó no poca sorpresa, cuando entró por segunda vez en mi habitación; pero al cabo de algún tiempo la veía yo entrar todos los días, y era para mi tristísimo el que pasaba sin verla.

Con la ternura de una madre me visitó una porción de tiempo, y el amor, que era el que allí la llevaba, estuvo para mí, oculto bajo el manto de la más cariñosa amistad, prodigándome mil cuidados maternales!

¡Siempre me he enamorado yo empezando a ver como una madre a mi querida...! ¡Siempre, no; sólo me ha sucedido esto con las cinco primeras mujeres a quienes he amado! Ya verá usted, doctor, cómo se divierte con la variedad de mis aventuras; todo yo he sido corazón. ¡Solo estoy ahora, ah, solo ... muy solo! ¡No haga usted caso de estos suspiros, doctor; más solo estaría si estuviese enfermo en mi casa...! ¿Quién está solo en un hospital? Los enfermos pobres abundamos por fortuna, y armamos una sociedad de camas que alegra el corazón y halaga los sentidos.

¡Doctor... doctor... no quisiera equivocarme; pero me parece que me muero...! Incorpóreme usted un poco. ¡Ah! sí, siento ya la sangre que sube por mi pecho... ¡Ea! ¡Allá va!, y si es la última, ¡buen viaje!

Estas palabras, amigo, las pronunció el enfermo con mucho trabajo, pero sonriéndose; y aún no había acabado la última, cuando un vómito de sangre salió de su pecho, que crujía de dolor

Después cayó su cabeza sobre la almohada, y sus ojos se cerraron.

—¡Ah! ¿Por fin?...

Estas palabras apenas se oyeron al salir heladas de su boca.

—!Cómo muero!...

Y juntando maquinalmente las manos, apretó con ellas su pecho. Dos lágrimas que quedaron sobre los ojos ya apagados, dándoles el brillo y la expresión de un dolor muy grande, casi me hicieron llorar a mí sobre el cadáver de aquel hombre.

Una expresión extraordinaria de vigor y de belleza pasó por su fisonomía, como un relámpago, y la dio una luz mágica por algunos instantes después de su muerte

¡Amigo, desde que oigo contar historias, no me he quedado nunca más a media miel!

¡Cuidado si le habrían sucedido más cosas de las que me contó!

—Pero usted—le dije yo al doctor—, ¿no sabe acerca de ese hombre ni una palabra más de lo que me ha dicho?

—¿Qué he de saber? ¡Y yo bien quisiera averiguarlo todo!

—Doctor, no se apure usted, al fin y al cabo lo mas que usted podría. ganar sería el saber quién era ese hombre. Pero, ¿quién sino él mismo podría contar su historia completa?

—Lo que a mí me da más rabia es que queda un vacío nada menos que de veinte años!

—¡Pues llénele usted a su gusto!

—Esa no seria la verdad, ni yo sé inventar sino escuchar y decir lo que me cuentan. ¿Hombre, no podrías tú darme el gusto de ir inventando más cosas, y escribirlas para hacerme pasar un rato?

—¿Y cómo quiere usted, maestro, que escriba yo. de buena gana tantas cosas como pueden pasar en tantos años? ¡Pues es una friolera las letras que tendría que pintar!

—¡Hombre, hazlo por mí!

—¡Adiós, doctor, adiós!¡No tengo tiempo!

Y me escapé corriendo, porque me empalagaba algunas veces mucho la terquedad con que el doctor resistía a la pesadez de lo que él llamaba «estudios de observación».

Agonía segunda

Miguel de los Santos Álvarez

El Pensamiento. 1841. 126-133 / 158-164

La fiel copia de unos papeles que llegaron a mis manos, sin saber cómo ni cuando, y que como el lector verá, se reducen a una especie de historia, o por mejor decir, a un trozo de historia, de un *quidam*, que en ellos quiso escribir algo de su vida, me va a servir de argumento y de agonía para este opúsculo histórico-mortuorio, que copiando al pie de la letra los papeles que arriba llevo dichos, empezará así:

Si Dios quisiera que la poca educación que me dieron mis padres, que Dios tenga en su santa gloria, me pudiera servir de algo, bien sabe el cielo que con este recurso haría yo llorar, con esto que de mi vida voy a escribir.

Perdóneme el lector si meto la hoz en mies ajena para decir que así en este extravagante comienzo de historia como en su continuación, no he podido menos de advertir muchas veces cierta confusión y falta de lógica, que forman un contraste muy singular con la sensatez y formalidad que, según el sosiego de su estilo, deben ser las principales prendas del que escribió lo que vamos a leer. Puede nacer esta confusión, como él parece quererlo indicar en el principio tan oscuramente, acaso de que Dios no querría que la poca educación que recibió de sus padres, le aprovechara para escribir fácilmente, trasladando sus ideas al papel, con la suficiente claridad. Sea de esto lo que quiere, lo cierto es que la historia no está bien contada ni bien escrita, si hemos de atenernos a lo que según parece deben ser las buenas historias.

Yo, sigue diciendo el que bien o mal, al final la cuenta, he sido siempre muy desgraciado y nunca he merecido mi desgracia, pero el mal de los otros me ha consolado, aunque siempre los he querido, como está puesto en la razón que nos queramos los semejantes. Nunca me ha sucedido mayor desgracia que la última. El amor es, en la buena filosofía, fuente de grandes bienes y de grandes males. Aunque se le llamara río, tan bien dicho estaría como fuente, y porque para mí lo ha sido, y muy caudaloso, y muy corriente y moliente, corriente de males y moliente de bienes, que todos me los ha reducido a polvo vano, por eso estoy yo así, y por eso tengo mal humor desde esta última desgracia y esto basta. Grande es la voluntad de Dios, pero no se la ve, y esto, si se reflexiona, es natural, porque todos las buenas prendas de Dios son invisibles, como su providencia paternal, que es espíritu puro. Necesito muchos consuelos, y por eso los busco más en la religión, que es donde deben estar, que no en el mundo, porque ya se murió mi padre y por eso quiero entretenerme escribiendo su muerte, que ha pasado sin ser sentida, y por eso la he sentido yo mejor que nadie, porque estaba muy cerca y nadie me ayudaba, ni hacia ruido.

Vinimos aquí, porque aquí, como hay mucha gente, como que es la corte. Todos viven mejor que en otras partes, porque están a la sombra del rey. Algunos reyes dan poca sombra, porque son chicos y otros la dan mala, como la de la higuera, y otros no dan sombra ninguna, sino que arrojando rayos de viva luz, hacen desaparecer toda sombra de sus reinos, pero al fin y al cabo más calienta el sol que ellos. Es mucha confusión la de una corte, y no sabe uno lo que pensar a punto fijo.

Mi padre era muy conocido en el pueblo en que antes habíamos vivido, pero aquí en Madrid nadie le llegó a conocer, ni tampoco los vecinos que vivían en la misma casa, y esto es muy raro, porque eran lo menos trece familias. Es verdad que estaban todas tan enredados, que yo tampoco llegué a conocer a nadie: puede que todos se quejaran de lo mismo.

Yo me había enamorado allá en mi pueblo antes de esto que voy contando. Lucía era hija de una pobre viuda, que había sido mujer de un compañero de mi padre. Mi padre la aborrecía de todo corazón, cosa extraña, porque era mi padre el hombre más dulce y más cristiano que Dios ha echado al mundo. Lucía y yo no nos conocimos por amistad de nuestros padres. Nos conocimos, por mejor decir la conocí yo a ella, guiado por el amor. Había yo salido una noche de diciembre, el día 7, llevado por mi melancolía, a dar cuatro vueltas por un paseo muy solitario que había y debe haber aún en mi pueblo. La noche no estaba oscura, y sólo una neblina cenicienta era la que hacia que no fuera una noche clara y hermosa. En otras muchas cosas tenía yo que pensar aquella noche; pero apenas me vi solo y lejos de lo que todo el día me había estado atormentando, cuando todas las partículas abstractas de mis innumerables pensamientos se reunieron en cuerpo, y de lo que no era otra cosa que desperdicios de pensamientos útiles, formados por deseos vagos, que a cada pensamiento le sobraban, vinieron a hacer el pensamiento mas inútil, que hoy día, porque entonces no pensé así, creo que puede apoderarse de un muchacho todo entero; porque no se apodera este pensamiento sólo de su cabeza y de su corazón, sino de todo él, desde los pies hasta la cabeza. El pensamiento del amor se apoderó de mí de tal manera, que no me acuerdo ya de lo que entones me divertí. A la verdad que me hacia mucha falta una mujer. ¡Cosa más rara! Al través de la neblina, alcancé a distinguir enfrente de mí y a alguna distancia, cerca de la fila de casas contiguas al paseo, una figura blanca, seguida de una cosa negra, que saliendo de ella misma, no parecía sino que a cada paso perdía de su blancura la ligera aquella y convirtiendose en negra, dejaba un rastro de este color, que es lo que les sucede en el camino de la vida a los figuras más blancas a cada paso que dan. Me acerqué corriendo, llevado más que nunca por mis ideas de amor. Como en el espacio que tenía que atravesar di tres o cuatro tropezones, cuando llegué cerca de la figura, ya ésta iba a entrar en una de aquellas casas, pero no antes do que yo tuviera el gran placer de distinguir que era una mujer, esbelta, de deliciosas formas, con el cabello suelto, que era la cosa negra que la seguía, y vestida de blanco, lo que me dio tanto frío, en el tiempo que hacía, que me rebujé con fuerza en mi capa.

Luego discurrí, que mejor hecho hubiera estado no abrigarme yo tanto y ofrecerla mi capa.

Entró aquella mujer en la casa, y yo me quedé solo y con mis ideas de amor a la puerta. El frío me hizo mudar de posición y comenzar a pasear. Hasta entonces mis pensamientos no se habían fijado en ningún objeto y habían vagado de una parte a otra sin hallar sosiego en ninguna. Pero como aquella mujer vino tan a propósito, a presentar a mis ojos la imagen, sobre poco más o menos, de lo que mi imaginación andaba buscando. Desde aquel momento, todas mis ideas formaron en torno de ella un círculo, y cada una la pedía lo que la hacía falta. Pedido de mil distintas maneras, lo que todas ellas pedían era amor.

Otras ideas tenía yo que hubieran seguramente pedido otra cosa, pero éstas no entraron en corro, como era muy natural que sucediera, por ser yo entonces más joven, y no poder pensar más que en una cosa, con un olvido completo de todo lo que no tuviera relación con ella. Para eso ahora no puedo pensar en una sola cosa, ni de una sola manera, sino que cada idea se enreda en otras, y me las saca enredadas, como dicen que sucede con las cerezas, aunque a decir verdad, un día que de una cesta quise robarla algunas a mi madre, fiado en esto que se dice de las cerezas, y por hacer el hurto con más delicadeza, tiró solo del palito de una, y una me salió lisa y coloradita como unos cielos. En las cositas más pequeñitas, va acostumbrándose poco a poco la suerte a ser juguetona y maleante, cosa muy natural, en razón de que en eso se diferencia la suerte perra de otra porción de suertes sin nombre de animal de que se compone la fortuna.

Sin pensar en otra cosa que en aquella mujer me quedé tan frío, que, según creo, estuve allí paseándome casi toda la noche.

Dormí bien y por la mañana amanecí con una idea nueva que me convertía en todo un hombre.

Era cosa de casarse, porque yo necesitaba amor, y mi corazón no podía ya vivir sino unido a otro, y además para eso ha nacido el hombre, cosa muy natural, en razón de que ha nacido para todo lo que hace, y eso lo hace casi siempre el hombre, por más que nadie sabe como diablos se las compone para hacerlo. Se lo dije a mi padre, que me preguntó con quién, y como yo no lo sabía, no me dijo ni sí, ni no, ni me habló una palabra de nuestra pobreza. Salí al momento y me fui a la casa donde había entrado la noche antes aquella mujer. Llamé, me abrieron, y subí. El cuarto era tan bajo de techo, que el tiempo de estirarme un poco para decir con dignidad lo que yo llevaba pensado en vez de saludo, que era esta frase:

—Mis intenciones son buenas; quiero casarme—pegué con la cabeza en una viga, y me hice bastante mal.

—Mayor fortuna no podía entrar por las puertas de mi casa—dijo la madre de Lucia—. Tu padre, hijo mío, era compañero del de mi hija. Y por cierto que no se ha portado bien con la pobre viuda de su amigo íntimo. Pero, hijo mío, ¿dónde has conocido tú a Lucía? Yo te he visto muchas veces por ahí, y te he mirado mucho, pero nunca he observado que nos mirases tú. Vamos, está visto, los jóvenes nos la pegáis como queréis a los pobres viejos.

Yo creo que no es más encendido el color de la grana, que el que entonces salió a las mejillas de Lucía, que vestida con el mismo vestido de la noche anterior, que no era enteramente blanco, y cosiendo enfrente de su madre, labor que sólo había interrumpido para tirar del cordel de la puerta, estaba tan hermosa, que no necesité yo más que verla, para enamorarme verdaderamente, y darme a mí mismo la enhorabuena del tino con que mi instinto me había llevado a ciegas a encontrar mi felicidad. Saqué a la madre de Lucía de su equivocación, y pinté como mejor pude el amor que había concebido tan repentinamente por tu hija. Ésta ni me miraba, ni se daba por entendida de ninguna de las satisfactorias expresiones que su madre me dirigía.

Parece imposible que los matrimonios se hagan con tanta facilidad. A los quince días de esto ya había yo vencido, luchando casi a brazo partido con mi padre, y habla adquirido la pacífica y santa posesión de una mujer, cosa muy natural en razón de que había

yo hecho más que nadie en este negocio. Me separé llorando de mi padre, que no quiso vivir con nosotros. Esta separación me causó más dolor, que placer me había causado la unión con la nueva familia Pero no me duró mucho la suegra, que a los ocho días de enfermedad, había ya concluido con todos nuestros recursos, sin que por eso la faltara nada en los veinte que estuvo en la cama. Todo el barrio sabia el apuro en que nos encontrábamos, y a todos los vecinos les hacíamos tanta gracia los dos recién casados, que no hacían conversación de otra cosa, que del trance en que nos encontrábamos, que era indudablemente una de la cosas mas notables que sucedían en la ciudad. Cada conversación de estas tenia por resultado algún socorro, cosa muy natural, en razón de que no hay como hablar de las desgracias para socorrerlas. Aquí donde yo estoy ahora, no se habla nada de nada. Entre las mujeres que en aquella desgracia nos ayudaron, lo menos encontré cuatro, tan buenas como mi madre.

Hay mucha gente buena en el mundo, en los sitios en que hay poca. Nada le faltó a mi suegra, a no ser la vida. Murió, sin que nosotros nos separásemos de su cabecera, rodeada de tres o cuatro antiguas amigas suyas, y espiritualmente consolada, por su confesor, que lo habla sido muchos años, y la quería íntimamente, como a su hija de penitencia. Murió mi suegra felizmente, y tanto, que hasta el obispo se interesó en su muerte, y gracias a los pasos que dio el confesor con un cura amigo suyo, gran familiar de su ilustrísima, de su mismo bolsillo hizo el obispo una limosna, para hacer a mi suegra un entierro bastante decente, que no hubiera la pobre disfrutado sino hubiera sido por tantas relaciones como en medio de nuestro aislamiento y pobreza teníamos en la ciudad. Lucia lloró mucho, y estuvo tan hermosa en su dolor, que me hizo llorar a mí, y todavía me acuerdo de los buenos ratos que pasé llorando. Entonces volví a reunirme con mi padre.

¡Ay de mí! Todas estas cosas que por ser de mi amor he recordado, están muy lejos de ser lo que yo quiero escribir, pero es cosa muy natural que me haya distraído algo de mis penas, en razón de que todos son sentimientos, Lucía y mi padre. Era bueno, muy bueno y mejor para mí. Un poco viejo, algo alto era, pero yo bien alcanzaba a abrazarle, y en uno de estos abrazos, le hice consentir en venirse conmigo a Madrid. Lucía se alegró infinito de esta determinación, y aunque a nadie le importe que nosotros viniéramos contentos, a mí me hubiera importado que mi padre hubiera venido con mas alegría, como es muy natural, en razón de que yo era quien le traía.

¿Con qué esperanzas venía yo a la corte? Con ningunas. ¿Con qué recursos contaba para vivir en ella mejor que en otra parte? Con muchos; con todos los recursos de la paciencia y con todos los tesoros del sufrimiento con que cuenta el que ha vivido, vive, y sabe que vivirá, mal en todas partes, y en todas partes entregado a lo que buenamente pueda sucederle.

Lucía vino muy alegre, cosa muy natural en razón de que cuanta mas gente la viera, mejor para ella, porque era muy hermosa. El placer de enseñarse es sentido y apetecido por todas las cosas bellas de este mundo, y el pavo que es un animal bastante estúpido y que allí a su modo debe ser muy bello, y estar muy en ello, no bien se ve delante de gente, cuando se hincha de placer, y goza él solo, mucho más que todos los que le miran, en hacer la rueda. Yo también vine alegre porque Lucia lo estaba, y no me metía yo en más averiguaciones. Para ponernos alegres con alegrías ajenas, no hay como no buscarlas el origen, que puede ser tristeza pura, para quien le busca, y más pura, cuanto más le in-

terese la persona que se ríe. Mi padre no venia muy alegre porque era un hombre muy metido en si, y luego había vendido una casaca de uniforme y siete cruces, cuando procuramos hacer todo el dinero posible para salir de nuestra ciudad.

El hombre más limpio que yo he conocido era mi padre. Tenía su capricho en unas cuantas prendas que conservaba casi nuevas en su baúl. Toda la ropa de su uso era más vieja que él, y en toda ella no había mas que una mancha debajo de un botón de una levita de uniforme. No se veía la tal mancha, cosa muy natural, en razón de que estaba cubierta con el botón. Pero más espíritu de vino le tiene costado a mi pobre padre que el que me sería necesario para limpiar toda la porquería de todos los hombres que se han ensuciado en esta época, con los cuales no gastaría yo ninguno, porque valen menos que la levita de mi padre.

Así que yo corrija un folleto de política, que me ha salido muy mal escrito, veremos quien yo soy. Pero esto no viene bien aquí, y al folleto me remito.

Yo toco un poco de violín, y mi padre conocía a algunos generales. Como para el cultivo de las bellas artes no hay como una corte, y lo mismo para el cultivo de buenas relaciones, yo con las ilusiones de artista, y mi padre con las suyas de alcanzar algo; yo mediante una justa y esperada retribución de mi trabajo sobre las cuerdas, y él mediante una justa y esperada memoria de los que le habían visto en otro estado, uno y otro, si bien se mira, teníamos al venir a Madrid algún objeto que podía hacer las veces de esperanza, cosa muy natural, en razón de que cualquiera cosa sirve para servir de esperanza. A los cuatro días de nuestra llegada, ya vivíamos en nuestra casa. Yo no sé a punto fijo, sino quo estaba tan alta y tenia tan pocos cuartos que habitar, que debía ser bastante mala, pero era mejor que ésta en que ahora vivo, porque como ahora estoy yo solo y no compongo familia, no necesito tantas comodidades. Yo arreglé mi violín, Lucia se hizo un vestido nuevo de un color tal, que hubiera escandalizado en una provincia, pero que en la corte no pasaba de ser un medio color. A mi me gustó mucho, y al pagar los reales de vellón de su importe, dije lleno de alegría:

—¡Anda con Dios! ¡Y que bien los vale!

Mi padre por su parte empezó a dejarse el bigote, que entrecano y caído, después que le creció, daba a su cara el último chafarrinazo que podía pedir una fisonomía militar. Por una casualidad tuve yo la fortuna de ver a todos los generales que mi padre vio, y en todos ellos hallé simples particulares, que ni aún con su grado y todo, podían ser graduados de otra cosa. Cuando yo iba a comunicarle esta idea a mi padre, me apresó él el mismo pensamiento con otras palabras, y los dos nos hallamos de acuerdo en este punto, y él renunció a todas sus esperanzas, visto lo poco que valían sus conocidos y trató de olvidar su antigua vida y poco a poco la olvidó tan bien y se entregó a una nueva que nunca lo hubiera yo creído. No lejos de nuestra casa había un café, cuya poco numerosa parroquia, apenas le abandonaba todo el día. Dos militares viejos, y más que viejos aventajados por la mala vida, cada uno con su correspondiente bastón de espino pintado de amarillo, el uno con levita y tricornio, malas prendas las dos y con más lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrión, estrecha y lamida de faldas la casaca y ancha y campanuda la imperial del morrión, el uno con botines de paño y el otro sin ellos y los dos con los pies metidos en unos zapatos, fuertes como de tablas por las palas y gordos como un tocino por las suelas, bien cosidos y sin puntas porque encerraban la del pie en redondo,

amigos íntimos los dos, los dos militares, eran los que a las doce de la mañana en todos tiempos se sentaban los primeros, cada uno a un lado de una de las cinco mesas que había en el café, que era más chico que la tabla de muestra que tenía encima de la puerta. Esto de estos dos militares no lo he escrito yo, que lo he copiado de la sátira de un dentista, que era también parroquiano del café y se divertía algunas veces en hacer burla de todos los que se reunían en aquella mesa, cerca del mostrador, debajo de un reló de música muy viejo, al lado de la trampa de la cueva. Este dentista que tendría unos sesenta años, y muy poco que hacer en su oficio, era también del corro, que además de él y los dos militares, se componía de un relojero, cuya tienda estaba al lado, dirigido por un hijo suyo y de un copiante de música que había sido corista hasta los cincuenta años en muchos teatros extranjeros, sin encontrar en ninguna parte, como le decía al dentista, la honradez de canto que en España.

Toda esta gente estaba en aquel café hasta las dos o las tres de la tarde y volvían, unos antes y otros después, hasta muy tarde por la noche. Mi padre se acostumbró a ir allí, y bien pronto lo olvidó todo en aquel circulo de amigos, que pasaban el tiempo olvidando sus penas y soltando una cana cada día, a favor de una mixtura que bebían, que les hacía hablar con gusto y con calor de cualquier cosa, aunque siempre con decoro, porque hacia allí su oficio la educación de los militares de graduación, que eran tres con mi padre. Se cubría seis o siete veces todos los días la mesa de vasos, llenos por mitades de agua caliente y de vino del más barato; sacaba el dentista un pomito del bolsillo del reloj, que le servía para esto, y echaba en cada vaso unas gotitas de un liquido de color de naranja, muy encendido. Y con esto, aquel vino malo, mezclado con agua, cogía tanta fuerza, y un sabor, aunque no bueno, tan picante, que se convertía en una excelente bebida espirituosa. El dentista ejercía gran influencia en el corro, y esto era el premio del gran servicio que hacía, proporcionando a sus amigos el placer de rejuvenecerse con un licor eficaz que no les costaba mas que tres a cuatro reales diarios, a escote entre todos los compañeros. De cada pieza de dos cuartos, se le rebajaba además al dentista un ochavo, y con esto, decía que aún le sobraba dinero para la confección de su portentoso elixir. Estaban tan bien avenidos entre si estos buenos amigos, que quitadas algunas libertades que se tomaba el dentista, a quien todo se lo permitían con gusto, porque era muy oportuno por lo demás, que en las pocas veces que yo acompañé a mi padre entre aquellos señores, nunca observé que se faltaran al respeto debido, y aún en los momentos de más efervescencia en la conversación, y de más alegría ocasionada por el abundante licor, nunca se oponían uno a otro, sin que precedieran algunas palabras de buena educación, como éstas, por ejemplo: «Lo que es en eso, perdone usted, caballero Don Antonio, pero no puedo menos de no creer del todo lo que usted dice», etc.

Como todos ellos eran viejos, y como yo andaba procurándome por todos los medios posibles, algún empleo de mi conocimiento del violín, ya fuera ajustándome como músico en alguna parte, ya adquiriendo relaciones para que me llamasen a tocar donde pudiera ser necesario, dejaba que mi padre pasase sus horas con sus nuevos amigos, con los que cada vez iba ligándose más, perdiendo poco a poco sus antiguas costumbres, y adquiriendo otras nuevas y hasta otra manera de pensar, y yo entretanto pasaba las mías en mi casa, ejercitándome en tocar el violín con dos objetos: el principal para adquirir soltura y fuerza en el brazo derecho para el penoso manejo del arco, y luego para alegrar algo

a Lucía, a quien yo quería más que a todo el mundo. Yo estaba alegre solo con tenerla a ella, y eso que ella estaba siempre de mal humor. Más que mis caricias la alegraba mi música, y mientras yo tocaba, ella no se reía, ni nada, pero perdía el ceño, y su frente, tersa y blanca estaba tan hermosa que así la hubiera yo querido ver siempre. Con esto apreciaba yo cada día en más mi arte, y admiraba la gran influencia de la música en el mundo, cosa muy natural en razón de que mientras yo tocaba, no veía mala cara en mi mujer que llenaba todo mi oraron. No había yo podido todavía ni tan siquiera concebir esperanzas fundadas de ganar algo en mi arte, porque no sabía como, y ya habían pasado en esto algunos días, y pronto íbamos a tener muchísima necesidad de algún dinero.

Mi padre estaba siempre muy contento. En su café pasaba su día, y me aconsejaba que hiciera lo que él, porque la vida debía pasar así, y me decía que a él le hablan abierto los ojos desde que estaba en la corte, y había tenido la fortuna de caer entre amigos de experiencia, y no como nosotros, que no habíamos visto el mundo más que por un agujero.

A mí me daba pesadumbre el cambio de mi padre que siempre olía a la bebida del café, había dejado ya de cepillar su ropa con tanto cuidado como antes, limpiando muy raras veces la mancha de la levita que era ya mas grande que el botón. Pero todo lo daba por bien empleado, porque le veía pasarlo bien, cosa muy natural en razón de ser yo su hijo. Una noche que me dijo Lucía que saliera un rato y la dejara en paz con su mal humor, me afligí yo tanto, porque ésta era la primera vez que advertí que era algo áspera de carácter, que me fui al café a buscar a mi padre y a tener allí un rato de sociedad. Había muy buena conversación, y todos tenían muy buen color, y a mí me dio mucha tristeza el ver tan colorada la cara de mi padre. Estaban hablando de una boda de un pariente del relojero, que se iba a celebrar el día siguiente.

—Aquí esta mi hijo—dijo mi padre al verme entrar—, que se ha casado contra mi voluntad y lo que es ahora me alegro y lo mismo me da de una cosa que de otra. ¿No es verdad?—preguntó, sin dirigirse a nadie, y haciendo dar a los ojos una vuelta muy particular, y poniéndolos casi en blanco, escupió y lamiéndose los bigotes, se quedó riendo con mucha sorna, con la cabeza ladeada, y con una mano levantada y vacilante en medio de la mesa.

—¿Y quien se opone al amor como se prueba con las obras de los buenos maestros ?—dijo de seguida y sin punto ni coma el copiante de musita, con una voz algo bronca.

—Se opone la misma naturaleza, si lo consideramos detenidamente y con aquel, con aquel—no pasó de aquí uno de los dos militares que cogió el vaso, en tanto que el dentista, riéndose y mirándole le contestaba.

—Usted no tiene naturaleza, pero por eso no podemos negar que existe... Y si usted la conociera como yo que tengo motivos...

—Caballero Don Francisco—le interrumpió el otro militar, perdóneme usted, pero, ¿no ha de tener naturaleza el señor Don Antonio?

—Si, natura—respondió el dentista, —Don Antonio es natura, pero el amor... ¡Quiá!... Yo no sé.. Déjelos usted que se casen, señor Don José, que eso es todo y eso es bueno.

—Yo—dijo el relojero—, lo que quiero es que se casen, y tanto lo quiero que yo mismo he de pagar la música de la boda.

—Caballero—le dije yo entonces—, aquí hay un violín, y aunque yo no tenga mas gusto que el de conocerle a usted por amigo de mi padre, si a usted le parece, yo iré a tocar a esa boda, porque el violín...

—El violín lo llena todo—interrumpió el copiante de música—, quien dijo instrumentos, dijo violín, y en eso puedo hablar.

Todos hicieron mil elogios de las bodas, de los violines y de mí y de mi padre, y yo me puse muy contento porque vi en todo esto, el principio de mi carrera y la esperanza de algún provecho.

Este primer gozo que había tenido desde mi llegada a Madrid, me le aguó un accidente que le dio a mi padre, que le hizo caer en aquel mismo momento de la silla al suelo. Turbóseme la vista, creyéndole muerto, y apenas oía las diversas opiniones que manifestaban todos acerca de lo que aquello podía ser.

—Mi elixir no produce jamás esos efectos, y perdónenme ustedes señores, pero esto es un accidente apopléjico. Hijo mío, no hay que quedarse tonto, sino espabilarse y a casa con papá. Yo le ayudaré a usted a llevarle. Vamos andando.

Y el dentista y los demás amigos de mi padre, le cogieron y yo los guié hasta nuestra casa que estaba muy cerca. Así que llegamos, le pusimos en la cama. El dentista, después de haberle examinado, se decidió con valor, porque dijo que sino iba malo, a hacerle una sangría, y con un cortaplumas que le prestó el copiante de música, le abrió una larga incisión en una vena, que gracias a lo bárbaramente herida que había sido, de salir alguna sangre, que dio sin duda alivio a mi pobre padre y a nosotros esperanzas de que acaso viviría.

Alabada sea la voluntad de Dios, sigue diciendo el que escribe lo que copio, pero no he pasado en mi vida una noche más alegre que esta en que mi padre estuvo a dos dedos de la muerte. A la alegría que sentí así que mi padre. aliviado por la sangría, empezó a respirar tranquilamente, se unió el contento que me daba el hallarme entre sus amigos que pasaron la noche en casa, porque sentados una vez a la mesa donde cenaron algunas frioleras que yo mismo salí a comprar, se enredaron en conversación, y con ello y con su habitual bebida, que sin costarme mucho, duró toda la noche, gracias al elixir del dentista, a unos dormidos, y a otros despiertos y con la risa en los labios, a todos nos cogió la mañana, después de una velada que se pasó con cuentos graciosísimos que contó el dentista, y que celebramos todos. Yo soy tan amante de la sociedad, que al ver reunida en mi casa esta tertulia, se me ensanchó el corazón, viendo además que mi padre de un momento a otro se ponía mejor hasta llegar a reírse a carcajadas a lo último de la noche, de las gracias que se le ocurrieron al dentista, sobre lo milagroso del cortaplumas del copiante, que según él decía, por broma, habla sacado sangre, de donde la mejor lanceta del mundo no hubiera podido sacar mas que agua caliente y vino con algunas gotitas de su espíritu, llamado por él en aquel momento, con unos gestos que nos hicieron reír a todos, el verdadero néctar ambrosíaco, o ambrosía nectarizada, sublunar, racional y económica del doctor Embriagabeodolopon el Persa.

Tanto gusto le dio a mi padre la alegría del dentista que, incorporándose en la cama, y con los brazos abiertos le llamó con la voz cortada por la risa y después que le tu-

vo estrechado el pecho, en donde había venido el dentista a caer con paso trabado y poco firme, estuvieron los dos así apretados, riéndose y revolcándose por la cama, hasta que los dos, cansados, se quedaron dormidos, mientras nosotros en la mesa nos entreteníamos en poner al copiante de música el botín de uno de los dos militares por alzacuello, por que iba a hacer alguna escena, de muchas que sabía de abate músico gracioso, bufo cantante con voz de pecho simple y con voz de pecho doble, para todo lo que pudiera ocurrir en los trece primeros sostenidos, guturalmente considerados con relación a loa armonía instrumental de las notas nones, cualidades señores, —nos decía— sin los cuales no hay posibilidad de verdadero bufo, sobre todo en la época semiseria. En lugar de hacer la escena, siguió hablando y disputando con los dos militares y el relojero, hasta que alzando a éste la visera de una gorra de nutria, que no se había quitado en toda la noche, vio que estaba dormido, con la boca entreabierta, dejando ver sus únicos tres diente largos y negros que siempre le salían fuera de la boca, apoyándose sobre el labio inferior, pero que ahora se le veían todos, porque tenía recogido el labio superior como que el sueño le cogió riéndose.

Y poniendo aquí punto final a este capítulo, dejo con dolor a mis lectores en la penosa incertidumbre en que yo estaba de esta historia, cuando como a ellos les sucede ahora, iba yo leyéndola renglón tras de renglón, sin que ninguno de ellos, ni muchos reunidos, me contentasen gran cosa.[38]

Por si el lector se ha olvidado, que bien puede suceder, del punto por donde corté está historia, que en el original no está dividida en capítulos, me tomaré el trabajo de recordarle que en el número anterior de este periódico, dejamos al autor contando cómo el copiante de música, después de haber dicho mil desatinados disparates, descubriendo la cara del relojero, halló que estaba durmiendo, con la risa en los labios y lleno de un gozo que daba gusto. Y sigue así la historia, sin quitar punto ni coma.

De mucho le valió en aquella ocasión al pobre Don José la esperanza que yo tenia fundada en la música de la boda de su sobrino, porque se trataba de avisar al dentista, nada menos que para que aprovechándose del sueño de aquel bendito, le arrancase en un periquete y con inteligencia, los tres únicos dientes que le quedaban. Yo anduve bastante listo en servir al pobre relojero, y como quien no hace nada, y sin ser notado, le hice salir de su sueño con una jarra de agua que le eché por los cabezones. ¡Pobre D. José! Se puso a llorar como un niño y se marchó a su casa diciendo que desengaño mas grande, no le habla recibido en su vida. Todos los demás amigos salieron lo mismo de mi casa, uno a uno, y quejándose de sus compañeros. A mí se me bajó el corazón a los talones y me dormí en la misma cama de mi padre. Uno y otro estuvimos durmiendo todo aquel día sin despertar hasta el siguiente, según a mi me parece, porque no lo sé a punto fijo, tanto me atolondraron el sueño y Lucía. ¡Lucía! ¡Lucía! Como las mujeres son tan ingeniosas, y tan graciosas, y tan divertidas, y tan amigas de pegar chascarrillos, yo no sé, pero cuando yo desperté, sentí ruido en el cuarto, que estaba a oscuras, fui a la ventana y la abrí y estaba amaneciendo, y a la poca luz que entró, vi que como si entonces viniera de otra parte a la cama, se echaba en ella con cierta precipitación mi querida Lucía. ¡Pobrecilla! Me dijo que toda la noche nos había estado velando el sueño como a unos niños. ¿Qué noche? la pregunté yo. ¿Qué noche ha de ser? me contestó ella, esta noche. Al fin, me confundió,

38 En este punto terminó la pubñlicación en el ejemplar de *El Pensamiento* de la primera parte del relato

haciéndome una sola noche, de la que yo pasé tan jovial con los amigos de mi padre, que a mí me parece que se marcharon todos después de salido el sol, y de la que acababa de pasar, que para mí era otra, aunque con lo que ella me dijo, perdí mi cuenta, y no fue ya para mí aquella noche, ni una, ni otra, ni otra, ni una, ni ninguna, porque todos los sesos se me devanaron, con lo que mi mujer me decía, porque eso sí, más amor que yo no la tendrá nadie por su modo de expresarse.

Mi padre, que estaba también despierto, se echó fuera de la cama, y en un momento se vistió con tanta ligereza como si nada hubiese tenido, quejándose solo de la herida de la sangría, de la que renegaba, diciendo que mas vale una gota de sangre de un hombre honrado, que diez años de vida, y que el dentista era un bárbaro, y lo que él más sentía, un mal amigo. Aquel día no salimos de casa a hacer la compra, porque aún nos quedaban algunos restos de la cena aquella tan alegre. De ellos comió mi padre con excelente apetito una buena parte para desayunarse, y luego se marchó mas alegre que unas pascuas, dejándome a mí también muy alegre y convenciendo a Lucía de que Dios se había interesado por nosotros para atar a nuestro padre de tan grave enfermedad, tan bien y tan pronto como podíamos desear. Lucía, que al fin era mujer, y por lo mismo maliciosa, daba la enfermedad de mi pobre padre un nombre que yo no repetiré, porque siempre ha sido mi máxima: «Cuanto más honres a tu pobre padre, más pecados la limpias a tu madre». Y aunque mi padre era ya viudo, y con él no venia bien este refrán, yo quería, he querido y quiero siempre honrarle, lo mismo cuando podía esto traerla cuenta a mi madre, que cuando ya no, porque tanto uno como otro, los he querido lo que nadie tiene necesidad de saber.

¡Vaya un rato malo que pasé así que mi padre se marchó! Estos son secretos de mi corazón y no quiero decirlos. Cuando uno ama, cualquier cosa le da un mal rato, y cuantos más malos ratos, mejor, señal de más amor. Muchísimo amor pasó por mí aquella mañana. Lucía adoraba en mí, y ella misma me lo dijo; pero una cosa muy rara, que debía ser exceso de amor de parte de ella, que no hay cosa peor que los excesos en todo, una cosa muy rara me quitó a mí el buen humor para todo el día. ¡Lucía! ¡Lucía! Bien decías tú, que yo era un hombre muy apasionado, y que necesitaba para quitarme este defecto de una mujer como tú, amante, tiernísima, eso sí, mucho, mucho, pero muy prudente, muy encogida, muy serena, la misma serenidad, enamorada locamente de mí, sin perder el juicio y sin dejar de ser una serenidad como una gloria. ¡Lucía! ¡Lucía! ¡Cuánto te he querido! ¡Y sin caer nunca en que la mía era una pasión que me cegaba !

No, pues no he de ser yo el que vaya ahora a ponerse acaso malo escribiendo de esto, que en cambio bien me divertí la noche de aquel día. A cosa de cuatro o seis horas de haber salido mi padre de casa, volvió con el relojero, que entró pidiéndome perdón de no haber podido conocer, a causa de su mucha edad que le habla disminuido algo el talento, que a no ser yo, ninguno podría haberle hecho el beneficio de echarle una jarra de agua por los cabezones. Yo lo respondí:

—Señor Don José, no hay de qué, yo hice lo que debía y nada más.

Don José me aseguró que me estaba agradecidísimo, porque ya le habían dicho sus amigos la graciosa diablura, cosa muy natural en medio de una broma, que querían hacer con él. Mas guapo que nunca venía mi padre, que me traía unas cuerdas de violín y un poco de pez griega para el arco. A ninguno se le había olvidado la boda del sobrino del

relojero, y así es que se celebraba precisamente aquella noche. Lo que yo me alegré cuando me lo dijeron, nadie lo sabe, porque yo no tenia mas que cinco reales y dos cuartos segovianos. Mucho me entristeció lo que mi padre me dijo, llamándome aparte.

—¿Ves estas cuerdas? ¿Ves esta pez? Pues todo es prestado. A pagar, hijo mío, a pagar.

Le di todo mi dinero, y él me dijo que le guardaba para él.

—Las cuerdas y la pez, hijo mio—me decia lleno do amor—, se pagarán con lo que tú toques, de lo que toques. ¡Artista! ¡Pícaro artista!—añadía—, vas a sacar dinero de un palo viejo a fuerza de *tirirrin, tirirran, tirirrin, tirirran.*

Y hacia unos ademanes muy propios de quien toca el violín, que los tengo yo en la uña, porque es mi gloria. Vamos, toda la gracia de su juventud le habla vuelto a mi padre al ver que iban a dar fruto los conocimientos de su hijo. ¡Loco de contento estaba! Me dirigí al relojero, y le pedí licencia para componer en su misma presencia el instrumento que había de tener el honor de anunciar a su sobrino su gloria amorosa, con sus sonidos fuertes, y darle una idea de la dulzura conyugal, con otros más dulces que el canto de las aves, propios de mi violín. Diome por supuesto esta licencia, que yo le había pedido con tan fina educación, y entonces descolgué mi violín, le puse cuerdas nuevas, y le dejé corriente para la noche. Rogóme Don José que tocara alguna cosa, y yo en un momento despabilé un par de contradanzas. Nos despedimos hasta la noche, y yo rendido de fatiga, con tantas brillantes esperanzas como me abrumaban, me tumbé en la cama dando suspiros de gozo. ¡Qué día aquel tan feliz para mí! Todo me le pasé dejando que me rodaran por la cabeza todas las cosas alegres que yo sabia ejecutar con mi violín, que eran muchas, y para una boda, más. ¿Qué tenía yo ya que temer? La suerte mía se había cambiado completamente, y empezaba a darme a ganar alguna cosa por medio de las bellas artes. Ya empezaba yo a ser algo en el mundo, y no en el mundo así como se quiera, sino que iba a darme a conocer en una corte, donde con solo un violín y mi buen gusto, podía ganar dinero hasta cansarme, porque lo que es de tocar no me cansaba yo ya, que para eso había trabajado tanto en robustecerme el brazo derecho. Todo esto me salió verdad, todo esto estaba bien pensado, porque yo nunca he sido ligero de carácter, pero yo en todo lo que pensaba de felicidad, unía siempre conmigo a Lucia y mi padre, y esto es lo que ahora me atormenta mas. ¡Qué corazón tan bueno el mío, sino fuera por la fatalidad de que nunca me ha dado cosa alguna de esas de que se dice: «Eso lo da el corazón», «Me lo dio el corazon» A mí entonces no me daba nada el corazón, ni luego he observado que me dé nada tampoco.

Por supuesto que yendo yo a tocar a una boda, había de llevar a Lucía para que bailase, cosa muy natural, en razón de que marido y mujer para eso han nacido. Se puso Lucía encima todo lo que pudo. ¡Cuidado si todo la venia bien! Qué lástima que la pobre no hubiera sido mujer de un príncipe, y con eso se hubiera puesto más, y mejor. Al fin hizo lo que pudo. ¡Pobre de mí que me alegro de sus alegrías, y sea lo que sea!

Muchísimo me gustó cuando la vi vestida con todo lo mejor que tenia. ¡Válgame Dios, qué mujer tan hermosa! Cuando uno tiene una mujer así, es cosa de ir a ponerse muy pronto loco, y cuanto más hermosa, mejor para eso, porque tienen todas un corazón que si se pudiera ver, daría gusto de puro liso. La hermosura se ha hecho para todos, cosa muy natural, en razón de que para eso sirve. Yo también me vestí, y la pregunté a Lucía

que si estaba bien, y me dijo que a ella siempre le parecía lo mismo. Se lo agradecí mucho, porque llevaba yo un traje muy agradecido que había sido de mi padre, menos una corbata de seda azul celeste, con una hebilla muy hermosa de grande, y muy reluciente, y un chaleco de flores que parecía un jardín, de naturales que estaban. ¡Qué bonito era aquel chaleco ! ¡Cuántas cosas buenas llevo perdidas en este mundo! ¡Maldito sea!... No quiero decir un disparate; Dios me lo perdone.

Vino mi padre que había comido por allá, y me dijo, que ya era hora de ir a la boda, y que mi mujer estaba convidada. Todo se la iba a Lucia en mirarse un cachillo de espejo que teníamos. Cosa muy natural, en razón de que nunca acababa de verse. Cuando yo cogí mi violín, no pude contenerme, y en un abrir y cerrar de ojos toqué una porción de cosas, porque ligereza como la mía yo no se, pero creo que pocos la tendrán. Cuando íbamos salir, vino un caballero; todavía mejor puesto que yo, que nos dijo:

—Ea, señores, vamos—y echó a andar con mi mujer de bracete, y mi padre y yo detrás con mi violín en una funda de damasco muy fino, que era una lástima que no estuviera limpio, y sin tactos corcosidos. Lo menos llevaba yo treinta violines en el corazón que me le iban alegrando y rascando. Lucía y aquel caballero, que yo no sé si era de la familia del relojero, iban que Lucía parecía una mariposa inocente de puro alegre. Llegamos a buena hora, porque no he probado nunca licores más exquisitos que los que allí se bebían. Por fin se empezó el baile y la jarana, y entro todos eramos tres músicos, uno con una flauta, poca cosa, otro con un clarinete, peor todavía, y yo que llenaba solo toda la sala de sonidos. Había muchísima gente, pero por lo que observé en aquel baile no sucedía lo que en los do mi ciudad en que todos los danzantes se conocían. Allí no, pero como me dijo el relojero, ésa es la gracia que tiene la corte, además de que él era un hombre de mucho mundo. A pesar de mi buena constitución, y eso que yo he tenido siempre una encarnadura que nada se me ha enconado, Lucía no se cansaba de bailar, con el mismo caballero que la había acompañado, y ya se me caía a mí el brazo de tanto darle al arco, hacia arriba y hacia abajo sobre las cuerdas. Mi padre estaba jugando, y llevaba ganados una porción de cuartos que tenia en un montón delante de sí. En un descanso que nos dejaron los músicos, me fui yo donde jugaban, le cogí a mi padre un puño de cuartos, y gané lo menos treinta y seis reales en un cuarto de hora, que si me dejan yo no sé lo que yo hubiera hecho Cuando volví a tocar, ni el inventor del violín hubiera tocado mejor que yo. Además estaba yo muy contento porque no veía bailar a Lucía, que debla estar por allí descansando. Poco me duró el gusto, porque a poco rato la vi entrar por la puerta como si viniera muy cansada. Al momento pensé si habría otro cuarto de baile por allí. Como las mujerea son el mismísimo enemigo en ligereza de carácter, y de pies, y de todo, dije para mí:

—Vamos, la infeliz ha estado sin duda cansándose mas, mientras yo creía que estaba descansando.

¡Malditos sean los bailes! Lo que yo temía era que se me pusiese mala, que no hubiera sido mal apuro para curarla. Pero nada, por fortuna bailara lo que bailara, cuando nos fuimos del baile a nuestra casa, durmió perfectamente, con aquel sueño tan sosegado y tan angelical que siempre la daba., y luego se levantó como si tal cosa. Yo no se si Lucia habrá pasado luego mejores noches que aquella, cosa muy natural, en razón de que la pasó en mi presencia, y luego, hace ya una porción de tiempo que no sé cómo lo pasa, pero yo, y especialmente mi padre, no hemos vuelto a pasar ninguna más divertida, entre una

reunión tan escogida. Yo seguí desde entonces mi carrera de músico, pero en unos bailes se armaban riñas de puñetazos, en otros de cuchilladas, y esto me quitaba siempre el gozo que yo siento cuando me entrego a las delicias del violín. ¡Ay! Si yo hubiera pensado siempre con la malicia que pienso ahora, puede que no sintiera ahora lo que siento, cosa muy natural, en razón de que no me hubieran enseñado a ser malicioso las cosas que Dios me ha enviado para abrirme los ojos. Loco de contento me tenia Lucía, que como yo ya ganaba algunos cuartos, porque, como yo había pensado, lo mismo fue darme a conocer en una boda, que principiar a coger fama en la corte, estaba cada vez más hermosa, y ni yo mismo sé cómo se compraba tantas cosas bonitas, pero luce mucho el dinero da las artes liberales en mujer de artista.

Lo que sentía yo mucho era que por más que de día en día conocia yo que tocaba mejor, me pasaba el tiempo sin poder poner arreglo en la casa, ni hacer un circulo de relaciones de familia de las que había tenido en mi ciudad, cosa muy natural en razón de que todo se me volvía hablar cada día con dos o tres personas desconocidas en la corte. Eso sí, lo que es esto es más variado que no siempre lo mismo, y por eso gusta tanto.

Mi padre no se acordaba de nada. Seguía yendo el café y además por pasar mejor el tiempo, se había aficionado un poco a ser jugador, que ¡cómo era posible que si hubiera seguido viviendo en nuestra ciudad y entre sus amigos que todos eran tan pobres hombres como él, hubiera hallado este recurso tan descansado para ganar algunos cuartos! Vamos, lo que es si hubiéramos podido echar raíces en medio de tanta confusión, bien se podía decir que nos había venido Dios a ver con soplarnos en la corte. Así seguimos una porción de tiempo y, ya. me iban a mí pareciendo cada vez más naturales los mil apuros que cada día pasábamos, sin que nadie los supiese más que nosotros tres, y no porque nosotros no tuviéramos ganas de contarlos, sino porque habíamos aprendido el trato del gran mundo, y ya rabiamos que no había mas «Tío páseme usted el río», digámoslo así, que no pedir nada a nadie, ni dar tampoco cuando a uno le pedían, y aprender a juzgar de los otros por uno mismo, que al fin y al cabo con ninguno de los que veíamos, teníamos nada que ver, ni ellos con nosotros, como que eran relaciones de corte, donde cada uno a su negocio y Dios en el de todos, y no tiene poco que hacer.

El talento y la hermosura de Lucía cada día eran mayores y yo estaba lleno de gozo sólo con esto, a pesar de que la reconocía muy superior a mí, y tenía que obedecerla casi en todo, porque despejo como aquel yo no le he visto. ¡Con qué gracia hacía burla de todo nuestro modo de vivir, y con que dignidad se enfurecía de verse precisada a vivir en un piso tan alto, que no tenia más que tres cuartos y que no estaba adornado, entre todos, mas que con treinta muebles, contando con un calentador de cama que hablamos traído de nuestra casa, y que era de la familia desde el tiempo de nuestros abuelos! Esto me daba a mí muy malos ratos, pero el amor me los quitaba, y todo lo daba por bien empleado, porque Lucía esperaba salir muy pronto de aquel estado, y cada día que pasaba se la llevaban los demonios, como si su esperanza se hiciera cada vez mas vehemente con la proximidad de cumplirse. Se había cambiado enteramente el carácter de Lucía, y no parecía sino que mientras yo no había adelantado un paso, y sentía y pensaba lo mismo ahora que antes, ella se me había adelantado muchas leguas, lo mismo con el alma que con el corazón. Por otro estilo y allá a su manera, lo mismo le habla sucedido a mi padre y yo estaba aturdido de ver el efecto que en ellos habla hecho el trato de gentes, mientras yo siempre

en mis trece. Lo único que había ganado con la confusión de los bailes en que había tocado, eran unos cuantos reales sacados de la fuerza de ml brazo derecho que era un águila con el arco sobre el violín, y de la agilidad de los dedos de la mano izquierda que andaban y se reproducían como si fueran las patas de un ciempiés sobre las cuerdas. En lo que Lucía había adelantado yo no sé como se llama porque todas eran cosas del alma, que acaso pasarían al cuerpo sin advertirlo yo. En lo que ml padre había adelantado, también, era en cosas de discurrir que tampoco sé como se llaman. Lo único que tiene una expresión material y que se entiende, porque es cosa de tripas, cerdas, madera y manos, es lo que yo puedo decir de mí, que había adelantado prodigiosamente en tocar el violín, hasta poder estar días enteros, dale que le darás, sin cansarme, y tocando todo lo fuerte que se quisiera. ¡Como había yo de haber podido entonces escribir todas estas cosas! Los adelantos de mi padre, y sobre todo, los de Lucía, son los que por los resultados que produjeron, me han aguijado a mí el talento en disposición de hacérmele brincar, como lo voy notando con la idea que me ha dado de escribir todo esto, que lo que más siento es no poder explicarme mejor.

Mientras yo me descuidaba de todo lo que no fuera Lucía, mi padre y mi violín, el que de nada se descuida, que por lo visto es el tiempo, me estaba preparando unos cuantos sucesos, pocos, nada mas que dos, para quitarme el cuidado de dos de las tres cosas que me gustaba a mí cuidar.

Para empezar bastó un día, y bien sabe Dios que se concluyeron todos mis asuntos.

Aquí sí que no sé como escribir todo lo que pasó por mí, pero si yo mismo no procuro decirlo, de cualquier modo que sea, no hay medio humano de que se llegue a saber, porque todo me lo pasé solo como en un desierto. No es nada, no, no es nada, no es más sino que, por decirlo de una vez, yo soy el hombre de mejor corazón del mundo, y me le han machacado de dos porrazos, que todavía no se puede mover. Yo he nacido para el amor, y ya he dicho que le he encontrado en Lucía, y que lo que yo la quería nadie es capaz de figurárselo, ni yo soy capaz de decirlo. Y después de lo que me ha sucedido, por mucho que a mí me guste el amor; ¿a dónde voy yo parar con mis buenos sentimientos? ¡Lucía! ¡Lucía! ¡Lucía! Me estaría una semana entera llamándola, si supiera que había de venir. ¡Ay! Sin llamarla tanto tiempo me uní con ella para siempre, y la iglesia pareció entrar en el trato. ¡Lucía! ¡Lucía! ¡Con que no ha de valer nada todo aquello que se hizo, para que no se pudieran romper nunca aquellos lazos! El amor me hace perder la razón, y no quiero echar la toga tras el caldero, como suele decirse.

Yo no sé, Lucía, por que te he de adorar así, después de que mi amor, que me hacía vivir casi más para tí que para mí, no me ha servido de nada. Dí, Lucía, dí, ¿no lo sabías tú, no lo sabías, y todo consiste en eso ? ¡Ay! ¡Eso no me quita a mí mi dolor, ni le alivia, ni nada! ¡Nada!

Un día vino mi padre todo amoratado y con la lengua trabada, echando más maldiciones que las que yo le había oído en toda su vida, porque él era un hombre muy bueno que no juraba. Se tumbó en la cama, y sin preguntarle nada conocí lo que tenía.

Siempre que mi padre se ponía así, no tenía yo más consuelo en el mundo que Lucía, que aunque no me decía nada consolador, ni nada absolutamente, como era tan

hermosa, daba alegría por lo menos a un lado de mi corazón, ya que el otro estuviera llorando por mi padre.

Aquel día, Lucía, andaba de un lado para otro, muy inquieta, sin que yo supiera por qué. Cuando estábamos creyendo que mi padre dormía sentimos que el pobre se quejaba y lloraba. Corrí al momento, y me acuerdo como si fuera ahora mismo, tenia mi padre toda la cara trastornada y mas fría que un hielo. Me asusté mucho, porque el corazón me estaba diciendo que aquello no era lo que yo pensaba. Era, y no era. Era, porque yo no he oído nunca cosas mas raras que las que decía mi padre, y no era, porque cuando pasó aquello, fue otra cosa muy diferente, y más para mí todavía, que para él.

Mientras duró el día, dándole agua caliente, porque otra cosa no había en casa, ni dinero, que estábamos esperando que mi padre trajese alguno; dándole agua caliente, me aseguré bien de que no le quedaba ni una gota de otro licor en el cuerpo.

Por la noche, que yo esperaba que ya estaría bueno, se puso tan malo que yo me fuí corriendo buscar a sus amigos, para que vinieran a socorrernos en aquel apuro. Los encontré en el café, pero hacía ya mucho tiempo, según me dijeron, que mi padre no era amigo suyo. A mi me cogió de susto la noticia; porque se me figuraba que además de todo, no hay porque no ser amigo de un hombre enfermo. Todos los antiguos amigos de mi padre estaban tan macilentos y tan derrotados, que no me importó mucho que no vinieran a casa, que yo creo que no vinieron, porque yo, entre lo que les dije, les dije también que no tenia ni un maravedí. ¡Cuidado si se habían ido hundiendo todos aquellos amigos tan alegres! Bien es verdad que a nosotros nos había sucedido lo mismo, cosa muy natural, en razón de que el hundirse se cae de su propio peso, cuando no hay sobre qué sostenerse.

Grande apuro era el mío, porque después de todo, me afligía mucho no tener un solo maravedí para socorrer a mi padre, y esto me tenia vuelto el juicio, y nunca me pareció tan grande como entonces la corte, que no me parecía otra cosa que un arenal de muchas leguas. Al fin, yo no sé explicarme, ni sé como estaba cuando volví a casa. Me encontré solo, un momento, con mi padre en medio del cuarto, porque sin duda se había caído de la cama. Estaba frío, enteramente como muerto. A fuerza de darle friegas con las manos y de echarle mi aliento, volvió un poco en sí, y después le arropé bien. Entonces me acordé del otro pedazo de mi corazón, y no le encontré por ninguna parte, porque Lucía no estaba allí. La bendije mil veces y lloré por ella, la pobrecilla, que sin duda había ido a buscar auxilio, sola y de noche, sabe Dios adonde. Toda la noche estuvo mi padre en una continua agonía, y yo sin atreverme a dejarle un momento y dándole besos, la mitad para él y la otra mitad para Lucía, a quien yo estaba aguardando como un ángel, como que eso era entonces para mi. No vino en toda la noche, y yo desfallecí y estuve desmayado. Mi padre me dio un abrazo tan apretado que me hizo volver en mí, y me dijo:

—¡Hijo mío, adiós, adios! ¡Yo me muero! Sigue, sigue tu carrera, tu violinito y nada más, que no hay más en el mundo, para los que como nosotros han venido...

¡Ay!... Yo que vi a mi padre que se moría por momentos, eché a correr por la escalera, y empecé a decir a todos los vecinos que se moría mi padre. Unos me decían que dichoso él que acababa de una vez, y una mujer me dijo que así se la habían muerto a ella dos criaturas, en aquella misma casa, sin saberlo nadie. Aquella casa toda ella era un hospital de pobres. ¡Quién había de ayudarme! Solo, me volví al lado de mi padre, y me abracé

con él y me volví a desmayar de hambre. ¡Cómo he de escribir yo esto! Ni sé lo que me sucedió. Vuelta otra vez la noche, y entraba la luna por una ventanilla. Yo apenas sentía nada más que el frío del cuerpo de mi padre. ¿A dónde estaba Lucia!? ¡Yo solo! ¡Solo! ¡Tanto tiempo solo, y mi padre muriéndose tanto tiempo, y nada, sin consuelo! ¡Bien! ¡Bien! ¡Lucía! ¿No te amaba yo ?... ¡Más que a mi vida!... ¡Y a mi padre también, mucho, mucho! Yo no puedo escribir esto ! ¡Quién sabe el daño que me hizo mi padre cuando se murió! Con la agonía me clavó las unas en la espalda y me mordió con un beso mas frío que la nieve. Me asusté mucho, y con un esfuerzo que hice me salí de entre sus brazos, y se cayó rodando al suelo. ¡Entonces amanecía y ya estaba muerto, y todo esto me había sucedido a mí solo, y eso que había tanta gente! Como un alimento me sirvió el dolor del cadáver de mi padre. ¡A quién quería yo entonces ya! ¡Lucía! ¡Lucía! Yo no sé decir esto. No puedo escribir, porque el corazón se me muere. Anduve por el cuarto como un loco, y encontré un papel que decía:

Querido Francisco: Me parece que porque tú seas un buen hombre, y porque tu padre con este trato de aquí, se haya olvidado de toda su honradez y se haya hecho un borracho, no he de ser yo víctima, como si fuera una infeliz, que no hubiera salido nunca de casa de mi madre o de la tuya. Quédate con Dios y gobiérnate con tu padre, que ahí le dejo bien compuesto. Ya ves la confusión de la corte. No me busques porque no me encontrarás, y aunque me encontraras, has de saber que he aprendido yo mucho de otra gente, que vive aquí, hace ya muchos años, para vivir bien contigo, que no sirves para esto, y debes marcharte a tu pueblo y vivir allí con otros como tú. Cada uno debe buscar lo que le conviene, Si me persigues, que no lo creo, porque creo que me quieres, te expones a lo que te haga el que me defiende y me ha prometido defenderme de ti y de todos. Adiós y sigue mis consejos, Francisco. Tu

Lucía

P. D. Créeme, que no puedo menos de hacer esto.

¡No escribo más, no puedo escribir más! ¡Qué carta, Dios mio! Ya me quedé más solo todavía que aquella noche. ¡Y de un golpe! ¡Así tan bárbaramente! Eché a correr por la escalera y seguí corriendo corriendo por ahí. ¡Así ando ahora todavía, y las dos partes de mi corazón!... ¡Esto hace mucho tiempo!... ¡No volví a verá mi padre!... ¡Qué bulla! ¡Qué bulla! Yo no sé lo que harían de él. No he vuelto... ¡Dios mío! ¡Ay! ¡Ay ! No sé más.

.....

Y éstas, ni más ni menos, son las últimas palabras del que tan confusamente escribió este pedazo de historia. Como desde luego puede cualquiera conocerlo, el infeliz que escribe, de resultas sin duda, como él dice, de los dos porrazos que le habían machacado el corazón, no estaba muy allá de juicio, que es de lo que más se necesita para escribir correctamente y con propiedad. Está por consiguiente esta historia envuelta en una neblina de extravagancias, que la embrollan, ni más ni menos que el bullicio de la corte debía embrollar el entendimiento de este hijo y esposo desgraciado, antes de que acabasen con él para siempre, las miserables consecuencias de su venida a Madrid, donde desenvuelto el talento natural de su mujer y clarificada la filosofía de su padre; la primera le abandonó, por razones superiores a todo y sobre todo a su marido, y el segundo, después de haberse entregado con alegría al desorden y a la pobreza, se le murió en los brazos, en medio de una agonía desesperada. Yo ya sé que esta historia no tiene interés ninguno, ni cosa de particular que llame la atención, pero la he copiado, creyendo de buena fe que todos los lectores serán como yo que me entretengo con cualquier cosa, con tal que el que

me quiera entretener cuente con mi indulgencia, que a no contar yo con la de los que me leyeren, a buen seguro que no iría a dar un mal rato a nadie, sólo por dársele, y por amor simple a las letras humanas.

La Noche de máscaras. Cuento fantástico.

Antonio Ros de Olano

El Pensamiento. 1841. 145-155

I

¡Oh, qué hermosa es!... Nunca la he deseado tanto como hoy!... ¿Y qué? Inútil todo, porque no quiere estar conmigo. Si la encontrara, me reclinaría en su regazo, y por lo menos me quedaría dormido como un mamoncillo en la cuna...

Muchos no saben por qué, ni de qué ríen los recién nacidos durante el sueño y es que *la paz* les unge todo el cuerpo con un bálsamo impalpable que los deleita, y por eso se ríen de placer los inocentes. ¡Bendita sea *la paz*! Los niños la besan dormiditos, y ella se les acuesta al lado para poner sus labios con los del mamoncillo pequeñuelo en el pezón de la madre.

Está visto, no hay más mujer que la madre; su mano puesta ahora sobre mi frente me calmaría la fiebre... Pero mi madre se cayó ¡infeliz! desde el suriquete de una fragata, al agua yendo a doblar el cabo de Hornos. No sé si se ahogó, porque, a pesar de la altura en que estaba, no la vi bajar por el aire más que una vara y dos tres pulgadas, pero desde entonces que no la he vuelto a ver... Y por allí andaban muchas gaviotas.

¡Ay! La cabeza me duele... ¡Maldita sea la cabeza! Descartes opinaba ser su cabeza un cómodo palacio de su alma y la glándula pineal decía ser el trono de esta reina. Yo lo que es respecto al alma, no negaré que la tenga o no en la cabeza, pero dado este primer supuesto, creo que mi cabeza no es el palacio, sino el purgatorio de mi alma.

¡Cosa más rara! Sin querer he hecho un horroroso gesto, que ahí lo tenéis grabado en la pared de enfrente corno una reflexión del daguerrotipo!... Vaya; no hay más que reírse, me parece sino que me he quitado la máscara y la he colgado de un clavo... Pues señor, esto quiere decir algo. Ya no es un mero reflejo, sino que poco a poco ha tomado cuerpo, y bulle y se agita como quien baila... Ea, démosla gusto, la cojo y me voy al salón de Oriente. A bien, a bien, que puede que la música me distraiga. El cristianismo tiene sus bacanales. ¡Y qué! ¿No soy yo cristiano? Viva el carnaval, vamonos a las máscaras, vámonos a Oriente.

Este maldecido gato de mi vecino el alabardero, siempre que salgo de noche me enreda las piernas con el rabo.

La careta me viene pintiparada, encaja, como en su molde, pero en las sienes ¡ah! En las sienes, pica como un sinapismo.

II

¡Al fin llegué! ¡Equivocacion mas torpe! Creí entrar en un landó, y cátate que he venido en un confesionario donde apenas cabíamos el fraile y yo. El buen confesor se reía de mi careta. Mi contrición ha sido infinita. Me quitó el padre la máscara del rostro, se la puso, y no he visto cosa mas parecida a mi cara... Temo que me descubra... Pero, no pue-

de ser; uno y uno son dos, mi nariz sobre mi nariz, forman un superlativo de esta facción muda, la mas ridícula y trastornadora del rostro humano. ¡Adelante, adelante! El caso es distraerse y sacudir la fiebre como se sacude el agua después del baño. Ni más ni menos, el caso es ver si aquí la encuentro. El folletín de mañana está ya en la imprenta y solo me falta corregir los pruebas.

—Caballero—me dijo ahí al entrar el cobrador, hace un momento—, ¿trae usted billete?

Volví el rostro a mirarle y fue tanta la risa que le di, que ahora mismo le están asistiendo en sus últimos instantes. Juro que he quedado con esto muy satisfecho, porque de fijo no me conoce nadie.

Las máscaras encierran algo diabólico. He aquí este salón lleno de luces que a pesar de estar encendidas, no alumbran, parecen las llamecitas, lancetas recortadas de oropel rojo y los espejos ofenden la vista con tan vivísimos rellejos, y desvanece mirar en ellos la multitud de grupos animados que pasan, corren, vuelven, andan, se paran, bailan, ríen, lloran, se amedrentan, se abrazan, se persiguen, se alcanzan, se barajan y confunden. ¡Oh! gran cosa son los espejos porque revelan el fondo de las casas, enseñan sus muebles, el movimiento interior, descubren las acciones, todo cuanto pasa dentro, en fin, secretos de tocador, de alcoba, de despacho,. de antesala y de estrado, secretos que son el alma del hogar doméstico y la clave ignorada del mondo, con la cual se gobiernan las familias sin escándalo. Los hombres debiéramos tener un espejo no sé en que parte, para ayudar a los médicos en sus diagnósticos, y para que los unos a los otros no nos condenásemos al infierno de la duda.

Allá viene derecho a buscarme el coronel que hace unos días estuvo a felicitarme las pascuas sin conocerme. Veo que la careta no me sirve de nada y estoy tentado de plantármela en el cogote como hace cierto hombrecillo a quien equivocan con el dios Jano... Cuando me mira tanto, prueba que no me conoce del todo. Fingiré la voz si me habla, y acabará por creer que no soy el mismo.

—¡Ah buen amigo! Si no tiene usted el corazón más hermoso que ese espantable rostro, verdadero o supuesto (que no lo distingo) será usted dichoso y si entiende usted alguna cosa de milicia, como parece, le suplico enmiende el reglamento de retiros. A usted solo le digo que yo soy el coronel Pozuencos, y en prueba de esta verdad mire usted bien...

Esto dicho por el coronel, dio un bostezo y me persigné asombrado al ver que tenía un espejo en el cielo de la boca, donde se le proyectaban el estómago enteramente vacío y el corazón (que era muy grande) todo escrito y salpicado en confuso, con renglones de la ordenanza militar y de la doctrina cristiana.

—¿Sabe usted—le dije—, que estoy pasmado?

Y el hombre con su natural sangre fría me respondió.

—Pues no sé de que cosa sea. ¿Usted fuma?

—Hombre, no—le contesté excusándoame. A lo que su señoría hizo una muestra de conformidad y púsose luego a sacar con los dedos, de dentro del bolsillo de su levita, unas migajillas de pan mezcladas con granos de pólvora, que luego de bien colocadas en el hueco de la mano izquierda, las vació con gran pulso en una hoja de maíz; y mientras retorcía tan extraña mezcla en forma de cigarrillo, me dijo.

—Uso de la hoja, porque en vez de ser dañina como el papel, es por lo contrario pectoral en alto grado, a más de que no empuerca la dentadura. Y ahora, noble caballero, me marcharé al último de los pasadizos, por evitar solamente la autoridad irritante de los bastoneros. La música, amigo mío, reviste a estos pelagatos de una fuerza moral que avasalla la alteza del fuero militar... ¡Ah! Bien haya la armonía de los combates, donde se baila al son de los cañonazos y al compás del honor, sin la presencia de estos farsantes.

Y se marcho con efecto el coronel Pozuencos, y ojalá que no me .hubiese nunca abandonado; apenas ido, entre la claridad que abrió de súbito a mis ojos y la destemplada gritería que me hería en los oírlos, me encontraba aturdido, cuando me vino un golpecito sobre el hombro derecho que hizo en mi un efecto galvánico, al que todos mis nervios se crisparon.

Con menos curiosidad que miedo, volví la vista y encontré que quien así me llamaba era la realidad de un ensueño que tuve a los veinte años de la vida.

—¡María!—le dije con lamentable acento—, has guardado, María, esta insinuante ternura para cuando ya visten mis cabellos la blancura de esa túnica!!

—No, tú eres joven aun, y tus canas no son nieve.

—¿Pues qué son, pobre de mí?

—Son ceniza, ceniza.

—Tal vez, María, tal vez esta melena sea lava del corazón, que asoma sobre la frente; severas y áridas cenizas que alejan de junto a mí los risueños placeres de mi edad. ¡Nadie me compadece, María, todos dicen que soy un hombre, nadie me acata como un anciano, y de dos años a esta parte, tus labios son los primeros labios de mujer que me han llamado joven! ¡Si vieras que desgraciado soy!!!

La cogí una mano, vi que tenía nublados los ojos por el llanto, y entonces unas culebrillas de placer, que casi duelen, me corrieron, entre cuero y carne, por todo el cuerpo.

María, de lástima o de pudor, había inclinado el rostro, y me dijo con pena:

—¡No! ¡No eres tú tan infeliz como yo!

Luego sentí una lágrima suya que había caído sobre mi zapato. Ibale a dar un abrazo febril, delirante, sublime, todo espiritualidad y encanto, un abrazo sin profanación alguna, de contacto puramente divino, todo santo; de aquellos, en fin, que se dan en los primeros amores, cuando la materia cede impasible, para que los almas se confundan... Pero de pronto, María levantó la cabeza, como si la hubiesen dado un capirotazo en la barbilla, y hallé que tenía los ojos muy vivarachos, y cierta sonrisa de sarcasmo en los labios. Di un salto atrás, como quien tropieza con un lobo en el camino y aquella mujer, antes tan ideal y llena de sentimentalismo, tomó a continuación el falsete de máscara, y viniéndose a mí, me chilló estas palabras a la oreja:

—Si no traes dinero, bien puedes empapelar los suspiros, lloronzuelo.

—¡María! ¡Mi bien, mi única ilusión!. ¿Te desvaneces? ¡En todo cuanto toco, siempre lo mismo! ¡Solo! ¡A los bordes de la felicidad! ¡Y luego nada! ¡Y el recuerdo de lo que fué fijo en la mente siempre!

—¡Siempre!—exclamó también María replegando sus facciones de nuevo a la modestia. Y elevados los ojos al cielo y el espíritu a Dios, gimió diciendo—: ¡Siempre

equivale a la eternidad, y allí está mi alma! ¡Siempre significa el matrimonio, y en él está mi cuerpo encarcelado!

—¡Qué! ¡Será posible! ¡Te has casado! No, tú vistes la blanca vesta de las doncellas de Diana! ¡Ah, no! Tu cuerpo ciñe la cándida túnica de las vírgenes del señor. Cuanto idealismo se encierra en los pliegues de tu ropaje...

—Veo que eres un zote.

—¡María!

—Sí. No distingues que lo que traía son las sábanas de mi cama... Esta mancha es de papilla de los niños. Esta mancha me da ira y acabará por desesperarme. La he lavado, sí, la he lavado con .mis manos, con mis pies, la he puesto en prensa entre mis dientes. Todo, todo cuanto hay que hacer, y la mancha siempre sobre mí, como una llaga, esta mancha, esta mancha, esta man... cham... param... tan... tarán... tan... tan... tan...

Y echó a andar tiesa coma un granadero con el peso de veintiocho pulgadas de talón a talón.

¡Quién no se precipita allí por donde columbró la dicha! Más, cuando una terrible duda le hiende en los senos del corazón. Seguiála yo, luchando con los codos contra las ondas de la gente.

Un estudiante con hopalanda, que maldito si me ha visto en su vida, me detuvo del brazo y con cierto misterio descorriéndose la careta me dijo:

—Compañero, chitón y alerta porque la policía secreta vigila sobre usted. La nueva tesis gubernamental tiene por coeficiente al sacerdocio que interviene ya en la reaccion internacional.

—¡Vaya usted muy noramala!

Esto y algo más le dije por completo y a medias entre empujones y palabras. Creiame libre, y boga que boga con los codos en pos de aquel esquife a toda vela.

Había por cierto una ilusión completa. La atmósfera estaba cargada, los grupos impelían a los grupos como las olas bravías a las olas. Allí los gritos, los lamentos, las carcajadas, súplicas y aullidos, soltados todos a la vez por mil y mil gargantas, ya roncas o agudas. Voces que en revuelto desentonadas todas y sin freno, formaban un eco monstruo de lobo y hombre, de mujer y gato, el cual volvía a los oídos rechazado de su centro de vibración, como las ráfagas que rugen del huracán que azota. Allí, sobre aquella nube amenazante, ponderosa, eléctrica, la orquesta dominando estremecía, no de otra suerte que como cuando el Hacedor abre la diestra al rayo. Y María, la barquilla de mi esperanza, empavesada sin plegar sus velas, hendía aquel oceano tan rápida que volaba... Sí, volaba; era la paloma del arca, blanca, versátil, fugaz y sin hallar donde pararse. Veinte remos por banda me hacían falta, mas que tuviera entonces que cargar en hombros con cuarenta galeotes.

El sudor cubría mi rostro, el mareo me turbaba la vista. Sin embargo, tanto bogaba yo, como ella, deslizándose, me hería. Diez años enteros la había perseguido el pensamiento sin cansarse jamás, y el perezoso cuerpo que a la sazón comenzaba, pedía reposo al alma que anhelante lo mandaba volar. Y volaba, y las yemas de mis dedos tocaron sus cendales un instante, a costa de desnarigar a un moro, que muy bilioso se arrancó la careta y me detuvo del brazo diciéndome:

—Esas son malas chanzas

Respondile:

—Usted perdone.

Y volvióme a decir:

—Salgamos fuera, que por la fe de cristiano que profeso sabrá usted cómo se las ha de haber con Don Amadeo Ramirez, estanquero nacional.

—Muy señor mío, crea usted que yo creí que era usted otro muy amigo mío— le contesté sumiso, tirando suavecito de mi manga y volviendo los ojos a mi rumbo.

—Y ¿cómo se llama ese caballero? Porque yo conozco a todo Madrid—dijo el bárbaro sarraceno, queriendo entrar en explicaciones y con cierto aire de superioridad.

—Se llama—respondí en mi aturdimiento—, el coronel Pozuencos.

—Pues eso le salva a usted. Tiente usted mejor en adelante al prójimo y mire usted al coronel, ese que por allí viene.

Y me dio un pechugón, que no me vino mal, porque lo menos adelanté dos varas, y torcí mi derrotero para evitar al coronel, que ya me había echado el ojo y dio tras mí, y yo tras ella, dando caza. Pero sin guía cierta, todo confusión, todo vértigo, y con una fuerza motriz irresistible.

Recuerdo que dí tres botes sobre los talones, como galgo que pierde liebre; y en uno de estos me pareció traslucirla a lo lejos. Iba a partir de derecho, contra viento y marea, pero prendada sin duda de la fuerza que mostré tener en las piernas, me detuvo una monja y me habló muy dulce, diciendo:

—Me gustas mucho. Dame el brazo y te enseñaré la cara.

—Quítese usted señora, con mil diablos, que tengo prisa—le contesté.

A lo que repulgándose la celibata me dio un pellizco propio del *tribunal de los diez* y quedó vengada de mi grosería. Naturalmente di un quejido y me rodearon gentes que me cortaban el paso. Y un arlequín me zamarreó bailando; y un galán de ferreruelo poniéndose meloso, me dijo:

—Te conozco, mascarita.

Y yo conocí en él que era tonto, pero nada le dije y si a todos les grité:

—¡Dejadme! ¡Dejadme que me ahogo!

A estas voces corro por no verme envuelto en una causa criminal, y a favor del espacio tendí los remos, sobrenadando tan liviano y ágil que me creí trasformado en ballenato.

¡Oh! ¡Qué nadar! ¡Qué nadar el mío, en mitad de la más desatada borrasca!
¡Qué dulce sensacion de vanidad!
¡Qué voluptuosa intrópida carrera
Al son del trueno, al rebramar del viento
Y al rugido y vaivenes de la mar!
¡Oh qué nadar!
Olas que vienen,
Olas que van;
Dejarme yo,
Y ellas... pasar!...
Pasar y mas pasar!...

No sé cuantas millas por hora hubiese corrido de aquella suerte. Muchas más, a no dudarlo, que un vapor. Pero, inofensivo cetáceo de aquel oceáno, me sentí de pronto herido por el terrible pez espada. Era este el coronel Pozuencos que envainó su brazo en el mío formando gancho; pero de una manera, que me hizo cobrar tierra con rudo sacudimiento físico y moral.

Por lo pronto me persuadía de que me iba a fondo. Pero recobrada la razón, la ira que me asaltó contra el tal coronel, estuvo a punto de hacérmela perder de nuevo. Y así hubiera en efecto sucedido a ser menos ingenioso, y no tan bondadoso el rostro del veterano, que advertí me contemplaba con aquella intensidad de mirada y ternura de sentimiento, con que contemp1a a su hijo un padre avezado al infortunio y exento ya de las pasiones locas... ¡Ah, si! El coronel Pozuencos, sin hablar ni moverse, me despertó la idea de la paternidad entera. Y aunque no sepa ni explicarme a mi propio, por qué trámites lógicos vine a parar en esta preocupación fantástica, lo cierto es que yo me creí llevado ante el autor de mi vida.

Entonces formulé este juicio con una rapidez. admirable.

El hijo es a su padre, lo que el universo entero al Supremo Hacedor. Sacó Dios la creación del caos, como se engendra el infante y desde la mujer sale a la vida. El Omnipotente lanzó derramados los orbes al espacio, y aunque todos hermanos, allá en el termino dee sus distintas trayectorias. A todos y a cada uno trazó las órbitas por separado en que encerraran la vida y la carrera. No de otra suerte, un padre arroja su prole sobre la faz del mundo, y a cada edad, a cada sexo, a cada capacidad le prescribe derechos y deberes, y a todas traza un curso, y a todos los provee del sustento.

El Omnipotente resbala una ojeada sobre sus mundos y lee en el espíritu del universo.

¡Mi padre lee en mi alma! ¡Mi padre penetra mi dolor! Y nadie más... ¡Porque tampoco hay más que un padre, como no hay mas que un Dios!....

Cayó mi frente, y en el escenario del rostro se representaba un drama sublime.

El coronel sintió mi mano que convulsiva le apretaba, y no comprendió acaso, que el alma henchida de una tempestad entera, buscaba un conductor eléctrico donde descargar, como suele la nube que reventando sus rayos relámpagos, truenos y granizo, se desgaja en torrentes bramadores hasta que al fin menguando en el turbión de su fiereza, cobra diafanidad, y se presenta un iris.

El coronel no penetraba mi acceso, supuesto que tan solo me respondió con la flaca materia, y un tanto cuanto de bilis flemática, que es la impotente rabia de los viejos.

¿Ya comprenderás lo que diría el veterano al sentirse estrujar un brazo? Pues ni más ni menos. Dijo:

—¡Cáspita! Caballerito, ¡cáspita! Que por Cristo vivo si esa pesadilla que aún veo le dura, no es para mí harto más que pesada. ¡Cuerno! Que si no afloja usted el torniquete de sus dedos me desespero, buen hombre.

—¡Ah, mi amado padre! Sufro lo que no es ponderable!—exclamé, abrazándolo con arrebato.

Y el buen viejo se enterneció hasta el punto que me besó la frente llamándome hijo suyo.

—¡Qué fiebre tienes, hijo mío! ¡Qué fiebre tienes!—añadió— .Ven, quiero presentarte a mi esposa para que la armoniosa voz de la mujer endulce tu alma. La mujer, hijo mío, es el arpa del sentimiento melancólico y apacible, a cuyos ecos se aduermen las fieras pasiones nuestras. Estoy por decirte, hijo mío, que el hombre a no vivir asociado a la mujer, se comería a sus semejantes, y mascaría, en sus dolores, de sus propias entrañas. O si no, míralos, hijo mío, en las batallas, donde ni la presencia divina de la mujer se les ofrece, ni la voz argentina de estos ángeles de la tierra se oye. Sígueme, desafortunado mancebo, y experimentarás una sensación nueva si no tienes madre.

—En efecto, señor, en el aire la perdí de vista para siempre, allí confundida entre unos pájaros marinos, siendo yo aun muy niño.

—¿Y tienes por ventura hermanas?

—Una que Dios me había dado, me la robó el diablo en persona en la mitad de una noche de truenos, cuando la pobre doncella se disponía a abrir el baile coronada con la corona de sus nupcias.

—Acción es esa muy propia de Satanás que anda siempre a caza de gangas, hijo mío. Pero si después de ese rapto diabólico contrajiste matrimonio, el mismo Padre de la Providencia dispuso en sus altos juicios darte por medio de ese sacramento otra hermana en reemplazo de la primera, la que habrás hallado en tu consorte, por más que fueras en busca de otra cosa quimérica que comparan los sacrílegos con el amor al Dios de las bondades, de la caridad, de la luz y de la misericordia, con el amor al Dios de los ejércitos y de la bienaventuranza, que así corona la frente de los guerreros, como ciñe las sienes de los mártires... ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! No ha existido más hombre idolátra de su mujer que nuestro padre Adán, el cual tan solo adoró a Eva por algunos minutos. Y esto es tan cierto, como sabido es que, después del pecado, quedáronse el uno para el otro tan amigos como antes. Amigos, eso sí, porque el único amigo posible es la mujer propia tomada a nuestra elección. Bien que dirás tú: Adán no tenía donde escoger. Pero el Hacedor le ahorró ese trabajo, formando la primera mujer a pedir de boca, cosa que no nos sucede a nosotros, porque de mí sé decir que he rodado cincuenta años hasta dar con la mujer. Y tú, si la tienes, cuenta desde el día de tu nacimiento hasta el de tus bodas, y hallarás en esos años, que, por no convenir a tu baza en el juego de la vida, te has descartado de más mujeres que de sotas jugando a los naipes.

—No, padre; tan miserable es mi estrella que la esposa que había nacido para mí lo es ya de otro. Bien es verdad que hay ciertos períodos en que tengo la desdicha de quedarme tan desaliñado, feo, chiquito, deslavazado, y tan desposeído, en fin, de todo valor así físico como moral, que no parezco ni hombre siquiera, y por eso, si bien me lamento de mi existencia, no asevero el proceder, ni culpo la accion de la que me abandonó por ampararse de otro que sin duda valía tanto como usted y más que yo, de fijo... Más que yo, sí, pobre ratón racional, que me doy asco a mí mismo.

—Mal hizo, voto a bríos, quien tal obró, robándote la consorte, que no era sino tu única y justa mitad, creada para llenar el vacío de tu lecho. Apuesto ahora mismo una columnaria a que ni el marido le vino a ella ajustado a su condición y placer, ni ella a él tampoco, sino por lo contrario, el uno para el otro muy holgachones o prietos en demasía, de donde naturalmente se deduce la torpe infidelidad conyugal, y cata tú ahí como esa hija bastarda del séptimo de los sacramentos asoma coetánea de los párvulos nacidos en

consorcio. Y de aquí esos mancebos de apellidos ilustres que desmienten los hechos de sus progenitores. De aquí la grave pérdida de los rasgos característicos de familia; de aquí la frialdad, la duda, la certeza asesina; y de aquí, en fin, ese infierno del hogar doméstico; infierno sin horizonte donde dilatar el ánimo, sin superficie por donde huir; infierno estrecho como el toro de Falaris, y que a no ser en tiempo infinito, fuérase por su mezquino tamaño y la condición de sus diablos, peor cien veces peor, que la gran mansión de Luzbel, donde caben las generaciones que poblaron la haz de la tierra desde Caín acá, y desde acá hasta la resurrección de la carne, que preveo se acerca, porque el mundo se ha alejado mucho del fin para que fue creado. Sí, señor, y entre otras cosas que han corrompido la especie humana, sábete que Dios hizo al hombre, para que le sirviese y le amara, y, el hombre, en contra de esta condición expresa, no solo trata de servirse de Dios, sino que atenta a enmendarle la plana. De modo y de manera, hijo mío, que aquí se trama una segunda rebelión contra el Señor, de la cual quisiera huir y no puedo, porque en el mundo estamos y el culpado es cl mundo, el cual, por su conspiración contra el saber supremo, es ya un gran reo de muerte, que lleno de escepticismo y de hastío, se sienta, sin ver ni conocer a su terrible juez. Se sienta, repito, a recibir la muerte en el banquillo de cien bases, denominado siglo, desde donde cabalmente, insensata la humanidad, presume *desvelar la ciencia*... Pero volvamos la hoja, que aquí se acerca en mi busca mi esposa, y ella te consolará como llevo dicho. Y puedes bailar si gustas un rigodón con ella, que lo hace con la insinuante expresión y la delicada donosura de Belucci.

Volví el rostro y vi a María. ¡Juzga tu mi impresión! Ella era la mujer del coronel. Tenía una mejilla pálida y otra sonrosada, un ojo melancólico, pudibundo, humildoso, y el otro vivaracho, insolente y provocador. ¡Extraña cosa por cierto!, pero sobre la cual no hay duda. Porque los míos vieron como su ojo derecho estaba muy avergonzado del izquierdo, y así en ademanes contrarías se me acercaron los dos, y me fijaron, y quedé irresoluto como nunca, sin saber a qué atenerme de aquella anfibología, que el alma articulaba por el órgano de la vista.

—Esposa—dijo el anciano—, te presento y encomiendo con eficacia a este mancebo mi amigo, para que con femenina terneza lo trates, porque el cuitado adolece de la enfermedad de suicidio, que es la *ideosincrasia* de los nacidos dentro el siglo. Mujer, ahí lo tienes, cumple tu ahora con la caridad de cristiana y el precepto de tu varón.

María inclino la cabeza en señal respetuosa de obediencia, y me tendió al punto su graciosísima mano, diciendo:

—Rigodón, ¡rigodón!

—Muy bien, señora, bailaremos, puesto que a los dos nos cumple.

—¡Rigodón! ¡Rigodon! Yo me pirro por el rigodón

Y me apretó la mano, me guiñó el ojo izquierdo picarescamente, y el derecho se elevó al cielo como implorando la misericordia de Dios para su pecador hermano.

El coronel era de estuco, insensible y frío a una escena que me erizó los cabellos. La mitad de María había desertado de su esposo para ser mía, y la otra mitad (contando de arriba abajo) le permanecía fiel.

María había agarrado mi brazo derecho con su brazo izquierdo, y me comunicaba con el roce un color sabrosísimo. El ojo izquierdo de aquella hermosura, me miraba con delectación morosa y como su pupila era luz en cielo apenas azulado, como era luz,

mi cuerpo parecía desnudo a la intensidad de sus miradas. Sentime cierto rubor de que tal me vieran en carnes vivas, pero a la vergüenza iba unido un placer cosquilloso, o no se como lo diga, un placer tal como si nos acariciaran todo el cutis suavemente con el mas suave y regalado plumón del cisne.

A todo esto, el ojo derecho de María fijo de hito en hito en el inerte coronel, parecía decirle en grande ahogo.

—¡Acude, corre, ampáranos, que mi hermano se halla poseído de la carne, y quiere arrastrarme! ¡Ayúdate a ti propio! ¡Socorre, socorre a la flaca mujer en su caída, y afirmarás su juramento!

Así en efecto hablaba el ojo llevado a remolque y de por fuerza tras los sentidos corporales, que habían sin duda hecho liga común con el ojo izquierdo.

¡Oh! ¡El ojo izquierdo era todo mío, todo luz, todo lenguas y besos, ojo fulgente como una plancha de bruñido acero, donde esculpido se leía un «*sí*», que era la puerta al bien supremo!!!

Mi orgullo había crecido hasta tal punto, que al mirar al coronel me dio risa, y si entonces se roza conmigo por casualidad siquiera el estanquero nacional, del bofetón que le pego, no se le despega la careta a tres tirones.

—Rigodón, rigodón, y después nos perderemos.

—Sí, sí, nos perderemos en el bullicio y luego lo dejaremos para encontrarnos solos.

—¡Ah! ¡Qué gusto! Sí, solitos y sin gente.

—¡Oh qué ventura la mía!

Tin, tarará, tan, tan,
Rigodón, rigodón, rigodón,
Rigodón y después confusión,
Y después que nos vengan a hallar.

—Violon, violon, violon.

—¿Por qué vienes con ese marido?

—Porque el pobre infeliz lo ha querido. Por traerme y llevarme en simón.

—Violon.

—Rigodón.

—Violon, violon.

—Rigodón.... ¡Hermoso mío, que te quiero más que a mi alma!! Anda, corre, corre, corre, tomaremos lugar de cabecera.

Y la mujer hecha una ardilla y encogiendo las piernas se me colgaba del brazo con tal placer mío, que en mi vida he tenido otro mayor. A todo esto, el coronel Pozuencos nos miraba y se sonreía, hasta que por último viendo que me llevaba a su mujer colgada y vistosa como una cestita de flores, llegóseme al oído y me previno con estas palabras:

—Por Santa Rita, cuide uested de que si mi consorte salta, no se le desprendan y pierdan las arracadas, que son las mas ricas alhajas que entraron nunca en mi casa.

La curiosidad natural encamino mi vista, y vi cosa poca, pero desde que el mundo es mundo que no se ha visto otra tal. Los tales pendientes no eran de oro ni de piedras, ni de metal ninguno, ni de nada que perteneciese a los reinos mineral, vegetal ni

animal, sino que uno pertenecía, sí, al reino de los cielos, y el otro al de los profundísimos infiernos. Los pendientes, no eran de nada, eran dos espíritus, uno era un ángel y otro un diablo.

Lo que es el angelito lloraba el pobrecillo, cuando lo diré; pero el perillán del diablo que era muy mono y bullidor, quedóseme encarado, me hizo dos o tres muecas de chiquillo, y luego volvió a su tarea, la cual era mamar la extremidad inferior de la oreja izquierda de María.

Cualquiera otro menos avezado que yo a las maravillas, hubiera echado a correr a lavarse en agua bendita, o cosa semejante, pero de mí, tu sabes, que ya cuando niño las brujas me arrullaban en la cuna y me dormía, me pellizcaban y no lloraba; entereza pueril la mía de que gustaban tanto aquellas alegres viejas que formaban corro por verme y se afilaban las uñas para herirme; reíame yo, bailaban ellas a mi alrededor y cantábanme el *Trailo, Marica*, y las unas a las otras se arrojaban mi cuerpecillo, que no había más que pedirles, como no fuera aquello de la hiel de gato pardo, con que durante las noches de sus *sábados* en enero, solíanme untar los labios para leer las maldecidas de Dios, sus horóscopos en mis gestos, chillidos y contorsiones.

Respecto al ángel añadiré ahora que me pareció un recuerdo de lo que yo había sido y visto años ha, pero en cuanto al diablo, sea dicho en verdad, que hasta aquel momento no le había visto nunca, pero lo hallé inofensivo, vistoso, incapaz de formalidad, todo acción, todo vida.... En fin el diablo es una alhaja a no ser que en esta noche de máscaras se hubiese ido al salón disfrazado de lo que no es, cosa que aun así, en manera alguna le quita la gran propiedad que tiene de ser portátil a lo sumo. Cualidad exquisita y digna de todo encomio en esta época de locomoción en que vivimos.

María y yo habíamos dejado al coronel para asistir a la danza que la orquesta nos anunciaba ya con un tema del *Barbero* encerrado en el compás de tres por ocho.

Bailaba yo mi rigodón con las cortesías delicadas y la refinada pulcritud de la gavota. Pero María, que había tomado no sé por que el aire del bolero, era mi contraste; y en una de aquellas vueltas y revueltas rápidas que daba sobre la punta de un solo pie, con la otra pierna en tanto, horizontalmente alzada, y dando campanelos, acertóme a dar de revés, a tiempo que mi cuerpo venciendo la gravedad por la ley del equilibrio, se elevaba sobre la base aérea de un difícil *pistolet*, y zas, de golpe y porrazo, vine al suelo entre la risa general, que fue placer para muchos.

María, ayudándome a alzar con amorosa ternura, me colocó en baile a su lado nuevamente.

La música de esta segunda figura pertenecía a la sublime partitura de Bellini conocida por *Norma*. Y en un adelante dos que hizo María, tan vaporosa y mágica se alzara, que creí se me huia hacia los cielos. No he visto nada tan aéreo, nada más modesto, nada más elegante, ni divinal. Era la transfiguración de Rafael o era una aparición de Murillo. Velada en luz que la iluminaba circundándola con una aureola de pudor, creí que se me iba hacia los cielos. Y mis brazos se tendieron, no para asirme a ella, sino de admiración ascética movidos. Y el desolado corazón, al verse en la viudez y adorador ardiente como era, sentía con el sentimiento de las palabras aquellas del poeta creyente, que trémulos pronunciaban mis labios exclamando...

¡Y tu rompiendo el puro

aire, te vas al inmortal seguro!
Los antes bienhadados
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados
de ti desposeídos,
¿a do convertirán ya sus sentidos?

En esto se fundieron todos los ecos para formar una sola voz, que con el tono imperioso del profeta parecióme oír que decía: «Laudate Deum, cordis et organis». A cuya voz, obedeciendo juntos los escogidos del concertado coro, respiraban a la vez en los sonoros tubos, o herían en las vibrantes cuerdas que gimieron. Y un tono lleno, melancólico, solemne, ondulaba entonces por la atmósfera y henchía el pecho de temor religioso.

La divinidad vagaba en torno a mí, ¡créeme! El alma la sentía y pugnaba por huir la cárcel de la materia torpe. ¡Aquella armonía eléctrica y latente como el primer soplo de vida derramado en el primer hombre, era movida por las alas invisibles de la divinidad que hendía les aires! ¡La divinidad! ¡La divinidad! ¡Ante la cual el cuerpo se prosterna, si bien se eleva el espíritu en su busca!

Y mis brazos con mi cerviz cayeron, y adoré mas que nunca a la mujer porque ella era un ángel del Señor, que sin mezcla ni mudanza huía hacia los cielos, era la mujer como la concibe el amor y como al alma le es dado idolatrarla.

Mi boca balbuciente como cuando en el principio de la juventud se habla a la doncella, le pronunció estas palabras:

—¡Oh! ¡Qué hermosa eres tú, amada mía! ¡Oh, que hermosa eres tú!.

Y ella con los labios mas dulces que la miel iblea, y mística como la esposa del *Cantar de los Cantares* me respondió:

—Hija del hombre, me ceñiré de cilicio. Polvorearé mi frente de ceniza. Me haré de luto unigénito. Daré amargo plañido. Porque súbitamente vendrá el destruidor sobre nosotros, y entonces me hallará como la vírgen no conocida del varón. A la manera que se desprende una nubecilla y pasa, cruzará mi espíritu los bajíos de la luz, hasta que, donde el sol se humilla, el Señor sea en mí como el rocío en la azucena de los valles...

En esto daba fin a la segunda figura del rigodón, y quedose María en cierto éxtasis contemplativo. Pero en sus labios pequeñuelos y de color de fuego, brillaba una sonrisa parecida a los tembladores relámpagos del crepúsculo en un día sereno del verano

Miré sus orejas y... ¡Oh Dios! Allí estaban los pendientes fascinadores; el diablo atarazaba su parte con dientes y uñas, y el ángel se parecía mucho a María; tanto que eran lo mismo y tanto, que eran uno mismo.

Iba a empezar el tercer acto de la danza, y al romper el compás, tendí la mano para enlazarla a la de mi pareja. Mas luego, sintiendo mayor rudeza en el tacto, ví que el coronel Pozuencos se había interpuesto entre nosotros dos y que me daba su derecha.

Bostezó el pobre coronel y volví a verle el estómago del todo vacío retratado en el espejo. Luego me dijo:

—El hambre me aflige más que en un día de sitio. Pero sea todo por el Dios de Abraham y de los retirados. En vista de lo cual nos encaminamos a la sala del *ambigú*, ella colgada de mi brazo, y el coromel apoyando su debilidad en mis hombros.

Entramos en la primera estancia. No había una mesa desocupada. Pasamos a la

segunda y fue lo mismo. Luego a la tercera y tampoco. De manera, que por entretener el tiempo quedamos en acecho y paseando de alto a bajo por aquellos comedores.

Allí las mujeres se reposaban con molicie, desvelados sus rostros y gargantas, comían con un desembarazo insultante a la pulcra redondez de sus facciones pequeñuelas o reían a carcajadas o bebían vinos ardientes, bullidores y diáfanos. El cabello sometido a la acción del sudor o quebrantado al sacudimiento de las rápidas vueltas de cabeza, les colgaba desde la frente al pecho y las espaldas, en lánguido y pesados giros sin gracia ni vigor, tanto que parecía, los que fueron rizos voladores, víboras moribundas, entumecidas por el rocío. Y la luz artificial con sus rojizas tintas reflejadas, bañaban los semblantes de esta porción del bello sexo, completando el cuadro y dando a cada mujer un aire satánico de maravilloso hermosura.

Los hombres eran todos soldados, amadores por rutina, bebedores por afición, y por gala, altivos en la palabra, prontos en la amenaza, ejecutivos en el desagravio. Los rostros altaneros y joviales, atrevidos los ojos, las manos parleras y el corazón un tanto apesarado... No eran sino soldados que habían dejado las armas en pabellón y los placeres serenos bajo el techo en que nacieron.

El abandono con que estas partes de ambos sexos dejaba solazar sus cuerpos, el desorden de las viandas y manteles, los trajes abigarrados y exóticos, la intemperancia, el ruido, la apicarada franqueza y el desprendimiento con que se gastaba allí el dinero, confundía la razón. Y así el coronel como yo mismo, nos creímos transportados a un campamento militar, donde cada guerrero conquistador se regalaba con la prisionera de sus amores.

A cada instante se oían estas palabras: «¡Mozo, Burdeos!» «¡Mozo, champagne, champagne! ¡O si no, vive Dios, rompo el alma...!» Y los tales criados daban vueltas, revueltas, llegaban manchando trajes, y se volvían mas rápidos que el pensamiento.

«¡Champagne! ¡champagne! ¡champagne !» Estos eran los gritos mas frecuentes con que clamoreaban en al concurso, al galán mozalbete de los vinos, que le toca ser rey de nuestros banquetes, no de otra suerte que como a su turno lo fue el Chipre en los festines de los *Caballeros Cruzados*, allá cuando brindaban por la libertad del santo sepulcro, y por el amor de sus hermosas damas.

Y en verdad, en verdad, que yo me adhiero al Champagne.

Comprendo que hay para ello una razón física y otra moral. La razón física es porque no tengo la robustez de un templario, y la razón moral está en que el Chipre aparenta ser manso en la copa y se desenvuelve traicionero, feroz en el estómago; a la par que el vino Champagne se anuncia con salvas al entrar en el vaso, ni más ni menos que un monarca en su palacio; y luego con magnífica pompa se derrama sobrado de mismo y sigue murmurando sonoros plácemes al festejo, hasta que se desliza por nuestros labios con picante dulzura.... y mas allá se evapora como un beso de amor que arroba el alma y provoca a otro beso y a otros besos.

A todo esto el coronel Pozuencos sentía que el hambre le llegaba a la nuez, tocando calacuerda, y estaba un si es no es amostazado de que hallándose entre tanto camarada, ni uno de entre ellos siquiera le brindase con su ración de etapa. Los taponazos que despedían los vinos al fermentar eran para los avezados oídos del veterano, uno de esos

frecuentes tiros de guerrilla de poca monta, que ni perturban el sueño comenzado, ni hacen contramarchar a las alforjas la fiambrera empezada.

Ofendíale aún casi más que el hambre la falta de religiosidad y de compostura que resaltaba en todas las rancherías, y frunciendo el ceño en muestra de desagrado, me dirigió estas palabras:

—Los capellanes de regimiento son por lo común los peores párrocos de la cristiandad, porque al Señor, que les entrega ovejuelas de lana burda, ellos le devuelven lobos que no se hartan de la carne.

Así habló el coronel, y rezó en seguida un padre nuestro, parte de él por todos los pecadores, y el resto por el «pan de cada día», apoyando mucho en lo de «dánosle hoy» En resumen tiraba el coronel Pozuencos en su oración a matar dos pájaros de un tiro.

¡María! Mi hermosa María se había borrado por algunos minutos de mi memoria. Volví los ojos a mirarla, y note, sin haberme hasta entonces advertido de ello, que llevaba al lado otra mujer con la que sostenía este diálogo:

—Ahora vamos a cenar, a cenar.

—Y díme, ¿quien es ése que os acompaña?

—Es el pobre Leoncio.

—¡Cómo! ¿No le abandonaste?

—Mucho que sí. Pero ahora vamos a cenar, a cenar.

—¿Sabes que me gusta mas que tu marido?

—A mí también.

—Lástima que las partidas no se jueguen más que una vez en la vida.

—Eso le sucederá a las tontas. Vete de aquí, que quiero cenar sola con Leoncio.

Ln amiga de María fue tan dócil que girando en el acto como una clavija, se desapareció. Repulgó mi adorada su boquita de perlas con cierto desenfado hacia la impertinente; me miró después y me hizo una muequecilla muy donosa y de lo mas incisivo (para mí, a lo menos).

La sed que me abrasaba las entrañas y la gravedad específica del coronel que gravitaba sobre mis hombros, me tenían a punto de desfallecer, cuando felizmente se desocupó una mesa acorralada en un oscuro rinconcillo, y tomamos asiento.

A mi primer grito acudió un mozo corriendo sobre las puntas de los pies con pasitos muy menudos, y al llegar a nosotros nos hizo una cortesía femenil de esas que nuestras mujeres han aprendido de las damas francesas. Tendría este criado como veintiséis años de edad, su cutis era blanco y sonrosado, sus facciones más varoniles, llevaba sendas patillas negras y ensortijadas y atada al cuello, le colgaba hasta más abajo de la cintura una servilleta blanquísima con bolsillos, de los que le salían mangos de cuchillos, tenedores y otros cachivaches raros. Estimulé a mis convidados a que pidieran lo que mejor apeteciesen, y adelantándose el coronel Pozuencos, mandó traer tres perdices por lo pronto.

El criado repitió su cortesía, y sin chistar palabra se marchó, con los mismos pasos y repulgos en busca del manjar que se le pedía. El coronel bostezaba a toda prisa, y María que hasta entonces por su fisonomía se había destacado del cuadro general, íbase gradualmente confundiendo con las demás mujeres que allí estaban, y sus voluptuosos bucles desgajados parecían pesar en su cabeza, así como antes le prestaban aquella ligere-

za veleidosa que tanto reclama el busto de la mujer. Volvió el criado con un aire muy sentado. Pero contoneando la cintura, y al desocupar sus manos dejando la fuente encima de la mesa, dijo en un tono semiagudo y muy amanerado:

—Aquí traigo, señores, unas perdicitas, rellenas, enlardadas, frititas, frescas y buenas con patitas coloradas. Mirenlas cómo miran a la mesa con sus ojitos de fresa.

Y aquel botarate del género común de dos, repitió su saludo, y se fue luego haciendo pinitos, hasta donde le diera la gana, porque yo desdeñé seguirlo con la vista.

—¡Ea! Mi coronel, destroce usted, y que no sea con la cuchara, porque las aves de pastelería suelen resistirse al más apuesto trinchador.

Así hablé yo, y el coronel ensartó y sacó del plato una perdiz en el tenedor.

Naturalmente la suspendió para trinchar al aire y el animalejo ensanchó los alones, alargó el cuello, abrió su pico y enseñó la lengua.

—¡Vea usted!—dijo el coronel sin participar de mi asombro—. Vea usted. La infeliz tiene «pepita». ¡Avecitas de Dios que no tienen quien las cuide! Sacásela mujer, que nunca la caridad está de sobra.

—Ponla, pónmela aquí—saltó diciendo María, con la boca ya hecha una agua, resuelta, por lo que después se vio, a comerse la perdiz enferma, con la pepita por añadidura.

El veterano la depositó en el plato de María y tomó otra, que como yo la rehusase, se la sirvió a sí propio y empezó a partirla muy despacio sin curarse de que el pájaro, pelado y frito, a cada trinchazo que con el tenedor recibía,, se rascaba la patita de aquel costado.

Comía el coronel a dos carrillos, cuando María se preparaba a imitarlo y escupió. Yo, que seguía con los ojos todos y cada uno de los movimientos de aquel *Ángel de Estradella*, de aquel ángel caído que me traía vertiginoso enamorado y loco, miré también la curva que describía la gota de rocío vertido de sus labios y vi que caía en los ladrillos. Pero en aquel mismo instante y de la mima saliva se cuajó un sapo que dio tres brincos hasta llegar al rincón y se quedó agazapado.

¡Oh!, los cabellos se me erizaron, crispáronse mis nervios, grité:

—¡Coronel! ¡Coronel ¡Su esposa de V. estaba poseída del demonio y acaba de arrojarlo por la boca!! Yo, yo lo he visto salir...

—¿Y qué ha visto usted, buen hombre?—respondió el coronel con flema.

—Nada menos he visto que a Satanás en la inmunda forma de un sapo.

María soltó una carcajada y escupió otro sapo que también se fue al rincón, y el Coronel Pozuencos me explicó como aquello de escupir sapirujos era de familia en las hembras de la ilustre prosapia de su esposa y cuando hubo acabado, María tomo la voz y dijo:

—Mi niña, que no la hay más hermosa en todo Madrid, tiene treinta y dos meses y ya escupe ranas.

—¡Jesús, señora!

—Ni más, ni menos.

La sed me devoraba. Mi felicidad consistía en perder el juicio para olvidar lo que por mí pasaba y pedí un ponche. Trajerónmelo muy cargado pero no ardía. Y quejándome estaba de este olvido cuando cátate que María me oye y dijo:

—No te sofoques, Leoncio, que si por mí no fuera, los fósforos de Bardenet serían de pega.

Y diciendo y haciendo se metió el dedo índice de la mano izquierda en el oído, frotó un poco, lo aplicó a los bordes de mi copa y se comunicó la llama.

Por cobarde me hubiera tenido yo en rehusar el ponche mas que en su superficie retozaran las llamas del infierno. Lo bebí y desde aquel punto perdí la cabeza en términos que me María se me ostentaba como el ángel de los amores castos. Flor delicada que despedía místicos aromas, recogidos tal vez entre las nubes olorosas que bordeando en torno a los altares remontan hasta Dios... ¡Ah! ¡María! Eres una divinidad.... Y caí de rodillas a sus plantas.

El coronel me sostuvo. Ella inclinó el rostro lleno de una bondad inefable hacia mí. ¡No! La belleza con que seduce la mujer honesta no tiene formas demostrables.

En la contemplación de María estaba mi corazón, mis ojos, mi alma toda y me precipité hacia ella, creyendo que se desvanecía entre las primera tintas del alba que penetraba por los cristales.

—El *rom*—dijo el coronel al ver mi acción—, lo tiene embriagado y se nos hace preciso darle escolta hasta sacarlo al aire libre.

Luego se apoderaron de mis brazos y rompiendo por medio de la gente pusieronme en la calle.

Eche a andar desvencijado el cuerpo y sin sombrero hasta que al fin, dando regates y pegando tumbos, topé de bruces contra la puerta de mi casa. Entre a tientas, subí la escalera a gatas y los criados me trasladaron en hombros a la cama.

La piedra disparada por la honda de David cuando rompió de Goliat la frente y cayó al suelo, el rudo tronco del gigante derribado, no quedaron más inertes que mi cuerpo arrojado en los colchones.

Siete días me los pasé difunto por mi cuenta y al cabo de ellos se me abrieron los oídos para escuchar a tres austeros medicinantes que, repantigados alrededor de mi lecho, hablaban estas palabras a un mi amigo, doctor en Salamanca.

Decía un médico:

—A este hombre le faltan cuatro síntomas graves para tener una enfermedad conocida, en cuyo caso nos atrevíamos a responder a usted de su vida... Ahora marchamos en la clínica sin diagnóstico y es lo probable que se muera.

Los dos restantes médicos daban al orador pausadas muestras de aprobación con la cabeza.

Dolores de corazón

Miguel de los Santos Álvarez

El Pensamiento. 1841. 196-199

¡Dichoso mil veces el que con el corazón limpio de polvo y paja se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando a sangre fría dolores o placeres, sin que ni los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estoica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado a su. trabajo, por la más ligera sonrisa ni por la más pequeña muestra de gozo interior!. ¡Dichoso mil veces el que no tiene ojos más que para ver como ha de ir empedrando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo los trascendentales peligros de los errores ortográficos! ¡Dichoso, pues, yo, que me encuentro, ni más ni menos, en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene, gracias a que ya se me ha dado mucho por lo que fue y por lo que vino, o gracias a otra cualquier cosa, que eso ni me importa a mi, ni mucho menos a otro! ¡Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si a esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra ni comparables siquiera con las que proporciona una bien entendida caligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la fórmula de una condensación física de todas las vaporosidades morales que nublando el alma, acabarían por hacer inútil toda la luz que Dios la dio, a no irse destilando y escurriendo desde la cabeza por el brazo derecho, o por el otro, si el que escribe es zurdo, mal pecado, hasta venir a dar, (¡quien lo diría!) en un trozo de papel donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez a incomodarla! ¡Bendito, pues, yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo escribo como Dios me da a entender, y desaguo la cabeza de una porción de vaciedades, que maldito si podrían servirme para otra cosa más que para atolondrarme, a no poder yo darlas salida, maldiciéndolas de buena fe, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo seglar de gente extraña, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con más malas entrañas que las mías, donde se engendraron a fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrasándolas con llantos, y desentrañándolas a purísimos quebrantos, hasta dejarlas como ahora están, más muertas que vivas, con tanta y tanta pena!

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar; pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen a la punta de la pluma una porción de palabras, salidas. yo no sé de donde, y encaminadas adonde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre, todas ellas vienen a componer, por ejemplo, un articulo de periódico, destinado acaso a fastidiar a todo el que le lea.

Huyendo yo este inconveniente, voy a hacer todo lo posible por no divagar más, dando a mis ideas una forma que las haga parecer tales, aun cuando bien sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó. Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia de una porción de penas, tan largas ellas de contar,

como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso, y sabido esto, sabida está la causa de habérseme ocurrido la idea de pasar revista a todos los dolores de corazón de que se me ha quejado por ahí infinidad de gente.

Entre estos dolores de corazón los hay de todas especies, y tan diferentes como lo son entre sí las personas a quienes se los he oído contar, o en quienes los he observado, porque también hay gente a quien se la funde el corazón a fuerza de retortijones, sin decir esta boca es mia.

De este género, y perteneciente a los dolores observados por mí, fue el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche a la mañana se me ahorcó de una viga de su cuarto, dejándome antes toda mi ropa bien cepilladita en la cómoda, y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó con su vida, indudablemente apenas hubo concluido de limpiarlas porque tenia el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado a ella en el dolor de la agonía las manos quo acababan llenas de vida de hacerme el último servicio, en aquella época más necesario que ahora, porque no había botas de charol. Por lo demás yo supongo que mi buen criado tendría sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por más que no sin motivo pueda culpárseme de mal observador, no puedo menos de confesar que yo no sé cuáles fueron.

La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivía en la misma calle que yo, dijo a una criada de mi casa, que el pobre Manuel había sido víctima de las preocupaciones de la sociedad, porque se había enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba; pero que ella no tenia la culpa, porque así se lo había dicho mil veces. Yo no sé si esto sería cierto, pero si así fue, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazón es el que sufrió mi pobre Manuel, como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidó por mal de cabeza, porque tenía poca, y esa poca, dura y bien afianzada a los carrillos por unas patillitas, estrechas, sí, y cortas, porque no le pasaban de la perilla de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo le cerraba cada una mejilla.

El segundo dolor de corazón que he observado, me hace llorar todavía; pero a la verdad que ese dolor más es mío que ajeno, porque en quien debía sentirle, y en quien yo le supongo, creo yo que no hacía mella ninguna: pero son difíciles de averiguar los secretos del corazón, y no seré yo seguramente quien asegure redondamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto a una mujer joven, que llevaba en los brazos un niño de dos o tres años, muerto. Iba por un camino, y yo la encontré poco antes de llegar a un pueblo. Ella iba en dirección opuesta a la que yo llevaba, es decir que iba de viaje. ¿A dónde? ¡Yo no lo sé! ¡Cuando me dijo que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las más angelicales que yo he visto en niño ninguno; cuando me dijo que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacia, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciéndoseme los ojos fuentes de lágrimas hube de aplicar, en medio de la convulsión que aquella pena produjo en mi, con tanta fuerza las espuelas a mi caballo, que en menos de un minuto, él, desbocado dio con la cabeza en una cruz de piedra que había a la entrada del pueblo, y allí mismo quedó sin vida, y el dolor físico del golpe vino a sacarme a mi de la penosa enajenación a que me habían conducido aquella madre pobre y aquel hijo muerto!

Un amigo mío, hablando conmigo un día, de las penas que sufre el corazón cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vio precisado a vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo menos al hablar de dolores del corazón, de repetir aquí algo de lo mucho que mi amigo me dijo acerca de los sufrimientos de aquel infeliz.

Yo no sé si lo que voy a contar será verdad, porque mi amigo, a pesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado a inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia; pero de todas maneras yo creo a pies juntillas todo lo que me cuentan, y seré el primer engañado si lo que voy a escribir no es cierto. Después de haberme mi amigo dado una idea clarísima del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que yo no daré a mis lectores, porque no tengo tiempo para escribir con asiento, como ya lo deben haber conocido; después de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin, toda clase de afecciones en un segundo; después de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre había tenido en este mundo de resultas de la prontitud con que tomaba cariño a las personas, empezó por fin a decirme lo que él sabía de los últimos padecimientos de aquel hombre, víctima desgraciada de la simpatía!

¡Yo no sé por qué pasos vino a verse precisado a vivir en una casa de postas! La ausencia es lo que más se parece en el mundo a la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre, cuando se marcha lejos de nosotros, hay tan poca diferencia, que las mismas punzadas de cariño son las que hacen llorar por el muerto que por el ido, y el mismo tiempo pasa por unos que por otros, para que al fin venga a ser cierto el consolador refrán que dice: «a muertos y a idos, ya no hay amigos.»

Los corazones más fuertes no pueden resistir ni a la muerte ni a la ausencia. ¿Qué sería pues lo que pasaría en el hombre de hombre de nuestra historia, cuando alguno de estos sentimientos le atormentase? ¡La suerte enemiga le había puesto además en el teatro de las ausencias, en una casa de postas, y allí estaba como encantado, sin que nadie haya sabido por qué estaba allí, donde forzosamente con tantos padecimientos la muerte le había de coger entre sollozos y amarguras! La llegada de un viajero, en esas altas horas de la noche, en que todos sentimos cierta inexplicable ternura melancólica, sin saber hacia que objeto, al sentir las campanillas de las mulas de un carruaje, y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viajero a la casa de postas a tales horas, le hacía a nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante sólo paraba para mudar de tiros, entonces llorando y al trote le seguía hasta que, rendido, quedaba en. el camino lamentando la ausencia de personas a quienes apenas había podido ver.

Si los viajeros paraban a comer o a cenar en aquella posada, entonces el dolor de este infeliz era tanto mayor, cuanto que tenia que contenerle hasta cierto punto dentro de su pecho lastimado, porque de lo contrario la casa de postas se hubiera convertido en un lugar de gemidos escandalosos; y tanto al parecer era el temor que de esto tenía el desdichado, que muchas veces al comenzar una explosión de ternura, se reprimía de

repente, comenzando a sudar a chorro, que no era aquello sino llorar por todo el cuerpo, poniendo los ojos en blanco, con muestras de la más exquisita ternura y del más lamentable dolor!. ¡No por eso sin embargo dejaban de pasar escenas dolorosísimas, en que este ser amante, arrastrándose de rodillas por el suelo, abrazando las piernas ya de uno, ya de otro viajero, les pedía por todo lo que más quisieran en este mundo, que no le abandonasen así! Como nadie viaja sino con algún objeto que le lleva a alguna parte, no encontraba este infeliz ni un solo corazón que le comprendiese

Cuando con las lágrimas en los ojos y apretando la mano del que se disponía para irse, le decía con una voz cortada por los suspiros:

—¡Ah, créame usted, querido amigo! ¡Querido amigo de mi alma! ¡No se vaya usted! ¿Quiere usted hacerme desgraciado? !Ah! ¡No lo merezco! ¡Por Dios, no se vaya usted así!

Cuando hablaba así, solían tomarle los pasajeros por uno de esos hombres de buen humor que se encuentran en los caminos, haciendo mil majaderías que. parecen gracias; y cada uno, según su carácter, o seguía la broma, diciendo que de ninguna manera podía él abandonar a quien tanto le quería, y a lo mejor desaparecía para nunca más volver; o bien recibía con sequedad estas supuestas bromas; y de ambos modos se partía en mil pedazos el corazón de este hombre interesante.

Otras veces prorrumpía por fin en lamentos agudos y en voces capaces de enternecer a los cercanos montes, y entonces era rechazado como loco.

Esto mismo, aunque con menos exageración, les sucede en el mundo a los corazones que sienten mucho; que están muy cerca, si no tratan de moderarse, de llegar al estado de abandono en que continuamente se encontraba el corazón de este hombre lleno de amor, probablemente nacido. para un mundo sin más quehaceres que los del cariño, y llovido en otro donde todos somos negociantes y gente de ocupaciones.

Por supuesto que el tiempo que no pasaba este infeliz en el dolor de las despedidas, le pasaba en la amargura de los recuerdos. Habían quedado grabados en su corazón, al pie de treinta mil nombres de otros tantos viajeros, con la misma claridad y ternura que en uno de los nuestros pueden grabarse unos pocos, y andaba siempre, cuando estaba solo, recorriendo sitios y hablando entre sí, diciendo:

—¡Aquí daba la sombra de Fulano! ¡Aquí se enjuagó la boca por la última vez Citano! ¡Aquí por la última vez se sonó las narices Fulano! etc., etc.

En fin, así iba recorriendo en su imaginación, los treinta mil nombres que van dichos, uniendo a cada uno treinta mil ideas tan tristes, como al parecer desatinadas que por desgracia, lo mismo que en este hombre raro, son también en nosotros, los hombres vulgares, la fórmula más dolorosa de la ternura.

Así vivió algún tiempo este hombre mártir de sus sentimientos, hasta que al fin uno de ellos dio con él en el sepulcro. ¡Lo más raro de todo es que este hombre nunca se enamoró! Yo, después de haber examinado con atención éste que al parecer es un fenómeno extraordinario en una naturaleza tan amante, he venido al fin a caer en que efectivamente un hombre como este no podía enamorarse, por falta de tiempo. Además, el que ama a una mujer, es porque detesta y desprecia, a medias, a todos sus hermanos.

El último dolor de corazón de que hablaré en este artículo, es el dolor de corazón con que le concluyo aquí, como podía darle fin por otro punto.

Amor paternal

Miguel de los Santos Álvarez

El Pensamiento. 1841. 283-286

Una hermosa mañana de las de abril salí yo de un pueblecito de tránsito en el camino de Castilla la Vieja, con intención de dormir en una de las mejores capitales de esta provincia. No había andado aún media legua, cuando reparé que delante de mí, y a bastante distancia, hacía el mismo camino que yo un hombre, jinete en un rucio, el cual hombre llamó mi atención por las extraordinarias contorsiones que encima de su cabalgadura, la cual no dejaba entretanto su trotecillo cansado, ejecutaba.

Abrazábase unas veces al pescuezo de su asno, y entonces, levantando entre ambas piernas en alto, hacía mil difíciles figuras con ellas, y otras veces, levantando con ambos brazos por encima de su cabeza unos papeles, que, como luego veremos, eran unas cartas, bajábalos luego, y metiendo los papeles en el bolsillo, se pegaba un par de mojicones con poca fuerza y con cierta como si dijéramos *nonchalance*, y seguía después su camino, al parecer, sereno, hasta que de nuevo comenzaba con sus gestos de endemoniado, que aunque yo no sabía si eran en él resultado del placer o del dolor, porque ambos a dos entes morales hacen que el hombre se sacuda trompazos y haga otros extremos; aunque, como digo, yo no sabía si era aquello en aquel hombre alegría o pesadumbre, me daba a mí tanto gusto el observar sus aspavientos, que nunca hubiera procurado alcanzarle si él no hubiera pasado más de media hora, después de la última pantomina, tan juicioso en su pollino como un deán cualquiera en su mula.

Entonces yo, cansado de esperar, aguijé mi caballo, y en poco tiempo emparejé con el de los aspavientos, a la sazón en que, comiendo pan y queso, para engañar la sed y meterla dentro de sus tragaderas, la mataba después cobardemente con bien menudeados tragos de lo que, metido en una bota, así se podría jurar que era vino y no otro ningún licor.

—¡Buen día!—le dije entre dientes y con cierto acento que se da a los saludos de camino, que tiene algo entre indiferencia y valentonada.

—¡Buenos días!—contestó él por su parte con el mismo acento, pero con más sequedad y, sin mirarme siquiera, siguió comiendo a grandes bocados y a dos carrillos.

Acorté yo el paso y, aprovechándome de la poca atención que en mi ponía, tuve tiempo para examinarle detenidamente.

Tendría mi hombre hasta unos cincuenta años; pero, a primera vista, se conocía que había gozado de perfecta salud la mayor parte de su vida, porque vertía por todos los poros de su ancho semblante, salud y rústica fortaleza. En todo su traje no había de campesino más que la montera castellana, que, puesta de medio lado, dejaba descubierta a la vista una cabeza cubierta de entrecanos turujones de pelos rebeldes y cerdosos, y descubierta a la vista a la acción del sol, que la tenía roja como un pimiento, una desmesurada oreja, que más que oreja parecía cualquiera otra cosa, grande, carnosa y sanguinolenta.

Exceptuando, como he dicho, la montera, todo lo demás de su traje, más que de labrador era de acomodado y modesto artesano, y si al lector le parece mejor que fuera de

sacristán o cosa así, bien puede parecerle, porque algo había de eso en sus pantalones, chaqueta y chaleco de paño negro, y en sus medias de lana, negras también, y no de las más bastas.

Un buen rato pasé yo en estas y otras observaciones, admirando además la serena tranquilidad con que comía aquel hombre que momentos antes daba muestra de tanta agitación. A todo esto, ni él me había mirado una sola vez, ni yo me había resuelto todavía a entablar conversación con quien, al parecer, tan pocas ganas tenía de ella.

Por fin, distraído, le dije por casualidad, más que por otra cosa:

—Vamos juntos, ¿eh?

—Parece que sí—me contestó con la misma sequedad que antes.

Volvió a interrumpirse la conversación, hasta que, mirando a mi caballo, mi compañero de viaje volvió a decir:

—¡Poco anda el jaco!

—No quiero yo que ande más, porque cuando en el camino se encuentra buena compañía y no se va de prisa, debe uno aprovecharse de la ocasión, y hablar cuatro palabras, y echar un cigarro con el compañero.

—¡Si usted supiera el compañero que se ha echado!—me dijo con cierta sonrisita burlona, que, por más señas, le caía muy mal.

—¡Un excelente compañero! —repliqué yo, alargándole un cigarro.

—No fumo, gracias. ¿Quiere usted un polvo?—y diciendo esto me alargó una riquísima caja de oro, de forma antigua y trabajada con mucho primor.

—Venga un polvo, que, aunque no lo gasto, de tan buenas manos no puede venir cosa que de tomar no sea.

—¿Sí, eh?—y se sonrió como antes, con cierta calma, más que maliciosa, estúpida.

Yo tomé mi polvo y me quedé examinando la caja, que era buena de veras.

—¿Le gusta a usted esa caja?

—¡Mucho; es muy buena, es muy buena!

—Pues no puedo ofrecerla, porque...

—Gracias, buen amigo.

—Pues mire usted, de veras no puedo ofrecerla, porque es regalo de uno a quien ajusticiamos...

—¡Cómo!

—Sí, señor, por ladrón y...

—¿Pero usted?

—¡Toma! Yo solo, no. La sala le condenó, y como yo soy el que ejecuta...

—¡Ah! ¿Conque usted es?...

—Sí, señor; yo soy el verdugo—y entonces, dándose una palmada en la frente, exclamó—: ¡Tonto de mí! Vamos, ¡ni sé lo que me hago, con esta desgracia!

Y luego, mirándome de hito en hito, con unos ojazos muy abiertos y con cierta expresión de susto en el semblante, pasó un buen rato, hasta que, al fin, me dijo:

—¡Va!... Ya veo yo que usted es todo un caballero, y que voy bien seguro.

—¿Qué quiere decir seguro?

—Mire usted; suponga usted que usted fuera un ladrón; se aprovecharía usted ahora de esta ocasión, y ¡pobre de mí!, porque yo no llevo ni una mala navaja. Y ahora le voy a pedir a usted un favor, que es que si se adelanta, o si va conmigo, o se queda usted atrás, al fin, que no se le escape a usted decir que vengo yo por aquí. Me hará usted ese favor, ¿verdad?

—¡Con mucho gusto!

—Yo siempre viajo con escolta, que así es como caminamos los del oficio cuando salimos de la capital a hacer alguna justicia; pero esta vez, así que acabé de ajusticiar a mi Leoncio, ni estuve para pensar en pedir escolta ni nada. ¡Como atontado!... ¡Jesús!... ¡Jesús!—, haciendo estas exclamaciones, lanzó dos resoplidos y se pegó un par de puñetazos como los de marras, y después, tan sereno como si tal cosa, me dijo—: Conque no dirá usted nada... ¿No, caballero?

—No, hombre, no; me callaré. Pero ¿qué puñetazos y qué sollozos son ésos?

—¡Calle usted, que todo el camino vengo así!... ¡Lo menos me he pegado ya mil pechugones!

—Pero, hombre, ¿por qué es eso, por qué?

—No estoy para contarlo, porque estoy que no me conozco, y si no fuera porque he cumplido con mi deber y que tengo, gracias a Dios, tranquila la conciencia, me moriría de sentimiento. ¡Pobrecico! ¡Pobrecico!

Y el bueno de mi compañero, sin verter una lágrima, hacía todos los gestos repugnantes que hacen los que lloran, y lloraba seco que no había más que ver.

Yo, que me alegraba mucho de tener esta ocasión de tratar con tanta llaneza a tan temible personaje, y que, a pesar de estar convencido de que si alguna cualidad rara puede haber en ese ser tan misterioso para los hombres de imaginación, en el verdugo, tiene que ser, por fuerza, la brutalidad llevada al último grado, no dejaba, sin embargo, de estar un poco interesado en examinar a mi buen compañero, a quien seguiré llamando así, a pesar de su profesión, porque ni soy orgulloso, ni me inspiró tanto misterioso temor como me han inspirado una porción de jueces y de fiscales con quienes he viajado, y a quienes llamo también compañeros de viaje.

Yo, como iba diciendo, hice todo lo posible por insinuarme en el ánimo de mi compañero, y después de mucho rato que se pasó en preguntas mías y respuestas suyas de que nada se podría sacar en limpio, por fin, me dijo verraqueando, pero a ojo enjuto:

—Señor caballero, yo no puedo hablar de esto, porque esto, vamos al decir, es un fenómeno que ha sucedido conmigo; pero tome usted esos papeles, y lea usted, porque usted es un guapo caballero, y quiero yo que usted lo sepa todo! ¡Lea usted, lea usted, que, entretanto, voy yo a arreglar aquí unos chismes del oficio que traigo en las alforjas!

Entonces me dio unos papeles, que eran, indudablemente, los mismos que yo le había visto levantar en lo alto con gestos desesperados. Eran estos papeles unas cartas que, por orden de fechas, decían así, aunque todavía con peor ortografía:

Salamanca y marzo:

Querido padre, me alegraré que goce usté la misma salud que yo para mí deseo. Ésta sólo se dirige a decirle a usté que me van a ahorcar. ¡Padre mío!, ¡ánimo!, que al hijo no le ha de faltar, a Dios gracias. Mi causa es poco honrosa, pero yo soy tan honrado co-

mo siempre, y otros hay más bribones. Padre no se fie usté de personas que dicen que han sido. A mí me han vendido miserablemente. Uno que decía que había sido alguacil, me salió calabaza. Siendo buenos compañeros, él me ha descubierto y ya no hay más remedio que mucha conformidad y chitón. ¿Qué se ha de hacer, padre? Eso es otra cosa, yo si acaso me condenan estoy arrepentido, bueno es que usté lo sepa. Yo creo que sí me condenarán, o al menos tal me presumo, y mire usté, lo siento, por usté padre, porque al cabo, aunque a mí no me está bien, peor le está a usté, que por lo menos usté me engendró, y yo a lo menos no he hecho nada conmigo. El señor fiscal pide la muerte y sólo falta la sentencia, con que como si no faltara nada. Con que no hay que asustarse por eso, que es poca cosa, y sobre todo yo avisaré las novedades, que para eso me han de dar tiempo. No quiero cansar más. Esta se la entregará a usté Jorgillo Rango que es un amigo mío que le trasladan a ésa, porque le tienen que ahorcar de precisión en esa ciudad. Estará antes algo de tiempo en la cárcel. De todas maneras, salga pronto o salga tarde, ya sabe usté que se lo recomiendo, y darle buena muerte al pobre, que bien la merece. Padre que yo le quiero a usted, y usté lo sabe y sepa que aunque sea lo que sea, daría cualquier cosa por no poner a usté en este compromiso, y bien lo puede usté creer de todo corazón.

P D.—Por esta que no va por el correo, le digo a usté que no tiemble de nada, porque aquí entre otros compañeros y yo tenemos proyectos, y vamos, para que usté lo entienda y no le sirva de incomodidad, me parece que lo lograremos, el escalar nuestros hierros. Conque ya lo sabe usté, a mi madre que no se asuste y mande a su hijo como guste, que aquí está para servirla en esta cárcel el pobrecico.

Leoncio

Valladolid 24 de marzo:

Querido hijo, me alegraré de que puedas recibir ésta, que no he podido escribirte antes, y sentiría que sin participármelo te hubiesen ya ajusticiado como tú sabes. Leoncio, !válgame Dios!, ¡y qué ratos das a tu padre y a tu madre! En fin a tus padres los has de matar a sentimientos. Sábete que aquí nos has hecho llorar que daba compasión, y lo que es tu madre sigue tan triste que yo no sé, pero harto será que no pare yo en mal con ella, por que no se la pueden aguantar sus malos humores. Yo soy individuo de la justicia, y así, aunque me alegrara que te salvases, lo que es a cara descubierta, siento tener que decirte que el escalar la cárcel no me parece bien, porque, sea lo que sea, siempre es delito. Haz tú lo que puedas, que yo me callaré como un puto, porque no estaría bien que tu padre descubriese tus proyectos aunque que no sean buenos, que eso no puedo menos de decirte que no lo son.

Mira Leoncio, para prevenirlo todo, no dejes de avisarme si tu causa se pone formal, porque te voy a decir una cosa que no se si sabrás, ¿sabes que el ejecutor de esa ciudad es aquel criado tan torpe que por más que hice no pude amaestrarle? Pues ése es, hijo mío, y ya ves la desgracia que es caer en malas manos que eso te lo dice tu padre que sabe del oficio más que tú, bobillo. Pues por eso yo tengo pensado en cuanto me digas de fijo, tal día salgo, pedir licencia a estos señores, que sí me la darán, porque tengo entendido que me estiman, y pasar a ésa, donde yo me compondré con Perico, y si es necesario, le daré algo encima de sus honorarios, para librarle de la mala muerte que te había de dar, porque yo soy otra cosa, y hasta ahora ningún infeliz ha tenido que arrepentirse de que yo

siga mi profesión: con que para que vea si no pondré yo doble cuidado contigo, que te quiero como hijo de las entrañas.

Si es que hacemos esto, tú verás como no es tan fiero el león como lo pintan, y esto es para que veas mi cariño; que dejo las comodidades de mi casa sólo porque tú no padezcas en los últimos momentos, que yo respondo de que no padecerás, que es lo que me hace tomar esta resolución, aunque yo sé que me ha de partir el corazón al apretarte entre mis piernas, pero para eso soy tu padre, y debo hacerte buena la muerte, como desearía hacerte buena la vida, que eso no le dudes de ningún modo. Con que así, avísame con tiempo si no quieres morir como un perro, porque eso es otra cosa, pero es un escándalo que Perico esté condecorado con un oficio para el cual se necesita tanto. Si sucede esto, créeme y no te aflijas, que yo tengo mucha práctica de estos lances, y sé que como la mano sea buena, no es cosa de cuidado para el reo y hecha en un santiamén, y sin sentirse, que es lo que me consuela, si logro mis deseos de salvarte de ese bárbaro, que no le daría yo a ahorcar, no digo yo una cosa tan difícil como el hombre, pero ni gatos. Jorgillo Rango era todo un hombre; anda, pregúntale si le fue mal conmigo y verás lo que te dice. Desengáñate, Leoncio, no hay otro como tu padre; sólo tengo noticia que dicen que el de Barcelona, si no me iguala poco le faltará. Manda siempre como mejor gustes a tu padre que te adora.

Anastasio.

Salamanca y abril:

Querido padre, ahora sí que ya me parece que ya no hay remedio, ya no hay esperanza, ya no hay consuelo. Encomiéndeme usté a los Santos del cielo, porque ya... ¡Oh! ¡qué desdicha la mía¡ y qué atribulación tan fuerte para los últimos momentos espantosos de esta negra vida. Pero no quiero afligirle a usté con mi entusiasmo. Puede que dentro de pocos días me pongan en capilla, y ya no me queda más esperanza que una, que le voy a decir a usté, para que usté me aconseje, porque usté bien lo entenderá.

Aquí, hablando con un compañero muy versado, me asegura que siempre hay un recurso, como uno tenga serenidad, porque dice él que la escalera de la horca tiene huecos, y que como uno trabe allí los pies al tiempo de que le vayan a tirar, puede caer el ejecutor, y quedarse uno allí sentado, y el ejecutor muerto o herido y sin poderle a uno despachar.

Yo con esto estoy tan contento, porque bien veo que las fuerzas no me faltan, pero como ya lo tengo dicho, se lo digo a usté para que me desengañe y me diga lo que hay en el asunto, como maestro en estas cosas. Ya ve usté que entonces no necesita usté venir, ni hacer esos gastos, que yo bien sé lo que usted me quiere, y se lo agradezco lo mismo que si lo hiciera, que no sabe usté el hijo tan bueno que tiene, si no fuera que es más desdichado que la pena negra y más infeliz que la noche lóbrega, y con una estrella que el pobre... pero no quiero enternecerle a usté más de lo regular. Hágame usted este favor, no pegue a mi madre, y esto es lo que le suplica su hijo que le ama y estima.

Leoncio.

Valladolid, 10 de abril:

Querido hijo encomiéndate a Dios, que allá voy. Ya sé como está tu causa, y no hay más que esperar. A lo que me decías, te respondo que bien se conoce que eres un niño sin hiel, —¡pobrecico de mis ojos!— ¿y qué adelantas tú, suponiendo que enredes las patas en los escaloncillos de la de palo y tires a Perico a la plaza, que lo que es conmigo no lo harías, pero con él puede ser que sí, porque ya te tengo dicho que es un topo? ¿No ves, pobrecico, que al cabo tú nada adelantas? Desengáñate, a ti de todas maneras te sale la misma cuenta, y te han de echar abajo por fuerza, y entonces es peor, porque llevas una muerte de las peores. Déjate guiar por mis consejos, que más sabe tu padre que tú, y sobre todo de esto, y no te había yo de decir nada para mal tuyo. Ya tengo preparado el viaje y voy a probar al mundo entero lo que puede hacer un padre como yo, por un hijo como tú, que de nuestro cariño sólo Dios sabe adónde llega, y ahora lo quiero probar. ¡Sea todo por Dios! Que no tengo noticia de que haya habido otro ejemplar, más que el de aquel otro que sin ser del Oficio, que es todavía caso más duro, porque yo tengo la mano hecha y él no sabía lo que se iba a hacer, le mandó Dios también por su infinita bondad despachar a su hijo, pero para eso a éste lo libertó por un milagro especial, porque la intención de Dios no había sido mala, y a ti no te liberta ya ni el *sursum corda*. En mala temporada me cogen los gastos y trastornos de este viaje, y sólo por ti haría yo este sacrificio, pero para eso somos padres, y como dice el refrán, al que tiene hijos y ovejas, no le faltarán quejas. Mucho más te diría, pero no quiero entristecerte, y así sólo te doy la buena noticia de que ahí me tienes dentro de pocos días, y ya verás si entre mis manos sientes ni la cuarta parte que en otras. Vamos, conformidad y hazte cargo de que más amargo es este trago para mí que no para ti, y con todo le llevo; porque desengáñate, Leoncio, acá abajo no hay más que de estas cosas y otras peores. Te prometo delante de Dios tratar a tu madre lo mejor que sea posible; pues mira, mucho siente la pobrecita este percance, y dice que no te va a ver porque teme quedarse muerta en el acto, y yo no lo extrañaría, porque al fin es madre y las madres tienen mil caprichos por sus hijos. Adiós, y manda como quieras a tu padre que te idolatra y aprecia.

Anastasio.

Éste era el contenido de las cartas que mi compañero de viaje me dio a leer. Cuando hube concluido, me volví a él y vi que iba roncando y echado de bruces en su pollino. Entonces me puse a hacer todas las consideraciones que acaso harán también los lectores al leer estos renglones en que ni falta amor, ni ternura, ni ninguno de los sentimientos dulces del corazón y que, sin embargo, tanto se diferencian de la expresión de los mismos sentimientos en otra clase de la sociedad. Sin hacer muchos comentarios sobre esto, me apresuré a llamar a mi compañero, a tiempo que llegamos a una mala venta, o posada, o lo que quiera, que no era cosa buena. Despertóse desperezándose y bostezando me dijo:

—¡Qué! ¿Vamos a echar un trago?

—Almorzaremos, si usted quiere acompañarme.

—Con mucho gusto: así como así, tengo hambre.

Entramos, pues, en el portal de la posada, donde había hasta media docena de arrieros jugando a los naipes. Púsose a hacer pie mi buen hombre, y no se levantó hasta

que en un cuartucho de la casa estuvo puesta una mesa y sobre ella una buena fuente de no mal jamón frito con patatas. Comió mi compañero como un bárbaro, sin hablar apenas una palabra y disculpándose con su dolor para no responder a mis preguntas. Acabamos por fin de almorzar, y entonces me pidió las cartas, diciéndome que las estimaba más que a las telillas de su corazón, porque eran la única herencia que de su pobre hijo le quedaba; y me dijo además que si se sosegaba, en el camino me contaría los últimos momentos de su pobre Leoncio.

Salimos de la venta, pero fue tal el sosiego con que hizo todo lo restante del camino el bueno de Anastasio, que iba durmiendo el mucho vino que había bebido, que habiendo yo, por casualidad, encontrado en un pueblecillo a un labrador amigo, que me hizo parar en su casa, me quedé sin saber circunstanciadamente nada de la maestría que para ahorcar a su buen hijo Leoncio pondría en juego su amantísimo y tierno padre, mi compañero de viaje.

El collar de perlas

Serafín Estébanez Calderón

Revista de Teatros. 1841. 67-69/76-77/83-85/96--99/105-108/122-124

I

Mohamad II, de la familia de los Naceritas, reinaba en Granada lleno de poder, gloria y juventud; pues por la muerte de su padre se miraba a los veinticinco años sentado ya en el trono de la Alhambra.

Cuentan las historias que este príncipe, antes de heredar el título de Sultán, andaba perdidamente enamorado de la hermosísima Híala, hija del primero de los Wazires de su padre, hombre principal y poderoso, pero que aunque deudo de la familia real, no entraba en los cálculos del Sultán viejo el permitir tal enlace. Ello es que el sultán Alamar quería casar al príncipe, su hijo, con una infanta de Fez para afirmar con tal alianza el imperio muslímico en España, y poder, con la ayuda de las kábilas africanas, rechazar a los cristianos, que a más andar le venían invadiendo y ocupando su territorio, como las olas incesantes de un mar ambicioso e insaciable.

La muerte de Alamar cortó en flor proyectos tan prudentes y dejó en libertad al nuevo Sultán para seguir las dulces inclinaciones de su corazón, contando éste que, con un brazo fuerte y una voluntad firme, podría hacer frente al de Aragón por la parte oriental, y al de Castilla por la parte del Algarbe de su reino.

Así, pues, al mismo tiempo que hizo llamamiento de sus alcaides y capitanes, y que sus escuadrones y jinetes, así africanos como andaluces, se juntaban, apresuraba el Sultán mancebo sus bodas, que habían de ser con todo el boato, gala y riquezas que los monarcas granadinos acostumbraban ostentar y derramar en las ocasiones solemnes, y por cierto que para un corazón enamorado nada de más solemnidad y grandeza que el día en que iba a poseer el objeto por quien tanto se ha anhelado.

Los Masamudes, los Aliatares, los Benegas y otros muchos caballeros de las familias nobles, disponían cuadrillas, cañas y torneos; las damas, parientas de la futura Sultana, trazaban en sus cármenes y jardines los festejos y zambras con que habían de celebrar tan venturoso enlace, y los mercaderes de joyas, telas, esencias y otros objetos preciosos se encontraban en todas partes, y en todas partes eran echados de menos, pues tanta era la viva curiosidad por ver, y ansia por comprobar y apoderarse a todo precio de tanta preciosidad, propias del lujo oriental y del fausto que en aquella época ostentaba la árabe corte de Granada. El enamorado Sultán, por su parte, realizaba en los alcázares de la Alhambra y en los vergeles del Generalife todas las ficciones y sueños de las mil y una noches, derramando riquezas y tesoros, para que aquellas encantadas estancias fuesen aún más dignas de recibir y hospedar a la sin par Híala.

Todo estaba a punto ya para la última ceremonia, y el Sultán dispuso que su hermosa novia subiese desde su morada, en los palacios de Granada, a los alcázares de la Alhambra, tres días antes de las bodas, que se fijaron para el hálid o plenilunio del mes de las flores.

La madre de Mohamad recibió a la futura Sultana como a hija la más querida; la carrera de ésta desde su palacio a un extremo de la ciudad, hasta el regio albergue, fue un verdadero triunfo. Además de toda la nobleza de su casa y parentela, y de los príncipes de la sangre que cabalgaban en soberbios caballos, apelados por cuadrillas y ostentando las galas y preseas más ricas, iban los ulemas, los imanes, los wazires y cadíes, cada cual en el lugar que le correspondía. Después se dejaba ver la guardia del Jacinto, compuesta de mil esclavos negros, y así llamada por la piedra que relucía en los turbantes; y luego seguía la invencible, compuesta de tres mil africanos con escudos de plata y blandiendo azagayas de reluciente acero con astiles colorados. A cierta distancia se miraban venir veinte cebras y veinte jirafas, que conducían en cofres de sándalo y maderas preciosas, los vestidos, regalos, el alizaque o dote de la novia, y luego, entre una comitiva numerosa de jeques y ancianos, jefes de las kábilas y linajes, se dejaba ver un riquísimo palanquín colgado, de brocados y radas, y con varales de coral y madreperla.

Se nos olvidaba que precedían también a la Sultana numerosas bandas de músicos, vestidos a la índica usanza, y haciendo sonar sus instrumentos por la manera más blanda y voluptuosa, y que delante iban doce pavones tendiendo sus vistosísimas alas, con otras aves de peregrina naturaleza, y traídas desde la Arabia, del Irak y del Hindí.

Lo que más llamaba la curiosidad del público era ver los saltos y gestos de gran número de monos y jimios, que de todos tamaños y cataduras, y formando uno como extravagante escuadrón, iba remedando el talante y gravedad de aquella solemne y dilatada procesión. Algunos, que eran de crecida estatura y traídos del interior de Africa, y que iban ataviados de sus capellares, marlotas y turbantes, podrían equivocarse por sus carillas revejidas, sus ojuelos hundidos y otros accidentes, con algunos de los viejos dignatarios de la corte.

—Aquél—decía uno—, es el cadí Anakin

—Éste es el katib Abdual—, gritaba otro

—Pues estotro—gritaba aquél—, sin pizca más ni pizca menos, es el intendente de los tesoros Albut Seid. Mirad qué ojos abre en cuanto ve relumbrar algo que le parece oro o plata.

El menudo pueblo halla siempre cierto sabroso placer en encontrar alguna semejanza entre los que lo mandan y los animales nocivos, y por cierto que las más veces no se engaña.

Entretanto, las cuadrillas, las guardias y el inmenso acompañamiento iban marchando, acercándose al propio tiempo las ricas andas que encerraban tanto tesoro.

En este como portátil camarín, que cargaba sobre los hombros de doce eunucos de Senaar, aparecía la afortunada novia envuelta en los velos que aun en la poco ortodoxa Granada, para ceremonias de tal monta y con personas de tal clase, reclamaba la rigidez muslímica. Hemos de presuponer que los velos eran tan sutiles, que no parecía sino que, por desusada manera y con arte sobrehumana, habían obligado al delgado aire a trocarse en diáfana y ligerísima tela, y aun sin embargo, Híala, para procurarse el inocente placer de contemplar a su sabor aquel nunca visto espectáculo, y también acaso para dejar ver que el delirio del Sultán tenía sobrado fundamento y razonable disculpa, con su mano de miniatura recogía contra su faz el velo, dejando así libre paso a los rayos de uno de sus

ojos, argumento irresistible para quien lo alcanzara a distinguir, en favor de la apasionada resolución del Sultán.

Este iba al siniestro lado de las andas, montando un caballo casi fabuloso por su hermosura, rareza y por las circunstancias de su ser. No era de casta conocida, sino que en una montería habida años antes por el mismo Mohamad, fue encontrado vagando por los montes de Sohail, siendo necesarios tres días y tres noches y los esfuerzos de doscientos monteros para rendirlo y cautivarlo. No se dejaba cabalgar de otro jinete que el príncipe, a la sazón Sultán; pero en trueque era la más dócil hacanea si alguna dama hermosa intentaba montarlo. Andaba tres parasangas de sol a sol; corría el doble que el corcel más corredor; en la arena dejaba atrás al camello más fuerte, y pasaba a nado el Guadalquivir en los días más iracundos de su tempestuosa soberbia. Su destreza era tan extremada, que el Príncipe, montándolo, corría seguro sobre los adarves de los altos muros de Granada: jamás su dueño había dejado de salir vencedor en las justas y torneos, triunfante en las lides y batallas e ileso en los juegos de cañas y alcancías.

Tal era su agilidad en los movimientos, su rapidez y violencia en las acometidas y su instinto maravilloso para secundar y ayudar los intentos, trazas y ardides de su real jinete.

Su color era tal, que en cuanto se agitaba se convertía en una montaña de púrpura esplendente, tan bermejo se paraba, resaltando así más y más su crin y cola de azabache, que era necesario recortar muy a menudo, pues, de otra manera, llegaran a rodar por el suelo.

Este caballo, superior a los fabulosos de la mitología griega y oriental, se llamaba Ebn-Nur, o hijo de la luz o del fuego, ya por las nobles condiciones que ostentaba, o ya por una estrella que tenía en la frente, tan blanca, que de noche creían supersticiosamente que rutilaba y resplandecía como lucero del cielo.

El joven Sultán iba, como se ha dicho, al siniestro lado del riquísimo palanquín, haciendo gala y muestra de su gentil presencia, y escarceando gallardamente con aquella peregrina alfana, si llena de fiereza para combatir, no menos primorosa y atildada para los alardes de gentilezas y bizarrías.

Mientras esto pasaba por el un lado de las andas, era por el otro por donde se deslizaban los furtivos ojos de la lindísima novia. Achaques de muchachas: descuidaba el recrear la vista por lo que había de ser pasto común cotidiano de sus ojos, y éstos los fijaba a preferencia en objetos que habían de ser de más difícil alcance después para una Sultana de la Alhambra.

De esta manera dejaba ver Híala el collar de las nueve perlas que el Sultán le había ofrecido como uno de los primeros regalos de la boda; collar que, según antigua y verdadera tradición, perteneció al primero de los Omniadas que imperó en Córdoba, Abderramen el-Dajel, que adornó un tiempo el cuello de la reina Sabah, y que fue el más precioso de los presentes que esta mujer célebre regaló al rey Soleimán cuando fue a visitarlo, llevada de la fama de su grandeza y sabiduría.

De las nueve perlas, todas del grandor del fruto del nogal, dos de ellas, una blanca con el oriente más rico, y otra negra con el brillo del ébano, se habían cogido en el mar de Persia; otras dos, una roja como el carmín, y otra verde como la esmeralda, fueron cogidas en el mar tempestuoso de la India; otras dos, una azul como el jacinto, y otra pálida

como el ámbar, se pescaron en el mar grande o de Atlante; dos, entrambas celestes como el cielo, se encontraron en los mares tenebrosos o del Septentrión, y la última, de los colores variados del iris, se ignoraba de dónde fue cogida, aunque los aficionados a lo maravilloso y sobrenatural aseguraban que aquella piedra, única en el mundo, fue encontrada en la fuente Tasnin, que corre en el algerna o paraíso, y traída a la tierra por uno de los genios obedientes a Soleimán, quien añadió así la novena perla al collar de la reina del Yemen. Esta misteriosa piedra que se engarzaba como por privilegio en medio de las otras perlas, tenía una oculta y maravillosa propiedad, y era que los matices de sus colores cambiaban incesantemente cuando la persona que se adornaba con el collar se acercaba en bien o en mal a alguna súbita mudanza o peripecia en su condición y fortuna.

II

Nada más natural que explicar en aquel trance el giro continuo de los matices de la novena perla.

Híala, por lo mismo, se entregaba dulcemente a sus ensueños de felicidad, y al través de su velo sutil, o por sus miradas de reojo, veía llover flores y rosas por donde pasaba; miraba las calles alfombradas de ricas alcatifas, cubiertas las azoteas de elegantes doseles y sobrecielos para templar la viveza de la luz; muchos esclavillos agitando enormes ventalles y abanicos de pluma y papiro para mover y refrescar el aire, y gran número de pebeteros en los ajimeces y ventanas que poblaban el ambiente de los olores más exquisitos.

Detrás, cerraban la marcha tres mil cenetes montados en caballos negros, y tres mil bereberes cabalgando en caballos blancos.

Cuando llegaron los primeros del acompañamiento a la puerta de la justicia, que era la principal entrada de la Alhambra, se fueron derramando, aunque en orden, por aquellas inmensas alamedas de álamos y almeces, hasta que los doce eunucos del Senaar entraron por las puertas del Alcázar el tesoro, o más bien dicho, la divinidad que conducían.

En aquel recinto regio fueron muy pocos los que alcanzaron a entrar, bajando todas las esclavas a recibir a su nueva señora con las demostraciones más ardientes de regocijo; unas danzaban al son de los albogues y adufes, y otras le cantaban al antiguo uso de Córdoba y del Cairo, estas lisonjeras casidas de versos:

Entra aquí,
entra aquí en estos jardines
de arrayán, rosa y jazmines,
entra, sí,
cual reina por sus confines.
El poder,
el poder te da su imperio,
que el rendir feudo al misterio
del placer
no es mengua ni vituperio.

Por tu amor,
por tu amor ya arde la Alhambra,
rejas, torres, Vivarrambra,
el fulgor
de cañas, juegos y zambra.

La Sultana madre, al ver desde sus miradores acercarse la comitiva regia, se apresuró a venir al recibimiento de su nueva hija, encontrándola en el patio de los Laureles, en medio de las esclavas, ya con el velo alzado y enseñoreándose todavía en el palanquín de los eunucos negros. La bajó entre sus brazos, ayudada en tan cariñoso obsequio por el Sultán, su hijo, que para ello se derribó gallardamente del caballo Ebn-Nur, quien dobló al efecto tan gentil como humildemente sus rodillas.

La madre instaló a la bellísima nuera en su propia cámara, formada de cristales y espejos, hasta que llegase el instante de las bodas; y en tanto que el Sultán recibía los homenajes y plácemes de sus alcaides, wazires y walíes, las Sultanas salieron a solazarse con las esclavas por los espaciosos y mágicos jardines, trasunto del imperio de Flora y compendio aventajado del Paraíso, por quien tanto suspiran los creyentes en el Islam.

Híala, que por su condición viva y regocijada, había tomado en fastidio tanta circunspección y compostura, quiso aprovechar ocasión tan feliz de solazarse a todo su albedrío; y mientras la Sultana madre se entretenía en reñir en un estanque a varias esclavas que se bañaban con mucho de algazara y escarceo y algún poco de desenvoltura, se perdió por entre un laberinto de mosquetas, rosas y celindas, acompañada sólo de Encirnún, una esclava, persiana de nacimiento y de singular belleza y discreción.

Cuenta la historia que así como Híala y Encirnún salieron de aquellas intrincadas calles de rosales y verduras, encontraron en un prado sobre una flor, la mariposa más extremada en hermosura, así por sus colores, como por la brillantez de sus penachos.

—Princesa —dijo Encirnún—, esta mariposa sólo se encuentra entre los tulipanes y anémonas de mi hermoso país; capricho raro ha tenido este insecto en llegar hasta aquí, ¿queréis que tratemos de hacerla nuestra cautiva?

Con el asenso de Híala comenzaron entrambas a procurar dar caza a la mariposa; pero el insecto, burlando las trazas de sus lindas perseguidoras, las fue llevando hacia los bosques inmediatos, ya parándose en un pimpollo o en una rama, ya alzando el vuelo con presteza y maravilloso instinto.

La Sultana vieja seguía de lejos, y presidiendo la banda de sus lindas esclavas, la afanosa tarea de Híala y de Encirnún, y las vio, riéndose de su loca empresa, trasponer por entre las calles de negros árboles que daban entrada al bosque.

Al poco tiempo de haber desaparecido las dos lindas cazadoras, se oyó un grito agudo dentro del bosque, en el que, así la Sultana vieja como todas las esclavas, conocieron la voz de Híala.

Cuál fuera la admiración y el espanto que tal grito infundiera en la Sultana y en las esclavas, es fácil concebirlo.

Al punto se dejó escuchar un coro de gritos y voces en todos los tonos y con toda la discordancia que para tales y semejantes casos tiene reservados el diapasón femenil.

Acudieron por de pronto los esclavos y eunucos negros del harén y principiaron a moverse en todas direcciones con aquel acuerdo que se acostumbra en los trances apurados.

A los de más edad, y casi ciegos por los años, se les mandaba que entrasen en el bosque a inquirir y ver las circunstancias de aquella presunta catástrofe; a los cojos se les daba prisa para que fuesen a llamar los guardias, y a los mudos se les conminaba para que fuesen a relatar al Sultán los pormenores de tamaña desventura. Todo era desorden, todo confusión.

En esto se presentó el Sultán a la cabeza de sus continuos y más allegados, y sin detenerse a oír los pormenores del caso, ni las sospechas que sobre él podrían concebirse, ni los diversos planes que debieran formarse para averiguar el origen de tal atentado, y poniendo al lado los consejos, las reflexiones, los dictámenes y las sabias medidas que sus entendidos consejeros le proponían, y dejándolos a éstos en sus entretenidas disensiones y reyertas, se precipitó por las calles del bosque, frenético de rabia y lleno de zozobras.

El Sultán corrió todos aquellos laberintos de verduras y malezas sin hallar más que algún pájaro que revolaba entre las ramas o alguna tímida liebre que se deslizaba entre la hierba.

En tanto volvió en sí y se miró solo, pues sus cortesanos en vano le habían querido seguir en su rápida y pesquisidora excursión.

En fin, el Sultán llegó a cierto lugar del bosque en donde los árboles clareaban, alzándose en lo más desembarazado un hermoso peral cargado de fruta. Una fuente pintoresca, que se despeñaba por el fauce de una retorcida cueva, completaba aquel delicioso paisaje.

Al llegar aquí, el Sultán se encontró a todos sus wazires y cortesanos que formaban un ancho corro, con un pie levantado, el otro adelante y la cabeza todavía más avanzada, como si mirasen algún hondísimo algibe que se les hubiere abierto delante de sus ojos. Tanto era el saludable temor que los detenía.

Ello era que allí habían encontrado a la hermosa Híala debajo de aquel poderoso árbol, sumergida en un profundo parasismo.

Nadie se atrevía a adelantarse, y aunque en el desorden de las vestiduras se dejaba ver la punta de una leve chinela de tafilete y oro, como no se hallaba a mano ningún tenacero de plata de longuísimos mangos para remediar aquel preciosísimo desgaire, necesario fue dejar las cosas en su primitivo estado por no probar, el que indiscreto anduviera tocando lo que no debía, la agradable aventura de verse dividido en dos partes, como algunos capítulos del Alcorán.

A la aparición del Sultán se desvaneció como si fuese de fugaces ondas aquel círculo de curiosos y cortesanos. Y el Sultán, sin reparar siquiera en ellos, se acercó a la desmayada esposa.

Los suspiros del coronado amante lograron volver en sí a la Princesa, pero para causar más lástima y desesperación. Sus ojos se abrieron y su voz articuló algunos sonidos, pero éstos no fueron más que suspiros y sollozos, y aquellos giraban desordenadamente, o se fijaban ni más ni menos que como pudieran estar los ojos de una estatua.

El Sultán, traspasado de dolor, condujo al palacio a su desventurada esposa, llevando detrás de sí y a respetuosa distancia a toda la comitiva.

La Princesa fue colocada en un mullido cuanto ostentoso rimero de almohadones y cojines, y dejándola bajo la custodia de la Sultana madre, y de gran número de esclavas, el Sultán salió del que hubo de ser nupcial aposento, y era ahora teatro de escenas lastimosas, para conferenciar con los sabios y médicos de la corte sobre lo peregrino de la aventura.

Al Sultán sólo se le escuchaba de vez en cuando estas palabras:

—Falta el collar de perlas.

Y los cortesanos, en voz baja, se hacían el eco diciendo:

—Entre otras cosas que pueden faltarle a la Princesa se echa de menos el collar de perlas.

III

Cuenta la historia que el Sultán quiso presidir por sí mismo el cónclave aquel de sabiduría, y aquel diván de inteligencia médica, y que sufrió los ratos de más bostezante fastidio que imaginarse pueden.

Un wazir, profundo estadista, aseguraba que aquella catástrofe estaba preparada por los enemigos, y que así era preciso desterrar a todos los desafectos de la dinastía Nacerita; otro wazir, todavía más sagaz, añadía que suponiendo este horrendo plan, el cual era patente como la luz del día, debiera deducirse que los cristianos eran los autores de la trama, como enemigos jurados de la gloria de la casa reinante, y que debieran ponerse todos en tormento para que declarasen la verdad.

Otro, menos profundo y amigo de explicar las cosas por lo natural y fácil, contradijo a sus compañeros, y probó lindamente, en un discurso de dos horas y media, que la tragedia la había motivado sin duda alguna la presencia de algún tremendo salteador que, burlando la vigilancia de los guardias y venciendo los obstáculos que cercaban la real estancia y sus jardines, había venido a despojar a la Sultana del inestimable collar que llevaba en la garganta.

—¿Cómo explicar de otro modo—decía ufano el parlante—, el robo de esta joya? Unos conjurados no piensan en robar; ¿qué tienen que ver—aquí alzaba la voz, vanaglorioso con la distinción—, los delitos comunes con los políticos?

—Patarata—replicó un entendido naturalista desde los escaños de los taalebs o núdicos, en donde estaba sentado hechas sus piernas tres dobleces—. Tal caso debe explicarse por causas naturales enteramente. ¿A qué acudir a móviles ridículos por lejanos, si el misterio por sí mismo se revela? El magnífico cuanto peregrino espectáculo que ha herido la imaginación aún infantil de nuestra linda y tierna Sultana, sálvela Alah, ¿no será explicación bastante para este desmayo o parasismo? ¿Pues estos sentimientos llevados al último punto por el placer de verse la noble esposa del más guerrero, generoso y amable de los sultanes—y aquí añadía el orador una cáfila de alabanzas y epítetos, por supuesto sin mezcla de lisonja médica—, no es suficiente motivo para tal arrobamiento? Roguemos al cielo, por el contrario, que tanta gloria no anonade y absorba la luz de vida de ese frágil corazón.

Otros veinte picos de oro dijeron cosas muy buenas, diversas todas las unas de las otras, sin haber disparate que no tuviese defensor, ni extravagancia que no se encomiase llevándola a los cuernos de la luna.

Ya el Sultán, desesperado a fuerza de hastío, revolvía en su mente el saludable proyecto de degollar con su propio alfanje tres o cuatro de aquellos ruiseñores sapientes, eligiéndolos de entre los más floridos y locuaces en su parla, cuando el famoso Aben-Jomiz, que había sido diez años alfajeme, otros tantos boticario, siempre viajando y herbolizando, algunas veces matando y jamás curando, y que había concluido por ser tan entendido médico como consejero profundo, dio señales de hablar.

Todos callaron, y el Sultán, dejando para mejor lugar y ocasión su resolución piadosa, se volvió hacia el meflez o asiento del sapientísimo médico, y oyó que éste, con voz chirriadora y cascada, dijo:

—No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta. La sultana Híala está afectada de una catalexis.

—Al menos—dijo el Sultán—, este necio no nos ha quebrado la cabeza ¡Catalexis!...

Los cortesanos se enamoraron del nombre de la enfermedad, y todos se decían:

—La Sultana tiene una catalexis.

Todo el mundo se llenó de gozo al ver descifrado el enigma, y de los cortesanos a los esclavos, y de éstos a los guardias, y del Sultán a la madre, y de ésta a las esclavas, y de las mujeres del harén, a otras mujeres, bajó rodando de boca en boca desde la Alhambra de Granada el mismo nombre de la enfermedad: ¡Catalexis!

El júbilo por tan dichoso hallazgo infundió el deseo de celebrarlo con todas veras y estrépito, y así a los pocos instantes se escuchaban doquier en la algazara más bulliciosa del mundo los gritos regocijados, los acentos de los vivas y los ecos de los instrumentos. La palabra catalexis se oía de cuando en cuando como tema de aquella alborotada sinfonía y servía de incentivo para avivar el estruendo y la algazara.

—¿Y qué es la catalexis?—dijo con voz de trueno el Sultán al ver pavonearse de vanagloria al inventor de la palabra y que con ella quedaban las cosas como antes y la Sultana tan enajenada y en peligrosa situación.

A esta pregunta, y sobre todo al tono con que fue pronunciada, todos cayeron en la cuenta que una palabra no es más que una palabra, y se volvieron irritados y con vista airada al mismo Aben-Jomiz, que del cénit de su vanidad vino de cabeza al valle de lágrimas de la humildad.

—¿Qué es la catalexis?, pregunta el Sultán—le dijeron.

Las cosas en tal punto, veo que aparece en la estancia Abu el-Casin, capitán de la guardia africana, y prosternándose diez veces ante el Sultán, y tocando otras tantas la tierra con su frente dijo:

—Príncipe de los creyentes, un loco que días ha vaga cantando y danzando por la ciudad, habrá una hora que en medio del estupor que ha causado la nueva de la catástrofe de la Sultana y del alboroto que ha movido el descubrimiento de su enfermedad, púsose de nuevo a bailar en el Zuc de los benimerines y en voz clara cantaba:

A la sultana

nadie la cura,
si no es el rey
de la locura.

Y tu siervo, al oír esto, por si es blasfemia o delito que merezca la muerte o falta que se purgue con la lengua cortada u otra semejante leve concesión, lo he preso...

—¿Y quién es ese loco?—dijo el Sultán.

—Es—respondió el capitán— Afined-Alí-Ocnar-ben-abasben-oli-ben-Iahicben-Ztrin-el-Cubdi-el-Emercandi...

—Por el Profeta—dijo el Sultán empuñando su alfanje—, que al primero que me asorde los oídos con esas taifas de nombres que atañen y tocan sólo a uno de mis esclavos, que le envíe la cabeza de un tajo a la punta nevada del Belet.

El capitán, cesando cuerdamente en su amplificación y exactitud genealógicas, y besando otra vez la tierra, dijo:

—Príncipe de los creyentes, el loco es Afmed-el-Bayer.

—Ya lo conozco—, replicó el Sultán. —Traédmele al punto.

—Oyendo y obedeciendo—, contestó Abu-el-Casin.

Y salió de la estancia, abriendo y cruzando los brazos y bajando la cabeza.

De allí a un instante cayó en medio del concurso un morillo mal andante en sus vestidos, aunque no de traza desagradable, y que llevándose con ahínco una su mano a cierta su oreja, daba a entender claramente ser aquella el asa por donde lo había empuñado, para transportarlo, la suavidad jurídico-militar del capitán Abu-el-Casin.

—¿Qué era lo que cantabas en el Zuc de los benimerines?—le dijo el Sultán.

Y el loco, siempre con su oreja entre sus manos, y comenzando a bailar con el mayor desenfado, cantó:

A la sultana
nadie la cura,
si no es el rey
de la locura.

—Pues tú debes de ser—dijo Mamad—, el médico infalible de mi esposa; nadie puede haber más loco que tú; en tres días has roto cinco mil platos y escudillas; has hecho rodar por el suelo seis mil jarras y otros cachivaches de la Rambla, y has llevado todos los chicos del Albaicín a machacar esparto sobre las cargas de porcelana y cristal de los mercaderes genoveses de la Albayciría. Se necesita todo el respeto que profesamos a los llenos del espíritu de Dios para que no te hayamos empalado.

Afmed, sin dejar su baile, ni soltar su oreja, prosiguió cantando así:

Grados diversos
ha la locura,
ser rey en ella
fortuna es mucha,
aprendiz sólo
soy...

—Déjate de esa versa y canturia fastidiosa—prorrumpió encolerizado el Sultán, —, y responde por lo natural y llano a mis preguntas, porque si no ¡vive el cielo! que te saque enredada en la punta de mi espada gran parte de tus dislates y locuras.

El-Bayer, al halago de tal insinuación, dio una cabriola en el aire, y sacando los pies hacia adelante, se dejó caer verticalmente sobre sus nalgas, bajando y doblando al propio tiempo su cabeza hasta injertarla entre sus muslos; pero con tal arte, que ponía duda si en su reverencia y salutación había más burla que respeto al Príncipe de los creyentes. Dijo el demente:

—Yo soy loco principiante, y como aprendiz no puedo dar en el hito del arcano de la Sultana; pero con un guijarro en la mano y poniéndome a ochenta pasos la frente de uno de esos sabios, te la abriré perfectamente, si es que allí presumes hallar y leer...

—Canalla—replicó el Sultán—, no has entendido que por encontrar vacías esas frentes acudo en apelación a tu locura. ¿Hay otro más loco que tú?

—Poderoso Mamad—dijo el-Bayer—, lo hay en Granada, y ése podrá acaso satisfacer tu curiosidad.

—¿Dónde se halla esa perla peregrina?—dijo el Sultán.

—En los subterráneos de la Alcazaba—replicó el aprendiz de la locura.

Y al decir esto, levantándose como una pulga del pavimento de la estancia, dando otra cabriola, haciendo una higa al Sultán, y dando cuatro papirotes a los más graves del cónclave o diván, se deslizó por entre los guardias, repitiendo siempre:

A la sultana
nadie la cura,
si no es el rey
de la locura.

—Dejadlo ir—dijo el Sultán—, y tú, agradable Abu-el-Casín, vuela a la Alcazaba y registra el último agujero de sus murallas y subterráneos, hasta dar con ese loco recomendado por el otro loco.

—Oyendo y obedeciendo—respondió el capitán de la guardia, y desapareció abriendo y cerrando los brazos y bajando la cabeza.

Entretanto los sabios, consejeros, wazires y taalíes, reunidos en el diván, se decían, en voz baja, unos a otros: ¡Qué diablos quiere el Sultán! Más loco debe él estar ya, que no el oráculo que busca; si se muere la Sultana, la juventud y belleza de cien ciudades de aquende y allende el mar le brindarán con otras mil beldades, y si la Sultana vive, tanto mejor si la posee muda y convertida en estatua. Esto será poseer una mariposa en estado de crisálida..., tanto mejor poseer la belleza sin alas.

Al propio tiempo venían nuncios y embajadores de los aposentos de las sultanas, siempre con las tristes nuevas de que Híala permanecía en su misma enajenada situación.

El Sultán, en profunda meditación, se hallaba fantaseando sobre lo extraño de aquellas aventuras, reclinado en su alfarir o solio de púrpura, cuando apareció ante sus ojos el amable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana.

—¡Amir-el-Mumenin—le dijo éste—, maravilla y más maravillas! He encontrado al loco a quien el otro loco recomendó, y el loco recomendado es el loco más inconmensurable que hallarse puede. Es el inmenso pájaro Roc de la locura; es el mar más insondable de los disparates; éste o ninguno debe ser el Rey de la locura.

—¡Que me place!—dijo el Sultán—. ¿Y dónde está ese Rey tan deseado? ¿Por qué no entra? Que venga, traédmelo aquí, luego, al punto...

—Pues, ved ahí el caso—dijo Abu-el-Casin.

—Habla —replicó el Sultán.

Y el capitán comenzó su relato de esta manera.

IV

—Con las señas que dio el loco El-Bayer, y ayudado de la amabilidad de carácter que me distingue—dijo el agradable Abu-el-Casin—, logré tomar en los barrios inmediatos a la Alcazaba noticias ciertas del loco recomendado. Supe que se llamaba Ben-Farding, y que habitaba en lo más hondo de esos palacios subterráneos que se encuentran en la Alcazaba, y que en otro tiempo fueron templos en donde se adoraban los ídolos de los reyes Rumies.

Ben-Farding está poseído de la locura más extraña que se puede imaginar. Piensa que su gravedad específica es tal, que poco a poco y a fuerza de años va horadando la tierra, tendido como se encuentra, y que así llegará un día en que atravesará todo el globo, hallando su salida por los opuestos antípodas. En los largos episodios que tendrá tan dilatado viaje, irá aprendiendo todos los arcanos de la naturaleza, o, por mejor decir, los irá sorprendiendo o conquistando, pues o ella habrá de suspender su acción, o en los ocultos laboratorios de sus entrañas ha de tener sucesivamente en perdurable y estudiosa visita a tan curioso como perseverante observador. Al salir por el opuesto agujero, Ben-Farding, saldrá tan sabio como Soleimán, y tan poderoso como Nemrod. Será obedecido de los genios buenos y malos; mandará en los animales y aves; el Simorgue vendrá a tomar sus órdenes e imperará sobre toda la tierra.

Ben-Farding cree hallarse en lo hondo del subterráneo, en donde hoy está, no por haber descendido allí en propios o ajenos pies, sino porque la gravedad de su cuerpo ha taladrado ya la tierra hasta el lugar en que se encuentra.

A este loco respetable bajé a ver para hacerle entender las órdenes de mi señor; y para atravesar prontamente tan obscuras mansiones hice encender trescientas hachas, y por no encontrar éstas tan a punto, mandé prender fuego a las tocas y vestidos de cincuenta cautivos, y echarlos por delante de mí para alumbrarme el camino.

Ben-Farding no se admiró de mi intempestiva visita, y antes por el contrario, me manifestó punto por punto el objeto de ella: debe ser también zahorí según mi cuenta.

Mas el transportarlo aquí ha sido imposible. A mis amigables insinuaciones se mostraba tan impasible, que llegué a convencerme de que entra en su locura el no temer la muerte, o que se cree intangible como el viento, o invulnerable como si fuese de hierro. Yo me hubiera valido de mi conocida destreza, y hubiera aplicado mis medicamentos infalibles para que desistiese de su extraña terquedad, a no sospecharme que nuestro Ben-Farding no pudiera resistir mi método curativo, o por mejor decir, mis medios de transporte...

—¿Con que no quiere venir?—gritó como un león el Sultán.

—Ahí está justamente el caso—respondió el amable capitán de la guardia africana—. Él no se opone a aparecer ante la noble presencia del Príncipe de los creyentes; pe-

ro dice que él no puede separar a su voluntad ni por un instante de la lentísima tarea en que se encuentra afanado en dulce calma ya hace siete siglos. Un milésimo átomo del punto más imperceptible que dejara por taladrar, apartándose voluntariamente del sitio que ocupa, le fuera una falta imperdonable.

El labrar su escotillón es su primer deber, pero consiente en ser transportado aquí en gracia del generoso, del nunca vencido, del sabio, potente, querido de Alahí, vencedor, príncipe de los creyentes, mi señor, si en el propio lecho en que espera su futura grandeza es transportado en los hombros de ciento veinticinco...

—Será algún gigante—exclamó el Sultán—, pesado como una montaña. Ya comprendo el fundamento que tiene en su fantasía para presumir que puede ir hundiendo la tierra poco a poco...

—Pues ahí está el caso—respondió el amable capitán de la guardia africana—. Es un gorgojo el tal Ben-Farding que no llega a tres palmos, y salvo su cabeza, que es gorda como la Al-cuba de la mezquita, y sus pies, que son como dos luengas y anchas hojas de plátano, por los demás, se creería que su gravedad no llegase a veinte adarmes.

—Pues bien—replicó el Sultán—, sábete, amable Abu-el-Casin, que me voy enamorando de ese precioso Ben-Farding, y me desvivo por tenerle ya ante mis ojos. Toma una manga de cincuenta y cinco ganapanes y otra de sesenta aljameles, de los que portean cal y canto a las murallas que ahora edifico en Fajalans, y que me lo traigan aquí, al punto, en el instante, dirigiendo tú mismo la maniobra.

—Pues ahí está el caso—volvió a replicar Abu-el-Casin—; y es que Ben-Farding exige que esos aljameles y ganapanes hayan de ser precisamente, exclusivamente de los ilustres dignatarios, magnates, altos personajes, profundos estadistas, divinos oradores y sabios consejeros de este diván.

—Dígote, amable Abu-el-Casin—exclamó alborozado el Sultán—, que ese loco es lo más deliciosamente caprichoso que pueda idear la imaginación más chistosa; me declaro por su favorecedor y de él espero el feliz desenlace de esta aventura. Pero ¿qué hacen esas feas alimañas de mi consejo y diván que no se han apresurado ya, que no han corrido para portear sobre sus lomos a mi buen Ben-Farding, al libertador de mi esposa, al que ha de ser mi primer amigo, si sus obras corresponden a la graciosa extrañeza de sus fantasías?

—Pues ahí está el caso—dijo Abu-el-Casin—, es que estas respetables gentes no caen en la cuenta de que el encargado en la ejecución de los mandatos del Príncipe de los creyentes, y de las indicaciones sapientísimas del gracioso habitador de la ratonera de la Alcazaba, es vuestro siervo el agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana.

—¡Hola, tropa!—dijo éste volviéndose a aquellos venerables varones; y ellos, que hasta allí habíanse fingido los distraídos, cual si no oyesen tan interesante diálogo, se encontraron sin saber cómo en pie, cual si los hubiese movido un único y poderoso resorte. ¡Qué amabilidad!

Sólo quedó rellenando su cojín de terciopelo aquel wazir de labios muy expeditos que explicó en su elocuente peroración con noble independencia la diferencia extremada que hay de un robo a una conjuración. Al notar el amable Abu-el-Casin la no perpendicularidad de las piernas del wazir, se iba a llegar a él diciéndole con una voz reprimida que semejaba el silbido de una sierpe:

—Ha criado raíces el sabio y ennoblecido Mulesaif...

Cuando este discreto personaje, entendiendo la granizada que se le acercaba, le respondió con acento muy meloso:

—Sí, yo estoy pronto, amable Abu-el-Casin; pero me he mantenido en mi rellanada postura, por estar más pronto a dar a mi persona más súbitamente, es decir, más presto, una configuración más adecuada para traer sobre los lomos a ese discreto Ben-Farding, que va a ser el mejor amigo de nuestro Sultán.

—¡Sálvelos Alah a entrambos! Por ahora—le respondió gravemente el agradable capitán de la guardia africana—, incorporáos e id, que si es preciso, ya se os avisará del cómo y cuándo habéis de tomar posición a cuatro patas con vuestros dignos cofrades.

Entretanto, el mismo Abu-el-Casin, hizo alarde y reseña de todos aquellos respetables wazires, ministros, cadíes, oradores, literatos y poetas que componían el sapientísimo diván, y encontró que sumados cuidadosamente uno por uno, y tomando sus nombres para evitar toda confusión, no se hallaban más que ciento y doce sabios entre todos.

El Sultán, alarmado con tal contrariedad, que dejaba manco el número de ganapanes y aljameles fijado por el caprichoso Ben-Farding para que lo porteasen, se dirigió a Abu-el-Casin, y le dijo:

—He aquí, amable capitán de la guardia africana, cómo llegan trances y casos en que se echa de menos la sabiduría. ¿De qué traza nos valdremos para llevar a debido cumplimiento las discretas exigencias de mi buen amigo Ben-Farding?

El agradable Abu-el-Casin inclinó su frente y le respondió sonriéndose:

—Descuidad en cuanto a este punto, Príncipe de los creyentes, pues en tanto que a estos buenos amigos los dirijo hacia la Alcazaba, empinados por ahora en sus dos patas posteriores, pasaré yo personalmente por el colegio y la academia, daré una vuelta por las bibliotecas de Bek-Faral y de Aben-Melij, y recogeré los trece varones que nos faltan para completar el estupendo tiro que nos exige Ben-Farding, de entre los venerables literatos que más allí trabajan y se fatigan por la felicidad del mundo, fastidiando a la ciencia. Me lisonjeo de que esta inevitable sustitución nos la ha de agradecer el sapientísimo Ben-Farding.

—Ve y obra—dijo el Sultán.

—Oir y obedecer—respondió Abu-el-Casin.

En efecto, el amable capitán de la guardia africana entró primeramente en el colegio que con grande apariencia y anchas escuelas y jardines de apartada soledad y propios para el estudio, se miraba edificado a las orillas del fertilísimo Darro. Allí encontró gran número de doctores y alfaquíes que estudiaban noche y día en el libro bajado del cielo, en la manifestación de los decretos de Aláh, en una palabra, en las curas y aleyas del divino Alcorán.

—¿Qué hacéis?—preguntó Abu-el-Casin a unos viejos venerables de blanca y crecida barba, ancha y espaciosa frente, que se encontraban sentados sobre el césped de la verde pradera y bajo una bóveda de laureles.

—Aquí—respondieron—estamos componiendo las oraciones que se han de recitar mañana por las calles y campos para que Aláh, el Altísimo, nos envíe su lluvia, la fértil y placentera, y nos retire su langosta, la voraz y devorante. Recitamos también sus alabanzas y altacabiras con voz apacible y corazón limpio y conmovido.

—Y vosotros, ¿en qué os ocupáis?—preguntó también Abu-el-Casin a otros vejetes de ojillos hundidos, frente estrecha, nariz roma y de gesto en que aun tiempo se retrataba la envidia y la vanidad.

—Nosotros—contestaron— ,nos afanamos por descubrir en nuestro estudio y fijar la noche en que Aláh envió el libro santo y divino a su profeta y favorecido Mohamad. Cuando hayamos determinado este punto tan esencial, y sepamos en qué mes cae esta noche de misericordia, si es en el Ramadán o en el mes de Safer, habremos vencido a todos los doctores antiguos y a cuantos en nuestra edad siguen ciegamente sus sentencias y decretos. Entonces nos pondremos a la cabeza de todos ellos, nos obedecerán y nos respetarán; empalaremos a algunos, los perseguiremos a todos y ganaremos mucha honra y, sobre todo, gran provecho.

El amable Abu-el-Casin empuñó a cuatro de estos buenos amigos y los puso en camino de la Alcazaba, y él se fue a la Academia en donde disputaban muchos sabios sobre gramática, filosofía, dialéctica y otras ciencias.

—¿Quién es aquel buen amigo?—dijo el agradable Abu-el-Casin, viendo a uno que en un ancho cerco de oyentes hablaba y gesticulaba con tanta fe como placer propio.

—Aquél —le dijeron— es el famoso Frangis-el-Wadar, oráculo de nuestro siglo, depósito de elocuencia, tesoro de frases lindas, urna de tropos y figuras retóricas, y además—le añadieron en voz baja— amplio cofre y razonable tinajón de vanidad y presuntuosa candidez.

—El cree —añadió un estudiante de burlona catadura, allí estante y presente al caso— que aprendiendo las irregularidades y variaciones de los verbos cóncavos y enfermos, se aprende a conocer a los hombres, y porfía y jura y perjura que el gobernar el Estado guarda necesaria hilación con la métrica y el arte de los consonantes.

El agradable Abu-el-Casin, al escuchar tal reseña, dijo para sí: «ya tengo el centésimo vigésimo quinto aljamel que me faltaba para el completo de mi cuenta»; y cogiendo al elocuente El-Wadar por la manga de su aljuba, le interrumpió en su agradable ejercicio, sintiendo tal contratiempo aquel orador, no tanto por el puesto que iba a ocupar entre los aljameles de Ben-Farding, cuanto por el negro disgustillo y rabieta de no oirse a sí propio en el vigésimo discurso que había ya principiado a pronunciar a su auditorio, y que hubiera sido más torneado y salido con más arrebol y afeites de palabrillas y colorines que las diez y nueve pláticas restantes trompeteadas por sus labios aquel día.

Después, el amable capitán de la guardia africana entró en la biblioteca de Abu-Melik y de Ben-Farax, y en ésta encabestró a buen ojo cuatro poetas que escribían sendas casidas de versos, presumiendo con ello dirigir al género humano, y en la otra atrailló a cuatro escritores graves, que refutando hechos, desmintiendo las crónicas viejas, criticando los escritos antiguos, derramando la desconfianza y quitando la fe en todo lo tradicional, hacían de la historia una miserable controversia. Estas gentes daban en sus escritos, no el retrato fiel de los pasados siglos, sino su peculiar y mezquino modo de ver y apreciar las grandes acciones de los califas, sultanes y héroes, gloria y prez del Islam. ¡Aláh les sea agradable a todos!

Abu-el-Casin, entretanto, al encaminar tantos magnates hacia la Alcazaba, decía regocijado:

—¡Qué taifa, qué tiro tan estupendo de sabiduría y de inteligencia! Sólo un Ben-Farding, rey de la locura, puede tener tal idea; pero sólo yo, agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, puedo dar vida a tal pensamiento, puedo llevarlo a cabo, puedo realizarlo con todas sus consecuencias...

Y el redomado se reía como una canasta; en fin, llegó a la Alcazaba.

V

Cuenta la historia que a pocos momentos de ésta, un inmenso gentío llenaba cuantas calles y plazas dividían de la Alhambra el antiguo y romano Alcazaba.

Los habitantes de las aldeas y alquerías inmediatas a Granada, rústicas y pintorescas, pero cuyo número fuera imposible pasar en reseña, se dejaron venir a esta ciudad de rosas, frescuras y perfumes, alborotados con la relación de las aventuras que se contaban, y que por las puntas y ribetes que dejaban traslucir de encantos y maravillas, provocaban más vivamente la curiosidad pública.

Los matices y variados del Jaragüí y las flores vivísimas de sus huertos y vergeles, eran más desmayados y menos ricos que los colores de las marlotas y capellares de los mancebos, y que las sedas, velos y tocas de las zagalas que acudían en tropel a entrar por la puerta de Elvira para encontrarse en el espectáculo.

Acaso para dar más contento y cierto realce de abundancia y galanía al regocijo, todos traían de sus cármenes y alquerías, para cambio o para regalo, algo que ofrecer de agradable al gusto, al olfato o a la vista.

Aquí, las muchachas de velo blanco y de picante sesgo y talla, brindaban con ramilletes de celindas, de mosquetas de olor y de diamelas rojas; otras, allí, casando el blanco azahar con los capullos de los rosales de Alejandría y los chiringos de cándidos racimos con las azucenas y bermejos lirios, ofrecían símbolos y emblemas elocuentes de amor para las hermosas y enamorados.

Por acá, los chicos presentaban ramos de árboles cargados de frutos; aquí la toronja y la dorada cidra, allá la amascena y la alloza; otros, tejiendo en verdes mazas por cuadrillas, según los barrios de la ciudad o de las rivales aldeas, se acometían y lidiaban en escaramuzas de nueva especie; otros hacían revolar multitud de jilgueros y verderoles sin hilo que los sujetase, y siguiéndoles entre aquel inmenso concurso los pajarillos, y posándose en los hombros del dueño infantil cuando se cansaban, jamás se equivocaban en tanta confusión y bullicio.

Por aquella parte las aldeanas ostentaban en canastillos de cañizo y juncos, bajo mil figuras caprichosas, la miel y la harina, la alcorza y el alfajó.

Las esclavas africanas vendían las confituras y bollos, hechos con el caniamum y el ajonjo, que alegraban el espíritu, sin embriagarlo como el vino.

Los esclavillos negros, en tallas de búcaro o en blanco y fino barro de la Rambla, brindaban con el agua cristalina y fresquísima de las fuentes más puras y nombradas.

Los mercaderes de poca monta desplegaban en sus azafates de paja de la India las cintas y listones que, halagando el gusto y afición de las muchachas, hacían caer en la tentación de comprarlas a los galanes y mancebos.

Viejas de mala catadura cruzaban de aquí para allá, llevando en la mano alguna sortija o joyel, se acercaban a este o al otro corro de beldades enveladas, o entraban en una o en otra casa, dando una cita, entregando un billete, recibiendo una flor de amoroso significado, sin que el Argos más celoso pudiera advertir ni sorprender su misión misteriosa.

Los caballeros mozos de la ciudad, llevando en sus manos pomos de aguas odoríferas y de esencias, los derramaban allí en donde hallaban a sus amadas y queridas, sacándolas y reconociéndolas en tanta confusión por los colores que vestían.

Los juglares y saltimbanquis aquí y allá entretenían la curiosidad del bajo pueblo con mil suertes maravillosas y estupendas: aquí mandaban y se hacían obedecer de las alimañas y fieras traídas del interior del Africa; allí, a una voz, hacían salir de la tierra árboles que crecían, se cubrían de hojas y flores, madurando sus frutos, que los incrédulos cogían y gustaban. Allá improvisaban entre las piedras, y con una palabra sola, alguna cascada y juegos pintorescos de agua, y por doquier multiplicaban los prodigios y los encantos.

Acaso algún cristiano hecho cautivo en la frontera, de condición noble, o algún caballero de los mal contentos y fugitivos de la corte de Castilla, se paseaban también entre aquella turba, recordando en su corazón las veladas de Sevilla y de Córdoba, y los vergeles y festejos del Guadalquivir.

Los moedines gritaban en las torres de las mezquitas en son grave y acompasado, y los devotos y faquires repetían cantando las aleyas y las altacabiras, en tanto que el bullicio de la alborotada y curiosa gente se dirigía hacia la Alcazaba, en donde tenía su madriguera el misterioso Ben-Farding.

Todos ansiaban por pasar y repasar sus ojos por la figura y talle de tan maravilloso cuanto extraño personaje.

Los curiosos en las calles se empinaban, y las mujeres y muchachos desde las ventanas y azoteas hilaban de pescuezo y sacaban la cabeza a más poder, para divisar lo más pronto posible el autorizado acompañamiento que debería preceder al habitador de los subterráneos de la Alcazaba.

En fin, se dejaron ver veinticuatro disformes sayones, que eran como la vistosa comparsa del agradable capitán de la guardia africana, Abu-el-Casin, que venían con sendos látigos en las manos, sacudiendo a derecha e izquierda para despejar el terreno y mantener en razonable distancia a los curiosos e impertinentes.

Incontinenti se miraba a los ciento y doce prohombres del Estado e individuos sapientísimos del Diván, que con el apéndice y añadidura de sus trece compañeros, elegidos a pierna entre los más distinguidos poetas, oradores, alcatibes y oradores de los colegios, bibliotecas y academias, tiraban de una enorme máquina, en la que habíase instalado el loco Ben-Farding en su lecho de ponderoso hierro, ni más ni menos que un galápago en una abrumadora concha.

Como toda curiosidad pública vivamente excitada, no se satisfizo aquélla completamente, pues para que Ben-Farding no sufriese con la luz del día la impresión dolorosa de que estaban amenazados unos ojos como los suyos, que tantos años habían estado sepultados en las oscuridades de aquellos subterráneos, habían enratonado o empapelado su persona en un alcartaz o cucurucho de papel de figura piramidal, bordadas en él algu-

nas flores con puntas de alfileres, para que por tan leves hendiduras pudiese respirar aquel loco empapelado.

—Dígote, amigo Jargul —exclamó por lo bajo uno de los curiosos que estaban viendo el extraño espectáculo en la calle de Elvira, volviéndose a otro moro que al lado tenía—, que en menos de veinticuatro horas hemos visto dos procesiones caprichosas, sin alcanzar a ver las dos misteriosas personas conducidas en ellas. La primera era, según dicen, una linda rapaza; éste aseguran que es un loco; de aquélla no vimos más que las andas, y de éste el papelón en que viene embutido: ¡jamás nosotros, los del menudo pueblo, vemos más que la corteza de las cosas!

—Calla y mira, Albolalit —le replicó el otro—. ¿Qué sacarás tú con ver lo que no te importa o lo que no pudieras conocer? En tanto, solázate conmigo en ver a esos wazires y cadíes, que nos mandan y nos fustigan, y a esos vocingleros oradores, escritorzuelos y poetas que nos engañan y entontecen, cómo van en recua porteando sobre sus lomos la locura, y lo que es peor, bajo la agradable dirección del amable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana. El menudo pueblo no tiene más placer saludable que cuando alcanza a ver humillados a los que lo humillan a él cotidianamente. Cuando tal manjar se nos presenta, todos debemos dar en él con cucharones de azumbre y media hasta hartarnos y tomar nuestro desquite. Mira entretanto qué punta les ha arrimado con el látigo a los venerables Abu-el-Seid y Abentomiz, para que ahilen con los demás de la recua, el agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana. Ahora recuerdo hasta con gusto las bastonadas que estos señores me mandaron arrimar por no sé qué medida de cercenada economía que yo solía aplicar en el pan que vendo en el mercado todas las mañanas.

Era ya anochecido cuando aquella segunda procesión entraba en la Alhambra, sirviéndole de bastonero el agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, quien pasando a la estancia en que sobre su solio aguardaba el Sultán, le dijo a éste, tocando antes diez veces la tierra con su frente:

—Príncipe de los creyentes, ya llega el loco sobre los lomos de la sabiduría.

El Sultán se deshacía en muestras de regocijo y de la más íntima alegría.

La anchísima estancia, iluminada con mil lámparas arabescas, se llenó primero con todos los miembros del diván; segundo, con el apéndice de los trece coadjutores elegidos y cazados por Abu-el-Casin, y además con el catafalco aquel donde, como en empanada, se albergaba el caprichoso Ben-Farding.

—Quitad —dijo el Sultán— ese capirote de papelón, y venga a mis brazos mi mejor amigo, el príncipe de los disparates, el rey de la locura.

Cuarenta oficiosos wazires con sus ochenta manos y ochocientos dedos se precipitaban en tropel a poner en ejecución la voluntad del Sultán, cuando una vocecilla gangozuela, pero no del todo desapacible, que se dejaba escuchar dentro de aquel cascarón, como algunas veces el piar del polluelo en su huevo, dijo ahincadamente:

—No hagas tal, hermano mío, poderoso Mohamad. Antes que me descubran y descapiroten, fuerza es que se apaguen todas esas luces. Abu-el-Casin así me ha hablado: cuando llegó a mí, hubo de echar al agua para apagarlos a los esclavos que él sabiamente convirtió en hachones encendidos. La oscuridad es lo que me conviene por ahora.

—Lo entiendo —respondió el Sultán. Hágase como tú lo dices.

Y en un instante quedó la estancia en la oscuridad más completa: cada consejero o wazir dio un soplo tan fuerte a la antorcha más inmediata, que la mató en un punto, y tanto viento agitado hizo vibrar las puertas como si hubiese un terremoto.

—Entonces—dijo Ben-Farding— hermano Mohamad, ya pueden destocarme de esta caperuza que me cobija, que por cierto ya me incomoda.

—Serás obedecido, rey de la locura —replicó el Sultán.

Y él mismo, levantándose de su solio como a tientas, quitó la corbetera de papelón, añadiendo:

—Respira y solázate, rey de la locura.

—No soy por cierto el rey de la locura —respondió Ben-Farding.

—¿Cómo no? —articuló turbado el Sultán; y a encontrarse con alguna claridad el regio aposento, se le hubiera visto de color del panal y con baño de amarillo azufre.

Sin duda, el príncipe de los creyentes debió decir para sus adentros: «Si este avechucho no es el rey de la locura, y después de tantos afanes y extravagancias no hemos encontrado más que un loco de los adocenados, un loco de insulsa mediocridad, será preciso entregarse al despecho y la desesperación».

No se sabe a dónde hubieran ido a dar las imaginaciones del desconcertado Sultán, cuando, en medio de aquella oscuridad se dejó escuchar la voz del caprichosos Ben-Farding, diciendo:

—Querido Mohamad, ¿por qué te he de engañar revistiéndome con titulillos que no he ganado todavía? ¡Pues qué!, ¿no hay más que ser el rey de la locura? Pero no por eso te inquietes, ni desconfíes de encontrar remedio a tanto daño, alivio a los males y buen desenlace a tanta contrariedad.

El Sultán se consoló algo con palabras tan explícitas, y dijo para sí: «Pues está visto; el rey de la locura es algún ser fabuloso a fuerza de ser disparatado; contentémonos con éste, que será un loco de los graves y encumbrados, y uno como capitán de una numerosa y escogida taifa de los más rematados. Entretanto, la condición del tal Ben-Farding es llana y fácil por todo extremo; me trata como a su igual y camarada...»

—¿Y la muchacha? —prorrumpió el loco.

—La Sultana —replicó algo amostazado el Sultán— prosigue en su paroxismo, y yo aguardo tus infalibles recetas para verla en la completa posesión de su hechicero espíritu, de sus facultades casi sobrehumanas y de su celeste hermosura.

—Pues que me la traigan, hermano Mohamad—respondió el loco Ben-Farding.

—¡Que se la traigan!—exclamó el Sultán.

Y cien postillones, avivados por las insinuaciones del agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, salieron disparados con tal orden a la apartada recámara en donde se encontraban las dos sultanas.

A poco entraban en la estancia del oscuro diván las doce tinieblas personificadas del Sennaar, que conducían en un rico palanquín y entre almohadones de ormesí y sedas a la desmayada cuanto hermosísima Híala.

En cuanto los esclavos pusieron en tierra el precioso depósito, y que sólo se oía en el silencioso aposento el murmurador bisbisar de los wazires y consejeros y algún que otro suspiro del inquieto Sultán, se incorporó el loco Ben-Farding, acercándose al lecho

en que descansaba, como en un encanto, la linda Sultana, y exclamó en alta voz y fuera de sí:

—¡Perfección divina! ¡Portento sin igual! ¡Asombro de la Naturalezal...

El Sultán, que en aquella tenebrosa oscuridad que envolvía la estancia estaba en ayunas de lo que pasaba en derredor de sí, exclamó impaciente:

—Querido Ben-Farding, ¿has dado ya en el encanto, conoces el sortilegio que embarga los sentidos de mi esposa? ¡Habla, habla!...

El loco proseguía en sus encarecimientos, diciendo:

—¡La boca es un anillo! ¡La garganta es de un cisne! Pues, ¡y estos ojos y estas mejillas! Sus cabellos son una madeja de azabache; sus pies son dos nonadas, dos mentirillas; ¡qué madeja! Su nariz es un perfil de realce y el más perfecto de nieve...

—¡Vive Alah!—exclamó rugiendo el Sultán—, que si no temiera tropezar con alguno de estos marmolillos de mis consejeros, me levantara y dividiera en dos partes iguales tu desigual locura; ¿te he traído yo de siete estados debajo de tierra para que pregones y me hagas almoneda de las perfecciones de mi esposa?...

—Hermano Mohamad—respondió sosegadamente Ben-Farding—, no te ahumes ni montes tan pronto en cólera; éste es el poder de la hermosura que arrebata hasta a los mismos seres subterráneos como yo, y enloquece a la misma locura; vista perspicaz de neblí has tenido para divisar y coger tan presto presa tan deliciosa, hermano Mohamad. ¡Es tan tierna! Por otra parte, me era preciso acercarme a esa beldad para conocer la fuerza del poder que la tiene enajenada. En fin, todo está conocido; todo se remediará.

Estas palabras apagaron la hirviente cólera del Sultán; y ya, más sereno, y tomando un tono blando y de indulgencia, le rogó a Ben-Farding que hablase, y éste, en tono regocijado, le dijo:

—Voy al punto, Príncipe de los creyentes; pero antes déjame que vuelva a contemplar la muchacha, y que me goce en este privilegio que tienen mis ojos de poder admirar la belleza entre las tinieblas. ¡Oh, qué boca de rubíes! —volvió a repetir—. ¡Qué frente! ¡Qué pies y qué madeja!...

Después el loco, reclinándose en su portátil huronera, principió así su extraordinario relato.

VI

—Has de saber, hermano Mohamad—dijo Ben-Farding—, que debajo de estos palacios de la Alhambra se encuentran ocultos los tesoros mayores de la tierra, así en adirames y monedas de los reyes más antiguos rumíes, como en zequíes, doblas zahenes y dineros de oro bermejo de todos los sultanes del Oriente y del Occidente. Además de esta inmensa cantidad de moneda, que con la menor parte de ella se pudiera comprar veinte veces toda la tierra si un honrado cadí la pusiese en almoneda, hay en esos tesoros tanta suma de perlas, de aljófar, de diamantes, jacintos y toda clase de pedrería, que sólo Dios, alto y poderoso, pudiera enumerarla. En cuanto a joyeles, anillos, ajorcas, cadenas, brinquiños, sortijas y estotras baratijas y juguetes mujeriles, basta decirte que si todos los hombres del mundo tuvieran veinticinco hijas tontas y feas, y quisieran casarlas con altos personajes por el aliciente de sus joyas, alhajas y preseas llevadas en dote, no lograran to-

davía desocupar ni una sola de las cuarenta mil estancias que se ven llenas de tales bagatelas y fruslerías.

En la cámara más apartada de esas regiones, y que forma como una alcuba o media naranja de mil codos de travesía y cien mil de altura, se guardan las tiaras y cetros de los reyes antecesores de David, los solios de los antiguos reyes del Yemen, el arco y la maza de Nemrud, que eran de oro y carbunclos, los siete sellos de Soleimán, las coronas de los primeros califas y otros mil portentos y riquezas de los reinos del Sur y del Septentrión.

Este espacioso camarín está labrado en lo más hondo de los palacios mágicos y ocultos de la Alhambra; son necesarias veinte semanas para descender a ellos por las dos escaleras, una de mármol negro y otra de jaspe blanco, que tienen en sus dos extremos. En los jardines crecen árboles y plantas cuyas hojas y frutos son topacios, esmeraldas, zafiros y otras cien especies de piedras preciosas, según la familia y naturaleza de cada planta y árbol. El Dauro riega estos vergeles desconocidos por canales fabricados de cristales y beriles, y de entre sus arenas, en redes de seda, sacan incesantemente los genios copiosos granos de oro, que van atesorando en silos de inapreciable riqueza. De los desperdicios de estas arenas son con los que ese hermoso río suele enriquecer a los buenos muslimes que en los placeres y remansos del alveo buscan medios para remediar sus necesidades y dar limosna a los pobres.

Pues has de saber, hermano Mohamad, que esos tesoros están encomendados a la custodia de dos genios, el uno malo y de la especie de los Alafrits, y el otro bueno, de condición noble y de aspecto hermoso, que se llama Najum—Hasam.

En esos tesoros hace muchos siglos que faltaban dos inestimables joyas, que andaban todavía en manos de los hombres; la una era la mesa de Salomón, hecha de una sola esmeralda, y la otra, y más preciosa, era el collar de perlas, que, conservado en tu ilustre familia, lo llevaba ayer en su cuello de cisne por regalo de boda la bellísima Híala, que en sueño profundo se encuentra recostada en ese riquísimo lecho.

Cuando el fundador de tu dinastía arrojó de estos países a los últimos príncipes de los Almohades, no pudieron éstos, en el rebato de aquellos sangrientos sucesos, transportar de aquí los inmensos tesoros de su casa, tesoros que habían venido acreciendo y aumentándose incesantemente de sultán en sultán y de dinastía en dinastía, ya por las herencias y conquistas, y ya por las artes y maravillas de las ciencias ocultas, en que eran muy versados. En el despecho de perder todo este imperio que la fortuna regalaba a tu familia en fraude de la suya propia, los príncipes Almohades dejaron invisibles todos sus tesoros y riquezas en las mansiones subterráneas de estos inmensos alcázares y palacios, con tales artes y por tales secretos cabalísticos, que sólo Soleimán o quien su anillo posea, pudiera haber a la mano y apoderarse de tanto encantado tesoro.

Es el caso que el collar maravilloso de Híala estuvo antiguamente entre los tesoros de los Almohades, y mientras allí estuvo, por el prodigioso poder y virtud de tal joya, el imperio y la ventura de aquella dinastía fueron en aumento, no habiendo comenzado a eclipsarse su gloria, hasta extinguirse, cual ya sabes, sino desde el punto en que por una aventura de amores, que no es del caso entretenerte ahora con ella, salió el collar de aquella familia, y vino a posesión de la tuya, que desde entonces comenzó a engrandecerse en la corriente de los años y con los favores de la fortuna.

Pues el Alafrit, que es guarda de esos tesoros, que es favorecedor eterno de la familia de los Almohades, así como enemigo jurado de la tuya, sabe las virtudes del collar maravilloso. Según los decretos de los sabios y magos que lo ligaron a la vigilante custodia de tanta riqueza por las fórmulas y figuras nigrománticas de las ciencias ocultas, preveía que estando en continuo acecho pudiera ofrecerse ocasión oportuna y valedera para volver a poseer la inestimable joya del collar. El Alafrit deseaba tal favor de la fortuna para quedar libre y franco de esa centinela continua que desempeña con honores también de escucha y de atalaya trescientos años hace, y poder así volar a las montañas de Kaf, su habitual residencia.

Es el caso que allí trata de amores con una muchacha de su especie, algo pequeña de persona, pues no tiene más que tres parasangas del tobillo a la frente, pero no fea. Su nariz es bien encantada y tornátil, así como la Giralda de Esbilia, sus ojos son algo rasgados, pero que cada uno será mayor que la bahía de Gadir, sus cejas son dos hermosas selvas de robles y jarales, y todos sus demás adherentes a este tenor. La muchacha quiere casarse, el Alafrit otro que tal, y tu imprevisión le ha llevado la sopa a la miel, el bocado a la boca.

Tú deberías saber que ese collar maravilloso, esperanza de tu porvenir, así como ha sido origen de la grandeza de tu familia hace perfecta balanza y forma, por inseparable, con tu famoso alfanje Dul-Cahir, que fue un tiempo la victoriosa espada de Alí, bendígalo Alá. Si tú hubieses llevado el collar, si Híala siquiera llevara el alfanje, ya que pensabas separarte de su lado, la catástrofe no tuviera lugar; pero te separaste, o, por mejor decir, apartaste por un momento a Dul-Cahir del collar, y la ocasión se le presentó al Alafrit por el copete, no siendo él ni necio, ni manco para dejar de asirlo de buena manera. El fue quien envió a la mariposa azul para provocar a Híala y a su esclava Encirnún a que para cazarla y perseguirla se desviase de su séquito y comitiva, y se acercasen a sitio conveniente para el sobresalto.

A propósito de esto te recordaré, hermano Mohamad, el olvido en que como monarca has tropezado respecto a la hermosa Encirnún, esclava que puede ser reina en cualquier parte en donde se dé culto a la hermosura. El Alafrit, en cuanto la vio, si con la una mano empuñó el collar, con la otra engarfió a la hermosísima persiana, aficionado de su donosa figura, como tú pudieras estarlo, si te encontraras jugando entre las flores con unos esclavillos tamaños como alfileres. Aquel jayán piensa llevarle presente tan cuco a la señora que le está otorgada en las montañas de Kaf, para que, montando a Encirnún sobre su oreja siniestra, la rasque mansamente con un almocafre aquel lado de la cabeza, operación que la halaga muy dulcemente. Encirnún se resignó desde luego a fracaso tan grande, como debe hacerlo todo esclavo que cae por su culpa en situación tan triste; pero, o yo me equivoco mucho, o esta muchacha ha de volver loco al noble Najum—Hasam, el genio que con el Alafrit guarda los tesoros, y no será extraño que de esclava se convierta en reina de las Hadas. Esto, por otra parte, a ti te estaría bien, hermano Mohamad, pues así tendrías esperanzas de recobrar tu collar por el buen afecto de la esclava; pues te advierto, hermano mío, que faltando de tu familia esta joya maravillosa, este talismán de tanta virtud, tarde o temprano ha de perder el imperio. Pero volvamos a Híala.

Píntate en tu imaginación, hermano Mohamad, cuál se quedaría tu bellísima y tierna esposa al ver súbito delante de sí al jayán de ese descomunal Alafrit con su disfor-

me estatura, casi doble que la de la novia, cuya descripción te he hecho; con sus ojos semejantes cada cual al corral de Belet, si estuviese ardiendo con azufre; con los hornillos de sus narices iguales a dos caleras humeantes e hirvientes; con sus dos piernas de figura salomónica, cada una formada de dos enormes serpentones enroscados; con su barba tejida de breñales y raíces de antiquísimos árboles, y con otros primores de tal jaez. La muchacha hubiera expirado en el punto si la virtud poderosa del collar no la hubiese asistido. El collar resistió en parte la fascinación infernal de aquel demonio; pero como al punto fue arrebatado del blanquísimo cuello, Híala cayó, no muerta, pero sí desvanecida, en profundo parasismo, pero conservando en el desmayo su interior conocimiento.

En suma, Híala, cuando no duerme en el mismo desvanecimiento en que se encuentra sumergida, oye, entiende y conoce. Todas las demás facultades de su mente están en suspenso, pero el lograr que vuelvan al manso curso que animaba regaladamente esa infantil y casi divina existencia es lo difícil, es lo casi imposible; pero en manos está el adufe, Mohamad hermano, que bien lo sabrá repicar.

Si tuviéramos a mano una pluma de los pájaros de rosa que vuelan en el paraíso, sólo con halagar con ella un poco la nariz de nieve de la desmayada, estornudaría tres veces y despertara contenta y salva como de un sueño desapacible; pero como este no es posible, fuerza será optar entre dos remedios solos que restan. Si quieres, hermano Mohamad, ver entrar a la muchacha por estos salones, danzando y triscando como una hurí celeste, con sus frescas mejillas hechas rosas, y dos soles por ojos, cantando como un ruiseñor y parlando como una mujer hecha y derecha, deja que me la lleve por tres días...

—Eso, no—respondió el Sultán.

—¡Eso, no! ¡Eso, no!—dijo Ben-Farding algo enfadado—; pues entonces la cura será en toda forma, esto es, que será larga y bien fastidiosa. Es necesario, pues, si así lo quieres, hermano Mohamad, que Híala todas las mañanas sea conducida, media hora antes que despunte el sol, al propio sitio, junto a aquella fuente y debajo del mismo frondoso peral, en donde se encontró desmayada después de la catástrofe. Allí se le darán a oler. en matizados ramilletes, de todas las flores del Generalife, y aun se la acercará a los labios fruta del peral y raudales de la fuente, para que tales aromas y tan regalados como sencillos manjares, produzcan en la hermosa Sultana el mágico efecto que me figuro. Después, en aquel mismo lugar, formando un cerco con cojines y almohadones de seda, y alfombrando el suelo con alcatifas de Persia, y de manera que las pueda oír la lindísima Híala, contarán sendas historias por el estilo que mejor puedan o sepan los esclavos, esclavas o personas que sobresalgan en tan peregrino como envidiable talento. Si las historias o cuentos que se relatan son por lo prodigioso y de maravillas, y la hermosa desmayada da alguna señal de admiración, o si por lo trágico y lastimoso la arrancan alguna lágrima, o siendo de donaires y chistes mueven la celestial sonrisa de Híala; Híala está salvada, y poco a poco volverá en sí, dando un leve suspiro y entreabriendo sus ojos de paloma. A tu diligencia oficiosa, a la buena voluntad de estos heroicos sabios que aquí me escuchan, mis mozos de silla o porteadores, y sobre todo al buen arte del agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, les toca y atañe exhumar, buscar y hallar muchos de tales recontadores de jadices e historias, o noveladores trágicos o cuenteros festivos, y que de entre ellos salga alguno que sepa por las maravillas de su relato, por las gracias de su decir

o por las galas de su invención y sales de sus chistes, poner en juego las sensibles cuando delicadas facultades del ánimo de la simpar Híala.

Y con esto me despido,
que vivo lejos,

hermano Mohamad, haciendo gracia por ahora de las ceremonias y procesión con que aquí se me condujo, y del andamio, atalajes, cuadrigas y tiros con que se me porteó, pues ya está harta la locura de ir en cuestas de la sabiduría.

Diciendo esto Ben-Farding, saltó de su huronera, dio tres o cuatro carrerillas por la estancia, sacudió de papirotes y sardinetes a los deslumbrados wazires, cadíes y altos dignatarios del diván, y salió rehilando de la Alhambra, como bodoque disparado por fuerte brazo de bien templada ballesta.

El alguacil alguacilado

Vicente de la Fuente

Semanario Pintoresco Español. 1841. 21-24

Ya tendrán noticia nuestros lectores de la obrita que bajo este título publicó nuestro célebre Quevedo, o cuando menos habrán visto las viñetas relativas a ella que se insertaron en el número cuarenta y siete del *Semanario* del año pasado. Hoy, pues, me toca a mí referir otro pasaje en que un alguacil fue alguacilazo, no como quiera por un demonio, sino por una legión de estudiantes. En Dios y en mi ánima, que estuve tentado de poner por epígrafe del artículo el alguacil estudiantado, haciendo a los estudiantes por participio, como lo hizo Quevedo con los alguaciles, con lo cual me hubiera evitado la nota de plagiario; pero desistí por justas razones, y principalmente por ignorar si esta licencia, que parece bien en un maestro, sería bien recibida en quien solo aspira a principiante de aprendiz de literato.

Era el día diecisiete de enero, día en que toda la cristiandad celebra la fiesta del glorioso San Antón, abogado de las bestias (es decir, las de carga y andadura), y es bien que en tal día hay muchos hombres, que lejos de guardar la festividad la convierten en barbaridad (perdonen ustedes que no diga bestialidad, pues parece término malsonante) o bien porque se crean comprendidos en la clientela del santo, o por alguna otra razón especial que yo no alcanzo.

Pero lo mas extraño es que los estudiantes de Alcalá solían también guardar la fiesta y hacer de las suyas, y no porque fuesen de la clientela, pues se criaba muy alta la yerba en los patios de la universidad, señal evidente de que no entraban bestias por ellos. En vano algunos rectores y los visitadores académicos habían luchado por abolir esa costumbre, pues los estudiantes se empeñaron en llevar adelante su tema favorito de *antiqui mores serventur*, y es celebrar la fiesta del santo glorioso a costa de los novatos que llamaban crasos, y a despecho de rectores y cancelarios

Desde la víspera se daba el terrible grito de: ¡San Antón, los crasos al pilón!, y a este grito, que era la señal de alarma se embestía incontinenti a todos cuantos sombreros y bonetes aparecían en público sobre las cabezas de los que asistían a la universidad por primer año; y en seguida eran conducidos a la confitería, donde se velan precisados a rescatar sus prendas a cuenta de dulces. De nada servia el esconderse en los más lóbregos rincones o permanecer encastillados en sus casas, pues de allí eran extraídos mal de su grado, y tenían que pagar tanto más, en razón a la rebeldía que habían opuesto. Ni menos servia el que tratasen de abandonar la prenda pretoria, que a veces no valía ni el equivalente de una libra de dulces, pues en tal caso se veían expuestos a perder pelo y orejas entre los dedos de los embestidores, o ver su cara trasformada en escupidera, o más frecuentemente a ejecutar sobre una manta las piruetas que ensayó Sancho en el corral de la venta. En una palabra no había mas recurso que ser mártir o pagano.

Sucedió, pues, que en el dicho día diecisiete de enero de mil setecientos... ocurriole al Sr. Corregidor de Alcalá dirigirse hacia el arco por debajo del cual se entra desde la plaza mayor a la de la universidad, en la cual habían fijado aquel año los estudiantes su

plaza de armas. En vano algunos catedráticos y personas bien intencionadas le aconsejaron que no hiciese tal temeridad, pues se exponía a ver desairada su autoridad en medio de aquel bacanal escolástico, como les había sucedido a varios catedráticos que se habían empeñado en tener lección en aquel día.

Pero el corregidor, que tenia los humos de justicia de enero, empeñóse en desmentir aquel dicho vulgar de Alcalá, que no hay justicia; y revestido de su doble carácter de letrado y capitán de guerra.

—Veremos—dijo—, si se atreven conmigo.

Y se dirigió hacia los alborotadores, seguido de Garduña, el alguacil mas tremendo de cuantos alguaciles hubo. Acercóse, pues, a la universidad con semblante adusto y severo, y no tardó en verse envuelto por la chusma.

Furiosas y amenazadoras eran las palabras que llevaba preparadas; pero viendo las malas disposiciones del auditorio, que se traslucían en sus semblantes fisgones y truhanescos, hizo lo que dijo Camoes del otro.

—¡Traidores!—fue a decirles. Y turbado
viendo cerca del pecho las cuchillas,
mudó la voz, y dijo—: ¡Caballeros!
¿Por qué infamais los ínclitos aceros?

Pero como allí no había ni aceros ni cuchillas sino proyectiles subterráneos, es decir, nabos y patatas, les dijo con el acento mas melodioso que pudo.

—¿Serán ustedes capaces de insultar a todo un señor corregidor, capitan a guerra por S. M., y colegial mayor que fue de Bolonia?

Callaron todos sorprendidos de tan extraña alocución, y ya iba a proseguir con aire triunfante cuando en mala hora y peor sazón salió del medio de la turba una voz diciendoo

—¡Que calle el Bolonio!

—¡Bolonio a mí!.... ¡Voto a tal! ¡Con que a mí Bolonio!

Y la turba toda repitió

—¡Que calle el Bolonio!

—Voto vá, que si llamo un escribano haré que me lo de por testimonio.

—Calle el Bolonio, calle el Bolonio.

—Ustedes me la pagarán o yo no me llamara D. Antonio..

—¡Que calle el Bolonio!—repitió la turba cada vez mas insololente, y el pobre corregidor, que en su juventud habla sido poeta, se esforzaba en vano en buscar términos disonantes, pues solo hallaba terminaciones en onio; de modo que diciéndoles que les valiera mas estarse estudiando que no revolviendo, por decir los Vinios dijo el Febronio. Sucedíae al pobre lo que a Ovidio cuando decía

Juro, juro, pater, numqüam componere versus
Et quod tentaba facere versus era

Aburrido el pobre corregidor, y viendo que principiaban a pasar de las palabras a las obras, obsequiándole con algunos disparos de fideos de Fuencarral, varió su plan de ataque, y trató de mejorar de posiciones, lo cual traducido del lenguaje estratégico al paisanesco, equivale a decir: apretó a correr con el rabo entre piernas.

Pero habiendo encontrado a Garduña, que era su reserva, y durante la acción había permanecido a retaguardia, le dijo en tono imperativo:

—Embiste, Garduña.

—Señor, no embisto, que soy alguacil de tierra.

—Embiste luego, Garduña, que no estoy para gracias.

—Señor corregidor, no es gracia, que es justicia... ¿Cómo quiere V. S. que arrostre una batalla nabal?

—¿Tiemblas, Garduña?

—¡Yo temblar!

Y Garduña que la echaba de valentón, y solía llevar desabrochada la chupa, porque vieran que era hombre de pelo en pecho, escupió por el colmillo, y arremetió a la estudiantina, que le recibió con mas algazara que los indios a Hernán Cortés en la batalla de Otumba. Bien pronto desapareció el pobre alguacil en aquel maremagnum de manteos, a la manera que un náufrago lucha en medio de las olas embravecidas, y asoma de cuando en cuando la cabeza, y se sumerge al punto, y vuelve a aparecer y a sumergirse. Llovían sobre el pobre Garduña bofetones, empujones, repelones, torniscones, y todos los acabados en ones que indican golpes y coscorrones; y no fue eso lo peor, sino que luego que vino al suelo, ocurrióle a uno de aquellos diablejos gritar: ¡Ropa, que hay poca! Y al punto principiaron todos a echarse encima del pobre Garduña, que yacía en suelo exánime y hecho un ovillo, como Sancho entre los paveses, cuando la alarma de la ínsula en la última noche de su gobierno.

Luego, pues, que estuvo Garduña como Vasco Figueiras, trionfante y fasto das cozes, levantóse como pudo; recogió su sombrero de tres candiles, y marchó en busca del corregidor, que las había atufado luego que vio cual paraba la turba a su satélite.

—Señor—le dijo luego que lo vio—, de cuantas averías he tenido, ninguna siento mas que esta.

—Ya se ve, como que es la que más te duele ahora.

—No por eso, sino que me han roto la vara.

—La fortuna que valía poco, pues estaba torcida.

—Torcida no estaba, sino un poco cascada; pero yo les aseguro que no contarán por gracia el haberla concluido de romper.

—Pues, ¿qué piensas hacer cuando ni hay aquí tropa que nos ayude, ni durante este día bacanal tienen respeto alguno a sus catedráticos.?

—Yo sabré buscarlos cuando no estén juntos.

—Dices bien, Garduña; y en verdad que no debimos atacarlos a todos juntos, pues según aquel axioma que dice: *vis unita fortíor.*

—Bien lo dije yo, Señor; pero ya tarde pinche y a fe que sin necesidad de latines los meta yo en la trena.

Y en efecto se dio tan buena maña, que ayudado de dos compañeros suyos, y un zapatero de viejo que llevaba prevenido para que acudiese a las voces de ¡favor al rey!, metió presos antes de anochecer cuantos estudiantes encontró desbandados por las callejuelas, alegando que eran todos ellos de los que habían insultado a la justicia por la mañana.

II

Hallábanse reunidos unos catorce estudiantes, todos ellos veteranos, y de lo más aventajado de la universidad, en un cuarto bajo, apiñados unos sobre otros alrededor de una mesa y estudiando simultáneamente en un libro descuadernado y mugriento que sólo tenia cuarenta hojas; cuando de repente vieron entrar al bachiller Carraspera sin sombrero ni manteo, todo espeluznado, y con los ojos desencajados que parecían saltarse de sus órbitas.

—Eso es—les dijo con desentonadas voces—, vosotros aquí muy divertidos, mientras que la facultad peligra, y nuestro fuero académico queda hollado y abatido.

—¿Y cuál es el peligro?—preguntaron todos a una voz.

—Estáis amenazados de ser en breve sepultados en una lóbrega mazmorra como lo están ya Cosme, Traganta, el bachiller Salomón, y mas de catorce entre crasos y veteranos, y como lo estaría yo a no haberme valido de mis puños e industria escapándome por entre la horcajadura del esbirro Garduña, a quien logré de este modo arrojar al suelo.

—¡Ira de Dios!—gritaron todos—, eso pide venganza.

—¡Venganza no!—gritó uno de los estudiantes, que se iba a graduar en teología—. Porque el vengarse es una cosa muy fea, y está prohibida: lo más que podemos hacer es desquitarnos, porque sobre desquites no advierten nada los autores.

—Yo quisiera—dijo Carraspera—, que la vista de esta sotana desgarrada por las impuras manos de los corchetes causase en vosotros la misma impresión que hizo en los romanos la túnica ensangrentada de Julio César...

—Mejor fuera traer un poco de lo tinto para hacer coraje.

—Venga, venga—gritaron todos.

Y poniendo la mano sobre la botella, dijo Carraspera con voz sonora y enfática:

—Juráis por esto que tengo entre manos, que no habéis de beber más que agua pura, ni con las damas folgar, y demás que en ello se contiene, hasta que hayáis hecho con Garduña una de populo bárbaro.

—¡Juramos!—gritaron todos. Y en testimonio de verdad apuraron la botella *usque ad apices juris*, es decir, hasta la pez del jarro.

Procedióse en seguida a instalar un tribunal para sentenciar al reo, y después de haberle acusado las tres rebeldías, se procedió a sentenciarle en debida forma: unos lo condenaban a seis carreras de baquetas, y otros a remojarlo en el pilón de la fuente.

—Eso sería una inhumanidad—gritó el bachiller Pinillas—, hacerle tomar baños estando el tiempo tan húmedo mejor será ponerle unas ayudas de agua templada, que tenga unos veintiocho sobre cero, añadiendo por vía de estimulante polvos de pimentón picante.

—Nada de eso—dijo un estudiante de medicina—, y ya que la cuestión de la pena que se debe imponer a Garduña ha venido a parar al terreno de mi facultad, soy de parecer que se ensayen algunas operaciones anatómicas, y supuesto que es alguacil de capa no sería malo hacerlo de capadocia.

Encrespábase la disputa, pues cada uno quería que prevaleciese su dictamen de justicia vindicativa; pero viendo Carraspera que la discusión iba a tener un final desagradable, cortó la disputa diciendo:

—Señores, creo que debemos tratar primero de coger al reo, y en seguida obraremos según las circunstancias.

Recibióse este dictamen con general aplauso a pesar de las protestas de alguno que otro, que hubiera deseado una determinación menos equívoca.

Salieron pues a la calle provistos de garrotes, espadines, cuerdas y demás aprestos necesarios para aquel célebre hecho de armas. Así que llegaron a la puerta del alguacil, aparentaron dos de ellos ponerse a reñir, gritando el uno de ellos: ¡Ladrón, ladrón!.

Esta estratagema surtió el efecto deseado, pues Garduña así que oyó la pendencia, arrojase presuroso de la cama, y salió precipitadamente y a medio vestir, y como iba corriendo, tropezó en una cuerda, que habían puesto sus emboscados enemigos, y cayó de cabeza, dando una voltereta.

No bien había caído cuando se renovaron sobre sus costillas el zapateado y la zurribanda que había sufrido por la mañana, y en seguida le envolvieron en un manteo, y cogiéndole entre todos, lo arrastraron hacia la fuente del palacio.

Aturdido el pobre Garduña con tan inesperado contratiempo, y arrollado en el manteo, que le impedía el manejo de sus brazos, cono si fuera una camisa de fuerza, se dejaba conducir sin resistencia; pero habiendo logrado sacar la cabeza, determinó probar el último recurso gritando con toda su fuerza: ¡Qué me llevan los estudiantes!, y esperando de este modo atraer en su favor a los vecinos que lo oyesen.

Apuradillo era el lance para los estudiantes, y aún algunos trataron de abandonar la presa, temiendo que salieran los vecinos en favor de la justicia; pero a todo suplió la sagacidad del bachiller Pitillas, que remedando al alguacil, gritó en falsete: «¡Qué me llevan los estudiantes!», y los demás gritaron lo mismo en favordón; y siguieron repitiendo a coro los gritos del alguacil o parodiando los finales, de modo que si gritaba: «¡Socorro, vecinos, socorro!», respondían los estudiantes, «¡Corro, corro!»; y si decía «¡Favor a la justicia!», gritaban a coro: «¡Picia, picia!»; y todo ello alternado con sendos pellizcos y trompazos, hasta que tuvo que callar.

Sucedió, pues, lo que era de presumir, que los vecinos, creyendo que sería alguna broma de los estudiantes, dieron media vuelta entre las sábanas, y continuaron roncando, o cuando más maldiciendo el mal gusto del que tenia gana de alborotar a tales horas.

Con todo este aparato fue conducido el pobre Garduña hasta el pilón de la fuente, en donde le levantaron en alto, y después de haberle cantado un solemne *gori gori*, sin hacer caso de sus imprecaciones ni amenazas, fue rebautizado por inmersión.

III

A la mañana siguiente no se hablaba en Alcalá mas que del trágico fin del desgraciado Garduña. La opinión mas general era que se lo habían llevado los demonios en cuerpo y alma, y esta se corroboró mas al ver unas tripas tiradas cerca del matadero, asegurándose que los diablos le habían arrancado las entrañas.

Los vecinos contaban con asombro y horror las voces que habían oído, y de boca en boca crecían y se exageraban.Una vieja refería que habiéndose ella asomado a la ventana había visto toda la calle llena de un humo denso a manera de niebla, que no permitía ver nada. Más a pesar de eso, aseguraba que había atisbado mas de mil diablos, ne-

gros como tizones, y con unas colas tan largas que se daban con ellas ocho vueltas al cuerpo. Aseguraba que había visto sacar al alguacil por la ventana, y que habían echado a volar por encima de los tejados dando espantosos aullidos, y dejando un olor de azufre intolerable.

Mientras que corrían estas noticias por el mercado y los portales de la calle mayor, cundió la voz de que en el chorrillo había un fenómeno, brujería o cosa semejante, pero tan espantosa, que daba unos gritos formidables, de modo que ni aun los perros se atrevían a llegarse al bulto, y quedaban como atontados ladrando al rededor.

Varios estudiantes que estaban por allí y fuera de la puerta de San Bernardo, parecía que estaban como asombrados de tan espantoso suceso, asegurando que aquello era cosa sobrenatural. Uno de ellos conjeturaba que aquella debía de ser el alma en pena del alguacil Garduña, el cual como que había sido antes portero que guardián, (es decir, alguacil antes que diablo) habría jugado alguna treta a sus conductores, y se les habría escapado de entre las uñas, antes de entrar en el territorio de Pero Botero.

Pero al fin prevaleció la opinión del graduando en teología (el de la distinción entre venganza y desquite), que afirmaba, que aquella debía ser en efecto el alma del alguacil Garduña, la cual probablemente no habría sido admitida en el infierno, y citó en su apoyo varios textos del padre Martín del Río, en su libro *De laudibus*, en que trata de duendes y brujas; y aun añadió que seria muy probable que se apoderase del primer cuerpo que se le arrimara. Huyeron santiguándose todas las viejas así que oyeron esto; pero viendo llegar en aquel momento las autoridades, pudo más la curiosidad que el miedo.

Luego que llegaron estas, aproximáronse, no sin algún temor hacia el objeto que excitaba la curiosidad general, y quedaron estupefactos al ver que era un bulto negro, con dos cabezas y seis patas: una de las cabezas era humana, y prorrumpía frecuentemente en gritos de dolor y cólera, que servían al mismo tiempo para espantar a los perros que le rodeaban, creyéndole su presa. Cuando llegaron al monstruo se trocó su admiración en risa, al encontrar en vez de una alma en pena, al mismo alguacil Garduña, atado y metido en el cuerpo de una mula muerta.

La Calumnia. (Leyenda Tradicional.)

Manuel Milá y Fontanals

1842[39]

Las fatigas de la caza no habían sido bastantes a divertir el ánimo de Don Miguel de las congojas de un amor desdeñado, ni a aligerar su conciencia del peso de un fatal secreto. Subió penosamente las gradas de la marmórea escalera y entró en el cuarto de su madre, cuyas severas miradas le reprendieron el desaliño de su porte.

—Hijo mío, tu primo Don Julián, orgullo y esperanza de su casa, ha pasado de esta vida; cuando el mensajero salía de su estancia, acababan de vestir cl cadáver con el humilde hábito de Francisco. Desde el día en que me noticiaste que, mofándose de mi maternal vigilancia, publicaba torcidamente los inocentes favores de tu prima, no han vuelto sus pisadas a deshonrar los umbrales de mi casa; mas puesto que la muerte nos ha vengado con usura, no se dirá que me olvido de que animaba a su madre la misma sangre que corre por mis venas. Esta noche velarás su cadáver.

Pese al abatimiento de Don Miguel no dejó de inclinarse en muestra de asentimiento a las órdenes de la noble señora, ni de reparar en los ojos de su prima Eulalia enrojecidos por el lloro.

Ni transcurrieron muchas horas sin que se hallase sentado junto a un cadáver vestido con el pardo sayal del que fué portento de humildad y es hoy gloria de Asís.

Apartó una lámpara que ardía junto al lecho, para no ver las pálidas facciones del finado, exánimes tal vez a efecto de las maledicencias que profiriera su propia lengua.

—Mas ¿qué?—decía entre si—. ¿Debía, según el mandato del inflexible sacerdote, pasar por un sonrojo a que ningún hombre bien nacido se aviniera? ¿Debía exponerme a la cólera de mi madre y a los nuevos y triunfantes desdenes de Eulalia? Si crimen fue, ¿no es harta expiación el miserable estado en que me veo?.

De este modo acallaba por un momento el gusano roedor que dentro de otro momento volvía a atormentarle con saña renaciente.

El silencio que reinaba en el aposento fue al cabo de largo rato interrumpido por las campanea de la vecina catedral levemente agitadas por siniestros espíritus. Parecióle entonces a Dpn Miguel que alguno le llamaba a lo lejos como quien demandaba su auxilio, y un momento después oyó su nombre cerca de si pronunciado con la voz baja del que intenta comunicar un secreto.

Abandonara la estancia si el sobresalto se lo permitiera; la creyera pisada de algún mortal, si sus ojos no llegasen libremente a los negros paños que cubren las paredes. Mas como luego no oyó sino los latidos de su propio corazón, tomó el partido de creerlo todo ilusión de su atormentada fantasía.

Mas no era ilusión, que el muerto se vuelve a un lado como el desvelado que cambia de postura, que separa lentamente sus cruzadas manos y extiende un brazo descarnado por entre la manga anchurosa.

---

39 Esa es la fecha que lleva el relato en la edición de las *Obras Completas* del autor (1896). [Tomo 6: págs 472-474.]

No es ilusión, que hundida su mano en la boca de Don Miguel, le arranca dolorosamente la lengua calumniosa, y que levantada y ya inmóvil presente a los ojos del culpable el sangriento despojo de la justicia divina.

El bautismo de Mudarra, sobrino del rey moro de Córdoba, según nuestras crónicas.

José Somoza

Obras de José Somoza. Artículos en prosa. 1842.

En el siglo IX ocupaban los árabes gran parte de nuestra patria. Castilla sacudía el yugo , pero sus fuerzas apenas bastaban a sostenerla en libertad. El rey Hiscen[40] la amenazaba continuamente desde el trono, asentado y consolidado por tanto tiempo en Córdoba. Esta corte era el centro del poder sarraceno. El resto de España entera reconocía su preeminencia y superioridad en las artes y en las ciencias. Allí resucitaban el saber y las letras de la antigua Grecia, olvidadas ya en todo el Occidente. A su universidad célebre concurrían de todas las naciones los hijos de los nobles que no se contentaban con ser únicamente cazadores y guerreros.

En esta brillante corte se educó el joven Mudarra[41]. Llegaba apenas a los quince años, y ya las gracias habían hermoseado su persona, las musas su entendimiento, la virtud su corazón. Criábase como individuo de la familia real. La hermana del rey Hiscen 42le amaba como a hijo suyo, mas no le confesaba que lo era. En vano el amable mancebo, echándose mil veces en sus brazos y nombrándola madre, cubría de besos su rostro. El rostro de la mora se inundaba en llanto, y el joven, apartando el suyo, se retiraba también a llorar en silencio.

Pero llegó, en fin, un día en que el amor materno terminase aquel mutuo martirio.

—¡Hijo mío eres!—exclamó la Infanta, abrazando a Mudarra—. ¡Pero no me maldigas! ¡Eres bastardo! Tu padre es un cristiano, un adúltero, esposo de otra cuando te dio el ser en mi seno. Tu existencia es un oprobio para tu débil madre, para ti mismo, víctima inocente de nuestra flaqueza. ¡Y me atrevo a esperar que no me odies! ¡Me atrevo a exigir que ames, que respetes, que obedezcas al cómplice de mi crimen y de tu ignominia si llegas conocerle! ¡Tanto confío en tu virtud!

El generoso Mudarra, volviendo en sí del proceloso abismo en que le habían hundido las palabras de su madre, la jura amor eterno y sumisión sin límites.

—Es preciso separarnos—le dice ésta—. Tu permanencia en la corte pudiera perderte. Si un día se divulgase la afrenta de tu nacimiento, si osase un insolente echártela en cara, tendrías que aplacar con sangre al ídolo inflexible del honor; otro destino te reserva el Cielo si favorece mis súplicas. La real sangre de los godos corre por tus venas, mezclada con la de los monarcas africanos. Tal vez se te reserve la dicha de aplacar los odios de las dos naciones. Tal vez te deban un día los afligidos mortales una paz y un sosiego permanentes. Todo está preparado. Sabes que el Rey mi hermano armándote caba-

40 Hisam II, Califa de Córdoba entre 976 y 1013. Llegó al poder con diez años de edad y el poder efectivo lo desempeñó Almanzor.

41 Por los años de 994 (Nota del autor).

42 Otros dicen hermana de Almanzor. (Nota del autor).

llero, armó doscientos nobles de tu misma edad, que han jurado seguir tu suerte. Marcha a su frente: busca en tierra de los cristianos al caballero de quien eres hijo. Ampárale, defiéndele contra sus poderosos enemigos. Para que te reconozca, toma ese anillo partido, prenda de nuestros desgraciados amores. Besa la mano adornada con la mitad del anillo que falta, y ella te dé la bendición paterna.

Así habló la ilustre mora, dejando a Mudarra conmovido y triste. Pésale abandonar a su adorada madre en el momento mismo en que la acababa de reconocer. Siente dejar su encantadora patria, cambiar sus dulces y urbanas costumbres por la vida errante y aventurera. Pero una lisonjera perspectiva le alienta: la idea de un padre a quien ama antes de conocerle y la de una madre consolada y feliz. La del bien general, sobre todo, que no duda conseguir, le anima, le inflama y quisiera que ya el nuevo día no le hallara en Córdoba.

Entre tanto el rey Hiscen ordena lo necesario para que la partida de su deudo sea decorosa y magnífica. Luego le instruye sobre la conducta que debe observar en las tierras neutrales o enemigas. Le da cartas y despachos que acrediten y caractericen su persona. Llegado el día y la hora, los doscientos nobles moros que han de acompañarle se presentan armados y montados gallardamente. Todos son bellos, diestros y discretos como el Dios de la luz y la armonía. Todos llevan en su seguimiento algunos escuderos y hombres de armas. El lucido escuadrón reconoce a su joven adalid y marcha a su voz.

¡Dichoso aquel mortal privilegiado que en los primeros años de su edad consiguió cultivar su entendimiento! Todas las situaciones de la vida le proporcionan placeres. Consigo lleva su felicidad. En medio de los páramos desiertos, sobre los vastos abismos de los mares, entre las selvas sombrías, allí goza. El hombre estúpido, el atrabiliario le envidian y se irritan contra él, e intentan degradarle, abatirle, rebajarle al nivel suyo; le persiguen, le atormentan, le empobrecen, le destierran, le sepultan en sus calabozos. ¡Vana porfía! Allí es dichoso el sabio, meditando en los medios de mejorar la suerte de sus verdugos.

Mudarra, errante por la triste España, compadece la suerte de sus habitantes, entregados a lides inútiles, divididos en fracciones insensatas, esclavos de pasiones frenéticas y de preocupaciones absurdas. No ve sino fortalezas rodeadas de fosos, ciudades encerradas dentro de sombríos muros, aldeas incendiadas, campos talados, ganados que huyen con sus conductores al aspecto del caminante. Suspira el moro; pero disipa su melancolía, embebido en ideas de esperanza y alivio para la especie humana. O estudia las virtudes de las plantas, o el origen de los ríos, o la dirección y ángulos de las montañas, o la forma y materia de las rocas, por las cuales infiere los trastornos, los incendios, las inundaciones que ha padecido el globo, girando en torno del astro que lo alumbra. En la tranquila noche contempla, mide y calcula los diversos planetas que describen su órbita reglada; los cometas, de forma extraordinaria, y que a pesar de su irregular giro, no pueden evitar que la mente del sabio sorprenda y averigüe su camino, y pronostique y fije su retorno. Las altas estrellas fijas, centro de infinitos orbes a que da vida su luz, y cuya vibración en el espacio emplea años enteros en llegar a la vista del mortal: del mortal, que se eleva a la contemplación de la inmensidad, despreciando entretanto los intereses y pasiones mezquinas, cual llama inútil de exhalaciones fétidas .

En una de estas noches, la oscuridad había separado al moro de sus compañeros, y vagaba sin camino por las márgenes del río Arlanza , cuando el viento trajo a su oído el sonido de una campana. Guiado por ella, llegó hasta un elevado y gótico edificio, monasterio solitario edificado por la piedad cristiana[43]. Dirige sus pasos una débil luz hasta la entrada de un dilatado claustro. En el pórtico deja el caballo, y camina por las sombrías bóvedas, al fin de las cuales ardía una lámpara que alumbraba diferentes sepulcros. Una mujer sollozaba hincada de rodillas entre aquellas tumbas. Su traje y porte y el número de dueñas y criadas que la rodeaban, mostraban ser dama ilustre. El tiempo comenzaba a hollar su semblante en que parecían haber morado las gracias.

Alzose sobresaltada cuando miró al guerrero; mas luego dirigiéndose a él con voz airada, le dijo:

—¿Por qué turbáis la paz de los sepulcros y la soledad religiosa del asilo de la aflicción?

El moro, desenlazando la celada que cubría su rostro, le pide perdón; la informa de que es un pasajero extraviado, y quiere retirarse; pero la dama le detiene.

—¿Vísteis—dice, volviéndose a las que la asistían—, retrato más parecido a mi Gonzalo? ¿Al menor de mis hijos? ¡Su misma voz, su amable sonrisa y el mirar encantador del malogrado Gonzalo! Caballero, si vuestra cortesía iguala a vuestra gentileza, confiadme vuestro nombre y el objeto de vuestro viaje.

Enseguida manda a sus criadas que acerquen un estrado y se retiren. Mudarra se contenta con decirle que viene de Córdoba, con mensaje de su tío el rey Hiscen.

—Pues sois deudo del rey Hiscen—replica ella—, por mí debe correr desde hoy vuestro hospedaje. Más he debido a ese monarca moro que a mis conciudadanos y parientes, que profanan el nombre de cristianos no teniendo más ley que la perfidia. Vuestro generoso tío me devolvió el esposo a quien mis deudos vendieron y le entregaron para que le mandara degollar. Me le devolvió, ¡ay de mí!, compadecido de nuestras horribles desventuras, y permitió que aquel infeliz padre volviese a sollozar entre los brazos de su esposa Doña Sancha, ¡de la madre de los Infantes de Lara! Sí señor, yo soy esa miserable que, perseguida de tigres, me he refugiado a esta última guarida con los sangrientos restos de la presa que me devoraron. ¡En esas siete tumbas están los troncos de sus cuerpos sin cabezas, para oprobio de este bárbaro siglo, baldón eterno de la cristiandad, y escarmiento de humanas grandezas!

Calla ahogada por el llanto. Mudarra no se empeña en consolarla, pero llora con ella, único medio que halla un corazón tierno de aliviar al afligido. Después de un largo silencio, el compasivo moro indica que desearía le contase sus desgracias, si el renovar su memoria no agravaba su pesar.

—Os engañáis—le replicó la dama cortésmente—, el doliente descansa cuando habla de su dolor. Pero la historia de mis infortunios está enlazada con la de mi patria y con la del benéfico gobierno de Nuño Rasura, tío de mi esposo Gonzalo.

—Castilla estaba alterada desde que sus cuatro Condes habían sido degollados en León por orden de su tío el rey Ordoño, y se aumentó el descontento en el reinado del sucesor Fruela, que también mandó matar a los hijos de Olmundo, principal caballero, sin que de unas ni otras muertes se haya sabido el motivo. Este rey se hallaba enfermo y mal-

43 San Pedro de Arlanza, cerca de Burgos. (Nota del autor)

quisto en León, y de esta circunstancia se aprovecharon los castellanos para alzarse abiertamente. Resolvieron nombrar dos varones que con el nombre de Jueces les gobernasen en paz y en guerra. No recayó la elección sobre los más principales y poderosos caballeros, sino sobre los más prudentes y esforzados. Nuño Rasura era hombre de gran juicio, sufrido, modesto, diligente y recatado[44]. Así era amado de todos, y apenas se hallaba quien se quejase de lo que juzgaba, aunque muy pocas veces daba sentencia en los pleitos y diferencias, concertando las partes con afabilidad y discreción. El yerno de éste, Laín Calvo, era el otro Juez, electo tan sólo para negocios militares, a que era aficionado. Entonces fue cuando tuve la dicha de ser elegida por Nuño Rasura para esposa de Gonzalo, su sobrino, a quien él educaba en su palacio con toda la nobleza de Castilla. Quería preparar a la nación por medio de esta noble juventud otro siglo de honradez, previendo que su edad no le daría tiempo para consolidar por sí la felicidad de la patria. Fue así: pereció con él a poco tiempo: ¡tanto importa a las naciones la vida de un justo! Fernán González, su nieto, amaba la falsa gloria, lisonjeado por un pueblo que amaba en él la memoria de su abuelo. Mas ¿qué mucho si ya entonces la ambición se tenía por virtud y ningún delito lo era, como se cometiese por mandar y se lograse? Ramiro inhumanamente había sacado los ojos a su propio hermano y a sus tres sobrinos. En fin, señor, el reino de Castilla fue puesto en venta, el premio en que se tasó, ¿cuál os parece que fue? ¡Un caballo y un halcón, propios de Fernán González, los cuales codiciaba el rey don Sancho! ¡No valía más Castilla, pues por tal precio se daba! Mostró el cielo desde entonces abandonar esta tierra degradada. El árabe volvió a invadirla. Mis siete Infantes, en edad ya de manejar las armas, corrieron a tomarlas. Mi esposo Gonzalo, al frente de sus hijos, vio las primeras pruebas de su valor; pero fue más el mío, pues toleré su ausencia sin morir. ¡Cuánta menos fortaleza necesita el guerrero que marcha al combate que la esposa o la madre que le ve partir! Inmóvil la cuitada en el recinto estrecho de su estancia, su corazón sensible es el campo en que pasan los combates; en él se lidian todas las batallas; en él se clavan todos los aceros. Por fin volví a abrazar a mis hijos y esposo. Volvieron estos a la corte de Burgos, a las bodas de mi hermano Rui-Velázquez, que casaba con doña Lambra, dama de gran distinción, pero de carácter orgulloso y vengativo, y origen de todas mis desdichas. Un primo de ésta tuvo un altercado con el más pequeño de mis hijos en el torneo que se celebró para solemnizar el casamiento. Medió el Conde de Castilla, y la disputa quedó olvidada por todos menos por mi cruel cuñada. Ni sosegó hasta lograr hacernos a todos odiosos para con su esposo, ciego, crédulo y alucinado por ella. Un día que uno de mis hijos se hallaba en sus jardines, mandó a un esclavo que le insultase y se acogiese a las rodillas de ella[45]. Allí fue muerto por mi ofendido hijo, como era de creer, y ella esperaba sin duda, para quejarse al marido de tal desacato. Este juró la ruina de sus sobrinos, comenzando por el padre de éstos, por mi esposo Gonzalo. Por medio del valimiento que con el Conde tenía, logró mi pérfido hermano que Gonzalo fuese a Córdoba como embajador de paz al rey Hiscen; mas reservadamente pedía al Rey le prendiese y matase como sospe-

44 Así se expresan las crónicas (Nota del autor) La Historia Gótica (llamada también Crónica del Toledano) escrita por el Arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, a principos del siglo XIII define así a Nuño Rasura: «vir patiens et modestus, solers et prudens, industrius et circunspectus...» (hombre paciente y modesto, hábil y prudente, trabajador y recatado).

45 Le arrojó un cohombro empapado en sangre, grave ofensa en aquel tiempo. (Nota del autor)

choso, ofreciéndole en premio parte de Castilla. Para facilitar su entrada en ella emprendió luego mi hermano una jornada sobre la frontera del moro, y no contento aquel monstruo con privarme del esposo, se llevó consigo todos mis hijos. ¡No sé qué presentimiento de que no volvería a verlos me oprimía el pecho al despedirme de ellos! Los abrazaba alternativamente, besaba sus semblantes inocentes, y hacía responsable de sus días a su ayo Nuño Salido, a cuyo cuidado iban[46]. Marchan en fin, y llegan al castillo de Alvacar, adonde les destinaba su aleve tío Velázquez, cual víctimas entregadas al cuchillo agareno[47]. Diez mil lanzas cercaron en el campo a doscientos caballeros que iban con mis hijos. Tres días enteros mantuvieron su honor los de Lara, retirándose al fuerte y esperando socorro, hasta que el hambre, el cansancio, las heridas y el despecho les hicieron rendir las vidas. ¡Las cabezas de los siete Infantes fueron con inhumana diligencia remitidas a Córdoba a su padre por el vengativo tío!!! Yo ignoraba que había hombres, caballeros, cristianos, sedientos de la sangre de su propia especie. ¡Repugna el lobo hambriento verter la de su familia! El rey moro se horrorizó de este espectáculo detestable. Lloró a mis hijos, compadeció la miseria de éste. Diole la libertad, diole su poderosa protección para volver sin riesgo a su patria, a gemir con su esposa. Aquí me había retirado yo, habiendo conseguido trasladar los restos de los Infantes para sepultarlos. Aquí vino mi esposo, y en él miré lo que no creía posible, un ser más digno de lástima, porque yo era inocente y él se hallaba culpable. Además de nuestras penas mutuas, se hallaba oprimido de otra que no admitía consuelo, porque era incomunicable a su esposa. Logré sin embargo sondear su llaga, verter en ella el bálsamo de la esperanza, y disipar la corrosiva caries del remordimiento. No es un secreto en la corte de Castilla el que voy a confiaros, ni vos una persona vulgar para que os lo reserve. Mientras mi esposo estuvo preso en Córdoba, se dignó visitarle en su prisión una sensible mora del más alto carácter. La compasión y el agradecimiento produjeron una pasión violenta en ambos. Uno y otro se olvidaron de sí. Hubo un momento culpable, pues que las leyes crean los delitos, los del amor, ¿quién no los disimula y los perdona?, ¿quiénes son inflexibles contra ellos? O los hipócritas, o los egoístas insensibles. Mi religión exige el perdón de las injurias, y mi índole las de aquéllas que lo son sólo para el amor propio. Conseguí que Gonzalo creyese mi indulgencia y mi perdón sinceros, pero me fue imposible averiguar si existe el fruto de su debilidad. Lo ignora Gonzalo. Quince años hace que volvió de Córdoba: quince años que la triste mora, al dejarla su amante, partió un rico anillo que ceñía su dedo, le entregó la mitad y reservó la otra, ofreciendo enviársela por una cara y suplicante mano, si daba a luz y el cielo conservaba la víctima inocente que llevaba en su seno.

A estas palabras, el joven Mudarra no es dueño de sí mismo. Arrójase a los pies de doña Sancha. Le muestra en sus manos juntas y elevadas al cielo el materno y roto anillo, ocultando su rostro cubierto y abatido de rubor. Doña Sancha, sorprendida, cerciorada, conmovida, toma en las palmas de sus manos trémulas la sonrosada faz del mancebo, la observa atentamente, contempla una por una sus facciones y besa en fin su frente, nombrándole hijo suyo. El moro en seguida satisface la curiosidad de ésta, circunstan-

46 Nuño Salido murió como caballero, defendiendo a los infantes, a quienes había dado excelente educación. (Nota del autor)

47 Trescientos de la gente de Velázquez no obedecieron la orden de éste y fueron a socorrer a los infantes. (Nota del autor).

ciándole su nacimiento, educación y venida en busca de la paterna bendición. Doña Sancha le ofrece conseguirla, presentándole a Gonzalo, retirado en su castillo de Salas, a corta distancia. Entretanto los compañeros de Mudarra, inquietos por la falta de su jefe llegaban al monasterio, doña Sancha los recibe, cuida de su regalo , y les proporciona un asilo cómodo. Sólo Mudarra no descansa ni se entrega al sueño. La esperanza y el temor agitan su ánimo y suspira por el día que ha de decidir de su futura suerte. Llegado éste, Doña Sancha le conduce al castillo de Salas. El escuadrón del moro le sigue.

La habitación de Gonzalo era cual la de todos los grandes de Castilla: una fortaleza erizada de almenas cubiertas de centinelas armados. El puente levadizo da entrada solamente a Doña Sancha, que se anticipa a informar a su esposo y disponerle a recibir al hijo. Vuelve ésta al cabo de algún tiempo con la sonrisa del bueno que acaba de ejercer un acto benéfico.

—Entrad—le dice—, que os abrace Gonzalo, vuestro buen padre.

Mudarra, guiado por ella, cae a los pies de un venerable anciano. Sus desgracias estaban grabadas en su rostro, y éstas más que los años habían debilitado sus miembros. Examina con ojos enternecidos las facciones del moro, ve el anillo, lo toma, lo acerca a sus labios, alza la vista y las manos al cielo, e incapaz de soportar la conmoción de su ánimo, se retira apoyado en su hijo y en su esposa. Pero el alma violenta de Gonzalo, aún más exasperada que abatida por el largo padecer, recobra pronto toda su fiereza. La agitación de su ánimo amenaza una horrible explosión. Así el antiguo monte de Sicilia, tranquilo por mucho tiempo, truena repentinamente, arrojando el fuego a torrentes y destruye cuanto la mano del hombre benéfica y activa había edificado alrededor de él.

Había poco tiempo que Mudarra, bajo el paterno techo, con sus compañeros, gozaba su dichosa situación, cuando un día Gonzalo le llama y le dice:

—El cielo es justo, le pedí un vengador y me envía un hijo en la flor de la edad y de la fuerza. ¡Que perezca, hijo mío, por tu mano el vil Velázquez y la indigna Lambra, asesinos aleves de tus siete hermanos! Pero no me descubras, oculta, yo te lo mando, este secreto a mi esposa. Su débil sexo, su piedad religiosa, su antiguo afecto hacia el único hermano, se opondrían a una resolución que juro por mi honor se ha de cumplir. Juro tener por enemigo eterno a todo el que se oponga a mi venganza.

Gonzalo se retira. Su hijo horrorizado queda inmóvil. Erizado el cabello, pálida la frente. Las pupilas de sus ojos sin pestañear están fijas en tierra cual si mirasen un profundo abismo, cual si viese humear la sangre que se quiere que vierta su inocente mano, cual si el remordimiento del crimen despedazase ya su corazón.

—¡Oh, virtud!—exclamaba—. ¿Será imposible ser feliz contigo? ¿Te habré yo consagrado inútilmente por templo mi corazón? Esperanzas de paz y reconciliación, ¿dónde habéis ido? ¿El torbellino de las pasiones os habrá disipado en un momento. ¡Padre adorado e injusto! Yo que por vuestro amor agotaría mis venas; que por vuestra defensa exterminaré huestes de enemigos, ¿no he de osar aplacar vuestro furor, combatir y disipar una preocupación de pundonor funesto? Tú, sensible y benéfica cristiana, esposa generosa, que has extendido el velo de la religión sobre un esposo criminal contigo, tú apoyarás mis débiles palabras, tú auxiliarás mis suplicantes voces. Mas ni aun esto me es lícito. El paternal precepto me prohíbe revelar este secreto horrible.

Así se atormentaba el virtuoso Mudarra, cuando Doña Sancha, que venía de orar y ofrecer a su Dios la felicidad suya y la de su familia, se acerca al moro, le estrecha en sus brazos, le sienta a su lado.

—Dios me ha inspirado—le dice—, el Dios que te ha dado un padre y que te da en mí otra madre (porque la que te tuvo en sus entrañas no te ama más que yo), ese Dios, hijo mío, ha de ser el Dios tuyo, si te interesa la felicidad de la que solo anhela por la tuya. No, yo no disfrutaré un momento tranquilo mientras no te abra el camino de la eterna dicha. Si te cegare tu fatal error, ¡me estremezco al pensarlo!, yo moriría, porque no me sería permitido, ¡oh hijo mío!, darte este nombre, ni tenerte a mi lado. ¡Yo en comunicación con un infiel! ¡Mas apartarme de mi único apoyo de la vida, imagen del malogrado Gonzalo! Moriría de la muerte más infausta , desesperada aun de vivir contigo en la mansión eterna de la vida. Pero si abres los ojos a la luz del cielo, la ilustre casa de Lara renacerá en ti, serás el fundador del vínculo de paz entre dos grandes y devastadas naciones a quien tal vez tu raza dará reyes justos[48].

El llanto inundaba las mejillas del moro, postrado a las rodillas de su nueva madre.

—Haced—le dice al fin— que vuestro esposo, que mi amado padre me conceda volver con vos al solitario asilo donde os encontré; que me permita meditar allí y hallar los medios de que sean felices las únicas personas por quien amo la vida.

Doña Sancha se da por contenta. Pide y alcanza el permiso de este retiro, grato a su piedad. Gonzalo lo concede con repugnancia y sólo por respeto al religioso objeto de su esposa, pero señala a su hijo un breve plazo para la ejecución del deber que en secreto le ha puesto. El atribulado y confundido Mudarra, llegando al monasterio solitario, suelta la rienda a su melancolía. Las arboledas de tristes cipreses, los hondos valles, la silenciosa luna o los sepulcros de sus hermanos son los únicos testigos de sus penas.

—¡Oh, lecciones! ¡Oh, Maestros—exclamaba— de la moral y la sabiduría! ¿Por qué no estáis de acuerdo con las leyes, las costumbres y las opiniones de todos los hombres? ¿Por qué la especie humana está más dividida entre sí misma que las demás especies? Nazco, y mi nacimiento es un oprobio inevitable en mí. Encuentro un padre y no me reconoce sino con la condición de cometer un crimen que juzga obligación. Me ordena que asesine a su propio cuñado, a mi tío, al hermano de esta mujer benéfica que me adopta por hijo, pero cuya inflexible religión exige decidida y absolutamente que abandone y abjure la religión mía, la religión de la que me dio a luz, la religión de la patria que me adoptó al nacer. ¿Y yo cometeré tan fea ingratitud? ¡Primero morir! Pero morir y dejar en la desolación y el abandono aquella misma madre; y esta madre adoptiva que me anuncia su muerte si no la complazco. Mi padre entonces maldeciría con razón mi existencia y mi muerte. Conmigo bajarían a la tumba las esperanzas de dos nobles familias. Las esperanzas que yo propio alimento de dar la paz al afligido pueblo. ¡Oh Dios! ¿Por qué permite tu justicia que tan difícil sea ejecutar el bien?

Así pasaba los días el desgraciado mancebo para quien era otro tormento nuevo la presencia y mirada suplicante de Doña Sancha. Terminó tan penosa situación la venida de Gonzalo.

---

48 Los de Portugal, según las crónicas (Nota del autor)

—El Conde de Castilla—les dice— quiere conocer a mi hijo. Yo mismo voy a presentarle en su corte. En término de tres días se lo devolveré a mi esposa, que juzgará entonces por su sumisión, si merece que le adopte por hijo suyo.

Mudarra se prepara a obedecer, y Doña Sancha, al despedirse de él, rompe el silencio que había guardado por tantos días.

—No prolongues, hijo, las angustias de tu segunda madre. Los doctos religiosos que aquí habitan me aseguran que estás instruido en los augustos misterios; que tu consentimiento sólo falta para que recibas el agua saludable. Yo he respetado hasta hoy tu silencio a costa de mi sosiego y mi salud. Mira este semblante pálido, estas lívidas mejillas, efecto son de mi inquietud por ti. Así me tiene tu ingrata obstinación. Que no dure más tiempo este martirio. Si es necesario me postraré ante ti para alcanzarlo. Abrazaré tus rodillas y besaré tus pies.

Diciendo esto cae arrodillada. Su hijo también se arrodilla, la abraza, la sostiene, le ruega que no abuse de su amor. Pero Doña Sancha se alza. Se desprende de sus brazos. Le aparta de sí, diciendo:

—Aléjate de mí desventurado infiel. Tu ceguedad y mi condescendencia están escandalizando esta religiosa casa. La religión me prohíbe en adelante toda comunicación contigo. Déjame descender en paz y en inocencia, si es posible, al sepulcro de mis padres.

Gonzalo llegaba entonces a despedirse de ella. Gonzalo, que ha escuchado las últimas palabras de su esposa, le ruega que se calme, que no precipite la obra del cielo. Lleva consigo a su hijo, y juntos toman el camino de Burgos.

Entonces es cuando Gonzalo participa a su hijo que ha retado en su nombre al bárbaro Velázquez y que debe prepararse para el mortal duelo.

—Padre—exclama el mancebo, ¿para qué pedís víctimas a vuestro hijo inocente? ¿Por qué exigís que vuelva a los brazos de su madre adoptiva, de vuestra esposa, manchado con la sangre de su hermano? ¿Debo prepararme por un parricidio al sacramento augusto y primitivo de vuestra religión?

—Los delitos contra el cielo—replica Gonzalo— admiten expiación . Los del honor, ninguna.

—Pero ese honor, señor, ¿no exigiría después otra venganza de parte de la raza de Velázquez contra la raza vuestra? ¿Por qué hemos de dejar tan triste herencia a nuestros descendientes? Si no es dado a los buenos cortar alguna vez esta horrible cadena de rencores, ¿cuál ha de ser el último eslabón?

—Los débiles arguyen y los fuertes vencen—interrumpe Gonzalo—. Tu padre sostendrá el duelo. En él serás espectador cobarde de mi venganza o de mi muerte. Arrojaré sobre ti algunas gotas de mi última sangre con mi maldición.

Mudarra se estremece de la alternativa horrenda y no encuentra esperanza sino en su destreza. Combatirá, desarmará al enemigo, satisfará a su padre y a la humanidad.

Al día después de haber entrado en Burgos, Gonzalo, llevando a su lado al moro gallardo, se le presenta al Conde de Castilla y a los grandes que le acompañaban. Velázquez estaba entre ellos. Velázquez osa escarnecer al bastardo, pero éste entonces le recuerda el duelo y exige la hora. Los grandes murmuran entre sí y deciden a una voz que Velázquez está obligado al duelo. El Conde, a pesar suyo, señala el día siguiente para el combate y los despide cortésmente. Pero cuando la noche ha tendido sus sombras, Ve-

lázquez reúne todos su parientes y parciales, hace que le abran una puerta de la ciudad y huye en silencio hacia su fortaleza de Barbadillo, llevando a su esposa, la culpable Lambra, en medio de un escuadrón de caballeros. Gonzalo había espiado todos los pasos de su enemigo, como el lebrel a la presa, para, en viéndola fuera de su asilo, salirla al encuentro y lanzarse sobre ella. Nada quiere decir a su hijo, que descansa retirado en otra estancia; pero en nombre suyo marcha. Reúne los guerreros moros que habían quedado en su castillo de Salas y se oculta con ellos en un bosque sobre el mismo camino por donde ha de pasar Velázquez con los suyos.

Ya la estrella precursora del día centelleaba sobre el horizonte, cuando el vigilante Gonzalo siente y descubre la marcha de la enemiga hueste.

—He aquí nuestros enemigos—les dice a los moros—. Estos son los asesinos de los Infantes de Lara, hermanos de vuestro jefe.

La lid se traba a pesar de la oscuridad. Los de Velázquez combaten como caballeros enlazados por el parentesco; los moros como mancebos a quienes ha hermanado la virtud.

Mudarra entre tanto permanecía en Burgos. Después de una inquieta noche sobre un lecho en que su padre le había ordenado permanecer, se levanta con el día, busca a su padre; nadie le responde. Toma su caballo y armas; averigua en una de las puertas que por ella han salido gentes armadas; toma aquel mismo camino, le sigue a todo correr de su caballo, y, al fin, descubre... ¡cielos!, su anciano padre en desigual combate con el robusto Velázquez. Grita, se acerca, se pone delante del fatigado Gonzalo, recibe los golpes que Velázquez redobla, y con más certero brazo, traspasa el corazón de aquel malvado. Mas apenas lo ha visto expirar, cuando un sudor helado corre por sus miembros.

—¡No evité mi destino!—exclama desesperado—. ¡La sangre del hermano de mi madre es la que humea en mi espada!

Su razón se turba; su cerebro arde; en sus entrañas hacen presa las furias . Agitado por ellas acomete frenético al escuadrón cristiano. Le atropella, le hiere, le desune y le ahuyenta hasta que las fuerzas le faltan, y cae sin sentido. Cuando volvió en sí se halló entre los brazos de algunos de sus compañeros, Los demás, con el implacable Gonzalo, se habían alejado persiguiendo el resto de los de Velázquez, que con su viuda Lambra procuraban salvarse en Barbadillo. Mudarra tiende la vista por el campo. Treinta caballeros de Castilla están allí sin vida. Le horroriza esta escena. Y un torrente de llanto viene a su socorro. Pregunta a sus amigos, se informa de las circunstancias, del motivo de aquel desastre, y pide que le conduzcan a la morada y a los pies de su madre Doña Sancha.

El monasterio no estaba distante. Los amigos de Mudarra respetan sus lágrimas y sus órdenes. Cerciorados de que no está herido, le presentan su caballo y dirigen la marcha por el camino que ya conocen. En breve llegan. Mudarra quiere al punto presentarse a su madre. Algunos religiosos que arropados en la estancia oraban al resplandor de varias antorchas, le impiden la entrada, y le dan a entender que su angustiada madre se hallaba enferma peligrosamente desde el día mismo en que él se ausentó. Mudarra insiste, suplica y porfía. La enferma conoce su voz y quiere cerciorarse de quién es.

—Vuestro hijo—exclama Mudarra—, vuestro hijo desventurado a quien ya no le falta otra desdicha que la de vuestra muerte.

—Mi muerte es obra tuya—responde la débil madre—, tú me obligas a bajar al sepulcro para separarme de ti eternamente.

—No, madre mía, vivid, no rechacéis los abrazos de vuestro hijo. Si vos no debéis vivir, ¿quién es acreedor a la vida, ni quién sobre la tierra merece ser feliz?

—No puede ser feliz tu infeliz madre si su hijo no es cristiano.

—Lo será, madre mía. ¡Oh, si supieseis el estado de mi corazón!

Recuerda entonces, mas no se atreve el moro a revelar un crimen que quitaría la vida a Doña Sancha. Ésta se incorpora en el lecho al escuchar la oferta de su hijo. El celo de la religión le da fuerzas. Mudarra le reitera su promesa, la abraza, le suplica que repose. Ella cede, se apodera de la mano de su hijo, la pone bajo su rostro, sobre la cabecera que la sostiene, y se entrega a un sosiego restaurador. El mancebo, sentado a su lado, la observa en silencio. Advierte que se disminuye por grados el ardor de sus mejillas; la oye respirar en un sueño pacífico, y se entrega a la meditación de su propia suerte.

—Al fin—dice—salvé otra víctima, la más inocente, la más digna víctima de una pasión benéfica. Me llamarán perjuro mis compañeros, tendré que renunciar para siempre a su amistad. Tendré que renunciar para siempre a mi patria, a la amable mansión de mi niñez. ¡Oh dios de los cristianos! Si ves el triste estado de mi alma, ¡qué intentas, qué dispones de tu criatura! Tú sufres que mi mano parricida sirva de almohada al sueño del justo.

Tales eran sus varios pensamientos durante el sueño de Doña Sancha. Despertó ésta, y mirando a su hijo:

—No dilatemos—dice—el acto augusto. Yo quiero presenciarlo, me hallo restablecida, y mientras los sacerdotes preparan lo necesario, retírate, hijo mío, dispón tu entendimiento y tu voluntad. Serías un sacrílego abominable si así no lo hicieses.

Mudarra se retira, pero apenas ha dado algunos pasos fuera de la estancia, se presenta ante él su padre.

—Nuestra venganza no es completa—dice éste—. La perversa Lambra escapó de mis manos, perdí la esperanza de poderla alcanzar. Mis fuerzas no bastan para perseguirla pero tengo las tuyas.

—¡Oh padre mío!—le responde su hijo—. Ya que logré salvaros de un peligro, y ya que me complazco en miraros ileso, no me queráis lanzar sobre una presa débil e indigna de nuestra atención. Vos no sabéis sin duda que vuestra esposa, mi adorada madre, enferma desde el día de nuestra ausencia, ha tenido la vida en peligro. Que vuestro hijo llegó dichosamente a tiempo de salvarla, y para obedecerla se dispone ahora mismo a recibir el sacramento que ha de reconciliarle con vuestra religión. Venid, padre mío, a dar a vuestro hijo obediente y sumiso la bendición de la mano que debe sostenerle en la presencia de vuestro Dios.

A estas palabras Gonzalo enmudece, inmóvil y reflexivo por algún tiempo.

—Tendrás mi bendición y la del cielo, pero júrame antes que si ese mismo cielo, por sus altos decretos, pusiese algún día en mi poder a la pérfida Lambra, a la mortal enemiga de mi familia, no la protegerás ni la sustraerás a mi justa venganza. Esto solo exijo, no que la persigas, no que me la entregues, no que jures ponerla entre mis manos.

Mudarra intenta en vano distraer y disuadir al obstinado Gonzalo. El anciano se irrita y le aparta de sí con indignación.

—Conozco que estoy vendido—exclama—, que mi pérfido hijo es un traidor, que ha revelado el secreto que le confié, que unido con mi esposa contra mí conspiran juntos con mis enemigos; que todos se conjuran, se rebelan contra mi autoridad, que soy un tirano odioso a mi familia y que debo abandonarla y morir.

Dicho esto vuelve la espalda y sale precipitado. Su hijo se adelanta, se arroja a sus pies, abraza sus rodillas, le promete sumiso obedecerle en todo. Le jura no oponerse a su venganza.

—No me contento con el juramento—replicó Gonzalo—. Exijo un documento: sobre el papel y con la pluma que te presento firma: «No proteger a Lambra ni oponerse a mis órdenes».

El hijo obedece y firma. Gonzalo se retira con la fatal cédula .

No era cierto que a Gonzalo se le hubiese escapado su perseguida presa. Doña Lambra y sus secuaces se habían acogido al fuerte, mas los moros le habían asaltado. Lambra estaba en su poder. Pero estos nobles guerreros se habían opuesto a Gonzalo, que intentaba darle muerte. En vano había el vengativo anciano exigido y reclamado su obediencia. Los moros se la negaban, y le habían contestado que su jefe era Mudarra, y que sólo por su orden entregarían una débil mujer a la espada. Entonces el cruel Gonzalo vio necesario exigir de su hijo y arrancar de su mano el escrito funesto. Este es el que entregado por Gonzalo a un escudero suyo para que se lo muestre a los guerreros moros, va a terminar la vida de la mísera Lambra. Mas la venganza es una desdichada pasión. El placer de su logro es momentáneo. La agonía de la víctima lo termina. Así Gonzalo después que ha despachado al bárbaro satélite, ve terminada su funesta obra, y vuelve melancólico e inquieto a la presencia de su hijo.

Doña Sancha se hallaba con él. Doña Sancha, que había dejado el lecho para presenciar en el templo la solemne ceremonia, exhortaba a su hijo a lanzar de su alma toda duda y no abrigar en ella criminales pasiones, ni siniestras ideas de violencia contra sus semejantes, Doña Sancha saluda y abraza con ternura a Gonzalo:

—Conduzcámosle—dice—, guiemos, esposo mío, a vuestro hijo obediente hasta el altar del verdadero Dios, que se digna cumplir en este día todos nuestros deseos y proyectos.

Gonzalo la sigue turbado, ve a su hijo ya entregado en manos de los ministros del templo. Le mira arrodillado sobre las gradas del baptisterio , le contempla entre el humo del incienso. Le parece que oye en las palabras del sacerdote un terrible anatema , que escucha el trueno sobre su cabeza; que ve el abismo abierto para recibirle. Su razón se turba, lanza un lúgubre grito y cae en espantosas convulsiones. La ceremonia cesa. Gonzalo es llevado al lecho, de que su esposa no quiere apartarse por más que su afligido hijo se lo suplica. Allí el delirio de una fiebre ardiente hace revelar a Gonzalo lo que la triste Doña Sancha ignora: lo que ignoraba su hijo todavía. ¿Quién puede describir la situación de esta mujer sensible al saber que su hermano pereció por la mano de Mudarra? ¿Quién el horror de este virtuoso joven al saber que por su fatal firma ha sido Doña Lambra entregada a las llamas? Tal había sido la orden de Gonzalo, y en aquella hora estaba ejecutándose[49].

---

49 Fue apedreada y quemada Doña Lambra por orden de Mudarra: pero entre su muerte y la de su marido Velázquez hubo más intervalo que el que aquí se supone. (Nota del autor)

—¡Dios!—exclamaba el moro, torciéndose las manos—. ¡Cada acto de virtud y de sumisión filial me cuesta un delito y un delito inútil! ¡Mi padre expira desastrosamente! ¡Su esposa va a seguirle, detestándome! ¡Lo perdí todo sin salvar mi inocencia! Amando la virtud he tenido que optar entre los crímenes.

Mudarra perdió sus padres. Pero el huérfano cristiano, fue siempre honrado y benéfico, y en él tuvo principio la ilustre casa de Amalarico o Manrique de Lara[50].

NOTA. Es digna de notarse una antigüedad que refieren las crónicas respecto a la adopción de Mudarra. El día que se bautizó, teniendo su madrastra Doña Sancha vestida sobre sus ropas una camisa muy ancha para este efecto, tomó por la mano a su alnado y le metió por la manga de aquella camisa, y lo sacó por el cabezón y lo besó en el carrillo, y con esto quedó por hijo suyo y fue heredero en el señorío de Lara y en toda su hacienda. Así se entiende el origen del proverbio usado en Castilla: *Metedle por la manga y salirse ha por el cabezón.*

50 Véase a Mariana y las crónicas.(Nota del autor)

El rey Eserdis

Manuel Milá y Fontanals

Álbum Pintoresco Universal. 1842. 282-283

I

En los tiempos antiguos vivía el rey Eserdis en el palacio de sus padres, en la cámara que los genios enriquecieran con sus presentes, que los maestros en el arte de pintar embellecieron con imágenes divinas, y en donde los poetas habían colgado sus arpas, que al solo mover de las hadas, o al respirar de las esclavas, lanzaban sonidos mágicos apenas perceptibles.

En los aposentos subterráneos del palacio de Eserdis vivía el arquero Rustán, que conservaba el arco de su padre, contaba de edad un siglo y en su descendencia doce hijos y muchos nietos y nietas, de las cuales la menor era con razón llamada la perla de aquellos contornos.

Cien veces había Rustán segado la mies de los campos, y en cien inviernos vestido la piel de los osos.

Setenta primaveras había llamado hijo a su primogénito, catorce primaveras nieta a la nieta de sus entrañas.

El ardor del sol no le había impedido fecundar con la mano y el arado los campos de su amo Eserdis; la fragosidad de los montes no le arredraba al perseguir a la fiera o al tímido venado.

Había servido con el arco y el corazón al alto Arismán, padre del rey Eserdis; ni una vez siquiera había holgado en la cámara encantada de Eserdis, hijo del sabio Arismán.

Y como contaba un siglo de edad, cada día por la mañana salía de su cueva, rodeado de sus hijos y nietas y apoyado en el arco hereditario e iba a recibir a la Muerte.

La cual en aquellos tiempos leyó en el libro del destino que debía descargar la guadaña sobre el más anciano de los habitantes del alcázar. Mas como por la senda encontrase a Rustán entre su descendencia, y le contemplase tranquilo y robusto no hizo alto en él, y se internó en el palacio.

El rey, encanecido por los placeres y débil por la holganza, yacía en el lecho sobre muelles almohadas y cubierto de recios ropajes.

La más bella de sus ninfas cantaba, y la dulzura de su voz y de su cítara bastaba apenas a excitar la sonrisa al aletargado monarca.

La más joven de sus ninfas derramaba el humo del incienso, de que el monarca apenas se apercibía.

Y dijo la Muerte a Eserdis que no contaba medio siglo de edad: «Pues eres el más viejo de tu alcázar, sígueme».

II

El rey Eserdis, tendido en su cama mortuoria, dijo: «Duermo sobre espinos, y ni una flor se ha depuesto sobre mi tumba»

Respondió la Muerte: ««Tal mereciste»

Y el rey: «Si ahora habitase en mi alcázar, no me adormecería el olor del incienso, ni el sonar de la cítara turbaría mi mente. Enjugaría durante el día las lágrimas de mis vasallos, y platicaría durante la velada con el arquero Rustán, fiel servidor de mi padre.»

Respondió la Muerte: «Un plazo te concedo para habitar en el palacio de los vivientes.»

¿Creéis acaso que Eserdis abrió el libro de las leyes de sus abuelos, que subió al amanecer a su torre de oro (en mal hora fabricada), que recorrió los campos del labrador y que voló a las fronteras a rechazar con su espada al enemigo que las invadía?

Despertóse al ruido, de los címbalos, y los esclavos negros le sirvieron olorosas frutas. Adormecióse al canto del juglar que le encomiaba la vanidad y el deleite.

Despertóse al humo del nardo, y escuchó la voz de su más bella esclava arrodillada ante su lecho. Y no sacudió el letargo.

Mas los siervos y las ninfas temblaban, porque pendía una guadaña sobre el lecho del monarca.

Y cuando, cumplido el plazo, acudió la Muerte, encontróle sobre muelles cojines y envuelto en recios ropajes,

Y díjole: «Pues no has sabido vencer la perversa costumbre, sentirás nuevas espinas, y ni una flor será depuesta sobre tu sepulcro. Sígueme.»

La Atanasia

Ildefonso Ovejas

Revista literaria del Español. 1845.

¡Oh tierras del Mediodía, orillas del Mediterráneo, coronadas de flores! Vosotras os bañáis en las límpidas aguas cuyas mansas ondas vienen reflejando todas las pompas orientales; vosotras aspiráis un aire embalsamado, y las nubes de vuestro cielo semejan páramos inacabables de lumbre y esplendor; vosotras os vestís de cien colores, ceñido el cuerpo con la flexible palmera; vosotras sustentáis un pueblo jovial y movedizo, de donde están desterradas todas las hondas pasiones que roen y acaban con la vida, todos los incansables pensamientos que tiranizan el alma. Ahí las pasiones son flores de un día, y los pensamientos son nubes relucientes que, apenas aparecen, ya han pasado. ¡Oh tierra arenosa que eres tan fecunda y tan liviana, morada de la imaginación, asiento de la suspicacia, madre de alucinaciones, porque así como deslumbras la vista, deslumbras el entendimiento! Tú eres la tierra de promisión para las almas cansadas y tristes; los pensamientos que infundes son el jardín de los pensamientos; las pasiones que excitas son el jardín de las pasiones. ¡Oh tierras del Mediodía, orillas del Mediterráneo, coronadas de rosas!

Vosotras no tenéis, como aquellas regiones que cruza el Misisipi, isletas flotantes que bajan con la corriente de los ríos, llenas de flores y semejantes a una virgen entre sedas; pero tenéis unas mujeres muy bonitas y graciosas que son unas verdaderas isletas de flores, y que también fluctúan y siguen la corriente y muchas corrientes. Y si en esto de corrientes no sois solas; si tenéis por competidoras otras muchas tierras, lo mismo al Septentrión que al Sur, al Este que al Oeste, en cambio tenéis unas granadas exquisitas, como las hay en pocas partes, y váyase lo uno por lo otro; y en cambio tenéis muchos poetas y pintores, y sobre todo abundáis en arqueólogos, que no es grano de anís.

Siento tener que echaros en cara una cosa, oh tierras del Mediodía, y es que habéis sumergido en la oscuridad y en el olvido a Murcia y sus contornos, a esa tierra privilegiada, hermana vuestra carnal, de quien nadie se acuerda. Y esta injusticia a fe que la he de reparar yo, y he de hacerlo para encarecer mi modestia, pues no hay cosa que en el mundo dé más desventajosa idea del seso de un hombre que el meterse a reparar injusticias. Bien dice el refrán: «lo que no has de comer déjalo cocer» Oh caros lectores, no quiero se diga de mí que escribo cosas de donde no se puede sacar fruto alguno, pues sentiría ser el único así motejable entre tantos que escriben cosas sensatísimas, profundas y sustanciosas; por tanto, voy a darte un consejo, que si lo sigues bien, ha de serte muy provechoso: «no hagas caso de nada ni de nadie, y aparenta hacerlo de todo y de todos».

Hay do quiera tantos desengaños y tantas amarguras, oh corazón, en el mundo físico y en el moral, que debes cerrarte con cincuenta y siete compuertas para que no penetren en tu seno, o bien debes abrirte de par en par para que entren todas de una vez y ya no quepan más dentro. Oh lector caro, el que de entre vosotros haya logrado esto, será hombre superior, porque éste es el secreto de los héroes.

Yo he pasado por Vallecas muy a menudo, y a la salida del pueblo he visto siempre un ciego muy anciano que mendigaba; y en su rostro había grandes padecimientos, y de sus labios aprendí una triste historia.

—Joven—me dijo—, todavía tus mejillas no están surcadas por las aguas del llanto, pero mi cabeza ha encanecido con el soplo de ochenta inviernos, y mis hombros se han encorvado bajo el peso de las desgracias. Joven, tú ves todavía la luz del cielo, pero mis ojos los cegó el sombrío dolor.

—Anciano—le dije—, cuenta la historia de tus canas a tu hijo, siquiera porque te lo pido con el lenguaje de Chateaubriand.

—Nací en las verdes florestas de Carabanchel, y mi cuna de palo se meció a la sombra de un cobertizo. Un hermanillo mío la meneaba. ¿Quién es ese Chateaubriand que decías?

—Anciano, hay flores que nacen en parajes misteriosos, y allí no ha penetrado nunca el morador de los campos.

—Hijo, desconfía de los hombres y clava bien la vista en el ave que vuela, porque no creas que es la garza si se remonta. Mi cuna se meció bajo un cobertizo; un hermanillo mío la meneaba.

Allí entre los ancianos de mi tribu vi muchas cosas, y guardé sus palabras como la cierva sus cervatillos. Allí se reunían a tomar el sol los ancianos y fumaban cigarrillos de seis maravedises, cuyo humo enviaban al Oriente, y al Poniente, y al Norte y al Mediodía, y entre ellos estaba un hijo del sol que decía: «Los hombres son hombres»

Un día llegó un habitante de tierras extrañas y me dijo:

—Hay lejos de aquí, muy cerca del gran lago, unas regiones donde nace el sol y se crían muy buenos tomates; esa región los hombres la llaman Murcia. Joven, allí habitan gentes de tu raza que un día salieron desterrados de estas tierras por el gran espíritu que decía ser alguacil. Un hermano de tu madre salió de aquí, llevándose consigo la hija de un hermano suyo, y cruzaron el desierto metidos los dos en una cosa que rodaba, y que era semejante a media nuez de una de las que nacen en estas praderas. Joven, tu tío se va con el gran espíritu y habla de ti.

—¿Y cómo—dije yo—, dejaré las tierras natales? Decidles a los huesos de mis padres: levantaos y marchad a tierras extranjeras.

—Joven—contestó aquel viajero—, ¿tú no conoces que estos montes no tienen ya caza, ni estos campos frutos para mantener a los hombres? El hermano de tu padre posee riquezas escondidas.

—Adiós, montes natales—exclamé—; ya no volveré a ver las torrecillas de Madrid, ni sabré de las grandes cosas que hace ese gran consejo de ancianos, encanecidos en la sabiduría, que nos mandan sus prudentes palabras desde Oriente, como hijos que son del sol.

Y abandoné mis patrios lares. Doce noches anduve caminando; cuando amanecía, el sol me ocultaba en las espesuras y bosques. Los ancianos de mi pueblo decían que es menester ser astuto como la zorra y cauteloso como la serpiente, al atravesar tierras extrañas, porque los hombres son enemigos de los hombres. Diez lunas pasaron cuando a la undécima aspiré en el viento el olor de un gran bosque; el viajero pone su olfato en el viento para oler la cercanía de las selvas donde ha de hallar abrigo, y sus ojos son como

los del lince, que ve crecer la yerba de los campos. Joven, estarás andando seis días, y mi nariz olfateará tu rastro; la hormiga que hace su morada al otro lado de los mares, la verán moverse mis ojos.

—Padre—le dije yo al anciano—, tu cabeza está emblanquecida, y los años enseñan la ciencia. El gran espíritu ha dado a los ancianos el don de la sabiduría y la verdad.

—Tu cabeza es negra como el ala del cuervo; pero tu espíritu es justo; yo he corrido todos los países del mundo; cerca del río por donde se comunican los dos mares, hay una tierra en donde aprendí la verdad; allí los labios de los hombres son como el buen amigo.

Y en el corazón del anciano debió de levantarse una tempestad de recuerdos, porque de aquellos ojos ciegos, brotó una lágrima muy amarga, aunque no la probé.

Y el anciano volvió a hablar.

—Pronto a la luz de la luna —dijo—, descubrí una selva en el horizonte, y apresuré mis pasos. Llegaba a la entrada del bosque, cuando oí un ruido semejante al aleteo de la alondra; después el ruido se hizo semejante a una voz humana. Entonces no dudé que cerca de mí había hombres, y me subí a un árbol, porque mis antepasados dejaron escrito que la cercanía del hombre es como el lazo donde va a caer el león.

—Hola, muchachos—dijo uno de los hombres que venían—, ese mozo se nos fue al cielo.

—No hay tal—dijo otro señalando al árbol—, el pájaro está en el nido.

—Hola, tú, lechuzo—añadió el primero—; ¿de cuándo acá el búho duerme de noche? Baja, y te arrancaremos la pluma.

—En mi país natal—contesté—, apedreamos al extranjero; ¡qué me importan a mí vuestras bravatas!

—Ea, poca música y deja la rama, avechucho—dijo uno de mis enemigos.

—Los hombres de mi país natal—repliqué—, son valientes como el león. Si estuvieras tú sólo en mi tribu, te destrozaríamos como el águila al pajarillo.

Y bajé. Joven, tres eran, tres, los enemigos del hijo de mi padre, y los tres, cuando me vieron en sus manos, hicieron gestos de alegría, bajando y subiendo la cabeza con ademán irónico; pero yo permanecía sereno, como los hombres que cantan la hora. Entonces me registraron, quitándome todos los amuletos que llevaba, hechos de metal y semejante a las fichas con que los jugadores de damas están aprovechando el tiempo horas enteras; yo entonces me herí secretamente el pecho con las uñas, porque en aquellas medallas adoran los hombres de mi tierra al grande espíritu que todo lo mueve. Y después de esto, uno de aquellos enemigos de mi raza me derribó de un revés un cuenco que llevaba en la cabeza, porque los hijos de estos campos llevamos empinados sobre el cogote unos cuencos que parecen vasos de colmena: y después de esto me fueron despojando de todo, riéndose, y por fin me dejaron desnudo; y yo les dije al verme así:

—¡Qué me importan a mí vuestros insultos, si yo soy la verdad desnuda!

Y se rieron mucho y me ataron con cuerdas al árbol de donde bajé, y se fueron.

Joven, tú no sabes lo que es estar en tierra enemiga, solo, desnudo, atado a un árbol, esperando la muerte, la muerte que es el fin de la vida; hazte cargo bien; es el fin de la vida. Yo pensaba entonces en los montes patrios, y recordé mi niñez y todas las cosas que había oído y sitios que había visto; con lo cual me adormecí en el silencio. De pronto

un zarceo y mover del ramaje me despertó; puse el oído como ciervo que oye al can, y miré como el can que acecha al ciervo. Del pie de un árbol se levantó un bulto: la luna lució entonces por casualidad, mi corazón latió agitado, había reconocido a una mujer, y yo dije: ella viene a salvarme.

Después oí pasos precipitados, y volvieron a aparecer mis tres enemigos.

—Mocita—le dijo uno de ellos a la mujer—, ¿por dónde bueno a estas horas?

Ella calló.

—El diablo ha visto cosa igual—añadió el hombre—, ¿así te vas y te vienes sola por estos mundos, faltando a la moral? Pero no haya cuidado, que yo y estos dos acólitos hemos oído rebuznar el burro en que venías y hemos conocido que nos buscabas para hacer con nosotros confesión general de tus culpas y pecados.

Y aquellos hombres la despojaron también; y uno de ellos dijo:

—Atemos a estos dos tunantes uno con otro de espaldas, y no podrán correr a dar parte.

Trajeron la mujer; y a ella y a mí, con las manos para atrás, nos ataron, juntas las espaldas; y ellos se fueron, desapareciendo en la oscuridad.

—Mujer—dije yo—, tú que estás unida a mi destino, ¿con qué nombre te llaman las mujeres de tu tierra?, ¿en qué bosques naciste?, ¿qué buscabas por los desiertos?

—Hombre—contestó ella—, me llamo Atanasia, nací en Carabanchel, fui con un tío mío a Murcia, mi tío acaba de morir, y yo dejé la ciudad yendo en busca del hombro de un arriero.

—Mujer; ¿nuestro tío ha muerto ya? Porque yo soy tu primo de Carabanchel con quien tanto jugabas durante tu niñez. Pero tus palabras son oscuras; ¿no dijiste que ibas buscando el hombro de un arriero?

—Sí, porque ese arriero pasó un día por debajo de mi ventana, hacía calor y con la camisa abierta dejaba ver un hombro muy redondo y hermoso, por lo cual tuve antojo de darle un bocado en él.

—Hermana, las mujeres de nuestra tierra hablan de antojos que tiene la que abriga un alma en su seno

—Pues bien, tuve ese antojo y para satisfacerlo abrí la puerta al arriero y mi tío me dio de palos y el arriero dio de palos a mi tío, por lo cual éste ha muerto.

—Dicen que nuestro tío tenía riquezas escondidas.

—Yo las tomé, pero me las acaban de robar; no eran más que unos cuantos reales. Puede ser que tuviese las riquezas en otro sitio.

Una tempestad de odio se levantó entonces en mi corazón: aquella mujer había muerto a mi tío y me había robado unos cuantos reales, y para colmo de desesperación estaba atado a ella, no la podía apartar de mí, no podía correr a registrar la casa de mi tío y encontrar los tesoros.

—Mujer—exclamé con frenesí—, yo te odio mortalmente, te odio más que el día a la noche, más que el lobo rabioso al agua. Maldita seas.

—Maldito seas tú, tú, malvado, que me tienes sujeta y no me dejas andar. Muérete, y cantaré de alegría.

—¡Oh! mujer; ¡cómo me deleito en aborrecerte! No sabes tú lo que es esta pasión, este frenesí que se apodera del alma y la consume. ¡Oh! aborréceme, aborréceme, quiero que me aborrezcas, para ver si puedo odiarte más.

—¡Oh! Yo te odio tanto como no odié nunca jamás. Sí, yo te odio.

—¡Oh! ¡Qué placer! Me odias. ¡Qué placer! ¡Quién comprendería estas alegrías, la dulzura de estas palabras pronunciadas en el silencio de los bosques, a la luz de la luna!

—Sí, joven—me dijo el anciano interrumpiéndose—, tú no sabes lo que es esta pasión, los misterios que encierra para el alma de un viejo esta palabra: odio. Sólo las naturalezas privilegiadas sienten estas profundas delectaciones. Odiar es la vida, la felicidad, el cielo. ¿Por qué esta bárbara sociedad hace escarnio de esta sublime pasión? ¿Por qué la pone trabas? ¿Por qué no deja aborrecer? ¡Ah! esa sociedad es ignorante, estúpida y malvada.

Joven, yo recordaré toda la vida el placer que sentí cuando, lleno de odio hacia aquella mujer, eché a correr violentamente arrastrándola, destrozándola, haciéndola dar gritos horribles de dolor. Era aquélla una pasión inefable, un frenesí de placer. Ella forcejeaba, se resistía; llegamos a un charco de agua, y me quise precipitar de espaldas para quitarle la vida, diciéndole:

—Aprende de mi odio, prenda mía, te voy a ahogar.

Pero aquella mujer era un león, una furia, ¡qué vigor tenía!, ¡qué esfuerzos tan desesperados hizo!, agitándose, revolviéndose, empujándome, unidos los dos como dos blancos cervatillos, pasamos al otro lado del charco. Entonces, oh joven, conocí que la mujer no quiere ahogarse, y dije para mí: «la mujer cuando se la hostiga es lo mismo que un gato montés metido en un costal».

Y ella me decía:

—¡Oh tú, aborrecido mío, odiado mío, ira mía, furor mío, te has fastidiado!

Cuando esto pasaba, era la alta noche; de repente se escondió la luna y el bosque se quedó oscuro como la boca del lobo. ¡Qué magnífico y aterrador espectáculo el de la tempestad en una selva! Bramaba el viento embravecido, el trueno ensordecía el mundo, inmensidades de lumbre surcaban el espacio; de pronto estaba el rayo iluminando el bosque. Atanasia da un rebullido, y me precipita de bruces sobre unos espinos llenos de agudas puntas. Ñogro levantarme con ella a cuestas; la cabeza se me arde con agudísimo dolor; al mismo tiempo parecía que el corazón me lo atravesaban. Una fuerza desconocida me arrebata y me hace correr, volar con Atanasia a cuestas; parecía que la fatalidad del destino nos llevaba tras sí.

De pronto llega una voz melancólica y grave a mis oídos; poco a poco se hace más clara y distinta. Aquella voz entonaba con acento profético y a modo de salmodia, en acompasadas cadencias, esta canción:

La virtud es una flor
escondida y misteriosa,
una peregrina rosa
que en ninguna nace;
que me place
Las hieles que por el mundo
vertiendo los hombres van

las recoge el alacrán
y por eso es tan dañino.
¡Viva el vino!
Cuatro dracmas de mujer
metidas en un mortero,
si las machacas dan cero
por último resultado;
es probado...

Mientras la fuerza desconocida me arrastraba, y movidos por ella, Atanasia y yo, subiendo la ladera de un cabezo, nos encontramos en una quinta, donde se ofreció a nuestros ojos un espectáculo edificante. Ardía un candil enganchado en una grieta; a su brillante resplandor se veía una multitud de carabinas, sables y pistolas, tiradas a montones por el suelo; en medio se veía sentado en un tarugo un anciano grave, seco, barbudo y de fisonomía ascética.

—Oh santo cenobita—le dije—, bienaventurado tú, que haces la vida del justo en estas soledades. El destino guía nuestros pasos y nos trae hasta ti.

—En cuanto a eso del destino—dijo él—, ya sé yo que es el que guía los pasos de todos los hombres habidos y por haber, que con sus profundas artes de gobierno han hecho, hacen y harán la felicidad humana; pero en cuanto a vosotros, el destino no es ni más ni menos que este gran perro que veis aquí, y que a la manera de los del Monte de San Bernardo, tengo enseñado a traer a los caminantes perdidos a esta gruta, donde para su mayor comodidad se les despoja de todo lo que les puede hacer peso en el camino.

—Pues bien—exclamé yo entonces—, oh caritativo cenobita; yo vengo a ti a que me despojes de este onerosísimo fardo que llevo encima, pues no hay cosa que más pese y abrume que una mujer a cuestas.

—¿Quién diablos os han puesto así?

—Tres hombres de esta selva—contesté—, que nos han despojado y amarrado.

—¿Cómo se hace eso con nadie sin que lo mande Jaime el barbudo?—gritó entonces aquel hombre enfurecido—. A ver, muchachos, ¿quién ha limpiado a esos tunantes?

—Yo—contestó uno de varios hombres que al oír la voz salieron de entre las peñas.

—¿Y cómo yo no sé nada? ;replicó el barbudo.

—Porque no valía tres cuartos lo que les he tomado.

—¿No? Pues ven conmigo.

Y se fueron. A poco rato oímos un tiro. Si pasas, oh joven, algún día por el puerto de Mala Mujer, en dirección a Murcia, encontrarán a la bajada un montón de piedras que sostienen una cruz de caña. Allí el hombre barbudo mató de un pistoletazo a mi enemigo del bosque. Cada viajero que por allí pasa reza un padrenuestro, y echa una piedra al montón.

Volvió el hombre barbudo a la gruta y desató a Atanasia; cuando volví la cabeza vi que Atanasia estaba muerta; había abortado y fenecido, sin tener el gusto de dar su apetecido bocado en el hombro del arriero.

Joven, amargas lágrimas vertí sobre el cadáver de la prenda de mi odio. Todo el mundo estaba ya desierto para mí; el objeto de mi pasión había muerto:

—¡Oh mujer!—exclamé—, antes tan vigorosa y ahora yerta. Yo te aborrecía mortalmente; pero tu cuerpo será presa de la tierra, desaparecerá, y yo no podré odiar más que tu memoria

—No te canses en odiar a nadie—me dijo el hombre barbudo—; toma este dinero, y vuélvete a tu lugar. Anda, cernícalo.

Seguí el consejo de aquel hombre justo, y vine a establecerme a Vallecas, donde me devoran los dulces recuerdos de mi odio ya sin objeto, alimentado sólo por la memoria. Desde entonces acá han pasado muchos años; el ojo que me quedaba cegó también, como no podía menos de suceder, porque tanto llanto se agolpó sobre él, que el pobrecillo se ahogó. ¡Oh joven! Aprende esto que te dice los labios de un anciano: «el que está triste no tiene alegría».

Mis botas.

Modesto Lafuente, «Fray Gerundio»

Álbum Literario Español. 1846. 290-298.

Habrá quien crea que unas botas no pueden dar pie para decir cosa que algo valga, pero yo en pena de haberlas dado a ellas mis dos pies y habérmelos tratado inhumanamente las he obligado a que me den un pie siquiera para. hacer sobre ellas una ligera composición.

Mis botas, señores, son la historia de unos desgraciados amores míos. Cada puntada me recuerda un infortunio, cada pespunte me trae a la memoria un lance de amor.

Es el caso, señores, que cuando yo me hallaba más distante de creer que mi humanidad reverenda pudiese ya inspirar amores, cuando me contaba ya entre las clases pasivas de la carrera, sin más retiro ni más sueldo que el honor de haber militado bien y fielmente; cuando creía que ya no me quedaba otro empleo del el ramo que el de historiador-cronista de pasados amoríos; cuando yo no contaba con más tiempos del verbo amar posibles para mi que el pretérito pluscuamperfecto; cuando mis ojos emprendían un viaje universal al rededor de mi cuerpo, como el capitán Cook ó Sebastian Elcano alrededor del mundo, y no veían en él mas que una biografía, en cuya última página, se leían estas dos inscripciones: *finis coronat opus*, y *non plus ultra*; cuando me abandonaba lo último que dicen los filósofos que abandona al hombre, esa última flor del campo de la vida, la esperanza... Entonces, ¡oh sorpresa! ¡oh fenómeno! ¡oh admirable sacramento, señor de cielos y tierra! Entonces advertí que más de una vez era objeto de las afectuosas miradas de unos ojos que vivían en el cuarto principal de una cara de hermosa fachada, nueva, vistosa, cuyo número veitiuno eran veintiún años no cumplidos, que veintiún días y aun veintiún años se podía ayunar de buena gana con tal de comerse después una de aquellas miradas con que se daría por satisfecho y ahíto el estómago de más tiempo vacío y desalquilado. Así es que yo ahorré mucho en aquella temporada en el ramo de mantenimiento. Yo lo veía, y no acababa de creerlo.

Dábame sin embargo la linda Clementina tan finas pruebas de su predilección y cariño, que a no ser yo tan escéptico, esto es, tan desconfiado en estas materias, hubiera creído que de veras estaba enamorada de mi. Pero me volvía a mirar de arriba abajo, y me decía de nuevo: «no puede ser». Las demostraciones amorosas se multiplicaban, y ya me iba pareciendo que podía ser, para cuya persuasión recurría a ese germen de inclinaciones inverosímiles que llaman *un capricho*, y del cual dicen que nadie está libre de ser parte activa o pasiva. En este estado de perplejidad, que a no dudar es el peor de todos los estados, amaneció un día en que el almanaque de aquellos amores daba explicaciones, y la hermosa Clementina me declaró explícitamente su amor. Entonces yo al verla *confesa* no pude menos de quedar *convicto*, con lo que el fallo de aquel expediente no ofrecía ya dificultad.

Quedabame sin embargo la misma duda acerca de lo que podría haber excitado en Clementina aquel apasionamiento tan fuera de cálculo, por que yo me miraba de pies a cabeza, entablando frecuentísimas comunicaciones con el espejo, y nada hallaba en mí de subversivo ni de incitador a la desobediencia. Por último, discurriendo sobre las causas fí-

sicas que podían haber producido aquella atracción extraña, aunque siempre he sido un newtoniano acérrimo, me incliné a admitir la doctrina del filósofo de las cualidades ocultas, Y deduje que yo debía ser un abismo insondable de esas cualidades.

Así continuaba, hasta que otro día habiendo entrado en conversación confidencial con Clementina, y manifestándole yo que había temido siempre dejarme llevar de las primeras impresiones de amor, porque después yo no podía amar sino con demasiado extremo, hasta el punto de no poder dominarme, le dije que me parecía que ella no era tan extremada como yo; a lo cual me respondió Clementina con viveza:

—Ah sí. Sí señor; justamente soy apasionada por las extremidades.

— ¡Por las extremidades, señorita.

—Sí, como que de vd. me enamoré por el pie.

—¡Adiós!—dije para mí—— ya apareció la cualidad oculta.

—Sí—continuó—, he hallado mucha gracia en su pie de vd.; pero es necesario que traiga vd. la bota mucho más ajustadita, porque esas que vd. gasta no le ciñen tanto como debieran, y pierden una gran parte de la hermosura que podían tener.

No necesité mas intimación. Tomé el sombrero y me salí apresuradamente a informarme quien era el profesor más acreditado en el arte sutoria en Madrid; lo averigüé, le busqué y le llevé a casa.

—Maestro —le dije—, sé que es vd. una notabilidad en su profesión; por eso he recurrido a su especialidad de vd. Un lance de honor, uno de aquellos compromisos de cuyo buen éxito pende la felicidad de un hombre, me pone en el caso de suplicar a vd. se digne auxiliarme con los inagotables recursos que sus profundos conocimientos en el noble arte que profesa pueden suministrar a esa imaginación fecunda y creadora. Yo soy un escritor público, y ofrezco a vd. en justa retribución (además de pagarle su trabajo) acabar de extender por el mundo su bien merecida fama. Mi pluma no será ingrata a su lezna de vd.

—¿En qué puedo complacerá vd., caballero?

—Necesito unas botas perfectamente ajustadas; unas botas sultanas.

—Caballero, dispense vd., que botas sultanas no sé hacerlas.

—Quiero decir, unas botas que tengan el pie en perfecta esclavitud.

—Está muy bien, será vd. servido.

Sacó su medida, desnudé mi pié, y comenzó a echar líneas en todas direcciones. No podía yo persuadirme que hubiera un zapatero tan geómetra. Rectas y curvas, oblicuas, perpendiculares y paralelas, ángulos agudos y obtusos, triángulos escalenos, isósceles, acutángulos; polígonos y semicírculos, arcos y cuerdas, todo jugaba para medir la distancia del tarso al metatarso, desde el calcañal hasta el extremo de la úngula del gran dígito; y entonces vi prácticamente resuelto el problema de que cuando desde el vértice del ángulo recto del triángulo rectángulo se baja una perpendicular sobre la hipotenusa, esta perpendicular divide el triángulo en otros dos semejantes entre si, lo mismo que a la hipotenusa en dos segmentos tales, que cada uno de los lados del ángulo recto es medio proporcional entre el adyacente y la hipotenusa entera.

Concluida aquella operación de matemáticas puras y mixtas, el pedimensor se despidió ofreciendo mil seguridades de que tendría unas botas tales como las deseaba, y yo me volvi a ver a mi Clementina gozándome interiormente del gran proyecto que traia

entre pies, pero haciendo el sacrificio de abogarle dentro del pecho por no quitarle el mérito de la sorpresa. A mi entrada Clementina me echó una mirada amorosa a los pies; yo sentí entonces no tenerlos en la cara, mas que me costara barrer el suelo con la cabeza. Pero tanto fue lo que en los días intermedios hasta la conclusion de las botas se fijaron en mis pies los ojos bullidores de Clementina, que ya me iban asaltando tentaciones muy raras. Ya estaba por ponerme una bota a la nariz sujetándola al occiput con una cinta: ya me daban ideas de colgármelas por pendientes; y alguna vez me dio tentacion de plantarla un apretado beso con el pie derecho para que se acabara de enamorar por contacto.

Se me olvidaba decir que en aquellos días me resolví también a dedicar a Clementina la fineza más digna de un amante: mi retrato; pero un retrato particular, cual creo no se haya visto retrato alguno, a saber; de medio cuerpo abajo solamente, que así me pareció lo mas acomodado al gusto pedestre de Clementina. El retrato salió perfectamente acabado, y el profesor supo dar una expresión a las puntas de las botas, que no les faltaba mas que dar un puntapié.

Al tercero día trajo el maestro zapatero las suyas; cotejáronse con las del retrato, y todavía era un si es no es más estrecho el tipo. Dejóse después de bien mirado sobre la mesa, y procediose acto continuo a la operación de calzarme las nuevas botas que habían de ser el blanco de las expresivas miradas de Clementina. Dije mal el *blanco*, el *negro* debí decir, por que tenían un lustre que parecían botas de azabache. Apenas empecé a introducir la punta del pie, cuando conocí que oponía una resistencia abierta a la esclavitud que le aguardaba. Traté de persuadirle con un par de esfuerzos, y todavía el pié demostró su horror al despotismo. No lo extrañé, porque hasta entonces había vivido dentro de las botas con la libertad y ensanches que se gozan en las repúblicas. Viendo su tenaz resistencia, echó mano su autor (el de las botas) a los garfios de acero, prendiolos de las orejas de las botas, y colocado a mi reverso unió sus esfuerzos a los míos. No bastando estos aunados, se invocó el auxilio de mi criado, y no bastando todavía la cooperación de este tercer colaborador, se dignó prestar también su intervención directa el maestro retratista, colocándonos en cadena en tal disposición que cualquiera que hubiese entrado diría que nos estábamos electrizando, y era la cuádruple alianza que trabajaba aunadamente contra el despotismo de mi bota. En fin a fuerza de sudores y esfuerzos, algunos de los cuales se significaban demasiado, especialmente los del zapatero, se consiguió hacer entrar el pie en aquel potro de cuero, reproduciéndose la cuestión del tormento que antiguamente se usaba para obligar a los presuntos reos a confesar los delitos. Mi pie tambien confesaba dos delitos, aunque no suyos, mi necedad y la crueldad caprichosa de Clementina. Procediose a la introducción del segundo, y a costa de los mismos trabajos se consiguió que entrara en caja; pero sucedió que con el último tirón se arrancó una oreja de la bota; con el impulso cayó de espaldas el zapatero, haciéndome a mí caer sobre él, él derribó a mi criado, el criado cayó sobre el pintor, el pintor tiró la mesa, el tintero se derramó sobre el retrato, y todos juntos presentábamos un grupo digno del pincel de Goya.

Levantámonos como pudimos, el pintor vio con sentimiento la catástrofe de su obra, y no fue poco el mío también, pues era lo único de que había hablado a Clementina, sacrificando el placer de sorprenderla a la necesidad de motivar la tardanza en ir a su casa algunos ratos. Pero ya no había remedio por aquel día. Ambos artistas fueron remunerados por mí con tal cual largueza, y yo me dispuse a hacer una visita satisfactoria a mi jo-

ven enamorada. Subí, pues: era de noche, y estaba nublado, pero yo vi el horizonte tan estrellado como en la noche mas apacible y despejada de enero. Sospeché si habría eclipse y el eclipse le llevaba yo en mis pies; diez dígitos iban eclipsados, cosa que rara vez se ve en las conjunciones eclípticas.

Cuando llegué a casa de Clementina los pies debían ir ya litografiados en la piel con todos sus contornos, sombras y medias tintas, pues el par de prensas no podían ser mas a propósito para la estampación. Pero me consolaba con que pronto iba a recoger el fruto de aquella tortura con la inesperada complacencia que iba a proporcionar a Clementina, la cual debía arraigar de una manera estable nuestros amores.

Subí, y..., ¡oh, desconsuelo!

—La señorita no está en casa—me dijo la doncella—; ha salido a dar un paseo con la mamá.

Golpe fue éste que taladró mi corazón de parte a parte, pero me resigné, y encaminéme hacia el Prado vacilante entre la esperanza y el temor de no encontrarlas; bien que de todos modos los pasos no podían menos de ser vacilantes por que los pies titubeaban al andar. Horas y trabajos lo hicieron, pero yo llegué al Prado y tuve la fortuna de ver venir de frente a corta distancia los dos ojos de Clementina, únicas estrellas que aquel día me faltaba ver. Clementina también me vio, pero no sé si por efecto de la impresión que le causó mi vista, si por casualidad ó de propósito, lo cierto es que se le cayó el abanico. Yo de buena gana hubiera dado un salto a levantársele, pero ¿cómo lo había de hacer si no podía ni aun andar? Así fue que un joven que iba al par mío llegó mas a tiempo y tuvo la oportunidad de recoger la prenda, y entregarla en propia mano. Una mirada de Clementina me significó todo el enojo de que se había llenado su corazón. Yo me esforzaba por llamarla la atención hacia las botas, pero no me entendía.

Debió retirarse luego, porque no la volví a ver mas, en cuya resolución tuvo sin duda más parte el enojo que lo adelantado de la hora. Yo sin embargo viendo llegada la de comer tuve por oportuno suspender la ida a su casa hasta la noche. Con esta idea me retiré con nuevos trabajos a la mía; y a la noche me dirigí a la de mi hermosa enojada, cuidando de llevar conmigo el desgraciado retrato para poderla certificar de mi inculpabilidad, si por él me preguntaba.

Cuando llegué, encontré a la familia rodeada a una mesa jugando un tresillo, de estos tresillos de familia en que no se atraviesa interés y en que las fichas. no tienen mas valor que el nominal. Me invitaban a hacer pie, y yo respondí que no sólo no podía hacerle entonces, sino que ni en todo el día había podido hacerle. No entendieron la frase, y en ese mismo hecho conocí que Clementina no estaba en mis antecedentes y en mis méritos de aquel día. Tuve ocasión de sentarme junto a ella, y no la desprecié. No bien me había sentado cuando empezó a significarme su resentimiento con el pie, dando pisadas no nada suaves sobre el mío. Yo que con cada una de ellas veía, no digo estrellas, sino cometas barbados, le retiraba cuan repentinamente podía; y atribuyéndolo ella a desaire, cada vez que acertaba a cogérmele de nuevo, las daba más y más fuertes. A mí un color se me iba y otro se me venia, y en mi semblante debieron pintarse más fases que tiene la luna en todo el año. Ya por fin, aprovechando Clementina un momento en que los papás estaban distraídos en contar los triunfos, tuvo ocasión de decirme por lo bajo:

—¿Y el retrato?.

Entonces yo, creyendo que la no presentación del retrato seria toda la causa de aquel inhumano tratamiento, con mucha satisfacción eché disimuladamente mano al bolsillo, y por debajo de la solapa del frac la empecé a enseñar muy cautamente el desgraciado retrato, para que viera que no por falta de diligencia mía sino por una desgracia imprevista había dejado de ofrecérsele ya. Ella que vio aquella colección de pies y piernas que formaban las hechas por el pintor y las hechas por los arroyos de la tinta, que a la verdad más semejaban las colas de un pulpo que las piernas de un hombre, lo tomó por insulto, y me alumbró una pisada en el pie derecho que me produjo una congoja mortal. Alborotóse al verme toda la familia; dejaron el juego, y acudieron a suministrarme lo que cada uno creyó que más me convendría. Quien lo atribuía al gas carbónico del brasero, y me rociaba con paños de agua y vinagre; quién lo achacaba a debilidad, quién a indisposición del estómago; y cuando volvi en mi, me hallé rodeado de frascos de vinagre, de vinos generosos, de bizcochos, de té, y de que sé yo cuantas cosas más.

—No se molesten vds., por Dios—les dije—, ni son esas cosas las que me han de dar alivio.

—¿Pues qué quiere vd?—me preguntaban.

—Si tuvieran vds. a mano—dije con voz débil y ahogada—, un cortaplumas o una navaja de afeitar.

Estremeciéronse todos, sospechando si trataría de degollarme. Negábanme los instrumentos de que yo esperaba el remedio de mi mal, hasta que explicándome más les dije:

—Señores, son las botas que me oprimen y lastiman en términos de no dejarme respirar.

Despertóse con esto vivamente la atención de Clementina, miró a mis pies, y la sensación de alegria que mostró su semblante al ver unas botas tan acabadas (¡ah! ella no sabia que los pies estaban acabados también) me dio una idea desconsolada de lo poco que le iba por mis padecimientos. Me aconsejaron que me las sacase a lo que yo accedí de muy buen grado, por mas que Clementina me decía:

—No, por Dios, no se las saque vd. que le están a vd. muy bien.

Así se intentó a pesar de su resistencia, pero nada se pudo conseguir, aun con la cooperación de todas las personas de la casa.

—Vaya, no hay mas remedio que abrirlas—dijo la mamá—. Voy al momento por un cortaplumas.

—¿Pero es posible—me dijo Clementina—, que se ha de exponer vd. a una operacion tan arriesgada?.

—Y con mucho gusto, señorita—la respondí.

—Pues entonces yo me retiro a donde no lo vea.

—Como vd. guste.

Y se retiró, no por huir de acongojarse de lástima, sino por desahogar la rabia que la daba mi resolucion.

Se empezó el sacrificio por el pie derecho, que había sido el mas recientemente atormentado: hízose la primera sajadura entre el empeine y la punta, y asomaron los dedos por la abertura de la bota como la cabeza de un preso por entre las rejas de la ventana de una carcel. Inexplicable fué mi consuelo al ver rayar la aurora de la libertad para mis

pies. Procedióse al izquierdo, y este infeliz fue menos afortunado; la cuchilla del sacrificio había penetrado mas de lo regular cn las entrañas de la víctima.

—¡El bálsamo de Malás al instante!.

Y trajeron el bálsamo de Malás, y se curó el paciente como al pronto mejor se pudo.

—Pero vd. es muy cruel para si mismo—me decían los papás.

«La cruel», decía yo para mí, «es la niñita que vds. han echado a este mundo fementido».

En fin yo pedí que me permitieran irme a mi casa a descansar y habiéndomelo concedido me retiré, aunque con trabajo, sin despedirme de Clementina, a quien no he vuelto a ver desde entonces.

—¡Ah!—decía yo en el camino, para vivir en el mundo ya no basta saber donde aprieta el zapato, sino saber también donde aprieta la bota.

Luego que llegué a casa, colgué las botas en la alcoba de dormir, en donde se conservan como los trofeos de los guerreros insignes y todas las noches cuando me voy a acostar, una de mis devociones diarias es mirar las botas y puesto enfrente de ellas con las manos cruzadas, rezar un padre nuestro y un avemaría por que me libre Dios de amores que entren por los pies, y de Clementinas tan inclementonas para amar.

La iglesia subterránea de San Agustín de Tolosa

Juan Antonio Escalante

Semanario Pintoresco Español. 1846. 164-167.

Existía en otros tiempos en todas las capillas subterráneas, y en los rincones más sombríos de las criptas o bóvedas consagradas a las santas imágenes, una puerta conocida sólo y muy de tarde en tarde de algunos iniciados. Puerta misteriosa más allá de la cual todo es extraño, grandioso e inconcebible. El traspasar los límites de aquella barrera colocada por la mano del hombre, es trocar la hermosa luz del día por las lóbregas tinieblas de una noche eterna; es huir la alegre morada de los vivos para correr a la de las sombras y el espanto. Sin embargo, una antigua tradición asegura que un mortal estudioso tuvo el suficiente valor para visitarla, y he aquí lo que aquel ser intrépido dice y la descripción que de tal espantosa morada nos hace, y los terribles acontecimientos que en ella tuvieron lugar.

En los tiempos en que las guerras de los albigensesw sembraban la devastación por las bellas campiñas de la Francia, y en la época misma en que Raimundo y Simón de Monfort presentaban el horrendo cuadro de una lucha terrible y asoladora, la antigua abadía de San Saturnino, protegida por una veneración sobrado religiosa, parecía ser la morada predilecta de la paz más venturosa. Una calma envidiable reinaba bajo sus bóvedas inundadas a cada instante con los cánticos de la iglesia, y sus moradores se entregaban sin el más leve temor a todas las gratas satisfacciones de una piadosa solicitud. Lo mismo en los monasterios que aparecían aislados en medio de los campos, como en aquellos que en las grandes ciudades inician una magnífica ostentación de sus cúpulas elevadas y esbeltos campanarios, cada cenovita llevaba consigo un nuevo conocimiento, una industria que servía la prosperidad del monasterio. Los unos practicaban la cirugía, y preparaban las materias farmacéuticas, los otros se entregaban a la transcripción de los manuscritos eclesiásticos, proveyendo así a las iglesias de misales y libros de coro en los que notas colosales servían, por medio de una rima fácil y sencilla, a las pompas de la liturgia. Muchos de entre ellos cultivaban con el mayor aprovechamiento las ciencias exactas; pero entre todos, el que mas se distinguía, era un monje de San Saturnino que se había hecho notar por su extrema superioridad en las matemáticas.

El padre Job, que así se llamaba, poseía a Vitrubio, del que se había hecho una traducción, y los azares de época tan peligrosa no le habían arredrado para emprender cuatro viajes a Italia. Tan vastos conocimientos hicieron que sus compañeros le nombrasen arquitecto del convento, y la elección fue de todo punto acertada, pues que sus desvelos y mucha ciencia, solo servían a la utilidad del monasterio. Conocía todo el edificio hasta en sus menores detalles, y ya había recorrido hasta la parte más secreta y misteriosa. Según todos decían, hubiera podido narrar aun el más pequeño acontecimiento de que por espacio de tantos siglos pudiera haber sido teatro, y describir año por año hasta la mas mínima circunstancia, pues que poseía admirablemente la tradición, y más especialmente esa que no habiendo sido consignada en viejos pergaminos, permanece envuelta bajo el manto impenetrable del tiempo.

Una tarde que el padre Job, ayudado de un albañil extraño al monasterio, sondeaba la pared de una de las capillas que en las criptas recibían las divinas efigies, pareciole que en algunas partes sonaba como hueca. Apoderóse del pico que tenía en la mano el trabajador e hiriendo con él en el muro, vio que la piedra lanzaba un gemido sordo que un eco desconocido repetía a lo lejos. Cerciorado ya entonces de que aquello no era una ilusión, cesó de insistir más, y se retiró teniendo cuidado de no provocar por medio de alguna palabra indiscreta, la curiosidad del hombre que le acompañaba.

Luego que la noche hubo llegado, dejó el buen monje sanar para sus compañeros la hora del reposo, y mientras que el monasterio permanecía sumido en el sueño más profundo, y en tanto que la noche y la soledad se enseñoreaban de las tensas bóvedas y del claustro, él se encontraba en las criptas provisto de todo cuanto le era necesario para llevar adelante su exploradora empresa. Examinó con la mayor atención toda la pared, y después de largas investigaciones, creyó hollar en ellas marcadas las trazas de una antigua poterna tapiada muchos años antes con un cuerpo menos duro que la piedra; una abertura se diseñaba por sí misma formando un cuadrado bastante imperfecto. Arañó ligeramente con la punta de un compás, y la materia se desprendía blanca y pulverizada como el yeso; golpeó con alguna fuerza, y bien pronto halló un metal duro y sonoro, y a medida que redoblaba sus esfuerzos aparecía mas distintamente una reja grande y fuerte; era una puerta de hierro incrustada en los cimientos, y a la cual ninguna de sus piezas la faltaba. Los goznes, la cerradura, todo estaba en muy buen estado, y hasta había una llave enorme colgada de una de las barras.

Luego que la mampostería que ocultaba aquella puerta hubo desaparecido, un vapor glacial, un viento impetuoso y casi violento pareció subir por la abertura. En seguida el monje dio algunas sacudidas para hacer girar la cancela sobre sus goznes, y provisto de una antorcha embreada avanzó en el interior, encontrándose bien pronto sobre las gradas de una escalera estrecha y tenebrosa.

A medida que descendía el aspecto de aquellos sitios era cada vez más extraño; el estilo de las construcciones se tornaba más extraordinario, la bajada era por momentos más rápida, y parecía querer conducir hasta las entrañas de la tierra al temerario que osaba penetrar en aquella predilecta morada de la noche. Al poco rato halló otra nueva puerta que daba paso a una inmensa galería por la cual avanzó lleno de curiosidad: la arquitectura parecía anunciar una época desconocida, y una larga serie de sepulcros se destacaban a uno y otro lado. Las piedras presentaban un aspecto extravagante, y los mármoles tumulares cargados de letras ilegibles probaban hasta la evidencia que aquellas habían sido sepulturas reales en época bastante remota. El padre Job creyó ver un instante cernerse ante su vista a las regias sombras que tantos años antes encerraran en aquel sitio sus sagradas cenizas para ocultarlas de la profanación de los bárbaros. Después de contemplar por algún tiempo aquellas veneradas antigüedades, continuó su exploración bajando de nuevo una larga escalera bastante bien conservada.

De repente un viento impetuoso que fatigaba sus pulmones, silba en sus nidos, y teme por su antorcha cuya llama oscila y chisporrotea haciéndole temer que llegue a extinguirse para dejarlo perdido entre las sombras de aquella eterna noche. Cuando por fin, su grata y hermosa luz, alimentada por el aire mismo, hubo aparecida nuevamente, cuando sus vivos resplandores tornaron a alumbrar aquellos lugares, la escena cambió súbita-

mente de carácter, y el vacío apareció terrible y grandioso. Infinidad de columnas se destacaban a lo lejos como otros tantos gigantes que descansan sus pies en las sombras, y ocultan las cabezas para coronarlas de tinieblas. A su frente tenía la entrada de una nueva galería aún más extensa y pavorosa que las otras; sin embargo, deseoso de conocer todos aquellos secretos, avanza con su antorcha en la mano hacia el abismo, que al reflejar un largo rastro de fuego hubiera fascinado a cualquiera tomándolo por los inmensos tesoros que un pueblo vencido había arrojado en la mañana de su derrota

Eran las negras aguas de un lago que en aquel vasto palacio de la noche, reflejaban en su superficie los rojizos colores de la llama. Aquel recinto sombrío y pavoroso, construido con tan vastas proporciones, era la iglesia subterránea, la iglesia del lago. Era un templo bizantino con las formas y estructura que lodos le conocemos: las bóvedas iguales, franjas semejantes en un todo, las monstruosas columnas que soportan el peso de un campanario colosal, todo se encontraba allí. Todo excepto el pavimento de la nave que resonara en algún tiempo con los pasos de los fieles. Ahora aquel pavimento labía sido reemplazado por el inmenso vacío, o mas bien dicho, por aguas negras, y a veces embravecidas por los soplos de un viento impetuoso. Un silencio solemne reinaba por todos los ámbitos de aquella morada tenebrosa interceptada apenas por la gota de agua que rezumaba de la bóveda. Este sonido monótono y acompasado se alzaba lúgubre y melancólico como el de las horas que marean la eternidad. Cada ola ligera corría a perderse en cavidades lejanas e incalculables profundidades que la acogían con un murmullo semejante al quejido de las almas que gimen en los rigores del purgatorio. Aquellas armonías encerraban una extremada melancolía, y un aspecto terrible se destacaba de aquel cuadro sin límites y digno de admiración.

Por medio de una extensa galería que rodeaba toda la pared, podía muy bien recorrerse todo el interior del edificio, y una balaustrada groseramente esculpida protegía al errante peregrino en caso de una caída. Ni el más ligero ornamento cubría aquel recinto; por todas partes reinaba el estilo bizantino en toda su severidad, la arquitectura cimbrada con sus curvas severas. En cuanto a los relieves, los contornos y ojivas por ninguna parte se veía la más leve muestra de que hubiesen existido. Sólo en el centro que forman los costados de la nave principal, se destacaban dos estatuas gigantescas, mirándose la una a la otra y entronizadas sobre su inmenso pedestal como los reyes de aquellas tinieblas; el uno era Carlomagno, y el otro San Raimundo.. ¿En que época y por qué mano habían sido allí colocadas? Ningún indicio podía revelarlo. El padre Job que todo lo había querido ver adelantándose por un lado de la galería con su antorcha en la mano, había constantemente avanzado por todo lo largo de la pared, y vuelto por la extremidad opuesta al mismo sitio de donde partiera.

Muchas veces había emprendido ya, y a causa de su decidida pasión por lo maravilloso, esta singular peregrinación, pero siempre teniendo el cuidado de penetrar con precaución en aquellos ignorados subterráneos, y nadie sabe la causa por que jamás se internaba en este vasto recinto sin haberse asegurado antes do que ningún ser viviente le haya visto entrar ni salir. Sin embargo, el misterio de que se rodeaba hubiera podido despertar muy bien la atención y curiosidad de los demás. Así sucedió en efecto, y una noche que alumbrado por la tenue luz de su espirante antorcha, subía jadeando de cansancio a

las bóvedas exteriores, no fue poca su sorpresa al distinguir cerca de sí a un apuesto joven que le contemplaba con la mayor avidez, y hasta pareceía aguardarle.

—¡Cómo! Sois vos mi buen tío Job, quien así os exponéis en tan peligrosos subterráneos.

—¿Y que, Reinaldo, eres tú el que a estas horas te hallas dentro del convento, procurando espiar mis secretos?

—¡Vuestros secretos! Os equivocáis, pues es otro el interés que me ha traído. Creía poder profundizar un gran misterio, hallarme frente a frente con un espíritu errante, luchar contra un alma en pena, y que sé yo cuantas cosas mas. Pero desde el instante en que os he visto me río de todos los milagros y apariciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hace tres días que llevándome a su celda el hermano Arsenio, que como sabéis es el portero del convente, me dijo:

—Maese Reinaldo, vos que usáis la daga, y que antes de un año entraréis a servir en las milicias del Conde de Monfort, deberíais sacarme del cuidado en que me hallo. Sabed que he oído esta noche pasada atravesar una luz por la iglesia y si no me engaño desaparecer entre las bóvedas. Sin embargo, tengo el mayor cuidado en cerrar todas las verjas y puertas del templo y las llaves que cree poseer yo solo, jamás faltan de mi cintura. Ahora bien, decidme, ¿debo o no estar admirado?

—Prestadme vuestras llaves por una sola noche—le respondí—, y mas tarde podré daros los más minuciosos detalles sobre tan extraño misterio.

—Consintió en ello y he aquí explicado el por que me hallo en este sitio, y como corriendo tras una sombra evocada del otro mundo me encuentro con mi buen tío Job.

El monje, a quien nada agradara este encuentro, pareció no recibir con mucho placer tales y tan ingenuas satisfacciones. Ya de antemano no le era muy satisfactoria la conducta de su sobrino, pues conocía todas las malas inclinaciones del hijo de su hermana, y que siempre habla algún vicio que le dominase: «Reinaldo», se decía a sí mismo, «necesita dinero y ha querido conocer mi secreto para venderlo a precio de oro; sin embargo su sangre es la mía y no le creo capaz de cometer una falta tan grave».

—Ven—añadió en alta voz, y arrastrando en pos de sí a su sobrino—; dime, Reinaldo, te crees con las fuerzas suficientes para llevar a cabo una empresa importante, de cumplir una misión sagrada por demás.

—Tío—le contestó—antes de responderos, permitidme os demande una gracia. Yo miraría como un favor inestimable el poder visitar los subterráneos que existen, según todos dicen, bajo la iglesia del monasterio; también habla el vulgo de un lago, que se asegura, han sido muy pocos los mortales que hayan llegado a visitar.

Dicho esto, el monje seguido de su sobrino se perdió de nuevo en la tortuosa escalera y llegado a la galería donde están los sepulcros de los primeros reyes de la Galia, levantó con algún trabajo una de las piedras tumulares, escarbó en la tumba y sacó a los muy pocos instantes una bolsa de cuero bastante pesada.

—Toma—dijo a su sobrino alargándole el dinero—, ahí tienes todos los ahorros hechos en mi larga vida. El tiempo es ya llegado de que haga de ellos un uso piadoso pues que Dios ve con enojo que el monje acumule las riquezas de la tierra. Tú no ignoras que Rolando, mi hermano querido, se halla prisionero. Ve, corre al campo de Monfort, paga

su rescate y tráeme a aquel que compartió conmigo las dulces alegrías de mi infancia. Yo entre tanto rogaré aquí al pie de los altares por el mejor éxito de tu empresa.

Partió Reinaldo y pasaron muchos días sin que pareciese por el monasterio. Impaciente ya el monje de aguardar infructuosamente, preguntó a Arsenio si había visto a su sobrino.

—Bien sabéis—le contestó éste—, que con mucha frecuencia olvida a su tío para correr tras los placeres, y que la paz del monasterio y piadosas exhortaciones que en él recibe, le son menos gratas que los juegos de bazar y el canto de los trovadores; sin embargo, me han asegurado haberle visto en Tolosa.

El monje permaneció algún tiempo pensativo, pero saliendo repentinamente de su silencio añadió:

—Se hace preciso el enviarle un recado para que sepa que le aguardo con la mayor impaciencia; mañana a esta misma hora me hallaré rezando en la Capilla de San Jorge.

Al siguiente día, mientras qué el padre Job prosternado al pie del altar hacía sus oraciones de la mañana, un joven delgado y de erguido cuerpo, vestido con una ropilla negra y embozado en un capotillo a la usanza de aquel tiempo, se hallaba apoyado contra un confesionario a poca distancia del religioso. Al considerarle con alguna detención, cualquiera lo hubiera creído un pretendiente lleno de respeto y pronto a presentarse ante un poderoso, o más bien, un culpable que se dispone a comparecer delante de un inflexible juez. Así es que nada vino a turbar la profunda meditación del religioso. Cuando éste concluido su acto piadoso se levantó, el adolescente joven pareció hallarse en una posición mucho más embarazosa; de la cual daba claras muestras el cuidado con que huía la mirada inquisitorial que le perseguía. Su frente, antes altiva, se encorvaba ante la frente monacal, en cuyas arrugas leía una reprensión amarga. Nada había de más bello que la cabeza del religioso, mientras su alma se hallaba tranquila. Pero tampoco nada más terrible, ni fascinador que aquella fisonomía, luego que alguna pasión sorda y poderosa llegaba a agitarla. Al ver su esbelto talle, aquel cuerpo erguido y musculosos brazos, el hábito que le cubría borraba toda idea de pensar en el atleta. Antes por el contrario se hubiera creído estar viendo a uno de esos santos de piedra que el arquitecto por un capricho de su imaginación hace figurar como sostén de una bóveda.

De repente, saliendo el padre Job de aquel silencio embarazoso, lo dijo a su sobrino

—Hace ya tiempo que deseabas visitar los subterráneos de la abadía, ¿no es verdad?.

Reinaldo, deseando evitar una cuestión que le tenia en la mayor perplejidad, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Pues enciende esa antorcha en la lámpara y anda delante.

El joven obedeció con el mayor silencio. Entonces el religioso abrió la puerta de las bóvedas, se dirigió hacia la cancela de hierro que daba entrada a los subterráneos, hizola girar sobre sus goznes, y después que hubieren pasado, tuvo cuidado de cerrarla con la precaución que le era habitual, sin olvidar el guardarse la llave en el bolsillo. Después ya ambos se internaron en aquellas húmedas y tenebrosas soledades. Reinaldo marchaba algunos pasos delante; el espectáculo que se desarrollaba ante su vista, le preocupaba demasiado para que no hubiese olvidado que caminaba delante de un pariente, próximo a diri-

girle una pregunta terrible. Contemplaba aquellas bellezas escondidas en el centro de la tierra con el más mudo estupor. Algún rato hacía ya que seguía la larga galería que terminaba en el largo subterráneo, cuando de repente un abismo insondable se abrió a sus pies; las piedras que cerraban el paso, así como la balaustrada que preservaba la caída en el precipicio, parecieron haberse hundido en las negras ondas. Asustado Reinando no quiso avanzar más, y se volvió hacia el religioso que le impedía el paso. Si el hondo abismo brillando a sus pies, heridas sus aguas por el rojizo resplandor de la antorcha, había introducido el espanto en su alma, mucho peor fue cuando una mirada se encontró y fue rechazada por la del monje, ardiente y terrible y peor aun cuando hirió sus oídos una voz estridente y cavernosa que le decía:

—¿Qué has hecho de mi oro y de mi hermano?

El infeliz joven nada respondió; se hallaba aterrado, y sólo hubiese querido que aquella pregunta le hubiera sido hecha en otro lugar y a la clara luz del día. Delante de testigos le habría sido menos terrible. Pero ahora colocado entre el monje y un abismo espantoso, sin tener otros espectadores de la sangrienta escena que se preparaba, sino a las dos estatuas, aquellos dos colosos de piedra, creyose perdido, sus rodillas flaquearon y cayó a los pies de su juez.

—¿Qué has hecho de mi hermano y de mi oro?—repitió el padre Job.

Viendo entonces que el asustado joven no respondía a su pregunta, arranca con una mano el cordón de su hábito y con la otra levanta al adolescente joven y lo tiende encima de la balaustrada. En dos minutos se encuentra Reinaldo atado sobre el antepecho con una fuerza tal, quo sus pulmones apenas podían pararle en el pecho. Su única queja eran los mas prolongados suspiros. pero cuando sintió que el fuego devoraba sus piernas, cuando vio que sus carnes ardían al continuado chisporroteo de la antorcha, apresurose a confesar en presencia de aquel inquisidor implacable, que no habla ido al campo de los Cruzados a consecuencia de haber perdido todo el dinero en una casa de juego.

—¡Ah! ¿Con qué has jugado el rescate de mi hermano?—exclamó el monje aún mas furioso que antes.

Y armándose de una gruesa barra de hierro comenzó a demoler el pedazo de pretil que sostenía su víctima. Cada golpe apresuraba, por decirlo así, la muerte del infeliz; el abismo se hallaba allí bajo sus pies aguardando un gran peñasco, y el cuerpo palpitante aunque se hallaba a él unido. Sólo faltaba un golpe que dar para concluir el desenlace de aquel drama atroz, cuando el desdichado joven gritó con voz acongojada y lastimera:

—Ministro del Dios misericordioso, dadme al menos el perdón de la iglesia.

A tan religioso llamamiento, el monje enfurecido tornó a ser el sacerdote piadoso y ya se inclinaba para bendecirle, citando se siente agarrar por unas manos crispadas que penetraban en su carne, desgarrándole el hábito como si fueran uñas de hierro. La cólera vuelve a apoderarse de él, una implacable venganza le impele poderosamente. Da el último golpe. y víctima y balaustrada, se sumergen en el lago.

Cuando a la luz de la antorcha que habla permanecido inyectada en una piedra, hubo contemplado los últimos remolinos que el abismo había formado al tragarse su víctima, tendió su penetrante mirada sobre sí mismo. Pero ¡ah!, que el cielo tomaba a su cargo castigar al criminal sacerdote. Lleno del mayor espanto advirtió que su hábito se hallaba destrozado, y que en la terrible lucha que poco antes sostuviera, la llave habla quedado

en las manos de su adversario. Conoció en el instante la mano que tan prontamente le hería y lleno de angustia vio que las puertas de aquel infierno se hallaban ya cerradas para él y que sólo le restalla el martirio de aguardar entre el hambre y la más horrorosa desesperación las largas horas de una terrible agonía, tras la cual solo habla una cosa: la eternidad.

Cuando muchos años después la casualidad hizo que fuese descubierta la iglesia subterránea, los exploradores de aquellas vastas profundidades, hallaron en la galería de los sepulcros un esqueleto bastante bien conservado. Era el padre Job que se había arrastrado hasta aquel lugar para aguardar allí su última hora. A su lado un lienzo escrito con sangre revelaba la terrible historia que acabamos de contar.

La corona de fuego

Benito Vicetto y Pérez

El Siglo Pintoresco. 1846. 185-188

I

El Miño es uno de los ríos mas principales de España sin salir de los límites de Galicia. Desciende de las faldas occidentales de los últimos ramales de los Pirineos en una laguna llamada Fonte-miñá, perteneciente a la provincia de Lugo, y después de reasumir infinidad de ríos y riachuelos corriendo unas sesenta leguas, se une en la villa de la Guardia al océano atlántico.

Pero en las sinuosidades de estas sesenta leguas ¡cuántos paisajes pintorescos deja a derecha e izquierda, cuántos castros, cuántos castillos arruinados! Si algunos de nuestros escritores recogieran aquellas páginas de escombros diseminadas por los valles y las montañas que atraviesa, si se dedicaran a explotar aquella mina de hechos horrendos, monstruosos, infernales, virgen aún, donde el puñal y el incendio han figurado tanto, ¡qué abundante repertorio de asuntos espantosos no encontrarían para sus dramas! ¡Qué galería tan completa de héroes y de mártires, de caballeros fuertes e infames y de caballeros débiles y honrados, de verdugos y de víctimas no arrancaría a las ruinas, desde la dominación de los Suevos hasta la dominación de los Borbones!

Y sobre todo, en la edad media, ¡en aquella edad de tanto reyezuelo, de tanto déspota, de tanto asesino!... ¡Entre aquellos hombres abrasados por los vinos del país, que no vivían más que para las orgías y el vicio, que alimentaban las pasiones mas violentas e iracundas y que como los más detestables piratas o bandidos no sentían emociones mas deliciosas que las emociones del licor y de la sangre, las emociones del puñal y el fuego!...

Todos los episodios más sangrientos y dolorosos que deseaban hallar nuestros poetas desde la aparición del *Ivanhoe*, todo lo hallarían en aquel museo de ruinas... Allí, en aquellos pueblos y comarcas donde asesinaban los arzobispos públicamente, en medio del día, en medio de la calle y en la misma procesión de Corpus... Allí, donde las venganzas mas horrorosas han dejado hondamente impresas las huellas de sus triunfos... Allí, donde arrastraban y despeñaban condes, marqueses y otras jerarquías militares... Donde los sacerdotes se ataron a los caballos de los vencedores, y como en otras partes, los altares sirvieron de pesebres a sus corceles medio quemados y enrojecidos por las llamas y la sangre de los moribundos... Donde en el siglo XV estalló una revolución popular compuesta de gente vil y endemoniada, de asesinos y ladrones, que bajo el titulo de *¡Libertad!*, saquearon los pueblos y arrasaron los castillos oponiéndose a todo dominio... Aquella conmoción en que nada se hizo a medias, la lanza en pos del puñal... En pos de la sangre, el fuego... Aquella conmoción fatal en que los nobles tuvieron que defender sus fortalezas palmo a palmo, escalera por escalera, con las llamas por la espalda y las dagas por el pecho, concluyendo por incendiarse todo, cadáveres y casas. ¡Oh! las márgenes del Miño han consumado admirablemente las devastaciones

No hay castillo feudal desmoronado que no esconda una leyenda horrible entre sus hacinados escombros, no hay convento que si pudiera hablar no nos revelara escenas espantosas de muerte y de pillaje, de insultos y profanaciones. Mas entre todas esas leyendas lastimosas que las pasadas generacionés nos legaron, ninguna tan conocida en Galicia, tan interesante ni original como la que nos va a ocupar; y sin embargo, ninguna tan confusa, ninguna tan adulterada. Unos la hacen hija legítima de Villalva, y otros de Monforte de Lemos... Unos la refieren de un modo y los demás de otro; y aunque todos disienten en las causas, todos convienen en el efecto... ¡Todos concluyen con la corona de hierro, con la corona de fuego!...

Pero he aquí la tradición... Es una historia terrible que nuestros montañeses más impasibles desearan tener por fabulosa si no la vieran confirmada por los eruditos y por las crónicas antiguas de aquel territorio.

No muy distante de la confluencia del Sil y el Aliño, en Emtrambasmestas, se reúne al primero junto a la barca de Santiesteban al cristalino Cabe que nace en las sierras de Onicio y pasando por Fornelos, Ferreirrúa y el puente de Ramoiño, corre por el centro de Monforte de Lemos dividiéndola en dos mitades enteramente iguales.

Esta villa, pues, que se halla al N. O. de la ciudad de Orense y a una distancia de diez leguas sobre poco mas o menos, es de las mas agradables y vistosas de Galicia.

Situada al pie de una elevadísima montaña por cuyas pendientes tantos riachuelos bajan serpenteando al río que la atraviesa, se dibuja tan pintoresca con sus cuatro conventos, con su famoso seminario de magnífica fachada y otros edificios más que descuellan entre las bellísimas casas de sus rectilíneas calles, ofreciendo un aspecto admirable y elegante para el viajero que gusta de esas perspectivas risueñas esculpidas sobre un campo lleno de verdor y animación, y bajo un cielo azul y transparente como el delicioso cielo de nuestras montañas septentrionales.

En la cima del monte cónico y aislado a cuyas plantas se levanta esta villa de unos novecientos a mil vecinos hay en el día un montón informe y colosal de vetustos escombros, entre los que alguno que otro torreón mutilado se descubre como para dar una idea de lo que fueron en otros tiempos. Estas mismas ruinas son las de la casa solariega de los condes de Lemos, descendientes de reyes y reputados como los señores mas poderosos del país, pues su señorío constaba de veinte castillos según las tradiciones antiguas y el Padre Gándara asegura en su voluminoso nobiliario. Inmediato a este castillo, tan inmediato que del uno al otro edificio se va por una galería arqueada sostenida por diez o doce pilastras de piedra sillería, se levanta el monasterio de San Vicente del Pino.

Ambas fábricas representaban el símbolo de la armonía que reinaba en los siglos medios entre el clero y la nobleza... Eran dos amigas queridas. El semicírculo que servía de comunicación entre las dos, figuraba las manos que sellaban la alianza.

Esto pasaba en el alto de la montaña. En la base estaban las casas del pueblo como una legión desordenada de vasallos acampados que intentaba en vano trepar por las pendientes que los separaban de los nobles y de la iglesia... Todo parecía estudiado, hecho al intento. Los señores arriba, los siervos a sus plantas.

Pero sin embargo de la celebrada unión del clero y la nobleza, tan bien representada en el panorama que ofrecía la montaña fuerte o Monforte, muy luego el odio sustituyó a la amistad... Un odio iracundo, implacable, mortal... ¡Oh! sí; ¡mortal!

Veréis por que.

II

El conde de Lemos en 1309 Don Alonso de Castro, era un conde pacífico, afable y *boo de rogar e mao de forzar* como D. Francisco Fernández de Temez, progenitor de los Córdovas, y como este mismo caballero *pequeno de corpa e grande de esforzo*[51]. Al contrario de su difunto padre, que por el más insignificante objeto tanta sangre derramara en sus estados y fuera de ellos, y quien por sus crueldades mereció el sobre nombre de *O Doente*[52], Don Alonso tan solo se consagrara al cuidado de su hija Elvira, y nadie le veía sino a su lado, porque además de idolatrarla con extremado afán, como la hermosa dama padecía una de esas terribles consunciones pulmoníacas que matan lentamente, trataba de desterrar su melancolía y mitigar los dolores que la martirizaban con sus afectuosas palabras.

Según la tradición que seguimos, Elvira era muy bella, y a pesar de la incombatible enfermedad que la desmejoraba de día en día, había despertado en el pecho del abad de San Vicente una de esas pasiones superiores a nuestra razón y a nuestras fuerzas, que duran mientras dura el alma, y que sólo deposita el hombre en el sepulcro.

El bueno del abad luchaba interiormente con su amor sacrílego, con aquella afección que le atormentaba por tantos medios, pero por más que trataba de remontar su pensamiento para fijarlo en Dios, sólo en Dios, su pensamiento descendía para fijarlo en Elvira... ¡solo en Elvira!

Padecía mucho, muchísimo...

—Bien... bien—se dijo un día que reflexionaba acerca de aquel amor profano y tenaz en el fondo de su celda—, amemos en silencio y el mundo ignorará el objeto de mi adoración eterna, porque este amor conozco que es eterno... Amaré en silencio, como se ama a un ángel... Nada más... Nada más...

Y desde entonces la reflexión ya no fue un dique que contuviese el desarrollo de aquella pasión desventurada: amó con mas libertad. Amó, pero no como aman los sacerdotes a los ángeles, con admiración y respeto; amó como ama el hombre a la mujer, con amoroso deleite, con fuego y ceguedad.

Mas tarde, cuando Elvira arrodillada a sus pies en un confesionario del convento le reveló su oculto amor a Enrique de Foulebar, paje del opulento conde; cuando de los labios de la inocente joven salió aquella confesión sincera y firme... ¡Oh! ¡Lo que sufrió entonces el abad fue indecible! Unos celos profundos le hicieron concebir una idea infernal: la muerte de aquel paje.

Y en efecto lo consiguió.

Porque, pocas semanas después Enrique de Foulebar apareció lleno de puñaladas y medio enterrado en el fango del undoso río, sin que pudiera descubrirse su asesino por más medidas que tomó el de Lemos.

---

51 Es muy notable lo que se lee en la sepultura que tiene en Celanova este infanzon gallego, porque tan bien lo caracteriza en pocas palabras: Aquí jaz Francisco Fernandez de Temez, pequeno de corpo e grande de esforzo, boo de rogar e mao de forzar, etc. (Nota del autor)

52 El rabioso. (Nota del autor)

El asesinato del amoroso paje acrecentó los padecimientos de la virgen de Monforte, y estuvo a las puertas del sepulcro. Después se fue recobrando poco a poco y por fin la muerte abandonó su presa.

Por este tiempo fue cuando Don Fernando IV, el Emplazado, llamó a sus nobles contra los moros, y el conde de Lemos reunió sus hombres de armas y partió a Sevilla a reunírsele. Pasados tres meses, en los que asistió al sitio de Gibraltar donde tuvo el sentimiento de ver morir en sus brazos al célebre Guzmán el Bueno, regresó a sus dominios y encontró un sepulcro más en el panteón de su familia... ¡Había muerto su hija!

Lloró mucho el poderoso conde; y gracias al astuto abad fue minorándose lentamente su pesar, aunque desde luego no tuvo otro altar que la tumba de su Elvira.

Y así pasaron algunos años, hasta que un día fue llamado por uno de sus criados que se hallaba en los últimos momentos de su vida.

—Señor—le dijo el moribundo—, ¡perdonadme!

—¡De qué!—repuso el conde.

—¡Oh! ¡Perdonadme por Dios! Me sedujo con oro, señor, con oro. Y he hecho todo cuanto me ha mandado.

—¿Quién?—volvió a preguntar el conde.

—¡Oh! Mandad que se retiren todos—dijo.

Don Alonso mandó que saliesen los que se hallaban en la habitación de su criado y quedó solo con él.

—Oidme y perdonadme, señor—exclamó el moribundo haciendo un esfuerzo para arrodillarse en la cama en que yacía. Pero en vano; no pudo conseguirlo por su debilidad estrema.

—¡Hablad!—gritó el conde imperiosamente, porque empezaba a ver que se trataba de algo mas que de un robo doméstico por las vehementes súplicas del expirante vasallo.

—¡Oh, señor!. Unos cuantos meses antes de vuestra salida de Monforte, un hombre me dio un puñal y un bolsillo lleno de oro. «Mata a Enrique de Foulebar», me dijo... El oro me tentó. Y Enrique de Foulebar fue muerto...

—¡Tú! ¡Tú, miserable! ¡Tú lo mataste!

—¡Oh! Esperad que aún me falta mucho.

—¡Más aún!

—Unos días después de vuestra partida para la guerra, aquel mismo hombre volvió a avistarse conmigo. Esta vez no me alargó más que un bolsillo.

—¡Adelante!...

—Es necesario—me dijo—, que nada se oponga a mi entrada en la cámara de Doña Elvira mañana a la media noche...

—¡Oh!—gritó el conde espantado; y todos los cabellos se le encresparon sobre la frente.

—Y aquella misma noche, señor, aquel hombre entró sin que lo supiese un alma...

—¡Adelante, rayo de Dios!

—Entró...

—¡Vamos!!

—¡Oh! ¡Perdón!

—¡¡Vivo!... ¡¡Vivo!!...

—Entró... se acercó al lecho de Doña Elvira y...

—¡Basta!!... ¡Basta, rayo de Dios!!—gritó el conde tapándose el rostro con las manos y cayendo sobre una silla aterrado y confundido de lo que oía.

—En seguida—continuó el criado—, la dio una bebida que la dejó en un estado de estupor cruel... Sin poder hablar...

El conde no se movió de la silla....

—A los tres días murió Doña Elvira... Víctima de aquel hombre... Víctima de aquella bebida...

Levantase entonces el conde, clavó sus ojos llenos de lágrimas en el moribundo y gritó con rabioso acento:

—¿Su nombre?.

—¡Oh! ¡Señor!.

—¡Su nombre pronto, Ruiz Díaz! ¡El nombre de ese infame o te ahogo ahora mismo.

Y le echó los brazos a la garganta en medio de su desesperación imponente.

—¡Al instante, rayo de Dios! ¡Ese nombre al instante! ¡Al instante!.

—Don Fernando de Osorio—balbuceó el moribundo.

—¡El abad!!!—exclamó el conde de Lemos retrocediendo horrorizado...

III

Desde aquel momento el poderoso señor no pensó más que en vengarse. Esperó unas cuantas semanas que faltaban para sus días, y cuando llegaron trató de dar un espléndido banquete a todos los nobles del país.

El salón principal del castillo se llenó de gente. Marqueses, caballeros y donceles; monjes, frailes y curas; trovadores y juglares; damas y dueñas, nada faltó en el antiguo castillo de los condes de Lemos, y todos rodearon las abundantes mesas por riguroso orden, y según la etiqueta de aquellos tiempos. Cuando empezaron los brindis y sonaron las liras de los cantores, cuando empezaron a sentirse los alegres murmullos del festín que señalaban su apogeo y este parecía degenerar en orgía, entonces hizo el conde una señal ligera, apenas perceptible.

Dos grandes puertas secretas se abrieron repentinamente, y por ellas entraron en el salón hasta unos cuarenta arqueros del castillo armados como para una batalla. Pero la presencia de estos arqueros no inspiró tanto temor a los circunstantes como la vista de una gran bandeja que traían cuatro pajes, y en la que se veía una corona de hierro ardiendo.

Este aparato horrible y misterioso, impuso. Cesaron los brindis, las cantinelas amorosas y las relaciones guerreras, sucediendo al rumor animado de la orgía el pavor silencioso de las tumbas.

En medio de este silencio solemne, se oyó una voz fuerte, bronca por la rabia. La voz del conde.

—¡Don Fernando!—dijo clavando en el abad sus ojos con ansiedad mortal—. Habéis mandado asesinar a Enrique de Foulebar porque adoraba a mi Elvira.

Sobrecogiose el abad de terror y todos temblaron.

—Y aprovechándoos de mi ausencia de estos muros—prosiguió el conde más exaltado cada vez por el furor y el encono que lo dominaba—, habéis seducido a mi hija. ¡A mi infeliz hija!!

Entonces los concurrentes hicieron mas que temblar, lanzaron un grito de horror que debió escucharse en Monforte.

—Y por último, ¡rayo de Dios!—continuó el conde en su crescendo de rabia—, ¡para que nunca me lo revelara, la habeis envenenado!

—¡Asesinado!

—¡Seducida!

—¡Envenenada!

He aquí las exclamaciones que despidió la turba de convidados, retrocediendo espantados y santiguándose como si el abad fuera un diablo. Este todo lo oyó inmóvil, confundido, sin atreverse a hablar ni a moverse de su asiento, anonadado bajo el peso de aquellas terribles acusaciones...

—Pues bien, llegó la hora de la venganza, y el cielo que me lo ha revelado todo por boca de vuestro cómplice moribundo, el cielo os maldecirá como yo os maldigo. ¡Don Fernando! ¡Don Fernando! ¡Hasta la eternidad!!

Así dijo el conde con voz grave en medio del silencio que reinaba, y a otra señal que hizo, la corona de hierro candente abrasó la cabeza de Don Fernando con asombro de los espectadores.

Aquel mismo día D. Alonso de Castro arrodillado ante un fúnebre sepulcro, decía clavando en la losa de él sus ojos, como queriendo sondear con ellos el cadáver que encerraba:

—¡Hija del alma, ya estás. vengada!

IV

He aquí, pues, la tradición verdadera de estos sucesos, si hemos de dar crédito a los manuscritos de la casa de Lemos. Y ved ahora la inventada, sin duda, por el clero con objeto de destruirla, referida tal como en el día corre.

«Empeñado el conde de Lemos en asistir al coro del convento a oír misa entre la comunidad, para lo cual mandara construir la galería por donde se iba de uno a otro edificio, el abad se había opuesto abiertamente a ello, y que insistiendo el conde con el mayor empeño, aquel se quejara al obispo de Orense, el obispo al Papa, y el Papa al Rey de Castilla. De aquí resultó la formación de una causa ruidosa que concluyó con prohibir al conde el poner los pies en el doro para oír misa entre los vicentinos. Resentido entonces éste hasta el punto de sentir un odio implacable contra el abad, disimuló su enfado concibiendo en tanto una venganza horrorosa....»

Hasta aquí disienten las dos tradiciones, y aquí es donde se dan la mano para confirmar de un mismo modo la corona de fuego, suplicio mucho más horrendo que la corona de espinas que inventaron los judíos para martirizar al redentor del mundo.

¡Ni la Trinidad te salva!

Manuel María de Santa Ana

El Laberinto. 1848. 3-4. *Álbum de «El Bardo».* 1850

En medio de un espeso olivar, a tres leguas escasas de Sevilla, y a la orilla misma del camino que, desde esta ciudad conduce al pueblo de Villafranca de la Marisma, existia hace seis u ocho años una antigua y medio arruinada venta llamada del *Olivo gordo.* En este parador, tristemente célebre por los muchos robos y asesinatos que se cometían en sus inmediaciones, solían detenerse a dar un pienso a las bestias y un calentón a las manos, todos o casi todos los arrieros de Utrera y Lebrija, y la noche que principia y concluye nuestra historia no eran pocos los que asediaban la grande hoguera que ardía en el portal.

Curioso cuadro ofrecía la venta en las primeras horas de la noche. Todos reían y hablaban a la vez; todos juraban y maldecían y fumaban sin cuidarse del vendaval que zumbaba horriblemente, ni de la lluvia que caía sin descanso. En semejante confusión ninguno de los huéspedes del *Olivo gordo* se acordó de ofrecer un puesto en la lumbre a una infeliz mujer que el ventero Juan Araña recogiera la tarde anterior, viéndola casi expirante de cansancio, y que, con la cabeza metida entre las rodillas, se había sentado junto al pozo, cuidándose tanto de sus compañeros de posada, como estos parecían cuidarse de ella.

Ya era bien entrada la noche y los trajinantes continuaban todavía al amor del fuego y de los tragos de aguardiente, que con mano franca y por su dinero, les distribuya el compasivo Araña, cuando llegó a la venta, caballero en un castaño de buena estampa y largas crines, don Alfonso de Contreras, hombre que rayara en los cuarenta años, y sujeto tan conocido en la Andalucía baja por sus muchas riquezas como por su habitual melancolía. Apenas el ventero conoció al noble recién llegado se dio la enhorabuena por tan inesperada visita, haciendo entrar al caballo en la cuadra y proporcionando al caballero un lugar en la lumbre, lugar que este aceptó sin pronunciar palabra.

La llegada de Contreras contuvo por algunos momentos en su chocarrera locuacidad a los momentáneos habitantes de la venta, hasta que el corsario Curro Atina, menos respetuoso o mas fastidiado del poco usado silencio, se dirigió con una fuerte interjección andaluza a su compadre Mal-alma, rogándole por los clavos de Cristo, que contase algún sucedío de su nada santa y borrascosa vida. La proposición de Atina fue acogida con entusiasmo por todos los concurrentes y con indiferencia por Mal-alma, quien, sin embargo, convino en dar gusto a la buena compañía. Pero antes de escuchar la historia, necesario es que bosquejemos rápidamente al historiador.

Antonio Perniles (a) Mal-alma, nació en S. Bernardo, arrabal de Sevilla; se educó en la playa y pasó los primeros años de su juventud en la cárcel de aquella ciudad entre los mas famosos ladrones de Andalucía. Su grande afición a tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, le condujo, primeramente, al presidio de Ceuta, y, después de satisfecha

su condena, a la partida de José María[53] en la que alcanzó el nombre de Mal-alma por sus muchas atrocidades. Indultado con sus compañeros en 1833, no quiso volver a Sevilla y se estableció en Lebrija, desde donde hacia frecuentes viajes a su patria en calidad de ordinario o arriero. La edad de Mal-alma, en la época a que nos referimos, era de treinta y cinco a cuarenta años, su estatura más bien alta que baja, su cara horrible, desfigurada por un chirlo que le atravesaba la nariz perdiéndose en las pobladas patillas, la voz algo tartajosa, y el mirar traidor y sombrío.

Hecha esta pequeña digresión que los lectores sabrán perdonarme en gracia de su necesidad, seguiremos nuestro cuento con el de Perniles.

—A farta de pan güenas son tortas—empezó Mal-alma—, y si no pueo contá los amores de Bordan y Gaiferos ayá van mis amores que no agachan el deo a los dose pares de Fransia, ni al mesmo Garlomanno. Es pues el caso, que una mañana, hase tres inviernos, me llamó el pare cura y me dijo: «Anton, tú tienes muchos pecaos y es presiso que hagas güenas obras. Juaniya la jilandera, se ha queao sin marío y sin mas amparo que Dios, y es menesté que la lleves a Seviya de valde y en descargo de tus curpas» Si la jembra hubiera sio vieja o fea no la vale Ponsio-Pilato; pero Juanilla era presisamente la mosa que más gorpe me daba en toa Lebrija, y no hay que desir si acaté el encargo, por amor de Dios, según quería el padre cura. Algunas veses deseaba yo habermela encontrao en el camino, cuando con el Tempraniyo[54] a la cabesa de veinte muchachos como veinte torres, poniamos la ley al mundo; pero aqueyos tiempos eran pasaos y, ya que grasias a la Triniá mi protectora, escapé con el peyejo, no quería meterme en nuevas dansas. Con too, apenas el güeno del cura, colocó en las amugas de su ama a la donseya, cuando mirándola de reojo dije para mi capote: «¡Ni la Triniá te salva!»

Notable y distinto efecto hizo la herejía de Perniles en su auditorio. La mayor parte de los arrieros soltaban estrepitosas carcajadas, mientras otros más prudentes o más honrados siguieron prestando su atención en silencio. El noble hacendado clavó por un momento la vista en la fea e impasible cara del narrador, quien acompañaba en su alegría a los mas desaforados. La pobre mujer arrinconada junto al pozo alzó también la cabeza, no sabemos si curiosa o indignada, y entonces el caballero que apenas reparó en ella al entrar, pudo contemplarla a su sabor. Tendría esta infeliz poco mas de diez y ocho años, y al través de sus descarnadas y pálidas mejillas se divisaban dos ojos rasgados y negros, pero nublados por los pesares y humedecidos por las lágrimas.

—¡Pobre niña!—murmuró el hidalgo.

Y Mal-alma un tanto repuesto de su intempestiva alegría prosiguió de esta manera:

—Pues, como iba disiendo, la muchacha era tan boba como linda. A la media legua ya me había encajao el nombre de su mare, y el de su parino, y hasta el ofisio del pare de su mare que si no me equivoco era panaero....

—¡Panadero!—repitió Contreras—. ¿Y el nombre de su madre?

—Teresa. Según desían en el pueblo era una esgalichá que se escapó de su casa con un moso a quien quería y que luego la abandonó y....

—¿Dice usted que Teresa ha muerto?

---

53 Famoso bandido andaluz (Nota original del autor)

54 Apodo familiar del bandido José María (Nota original del autor)

—Esta naviá hase tres años.

—¿Y la joven?... ¿Qué hizo usted de la joven?—siguió preguntando don Alfonso con mal disimulada ansiedad.

—La joven, como usted dise—respondió Perniles con cierta sonrisita de mal agüero—, encontró cuanto podía desear. Nesesitaba un protector y una familia, y como era tan inosente yo la tomé por mi cuenta, y mi prima Pepa, la mejó que guisa tonono[55] en San Bernardo, se encargó de ponerla al corriente en su ofisio.

—¿Y después....?

—Es pués, amo mío, la echó mi prima a la caye porque no servia pa ná, y cuando vino a reconvenirme por too el bien que la había hecho, me queé con este relicario, que era de su mare, en pago de viajes y alimentos.

Contreras tomó con manos trémulas el relicario que Perniles presentaba, como prueba de su victoria, y casi al mismo tiempo un grito espantoso llamó la atención de todos los concurrentes hacia la infeliz mujer del pozo, que había caído desmayada en medio de las mas terribles convulsiones.

—¡Miren ustés un caso raro!—exclamó Perniles—. ¿Quién había de pensá que al cabo de tres años? Araña, toma esta peseta y dala de mi parte a esa arrastrá cuando resusite, que yo voy a toma con mis machos el camino de Seviya.

—Esta desgraciada—repuso Contreras pudiendo apenas contener su indignacion—, no necesita limosnas.

Y con amorosa solicitud empezó a prestarla toda clase de socorros.

La hoguera se había apagado. Entonces cada cual, sin cuidarse de los males ajenos, pensó en sí propio, y unos tendieron las enjalmas y aparejos de sus mulos para sentir menos la influencia del duro suelo, y otros, después de ajustar cuentas con Araña, salieron a la deshilada de la venta; de este número fue Perniles. Don Alfonso le siguió con la vista y tan luego como supuso que habría entrado en los olivares, que se extienden a de recha e izquierda del camino, hizo colocar a la desmayada joven sobre la propia cama del ventero, y dijo a éste :

—Juan, préstame tu escopeta; la mía está mojada y tengo precisión de llegar antes del amanecer a Sevilla.

Araña se tuvo por muy dichoso en poder servir a tan rico como generoso caballero, e inmediatamente le trajo su escopeta de dos cañones con abrazaderas de plata.

—Que me saquen el caballo—gritó Don Alfonso, añadiendo algunas palabras al oído de la ventera. Pocos instantes después el caballo estaba a la puerta del parador y con su jinete en la misma dirección que tomó Mal-alma.

—El diablo me lleve—dijo la ventera a su marido mientras Araña fregaba los vasos de la velada—, si el cuento de Perniles no toca muy de cerca a esa muchacha y al señor Don Alfonso. ¿No observaste, Juan, cómo chispeaban los ojos del caballero al escuchar las bufonadas de Mal-alma, y con qué interés me habló al oído? Pues me suplicaba que velase sobre la suerte de la niña, en tanto que él volvía muy pronto.

Un escopetazo cuya sorda detonación se percibió confusamente dentro de las tapias de la venta, puso fin a las observaciones de su dueña, la que sobrecogida de espanto exclamó:

---

55 Asadura de vaca (Nota original el autor)

—¡Jesús María!

Pero Juan Araña, mas acostumbrado a semejante música, dijo con socarrona ironía

—Ni la Trinidad le salva—y acabando de cerrar la venta añadió—: Ahora que se hunda el mundo.

No había concluido el propietario del Olivo gordo, la campanuda frase con que desde su fortaleza despreciaba los vaivenes y la enemistad del mundo entero, cuando sintió galopar un caballo yen seguida tres precipitados y fuertes golpes en la puerta del parador.

—¿Quién?—preguntó Juan.

—Contreras—respondió desde afuera el hidalgo con voz algo temblona.

—Sea bien venido de nuevo a esta su humilde choza—repuso el ventero, abriendo de par en par las puertas.

—¿Dónde está la infeliz?

—En mi cama, en la misma cama—se apresuró a contestar la ventera—, donde su merced hizo ponerla.

—Gracias, Benita, mil gracias; pero completa la obra ayudando a tu esposo a colocar esa desmayada niña sobre mi caballo. Bien, así está bien. Ahora Juan, toma esos doscientos pesos por tu escopeta que he perdido en el camino, y no digas que he vuelto esta noche a tu posada.

A la mañana siguiente los trajineros que habían dormido en la venta del Olivo gordo encontraran el cadáver de Mal-alma con el cráneo desbaratado, y cerca de él una escopeta de dos cañones con abrazaderas de plata.

—¡Ni la Trinidad te salva!—dijo el peor intencionado acordándose del cuento de la noche anterior, y todos se apresuraron a alejarse para evitar relaciones con la justicia.

Don Alfonso de Contreras llegó aquella misma madrugada a Sevilla, y sus parientes supieron con disgusto que el opulento caballero había encontrado una heredera en el fruto de ciertos amores antiguos, pero nunca olvidados. La pobre del Olivo gordo era su hija.

El astrólogo y la judía. Leyenda de la edad media

Eduardo González Pedroso

El Laberinto. 1847. 285-286/303-305.

I

Nebulosa y oscura fue la noche de la ignorancia que siguió a la caída del vasto imperio de Occidente, dominando por algunos siglos a las naciones europeas que empezaran a alzarse sobre sus ruinas. Siempre obligadas a presentar un aparato de belicosa resistencia contra todo audaz invasor que a la integridad de sus fronteras osase, desgarrado las más veces su seno por uno y otro intestino disturbio, el sangriento frenesí que a la lid les impulsaba, apenas les permitía otra cosa que atender a las reducidas necesidades de su agreste vida y a circundarse de parapetos y fosos, medios multiplicados de defensa que más que el arte, el instinto de la propia conservación les dictaba. Los pocos que en aquellos azarosos tiempos conservaron en Europa y especialmente en España, la suficiente presencia de ánimo para trocar, al no interrumpido son del clarín, la aguzada lanza por el humilde compás del matemático, el crisol o el telescopio, debieron la más sólida parte de su instrucción a aquellos osados y caballerescos descendientes de Ornar, cuyas tribus, difundiéndose por la península bien así como un impetuoso torrente, la conmovieron hasta sus cimientos, asentando empero durante el transcurso de algunas centurias, en Sevilla, Córdoba y Granada, el emporio del saber, la civilización y la opulencia. No era dable sin embargo que, en siglos de superstición, en siglos en que el interés y la fuerza constituían el único código reconocido, pudiese el hombre estudioso investigar libremente los maravillosos secretos de la naturaleza y de la ciencia, a más tranquilas épocas reservados. Densas tinieblas oscurecieron el horizonte de la verdad al ojo escrutador que la inquiría, y entonces fue cuando, por efecto de la más deplorable aberración, vueltas las miradas a la tierra, se tomó el fuego fatuo por resplandor del sol, se quiso hallar en el azar lo que el cálculo imponente no revelaba, y, de entre aquel caos de palabras sin imágenes, misteriosas fórmulas cabalísticas figuras, se hizo brotar una multitud de ininteligibles dogmas bautizados con el sonoro nombre de ciencias ocultas; se desatendieron los luminosos rastros del saber de Ática y Roma, a vuelta de los más absurdos devaneos que puede abortar una imaginación delirante. Se circunscribió el dominio de la geometría a los usos quirománticos; se llamó alquimia a la química, y, finalmente, la noble astronomía fue sólo el arte de fundar, en las estrellas, la más segura de las mentiras.

Ninguna de las reflexiones, caro lector, que acaban de ocuparme, me fueron hechas por el encanecido hijo del mar que, sentado junto al palo de proa de la fragata que me conducía a Puerto Rico me refirió, ahora hace dos años, en una noche de noviembre, a la luz de la luna, la conseja que voy a transmitirte. De ella creerás, como yo, lo que te plazca, condenando lo restante cual frívolo pasatiempo impropio de tu gravedad; sé benigno entre tanto y déjame esperar, que concluirá mi cuento sin que pases, de mi dominio, al más agradable de Morfeo.

Mucho antes de que el gran Colón, avanzando con la osadía del genio por la superficie de los mares, hiciese retumbar en la Española el primer cañonazo de conquista, a cuya magnífica salva se estremeció el universo de admiración y entusiasmo, y, en el tiempo en que mal contentos los árabes invasores con la encantada porción hespérica que sojuzgar consiguieran, llevaban con más tenacidad sus correrías a las lejanas provincias del Septentrión, último refugio de los monarcas godos, se alzaba no lejos de la ribera Cántabra, al lado de un arroyo que por un solitario valle entre arenosas márgenes corría, la silenciosa torrecilla, ordinario retiro en que Alvar de Tudela, libre de mundanales distracciones, se entregaba con incansable afán a la contemplación de los astros. No era el tal, por cierto, uno de aquellos melancólicos personajes envejecidos en el estudio, cuyo sentencioso lenguaje, penetrantes ojos y *luenga e bellida barba* revelasen a primera vista la espinosa profesión que escogiera. Frisando apenas en los treinta años, y dotado de una fisonomía en que Gall hubiera hallado por especiales signos tenacidad y ambición, se leía en ella únicamente la firmeza de propósito de un ferviente corazón que busca de buena fe la senda de la verdad, al paso que dos o tres ligeras arrugas que en su frente aparecían patentizaban las hondas meditaciones de que era sin duda presa, durante las largas horas que al trabajo consagraba. Prisionero en una edad harto temprana todavía, aunque no sin haber vendido cara la victoria, fue llevado como rehén a la populosa Edeta, donde un acaudalado judío obtuvo su rescate, confiando la curación de sus heridas a una hermosa cuanto sensible hija suya, diestra cual ninguna en el arte de extraer de las plantas bálsamos eficaces contra todas las dolencias del cuerpo. Mas la tierna Sara no pudo evitar, a pesar de sus cuidados, que, declarado el cáncer a consecuencia de un primer apósito mal aplicado sobre el campo de batalla, fuese preciso amputar la mano de la espada al infortunado guerrero. Muchas veces, durante los amargos días de una penosa convalecencia, procuraba el huésped divertir la melancolía de Alvar, iniciándolo en los primeros rudimentos de la astrología judiciaria. Ese estudio tan superior, según él, a los más sublimes cuanto que era el único, decía que hubiese llegado a penetrar los futuros pensamientos del Supremo Ser que colocó las estrellas en el azul pabellón de los cielos, como partículas destacadas de sí mismo, cual vivientes rastros de su paso, para que no fuese del todo imposible, a la pigmea compresión de los hombres, alcanzar su altura.

Y cuando por dedicar a sus negocios la atención que un complicado establecimiento y sus inmensas fortunas requerían, daba el docto viejo treguas a sus lecciones, entonces subía de puntillas la interesante Sara, lozana con sus quince años y la inocencia que en sus azules ojos se retrataba, a ocupar el ancho sillón de su padre junto a la cabecera del enfermo. Grandes hubieron de ser sus mutuas protestas de constancias, muchos los lazos que les tendiera amor, y refinado por demás el misterio de sus relaciones, para que (dando con esto al israelita la primera noticia de ellas) se arrestara una noche de estío la gallarda niña a fugarse de la mansión paterna, y osase el cautivo caballero a quebrantar la cárcel del honor a que vivía sujeto, no bien cicatrizadas aún sus heridas. ¿Qué más diré? Una embarcación fletada para lejanos países condujo a los fugitivos al delicioso confín en cuya capital alzaran poco antes Aaronn y al Al-Mamonn su solio circundado de laureles. Alvar, el mutilado Alvar, muerto ya para los ejércitos militares, consagró con ímpetu doble todo el fuego de su imaginación, todo el vigor de su entendimiento en aras de la ciencia, quizá más peligrosas que las de Marte. Visitó y conferenció por espacio de ocho años con los

varones más eminentes que Asia y Africa, cultas a la sazón, poseían, y, rico de sobrenaturales conocimientos y costosas máquinas de conocidos usos, se encaminó por fin al valle de su infancia, acompañado de un travieso pajecillo bagdadense, transformación que sólo a medias podía desfigurar a la judía valenciana.

Lejos del estrépito de las poblaciones, mandó construir una reducida aunque cómoda vivienda, donde compartía su tiempo entre la meditación y el amor con tan cabal medida, que era imposible decidir si costaba menos a su corazón abandonar los brazos de la hermosa para seguir nuevamente en el acto el curso de los planetas, o suspender el astrolabio en sus interminables giros al retornar al solaz amoroso. Sin embargo, según el narrador de esta verídica historia, de la que soy humilde copista, pronto empezó a turbarse la tranquilidad de Alvar. No era que otra ambición, a más de la sed de saber, le desvelase; no era que el aspecto de su truncado brazo representara a su imaginación las palmas bélicas en algún tiempo reservadas a su brío; era sí que, imprudente, siguió en su empeño de conocer los secretos del porvenir, y no se detuvo al llegar a la estrella que encerraba su propio destino. Halló un lucero cuyo variable resplandor, ya trémulo, ya vivo y fulgurante, vino a ofrecerse a su anteojo con más apagados destellos en el momento en que al finalizar un cálculo, fruto de treinta noches de cavilaciones, aplicaba a su lente la vista. Cerca de aquél y en dirección análoga, se distinguía otro tan semejante en magnitud, forma y colocación al primero que más bien que distintos objetos pudiera decirse que eran el uno del otro tan solamente reflejo o trasunto simulado por una ilusión óptica. Parecía que aquellos dos luceros se impedían mutuamente desarrollar los espléndidos tesoros que cobijaba cada cual bajo su superficie de diamante. Radiaban ambos una luz pálida y descolorida y, si en las altas horas de la noche amagaba uno de ellos dar mayor incremento a sus fuegos, pronto se veía al otro aminorar lentamente su desmayado resplandor hasta confundirse del todo en las negras concavidades del espacio. Cuando sobresaltado por estos anuncios quiso el astrólogo penetrar al fondo del arcano que contenía, vio con espanto grabado su nombre en uno de los astros y el de Sara, en el otro. Una noche en que rehaciendo sus combinaciones por centésima vez encontraba siempre por término de ellas aquella fatal solución más temible que la misma incertidumbre, sintió tocar ligeramente a su puerta. Era, en efecto, pasada la hora ordinaria de suspender sus trabajos, y él, olvidadizo por primera vez, no había acudido a distraer sus pesares al lado de la única que, con un amor siempre igual y una solicitud cada vez mayor, sabía hacérselos llevaderos.

El mentido paje penetró en la estancia; su gallarda presencia disonaba tanto en aquel misterioso lugar, que sin poder Alvar reprimir un primer movimiento de sorpresa, tendió aceleradamente su única mano a los pergaminos que cubrían la mesa y procuró ocultarlos.

—No hay que incomodarse—dijo Sara—, si tanto asusta mi venida, me retiraré. Pero creo que el señor observador de los cielos se dignará a descender por unos momentos de sus encantadas regiones para dedicarlos a nosotros, míseros habitantes del mundo sublunar, que no nos curamos de otros astros que sus ojos.

—Mal podrán ellos—contestó el de Tudela—, corresponder a tanta galantería, que si en otro tiempo los humedeció el amor, hoy la meditación los deseca. Déjame, Sara, deseo estar solo.

—Me asustáis, Alvar ¿qué pasa? ¿Tenemos algo que temer?

—Sara—repitió éste tomando afectuosamente una de sus manos y ciñendo con el otro brazo su cintura, mientras que sus trémulos labios se posaban sobre la frente de la joven—, Sara, alejémonos de aquí. Perfumados retretes, no estas sombrías paredes, deben formar el digno templo en que descuelle tu belleza. Pero—prosiguió—, tal vez el destino ha guiado esta noche tus pasos. Fuera quizá más cuerdo, haciéndote partícipe de mi secreto, declararte lo que de tu amante debes esperar, o cuántos sacrificios habrás de tributar a su sosiego. Ven, el cielo está sereno; salgamos a la pradera; oirás, compartiéndolos, mis temores y mis esperanzas; guiarás con tus consejos mi incierto pensamiento, porque me amas, ¿no es verdad?

—¡Qué pregunta!—, interrumpió la joven descendiendo la tortuosa escalera y abriendo enseguida la puerta que conducía al campo, no sin ajustar previamente a sus sienes un blanco chal que no acertaba a encubrir los profundos rizos de su negra cabellera.

Hacía una noche deliciosa. Apoyada Sara en el brazo de su amante, escuchó con la mayor atención la historia, harto conocida de ella, de sus primeras relaciones, que Alvar creyó oportuno repetirle. Su enfermedad, su fuga, los gratos momentos gozados durante su viaje, su peregrinación a Bagdad, a Samarcanda, a Alejandría, al Cairo, aquel amor siempre nuevo, aquella unión cada vez más íntima, su regreso por fin al pacífico valle donde en la soledad habían fraguado tantos y tan halagüeños planes para el porvenir: nada fue olvidado en la elocuente improvisación del astrólogo.

—Con todo—continuó—, próximo está el momento que aniquilará tanta ventura. La razón debiera habérnoslo predicho, si ya mi ciencia no me lo hubiere revelado. Dos mortales enteramente felices en un extremo de la tierra eran un imposible moral; su bienestar no podía ser duradero. Sábelo, Sara; nuestras estrellas, que se comunican su recíproco resplandor, no brillarán con entera plenitud hasta que una de ellas abandone, a su hermana, el luminoso raudal en que bebe sus rayos, cayendo cadáver en el seno de lo infinito. ¡Oh! Pero ¡cuán inmensa será aquel día la brillantez de la que sobreviva! Sí, escrito está con infalibles caracteres; y apenas puede la imaginación alcanzar, sin enloquecer, tanta grandeza.

Diciendo esto, los ojos del astrólogo divagaban extasiados por la bóveda del cielo, y una exclamación más enérgica de entusiasmo agitaba ya sus labios.

—¡Cruel!—prorrumpió la conmovida Sara, no conteniendo el llanto que a sus párpados asomaba—; toma mi vida si es necesaria a tu gloria. ¡Ah!, ojalá que ella te dé cuanto conmigo te falta.

Habiéndose alongado los dos amantes, hablando de esta manera hasta una enmarañada selva, que se dilataba por una grande extensión de terreno entre dos hileras de enanas colinas que la circundaban, ofreciendo en sus vertientes fácil asidero de frondosas hayas y robustas encinas, aquel espeso ramaje, entrelazado en mil caprichosas vueltas, cubría sus cabezas con un penetrable dosel y prestaba seguro abrigo a las aves que en ellas anidaban. Varios árboles tronchados por las tempestades habían formado en su centro una placetuela donde se detuvieron Alvar y su compañera. Iban a sentarse sobre la verde alfombra que plateaba tibiamente un perdido rayo de luna, cuando, volviendo los ojos a la siniestra mano, advirtieron una concavidad mal escondida entre los árboles de la que salía un débil resplandor amarillento. Era la boca de una cueva.

—¿Quieres que bajemos?—preguntó Alvar.

No era difícil la entrada. Por medio de una pendiente suave y poco prolongada se llegaba directamente a una pequeña pieza, en cuyo techo otra abertura mayor que la primera daba franco paso a los rayos del nocturno disco que, a la sazón, se ostentaba con toda su hermosura en la mitad de los cielos.

Una vez allí, Sara, sin despegar los labios, se reclinó sobre un peñasco.

—En verdad, amiga mía—exclamó Alvar—, que eres injusta conmigo. ¿De qué me sirvió desahogar en tu seno mis pesares? Sólo he logrado agravarlos. ¡Pluguiese al cielo que no fuesen inmutables sus eternas leyes! ¡Pluguiese al menos que, recibiendo en mi cabeza el golpe fatal, derramase al morir en tus venas nuevos gérmenes de vida, puesto que la mía sólo ha de ser una sombra sin objeto, privado de ti que formas la mitad de mi existencia!

—Y de la hiedra que en la selva nace, ¿que sería, Alvar mío, sin el olmo protector que la sostiene en sus brazos? Mas ya que los decretos de la suerte son, según me dices, irrevocables, no los anticipemos siquiera, y abandonemos esta triste plática. ¡Oh! Si fuese dable hacer al ser que amamos árbitro de nuestra suerte, no me vencerías en generosidad, te lo aseguro.

—Lo es—dijo una voz que parecía salir del pavimento.

Y, en el mismo instante, una figura pálida, envuelta en una especie de manto que le cubría de pies a cabeza, se presentó en la caverna.

—¿Quién eres?—gritó Alvar, dirigiendo la mutilada muñeca al costado izquierdo por un ademán involuntario.

El embozado se descubrió y dejó ver un pecho velludo y acardanelado, y unas piernas de sátiro terminadas por grandes pezuñas.

—¡Satanás!... ¡Afuera! Nadie te ha llamado aquí.

—Para ser un sabio—dijo el diablo sonriéndose—, alcanzas muy poco. ¿Un deseo que yo sólo puedo satisfacer no equivale a un conjuro?

Y, volviéndose a Sara:

—Este rizo—añadió—, poniendo sus negros dedos sobre la sien de la doncella, ha adquirido con mi tacto la virtud que deseas. El que lo posea dispondrá de tu existencia en cualquier ocasión, a cualquier distancia, a todas horas. Ve, si te conviene; pues por mi parte, sin retribución, te lo cedo.

—Y ¿sin condiciones?—, exclamó Sara.

—Sin condición ninguna. Quedará cumplido el encanto cuando su dueño, si está en tierra, lo arroje al viento; cuando lo sumerja en la mar, si navegare.

—Alvar—dijo la joven recibiendo de manos del maligno espíritu el bucle que éste acababa de cortar y tendiéndolo a su amante—, Alvar, amado mío, ¿me rehusarás la única merced con que puedo recobrar la tranquilidad y el contento? Toma. No te pido que lo uses, si no te agrada, pero recíbelo al menos y dame esta prueba de afecto.

—¿Será verdad?—dijo Alvar al diablo—. ¿Me dará este rizo la facultad para dirigir, sobre la cabeza a la que pertenece, todo desmán que la mía amagare?

—Por el puntapié que me dio Uriel al enviarme a mi imperio, así es la verdad pura.

—¿Hasta la muerte?

—Incluso la muerte.

—Enhorabuena—dijo entonces el amante de Sara—; acepto tu don, pero exijo de ti igual deferencia. Digno es de nosotros este trueque. Vivir el uno con el otro tan íntimamente enlazados que una deba ser la voluntad, siendo dos las personas; una idéntica la existencia, siendo dobles las almas... Descansar en brazos de esa noble e ilimitada confianza que adherirá nuestros pensamientos, nuestras acciones, todo nuestro ser a un centro común a que continuamente tenderemos... Sólo nosotros, Sara, somos capaces de concebirlo y fuertes para ejecutarlo. Esa amorosa abnegación de que me has dado ejemplo, marcará, te lo aseguro, la página más bella de nuestra vida.

La doncella no osó rechazar el encantado mechón que Satanás había cortado a Alvar y que éste le presentaba.

—Ahora prometemos, en nombre de Dios...

A tan tremenda palabra, desapareció el diablo sin despedirse.

El astrólogo y la judía salieron poco después de la cueva.

II

¡Quién creyera que tanto juramento de amor, tan acendrada fe, una constancia tan sostenida por espacio de ocho interminables años, hubiese de flaquear precisamente desde el momento en que un irrevocable vínculo parecía haber unido para toda la eternidad a los dos héroes de mi cuento! ¡Quién pensara que naufragase en el mar de la bonanza la flotante barquilla, salvada de tan deshechas tempestades y que finara al cabo aquel hálito vivificante, a cuyo soplo respondieron antes unísonos sus corazones, sustituyéndole la fría saciedad, y luego el hastío, y la aversión por último! Sin embargo, todo pasa por este mundo; y este axioma por desgracia o fortuna nuestra, tan verdadero, ha sido formulado por un filósofo, repetido por cientos, y será comprobado hasta el fin de los siglos. ¡Todo pasa! No hay nación que no lo reconozca, no hay idioma que no lo exprese. Esta frase que tanto nos aterra debiera ser no obstante nuestro único consuelo.

No tardó Sara en advertir que su amante, lejos de abandonar sus ideas de ambición y las fútiles investigaciones en que había consumido los mejores años de su vida, se aferraba con más ahínco a ellas; aquel hombre, que en un momento de fervor depositara en flacas manos el hilo de su existencia, consideraba desde entonces casi inevitable la perspectiva que, al aparecérsele por primera vez, tanto le había sobrecogido. Ella, por su parte, ¿no tenía razón para temblar? ¿No era posible que aquél para quien el amor a la ciencia lo era todo sacrificase con una palabra ese otro amor, si por fatal desgracia llegaba una vez a obstruirle el paso?

Y véase cómo la apasionada escena de la que el antro del Diablo fue testigo, vino a ser para entrambos la más acerba memoria, memoria que poco a poco corroía en sus corazones toda noble semilla, todo generoso sentimiento, sin ser, empero, osados a confesárselo.

—Al menos antes de aquella negra noche—se decía cada uno—, Dios o el destino solos hubieran decidido nuestra suerte.

—Y ¿quién sabe—añadía ella—, lo que me estaba reservado? ¿Quién sabe si, recuperando el viejo Eleazar a su hija, hubiera sido para ambos el brillo de esa estrella que a tanto debe llegar, si no se me ha engañado?... Una corte..., un trono...

—Y, ¿quién sabe—continuaba él—, hasta dónde, en alas de mi genio, se elevará esta gigante imaginación cuya hoguera me abrasa, a no poder anonadarla a deshora, en brazo ajeno armado por mí mismo? Ciencia, que en mis vigilias busqué; gloria, a la que idólatra aspiro: ¿os estaba predestinado y deberé perderos?

Víctima así cada cual de tan continua e interna lucha, pasaban sus días en un silencioso malestar que, en vano, querían ahogar en su seno; y era el mayor de sus tormentos haber de ocultárselo mutuamente, que para sostener, cual a ambos convenía, aquella unión que diariamente se relajaba, debió la hipocresía venir en auxilio del interés; así sucede por lo regular en el mundo.

Evitando el uno y el otro interrumpirse en sus melancólicos pensamientos, huían las ocasiones de hallarse juntos; y, por un convenio tácito, ni se hacían reconvenciones, ni echaban de menos los antiguos tormentos santificados por el amor, que prometían haber sido inextinguibles, eternos. Mientras Sara derramaba amargas lágrimas en su aposento, se internaba Alvar en la vecina selva donde pasaba uno y aún más días seguidos sin regresar a la habitación, abstraído sin duda por importantes quehaceres.

—Yo le pagaré tamaño olvido con igual moneda—dijo la desconsolada doncella al despertar una mañana, advirtiendo que rayaba la tercera aurora desde que su amante abandonara el hogar para una de aquellas ordinarias excursiones—. Yo también me marcharé como él, sin despedirme.

Estaba resuelta. No tardó en hacer un lío con los más precisos efectos de su uso y en vestirse su acostumbrado traje. El pajecillo estaba más gracioso que nunca. ¿Adónde iba? No lo sabía.

—Que el benigno Sol que preside el nacimiento de la rosa de Alejandría, alumbre vuestros pasos, hermoso pimpollo—dijo un hombre de aventajada estatura y atezado color, interponiéndose en el umbral que ya iba a salvar la fugitiva—. Loado sea el que aquí me ha dirigido. No podía llegar a mejor tiempo.

—¿Quiénes sois?

—Soy un pobre esclavo nubio transportado, a cambio de un poco de oro, a estas montañas del Norte en que suple el hombre con una vestidura de hierro el vigor que falta a su piel blanca para resistir el rayo del sol del día y el brazo de su contrario. Nada tengo, pero mi vista alcanza el porvenir salvando tiempos y distancias; leo el destino de los humanos y me río de su miseria. Vuestro padre...

—¡Mi padre!—, interrumpió Sara.

—¿Pues no os he dicho que para mí no hay arcanos en cuanto se agita sobre la faz de la tierra? Vuestro padre Eleazar me envía a buscaros desde la orilla encantada que ahora habita, al otro lado del Estrecho de Hércules. En la vecina costa os espera, si consentís en acompañarme, la más rápida carabela que haya surcado jamás la espalda del turbulento mar a que Atlante dio su nombre. Cuando despliega sus triangulares alas, aventaja a la golondrina que, en pos de él, se dirige a la zona del fuego al levantarse las brisas invernales.

—¿Deberé abandonarlo?... Y, ¿para siempre?—, murmuró la joven.

—El empeño que con él os une, sólo podrá terminar de ese modo. Pasaréis a sus ojos por muerta. Vuestros cabellos serán para él no más que una preciosa reliquia que conservará con cuidado. Entre tanto, vos guardaréis el que de él hubisteis, y aun lo usaréis

si algún día os pareciese conveniente. Venid, pues, venid; vuestro padre se muere. Recibamos su último suspiro; y puedan las diademas de brillantes, las sartas carolinas y las ajorcas de perlas que en sus arcas se guardan, no embellecer jamás la frente, los brazos y el cuello de una advenediza después de su muerte.

—Marchemos.

Y desaparecieron.

¿Qué hacía entre tanto Alvar? Después del día más pasmado, en su oculto retiro, encontró, al retorno, franca de par en par la puerta de su morada. No creyó muerta a su amante porque no había el menor indicio que indujese a esta sospecha; y muy desmemoriado o muy ladino debió ser el esclavo para descuidar tan interesante precaución, siendo verdad que tuviese todo el poder que se atribuía. Pero la pesadumbre del astrólogo, dado que alguna sintiera, se disipó poco a poco, y refluyó en beneficio de su pasión dominante a la que, desde aquel punto, se dirigieron todos sus pensamientos. Turbaba, sin embargo, sus más hondas cavilaciones, la memoria del poder con que locamente había amado a Sara, que, en un momento de despecho, tarde o temprano, no dejaría de recurrir a él y herir su frente, antes de que ella fructificase el lauro inmarcesible de la gloria. Algunas veces, cruzando por su mente una siniestra idea, llevaba su trémula mano a la cajita de oloroso enebro que contenía los cabellos de la judía, y se aprestaba a soplar sobre aquel liviano depósito. Mas tan frío asesinato le horrorizaba. Repelía iracundo la peligrosa tentación y se alejaba a grandes pasos, calenturiento y descolorido. Pasado así algún tiempo, pareció que un rayo de esperanza lo animaba. En uno de los ilusorios desvaríos de su imaginación, había osado concebir el plan más vasto, la más gigantesca idea que engendró nunca cabeza humana. Las profundas abstracciones, aquellas dilatadas ausencias tan sensibles a su amante, no tenían otro motivo; porque tan exaltado como demente, pretendía topar con un misterio, ante el cual fuera mezquino el de la confección del oro; quería hallar el licor de la inmortalidad. Este halagüeño devaneo, a que se había aferrado como a una última áncora de salvación, parecía posible a sus ojos. Con él desafiaría los tiros de la suerte, destruiría el efecto de una palabra, muy de ligero pronunciada, por la que alienara su existencia; su nombre, aún más que su terreno ser, se eternizaría en la memoria de los hombres. Y, por espacio de tres días, todos sus cómputos, amalgamas y copelaciones correspondían exactamente a sus deseos.

He aquí la razón porque, dos meses después de la fuga de Sara, al encaminarse con veloz paso a la retirada selva, se retrataba en su ademán con más fuerza la violenta sensación que le dominaba. Se proponía aquella noche llevar a cumplido fin sus investigaciones, perseguir el destino hasta forzarlo en sus últimas trincheras y arrancarle el fecundo secreto cuyo velo creía ya tener asido. Grande, inmenso iba a ser su júbilo, o amarga hasta la muerte su decepción. Así, al entrar en el solitario centro, sintió latir precipitadamente su corazón, y la tea de pino vaciló en su mano.

—¡Qué calor!—dijo pasando un lenzuelo por su húmeda frente; y, observando las brillantes y rápidas exhalaciones que se sucedían en la atmósfera con breves intervalos, añadió—: la noche me es propicia, acabemos.

Colocó en un hueco practicado en la pared la antorcha que le alumbraba, y desembarazándose de su molesto ropaje, dio principio a sus trabajos.

Mucho había variado el interior de la gruta desde que el diablo (que le daba nombre) se apareciera, en ella, a Alvar de Tudela y a su presunto paje. Las paredes, desiertas en aquel tiempo, estaban ahora adornadas de largas repisas en que se veían, en profusión, retortas, sifones, fragmentos de minerales, huesos calcinados, vasijas de todos los tamaños con bálsamos, espíritu y esencias, e infinidad de objetos de física, química y zoología. En un extremo había un alambique; al otro, ardían en dos hornillos varios crisoles. Una mesa, colocada cerca del muro, contenía un cúmulo de pergaminos borrajeados con caracteres extraños y un antiguo libro. Se divisaban también sobre ella un nivel, un compás y la fatídica cajita de enebro que acompañaba al astrólogo en todas sus operaciones.

Pasaron en esto dos horas; los relámpagos cada vez más frecuentes, comenzaron a menudear sin interrupción, penetrando por la claraboya de la cueva junto con una impetuosa y abundante lluvia que hizo levantarse de su sitial al absorto meditador y refugiarse en uno de los rincones del aposento. Se oía el silbido del viento entre los árboles y el aleteo de las aves nocturnas turbadas en lo más pro—fundo de su reposo.

—Próxima está a su término la fusión que ha de coronar mis esfuerzos o arrancarme mi última esperanza—murmuró sin parar mientes en el desorden de los elementos que, convulsivos, se agitaban sobre su cabeza—. Sí, en el momento en que el espíritu se mezcle con el metal derretido formando un nuevo líquido puro y homogéneo, sabré si he acertado en mis cálculos o si soy tan sólo juguete de un falaz e imponente ensueño. ¡Hervid! ¡Arded! Hervid hasta que, evaporada la última molécula impura, me ofrezca vuestro reservatorio, limpia y preciosa la elemental sustancia que apetezco, ¡arded!

Se detuvo. Un ígneo resplandor, vivísimo y ondulante corno una serpiente que desenrolla sus mil anillos, deslumbró su vista. Le siguió, o más bien le acompañó una fuerte detonación. El Astrólogo había caído como desvanecido por un vértigo. A dos varas de él, y precisamente debajo de la abertura que comunicaba su luz a la caverna, se distinguía un ancho hoyo en el pavimento del que emanaba un insoportable hedor a azufre. El agua caía a torrentes inundando con sus raudales aquel estrecho recinto que pronto no fue bastante para absorberla, y empezó a encenagarse, y luego a formar una laguna en su centro cada vez más profunda y más extensa hasta llegar a cubrir de extremo a extremo el suelo de la gruta. Bramaba el viento impeliendo adelante las apiñadas nubes que se sustituían unas a otras con creciente violencia, avanzando hacia el horizonte. Menguó no obstante su furor insensiblemente. El cielo se encapotó de pálidos vapores salpicados de manchas negras, y Eolo triunfante se derramó por la llanura con su irritado séquito, como un torrente desbordado.

Entonces el huracán se ostentó en su mayor fuerza. Se acercaba con el estrépito de un escuadrón lanzado a escape hacia la espesura que ocultaba el Antro del Diablo. Su nocturno habitador, vuelto en sí con la frialdad del agua que bañaba sus pies, se dirigía, agitado por un nervioso temblor, a buscar la boca que facilitaba la salida. Un fragor horrible estalla. Se estremece la selva en sus raíces; elevados pinos, corpulentas hayas, encinas seculares; todo cruje, cae, o es arrastrado por la tormenta que, al pasar, ciega, con troncos y hoja—rasca, el estrecho callejón, único medio de salvación de Alvar. Desfallecido, retrocede al asilo que deja a sus espaldas. Mas... ¡oh prodigio! El agua, a pesar de no proseguir la lluvia, crecía y crecía sin cesar desmoronando las paredes del aposento. Ya anegados los hornillos, flotaba, desparramado o disuelto entre sus ondas, el fruto de tantas ta-

reas. Un vahído trastorna su cabeza; sube el agua, moja su cintura, su pecho, su cuello... Apoya sobre la mesa la vacilante mano; palpa la caja, la abre, sopla y...

Era la media noche.

Si no es todavía enojoso al lector seguir el hilo de este desaliñado cuento, tómese la molestia de acompañarme a bordo de la Niebla, velera embarcación de dos palos, en cuya cámara encontrará a Sara, más desolada que nunca, y al azabachado esclavo que la indujera a embarcarse.

—¿Dónde estamos, Rustán?—decía aquélla enjugándose los ojos con un cabo de su almaizar de gasa—. Cincuenta soles hace que vimos la tierra por última vez. ¿Será tal mi ventura que, algún día, la huelle nuevamente?

—¿Quién sabe?

—¡Ah! Si el velo de lo futuro es transparente para ti, decláramelo por tu vida.

—¿Me lo aseguras?

—¡Pse! Todo pudiera ser—repuso el hijo de la Nubia dando a su gesto una indescriptible expresión que en su desconsuelo se escapó a la doncella—. Por lo demás tenéis razón; cincuenta soles van ya transcurridos desde que abandonamos las costas españolas, pero hace más de treinta que este maldito nordeste, cortándonos primero la entrada del Mediterráneo, nos empuja mar adentro, sin saber dónde en la actualidad nos hallamos. Como quiera, yo presumo que jamás ha resonado en estos lugares otro rumor que el mugido de las olas, ni su virgen seno ha sido surcado más que por los monstruosos peces que a cada paso vemos en nuestro camino.

—Es verdad, sí. Repara cuán furiosos siguen la estela que deja tras de sí el buque, cual si pretendieran anonadado por ser osado a turbar su reposo. Pero ¿durará esto mucho, Rustán? Dímelo por piedad.

—Aún tenemos provisiones para tres días,—contestó el negro eludiendo la pregunta—. Ya sabéis que poseo el medio de depurar el agua del mar hasta hacerla potable. Por otro lado, el piloto asegura haber observado señales que indican la proximidad de la tierra. Esperemos, pues...

—Antes me matará mil veces la pesadumbre. Mira, amigo; yo he pensado... Acaso será una mala acción, pero...

—¿Qué, señora?

—Fue Alvar tan ingrato conmigo...

Y, diciendo así, sacaba de su seno el mechón encantado envuelto en un pedazo de seda.

Rustán se puso en pie; aplicó el oído a la parte de donde venía el viento y, volviéndose repentinamente, detuvo su mano exclamando:

—Todavía no.

—¿Qué dices?

—Que... Pero, ¿qué estrépito es ese?

Silbando como una bomba que se eleva rebotando del bronce que la despide, había sonado arriba una fuerte ráfaga, a cuyo sacudimiento se estremeció todo el buque. Los marineros alzaban agudos alaridos, y corrían en todas direcciones. Al arrojarse los dos interlocutores a la derecha de la escalera, dieron con un hombre que bajaba a toda prisa.

—¿Qué hay?—, preguntó Rustán.

—El Piloto, señor...

—Acaba.

—Estaba sobre el castillo, y un vaivén lo ha arrojado al agua.

—¡Salvadlo!—exclamó la enajenada joven.

Imposible. Ya los tiburones se disputaban sus palpitantes restos. Entre tanto arreciaba el hervor de las olas. Saltaba a copos la espuma de sus erizados lomos, y el viento sacudía los mástiles cual si fueran quebradizas cañas.

—¡Orza!—gritó Rustán, abalanzándose al delicado mancebo que manejaba el timón—. ¡Voto al... ¡está mareado! Quitad de aquí a este alfeñique, muchachos; ¡probemos si mi brazo es algo más vigoroso! ¡Bien! Y, vosotros, a la maniobra.

La noche fue terrible: ni un solo hombre bajó a tomar descanso, ni la infeliz Sara pudo pegar los ojos. ¿Pero cuáles serían en tanto los pensamientos de su atezado escudero? Se asegura que hubo momentos en que abandonando su puesto se hundía por alguna trampa desconocida a lo profundo del buque, y aparecía nuevamente al cabo de pocos minutos, animando sus encendidos labios una ambigua sonrisa. Lo cierto es que, a las tres de al mañana, las tristes voces de «el gobernalle ha saltado, el barco hace aguas», vinieron a aumentar la confusión de la escena. Toda la tripulación se precipitó a la bomba; afortunadamente este último recurso era aún suficiente para dilatar cuando menos su próxima ruina; pero era necesario no perder ni un instante, y el bajel, entre tanto, sin timón que le guiase como un caballo sin freno, seguía desalentado todas las oscilaciones del viento, de aquel viento que raudo, mugiente, incansable, iba con furia cada vez mayor a sus alcances.

¿A qué prolongar esta lúgubre pintura? Pasaron los más inminentes momentos de peligro; cedió, sí, la tempestad, pero, ¿qué medios de salvarse?, ¿cómo encontrar un camino? Transcurrieron algunos días. ¡Vanas dilaciones de una inevitable muerte! Los bastimentos, distribuidos con la más rígida estrechez, no pudieron alcanzar más que a la séptima aurora. Pálida, febril, desfallecida, iba Sara por segunda vez a hacer uso de su sobrenatural recurso, después de cuarenta y ocho horas de una absoluta abstinencia; pero Rustán, que nuevamente volviera el oído a la parte de barlovento, después de unos instantes de una profunda atención, movió la cabeza con disgusto.

—¡Rustán!

—Tranquilizaos; no pereceréis de hambre. Acabo de descubrir cerca de este aposento varios barriles de víveres olvidados en la confusión que, ha días, reina a bordo. Corro a participar a la tripulación esta fausta noticia.

—Eso no me basta ya—gritó Sara, asiendo su brazo—. ¡Necia fuera en verdad, cuando tengo la salvación en mi mano, en perder momentos preciosos a trueque de vagas esperanzas con las que, en suma, sólo prolongaré mi vida por breves días!

—Y, ¿seríais capaz?

—De todo, si bajo juramento no me prometes, según tu ciencia, que volveré a pisar tierra.

—¡Eh!... ¡Eh!...—murmuró el negro sonriéndose—. Yo os reservaba para más adelante este feliz anuncio; pero, ya que lo exigís, os aseguro por el punt... bajo mi palabra, que volveréis a pisar tierra.

Cayó de manos de Sara, en medio de su alborozo, el don del olvidado Astrólogo.

—Reservadlo—añadió Rustán recogiéndolo—, tal vez lo necesitemos más adelante.

En fin, rayó el día en que cumplían dos meses desde la separación de entrambos amantes; trazó el sol su diurna carrera hundiéndose en las aguas en medio de otro piélago de fuego, y tras él se levantó la noche fría y silenciosa. Iba el siniestro esclavo en pie, a un lado de la popa, fija la atención en el horizonte, del que no apartaba los ojos; la bella Judía iba inmediata a él entregada a los más dolorosos pensamientos. La niebla, ora girando sobre sí misma como una peonza, ora agitada en tardíos vaivenes a merced del viento, elevaba inútilmente sus descarnados mástiles. Poco a poco, fue encapotándose el tiempo; caían algunas gruesas gotas; la luna velaba entre vapores su disco amarillento.

No agitaban empero a Sara sus antiguos recelos, desde que arrancaba a su compañero la palabra de salvación; y tanta más fe ponía en su promesa cuanto que todo en él respiraba seguridad y confianza. Sus ojos, en aquel momento especialmente, manifestaban tanta satisfacción, y era tan singular la expresión de júbilo que los encendía, que no pudo menos de preguntarle con una viva emoción:

—¿Está por ventura próximo el instante de cumplirse nuestros deseos?

—¡Ya se acerca! ¡Ya se acerca!—respondió aquel ser extraordinario paseándose agitadamente por los mal seguros tablones—. Mañana no tendréis que desear nada.

¡Y decía verdad! ¡Y la torpe, arrebatada de alegría, no quería creerle!

Si ya has adivinado, lector, que Rustán era el diablo en persona, pasemos a lo poco que me resta.

Cerca de la media noche, tropezó el trabajado buque en bajío. Qué se hizo de la tripulación, lo ignoro. Tal vez, lanzándose al frágil esquife, lucharían aún algunas horas contra su destino. Sara se quedó allí abandonada, sin otro auxilio que el suyo propio y... ¡La compañía del demonio! ¡Oh!, sería un terrible espectáculo verla forcejear con el maligno ser, mientras se hundía bajo sus pies el suelo que pisaban, para acudir a arrojar al mar el don de Alvar que aún podía salvarla. No, no hay palabras con que pintar aquella lucha de media hora, durante la cual sentía sobre su rostro el hálito abrasado del infierno; atarazaban sus brazos las uñas del reprobó espíritu, la ensordecía su voz y la fascinaba su mirada de fuego. Pero, cuando ya sucumbía desfallecida, se sintió libre y oyó decir: «Ahora, maldita».

Cayó al agua el encantado cabello.

Entonces se cuenta que, alzándose Satanás sobre los aires en cuatro negras alas, apostrofó así a la hermosa:

—Queda anulada mi promesa. En esta hora en que sacrificas a tu amante, hace él lo mismo contigo. Seguid, pues, vuestra estrella que ni un pacto conmigo puede contrariar. Para exterminarlo, he convertido la selva en laguna. Por cumplirte mi palabra, haré que termines tu vida pisando tierra.

No sé cómo fue, pero, en vez de seguir zozobrando el buque, tomó consistencia, se petrificó, y, por algún tiempo, resonaron aún sobre la calva peña los gemidos de la infeliz judía, cual otra Ariadna abandonada.

—Esa historia, además de inmoral, es inverosímil—dije a mi narrador no bien acabó su larga relación—; porque ¿qué se ha hecho de la laguna y el peñasco, sin los cuales quedaría reducida a la nada?

—Aún existen. La laguna junto a un pueblo que no me dejaría mentir, si me acordara de su nombre, en las Asturias de Santillana. Por cierto, que tiene sus flujos y reflujos, y el agua es salada como la del mar. En cuanto al peñasco...

—Adelante.

—Allí lo tiene usted todavía.

En efecto, me señalaba un negro peñón a bastante distancia, en cuya forma, a pesar de la oscuridad del crepúsculo, creí percibir cierta semejanza con los contornos de un buque. Pregunté, y me dijeron que era conocido vulgarmente con el nombre del Bergantín.

No tardé en perderlo de vista.

La cabellera de la reina

Gabino Tejado

Semanario Pintoresco Español. 1847. 50-52/357-60/366-68/371-74

Erase que se era un hidalgo portugués, de erguido cuello y marcial apostura, más joven que viejo, pues apenas frisaba en los treinta y cinco veranos, y ya tan ducho y famoso por sus caballerescas empresas que ni en la caza ni en la guerra le aventajaba ningún otro, ya se tratara de acosar al jabalí con peligroso denuedo, ya de hendir por el medio a un descomunal gigante en los trances de batalla. Llamábase este caballero Alonso Carvalho Rousinho de Moya y Castelonova y era entre otras cosas, cristiano viejo, tan dado a las devociones y tan lleno de santo temor de Dios, que más que un hombre, parecía a veces ser un ermitaño penitente o un abad de San Bernardo.

Nadie en la corte del Rey de Portugal le había visto pulsar un laúd, ni rondar una ventana, ni jamás en ningún torneo ni nunca había roto lanzas por ninguna de las ricas y hermosas hidalgas, que se disputaban el blasón de ocupar sus pensamientos. No fallaba quien decía de él que había hecho voto solemne de no requerir de amores a hembra ninguna, hasta que hubiese vencido en duelo singular a cien caballeros de la prez de Castilla, y fundado un convento con los trofeos de aquellas cien victorias.

Lo que nadie acertaba a explicar por más que en ello discurría, era el constante y respetuoso afecto que el bueno y cristiano caballero tributaba a un judío, que le había servido desde su niñez, y le había seguido a todas partes como la sombra al cuerpo. Decíase que este judío a quien llamaban Isaac el viejo, por haberle conocido siempre con más arrugas y canas que un patriarca de la ley antigua, era muy dado a la judiciaria. En este dato no bien probado fundaban muchos la privanza que gozaba con Don Alonso, al quien parece no le era tampoco extraña aquella profunda ciencia según las frecuentes ocasiones que en medio de los campamentos y en los acechos nocturnos de jabalíes se le había visto arrobado siguiendo el curso de las estrellas y manoteando a guisa de quien echa compases para medir la distancia reciproca de los astros.

Repentinamente habían desaparecido de la corte de Portugal el judío y el caballero, sin que nadie pudiese dar razón del rumbo que hubiesen tomado, si era que de la corte habían salido, o del rincón en que se ocultaran, si por causas que ellos allá se sabrían, estaban ocultos dentro de la corte. Completamente, pues, seria ignorado el paradero de nuestros personajes, si el autor de esta verdadera crónica no los hubiera visto una mañana temprano emprender juntos, a pie, y disfrazados el camino de Castilla; atravesar la frontera al cabo de una semana de anidar viajando por apartadas veredas y desusados caminos, hasta entrar por fin al anochecer de un limpio día de otoño en la insigne ciudad de Segovia.

¿Qué buscaban en esta ciudad el portugués y el judío? ¿Por qué la noche que pusieron la planta en suelo castellano negaron todo reposo a sus fatigados cuerpos, y en vez de entregarse al sueno, se pasaron casi toda la noche en medio de un encinar, mirando al firmamento, trazando círculos en una pizarra, comparandolos con los que llevaban ya trazados en otra, dándose palmadas en la frente, y recorriendo con la memoria diferentes fechas, diferentes lugares y diferentes nombres? ¿Que tenia que ver con esta nocturna y si-

lenciosa maniobra la Reina Doña Juana y su recién desposado consorte el Rey Don Enrique el IV de Castilla, para que sus nombres fueran tan frecuentemente repetidos como lo eran por nuestros astrólogos viajeros?

Todo esto serla también un misterio, si el verídico cronista no hubiera apuntado en sus pergaminos los principales trozos del diálogo de aquellos personajes.

—En fin, Isaac—preguntó el caballero al judío, mientras éste continuaba embebido en sus astrológicas combinaciones. ¿Corresponde mi horóscopo de ahora al que tu ciencia y cariño me sacaron junto a mi cuna?

—Es verdad—respondió el judío con grave acento y sibilinos ademanes—; acababais de nacer, cuando por cima de la estancia en que se habla colocado vuestra cuna, vi atravesar aquel cometa con una crin, que surcó casi todo el firmamento y se ensortijaba en medio de su rápida carrera corno la cola de una serpiente. El Sol estaba en el signo de Leo y durante la semana anterior a vuestro nacimiento aparecía Venus rodeado con una corona de fuego, que esparcía una luz amarillenta como el azufre, mientras que el disco aparente de Marte parecía haberse ensanchado hasta presentar a la vista el diámetro de una rodela cubierta de sangre. Vuestra madre próxima a expirar, porque murió en efecto tres horas después de haberos dado a luz, me preguntó con ansia vuestro horóscopo.

—Y tú la respondiste: «Feliz con Marte, desdichado con Venus.»

—Eso en efecto respondí; pero aun no lo dije todo, porque vuestro horóscopo indicaba además que vuestras desdichas en amores nacerían de poner demasiado altos vuestros pensamientos.

—Y el horóscopo se ha cumplido—replicó el buen hidalgo, arrancando de sus entrañas un suspiro que el mismo Amadís de Gaula habría puesto en el innumerable catálogo de los suyos.

—Maldita de Israel sea la hora—prosiguió el judío—, en que por haceros honra y merced consintió en danzar con vos la que entonces era nuestra infanta, y hoy es reina de este suelo, que pisamos.

—No, Isaac, no maldigas un momento, que ha sido el único feliz de mi vida... ¿Te acuerdas?... Tú también estabas allí.

—Los servicios que mi ciencia había prestado a Doña Juana en su larga enfermedad, me abrieron las puertas del palacio.

—Es verdad, y confiesa que las vivas pinturas que me hacías de tu hermosa enferma fueron gran parte a aumentar la llama de mis locos deseos. Sabes con cuanta fortaleza pude ocultar mi insana afición aun a ti mismo. Tú sabes que no fui yo, sino ella, la que en aquel sarao de palacio alentó con mal disimuladas frases de amor mi cobardía, y me dio atrevimiento para suplicarla que se dignase danzar conmigo.

—Todo eso estaba muy bien; pero decidme ahora, señor D. Alonso, si fue prudente aquel arrebato con que después de acabada la danza, hincasteis la rodilla en tierra para jurarla no tornar a danzar con dama alguna; con todas las demás palabras que entonces proferisteis y todos los demás extremos con que no parecía sino que os queríais dar a reconocer públicamente por adorador de la infanta. Menester fue toda la opinión de desamorado que en la corte gozáis, para que aquellos extremos no se tuviesen en vos por algo más que galantería. Así como sabe Dios lo que será menester para que al echarnos de menos en la corte, no se nos persiga y llegue en fin a saberse que vos habéis venido como

un loco a Castilla, y yo que más loco aún que vos os acompaño para ver a la hija de vuestro rey, casada con rey, que aunque no es vuestro, pudiera obrar con vos como si lo fuese.

—Pluguiese a Dios que yo pudiera hablarla un instante, y aunque me costase la vida.

—Bueno y justo fuera ese arrojo y denuedo dignos de vuestro valor, si tuvierais algún importante asunto que tratar con ella.

—Calla, Isaac, calla, que tú no sabes cuan grave empeño de honor y de conciencia me fuerza a buscarla y departir con ella algunos instantes, como te he dicho, pues no necesito mas tampoco para desempeñarme como cumple a un cristiano caballero.

—¡Pues qué!—repuso el judío con sorpresa y marcado acento de reconvención—. Según lo que acabáis de decirme, me guardabais algún secreto...

—Te lo guardaba, y acaso he hecho mal en ello.

—Explicaos, pues, señor D. Alonso.

—No habrás olvidado que durante la enfermedad de que salvaste a la infanta, mandaste que la cortasen el cabello para aplicarla mejor en la cabeza algunos remedios contra el delirio que padecía.

—Me acuerdo muy bien. Proseguid.

—Tampoco habrás olvidado que la infanta, burlando todos los temores de cuantos la rodeaban, consintió desde luego en mutilarse, con tal de que después de cortada se acomodase su cabellera con el arte y primor necesarios para que pudiera adornarse con ella, mientras volviese a crecerla el cabello.

—También eso es verdad. Por cierto que el barbero del Rey, maese Durán, se ofreció a pulir y rizar la cortada cabellera en la forma y para el caso que la infanta quería

—Así fue que en efecto el tal maese recibió de manos de la propia infanta la cabellera, diciendo al tomarla lo que era la verdad: que en todas las damas de la corte había un manojo semejante de negros, sedosos y suavísimos cabellos. Ufano, pues, con su tesoro salía de palacio el buen maese Durán, sin pasarle por las mientes que yo estuviera, como estaba, esperándole junto a la puerta de su casa, embozado hasta las cejas en mi gabán, y en todo disfrazado de modo que no pudiera ser conocido.

—¿Y cual era vuestro intento?

—Ten paciencia, y escúchame. Mil veces me habías tú dicho, y yo te lo había creído, y aún lo creo, que según aparecía en mi horóscopo, y a juzgar por el cometa, que alumbró la hora de mi nacimiento, debían los cabellos de una hermosa ser ocasión de mi buena o de mi mala fortuna.

—Es verdad que así os lo he dicho. Continuad.

—Pues bien, yo queriendo por una parte contrastar la influencia de mi signo, y deseoso por otra de poseer alguna prenda de la tirana de mi voluntad, resolvíme a solicitar de maese Durán a precio de oro una mecha de los cabellos que llevaba, y a ese efecto le esperé, corno os he dicho, en la puerta de su casa.

—¿Y cumplió maese Durán vuestro deseo?

—Súplicas, amenazas, promesas, todo fue en vano, pues no pude recabar de él más respuesta sino que, como leal servidor que era de la infanta, no podía de ningún modo sin su consentimiento entregar a nadie, y menos a un hombre que ocultaba el rostro, prenda de tanto valor como era lo que yo le demandaba.

—Os respondió lo que cumplía a un buen vasallo.

—Así es la verdad, y yo debí abandonar mi desacordada empresa; pero fuese que me irritara hallar tan firme y honrada resistencia en un miserable pechero, o fuese que mi deseo me cegaba entonces la razón, el hecho es que desnudando la daga, y poniéndola en el pecho de maese Durán, le dije que cediera o que moriría. Pero lejos de acobardarse el buen maese con el peligro, sacó fuerzas de su propia justicia, y dando un salto atrás, se puso fuera del tiro de mi daga, y me obligó a desnudar la espada para libertarme de la que llevaba él oculta sin duda, pues yo no se la había visto hasta que encontré su punta amenazándome con mas denuedo y maestría de la que prometían su humilde oficio y baja condición.

—¿Luego reñisteis?

—Mi brazo corno más experto logró en breve desarmar el suyo: y asestando yo entonces contra su pecho la punta de mi espada, conseguí intimidarlo hasta el punto de que me entregara la cabellera para que yo tomase de ella la crencha que deseaba. En esto, y atraídos sin duda por el ruido de las espadas, vi que acudían algunas gentes con tal premura y alarma, que no tuve más remedio para no caer en sus manos sino huir llevándome toda la cabellera, y dejando, como podrás inferir, al pobre Durán en lucha con su miedo, y hecho una estatua con su sorpresa. De modo que cuando pudo hablar y contar lo sucedido, ya yo había tenido tiempo de ocultarme en lugar seguro, libertándome así de los que salieron en seguimiento de mis pasos.

—¿Y qué hicisteis despues?.

—Después... después conocí todo lo mal que había obrado. Pero era ya tarde, pues en cuanto se supo la aventura, no fallaron lenguas maldicientes que suponían ser el robador nocturno algún oculto amante favorecido de la infanta. Por consiguiente declararme yo entonces, era tanto como dar alguna apariencia de fundamento al maldiciente rumor, tanto más cuanto que el hecho pasaba después de la escena del sarao, que acabas de echarme en rostro, hace algunos instantes. Resolvime, pues, a guardar silencio hasta contigo, mientras hallaba ocasión propicia de confesar mi falta y de pedir perdón.

—Ahora ya comprendo—dijo Isaac—, por que maese Durán fue encerrado en una torre, y por qué el cuitado permanece aún en ella, pagando culpas que no ha cometido.

—Eso es precisamente una parte del motivo, que a Castilla me trae. Mi conciencia como cristiano y mi honor como caballero me mandan buscar modo de salvar la libertad injustamente oprimida de maese Durán, y lo que es más importante, la honra de la infanta, contra quien pesa la sospecha, que se concibió desde el principio. Porque si a oídos del Rey su esposo llega el rumor de esta sospecha, ¿te parece justo consentir que nadie en Castilla pueda poner una tacha al claro honor de nuestra infanta? ¿No me cumple como a buen vasallo acudir al remedio de este daño, que es también el remedio do este amor, cansado ya de vivir sin la presencia del objeto en quien se cifra?

—Muy noble y muy bien puesto en vos está, señor Don Alonso tan santo pensamiento. ¿Pero habéis calculado las consecuencias del paso que vais a dar? ¿No veis que vuestra vida y fama van a quedar expuestas a riesgos muy terribles? ¿Como restituiremos el amenguado honor de la infanta sin arriesgar el vuestro?

—Cuentas son esas, Isaac, que debemos ajustar en llegando a Segovia; porque te juro que en la tal cabellera hay algo, y aún algo más de lo que te he contado.

—¿Hay más aún? Explicaos.

—Es negocio malo para tratado con un judío, y a fe de cristiano te digo, Isaac, que acaso hay en este asunto algo más que tratar con el obispo de Segovia que con la infanta y contigo.

—Pues el Dios de Jacob sea con nosotros.

—Sea, si así te place, y prosigamos nuestro camino, pues ya el día se viene a más andar.

Dispusieronse en efecto a marchar nuestros viajeros, y echando una amorosa mirada a la tierra portuguesa, que abandonaban en aquel instante, emprendieron aquella jornada, y otras cinco más, al cabo de las cuales llegaron junto a los muros de la insigne Segovia, donde los hemos visto entrar en el comienzo de esta historia verdadera.

II

Aunque forasteros y llegados de noche a Segovia, no necesitaron nuestros viajeros preguntar hacia dónde caía el alcázar de aquella ciudad insigne, pues apenas habían puesto el pie en una de sus principales calles, cuando vieron un grande tropel de gente que corría precipitada en una misma dirección, con todas las señales de alegría que animan el rostro de los convidados a una fiesta. Celebrabase en efecto una en el alcázar aquella noche; y corría voz por la ciudad que debía ser de las mas lucidas que hubiesen alegrado la mansión de los reyes desde mucho tiempo había.

Justo era, al decir de algunos cortesanos, que pues el Rey había partido a Aragón y dejado en Segovia a su real esposa Doña Juana, tratase ésta de hacer lo más llevadero posible el pesar de aquella ausencia, esparciendo su real ánimo y haciendo honesta gala de su hermosura y juventud. Otros en cambio tenían por indebido que mientras el Rey andaba en lejanas tierras y expuesto a la enemiga de su real pariente, el monarca de Aragón, anduviese la Reina en Segovia de festejo en festejo, y celebrando tantos saraos como eran los días de la semana, pues que apenas se pasaba noche sin que el ruido de la música, el compás de la danza y el brillo de las luminarias hicieran del alcázar una especie de paraíso terrenal, en que llevaba la serpiente la mayor parte.

No faltaba tampoco algún que otro grupo donde con cierto misterio se pronunciaban a media voz ciertos nombres, y se referían ciertas aventuras, cuyo relato unas veces promovía en el auditorio cierto rumor parecido a una amenaza, otras veces solo una sonrisa maliciosa y algún que otro guiño no más caritativo, y otras veces en fin cierto susto y compunción, corno si se le anunciara la aparición de una peste o la declaración de una guerra.

Formabanse estos grupos murmuradores en plazas, calles y callejuelas, y hasta en las puertas mismas del alcázar, si ya no es que también llegaban hasta la propia estancia de la reina. Así fue que apenas entrados en Segovia el buen Don Alonso con su compañero y amigo Isaac el viejo, pudieron apercibirse del nada respetuoso extremo con que andaba en bocas de las gentes cuanto pasaba o se creía que pasaba en el real alcázar de Segovia. De aquí por qué, aunque nada curiosos, ni tampoco muy seguros para poderse exponer a

ser conocidos y descubiertos, arriesgaronse sin embargo nuestros dos héroes a agregarse a algunos grupos para oír lo que en ellos se hablaba, y tomar de este modo los necesarios informes para obrar con tino y prudencia. Favorecía su intento la confusión de las gentes reunidas ya ante las puertas del alcázar, y confiados por tanto en que nadie pararía mientes en ellos, anduvieron oyendo y atisbando de corrillo en corrillo sin oír cosa digna de ser contada, hasta que llegaron a uno compuesto de cinco o seis gallardos caballeros, de los cuales el que parecía más galán y resuelto por sus maneras y palabras decía, colocándose en medio de los demás.

—Se nos ha aguado la fiesta, caballeros; por esta noche se suspende el sarao.

Este suceso era tan inesperado para el auditorio a quien se dirigía, que de todos lados partieron a un tiempo mismo distintas preguntas para averiguar su causa. Pero el caballero que lo había referido, ya porque quisiera dar pasto a la curiosidad de sus oyentes, ya porque realmente no supiera dar la explicación que le demandaban, se limitó a responder:

—Yo tampoco sé que pensar de esto, ni de otras muchas cosas que están pasando. Ello es que de poco acá nuestra joven y hermosa Doña Juana va teniendo antojos muy singulares... Últimamente ha dado en la más extraña manía que imaginarse puede.

—¿Cuál es? Decidla.

—¿Qué ha de ser? Que ha despedido ya a la mitad de sus damas, porque dice que no saben aderezarla el cabello, y se la oye pronunciar a cada instante el nombre de un tal maese Durán, que después hemos sabido ser el barbero que la peinaba en la corte de su padre, el Rey de Portugal. Pero lo más extraño es que cuantas veces recuerda al tal maese, se la torna angarilla la color del rostro, y se echa mano a los cabellos, como si temiera que se los arrancasen de la cabeza.

—No deja de ser extraño lo que referís—repuso otro caballero de los que estaban presentes—. Pero quizás yo, como recién venido que estoy de Portugal, puedo contaros algo, que tiene mucha relación con lo mismo que habéis referido. Porque habéis de saber que ese maese Durán, cuyo nombre decís que pronuncia la Reina, está encerrado en una torre de Lisboa hace ya cerca de un año; y la causa de su prisión se dice ser cierta aventura, de cuya exactitud nadie ha dado aun bastantes pruebas...

Aquí el caballero éste, que se decía recién venido de Portugal, refirió, añadiendo algunos detalles de su propia cosecha, el robo nocturno de la cabellera de Doña Juana cometido en la persona de maese Durán, y las suposiciones ofensivas al decoro de la Reina, que aquel extraño suceso sugería a los maldicientes de la corte portuguesa.

En mal hora oyó nuestro Don Alonso este último relato, que desde aquel instante ponía en tan notable riesgo el honor de Dona Juana, pues que sin curarse de la prudente reserva a que sus particulares circunstancias le obligaban, metiose de rondón en el centro del corro, y con provocativos ademanes exclamó:

—Caballeros, yo sostengo a toda hora, de cualquier modo y contra todo el mundo, que cuanto aquí acaba de referirse, en nada puede dañar al limpio y claro honor de la Reina Doña Juana. Y el que diere o sostuviere lo contrario, será conmigo en singular batalla.

Esta tremenda portuguesada del fidalgo Alonso lejos de picar en la vena del pundonor a los caballeros castellanos, fueles por el contrario gran motivo de risa y algaza-

ra; tanto que, doblemente irritada la furia innata del portugués, lo puso en términos de arremeter, no solo con los cinco e seis que allí habla, sino con toda Segovia entera. Pero cuando subió ya de punto su cólera y estuvo a pique de hacer una barrabasada, fue cuando uno de los caballeros del corro le dijo con aire zumbón y malicioso gesto que «para campeón de damas, y sobre todo de reinas, llevaba muy mal aliño en toda su persona».

En esto no le decían más que la verdad, porque el buen Don Alonso llevaba tan descompuestos el cabello y la barba, y tan embarrado y mal traído el largo sayo que lo cubría, que toda su catadura en efecto provocaba más bien menosprecio y risa que temor ni respeto. Hubo sin duda de conocerlo así nuestro héroe, y una vez conocido, debió entender que le defensa que recibía no la dañaba en cosa alguna, pues que su ofensor ignoraba con quien se las había. Pero los bríos y arrogancia de Don Alonso eran superiores a su prudencia, y sin poder contenerse, y sin atender a las súplicas que ya de palabra, ya con el gesto le dirigía su prudente compañero Isaac, rompió con ademán rabioso los cordones que sujetaban su sayo por el cuello y la cintura, y sacudiendo el cuerpo, como la culebra que muda la piel en la estación del invierno, dejó al descubierto su aventajado talle y forzudos miembros revestidos con una cota de malla, presentándose a sus atónitos espectadores poco menos que armado de punta en blanco.

Tan luego como Don Alonso hubo terminado esta súbita transformación de su persona, empezó a blandir su espada, encaramándose con los caballeros castellanos, a quienes dijo:

—Por la cruz de mi espada os juro, caballeros, que podéis entrar en lid conmigo sin que en nada se amengüe por ello vuestra fama. Salid, pues, adonde vosotros quisiereis, con tal que sea en parte donde uno a uno o todos juntos podáis cruzar con el mío vuestros aceros sin que nadie nos interrumpa.

Con menos había bastante para que los caballeros castellanos aprovechasen tan excelente ocasión de hacerselas con un portugués, sobre todo siendo tan engorgollado como lo parecía el que en aquel instante los retaba. Así es que sin contestarle palabra y con el recato necesario para no llamar la atención de las gentes agrupadas a las puertas del alcázar, escurrieronse bonitamente hacia una calle solitaria, haciendo señas al portugués y al judío de que los siguiesen en silencio.

Llegado que hubieron al rincón más oscuro de una calleja sin salida, que a espaldas del alcázar prolongaba su tortuosa angostura, desnudaron sus aceros a un tiempo mismo tres de los caballeros castellanos, y a un mismo tiempo también los cruzaron con el del portugués, a quien la desigualdad de la lucha no hizo cejar un punto en su firme propósito de tenérselas con Castilla entera, si fuese menester, para salir a la defensa del honor de Doña Juana.

La noche era oscura y nebulosa hasta tal punto que Don Alonso conoció tenía que reñir a tientas, guiándose sólo por el ruido que hicieran los pasos y el acero de sus tres contrarios, pues lo espeso de la bruma apenas le permitía descubrirles el bulto. A los pocos tajos y mandobles conoció también Don Alonso el fuerte brazo de sus contendientes, pues a cada golpe que el acero de estos daba en el suyo, le parecía que le quebraban la muñeca por en medio, y sentía crujir los huesos de su cuerpo, como si le cayese encima una montaña. Pero esto no amenguara el temerario denuedo del portugués, si al cabo de largo rato de combate no advirtiera que ni las evoluciones del cuerpo de sus contrarios, ni

los rudos golpes que descargaban sus aceros, interrumpían el silencio sepulcral, que en la calleja reinaba. No parecía sino que tenía frente de sí a tres sombras, que con sus plantas no tocasen a la tierra, y cuyas espadas descargasen en sacos de lana. Por fin aquello de batirse con gente, cuyas pisadas no se sentían en el suelo, y cuyos aceros no crujían, llegó a poner seriamente en cuidado al portugués. Y ya estaba más en disposición de hacer la señal de la cruz y murmurar un conjuro que de seguir atacando a sus contrarios, cuando a la amarillenta luz de un rayo de luna, que repentinamente pasó por entre la niebla, le pareció advertir que el número de sus contendientes se había reducido a sólo uno en lugar de tres que antes eran. Creyó con esto (y no fuera portugués, si no lo creyera) que el esfuerzo de su brazo habría, sin sentirlo él, tendido en tierra a sus otros dos contrarios, y aquella persuasión le animó a seguir el combate con el que restaba, prometiéndose ya completa victoria.

Pero su último enemigo debía ser o más diestro o mas afortunado que los otros dos, pues que al cabo consiguió rendir el brazo de Don Alonso, y hacerle soltar la espada con la misma facilidad que si de pronto se hubiera tornado su mano de manteca.

—Me habéis vencido—dijo el portugués cuando se vio desarmado.

—Con eso veréis—le respondió su victorioso contricante—, que yo soy hombre, a quien nunca se le queda a deber nada. Una noche me desarmasteis vos a mí, Señor Don Alonso, y ahora os he desarmado yo a vos, Esrtamos en paz en puntoa desarmes.

El que esto decía, lo decía en portugués, y con una voz que era no desconocida para Don Alonso, cuya sorpresa creció de punto al añadir su interlocutor:

—Pero cuidado que todavía me debéis otra cosa, y que vengo a reclamarosla.

—¿Pues qué más os debo yo?—preguntó Don Alonso, casi trasudando de cansancio aunque la crónica dice que de miedo.

—Debeisme—respondió el desconocido—, cierto manojo de cabellos que los robasteis en Lisboa, y que traéis guardado en el capuchón de vuestro sayo.

—Luego vos sois....

—Soy quien quiero ser, señor Don Alonso, pues eso no es cuenta vuestra. Entregadme los cabellos de que os hablo, porque solo así escaparéis con la vida.

—No haré tal, aunque me amenazaran mil muertes, sin que antes me digáis quien sois, cómo y por que habéis aquí venido.

—Pues miradme, a ver si me conocéis.

Al decir esto el desconocido, sacó del hilo una daga, en cuyo pomo habla atada una crencha de cabellos tejida de manera, que figuraba un cordón. Cogió después una piedra de la calle, y frotando en el canto de ella la hoja de la daga, sacó en vez de chispas una llama entre azulada y verde, que comunicándose por medio de la corriente del aire al cordel de cabellos, lo incendió como si fuera una mecha de azufre. Al reflejo de esta diabólica llama vio en efecto Don Alonso el rostro de su interlocutor, y exclamó en cuanto le hubo visto.

—¡Maese Durán! ¿Sois vos?

—El mismo. Pensé que al cabo de un año de prisión en aquella maldita torre, estaba ya tan demudado que no me conoceríais.

—¿Y qué venís a hacer a Castilla? ¿Cómo os habéis escapado de la prisión? ¿Cómo es que habéis topado en este sitio y a estas horas conmigo?.

—Muchas preguntas son esas para responderlas tan pronto como queréis. Basteos saber—añadió el maese rechinando los dientes, y revolviendo los ojos en sus órbitas como si fuera un camaleón—; basteos saber que no he venido aquí por mi voluntad, sino por superior decreto; que aunque me veis libre de la prisión, estoy prisionero todavía y últimamente que si aquí os he encontrado, es porque hace un alto que os sigo a todas paras.

El tono con que maese Durán dijo estas palabras, heló la sangre en el cuerpo de nuestro bravo portugués, y de tal manera embargó sus sentidos, que ni aun le dejó pensar qué se habría hecho su amigo Isaac el judío por una parte, y por otra los caballeros con quienes había, o creía haber reñido. Estático y mudo, pues, ante la azufrosa catadura del maese, nada pudo oponer, ni supo en nada resistir cuando aquel le dijo, tornándose de frente hacia el muro exterior del alcázar, que por aquel punto servia de término a la calleja sin salida en que se encontraba.

—Señor Don Alonso; en este momento necesita la Reina Doña Juana del auxilio de dos amigos. Vos y yo lo somos, hace largo tiempo. Con que así, venid conmigo, que yo os pondré donde habléis con ella.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dijo Don Alonso, no sin que maese Durán soltase un estornudo corno si le hubieran metido pólvora en la nariz.

Después llegaron al muro; maese Duran empujó un resorte, que sin duda él solo conocía, y penetrando por la abertura que resultó entre las piedras, atravesaron silenciosamente unos subterráneos húmedos y oscuros como la boca del infierno. No quedó santo en el cielo a quien Don Alonso no se encomendara, ni maldición que maese Durán dejase de pronunciar contra todos los santos.

III

Ninguna otra cosa mas que de contar sea, ocurrió a Don Alonso y a maese Durán mientras atravesaban los subterráneos del alcázar, sitio que los ojos del segundo arrojaban en medio de la oscuridad un brillo muy semejante a los de un gato negro, y que la paciencia del primero se iba apurando ya de tanto anclar y andar bajo aquellas interminables bóvedas, en que parecían haber fijado sus viviendas todos los murciélagos y lechuzas de los campanarios de Segovia. Hacía ya mucho tiempo que nuestros dos aventureros caminaban sin decirse una palabra por tan deleitosa vía, cuando por fin se atrevió el hidalgo a preguntar al maese, que si podía saber de fijo adónde se dirigía a lo cual contestó secamente el segundo:

—Al infierno.

Y en verdad que por las señas del camino que llevaban, y por el modo que lo iban atravesando, casi barruntaba ya el hidalgo que no le mentía su compañero, cuando reformando este su seca respuesta, añadió con alguna más compostura:

—A la estancia de la Reina.

Considere ahora el lector que nuestro Don Alonso era muy buen cristiano, y estaba enamorado de Doña Juana, y vea qué tendría por mejor el hidalgo, si ir al infierno, o a la estancia donde reposaba la augusta señora de sus pensamientos atrevidos. Echando, pues, a un lado lo del infierno, se dio a pensar con tal ahínco en lo de la estancia, que embebido en sus amorosas imaginaciones, no echó de ver lo prolijo y molesto del endiabla-

do tránsito por donde caminaba. No es esto decir que las llevase todas consigo y que de vez en cuando el chillido de algún murciélago y el frío casi glacial de los subterráneos dejasen de producirle un estremecimiento que le cogía de pies a cabeza. Pero quizás de nuestro hidalgo pudiera entonces decirse aquello de «*Que si tiembla el amador, / es de amor y no de miedo*», y de cualquier manera que ello sea, la verdad es que si temblaba de miedo, sobrabale motivo, y si de amor, no le faltaba tampoco, pues que en aquel instante acababa la Reina de envolver su delgada cintura y torneados miembros en una ligera y no muy desceñida túnica de sutil y blanco lino, sobre cuyos pliegues superiores caían ondulando las negras trenzas de sus cabellos sueltos, que desde el ancho sitial en que se hallaba muellemente recostada, tocaban con sus puntas la persiana alfombra tendida en la regia estancia. Frente por frente de este sitial había una mesa de concha con filetes de nácar y oro, sustentando una lámina circular de bruñido acero, en cuya superficie se reflejaba el dulce rostro y mórbido cuello de la regia dama. A espaldas de ésta se alzaba un pabellón de cortinas de damasco carmesí con franjas de oro prendidas en una corona real, y extendiendo sus anchos pliegues por los cuatro lados del suntuoso lecho a que servían de cubierta. Sostenían el lecho en cada uno de sus cuatro ángulos cuatro leones de mármol, cuyas garras parecían estar apresando las cuatro puntas inferiores de la colgadura, como si fueran guardianes de la castidad de aquel tálamo, puestos allí por los celos del real esposo para que protegieran la honestidad de su hermosa y real consorte.

A propósito de estos leones de piedra decía el juglar de la corte que si para prestar el servicio que prestaban ellos, pudieran domesticarse leones vivos y verdaderos, deberían ya estar los desiertos del África despoblados por la Europa. Pero estas son simplezas de bobos de palacio, que nada tienen que ver con nuestro cuento.

Por la hora en que esto sucedía, por el traje, el lugar y la actitud, que entonces ocupaba la esposa de Enrique IV, claro era que acababa de deshacer su tocado para ocupar el mullido lecho que la esperaba. En todo lo cual, nada habría de extraño sino el suceder a una hora de la noche mucho más temprana de la en que solía la Reina hacerlo. Y a fe que para esta novedad no la faltara razón poderosa, a juzgar por la tristeza y descontento impresos en su rostro, sino por la inquietud y desasosiego, que se advertían en todo su continente.

Ello es que aquella noche habla un sarao preparado en el alcázar, y que por orden de la reina se había repentinamente suspendido. Quién atribuía este suceso a alguna mala nueva que del ausente Rey se hubiera recibido; quién lo creía resultado de los frecuentes accesos de fiebre, que de algún tiempo a aquella parte padecía Doña Juana; quien en fin lo tenia por efecto de un capricho femenil, cuyas causas más o menos probables, si es que los caprichos tienen causas, explicaba cada cual a su manera, haciéndolo a veces del modo que hemos visto lo hacían los caballeros, con quienes Don Alonso había trabado su misteriosa pelea. Lo que más pensativas traía a las gentes de la corte, era la larga entrevista que la Reina habla tenido aquella tarde a solas con cl obispo de Segovia; y sobre todo, el aire meditabundo y casi descompuesto rostro con que habían visto salir al buen prelado de la regia estancia, sin que después se hubiera comunicado la Reina con nadie más que con dos damas de su mayor confianza, únicas personas que la acompañaban en el momento, que arriba dejamos descrito.

Entretanto maese Duran y Don Alonso había ya su par de horas largas que de recodo en recodo, unas veces subiendo y otras bajando por empinadas pendientes continuaban su viaje subterráneo, cuando parándose repentinamente el maese, dijo a Don Alonso.

—¿Estáis resuelto a penetrar en la estancia de Doña Juana?

—Como que no he venido a otra cosa—respondió resueltamente Don Alonso.

—Pues antes—le replicó el maese—, id ajustando cuentas con vuestra garganta, porque es posible que al fin de esta aventura tenga que hacer con vos el verdugo de Segovia.

—Los hombres de mi linaje—repuso entonces el bravo Don Alonso engorgollando su grave catadura—, no dejan nunca de cumplir con lo que Dios y el honor les mandan por miedo del verdugo.

—Pues siendo de ese modo, seguidme,

Siguió en efecto Don Alonso los mudos pasos de su guía y al cabo de corto trecho, hiriole la vista el vivo resplandor de la llama que en el cuarto de la Reina esparcía una lámpara moruna pendiente de la artesonada techumbre, y penetrole hasta el cerebro el perfume de arábigas esencias, que embalsamaban el aire de la real estancia. Dominado al pronto el buen caballero por esta doble y repentina impresión, estuvo largo rato sin advertir que en cuerpo y alma se hallaba en el cuarto de Doña Juana, aunque sin haber visto cómo ni por dónde había penetrado en él.

Pero lo que mas le sorprendía, era que ni la Reina, ni las damas que estaban en su compañía diesen muestra de susto, ni aun indicasen con señal ni palabra alguna haberse apercibido de la presencia de los dos recién llegados; pues por el contrario, las veía tan descuidadas e indiferentes, como si se hallasen enteramente solas. Costaba tanto trabajo a Don Alonso creer que a tal punto llegara la distracción y desadvertencia de la Reina y de las damas, que llegó al sospechar si él y su compañero serian en aquel instante invisibles. Y tan fuertemente se apoderó esta idea de su ánimo, que esforzándose a adelantarse dos o tres pasos, se colocó detrás del sitial en que se hallaba la Reina recostada, v en esa actitud paseó sus espantados ojos por el espejo colocado enfrente, esperando ver reflejados en él su cuello y cabeza, que era lo que dejaba descubierto el ancho y elevado respaldo del sitial.

Pero por más que Don Alonso volvió la cabeza a izquierda y a derecha, por más que se levantaba de puntillas; por mas que la claridad con que estaba alumbrado el cuarto, le aseguraba haber luz bastante para ver su figura reflejada en el espejo, lo cierto es que no la veía, y que sólo veía en cambio la imagen de la Reina y de sus damas en primer término, y mas atrás la de maese Durán, cuyos labios ligeramente plagados modulaban cierta sonrisa capaz de helar la sangre en las venas al mismo Satanás en persona.

Dudaba aún empero Don Alonso de lo propio que veía, y queriendo tentar otra prueba, pusose en actitud respetuosa ante la Reina misma y con tembloroso acento la dirigió una corta arenga. Pero la voz se le anudó en la garganta al ver que la Reina proseguía en la misma actitud en que la había hallado al entrar como si nadie la hablase, y como si ante ella no estuviese presente y palpable la figura de un hombre hecho y derecho. Con esto, pues, hubo Don Alonso de convencerse de que no sólo era en aquel instante invisible, sino también inaudible y completamente impalpable.

El caso no era para menos que para encomendarse a Dios de todas veras, y rogarle desde lo más profundo del pecho le librase de las garras del demonio, en que sin duda estaba preso. Empero cada vez que el buen caballero trataba de decir mentalmente alguna oración piadosa, turbabale y le desconcertaba enteramente el sordo ronquido de la infernal risa del maese, que desde un rincón de la estancia contemplaba con diabólico placer la confusión y azoramiento del trémulo D. Alonso.

A todo esto la reina permanecía reclinada en su sitial, sin hablar palabra con ninguna de sus dos damas, que cruzadas de brazos esperaban mudas al lado de su señora una intimación de ella para ocuparse en su servicio. Por fin una de las damas cansada ya de esperar, y viendo que era interminable el estado de absorta meditación en que la Reina se encontraba, atreviose a decirla con cierta timidez

—¿Queréis, señora, que os recoja el cabello pata que os retiréis al lecho a reposar?

Miró la Reina de hito en hito a su interlocutora algunos instantes, y rematando esta mirada fija con una mueca desdeñosa, la respondió con enojo:

—¿A qué recogerme el cabello?... No quiero que pongáis ni tú ni ninguna las manos en mi cabeza. Parecen vuestros dedos garfios que me la despedazan. ¿No han tenido nunca las Reinas de Castilla quien sepa aderezarlas el cabello?...

Decía esto Doña Juana con un acento y ademanes tan extraños, que sus duras reconvenciones parecían hijas de una idea anterior, profunda y dolorosa, muy en relación con sus palabras de entonces. Cualquiera habría dicho al verla y oírla que el hablarla de sus rabillos la producía una sensación análoga a la que expresa el antiguo refrán: «no hay que mentar la soga en casa del ahorcado». Hubierase conocido esto más claramente, si se le hubiera oído añadir, como añadió, redoblando la acrimonia de sus palabras:

—¿Pareceos justo, señoras, que vuestra poca maña me esté haciendo cavilar si se hallaran mis cabellos bajo la influencia de algún maleficio? Ayer me decíais que estaban tan lacios que no podíais ensortijarlos, y hoy los habéis hallado tan crespos y rebeldes que ni aun con agujas y anillos de oro habíais podido sujetarlos en la diadema. ¿Qué más? En este instante, y después de lo que habéis maltratado mi pobre cabeza, me parece que tengo sobre ella una montaña do fuego. Venid pronto, venid ambas a ver si ahora podéis siquiera anudar estas trenzas para que no me sofoquen, como anoche que se me rodearon al cuello, cual si fueran serpientes anidadas en mi lecho para ahogarme. Venid.

La incoherencia de estas frases; la fatigosa respiración que al proferirlas se notaba en Dona Juana, el movimiento convulso de su cuerpo y la casi mortal palidez de su rostro parecían indicar que la pobre señora se hallaba subyugada por el delirio de una fiebre. Cuando hubo callado, se la vio apoyar la nuca en el borde del respaldo y abandonar maquinalmente su cabellera a las damas, que empezaron en efecto a trenzarla, dividiéndola en dos manojos para hacerlo con mayor comodidad. Pero sin duda no era esta una obra tan fácil, pues al cabo de largo tiempo de haberla emprendido, hallábase aún la cabellera tan suelta y desparramada, como antes de emprenderla.

De pronto sintieron las damas que como si fueran hilos de azogue se les escurrían las mechas entre los dedos, trepaban enroscándose hasta la parte superior del cerebro, y se entrelazaban allí, de manera que eslabonadas las unas con las ollas, formaban como

una cadena que poco a poco después se fue rodeando por el contorno del cráneo, formando una diadema.

Las damas al ver moverse y enroscarse con giros tan caprichosos aquellas trenzas rebeldes a sus manos, y agitarse en toda la extensión de la cabeza de Dona Juana como un nido de víboras, comenzaron a entender por qué su real señora había tenido aquella tarde tan larga entrevista con el obispo, y por qué este prelado llevaba impresas en el rostro tales muestras de susto al salir del alcázar.

Pero lo que no vieron las damas, y solo lo había visto Don Alonso era que quien habla peinado tan caprichosa y desusadamente a la Reina, habla sido maese Durán, quien tan luego como terminó esta tarea, cogió por la mano a Don Alonso, lo sacó a una antesala contigua al cuarto de la Reina, y llegado que hubo con él a este sitio, empezó a gritar con desaforadas voces:

—¡Ah del alcázar! ¡Favor a la Reina!

Al ruido de estos gritos vio Don Alonso inundarse la estancia de soldados y palaciegos, que se apoderaron de él y lo maniataron sin compasión. Cuando ya maniatado lo llevaban a una de las torres del alcázar, miró a ver dónde se hallaba su compañero maese Durán; pero no solo no lo vio, sino que cuando preguntó por él a los que lo llevaban preso, oyó en respuesta a uno de ellos decirle con insolente befa:

—Oiga, hermano; ¿cree que el fingirse loco le ha de librar de la horca? Pero no se desconsuele, que también le acompañará en ese viaje cierto judío de Satanás.

—¿Judío?—preguntó Don Alonso pensando en su pobre amigo Isaac—. Llevadme a verlo.

—Con el alma y la vida—le respondió un vejezuelo que había acudido al olor del alboroto—. Tal para cual. Dios los cría y ellos se juntan.

IV. Conclusión.

Después de haber llevado al buen Don Alonso entre un bosque de lanzas y partesanas al través de varios patios y galerías, hicieronle subir una estrecha y oscura escalera de caracol, practicada en el espesor del muro circular de una de las torres del alcázar, y cuya última grada servia de umbral a una habitación que por su forma y dimensiones más bien parecía uno de esos nichos abiertos en las paredes para colocar santos de piedra, no una estancia, en que debiera encerrarse a un cristiano. Y sin embargo en este nicho encerraron no sólo al pobre caballero, sino que ya antes de él lo estaba Isaac el judío; pues éste y no otro era el compañero de prisión, que hablan anunciado a Don Alonso.

Tan escasa era la luz comunicada a aquella sepultura de vivos por entre la estrecha aspillera, más bien que ventana abierta a pico en el fondo del muro exterior de la torre, que ciertamente no se hubieran conocido Isaac y Don Alonso, si este último no se hubiera apresurado a dirigir la palabra al primero, cuyo bulto confusamente percibía acurrucado en uno de los ángulos del nicho, sin dar más señal de su presencia, que el sordo rugido semejante a un sollozo producido por su dificultosa respiración. El judío tan luego como oyó la voz de Don Alonso, incorporose todo cuanto le fue posible para no tropezar con la cabeza en la cóncava techumbre de su tugurio, y echando amorosamente sus trémulos brazos al cuello del hidalgo, inundole el rostro de lágrimas, que al cabo se

trémulos brazos al cuello del hidalgo, inundole el rostro de lágrimas, que al cabo se mezclaron con las que sin poderlo evitar derramaban también los ojos de D. Alonso.

Pasados algunos momentos de esta mutua efusión, y al cabo de repetidos ruegos de Don Alonso, contóle el judío cuanto le habla sucedido desde su repentina separación en los términos siguientes:

—Cuando salisteis anoche—dijo Isaac—, a batiros con aquellos caballeros, yo os seguí no tanto por ver si podía apartaros de aquel peligroso empeño, cuanto por ayudaros contra vuestros enemigos, si al fin no conseguía haceros desistir de aquella temeraria empresa. Pero al ir a revolver la esquina del callejón, donde sin duda debisteis trabar vuestra pelea, perdí el tino tan de repente, y me hallé rodeado de tan sepulcral silencio y oscuridad, que fueron vanos todos mis esfuerzos para seguir con la vista o con el oído la dirección o el rumor de vuestros pasos. Ciego y desatentado entreme por varias calles y callejas, di la vuelta a todo el alcázar, trepé al muro por ver si habíais salido al campo y en ninguna parte os pude hallar, ni de nadie pude recabar informe ni indicio, que me aprovechara a encontraros

—Pobre Isaac—le interrumpió Don Alonso santiguándose poco menos que de pies a cabeza—. Ni era fácil que me hallaras. Me tenia en su poder quien sabe hacer vana toda la ciencia del hombre y no eran las plegarias de un judío bastantes a contrastar aquel poder. Sigue, Isaac, sigue... tú no puedes entenderme lo que te estoy diciendo.

—Señor Don Alonso—replicó entonces Isaac con tono solemne—, oídme hasta el fin, y no blasfeméis de la Providencia. Yo llegué a saber dónde, cómo y con quién estabais; lo supe antes que vos, y mejor que vos también.

—¡Isaac! ¿Qué estás diciendo?—exclamó Don Alonso, apartándose del judío con supersticioso temor.

—No huyáis de mi, buen caballero. Antes bien, dadme la mano, y apretadla hoy más que nunca contra vuestro corazón, porque os juro que hoy es el día más grande de mi vida. El ángel del Señor ha disipado las tinieblas de mi espíritu. Bajo este seno casi helado ya por la vejez late a la hora presente el corazón de un cristiano. Cuando en medio de mis tribulaciones invocaba yo al Dios de mis padres, sentía en el alma un vacío indefinible, porque no penetraba en ella ni la verdad ni el consuelo. Anoche era tal la angustia de mi espíritu, tan grande la inquietud que por vos sentía, señor Don Alonso, que empecé por preguntar a las estrellas el misterio de vuestra suerte; pero todos les cálculos de mi pobre ciencia fallaron, y nada alcancé a saber de vos. Entonces, como si una luz del cielo hubiera de pronto iluminado mi mente, recordé las orillas de nuestro hermoso Tajo, pensé en nuestra hermosa Lusitania, y así de recuerdo en recuerdo, penetré con la imaginación en nuestro monasterio de Belén. Creíme arrodillado ante el altar de la madre de Cristo, y mis labios murmuraron una oración pidiéndola que os libertase de todo peligro; y ante el ara sagrada juré purificar mi alma y mi cuerpo en las fuentes bautismales.

—Loado sea Dios, buen Isaac. Hace ya largo tiempo que en mis cortas oraciones he pedido al redentor del mundo me otorgara la dicha de llamarte mi hermano en Cristo.

Dicho esto, tornó Don Alonso a abrazar al anciano, quien prosiguiendo su interrumpido relato, dijo:

—En esta disposición de ánimo, resolví encaminarme al alcázar, no tanto por si podía encontraros allí o saber algo de vos, como por hablar al obispo de esta ciudad, que según me habían dicho, se hallaba en la estancia de la reina....

—¿Pues qué tenias tú, buen Isaac, que hacer con el santo prelado?

—Primero, comunicarle el estado de mi alma y pedirle su bendición, y luego poner en su noticia lo extraño y sobrenatural de la aventura, que acababa de sucederme al querer seguir vuestros pasos. Porque habéis de saber que en cuanto me referisteis ser vos, señor Don Alonso el que robó a maese Duran en Lisboa la cabellera de Doña Juana, y al ver después la serie de extraños y peligrosos sucesos, en que desde aquella fecha esta estáis empeñado, no puedo menos de recordar a toda hora un hecho, que cuando ocurrió, ninguna importancia tenia para mí, y que después me ha parecido, y ahora me parece sobre todo deberse tener en gran cuenta....

—Hablad, ¿Qué hecho es ese, que decís?

—Recuerdo que cuando mandé cortar la cabellera a Doña Juana, durante la enfermedad que la tuvo a las puertas de la muerte, la oí hacer un voto a la Virgen de Belen, prometiendo consagrarla sus cabellos para que adornasen la cabeza de la Santa Imagen. Yo, que entonces tenia por una superstición esta clase de promesas, reíme del voto de Doña Juana y me alegré de vérselo olvidar hasta el punto de que cuando ya se halló fuera de peligro, mandase a maese Durán hacer con los propios cabellos ofrecidos una cabellera postiza. «Cuán mejor empleados estarán, dije para mí, esos hermosos cabellos adornando la hermosa cabeza de donde han sido cortados, que no cubriendo una imagen de....!». Dios me perdone mis blasfemias de entonces.

Sin duda se disponía Isaac a deducir consecuencias del hecho que de referir acababa, cuando empezó Don Alonso a darse golpes de pecho con tan profunda compunción, y a dirigir en alta voz tan humildes ruegos a la Virgen de Belén, que movido Isaac por el ejemplo de piedad tan religiosa, arrodillóse junto a él. Alonso cruzó como él sus manos, y empezó a repetir mentalmente las oraciones que le oía. Pasado largo rato en este edificante ejercicio, sintiose Don Alonso más aliviado de su mortal inquietud, y en breves frases refirió a Isaac todo lo que le había ocurrido desde que él se había separado; su misteriosa pelea en el callejón; la aparición repentina de maese Durán, su largo y tenebroso viaje por los subterráneos del alcázar, su entrada y presencia en la estancia de Doña Juana; las escenas que vio en ella; en fin todo, sin ocultar el menor incidente.

Entre estos recíprocos relatos y a causa también de la oscuridad de su prisión, no advirtieron nuestros héroes que estaba ya muy entrada la mañana, ni se apercibieron tampoco del estrépito producido por multitud de voces y pasos que desde los patios del alcázar se iban dirigiendo hacia la torre.

Pero para explicar ahora la causa de este estrépito, necesitamos volver la vista a la estancia de Doña Juana, y referir del mejor modo posible algunos sucesos ocurridos en ella, desde que la dejamos para seguir a su prisión a Don Alonso.

Las damas de la reina, en vista de lo que les había pasado la noche anterior peinando a su augusta señora, se aprovecharon del letargo en que esta quedó sumida, para colocarla en su lecho, y para dirigir después un mensaje al obispo de Segovia con el fin de referirle cuanto habían visto. Oyolas en efecto el venerable prelado con menos sorpresa de la que las damas esperaban, y como hombre que estaba ya muy al cabo de cuanto le re-

ferían. Después que las hubo oído, limitóse a decirlas que por aquella noche creía conveniente quedarse a velar en una estancia contigua a la de la Reina, y a prevenirlas se le diese cuenta de toda persona que fuese al alcázar preguntando por él o por Doña Juana.

Pero lejos de cumplirse con exactitud esta última orden del prelado, fue de tal manera desobedecida, que en vez de presentarle al judío Isaac, cuando éste fue a buscarlo al alcázar, lo encerraron en la torre con el fin de impedirle ejerciese las diabólicas artes de que le suponían autor; pues en cuanto le vieron judío y viejo, tuvieronlo por el maleficiador de la reina, cuya temerosa aventura había trascendido rápidamente y circulado de boca en boca. Así es que todos los semblantes revelaban una inquietud sombría, y no faltaba quien creyendo hallarse apoderadas del alcázar todas las legiones infernales, habría dado algo bueno por hallarse a quinientas leguas de él. Empero la lealtad fue en todos más poderosa que el miedo, y todos juraban con la ayuda de Dios y de su espada, amparar a su regia señora en cuanto hubiese menester.

Esta entretanto continuaba abismada en un casi mortal parasismo, y así estuvo hasta las nueve del siguiente día, hora en que recobrando el sentido, dejó el lecho para sentarse junto a la ventana de su cuarto y recibir en sus yertos miembros el dulce calor de los rayos, que por entre los vidrios comunicaba el sol de uno de los días más limpios y serenos de aquel año.

Mas fue el caso que estando así Doña Juana al rayo del sol, que entraba por su espalda, le encendió un fuego tan repentino y devorador en la cabeza, que sin poderla valer el socorro de las damas, abrasó casi toda su cabellera, produciendo una llama sulfúrea y un olor tan pestilente, como si se hubiera quemado pez o resina.

Al ruido de este suceso acudió el obispo, que aun se hallaba en la cámara inmediata, y halló punto menos que exánime a la Reina, y más muertas que vivas a sus damas. Conociendo el prelado toda la gravedad del caso, apresurose a imponer silencio a éstas sobre lo ocurrido, y sin contar más con ellas, prestó a Doña Juana varios auxilios, merced a los cuales logró verla a cabo de largo tiempo tornar en sí aunque dando muestras de un desacuerdo y extravío tal en su razón, que verdaderamente parecía haberla del todo perdido, según eran desordenadas las terribles palabras que pronunciaba en medio de su delirio, atravesando en tanto la estancia en todas direcciones, como si huyese de alguna visión que la persiguiera.

Al verla en tal estado, juzgó el obispo llegada la ocasión de murmurar algunos conjuros, y así lo hizo en efecto durante un breve rato, hasta que considerando que no estarían tampoco demás en aquel lance los auxilios de la ciencia humana, dispuso llamar inmediatamente al médico de la Reina. Corrieron en efecto a buscarle; pero no hallándolo en la estancia, que ocupaba ordinariamente dentro del mismo alcázar, y en vista de la creciente inquietud del obispo por proporcionar socorro a la enferma, ocurriole a un escudero mencionar al judío, que habla visto prender la noche antes, indicando la posibilidad de que el tal judío, como muchos de su raza supiese algo de medicina y pudiera en consecuencia suministrar los remedios más urgentes.

Dicho y hecho. A una señal del obispo partieron atropelladamente varios caballeros y escuderos en busca del judío; y sus pasos precipitados y confusas voces eran lo que producía el estrépito no advertido por los dos prisioneros hasta que le sintieron a las puertas mismas de su prisión.

En cuanto se abrieron estas preguntó al judío uno de los que lo buscaban.

—¿Sabréis dar algún socorro a una señora enferma de mucho peligro?

—Con la ayuda de Dios, espero que sí—respondió Isaac.

—Pues venid con nosotros—le añadió su interlocutor.

—No será—respondió el judío—sin que también conmigo llevéis a este caballero,

—Venga también, si es preciso para que vos vengáis.

—Vamos pues, señor Don Alonso—dijo el judío a su compañero—: el corazón me dice que no en vano hemos apelado a la clemencia divina.

Pocos instantes después entraba Isaac en el cuarto de la Reina en compañía de Don Alonso.

Así que Doña Juana vio al judío, clavó en él los ojos, y le estuvo contemplando absorta algunos momentos, al cabo de los cuales le preguntó súbitamente con tono amenazador.

—¿Qué has hecho de mis cabellos, judío de Satanás? Tú eres quien se los robó a la Virgen; ¿dónde los tienes?

A esta pregunta de la Reina siguió un sordo rumor de imprecaciones y amenazas que contra el pobre Isaac pronunciaron los pocos caballeros, que con él habían penetrado en la estancia. El mismo obispo empezó a mirarlo con una siniestra prevención que nada bueno auguraba a favor del judío, hasta que éste sin intimidarse, se dirigió al santo prelado, besó la cruz de su pectoral, y le dijo con recato.

—En nombre de Jesucristo, concededme unos momentos de audiencia.

Estos actos y palabras debieron inspirar una repentina confianza al prelado, pues que accediendo a la demanda del judío, se lo llevo a un ángulo de la estancia y conversó, con él algunos instantes, al cabo de los cuales, imponiéndole las manos sobre la cabeza, le dijo con acento solemne y para que todos lo oyeran.

—Yo te recibo en la grey de Jesucristo. Levántate, Isaac, y ejecuta los decretos de la divina justicia.

Hecho esto, y mientras que todos los presentes estaban mudos de asombro y sorpresa al ver lo que pasaba, llegase Isaac a Don Alonso, y después de hablarle algunas palabras y recibir de sus manos una cabellera, tornó a acercarse al lecho de la Reina, y la dijo con respetuoso y tierno acento.

—Tomad vuestros cabellos, señora. Guardadlos, si queréis, para adornar vuestra cabeza: pero si os place consagrarlos al primitivo destino, que vuestra piedad les había dado, encomendadme a mí el encargo de hacerlo, pues es la voluntad de Dios que mis manos se purifiquen, antes de que yo baje a la última morada.

Largo y religioso silencio siguió a las palabras de Isaac. La Reina parceía ir recobrando su razón, y lo que mayor nuestra dio de ello, fue decir al obispo que mandase salir de la estancia a todos los presentes, menos los que él quisiese que se quedaran. En virtud de este mandato, quedaronse el obispo, Isaac y Don Alonso: y en cuanto los demás se hubieron ido, arrodillase ante el prelado Doña Juana, y le dijo:

—Padre, dadme vuestra santa bendición, y rogad a la Virgen que me perdone. Yo la consagro estos cabellos, que Dios sin duda me restituye, y en castigo de mi culpa,

prometo llevar la cabeza cubierta durante un año con tocas de viuda, y mi cuerpo ceñido con un cilicio.

Natural parecía que durante esta religiosa escena, estuviese Don Alonso atendiendo a ella sin curarse de otra cosa. Pero sin poderlo remediar, había fijado la vista en el mismo espejo, que la noche anterior se había negado a reproducir su imagen, y había visto en él la figura de maese Durán, no ya plegando sus delgados y verdosos labios con aquella sonrisa que tanto amedrentaba al buen caballero, sino con facciones desencajadas por la ira de Luzbel pintada en todo su semblante. Miró después Don Alonso al cuarto por ver si en él estaba la visión del espejo, pero a nadie más encontró que a la Reina y a Isaac arrodillados recibiendo la bendición del obispo, ante quien él se postró en la misma actitud, diciéndole:

—Padre, bendecidme a mí también.

Recibió, en efecto, también la bendición del prelado, y tornando entonces de nuevo la vista al espejo, sólo halló en él una nube de negruzco vapor que poco a poco se fue, disolviendo, y perdiéndose en el fondo de un inmenso horizonte, en cuyo termino vio reflejado el santuario de la virgen de Belén.

La Reina recobró a poco la salud y la alegría. Isaac, después de haber sido bautizado por el obispo de Segovia, tornó a Lisboa con Don Alonso, quien al informarse de maese Durán para tratar de libertarlo, supo que había muerto algunos días antes. Comprobando fechas Don Alonso halló que maese Durán había dado el alma a Dios corno un buen cristiano la noche misma y a la misma hora en que él entraba en Segovia con su buen amigo Isaac.

Por consiguiente, ¿quién era el maese Durán con quien viajó Don Alonso por los subterráneos del alcázar? No lo dice la crónica . pero harto lo sabían la Reina Doña Juana, el obispo de Segovia, Isaac el viejo, y el muy ilustre caballero Don Alonso Carvalho Rousinho de Moya y Castelnuovo.

La virgen del clavel. Cuento morisco

José Jiménez Serrano

Semanario Pintoresco Español. 1848. 190-92/198-200/213-215

Recuerdo agradablemente que cuando niño, acostumbraba mi buen tío a llevarme por las empinadas cuestas del Albaicín de Granada, hacia el severo convento de Santa Isabel la Real. Las oficiosas madres me llenaban de dulces los bolsillos, me abrumaban con preguntas y me agasajaban siempre corno mejor podían; mas yo ambicioso y descontentadizo, puse singular empeño desde los primeros días en visitar el convento -entonces era bien inocente mi deseo-. Llegada una pascua, cargado con un santuario todo cubierto de flores, entré por la severa portería cual si fuese un monaguillo de casa. Una venerable anciana me tomó de la mano, y dándome por entretenimiento un sabroso rosco de Loja, empezó a enseñarme las dependencias notables del edificio. Aquí la enfermería con su capilla triste y sombría, allí el gran patio gótico con sus cortinas blancas y sus claustros solitarios, silenciosos como las ruinas, después el coro con sus cuadros de Juan de Sevilla, sus rejas impenetrables y su santa melancolía, luego las celdas pobres, limpias y respirando tranquila bondad, los cuartos oscuros, sin adorno, retirados, donde en la cuaresma lloran sus culpas pasadas las de corazón fervoroso. Al fin salimos a un elegante corredor morisco que de filigrana parecía. Daba a un patio sembrado de flores, con setos de arrayanes, de gayombas floridas y de mejorana. Era el alfaji (patio) del palacio magnífico de Dar-la-Horra (casa de la honesta)[56], y formaba extraño contraste aquel voluptuoso apartamiento oriental con la sombría parte del edificio construida a la manera gótica. Bajamos al claustro, sostenido por columnas torneadas de mármol de Macael, con los capiteles miniados de azul, oro y carmín, atravesamos el jardín del centro, y fue la buena de la madre y se arrodilló delante de una pequeña capilla alumbrada por la oscilante luz de una lamparilla de plata. Hice lo mismo instintivamente y paré curiosa atención en el retablo. Estaba embutido en un arco árabe festoneado, lleno de labores de estuco que representaban bandas, divisas, flores, grecas y difíciles enlazados y coronado por una inscripción africana bañada de oro. El centro estaba ocupado por una virgen de talla correcta, como las de Miguel Ángel, que tenia los ojos elevados al cielo en ademán de súplica y un niño amparado entre los pliegues de su manto. Un broche sujetaba el manto sobre su torneado pecho: este broche era sobrepuesto, se asemejaba a un relicario, y al través del cristal circular, se entreveían las hojas secas de un clavel encarnado. Sólo el relicario fijó toda mi atención. Díjome la buena madre que me acompañaba, que allí hacia luengos años se guardaba una flor, y que por eso aquella virgen era de las monjas conocida con el nombre de la Virgen del Clavel, aunque antes se llamaba Nuestra Señora del Amparo. Pasáronse muchos años y yo no había podido olvidar aquellos claustros, aquel patio, aquella hermosísima imagen

56 Esta casa verdaderamente regia y de la que se conservan vestigios en el interior y exterior del convento que aquí se describe, fue un regalo de boda que Muley-Hacen hizo a su esposa Aixa, que por su virtud se llamó la Horra. Aquí se refugió Boabdil cuando escapó de la Alhambra. (Nota del autor)

de la madre de Dios, y su poético nombre; mas al fin una comadre ochentona que jamás pierde el jubileo, y que me trata con singulares distinciones me aclaró el caso que voy a contar en gracia de Dios. Si a pesar de todo te empeñas lector travieso, en sostener que gran parte es pura invención y mentira mía, no te dé mucha pena, que tal vez acertarás.

Corrían los primeros años del siglo XVI, y poco a poco los cristianos con duro cetro iban domeñando la desazón y descontento de los moriscos granadinos que veían usurpadas sus tierras y ocupadas sus propiedades por los soldados conquistadores.

Los palacios y las casas de Granada comenzaban a desmantelarse de sus bellísimos adornos orientales, los baños y los bazares se cerraban, las armas moriscas se prohibían y las mezquitas bendecidas por los sacerdotes de Cristo se tornaban en iglesias. Una campana resonaba sobre las almenas de la torre del Sol y sobre el opuesto collado (uno de los siete sobre que se asienta Granada, cual otra Roma) en lo mas encumbrado de la pendiente que da sobre la rauda, hoy plaza del Triunfo, y que forma en su falda la cañada por donde corre la calle de Elvira, se había construido una sencilla parroquia, la primera entre todas, conocida con el nombre de San Cristóbal por estar dedicada a este Santo.

En ella pues, y por los tiempos que decíamos, había un travieso sacristán, mozo en la flor de sus años, de ingenio agudo, robusto en fuerzas y sobrado en alientos. Lo mismo le cuadraba la sotana que el coleto de ante, y llevaba el hisopo con tanta desenvoltura como la espada de ganchos. Limpiaba los santos y acariciaba a las moriscas, era humilde con los viejos y daba cuchilladas a los bravos, y tal grandeza tenia en su descompuesta travesura que no se le importaba un bledo de las murmuraciones de todos, porque siempre fue de suyo irreflexivo y poco atento a consideraciones mundanas.

Mas obligación tenemos de fijar lealmente todos los rasgos de su carácter: llegaba un jubileo y su iglesia más que parroquia parecía oratorio de monjas; se daba un rebato, y su tizona brillaba la primera. Querido de las hijas, maldecido de las madres, protector de pequeños, temido entre valientes, tocador de guitarra, cantor de trovas, franco, gastador y buen mozo, su fama se extendía por todo el Albaicín y aun llegaba a la rondilla y al rincón de vagos.

Profesábale el cura singular amor por haberle criado desde niño, y severamente le aconsejaba para que dejase su carrera de perdición, conteniendo también sus arranques en bodas y bautizos, mas como bondadoso y dócil acababa el buen ministro del Señor por arrinconar su gravedad oyendo las chuscadas y bernardinas del huerfanillo (así le llamaba el párroco), y se alejaba de su presencia temeroso de provocar los alientos y endiabladas aventuras del mozo.

Juan, quería como a las niñas de sus ojos al buen cura, su tutor, y respetaba sus palabras y veneraba sus acciones; pero sus propósitos de arrepentimiento duraban menos que las nubes de verano. De repente la enmienda del mancebo comenzó a ser notable: abandonó sus rondas estrepitosas, andaba cabizbajo y cejijunto, los ojos mortecinos, la gorra encasquetada y, con aire y porte de hombre colérico consigo mismo, ensimismado y con penas.

Nadie podía dar con la causa y origen de semejante trastorno y sólo una vecina curiosa y habladora columbró que a deshora de la noche con paso de zorra, recatado de todos en el embozo de una larga capa, rondaba la casa de una morisca, encomendada para su conversión al cura, por encargo especial del Arzobispo.

Poco sabían las comadres acerca de aquella mora; pero corrían voces de ser singular su hermosura y extraordinario su gracejo para los cantos y danzas orientales.

Amina, pues tal era su nombre, estaba en la mañana de la vida. Hija de un noble Zegrí (que fiel a toda prueba, murió gloriosamente en los muros de Loja), había quedado bajo la guarda de un muy distinguido morisco lleno de años, con premáticas entre los suyos y de gran valer. Celoso el buen musulmán de los usos y creencias de su raza, ocultó para todos el tesoro que se le había confiado y se deleitaba en la crianza de su hija adoptiva que más hermosa y discreta era, mientras más entraba en días. Siempre llevó Amina los trajes ricos que gastaban las moras granadinas de otros tiempos, apenas entendía el aljamía cristiana y hablaba con singular perfección el sonoro y poético idioma de sus mayores. Nunca pisó las tortuosas calles de la ciudad, ni vio más campo ni tierras que el jardín de su guardador.

Los bandos crecían y rigorosos, ningún niño podía ser educado en la ley de Mahoma y las públicas oraciones se prohibían. Los ojos de la inquisición estaban muy abiertos; mas de todo se libraba el moro y Amina seguía oculta en sus afiligranados alhamíes como una esmeralda engarzada en plata o como una perla dentro de su concha. La muerte vino a deshacer aquella obra con tanto afán conservada.

Amina rayaba en los quince años y era un portento de belleza: entonces fue descubierta en su retiro, porque su guardador dejó de existir, sin tener a quien encomendarla, que de su confianza fuese.

Llegó a oídos del celoso Arzobispo el abandono de aquella infiel, y por aviso especial el cura de San Cristóbal, varón de grandes virtudes, anciano de extremada mansedumbre y dulzura, se encargó de catequizarla. Con ella habían recogido a un su hermano, que fiero ya en su adolescencia, se fugó no sin intentar el llevarse consigo a Amina. Ésta, pobre paloma sin hiel, pura como los ángeles, llena de amargura por la muerte de su segundo padre, sola como la flor de los valles, recibió con sabrosa admiración las palabras de consuelo que el párroco derramó en su oído y su corazón se hizo cristiano, antes que comprendiese su entendimiento las eternas verdades de la religión divina.

Despertóse su alma herida por el dolor y fortificada por la creencia, cayó la venda de sus ojos y otro mundo riente, bañado con el sol de la verdad y de la poesía se desplegó ante sus ojos y engrandeció su pensamiento.

Otras pasiones también se despertaron en el fondo de su pecho que la llevaban a lugares sin fin, sin luz ni color; mas las santas advertencias del cura calmaban el fuego de su alma africana, y saboreando las agradables prácticas de su nueva religión, sentía dulce calma y bienestar suave. Parecía sin embargo, que estaba destinada por Dios a sufrir, el dolor había punzado con sus ardientes espinas las delicadas alas de su corazón; el amor arrojó una tea en el pecho de Amina y todos los sufrimientos, las tormentas, la fatiga, y las tumultuosas alegrías, entraron de tropel por las puertas de su alma.

Una noche de agosto oyó a los pies de su ajimez una canción melancólica y de amores que entonaba con voz limpia, argentina y cadenciosa el sacristán de San Cristóbal, y tal atractivo, tan misteriosa simpatía ejercieron en su corazón aquellas dulcísimas notas, que abandonando el mullido cojín de terciopelo se atrevió confusa, recelosa, a echar una furtiva ojeada, al través de la celosía sobra el cantor nocturno. Frente de la ventana estaba Juan tañendo una guitarra con destreza y un rayo de la luna bañaba su frente despejada,

altiva, se reflejaba en su cabellera negra, y dibujaba su gallardo porte y altanera compostura. Sus ojos mas melancólicos aun, por la tibia luz de la hermana del sol, se elevaban al cielo como demandando consuelo a sus pesares, y su boca entreabierta dejaba escapar muellemente aquellos sonidos que tan de lleno penetraron en el corazón de Amina.

Apenas divisó al galán quiso retirarse la morisca; pero los encantos de la armonía y la dulcísima atracción que emanaba de aquellos hermosísimos ojos, de la apasionada expresión de aquel semblante, la sujetaban en el calado arquito del ajimez. Poco a poco la canción fue más tierna y amorosa, más sentida, más vivos y luminosos los rayos que de aquellas negras pupilas se desprendían, y la hermosa estaba como colgada de la musita y del mirar.

Distraídamente había cortado un clavel rojo como el carmín de las macetas que adornaban el ajimez.

El cantor terminó su trova y ella entusiasmada y con lágrimas en los ojos arrojó la flor que vino a caer a los pies de Juan. Cuando la vio oscilar mecida por el viento, cuanto tocó el pavimento de la calle ya estaba arrepentida la niña; mas con gozo y contento vio al sacristán inclinarse, recogerla con presteza, besarla con pasión y desaparecer como por encanto.

La torre de la iglesia parroquial de San Cristóbal, domina los cerros de la ciudad, las casas todas y la campiña feraz y amenísima. Desde los arcos de su campanario se descubren a vista de pájaro las azoteas, los corredores moriscos, los patios y los jardines; desde allí parece en realidad la Damasco de los árabes, la Elvira de los romanos, la maceta de albahaca de los jardines de Andalucía. Una granada partida en siete cascos, cuyos granos son los rojos tejados de las casas.

Colocado en esta atalaya, había visto el sacristán a Amina regar las plantas de su huerto (que casi tocaba con los muros del santuario) y en aquellas alturas nació su pasión, vigorosa con la juventud, ardiente y emprendedora por la fogosidad de su alma y su natural entusiasmo.

Horas enteras pasaba Juan, de pechos sobre el pretil, mirando a su amada recorrer los arriates y las macetas de claveles, más hermosa que todos ellos, más pura y mas ligera; allá en su fantasía de enamorado la comparaba con esas hadas que vemos en nuestros ensueños de niño recostadas entre las flores, mecidas por el viento en una nube de oro y coronadas de estrellas.

En la mañana que sucedió a la nocturna serenata, aún no había rayado la claridad del alba por las cumbres del Veleta, cuando ya nuestro sacristán ocupaba el alto mirador. La noche fue para él eterna, de agitados insomnios, de convulsivos movimientos de fatiga, de calor, de esperanza, de vértigos, de colores y de felicidad. Subió brincando por los triangulares peldaños, y se paró agitado y como satisfecho de sí propio, al observar que la ciudad dormida se extendía cual una niebla abigarrada, sin formas distintas, semejante al mar en calma, sin más luz que los tenues reflejos del crepúsculo.

—Es temprano—dijo en sus adentros—, y un rayo de placer encendió sus ojos apagados con las angustias de la velada. Sacó el clavel que principiaba a marchitarse lo examinó con ternura, lo beso una y mil veces, y lo guardó en el seno, buscando en aquella flor, prenda de su querida, frescura para templar el ardor que le devoraba el corazón.

Una corona de fuego empezaba a ceñir la cana frente de la Sierra Nevada, y sus picachos vestidos de hielo, despedían centellas como una diadema de brillantes. Torrentes de luz rosada bajaban por las laderas de la montaña, inundaban los valles, daban reflejos a las azoteas y terrados, y claridad a las calles y a los patios. Los ruiseñores, los gorriones, los petirrojos que dormían en el jardín de Amina entre los laureles y los cipreses entonaron sus alegres y bulliciosos gorjeos. La brisa empezó a extender lentamente sus alas. Juan se recostó en el antepecho del arco mayor de los que miran al collado del aceituno.

La veleta y la cúpula vidriada de la torre se pusieron como el oro, el sacristán sintió un relámpago en los ojos, miró al oriente y vio asomar por entre las nieves convertidas en púrpura el ancho disco del sol. Al mismo tiempo una mujer aérea como las nubes blancas, entraba en el jardín de Amina. Llevaba una túnica de lana más limpia que la piel del armiño, con rayas de seda carmesí, y sus negros cabellos estaban envueltos en una red de oro. Impío el sacristán como todos los enamorados, irreverente a fuer de monaguillo, creyó al principio que aquello se asemejaba a un arcángel. Mas no; era ella que venía con intención de regar su jardín. Juan la vio estático por algunos segundos: después, saliendo de su arrobamiento, tomó el cable asido al badajo de la campana que servia de dosel a su cabeza, y sin separarse del arco, con notable exposición, empezó a tocar las campanas del alba, con un desenfado que más parecía son de rebato o repique de fuego. A seguir de tal manera, el barrio y la ciudad toda se hubiera puesto en arma. Pero Amina calmó aquella tormenta levantando sus ojos lánguidos (que también para ella fueron de tormento las horas de la pasada noche) hacia el alborotado campanario.

La mirada de los dos amantes se encontró en medio del gran espectáculo de la alborada, en la poética y sentida hora de la oración de la mañana. Sus corazones desde entonces se ligaron para siempre y su vida fue ya semejante a la de esas palmeras que crecen en las islas de flores y de verdura del desierto, una para otra y sin más destino que entretejer sus hojas, que cambiar el aroma de sus frutos y vivir con la frescura del arroyo que riega el pie de entrambas.

Horas enteras pasaban los amantes por cien varas separados, unidos por el amor; y así se deslizaron días y días sin que otro pensamiento acudiera a su alma.

Amina, africana de sangre, mora en sus costumbres, cristiana en sus creencias, quería al travieso sacristán con el fuego del desierto, con el voluptuoso abandono de los orientales, con la poética humildad de la mujer esclava de su galán, con la intensidad y espiritualismo de la religión cristiana. Juan estaba loco y muestras de ello daba a cada paso en sus distracciones fatales. El cura no sabia cómo explicar tanta mudanza; el joven vocinglero y calavera, atolondrado y bailador se había convertido en un calladísimo y prudente mancebo. Por fraile pasaría al ver su compostura y rostro macilento, si no diese continuos escándalos con sus irreverentes olvidos. Ni la casulla estaba a tiempo, ni los altares limpios, ni la iglesia barrida, ni las hostias prontas, ni animado el jubileo, ni acordes las respuestas del oficio divino. Las honradísimas comadres, llenas de religioso celo y con la más sana intención, murmuraban en el atrio de la parroquia viendo el cambio de Juanillo y hubo más de cuatro que dieron por seguro su hechizamiento, si bien otras se inclinaban, apoyadas en sucesos semejantes, a que tenía demonios en el cuerpo, afirmando que no se vería curado sin su estolazo y exorcismo.

¿Qué le importaba al sacristán de todo ello? ¿Qué es el mundo para los que viven de las ilusiones del corazón? Un árido camino sin más sombra amiga que la señora de sus pensamientos, un arenal sin más riqueza que los tesoros de su amor; y ¡ojalá que nunca quisieran beber del purísimo raudal que llena de frescura y de flores el valle de su vida!

El sacristán no contento con ver libremente a su dama, no satisfecho con el misterioso lenguaje que lleva la luz de la mirada, el aura de los suspiros, quiso apurar la copa y regalarse con el sabroso licor de otros goces.

Arrojó una carta al jardín escrita en algarabía para hacerse entender mejor de la morisca.

Dos noches después al pasar recatado al pie de la celosía de Amina, un ramo de flores cayó a sus pies y conoció que era un mensaje viendo la singular colocación de los jazmines, de los claveles y del arrayán. Ufano partió a casa de una vieja renegada, tendera al pormenor, habladora como pocas, y muy sabida; ésta le explicó lo que ya su corazón adivinaba.

—Picarillo—le decía la comadre después de examinar las flores—, siempre lo mismo. Una cita de amores, y a la noche, te da esta dama. En verdad que es principal a juzgar por el cordón de seda y oro con que está cogido el ramo. Buena suerte, bribonzuelo. ¡Quién tuviera tus años!

Amor, risas y gozo van juntos según algunos amadores. Mas parece que nunca sintieron latir en su pecho un corazón amante los que tal doctrina sentaron; porque la melancolía, el dolor y la amargura son fieles compañeros de los que aman y sus alegrías son delirios que dejan luego honda pena y tristeza sin cuento. Son para ellos como la brillante lucidez del calenturiento; sueños azules primero, postración y estupidez después.

Juan así creía llegada la hora de la felicidad y el huérfano recordaba todas sus desgracias pasadas, su aislamiento y sus pequeñas miserias para regocijarse más con el presente contento. Miraba el trabajoso desierto de su pasada vida para descansar más satisfecho en el valle delicioso de las próximas caricias de Amina.

Doce horas pasó luchando el mancebo, doce horas eternas, angustiosas y que valían por doce años de la vejez; apuró en ellas todos los sufrimientos. Lloraba, reía unas veces, se pasaba la mano por la frente como para arrancarse un mal pensamiento y otras quería clavar sus crispados dedos en el sitio donde sentía latir agitado el corazón.

Ni contar, ni discernir podemos el bullicio de ideas malas, buenas, alegres o amargas, de recuerdos, de impresiones que en el fondo de su pecho se movían con presteza inconcebible, asomando unas, asentándose otras, volando las mas; que los secretos del corazón sólo Dios que mide y pesa los humanos juicios puede verlos distintamente.

Llegó la noche y la hora de las once (para las doce era la cita) y la decisión urgía. Juan no había tomado ninguna. Arrastrar en el cieno del vicio al purísimo ángel de sus amores, destrozar el corazón de la única persona que nos da consuelo y apoyo en el mundo, y borrar nuestros más queridos y santos recuerdos, no es cosa para hecha de tropel cuando se tiene virtud en el alma.

El joven revuelto en su manteo, con el sombrero calado hasta las cejas, había dado mil vueltas por los angostos callejones del Albaicín y su cuerpo estaba tan fatigado como su alma, su mente estaba turbada. Se halló cerca de una taberna, teatro de sus anti-

guas locuras, y empujando con el marcial desembarazo del aturdimiento la puerta, se coló en un oscuro y sucio portal.

Un candil de hierro goteando aceite negruzco y con un pabilo enorme, alumbraba cuatro cacharros de barro y hasta media docena de vasos de peltre colocados sobre una mesa de pino que tenia por cabecera un tonel. Alrededor del cuartucho ahumado había algunas mesas largas con sus correspondientes bancos ocupados por dos grupos de bravos que hablaban desacordes, gritaban, juraban, blasfemaban o cantaban con voces cascadas y estropajosas. Uno de ellos, mozo de balumba, con espada de ganchos y broquel doble, mal carado y perdonavidas, reconoció al monaguillo y todos al punto hicieron lado con marcial alegría y brutal franqueza. Vinieron cantares, dio vuelta al corro un jarro y tomó mayor incremento la broma. Juan bebió con avidez y mucho.

Aquella honrada compañía sufrió, sin embargo, sobresalto repentino. Se oyeron los pasos de la ronda y cada cual tomó la del rey por evitar entrevistas y coloquios con alguaciles y alcaldes, gente de suyo escrupulosa, entrometida en vidas ajenas y murmuradora de pecados leves.

El sacristán y Corbacho (así era llamado el temerón que divisó primero a nuestro héroe) se quedaron solos y la ronda pasó sin topar en aquella huronera.

—Juan, a la punta y finiquito del suceso—dijo Corbacho luego que todo estuvo quieto y solos entrambos—, los amigos van con los amigos. Suelta rienda a las penas, que magín tengo para ponerte consuelos, y alientos para vengar tus agravios. Agradecido soy, mas que lo nieguen mujeres, y siempre está en la plaza de mi memoria la noche que hiciste cara a tres blancos que venían sobre mí para echarme al *finibus terre*.

El mancebo no deseaba otra cosa, contó lo que en su corazón pasaba y con su vehemencia aquel buen amigo como que vaciló por los primeros instantes. Luego echándose el alma atrás y avergonzado de sí mismo soltó una carcajada, bebió un trago y con aire compasivo repuso:

—Voacé tiene mucho de nuevo en estos lances; apure ese moscatel, y oiga el consejo de un lobo con el corazón muy duro. Cuando suenen las doce y esté la gente asegurada, tomas una escala de cuerda que para otros usos guarda el señor Abispa, y que tendrá oculta de envidiosos entre esos toneles; te aseguras bien el cinto y requieres la daga; te cuelgas de la pretina este broquel que no lo pasa una china de arcabuz; el sombrero hasta los ojos, la capa mas cerrada que una nube; y con aire a lo valiente te vas a casa de la moza, y déjame en la bocacalle que rematado quedará quien se venga a buscar el hombre, porque cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Juan no contestó; seguía bebiendo.

Sonaron en esto los tres cuartos para las doce en el reloj del Salvador y se levantó con presteza, tomó el último trago, pidió al señor Abispa (que era el honrado tabernero) la escala y con prudencia notable le fue entregada. Siguió uno por uno los preceptos de Corbacho, y arrojando unas monedas sobre la mesa salió seguido de su amigo.

La noche estaba como de boca de lobo, convidando a malas acciones y capaz de poner miedo en corazones de bronce. Silbaba el viento, el cielo parecía una losa de mármol negro y truenos y relámpagos despedían las nubes de que estaba vestido el firmamento.

—Toma pies que el asunto no es de valentía—dijo Juan con voz ronca.

—Tus razones me ofenden....

—Calla: y supuesto que los amigos son de los amigos vete a casa de la Pintada que allí daré con mi persona cuando falta me haga tu ayuda.

Insistió Corbacho: pero el sacristán por pocas monta en cólera y al fin tomó el bravo el portante hacia su casa jurando cada vez que tropezaba.

La oscuridad era tan grande que el mancebo aguardaba la luz de la tempestad para guiarse, y aun a la claridad de los relámpagos las calles estaban confusas para sus ojos. Tal peso sentía en la frente que apenas sostener podía la cabeza, los objetos que divisaba giraban formando madejas de colores.

Dieron las doce. Un relámpago iluminó la casa de Amina. Juan estaba al pié de su ajimez desdoblando la escala.

Después del relámpago, la oscuridad se hizo impenetrable, densa, y Juan cerró los párpados involuntariamente. Las madejas enmarañadas de colores se perdieron poco a poco en un mar violado, por donde pasaban aristas de oro. Anchos celajes de sombra inundaron aquel océano de venturina. El sacristán sentía pesadumbre alrededor de la cabeza como si la tuviese ceñida con una barra de plomo caliente, mortal decaimiento corrió por todos sus miembros, entreabrió los labios y se apoyó sobre el muro

Sintió sin darse cuenta de ello (tal vez en el fondo de su alma) que subía por la escala de cuerda con paso firme. Tropezó con la celosía persa, y abarcándola entre sus robustos brazos la desencajó del marco. Las macetas de arrayán, de claveles y de azucenas de ajimez le enviaron su perfumado aliento, y por entre el ramaje vio una estancia blanca como el nácar, y semejante a una taza chinesca.Arrojar la capa, deshacerse de la celosía, apartar los búcaros de las flores y penetrar de un asalto en aquel recinto encantado todo fue obra de un punto.

Nunca a los ojos del travieso monaguillo, presentose espectáculo semejante. Estaba en un templete morisco con paredes de filigrana y cornisas de encaje, cerrado por una cúpula de alerce y ébano. El pavimento era de mármol y un surtidor de agua olorosa saltaba en el centro de un reducido mar. La luz salía al través de unas lámparas transparentes de mármol de Macael, ocultas entre las flores que adornaban los ángulos del recinto y mezclándose los rayos débiles de la luz artificial con los reflejos de la luna que penetraban por las claraboyas estrelladas de la cúpula y por el calado de los muros formaban un conjunto semejante a la claridad de la alborada.

Sobre una piel de tigre, en un almohadón carmesí con alamares de oro estaba sentada Amina ensartando las perlas esparcidas de un collar. Al ver a Juan, dio un grito penetrante y quiso huir pronta, como una gacela cuando siente el rugir cercano de un leopardo. El mancebo con aire resuelto cogió las sueltas puntas del riquísimo cinturón y la detuvo.

—¿Huyes; señora mía, de quién viene a buscarte?—dijo con amargura y amor al tiempo que la traía hacia sí dulcemente—. ¡Huyes de quien te adora con toda su alma¡

La niña volvió el rostro con infantil rubor y se dejó conducir a un alhamí que enfrente había, ocupado con el magnífico lecho de la morisca.

Ambos se sentaron en el borde del poyo alicatado y así comenzó sus razones Amina.

—Cuánto deseaba tenerte a mi lado, abrasarme en la luz de tus ojos y oír tu voz tan querida!... ¡Temí que no vinieras! Ya se han volado las golondrinas a la tierra de mis padres y con ellas todas las alegrías.

—¿Por qué no venir? ¿Quién puede colocarse entre los dos? Tú, mía para siempre, yo, tu mas rendido esclavo. ¡Cuán hermosos son tus cabellos azulados rizos! ¡Cómo brillan tus ojos dulcísimos!.... Aroma de jardines exhalan tus labios. Déjame estrechar tu talle, déjame beber la vida en tu boca.

El sacristán ciñó con su brazo la torneada cintura de la mora y selló con un ardiente, suave y voluptuosísimo beso la boca de coral. Estremeciose de placer la joven, y Juan sintió que la sangre se encendía en sus venas. Parecía que un huracán caluroso rodeaba sus frentes y cegaba sus ojos.

Mas de pronto Amina colocando su breve mano sobre el pecho de Juan, le retiró de sí, y volvió el rostro.

—No—dijo con acento melancólico y fatal—, aléjate de mí, que Dios nos acecha con los ojos de su ira. Este lecho es el de mi padre, y la hija que mancha la honra del que le dio la vida, morirá para siempre. La tribu arrojaría piedras contra mí, la virgen apartaría su manto que ahora extiende sobre mi cabeza y llamas sin fin me aguardan luego. ¡No, no, aléjate de mí!

—Amina mía, olvida tan siniestros pensamientos. Tu padre era un infiel, y ¿quién de tu tribu pondría airados los ojos en la presencia tuya?... Dios se olvida de nosotros... Olvidémosle también. Dios mató a mi pobre madre. Dios me tiene solo en el mundo, Dios me prohíbe que te ame...

—Calla—interrumpió la conversa, aterrada con tanta blasfemia—, calla y no pronuncies esas palabras en esta estancia, porque a luz de la luna, la sombra de mi padre se dibuja en las paredes.

—Salgamos, pues, de aquí, el mundo todo es nuestro. Salgamos, sí; que yo he de pasar mi vida a tu lado: aliento con aliento, alma con alma.

—Lejos sí, lejos de estas tierras donde soy oprimida, lejos de la sombra de mi padre.

Y como fascinada la mora se dejó arrastrar por el monaguillo, que sin saber cómo, se halló en la puerta del jardín y sintió la impresión del viento, y el frío de las anchas gotas de las lluvias de otoño.

Borrasca de mar parecía la tormenta que sobre Granada descargaba en aquellas horas. Amina horrorizada con la tempestuosa noche se asió fuertemente del sacristán. que requiriendo el broquel y la daga, y cubriendo cuidadosamente a su amada con los anchos pliegues de su capa, empezó con resuelto paso a cruzar las sombras y a perderse por el laberinto de calles que parten por los ángulos de la irregular plazuela de San Cristóbal.

La tormenta crecía. Cuatro pabellones de nubes espesas y negras, como la boca de una sima, se disputaban el ancho espacio de la bóveda celeste, afirmadas cada cual, como los Titanes de la fábula, en las crestas de los opuestos cerros. La tierra temblaba con el horrible fragor de los truenos, y las montañas vecinas enviaban, cual una piedra despeñada, cien ecos aterradores. Las gotas de la lluvia parecían granizos, los granizos piedras. El viento rugía como un león aprisionado, y formando remolinos cargados de agua y nie-

ve se estrellaba en los muros y pasaba arrastrando su cabellera, con gritos y quejidos, por las estrechas callejuelas.

Juan y Amina, desafiando la cólera de los elementos, vagaban por las calles, sin saber adonde se dirigían. Los delicados pies de la morisca se ensangrentaron, y sus miembros todos se llenaron de mortal fatiga. El sacristán sudaba y trasudaba, tenia trabajosa la respiración y el torbellino que en su cerebro bullía era causa de que fuese mayor para él la confusión y la oscuridad.

El combate de los cielos arreciaba. Extendiendo sus negras olas y a toda fuerza de viento se entrechocaban las nubes descubriendo a jirones la bóveda azulada. Ceñían con sus bandas de vapores, los altos picachos del Veleta, queriendo derribar el coloso que les impedía desparramarse por el mar, se revolcaban en las laderas de las peñas de Parampanda y cubrían de luces las puntas de Sierra Elvira. Mangas espesas de nutridas gotas de agua enviaban sobre la dormida ciudad y cada calle era un torrente, cada plazuela, un lago.

—¡Detente Juan—dijo llena de terror Amina—, detente! ¡Que la voz de Dios se oye entre los gritos de tormenta y los espíritus se quejan en los remolinos del huracán!

Un relámpago con claridad mas vívida que los reflejos de un brillante al sol, partió a este tiempo del seno de una nube y con serpientes y flechas de fuego encendió la atmósfera y puso como una ascua de oro las nubes y las montañas. Los cipreses de la rauda[57] cercana se coronaron de fatídicas lenguas de llama y los edificios y las torres cubiertos de ígnea aureola parecían incendiados. El mancebo reconoció que se hallaban de nuevo, después de tantas vueltas en la plazuela de San Cristóbal, al pie de la torre de la iglesia en la puerta de la casa de Amína....

Tan extraño acaso amilanó más y más a1 fiero mancebo. Siguió al relámpago un trueno espantoso. El sacristán creyó que el cielo se desplomaba sobre su cráneo. Las campanas respondieron a los cielos con un toque como de agonía. Los cabellos se erizaron sobre la frente del atrevido mozo, y toda su piel se contrajo como al soplo de una brisa helada. Estrechó a la morisca contra su corazón y se embutió temeroso, huyendo, en el dintel de la puerta de su amada

Otro relámpago menos vivo y más prolongado aumentó su angustia con nuevo y horrible espectáculo. El cura se presentó a los ojos de los amantes envuelto en sus hábitos negros. Y dirigiéndose al huérfano con rostro airado y voz tremenda le dijo:

—La maldición de Dios llevas grabada en la frente. ¿Dónde irás que no te la lean? Suelta infame tu presa, y no desgarres la inocencia de esa palomilla.

—Dejadme, señor, dejadme—repuso el mozo con la reconcentrada ira del criminal sorprendido—, he pisado la carrera del crimen y mis ojos están ciegos.

—No, miserable, delante de Dios tu ira es impotente—al tiempo que esto decía asió el sacerdote del brazo a Juan, con tal fuerza, que sus dedos parecían garfios de hierro.

—Soltad, y libre dejadme el paso.

El párroco sacudió fuertemente por toda respuesta al monaguillo y apoderándose de Amina oculta entre los pliegues de la capa intentó separarla del mancebo.

—¡Soltad, señor, que una nube de sangre rodea mi frente!

---

57 Por cima de la plaza del Salvador, existe todavía una cruz gótica, rodeada de cipreses, llamada Cruz de la Rauda, o del Panteón, porque allí hubo en tiempo de moros un cementerio, que después fue bendecido,

—No

—¡Pues toma, viejo imbécil!

Juan acompañó estas palabras con una puñalada que fue derecha al corazón del cura. La claridad de un relámpago lejano iluminó la hoja sangrienta de la daga, y la sorda caída del anciano. La morisca se desmayó dando un agudísimo grito.

Juan la levantó con sus hercúleos brazos, y dio a correr con la velocidad de un ladrón o de un ciervo herido.

Callóse el viento. La lluvia era tan espesa como el grano en las espigas.

El sacristán siguiendo en su carrera, sintió que el terreno declinaba y oyó la voz del río allá en la hondura. Estaba en la cuesta del Chapiz. Nuevas alas tomó conociendo el terreno. Saltaba por la pendiente, como una bola despedida por mano diestra. Llegó a la orilla del Darro escarpada y elevadísima; un relámpago protector le enseñó el puente de troncos que servia de pasadera. Entró por él con valor, levantando en alto y como en triunfo a su amante.

El cimbrear de las vigas le indicó que estaba mediando el pasaje, un paso más.... Cayó; se perdió en el espacio, dio una vuelta y luego veinte, todo su cuerpo se descoyuntó como el de una culebra cuando se sacude, y oyó las aguas del río que con salvajes mugidos le esperaban; quiso gritar y le faltó aire en sus anchos pulmones.

La voz de la morisca rompió el viento con eco desgarrador.

—¡Virgen mía del Amparo!—pronunció vuelta en sí con el peligro.

Un ángel veloz como la luz llegó a la hondura cuando tocaban los amantes el encrespado oleaje del Darro, y asiendo del cabello a Amina la levantó con presteza prodigiosa en medio de un luminoso y aromático vapor.

Juan en la agonía, luchando ya con la corriente se asió de la orla brillante de la vestidura del celestial mancebo buscando salvación también; pero de la misma oscuridad de la sima salió una deforme figura con sulfúreos y cobrizos reflejos de fuego, que dando al robador una furiosa patada en el corazón le envió a lo profundo de las aguas.

.....

Despertó a este tiempo el sacristán y se halló al pie del ajimez de Amina, recostado sobre la escala por donde había intentado subir. Pasó la mano por su frente, se recogió el cabello con terror y recorrió con la vista todo el espacio que le rodeaba.

El alborada tendía su red de seda rosada por los alcores y los caseríos de la vega que como barquillos empavesados blanqueaban en aquel mar de esmeralda. Suavísimo perfume exhalaban los arriates de flores de los cármenes cercanos. El cielo está límpido y sereno sin huella alguna de la pasada tempestad. El suelo apenas mojado. Palpaba sus miembros fatigados el mancebo, dudaba de su propia existencia, levantóse y vio la celosía del ajimez de su amada, cerrada como un cancel misterioso y dejando apenas sobresalir a las flores, oyó un suspiro y recogió del suelo un clavel encarnado, prueba de amor, que cuando pasaba de mañana a tocar las campanadas del alba, le concedía siempre la mora. De seguido vio venir al cura con agrado y dulce sonrisa en los labios

—Picaruelo, me has ganado por la mano esta mañana. Bueno es el madrugar. Sube y toca a misa después de dar el alba, que hoy quiero despachar temprano.

Juan estaba como alelado, ocultó como pudo la escala, acortó el tiro de la espada, siguió maquinalmente al cura y tomó las escaleras de la torre.

Tocó las campanadas del alba, después los compasados golpes que sirven para convocar los fieles al santo sacrificio de la misa, preparó el recado v con recogimiento extraordinario ayudó al cura en la celebración del oficio divino, Todo el día le pasó nuestro sacristán abismado en reflexiones y con señas en el rostro de hallarse dominado por una impresión profunda de terror. El sueño horrible de la noche anterior no le dejaba un punto y caminaba su cerebro hacia la locura. Al siguiente día con lágrimas en los ojos se llegó al buen párroco, su padrino y le pidió que le oyese en confesión general, suplicándole después que le concediese permiso y protección para entrar en la nueva orden cartujana del Paular que fundaba en Granada a expensas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdova.

No hubo humanas fuerzas que su voluntad cambiasen y pasados algunos meses era ya lego Juan de tan rigurosa orden con notable admiración de las murmuradoras del barrio y no poco descontento de las enamoradas del gallardo porte de nuestro héroe. Mas como en la misma semana en que acaeció tan inopinada conversión tomó el velo en Santa Isabel la Real, Amina la morisca, el caso picó en historia y excitó las públicas cavilaciones. Nosotros dejando a un lado habladurías daremos fin a nuestro verídico cuento, pues la parte mas trágica nos resta.

Extramuros de la ciudad (sabido es que hablamos de Granada), por la parte del Norte, sobre una collacion de las más vecinas descollaban las ruinas de una atalaya, a cuya sombra había una mal oculta sima que daba entrada a un aljibe sin agua, de tanta extensión y estructura que se asemejaba mas a suntuoso salón de soterrado palacio. Cuatro eran sus naves y ocho los robustos y altísimos pilares que sostenían las elegantísimas bóvedas apuntadas, que con elegantes arcos se enlazaban. Bañados sus muros con roja v brillante mezcla de búcaro guadijeño, engalanados sus rincones con petrificaciones caprichosas, cubierto de blanco mármol su pavimento, no parecía destinado aquel lugar magnifico a ser centro común y reunión de los monfier más fieros que por aquellos tiempos inundaban los campos granadinos.

Eran estos monfier, moriscos fanáticos que exasperados por las injurias de los cristianos recibidas, o airados con la humillación de su grey, de su Dios, de sus leyes y de los tratados, se habían huido a los bosques y lugares escondidos de los campos para vengar cruelmente con tormento y martirio de cristianos el recibido daño, o tal vez el impensado insulto.

Los que en el aljibe se reunían eran salidos del Albaicin y con sus feroces hazañas tenían aterradas a las pacíficas gentes cristianas y en reserva a los mas valientes de la soldadesca. A la ocasión presente (un año después de ser monje nuestro monaguillo y profesada ya la catecúmena Amina) acababan de perder su jefe en un encuentro con la gente de los cuarteles de San Lázaro y andaban a la desbandada sin dar golpe de provecho, ni combinar sangriento asalto. Para remediar esta inercia secretamente se habían reunido y conversaban, a la lumbre de unas teas en el aljibe que hemos descrito; pero aunque todos se hallaban animados de vengativos deseos era imposible compaginarlos para la elección de un jefe, pues un anciano Dervix que con proféticas y elocuentes voces los exhortaba contra los cristianos tenia secos los ojos por el fuego de la inquisición y mutilados todos sus miembros.

La noche se promediaba sin decidir nada de provecho, todos aseguraban obediencia, mas cuando alguno se proclamaba capitán, la reunión era un tumulto y brillaban las armas, cruzándose amenazas horribles y gritos de sedición.

—Retirémonos, hijos—exclamó desconsolado el anciano—. Dios grande, eterno, invisible que todo lo sabe y todo lo ve, nos enviará un hombre privilegiado para que como el santo profeta os guíe contra los enemigos de su ley que con eterna maldición confunda .

—Sí, en nombre de Dios vengo yo, para guiaros a la matanza y llevar delante de vosotros la tea del incendio y la gumia que se afila en las entrañas de los enemigos y se purifica con la sangre que destilan sus corazones.

Y al tiempo mismo dando un salto de pantera apareció en medio de ellos un mancebo que apenas rayaba en el fin de los tres primeros lustros de la vida. Estaban rotos sus vestidos, descalzos sus pies, descubierta su cabeza y descompuesta su corta y avedijada cabellera. En la una mano traía una rica gumia desenvainada y en la otra una brillante tea de resinoso pino de Armilla. Sus ojos despedían fuego, sus labios hinchados, su afilada nariz, su despejada y altiva frente inspiraban respeto, porque aparecían rodeadas con el aureola del entusiasmo.

—¡Noble hijo de Harmez! Dame los brazos que si mis ojos no pueden contemplar tus nobles facciones, mis oídos se han regocijado oyendo el áureo murmullo de tu voz. Si; tú eres el jefe que Alá nos envía con su santa y omnipotente mano—esto dijo el venerable Derbix, todo conmovido con aquel inspirado acento.

—Sí—repuso el joven—humillaos monfíes que soy Ben-Harmez, el más noble de los zenetes. Tended vuestras marlotas para que pase el capitán que os envía Alá que da la victoria y decide las batallas con el aire de los pliegues de su manto.

Aquellos hombres endurecidos en el crimen y en la guerra, subyugados por el acento del imberbe y audaz rapazuelo, cruzaron sus brazos ante el pecho y doblaron humildes la frente.

—Ensalzado seas, Señor que con tus ojos dominas la extensión del universo y que has dejado llegar hasta mis labios la copa de la venganza

Y oyendo las campanadas de las doce en un reloj de la ciudad cesó en su oración y dijo dirigiéndose a los monfíes el improvisado general.

—Cerca de este lugar, levantan un templo y habitan paganos sacerdotes de Castilla, corramos a desgarrar sus vestiduras y a extinguir con su sangre las lámparas no encendidas en la mezquita ¡Guay! *¡Alá juma subafana ju*![58]

—*¡Alá achbar!*[59] contestaron todos, y dejando al anciano Derbis, que en las ruinas habitaba se lanzaron apagando las teas en seguimiento de Harmez que hacia la cartuja comenzó a guiar con cautela.

La arrea primitiva del monasterio cartujano estaba concluida, mas no la Iglesia ni los claustros; si bien la capilla mayor estaba habilitada para en ella celebrar los divinos oficios. En una pobre casa de tierra habitaban los cuatro monjes más ancianos venidos de las cuevas, y de los otros dos, el donado guardaba la portería del cercado y el lego (que era

58 ¡Hágase la voluntad de Dios! (Nota del autor)

59 ¡Dios es grande! Éste era el grito de guerra de los abencerrajes. (Nota del autor)

Juan) dormía en una pieza contigua a la sacristía por ser esto lo que la comunidad le tenia especialmente encargado.

Los monfíes deslizándose por entre la maleza como serpientes, llegaron a las tapias de la cerca y se acurrucaron en los ángulos del cobertizo de la portería. Harmez se tendió en el umbral de la puerta y comenzó a quejarse primero y después a llorar como un niño recién nacido. Sus mismos compañeros que eran ocho y bien armados, admiraban la perfecta imitación, y ya columbraban el fin de tan extraña superchería.

En efecto el donado que guardaba la puerta, se despertó con el fingido llanto y movido por caritativo impulso cogió una lamparilla que delante de una virgen ardía y abriendo con cautela la rejilla se certificó de que nadie estaba a las puertas y que solo en el umbral lloraba una criatura abandonada al parecer. Separó entonces el puntal de pino descorrió el clavo y alzó el picaporte entreabriendo con cuidado el robusto y angosto postigo; mas al tiempo mismo cayó sobre él como un rayo Harmez y de una puñalada le arrancó la vida franqueando así la entrada a sus amigos. Como infernales sombras penetraron aquellos forajidos en el compás y comenzaron a rodear la pobre habitación de los monjes, a la manera que una hambrienta jauría de lobos cerca con torvo paso al helado e indefenso caminante sorprendido en despoblado por la noche. No hallaban medio los monfíes de entrar sin ruido y si los cartujos se alarmaban, con un toque de rebato, el golpe era en vano porque la ciudad estaba cercana. Con un ligero grito semejante al de un ave nocturna, Harmez los congregó a su lado y les mandó que se acercasen a la puerta principal. Después que le hubieron obedecido trepó a un robusto madreselvo que cercano a la casa había y meciendo una de sus ramas logró acercarse y aun dominar a veces el humilde tejado que servia de cubierta al comenzado claustro. Sus ojos de gato penetraron en la oscuridad y reconocido el terreno de un salto se lanzó sobre el caballete con la agilidad de una ardilla. Deslizóse por las tejas sin ruido, llegó a la modesta torre, compuesta entonces de dos pilares y un mal cobertizo tejado, escaló afianzándose en las rodillas, ayudado de sus manos, con la gumia entre los dientes, la más escarpada de las esquinas barbeó el antepecho y con un desesperado esfuerzo pasó como una serpiente por debajo de la campana y vino a caer en la meseta interior desde donde el sacristán repicaba. Cortó la cuerda con su puñal y con aire de victoria dio otro grito imitando el de las aves nocturnas cuando hacen presa. Le entendieron los de abajo y el regocijo inundó sus pechos crueles.

Presto Harmez pisó los claustros y tropezando con un monje que delante de una capilla oraba le arrojó por detrás un lazo con la cuerda que enroscada a su brazo traía y poniéndole el pie en la espalda le dejó sin vida y sin aliento antes que gritar pudiese. Bajó, franqueó la puerta y al grito de «*¡Alah acbhar!*», el lugar de ascetismo y de oración cristiana fue convertido en sangriento teatro de crueldades sin número. Mas la hazaña debía ser completa y por el pasadizo se dirigieron a incendiar la iglesia no acabada, a robar los sagrados vasos y a trocar sus inmundas vestiduras por las sagradas y ricas ropas del sacerdocio. Mas allí encontraron no esperada resistencia. Confiados con la fácil victoria, ebrios con la sangre de los indefensos ancianos que acababan de sacrificar, penetraron en el templo con grande algazara y con teas para incendiarle. A tan extraño clamoreo despertó Juan y conociendo que eran moriscos los gritadores olvidó su nueva profesión de mansedumbre y con alientos de bizarrísimo soldado cogió un hacha de las que los carpinteros

allí guardaban y se lanzó a la sacristía, airado como el marino que ve llegar los piratas al costado de su barco.

—¡A mí perros!—salía gritando el fiero sacristán y todos los monfíes dispersos por la capilla se le vinieron encima aullando y escupiéndole en el rostro. Mas mordió la tierra el primero que llegó a ponerse al alcance de su hacha que revolvía Juan como si fuese una pluma. Espantados retrocedieron los alarbes y nuestro héroe dando un seguro salto hendió por el pecho a uno de ellos y con el cuento de su arma hirió mortalmente en la sien a otro que le amagó con una azagaya por el derecho lado. Cinco restaban; pero todos dieron a huir al tiempo que Harmez gritando «*¡Alá acbhar!*», se ponía delante de aquel inesperado enemigo con una tea en la siniestra mano y su ensangrentada gumia en la derecha.

Juan vaciló al reconocer aquellas facciones y un tropel de recuerdos cruzaron por su frente, encendida con la ira. Harmez era hermano de Amina y tal influjo ejercieron en el ánimo del monje las miradas ardientes del morisco que desmayó su valor y aguardó el ataque. No se hizo esperar el mancebo, plegóse con la vista fija en el arma de Juan y cogiendo una azagaya del suelo la envió silbando derecha al pecho del cristiano. El sacristán trazó un semicírculo con el mango de su hacha y la lanza salió despedida y fue a clavarse en uno de los pilares del edificio.

Animados los monfíes con el ardimiento de su jefe intentaron rodear al valeroso monje. Éste conociendo el peligro de su vida ganó el muro se preparó a la defensa. Mas Harmez hizo seña a los suyos de que le dejasen solo, y todos le obedecieron. Juan, guarnecido por la espalda, había bajado su hacha como diestro reñidor y esperaba los golpes de sus enemigos. Su elevada talla, sus robustos miembros, sus ojos fulminantes con la pelea, su negra y luenga barba formaban un conjunto hermoso y terrible. Harmez se adelantó y amenazó con la encendida tea al sacristán, poniéndose muy al alcance de su brazo. El amante de Amina creyéndole descuidado y compadeciendo los pocos anos del morisco lo asestó un revés al costado pero veloz como un gato saltó el mancebo y Juan se descompuso para la defensa con el golpe en vago. Entonces Harmez le sacudió la tea sobre los ojos cegándole con las chispas y arrojándole la gumia con destreza le atravesó el cuello con tal ímpetu que quedó clavado Juan al muro del edificio...

Las llamas rompieron al mismo tiempo por la cúpula del edificio y coronaron la casa que los monjes habitaban. Alarmóse el barrio inmediato de la ciudad y los alentados fueron allí ganosos de pelea. Algunos bravos que siempre en fiesta de espadas llegan los primeros, más por el interés que por la honra, penetraron por entre las llamas que casi inundaban la iglesia y a la cabeza de ellos iba nuestro conocido, Corbacho, el amigo de Juan que tropezando con el cadáver de un monje se inclinó y reconoció al travieso sacristán de San Cristóbal cosido a puñaladas y exhalando el último suspiro.

—Voto a...—y lo echó redondo—. Eres tú, Juan. ¡Pronto aquí, lebreles ayudadme a levantar este mozo que es de chapa!

—Déjame morir—dijo con exánime aliento el monje—, arranca de mi pecho un relicario y entrégale en Santa Isabel a Sor Amparo...

Con estas palabras dio el último suspiro envuelto en borbotones de sangre...

Corbacho que era hombre de entrañas de hierro sintió que se le ablandaba el corazón y viendo que el fuego le rodeaba con sus alas dijo con acento solemne.

—Te lo juro por la salud de mi madre y por el contento de mi vida—y abriéndole el hábito con la daga le arrancó el relicario y salió medio chamuscado de aquella hoguera que ya por todas partes le cercaba.

Los monfíes no se encontraron. Al reflejo del incendio algunos campesinos aseguraban que por la montaña vecina vieron huir a algunos vestidos con los hábitos blancos de los monjes.

Pasados algunos días, un bravo con gran sombrero, ligas de balumba y ancha espada de travieso, llamaba en el torno de las monjas de Santa Isabel la Real, con mas respeto de lo que su traza requería y entregaba a Sor Amparo (que no era otra sino Amina) un relicario manchado de sangre y le contaba con frases mal sonantes, aunque sentidas, y casi con lágrimas en los ardientes ojos la trágica historia del incendio de la cartuja. Tal impresión hicieron sus razones en la pobre monja que le entró un parasismo del cual no volvió en algunas horas con notable admiración de las buenas madres. Amina colocó el relicario que solo encerraba el clavel cuya historia conocen ya mis leyentes, en el pecho de la Virgen del Amparo, cuyo nombre llevaba, cuya capilla cuidaba con religioso amor y ante la cual pasaba las noches de claro en claro, orando con fervor y derramando lágrimas que brotaban del corazón. El fuego del alma de la joven profesa incendió su cerebro y su sangre. La fiebre lenta de las grandes pasiones secó las hojas tempranas de aquella flor; antes del octavo día después de la muerte de Juan subió al cielo para morar entre el coro de las vírgenes.

Sus compañeras que la tenían en olor de santidad, sintieron notablemente su muerte, la hicieron las modestas exequias que reza la orden y la enterraron al pie de la capilla árabe de la Virgen del Amparo que desde entonces por lo que encerraba el relicario se llamó del Clavel y es fama que habiéndole encargado el sermón de honras de la monja al cura de San Cristóbal, subió al pulpito el buen anciano y al querer dirigir la palabra a los fieles se le anudó la voz en la garganta, se le inundaron los ojos de lágrimas y llorando como un niño tuvo el padre octogenario que dejar la tribuna del Espíritu Santo, quedando burladas las beatas y descontentas las madres.

Tal es la triste historia de la Virgen del Clavel en cuya trama y relato tienen, lector, como te dije, gran parte la tradición popular y la crónica y no poca el escaso ingenio mío.

El caballo de siete colores

Juan de Ariza

Semanrio Pintoresco Español. 1848. 243-244/263-264/278-280

Vivian en tiempos muy remotos y en un almenado castillo, un señor feudal bastante anciano, su esposa, débil y enfermiza, y un hijo de este matrimonio, que contaba apenas quince años. La nobleza de estos señores era tan antigua que su origen quedaba oculto entre las sombras de los tiempos, pero sus riquezas tan escasas, que un solo criado los servía y no siempre daba su despensa lo necesario para el cotidiano sustento. La ancianidad del caballero y la inveterada dolencia de su esposa fueron acercándolos al sepulcro con tan obstinada crueldad, que en el breve espacio de un mes bajaron ambos a la tumba. Alfredo, que así se llamaba el desgraciado descendiente de esta pobre e ilustre familia, lloró durante algunos meses sobre los mortales despojos de los que le habían dado el ser y no pudiendo resolverse a acabar sus días en un castillo tan lúgubre y tan apartado, decidió salir a correr mundo en busca de mejor fortuna. Como era la suya tan escasa, no necesitó mucho tiempo para hacer sus preparativos de viaje, y el mismo día que cumplió sus dieciséis años se echó a la espalda una especie de maletín que contenía escasa provisión de ropa blanca; puso en su bolsillo unas cuantas monedas de plata que formaban todo su caudal; cogió un negro pan bajo del brazo; se despidió de su criado, encomendándole la custodia del viejo castillo feudal; y con un bastón en la mano, tomó una apacible mañana la primera senda que el destino abrió a sus pasos vacilantes.

Caminó Alfredo todo el día, sentándose de vez en cuando a la margen de algún arroyo en el cual, después de haber comido un pedazo de negro pan, humedecía sus secas fauces y cobraba fuerzas para proseguir su viaje. Acabado el día, llegó la noche, como es natural, y el pobre Alfredo se encontró en las sinuosidades de ásperas e intrincadas sierras; sin saber en donde se hallaba, oyendo los roncos aullidos de los lobos de la comarca y sin encontrar un albergue en que poder pasar la noche. Mucho afligía al pobre viajero tener que pasarla en despoblado, y como era un niño lloraba de incertidumbre y de terror.

Varias veces pensó escalar el tronco de una añosa encina, amparándose de sus ramas; pero las hojas arrastradas por la brisa le parecían pasos de hombre, y creyéndolos malhechores, corría azorado, tomando opuesta dirección. Mas de tres horas había pasado en el potro de sus temores, cuando en la cumbre de una colina poco distante descubrió una luz, que destellaba con extraordinaria brillantez. Animo cobró al descubrirla, y con toda la rapidez que le permitían sus laxos miembros se encaminó hacia el gran fanal. Anduvo más de media hora, y al fin llegó al pie de un castillo, cuyas gigantescas almenas se destacaban como cabezas de horribles monstruos. Paróse, inquieto y admirado, sin atreverse a pasar de largo ni a pedir hospitalidad.

Durante sus meditaciones empezó a rodear la muralla, hasta que encontró una gran puerta forrada de metal y provista de un enorme aldabón de bronce. Este aldabón no podía menos de mover el ánimo a llamar, y Alfredo, que necesitaba abrigo y reposo, lo levantó con ambas manos, pues con una sola no hubiera podido lograrlo; y las bóvedas del castillo fueron repitiendo una por una el rudo golpe que se sonó sobre el metal. Apenas había herido el viajero la ferrada puerta, cuando un temor extraordinario ocupó su

espíritu y retrocedió algunos pasos; pero este temor creció de punto, cuando, rechinando los quicios, se abrió de par en par la puerta, y apareció en ella un gigante, dos veces mas alto que Alfredo, agitando en su diestra una antorcha, que iluminaba su faz adusta y sus cenicientos cabellos.

El joven se hubiera alejado, a tener fuerzas para ello pero el pavor le entumeció los miembros, y cayó de hinojos ante el formidable gigante. Preguntóle éste que buscaba; y habiéndole respondido que hospitalidad durante la noche, lo mandó entrar en el castillo. Pasó Alfredo el umbral temblando, oyó girar los herrados quicios y la puerta se cerró a su espalda. Púsose delante el guardián de aquella encantada fortaleza, para irle indicando el camino, y después de haber recorrido varios corredores y cámaras, llegaron a una en cuyo extremo ardía el hogar. Encamináronse hacia él, y a una invitación del gigante, tomó Alfredo asiento en un sitial, contiguo al que ocupó su compañero.

Ni una pregunta dirigió el habitante del castillo al joven viajero, y lo hizo tomar parte en una cena, compuesta de pan blanco, carnes asadas y frutas secas. El pobre huérfano comió poco, pero en cambio su compañero devoró de una manera singular.

Terminada la abundante cena, condujo el gigante a su huésped a una habitación espaciosa en la cual se encontraba un lecho, sino primoroso, blando a lo menos y aseado. Tan cansado estaba el viajero que se acostó inmediatamente, y a pesar de sus inquietudes durmió, como suele dormirse a la edad de diecisiete años. Cuando despertó Alfredo era ya muy entrada la mañana, y deseoso de abandonar inmediatamente aquel castillo se dirigió a la extensa cámara en que había cenado la noche antes con su formidable compañero. Al entrar en ella observó que le esperaba el castellano y sobre una mesa sin manteles, un almuerzo bastante abundante, pero compuesto, como la cena, de frutas, pan y carne asada. Comió Alfredo con más apetito que la noche antes, y su comensal siguió guardando el mismo silencio. Cuando el almuerzo se acabó, preguntó el gigante a su huésped que pensaba hacer, y el mancebo le respondió sencillamente que había salido a buscar fortuna. Esta respuesta debió llamar la atención del gigante; miró al viajero de hito en hito, meció la cabeza varias veces, se mordió los labios, cogió al mancebo por la mano y lo condujo a un aposento, cuyos muros estaban tapizados de armas, arneses y otros efectos. Cuando estuvieron dentro de él, dejó al viajero que eligiera de todos aquellos objetos el que mejor le acomodara y Alfredo cogió inmediatamente una espada de fino acero primorosamente cincelada. Aprobó el gigante con un gesto la elección del joven, y tomando un gorro encarnado y azul se lo entregó también diciéndole que lo guardara con esmero. Abandonaron en seguida aquel aposento y bajando una escalera tortuosa llegaron a una anchurosa cuadra, que contenía un buen número de caballos, primorosamente enjaezados. El gigante dijo al viajero que podía elegir el que mejor le pareciera, y Alfredo señaló uno cuya piel reunía los siete colores del iris. El gigante aprobó también la segundo elección del joven. Cogió al caballo por la brida, atravesaron un ancho patio, abrió la puerta del castillo y, cuando estuvieron en campo raso, mandó al joven que cabalgara en el poderoso corcel. Obedeció Alfredo al momento, el gigante se volvió al castillo, y el caballo partió al escape con portentosa rapidez.

Sin tomar aliento un instante ni aflojar el paso, siguió el veloz bruto su carrera por espacio de algunas horas al fin de las cuales se paró, quedando tan fijo como si nunca hubiera tenido movimiento. Esta parada tan imprevista, llamó la atención del mancebo.

Aplicó primero sus talones a los ijares del corcel, y luego le gritó en voz alta:

—¡Caballo!

—¿Qué quieres?—repuso el caballo con acento claro y sonoro.

Se estremeció Alfredo al oír la respuesta de su caballo, pero reponiéndose después, y considerando que estaba bajo la invisible protección de algún agente misterioso; preguntó a su corcel:

—¿Por qué te has detenido aquí?

—Porque hemos llegado al lugar de nuestro destino.

—¿Qué debo hacer?

—Echar pie a tierra.

El viajero descabalgó y continuó después preguntando:

—¿Qué debo hacer ahora?

—Voy a darte mis instrucciones. En primer lugar debes saber que a la espalda de aquella colina está una ciudad muy populosa, capital de un hermoso reino. En aquella ciudad vive un rey que tiene tres hermosas hijas, una de las cuales ha de sucederle en el trono, y las tres han de elegir marido en el plazo fatal de un año. Nada más te debo decir tocante al rey y a sus tres hijas; ocupémonos de otra cosa. Tú has elegido en la armería de mi poderoso señor una espada que traes contigo; esa espada tiene dos virtudes. La primera y principal es que quien combate armado con ella no puede jamás ser vencido y la segunda es, que en tocando a cualquier objeto con su punta, se queda inmóvil. Contento de tu buena elección, te regaló mi señor un gorro, que veo en tus manos; ese gorro tiene también dos grandes virtudes. Poniéndotelo por el lado azul, parecerás el príncipe mas bello y lujosamente vestido que se haya visto nunca; y poniéndotelo por el encarnado, parecerás un hombre necio y repugnante. Ahora sólo tengo que hablarte respecto a mí. Yo solo puedo servir siete veces a un amo, en razón de mis siete colores. Te he servido una, trayéndote hasta este lugar, seis veces mas puedes emplearme. Cuando me necesites llama a *El caballo de siete colores*, y yo me presentaré a tu voz; pero no olvides que solo acudiré seis veces.

Así terminó sus instrucciones el inapreciable caballo, e inmediatamente partió a escape, siguiendo el camino que había traído poco antes. Alfredo lo siguió con la vista cuanto tiempo pudo, y se encaminó a la ciudad. Antes de entrar decidió ponerse el prodigioso gorro por el lado encarnado, y después de habérselo puesto se aproximó a un claro arroyuelo, retrocediendo inmediatamente, al ver lo tosco de sus facciones y lo grosero de su traje. Emprendió después su camino apoyándose en un recio cayado, pues la rica espada había tomado esta nueva forma, sin duda para armonizarse con lo humilde y tosco del vestido, y entró en la ciudad precisamente cuando empezaba a anochecer. Como no conocía las calles, recorrió algunas al acaso, y después de dar muchas vueltas, se paró a la puerta de una posada que daba frente a un magnifico jardín. Alojóse en ella, presentándose como un pobre huérfano que buscaba amo a quien servir; pasó una noche, bastante larga para su impaciencia; y a la mañana. del día siguiente se preparó a recorrer las calles de la populosa ciudad. Satisfecho en parte su deseo, volvió al mediodía a la posada; pero, en lugar de penetrar en ella, se paró a la puerta del jardín, que estaba abierta a la sazón.

La frondosidad de los árboles, el grato murmullo de las fuentes y el suave perfume de las flores llamaron tanto su atención, que quedó arrobado durante un corto espacio de tiempo, y hubiera continuado más si una mano dura y vigorosa no hubiera caído sobre su hombro con la pesantez de un martillo. Volvió Alfredo en sí sobresaltado, y vio a un hombre de cincuenta años, alto y robusto que le miraba de hito en hito. Entraron en conversación, manifestó Alfredo que era un huérfano, que andaba en busca de acomodo, y después de algunas preguntas hechas por el hombre, que era el jardinero principal de aquel pintoresco jardín, propuso al mancebo si quería entrar como ayudante suyo; advirtiéndole que el jardín formaba parte del suntuoso palacio real.

Con extraordinaria alegría acogió Alfredo una propuesta que le proporcionaría ocasión de aproximarse a unas princesas tan célebres por su hermosura, y como todo su equipaje se reducía al pobre vestido que llevaba puesto, sin mas dilaciones quedó instalado en el jardín.

II

Pocos días contaba el viajero en su nuevo ejercicio, y ya se distinguía por el esmero con que cultivaba las flores y formaba los encañados del jardín. Gustoso estaba el jardinero de haber adquirido un ayudante tan primoroso y servicial, y las princesas celebraban los preciosos ramos de flores que diariamente recibían de mano del pobre mancebo, a quien llamaban el Tiñoso, aludiendo al gorro encarnado que no abandonaba jamás.

Alfredo pudo contemplar repetidas veces la belleza de las tres hijas del monarca; la mayor de las cuales se llamaba Sara; Rosa, la segunda, y la tercera Margarita.

Las tres hermanas poseían una hermosura sorprendente, que no exageraba la fama, pero las tres se distinguían por sus caracteres distintos: altivo el de Sara; glacial y apático el de Rosa; dulcísimo y apasionado el de la tierna Margarita. Alfredo comprendió al momento las singulares diferencias que estos tres caracteres presentaban y sintiendo respeto por Sara y por Rosa suma indiferencia, se enamoró perdidamente de la graciosa Margarita, manifestándola su pasión, en el lenguaje de las flores, por medio de fragantes ramos.

Transcurrieron algunos meses, y el rey anunció un gran torneo en el cual debían disputar los mas ilustres caballeros las manos de sus tres bellas hijas. Como era natural, acudieron varios príncipes y magnates; pero debemos retroceder un tanto, para que mejor se comprenda lo restante de nuestra historia.

Cansado Alfredo de ejercer el oficio de jardinero, y avergonzado de presentarse a los ojos de las princesas en humilde traje y con el casquete encarnado que le daba el repugnante aspecto de tiñoso, luego que acababa sus faenas, se encerraba cuidadosamente en un pabellón de madera, que le servia de alojamiento, se ponía el gorro por el lado azul y transformándose en un caballero arrogante, hermoso y ricamente ataviado, reflexionaba, lleno de orgullo, que tan apuesto personaje bien podía aspirar a la mano de la encantadora Margarita, de quien estaba perdidamente enamorado, y se entregaba a los mas quiméricos ensueños. La joven princesa había notado las amorosas atenciones que la tributaba el Tiñoso, y había llegado a persuadirse de que bajo aquella capa grosera se ocultaba un ser misterioso, dotado de alguna cualidad brillante. Excitando su curiosidad, comenzó a ob-

servar con atención todas las acciones del jardinero; y como las ventanas de su cuarto caían frente al pabellón del tiñoso, vio primero destacarse la sombra de un hombre apuesto y arrogante, que ceñía espada y vestía con la mayor riqueza; después vio cruzar al apuesto joven, y la riqueza de su traje le hizo creer que se las había con un príncipe; y finalmente, vio pasear al príncipe entre las calles del jardín inmediato al pabellón, entrando en él, luego que acababa su paseo. Tan rara aparición exaltó la imaginación de Margarita, y queriendo adquirir por sí misma nuevas noticias relativas al misterioso personaje, se pasó una noche en vela; vio al caballero pasear bajo sus ventanas; lo vio encerrarse en el pabellón, y por la madrugada, luego que se alejó el Tiñoso para entregarse a sus tareas, corrió la princesa al pabellón; entró en él, lo examinó cuidadosamente; pero no encontró al apuesto príncipe ni nada que diera un leve indicio de su prodigiosa riqueza.

Llegó el primer día del torneo. A las diez en punto se presentó el rey, en el gran balcón del real palacio, acompañado de sus tres hijas y de los mas nobles de su corte. A una señal del soberano, se presentaron en la liza dos gallardos mantenedores, llamado el uno el duque Alberto y el otro el príncipe Cecilio. Montaban sendos caballos berberiscos; vestían templadas armaduras, embrazaban escudos cincelados, con cifras y motes galantes y blandían poderosas lanzas. Estos dos ilustres caballeros se inclinaron ante el monarca; después saludó el príncipe rendidamente a Sara, declarándola su dama y señora; el duque se inclinó ante Rosa, y ambos retaron fieramente a los caballeros que deseaban medir sus armas en aquel célebre torneo. A la fiera provocación respondieron los más animosos, y en breve se trabó el combate; lidiando con tan buena fortuna los mantenedores, que cuantos osaron resistirlos cayeron, entre los ruidosos aplausos de la entusiasmada muchedumbre. Iban a declarar los jueces del campo vencedores cuando se presentó en la arma un aventurero, cubierto de brillantes armas, con la visera sobre el rostro, y que oprimía los lomos de un soberbio caballo blanco. Se adelantó resueltamente hacia el balcón del real palacio, se inclinó ante el rey, saludó a la princesa Margarita y dirigiéndose a los mantenedores los retó a singular combate. El duque Alberto fue el primero que se presentó en el palenque; pero con tan mala fortuna, que al primer rudo bote de la lanza de su misterioso competidor, medió la arma, con grave sentimiento de Rosa y de cuantos estaban prendados de sus anteriores proezas. A vengarlo, salió al momento el príncipe, su compañero; pero su igual en suerte y valor, como lo había sido hasta entonces, cayó casi en la misma arena, que acababa de medir el duque. El aventurero retó de nuevo a los caballeros presentes, y como no hubiera ninguno dispuesto a disputarle el premio, lo declararon vencedor: entregándole una sortija de brillantes, de gran precio y forma de corona ducal. El aventurero se inclinó de nuevo ante el rey, saludó a la princesa Margarita, y se alejó sin descubrirse.

El rey, las princesas, las damas y los caballeros de la corte se preguntaban mutuamente quien habría sido aquel esforzado paladín, y aunque todos ardían en deseos de saberlo, ninguno conseguía adquirir ni la más dudosa noticia. Sin embargo, una circunstancia rarísima vino a poner mas confusión en el espíritu de la princesa Margarita; y fue, que la mañana siguiente al torneo, la presentó el Tiñoso un ramo de pasionarias, cuyos tallos estaban sujetos a la sortija de brillantes, que hablan entregado al vencedor. Quiso averiguar Margarita quien había conquistado el presente y el Tiñoso se contentó con responder a sus preguntas: «Quizás sí, quizás no, quizás sería yo.»

Al tercero día del torneo se reunió de nuevo en la plaza la misma alegre muchedumbre, para manifestar destreza y gala corriendo sortijas. El duque y el príncipe se presentaron, sobre poderosos corceles perlas, vestidos de oro y pedrería, y momentos después el aventurero, sobre el mismo caballo blanco, vestido con suma riqueza y cubierto el rostro con una negra mascarilla. El aventurero y el duque salieron a correr sortijas y con gran sorpresa de la corte, el primero se llevó tres sin ganar ninguna el segundo. Se presentó el príncipe, reputado por el mas diestro corredor de sortija de aquella comarca, y con nueva sorpresa de todos sufrió la suerte que había experimentado el duque. El aventurero se inclinó ante el rey y la princesa Margarita, y se alejó a escape, causando tanta sensación su doble triunfo, que empezaron todos a mirarlo como un ser sobrenatural, y el rey se propuso detenerlo, si se presentaba al día siguiente a correr cañas. El Tiñoso presentó a la princesa Margarita el ramo de costumbre, sujetos los tallos de las flores con las seis cintas, de las cuales pendían las seis sortijas, que había ganado el aventurero. Volvió a preguntarle la princesa quien era el diestro y gallardo paladín: y el Tiñoso respondió, como lo había hecho días antes: «Quizás sí, quizás no, quizás sería yo.» Esta respuesta traía siempre a la memoria de Margarita las escenas que había presenciado en el pabellón del jardín; y sospechaba mas cada día que la existencia del Tiñoso encerraba más de un misterio.

Llegada la hora de correr cañas, se presentaron en el circo el duque Alberto y el príncipe Cecilio, al frente de dos cuadrillas, lujosamente ataviadas y compuestas de doce caballeros cada una. Los del príncipe vestían púrpura y oro, y montaban caballos negros: los del duque vestían azul y plata, y montaban caballos blancos. Un momento después de haber entrado las cuadrillas del príncipe y el duque se presentaron doce jóvenes vestidos de blanco, sobre caballos de siete colores, acaudillados por un mancebo, que apenas frisaba en los dieciocho años, y a quien todos reconocieron por el formidable paladín y diestro corredor de sortija de las dos fiestas anteriores. Muchas circunstancias se reunieron para que la aparición de esta cuadrilla llamara la atención de todos. En primer lugar, la rara piel de sus caballos; en segundo, la juventud, gala y belleza de los jinetes; y en tercero, la extrañeza que debía causar a todo el mundo no conocer a ninguno de los trece jóvenes que formaban la apuesta cuadrilla. Pasados algunos minutos, dio el rey la señal, y empezaron a evolucionar las cuadrillas, distinguiéndose la de los mancebos, por la rapidez de sus movimientos, por la destreza con que arrojaban sus bohordos y paraban los de sus contrarios sin que uno solo los tocara. Convencidos todos los jueces de que la cuadrilla de los jóvenes se habla distinguido entre todas, ciñeron a su bizarro jefe una rica banda bordada, y el aventurero, después de haber saludado al rey y a la princesa Margarita, se disponía para alejarse, cuando lo detuvo un heraldo, preguntándole, a nombre del rey, sus dictados y procedencia. El aventurero se detuvo, y dijo al heraldo que no le era posible responderle; pero que podía preguntar a su caballo, el cual no vacilarla en contestarle. El heraldo lanzó una estrepitosa carcajada y creyendo poner en grave apuro al caballo y al caballero, repitió al primero la pregunta que había hecho al segundo. El caballo relinchó fuertemente, como si tratara de llamar así la atención, y dijo después con una voz que resonó en todo el ámbito de la plaza: «Di al rey tu amo, que este príncipe viene de luengas tierras, a ser el heredero de su reino». El heraldo, el rey y cuantos se hallaban presentes se estremecieron, oyendo la voz del caballo, y el joven y sus compañeros se alejaron con la rapidez del relámpago. A la mañana del día siguiente recibió la hermosa princesa Margarita su ramo de flores sujeto con la banda que hablan ceñido al caballero, y cuando repitió al Tiñoso la

flores sujeto con la banda que hablan ceñido al caballero, y cuando repitió al Tiñoso la pregunta, que le había hecho los días anteriores, la respondió, como de costumbre: «Quizás si, quizás no, quizás sería yo.»

Pasadas las fiestas y torneos, entregó el monarca tres magníficas rosas de oro, primorosamente esmaltadas, a sus tres hijas; dejándolas en libertad de entregarlas, cada una la suya, a los que eligieran por esposos. Rosa y Sara no vacilaron un momento en entregarlas al duque Alberto y príncipe Cecilio; pero la tierna Margarita se perdía entre mil dudas y temores. Ella amaba rendidamente al joven paladín, que la había declarado su dama en las fiestas ¿pero en dónde podría encontrarlo? ¿El Tiñoso y el brioso príncipe serian una misma persona? Razones había para creerlo. El misterioso personaje que durante las sombras de la noche, salía del pabellón del Tiñoso y se paseaba bajo las ventanas de Margarita ¿no podría ser el jardinero transformado en príncipe por el mismo poder oculto que había dado habla al caballo del aventurero? ¿Las sortijas, cintas y banda, presentadas por el Tiñoso a la princesa, no decían mucho en favor de esta conjetura? ¿Y a todo esto no podía añadirse la eterna respuesta del jardinero: «Quizás sí, quizás no, quizás sería yo?» De conjetura en conjetura llegó a hacer otra la princesa, que le pareció la mas probable. Según ella, el Tiñoso debía ser un criado del príncipe, que se había introducido en palacio para proteger sus amores. Esta suposición colmaba todos los deseos de Margarita, y se fijó en ella con placer. Transcurrieron algunos días; Sara y Rosa habían elegido sus esposos, y el monarca preguntó a Margarita si tenia hecha su elección. Vista la negativa de su hija la instó para que la apresurara, porque la triple boda debía realizarse en la noche del octavo día; Margarita ofreció cumplir el mandato, y se entregó de nuevo a sus inquietudes y dudas.

Transcurrieron los ocho días. Toda la corte se ocupaba de los personajes que debían unirse a las princesas Sara y Rosa, pero nadie sabia una palabra de la elección de Margarita. Este misterio llamaba la atención de todos, pero no debían extrañarlo, porque el rey había prometido a sus hijas darlas por esposos a los que presentaran las rosas sin oposición ni preguntas. Cuanto mas se acercaba el término, mas confusa estaba Margarita, y por último tomó el partido de entregar su rosa al Tiñoso, esperando que la entregaría al príncipe, si efectivamente él no lo era. El Tiñoso recibió la rosa con la mayor indiferencia, y se retiró sin pronunciar una palabra.

Llegó el momento de las bodas. Todos los grandes de la corte se reunieron en los salones de palacio. Llegaron el príncipe y el duque, presentaron sus rosas que colocaron inmediatos a las princesas. Sólo faltaba el amante de Margarita para principiar la ceremonia. Transcurrieron algunos minutos. El rey preguntaba a su hija, con una mirada el motivo de aquella tardanza, y Margarita bajaba los ojos, no sabiendo que responder ni lo que podía sucederla. De improviso cundió un murmullo de extrañeza, que la presencia del soberano no bastaba a contener. Este murmullo lo causaba el Tiñoso que en su tosco traje de jardinero se adelantaba resueltamente hacia el trono. Luego que llegó a él, dobló una rodilla ante el monarca y presentó la rosa que le había entregado Margarita.

Grande fue el asombro del rey, grande fue el de la corte toda, grande también el de la princesa Margarita; que hubiera acabado por desmayarse si el Tiñoso no hubiera murmurado algunas palabras a su oído, que la dieron valor para pedir comenzara la ceremonia. El rey tenia empeñada su real palabra y no vaciló un solo instante. Las bodas se

verificaron, pero en vez de pasar después Margarita a las suntuosas habitaciones que preparadas la tenían, fue a habitar, por mandato del rey, el rústico pabellón de madera, que ocupaba el Tiñoso en lo mas oculto del jardín.

III

No es necesario declarar que el Tiñoso y el aventurero de las fiestas eran una misma persona y por tanto la hermosa princesa Margarita no tuvo que lamentar su suerte cuando, encerrados en el rústico pabellón de madera, se transformó el jardinero en príncipe hermoso, discreto y galán. En cuanto al modo que había tenido de presentarse en el palenque, todos sabemos que poseía el inestimable talismán de el caballo de siete colores que había venido en su auxilio para cumplirle su palabra.

Enamorada la princesa de su joven y gallardo esposo, sufría, sin quejarse, las privaciones; pero se lastimaba su orgullo al ver a los cortesanos, que días antes la trataban con sumo respeto, esquivos y muchas veces insolentes. Estos ultrajes la mortificaban, y más de una vez rogó a su esposo, que abandonando sus toscos y humildes vestidos, se presentara de improviso con la magnificencia que había ostentado en los torneos. Alfredo consolaba a su esposa con dulces palabras y caricias, pero se negaba a dejas su disfraz, asegurándola que no había llegado el momento.

Transcurrieron así tres meses, de saraos y ovaciones continuas para Rosa, Sara y sus esposos, y de mortificación y privación para Margarita y Alfredo cuando de improviso se interrumpieron las brillantes fiestas y el luto las reemplazó instantáneamente en los corazones y en los rostros. Una mortífera epidemia se desarrolló en la ciudad con portentosa rapidez; los ayes de los moribundos se confundían a los gemidos de los huérfanos y las viudas, y unos y otros armonizaban con el estridor de los carros fúnebres, que recorrían, llenos de cadáveres, las desiertas calles de la ciudad. Aterrorizadas las gentes, forjaban extrañas consejas, y algún fanático o mal intencionado dijo que las grandes fiestas de la corte hablan ofendido a la divinidad, y que la epidemia era el merecido castigo. Esta peregrina opinión se generalizó muy en breve; comenzaron las murmuraciones contra el monarca, los príncipes y los cortesanos, se formaron numerosos grupos de hombres pálidos y siniestros, y la corte temió ser víctima de la indignación popular. Para calmarla, se hicieron rogativas, pero declaró un sacerdote, acreditado por sus vaticinios, que no cesaría la epidemia mientras no se encendiera en la gran plaza de palacio una hoguera, alimentada durante tres días con leña de ciprés rojo de la selva de los Gigantes, único punto en que tal ciprés prevalecia. El vaticinio del sacerdote, lejos de causar alegría, produjo profunda tristeza; pues las muchas dificultades que ofrecía su cumplimiento alejaban el término del mal y aun hacían imposible el remedio, porque la selva de los Gigantes distaba cuatrocientas leguas, estaba oculta en lo mas profundo de un valle y habitada por una raza de hombres, tan corpulentos como feroces, que devoraban a cuanto viajero extraviado tenia la desgracia de pisar aquel territorio maldito. Crecieron las murmuraciones de los aterrados habitantes; y viendo el rey que estaba muy expuesto a perder su corona, llamó a sus dos yernos, no pensando siquiera en el Tiñoso, y les dijo que ellos debían ir a la Selva de los Gigantes. Se excusaron repetidas veces, manifestando, al rey su suegro, los graves peligros de la empresa, pero insistió el anciano monarca y, provistos de ricos presentes para los indómitos guardianes de la selva, salieron de la corte;

indómitos guardianes de la selva, salieron de la corte; con poca esperanza de cumplir la misión, y casi resueltos a no aproximarse al paraje. Margarita contó a el Tiñoso cuanto acababa de suceder, y este salió inmediatamente al campo, en donde se le presentó El caballo de siete colores.

—¿Qué quieres?—le preguntó el caballo.

—Quiero que me lleves a La selva de los Gigantes para cortar leña de sus cipreses—le respondió Alfredo.

Por ensalmo aparecieron doce jóvenes, vestidos de labradores, cabalgando sobre caballos de labranza, y el caballo de siete colores dijo a Alfredo:

—Cabalga sobre mí. Cuando lleguemos a la selva, retarás al rey de los gigantes a singular batalla: el gigante aceptará el reto, y, gracias a tu espada prodigiosa, lo vencerás sin gran trabajo. Vencido que sea, puedes concederle la vida a condición de que permita a tus criados cargar sus caballos de leña, y verás cumplido tu deseo.

Cabalgó Alfredo inmediatamente; el caballo de siete colores y todos los demás caballos partieron a escape, con portentosa rapidez. Poco a poco se fueron elevando, como si les nacieran alas; tomaron después las del viento, y más veloces que los rayos, no había transcurrido una hora cuando pararon a la entrada de la selva de los Gigantes. Mucha confianza tenia Alfredo en la protección de su caballo, pero cuando se encontró frente a frente a los dos primeros gigantes una palidez mortal cubrió su rostro, en sudor se bañaron sus miembros y tembló como un azogado. Y no era entraño que temblara. Los gigantes se le acercaron y, aunque él permanecía a caballo, eran tan altos que le sobrepujaban la cabeza, y tan fornidos que no hubiera podido abarcar la cintura de ninguno de ellos con ambos brazos; por lo demás otra circunstancia los hacia mucho mas imponentes, y era que cada uno de ellos tenia un ojo no más en medio de la frente, encendido como un granate y de extraordinaria magnitud. Venían armados de sendas mazas y, dirigiéndose al Tiñoso, que de príncipe venia vestido, le preguntaron a quien buscaba.

—A vuestro rey—respondió Alfredo.

—¿Para qué?—preguntó un gigante.

—Para trabar con él batalla.

A estas palabras los gigantes miraron al joven con asombro, y sin responderle ni una palabra se entraron en la sombría selva de cipreses. Momentos después oyó Alfredo el ronco sonido de una trompa, que repitieron los confusos ecos de los valles, y de improviso el joven y sus compañeros se vieron rodeados de una gran tropa de gigantes, al frente de los cuales marchaba uno, la cabeza mas alta que todos los demás, y armado de una maza, un palmo mas larga que las otras. Éste era el rey de los gigantes. Apenas apareció el rey, el caballo de siete colores se arrodilló. Comprendió Alfredo que debía descabalgar, lo hizo y se dirigió espada en mano, al encuentro de su adversario. Se pararon todos los gigantes, sorprendidos de tanta audacia; el rey dio algunos pasos hacia el joven y después lo esperó a pie firme, teniendo la maza enarbolada. Alfredo prosiguió su marcha, y cuando estaba junto al rey le tiró una recia estocada. El gigante soslayó el cuerpo, y dejó caer su pesada maza sobre la cabeza del joven. Afortunadamente Alfredo, paró el rudo golpe con su espada, y la dura maza de hierro se dividió como si hubiera sido de cera. Entonces el rey de los gigantes reconoció el poder sobrenatural, que a su adversario protegía, y, doblando una rodilla en tierra, se dio por vencido. Aprovechó el joven el

momento, y se contentó con pedirle leña de ciprés, para cargar los doce caballos: condescendió el rey al instante, y varios gigantes empezaron a desgajar ramas, hasta que reunieron las bastantes. Pusieronlas sobre sus caballos los doce mozos de labranza, cabalgaron sobre las ramas, se despidió Alfredo del rey, montó en su caballo, y se alejaron con la misma rapidez que antes.

A ocho o diez leguas de la corte, descabalgó el joven, se puso su gorro de Tiñoso, desapareció el caballo de siete colores, y Alfredo, a pie, prosiguió caminando a buen paso al frente de su cabalgada. Apenas habría andado una legua, cuando se encontró a sus dos concuñados, que se encaminaban a la selva de los Gigantes. Trabó conversación con ellos, y les dijo que podían renunciar a su viaje, porque ya él traía lo que no hubieran conseguido nunca. El extraño color del ciprés no podía dejar la menor duda de que el Tiñoso decía verdad, y el duque y el príncipe empezaron a hacerle brillantes ofertas, porque les entregara las ramas. Las oyó el Tiñoso indiferente; y les dijo que no tenía inconveniente en entregárselas, siempre que le dieran en cambio las dos rosas de oro que recibieron de sus novias. Les pareció dura la exigencia, pero no encontrando otro remedio aceptaron al fin la propuesta, y entraron triunfantes en la corte, entre las vivas aclamaciones de la entusiasmada muchedumbre. La hoguera se encendió al momento, y, cumpliéndose el vaticinio, cesó al punto la mortandad.

Al luto siguieron las fiestas, pero muy en breve otra plaga puso término a la alegría y comenzaron los lamentos. Los labradores de la comarca, abrumados con la epidemia, habían abandonado sus labores, y el hambre comenzaba a sentirse, avivándola mas el temor de una malísima cosecha. Consultaron al sacerdote, y éste aseguró que los campos recobrarían su lozanía si se regaba el más próximo de la ciudad con el agua azul de la fuente de los dos mármoles. Esta fuente distaba dos jornadas de la corte, pero era imposible coger sus aguas porque brotaba y se sumergía entre los dos mármoles, que la daban nombre, los cuales chocaban incesantemente con gran violencia; destruyendo cuantos objetos en su rudo choque encontraban. Animado el rey por el éxito que tuvo la primera empresa de sus yernos, les confió la segunda, y marcharon a realizarla. El Tiñoso partió al día siguiente; llamó a *El caballo de siete colores*, se le presentó éste y le dijo que luego que llegara a la fuente, tocara con su báculo los mármoles los cuales quedarían parados, que cogiera el agua necesaria, y volviendo a tocarlos después recobrarían su movimiento. Cuando llegó el Tiñoso a la fuente, estaban el príncipe y el duque sentados a corta distancia, y junto a los mármoles se veían un gran número de vasijas rotas; mudos testigos de los inútiles esfuerzos que acababan de hacer los esposos de Rosa y Sara. El de Margarita se acercó, tocó con su báculo los mármoles que se pararon al momento, llenó de agua una gran redoma de cristal y tocando de nuevo a los mármoles, recobraron su movimiento. Los dos príncipes, que habían presenciado cuanto había ejecutado el Tiñoso, se propusieron comprarle el agua, como le habían comprado la leña, y le dijeron que pidiera cuanto creyera conveniente. El Tiñoso repuso que les daría el agua, siempre que se dejara cortar cada uno la parte superior de una oreja, amenazándoles que de lo contrario, descubriría la superchería del ciprés. El contrato se celebró. Como el sacerdote lo había vaticinado, los sembrados recobraron su lozanía; el pueblo saludaba a sus salvadores con aplausos, el rey los agasajaba singularmente, y aborrecía cada día mas al pobre Tiñoso.

Destinado parecía el reino a frecuentes alternativas, pues al hambre siguió la guerra, y un ejército numeroso entró, talando la comarca. Inmediatamente el monarca dio a sus dos yernos el mando de las tropas que marchaban contra el enemigo y ambos se pusieron al frente de un buen número de escuadrones. El Tiñoso salió un día después; llamó al caballo, y al momento se vio rodeado de un ejército, el mas numeroso y brillante que habían visto aquellas llanuras; teniendo a su lado a *El caballo de siete colores* primorosamente enjaezado. Cabalgó Alfredo, en traje de príncipe y general y todo el ejército caminó con la mágica rapidez que acompañaba a el caballo. No tardó mucho en encontrarse con el orgulloso enemigo, que tan pronto ataque no esperaba. Se trabó al punto una encarnizada batalla, y como los soldados de Alfredo eran invulnerables, muy en breve quedó vencedor, dejando el campo cubierto de cadáveres y de militares trofeos. Tomó solamente el estandarte real, despidió a su ejército, y, en traje de Tiñoso, se presentó a los dos capitanes del ejército de su suegro, noticiándoles la victoria que acababa de conseguir; y que, por lo tanto, era inútil que avanzaran más con el ejército. También les presentó el estandarte real, y como de costumbre entraron en tratos. Alfredo no puso la menor dificultad a entregárselo; pero los había de marcar en la espalda, con un hierro candente, que dijera *Esclavo del Tiñoso*. Se resistieron algún tiempo a tan humillante condición, pero viendo que les era imposible vencer la obstinación de Alfredo, se conformaron finalmente, y dieron la vuelta a la corte en la que fueron recibidos con todos los honores del triunfo.

Satisfecho el rey de los servicios que sus dos nobles yernos habían prestado a la corona, y viéndose cargado de años, decidió partir entre ambos sus dominios; pues, siendo iguales en valor, no le parecía justo darlo a uno todo con grave perjuicio del otro. Consultó con varios magnates esta resolución; y aunque algunos temían la división de un reino, que aun unido no era poderoso, como ambos príncipes gozaban del aura popular, no se atrevieron a contradecir la opinión del rey, por temor de quedar indispuestos con alguno de sus inmediatos sucesores. En cuanto a el Tiñoso no lo recordaban siquiera; y, desde su infausto matrimonio, muchos grandes habían olvidado a la princesa Margarita. Tomada esta resolución, fijó el rey día para dar a sus yernos la investidura de su nueva real dignidad: llegado el día, se reunieron en el magnífico salón del trono los dignatarios de la corona: el rey se colocó bajo dosel, y tomaron asiento a su lado las princesas Sara y Rosa, y sus dos ilustres esposos. Iba a comenzar la ceremonia, cuando se presentó la joven princesa Margarita, primorosamente ataviada, y, dirigiéndose a su padre, dijo en alta voz:

—Protesto, rey y padre mío, contra la resolución que habéis tomado de partir el reino entre las princesas mis hermanas y sus dos esposos.

—Esa protesta—repuso el rey con airado acento—, es impertinente, y solo mis dos yernos merecen poseer los estados que les doy.

—¿Por qué razón?—preguntó Margarita.

—Ellos trajeron el ciprés, que puso fin a la epidemia, venciendo los grandes obstáculos y arrostrando los peligros que ofrece la fatal Selva de los Gigantes.

—Otro fué quien arrostró los peligros y a quien compraron las ramas de ciprés, entregándole las dos rosas de oro, que les presentaren mis hermanas el día de sus bodas, y que yo presento—dijo Margarita, entregando al rey las dos rosas.

Siguió un momento de estupor a revelación tan importante y continuó la princesa:

—¿Qué más han hecho los esposos de mis hermanas, para merecer el poder?

—Trajeron—repuso el monarca turbado—, el agua de La fuente de los mármoles, que puso fin al hambre.

—La compraron, dando por ella la parte superior de sus orejas que presento—dijo la princesa, entregándolas al monarca.

Nuevo estupor en los circunstantes; el rey levantó los cabellos a sus yernos, y vio que era cierto lo que aseguraba su hija. Margarita continuó:

—¿Qué mas han hecho los esposos de mis hermanas?

—Han vencido en batalla campal—murmuró el rey con desaliento.

—Que se descubran las espadas, y sabremos quien fue el vencedor.

El monarca obligó a sus yernos a que se descubrieran las espaldas, y leyó en voz alta, la marca: *Esclavos del Tiñoso.*

—¡Esclavos del Tiñoso!—exclamaron todos los magnates.

—Esclavos del Tiñoso, que no los dejara mentir—repitió Alfredo presentándose en traje de príncipe.

Su presencia acrecentó la admiración de todos los presentes pues reconocieron instantáneamente al aventurero de las justas. El rey estrechó entre sus brazos al joven, que fue proclamado al momento su sucesor a la corona, Margarita volvió a disfrutar las caricias de su anciano padre, y los magnates, que hasta entonces la habían mirado con desprecio, se apresuraban a tributarla la mas servil adulación. Alfredo me regaló el gorro azul y encarnado, que guardo cuidadosamente para hacer un gran sortilegio contra toda mujer hermosa, que tenga la osadía de poner en duda mi fealdad.

La cruz de la esmeralda. Tradición popular.

Juan de Ariza

Semanario Pintoresco Español. 1849.164-168

I. 1569.

No es necesario poseer grandes conocimientos históricos para recordar que el 2 de enero de 1492 se rindió la ciudad de Granada, último emporio y baluarte del poder árabe en España, a los gloriosos reyes Católicos doña Isabel y don Fernando. Y que los moros, reducidos a la dominación cristiana, tascaron el freno impacientes, y aprovecharon cuantas ocasiones se les presentaron de sacudir sus pesadas cadenas y promover graves disturbios. Las tentativas de insurrección de los árabes y moriscos cedieron siempre en grave daño de sus mismos promovedores, que perdieron en cada una de ellas buen número de las garantías estipuladas al entregarse la ciudad, y acabaron por quedar reducidos a la mas humilde condición.

Trece años. después de la conquista murió la reina de Castilla doña Isabel; nueve años después que la reina, murió el rey de Aragón don Fernando; y como desde muchos años antes estaba turbada la razón de la legítima heredera de ambos reinos, denominada Juana la Loca, empuñó las riendas del gobierno su hijo primogénito, don Carlos I de España y V de Alemania. Durante los treinta y ocho años del reinado del hijo de Felipe el Hermoso, hicieron varias tentativas los moriscos de Andalucía para reconstituir su perdido reino de Granada, tentativas que se estrellaron en la fortuna y el poder del omnipotente emperador. Retirado a Yuste este monarca, empuñó el cetro su hijo único Felipe II príncipe cauto y poco belicoso, que en vez de buscar los laureles como su ilustre predecesor confió a los capitanes de su padre el cuidado de hacer respetar en ambos mundos las armas españolas, y se consagró especialmente a robustecer el poder real, aliándolo con el religioso, para que la unidad política y de las creencias se ayudasen, contribuyendo la primera a cerrar las puertas de España a la reforma, que tan crudamente combatía a la segunda, y la segunda a extinguir los últimos restos del feudalismo de los municipios y los grandes sombras que aterraba a la primera.

Los moriscos de Andalucía debieron sentir los efectos de esta política alianza, como súbditos poco sumisos y como sectarios del Corán; y después de haber promovido, durante los trece primeros años del reinado de don Felipe, mas o menos serios disturbios, acabaron por presentarse en declarada rebelión. Ni astucia ni arrojo escasearon para hacerse dueños de Granada; y no habiéndolo conseguido, merced a la gran vigilancia de las autoridades reales, se retiraron al país montañoso, llevando el fuego de la guerra a las Alpujarras, Almijara, Río de Almanzora, Sierra-Nevada, y los fértiles y profundos valles escondidos entre estas fragosas montañas. A extinguir el repentino incendio acudieron de toda la península las banderas de las ciudades y algunos tercios aguerridos; pero a pesar de los esfuerzos de los marqueses de Mondéjar, los Vélez y otros ilustres capitanes, la desesperación y el terreno multiplicaban de tal modo las fuerzas de los moriscos de Granada, que, con prospera o adversa fortuna, pero siempre caprichosa e incierta, iban prolongan-

do la guerra, mucho más que convenía a los planes y gran poder del monarca, a quien hostilizaban.

Cansado Felipe II de tan prolongada contienda, y queriendo ponerla término a la posible brevedad, mandó reunir un poderoso ejército, y tomando una extraña determinación, poco conforme a su carácter y política, lo puso bajo las órdenes de su hermano don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. Esta elección debió parecer a todas luces incomprensible y desacertada. Lo segundo porque el joven príncipe había pasado sus primeros años dedicado a serios estudios pues Luis Quijada, por orden del emperador, lo destinaba al sacerdocio; y viniendo después a la corte, a pesar de su gran corazón y ánimo marcial, no había presenciado, ni mucho menos tomado parte en ningún reencuentro ni batalla. Y lo primero porque habiendo meditado y vacilado mucho Felipe II antes de decidirse a declarar a don Juan de Austria su real origen, como temiendo que el águila imperial quisiera remontarse alto, le proporcionara una ocasión de unir a lo ilustre del nacimiento el esplendor de la victoria. No es fácil hoy adivinar las causas, y existir debieron muy graves, que hicieron obrar al monarca del modo que hemos referido, y dejando la cuestión histórica entremos en la tradición popular.

Entre los varios capitanes que servían bajo las inmediatas órdenes de los marqueses de los Vélez y de Mondéjar, se distinguía particularmente el hidalgo Diego Velázquez, brioso capitán de caballos, que había medido su tizona con las moriscas cimitarras de los mas valientes guerrilleros, y a quien los moriscos miraban con un invencible terror. Contaba el capitán Velázquez a la sazón treinta y seis años y soldado desde la infancia, se había hallado en el sitio de Mest, última y desgraciada expedición guerrera del emperador Carlos V, y en la batalla de San Quintín, primero y glorioso hecho de armas del hijo del emperador. Su estatura casi gigantesca, su tez morena y a más tostada por el sol de los campamentos, sus facciones duras y singularmente varoniles, su voz bronca y sus imperiosos ademanes estaban en perfecta armonía con su gran ánimo marcial y los moriscos, como los cristianos, le concedían las altas prendas de guerrero.

A las cuatro y media de la tarde del 24 de diciembre de 1569 se encontraba Diego Velázquez a corta distancia de Orgiva, acompañado de cien guerreros que lo secundaban de ordinario en sus peligrosas correrías. Ocupaban una alquería que les servía de alojamiento, guareciéndolos de la ventisca y menuda nieve que iba tendiendo su blanco manto sobre las praderas y colinas. Los compañeros de Velázquez reposaban cómodamente sobre la paja, se calentaban al hogar, jugaban a los dados y bebían. Pero el capitán, preocupado con alguna idea muy importante, se paseaba apresuradamente, asomándose de vez en cuando a la puerta de la alquería, como si esperara impaciente la llegada de alguna persona. Cerraron las sombras de la noche; la impaciencia del capitán crecía por momentos, y no pudiendo entretenerla con asomarse a la puerta, porque le era imposible descubrir ni el más corto trecho de camino, continuó sus rápidos paseos, derribando al paso las cántaras de los que bebían y las cajas de los que jugaban, pisando a los que estaban acostados, y empujando a los que se calentaban al hogar. De improviso se abrió la puerta, y un morisco envuelto en un albornoz negro, sembrado de menudos copos de nieve, se adelantó hasta el capitán, que a su vista había interrumpido el paseo. Velázquez lo cogió de un brazo, y después de haberlo llevado al rincón mas apartado de la cuadra, le preguntó en voz apenas perceptible:

—¿Qué noticias me traes?

—Las mejores—repuso el morisco en el mismo tono misterioso.

—Sepamos.

—Una partida de moriscos rebeldes, al mando de Aben-Aboo y algunos otros guerrilleros, se encuentra a una legua corta de aquí.

—¿Cuántos son en número?—preguntó el capitán, radiantes los ojos de alegría.

—Doscientos—repuso el morisco—, temiendo que el número desanimara al capitán.

—¡Voto a Santiago!, que estás haciendo un buen negocio.

Esta exclamación manifestó al morisco que se había equivocado, creyendo a Velázquez capaz de intimidarse por el número, y repuso, con la satisfacción de un usurero que ve asegurado un buen negocio cuando perdido lo creía:

—Hemos estipulado que me daréis, por cada cabeza de morisco, diez ducados.

—Así es la verdad, y siendo doscientos los moriscos te corresponderán dos mil ducados si todos perecen al filo de nuestras espadas—respondió el capitán Velázquez.

—Tomad bien vuestras disposiciones, pues no me gustaría perder, por culpa vuestra, ni un solo ducado.

—Así lo haré. Pero ya que me has recordado una de las condiciones de nuestro contrato, la favorable para tí, no estará de más que yo te recuerde la onerosa. Si me engañas y erramos el golpe, pagarás con la cabeza tu torpeza o mala intención.

—Nada más justo, capitán. De un lado ponéis dos mil ducados, del otro pongo mi cabeza; no puede ser mas igual la partida. Pero si queréis que no se malogre no perdamos un solo instante.

—Señores—gritó el capitán dirigiéndose a sus soldados—, dejad el vino, tirad esos malditos dados, apartaos del fuego, estirad esos miembros entumecidos., y empuñad las armas.

Los soldados de Diego Velázquez estaban muy acostumbrados a obedecer las órdenes de su intrépido jefe para que hicieran repetírselas. Los jugadores se levantaron, dejando en suspenso las partidas, los bebedores apuraron de un solo trago sus anchas cántaras, los mas frioleros se apartaron de la chimenea, como si temieran quemarse y los que dormían profundamente se despertaron como si sonara la trompeta del juicio final, y a uno solo, que no consiguió disipar los densos vapores del sueño lo cogió Velázquez por un pie y sacó arrastrando fuera de la puerta de la alquería, sin hacer caso de sus ayes.

Puestos en orden los soldados, y después de haberles encargado que marcharan en el más riguroso silencio, se colocó Diego Velázquez a la cabeza de su gente, llevando a su izquierda al morisco, garante y guía de aquella arriesgada expedición. Caminaron más de dos horas, despreciando intrépidamente el frio y la humedad de la noche; pasaron por un estrecho y frágil puente el río Guadalfeo, que arrastraba sus turbias corrientes en ronco y compasado son, dejaron a un lado el Lanjarón, pintoresco lugar, oculto entre sus perfumados bosques de limoneros y naranjos, y avanzaron resueltamente, internándose en las asperezas de la feraz sierra de Lujar. A medida que se internaban, caminaban con más cautela; y tanto importaba a los cristianos no ser oídos, que el ruido sordo y prolongado de sus pasos más parecía el de una serpiente que se arrastra, que el de una hueste que camina.

Acababa de trepar la hueste una agria cuesta y se preparaba a descender hasta una profunda cañada, cuando el morisco dijo al capitán.

—Manda hacer alto a tus soldados, si quieres conocer por ti mismo la posición de los rebeldes.

Velazquez cumplió inmediatamente la indicación del guía, y adelantándose con él, vio una inmensa hoguera que ardía a la puerta de una grande alquería, situada en la pendiente de la montaña, y oyó distantemente las voces de muchos moriscos, que con la mayor seguridad gritaban, cantaban y reían. Las pupilas de Diego Velázquez se dilataron y brillaron, como las del tigre al ver su presa; dividió su gente en pelotones, marcándoles los distintos caminos qua debían seguir para llegar a la alquería; y media hora después, caía, espada en mano, sobre los alegres moriscos, que no esperaban encontrar la muerte por término de su festín.

Aunque sorprendidos y aterrados, Aben-Aboo y sus compañeros procuraron vender sus vidas al más alto precio posible, y se trabó una brava pelea, que tiñó de sangre la alquería y se prolongó largo tiempo. La intrepidez de los moriscos cedió sin embargo al valor de los soldados de Velázquez. Aben-Aboo, con algunos pocos, se retiró en el mejor orden y los moriscos que no sucumbieron al filo de los aceros toledanos, se desbandaron por las breñas, esperando hallar su salvación entre las sombras de la noche y lo espeso de la maleza. Diego Velázquez y sus soldados habían jurado no dejar ningún morisco con vida; y tan decididos estaban a cumplir este juramento, que sin temer las emboscadas ni detenerse ante las tinieblas de la noche, se lanzaron tras los fugitivos, acosándolos como perros que siguen el rastro a la caza. En esta lucha de hombre a hombre, cupo en suerte al capitán Velázquez un morisco de alta estatura, vigorosos miembros, cuarenta y cinco años de edad, y que se había batido con el mayor encarnizamiento. El capitán lo persiguió largo trecho, y, cuando esperaba rendirlo, se le perdió entre la espesura, como si se hubiera abierto la tierra para albergarlo en sus entrañas. Un hombre menos temerario que el valeroso capitán hubiera temido una emboscada, y retrocedido hasta los suyos; pero Velázquez se había prometido a sí mismo acabar con aquel rebelde y era incapaz de no cumplir esta palabra. Prosiguió internándose en la sierra. De repente descubrió una casita solitaria, perdida en un bosque de encinas y que debía estar habitada, porque una columna de humo se desprendía del encendido hogar. Pensó Velázquez que aquella casita podía encerrar alguna presa capaz de recompensarle dignamente la perdida del morisco que perseguía, pero antes que pisara el dintel, cayó sobre su bien templado yelmo una pesada cimitarra. Vaciló un momento el capitán, de sorpresa y dolor a un tiempo; pero reponiéndose al punto cerró con su fiero antagonista a mandobles y cuchilladas; viendo con asombro que su contrario era el mismo con quien había lidiado antes y perdido entre la maleza. Diego Velázquez se regocijaba de haber encontrado su presa, y el morisco combatía cada vez con mayor encarnizamiento, cerrando la entrada de la casita misteriosa. Este encarnizado combate era sumamente desigual, sino por el valor y la fuerza de los antagonistas, por lo desigual, de las defensas; pues Diego Velázquez combatía completamente armado, y el morisco solo oponía a los rudos golpes del cristiano su tosco vestido de lana; que empezó a teñir en su sangre, vertiéndola en tanta abundancia, que cayó en tierra bajo el umbral que defendía.

Defensa tan desesperada y sangrienta, hecha por un enemigo que había huido momentos antes, confirmó al capitán la idea de que la casita misteriosa encerraba un rico tesoro. Forzó la puerta, sin hacer caso de los rugidos del morisco, que se revolcaba en su sangre, y se encontró en un aposento, alumbrado por una lámpara y adornado con cierta riqueza y buen gusto. Una morisca de dieciséis años no cumplidos, y más hermosa que las huríes que pueblan el perfumado Edén, lanzó un grito al ver al cristiano y cubriéndose el rostro, corrió a ocultarse horrorizada. Diego Velázquez la siguió, cogió las delicadas manos entre las suyas, que las oprimían como un gran tornillo de acero; la estrechó una vez y otra vez entre sus brazos, y empezó una lucha terrible entre la doncella casta y pura, que quería defender su honor, y el guerrero indómito, que se irritaba más y más con la obstinada resistencia. Moraima era débil, Velazquez fuerte, la victoria no era dudosa. Sucumbió al cabo la doncella, y el capitán la dejó casi desmayada, pasó sobre el cuerpo ensangrentada del morisco, y se fue en busca de los suyos.

Vuelta Moráima de su letargo, comprendió todo el infortunio que acababa de sucederle; pero al mismo tiempo recordó que su padre había combatido en la puerta de la casita, y salió en su busca. Lo halló, pero lo encontró moribundo. Olvidando su inmenso dolor, vendó las heridas del morisco, y, a fuerza de amor y cuidado, consiguió volverlo a la vida. Cumplido este deber sagrado, se entregó la pobre morisca al recuerdo de su desgracia, siendo tanta su melancolía, que enfermó gravemente. Su padre quiso consolarla, pagarle los afanes que acababa de pasar por él; pero si Moraima consiguió curar al morisco las heridas del cuerpo el morisco no pudo curar a su hija las heridas del alma, y Moraima murió de vergüenza. .

II. 1570.

La espada, el nombre o la fortuna del bastardo de Carlos V, D. Juan de Austria, héroe un año después de Lepanto, había terminado felizmente las penosas y largas campañas a que dio lugar la rebelión de los moriscos y solamente en lo más apartado y áspero de las Alpujarras destellaba de vez en cuando alguna centella de la vencida rebelión. El prudente Felipe II tenía demasiado talento y experiencia para no comprender que una chispa mal apagada puede reproducir el incendio; y, lejos de dar poca importancia a los subyugados rebeldes, los tuvo en memoria, mandando a sus capitanes generales de Andalucía, especialmente al de Granada, que no los perdiera de vista, y que estableciera presidios, muy particularmente en las fortalezas enclavadas en las montañas que se extienden desde el fértil valle de Lecrin hasta muy cerca de Almería. Estaban muy acostumbrados los capitanes de don Felipe a obedecer sus mandamientos para que dejaran de cumplir uno tan expreso como importante y, además de proveer los fuertes de soldados, artillería y municiones de boca y guerra; nombraron para gobernar los presidios jefes conocedores del terreno, curtidos en la guerra, experimentados en duros trances, y que gozaran de gran prestigio entre los soldados por su intrepidez personal. El gobierno de la extensa y áspera comarca de Orgiva y la custodia de su fortaleza eran cargos que requerían tanta actividad como valor, y el capitán general de Granada puso los ojos en el capitán de caballos Diego Velázquez, a quien había tenido mucho tiempo bajo sus órdenes durante la pasada guerra, y cuyo carácter entero conocía en toda su verdad. Recibió el capitán Velázquez con júbilo

y reconocimiento el difícil cargo confiado a su vigilancia y valentía; y recordando con deleite las varias hazañas que había acabado, y el terror que supo infundir a los rebeldes, juró mantener en paz la comarca y sentar la mano tan de recio a los moriscos mal avenidos con el reposo, que, según su expresión, «no volvería a nacer vello en la piel sobre la cual sentara una vez su guantelete». Diego Velázquez era hombre que cumplía fielmente su palabra, y si vivieran moriscos que estuvieron bajo su dominio, atestiguarían que la cumplió el cristiano alcaide de Orgiva. Instigado por su rencor hacia la secta mahometana, y por su temperamento infatigable, corría en todas direcciones su comarca; y lo mismo de día que de noche, con huracán, granizo o lluvia, se presentaba en los extremos mas distantes con tan prodigiosa rapidez, que el vulgo comenzó a creer, que por buenas o malas artes se multiplicaba a su antojo.

Tres meses habían transcurrido desde que llegó Diego Velázquez a la fortaleza de Orgiva, sin que el menor amago de rebelión viniera a turbar la comarca, pero el celoso capitán no se descuidaba por ello; antes creía ver en la calma un presagio de tempestad.

Llegó el veinticuatro de diciembre, día cuya noche consagran las cristianos a celebrar el nacimiento del hombre Dios, y creyendo Diego Velázquez que los moriscos podrían aprovecharse del general descuido y júbilo para dar un golpe de mano, en vez de entregarse a los placeres, montó a caballo, y sin escudero ni escolta dejó al anochecer la villa. Ni lo empinado de las cuestas, ni lo fragoso del terreno, retardaban la veloz marcha del fogoso tordo cordobés, que montaba el activo alcaide; y desde las cumbres de los montes, descubría Diego un panorama tan imponente y pintoresco que cautivaba su atención. Se alzaba a su espalda como un gigante de alabastro, la aromosa Sierra Nevada envuelta en su manto de nieve, y decorada, como una gran catedral gótica, por sus dos esbeltas atalayas que la sirven de torres, los picos de Veleta y Muley Hazen. Mucho mas humilde, y manchada apenas de nieve, se extendia a la diestra del capitán cristiano la Sierra de Layar, y a su falda se descubrían las blancas casas del Lanjaron, casi perdidas entre sus jardines de limoneros y naranjos. Entra estos jardines y la huerta de Orgiva, corría el cenagoso Guadalfeo, sucio y turbulento como una serpiente mal herida, que arrastra sus negras escamas sobre rocas, causando un desapacible rumor. A su frente descubría Velázquez los lugares de Capilería, Pitres, Pampaniera, Trévelez y otros, pequeños fantasmas envueltos en la neblina de la noche. La luna, próxima a su ocaso, iluminaba este cuadro majestuoso; y sus claras olas de luz ya se quebraban en los ángulos de las montañas, ya reflejaban sobre la nieve de las sierras, ya rielaban en las llanuras y los ríos, y ya se perdían en las profundísimas cañadas. El ambiente era tan apacible como el de una noche de primavera, y no dejaba sospechar siquiera la adusta presencia del invierno. Sin embargo, un ojo avizor y experimentado, como el de pastor o marinero, hubiera predicho la lluvia, al descubrir en occidente un grupo de nubes cenicientas, que se elevaba pausadamente, para robar los últimos rayos a la luna, muy próxima a tocar su ocaso. Estas anticipadas sombras no alarmaron al capitán, antes bien las deseaba mas densas, para proseguir su larga ronda sin temor de ser descubierto.

El risueño aspecto de la noche se fue cambiando lentamente en melancólico; las colinas cambiaron sus tintas plateadas por otras cenicientas y tristes, las cañadas se ennegrecieron; el ambiente comenzó a humedecerse, y los arroyos y los ríos, perdidos entre pardas sombras, sólo indicaban su presencia con el ronco ruido de sus pasos. Pero el ca-

pitán Diego Velázquez no pensaba volverse a Orgiva y seguía corriendo los lugares, muy satisfecho de no descubrir ningún síntoma de revuelta. A las once y media de la noche desapareció el amortiguado reflejo que despedía la velada luna, y de improviso las tinieblas rodearon al intrépido alcaide, hasta el punto de no permitirle ver a dos pasos de distancia como si se acercaran los horizontes para chocarse y confundirse. La repentina oscuridad y una lluvia menuda y lenta que empezaba a caer, advirtieron al capitán lo conveniente que le seria volver sus pasos hacia la villa, si no quería correr el riesgo de perderse entre los espesos encinares, o de rodar y perder la vida en el fondo de algún torrente. Incomodado por la lluvia, y no queriendo perder tiempo, hirió los ijares de su poderoso caballo, y con toda la rapidez que la maleza permitía, tomó la vuelta del castillo. Habría caminado media hora, sin encontrar otros obstáculos que lo fragoso del terreno, cuando notó que su caballo había perdido la vereda, y por mas que quiso reconocer las particularidades del sitio en que se hallaba, no le fue posible conseguirlo, a causa de la impenetrable oscuridad. Hombre de mermada paciencia era el alcaide, y ya iba a prorrumpir en juramentos, cuando oyó los pasos de un hombre que debía traer su mismo camino.

—¿Quién llega?—preguntó el capitán, seguro de encontrar un guía.

—Un pobre paisano—le respondió una voz sumisa, aunque ronca, y un segundo después se encontraba a su lado un hombre de elevada estatura, aunque encorvado, envuelto en un mal capote de monte.

—¿A dónde vas?—le preguntó Velázquez.

—A Orgiva—respondió el paisano humildemente.

—Esta no es la senda.

—Es verdad, pero lo mismo que vuestra señoría, he tomado el campo atraviesa, para llegar mas pronto a la villa,

—¿Y cómo sabes que yo me dirijo a la villa?

—¿A dónde, sino a Orgiva, puede dirigirse el señor alcaide?

—¿Me has conocido, según veo?

—Toda la comarca conoce al señor capitán Diego Velázquez que la mantiene en paz.

—Está bien. ¿Y tú quién eres?

—Yo señor, soy un pobre morisco, que obedezco a S. M. el rey católico.

—Pues supuesto que vas a Orgiva, ponte delante de mi caballo, y haremos juntos el camino.

El morisco no replicó, se puso delante del caballo y volvieron a caminar.

No habían andado cincuenta pasos, cuando el capitán Diego Velázquez dirigió la palabra a su guía, diciéndole:

—Para hacer mas corto el camino, vendría bien que me entretuvieras con alguna conseja o cuento.

—Haré muy gustoso lo que su señoría me mande—respondió el morisco, con su acostumbrada humildad.

—Ya te escucho—añadió el alcaide.

—¿Quiere vuestra señoría que le cuente alguna leyenda de mis antepasados los árabes?

—Te escucharé con atención, aunque no he tenido nunca gran cariño a tus ascendientes, no lo tengo mayor a tus hermanos, y creo que tampoco lo tendré a tus descendientes.

—A mis descendientes—murmuró el morisco tan bajo, que el capitán percibió el rumor de las palabras, sin poder entender la frase.

—¿Qué dices?—pregunto el alcaide.

—Que voy a empezar mi leyenda

Hizo el morisco una breve pausa y prosiguió de esta manera

—Un palomo de noble casta, que había vivido mucho tiempo en el palomar de un soberano, se cansó de su vida agitada, y uniéndose a una casta paloma, trasladó su nido al hueco de unas peñas, ocultas en lo mas fragoso de una sierra. Entregado completamente al púdico amor de su apacible compañera, consiguió olvidar los dolores de su vida pasada, y, sin ambición ni esperanza, veía correr sus tranquilos días, tan risueños como el manantial cristalino que brotaba bajo las peñas. La suerte parecía empeñada en proteger al feliz palomo, y, para colmar sus delicias, le dio, por fruto de su amor, una palomita, que prometía ser tan hermosa como su madre. La suerte es de suyo inconstante y se cansó de proteger al pobre palomo; su esposa murió, poco tiempo después de ser madre, y el viudo palomo tuvo que ahogar sus dolientes suspiros para atender únicamente al alimento de su hija. Conforme iba creciendo esta se aumentaba su dulce encanto y su prodigiosa hermosura, siendo un retrato de su madre. Tenía, como ella, blancas plumas, más blancas y brillantes que la nieve de la altiva Sierra Nevada: tenía, como ella, pico rosado, más rosado que el coral puro y trasparente; tenía, como ella, ardientes ojos, más ardientes que los de los caballos del desierto y las águilas de las sierras; tenía, como ella, blando arrullo, tan dulce y blando que parecía a la vez una música y un suspiro. El pobre palomo estaba loco de contento, contemplando tanta hermosura, tanta gracia y tanto candor. Hubiera querido ocultar su nido a las miradas de las aves y de los hombres; encontrar un mundo muy pequeño y desconocido para encerrarse en él con el tesoro de su amor. Difícil sería reducir a peso todos los quilates de aquel amor paternal, único, inmenso, reconcentrado, amor que anudaba todos los amores, que se alimentaba con el fuego de todas las pasiones, fundidas en una pasión pura y santa. Felices horas pasó el palomo cuidando de su hermosa hija en su rústico y apartado nido, pero las horas fueron breves y la tranquilidad del nido no fue mas larga que las horas. Bandadas de aves de rapiña aparecieron en los horizontes; los pájaros de la comarca huyeron, pero no lograron con la fuga dejar de caer entre las garras de los buitres y los milanos. El palomo corrió afanoso a cernerse sobre su nido, no para salvar su propia vida, que estimaba en poco, sino para resguardar a su hija, oponiendo su pecho a las garras de las conquistadoras aves. Un buitre, más negro que esta noche, siguió el vuelo del pobre palomo, y cuando éste quiso cerrarle el paso, para que no llegara al nido, le escondió su pico en el pecho, dejándolo en tierra moribundo. En tanto que el herido palomo forcejeaba por levantarse.

—Llegó el buitre al nido y mató a la blanca paloma—interrumpió el capitán Velázquez, queriendo manifestar que había adivinado el fin del cuento.

—La mató y no la mató—repuso el morisco con voz entrecortada y ronca.

—No te comprendo.

—La deshonró.

—¿Con qué los buitres pueden deshonrar a las palomas?

—Sí. La paloma murió de vergüenza un mes después.

—No sabía yo que las palomas morían de vergüenza.

—Sí, señor alcaide, las palomas mueren de vergüenza.

—¡Pobres palomas! ¿Pero qué sucedió al palomo? ¿Murió también de sus heridas?

—No, señor capitán Velázquez. El palomo vivió, sin duda para que cumpliera su destino.

—¿Sepamos su destino?

—Era noble. Primero debía verter amargo llanto sobre el sepulcro de su hija.

—¿Y después?

—Después debía vengarla.

—¿De modo qué continúa la historia?

—Continúa—repuso el morisco, poniéndose al lado del alcaide, bajando la voz, como si los sucesos que iba a referir exigieran el mayor secreto.

—Sepamos—insistió el alcaide.

—Pasado algún tiempo, el palomo fue dueño de la vida del buitre.

—¿Y se la quitó?

—¡Diego Velázquez, acabas de dictar tu sentencia!—gritó el morisco enderezándose y atravesando con su gumía ambos costados del alcaide.

—¿Quién eres?—murmuró el capitán, cayendo al suelo moribundo.

—El padre de la niña Moraima, a quien deshonraste hoy hace un año.

—¡Castigo de Dios!—murmuró el alcaide, y cerró los ojos para siempre.

El morisco contempló a su víctima por espacio de algunos minutos, y luego que adquirió la certeza de que estaba muerto, desapareció entre las breñas lanzando una siniestra carcajada, que hicieron mas horrible al repetirla, los sonoros ecos de las sierras.

Cuando abrieron las puertas de Orgiva, al amanecer del veinticinco de diciembre, el caballo de Diego Velázquez entró en la villa sin jinete, lo que produjo grave alarma. Salieron en busca del alcaide varios destacamentos de soldados, y después que hubieron recorrido la mayor parte de la comarca, lo encontraron entre dos rocas, atravesado el corazón con la rica gumia del morisco. En el puño de esta gumia brillaba una hermosa esmeralda, de extraordinaria magnitud, que enamoró a todos los soldados, mucho mejor que lo hubiera hecho la mas hermosa sarracena. Disputársela pretendían, pero el jefe cortó la querella diciéndoles :

—Señores, fuera una impiedad considerar como botín el arma alevosa que ha traspasado el corazón a nuestro alcaide, el esforzado capitán Diego Velázquez, que aquí vemos. A uso más piadoso es necesario destinarla, y propongo lo que vais a oír. La riqueza de esa gumia consiste particularmente en la esmeralda que adorna su mango; ahora bien, arranquemos esta esmeralda de su sitio, vendámosla a algún judío, y con su importe levantaremos sobre estas rocas una cruz de piedra, que perpetué la memoria de Diego Velázquez. Y ya que no podamos depositar aquí su cuerpo, porque seria poco piadoso privarlo de lugar sagrado, pondremos, debajo de la cruz, la gumia que le ha dado muerte, teñida en su sangre como está, para que no vuelva a manejarla mano de moro ni cristiano.

Los soldados se conformaron con el parecer de su jefe, trasladaron inmediatamente el cuerpo del difunto alcaide a la villa. Vendieron la hermosa esmeralda, con su importe levantaron la cruz, bajo la cual depositaron la gumia.

Cuenta la tradición, que durante mas de veinte años, todas las noches venia un hombre a sentarse al pie de la cruz, no se sabe si a orar o maldecir, porque el visitante era el morisco. Pasado este tiempo, nadie se acercaba diariamente a la cruz de piedra; pero en la noche del veinticuatro de diciembre de cada año se acercaban, por distintos caminos, dos esqueletos a la cruz, y trababan porfiada lucha, lucha que se repite en nuestros días, siendo los combatientes los esqueletos de Diego Velázquez y el morisco.

La cruz es conocida en la comarca con el alegórico nombre de La cruz de la esmeralda.

La casa del duende y las rosas encantadas.

José Jiménez Serrano

Semanario Pintoresco Español. 1849. 303/308-311/317-19

Primera parte

Sabrás y Dios te de la mayor ventura del mundo, que allá por la parte de Levante, donde cae el reino de Murcia, había en tiempos de antaño un pobre labrador, a quien los malos años redujeron al extremo mas miserable. Tenia por casa una cueva; por alimento (cuando Dios quería) un pedazo de pan de maíz y siempre larga cosecha de enfermedades y congojas.

Vino un invierno largo y frío con mil plagas y desolaciones: todas las puertas se cerraron; nadie buscaba trabajadores; el pan subía sin tasa, y de lacería y necesidad murió la mujer de Pero Antúnez, que así nombraban al jornalero. Entonces cerró la puerta desvencijada de su cueva, lió el hato, y salió de su lugar a buscarse la vida, seguido de su hija única, Isabel, niña apenas raya en los quince mayos.

Pasaron montes y montes, caminos largos, desiertos donde no hallaban quien los socorriese con una bendita limosna, con un pedazo de pan negro; dormían en los soportales de las ciudades, amaneciendo cubiertos de la escarcha que les enviaba el cierzo crudo de diciembre, o se albergaban en las hediondas cuadras de las ventas, condenados desde allí a ver el ancho y ardiente hogar, sin gozar de su calor.

Andando, andando, en una noche de las más turbias y tempestuosas llegaron a Granada. Ciudad tan grande no la habían visto nunca sus ojos, y sintieron, el padre y la hija, involuntario terror al encontrarse en aquel enmarañado laberinto de calles oscuras, por donde cruzaban de vez en cuando sombras negras con anchos sombreros y largas espadas.

Era día de fiesta, y más de las Ánimas; las tiendas, todas cerradas y nuestros pobres caminantes no hallaban a quien preguntar. La lluvia menuda, regular, espesa, caía con esa igualdad que es presagio seguro de su duración y penetraba hasta los huesos. Las calles parecían infinitas a Isabel y Pero Antúnez. El frío entumecía sus miembros revestidos de andrajos; sus pies ensangrentados no podían sufrir las cortantes piedras del andito de la calle. Solo habían comido un pedazo de pan, y desfallecían. Siguieron andando hasta dar en una plaza irregular. La atravesaron, guiados por un farolillo lejano, y se hallaron al pie de un santuario y en la embocadura de una costanilla.

La cuesta era larga, tortuosa y empinada; la oscuridad tanta que Pero y su hija tuvieron que agarrarse de la mano para no perderse. Allá lejos se veía una luz ancha y vivísima. Nuestros caminantes creyeron de buena fe que era la puerta abierta de un mesón; mas conforme se acercaban iban perdiendo las esperanzas. La luz venía de una reja grande, baja, y parecía el rojizo reflejo da una fragua.

—Preguntaremos al menos—decía el padre, transido de fatiga—. Vamos hija mía, que Dios abrirá camino

Sin respiración llegaron al par de la ventana, se asomó Pero Antunez y descubrió una sala baja, llenas las altas paredes de cacharros, peroles, alcuzas, botellas y cañones de vidrio de todas formas y colores: por el suelo estaban esparcidos pedazos de mármol, de. metales, muchos papeles y algunos libros revueltos con trozos de leña y de carbón. Un horno de tierra roja colocado enfrente de la reja despedía la claridad que había engañado a los caminantes.

—¡No hay nadie!—exclamó el pobre padre.

Isabel se sentó bajo el umbral de la puerta y encogiendo las piernas apoyó en ellas los codos y la frente calenturienta en ambas manos. Pero Antunez, vió al reflejo que se proyectaba en lo extador, que tenían sobre su izquierda la puerta de hierro de una fortaleza y a sus espaldas un palacio.

Sintióse ruido en la sala baja y se acercó el labriego; por el fondo de la habitación apareció primero una serpiente arrastrándose, después un galo montés con los ojos como esmeraldas y luego un hombre de sotana, alto, seco, de cabellos claros y rojos, que traía en sus manos una fuente llena de llamas.

Pero Antúnez, quiso dar un grito y no pudo, santiguose aprisa, diciendo

—¡Jesús! ¡Jesús!.. ¡Jesús!..

El hombre de la fuente encendida con aire gruñón habló dirigiéndose al gato

—Apártate, diablo, qua voy a quemarte.

Y volviose al mismo tiempo de manera que enseñó su cabeza tonsurada a usanza de clérigo.

Con el uso de la voz humana y la corona del fantasma calmose un tanto Antúnez, pero el susto no le salía del cuerpo. Su hija empezó a quejarse compasadamente, el jornalero comprendió lo desesperado de su situación y haciendo un esfuerzo dijo:

—Perdone, su merced, soy un pobre caminante que he venido con mi niña a buscar trabajo y nos hemos perdido en la ciudad con la mala noche. ¿Me podría decir donde nos recogeríamos?

Al oír aquella voz lastimera entre la lluvia y en la misma reja, la serpiente que estaba al calor del horno se alzó irritada poniendo en espiral sus ligados anillos, el gato erizó su lomo y el hombre rojo se volvió apresuradamente.

La vivísima lumbre que del horno suba iluminaba de lleno el rostro humilde y abatido de Pero. Quejose la niña y el jornalero hizo un gesto, como diciendo:

—Ésta es mi hija que se muere como su pobre madre.

El de adentro se compadeció en extremo.

—¿Y qué posada habéis de hallar abierta a estas horas? ¿Ni cómo la encontrareis si sois forastero?

—Tiene su merced razón, mas dígame al menos un soportal donde poder libertarnos de la lluvia y del viento.

El de la sotana dudó un momento: luego resueltamente se marchó diciendo:

—Esperadme que voy a guiaros a un mesón.

—Dios se lo pague.

A poco abrió la puerta el hombre alto, seco y rojo, descubrió una linterna y quiso andar; pero tropezó con Isabel que estaba medio recostada en el escalón de mármol.

—¡Vamos hija de mis entrañas—le dijo su padre—, levántate!.

—¿Cómo ha de andar y seguirnos si tiene fiebre? Vaya, ayudadme a entradla y por esta noche la pasaréis en mi casa.

A la pálida luz de la linterna el hombre tonsurado había examinado la enfermiza fisonomía de la niña y adivinado sus padecimientos. En brazos la subieron por los triangulares peldaños de la torcida escalera hasta depositarla en un entresuelo ahumadísimo, sucio y lleno de trebejos extraños que servia de cocina.

—Mudadle esa ropa, mientras acudo con fuego para el hogar.

—¡Ah Señor! Se la enjugaré, cuando haya lumbre, porque no tenemos otra.

La severa frente del clérigo se oscureció, y sin hablar palabra trajo algunas astillas de leña recia, un jergón de paja, una manta de seda floja y lana a usanza morisca y una camisa gruesa:

—No puedo ofreceros mas—dijo con sentimiento—. Desnudad a esa niña, calentad este camisón desahumándole con estas raíces, no es la camisa de mujer, pero sí de lienzo: enjugadle el cabello, acostadla en el jergón, abrigadla bien, alimentad el fuego y componeos con esta piel de carnero y este manteo, porque no hay otra cosa en mi ropería.

—La Virgen del Carmen le pague a su merced tanta caridad. Yo me arreglaré, aquí, al otro lado del fuego, los pobres estamos hechos a pasar trabajos.

—Dadle unas tornas de este licor encarnado y cenad con este pedazo de carne:

Y le alargó una botella con tintura carmesí, un vaso pequeño y como una libra de tasajo.

El hombre de los cabellos rojos era un verdadero filósofo; soldado en su juventud corrió cortes y lejanas tierras tomando, como las abejas, lo mejor de todas. Sabia muchas lenguas y lo mismo leía en los pergaminos viejos de las escrituras árabes que en las piedras antiguas. Entendía de todas las cosas, curaba enfermos, llevaba la palma entre la gente de chancillería. Componía cantares con su música acordada, y en lo que los clérigos aprenden, sobresalía tanto que le temían allá en Alemania los herejes y por acá se inclinaban ante su dictamen los mas laureados bonetes. Como todos los hombres grandes, por defender a los moriscos fue encarcelado en la inquisición de donde salió al cabo de veinte años ileso de la culpa de tornadizo. El doctor Graciano, desde entonces amaba a la humanidad sin querer trato con los hombres, daba en limosnas todas sus rentas y nunca miraba al socorrido. Vivía solo en la última casa de la calle de Gomeres, mansión del barrio temida, porque, tenía Duende. Hizo un observatorio en el tejado y un laboratorio en la sala baja, domesticó un gato montés y una culebra que aprisionó pequeños en la huerta de la casa, y procurando aislarse enteramente compraba de vez en cuando una pierna de carne asada para todo alimento, y lavaba su ropa por medios químicos.

Pues, como iba diciendo, se pasó la noche, mas no la calentura de la niña, según declaró el doctor Graciano, y éste, con murmuración del barrio, al volver de celebrar el sacrificio de la misa, trajo una gran cesta de todo avío.

Pero Antúnez le esperaba ya dispuesto para acudir a una posada y su hija Isabel estaba medio vestida con la suya húmeda aun de la lluvia.

—¿Qué vais a hacer?—exclamó al verlos en aquel talante—. ¿Vais a matar a esa pobre niña? Quitadle esa maldita saya, abrigadla bien, atizad el fuego y disponed una olla con estas cosas.

—Mire su merced....

—¿No veníais a buscar trabajo?

—Si.

—Pues entonces hoy me ayudareis a componer mi observatorio, que ha destrozado la lluvia, y mañana la tapia del corral.

—Solo Dios puede pagaros tan buena voluntad.

Para no cansarte más, leyente mío, como el invierno iba siendo por demás lluvioso, los pobres andaban en bandas y el doctor, aunque se restableció Isabel, no quiso despedir a sus huéspedes temiendo que pereciesen de hambre. El trato que con ellos había tenido le hizo reconciliarse con los hombres, pues las virtudes más se juntan a la sencillez de los campesinos. Poco a poco el doctor fue perdiendo su vida extravagante.

Pero Antúnez labró unas sillas, una banqueta para comer, una cantarera y una barandilla que colocó alrededor del observatorio ayudándose de la madera que halló en la huerta. Esta era en lo antiguo un bellísimo carmen, con tapias almenadas como se ven aún, adarve para macetas, y bancales bien dispuestos con albarradas de piedra de río. Se extendía hasta el pie de las viejísimas Torres-Bermejas. Al presente por la incuria y el abandono se hallaba reducido a un bosque de maleza, abrigo de culebras, gatos garduños y otras alimañas, terror de la vecindad.

El labrador levantisco taló y quemó las zarzamoras, limpió los frutales, recompuso la tapia y los setos, levantó las desmoronadas albarradas, guió los cipreses, podó los rosales, los arrayanes y las lilas, limpió las calles, cavó los bancales y buscó semillas en los huertos vecinos. Para la próxima primavera el Carmen amenazaba ser de los mas ricos en verdura, frutos y llores.

Isabel comenzaba a estar hermosa, su belleza infantil encantaba como los ramos de flores, como la aurora, como los sueños en que de niños vemos la gloria. Su cutis era trasparente y blanco a la manera del alabastro, suave cual hoja de rosa primaveral, sus cabellos rubios caían trenzados hasta la encintada cenefa de su saya de picote, el color de los ojos azul, y tan grandes y con tan inefable dulzura que una fontecilla purísima es menos halagüeña y trilladora; la boca de corales y como un piñón, la nariz de oro, las cejas arco iris del cielo de su frente; el corazón de paloma, el alma mas hermosa aún que el cuerpo; donaire, ingenio, prudencia —tan rara en la mujer— sensibilidad exquisita demostraban sus acciones.

Una enfermedad grave, penosa, larga, dio con el doctor en cama y entonces más que nunca bendijo la hora en que había recogido a los pobres forasteros, pues le cuidaron como el hermano al hermano, y la mujer al padre o al esposo. Al cabo de largos padecimientos murió el clérigo con la tranquilidad del justo.

Pero Antúnez y su hija quedaron por universales herederos. Corta era la hacienda pues no se extendía más de la casa y algunos ducados, pero con ella mucho se mejoró el estado y condición de los levantiscos, siendo además esta herencia ocasión de impensados y maravillosos hechos como verá el que leyere.

Segunda parte.

Isabel habla cumplido catorce años, edad de los primeros amores, en el temprano y voluptuoso suelo de Andalucía. La compostura de su rostro y la elegante morbidez de sus formas, su ensimismamiento, su melancolía y el mirar dormido y cariñoso de sus claros y serenos ojos lo pregonaban.

Andaba siempre huyendo de la compañía de su padre; inquieta durante el día, por la noche. desvelaban a la pobre niña, sueños extravagantes y agradables. Al caer de la larde se paseaba por las calles de la umbría de su carmen, queriendo ocultar las indiscretas lágrimas que bailaban en sus pupilas, al pié de los tétricos y descarnados muros de Torres-Bermejas.

La víspera de San Juan, por la tarde oyó que en un corral inmediato las vecinas que toldaban el fresco platicaban por el tenor siguiente.

—¡Vaya! Y aunque vino arrastrando zancajos ya tiene saya de paño verde.

—Con corpiño y ribetes de lo mismo, Madre Candelaria, y bajo que se pone el zagalejo.

—Pero alta la camisa que es fina, blanca, planchada, plegada y con cuello festoneado de cabezón carmesí que le cae a las mil maravillas, pues la chiquilla es un pino de oro .

—Y gargantilla de azabache morisco. Estas rapazuelas sacan aceite del agua clara...

—Ten la maldita lengua, segoviana, que era muy caritativo el pobre señor.

—¡Mirad si no que zapatos con dos suelas colorados y calzas de lo mismo trae la niña! Y las trenzas tomadas con cuenta de hilillo de plata fina ¡Y el rosario de cristal y plata! Vaya, madre Candelaria, se le ha aparecido el duende a la rubita.

—No me lo mientes, que ésta es la noche de San Juan, en que sale a pasearse por estos corrales! ¡Y en buena casa vivimos! ¡Pobre hermana mía!...

—¡Por mi santiguada! ¡Jesús!!! Contadme lo de vuestra hermana. No me quedaré sola en la galería esta noche.

—Has de saber, hija mía, que vivíamos mi madre, mi hermana y yo en esa casa que ahora viven los forasteros, en la casa del duende, de esto hace ya muchos años, cuando la entrada aquí del hijo del emperador. Tú no te acordarás, yo era muy niña. Mi hermana mayorcica empezaba a ser mozuela y lloraba mucho porque no la salía novio. En que con estas y otras cosas vino la noche de san Juan, ¡Jesus! ¡hoy hace años!, y salió a pasearse la pobrecilla por el carmen, y en uno de los cuadros sintió como quejidos lastimeros y al dar las doce, vio abrirse la tierra y salir un gigante con una porra de pedernal. Quiso ella correr y gritar, pero tenia pegada la lengua al paladar y los pies la pesaban cien arrobas. El gigante le ofreció dos canastillos, uno de rosas y otro de brevas como el puño, recién cogidas y hasta con su gotita de miel en la flor. Mi hermana siempre fue muy deseosa y muy galga y tomó dos brevas ¡Nunca lo hubiera hecho! El gigante pegó un berrido espantoso, se hundió por una grieta con las flores y las brevas y a mi hermana se le convirtieron en carbones encendidos las que había tomado. Antes de llegar el invierno la pobrecilla se murió de ictericia que le salió del susto. ¡Era como un sol!... Desde entonces dejamos la casa que nadie se ha atrevido a vivir hasta que la compró el clérigo para meterse en

ella, como también era brujo. Y te aseguro, segoviana, que aunque este corral solo tiene un pedazo de tapia lindero con el carmen, cuando llega esta hora...

Las vecinas, maquinalmente escucharon con supersticioso temor, pasó un mochuelo y derribó algunos chinos de la tapia: todas las del corral dieron un grito desgarrador y huyeron hacia sus cuartuchos corno pájaros espantados.

Isabel estaba en esa poética edad crédula para los agüeros, confiada hasta en lo sobrenatural y oyó aquella relación de la madre Candelaria con vivísimo interés. Por la vez primera, reparó después, que los macizos torreones se alzaban sombríos y amenazadores sobre el tajo dominador del Carmen y que entre las rendijas se oían ruidos extraños, ese conjunto terrífico y acorde que forman el hormigueo de los insectos, las alcaparras y las higueras silvestres sacudidas por el polvoroso viento de estío, el murmullo seco de las culebras al pasarse por entre lo descarnado de los adobes, el grito de los mochuelos y el silbo compasado y monótono de las demás aves nocturnas.

La pobre niña sintió un miedo frío y lento, entre las sombras de las quiebras del muro, por entre la yedra del tajo, creyó ver salir enanos, gigantes, fantasmas, monstruos alados y echó a andar hacia la casa sin volver la vista atrás. Mas conforme avanzaba parecíale que en su seguimiento venían ejércitos de duendes con piernas y brazos largos, sentía sus pasos en la arena y tapase los oídos por no oír sus horribles aullidos. Apresuró el paso mas, corrió. Los espíritus alados y los espectros corrieron en detrás de ella, casi le cogían entre sus uñas, ponían los pies en sus huellas, la pisaban los talones. La niña gritaba, corría, corría, volaba... Un vértigo rodeó su frente, la habían cogido de los cabellos, de la cintura, habían clavado sus pies... Cayó desmayada en los brazos de su padre que habla acudido a sus gritos...

Pronto volvió en sí y con Pero Antúnez se reía de su miedo y de su mundo de fantasmas.

A las once de aquella noche el labrador y su hija dormían. El uno tranquilamente, la otra perseguida por la imaginación. Al fin despertó presa de una angustiosa pesadilla. El calor la sofocaba. ¡De pronto comenzó al vestirse ligeramente para salir a pasearse por el jardín! Tan cierto es que contra el miedo y el dolor no hay mejor remedio que el miedo y el dolor mismo. Isabel quería convencerse del todo y arrostrar todo el peligro.

Salió, entró en el carmen y comenzó a subir por las cuestas irregulares que terminaban al pie de las murallas de la rojiza fortaleza de los moros. La noche estaba serena, empañado un tanto el cielo y profundísimo era el silencio. Isabel vestida de blanco, suelto el cabello de oro, se adelantaba con ardor febril y conforme se acercaba a la umbría senda erizársele la piel y temblarle las piernas. Al fin del camino faltaban los arrayanes en las orillas, los últimos bancales estaban empradizados de albahaca con setos de menta y mejorana, por entre los cuales descollaba alguna parriza que arrastrándose buscaba el apoyo del muro, al cual trepaba por la yedra.

¡Dieron las doce! ¡Las doce de la noche de San Juan, llena de agüeros, duendes y encantamientos en Oriente y Occidente!

A la imaginación de Isabel vinieron todas las memorias de las creencias populares. Se paró frente del más lozano prado a contar la hora y escuchó hasta que ya se perdía en las ondas del viento el último eco. Luego comenzó a salir de las florerillas de la albahaca un vapor blanco y luminoso, a la manera de la luz del alba que esparció voluptuosa cla-

ridad. Tras del vapor, como la llama desprendida de una bujía, apareció por encanto un negrito de rostro muy afable y bello, algo amarillento y que nada inspiraba de terror. Casi era un niño, y dulce sonrisa vagaba por sus labios; traía en la mano derecha un cestito de alambres de oro mate lleno de rosas de Alejandría bien cortadas, y en la izquierda un azafate de filigrana lleno de manzanas jaenes, amarillas como el ámbar, gruesas de media libra y mórbidas cual los pechos virginales. Isabel sin saber por que, no se asustó.

—Elige, ángel mío—dijo el negrito ofreciéndola a un tiempo con gracia el cestito dorado y el azafate de filigrana.

Tentadoras estaban y olorosas las manzanas, era la fruta que mas le gustaba a la niña, la que menos comía por ser muy caras; no pudo menos de mirarlas con ahínco. ¡Mujer al fin!, venció el instinto de lo bello en aquel hermosísimo corazón y tomó una rosa.

—Todo es tuyo—exclamó el mancebo negro con mal disimulada alegría—, hasta mañana a la noche a la misma hora. Adiós.

Y entregándole el cestillo de las rosas desapareció dejando embalsamada la brisa de la noche.

Isabel se retiró pensativa, durmió profundamente y soñó que era reina en tierras muy extrañas donde los palacios tenían muros de cristal y puertas de rubí.

Apenas amaneció, fue a ver el cestito, tomando por un sueño lo que recordaba de la pasada noche, mas halló con sorpresa el cesto a la cabecera de su cama, solo que todas las rosas eran de oro salpicadas de perlas, y natural, olorosa y fresca la que ella había tocado con sus dedos.

Llamó a su padre, le contó el caso, y este, para certificarse sin duda, cogió hasta media docena de rosas y las llevó a casa de un platero que las tomó a buen precio celebrándole el trabajo del metal y el tamaño de las perlas. Pero Antúnez parecía loco con tanto oro entre sus manos, abrazaba a su hija y prometíale más galas que soñar puede una reina.

Isabel fue a ver al negrito que salió a las doce de la noche siguiente y le habló con suma discreción y donaire. ¡Mas cual fue la sorpresa de los levantiscos al observar que las rosas de oro y perlas no se hablan disminuido a pesar de la saca y que la natural no se marchitaba!

Todo en la casa cambió, con tan inagotable tesoro. Pero Antúnez y su hija oscurecieron rápidamente a todos los ricos de Granada, y aquella niña antes desconocida fue va la mas solicitada dama por su esplendor y su hermosura sin par.

La casa estaba ricamente adornada y embellecida; aunque no tan grande cual su nueva clase convenía, Isabel quiso permanecer en ella para no fallar nunca a las citas de su negro. Ambos tenían ya confianza, su sentaban sobre la albahaca como dos niños juguetones, se asían de las manos, se paseaban hablando hasta que alboreaba y aun se decían inocentes amores. La niña no estaba triste ya, ni sentía vaga inquietud en su corazón, esperaba con ansia la hora de ver a su negrito y se hallaba loca de contento a su lado.

Se notó en la ciudad, pues tenían los ojos en la garrida doncella, que por magnífico y atractivo que fuese un sarao, antes de dar las doce, desaparecía Isabel con viveza acompañada de su padre para encerrarse en su casa, y no dejó también de asaltar las habli-

llas el que a pesar de sus pocos años y de gozar de todas las fiestas, no se le designase amante alguno, aunque eran infinitos sus apasionados.

Un Tenorio de aquellos tiempos, Don César de Toledo, se propuso rendir la fortaleza que todos habían sitiado en vano, y en verdad sea dicho, es que llevaba más interés por el botín que por cl vencimiento. Era el emprendedor mancebo, galán, discreto, valiente, gastador, en extremo gallardo y hermoso, dado también al juego, a las mozas de vida libre y corrompido de alma como el que más. Al cabo de algunos días Isabel le prefería a sus otros adoradores que, como acontece siempre, eran una turbamulta de necios.

Tales rendimientos hizo el galán, tantas pruebas venció y con tan grande constancia puso manos en aquellos amores, que acabó por enamorarse locamente de la Estrella oriental, como él la llamaba. Las pasiones se pegan mucho, según dice el pueblo, y la donosa hija de Pero Antúnez, de oír y ver continuamente a Don Cesar le comenzó a querer con esa pasión frívola que conceden las niñas al primer advenedizo. Sin más ni más, el caballero pidió a Isabel en matrimonio con todo el ceremonial y aparato de la antigua nobleza española. Pero Antúnez, que siempre tiraba al monte, y se vio tan honrado, estaba más loco que el novio y se pavoneaba calculando el ilustre apellido qua llevarían sus nietos. Su hija bullía de contento pensando en su matrimonio precursor de tantas fiestas y saraos, de una vida nueva, desconocida y misteriosa.

No se cuidaba tanto de su negrito, sin embargo le visitaba todas las noches, procurando acortar las pláticas. El encantado iba cada noche más amarillo, señal de enfermedad entre los de su raza negra, más triste, y lágrimas ardientes asomaban a sus ojos, cuando Isabel con infantil coquetería le contaba sus amores, sus esperanzas.

— ¿Por qué no te alegras conmigo? ¿Qué tristezas te atormentan?

—Esas tus alegrías, ángel mío, esas tus esperanzas son para mí la muerte. ¿Qué será del pobre negrito cuando no te vea?

—Es que nunca dejaré de venir a verte. ¡Ah! ¡Sería una ingrata! Mira—y le estrechaba sus torneadas manos de ébano—, al lado de César estoy siempre riendo, entretenida. Me cuenta sus tumultuosas aventuras que salpica de graciosos donaires, me dice mil flores a lo galán, a lo bravo, a lo soldado, en lengua toscana y en provenzal. Nunca se agota el manantial do su conversación. Pero cerca de ti siento un placer inefable, que tal vez es mas profundo, porque tiene algo de melancólico, como tú. Se me expansía el corazón contigo .

—¡Y me dejas antes que otras veces! ... Pronto no vendrás... Ese Don César tan entretenido querrá todas tus horas, todos tus secretos y me abandonarás.... Y tal vez me venderás.... ¡Siendo de mí tanto querida!

Y al decir esto lloraba el negrito como un niño. Como pudo lo engañó al consolarle la niña.

A otra noche Don César de Toledo la detuvo en un sarao y no acudió al Carmen. Tras esta noche pasaron hasta diez sin que Isabel se acordase del negro.

Todos los preparativos y galas estaban dispuestos. La ceremonia debía verificarse al siguiente día y la hija de Pero Antúnez, devorada por un vago presentimiento, triste en extremo, casi con lágrimas en los ojos se acordó de su negrito, de los momentos felices que había pasarlo a su verita sentada, y tuvo remordimientos. Despidió a Don César, que

se fue de muy mal talante y al expirar e1 eco de la ultima campanada de las doce de la noche bajó al jardín y se dirigió al agostado prado de albahaca.

Tercera parte.

Pues, siguiendo en nuestro cuento, el negro no apareció. Pasó una hora y hasta dos pasaron esperando la niña y su amigo sin venir.

Llamabale con cariñosas razones, llorando; mas nadie contestaba sus quejas. Fatigada y sin consuelo se retiró a su estancia. Al quitarse el prendido vio sobre el mármol la rosa de Alejandría que había recibido la noche de San Juan corno por coronación de las de oro y perlas. Aquel único recuerdo de un amigo tan fiel, perdido por ingratitud, excitó más su sensibilidad y comenzó a besar la flor con amorosos suspiros y entrecortados sollozos. Rompiendo el espejo apareció sobre el tocador el negrito: sus pasos eran tardos como los de un tullido por largo encadenamiento, su rostro enfermizo, sus ojos secos por el llanto.

—¡Ah!—exclamó Isabel, entre asustada y alegre.

— Al fin te acuerdas, Isabel mía, del pobre desterrado. ¡Voy a morir, porque amas a otro y a pesar de tan cruel porvenir, te agradezco con toda mi alma que estés a mi lado antes de expirar!

—¡Tu morir! ¿Cómo? ¿Y por qué?... ¿No eres el genio de la noche?

—¿No te he dicho que hay un misterio impenetrable en mi vida y en mi ser? ¿No sabes que sola tú puedes romper el sello del libro de los arcanos?

—Quiero purgar mi ingratitud con mis lágrimas, con mi sangre: no morirás, dime qué he de hacer.

—Renunciar a tu casamiento.

—¡Cómo!

—Sí. Óyeme hasta el fin, ángel mío. Don César no te ama. Le seduce y arrastra tu hermosura, porque eres como el sol cuyos vivos resplandores no pueden resistir ojos humanos; y si pretende casarse contigo es, amén de tu belleza, por los tesoros que tu padre prodiga y la esplendente riqueza que mostráis.

—El es rico.

—Lo fue. Jugador, pendenciero, dado a mozas de vida libra, derritió su patrimonio que pronto se llevarán con jirones de su honra los usureros. Te hará muy desgraciada si le amas, se precipitará en el crimen o la deshonra si le aborreces. Te hablo con el corazón en la mano respecto del presente y veo tu porvenir tan claro como si en un espejo se retratase. Pluguiera al Cielo que Don César pudiera hacerte la más dichosa de la tierra y yo moriría contento entre los mayores suplicios; pero...

—¡Tus pronósticos me aterran!... Mi pobre padre cifra su orgullo en tan ilustre yerno. Y me parece que te ciegan los cotillos infundados que abrigas, porque Don César de Toledo no es tan malo. Por el contrario, una Marquesa vieja, muy experimentada, me decía ayer que los galanteadores y casquivanos son la mejor madera para maridos.

—¿Consientes en una prueba? ¡Es terrible, mas puede traernos tanta felicidad! Me salvarías la vida, el porvenir sería magnífico y conoceríamos la verdad de los sentimientos de tu amante.

—Dime tu plan.

—¡Imposible! No sabes que un horrible misterio me rodea, que no puedo tener comunicación alguna con el mundo.

—Yo ...

—Si, eres un ángel... Pero tal vez no podrías dejar de revelarlo. Perdóname esta desconfianza ¿No tienes fe en mí?.

—Consiento y espero vencerte.

—¡Cuántas amarguras te ha de costar esa esperanza!

—Es cruel esto de concederte permiso a ciegas....

El negrito no contestó, había entrado la mañana sin que de ello se apercibiesen los jóvenes y al colorear el primer rayo del sol la cúspide del Veleta desapareció el encantado por los abismos del espejo dejándole sano otra vez, festoneado de flores aromáticas y frescas.

El día que comenzaba debía terminarse con la boda de Isabel. Suntuosos preparativos se habían hecho y la ciudad toda hablaba de aquella fiesta. Las galas, las alhajas de la novia superaban a todo encarecimiento y el menage de la casa, convertida en palacio, se había hecho doblemente magnífico. La niña estaba triste y oía distraída a Don César que llevaba sobre sí, en galas, los ultimas restos de su crédito.

Llegó por fin el momento, retienen el novio para volver con los testigos, marcháronse los demás a prepararse para la ceremonia y quedaron solos Pero Antúnez y su hija.

Daban las campanadas de la oración, cuando Don César de Toledo acampanado de sus amigos, sabia por la cuesta de Gomeres y luego que pasó la tapia almenada fue a entrar en la casa de su amada, mas al dar el primer paso, como que receló y volviese para mirar la fachada. El portal no era de mármol, había desparecido la cancela y en su lugar cerraba el paso una desvencijada *puerta-de-en-medio*. No había columnas en la portada, ni coronamiento de estuco, ni basamentos de mármol de Loja, ni rico balconaje vizcaíno, ni porteras de madera de Indias. Don César y sus amigos se restregaron los ojos y dudaron hasta de su propia existencia: aquella era la casa que hace dos horas habían dejado convertida en magnífico palacio. No podía confundirse con otra porque ocultaba el ultimo trecho de la acera. Del bosque la separaba la Puerta de las Granadas y de las de abajo el jardín almenado. Existir la casa, pero pobre, desconchada, casi (mensa, corno el Doctor t;raciano sc la dejó en herencia ti los levantiscos.

Decidiéronse a entrar los caballeros, llamaron a tientas, porque ni farol había donde antes brillaban lámparas venecianas, y les abrió desde la escalera, tirando de un cordelillo de esparto, la misma Isabel.

Subieron y se hallaron aquellos señores en una sala de las dimensiones a la antigua; pero alhajada con unas sillas con los asientos de anea. Los tapices flamencos, los cortinajes de terciopelo y oro, las alfombras, los taburetes, los candelabros de plata mejicana, los espejos colosales, las lámparas de ágata, los retratos de Ticiano y las batallas de Juan de Toledo habían desaparecido de las paredes, dejándolas negruzcas por el hornillo del clérigo alquimista. Hasta andaban paseándose la culebra y el gato montés, que desaparecieron en los tiempos de bonanza.

Pero Antúnez estaba sentado con aire muy cazurro en el peldaño de la escalera que daba al observatorio, con su pañuelo de yerbas revuelto en la cabeza, sus zaragüelles de angeo, sus alpargatas; en su traje de levantisco, para acabar pronto. Isabel igualmente en vez de matrimoniales galas, ostentaba el traje modesto que le criticaron las vecinas en la tarde de la víspera de san Juan: saya de paño verde, corpiño ribeteado de lo mismo, camisa festoneada de cabezón carmesí, gargantilla de azabache morisco, zapatos colorados y las trenzas tomadas con hilillo de plata. Mas hermosa le pareció a algunos con aquel trage de villana.

Nadie se atrevía a despegar los labios. Don César al fin terciando la espada y calándose el sombrero, de mal talante dijo:

—¿Qué burla es ésta, y quien son úsares, que tanto se parecen al señor Antúnez y a su hija Isabel?

—No hay aquí burlas, sino desgracias, señor. Don César de Toledo, mandad a esos caballeros que se retiren y oídme por unos instantes, pues soy el mismo Pero Antúnez de hace dos horas.

—A todos nos debéis la satisfacción y ellos la han de escuchar, puesto que debían ser testigos de mi boda.

—Como gustéis.

Y en breves palabras entrecortadas contó el levantisco su historia al novio: su llegada, la herencia, la adquisición del cesto inagotable, y no la última entrevista de su hija con el negrito, por no haber llegado a su noticia. Refiriole como por ensalmo habían visto deshacerse en humo lo adquirido, y cambiarse hasta su traje, y, lo que era mas grave, que el cestito de alambres de oro mate no parecía

—En fin, señor Don César vuestra merced es rico, Isabel nada ha perdido de su belleza, y por esta cualidad y las relevantes dotes de su alma, la amabais, con que celebremos de secreto el enlace...

—Como os ha embrutecido la pobreza, señor labriego. Con donaire y discreción, ¿creéis que podré pagar mis deudas? Además la ilustre alcurnia de los Toledos, se había de envilecer descendiendo hasta un pobre mendigo.

Esto contestó con muy insolente tono Don César que nada comprendía, si no la pobreza real de su futura, con lo cual todo su amor se había enfriado como bañado en agua de pozo.

—¿No la amabais con tanto encarecimiento? ¿No sabíais ya la humildad de su cuna?

—No puedo entender lo que aquí pasa, mas de cualquier modo os burláis de mí, y me alejo para no atropellar los fueros de esta miserable pocilga.

Los testigos dieron a reír furiosamente viendo el estúpido espanto del levantisco, y el novio amostazado tomó la escalera a paso apresurado.

Isabel estaba en el primer descanso, pálida, llorosa y los que antes tanto la respetaron, dirijieronle mil bernardinas y galanteos tan poco galantes como deshonestos.

—El hábito no hace al monje, dice vuestro padre. Tiene razón, y la bendición no es esencial para el matrimonio.

—La mula se ha vuelto respondona.

—¡Qué lastima de cestillo!

—Así de villana podíais ser la mas hermosa de las queridas.

Y al decirla esto Don César se atrevió a estrecharle una mano y aun quiso besársela. Isabel le empujó con violencia y se retiró llorando a la cocina.

Al ver tal desengaño, comprendió la niña la verdad de las palabras del negrito, lo terrible de la prueba, su tristeza y amargura. Entonces adivinó cuán verdadero era el cariño que le profesaba.

Pero Antúnez quiso que saliesen de Granada en aquel punto y hora, porque ¿cómo resistir los sarcasmos de todos al verles en tan deplorable estado? Isabel antes quería hablar con su negrito.

En vano fue esperar, una y otra noche hasta tres, el negro no salió y corrieron inútilmente las lágrimas de la niña. Nuestros forasteros vendieron la casa, cuyo cambio era objeto de la curiosidad del pueblo, y con ella todos los escasos efectos del doctor Graciano y se marcharon de Granada hacia su tierra.

Vayan benditos de Dios, el padre y la hija, que mientras ellos caminan, ensartaré lo que hizo Don César.

Cuarta parte.

Contó a sus amigos lo acaecido como disculpa, y nadie creyó la relación fantástica del hidalgo. Recibían con estrepitoso coro de carcajadas su cuento, y le tomaban por desmemoriado o venático.

Los acreedores, gente descortés e inconsiderada de suyo, vinieron de tropel sobre su persona aumentando con tal atentado sus turbaciones, y para mejor librar decidió partirse a Italia en busca de la fortuna militar, que otras veces le había favorecido.

Embarcose en Málaga en una nave genovesa que volvía cargada de lana, y con viento bonancible emprendió su derrotero hacia el teatro de la guerra; mas al segundo día embraveciose el mar y corrieron borrascas furiosa viniendo a encontrarse al rayar el alba a la altura de las costas de Africa, y cercado el buque por dos galeotas de corsarios argelinos. Siendo imposible la fuga, intentaron los mercaderes rendirse a discreción para evitar la horca; mas don César, con otros españoles no menos alentados, entendieron el cobarde propósito, se apoderaron del barco, de las escasas armas y municiones, y se prepararon a una desesperada defensa. Pelearon corno buenos, y la presa fue solo los pedazos de la nave con Don César y cuatro de sus compañeros pasados de innumerables heridas. Los genoveses murieron ahorcados de una entena: los hidalgos fueron curados con escrupulosidad, esperando gran rescate.

Restableciose en Argel el de Toledo, y un gobernador saliente llevole con otros muchos esclavos de gallarda presencia y de familias nobles para regalarle al Gran Señor. Nuestro hidalgo granadino perdió toda idea de libertad al verse en Constantinopla.

Le destinaron a los jardines del serrallo que dan al Bósforo, y se hizo querer por su gracia y desembarazo del turco que le mandaba. No dormía con los demás mozos. Llevado de su tristeza, a las altas horas de la noche, tomaba una guitarra y entre los rosales al pie de los bosques de plátanos o de palmeras, se sentaba a cantar romances en español o en toscano, que él mismo componía alusivos a su negro porvenir, a sus amores pasados, a sus tristezas. Su voz y sus cantares tenían esa melancolía dulcísima voluptuosa de las can-

ciones españolas, de las plegarias de un desterrado perdidas entre las ondas embalsamadas de la brisa de la noche.

Una vez creyó oír un suspiro que respondía a sus quejas y otra una dulcísima barcarola veneciana que hacia concepto con las últimas coplas cantadas por él. Acercose a las altas paredes del Serrallo,y meciéndose en el viento, desde una celosía, cayó a sus pies el mas hermoso de los claveles que vieron los jardines orientales.

Desde entonces con las precauciones y sobresaltos de la esclavitud se estableció misteriosa correspondencia entre el ruiseñor aprisionado en las celosías doradas del harén y el cantor andaluz. Al cabo de algunos meses llegó la ocasión que siempre llega para el que la espera con todos sus sentidos, y recibió una ajorca de oro Don César, en la cual, con punzón de acero, se había escrito una carta larga en italiano correcto.

Vendió la pulsera el cautivo, y, siguiendo las instrucciones de su dama, en una noche sin luna, escaló el puente por donde las odaliscas, atravesando el jardín, pasaban a las galerías que dominan el mar; con su azadón de jardinero hizo saltar una persiana, atravesó aquel camino aéreo con pasos alentados, levantó el picaporte de la puerta, metiendo el puñal por la hendidura, buscó a tientas por el suelo de alabastro, y halló el ovillo de torzal verde que buscaba. Con el ovillo se guió por el hilo, viniendo a dar a una puerta cuyas junturas despedían rayos vivísimos de luz; con el cordón de seda que le servía de conductor en aquel laberinto, abrió sus dos complicados picaportes, y ayudado de la punta doblada de un clavo, forzó la cerradura.

Al penetrar en la estancia quedó ciego con tanta luz y tan deslumbradora magnificencia: una joven de dieciséis años, hermosa como una estatua antigua, y muy parecida a la Venus de Médicis, se adelantó con un cofrecillo bajo del brazo, y dijo resueltamente en toscano:

—Andiamo.

—¿Il eunuco?

—E morto.

Y enseñó a Don César la griega un tronco humano nadando en sangre y un puñal enrojecido y goteando, que ella ocultaba entre sus ricas vestiduras.

—Andiamo—contestó el de Toledo encogiéndose de hombros y sonriéndose con esa indiferencia propia de los hombres bizarros.

Escalaron la galería que daba al mar, y una barca chata de piratas griegos los llevó a uno de esos islotes del archipiélago, cuyas entradas y abrigo solo conocen los naturales. De allí a tierra de Venecia, de donde partieron para España en una galera bien armada.

Elena trajo consigo en aquel cofrecillo un potosí en alhajas. Tenía dieciséis años, hermosura perfecta, y estaba loca de amor por su libertador.

Llegaron a Granada ambos amantes, mas en secreto, porque Don César meditaba un extraño proyecto. Enteróse de que vivía en la memoria de todos su extraña aventura con Isabel y preparó lo que verá el lector constante.

Compró la casa de Pero Antúnez, antes del doctor Graciano, la reedificó y adornó tal como estaba en tiempo de la prosperidad de su prometida (para todo ello le bastó con vender una joya). A la griega, que era cristiana, como nacida en dominios venecianos, la hizo un traje igual al de Isabel cuando novia, ataviose él de la misma manera, y en la

noche que hizo el año de su desventurado matrimonio *in fieri*, envió una cita misteriosa a todos los amigos que hablan presenciado su negro desengaño.

Todo estaba a punto. La hora de anochecer se acercaba. Ya ardían las arañas venecianas y las lámparas de ágata, las escaleras alfombradas y con búcaros rebosando flores, el patio como una ascua de oro, la puerta del Carmen, vecina a la Cancela, adornada con un gran frontispicio de guirnaldas de flores y arcos de ramaje. Multitud de curiosos se agrupaban a la puerta, y aun algunos penetraron hasta el patio devorando con ávidos ojos tanta opulencia o examinando con modesta curiosidad todos los detalles.

Entre los que traspasaron la cancela, aunque con extremada timidez, iba una joven villana, limpia y pobremente vestida, hermosa, aunque tostada por el sol que lloraba desconsolada cada vez que reconocía un mueble, un cuadro o un adorno. Esta joven era Isabel, seguíala con la vista desde afuera su padre, encorvado por la desgracia v la miseria.

La hija de Pero Antúnez, aprovechando la confusión general, pues aun no hablan llegado los señores, apenas pasó la cancela, tomó sobre la derecha mano, y se entró en el Carmen a hurtadillas.

Atravesó a paso ligero las primeras calles de arrayán, y tomando la pendiente fue a buscar los arriates húmedos de la umbría de las torres donde tanta felicidad había encontrado otras veces, tantos juegos, alegrías tantas. No existía el prado cercado de mejoranas que ella con tanto cuidado cultivaba, los linderos estaban borrados y sólo se vela en aquel arenal un lozano rosal silvestre, en cuyo centro se ostentaba gallarda una hermosísima rosa de cien hojas. La joven no se atrevió a llamar al negrito, creyó, viendo la casa en el estado quo ella la había perdido, que otra mas dichosa y menos ingrata poseía el cestito del encantado y su cariño. Isabel en aquella soledad contentose con llorar desconsoladamente. Vio la flor, y sin atreverse a cogerla aspiró con deleite su perfume, y embriagada con él, besó voluptuosamente sus hojas de olan.

Súbita claridad iluminó la umbría. La joven se encontró cubierta de las antiguas galas que debía ponerse la noche de novia, pero con mayor riqueza y más gruesa pedrería. Salió también el negrito, y la joven le abrazó entusiasmada. Junto a su turgente seno el negro tomó las formas de un gallardo mozo, blanco como el ampo de la nieve, con porte y traje de príncipe guerrero. Quiso huir aterrada la hija de Pero Antúnez, mas el desconocido la dijo con voz dulcísima.

—Soy el mismo, amada mía, y el ingrato es don César, que si yo no lo impidiera se casaría dentro de un minuto con una griega que ha traído de su cautiverio. Acabas de libertarme de los lazos de infames encantadores a costa de un año de trabajos, de fidelidad, de grandes sacrificios, de muchas turbaciones que ahora procuraré recompensarte con cuanta felicidad haya en el mundo y quepa en tu corazón. Vamos, que nos esperan en la boda.

Isabel admirada se dejó llevar de la mano, arrastrada como siempre por el encanto del misterio que rodeaba a su amante v a ella misma.

Don César de Toledo y la hermosa griega llegaron en tanto en dos magníficas carrozas seguidos del cortejo y de una turba de escuderos, pajes y lacayos, y se instalaron en el estrado del salen principal. Dio a conocer a su futura esposa y la llevó a un espléndido gabinete para que cubriese su cabeza con una mantilla de Malinas, por exigirlo así la ceremonia de los desposorios.

Durante esta corto intervalo apareció en el salón, sin saberse como, un hermosísimo mancebo de veinte anos, lujosamente vestido y que traía de la derecha mulo a una dama que todos reconocieran al momento por su hermosura sin par; con ellos venía Pero Antúnez. General fue la admiración al ver allí a Isabel tan bella como hacia un año, en los mejores días de su grandeza, acompañada de aquel forastero tan gallardo. Éste previno la curiosidad de todos tomando posesión del estrado y diciendo.

—Señores, don César de Toldo inventó una historia por conveniencia propia el año pasado, con la cual quedó en mal lugar, si no la honra, el renombre de esta duma a quien todos conocen. Vuelto de sus viajes para darla una satisfacción cumplida, ha querido que yo, el mas íntimo de sus amigos, os haga esta manifestación y que puesto nos amamos, Isabel y yo celebremos nuestra boda en su propia casa, el propio día y con algunos momentos de anticipación. Hacedme, pues, el honor de servirme de testigos.

Dichas estas palabras entré el cura que terminó brevemente el casamiento.

Apenas hubo salido, cuando aparecieron los otros novios. Furiosas bocanadas de viento abrieron las ventanas, rompiendo persianas y cristales, apagaronse las luces, bambolearonse los cuadros y los tapices, cayeron a tirones las ricas cortinas, chocaronse las puertas, los cuadros y las arañas con horrible estrépito y los concurrentes se lanzaron a la calle temiendo el fin del mundo.

Aquí parece que el relato acaba, pero dos palabras más.

Don César fuese a la Alpujarra en compañía de su Elena y aseguran aquellos montañeses que ni borracho hablaba nunca de la desventura de sus desposorios, aunque solía figurarse después de la comida que le perseguían duendes, vestigios y fantasmas.

Isabel con su príncipe desencantado vivió rica, feliz y por muchos años.

Igual fortuna deseo al que leyere con paciencia este cuento.

El caballito discreto. Cuento de vieja

Juan de Ariza

Semanario Pintoresco Español. 1850. 117-118

Había un rey que tenía una hija, pero tan discreta y hermosa que, sin haber nacido princesa, hubieran pedido su mano los príncipes mas arrogantes. Como era discreta y hermosa, tenia caprichos muy extraños; y se le antojó no casarse, a no ser con un príncipe que tuviera los ojos verdes. El rey, su padre, se desesperaba viendo tan singular antojo, pero esperaba resignado a que algún príncipe de ojos verdes se presentara en la palestra. Transcurrieron meses y meses sin que apareciera el deseado y una tarde, no dice el cuento si era de verano o de otoño, salió el rey, con su hermosa hija, a dar un paseo a caballo. Cruzaban una extensa plaza, cuando vieron venir hacia ellos un arrogantísimo jinete, que cabalgaba airosamente sobre el caballo mas fogoso y de mejor estampa que había pisado aquella tierra. El caballero y el caballo llamaron al punto la atención del rey y de su hermosa hija, pero quedaron asombrados, cuando, emparejando el caballero con la real comitiva, vieron que tenia hermosos ojos verdes, como el verde de la esmeralda.

La gallardía del desconocido y el gran mérito de su corcel, les hicieron comprender al punto que se las habían con un príncipe, deseoso de alcanzar la mano de la caprichosa princesa y que no podía menos de conseguirlo, teniendo la rara cualidad que la dama había deseado.

Llamó el rey al bizarro joven, y desde las primeras palabras supo que el jinete era un príncipe, venido de muy luengas tierras, solo a pedir la preciosa mano de tan incomparable beldad. El rey quedó muy satisfecho de tan singular adquisición, y la princesa, de buen o mal grado tenia que cumplir su palabra.

Los preparativos de la boda no fueron largos, aunque si tristes para el rey, porque el príncipe les había impuesto una penosa condición. Consistía ésta en que el mismo día del matrimonio había de seguirle la esposa a sus estados, sin llevar otra comitiva que la compañía de su esposo. Puso el rey algunos obstáculos, pero al fin hubo de ceder y se realizó el casamiento.

En las reales caballerizas había un caballito alazán, muy querido del anciano rey por su docilidad y brío, al cual la princesa miraba con la misma predilección. Ocurriósele que al dejar sus dominios y su palacio, quizás para siempre, debía despedirse de aquel caballo, y bajó á. la cuadra con las lágrimas en los ojos y un pedazo de pan en la mano, que debía ser el último obsequio hecho a tan precioso animal.

—¿Te vas, princesa?—le preguntó el mimado alazán, viéndola llegar a su pesebre. La princesa le respondió afirmativamente sin asombrarse, ya porque en aquel tiempo hablaran todos los caballos, o ya porque el caballito discreto hubiera dado pruebas en alguna solemne ocasión de aquella rara habilidad. Repuso que si la princesa, y el caballo continuó:

—Ya que te marchas con tu esposo, pídele a tu padre que te permita ir montada sobre mi lomo, y por mas instancias que te haga el príncipe de los ojos verdes, no cabalgues en su caballo.

En vano pretendió la princesa averiguar por que razones quería el caballo acompañarla, pues éste se empeñó en no decirlas, y la dama hubo de contentarse con seguir a ciegas su consejo.

El príncipe de los ojos verdes y el anciano rey calificaron la exigencia de la princesa de un nuevo y extraño capricho, pero tan perseverante y resuelta. se manifestó, que esposo y padre la concedieron su demanda.

Llegado el momento de partir, cabalgó la hermosa princesa en el caballito discreto; caballo que se distinguía, entre otras raras cualidades, por una cruz blanca en la frente, y salió a la plaza de palacio, en donde su esposo la esperaba sobre el arrogante corcel que le había traído de su reino. Apenas se mostró la princesa, cuando el caballo del príncipe de los ojos verdes se encabritó violentamente, y al acercársele el alazán dio un salto tan extraordinario que salvó una buena parte de la plaza, partiendo luego a trote largo.

Siguió el caballito discreto la marcha del otro corcel, guardando siempre la misma distancia, y de este modo se alejaron de la ciudad. Mas de una legua habrían corrido por sendas poco transitadas, cuando el príncipe de los ojos verdes empezó a rogar a su esposa que, abandonando el alazán, montase a la grupa de su poderoso caballo, mucho mas veloz y seguro. La princesa se resistió, y el príncipe, para obligarla, comenzó a saltar anchos fosos, altos vallados, y a correr por ásperas breñas con portentosa rapidez. Seguía el caballito discreto la misma dirección que el príncipe; pero esquivaba los precipicios y caminaba por las sendas. Comenzó en esto a anochecer, y el esposo instó nuevamente a la esposa a que abandonara su caballo; fundándose en que si no corrían con la velocidad del rayo, se haría enteramente de noche y no encontrarían alojamiento. No se conmovió la princesa al escuchar tales razones, y continuó en su caballito discreto. A la escasa luz del crepúsculo, divisaron poco distante en la cima de una montaña un edificio, hacia el cual el caballo de la princesa comenzó a marchar rectamente, mientras el del príncipe se alejaba, como por temor de encontrarlo.

—No te acerques a ese edificio—gritaba a la esposa el esposo—, que es un asilo de ladrones.

Pero la princesa continuaba abandonándose al instinto de su caballo, y muy en breve se encontró a la puerta de un monasterio. La dijo el caballo que pidiera hospitalidad por aquella noche; y pocos momentos después era conducida por un fraile a la presencia del prior. Hallábase éste en un salón magníficamente adornado, y le acompañaban muchas personas, frailes las unas y la mayor parte caballeros.

Distinguíase entre los caballeros un joven de marcial continente, alta estatura y ojos negros; el cual vestía, lo mismo que sus compañeros, un lujoso traje de casa. Cuando se presentó la viajera todos quedaron admirados de su soberana hermosura, y particularmente el joven, que se levantó inmediatamente y se adelantó a recibirla.

Preguntó el prior a la princesa quién era y donde vivía, la princesa respondió que era una dama de alta clase que al pasar de una ciudad a otra, se había desbocado su caballo, metiéndose en medio de las breñas y conducido a aquel lugar.

Sus maneras y sus vestidos probaban tan manifiestamente la calidad de su persona, que los caballeros y los frailes dieron completamente crédito a su narración, y la tributaron a porfía las mas galantes atenciones. Cenó la princesa tan opíparamente o mas que si hubiera estado en su palacio, sentada entre el padre prior y el joven de los ojos ne-

gros. Después de reposada la cena, se acostó en un lecho de púrpura, que no obsequiaba menos a sus huéspedes la opulenta comunidad. Intentó dormir la princesa, pero no pudiendo conseguirlo, se arrojó del lecho y abrió la ventana de su aposento. Tendió sus miradas por las sombras y sobre un pico de la sierra, frente por frente al que ocupaba el monasterio, descubrió al príncipe de los ojos verdes, siempre a caballo. Vio en sus ojos una llama azul, parecida a la del azufre, y oyó que la estaba llamando con voz estentórea y tonante. Cerró la princesa la ventana convulsa y pálida de horror, se ocultó en su lecho amedrentada, y siguió viendo toda la noche la fatídica luz de aquellos ojos y oyendo el eco de la voz.

Muy larga pareció la noche a la desconsolada dama; al momento que amaneció abrió de nuevo la ventana, vio al príncipe de los ojos verdes en el mismo paraje que la víspera, e inmediatamente bajó a ver al caballito discreto para consultarlo en su apuro. El caballo la respondió que no saliera del convento, y la dama subió a los claustros, precisamente cuando la buscaban para que desde el balcón de la celda abacial viera salir una procesión que se había de hacer aquel día. Dirijióse al balcón la dama, acompañada solamente del joven de los ojos negros, y lo primero que desde el vio fue al príncipe de los ojos verdes, que no abandonaba su atalaya.

Comenzó a salir la procesión, y según costumbre, iba delante una preciosa cruz de plata: a su vista, el fogoso caballo del príncipe de los ojos verdes se alzó de manos y lanzó un relincho espantoso. Después de la cruz fueron saliendo los caballeros y los frailes en dos hileras, con sendos cirios en las manos; y por último unas ricas andas cinceladas en las cuales iba el Santísimo Sacramento. Al aparecer las ricas andas se oyó el estampido de un trueno, el príncipe de los ojos verdes y su caballo se convirtieron en una columna de humo y la princesa, que no había separado su vista del caballo y el caballero, cayó al momento desmayada.

Cuando volvió en sí, se encontró en el lecho que había ocupado aquella noche, rodeada de los caballeros y frailes, a los cuales contó llorando los pormenores de su boda. Reconvínola el padre prior por haber tenido el antojo de casarse con un príncipe de ojos verdes; haciéndola considerar que en el pecado habia hallado la penitencia, y el joven de los ojos, que era el señor de aquella comarca, la ofreció su mano de esposo. Admitióla la hermosa princesa, contentándose con sus ojos negros y el padre prior los bendijo en nombre de las tres personas.

A! siguiente día marcharon todos a la corte de la princesa, y su padre la recibió con el mayor júbilo, admirándose tan rara y peregrina historia.

Todos habrán adivinado que el príncipe de los ojos verdes era Lucifer en persona, lo que no ha podido averiguarse es quién era el buen caballito discreto.

Las tres feas. Cuento mozárabe

José Jiménez Serrano

Semanario Pintoresco Español. 1850. 298-301/309-311

Primera parte

Al norte de Granada, en el espacioso y amenísimo valle que forman las ásperas sierras de Alfacar y el volcánico Gebel- Elveira, entre majueles de viña cercados de zarzamoras, de rosales silvestres, de silvadoras cañas y de espinos coronados de yedra, se asienta sobre dos alcores el lugar de Peligros: sus vinos, sus frutales y sus olivos (que por lo verdinegros y copudos a macetas de albahaca se asemejan) le dan fama y renombre en los labrados campos de la Vega y en los concurridos mercados de la ciudad.

No como todas las aldeas de la llanura forma Peligros un apiñado grupo con su plaza real en el centro, su iglesia y sus casas de ayuntamiento; ni tampoco a semejanza de población serrana se eleva en anfiteatro, coronada por un elegante castillo ruinoso. Los ciento sesenta y tres vecinos que en el año presente componen este concejo, habitan en cuatro barrios, tan separados entre sí, que parecen desgarrados jirones de una ciudad antigua. Para fundar esta descuadernada colocación, relatan los ancianos un cuento, que adornado a mi modo y con sabrosa moraleja darte quiero por hoy, lector carísimo, sea el mal para quien lo busque y el entretenimiento para ti.

Sabrás, y así Dios te dé felicidad sobrada, que allá en tiempo de moros había en las collaciones que ahora ocupa Peligros las alcarías mas ricas y mejor cultivadas del ruedo de Granada: las mejores frutas de las traídas por los infieles salían de sus vegas, y sus flores eran buscadas para los jardines de los Reyes. En estas caseríos, que por pasar de cuarenta y estar graciosamente agrupadas formaban ya una pequeña aldea, habitaban familias de una tribu venida del Asia, cuyas mujeres fueron siempre admiración de naturales y extranjeros por su hermosura y discreción, al par que los hombres ostentaban vigor sobrenatural y raro ingenio.

Los peregrinos que por acaso cruzaban cercanos o promediando esta colonia, encantados con la belleza de sus campiñas y de los naturales, se detenían una semana y otra, se enamoraban locamente de alguna garrida labradora, y acababan por avecindarse entre tan seductora compañía y en tan deliciosos albores.

Creció con esto el poblado, creció también la fama del naciente lugarcillo, y por ser agradablemente peligroso para la libertad de los viandantes se le dio el nombre de Peligros, llamábase antes Mira Flores o Espejo de jardines.

Cincuenta años pasaron, y visos llevaba de ser una populosa ciudad la que poco antes parecía modesta aldea. Mas no se crea que con el cruzamiento de las razas, ni con el aluvión de forasteros que casaron en el pueblo se aminorase una pizca la perfecta donosura de las mujeres, ni la osadía y vigor de los mancebos. Aquel sol, aquellas auras embalsamadas y aquellas huertas y fuentes tenían la virtud de hermosear el rostro humano y de inspirar, cual la fuente castalia, sagrada inspiración y valeroso aliento.

Con el crecer de las gentes vino mayor riqueza y mayor adelantamiento. Las doncellas que en otros tiempos robaban corazones por su natural y sencilla hermosura, arrebataban después por su destreza en las muelles y picantes danzas orientales, por su agudeza en el decir, su ingenio para improvisar trovas, su gracia en el cantar y tañer dulcísimos instrumentos y en el componer sus trajes y cabellos. Los mozos se habían tornado aventajados en las ciencias, bizarrísimos y diestros en la guerra, maquinadores de grandes empresas en la paz. De todas partes acudían a las ferias y fiestas de Peligros magnates y gente de valía al entrar la estación, en las ferias y fiestas se veían en las eras y plazas, cañas, luchas y bailes, certámenes de ingenio donde las forasteras sufrían vencimientos, saliendo a veces avasalladas por los gallardos habitantes del encantado pueblo. Hasta de las playas africanas llegaban señores que volvían haciéndose lenguas para encomiar tan celebrado Edén.

Con tantas alabanzas y tanta valía cierta vino el orgullo y se apoderó del ánimo de los habitantes de Peligros. Muchos de los peligreños habían ocupado puestos preferidos en el consejo y la milicia, y no pocas doncellas habían trocado su cesta de vendimiadora por la corona de flores de la favorita; con esto las mujeres todas aspiraban a mayor engrandecimiento, y los mancebos unidos por el vínculo del paisanaje conspiraban por avasallar al reino entero. El orgullo les hizo caer en todas las malas pasiones, y para encumbrarse realizaron ellos y ellas fabulosas intrigas. Por último un peligreño fundó secta, se proclamó profeta, y ayudándose de los paisanos logró derribar por una noche al rey o emir granadino. Era mal geniado el monarca, digámosle así, y como su vida anduvo en aprieto, teniendo que refugiarse en un muy húmedo sótano, juró en aquella oscuridad acabar no solo con los habitantes del peligroso Peligros, sino talar sus huertos, arrasar sus caseríos, y sembrar de sal el área toda de tan inquieta población.

Como gracias a los esfuerzos de su guardia de etíopes y mamelucos, logró recuperar el mando, no olvidó a fuer de buen monarca sus proyectos de venganza, y después de hacer justicia en el profeta y demás conjurados y conjuradas degollándolos con su real alfanje trató de realizar lo meditado en el sótano, enviando para ello un cuerpo de Lamtunis todos zahareños, salvajes y crueles.

Llamó pues, al jefe de estos tigres-hircanos, que era un soldadote gigantesco, con el cutis de color de estezado, la barba arremolinada y los ojos sanguíneos, y le dijo el emir:

—Si no quieres que tu cuerpo sea mañana devorado por mis sabuesos, sal con tu más fiera gente, y antes que otra alborada venga, destruye como un torrente cuanto en Peligros halles: tala sus panes, quema sus huertos, y el agua de los ríos que fecundan sus campos sirva para barrer las cenizas y lavar la sangre de tan perversa gente. Si un niño, un anciano, una casa, árbol o planta quedan allí con vida tu cabeza caerá a los pies de mis caballos y tus soldados serán ahorcados del más alto de los álamos que sombrean la ribera del Genil.

Inclinóse el capitán, y al tiempo mismo sus ojos brillaron iluminados por un rayo de alegría feroz. Ya se figuraba el bárbaro estar en medio del incendio y con la sangre hasta los codos.

Apenas había tenido tiempo el rey para asomarse a uno de los miradores de la torre de Comares, y un numeroso escuadrón de jinetes se dirigía a todo escape por medio de la rauda o panteón que ahora se llama plaza del triunfo.

—¡Ah bravos servidores!—dijo a media voz—, ¡cómo os he de hacer los primeros entre mis vasallos!

Eran las dos de la tarde y el sol caía a plomo sobre sus agostados campos: un viento solano, ardiente como el siroco, recorría formando turbillones de polvo salitroso las llanuras y los montes. Los lamtunis habituados al clima de los desiertos seguían corriendo a rienda suelta con el desorden salvaje y pintoresco de los kabilas. Ya casi tocaban el término de su viaje y comenzaban a requerir las armas, ya el fiero capitán de aquella horda había descolgado una porra de hierro guarnecida con puntas de pedernal, que era su arma favorita, cuando al bajar a un barranco vieron que el horizonte se cambiaba y que el camino de áspero se tornaba en mullido lecho de arena fina y colorada. Copudas acacias sombreaban el sendero, y los setos que le guarnecían eran de rosales que entre claveles, mejorana y alhelíes descollaban. Un vientecillo fresco como las auras de la mañana circulaba por la cañada, y lleno venía de aromas penetrantes y embriagadores. Los caballos empezaron a relinchar y a detenerse en la carrera para saborear tan grata temperatura; los jinetes dejaron las lanzas de hierro pendientes del razón, se añejaron un tanto los sacos de lana que cubrían sus carnes y abrieron los labios para aspirar el suave y delicioso ambiente, refrenando de paso las cabalgaduras. Mientras más se adelantaban el encanto crecía mayormente: las flores de lis, las dalias, los adornos y las azucenas sobresalían entre los prados de albahaca; y con las acacias se entremezclaban granados floridos, manzanos aromáticos, arqueados cipreses y altísimos y gallardos cedros: a cada paso se encontraban cascadas, corrientes puras y murmuradoras, cristalinos remansos. Los lamtunis iban ya al paso sin darse cuenta de lo que hacían, y sus ceñudos semblantes retrataban una satisfacción brutal si se quiere, pero expresiva y grata.

De repente por entre el ramaje comenzó a difundirse una armonía dulcísima: los guerreros se miraron unos a otros creyéndose trasladados al paraíso. La música se acercaba y cada vez más agradable, más viva, más rica en melodías hechiceras. Sintieronse pasos y rumor de vestiduras entre los ramos; prontos como el rayo los lamtunis enristraron las lanzas.

Una tropa de hermosísimas doncellas, vestidas de blanco, tejidos los cabellos con sartas de coral les salió al encuentro pulsando guitarras de pinabete, ébano y plata, panderetas doradas con orlas de flores, repicando castañuelas de marfil y granadino, y cantando al compás y en coro la canción mas voluptuosa y provocativa de cuantas inventar pudiera el demonio de la tentación.

La música las fieras domestica y la hermosura es un talismán que conjura la mas recia tormenta; los zahareños africanos tenían su alma en su almario, y al ver a aquellas sirenas perdieron los estribos y el capitán, en respuesta a las punzantes alusiones, dio el primero con su cuerpo en tierra, abrazó sin recato a la más picaruela y gallarda de las cantadoras, y entonces, formando corro, con el jefe en el centro, trabóse la mas animada danza de cuantas vieron los campos. Bailaron a su vez los soldados animados con el ejemplo de su capitán, eligiendo para ello una vastísima glorieta que parecía labrada para el caso; y hasta un cronista malicioso refiere que después del baile a vueltas de sabrosas ojuelas con miel, de pastelillos del Cairo, de alfajor y alajes con refrigerio de frutas exquisitas, repartieron las muchachas a los lamtunis una bebida aromática de color de rubí, que así era riquísimo vino como el sol es claro.

Veinticuatro horas después los temibles africanos terror de Granada, los buenos servidores del rey, estaban ocupados con fervor en trillar con sus magníficos caballos de batalla, en acarrear jerpiles de paja o en tirar a la barra con sus lanzas en las eras de Peligros. El capitán no había despertado de cierto sueño pesado que le sobrevino con el licorcillo añejo.

Ya te puedes figurar, amigo lector, cuál seria la cólera del emir al saber que en sus reales barbas habían sido desobedecidas sus órdenes. Ebrio de furor devoró hasta una docena de pollos con tomates, dio una horrible patada a su perro favorito, mandó apalear al maestro de cocina y azotar a todos los pinches, abofeteó al mas grave de los mutfíes, mandó empalar a un sastre que se atrevió a penetrar en la real estancia demandando justicia contra un acreedor, y torciéndose los brazos, pellizcó, para fin de fiesta, a la mas hermosa de sus esclavas.

Calmóse con este último desahogo, y dando a su cólera dirección fija, pidió con voz de trueno sus armas y caballo, atavióse de guerra, y con la velocidad del viento se plantó en la plaza de armas o de los Algibes. Tocó una corneta de oro que pendía de su cinturón, y al punto le rodearon ochocientos negros, el que menos de seis pies, vestidos de grana; con armas embutidas de plata, y montados en potros de las lomas de Ubeda, apelados todos y tigres. Era la famosa guardia de Etíopes que había salvado al emir en aquella noche cruda en que durmió su excelsitud altísima con las ratas y las cucarachas del sótano; ¿quién pues, mejor para acabar con el pueblo maldito? Otra consideración prudentísima movió también al rey para ayudarse de los etíopes en la peligrosa empresa que intentaba; estos buenos esclavos, a pesar de su exterior robusto y varonil, eran todos eunucos y entendían mal la lengua del país. Ni la hermosura ni la discreción podían ablandarlos.

—¡A Peligros!—dijo el rey satisfecho al ver lo brillante de su guardia. Y partió a galope con riesgo de despeñarse por la cuesta que daba derecha a la puerta de Leuxar.

A pesar de la confianza que en sí mismo tenia el señor de las tierras granadinas, no se atrevió a tomar el sendero que causó la perdición de los lamtunis, y dando un largo rodeo comenzó a subir por Albolote hacia el pueblo encantado.

La noche se venia entrando por las puertas del horizonte, y una neblina caliente oscurecía los últimos términos.

El emir ordenó que sus jinetes marchasen al trote, y que avanzasen veinte a fuer de guerrilla o descubierta.

Pronto regresaron los exploradores, trayendo en prisiones y con bárbaro tratamiento a una espigadera de quince abriles, bella como un ramo de flores escogidas. Toda llorosa llegó a los pies del Emir, que como buen conocedor apreció en lo que valía la hermosura de la campesina, y mandó al punto que la dejasen libre para interrogarla sin duda.

—El grande entre los fuertes, el misericordioso sobre todos, premie, señor, tanta bondad. Al veros tan gallardo reconocí a mi salvador, que quien es galán en la persona no puede abrigar entrañas de tigre—esto dijo llorando la espigadera.

Alegráronsele los ojos al emir con el requiebro (las mujeres fueron siempre su escollo y perdición), y dulcificando su voz enronquecida con la ira, preguntó a la doncella refrenando el potro:

—¿De dónde vienes, hermosa niña, por estos campos perdida como una mariposa entre zarzales?

—Soy huérfana, señor, y me dan, por lástima, casa y hogar en una alcaría de este pueblo. Gano el negro pan de mi sustento rebuscando rastrojos por estas vegas, y hoy volvía llorando, con el delantal vacío, cuando di en manos de vuestras tropas.

La voz acongojada y doliente de la niña penetró en el corazón del emir, y viendo éste que no podía seguir los apresurados pasos del caballo de guerra, le dijo sin parar mientes en su dignidad, magnetizado con el resplandor de las pupilas de la espigadera:

—Apóyate en mi estribo, niña donosa, abrázate conmigo, y sube al delantero de mi arzón que de prisa vamos y no quiero dejarte abandonada. Tu desgracia ha conmovido mí pecho, como el viento de otoño sacude las marchitas hojas de los álamos.

Ligera como una gacela, graciosa como una sílfide, saltó la zagala sobre el delantero del bruto que hizo dos airosas corvetas, orgulloso con tan preciada carga. Las corvetas como imprevistas descompusieron al jinete, la espigadora, asustada toda, abrazó al emir para no caer, y el enamorado rey bendijo a su caballo y se olvidó de su reino y de su venganza al sentir tan cerca el turgente seno de la niña y los blancos y torneados brazos.

Afortunadamente para Peligros el terreno iba siendo cada vez mas escabroso, y muchos los barrancos eran en que el noble corcel del emir tenia que saltar con gran ímpetu. La espigadera a cada bote daba un grito que más parecía amoroso suspiro y se abrazaba del Emir hasta, sostienen los maldicientes cronistas ya citados, que los labios se encontraron casualmente en más de uno de los brincos de la cabalgadura.

Oyóse en esto un grito de guerra que asordó los campos y aterró a los valientes guerreros de la guardia real. Una nube de azagayas pasó silbando por ante el pecho del emir, sobre su cabeza, y cayendo en las estrechas filas de sus soldados dejó tendidos por tierra hasta una veintena. Súbita claridad iluminó el horizonte: encendida la paja de los rastrojos en rededor de los etíopes, desordenáronse los caballos, comenzaron a chamuscarse los jinetes, y siguiendo la lluvia de flechazos y azagayas todo fue en un punto confusión, huidas, ayes, efusión de sangre y mortandad.

El fuego avanzaba como ejército de nubes rojas impelido por el humo, las llamas ceñían con sus remolinos los troncos de las olivas, asaltaban las copas y cada árbol era una gigantesca pira de atalaya. Con el chisporrotear de las rastrojeras y el crujir de los árboles, con el grito salvaje y la algarada de los lamtunis, pues no eran otros los de la encelada, y el resplandor de las llamas que en los atezados rostros de los etíopes se reflejaba, parecía el haza de la escaramuza un abrasado infierno.

El rey sobresaltado con el ataque y la encelada quiso poner en orden a sus esclavos, pero el caballo se espantaba con las hogueras crecientes, y la espigadora de modo estaba colgada al cuello del emir que este no podía sujetar al bruto ni hallaba medio de empuñar su alfanje. La zagala, además, no extraña a la emboscada, desprendió la corneta de oro del cinturón del enamorado soberano y la arrojó bonitamente al suelo.

Cada vez rodaban mas soldados negros, sin poder tomar venganza los que lograban sobrevivir: cada vez marchaban mas amenazadoras las llamas, y la guardia real con su jefe estaba a punto de morir picada y asada luchando contra un enemigo fantástico que ni evitar le era dado. El rey sin corneta no podía mandar a su tropa.

Viéndose impotente decidió el emir tomar el prudentísimo recurso de la fuga. Dicho y hecho, ganando el cauce del río, chamuscándose las ricas vestiduras, pero abrazado con su traidora campesina, logró salvarse, entrando a deshora y por escusada puerta en su palacio del Alhambra.

Luego que se hubo bañado y perfumado la rizada barba, hizo cólera doble contra Peligros y los traidores lamtunis; mas creyó prudente tomar serias disposiciones antes de emprender nueva expedición, pues era probable un desastroso fin.

Subió, pues, al salón, ahora llamado de las dos hermanas, y para entregarse con mas delectación y descanso a la meditación, mandó que subiesen a la espigadera para contemplarla ataviada con el rico traje que le había mandado poner.

Hermosa parecía con su traje de labriega, mas a las mil maravillas le sentaba el suntuoso vestido de las favoritas. Sus cabellos negros como la noche lucían recogidos en una red de oro, con perlas abrochadas con diamantes. Su cuerpo, gallardo como el tallo de los claveles, parecía majestuoso con la túnica persa de lana blanquísima rayada de seda carmesí. Sus piececillos, en fin, breves a manera de las humanas dichas, provocaban encerrados en botas de tafilete marroquí bordado de oro y pedrería.

Desarrugóse el cetro del emir, y una sonrisa inefable apareció en sus labios contraídos. Así con la alborada se tornan alegres los peñascos mas áridos.

Graciosa como un niño arrodillóse voluptuosamente la espigadera, y dijo con una humildad que avasallaba:

—Permitid, señor, que bese vuestras plantas, y que mis lágrimas sinceras de arrepentimiento rieguen vuestro camino, pues me habéis dado plaza entre las esclavas de vuestro palacio, a mi, pobre flor de los campos, que no merezco ni una benigna mirada de vuestros hermosísimos ojos de águila.

—Señora de mi alma eres ya, donosa labradora, y doy por bien recibido el mal de la jornada; mas gano contigo que cuanto adquirir pudiera con la conquista del mando.

Al pronunciar el rey estas palabras amorosas, contemplaba extasiado a su esclava y se abrasaba en el fuego de sus ardientes pupilas, brilladoras como el lucero de la tarde.

—Reposad, señor y dueño mío, que para distraer vuestra melancolía quiero danzar a uso de mi país, acompañándome con la sonora pandereta: si no logro agradaros, Alá permita que mis pies queden inmóviles como las raíces de una encina, y tullidos mis brazos como si fuese una momia.

El emir oprimió el labrado remate de un timbre, y al punto desaparecieron los esclavos que guardaban puertas y ventanas, cerraronse las maderas sin estrépito, comenzaron a saltar con agradable murmullo los surtidores del marmóreo y nacarado pavimento, las torneadas celosías se entreabrieron, dando paso a los melancólicos rayos de la luna, aparecieron en los ángulos de la estancia nuevas luces guardadas por vasos de China y de ágata, y los pebeteros escondidos entre las flores exhalaron suavísima nube de aromas delicados.

Una esclava negra, privada de la vista, pero diestra en tañer el laúd, entró y sentóse en una piel de león que había al pié del lecho real. El emir se arrellanó entre dos almohadones de seda. Comenzó a preludiar la negra en el laúd, cogió un chal riquísimo la donosa campesina de Peligros, dejó caer el manto (mostrando así escondidas bellezas), y al compás de las inspiradas armonías del arpa empezó a tejer con sus piececillos menudos

un baile provocativo y aseñoreado que compararse pudiera con la *tana* del pasado siglo o con el picante *ole* de nuestros días. Ligera como una paloma, fácil y gallarda en los movimientos, marcaba los brazos cual alas de tórtola enamorada, inclinaba la cabeza, sacudía la cintura, iba, venía con el entusiasmo de la doncella amorosa que corre a abrazar a su amante, se alejaba desdeñosa, brincaba ágil, se enlazaba y desenlazaba con el chal, formaba círculos rapidísimos, como si tuviese en el centro una pareja fantástica, y en tanta vuelta y revuelta mostraba y dejaba adivinar las mas bellas formas que concebir pudiera el renombrado Praxiteles.

Al emir se le bailaban los ojos, que nunca tan ardiente fuego sintió correr por sus venas; pero mayor fue su admiración al ver a la espigadera que ciñéndose al talle el chal de Persia, recogía la pandereta, y acompasando con ella el baile, tomaba magnífica animación, más viveza, verdadera locura. No era mujer, sino una hada, una nube blanca, la luz del alba: bañaba la luna su frente, y las flores como que se inclinaban para admirarla. El pobre emir granadino estaba embobado, a la manera que un niño hambriento cuando contempla ancha cesta de sabrosas frutas.

Pues señor, íbamos diciendo que la espigadera, leve como las nacaradas brumas de los altísimos saltadores, hacia girar la brillante y sonora pandereta entre sus manos al compás de la danza, ya coronándose, ya hiriendo el tímpano de cuero con sus dedos de marfil, arrojando al aire el pastoril instrumento, recibiéndole con las puntas de sus bordadas botas, en el extremo afilado de su dedo índice, en el codo, en la purísima y serena frente. Siempre en movimiento, siempre graciosa la danzarina.

Al fin, viendo la exaltación del emir, arrojó la pandereta, y sin saberse el cómo, empezó a repicar improvisando, variado el paso y las posturas, unas castañuelas cuyo chasquido alegre, penetrante, clarísimo y extraño tenia algo de infernal. Un sabio musulmán que había pasado su vida estudiando la magia en una cueva de los Montes de la Luna, habíaselas regalado a la doncella a cambio de una sola mirada cariñosa que hizo morirse de amor al buen anciano, sin que le valiese su profundo estoicismo filosófico.

El eco de las castañuelas conmovía todos los nervios, los irritaba como el cerdear de las planchas metálicas o el estampido de las bombardas y de los timbres chinescos, después producía una suavísima molicie que paraba en sueños voluptuosas a la manera de los producidos por el opio y el hachis.

Nuestro enamorado y colérico reyezuelo saltó sobre los blandos almohadones carmesíes al oír aquel inesperado y mágico repiqueteo, sus encendidos ojos se dilataron, se le oprimió el corazón como le acaecía en las dulces horas de sus primeros amores, y extendió los brazos hacia la gallarda bailarina, que semejante a un pájaro marino se balanceaba radiante de juventud, de hermosura y brillantes sus ojos con el fuego del entusiasmo y del deseo.

Disminuyó el chasquido de los crótalos, y el rey sintió placentero decaimiento, dulce sopor: reclínese en los cojines. Un rayo de alegría asomó a las pupilas de la espigadera, y más cuando observar pudo que la negra languidecía y pulsaba con negligencia el laúd.

Lentamente fue la joven conteniendo sus giros y paseos, poco a poco fue apagando el eco hechizado de sus castañuelas. Lo que antes parecía redoble de tambor pasto-

ril convirtióse en murmullo de música en lontananza; luego era suave ruido de las auras entre las mieses.

Grave pesadumbre circundó la frente del emir y oprimió sus párpados que se cerraron insensiblemente. Cielos azulados con bandas de oro y estrellas de plata, aparecieron en el horizonte de su imaginación, cayeron sus manos una sobre el ceñidor bordado, otra por el costado del lecho, su cuerpo quedó inmóvil, y comenzó a respirar con amplitud e igualdad. Estaba dormido como un tronco gracias a las castañuelas hechizadas. La negra del arpa se había hecha también un ovillo, y en la puerta entreabierta del salón, roncaba fieramente un nubio como un roble.

La espigadera de Peligros al ver conseguido su diabólico objeto, con osadía punible y sacrílega, se acercó al lecho del emir Almuminin y sacando unas tijeritas de oro, repeló a su sabor las reales barbas del monarca granadino (loado sea); le desató el turbante, labrole con entrambas puntas unas orejas de burro, que sujetó con destreza suma sobre las sienes, otras veces coronadas. Después agarró el riquísimo laúd de la ciega y lo arrojó a la fuente que en el centro saltaba, desordenó los cojines y las otomanas, arrancó las flores, apagó las luces, derramó aceite en los pebeteros, todo con la viveza de una chiquilla traviesa, y asomándose al ajimez, dió un agudísimo grito imitando el canto de la abubilla. Contestó en el bosque otra ave de la misma especie; pero con voz mas entera, como de pájaro macho, y la bailarina ató el chal de Persia a la columna del doble arco y se deslizó al bosque donde fue recibida por los robustos brazos del capitán fiero y zahareño de los lamtunis. El guerrero de la porra de hierro condujo a la campesina por extraviados senderos, hasta que saltando por un portillo cercano a la puerta de Guadix la colocó en el delantero de su caballo árabe, partió a escape con dirección a Peligros y con la ayuda de Dios llegaron felizmente.

Pasadas algunas horas, cuando se venia entrando el alba por las puertas del Oriente, despertó el rey de su dulcísimo letargo y abriendo con torpeza los mortecinos ojos, se halló en la mas profunda oscuridad, con no poco sobresalto de su ánimo. Otra vez se creyó en el pantanoso sótano de marras. Alzóse del lecho, después de recorrer con sus convulsas manos el lugar donde se hallaba recostado, empezó a andar con atentados pasos, y tuvo tan negra fortuna que tropezando con la esclava del arpa, dormida aún, pegó la mas soberana de las caídas, cogiendo no una liebre como decir suelen los cazadores, sino dos famosos chichones en la frente y algunas magulladuras en manos y narices.

Gritó viéndose en tan duro trance, con la cólera de un elefante derribado, y a sus voces acudieron gente de armas, criados y señores todos ignorantes de los tinieblas del aposento real, dieron de bruces al llegar a la puerta interceptada con el cuerpo del etiope. Al fin los creyentes y el emir lograron ponerse de pie: vinieron luces y con terror contemplaron los cortesanos el desorden de la estancia y con mal reprimida burla las orejas de burro del monarca y sus respetadas barbas. El emir se lanzó al ajimez de donde pendía aun el chal riquísimo de Persia, conoció que el pájaro había volado, y con esto su furor y sus extremos crecieron.

Salióse de la cuadra magnífica y mandó soltar las fieras de su real palacio para que devorasen a todo mortal, quiso incendiar con su propia mano la torre de los Príncipes donde habitaban sus mujeres, represar las aguas del Darro y con ellas inundar la ciudad:

mas por fortuna un león libio, se acercó con demasiada confianza al emir y se dieron contraordenes ejecutivas que calmaron la conturbación que en todos les semblantes se leía.

Después quiso el diablo que hallase a mano una luna de bruñido acero y que echase de ver su rapadura trasquilada y sus orejas de asno el asendereado señor de las tierras granadinas. Lo que entonces tramó de crueldades y de horribles desahogos, no es para contado de pasado, y bien merecía historia aparte, si con ella no temiera afligir a mis lectores demasiado benévolos.

Pues, siguiendo nuestro relato, como todo en la tierra calma y atempera, al menos en lo exterior, el buen emir consolóse también, gracias especialmente a la mediación de un negro, famosísimo cocinero que desvelose en aquellos días por ofrecer sabrosos platos al irritado señor.

—No alcanzo—decía reflexionando en calma—. Cómo haya hombres y mujeres tan sagaces que engañar puedan a mi real perspicacia. Magos y encantadores egipcios habitan ese lugar de Peligros, y con artes del diablo, que no con fuerzas humanas es preciso labrar su completa destrucción y borrar mis afrentas.

Con esta idea fija, mandó llamar a todos los magos naturales y extranjeros, y les consultó el caso. Ninguno respondió satisfactoriamente, y el soberano sin respeto a derechos naturales ni de gentes, dio con todos ellos en la plaza de Bib-Rambla, y les mandó aplicar quinientos azotes de buena mano, a telón corrido, y a presencia de la espantada muchedumbre.

La venganza trabaja mucho el corazón de los reyes, porque acostumbrados a no sufrir contrariedad, si algo se les antepone, luchan de continuo por destruirlo con refinado encono. Así el emir granadino no podía dormir tranquilo pensando en los medios de acabar con los peligreños que seguían divirtiéndose sin dárseles un ardite de la cólera real.

Una noche de octubre, martes era por cierto, observando que no le habían crecido las tonsuradas barbas, exclamó desesperado :

—¡Al diablo diera cuanto pidiese si me ayudase a vengarme, y por las cenizas de mi padre lo juro!

Aín no había acabado de pronunciar el apóstrofe, cuando apareció ante su vista un guerrero de hermosa presencia, rodeado de un vapor color de escarlata.

—Aquí me tienes, dijo el recién venido con voz entera y varonil—, soy el diablo: no te espantes, que aunque gozo de mala fama lo hago bien con mis amigos y no me como los niños crudos. Serénate y hablemos en razón.

Tan política arenga produjo buen efecto en el monarca, pero no podía desplegar los labios. El diablo prosiguió sin parar mientes en tan descortés turbación.

—Lo que pides vale gran recompensa y exige un razonable estipendio para reparar solo mis daños y perjuicios. Peligros es lugar consagrado al placer, y recojo entre sus habitantes crecida cosecha, pero si tu generosidad iguala a tus deseos de venganza haremos trato.

—¿Qué deseas?—balbuceó el monarca.

—Poca cosa. Arrancaré de patilla el pueblo con todas sus alcarias y haré polvo entre los torbellinos del huracán todo lo que ahora crece, vive y se asienta sobre el arca de aquellos alcores

¡Ah te concedo de antemano cuanto pidas!—exclamó el emir ebrio de gozo y saboreando en sus mientes la venganza horrible.

—Quiero tu alma y tu cuerpo—exclamó prontamente el diablo—, y un barrio de Granada en vía de indemnización.

—¡Imposible!

—Lo has jurado por las cenizas de tus padres.

Desapareció el guerrero de la brillante armadura, como un grano de arena si al mar se arroja, y el emir quedó ensimismado recordando su imprudencia; mas al verse retratado en la clara superficie de la fuente, al considerar sus barbas trasquiladas dijo para sus adentros algo consolado:

—Al menos acabaré con esa raza maldita.

¿Qué hizo el diablo? Segunda parte requiere el caso.

Segunda parte

El montecillo que cae a la derecha mano de los dos sobre que se asienta Peligros, por su parte mas agria y pendiente está guarnecido de un torrente que en el invierno se derrumba rápido y cenagoso, mientras que en el verano a cinta de bruñida plata se asemeja.

Orillas de este barranco había en tiempos de entonces un barrio entero de aspecto salvaje y pintoresco, todo formado por cuevas taladradas en la arcillosa ladera del arroyo. Parras, ataubies y albanes, olivos loaimes, granados reales, albérchigos y espinosos azofaifos, naranjos del Magreb y acerolos sombreaban las blanqueadas puertas de aquellos antros. Las gallinas, los palomos, los patos de cuello turquí y los perdigones andaban picando entre las flores que cercaban la meseta: vacas de leche, caballos árabes, asnos de Córdoba, cabras de grandes ubres, corderos merinos, ciervas y gacelas domesticadas pastaban por los alrededores, y un olivar alfombrado de cepas ricas en pulgares y de ramos extendidos coronaba este paisaje sencillo y agradable.

Habitaban este barrio las familias muzárabes que había en Peligros; mas no se crea que fuesen mas virtuosos los cristianos que los musulmanes: también la corrupción llegaba hasta ellos y se mezclaban en las zambras y en las giras, olvidándose de la moral de Jesucristo que tanto les habían encomendado sus padres.

Tres huérfanas mellizas, Dolores, Angustias y Martirio, eran las únicas que se entregaban con fervor a la virtud y a las buenas obras en la vasta y corrompida piscina de Peligros, y estas huérfanas tenían la desgracia de ser objeto de las injurias mas crueles y de la pública animadversión: veamos el por qué.

Era el caso que las tres huérfanas habían sido dotadas de una hermosura de alma singular, de ángeles en la tierra merecieran título si sus buenas acciones se enumerasen; pero también su fealdad física calzaba tantos puntos, que mirarlas de cerca ode lejos, por detrás o al desgaire, causaba malestar, hastíohorror.

Dolores, la mayor, pues habían nacido con intervalo de doce minutos, era tuerta de un ojo, bizca del sano, jorobada, pelona, con dos feroces verrugas en el guardacantón que le servia de nariz, y por su exigua estatura hacia con su segunda hermana extraño y repugnante contraste. Angustias se elevaba cinco pies de rey sobre el nivel de dos enor-

mes canastos que ella tenía por sus pies, y con los ojos saltones, la frente calzada, las cejas arremolinadas y la boca aportillada y rasgadísima adornaba el cutis de su rostro, que tení color de acelga, con manchas aberenjenadas. Estas facciones tan desconformes se veían en continuo bailoteo, gracias a la perlesía. Martirio, la menorcita, cuadrada de gorda, negra como el cordobán, llena de lunares con cerdas enroscadas, fétida en su aliento, con la vista hundida, llorosa y sin párpados, lunanca y con voz de tambor, siempre gozaba de un avinagradísimo gesto. ¡En Peligros, en el paraíso de la hermosura famoso del Atlas a la frontera cristiana! ¿cómo sufrir en paciencia aquellas tres feísimas doncellas que deshonraban y manchaban el puro renombre del pueblo?

Excitaron cuando niñas la curiosidad, cual feto de cuatro manos y dos cabezas, porque jamás se vieron en Peligros sino bellísimos niños que hubieran tenido plaza, por lo hermosos, entre los mismos arcángeles; pero luego que crecieron, al cruzar por las plazas y las ferias iban siempre envueltas entre nubes de chicos que como serpientes silbaban, y con escolta de zagalones que las saludaban con groseras invectivas, con barro y tronchos de col.

Todo lo sufrían por el amor de nuestro Señor Jesucristo y encerradas en sus cuevas, pues ocupaban tres en los tres extremos del pueblo, pasaban el día trabajando, orando, visitando a los enfermos y desvalidos y partiendo sus escasos haberes con los pobres.

Una tarde (la misma en que el diablo finiquitó su contrato con el emír granadino) retirábanse mas temprano que de costumbre a sus pobres moradas, porque en el pueblo se preparaba una gran fiesta para la noche, y querían retirar sus castas miradas, de tan mundanales pompas, y pedir por los que así se encenagaban en el vicio; pues señor...

Mas dejémoslas proseguir su camino que voy a contaros la algarada y el festejo.

Habían llegado las vendimias[60], y los árabes, como todos los pueblos labradores, celebraban con gran boato y riqueza esta época del año. Las fiestas de Peligros en tales días eran famosas en toda la comarca, y las del año a que nos referimos rayaron en lo extremado. Comenzaron por un baile o zambra que debía durar desde ponerse el sol hasta el alba.

En la vasta llanura de las eras se había levantado un pabellón de lona blanca y azul, que podía cobijar bajo sus alas más de diez mil personas. Cortinajes de damasco carmesí, tejido en el barrio de los judíos, chales de púrpura y azul, labrados en las Alpujarras, cintas del barrio del sol, ricas guirnaldas de flores naturales, gallardetes, estandartes, flámulas y banderolas de mil colores bordadas de oro y plata adornaban el exterior de aquella gigantesca tienda de campaña.

Alrededor había una espaciosa calle formada por las barracas de los forasteros, de los feriantes, de los vendedores y de los ricos habitantes de Peligros. ¡Qué pintoresca vista formaba aquella elipse! Unos pabellones eran de color de grana con pasamanería de oro, otros remataban a la usanza chinesca, aquellos en cúpula redonda como las del Cairo. Muchos señores se abrigaban bajo una alfombra persa suave como el terciopelo, sujeta en las largas lanzas de hierro de sus esclavos africanos y los vendedores de frutas, de pasteli-

60 Nuestros lectores no extrañarán que en este cuento se hable de vino y de vendimias, pues a pesar de cuanto en contrario se cree vulgarmente, los árabes se embriagan, y usaban el vino como lo probaremos en articulo separado. (Nota del autor)

llos de crema, de alaja, de alfajor, de garbanzos, de especería y de confites, habían levantado palacios de ramaje con labor primorosa de flores, decoraciones de papel y telas de colores. Todo cuanto recrea la vista y el paladar se hallaba allí junto y revuelto con un extraño aparato de grandeza. Al lado de la tienda de un Wali rodeado de guardias y de esclavos, freía sus rubios buñuelos una negra que pregonaba su mercancía desgañitándose, aquí un mercader genovés, allá un renegado insigne para condimentar pasteles de nata despolvoreados con especería, gente de Túnez y Alejandría, de Castilla y de Navarra, traficantes de Cataluña. Sedas murcianas, paños de Almería, lanas alcarreñas, armas manchegas, tafiletes y cintería granadina, orfebreria cordobesa, dulces de Priego y Lucena, cecinas de Montefrio y de Trevelez, frutas de la Vega de la Sierra y de la costa se veían en azafates de ramos, de madera olorosa, de mimbrera teñida, de plata según el género requería. Teas de pino, velas de cuatro mecheros, hachas embreadas y grandes hogueras, hacían que la noche fuese clarísimo día.

El gran pabellón del centro era el lugar del baile, el corazón del festejo, el núcleo de la alegría. Estaba el suelo cubierto con una alfombra jerezana que se había construido para una mezquita, y que un emir impío regaló a una de sus favoritas de Peligros. Almohadones de crin, de raso y de sarga malagueña, pieles de león y de pantera negra servían para descansar. En los ocho ángulos de la tienda había cascadas y juegos de aguas olorosas. El techo era como una parra, que parecía natural, con racimos de uvas de todas clases y con vasos trasparentes de ágata, de mármol de Macael y de China entre los pámpanos.

Cuando cerró la noche, a un mar de cabezas se asemejaba el gentío, y la danza agitaba todos los pies y volcanizaba todas las cabezas. Bajo el cielo de pámpanos de esmeralda con estrellas de nácar, tropas de gaditanas, de ubedeñas y almerallas bailaban con delirante ardor la jacarandina. En el centro, una gran rueda de peligreñas, enlazadas con gallardas granadinas y hermosísimas costeñas repicando castañuelas y panderetas, con bandas y chales, con ramos y cintas trenzaban, giraban, saltaban formando círculos, grupos, figuras, jardines fantásticos y caprichosos, madejas indeterminadas, laberintos de flores. Gritaban las negras en estotro lado y gesticulaban en sus lascivos bailes. Palmoteaban los hombres para el compás, repicaban sus armas, y la sangre de todos se encendía con aquella atmósfera radiante formada por los reflejos rojizos de las teas, de las hogueras y de las luminaras, por los rayos de los provocativos ojos de las bailarinas.

Mientras que así bullía el contento por las eras de aquellas deliciosas alcarias, aparejábase el cielo con medroso manto y desatábanse los huracanes en la vega penetrando con ruidoso mugido por las gargantas de los puertos. Los pájaros y las fieras se agazapaban bajo las ramas y en las hendiduras de las rocas y de las guajaras. Las plantas estaban inmóviles y como que reconcentraban sus fuerzas para luchar con los vientos, con las aguas y el rayo. Los animales domésticos aullaban medrosamente, mugían, relinchaban, pugnando por deshacer sus ligaduras y trabas.

Estrellas azufradas, lenguas de fuego, haces de chispas brotaban a veces de las peladas puntas de Sierra-Elvira y de las rocas de los montes de Huetor. Una nube de color indefinido, como el fango de los pantanos, avanzaba desde las sierras de Loja, su manto de fétidos vapores se plegaba y desplegaba arrollándose, desgarrándose, comprimido y azotado en sus flancos por las olas de un huracán que bramaba en las alturas con mayor pujanza que las irritadas aguas de las corrientes del Océano.

Nublos negros y espesos sin forma determinada rodaban por la bóveda celeste: de pronto como traílla perseguida a latigazos, se agruparon en disciplinada falange, tomaron la figura de un águila, y apoyando sus alas en los cerros del Padul y de Alfacar, su centro en los picos nevados del Veleta, Solaira y Muley-Hacem, partieron al encuentro de la nube que por el lado opuesto amenazaba.

La inmediación del huracán crecía con estruendo y daño nunca vistos. Sus remolinos arrancaban los árboles, levantaban la tierra, extraviaban la corriente de los ríos, talaban las yerbas y los llanos. Gritos desconocidos y salvajes, aullidos prolongados, quejidos de agonía, baladros estridentes y chillones se oían entre las columnas del viento como si en ellas viniese cabalgando legión de diablos.

Juntáronse las nubes como dos alborotados y crecidos torrentes, al choque brotó un relámpago que llenó de luz bronceada los anchos espacios del cielo y las sinuosidades de la tierra, sonó un trueno pavoroso, crujiente y los senos de las montañas retumbaron desgajándose las peñas y partiéndose los picos y los tajos.

Comenzó la tormenta. Los peligreños no se arredraron por el trastorno de los elementos, antes con impío desacato animaron sus festejos, y con el rostro al viento y a las anchas gotas que empezaban a caer desafiaban los furores del cielo.

Una ráfaga del huracán arrebató como una pavesa el pabellón del baile y las tiendas de la feria, dejando al raso a los actores de aquella orgía gigantesca.

Retembló la tierra. Las crestas de los montes se inclinaron, oscilaron los bosques como las plumas de un penacho, se cerraron los cañadas, se grietearon las llanuras y chocáronse las rocas produciendo un ruido semejante al de los esqueletos, si se sacuden. Este rumor formaba coro terrible con los truenos y sus ecos, con los silbidos del huracán y de la lluvia.

En medio de aquella destrucción y de tantos horrores las eras de Peligros seguían pobladas de bailarinas, de músicos, de sibaritas, de curiosos, de gente ebria y delirante. Exentos de temor, al reflejo de sus casi extintas hogueras formaron corro las mujeres y los mancebos y acompañándose con lúbricas canciones, descompuestas las ropas con el viento y con la danza, empezaron una zarabanda tan picante, escandalosa y desenfadada que de ella se hubieran avergonzado hasta las prostitutas africanas.

Es fama que el diablo, aunque ocupadísimo en dirigir con acertada mano los golpes de la tempestad, asomó su almenada cabeza por entre las nubes y se sonrió compasivo al contemplar aquella feroz bacanal en medio de las tinieblas, entre el retemblar de la tierra, los rayos del cielo, los mugidos del huracan y la creciente de las aguas. Se sonrió, y aun se dice que quiso conservar el pueblo donde tenía tan buenos y tenaces servidores; mas picándose de honrado y recordando su palabra empeñada.

—Sus—dijo—, cumplamos lo estipulado y perezca por siempre ese pueblo.

Tendió su látigo de cadenas y el barranco que cercaba a Peligros creció y rodeando las eras como una culebra que se enrosca al cuello de su contrario, estrechó y arrebató en ondas quebradas y fangosas a todos los del festejo: haces de rayos cayeron en los viñedos y en las olivas convirtiendo en hogueras sus altivas copas: abrióse por mitad uno de los alcores donde se asentaba el pueblo y tragóse dos barrios con sus mezquitas, alhóndigas y jardines. Cuatro remolinos de viento mandados por Satanás en persona, llegaron empujándose furiosos por el que hoy es Cerrillo de la Cruz, y animados con los gri-

tos y blasfemias de su jefe, arrancaron de raíz lo que del pueblo quedaba y se lo llevaban por los aire

Las tres feas en tanto, oraban con recogimiento y santo temor en sus cuevas que estaban en tres estrenos del pueblo. Al sentir los baladros de los remolinos que arrebataron las casas, aquellas virtuosísimas doncellas gritaran con acento: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Salvadnos, Dios mío!

Llegó su voz hasta el diablo y sobrecogido con aquella divina palabra, talismán de los cristianos, soltó tres pedazos de pueblo que son los que hoy se conservan. Y aquí, lector amantísimo, se acaba lo que del caso me contaron, mas te juro por lo mas sagrado, que tendrá conclusión el cuento y de ella te enterarás si paciencia tienes para leerla.

Conclusiones del caso.

Con que acabamos diciendo, que dejó Satanás tres pedazos de pueblo, los cuales cayendo sin destruirse fumaron lo que hoy se llama en Peligros barrio bajo, barro de enmedio y barrio alto y de tan mal talante le cogió al espíritu rebelde la sagrada exclamación de las tres feas, que haciendo un lío de nubes dando de puntillones a los vientos fuese derecho a la que hoy es Golilla de Cartuja y se zampó de cabeza con toda su corte por la misma cima de aquel montecillo, y aún cuentan las comadres mas sabedoras que allí van las brujas a verle los sábados, porque suele aparecer en forma de un macho cabrío respetabilísimo.

Angustias, Dolores y Martirio, pasada, la inundación, salieron de su cuevas y recorrieron espantadas y contritas aquel hacinamiento de cadáveres destrozados, las balsas de cieno, los arenales, los troncos pelados y las rocas que cubrían la que fué ciudad, los campos fértiles y bellos.¡Vanidad de vanidades!, dijeron con el Rey sabio, recordando las grandezas pasadas, viendo el desolador presente, y se encaminaron a los tres pedazos que se habían librado milagrosamente del temblor de tierra, del huracán y de la inundación. En estas casas (habitadas todas por los mas pobres) respiraban algunas criaturas y otras se quejaban de los golpes recibidos; mas las que conservaban algún resto de vida oraban con arrepentimiento y fervor. Llegaron las tres mellizas socorrieron a aquellos desgraciados que estaban a punto de perecer de hambre, proporcionándoles bálsamos y bebidas, consuelos para el ánimo. Tanto hicieron, que con lágrimas en los ojos las pidieron perdón de las injurias que antes les habían hecho y entrando a su ejemplo en el temor de Dios lograren volver la fecundidad a los campos, extenderse nuevamente, multiplicarse y con la sucesión de los años llegó a ser Peligros lo que es hoy, un amenísimo lugarejo, poblado de industriosos y honrados labradores.

Impacientes estaréis por saber que fue de nuestro furioso emir granadino, y en verdad que su misterioso fin es digno de relatarse.

La tormenta y el terremoto pusieron miedo en los corazones granadinos. Los supersticiosos creyeron que se aproximaba el fin del mundo, y los enemigos del emir propalaron que aquellos males eran castigo del cielo por las desafueros del soberano.

Serenóse el horizonte y aparecieron los primeros albores de la mañana. El Rey dormía a pierna suelta (era descreído de suyo) y mucho sintió que le despertasen de súbito, aunque aseguróle el eunuco causante ser cosa de importancia lo que participarle tenia.

En efecto cubierto de fango, descompuestas las vestiduras, ensangrentadas las puntiagudas ruedas de sus espuelas, penetró un mensajero en la cámara real y prosternándose con respeto dijo

—Ensalzado seas, señor, sobre todos los reyes de la tierra. El que todo lo puede, Alá, cuya justicia se iguala a su grandeza, ha derramado la copa de su ira sobre tus enemigos y los ha destruido como la sal en el agua. Peligros no existe, sus casas y campos son un cenagal. El fuego del cielo solo ha respetado tres grupos de casas miserables.

—Toma en albricias, vasallo fiel, dijo el monarca rebosándole el contento, y le alargó una gumia con la empuñadura de oro y corales.

Después entregóse el emir a todos los excesos de una alegría delirante, regaló espléndidas joyas a todas sus favoritas, repartió confites a sus soldados, tiró zequies al pueblo... Turbose su contento con la aparición imprevista del diablo.

Apareció éste por el techo con gesto muy avinagrado y todo descompuesto con el trajín de la pasada noche.

—Vamos—exclamó con una voz áspera como el ruido de las carracas—, ya estás servido. Arregla tus cosas, desígname el barrio con que has de indemnizarme y prepárate para viajar en mi compañía.

—¡Perdon! Déjame al menos gozar del triunfo del vencimiento.

—No estoy para perder tiempo, que en Castilla me esperan los ricos hombres con el fin de emprender una magnífica guerra civil. Tengo que ganar al hijo del Rey. El trato es trato y lo prometido deuda. Cumplí acabando con mis mejores amigos—a este punto se le saltaron las lágrimas a Satanás recordando sin duda la orgía—, con que no te expongas a que tome por fuerza lo que me has de dar voluntariamente.

—No has cumplido, no—dijo el emir, fiero al encontrar una idea para salir del apuro—, me ofreciste arrasar todo el pueblo y quedan en pie tres pedazos y en ellos viven y alientan muchos de mis enemigos, con que acreedor soy a un largo plazo.

—Eres un villano mal nacido como todos los de tu ralea—contestó colérico el diablo que sintió el aguijonazo en lo mas vivo—. Te llevaré arrastrando, badulaque.

—Acércate si puedes—repuso orgulloso el Rey desenvainando un alfanje de dos hojas que había servido al profeta y se tenia entre los creyentes por talismán seguro.

Sonrióse ferozmente el demonio y extendió sus manos con cierta majestad dramática. Al punto perdió el monarca su forma humana y convirtióse en caballo salvaje, mas como si conservase todavía sus dañinos pensamientos, el emir—bruto se arrojó sobre el diablo con los cascos levantados y relinchando ferozmente. Satanás entonces desenvainó su espada y de un tajo cortó la cabeza al desmandado potro: el caballo descabezado dio a correr con asombro de guardias y magnates, salvó las puertas del palacio y aun se ignora su paradero; si bien algunos inválidos, no pocos borrachos de la torre de los siete suelos, un remendón gran jugador de lotería y mi lavandera aseguran que a las doce de la noche sale constantemente a desentumir por aquellas alamedas del recinto de la Alhambra y desaparece con el alba llevándose para alimento algún niño crudo y para solaz la doncella de quince abriles que halla mas a mano.

¿Qué barrio de los de Granada se llevó el señor Satanás? Es punto controvertible.

Las tres feas murieron en olor de santidad y bendecidas por todos los habitantes del nuevo Peligros.

Con que ya veis, amigos míos, como vale mas tener la hermosura en el corazón que no en el semblante.

El clavel de la Virgen

Francisco de Orellana

Semanario Pintoresco Español. 1850. 396-400 / 402

I. Solita

Entre las fragosas sierras de las Alpujarras, o sea «montes del sol y del aire», hay frondosísimos valles cruzados en todas direcciones de riachuelos y torrentes, en cuyas profundas cuencas no se puede penetrar de noche, sin peligro de tropezar con el espíritu errante de algún moro que, con cimitarra en puño y los ojos encendidos como brasas, guarda los tesoros que allí escondió antes de abandonar aquella tierra, o de morir en ella combatiendo por su ley. Estos espíritus sólo se aparecen de noche; pero de día se les oye en las soledades de los campos, y siempre donde corren las aguas, donde los árboles crecen robustos y espesos, y en los parajes cercados de altas montañas y de peladas rocas. Cuando el pastor vocea llamando a alguna cabra descarriada, la voz de los espíritus invisibles contesta desde lejos en las angosturas de las ramblas, y otros repiten sus palabras como los centinelas la voz de ¡alerta! Cuando el viento sopla, los espíritus gimen entre las hojas; y cuando las aguas corren por entre altas peñas y cauces angostos, los espíritus hablan a una, diciendo con acento chillón y destemplado: «¡Alá akbar! ¡Alá akbar!»

En una de las aldeas que, cual toscos ermitaños, reposan en medio de aquellas solitarias montañas se celebra la fiesta de San Juan con mucho regocijo. Bajo un ancho entoldado de copudos castaños, bailaban, al compás de dos guitarras y un violín tañidos por bizarros aunque agrestes mozos, las jóvenes del lugar con sus compañeros de infancia; los ancianos hablaban de sus campañas y tradiciones, apurando panzudas botas de moscatel o de albillo; los zagales subían a los frondosos cerezos, y doblando sus ramas, las bajaban hasta el alcance de las muchachas, que cogían el colorado fruto: los niños triscaban por el prado jugando con los perros y los cabritos, traviesos como ellos. Entretanto algunas jóvenes, sentadas a la sombra, daban quejas a sus novios, porque las alcachofas, cuya flor habían quemado la víspera para consultar su horóscopo amoroso, no habían amanecido floridas, lo cual es indicio de frialdad en el amante. Otras, por el contrario, a quienes había salido bien la prueba, se sonreían lánguidamente, y acercaban tanto sus morenas cabezas a las de sus amantes, que estos se estremecían de cuando en cuando al sentir el contacto de sus negros cabellos.

Todo era contento y amor en el castañar: nadie había que no gozase: unos con sus inocentes alegrías, otros con sus mutuas satisfacciones, otros en fin con sus penas amorosas. Únicamente Solita, la jorobada, estaba triste y abatida, sola en medio del gentío, abandonada de todo el mundo; pero no de Dios, ni de la Virgen, su abogada.

Solita era una infeliz criatura sin familia, que un día se apareció en la aldea, cuando sólo contaba seis años sin que nadie, ni ella misma, supiese de dónde venía ni quienes eran sus padres. Pobre, sin más amparo que la caridad, la desdichada niña era enfermiza, además y contrahecha. Tal vez hubiera sido hermosa, si su negra fortuna no hubiese influido en su raquítica naturaleza pero desheredada por naturaleza y fortuna, era un ser

feo, muy feo, que servía de burla y chacota a todos los muchachos del lugar, y de espantajo a las madres para acallar a sus pequeñuelos.

Acurrucada detrás del tronco de un árbol, seguía la pobrecita con sus ojos inflamados el bullicio de la fiesta. Sus miradas se animaban al ruido de los panderos y de las castañuelas; agitábase su pecho al contemplar los deliquios amorosos de las otras jóvenes, porque ella soñaba ya también con el amor, con el amor que consumiría su corazón sin exhalar llama, y a cuyos generosos latidos no correspondería jamás ningún hombre. Solita tenía ya dieciséis años; pero nadie lo hubiera creído, y sólo a ella no le alcanzaba el adagio que dice: «¡No hay quince años feos!» ¡Pobre Solita!

Temerosa la joven de provocar las burlas de los insolentes campesinos, y acaso los golpes con que los muchachos se complacían en atormentarla, permanecía agazapada y silenciosa, pero llorando, llorando mucho, pues para ella el mundo era un desierto lleno de abrojos. El alborozo general aumentaba su melancolía, de tal modo que para dar libre curso a sus sollozos, determinó alejarse de allí, no fuese que llamando la atención aumentase sus pesares.

2. El Niño de Oro.

La pobre jorobadita comenzó a caminar sin rumbo cierto por la ladera del monte, procurando sustraerse a las miradas, protegida por los troncos de los árboles; y andando, andando se internó entre dos montañas de piedra cortadas a pico, por cuyo seno tortuoso corrían transparentes y espumosas las aguas de un torrente. De cuando en cuando traía el viento el rumor placentero de la fiesta, que resonaba en las alturas quejumbroso y entrecortado como una algazara de brujas; pero Solita no escuchaba nada, y seguía caminando como una sombra, sin volver atrás la vista. Con sus descarnadas manos se apretaba el corazón, y algunas veces alzaba una de ellas para enjugarse las lágrimas que le impedían ver. Bien tenía por qué llorar, entre tantos seres llenos de salud y de esperanzas, ella sola era raquítica y asquerosa, y veía en su presente su porvenir.

En lo más solitario del monte formaba el torrente una elevadísima cascada que se desprendía con mucho ruido desde lo alto. Solita vio entonces que no podía pasar mas allá, y se sentó abatida junto a un bosquecillo de lentiscos que, lozanos, crecían en la orilla del agua. Apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre sus manos, entregándose a su dolor.

Era la última hora del día, y algunas nubes se acercaban al poniente para recibir en sus labios dorados los postreros besos del sol. La joven dio rienda suelta a su llanto, hasta que, cansados sus ojos, se cerraron, y se quedó dormida.

Pasaron así las horas, y el eco repitió en los peñascos las últimas campanadas de la queda. Solita oyó entre sueños aquel sonido lejano, y cruzó sobre su pecho los enflaquecidos brazos, porque la humedad había penetrado sus débiles vestidos, y estaba tiritando de frío. La pobre joven, acostumbrada toda su vida a dormir sobre el duro suelo, teniendo cuanto más un pajar por alcoba, no echaba de ver, ni su molesto descanso, ni el peligroso lugar en que se hallaba.

Con efecto, apenas se hubieron desvanecido en el aire los últimos ecos de las campanadas de la queda, la luna, que hasta entonces había derramado su plateada luz so-

bre la tierra, se cubrió de espesas nubes, y las espumas del torrente dejaron de brillar con ese bello reflejo nocturno que es la sonrisa del agua. Sonó ruido, como de armas que se chocan, debajo del cristalino arco de la cascada, iluminóse ésta de repente con una luz azufrada, y Solita creyó oír la voz de un niño que, como salida de las entrañas de la tierra, cantaba, al compás de una guitarra tenuemente pulsada, estas palabras:

Solita que sola estás,
¿adónde vas?
Desamparada criatura;
no llores tu soledad,
que solo vive tu amante
como la perla en el mar.
Solita que sola estás,
¿ me amarás?

Creía la infeliz huérfana estar soñando, pues nunca palabras tan dulces habían resonado en su oídos. Llena de inquietud se frotó los ojos, miró a su alrededor, evocó sus embrollados recuerdos, y reconoció. el lugar adonde le trajera su desventura; pero no acertaba a comprender de dónde provenía la luz extraña que entre las aguas brillaba.

—¿Si habrá aqui duendes?—dijo para sí llena de miedo; y comenzó a temblar como un azogado.

Entretanto volvió a sonar la música misteriosa, y la voz de niño entonó esta segunda copla:

Solitaria está la luna,
Solita, en el cielo azul;
y en los campos crece el lirio
solitario como tú.
Solita que sola estás,
¿me amarás?

A medida que el ser invisible cantaba esta trova, la humilde niña sentía disiparse su temor y un suave bienestar fortalecer sus cansados miembros.

—¿Si será cierto que hay en el mundo quien pueda amarme?—dijo—. ¡A mí, que soy el espantajo de los muchachos traviesos! ¡Ah! Yo sólo sé amar a cuantos me han hecho bien: si alguien me amase, no lloraría nunca mas.

La voz cantó por tercera vez:

¡Murmurando van las aguas,
murmurando van, mi amor!
No habrá, Solita, en el mundo
quien te adore como yo.
Solita que sola estás,
¿me amarás?

—¡Sí!—exclamó la jorobada, no pudiendo reprimir una lágrima de placer, la primera de esta especie que había refrescado sus ojos en toda su vida.

Como si la breve palabra pronunciada por Solita hubiese sido un talismán poderoso, las aguas de la cascada se dividieron inmediatamente que la pronunció, formando dos trasparentes cortinas, y del seno de la roca, iluminada como un horno de alfarero, se

vio salir primeramente un hermoso niño de oro enteramente desnudo, y detrás de él una llueca con doce pollos todos de oro y los picos de diamante. La llueca decía: *¡clo!, ¡clo!*; y los pollos: *¡pío!, ¡pío!*; y después de haber dado tres vueltas meneando las cabezas a compás, rodearon a Sólita y al Niño de Oro. El cual, acercándose más a la joven que temblaba de placer, le tomó una mano, y con una voz atimbrada y sonora, como el sonido de una moneda de ocho duros, le dijo:

—Bien venida seas, amiga mía, si vienes para mi ventura; la tuya no tendrá igual si accedes a mis deseos.

Solita estaba encantada de la amabilidad de aquel extraño sujeto, y aunque sentía un vago temor al percibir caliente aquella mano de oro, y al oír la voz humana que de unos labios metálicos salía, era tal la delicia que experimentaba, que contestó con placentera sonrisa:

—Vuestra voluntad será mi ley; mandad, que vuestra sierva os escucha.

—No, sino mi señora habrás de ser—repuso el niño—. Pero atiende a lo que aspiro. Hace ya muchos años que vivo aquí sepultado por la malicia de un mago, el cual, sabedor de que yo había enterrado en este paraje mis tesoros, en lugar de transportarlos al Africa (porque has de saber que soy moro), me condenó a permanecer envuelto entre mis riquezas, y en la forma que estás viendo, hasta que encontrase una doncella que me amase y me fuese fiel tres meses. Yo tengo para ti cuanto de más rico y bello puede concebir tu imaginación; tengo placeres sin cuento que ofrecerte; ricas galas y perfumes, y esclavas para que te sirvan; tengo un palacio con baños y jardines deliciosos, y en ellos risueñas fuentes que brotan entre rubíes. Todo es para ti, si consientes en vivir a mi lado y en amarme con fina constancia.

Contentisíma quedó Solita de oír este razonamiento, y aunque hubiese querido rehusar los dones que se le ofrecían, no hubiera podido hacerlo porque su corazón palpitaba ya de amor, y sus ojos húmedos habrían hecho traición a sus palabras.

—Tuya soy; dispón de mí—fueron los únicos acentos que osaron pronunciar sus labios. Y en el mismo instante se sintió llevar por los aires a una mansión desconocida, en cuyo embellecimiento habían trabajado la maravilla y el encanto.

3. Bay.

Erase un palacio sin límites aparentes, pues los muros, de cristal de roca, no cerraban el espacio a la vista, la cual se perdía en una inmensidad sin término; la techumbre era infinita y profunda como un cielo de verano. Basábase el edificio en un zócalo de rosas, y las delgadas columnas de diamante parecían ondular al soplo del aura, como los juncos a la orilla del río. Cantaban las aves en amenos bosquecillos de frescas flores siempre lozanas, pero sin olor, ni germen; y los mismos pájaros no se juntaban nunca en amoroso nido. En los jardines había fuentes bullidoras, pero sin murmullo, y las balsas de agua lo mismo que los baños, no reflejaban ninguna imagen, porque las lustrosas tazas y el pavimento del edificio mágico eran también diáfanos, y ningún cuerpo opaco interceptaba su transparencia. Los árboles no daban sombra. Sin haber sol, había luz, y el ambiente aromatizado por esencias artificiales era fresco y suave. Aquella era la mansión de la opulencia; todo allí estaba dispuesto para gozar sin amar.

Sobre la cúspide aguda de un centenario ciprés tenia su morada un cuco, el cual, cantando una vez cada veinte y cuatro horas, anunciaba los días; y un negro sentado al pie del tronco los apuntaba haciendo rayas en un libro de anchas hojas. Sin esto era imposible conocer el transcurso del tiempo, pues allí nunca anochecía.

Embelesada estaba Solita en contemplar aquel encantado palacio, que no lo hubiera soñado jamás tan hermoso su fantasía, y al contento que experimentaba de hallarse tan bien aposentada, vino a unirse el de verse vestida de riquísimo brocado, llevando en su cuello sartas de blancas perlas, y en sus cabellos flores de oro montadas de piedras preciosas. ¿Qué invisibles hadas habían tan de improviso atendido a su tocado? ¿Quién había cambiado sus pobres harapos en elegantes y opulentas ropas? Esto no se sabe; pero ello es que Solita no necesitaba molestarse ni aún para desear, pues todo se le proveía antes que lo apeteciese, y ella misma ignoraba los medios desconocidos que se empleaban en su servicio.

El Niño de Oro, si bien era galante y previsor, no por eso molestaba jamás con sus atenciones a su amada. Una hora antes de cantar el cuco venía siempre a visitarla, y en el momento de oírse el agorero canto de aquel ave fatídica, que siempre era a las doce de la noche, abandonaba el dorado amante a su amada, para no volver hasta otro día a la misma hora.

El infeliz encantado tenia en aquel momento que obedecer a la dura ley de su destino. Apenas se apartaba de Solita, oía ésta el cacareo de la llueca y el piar de los polluelos, y en medio de su diabólica algazara tristísimos y profundos ayes, lúgubres quejidos y rechinar de dientes.

—Está visto—dijo para si la jorobada—, que no es todo oro lo que reluce.

Pero como esto se repitiese varias veces, la joven comenzó a tener miedo, y participó su sobresalto a su Niño en la primera ocasión.

—Cuando me cante el cuco—le dijo él—, sígueme con precaución, y no pases de aquella puerta que conduce a la Galería de los Arcanos. Desde allí podrás presenciar mi triste suerte.

Pasado un rato cantó el cuco. El Niño de Oro echó a correr, y Solita le siguió por muchos pasadizos, siempre corriendo, hasta que ambos llegaron a la puerta de la Galería de los Arcanos. El Niño pasó adelante; Solita se quedó en la puerta, desde donde presenció el espectáculo mas extraño que imaginarse puede. Una inmensa mano de hierro cogió por mitad del cuerpo al Niño de Oro, y le tendió sobre un montón de joyas y pedrería. Dos enormes serpientes de plata ondeaban por la galería, produciendo con el choque de sus escamas un sonido metálico estridente, las cuales, enlazándose luego, una a los pies y otra a los brazos del paciente, lo encadenaron al montón de riquezas, mientras la llueca y los pollos de oro le taladraban el corazón con sus picos de diamante. Daba el Niño tristísimos gemidos, pero la llueca cloqueaba y los pollos piaban, ensañándose con mas furor, a medida que eran mayores los ayes del encantado. Este castigo terrible duró hasta el tercer canto del gallo; entonces desapareció de repente todo el cruel aparato, y la galería quedó oscura como bolsa de usurero.

Solita pasó llorando todo el tiempo que tardó en ver a su dorado amante.

—¡Desdichado!—decía ella—, ¿de qué le sirve tanta opulencia, si todo se le convierte en acervo tormento?

Cuando el Niño volvió la encontró llorosa y la consoló diciendo:

—No te aflijas, vida mía, por mis pesares, pues no son tan grandes que no tengan alivio. Si tu amor de doncella me es fiel hasta que se cumplan tres meses, todos mis tormentos cesarán, y tú serás muy dichosa.

—Toda mi dicha consistirá en verte libre de tu odiosa esclavitud—contestó la doncella. Y olvidando por una hora la pena que le causaban los dolores de su amante, Solita se entregó toda entera a esos deliquios puros que solo siente quien adora una quimera; porque el Niño era solamente un espíritu palpable.

Pero este espíritu era egoísta. Solita amaba sin ser correspondida, y su amor era un sacrificio, un tesoro que debía servir para el rescate del encantado. Sin embargo, ella se creía amada, y esta ilusión la hacia dichosa, de modo que su sacrificio no era costoso, y el triunfo de su pretendiente parecía seguro.

No obstante, el Niño de Oro tenia contra él dos enemigos poderosos, capaces de robarle el amor de la doncella, tales eran la ociosidad de ésta —pues mujer desoficiada no piensa en nada bueno—, y el negro contador de los días. Era éste un espíritu envidioso de la dicha ajena e incapaz de disfrutar goce alguno. Desde que Solita puso los pies en el palacio encantado, el negro concibió el proyecto de arrebatar al Niño de Oro su esperanza. Llamabas este negro Bay, es decir, Serpiente, nombre que le cuadraba muy bien por su astucia y sus negras intenciones.

En una ocasión en que Solita estaba pensativa y algo hastiada de su soledad acercósele el negro, se arrodilló, tocó tres veces el suelo con la frente. y dijo:

—Perdóname, sultana, mi atrevimiento; pero si te ofende tu esclavo, poder tienes para hollarlo con tus plantas, en lo que le harás merced.

—¿Qué es lo que quieres, Bay?—dijo Solita.

—Todos los espíritus te obedecen, y las huríes te proclaman sultana de este paraíso. ¿Por qué te ven mis ojos pensativa? Mi sumisión te ofrece recreo y esparcimiento. Dígnate aceptar el homenaje de tu mas ínfimo siervo.

—¿De qué modo, Bay?

—En este edén hay fuentes que tienen suspensas sus aguas; flores que lloran tu ausencia cubiertas de eterno rocío y aves que ensayan sus cantos y no aciertan a formularlos, porque no han oído tu voz. ¿Serán dignas de que las visites una vez sola?

—Si, llévame, Bay; comienzo a sentir necesidad de recreo.

La doncella y el negro pasearon largo rato por mágicos jardines colgados en el aire: donde quiera que la joven ponía un pie brotaba una azucena; las flores, a su paso, sacudían coquetamente sus cálices llenos de aroma; el agua congelada de las fuentes se derretía a su vista, como el hielo a los rayos del sol de abril, y las aves silenciosas prorrumpían en armoniosos gorjeos.

Solita sintió por primera vez germinar en su cabeza el espíritu de vanidad.

—¡Mucho valgo!—dijo para sí—, cuando la naturaleza me rinde culto.

El negro penetró este pensamiento de la doncella, y asomó a sus labios una horrible sonrisa. Con efecto, su obra de destrucción estaba comenzada.

—Sígueme ¡oh reina de las flores y de las aves!—dijo el maldito— descansaremos al pie de aquel antiguo roble.

Sentáronse ambos al pie del árbol, sobre cuyas ramas había una urraca y una golondrina entretenidas en sabrosa plática.

Decía la golondrina: *¡Chirrichi, chirrichi, chirrichi!¡Vaayá!... ¡No es mala moza la novia! ¡Chirrichi! ¡Vaayá!*

Decía la urraca: *¡Si no fuera jorobada!*

La golondrina: *¡Chirrichi, vaayá, que no es tan maaalá!*

La urraca: *¡Si no fuera negra y flaaaca!*

La golondrina: *¡Calla, calla, compañera, que hay moros en la frontera, y la novia es pasadera... ¡chirrich!, chirrichi, vaayá!*

La urraca: *¿Y una joroba no es falla?. ¡Giba! ¡giba!.. ¡Jah! ¡jah! ¡jah!*

Los dos pájaros echaron a volar, mientras Solita ofendida en su amor propio, permanecía muda de cólera y de vergüenza. ¿Era posible que dos pájaros negros se atreviesen a echarle en cara sus faltas, cuando las mas hermosas aves, las fuentes y las flores le rendían homenaje? Pero bien mirado, no era culpa de aquellos pájaros si ella tenia defectos visibles. Bay acudió a consolarla diciendo:

—No te aflijas, sultana de las flores, por tan leve causa. Esas aves son parlanchinas de suyo y mal criadas. Si a costa de mi salud me fuera dado remediar esos males y hacer que la urraca se desdijese...

—¡No prosigas!—exclamó despechada la doncella—. ¿De qué puede servirme una retractación lisonjera, si llevo encima mis faltas?

—Confúndame tu grandeza señora mía: esas faltas pudieran desaparecer—dijo Bay.

—¿Cómo?—exclamó Solita respirando júbilo y esperanza.

—Sólo tu amante tiene poder para ello, pero no lo hará por temor de que le abandones al verle hermosa.

—¡Oh! ¿yo abandonarle? ¡Nunca! Pero dices que puede...

—Ruégaselo.

—Si haré—dijo la joven con resolución, y se marchó impaciente a esperar que viniese su amante.

El negro, sentado al pie del ciprés, se reía entretanto a carcajadas, sin producir ruido.

A la hora de costumbre vino el Niño de Oro, y encontró a Solita enojada, por lo cual la dijo:

—¿Qué tienes, amada mía? ¿Seré tan desdichado que haya perdido tu gracia?

—¡Ingrato!—dijo la picarilla casi llorando—, bien lo merecías.

A lo que contestó él:

—¿Pues en que te he faltado amor de mis amores? ¿No tienes cuanto apeteces?

Entonces ella sonriéndose y tomándole la barba, le dijo:

—Tengo más de lo que apetecer quisiera. Esta giba.

—¡Tontuela!—exclamó el Niño afectando tranquilidad—. ¿Y eso te entristece? ¿Acaso no te quiero yo así?

—Eso no me basta—repuso la joven poniéndose seria—. Si tienes poder para todo, ¿por qué no satisfaces mi deseo?

Echó a temblar el Niño de Oro, y con voz insegura preguntó:

—¿Con quien has hablado, Solita? Tú has oído los consejos de Bay.

—Es verdad. Pero, ¿qué mal hay en eso?

—No te fíes de ese negro, lucero mío; es un infame que nos perderá a los dos.

Solita insistió sin embargo, lloró, suplicó, rabió; y tal poder tuvieron sus ruegos, y sobre todo sus amenazas, que el Niño no pudo resistir por más tiempo al temor de perder la fortuna que entre las manos tenia y dijo:

—Si yo supiese que no me habrías de abandonar al verte hermosa, te haría la mas perfecta de las mujeres.

—¡Niño!—contestó ella—. Pues si me haces hermosa, ¿no tendré eso más que agradecerte?

—Eres mujer—contestó el niño.

El cual, sin embargo extendió su brazo derecho, primero hacia el norte y luego hacia el mediodía, después hacia el oriente, y en fin hacia el occidente. Poblase el aire de espíritus invisibles, que aleteaban como mariposas alrededor de Solita, quien, cediendo al prestigio de ciertas armonías sordas, y de los soporíficos aromas que la envolvían como entre una nube, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó la joven era mas hermosa que un serafin.

4. Vires acquirit cundo.

«No te fíes de ese negro»

Estas palabras murmuraba Solita entre sueños en el momento de despertar. En seguida se miró las manos y las vio blancas, torneadas y regordetas, tocóse la espalda, y la encontró derecha como una vela de cera, contemplóse toda, y se sonrió diciendo:

—¿Por qué no me habré de fiar de él, cuando debo a sus consejos mi hermosura?

Esto decía Solita, sin saber todo lo hermosa que se había vuelto de la noche a la mañana; porque ella no podía verse el rostro blanco y suave como una azucena, sonrosado y gracioso como una rosa de mayo, ni sus labios encendidos y tersos como dos cerezas, ni el hechizo de sus miradas penetrantes y halagüeñas, ni el alabastro de su frente pura, ni otros mil atractivos que solo el espejo podía reproducir de una manera imperfecta. Y ya se sabe que, a no mediar un prodigio, los espejos eran imposibles en aquel palacio encantado.

Mientras la joven se recreaba en la contemplación de sí misma, un deseo vago de ajenos elogios cruzaba su entendimiento. «Debo de ser muy hermosa, pero nadie me lo dice», pensó en su vanidad; y al mismo tiempo oyó repetidas voces que de todos los ángulos de la estancia salían diciendo: «Es hermosa. Es hermosa sobre todo lo creado»

Además, un coro invisible, que acaso era una alucinación de la doncella, cantaba muy quedo estas palabras:

Para alumbrar la hermosura
de tan celestial doncella
no es la luz bastante pura.
Porque es ella
mucho mas bella

que el matutino arrebol,
primer hálito del sol.
¡Viva, viva la hermosa!
¡Viva, viva su amor!
¡Vergüenza tiene la rosa,
pues no hay flor como esta flor!

Saltó Solita del blando lecho y eligió sus mejores vestidos; después de lo cual salió a pasear por los jardines, ganosa de oir los elogios de las aves, las cuales a su paso enmudecían de admiración, y replegaban sus alas. Pero estas demostraciones no satisfacían al amor propio de Solita. Necesitaba ver todo el esplendor de su belleza, y con este pensamiento se acercó a una fuente; mas aunque las aguas se quedaron paradas, aquel cristal no reprodujo su imagen.

La urraca comenzó a cantar en tono burlón desde el roble donde estaba encaramada:

¿Quién es esa que viene,
fresca y lozana,
mas bella que el lucero
de la mañana?

Solita se paró a escuchar, saltándole el corazón de contento. La urraca continuó:

¡Vaya una perla!
Quiero cerrar los ojos
para no verla.

—¿Se estará burlando?—exclamó Solita. Pero recobrándose luego, añadió—: ¡Eso es envidia!

La urraca, que sin duda era inspirada por el maligno espíritu de Bay, entonó esta otra seguidilla:

Los bultos dela espalda,
sol sin segundo,
no son los mas rebeldes
que hay en el mundo.
Pero es simpleza
querer sanar las gibas
de la cabeza.

Trémula de terror y de impotente ira, en presencia de aquel terrible enemigo, que con tanta desfachatez le echaba en cara sus defectos, púsose la joven a llorar, y se volvió de repente como si buscara un sitio que la amparase. Clavado detrás de ella encontró al cauteloso negro, y no pudiendo mantenerse en pie, se dejó caer entre sus brazos acongojada.

La hermosa Solita tenia un corazón bueno y sencillo, un corazón de ángel inocente y confiado; cual pedazo de cera flexible dispuesto a recibir todas las impresiones; tan fácil de seducir por los atractivos del orgullo como blando para las aspiraciones generosas, tan dispuesto a empedernirse bajo la exclusiva armadura del amor propio, como a franquearse sin reserva con toda la candidez de un alma virgen: tenía en fin un. corazón de mujer, término medio entre el cielo y el infierno; materia dispuesta para labrar un ángel

o un demonio. Como todas, Solita era capaz de ser buena, si por buen camino la guiaban. Hubiera sido mala sin sospecharlo siquiera, y como si el serlo fuese la cosa mas natural. Su imaginación no comprendía que hubiese ningún mal en recrearse en la propia hermosura, y así dijo a su consejero sollozando.

—¿Qué daño he hecho a ese animal para que me persiga con sus graznidos? ¿Por qué me ofenden tanto sus burlas insolentes? Yo he sufrido siempre con resignación la risa y aun el desprecio ajenos, cuando era jorobada y fea; pero ahora que soy perfecta, ¿ qué mal hay en que me glorie de serio? ¿Acaso, tengo defectos que no veo?

A lo cual contestó el negro con voz melosa:

—¿Defectos puede tener la señora de la hermosura? Siempre fue achaque de maldecidores ensañarse en deprimir el mérito, cuya posesión envidian. Gózate, reina y señora, que bien puedes gozarte en tu perfección sin tacha, y si a tu felicidad estorba esa negra bruja que se complace en murmurar de tus hechizos, habla y a tu voz la verás convertida en cenizas.

—No, eso no—repuso la doncella—, no quiero causar la muerte de ese pobre animal.

La urraca dio una carcajada, diciendo:

—¡Jah! ¡Jah! ¡Jah! Piquito de verdades, nunca muere.

—¿Ves?—dijo entonces el negro—, desafía tu poder, y se burla de tu compasión. Permíteme castigarla.

Solita se encogió de hombros. Bay tomó un pedreñal, y apuntando con él a la urraca, disparó el tiro, antes que la joven hubiese podido impedirlo: verdad es que ésta sintió, al ver el ademán del negro, una vaga satisfacción.

El tiro retumbó en los bosques acompañado de centellares de carcajadas huecas, que hicieron estremecerse a Solita, El cuerpo de la urraca descendió pelado del árbol, cayendo sobre una mata de claveles blancos que tiñó con su sangre. Las negras plumas revolotearon por el aire, y antes de llegar al suelo se convirtieron en otras tantas urracas habladoras, que entonaron en coro esta copla:

Cuando la verdad te ofenda
súfrela y no te impacientes:
haz propósito de enmienda,
y así no hablarán las gentes.

En seguida toda la negra banda batió las alas a compás, y se alejó de aquel sitio.

Solita se quedó pensativa. La lección que acababan de darle aquellos pájaros hizo penetrar en su alma un rayo de luz, pues comenzó a comprender que la vanidad en la mujer es una mancha que cubre sus mayores perfecciones. Pero este feliz pensamiento duró poco, pues el negro Bay acudió presuroso a desvanecerlo con sus palabras lisonjeras:

—¡Malditas brujas!—dijo—, no sirven sino para turbar la alegría. ¿En qué puede emplear mejor sus días la mas bella hurí del paraíso, sino en admirarse y procurar que la admiren? No dirán mal de ti las hermosas aves que reciben sus galas de tus miradas.

Pasando días y viniendo días Solita contrajo un indefinible fastidio. Estaba siempre sola, sin que la distrajese nada nuevo. No tenía más rato bueno que mientras su dorado amante la visitaba, y esto no duraba sino una hora. El negro, después de haber sembrado la semilla de la vanidad en el corazón de la doncella, no se dejaba ver; de modo

que aislada entre riquezas de incomparable magnificencia, no se consideraba Solita más feliz que en sus antiguos tiempos de pobreza y desamparo. Poco tiempo después de su regeneración física, obtuvo de su amante, a fuerza de ruegos y mediando un prodigio, un hermoso espejo de acero, ante cuya tersa luna pasaba la joven horas enteras contemplando sus graciosas formas, y sonriéndose de mil modos, ya poniéndose flores artificiales de preciosas materias construidas, ya tirando éstas y sustituyéndolas por otras naturales; unas veces brincando y saltando con loco regocijo, y otras reclinando en la mano la mejilla y quedándose lánguidamente absorta y concentrada en sí misma. Pero estos pasatiempos llegaron a cansarla, y ¡cosa extraña! cuando tan inconstante se mostraba su fantasía, su corazón permanecía fiel al amante que por tan extraordinario camino la habla deparado la suerte.

La soledad en que el negro Bay dejaba a su protegida, como se deja conocer, era calculada, y debía producir naturalmente sus efectos. Como queda dicho, el primero fue el fastidio, después vino un vago deseo de objeto indeterminado; esa inquietud, ese afán de algo desconocido, que se ignora lo que es, pero que desazona y molesta: mas tarde vinieron los recuerdos de tiempos pasados, y aunque estos no tenían para la joven ningún atractivo, pues eran recuerdos de dolor, sin embargo formulaban en su alma una aureola de orgullo, basado en su ventajosa posición presente. Este sentimiento podía resumirse en estas palabras:

—¡Cuánto se admirarían, si ahora me viesen, los que antes me conocieron raquítica, enfermiza y pobre!

Al concebir este pensamiento, Solita dio un suspiro; y al suspirar, apareció Bay en el umbral del aposento.

—Dichosos los ojos que te ven, mi buen amigo—dijo la joven, pudiendo apenas echar el habla del cuerpo, y sin moverse de la pila de almohadones donde estaba recostada.

El negro se arrodilló y tocó el pavimento con la frente, diciendo:

—Caigan sobre mí tus iras, reina y señora: reconozco mi grave culpa, y me rindo a tu voluntad.

—¡Qué tétrico!—exclamó Solita con acento burlón—. Si al cabo de tanto tiempo—añadió—, me vienes con zalamerías y lamentaciones, puedes volverte. No es eso lo que quiero. Estoy fastidiada.

—Bien lo sé, generosa princesa—contestó Bay—. La vida que llevas no es la que conviene a una hermosa de tus años; y a decir verdad, otra que tú, maldeciría esa fortuna que te hace prisionera y esclava del capricho de un amante exigente.

—Si supieras cuánto me ofenden esas palabras—repuso la doncella incorporándose, no tendrías la avilantez de pronunciarlas—. La voluntad de mi amante y tu señor es la mía; y lo que él dispone está bien dispuesto.

El negro se encogió de hombros e inclinó la cabeza. Después dijo:

—Soy desgraciado, puesto que mi señora no comprende el generoso móvil de mis palabras. Guárdeme el grande Alá de concebir un pensamiento ofensivo a mi señor y dueño. Solo he querido decir que para conservar el amor de una doncella no es necesario aprisionarla.

Solita abrió desmesuradamente sus hermosos ojos, púsose el dedo índice sobre la barba y dijo:

—Explícate, Bay, te lo permito.

Bay se sonrió, tomó cautelosamente asiento a los pies de la doncella, y alzando hacia ella los ojos con bien fingida timidez continuó diciendo:

—Lucero de la mañana: las flores que bordan el aire necesitan esponjar sus frescas hojas; el ruiseñor enamorado no vive entre dorados hierros; el sol que asoma por el Oriente arrolla las sombras, que son cadenas de la luz, y dispersa las estrellas para que nada estorbe su carrera; el amor entre prisiones es el sol ofuscado por negras nubes: la luz allí está, pero alumbra macilenta; el fuego allí se supone, pero no da calor. ¿Por qué ha de vivir aislado y solo el modelo de la hermosura? ¿Por qué no habrá de llenar el mundo de sus encantos y de su fama?. Escucha un romance que me contó mi padre, que lo oyó de su abuelo:

Alhamar, rey de Granada
una paloma tenia,
de ojos tiernos y albas plumas,
su consejera y su amiga.
Guardábala cauteloso,
que por demas la quería,
y si algun hombre la viera
costárale a éste la vida.
Marchó Alhamar a la guerra
contra gentes de Castilla,
y la paloma en su jaula
de pena se consumía;
confiada la ha dejado
el rey a la hermosa Alija,
que cuidadosa la guarda,
y la regala y la mima.
Mas la paloma encontróse
abierta la jaula un día,
y al campo salió afanosa
de libertad y de brisas.
Cuando Alhamar de la guerra
para Granada volvía,
la paloma fue a su encuentro,
y así le dijo sumisa;
—En prisiones me dejaste,
que en prisiones me tenias;
la libertad he cobrado,
pero vuelvo a tus caricias.
El rey le tendió la mano,
que ella besó enternecida,
y él sin contestar palabra

la pasó con su gumía.

—Tales son los hombres—prosiguió diciendo el negro—. Exigen injustos deberes, y si una vez son quebrantados, sacrifican lo que más aman a su capricho o a su cólera. Si la paloma de Alhamar hubiera permanecido encerrada, se habría muerto de tristeza; cobró su libertad y buscó a su dueño, y éste le dio la muerte. Tal es el porvenir que te aguarda, señora mía, si no logras hacer a tu amante esclavo de tus antojos.

—Me asustas Bay—dijo Solita consternada—; pues entre tus razones y tus ejemplos hallo cierta oscuridad misteriosa que me espanta. ¿Qué debo hacer? .

—¡Te espanta—repuso Bay—, morir de tristeza o morir a mano airada! Para evitar lo uno y lo otro, no hay mas que un medio. Pídele a tu amante la libertad; ruégale, estréchale, amenaza si es preciso, y cuando te falte otro recurso, llora. Serás libre por su voluntad y entonces no podrá quejarse de ti.

—Mi buen Bay, ¡cuánto te debo!—exclamó la joven, y luego se preparó para recibir a su amante. El cual vino a la hora de costumbre y ella le hizo muchas zalamerías y luego le dijo:

—Estoy muy triste.

—¿Por qué, vida mía?—contestó el Niño.

—Porque todos mis días son iguales y el horizonte que veo es siempre el mismo.

—¡Ay, qué no está en mi mano transformar ese horizonte!

—No lo dudo; pero al menos, puedes trasladarme a otro lugar.

—Te comprendo: ¡deseas abandonarme!—dijo el Niño con suma tristeza.

—Eso nunca—contestó Solita—; pero bien conoces que no hay triunfo donde no hay combate; y mal se concibe la fidelidad sin el libre albedrío.

—¡Solita! ¡Solita!—exclamó el encantado—; mucho arguyes para lo poco que sabes. ¿Qué maligno espíritu te inspira esas razones?

—Te engañas, querido mío—repuso ella—. Solamente me inspira el temor de fastidiarme en mi soledad, y perder el cariño que te tengo.

—Si no es mas que eso, te daré otras compañeras; no quisiera que salieses de aquí.

Solita se levantó orgullosa y dijo resueltamente:

—O la libertad, o nada; tal es mi determinación.

El Niño bajó la cabeza y suspiró:

—Si ha de sufrir violencia tu fidelidad—dijo—, prefiero antes perderte. ¿A dónde quieres ir?.

—A la aldea.

—¿Y volverás?

—Cuando quieras,

—Pues bien—repuso el Niño sollozando—; al tercer canto del gallo quedarás hoy libre. Si te acuerdas de mí, vuelve a buscarme cuando suena la queda.

Solita hizo dobles caricias a su amante, y luego que éste se despidió, entretúvose en arreglar su tocado.

El negro acudió a darla la enhorabuena por su triunfo, trayéndola para adornar su cabeza un clavel disciplinado. Este clavel era de la mata que había manchado la sangre de la urraca.

La doncella esperaba impaciente los cantos del gallo. Ya se habla oído el primero, y el segundo no podía tardar. El horizonte se comenzó a teñir de color de rosa: cantó el gallo otra vez, y todo el cielo se cubrió de color encarnado. Al tercer canto del gallo, Solita se encontró en otro mundo, rodeada de los ramos de una adelfa.

5. El clavel de la Virgen.

Era la hora del amanecer de un hermoso día de septiembre, y las campanas del lugar vecino tocaban a fiesta. Solita oyó con júbilo aquellos sonidos que la recordaban pasadas aflicciones, porque el corazón ama sus penas como sus alegrías, que son su propiedad, y se complace en la memoria de unas y otras.

Salió la joven de entre las ramas, como Venus de las aguas, hermosa y sencillamente vestida de blanco. En su cabeza no llevaba más adorno que el clavel disciplinado; el cual, por una misteriosa influencia, enloquecía de orgullo su cerebro, haciéndola concebir los proyectos mas descabellados. «Voy a transformar las cabezas de todos los mozos del lugar, y a burlarme de ellos», pensaba en su interior: «me llamarán hermosa, y yo me haré la gazmoña, para que más se enamoren de mis hechizos. Las mozas me tendrán envidia, y cuando sepan quien soy, me halagarán con falsas caricias, para que les comunique el secreto de mi hermosura; pero me reiré también de ellas, y patearán de coraje».

Con estas malignas intenciones entró Solita en el lugar, cuando le gente se encaminaba a la iglesia para oír la misa mayor, que se debía cantar solemnemente, por ser el día de la Natividad de la Virgen. Pasó la joven por delante de la iglesia, y le dio deseo de entrar en ella ; pero un mal pensamiento la detuvo, y pasó de largo. «Está eso muy oscuro», dijo, «y no repararían en mi.» En seguida se fue a una de las casas donde solía parar en otro tiempo.

Desde que Solita faltaba del lugar, las gentes se habían hecho lenguas con motivo de su desaparición repentina: unos decían que se había marchado de cantinera con unos soldados que pasaron por el pueblo, otros aseguraban que se la habían comido los lobos; no faltaba quien dijese haberla visto volar montada en una escoba tocando un pandero; y algunos, mas cuerdos, opinaban que se había caído en un pozo. Pero una vieja que andaba buscando yerbas en la montaña, la tarde de San Juan, dijo que la había visto cuando se la llevaban los duendes. Prevaleció esta opinión, y todavía, cuando los muchachos eran traviesos o llorones, sus madres les decían para intimidarles :—« ¡que viene la jorobada!»

Sin embargo, en los últimos días, grandes novedades habían ocurrido en el pueblo, lo bastante para que se diese al olvido la misteriosa suerte de Solita. El señor del lugar había muerto, y su hijo y sucesor, joven de veinte años, arrogante mozo y muy galán, quiso visitar sus dominios, y a la sazón se hallaba en el pueblo. Con motivo de su venida hubo danzas públicas para festejarle, repiques de campanas, salvas de trabucos y escopetas, y por dos o tres noches consecutivas iluminación de candiles y cohetes. El ayuntamiento dio un banquete al señor y otro a los pobres del lugar, y un baile de máscaras en las casas consistoriales. Con estas cosas, nada tiene de extraño que las gentes se olvidasen de la jorobada.

Pero, cuál no seria el asombro de aquellos sencillos habitantes, cuando la hermosa joven se presentó en las casas que mas había frecuentado en otro tiempo, y dijo a sus conocidos su nombre, llamándolos a todos por el suyo, y dándoles tales señas, que no había medio de dudar de la identidad de su persona. Inútil es decir que nadie la reconocía, y que las mujeres se hacían mil cruces al verla tan hermosa y transformada. Entonces no quedó ninguna duda de que algún espíritu del otro mundo había tenido que ver con Solita, por lo cual se la miraba con cierto respeto supersticioso, que más tenía de miedo que de admiración.

Sin embargo, los mozos comenzaron a mirarla con apetito, y las muchachas con envidia, y Solita que otra cosa no deseaba, se ponía más hueca que un pavo real, aunque, con el afán de oscurecerlas a todas, se mezclaba familiarmente con ellas, y así era mayor el realce de su belleza.

Llegó la tarde, y se dispuso, según costumbre, la rifa del mejor clavel que había nacido de planta, y que, como cosa rara en una estación tan adelantada, excitaba la codicia de todas las jóvenes. Los mayordomos de la Virgen paseaban la plaza de la iglesia, publicando en alta voz el precio en que había sido puesto el clavel de la Virgen, y convidando a los mozos a subir la puesta, para que fuese mayor el lucro que resultase para el culto de la imagen que lo había tenido en su altar. Todos los jóvenes que tenían novia decían sus pujas al oído de los mayordomos, y estos publicaban en seguida el precio del mejor postor.

En un grupo de las personas principales del lugar se paseaba el arrogante conde de la Rosa, señor de aquellos dominios, sin fijar su atención en la rifa del clavel, sino con una curiosidad indiferente, cuando apareció en la plaza Solita, acompañada de otras jóvenes. Todas las miradas se fijaban en la hermosa criatura, y moviese un murmullo general, en el que solo se distinguían estas palabras:

—¡La jorobada! ¡La jorobada!

Solita había desembocado en la plaza en el momento en que el condecito de la Rosa terminaba su paseo vuelto de frente hacia la calle por donde ella venia, Causó al joven conde tal impresión la hermosura de la prodigiosa doncella, que se quedó parado algunos momentos, sin poder apartarla vista de ella, y cuando recobró su serenidad, preguntó a uno de los que le acompañaban:

—¿Quién es esa joven? ¿De quién es hija?

Nadie pudo responder a la segunda pregunta, y en cuanto a la primera, solo se dieron contestaciones ambiguas, pues no era fácil atinar con la solución del misterio que a la hermosa niña envolvía. Ella por su parte sintió un extraordinario orgullo, al ver que había promovido la admiración de todo el gentío; pero cuando observó las miradas del condecito, sus preguntas y su arrogante apostura, subió el carmín del rubor a sus mejillas, y se turbó, sin comprender la causa de su indecisión.

A este tiempo gritó uno de los mayordomos :

—En tres ducados está el clavel de la Virgen. ¿Hay quien dé mas.?

El joven conde se acercó al mayordomo y le habló al nido. El mayordomo gritó :

—El clavel de la Virgen está en treinta ducados. ¿Quién da mas.?

Los mozos del lugar comenzaron unos a remolinear y otros a dispersarse, confesándose derrotados. Nadie creía posible que hubiera quien pujase mas; pero fue general el asombro, cuando se oyó la voz del mayordomo, que gritaba:

—Hay quien da cien ducados por el clavel. ¡Que se remata!

Fijáronse entonces las miradas en un joven desconocido, de vulgar apariencia, pero de interesante fisonomía, que miraba el clavel con ojos codiciosos y a la joven Solita con tristeza. ¿Quién podía ser aquel forastero que a competir se atrevía con el señor del lugar? Este hizo una seña al mayordomo, el cual proclamó en seguida que el clavel de la Vírgen había sido puesto en mil ducados, pero inmediatamente se le acercó el forastero, y a la proposición que le hizo no pudo menos el mayordomo de contestar que necesitaba una garantía.

Sacó el joven de su bolsillo un riquísimo medallón de oro guarnecido de innumerables diamantes, y lo puso en las manos del mayordomo, quien lleno de asombro, exclamó:

—¡Dan cien mil ducados por el clavel!.

La gente del pueblo presenciaba con pasmo esta competencia nunca visita. No extrañaban que el conde, por un capricho, arriesgase cuantiosas sumas ; pero no podían comprender que hubiese un hombre capaz de pujar mas que él. Preguntábanse unos a otros si alguien conocía al forastero, de dónde había venido; pero nadie acertaba a dar respuesta.

El conde, irritado de la oposición que se le hacia, se acercó lleno de cólera al mayordomo, y le habló en voz baja:

—¡El clavel es mío!—le dijo—. Te va la cabeza si lo das a otro. ¡Pónlo en quinientos mil ducados!

El pobre mayordomo no pudo resistir a los argumentos concluyentes del conde, y declaró que el clavel de la Virgen quedaba adjudicado al mejor postor, en quinientos mil ducados.

—¡Hay quien da mas!—gritó una voz en medio del gentío.

Pero el mayordomo sostuvo que era ya tarde, y que estaba cerrada la rifa. Levantáronse rumores contra la parcialidad del mayordomo; pero al ver que éste se acercaba al conde para entregarle el disputado clavel, nadie se atrevió a rebelarse contra su señor.

Casi a un mismo tiempo se dirigieron el conde y el forastero hacia el grupo donde estaba Solita: el primero, con el clavel en la mano, se acercó a ella y le hizo presente de él con suma galantería; el segundo pasó rozando los vestidos de la joven, y la dijo al oído:

—¡Hasta la queda!

Solita se turbó al oír estas palabras, y el clavel que acababa de recibir, se le cayó de la mano. El forastero continuó rápidamente su marcha, y el conde gritó a sus servidores:

—¡Seguid a ese hombre!

Pero esta prevención fue inútil, pues a los pocos pasos el forastero había desaparecido, sin que bastasen para dar con él las mas minuciosas indagaciones.

Creció con esto el pasmo de las gentes, y no faltaba ya quien se atreviese a murmurar, diciendo que aquel forastero era el demonio en figura de lugareño; y esta suposición adquirió crédito cuando, acordándose el mayordomo del riquísimo medallón que aquél habla dejado en su poder, llevó la mano a su bolsillo y solo sacó de él un puñado de carbones y ceniza, que arrojó lleno de terror. Cundió en seguida la voz de que la hermosa Solita tenia inteligencias misteriosas con el diablo, y aquella misma noche partieron emisa-

rios secretos a Granada con el objeto de denunciar los hechos referidos al Santo Tribunal de la Inquisición.

6. La enferma imaginaria.

Favorecida Solita con el clavel de la Virgen, a ella le correspondía, según costumbre, el honor de llevar la banderola de la Virgen en la procesión del Rosario, que debía efectuarse en seguida, y presidir el baile que aquella noche daba la cofradía en la plaza, bajo un entoldado de ramas verdes. Lo primero tuvo sus inconvenientes, pues las personas mas timoratas del lugar reputaban sacrilegio depositar en manos de una joven bruja las insignias de la Madre de Dios. Nadie, sin embargo, se atrevió a formular la negativa, por temor de atraerse la cólera del señor conde; pero algunos se acercaron al cura, manifestándole el escrúpulo de sus conciencias; y el venerable pastor reunió en junta al teniente de la parroquia, a otro clérigo de misa y olla, al sacristán y al alcalde, para consultar lo que convenía hacer en tan apurado trance. Todos opinaran que no se debía conceder a Solita el favor que le correspondía de derecho; pero ninguno se creyó con valor suficiente para arrostrar las iras del señor del lugar, y como el tiempo no daba treguas, resolvieron contemporizar con las circunstancias, sin perjuicio de hacer después rogativas públicas en descargo del pecado que cometían. Para no incurrir en las penas del Santo Oficio, se acordó que el señor cura oficiase aquella misma noche al inquisidor provincial refiriéndole el caso y lo que había sido preciso hacer para evitar mayor escándalo.

No fueron las mozas del lugar tan condescendientes como la sabia junta, pues ninguna quiso encargarse de llevar las borlas del estandarte, y fue menester comisionar al efecto a dos monacillos.

Después de terminada la fiesta religiosa, comenzó el baile, que presidió Solita en compañía del conde, el cual no se apartaba de su lado. Llevaba la joven el clavel disciplinado en la cabeza, y el de la rifa en el pecho; y, no se sabe si a causa de la influencia misteriosa de aquellas flores, o como resultado de las nuevas emociones, la hermosa huérfana sufría una lucha extraña que la tenia en continua distracción. Asaltábanla pensamientos livianos; ideas de vanidad la enloquecían, y al mismo tiempo la modestia la obligaba a bajar los ojos cuando alguien la miraba, y una graciosa timidez la embellecía si el joven conde la dirigía la palabra. Bullían en su cabeza proyectos ambiciosos, y temblaba al considerar su pequeñez comparada con la grandeza del señor que la honraba con sus distinciones. En medio de esta lucha, nueva para ella, y que confundía su razón, pasaba por su memoria de cuando en cuando, y como la luz de un relámpago, el recuerdo del Niño de Oro, y entonces se entristecía; pero el ruido de la fiesta, una palabra del conde, un murmullo de admiración o de envidia producido por su hermosura, devolvían a sus labios la sonrisa, que, ora aparecía cándida y placentera, ora contraía sus mejillas con cierto desdén malicioso.

—Distraída os encuentro, hermosa joven—le dijo el conde en una ocasión—: ¿acaso no estáis contenta de vuestra suerte, o vuestro pensamiento divaga lejos de aquí?

—No es nada de eso—contestó Solita—; mí suerte no puede mejorarse, pues alcanzo favores que no merezco y en este instante nada me falta para ser dichosa.

Esto dijo la joven, y sin embargo se puso triste al decirlo. Reparolo el conde y repuso :

—Quiero creerlo; y si no sospechase que dais mucho valor a ese clavel disciplinado..

—Este clavel—dijo Solita interrumpiéndole, no vale nada.

—De otro modo lo apreciaría yo si fuese mío—contestó el conde.

La joven se ruborizó, y quitándose el clavel de la cabeza, lo presentó al conde diciendo:

—Clavel por clavel, tomad este, si os agrada; pero no vale tanto como el vuestro.

Tomó el joven conde la flor, y la colocó sobre su corazón.

—No hay duda, me ama—pensó con alegría Solita. Y no bien hubo formulado este pensamiento, cuando se oyó el canto de un cuco sobre la enramada que adornaba la plaza. La joven sintió un dolor agudo, y se desmayó.

La turbación del conde no se puede explicar. La fiesta se descompuso; los criados del joven señor corrían en todas direcciones, buscando auxilios que prodigará la hermosa Solita, y no siendo posible restituirla el sentido con los remedios que inmediatamente se la administraron, el conde, informado de que la joven no tenia casa conocida, dispuso que la condujesen con mucho miramiento a la suya. El médico y el boticario del lugar se colocaron a la cabecera de la hermosa enferma: cuatro mujeres fueron destinadas a su cuidado: se envió a buscar los médicos de los pueblos vecinos; hízose cuanto en lo humano cabe para destruir aquel terrible parasismo, pero todo fue inútil, y la joven no volvió en sí, hasta que comenzó a rayar el alba. Entonces abrió los ojos y miró con extrañeza la barahúnda de gente que la rodeaba, los innumerables potingues que había sobre una mesa, y el aspecto consternado de los servidores del conde.

—¿Qué significa todo esto?—dijo. ¿Hay aquí algún enfermo? Que me dejen sola.

Los médicos mandaron despejar, y ellos mismos se retiraron, para consultarse, a una estancia inmediata, satisfechos de su ciencia. No dudaban que la joven sufriría un ataque de fiebre, y dieron las órdenes convenientes para este caso previsto.

Entre tanto, Solita se vistió apresuradamente, abrió una ventana, y al ver la luz del día, se retiró abatida, cayendo consternada en una silla.

—¡Es ya tarde!—exclamó—. ¿Cómo es que he podido dormirme? ¡Pobre Niño! !Qué será de él!

Los médicos, desasosegados, volvieron a entrar en la habitación de Solita, la cual con sus razones y más aún con su normal y tranquilo continente, les probó que estaba buena y sana; y hasta pretendió probarles que nunca había estado enferma, pero ellos no lo creyeron, aunque esto dió pábulo a nuevas conjeturas, y a mayor convencimiento entre el vulgo de que Solita era bruja.

Dispuso el conde nuevas fiestas para las noches siguientes, a fin de obsequiar a su amada, pues era mucho el cariño que la había cobrado, y proyectaba hacerla su esposa; si bien su mayordomo, como hombre de experiencia y riguroso partidario, que era, de las distinciones sociales, trabajaba para impedir esta grave determinación, y pretendía trocar el amor de su amo en liviano apetito. La segunda noche aconteció lo mismo que la primera, con lo cual creció al día siguiente el desconsuelo de la joven, que tomó la firme resolución de no faltar a su palabra dada.

7. Quien echa pan a perro ajeno

Llegó la tercera noche y con ella nuevos bailes y diversiones; pero no tardó el regocijo en convertirle en alarma, cuando al entrar el conde en el aposento de Solita para ofrecerla su brazo, encontró desierta la habitación. Llamó a sus criadas, y éstas le informaron de que la joven se había hecho ataviar con sus mejores galas, y adornado con el clavel de la Virgen que conservaba en agua, después de lo cual había mandado que la dejasen sola. Inmediatamente se hicieron diligencias para buscarla por toda la casa, donde no fue encontrada. El conde comenzó a tener celos y estaba inconsolable, motivos ambos por los cuales resolvió perseguirá todo trance a la fugitiva hasta encontrarla, aunque fuese menester remover las entrañas de la tierra. Salieron exploradores por todo el pueblo, con encargo de averiguar con maña el paradero de Solita, a quien seguiremos nosotros, mejor enterados del camino que había tomado; pero no sin decir antes que al poco rato de andar preguntando, volvieron dos de los servidores del conde y le dijeron:

—Señor, varias personas han visto a la hermosa Solita encaminarse hacia el torrente del Diablo, acompañada del joven que compitió con Vuecelencia en la rifa del clavel, y han observado que ambos iban entretenidos en sabrosa conversación.

El conde, que tal oyó, dispuso en el acto una batida, para perseguir a su hermosa ingrata, muy resuelto a matarla con su cómplice, si lograba alcanzarlos; al mismo tiempo que otra comparsa de cuadrilleros del Santo Oficio, le seguía la pista a Solita por diferente camino.

La ex-jorobada, entre tanto, pesarosa de haber engañado involuntariamente al dispensador de su hermosura, habia salido con cautela de la casa de su nuevo amante, para estar, a la hora convenida con el Niño de Oro, al pie de la cascada prodigiosa, y poder corresponder a los favores de que era deudora. Sola, absolutamente sola se abra internado en la cuenca del torrente, sin encontrar a nadie en su camino, y sin embargo, era evidente que la habían visto acompañada del joven desconocido. El pícaro encantado se había valido seguramente de este ardid, que le permitían sus malignas artes, para conservar la presa que veía próxima a serle arrebatada por el amor del conde.

Cuando llegó la joven al pie de la cascada, se sentó y aguardó, y al cabo de una hora, vio aparecer un resplandor siniestro y oscilante que a intervalos iluminaba los dobleces de las rocas, por entre cuyo seno corría espumoso el riachuelo.

Este resplandor intermitente llenó de pavor a Solita, pues le veía irse acercando de la parte del lugar, y no comprendía la causa. Pasado un rato, oyó pisadas de caballos en la arena, cuyo estridente chasquido se reproducía pavoroso en los ecos de la montaña, y percibió rumor como de gente que hablaba quedo, por lo cual comenzó a sospechar que la andaban buscando, y se ocultó como mejor pudo entre los arbustos de la ribera.

Con efecto, el conde y su gente llegaron en breve, exploraron todo el terreno con bastante miedo, y ya fuese por esto, ya por una casualidad providencial, a poco volvieron las espaldas convencidos de que no había nadie en aquel sitio, y de que no era posible pasar adelante. Cambiaron de dirección, y minutos después viérose ondear sobre la montaña las cabelleras de fuego de las antorchas que llevaban en la mano peones y caballeros, destacándose sobre el fondo negro del cielo, y ofreciendo a la vista perfiles rojizos

de hombres y caballos. Este espectáculo fantasmagórico parecía el de una cabalgata de diablos, en medio de la oscuridad de la noche.

Solita temblaba de miedo, mucho más que cuando se encontró en aquel sitio por la vez primera. El ruido de los caballos retumbaba al pie de las rocas, semejante al rumor de una fragua subterránea. Mezclábanse a este sordo estruendo los agudos silbidos con que se citaban los exploradores distantes entre sí; y para hacer mas pavorosa y al mismo tiempo más extraña esta escena, comenzó a resonar en los peñascos el eco de las campanadas de la queda, cual si fuesen los lamentos de un enfermo de bronce, al paso que suaves armonías brotaban entre los cristalinos pliegues de la cascada.

Solita sintió a la vez alegría y tristeza, pues por una parte gozaba con la idea de cumplir como agradecida, y por otra deplorada la pérdida de su libertad, y la afligía el recuerdo del conde. Después de un arrobador preludio, lleno de dulce melancolía, se oyó una voz que cantaba:

¡Ay de mí, que confiado,
y esperando galardón,
en tierra ingrata he sembrado
la flor de mi corazón!
¡Fecunda era la semilla,
mas da por flores abrojos!
Por eso no es maravilla
que viertan llanto mis ojos,
¡Pobre corazón mio
llagado sin piedad!
tu antiguo poderío,
¿adonde, adonde está?

Solita reconoció la voz de su antiguo amante, y una lágrima de compasión humedeció sus pestañas. Comenzó a temer que no fuese ya reparable su involuntaria infidelidad. La voz entonó otra estrofa:

Esperanzas lisonjeras
humo desprendido son
del fuego que abrasa enteras
las alas del corazón,
y la mujer es el viento
que activa la roja llama,
sirve al humo de alimento
y luego lo desparrama,
¡Dulce esperanza mía,
llevóte el viento ya!
Virgen de mi alegría,
¿en dónde, en dónde estás?

—¡Aquí, fiel como siempre!—exclamó Solita sollozando.

Al decir esto, sintió la joven un frío de hielo sobre su cabeza, llevóse la mano a ella y solo encontró el clavel de la Virgen como causa de aquella sensación, que fue momentánea. El clavel estaba mojado de rocío. Hubiera querido la cándida niña reflexionar

sobre tan extraño accidente, pero le faltó tiempo; pues levantada en alto por una fuerza invisible, pronto vio como las negras rocas se tornaban trasparentes, cual si de purísimo aire fuesen hechas y como su cuerpo ligero las penetraba. A lo lejos descubría la cabalgata del conde, y andando sobre su cabeza unas figuras de hombres vestidos de negro, con espada en el cinto y largas varillas de autoridad en las manos.

Así entró Solita en el vasto recinto del palacio encantado, en donde fue breve su permanencia, pues sin sospecharlo ella, llevaba consigo un talismán poderoso, que debía deshacer aquel hechizo. Y, con efecto, apenas se esparció por el palacio el aroma del clavel de la Virgen, comenzaron a temblar las diamantinas columnas, deshaciéndose como la sal en el agua, y el terso pavimento a levantarse, como la niebla que de una laguna se alza a los primeros rayos del sol. Mil espíritus invisibles cruzaban el espacio, produciendo con sus alas agudísimos silbidos.

La deliciosa mansión convirtióse pronto en negro y espeso humo, y únicamente alrededor de Solita lucia una brillante aureola, pareciendo la joven un astro en medio del caos. De entre las densas y vertiginosas tinieblas, en cuyo profundo seno se oían rumores de terremotos y estallidos como de leña verde que tuesta el fuego, brotó una nubecilla blanca, semejante a una columnita de incienso, la cual se transformó poco a poco en un arrogante mancebo vestido a usanza morisca. Siete lucecillas revoloteaban como fuegos fatuos alrededor del hermoso joven, y se convirtieron luego en otras tantas doncellas de voluptuosas formas, de las cuales doncellas unas sostenían un azafate de flotes sobre el que quedó recostada Solita, otras tañían instrumentos armoniosos, otras con alas de mariposa revelaban sobre la joven, arrojándola frescas rosas y jazmines y alguna de ellas, envidiosa de su triunfo, se apoyaba de codo sobre un antepecho de nubes. El hermoso mancebo dobló una rodilla delante de Solita, y la dijo :

—Sin terminar tu sacrificio, reina de la hermosura, has puesto fin a mi cautiverio, por la sola virtud de ese clavel que ostentas con gallardía. Para ti quise conquistarlo, y me lo arrebató la injusticia; pero no le guardo rencor al que, más afortunado, lo ganó para ti, pues por él reconquisto la libertad que anhelaba. Dóite millones de gracias por este señalado favor, ángel querido, y por la bienaventuranza que me espera te juro que no seré ingrato a tamaño beneficio.

—¡Infeliz!—exclamó Solita con acento inspirado—; ¡aguardas la bienaventuranza de tu falso Profeta, mientras crees en la virtud de este clavel, que sólo por haber tocado el altar de María, tiene fuerza bastante para deshacer tu encanto! ¡Abre los ojos a la luz y sé cristiano!

—Sultana, tus labios derraman la verdad, como los panales la miel—, respondió el mozo—. Pero dime, te ruego, ¿quién. me hará cristiano?

—¡La gracia de Dios!—contestó Solita, e incorporándose en el lecho de flores, se quitó el místico clavel que estaba todo él empapado en rocío, hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del mancebo, y vertiendo sobre ella las celestiales perlas, bautizó al moro en nombre de la Virgen.

Desaparecieron en el momento aquel todas las visiones fantásticas y Solita se quedó profundamente dormida. Del encantado hecho cristiano con las gotas de rocío de un clavel y por la mano pura de una doncella, solo se percibió en los aires un suspiro de alegría.

En vista de tan inesperados prodigios, el negro Bay diz que se comió a sí mismo de coraje, lo cual es muy posible, siendo como era tan envidioso, y de la ventura del Niño echó la culpa al cuco que, en su sentir, no había contado bien los días.

Entre tanto, la cascada y el torrente del Diablo habían cesado de existir. Al penetrar Solita en la montaña, un espantoso terremoto había sacado de sus cimientos los montes y las rocas de la comarca; las aguas del torrente habían subido por los aires, resueltas en una densa cortina de nubes, de cuyo seno entreabierto y resquebrajado brotaron llamas opacas y angulosos relámpagos: esta nube se deshizo en un destructor pedrisco que arrasó las campiñas, y al amanecer solo quedó en el lugar del torrente una turbia laguna, cuyas bituminosas y amargas aguas no alimentan a ningún ser viviente. De los cuadrilleros que andaban en busca de Solita nada se supo, y se presume que están sepultados, para escarmiento de pícaros, en el fondo de la laguna.

El furioso vendaval y el gran terremoto que precedieron a la tempestad hicieron que la cabalgata del conde se dispersase, sin que fuera posible que se reuniesen más los exploradores en toda la noche. Los caballos espantados huyeron en direcciones diferentes; cual arrojando al jinete se precipitó en los abismos formados por enormes tajos; cual, guiado por su fiel instinto, trepó ligero por las breñas y empinadas rocas, sacando milagrosamente a su dueño a punto de salvación; cual encabritándose y relinchando de terror fue a estrellarse juntamente con su caballero en el fondo de crecidos barrancos, cuyas aguas arrastraron sus mutilados cuerpos hasta el mar.

El joven conde permaneció algún tiempo acompañado de dos de sus más fieles servidores, pero en breve se quedó solo y a la ventura de su fogoso potro; el cual, bufando y con las crines erizadas, más que pies parecía tener alas. El huracán encubría el ruido de sus pisadas, de las cuales brotaban sin embargo cuádruples manojos de chispas. Sólo de cuando en cuando aparecían caballo y caballero sobre los picachos de las altas rocas, destacando su perfil negro, como el de la salamandra en medio del fuego, en el ancho cráter de las nubes incendiadas por los rayos. Luchó cuanto pudo el joven contra la fatiga, pero rindióse al fin, y casi asfixiado por la velocidad del aire que cortaba, perdió el conocimiento y se echó de bruces sobre la silla. Su muerte era segura, pero el generoso bruto, como si conociese el peligro de su dueño, se contuvo en su carrera, procurando conservar la carga hasta que, reventado, fue a caer a la puerta de una cabaña, en la cual dio dos golpes con las manos, cual pidiendo socorro, y expiró en el momento.

Salió de la cabaña un anciano pastor, que al ver al caballo muerto y al jinete desmayado, acudió al socorro de éste, por si podía tornarle a la vida; y quiso la buena estrella del conde que aquel pastor fuera hombre experto en el conocimiento de yerbas medicinales, con cuyo auxilio y el del agua fresca con que le roció el rostro y le mojó los pulsos, reanimose aquél, y pudo comprender lo que le pasaba.

8. Entre paréntesis.

(No sé lo que te irá pareciendo este cuento, lector crédulo; pero cualquiera que sea tu opinión me satisface. Sin embargo, estoy por que pienses bien de él, y para ello quisiera que no echaras nada de menos. Esta consideración me ha detenido, pues ahora recuerdo que le faltan a mi obra dos cosas esenciales: el Prólogo y la Dedicatoria. Pero nun-

ca es tarde, si la dicha es buena. El primero puedes hacerlo tú a tu gusto, y es el modo de que seas bien servido, porque yo no sirvo para el caso. La segunda si la haré con mil amores...

¿Y a quién dedicaré este clavel?.. ¡A quién!
A la hermana de la deliciosa Jarilla,

A LA INSPIRADA POETISA DOÑA CAROLINA CORONADO;

pues aunque no tengo la dicha de conocerla personalmente, confío en que lo aceptará, porque las hermosas nunca desdeñan las flores.)

9. La herencia del moro.

La del alba sería cuando se oyó fuera de la cabaña el relincho de un caballo. El condesito que, abrigado en la humilde cama del pastor recobraba sus alientos, al oír aquel relincho no pudo resistir a su impaciencia, y se levantó presuroso, anhelante de saber noticias de sus pobres gentes y de abrazar a alguno de sus compañeros de infortunio. Efectivamente, allí había un caballo, pero sin jinete, y receloso, barruntaba desde lejos al overo muerto del conde.

Acercósele éste y lo montó, resuelto a recorrer las montañas siguiendo a la ventura el instinto del animal, para ver si lograba encontrar a alguno de los suyos, y aunque con lágrimas en los ojos le rogó el pastor que se quedase hasta restablecerse completamente, no cedió de su intento y emprendió su camino antes que la luz de la aurora alumbrase lo bastante para distinguir los objetos.

Transparente y puro estaba el cielo, como suele estarlo después de una tempestad de verano. La luz del alba bordaba las montañas del Oriente con su blanca y risueña claridad, y un vientecillo fresco y apacible parecía regenerar a la tierra maltratada.

El joven conde caminaba con rumbo incierto, pero con el corazón, aunque triste, lleno de inexplicables esperanzas. Parecíale, sin saber por qué, tener próxima la realización de su felicidad, y la memoria de sus penas presentábasele confusa, y como el recuerdo de fútiles y quiméricos disgustos.

Al doblar la vertiente de una loma, detúvose el caballo y aguzó las oreja. Metiole espuelas el conde, pero el bruto, aunque dio algunos pasos, volvió a pararse respirando fuerte, y se apartó hacia un lado de la vereda. Tendió la vista el joven señor y solo vio delante de sí y a su izquierda un ameno sitio, poblado de arbustos aromáticos, de gayombas y zarza-rosas: pero imaginando que entre aquellos arbustos podía estar el objeto que barruntaba su caballo, echó pie a tierra y penetró en los matorrales.

En medio de ellos le aguarda una sorpresa. Tendida sobre el musgo encontró a su adorada Solita, y creyéndola muerta, dio un grito de dolor y se lanzó hacia ella. Ninguna idea de resentimiento ni de celos atormentó en aquel instante a su corazón generoso. Tocar a su amada, cerciorarse de su existencia, socorrerla si aun era tiempo, fue lo único en que pensó. Arrodillado junto a ella, puso temblando la mano sobre el pecho virginal, y acercó sus labios a los de ella, para percibir los latidos y aspirar el aliento que para él eran

la vida ó la muerte. Pronto se incorporó con el semblante risueño, y dando un dilatado suspiro, exclamó:

—¡Vive!

El joven reparó entonces en un objeto que antes no había visto. Era una caja de madera primorosamente labrada, y embutida de oro, concha y nácar, sobre cuya tapa se leían, en letras formadas de mosaico bellísimo, estas palabras:

«DOTE DE SOLITA.»

Esta caja estaba junto a la joven dormida, la cual tenia pendiente del cuello una cinta con una llave; y presumiendo el conde que sería la de la caja, quiso tomarla sin ser sentido, para enterarse de lo que aquella contenía.

No fue tanta su destreza que, al intentarlo, no despertase la joven sobresaltada, y fue grande el asombro de ésta, cuando se vio abandonada en el campo y sola con su noble amante. Pasóse Solita la mano por los ojos, como para cerciorarse de que estaba despierta, mientras que el conde la miraba turbado, vacilando entre opuestos sentimientos. Por una parte se abrasaba de amor, pues nunca le había parecido la joven tan hermosa; por otra renacían en su alma los amortiguados celos, y esta pasión cruel predominó en su razón, pues reconviniendo a su amada la dijo:

—!Por fin os encuentro! ¿Qué habéis hecho de vuestro amante?

—¡Ah! ¿sois vos realmente?—dijo Solita incorporándose con alegría, como quien sale de una pesadilla—. ¿Es cierto que estoy en el mundo? Hablad, amigo mio, hablad.

—¡Vuestro amigo!—exclamó el conde con amargura—. ¿Qué significa esto? ¿Dónde se oculta el infame que os acompañaba anoche?

Solita se quedó estupefacta; púsose el dedo índice sobre el labio inferior, y alzando los ojos al cielo se quedó pensativa, y luego dijo:

—¿Anoche? ¡Ah! Ya recuerdo. Anoche vine sola, hasta la cascada que está allá abajo...Después... No recuerdo nada mas.

—¿Y vinisteis cargada con este cofre?—preguntó el conde, señalando a la caja misteriosa.

—No conozco ese cofre.

—¿Ni tampoco esa llave?

—¿Esta llave! Verdad es que tengo aquí una llave. ¿Será la suya?

El Conde no sabia qué pensar de la ignorancia que Solita demostraba de todo cuanto veía. Ella, entre tanto, probó la llavecita en la cerradura de la caja, e inmediatamente saltó la tapa, dejando a la vista multitud de joyas de inestimable valor. Grande fue la sorpresa del conde al ver aquellas riquezas; pero Solita, por el contrario, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ya lo comprendo todo!

En seguida contó al Conde sus aventuras subterráneas, sus extraños amores con el Niño de Oro, el desencanto de éste por la virtud del clavel de la Virgen, y todo lo demás que ya sabemos. Inútil es decir que el conde puso en duda tan extraña historia y quiso pruebas que le convenciesen de su veracidad. Pero no era fácil encontrar estas pruebas.

Examinando las ricas joyas que la caja contenía, vio Solita un pliego cerrado y sellado en medio de ellas. Tomólo con curiosidad, y abriéndolo, se lo entregó al Conde, el cual halló en él escritas estas palabras:

«Herencia de Aben-Mequenun-ben-Chalid-el-Tuzaní.»

«Lo que a los muertos molesta es alegría y bienandanza de los vivos. Goce con salud, paz y amor estas riquezas Solita, mi salvadora, hija natural de Luisa, marquesa de Flores-Altas, y de..»

Lo restante estaba escrito en caracteres arábigos, de modo que el condecito no pudo entenderlo y era bastante lo que quedaba por descifrar. Otro portento hirió la vista del joven amante: el clavel de la Virgen se había transformado en otro en la cabeza de Solita: sus hojas eran de topacio rojo, y los nombres de María y Solita resaltaban en ellas, formados de pequeños diamantes imitando a gotas de rocío. Con tales pruebas quedó el amante tan satisfecho, que ambos entraron en el lugar aquella misma mañana, montados él en la silla y ella a las ancas del caballo. (Empero la mejor prueba de fidelidad diz que se la dio Solita al conde la noche de novios, aunque no dice la crónica cuál fue esta prueba; pero ello es que vivieron después muchos años en amor y concordia.)

El tesoro, que había quedado oculto en el monte, fue recogido llegada la noche; y al día siguiente el conde y los que habían quedado vivos de sus servidores tomaron el camino de la corte, llevando en su compaña a la hermosa Solita, y un mes después se celebró el matrimonio de los dos amantes, asistiendo a la boda 1a marquesa de Flores-Altas, que con sumo regocijo había reconocido a su hija. Hubo muchos bailes, muchos dulces, mucho jolgorio, y yo fui y vine y no probé nada, por culpa de la suegra.

Pero logré robar el pliego misterioso que se encontró en la caja y en la parte escrita en caracteres arábigos leí que la marquesa había tenido, cuando soltera, una hija; que la dió a criar a una aldeana del campo de Guadix, pero la abandonó después completamente, habiendo contraído un enlace ventajoso; que la niña, siéndole gravosa a la aldeana y además inútil por su complexión enfermiza, había sido dejada en aquel lugar a la ventura del cielo, y que habiendo enviudado sin hijos la marquesa, lloraba la pérdida de su Solita.

De modo, que el pícaro del moro encantado lo sabía todo, y si hubiera muchos moros encantados y escribieran de cuando en cuando algunas cartas a los vivientes, no habría por esos mundos de Dios tantos niños sin padres conocidos ni tantas madres desconsoladas. Pero, como esto no es muy común, la bondadosa Solita, viéndose rica, noble y considerada, empleó parte de sus riquezas en la fundación de un hospital de expositos, con destino especial a los niños jorobados. Y colorín colorado, cata aquí el cuento acabado.

Los dichos

Manuel Bretón de los Herreros

Obras de Don Manuel Bretón de los Herreros. Poesías. 1851. 633-637.

Extraña usted, amigo don Luciano, que yo me mantenga todavía soltero, y porque no crea usted que soy hombre de malas costumbres, y como tal aborrezco el yugo del matrimonio, voy a hacerle ver que, al contrario, nada he omitido para ver de pagar a la patria este honesto tributo que ningún buen ciudadano le rehusa.

Habrá cuatro meses que hice elección de esposa en una mujer que ni es alta ni baja, gorda ni flaca, rubia ni morena, plebeya ni de la sangre azul, vieja ni jóven, tonta ni discreta, pobre ni rica. En una palabra, la elegí con tales circunstancias que en ningún concepto se desviase de una modesta y agradable medianía; porque yo también soy medianillo, valga la verdad, y porque si en materias políticas se considera ya como una especie de herejía el justo medio, yo creo que este emblema de paz y de mansedumbre cuadra muy bien al santo matrimonio. Parecióme que no era ninguna temeridad el exigir que mi novia contase con un dote decentito, siquiera por no tener que empeñarme para comprarla medias y camisas; pero me guardé muy bien de pedirla ni aun desearla rica, tanto porque no soy amigo de gollerías, cuanto porque quería reservarme toda la parte que las leyes civiles y eclesiásticas destinan al hombre en la autoridad conyugal. La apetecía de buen rostro y agradables formas, y nada más justo si con ella había de hacer vida de buen casado, y consecuente en mis principios de moderacion no la codiciaba notablemente hermosa porque no me la codiciasen luego los amigos. Por iguales miras y motivos me parecieron de muy buen presagio las demás cualidades de mi futura, tan lejanas de una parvedad repugnante como de una perfección peligrosa. Persuadido de que nada tenía de temeraria mi pretensión, y sabedor de que el corazón de aquella señorita no reconocía dueño por entonces, creí que podría pedir su mano sin aventurarme mucho a que sus padres me desairasen. Mas para proceder en todo con metódica parsimonia, y siempre interesado en las buenas costumbres, me pareció lo más justo el sondear primero las inclinaciones de mi pretendida, y tuve la buena suerte de que oyese mi casta declaración con bastante benevolencia. Dado este primer paso que me quitó todo recelo de que un día se uniese a mí la moza con menos beneplácito del que a su reposo y al mío conviniera, y habiendo buscado un pretexto plausible para introducirme en su casa, no fui parco en darle pruebas de afecto y de galantería, prodigándolas todavía mas finas y frecuentes a su señora mamá, y sin olvidarme de hacer al papá la partida de mediator, y de darle en todo la razón, aunque casi nunca la tenía.

Para que se vea hasta qué punto llegó mi sensatez, y cuán decidido estaba a entrar en el gremio, ha de saber usted que hice todo lo posible por no enamorarme de mi novia, porque he visto muchos matrimonios infelices entre consortes que lo fueron por efecto de una vehemente pasión, y porque para el día de mañana quería quitarme a mí mismo el pretexto de decir si me iba mal: «*no supe lo que me hice: me cegó el amor*». No sé si por mi carácter demasiado flemático y reflexivo para inspirar afectos a la Victor Hugo, o

porque la candidata debe de tener un temperamento poco más o menos tan glacial como el mío, ello es que no acerté a merecer de ella otra cosa que una tranquila amistad y una muy sistemática y sedentaria estimación.

Bajo auspicios tan venturosos, ya no vacilé en pedirla solemnemente a sus padres, que de muy buena gracia me la otorgaron; y como no dudaba del grato porvenir cuya perspectiva me halagaba, apresuré cuanto pude los preparativos de boda.

Hechas por un amigo mío, práctico en la materia, las primeras diligencias esponsalicias con uno de los notarios eclesiásticos, hubo de fijarse el día para tomarnos los dichos, como vulgarmente se dice; y he de confesarle a usted que aun el tomar esa friolera antes de recibir las bendiciones me parecía a mí una insigne calaverada; tan timorato me había vuelto yo, y tanto era el respeto con que miraba a la consabida.

Varios amigos, no tan morigerados, empezaron a mortificarme con las pullitas y los epigramas que en tales casos se acostumbran; mas yo los oí con la mas estoica impasibilidad. Tampoco faltó quien tuviese la caridad de pintarme con los mas negros y espantosos colores los peligros del matrimonio; pero nada podía ya retraerme de mi propósito, hijo de los cálculos mas prudentes y concebido con toda la sangre fría del mas apelmazado holandés. ¡Ah! ¡Nadie me habló de la Vicaría!

Por la idea que he dado de mi novia, y por lo que he dejado barruntar acerca de mis circunstancias personales, fácil es inferir que yo pertenezco a la clase media. Supuesto que ya lo sabe usted, no tengo necesidad de decírselo, y conociendo usted mi carácter, excuso asegurarle que como en ella he nacido en ella moriré. Siendo, pues, individuo de la clase media y poco amigo de singularizarme, no me había yo de casar como un prócer o como una notabilidad mercantil. No había de dar la campanada de hacerme desposar en mi propia casa o en la de mi novia, aunque por mi dinero hubiera podido legítimamente hacerlo. Era preciso, justo y conveniente el otorgar los dichos en la Vicaría.

Juntámonos una mañana en el domicilio de mi presunta suegra, su merced, el marido de su merced, un primo de su merced, canónigo de oficio, la madrina, las partes contrayentes, los testigos de idem, y una hermana del susodicho canónigo, viuda dos veces reincidente, que desesperada ya de contraer las cuartas nupcias se hallaba en cuantas bodas ajenas podía, sin duda porque se hacía ella la ilusión de creerse la novia. Era una grasienta y bigotuda matrona, como de unos cincuenta y tres años, aunque ella se había plantado en los treinta; mujer de una bestialidad exagerada, de una alegría procelosa, y de una fealdad insolente. Esta especie de foca me tomó por su cuenta durante el pequeño *gaudeamus*, precursor de más solemne banquete, con que por de pronto se celebró el proyectado consorcio con el doble objeto de cobrar fuerzas para la expedición a la Vicaría. Las finezas que me hizo la buena señora, los brindis que me echó, las chanzas pesadas que me dio, y lo que ella pudo sobarme para dar más expresión a su grotesca charlatanería, no se lo puedo explicar a usted, don Luciano de mi alma. Baste decirle que con ser de índole tan pacífica, estuve mas de una vez por dar al traste con todo. Los testigos entretanto y algunos aficionados que fuéronse allegando, se complacían en hacer salir los colores a la novia, multiplicando chistes de situación que maldito si a mí me divertían, y preparándome con este ensayo a un suplicio mucho mayor para ese día que llaman el mas feliz de la vida, sin considerar que ningún recién casado logra serlo de veras hasta pasadas las veinticuatro horas del día en que se casa. Hasta mi tío político, el canónigo, tomó parte en

la jarana, y así menudeaba los piropos como las copas de Jerez. Por cierto que le ocurrió llamar a la novia, entre otras cosas, víctima del propiciatorio.

Levantáronse por fin los manteles, los carruajes esperaban a la puerta, y llegó el momento de encaminarnos al eclesiástico tribunal. En un simón nada espacioso nos acomodamos los cónyuges, los suegros, la madrina, y la hermana del canónigo: el resto de la comitiva se empaquetó en un faetón. Colocado yo entre mi suegro, que era asaz voluminoso, y aquella urca de Lucifer, pasé mortales angustias, y para que fuesen mayores, el inmóvil simón tardó tres cuartos de hora en llevarnos a la puerta de la Vicaría. No bien me hube apeado en ella, considerando con involuntaria tristeza la soledosa lobreguéz de aquella callejuela, asió de mi brazo mi tenaz perseguidora, y con brutales risotadas me amenazó con un estrecho abrazo para en el acto de concluirse la ceremonia.

A medida que, abrumado con tan molesta carga, iba yo subiendo por aquella tétrica y hedionda escalera, se aumentaba mi melancolía, y llegó a ser profunda aflicción cuando me ví en la antesala, y sentado en un denegrido banco, que bien pudiera llamarse el de la paciencia, hube de esperar con mi numerosa comparsa a que me tocase el turno; porque es de advertir que otras dos parejas estaban dentro tomándose los dichos y otra tercera esperaba con nosotros a que aquellas despachasen. Oscura como boca de lobo estaba la antesala, y con preciarme yo, como el primero, de ser amante de las luces, holgado me hubiera de que hubiese estado más oscura todavía para no ver las telarañas de las paredes y los aciagos rostros de los curiales que entraban y salían.

En medio de mi tristura, me consolaba yo con la esperanza de ver más alegres y mejor adornadas las salas destinadas a la actuación de unos contratos cimentados por lo general en la mutua conformidad y armonía de los afectos mas tiernos y deliciosos. Muebles elegantes, caras risueñas, fragantes flores esperaba yo ver, y hasta la desnudez y la suciedad de las antesalas me hacían pensar que de intento estaban así para que fuese mayor y mas agradable la sorpresa.

¡Cuál me quedé al contemplar la infausta aridez de aquellos paredones, lo pobre y tristemente agorero de aquella mezquina sala donde apenas había cuatro perláticas sillas en que sentarse, lo luctuoso y miserable de las mesas de los notarios, y lo sepulcral y siniestro de algunas fisonomías! Mi abatimiento llegó a su colmo, y ninguna idea se presentaba a mi imaginación que no fuera lúgubre y congojosa. No un novio me figuraba yo ser, sino un reo próximo a escuchar tal vez la sentencia de muerte. La que había de ser mi conjunta persona mostrábase dominada por imágenes no más halagüeñas que las mías. Yo no acertaba a hablarla, ella no osaba mirarme, y no sé cuál habría sido el fin de aquella escena muda, pero demasiado elocuente, si más hubiera tardado en sonar una voz gangosa llamando a «*¡la señora novia!*». Acudió ésta mas muerta que viva al fatal llamamiento; concluido su interrogatorio, principió el mío, y continuaba el de los padres y testigos. Yo ya no era dueño de mí, y la novia mucho menos, pues volviendo a ella los ojos maquinalmente la vi acometida de un síncope en brazos del canónigo y de la madrina. Tan doloroso espectáculo me volvió por un momento en mi acuerdo, y a fuer de buen esposo y de galante caballero volaba yo a su socorro, cuando de improviso se me presenta por un lado la efigie de Jesucristo crucificado que parecía decirme en son tremendo: «¡Pecador! ¿Qué vas a hacer? » Y por el lado opuesto, adonde aterrado volví la cabeza, ¿á quién dirá usted que ví? ¡Gran Dios! ¡A la hermana del canónigo que ya me tendía los brazos y fruncía el

hocico para estamparme el ósculo fatal! Ya no pude contenerme. El terror puso alas en mis pies, y esta es la hora en que no he vuelto a ver a mi novia. Ella tampoco se ha vuelto a acordar de mí, loado sea Dios, y bien hayan su calma y la mía. Por fortuna ni uno ni otro llegamos a firmar las capitulaciones con tan funestos presagios principiadas. Ella volvió de su accidente no bien respiró libre bajo otra atmósfera menos fúnebre y caliginosa; yo no he tenido que dar a nadie satisfacción de mi precipitada fuga, salvo el pagar las diligencias de la curia; y héme aquí firmemente resuelto a no contraer matrimonio mientras tenga que concertarlo en la Vicaría de Madrid, o mientras no alcance tambien a este venerable tribunal el sistema de las reformas progresivas.

La toma de Ciurana. Leyenda tradicional

Manuel Milá y Fontanals.

Diario de Barcelona. 12 de octubre de 1856.

I

Antes de rayar el alba ha dejado el ermitaño Poblet su santuario de Lardeta, y ya situado en la cima de la sierra de Escarel, dirige una mirada a la Conca de Barberá y a los lejanos horizontes,

Presentansele cercanos algunos montes que precipitan hacia abajo sus laderas verticales más allá y en distintos términos, desatan extensas cordilleras aseguradas en su pesadumbre, y a lo lejos, como sostenidos en el aire y convertidos en ligera nieve blanquean los más elevados picos.

Todo se halla revestido de tintas indecisas y uniformes, y como ni la mano del hombre, ni los accidentes de la naturaleza han turbado aquellas líneas grandiosas, diríase que desde allí se distinguen algunos rasgos del diseño de la creación.

¿Quién adivinaría los altos pensamientos que semejarate espectáculo promovía en el alma pura el anacoreta? Contemplala un breve espacio con apacible sonrisa y despídese luego de su tierra con una mirada

Sigue la penosa vereda que conduce a Prades, y donde la roca resbaladiza o los móviles guijarros niegan frecuentemente el apoyo a sus pies ancianos, recorre las solitarias sendas donde poco avezadas las aves a oír los pasos humanos alzan espantadas el vuelo, ladea hileras de pinos carcomidos o adornados de verdes festones, y atraviesa una colina en cuya cima descuella una blanca roca sostenida por débil base.

En reducida y desigual llanura rodeada de extraños picos se levanta la rojiza Prades, y en su extremo superior la rústica mezquita sobre la cual ondea el pendón ornado con las barras catalanas.

Bajo un erizado castaño y envuelto en pardo albornoz descansa un pastor árabe que lanza al viajero miradas siniestras, acompañadas al parecer del brillo de un arma oculta; mas sea temor o respeto dirige en breve a otro punto sus torvos ojos y se mantiene impasible.

Deja el anciano la villa a su derecha y sigue una senda encumbrada a cuyo pie se suceden cañadas selváticas donde acá y allá brotan frescos manantiales.

No ondulan allí los suaves contornos de verdes colinas ni se espacian majestuosas moles; sino que asoman montañas quebradas como si la naturaleza hubiese destruido su propia obra o si como arrepentida de su propósito hubiese dejado tan sólo grandiosos cimientos.

Mas luego el hondo llano de las Garrigas inundado de luz y limitado por el azulado Montsant y la prolongada sierra de la Llena, halagan los ojos del anciano que bendice a los cultivadores del pacífico valle.

Al dominar por fin la cuenca de Ciurana, ve alzarse a la izquierda la punta de Arboli, extenderse a la otra mano una nueva ladera del Montsant y cerrar el horizonte las altivas montañas de Falset y de Tivisa.

Divisanse por este lado las tiendas de las huestes acaudilladas por el Conde soberano, atentas a cortar el paso a los moros del Ebro; mientras el mayor número de sitiadores se guarecen debajo de Arbolí en un cerro semejante a torreada fortaleza donde entre variados gallardetes descuellan en ancho pendón los muros y las almenas de los Castellets.

En medio del valle la desolada Ciurana, colgada en un enorme peñón, ostenta sus murallas coronadas de defensores, y al ver su elevación y aislamiento diríase que se halla al amparo contra toda fuerza humana. Dirígese Poblet a la única senda. que da subida al monte, y abájase a su nombre el puente sobre la zanja tajada en la roca,

Los ojos acongojados y siniestros de los árabes cobran respetuosa expresión el conducirle a la sala del castillo, donde rodeada de sus jeques y sosteniendo lánguidamente el cetro, descansa Zara, reina de Ciurana.

El surtidor no emana agua, los pebetes no despiden perfumes y hasta las paredes recamadas parecen cubiertas de tristeza. Le reina interrumpió el silencio:

—Ermitaño, buen ermitaño, pienso que te acuerdas de que debiste a los míos cl reposo y la tierra de Lardeta.

—Mucho me acuerdo, señora, y en gran manera me apresuré a obedecerte Un siervo moro de Milmanda que acompañó a su señor, Arnaldo de Monfao a una cacería a Castellofit, se abocó con un pobre morador de Castelsarrahí. A éste había hablado un moro de Prades, a quien antes enviasteis una paloma mensajera. De esta suerte llegaron hasta mí vuestros mandatos: ¿Qué es lo que queréis?

—Ermitaño, buen ermitaño; se ha debilitado el brazo de los fuertes. Habló el destino y quedaron abolladas las corazas y quebrados los alfanjes. Trocanse en iglesias nuestras mezquitas, y lloran nuestros púlpitos y minaretes. Llena de aflicción pregunta Almería: ¿Qué es de la festiva Tortosa? Y Tortosa pregunta: ¿Qué es de la fuerte Lérida? Y Lérida pregunta: ¿Qué será en breve de Miravet y de Ciurana?

Ermitaño, buen ermitaño; han llegado para los míos días aciagos; se ha encapotado el cielo, y un solo rayo de luz que ilumine lo futuro tiene gran precio para el desventurado.

Suenan por ahí extraños rumores; dícese que hablas de un príncipe sarraceno que ha de habitar cerca de tu morada, y que una cercana alameda se ha de convenir en palacio de poderosos monarcas. ¿Acaso serán estos presagios de tiempos más venturosos para mi familia?

—Señora, es verdad que me han alumbrado escasos rayos de lo venidero, escasos pero de mucho precio a mis ojos; mas como para los vuestros se convertirían acaso en amenazadoras centellas, permitidme que calle, señora.

—Cristiano—repuso con altivez la reina—, sabe que mis ojos son capaces de resistir no menos que a los apacibles rayos a los siniestros fulgores; y además no pienses que vaya a darte entero crédito, pues sólo una vana curiosidad y el deseo de distraer sinsabores me han decidido a llamarte.

Empuña briosamente el cetro y dirige una mirada inmóvil al ermitaño, mientras éste con voz solemne entona su vaticinio[61].

—Allá en la alameda en la falda del monte arbolado cuyos picos se juntan con la encumbrada llanura de fría que ha manado del más claro valle[62].

Allí se oirán los cánticos que moverán a un príncipe infiel a preferir al turbante la cogulla y a la diadema el clavo del martirio[63] .

Allí se hará famoso el nombre del humilde ermitaño, allí entre los opacos matices del olivo y el suave verdor de los almendros alzará sus pacíficas almenas la morada de cien príncipes.

Allí yacerán en labrado lecho de alabastro el primogénito del que ha unido pacíficamente la cruz con las barras, el dominador de ciudades, anciano por su prudencia en medio de su edad florida[64]

El alférez de Pedro[65] que pasará victorioso en aguas del mar, que ganará con su arco el hacecillo de flores[66] y pisará victorioso la cabeza de Agar.

El feroz e ingenioso luchador, aunque de pequeña estatura, y junto con su hermano el amador de gentileza, el que morirá, huérfano de hijos, y como árbol que se arranca dejará el tronco cortado[67].

El que será nuevo tronco y nuevo árbol, su hijo el magnánimo vencedor de las águilas, y el padre de aquel que se sujetará al yugo con la virgen del castillo en cuyo tiempo será desarraigada de la tierra toda extraña semilla[68].

—Adiós, señora—añadió el anacoreta—; mis vaticinios no alcanzan a más. Sólo me es dado rogar al Señor que os ilumine, y os guarde de temerarios propósitos y de embriagaros con los amargos frutos de la desesperación.

II

La reina ha convocado a su pueblo. Los ancianos y los niños y las mujeres cubren las azoteas o se apiñan al rededor de la mezquita, en tanto que se van formando los combatientes sobre dos lisas y blancas rocas que ocupan un grande espacio entre la mezquita y el castillo.

---

61 Tomamos algunos rasgos de unos antiguios vaticinios, a nuestro juicio apócrifos, atribuidos a uno de los primeros abades de Poblet. (Nota del autor).

62 La abadía de Poblet fue hija de la de Fuenfría, en la Narbonesa, hija a su vez de la de Clairval o Claravalle (Nota del autor).

63 San Bernardo de Aleira (Nota del autor).

64 Alfonso II, hijo de Ramón Berenguer IV de Barcelona y de Petronila de Aragón (Nota del autor).

65 Jaime el Conquistador. (Nota del autor).

66 El reino de Valencia. (Nota del autor).

67 Pedro del Punyalet, Juan I y Martín el Humano (Nota del autor).

68 Fernando de Antequera, y sus hijos, Alfonso V y Juan II, padre de Fernando, esposo de Isabel de Castilla (Nota del autor)

Al pie de la torre y detrás de las almenas asoma la reina Zara velada de un ancho y cándido izar y adornada la cabeza con un rico aimoizal. Sostiene su mano el cetro de oro; severo es su talante y marmóreas las arrugas de su frente,

—¡Hijos míos!—exclama—. Hijos de la desventurada Ciurana; denodados fugitivos que preferisteis la independencia en medio de estos riscos al yugo del infiel en más risueñas comarcas: cansados están nuestros brazos y yertos nuestros corazones mas el cielo ha depositado en su fondo una centella que se guarda para el día más señalado. ¡Hemos de levantar cl cerco!

Alzase un murmullo de asombro, pero algunos más denodados claman:

—¡Obedeceremos, señora!—y suena luego por todos los labios—: ¡Sí, obedeceremos!

—Lérida, Tortosa y Fraga tienen los ojos clavados en Ciurana. Miravet nos tiende los brazos y nos llama a la otra parte de estos montes... Este peñascoso alcázar ha de ser el baluarte del Islam o debe perecer.

Este cetro que empuño ha de dominar en dilatadas regiones. Como señal del imperio de una roca estéril me cansa ya. Recobrémoslo al menos cuando seamos dueños de ese torrente que vemos a nuestros pies y que no podemos llamar nuestro.

Arroja el cetro, y la sorpresa corta por algunos momentos el aliento de todos, de tal suerte que se oyó el sordo y lejano choque de la vara de oro en las piedras del torrente,

Despójase Zara del izar y cubre de hierro su pecho y sus rodillas, sus cabellos y su rostro. Tiende a una esclava el almoizal, pero de súbito lo retira y lo prende de una cresta de su almete.

Montada en un alazán no menos ganoso de lucha que su señora, manda abrir las puertas y abajar el puente, y seguida de sus fieras mesnadas, salta en un momento al pie de la roca, inmola las avanzadas aragonesas y corre hacia la colina torreada

En ella se repliegan sorprendidos los cristianos, y desde allí, lanzando flechas y azagayas, sostienen flojamente la lucha. Mas en breve como río que rompe las vallas que lo comprimen, descienden por ambos costados del cerro y rechazan victoriosamente la turba de los moros.

Los cristianos llaman a San Jorge, y a Mahoma los sarracenos. Las espadas golpean las adargas y los yelmos hienden y quiébranse las lanzas, enrojecense de sangre los pendones. Con la silla vacía corren por el campo cien caballos. Tiembla la tierra y oscurecense los aires.

Dirígese Zara a un lado y llama a gritos a Beltrán de Castellet. Acude el membrudo caudillo sonando reciamente los cascabeles de su petral, mas despreciando a un contendiente que juzga indigno de su esfuerzo y sediento de entrar en lo más recio de la pelea, hace volver al caballo la armada cabeza y disponese a partir al mismo punto.

—Castellet, he jurado combatir contigo.

—¿Tienes gana de morir, mancebo? ¡Ah! ¡Ya entiendo! Ese almoizal será premio de tu dama, y al remedo de nuestros mozalbetes habrás hecho voto de pelear por ella.

—Otro voto he hecho, caballero. Y tú no faltes al llamamiento de un leal enemigo, si deseas merecer este dictado y que no se crea que entre los Castellets hay cobardes así como hay traidores.

Abalánzase furioso Beltrán y blande ya su terrible maza sobre la cabeza de Zara cuando le suspende un repentino clamor que se alza en el campo de batalla.

Había entonces en la falda de Montsant una frondosa selva, donde perdido más tarde el primogénito de nuestro último conde debió la salvación a su buena corneta de caza, y allí agradecido levantó una ermita que recibió el nombre de Cornudella.

¿Qué es lo que agita. el bosque de la falda del Montsant? ¿Será acaso el comienzo de una tormenta? Meneanse sus ramas, mas no al impulso del viento, resuena, pero no al eco del trueno, centellean, pero no al fulgor de los relámpagos. Son los caballos y las banderas, es la resplandeciente armadura del príncipe de Barcelona

Advertido por un prudente jeque corrió Ramón Berenguer desde las gargantas que ocupaba; llega rodeado del brillante escuadrón de sus magnates, vocea repetidas veces:

—¡Catalanes, entre vosotros se halla la reina de Ciurana! ¡Sálvese a toda costa!

Cansados, mas no abatidos, seguían resistiendo los moros a las huestes de Castellet. Acosados ahora de flanco por los del Conde, empiezan a cejar, gritando:

—¡Al castillo, al castillo!

Con tanta prisa, pero con menos aliento que a la bajada, suben la senda de la villa, y así como el viento da paso a las llamas, corren con ellos revueltos los de Castellet y del Conde.

Trabase recia lucha a las puertas de la villa y cólmase de cadáveres la zanja. Zara, que entre el tropel ha llegado al portal del castillo, mantiénese inmóvil delante de su arco como una imagen de piedra y contempla desde aquel punto los inútiles esfuerzos de su pueblo.

Dan las trompas cristianas la última señal de arremetida y caen los más esforzados y los más fieles defensores de Ciurana. Al verlo la reina desprende de su almete el almoizal y con él venda los ojos de su caballo.

Esfuérzase todavía el bruto por correr a la lucha, mas Zara lo encamina vigorosamente al hueco que separa del castillo las blancas rocas. Siente el alazán tu espuela, da un nuevo paso, se hunde con su carpa y desaparece en el torrente.

El Conde llora la funesta acción de la renta que le acibaró el júbilo de la victoria. Aún repiten todos los labios el lamentable suceso, aún se muestra la huella del ferrado casco impreso en la roca. No hay niño andrajoso de los que habitan en la sombría Ciurana ni peregrino de los que visitan el santuario, que no dé razón del salto de la reina mora.

Munuza

Manuel Milá y Fontanals

Obras completas. 1895. Tomo 6. 502-507

Los árabes de Abderrámen, huérfanos de su caudillo, han dejado insepultos a millares de sus hermanos en las llanuras de Poitiers. Aplastóles el martillo de Carlos, y Eudes de Aquitania se apoderó de sus tiendas enriquecidas con los despojos de la. opulenta Burdeos y del santuario de San Martín, apóstol de las Galias.

¿Por qué, pues, el anciano señor de Aquitania se aleja de los corros de los guerreros septentrionales y se niega a oír los sonidos del heroico bardito? Como sus padres y sus abuelos, Eudes ha vestido ya la clámide del romano y aborrece los cantos de las selvas en que suenan todavía los aborrecidos nombres de Tor y de Wodan,

¿Por qué, pues, evita la presencia del hijo de Pepino que el Occidente aclama como su libertador y que bendicen los pontífices? Porque teme la pujanza de la casa de Heristal y divisa el yugo que amaga a sus tierras de Vasconia y de Aquitania,

¿Por qué, pues, aun en medio de sus turbulentos adalides, guarda por largos ratos. silencio e inclina a menudo la cabeza? Tristes nuevas le han llegado de los frescos tránsitos del Pirineo y llora desventuras privadas.

Oíd el relato de las desventuras de la casa de Eudes, señor de Aquitania.

I

En el palacio condal de Burdeos, en la cámara abovedada se halla el duque Eudes sentado con angustiado rostro en la silla incrustada de marfil, cuando se abre la ferrada puerta y la bella Lampegia se precipita en los brazos de su padre.

Tembla la voz del caudillo al preguntarla:

—Lampegia, hija mía; ¿cómo te he recobrado? ¿Acaso no es cierto que te separaste del monasterio edificado en el bosque montuoso y que caíste en manos del feroz Munuza?

—Sí, padre mío. Fui arrebatada por los soldados de Munuza y conducida a la sombría ciudad de la Cerdaña.

—¿Cómo, pues, te he recobrado? ¿Cómo te liberaste del matador del joven pontífice Anambado? ¿Cómo no expiraste de terror al verte en poder del fiero berberí, azote de los cristianos del Pirineo?

—Fiero y atezado es Munuza, padre mío; pero creedme, palabras dice poderosas a apaciguar el corazón deuna doncella.

—Fiero y atezado es Munuza—añade uno de los cinco musulmanes que se ven sentados en el suelo—, pero nunca el pecho de un soldado se halla desprovisto de generosidad. Y puesto que conoces las rudas usanzas de los combates no le acuses con demasiado rigor. Mató a Anambado, porque las palabras de este mancebo llegaban a domeñar el animo de los mismos berberíes, y acosó sin piedad a los salteadores del Pirineo por no ver medio de apoderarse de las guaridas de estos osos montaraces.

—¿Y quién eres tú para atreverte a defender en mi presencia ti nuestro mayor enemigo? ¿Al que sin duda conserva Abderrámen en nuestras fronteras con el vano empeño de que su ferocidad nos amedrente?.

—No—dijo levantándose el moro—, no es Munuza enviado de Abderrámen y no hay ni puede haber tregua entre el tigre del Atlas y el león de Arabia. Escúchame. Sé que se acerca el día en que legiones de creyentes van a pasar a la tierra grande y en que la suerte del mundo va a pesarse en la balanza de las batallas. Con una palabra que pronuncies, ahí tienes a Munuza que se pondrá a tu lado o al de Carlos, escudo de los Francos.

Miróle fijamente el Aquitano y contestóle en breve:

—Tampoco Eudes debe envanecerse en gran manera con el dictado de Franco, pues la pura sangre de Armando, señor de los Vascones, corre unida en sus venas con la del gran Clodoveo. Si los débiles sucesores de este caudillo, si mis menguados deudos los de la larga cabellera, tiemblan en presencia del mayordomo austrasio, no les imitará Eudes por cierto, y sería para él un día de crudo sacrificio aquel en que se viese obligado a implorar la alianza del odiado Carlos. Audacia, pues. Dame tus berberíes y se unirán a mis aquitanos que el inculto teutón moteja neciamente de livianos y locuaces, el neustrio y el burguiñón cobrarán aliento, y el echeco-jaona, el hombre libre de los montes cantábricos, afilará sus venablos contra el alemán y el turingio.

—Mas nuestro pacto debe ligarse con un lazo indisoluble, con el lazo que tejió la mano misma del destino, al poner en mis manos a esta bella criatura que sin mi generosidad lloraras todavía. Concédemela y cristianos y berberíes la llamarán reina de los Pirineos.

—Osadas son. tus propuestas, musulmán. Raras veces bendice el cielo semejantes enlaces, y debieras acordarte de cuán caro costó, si no miente la fama, a la viuda del godo Rodrigo, el amor del bizarro Abdelazis, Por otra parte sólo la ley de la necesidad pudiera excusarme a los ojos de los míos, de que diese entrada en mi familia a un secuaz de Mahoma.

—No creas que como el muelle Abdelazis aguarde a mis enemigos en un pabellón sombreado de naranjos, pues he de guarecerme detrás de las murallas de Livia y de Sardonia; y no te sonrojes de un vínculo de que te sobran ejemplos en las orillas del Guadalquivir, del Ebro y del Ródano. Y además, voy a abrirte por entero mi pecho. Cuando nuestros padres abrazaron la ley del profeta, brillaba con el esplendor del sol naciente la gloria de los pueblos orientales, sin que las promesas que en los astros leían nuestros adivinos consiguiesen librar del alfanje a nuestras errantes tribus. Semejante a él en el rostro, en la hospitalidad y en la pelea,. ¿qué podíamos hacer sino acoger al arabe dominador que nos tendía los brazos? Mas ya que el hijo del Yemen y de la Palestina se avergüenza de su alianza con el africano y se desdeña de obedecer a un Munuza temido en otro tiempo del mismo Pelayo, romperase la alianza. Truéquense los hados y acaso el berberí bendecirá el nombre del hijo de María.

Así platicaron los dos caudillos y no tardó en sellarse fatal pacto cimentado en el odio.

II

Sudan los abetos frescas gotas de rocío, cantan las aves con alegre estrépito y exhalan sus aromas las plantas silvestres; mas no siempre un día feliz sigue a una deleitosa alborada.

Acompañado de algunos soldados y de vuelta del castillo de Sardonia, levantado al otro extremo de los puertos, sigue Munuza el ancha calzada que dominan dos vallas de roca, esperando divisar en breve las torres de Livia y descansar en los brazos de Lampegia.

—¿Será acaso el eco de los pasos de nuestros corceles el que se percibe? No, que es muy más precipitado, ya se engruesa por momentos, Debe ser un nuevo jinete que se acerca. Helo a la vuelta del camino. ¡Cómo! ¡Es el negro Hasán!

—¡Señor!—grita ya desde lejos el leal servidor—. Dejaste a mi cuidado la hija del cristiano y la ciudad torreada. Pensé lo que tenía más precio a tus ojos y creí ser la noble cautiva. Ahí te la entrego. Los nuestros siguen defendiéndose, pero el sirio Gedhy, enviado de Abderrámen, ha sabido tu ausencia, y se afana en buscarte. ¡Huye y ampararemos tu fuga! El califa ha proclamado la guerra sagrada. Abderrámen se adelantas. Como arenas arremolinadas se han levantado innumerables creyentes al grito de la pelea: ¡El paraíso! Y se les han unido nuevos enjambres de nuestros berberíes

Recibe Munuza en sus brazos a la desvanecida Lampegia y emprenden todos la rápida fuga, pero viéndose a poco solo Hasan con ánimo para continuarla por largo tiempo, dispone que su señor se adelante mientras los demás aguarden la llegada del sirio.

Sube Munuza la pesada cuesta y gana una buena distancia, hasta que negándose a obedecer el caballo, se doblan sus rodillas. Extiéndese la calzada como dilatada cinta, a cuyo extremo se distinguen inmóviles Hasan y los suyos. No lejos de Munuza mana una fuente cuyas aguas riegan la desigual superficie del herboso valle,

Traslada el africano a su esposa a la orilla del arroyo, tiéndela sobre el césped y procura reanimarla con las frescas aguas de que llena el hueco de su propia mano.

—Lampegia, esposa mía, vuelve en tí, tu preciosa vida lo demanda. Mis enemigos me persiguen. Si logran vencer no quieras compartir mi negra e irrevocable suerte. Huye, ocúltate en los bosques y de noche las hogueras te indicaran la choza de algún carbonero cristiano con cuyo auxilio podrás pasar a las tierras de tu padre. Pero ya se agitan nuestros jinetes. Ya les envuelve una nube de polvo. Óyese el martilleteo de los alfanjes...no cesa un momento. Ahora se juega la vida de Munuza. El estrépito ha cesado. Mira, advierte si distingues la enseña blanca de los omníadas o el pendón rojo de nuestra tribu. ¿Aciertas a divisar algo?.

—Sí, veo acercarse un jinete que por su ligereza no puede ser otro que tu fiel Hasan. ¡Ah! no, no.,huye, huye... es la enseña blanca la que se acerca.

Y Gedhy precedía a los suyos gritando:

—¡Guardad para el califa la bella nazarena y la cabeza del renegado!

La espada de Vilardell

Manuel Milá y Fontanals

Obras Completas. 1895. Tomo 6. 494-501

I

Por entre los escombros de una mezquita, cubiertos acá y allá de floridos arbustos, tendidas tres bellísimas hadas a la luz azulada de la luna que confunde las contornos de sus cuerpos con los de las columnas medio caídas, ensayan dulces cantares morunos y se adormecen lánguidamente produciendo con los dedos amortiguados sonidos.

Interrumpe su reposo una seca carcajada que les mueve a agitar sus blancas gasas y a dirigir sus miradas a la cima del pintado muro en el cual asoma el rugoso aspecto de una vieja maga.

—¡Hola! ¿Con que estáis todavía ensayando los muelles sonidos con que os proponéis seducir a los adalides cristianos y hacer saltar de sus manos las espadas? Los abrasados desiertos de la Libia, fecundos en monstruos, a que me condujeron mi poder y mi experiencia, me han prestado más poderoso auxiliar. Veremos quién arrancará más lágrimas de los ojos de las matronas catalanas.

Elévase a los aires la bruja y síguela un dragón alado que extiende a lo largo su ondulante cola a cuyo alrededor flota una niebla fétida. Canta el mochuelo, agítase el lobo en su guarida y cubren la luna siniestras nubes que dan a sus rayos un tinte sanguinoso.

II

No es el alegre mercado el que llena las callejuelas y la plaza de San Celoni la tarde de la víspera de San Martín, pues van los varones silenciosos, gimiendo las mujeres y llorosos los niños.

Entran apresuradamente los pastores con sus ganados, los labradores con la hoz, el arado y la horca, y entre la confusa plebe descuella algún caballero armado de lanza.

Buscan todos un abrigo en la iglesia que abierta de par en par recibe oleadas de fieles, mientras que cuantos pierden la esperanza de entrar en ella se guarecen en las cercanías del lugar sagrado.

Viene la noche y su densa oscuridad se auna con un completo silencio: ni un rayo de luna, ni el brillo de una estrella atraviesa las negras nubes, ni un hacha arde en la plaza, ni chispea un tedero en las esquinas, ni alumbra un blandón en el altar, ni oscila una lámpara ante las piadosas imágenes. Nadie acude a su oficio; todos se mantienen inmóviles y recogidos.

Parte del interior del templo un susurro de plegaria que se extiende a su atrio, a los arcos de la plaza, a los desvanes y mirandas, al campanario y a la torre, y después de haber recorrido este espacio vuelve a dejar la noche sumida en el silencio.

Repetidas veces durante las eternas horas que van transcurriendo se propaga el mismo susurro y le sucede el mismo silencio, hasta que una tras otra se oyen doblar tris-

temente las campanas de las vecinas parroquias como si las voces de sus ángeles custodios pidiesen auxilio para los que en ellas se guarecen. Y luego, no muy lejos, hacia el norte se oye un hondo bramido y el fuerte aleteo de dos alas monstruosas.

Queda suspendido el aliento de todos, pero en breve un aura más fresca anuncia que van a romper los primeros albores. Suena entonces el choque de los cascos de un caballo sobre el puente del Tordera.

III

La mañana de la víspera de San Martín se acercó un anciano mendigo a Berenguer, membrudo labrador de la aldea de Vilardell, que sentado en un poyo de su rústica vivienda, estaba afilando su espada y bruñendo un ancho escudo de acero que brillaba como las aguas de un aljibe.

—Sin duda—le dijo el anciano—estoy implorando la caridad de un noble caballero.

—Noble caballero, no, pero honrado payés, hombre libre y soldado. Sabed, buen anciano, que esta espada a que acabo de sacar las muescas que en ella dejaron el nogal y la encina, ha brillado en medio de las de los mejores barones del Vallés y que esta mano callosa que nunca han cubierto perfumados guantes ha sido estrechada por la del conde soberano.

Y aun no ha llegado a su término el denuedo del de Vilardell que reclaman ahora nuestra buena tierra asolada por el vestigio de Montseny, y tantos hombres devorados, tantos viejos y mujeres despedazadas, tantos enlutados castillos. Temerario os he de parecer cuando muy denodados caballeros han perecido en la empresa; mas no importa, todos los buenos deben intentarla.

Pero me olvidaba de vuestra necesidad, buen ancieno, mayormente cuando guardo un excelente pan de trigo con que regalarme el día de San Martín, y cuando bueno será que lo comparta con un honrado mendigo cuyas oraciones acaso me den ventura en la lid.

Entró Berenguer en el achatado portal, y al tomar ensus manos el pan, oyó exclamar al mendigo:

—Desventurado del matador del dragón, pero feliz el que logre libertar de él a sus hermanos.

Apresurándose a salir. el labrador para averiguar el sentido de tales palabras, halló ausente al mendigo y en lugar de la suya una. nueva espada larga y resplandeciente.

Grande algazara se levantó entre los leñadores cuando con el auxilio del nuevo acero derribó de un golpe Berenguer el ancha copa de una vieja encina.

Mayor fue todavía el clamoreo cuando con él partió una gruesa piedra (durante muchos siglos se mostró en las cercanías de San Celoni) y fue entonces reconocida la espacia por virtuosa y de constelación.

Animado Berenguer de nuevos bríos, dio algunas horas a un sueño que fue a menudo interrumpido por confusas imágenes de la próxima pelea y que cesó al primer canto del gallo; hora en que el labrador ensilló el corcel y abandonó la casa paterna.

Cuéntase que después de haber cruzado algunos campos, por entre los árboles del inmediato bosquecillo, divisó a un guerrero a caballo, en quien por la aureola de su cabeza, cuya luz casi imperceptible alumbraba su cuerpo, reconoció a un bienaventurado, por sus facciones al mendigo portador de la espada y por su capa partida al santo cuya festividad debía aquel día celebrarse; y que con apacible rostro y con la mano tendida hacia el norte, exclamó el celestial soldado:

—Desventurado del matador del dragón, pero feliz el que logre libertar de él a sus hermanos.

No se detiene Berenguer; atraviesa el puentecillo del Tontera, y al divisar a los primeros débiles rayos del alba, campos asolados a trechos, reconoce la proximidad del vestiglo.

Exhalase de un torrente una niebla rojiza; nótalo Berenguer, apéase y busca penosamente la bajada al fondo por las fragosas laderas.

Apercibe el monstruo su presencia y se revuelca enfurecido sobre las cenagosas aguas: arrojan centellas sus ojos, mas al clavarlos en el escudo, su. propia y espantosa imagen en él reflejada, le turba y amedrenta. Abre sin embargo sus fauces en las cuales hunde Berenguer la espada. Arráncala y clávala en tres distintos puntos de la piel escamosa,

Fatigado y lleno de terror, abandona Beranguer el torrente, sube al caballo, arranca a escape y va oyendo más y más lejanos los bramidos de la fiera irritada por la rabia y por las ansias de la muerte.

Difúndese poco a poco la buena nueva enciéndense luminarias en las torres; clamorean festivamente las campanas, y entra el vencedor en la plaza de San Celoni, rodeado de alegre muchedumbre.

Levantando entonces la espada exclama en ademán victorioso:

—¡Oh, mi buena aspada! ¡Oh, diestra mía fuerte!

Mas cae de ella una gota de sangre y resbala sobre el brazo del héroe que alza los ojos al cielo y se derriba exánime del caballo.

Mientras se levanta un grito de terror, alléganse al finado algunos caballeros que forman como un lecho de sus brazos y transportan al templo silencioso el cadáver de Berenguer que depositan en las gradas del presbiterio. Cálzanle espuelas de oro y truecan por uno de los suyos el grosero tahalí del héroe de Vilardell.

Grandes fueron las exequias que se le tributaron cuando se le enterró en un labrado lucilo, sobra el cual se tendió su imagen, adornada con las nobles insignias de la caballería.

IV

Transcurren los siglos añadiendo nuevos florones a la corona de nuestros soberanos y el nombre catalán es temido en regiones apartadas.

Temido es en regiones apartadas; pero ¡ ay! !cuántos hijaos de la patria expiran en las sangrientas demandas!

Lo que no pudo la espada de los pisanos alcanzaron las infectas exhalaciones de los lodos de la isla de Cerdeña, mas aunque haga menguado el número de los combatientes y aje la palidez del rostro de los que sobreviven, el infante Alfonso se acuerda de que

el rey su padre le repitió tres, veces el día de la partida: ¡O vencer o morir; o morir o vencer!

En el campo de Lucisterna vio el noble príncipe caer todas las enseñas de sus ricos hombres, y acudió a leyantar la de Guillermo de Cervelló, última derribada. Atraviesa luego su propia vanguardia y se precipita como un león en. el fondo de las huestes enemigas. Tumbado del caballo, hecha astillas su lanza, llama el auxilio de los suyos que no bastan a atravesar la triple muralla de combatientes que se les opone.

Recibe el infante diecinueve heridas en la gorguera, mas no por esto desmaya.

—¡Por el valiente de San Celoni—exclama—, no debéis hoy gozaros en mi muerte.

Y arrancando de su lado la espada de Vilardell, ahuyenta sus enemigos y abrase paso.

¿Qué se ha hecho de la histórica espada? ¿Qué fue de la apreciada joya de nuestros condes? Perdidose ha su memoria desde que se olvidaron nuestros recuerdos, desde que no suena nuestro lenguaje era la boca de ningún príncipe y desde que Vilardell parece un nombre extraño y duro.

Índice de cuentos
por
orden alfabético de títulos
y
orden alfabético de autores

1519
ANÓNIMO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -81-83

1534
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
EL ARTISTA
-1836 -3 -117-118

1534. RELATO.
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N18(6-8)

A MI VIRTUOSA Y DESGRACIADA AMIGA S. B.
GÓMEZ DE CÁDIZ DE - DOLORES
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -148-149

A UN PÍCARO OTRO MAYOR
OLONA -L.
EL LABERINTO
-1848 -2 -101-102/122-123/138-139/148-150

ABDHUL-ADHEL O EL MANTÉS
GONZÁLEZ BRAVO -LUIS
EL ARTISTA
-1835 -1 -161-166

ABEN HUMEYA
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

ABEN-HAMET. NOVELA HISTÓRICA
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1841 -5 -149-152

ADELA
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834

ADELAYDA
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -260-311

ADORACION DE AMOR
PUJOL Y BOADA -LORENZO
EL TROVADOR
-1846 -159-160

AGONIAS DE LA CORTE (1)
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
EL IRIS.
-1841 13-18/69-72

AGONIAS DE LA CORTE (2)
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
EL PENSAMIENTO
-1841 -126-133/158-164

AL CRIMEN UNA VENGANZA
ANÓNIMO
LA ESMERALDA
-1846 -160

AL PRIMER TAPÓN ZURRAPAS
R -F
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -261-263

AL TIRO DE BENITO
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1877

ALBAR NUÑEZ, CONDE DE LARA. CRONICAS DE CASTILLA.
LÓPEZ MARTÍNEZ -MIGUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -99-100/122-123

ALBERTO REGADON
MADRAZO -PEDRO DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -185-191/196-203

ALFAIMA. NOVELA ORIGINAL
LÓPEZ MARTÍNEZ -MIGUEL
LA CRÓNICA
-1845 -377-382/385-389

ALFONSO
URROZ -J. DE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -241-245

ALFONSO PÉREZ DE VIVERO.
MORÁN
EL PANORAMA
-1839 -2 -42-45/61-63/75-76

ALFREDO DE HOMAR
FILLOL -A
EL ENTREACTO
-1841

ALINA REYNA DE GOLCONDA
PÉREZ -CECILIO
MINERVA O EL REVISOR GENERAL
-1805 -177-189

ALUCINACION!!!
BERMÚDEZ DE CASTRO - JOSÉ
EL ARTISTA
-1835 -2 -223-227

ALZAMIENTO DE DON PELAYO. AÑO 716
REVILLA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -201-204

ALLÁ VAN LEYES DO QUIEREN REYES
MAGÁN -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -318-319

AMALIA.
VILLANUEVA -LUIS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -149-52/154-56/171-72/180-81/200/207-08

AMANTE HIJO Y HERMANO. NOVELA ORIGINAL
MORCILLO (ABENGÓMAR)ANTONIO
LA ESMERALDA
-1846 -20-2 -158-159/167-168/174-176

AMBA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

AMOR A LA DERNIERE
GUERRERO Y PALLARÉS - TEODORO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -412-414

AMOR A VISTA DE PAJARO
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -294-95/308-11/315-18/325-27/341-42/350

AMOR DE MADRE
ASED -JAVIER DE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -6

AMOR DE MUGER
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

AMOR DE PADRE
SIRENA, LA
EL REFLEJO
-1843 -N5(36-38), N6 (45-46)

AMOR EN EL INFIERNO
AGUILÓ -TOMÁS
LA PALMA
-1840 -39-42

AMOR PATERNAL
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
EL PENSAMIENTO
-1841 -283-286

AMOR Y VIRTUD
PARDO DE LA CASTA - JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1846 -3 -235-237/245-246/252-252

AMORES DEL REY RODRIGO CON LA PRINCESA ELIATA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -206-207

ANÁLISIS DE LAS MEMORIAS DE MADAMA G*
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -6 -137-142/145-150/153-158

ANDRÉS DEL SARTO
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -78

ANÉCDOTA DE UNA PRICESA RUSA
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1803 -4 -310-313

ANÉCDOTA HISTORICA. ENCUENTRO DE CARLOS II CON...
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842 -7 -201-203

ANÉCDOTA QUE SUCEDIO AL PROFESOR JUNKER
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1801 -1 -128-131

ÁNGELA
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -129-137

ÁNGELA
GONZÁLEZ AURIOLES -MIGUEL
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -403-407

ANOCHECER EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA
GIL Y CARRASCO -ENRIQUE
EL CORREO NACIONAL
-1838

ANTAÑO
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES.
LUCIFER -MANUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -135-136/143-144

ANTES Y DESPUÉS
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1833 -1 -59-60

ANTONIO EL SICILIANO. ANECDOTA HISTORICA...
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -381-383/388-389

ANTONIO PEREZ. 1577-1596
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838 -3 -448-451/456-460

ANTONIO Y RITA O LOS NIÑOS MENDIGOS
SAGRA -RAMÓN DE LA
-1840

AÑO 704
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -81-83

AÑO 956
ANÓNIMO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -75-76

AÑO DE 1028
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -33-34

AÑO DE 1212
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -42-44

APRENSIONES Y CASUALIDADES
AGUILO -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -24-38

ARINDAL
CONDE DUQUE DE LARA -M. A.
EL ARTISTA
-1835 -2 -9-11

ARNALDO DE ROCABRUNA
MILÁ Y FONTANALS -MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895 -6 -491-495

ARTEMISA
ANÓNIMO
MINERVA O EL REVISOR GENERAL
-1805 -111-112

ASMODEO
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1837 -186

AULO SILIO
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -85-87

AVE MARÍA. TRADICIONES GRANADINAS
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -162-166

AVENTURA DE UN GATO GALÁN
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -20-22

AVENTURA DE UN PARISIENSE
ANÓNIMO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -60-62

AVENTURA GRACIOSA Y LECCION PARA EL BELLO SEXO
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -122-130

AVENTURAS DE UN AFICIONADO A PUNTOS DE VISTA
M -R
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -1 -10-13/42-46

AVENTURAS DE UN FILÁRMONICO
NAVARRO VILLOSLADA -FRANCISCO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -2 -45-47/63-64

AVENTURAS DE UN HOLANDÉS EN ESPAÑA
ABEJITA, LA
EL CÍNIFE
-1845 -Nº2:1-2/Nº3:2-3

AVENTURAS DE UN INGLÉS EN LA SIBERIA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1808 -13 -245-249/253-256/261-265/269-273

AVENTURAS SINGULARES DE UN ESPAÑOL EN LA ISLA DE JAMAICA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1808 -14 -33-36/41-45/49-53

AZUL Y NEGRO
PILADES
LA CRÓNICA
-1844 -6-7

BALADA EN PROSA: EL CONDE DE BELALCÁZAR
MADRAZO -PEDRO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853 -18 -33-34

BALADA EN PROSA: EL HIDALGO DE ARJONILLA
MADRAZO -PEDRO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1856 -20 -20-21

BEATRICE CENCI
COSTANZO -SALVADOR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -150-152

BELTRÁN (CUENTO FANTASTICO)
OCHOA -JOSÉ AUGUSTO DE
EL ARTISTA
-1835 -2 -135-140

BELTRÁN DE LA CUEVA
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -247-260/274-287

BENADKIR. CUENTO ORIENTAL
ANÓNIMO
EL IRIS
-1841

BERNARDO DEL CARPIO
ANÓNIMO
EL SIGLO PINTORESCO
-1846 -2 -243-249

BIOGRAFÍA DE UNA NOVELA CONTEMPORÁNEA
GODOY ALCÁNTARA -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -389-391

BIOGRAFÍA DE UNA SILLA
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845

BLANCA CAPELO. LEYENDA VENECIANA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838 -3 -743-745

BLANCA Y GERARDO
ALONSO -I. G.
LA ESPERANZA
-1839 -1 -241-243

BLIOMBERIS. HISTORIA DE CABALLERIA ANDANTE
TRIGUEROS -CANDIDO MARIA
MIS PASTIEMPOS
-1804 -2 -220-309

BOGISLAO X, DUQUE DE POMERANIA, LLAMADO EL GRANDE.
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1804 -3 -81-85/89-91

BUENA PIERNA Y MALOS OJOS
MARÍN Y GUTIÉRREZ -ANTONIO
EL BARDO
-1850 -19-21

CADA OVEJA CON SU PAREJA
B. -A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -90-92

CADALSO. NOVELITA ORIGINAL SACADA DE UNA TRADICIÓN
VALDELOMAR Y PINEDA -JAVIER
EL CISNE
-1838 -163-167/172-174

CAÍN Y ABEL
GIL -ISIDORO
EL LABERINTO
-1847 -1 -8-10/21-23/37-38/48-49/81-82/103-106

¡¡¡CALABAZAS!!! COSTUMBRES DE LA MANCHA
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -129-132

CAPITULO SUELTO DE CIERTA NOVELA EJEMPLAR QUE PRONTA HABRÁ DE PARECER EN PLAZA
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -4 -354-357

CARAMBOLA DE PERROS
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1879

CARLOS DE AUSTRIA, PRINCIPE DE ASTURIAS
LANDEYRA -M
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -89-91

CARLOS EL MALO
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -49-54

CARLOS II, EL HECHIZADO
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

CARLOS Y ADELA. CUENTO.
ALFARO -AGUSTIN DE
EL ALBA
-1838 -NIII(6-8), NIV(3-4)

CARLOS Y MARGARITA
GONZÁLEZ AURIOLES -MIGUEL
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -236-240/246-248

CARLOTA CORDAY
F.T. -P.
LA ESPERANZA
-1839 -1 -149-51

CARLOTA CORDAY. UN EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA
ANDUEZA -JOSE MARÍA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -363-367

CARLOTA. (CAUSAS CELEBRES)
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -31-39

CASTIDAD, PUREZA, PUDOR
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

CASTILLOS EN EL AIRE
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -98-99

CATALINA DE BRAY. CRÓNICA DEL SIGLO XV
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -103-104

CATUR Y ALICK O DOS MINISTROS COMO HAY MUCHOS
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
NOVELAS CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -189-203

CAUSA CÉLEBRE DE VOLHINIA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -201-204

CELEBRE DESAFIO
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N27(7)

CELOS
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -133-136

CERVANTES EN MADRID
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -1837 -54-55

CINCO MIL DUROS DE RENTA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -93-94

CINCUENTA AÑOS DE REINADO Y CATORCE DIAS DE
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1839 -2 -119-124/152-154/170-173/204-208

CLARA
RODA -NICOLÁS DE
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -289-292

CLEMENCIA. (CAUSAS CELEBRES)
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -17-21

CLOTILDE DE FLORICOURT. PARIS 1638
GILBERT -IMBERTO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -97-103/119-123

CON MAL O CON BIEN A LOS TUYOS TE DEN. RELACION
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -69-70/73-80/85-87/92-94

CONQUISTA DE SEVILLA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

CONRADO
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -244-246

CONSECUENCIAS DE UN LANCE DE AMOR
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N22(7-8)

CONTIENDA ENTRE EL TRABAJO Y LA OCIOSIDAD
SAIZ MILANÉS -JULIÁN
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -391-392

CONVERSACIÓN DE SOBREMESA
BERMÚDEZ DE CASTRO -JOSÉ
REVISTA ANDALUZA
-1841 -2 -210-223/256-266

COSME DE MEDICIS
P. -N. DE
LA ESPERANZA
-1839 -1 -266-269

COSTUMBRES CABALLERESCAS. EL PASO HONROSO.
GIL Y ZÁRATE. -ANTONIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838 -3 -639-642

COSTUMBRES HÚNGARAS
BLANCO WHITE -JOSÉ MARÍA
VARIEDADES O MENSAJERO DE LONDRES
-1823

CREDULIDAD JUDAICA. AVENTURA RARA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -7 -229-231

CRISTÓBAL COLÓN EN GRANADA
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -1 -33-38

CRONICA NACIONAL: LA BATALLA DE LAS NAVAS,AÑO 1212
MAGÁN -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -408-410

CRONICAS DE CATALUÑA. UN BAUTISMO MISTERIOSO
F. -J.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -7-11

CRONICAS DE GALICIA. EL PUENTE DA.
VICETTO PÉREZ -BENITO
LA CRÓNICA
-1845 -252-255

CRONICAS ESPAÑOLAS. EL CONDE DE LUNA.
SAIZ MILANÉS -JULIÁN
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -84-89

CRÓNICAS ESPAÑOLAS. MACÍAS EL ENAMORADO
VICETTO PÉREZ -BENITO
LA CRÓNICA
-1845 -233-237

CUADRO ARABE
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL SIGLO
-1834

CUADRO ARABE
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -234-235

¡CUANDO EL RÍO SUENA!
ESCOSURA -PATRICIO DE LA
EL IRIS
-1846 -1 Y 2 -203-205/236-238/313-318/332-333/395-39

CUANDO ENTERRARON A ZAFRA
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -267-280

CUATRO CABEZAS POR UNA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -133-135

CUATRO CUENTOS EN UN CUENTO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -89-196

CUENTO
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -38-39

CUENTO (¿QUÉ TE PARECE...?)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N27(3-7)

CUENTO (LLEGADO HABÍAN YA...)
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N29(6-7)

CUENTO (MI ESPOSO VIENE)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N41(1-3)

CUENTO FANTÁSTICO
LÓPEZ -JOAQUÍN MARÍA
REVISTA DE EUROPA
-1846 -1 -209-245

CUENTO FANTÁSTICO
NAVARRO Y SIERRA -JUAN
LEYENDAS
-1841

CUENTO FANTÁSTICO.
PIFERRER -PABLO
EL VAPOR
-1837 -Nº 18-20-21-22-Y 25

CUENTO MORISCO
SALIDO -AGUSTÍN
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -79-82

CUENTO SIMBÓLICO
C.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -63-64

DAOIZ Y VELARDE O EL DOS DE MAYO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -77-80

DE COMO LOS MUERTOS SALEN ALGUNAS VECES DE LA TUMBA
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -287-292

DE CÓMO SE SALVÓ ELIZONDO
ROS DE OLANO -ANTONIO
REVISTA DE ESPAÑA
-1870

DE CÓMO SE SALVÓ ELIZONDO
ROS DE OLANO -ANTONIO
EPISODIOS MILITARES
-1884

DE GIBRALTAR A LISBOA. VIAJE HISTÓRICO.
ESPRONCEDA -JOSÉ DE
EL PENSAMIENTO
-1841 -174-177

DE JEREZ A CADIZ
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -77-79/87-88/94-96

DE LA URBANIDAD
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

DE TEJAS ARRIBA
MESONERO ROMANOS -RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES
-1838

DEL DICHO AL HECHO HAY GRANDE TRECHO. CUENTO MORAL.
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1806 -5 -140-144

DEL PUDOR
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

¡DELIRIO!
V
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -294-295

DESAFÍO CÉLEBRE
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL

DESASTRE DE FELANITX
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -39-46

DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -43-45

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO
A
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -1-3

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -282-288

DESENGAÑOS DE UNA PIEDRA LITOGRÁFICA
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845

DESHONRA Y MUERTE
VICETTO PÉREZ -BENITO
LA CRÓNICA
-1845 -291-293

DESVENTURAS DE UN POBRECITO AUTOR DE COMEDIAS
GIL Y ZÁRATE -ANTONIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838 -3 -793-795

DESVENTURAS DE UN ROMÁNTICO
GARCÍA CADENA - PELEGRÍN
EL FÉNIX
-1847 -4 -69-70/85-86/106-108/138-140

DIÁLOGO DE DOS GORRAS DE CUARTEL
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845

DOLORES
GÓMEZ DE AVELLANEDA - GERTRUDIS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -3/12-4/21-3/29-30/38-9/45-7/54-6/60-4

DOLORES DE CORAZÓN
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
EL PENSAMIENTO
-1841 -196-199

DON ALFONSO DE CORDOVA Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL
ANAYA -F. P. DE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -225-230/249-254

DON ALONSO CORONEL O LA VENGANZA DEL CIELO. S XIV.
CORTE Y RUANO CALDERÓN -MANUEL DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -274-277

DON ALONSO DE AGUILAR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -218-220

DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN, EL BUENO.
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

DON BELTRÁN DE LA CUEVA
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
LA ESPAÑA CABALLERESCA
-1845 -127-207

DON EGAS EL ESCUDERO Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -5 -100-104

DON EGAS EL ESCUDERO Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -213-228

DON ENRIQUE EL DE LAS MERCEDES
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -5-8

DON ENRIQUE EL DOLIENTE
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -136-138

DON ENRIQUE EL DOLIENTE
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

DON JUAN
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS (BARCELONA)
-1838 -1 -84-94

DON JUAN DE AUSTRIA O LA BATALLA DE LEPANTO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -85-86

DON JUAN EL TUERTO
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
LA ESPAÑA CABALLERESCA
-1845 -271-394

DON JUAN EL TUERTO O EL BANQUETE Y EL SUPLICIO
CORTE Y RUANO CALDERÓN -MANUEL DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842 -7 -75-76/84-87/91-92/101-102

DON LIBORIO DE CEPEDA
FLORES -ANTONIO
EL LABERINTO
-1847 -2 -247-250

DON NUÑO DE MENDOZA O EL ACAECIMIENTO AMOROSO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -152-154

DON OPANDO
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
ESCENAS ANDALUZAS
-1843 -85-130

DON PANFILO BOBALICON
ANÓNIMO
EL VAPOR
-1833 -4 DE MAYO. 3.

DON PEDRO DE CASTILLA Y SU PRIVADO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -229-231/235-239

DON PEDRO EL CRUEL
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -257-261

DON PEDRO EL CRUEL
P. -J DEL
LA ESPERANZA
-1839 -1 -129-140

DON RODRIGO
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

DON RODRIGO CALDERON
SAIZ MILANÉS -JULIÁN
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -176-183

DON RODRIGO CALDERON
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

DON RODRIGO Y LA TORRE ENCANTADA DE TOELDO
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841 -68-69

DON SANCHO EL BRAVO
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO) -FRANCISCO
EL PANORAMA
-1839 -2 -343-348/358-363/376-381/398-403

DON SUERO DE TOLEDO, LEYENDA HISTÓRICA DEL SIGLO XIV
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845

DON TEODORITO. UNA BROMA
S. -F.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -21-24

DON ZACARIAS
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -204-205

DONDE LAS DAN LAS TOMAN
DIANA -MANUEL JUAN
EL LABERINTO
-1848 -2 -164-166/179-183/203-204

DONDE SE CUENTA COMO EL GENERAL DERVELL
ROS DE OLANO -ANTONIO
REVISTA DE ESPAÑA
-1868

DONDE SE CUENTA COMO EL GENERAL DERVELL
ROS DE OLANO -ANTONIO
EPISODIOS MILITARES
-1884

DOÑA BLANCA DE BORBON
SAIZ MILANÉS -JULIÁN
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -279...

DOÑA BLANCA DE NAVARRA
NAVARRO VILLOSLADA - FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -421-423

DOÑA DULCE DE ARAGON
FERRANDIS -J.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -177-181

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO. CUENTO POPULAR.
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -334

DOÑA INÉS DE CASTRO
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -121-126

DOÑA ISABEL DE OSORIO
GONZÁLEZ VALS -MARIANO
EL PANORAMA
-1840 -4 -322-324

DOÑA LUZ
MONTEMAR -FRANCISCO
LA LUNETA
-1847 -6-7

DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -371-375

DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA O GRANDEZA POR VIOLENCIA
MARÍN Y GUTIÉRREZ - ANTONIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -163-166

DOÑA MARÍA DE MENDOZA
EMBOZADO, EL
EL CISNE
-1838 -183-189

DOÑA MARIQUITA LA PELONA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO

DOS ALMONEDAS EN UNA
LOSADA -N. R. DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -239-240/254-256/260-262

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA
ESCOSURA -PATRICIO DE
REVISTA ENCICLOPÉDICA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA
-1843 -196-227

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA
ESCOSURA -PATRICIO DE LA
EL IRIS
-1846 -1 -74-78/106-110/122-126

DOS FLORES Y DOS HISTORIAS
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -4-7/10-12

DOS GUIRNALDAS
AGUILÓ -TOMAS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1883 -199-232

DOS PAGINAS DE LAS MEMORIAS DE UN SORDO
ANÓNIMO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -2 -74-77/92-95

DOS POETAS
SIERRA Y L. -A
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -346348/396-399

DOS SECRETOS. NOVELA ORIGINAL
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852 -17 -237-40/242-43/253-55/262-63/270-72/275

EDDYSTONNE
SERINGAPATAN
LA ESPERANZA
-1839 -1 -226-228

EDUARDO
A. -J. A.
EL LICEO VALENCIANO
-1841 -1 -53-55/61-64

EDUARDO SPENCER
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -177-182

EJEMPLO DE FIDELIDAD CONYUGAL
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

EJEMPLO DE GRATITUD
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -109-112

EL ¡AY! DE UN FLAUTÍN
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845

EL 9 DE HANS RUDIRER
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -85-86

EL ABOGADO DE CUENCA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

EL ABOGADO DE CUENCA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO.T II
-1847

EL AHORCADO DE PALO
TEJADO -GAVINO
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -9-12/33-35/81-85

EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE CABEZON. LEYENDA HISTÓRICA.
LÓPEZ MARTÍNEZ -MIGUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -62-64/70-71/85-86

EL ALCALDE DE OTIVAR.
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -315-319

EL ALCÁZAR DE SEVILLA
BLANCO WHITE -JOSÉ MARÍA
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1825

EL ALEMÁN Y LA JUDÍA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -134-136/158-160

EL ALFAQUÍ DE TOLEDO
MAGÁN -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -159-160/171-173

EL ALGUACIL ALGUACILADO
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -21-24

EL ALMA EN PENA, HISTORIA ALEMANA DEL SIGLO XV
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1827

EL AMANTE A PRUEBA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -66-73

EL AMANTE CORTO DE VISTA
MESONERO ROMANOS - RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES
-1832

EL AMANTE DESENGAÑADO. CUENTO
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1803 -1 -53-54

EL AMIGO DE LOS POBRES
CUCALÓN Y ESCOLANO - LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
OCIOS DE INVIERNO. 2
-1847

EL AMOR DE UNA FEA
MONTES -LUIS DE
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -1

EL AMOR DE UNA MUGER
FERNÁNDEZ DE LOS RIOS - ANGEL
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -88-90/133-135/186-188/231-235

EL AMOR DE UNA REINA. NOVELA
NAVARRO VILLOSLADA - FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -3-5/4-12/20-22

EL AMOR EN LA ALDEA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -109-110

EL AMOR FILIAL
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -213-216

EL AMOR SIN ALAS
B. DE LA J. -J. DE LA
VARIEDADES DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES
-1804 -11 -303-305

EL AMOR, NOVELA ÁRABE
VIARDOT -LUIS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842 -7 -207-221

EL ANGEL DE CONSOLACION
PUJOL Y BOADA -LORENZO
EL TROVADOR
-1846 -118-120

EL ANILLO DEL PINTOR
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
EL REFLEJO
-1843 -NUMEROS 17 A 24

EL ANIMA DE MI MADRE. CUENTO FANTASTICO.
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL IRIS.
-1841 -10-14/31-35/51-56/82-87

EL ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO CELEBRADO POR EL HIMENEO
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1806 -6 -42-45

EL ANTEOJO Y LA TROMPETILLA
ANÓNIMO
MINERVA O EL REVISOR GENERAL
-1805 -204-210

EL ARCO DEL VIOLINISTA FIORILLO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -30-31

EL ARMAMENTO ESCOLAR
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
MONOGRAFÍA DE SANTIAGO
-1850

EL ARTISTA DEL SIGLO XIV
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -55-57

EL ASESINATO DEL MARQUÉS DE LA POZA O LAS
GARCÍA DE GREGORIO - EUGENIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -349-351

EL ASISTENTE DE SEVILLA
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

EL ASTROLOGO Y LA JUDIA. LEYENDA DE LA EDAD MEDIA
GONZÁLEZ PEDROSO - EDUARDO
EL LABERINTO
-1847 -1 -285-286/303-305

EL AZAR Y LA PROVIDENCIA. LAS CUATRO VERDADES
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
LA MARIPOSA
-1840

EL BAILARIN(HISTORIA NO DE AYER, PERO TAMPOCO DE HOY MISMO)
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -5 -190-191

EL BAILE DE ÁNIMAS
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -221-223

EL BANDIDO
MUÑOZ MALDONADO -JOSE
EL PANORAMA
-1838

EL BARBA AZUL
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

EL BARBERO DE UN VALIDO
GIL -ISIDORO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -292-4/28-9/37-9/43-5/55-6/50-60/79-80/85

EL BARCO DE LOS MUERTOS
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -5-8

EL BARON DE BOILEAU
S
LA ESPERANZA
-1839 -1 -159-162/167-170

EL BASTARDO
FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA - FERNANDO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -188-191

EL BAUTISMO DE MUDARRA SOBRINO DEL REY MORO DE GRANADA SEGÚN NUESTRAS ANTIGUAS CRÓNICAS
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS DE JOSE SOMOZA. ARTÍCULOS EN PROSA
-1842

EL BENEFICIO PAGADO
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1806 -5 -182-187

EL BUEN MONJE. RECUERDOS DE UN VIAJE
RECASENS -JOSE MARÍA
LA LUNETA
-1847 -147-149/154-156

EL CABALLERO
ANDUAGA ESPINOSA - BALTASAR
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -57-62

EL CABALLERO DOBLE
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -397-398/404-405

EL CABALLERO NEGRO. NOVELA HISTORICA.
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -412-415

EL CABALLERO SIN NOMBRE
NAVARRO VILLOSLADA - FRANCISCO
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -105-108/136-139/159-163/182-185/208-21

EL CABALLITO DISCRETO
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -117-118

EL CABALLO DE SIETE COLORES
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -243-244/263-264/278-280

EL CALIFA Y EL JARDINERO
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -71-72

EL CAMPANARIO DE SAN MIGUEL
AGUILÓ -TOMÁS
LA PALMA
-1840 -152-155

EL CANÓNIGO CON DOS CONCIENCIAS
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS (BARCELONA)
-1840 -3 -274-280

EL CANONIGO Y EL ZAPATERO
SERINGAPATAN
LA ESPERANZA
-1839 -1 -146-151

EL CAPON. NOVELA HISTORICA Y RACIONAL
SOMOZA -JOSÉ
-1844

EL CAPÓN. NOVELA HISTÓRICA Y RACIONAL
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSE SOMOZA
-1904 -70-88

EL CARBONERO DE LA ERMITA
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -169-197

EL CASADO QUE LO CALLA
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -196-260

EL CASTIGO DE UNA FALTA
CAÑETE -MANUEL
EL GENIL
-1842 -1 -11-15

EL CASTILLO DE GAUZON
CASTOR DE CAUNEDO - NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9

EL CASTILLO DE LOS APENINOS
ANÓNIMO
EL FÉNIX
-1846

EL CASTILLO DE MARCILLA
NAVARRO VILLOSLADA - FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -125126

EL CASTILLO DE MONSOLIU
PIFERRER -PABLO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -2

EL CASTILLO DE MONSOLIU
PIFERRER -PABLO
EL VAPOR
-1837 -Nº 12-13-15 Y 16

EL CASTILLO DE SALOBREÑA
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -12-13

EL CASTILLO DE TANCARVILLE
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSÉ HERIBERTO
EL RENACIMIENTO
-1847 -38-39/45-47/63-64/71/79-80/95-96/109-11

EL CASTILLO DEL ESPECTRO
OCHOA -EUGENIO DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -16-19

EL CASTILLO FEUDAL DE MAGACELA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -188-189

EL CENADOR
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA)
-1836

EL CERCO DE ZAMORA
EGUREN -JOSE MARIA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -213-221/234-238

EL CIGARRITO
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -2

EL CIPRÉS DE LA REINA
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -227-248

EL CIPRÉS DEL GENERALIFE
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -197-202

EL CIPRÉS DEL GENERALIFE, TRADICIÓN ÁRABE DEL SIGLO XV
CORONA BUSTAMANTE - FRANCISCO
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845

EL CLAVEL DE LA VIRGEN
ORELLANA -FRANCISCO JOSÉ DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -396-400/402

EL COCHERO DEL GENERAL R.
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -41-43

EL COLLAR DE PERLAS
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
REVISTA DE TEATROS
-1841

EL COLLAR DE PERLAS
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -119-179

EL COMBATE DE TRAFALGAR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -263-269

EL COMETA. CUENTO HISTORICO
FERNÁNDEZ SANTIAGO - GUILLERMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842 -7 -254-256

EL CONDE DE BARCELONA
ANÓNIMO
EL IRIS
-1847 -2 -76-78/105-109/122-125/139-143

EL CONDE FERNAN GONZALEZ
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

EL CONDE FRATRICIDA
PIFERRER -PABLO
COMPOSICIONES POETICAS DE...
-1851 -66-72

EL CONDE TEODOMIRO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -160-162

EL CONDESTABLE DE CASTILLA
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

EL CONQUISTADOR DE MEJICO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -3-6

EL CONSEJO DE VENUS
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -7 -1-4/9-13

EL CORAZÓN VERDADERAMENTE MATERNO
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

EL CRESPON NEGRO
SIRENA, LA
EL REFLEJO
-1843 -N14(108-109), N15(113-115)

EL CRIADO DE SU HIJO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -1-60

EL CRIMINAL
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -22-24

EL CUADRO DE LA CHANFAINA (TRADICION)
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -394-395

EL CUARTETO
GALLEGO -PEDRO LUIS
NO ME OLVIDES
-1837 -N26(1-3)

EL CUBO DE LA ALMUDENA
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO) -FRANCISCO
EL PANORAMA
-1840 -3 -44-47/62-64/77-80/92-96

EL CUENTO DE LA ABUELA
C. -S.L. DE
EL REFLEJO
-1843 -N26(205-206)

EL DESAFIO, SUCESO VERDADERO
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1804 -6 -243-251

EL DESERTOR
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -188-193

EL DEVOCIONARIO
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -249-251

EL DIA DE LA BODA
C.D.D. -P.
CORREO DE LAS DAMAS
-1833

EL DIA VENTUROSO
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -4 -181-192

EL DIABLO ENANO
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1842 -2 -101-103/109-11

EL DIABLO ENANO
D. -N.
LA ESPERANZA
-1839 -1 -222-224/228-230/233-235

EL DIABLO LAS CARGA
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1840

EL DOCTOR LAÑUELA
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1863

EL DONCEL DE DON PEDRO DE CASTILLA
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ - MANUEL
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -55-58/64-68/76-80

EL DOS DE MAYO DE 1808
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -107-117

EL DOS DE MAYO. HISTORIA CONTEMPORÁNEA
ANÓNIMO
LEYENDAS POPULARES
-1848

EL DUELO
VARELA -J
EL PANORAM
-1838

EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA
MESONERO ROMANOS - RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES
-1837

EL DUQUE DE FRANCFORT. NOVELA ORIGINAL
MORCILLO (ABENGÓMAR) - ANTONIO
LA ESMERALDA
-1846 -29-31/43-44

EL EGIPCIO GENEROSO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -216-219

EL EGIPCIO GENEROSO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
AMOR Y VIRTUD
-1819

EL EMBAJADOR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -149-152

EL EMIGRADO. ESCENA NOCTURNA EN VENECIA
Y. -M.
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -Nº 44. 1-3

EL ENSUEÑO DE JUAN PABLO
ESPÍNOLA -FELIX
SEMANARIO ENCICLOPÉDICO
-1841 -130

EL ERMITAÑO
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1835 -3 -105-108/121-124/140-142/174-175/185-18

EL ERMITAÑO DE SAN JUAN O LA NIÑA ENCANTADA, NOVELA
ANDUEZA -JOSE MARÍA DE
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845

EL ESCLAVO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -302-04/306-10/314-15/327-28/331-34/343

EL ESCRIBANO MARTÍN PELÁEZ, SU PARIENTA Y EL MOZO CAÍNEZ. CUENTO FANTÁSTICO
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -38-40/65-68/97-103

EL ESCUDO DE CIEN SUELDOS
A -Mª
REVISTA GADITANA
-1839 -509-511

EL ESPAÑOL Y LA VENECIANA. NOVELA ORIGINAL.
TENORIO -JOSE MANUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842 -7 -302-04/308-10/316-19/323-27

EL ESPECTRO
ANÓNIMO
LICEO ARTISTICO Y LITERARIO
-1838 -NII(24-35)

EL ESPEJO DE LA VERDAD. CUENTO FANTASTICO
BARRANTES -VICENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853 -18 -20-23/37-38/53-55/67-70

EL ESPEJO ENCANTADO. NOVELA ALEMANA
ANÓNIMO
EL ESPAÑOL
-1845

EL ESPIA
VARELA -J
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -157-160

EL ESPÍRITU PROTECTOR O BLANCA DE LIVIA, NOVELA
SARMIENTO -ANTONIO
AMOR Y VIRTUD
-1819

EL ESPÓSITO
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -Nº 31. 4-5. Nº 32. 1-4

EL ESTUDIANTE DE HEIDELBERG
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -116-119

EL FASTIDIO
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1841 -1 -235-236/246-247

EL FATALISMO
PAISA -VICENTE
EL PANORAMA
-1838 -200-204

EL GABÁN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
LA ESPAÑA CABALLERESCA
-1845 -1-123

EL GABAN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE (NOVELA HIST.)
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -262-273/294-306

EL GALLO Y LA PERLA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
BIBLIOTECA DE EL HERALDO. T II
-1847

EL GATO
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
-1892

EL GATO MAESTRO O CON BOTAS
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

EL HIDALGO VENCEDOR DEL DIABLO
ZAMBO, EL
LA ESMERALDA
-1846 -70-71

EL HOMBRE ALCORNOQUE
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -62-64

EL HOMBRE DE LA ILUSIÓN Y EL HOMBRE DE LA REALIDAD
Z. -J.A.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842 -7 -339-341

EL HOMBRE MISTERIOSO
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -92-95

EL HOMBRE OSCURO
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -69-72

EL HOMBRE SIN MUJER
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
-1868

EL HOYUELO DE LA BARBA
G. V. -LEMA
LA DISTRACCIÓN
-1845 -1 -92-93/98-100/106-101

EL HUESPED. PARABOLA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -127

EL INCOGNITO
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -175-176

EL INFANTE DE MALLORCA
AGUILÓ -TOMÁS
LA PALMA
-1840 -185-192/197-202

EL INFANTE DE MALLORCA
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -313-360

EL INFANTICIDIO
MENDÍBIL -PABLO DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829 -130

EL JUEZ ASTUTO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -79-90

EL JUEZ DE SU MISMO PADRE. ANÉCDOTA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1804 -4 -238-239

EL JUICIO DE SALOMÓN
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -414-415

EL LAGO DE CARUCEDO. TRADICION POPULAR.
GIL Y CARRASCO -ENRIQUE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -228-29/235-39/242-47/250-55

EL LAUREL DE LA ZUBIA
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -255-266

EL LOCO POR LA PENA ES CUERDO
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -9 -65-68

EL LOCO!!
GALLEGO -PEDRO LUIS
NO ME OLVIDES
-1837 -Nº 15

EL MAESTRE DE SANTIAGO
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

EL MAESTRO LESCH
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -239-240

EL MAESTRO MALAQUILLA
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1879

EL MANIQUÍ
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1833

EL MANUSCRITO DE UN SUICIDA. NOVELA ORIGINAL.
ANÓNIMO
LA AUREOLA
-1840 -2-3- -20-24/36-43/52-56

EL MARQUES DE JAVALQUINTO. CUENTO.
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -313-316

EL MARQUÉS DE LOMBAY
ROCA DE TOGORES -MARIANO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -121-125

EL MARQUÉS DE LOMBAY
ROCA DE TOGORES -MARIANO
OBRAS DE MARIANO ROCA DE TOGORES
-1881 -3 -23-44

EL MARTES DE ESPÍRITU SANTO DE 1697 EN SANTIAGO
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -260-263/266-268

EL MATRIMONIO DE LA CASADA
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -168-174

EL MATRIMONIO MASCULINO. CUENTO
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -130-132

EL MATRIMONIO SENTIMENTAL
ANÓNIMO
EL VAPOR
-1833 -25 DE MAYO. 3-4

EL MAYOR ANDRE
FERRER -R
EL FÉNIX
-1844 -1 -61-63
EL MAYORAZGO DE LUCENA
BRETÓN DE LOS HERREROS -MANUEL
OBRAS DE DON ... POESIAS
-1851 -643-645
EL MENDIGO
P -N DE
EL PANORAMA
-1838
EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
EL CORRESPONSAL
-1839
EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
ENSAYOS POETICOS Y ARTÍCULOS EN PROSA
-1843 -273-278
EL MONJE
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1846 -3 -413-413/418-419
EL MORRILLO
ANDUEZA -JOSE MARÍA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -217-220
EL MULATO DE MURILLO. 1630.
M. -J.
EL CISNE
-1838 -210-215
EL MUNDO NUEVO. HACER NEGOCIOS.
NAVARRO VILLOSLADA -FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853 -18 -380-82/387-89/394
EL MUNDO SIN VICIOS
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -49-78
EL NACIMIENTO DE LOPE DE VEGA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -302-304
EL NATURALISTA EN AMERICA. CUENTO CUARTO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -181-193
EL NAUFRAGO ESCLAVO. CUENTO SEGUNDO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -122-148
EL NEGRERO. EPISODIO MARITIMO
CARRASCO -FELIPE RAMÓN
LA ESMERALDA
-1846 -212-213/219-222
EL NEGRO RECONOCIDO
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -233-239
EL NOVENARIO
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -293-94/302-304
EL PADRE IGNACIO
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1835 -3 -265-269/273-277/287-284
EL PADRE JUEZ Y VERDUGO
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -52-53
EL PADRE PIQUIÑOTE
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -187-192
EL PADRE PIQUIÑOTE
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -71-98
EL PAJARO DE NOVIEMBRE. FANTASÍA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -358-360
EL PALACIO DEL EMPERADOR
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -1-32
EL PAÑUELO BLANCO
S
LA ESPERANZA
-1839 -1 -191-196
EL PARAGUAS
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1824
EL PARAGUAS
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831 -2 -247-250
EL PARAGUAS
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -249-256
EL PARAISO DE SHEDAD
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASTIEMPOS
-1804 -2 -91-105
EL PARRICIDA
LIROLA -BALTASAR
LA ALHAMBRA
-1839 -1 -41-46
EL PERRO LEGATARIO
A. -M. V.
EL LICEO VALENCIANO
-1841 -3 -212-218
EL PÍFANO PRUSIANO
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -93-96
EL PINTOR Y EL MÚSICO
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -10-12
EL PINTOR Y EL POETA
UN CONTEMPORÁNEO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -159-164
EL PISTOLETAZO. NOVELA RUSA
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1841 -1 -247-251/265-266
EL POETA Y EL PESCADOR
PUJOL Y BOADA -LORENZO
EL TROVADOR
-1846 -25-26
EL POZO DE LAS HADAS
MENDÍBIL -PABLO
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829
EL PREMIO DE LA SANGRE
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -39-43
EL PRIMER AMOR DE UN REY
ANÓNIMO
EL LABERINTO
-1848 -2 -338-340
EL PRIMER MARQUES DE MOYA
MONTEMAR -FRANCISCO
LA LUNETA
-1847 -20-21
EL PRIMERO DE NOVIEMBRE
INCÓGNITO, EL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -357-359
EL PRÍNCIPE DE LARGA CABELLERA
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -1
EL PRINCIPE DE VIANA. 1461.
QUADRADO -J.M.
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -127-131/166-168/191-192/202-204/225-22

EL PRINCIPE POR UN DIA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -375-76/383-84/391-92/396-97

EL PULGARCILLO
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

EL PUÑAL DEL CAPUCHINO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -171

EL PURGATORIO. ARGUMENTO DE NOVELA.
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904

EL QUE LA HACE LA PAGA. EPISODIO DE LAS GUERRAS
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -155-159

EL RAPTO DE BARBARA
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -1-6

EL RATÓN ENAMORADO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -334-336

EL REGALO DE BODA
FERNÁNDEZ DE CORDOBA -FERNANDO
EL PANORAMA
-1838

EL RELOJ DE LAS MONJAS DE SAN PLACIDO
GARCÍA DONCEL -CARLOS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -214-216

EL REMEDIO DEL AMOR
NAVARRO VILLOSLADA -FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -13-15/29-31

EL REMOLÓN DE LA ESCUELA
MENDÍBIL -PABLO DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

EL RESENTIMIENTO DE UN CONTRABANDISTA
AZARA -JUAN MANUEL DE
EL IRIS
-1841 -269-272

EL RESENTIMIENTO DE UN CONTRABANDISTA
AZARA -JUAN MANUEL DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -115-117

EL RETRATO
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837

EL RETRATO
MESONERO ROMANOS -RAMÓN DE
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -4 -47-51

EL RETRATO
MESONERO ROMANOS -RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES

EL REY ÁRABE Y EL POETA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -201-202

EL REY DEPUESTO EN ESTATUA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

EL REY DEPUESTO EN ESTATUA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -289-292

EL REY ESERDIS
MILÁ Y FONTANALS -MANUEL
ÁLBUM PINTORESCO UNIVERSAL
-1842 -1 -282-283

EL REY ESERDIS
MILÁ Y FONTANALS -MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1896 -6 -475-477

EL REY JUAN FIRMANDO LA GRAN CARTA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -58-63

EL RICOTE DE CUATRO DIAS
ANÓNIMO
EL VAPOR
-1833 -18 DE MAYO. 3-4

EL RISCO DE LA PEQUERUELA
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSE SOMOZA
-1904 -19-22

EL ROBADO Y EL LADRON
GÓMEZ COLÓN
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845 -1

EL ROMÁNTICO. ESCENA EN GÉNOVA
G. -M.
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -Nº 46 1-3

EL ROMERO
MILÁ Y FONTANALS -MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895 -6 -487-490

EL ROQUE Y EL BRONQUIS
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

EL ROSARIO DE HAYDN O EL CANTO DEL CISNE
ROMERO LARRAÑAGA -GREGORIO
LA IBERIA MUSICAL
-1842 -3 -119,134 Y 144

EL SACRILEGIO CASTIGADO
ANÓNIMO
EL REFLEJO
-1843 -N26(206-207)

EL SACRISTÁN DEL ALBAICÍN
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -93-95

EL SACRISTÁN DEL ALBAICÍN
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -147-166

EL SALTO DEL FRAILE. TRADICION.
NAVARRO Y SIERRA -JUAN
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842 -N2(10-13), N3(20-22), N4(27-29)

EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA PUERTA DE LOS COLEGIOS
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -33-38

EL SANTON HASAN
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -106-120

EL SANTÓN HASAN, SUEÑO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
AMOR Y VIRTUD
-1819

EL SECRETO
M -M
LA ESPERANZA
-1839 -1 -63-64/66-70

EL SEGUNDO SOL. HISTORIA ANECDÓTICA DEL SIGLO XIX
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1841 -1 -166-169/185-188/202-205

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y EL MONUMENTO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA
RODRÍGUEZ FERRER -MIGUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -91

EL SEÑOR DE CASTRIL
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -167-188

EL SEPULCRO
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -3-6

EL SEPULTURERO
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -34-40

EL SESTO Y SÉPTIMO O ANALUCES Y MANCHEGOS
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -181-184

EL SOCORRO DE MALTA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -199-203

EL SOMBRERO DE FELIPE II
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -46-48

EL SUEÑO
NÚÑEZ DE ARENAS -B.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -77-78

EL SUEÑO DE LAS DOS AVES
NAVARRO Y SIERRA -JUAN
LEYENDAS
-1841

EL SUSPIRO DE UN ÁNGEL. CUENTO.
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -306-309

EL TALISMÁN
MIRÓN, EL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -49-50

EL TALISMÁN DEL ARTISTA
E. -D.
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -31-35

EL TEMA DEL DR GALL. CUENTO.
ALFARO -AGUSTIN DE
EL ALBA
-1838 -NVII(4-6), NIX(2-5)

EL TERROR DE LA MUERTE
BARALT -RAFAEL MARIA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -29-31

EL TESORO.
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -148-151/157-160

EL TIEMPO Y LA VERDAD, APOLOGO.
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -4 -325=327

EL TIESTO DE ALBAHACA. (CASO VERDADERO)
XX
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837 -2 -113-114

EL TÍO LOBERO
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -343-344

EL TIO TOMÁS O LOS ZAPATEROS
SOMOZA -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838

EL TORRENTE DE BLANCA. LEYENDA DEL SIGLO XIII
OCHOA -JOSÉ AUGUSTO DE
EL ARTISTA
-1836 -3 -137-142

EL TRABAJO DE MANOS
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA
CASTOR DE CAUNEDO -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -57-60

EL TROVADOR Y LA INFANTA. NOVELA.
LÓPEZ MARTÍNEZ -MIGUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -76-78/93-95/100-102/109-11/115-17/124-

EL TURBION DE NIEVE
ANÓNIMO
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848

EL ULTIMO CONDE DE CASTILLA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -125-128

EL ÚLTIMO DISCÍPULO DE LA ESCUELA GRANADINA
S
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -326-327/342-344/346-347

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO
SORIANO Y FUERTES -MARIANO
DELIRIOS DE JUVENTUD
-1849

EL ÚLTIMO REY DE GRANADA
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -2

EL VALLE DE LOS CIPRESES
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -19-23

EL VALLE DE LOS SAUCES
AGUILÓ -TOMÁS
LA PALMA
-1840 -234-236

EL VALLE DE LOS SAUCES
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -13-18

EL VAMPIRO. LEYENDA ESCOCESA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -178

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -411-412

EL VETERANO
BENÍTEZ -FULGENCIO
EL IRIS
-1841 -252-258

EL VIEJO DE LA MONTAÑA O EL JEFE DE LOS ASESINOS
RUIZ PÉREZ -J.M.
LA ALHAMBRA
-1839 -7 -112-114

EL VIOLÍN MALDITO.
ANÓNIMO
LA TARÁNTULA
-1842 -92

EL VIVAC. CUENTO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -45-47/50-52

EL VIVACH
ANÓNIMO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -85-86/92-93

EL Y ELLA. CUENTO ROMÁNTICO
CASTELLANOS (EL TÍO PILILI) -BASILIO SEBASTIÁN
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -73-76

ELENA (RELACION HISTORICA)
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -4 -206-211

ELODIO Y ADOLFO
ANDUAGA ESPINOSA - BALTASAR
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO. II
-1847

ELVIRA
MIQUEL Y ROCA -LUIS
EL FÉNIX
-1846

ELVIRA
SALES MAYO (ARISTIPO) - FRANCISCO
EL REFLEJO
-1843 -NÚMERO 18 A 25

EMILIA GIRON
TENORIO -JOSE MANUEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -125 Y OTRAS

EN BERLINA
ANÓNIMO
EL BACHILLER HONDURAS
-1850 -7 SEPTIEMBRE. 6-8

EN LA CALLE
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -2-4

ENGAÑO Y DESENGAÑO. CUADRO CONTEMPORANEO.
M. G. -M.
LA ESMERALDA
-1846 -134-136/150-152

ENIGMA DE UN RUSTICO A SU REY
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1808 -14 -82-85

ENRIQUE NÚÑEZ
AGUILÓ -TOMÁS
LA PALMA
-1840 -113-115

ENRIQUE SOMERSET
VIVES -E.
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -65-72

ENRIQUE Y ELISA
SALIDO -AGUSTÍN
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -185-188

ENSAYO MORAL
T -D
CORREO DE SEVILLA
-1805 -5 -241-246

ENTIERRO DE UN NIÑO
CARDAÑO -PRIMITIVO ANDRÉS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -358-359

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN 1809
MARNIER -JULIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -35-36

EPISODIO DE LA VIDA DE UN GRAN POETA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -379-382

ES LA REINA
O. -P.
LA ESPERANZA
-1839 -1 -13-16/20-22

ESCENAS DE LA GUERRA DE NAVARRA ...ADIÓS, MUNDO!
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841

ESCENAS DE LA GUERRA DE NAVARRA. ...ADIÓS, MUNDO!
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL BARDO
-1850 -2-3

ESCENAS DE LA GUERRA DE NAVARRA: ¡OH, HI-JO MI-O!
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -30-33

ESCENAS DE UN CORSARIO
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -321-323/329-330

EVASION DE PIPPERDA DEL ALCAZAR DE SEGOVIA
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -5-8

EXPEDICIÓN A TÚNEZ
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -130-134

FANTASIA. EL PAJARO DE NOVIEMBRE.
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -358-360

FANTASMA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

FASQUE NEFASQUE
MILÁ Y FONTANALS - MANUEL
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -1

FASQUE NEFASQUE
MILÁ Y FONTANALS - MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1896 -6 -461-472

FATALIDAD
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -193-194

FÁTIMA
CAÑETE -MANUEL
EL GENIL
-1842 -1 -55-61

FAVOR POR FAVOR
PARDO DE LA CASTA - JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1846 -3 -371-372

FENOMENOS PSICOLOGICOS. NOVELA.
NAVARRETE -RAMÓN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -310-12/316-17/334-36/350-52

FERNADO VI Y FARINELLI
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -107-113/127-135

FERRÁN RUIZ DE CASTRO
VIVES -E.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -193-201

FESTIVIDADES CRISTIANAS.
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
LA MARIPOSA
-1840

FIDELIDAD CONYUGAL
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -289-291/297-300

FIESCO
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -81-85

FIN DE SIGLO PASTORIL
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -4 -222-237

FLORA Y FLORENTINA
OSMAR -LUIS
EL FÉNIX
-1847 -4 -350-351/358-359/373-375

FONTANA Y EL PAPA SISTO. TRADICIIÓN
ANÓNIMO
LEYENDAS POPULARES
-1848

FORTÚN GALÍNDEZ. SEÑOR DE HUESCA
VIVES -E.
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -35-41

FRAGMENTO
P. -J.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -25-28

FRAGMENTO
VILLA -J. DE LA
NO ME OLVIDES
-1837

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA ORIENTAL
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ -MANUEL
REVISTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y ..DE GRANADA
-1847 -1-2 -2-4/9-11

FRAGMENTOS DE UN DELIRIO
NÚÑEZ DE ARENAS -B.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -105-107

FRANCISCO O LA NOCHE DE BODAS
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -137-143

FUNDACION DEL MONASTERIO DEL PARRAL
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838 -3 -687-691

GACETA SENTIMENTAL DEL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1853
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
-1853

GARCI-LASO DE LA VEGA. EPISODIO HISTORICO DEL SIGLO XIV
ANDUEZA -JOSE MARIA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -356-359

GARCIA DE PAREDES
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -236-239

GARCÍA PÉREZ DE VARGAS
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -F
EL PANORAMA
-1840 -4 -154-156

GARCILASO DE LA VEGA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -174-182

GAUDRINS EL NEGRO
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -190-192

GENTIL-ZUBI. TRADICION VIZCAINA.
DELMAS -JUAN ERNESTO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -374-375

GRACIAS DE LA INFANCIA
ALARCÓN -LUIS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -124-125

GRANDEZA Y MISERIA
MESONERO ROMANOS -RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES
-1832

GUIDO Y FIAMMETTA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

GUILLERMO, EL DEL GORRO ENCARNADO. MEMORIAS DE LA
M. DE O. -T. DE A.
REVISTA ANDALUZA
-1840 -1 -35-42

¡HA SIDO UNA CHANZA!
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837 -2 -35-37

HAMET Y RASCHID, CUENTO ÁRABE
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -1 -235-239

HATEM TAI. CUENTO ÁRABE
MENDÍBIL -PABLO DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

HERIR POR LOS MISMOS FILOS
C. -E.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -230-233

HERNAN SANCHEZ DE VARGAS
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -3-5

HERNANDO DE CORDOBA, EL VEINTICUATRO. LEYENDA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -39-40/45-48

HIALA, NADIR Y BARTOLO
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

HIALA, NADIR Y BARTOLO
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -4 -212-215

HIALA, NADIR Y BARTOLO
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -203-212

HILDA
OCHOA -EUGENIO DE
MISCELÁNEA DE LITERATURA, VIAJES Y NOVELAS
-1867 -247-263

HIPOTECA SINGULAR
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -119

HISTORIA ARABE. LA AZUCENA DE GRANADA
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -Nº 45. 1-3

HISTORIA DE AMORES
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1856 -20 -122-124

HISTORIA DE DON ALFONSO DE CORDOVA Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL
ANÓNIMO
ALMACÉN DE FRUTOS LITERARIOS
-1818 -1 -161-194

HISTORIA DE DOS BOFETONES
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
EL PANORAMA
-1839 -1 -67-71/85-88

HISTORIA DE DOS BOFETONES
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
ENSAYOS POETICOS Y ARTÍCULOS EN PROSA
-1843 -241-252

HISTORIA DE JACOBO JOHNSON
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -5 -267-270

HISTORIA DE LA MUY NOBLE Y ESTIMADA SEÑORA LEONOR GARAVITO
BERMÚDEZ DE CASTRO -JOSÉ
EL ARTISTA
-1836 -3 -61-65/73-78

HISTORIA DE LOS AMANTES DE TERUEL
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
EL LABERINTO
-1843

HISTORIA DE MARÍA FEDEROVNA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1804 -6 -207-212

HISTORIA DE PANTEA Y ABRADATES
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1803 -1 -1-6

HISTORIA DE UN ÁLBUM
ARIZA -JUAN DE
EL RENACIMIENTO
-1847 -93-94

HISTORIA DE UN SUICIDIO
BARALT -RAFAEL MARIA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -28-30

HISTORIA DE UNA CABEZA
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -282-287

HISTORIA DE UNA CABEZA
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
MONOGRAFÍA DE SANTIAGO
-1850

HISTORIA DE UNAS ERRATAS
Y -D
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -239-240

HISTORIA DE UNO DE LOS NIÑOS DE ECIJA
ANÓNIMO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -2 -185-192

HISTORIA DE VANDA, REINA DE POLONIA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -10 -109-110

HISTORIA DEL MORO ENAMORADO
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841 -4-5

HISTORIA DEL SIGLO XVIII
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -4-7/24-28/50-55/73-76/86-89

HISTORIA QUE PARECE CUENTO
FERNÁNDEZ GUERRA Y -AURELIANO
LA ALHAMBRA
-1839 -1 -73-75

HISTORIA VERDADERA O CUENTO ESTRAMBÓTICO QUE DA LO MISMO
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1869

HOMONIMIA
AGUILÓ -TOMÁS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883 -339-344

IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

INÉS. LEYENDA.
SATORRES -RAMÓN DE
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842 -N5(38-40), N7(52-55), N8(62-64)

INTRIGAS DE NEIRA
ABEJITA, LA
EL CÍNIFE
-1845 -Nº 7:1-2

INTRIGAS VENECIANAS
BLANCO WHITE -JOSÉ MARÍA
VARIEDADES O MENSAJERO DE LONDRES
-1823

ISABEL O EL DOS DE MAYO
MESONERO ROMANOS -RAMÓN DE
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -5 -123-127

IWAN Y LODOWISKA
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -5 -346-349

JACOBO DE SARTIEIX
P. -J.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -225-229

JENNI Y LIDNEY, ANÉCDOTA INLESA
SARMIENTO -ANTONIO
AMOR Y VIRTUD
-1819

JORNADAS DE RETORNO ESCRITAS POR UN APARECIDO
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1873

JUAN DE PADILLA
SAIZ MILANÉS -JULIÁN
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -223-233

JUAN DE PADILLA
VIVES -E.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -11-15/17-24

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE...
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -357-358

JUAN SOLDADO. CUENTO POPULAR ANDALUZ RECOGIDO POR.
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852 -17 -53-55

JUANA GREY
GILBERT -IMBERTO
EL SIGLO XIX
-1838 -1 -129-134

JUDAS
AGUILÓ -TOMÁS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883 -329-332

JUGAR CON DOS BARAJAS. CUESTIÓN PALPITANTE.
GUERRERO Y PALLARÉS -TEODORO
EL PASATIEMPO. REVISTA LITERARIA DEL GUIA
-1848 -35-38

JULIA DE SANDOVAL
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -30-32

JULIA. FRAGMENTO.
A.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -91-92

JULIÁN
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1846 -3 -379-380

JUSTA Y RUFINO
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1855 -19 -75-77/83-85/90-91/102-03/127-28/135-36/

JUSTICIA DE DIOS
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -339-343

KOREM Y ZENDAR. CUENTO TÁRTARO
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -4 -241-245/249-252

LA ABADÍA DE SANTA CLARA
S. P. DE -T.
CORREO DE LAS DAMAS
-1835

LA ALAMEDA DEL PEREJIL. NOVELA GADITANA
FLORES ARENAS -F.
REVISTA GADITANA
-1839 -57-60/73-76/90-94/105-108/136-139

LA AMIGA INCONSTANTE
O -L
MEMORIAL LITERARIO
-1806 -6 -45-48

LA APARICIÓN DEL DIFUNTO
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -1 -283-287

LA ATANASIA
OVEJAS -ILDEFONSO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845 -1

LA AUDIENCIA Y LA VISITA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1824
LA AUDIENCIA Y LA VISITA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831 -3 -149-152
LA AUDIENCIA Y LA VISITA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
EL GALLO Y LA PERLA.
BIBLIOTECA DE EL
HERALDO.T II
-1847
LA BAILARINA DE VENECIA
RUBIANO Y SANTA CRUZ -
VENTURA
REVISTA DE TEATROS
-1842 -2 -38-39/46-47/61-63/69-
70
LA BALA DE ORO
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1839 -2 -101-105
LA BATALLA DE ALARCOS. EPISODIO DE LA HISTORIA DE
CASTOR DE CAUNEDO -
NICOLÁS
LA CRÓNICA
-1844 -27-30
LA BATALLA DE LAS NAVAS
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1841 -6 -66-69
LA BATALLA DE LEPANTO
ANÓNIMO
LA DISTRACCIÓN
-1845 -41-43/49-51/57-58/66-
68/81-83
LA BATALLA DE LOS LLANOS DE BAENA
CORTE Y RUANO
CALDERÓN -MANUEL DE LA
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1840 -5 -90-92/99
LA BATALLA DE RONCESVALLES
TRUEBA Y COSSÍO -
TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
LA BELLA TODA Y LOS DOCE JABALÍES
GÓMEZ DE AVELLANEDA -
GERTRUDIS
OBRAS LITERARIAS DE LA
SEÑORA
-1871 -61-74
LA BIBLIA Y EL ALCORÁN, TRADICIÓN RELIGIOSA DEL SIGLO XI
ROMERO LARRAÑAGA -
GREGORIO
LAS MIL Y UNA NOCHES
ESPAÑOLAS
-1845
LA BODA DE RITA. CUENTO ROMANTICO
AZCONA
EL PANORAMA
-1839 -2 -331-334
LA BRUJA
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -147-155
LA BRUJA, EL DUENDE Y LA INQUISICIÓN
MAZO Y CORREA -
VALENTÍN DEL
-1837
LA BUENA Y LA MALA FORTUNA. CUENTO POPULAR...
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1852 -17 -282-283
LA CABELLERA DE LA REINA. LEYENDA.
TEJADO -GABINO
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1847 -12 -350-52/357-60/366-
68/371-74
LA CABEZA MISTERIOSA. CRONICA DE GALICIA
VICETTO PÉREZ -BENITO
LA CRÓNICA
-1845 -121-125/129-132
LA CAJA DE AHORROS, CUENTO MORAL
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1842 -7 -18-20
LA CALUMNIA
MILÁ Y FONTANALS -
MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE
MANUEL...
-1896 -6 -472-474
LA CAMPANA DE HUESCA
VICENTE Y CARAVANTES -
JOSE DE
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1840 -5 -59-60
LA CAMPANA DE LAS TRES
ANÓNIMO
MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1850 -8 -145
LA CAMPANA DE SAN JUSTO
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -22
LA CANCIÓN DE ELOÍSA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -23-24
LA CAPA ROJA. CUENTO NOCTURNO.
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1839 -1 -6-11
LA CAPERUCITA ENCARNADA
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE
ENCANTADA
-1829
LA CAPILLA DEL PERDÓN
H.B. -S.
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1837 -2 -313-317
LA CAPILLA EN LA SELVA
V. -A. U.
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -271-275/280-281
LA CAPITANA. UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCINAR
ANDUEZA -JOSE MARIA DE
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1851 -16 -221-223/225-229
LA CARTUJA DE GRANADA
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1848 -13 -233-235
LA CASA DE ENFRENTE. HISTORIA DE AHORA
ANÓNIMO
LA ILUSTRACIÓN
-1850 -2 -94-118
LA CASA DE GALLINAS
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ
J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -189-212
LA CASA DEL DUENDE Y LAS ROSAS ENCANTADAS
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO
ESPAÑOL
-1849 -13 -303/308-11/317-19
LA CASITA DE RANDA
MONTIS -A.
LA PALMA
-1840 -6-9/11-15/19-23/29-33
LA CENIZOSA O LA CHINELILLA DE VIDRIO
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE
ENCANTADA
-1829
LA CERCA DE DON GONZALO
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ
J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -111-126
LA CITA DEL CONVENTO
FERNÁNDEZ DE CORDOBA -
FERNANDO
EL PANORAMA
-1837 -2
LA COMEDIA CASERA
MESONERO ROMANOS -
RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES
-1832

LA COMERCIANTA DE LONDRES
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -102-104

LA COMETA
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1840 -3 -298-300

LA COMPASIÓN DE TADEO
NAVARRO Y SIERRA -JUAN
LEYENDAS
-1841

LA COMPETENCIA GENEROSA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -245-247

LA CONQUISTA DE CORDOBA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -54-58

LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -2

LA CONQUISTA DE MALLORCA
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -17-24

LA CONQUISTA DE TOLEDO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -31-33

LA CONQUISTA DEL PERU
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -154-159

LA CONSTANTE CORDOBESA
ANÓNIMO
EL ARTISTA
-1836 -3 -89-93

LA COPA DE ROM
GUERRERO Y PALLARÉS -TEODORO
CELESTINA DE FLORIAN. BIBLIOTECA CONTINUA
-1843

LA COPA EMPOZOÑADA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

LA COPA ENVENENADA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -165-167

LA CORNETA DE UN CHIQUILLO
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845

LA CORONA DE FUEGO
VICETTO PÉREZ -BENITO
EL SIGLO PINTORESCO
-1846 -2 -185-188

LA CORONA DEL DANTE Y DEL PETRARCA
R.
EL REFLEJO
-1843 -N4(27-28), N5(35-36)

LA CORONA Y EL HACHA
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -25-30

LA CORTE DE JUAN II
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -287-290

LA CRUZ DE LA ESMERALDA. TRADICION POPULAR
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -164-168

LA CRUZ DE MADERA
CUCALÓN Y ESCOLANO -LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 2
-1847

LA CRUZ DE ORO
ANÓNIMO
EL LABERINTO
-1848 -2 -331-332/341-343/347-348/358-360/366-36

LA CRUZ DEL OLIVO
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -68-74

LA CRUZADA ESPAÑOLA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

LA CUESTA DEL REY CHICO
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -39-60

LA CUEVA DE COVADONGA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

LA DAMA BLANZA DE ALENZÓN
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -13-14

LA DAMA DE AMBOTO
GÓMEZ DE AVELLANEDA -GERTRUDIS
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871 -5 -149-155

LA DAMA INCÓGNITA
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1835 -3 -194-197/203-206

LA DEFENSA DE CALATRAVA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -73-75

LA DEFENSA DE ZARAGOZA
MELLADO -FRANCISCO DE PAULA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -2 -26-29

LA DESCONOCIDA
UNA SUSCRIPTORA
CORREO DE LAS DAMAS
-1835 -3 -252-254

LA DESCONOCIDA DE SAN JORGE
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1847 -4 -4-6/12-13/18-19

LA DESDICHA EN EL FAVOR
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -1-6/10-13/19-22

LA DEUDA OLVIDADA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO

LA DIESTRA PRINCESA O LAS AVENTURAS DE FINILLA
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

LA ECONOMIA DE UN REAL
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -34-36

LA ENCINA DE NANNAU
HERNÁNDEZ -SEBASTIÁN
LA CRÓNICA
-1845 -169-170

LA ERUDITA. CUENTO PRIMERO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -106-128

LA ESCALERA DE CHANCILLERÍA
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -249-254

LA ESPADA DE VILARDELL
MILÁ Y FONTANALS - MANUEL
-1837
LA ESPADA DE VILARDELL
MILÁ Y FONTANALS - MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895 -6 -494-501
LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA. NOVELA HISTORICA.
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -22-28/234-238.....
LA ESPADA DEL REY PELAYO. NOVELA HISTORICA.
MAGÁN -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -370-73/383-84/386-89/394-96/406-08/413
LA ESTRELLA CAUTIVA. HISTORIA ANECDOTICA DEL SIGLO XIX
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1841 -1 -235-236/246-247
LA FAMILIA DE TORRIJY
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -121-124/140-141/145-147
LA FERIA DE ALMAGRO
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -139
LA FLOR DE LA DICHA. LEYENDA GALLEGA DEL SIGLO XII
B. -A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -34-40
LA FLOR DE RESEDA. LEYENDA ORIGINAL.
ORELLANA -FRANCISCO JOSÉ DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852 -17 -222-24/230-32/255-56/279-80/287-88/294
LA FLOR DEL ANGEL. TRADICION VASCONGADA
GÓMEZ DE AVELLANEDA - GERTRUDIS
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871 -91-111
LA FLOR EN EL OJAL
P.F. -M DE LA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -184-186
LA FORTUNA DE SER LOCO. AÑO DE 1762
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -33-36/41-44
LA FUERZA DEL AMOR
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -5 -249-250
LA GENEROSIDAD. APOLOGO
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1804 -4 -117-118
LA GOLONDRINA
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -4 -40-46
LA GRUTA DE LAS HADAS
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826
LA HERICA TORTOSANA O LAS DAMAS DEL PASATIEMPO
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841 -92/96-100
LA HERMOSA CRIOLLA
L DE L -N
EL PANORAMA
-1839 -2
LA HERMOSA DEL BOSQUE DURMIENTE
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
LA HEROICA MUSULMANA
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA)
-1836
LA HIJA DE ABEN-JUSEPH
CAÑETE -MANUEL
EL GENIL
-1843 -1 -199-205/229-231
LA HIJA DE LA VIUDA Y EL BANDOLERO DE BORINA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -78-79
LA HIJA DE UN PINTOR
BENÍTEZ -FULGENCIO
EL IRIS
-1841 -131-135/151-155
LA HIJA DEL VISIR DE GORNAT
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -5-58
LA HUÉRFANA RECONOCIDA
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
LA HUIDA A EGIPTO
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -266-267
LA HURÍ, CUENTO PERSA
MENDÍBIL -PABLO DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1828
LA IGLESIA SUBTERRANEA DE SAN MIGUEL DE TOLOSA
ESCALANTE -JOSE ANTONIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -164-167
LA ILUSION. RASGO ROMÁNTICO
R.
CORREO DE LAS DAMAS
-1833 -1 -155-157
LA INCLINACIÓN SECRETA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1808 -13 -213-217
LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -129-131
LA INFANTA GALIANA
GARCÍA DE GREGORIO - EUGENIO
LA CRÓNICA
-1845 -160-162
LA INOCENCIA SACRIFICADA
PIRALA -ANTONIO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -82-84
LA INTERPRETACIÓN DE UN CUADRO
C
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -101-102
LA ITALIANA
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -5 -204-209
LA JOVEN SUECA
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
LA JUDIA RAQUEL
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
LA LEY DE RAZA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
LA LIMPIA DE BURGUILLOS QUE LAVABA LOS HUEVOS AL FREILLOS
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -363-364
LA LITERATA INGLESA CONVERTIDA EN PREDICADORA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -9 -230

LA LOCA DE KANADAL-STEIG
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -180-185

LA LOCA DE ROUPAR
VICETTO PÉREZ -BENITO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -227-228

LA LOCA DE ROUPAR
VICETTO PÉREZ -BENITO
LA CRÓNICA
-1845 -261-262

LA LOCURA CONTAGIOSA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
EL GLOBO
-1844

LA LOCURA CONTAGIOSA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -42-43

LA LOGICA DE LAS PASIONES
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -73-74

LA LONGEVIDAD
DÍAZ -CLEMENTE
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -62-64

LA MADONA DE PABLO RUBENS
ZORRILLA -JOSÉ
EL PORVENIR
-1837 -Nº

LA MADONA DE PABLO RUBENS
ZORRILLA -JOSÉ
LA AUREOLA
-1840

LA MADRE O EL COMBATE DE TRAFALGAR
FERNÁN CABALLERO
EL ARTISTA
-1835 -2 -232-236

LA MANO IMPROVISADA. UNA AVENTURA DE MIGUEL ANGEL
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -134-135

LA MAÑANA DE UN LITERATO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -381-383

LA MARCA EN LA FRENTE
BLANCO WHITE -JOSÉ MARÍA
VIDA (TOMO III, APENDICE VI)
-1845

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS. NOVELA HISTÓRICA..
CAMPO -MANUEL MARÍA DEL
LA CRÓNICA
-1845 -145-149/153-158/163-167/171-174

LA MASCARADA
CASTRO Y SERRANO -JOSE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853

LA MAZMORRA
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA)
-1836

LA MIEL LABRADA
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -145-150

LA MONEDA DE CUATRO DUROS
M***
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -182-188

LA MONJA DE SAN PELAYO
RÚA FIGUEROA -RAMÓN
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -415-420

LA MONJA Y EL CANÓNIGO
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -186-188

LA MONTAÑA MALDITA. TRADICIÓN SUIZA
GÓMEZ DE AVELLANEDA -GERTRUDIS
OBRAS LITERARIOS DE LA SEÑORA
-1867 -79-88

LA MUERTE DE ASDRUBAL. CUENTO.
VALLADARES Y GARRIGA -LUIS
EL ALBA
-1838 -NI(3), NII(3-6)

LA MUERTE DE CESAR BORJA. LEYENDAS NACIONALES
NAVARRO VILLOSLADA -FRANCISCO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -210-12

LA MUERTE DE LA REINA
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO) -FRANCISCO
EL PANORAMA
-1840 -3 -108-112

LA MUERTE DE UN ANGEL
TALAVERA -LINO
EL PANORAMA
-1841 -5 -142-148

LA MUERTE DE UN ANGEL
TALAVERA -LINO
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -18-23

LA MUERTE DE UN ANGEL
TALAVERA -LINO
EL IRIS
-1847 -203-207

LA MUERTE DEL REY DON RODRIGO
PUJOL Y BOADA -LORENZO
EL TROVADOR
-1846 -33-34/41-42/49-50/69-70/77-78/85-86/94-

LA MUJER NEGRA O UNA ANTIGUA CAPILLA DE TEMPLARIOS
ZORRILLA -JOSÉ
EL ARTISTA
-1835 -2 -103-107

LA MUJER PRUDENTE
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -61-88

LA NAVAJA DE TRASMISIÓN
ANÓNIMO
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848

LA NOCHE DE MÁSCARAS. CUENTO FANTÁSTICO
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -145-155

LA NOCHE GRANDE DE TOLEDO
ANDUEZA -JOSE MARÍA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -37-39

LA NOVIA DE ORO
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
ÁLBUM DEL BARDO
-1850 -193-202

LA NOVIA DE ORO. CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -133-135

LA NOVIA Y EL MUERTO
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -21-24

LA OFRENDA A LOS MUERTOS
ROMERO LARRAÑAGA -GREGORIO
LA MARIPOSA
-1840

LA ONDINA DEL LAGO AZUL
GÓMEZ DE AVELLANEDA -GERTRUDIS
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871 -115-145

LA OREJA DE LUCIFER. CUENTO POPULAR
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852 -17 -282-283

LA OROPENDOLA EN LA FUENTE DE LA DEHESA DE LA MORA
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS DE JOSE SOMOZA. ARTÍCULOS EN PROSA.
-1842

LA OROPÉNDOLA EN LA FUENTE DE LA DEHESA DE LA MORA
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904 -16-19

LA PALETA
LOSADA -N. R. DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -241-245

LA PALOMA DEL DILUVIO
TALAVERA -LINO
LA ALHMABRA
-1841 -4 -181-189/211-214/223-224

LA PARTIDA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1825

LA PARTIDA DE DADOS
B. -AMALIA
EL GENIL
-1843 -3

LA PATA DE PALO
ESPRONCEDA -JOSÉ DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -138-140

LA PATA DE PALO
ESPRONCEDA -JOSÉ DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N23(1-3)

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS
ROCA DE TOGORES -MARIANO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -193-195

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS
ROCA DE TOGORES -MARIANO
OBRAS DE MARIANO ROCA DE TOGORES
-1881 -3 -9-22

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS
ZUÑIGA -MANUEL
LA ALHAMBRA
-1839 -1 -81-83/98-100/104-108/125-127

LA PEÑA DEL PRIOR
OCHOA -JOSÉ AUGUSTO DE
EL ARTISTA
-1836 -3 -101-103

LA PERLA DE CADIZ. NOVELA ORIGINAL
BRAVO -EMILIO
LA LUNETA
-1847 -45-46/53-54

LA PERLA DE NAPOLES. (NOVELA)
ROMERO LARRAÑAGA -GREGORIO
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -12,28,61 Y SIGUIENTES.

LA PIEDRA DE VOCACIÓN
VICETTO PÉREZ -BENITO
LA CRÓNICA
-1845 -179-181

LA PIEL DE UN BUEY
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
ÁLBUM DEL BARDO
-1850 -302-309

LA PLEGARIA EN EL DESIERTO
FELIÚ DE LA PEÑA -A
EL PANORAMA
-1840 -4 -342-344

LA PREDICCION
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
EL ARTISTA
-1835 -2 -243-245

LA PREDICCIÓN
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -Nº 2. 1-3

LA PREDICCIÓN
SATORRES -RAMÓN DE
EL ENTREACTO
-1840

LA PRINCESA DEL BIEN PODRA SER
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -334-336

LA PRISION DE VALENZUELA. RASGO HISTORICO
MADRAZO -PEDRO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1857 -21 -27-28/42-43/52-53/66-67

LA PROCESIÓN DE UN LUGAR
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -273-276

LA PROSTITUTA. SIGLO XIX
LLAUSAS Y MATA -JOSÉ
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -1

LA PUERTA DE LAS OVEJAS
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -61-70

LA PULGA ERRANTE
RUIZ AGUILERA -VENTURA
LA LUNETA
-1847 -236-237/245-247/255/258-259/269-270

LA QUERIDA DEL SOLDADO. NOVELA
BARRANTES -VICENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -269-271/278-80/286-87/291-95

LA REBELION DE LOS MORISCOS
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -106-111

LA RECÍPROCA CONSOLACIÓN
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -2 -53-56

LA REDENCION DE CAUTIVOS
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -30-33

LA REINA EGILONA
A
EL SIGLO PINTORESCO
-1846 -2 -127-131

LA REINA SIN NOMBRE
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -295-96/302-03/312/315-18/326-28/335-36

LA REINA SIN NOMBRE, CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845

LA RELIGIÓN ES EL MANANTIAL DE TODAS LAS VIRTUDES
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

LA RESPUESTA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -282-284

LA RIFA ANDALUZA
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831

LA RIFA ANDALUZA
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

LA SACERDOTISA DE IRMINSUL
V. -J.
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -430-431

LA SALA DE CAMARES
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -213-226

LA SEMANA SANTA
ORELLANA -FRANCISCO JOSÉ DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -117-19/122-23

LA SEMEJANZA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -77-78

LA SEÑORITA DE FROISSY
ANÓNIMO
REVISTA ENCICLOPÉDICA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA
-1843 -241-254

LA SEÑORITA DE LA FAILLE
ANÓNIMO
REVISTA ENCICLOPÉDICA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA
-1843 -298-312

LA SONÁMBULA
G. -M.
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -Nº 48. 1-2

LA SONATA DEL DIABLO
JIMENEZ -M
LA LUNETA
-1847 -108-110

LA SORPRESA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -35-40

LA SORPRESA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
ESCENAS ANDALUZAS
-1843

LA SORPRESA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -63/68-69

LA SORPRESA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -301-308

LA SORTIJA
ANÓNIMO
EL VAPOR
-1833 -20 DE ABRIL. 3-4

LA SUEGRA DEL DIABLO
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -371-373

LA TARDE DEL CORPUS
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -211-224

LA TERCERA DAMA DUENDE
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSÉ HERIBERTO
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -260-262/280-283/300-303

LA TIMIDEZ CULPABLE
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES
-1825

LA TOMA DE ALHAMA
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -253-256

LA TOMA DE CIURANA
MILÁ Y FONTANALS - MANUEL
DIARIO DE BARCELONA
-1856 -(12 de Octubre)

LA TOMA DE CIURANA
MILÁ Y FONTANALS - MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895 -6 -478-486

LA TOMA DE GRANADA
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

LA TORRE DE BEN-ABIL. NOVELA
B. -C.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -122-124/131-33/142-44/147-48/158-60

LA TORRE DE LA CAUTIVA
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -49-51

LA TORRE DE LA CAUTIVA
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -99-110

LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -103-108

LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
TRADICIONES GRANADINAS
-1849 -127-146

LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS. TRADICION GRANADINA.
SOLER DE LA FUENTE -JOSÉ J.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -57-61

LA TORRE ENCANTADA DE TOLEDO
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -133-136

LA TORTUGA Y EL ESCORPIÓN. CUENTO INDIANO.
PACO EL ESTUDIANTE
LA ESMERALDA
-1846 -61-62

LA TRAICION DE UN REY
CAMPO -MANUEL MARÍA DEL
LA LUNETA
-1847 -28-30

LA TRAICIÓN Y LA DESESPERACIÓN
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA)
-1836

LA TROPA DE ANDRAITX
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -47-67

LA ÚLTIMA NOCHE DE UNA REINA
ANÓNIMO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -129-132

LA VARONA CASTELLANA
MONJE -RAFAEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -81-85

LA VELADA DEL HELECHO O EL DONATIVO DEL DIABLO
GÓMEZ DE AVELLANEDA - GERTRUDIS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -179-181/188-191/198-199/206-208/214-21

LA VENECIANA
G. -M.
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -Nº 1 NUEVA SERIE 3-4

LA VENGANZA CONYUGAL
ESPÍNOLA -FÉLIX
EL IRIS
-1841 -2

LA VENGANZA CORSA
ANÓNIMO
LA LUNETA
-1847 -81-83

LA VENGANZA DE UN HIJO
CUCALÓN Y ESCOLANO - LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 1
-1847

LA VENGANZA GENEROSA
G. -L.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837 -2 -347-348

LA VENTA DE ALUENDA Y LOS ARRIEROS
ANDUEZA -JOSE MARÍA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -409-412

LA VENTA DE UN CABALLO
MARAVER -LUIS
EL TROVADOR
-1846 -4-5

LA VERDADERA AMISTAD. CUENTO ARABE
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -4 -280-285

LA VIEJA HILANDERA
F. -E.
LA MARIPOSA
-1839 -227-230

LA VIÑETA QUE ANTECEDE
J. -M.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -89-90

LA VIRGEN DEL CLAVEL. CUENTO MORISCO.
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -190-92/198-200/213-15

LA VIRGEN DEL VALLE
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
EL REFEJO
-1843 -N1(4-7), N2(13-16), N3(20-23)

LA VIRGEN DEL VALLE. NOVELA.
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -14-16/21-22/30-32/37-40

LA VISITA AL NIGROMANTE
MENDÍBIL -PABLO DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1828

LA VISITA NOCTURNA
ESPÍNOLA -FELIX
EL IRIS
-1841 -168-172

LA VISITA NOCTURNA
ESPÍNOLA -FELIX
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -347-350

LA VUELTA DEL PRESIDIARIO
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSE HERIBERTO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -208-212

LA VUELTA DEL PRESIDIARIO
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSE HERIBERTO
OBRAS POETICAS Y LITERARIAS
-1863 -2 -493-503

LANCE FANTASTICO Y SATISFACCION SOFISTICA
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -185-187

LARAS Y CASTROS. LEYENDAS HISTORICAS.
MAGÁN -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -290-192

LAS AGUAS DEL MOLAR
RAMÓN CARBONELL - AGUSTÍN
REVISTA DE ESPAÑA, DE INDIAS Y DEL EXTRANJERO
-1845 -4 -83-96

LAS ANIMAS. CUENTO ANDALUZ
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853 -18 -398

LAS AVENTURAS DE LORENZA
AZCONA
EL PANORAMA
-1839 -1 Y -TOMO 1:251-253. TOMO 2:7-12

LAS AVENTURAS DE MELSITON. CUENTO MORAL
R -G
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -3 -325-328

LAS CAMPANILLAS
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845

LAS COLACIONES
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -11-13

LAS CUEVAS DE SANTA ANA EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO
D.P. -J.Z.
REVISTA DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO
-1843 -5 -39-47/85-95

LAS DISCIPLINAS
AGUILÓ -TOMÁS
LA FE
-1844 -1 -167-184

LAS DISCIPLINAS
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -361-386

LAS DOS CORONAS DE ESPINAS
RAMÓN CARBONELL - TOMÁS DE
EL FÉNIX
-1846 -3 -195-197/202-203

LAS DOS PERLAS
ANÓNIMO
EL FÉNIX
-1844 -1 -9-11/21-23/33-35/37-38/55-56

LAS DOS VENTAS
GILBERT -IMBERTO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -85-87

LAS HADAS
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

LAS HAZAÑAS DE PULGAR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -49-52

LAS ORILLAS DEL GANJE
MENDÍBIL -PABLO DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

LAS PERSIANAS
AGUILÓ -TOMÁS
LA PALMA
-1840 -72-75

LAS SANGUIJUELAS
RAMÓN CARBONELL - AGUSTÍN
REVISTA DE ESPAÑA, DE INDIAS Y DEL EXTRANJERO
-1846 -6 -367-373

LAS SEGUNDAS NUPCIAS
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -203-207

LAS TRES FEAS. CUENTO MUZÁRABE.
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -298-301/309-311

LAS TRES GOTAS
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -2 -148-152/196-200

LAS VAQUILLAS DE SAN ROQUE
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -348-352

LAS VIRUELAS. APOLOGO.
G.S. -T.
VARIEDADES DE CIENCIA, LITERATURA Y ARTES
-1804 -361-364

LAS WILIS
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1843 -290
LAURA
ANDUAGA ESPINOSA -BALTASAR
EL GALLO Y LA PERLA
-1847
LAURA
ANÓNIMO
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO II
-1847
LEON EL ARMENIO
TÁRRAGO Y MATEOS -TORCUATO
LA ESMERALDA
-1846 -196-198
LEYENDA DE SOR BEATRIZ
ANÓNIMO
REVISTA PENINSULAR
-1838 -227-246
LEYENDA DE VIRGILIO PRESENTADO COMO HECHICERO
X
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -241-243.
LEYENDA FLAMENCA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -7
LIBRO DE MEMORIAS DE ELISA
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -203-214
LIBRO DE MEMORIAS DE ELISA. LIBRO DE SUS LAGRIMAS
ROS DE OLANO -ANTONIO
REVISTA GADITANA
-1839 -501-509/515-519
LO QUE ENCIERRA UNA GOTA DE ACEITE
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -350-351
LO QUE VIO EL PINTOR WILDHERR EN UN ANTIGUO CASTILLO DE
M.
EL ARTISTA
-1836 -3 -7-10/18-20
LÓGICA A SECAS
AGUILÓ -TOMÁS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883 -369-380
LORD WILLIAMS R.
ANÓNIMO
EL ENTREACTO
-1839
LOS 154 VOTOS
AGUILÓ -TOMÁS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883 -361-368
LOS AMANTES AHOGADOS
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -8 -167-168
LOS AMANTES DE LAS MASCARAS
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834
LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1835 -3 -262-262
LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831 -2 -188-191
LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -293-297
LOS ANTEOJOS
VALELLA
EL REGAÑÓN GENERAL
-1803 -2 -303-309
LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA
AZARA -JUAN MANUEL DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -347-350/356-358
LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.
AZARA -JUAN MANUEL DE
EL IRIS
-1841 -98-102/114-117
LOS BLANCOS Y AZULES
ANÓNIMO
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848
LOS BRILLANTES
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES
-1825
LOS CABALLEROS DEL PEZ.
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -242-244
LOS CABALLEROS TEMPLARIOS
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -25-31
LOS CELOS
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -153-158
LOS CELOS. CUENTO TRAGI-CÓMICO
CARRERAS Y GONZÁLEZ -MARIANO
EL PASATIEMPO. REVISTA LITERARIA DEL GUIA
-1848 -28-30
LOS CONTRABANDISTAS
P
LA ALHAMBRA
-1840 -3
LOS CRUZADOS EN VENECIA O LA FINGIDA EMPERATRIZ
AZCONA
EL PANORAMA
-1839 -1 -197-201/219-220/231-233/241-245/265-26
LOS DIAMANTES DE LA REINA. 1756
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -99-102/106-111/113-117
LOS DICHOS
BRETÓN DE LOS HERREROS -MANUEL
OBRAS DE DON... POESIAS
-1851 -633-637
LOS DOCE DERVICES. CUENTO ORIENTAL SACADO DE LA DÉCADA FILOSÓFICA
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1804 -5 -270-277
LOS DOS AMANTES
ANÓNIMO
EL FÉNIX
-1846
LOS DOS AMIGOS
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -231-232
LOS DOS ARTISTAS
BERMÚDEZ DE CASTRO -JOSÉ
EL ARTISTA
-1835 -1 -281-286
LOS DOS CIEGOS
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -75-76
LOS DOS DELINCUENTES
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL PANORAMA
-1839
LOS DOS DESESPERADOS
TRIGUEROS -CANDIDO MARIA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -181-215

LOS DOS ESTUDIANTES
GUILLÉN BUZARÁN -J
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -378-380/391-392

LOS DOS HERMANOS
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1842 -2 -172-173/178-180/189-191

LOS DOS HUERFANOS
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -46-48

LOS DOS INGLESES
OCHOA -EUGENIO DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -81-82

LOS DOS INGLESES
OCHOA -EUGENIO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N31(7-8)

LOS DOS PINTORES
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -220-224

LOS DOS ZAPOROGAS
POMBO -N DE
EL PANORAMA
-1838

LOS DUENDES
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N40(1-2)

LOS ESCOBEROS
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -39-40

LOS ESPEJOS MÁGICOS
SÁNCHEZ DE FUENTES -EUGENIO
EL BARDO
-1850 -41-43

LOS ESPOSOS
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834

LOS FALSOS PROFETAS. BIZM Y LAHI Y RAHMANI Y BAHIM
CASTELLANOS -BASILIO SEBASTIÁN
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841 -83

LOS FUGITIVOS
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -43-44

LOS GALLEGOS DE FINISTERRE
L -G
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -49-52

LOS GEMELOS
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -97-100

LOS GITANOS. ANÉCDOTA HISTÓRICA.
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -8 -234-240/243-247

LOS HABITANTES DE LA TIERRA EN LA LUNA
ANÓNIMO
VARIEDADES DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES
-1804 -306-308

LOS HERMANOS CARVAJALES
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

LOS HIJOS DE CARLO MAGNO
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -113-119/135-141

LOS HUESOS DEL R. P. HILARION
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1839 -1 -169-174

LOS INCONVENIENTES DE LA CURIOSIDAD
BERATERRECHEA -J. R. DE
REVISTA DE ESPAÑA, DE INDIAS Y DEL EXTRANJERO
-1846 -5 -256-278

LOS INFANTES DE ARAGON
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -116-118

LOS JÓVENES SON LOCOS
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
NO ME OLVIDES
-1837 -N18(3-6), N19(3-5),N20(4-7)

LOS LADRONES EN LONDRES
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -309-311

LOS LOBOS
ANÓNIMO
EL SIGLO XIX
-1838 -2 -103-107

LOS MONIGOTES
AGUILÓ -TOMÁS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883 -333-338

LOS NIÑOS BIENHECHORES; EL RECONOCIMIENTO
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -3 -130-133

LOS NIÑOS EXPOSITOS
ROS DE OLANO -ANTONIO
EL PENSAMIENTO
-1841 -15-18

LOS OJOS DE LA NOVIA
ANÓNIMO
EL ENTREACTO
-1839

LOS QUE SE DICEN FASTIDIADOS
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1841

LOS SASTRES
BRETÓN DE LOS HERREROS -MANUEL
OBRAS DE DON... POESIAS
-1851 -618-623

LOS SIETE INFANTES DE LARA
TRUEBA Y COSSÍO -TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

LOS TALENTOS DESCUIDADOS
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -105-119

LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA (NOVELA)
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -4 -142-145

LOS TORRES DE LUJÁN O PARLA Y MADRID
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -9-18/34-46

LOS TRES AMIGOS DE LEPANTO
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -21-24

LOS TRES GENIOS
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -4-8

LOS TRES JENIOS
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL PANORAMA
-1841 -5 -57-61

LOS TRES LOCOS
OVEJAS -ILDEFONSO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845 -1

LOS TRES RIVALES
MENÉNDEZ ARANGO -MIGUEL
EL IRIS
-1847 -2 -43-46/60-62/91-93

LOS ULTIMOS AMORES
ROMERO LARRANAGA - GREGORIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -52-55/59-61/68-70/74-76

LOS ULTIMOS AMORES
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
EL REFLEJO
-1843 -NUMEROS 6 A 12

LOS ÚLTIMOS GODOS
CASTRO Y OROZCO -JOSÉ DE
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -448-453/462-467/475-479/487-492/498-50

LOS WILLIS
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -289-291

LUCCIOLA
ANÓNIMO
REVISTA DE EUROPA
-1846 -1 -112-118/232-240/308-313/370-379

LUIS DE CAMOENS
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -1 -7-11

LUISA
LEÓN -MARÍA DE
EL TROVADOR
-1846 -178-180/187-188

LUISA
MONTADAS -ANTONIO DE
EL CISNE
-1838 -20-23/32-33

LUISA (CUENTO FANTASTICO)
OCHOA -EUGENIO DE
EL ARTISTA
-1835 -2 -40-45

LLEGADO HABÍAN YA LAS ALTAS HORAS
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837

M DE WODENBLOCK. HISTORIA MARAVILLOSA
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -74-76

MAESE CORNELIO TÁCITO U ORIGEN DEL APELLIDO DE LOS PALOMINO DE PAN-CORVO
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1868

MAHOMET EL BERMEJO
VIVES -E.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -65-69

MAHOMET IV
P. -J.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -113-118

MANUEL EL RAYO
ANÓNIMO
REVISTA GADITANA
-1839 -393-399/405-416

MANUEL EL RAYO. NOVELA DE COSTUMBRES
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -67-69/77-79/84-86/93-95/101-104

MARIA
ANÓNIMO
OBERVATORIO PINTORESCO
-1837

MARIA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -193-195

MARIA
C. -J.M.
REVISTA GADITANA
-1839 -565-569/577-581

MARIA TARAKANOFF. NOVELA HISTORICA.
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -197-205/228-232

MARIA TSIGANEK
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -175-177/183-187

MARIA Y ALFONSO. RECUERDOS DEL SIGLO XVII
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -226-229

MARIA-FELIPE
ANÓNIMO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -78-80

MARIA. CUENTO.
ASQUERINO -EUSEBIO
EL ALBA
-1838 -NV(3-7)

MARIA. NOVELA ORIGINAL DEL SIGLO XVI.
OLONA -LUIS DE
LA FLORESTA ANDALUZA.
-1843 -Nºs

MARIANA
CUCALÓN Y ESCOLANO - LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 1
-1847

MARIANO. NOVELA DE COSTUMBRES.
ANDUEZA -JOSE MARIA DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -259-261

MARIQUITA LA PELONA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
LA RISA
-1850

MARTIN ALONSO DE HARO
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -186-189

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853 -18 -150-51/156-59/166-67

MAS NOTICIAS SOBRE LOS PONDERADOS HECHOS DE MANOLITO GÁZQUEZ EL SEVILLANO
GIMÉNEZ SERRANO -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -342-344

MATILDE O UNA NOCHE EN EL MAR
M DE M -M
LA ESMERALDA
-1846 -191-192/199/200/214-216

MATRIMONIO BIEN AVENIDO. LA MUJER JUNTO AL MARIDO
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851 -16 -205-207/214-216

MEDITACION
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
LA MARIPOSA
-1840

MEMORIAS DE UN VERDUGO. NOVELA
ANÓNIMO
LEYENDAS POPULARES
-1848

MEMORIAS DE PIEDRAHITA
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSE SOMOZA
-1904

MEMORIAS DE UNA BELLA. NOVELA SUI GENERIS.
GUERRERO Y PALLARÉS - TEODORO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -221-224

MEMORIAS DE UNA FEA. NOVELA EN MINIATURA.
GUERRERO Y PALLARÉS - TEODORO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -299-304

METAMORFOSIS NO CONOCIDA
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -230-231

MI PRIMERA SENSACION BENÉFICA
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS DE DON JOSE SOMOZA. CUADERNO TERCERO
-1837
MI PRIMERA SENSACIÓN BENEFICA
SOMOZA -JOSÉ
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904 -16-19
MIRIAM LA TRASQUILADA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
MIS BOTAS
LAFUENTE -M0DESTO
ÁLBUM LITERARIO ESPAÑOL
-1846 -290-298
MIS DIABLURAS
AZCONA
EL PANORAMA
-1840 -4 -139-144
MIS PRIMEROS AMORES
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831 -1 -210-212
MIS VIAJES. BOSQUEJO DE UN CUENTO
TEJADO -GABINO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845 -1
MISS KELMER
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -115-118
MISTERIOS DE UN TOCADOR
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845
MISTERIOS DEL CORAZÓN
NAVARRETE -RAMÓN DE
EL SIGLO PINTORESCO
-1845 -1 -16-20/34-39/55-59/83-88/107-112
MORIR SONRIENDO
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -225-240
MUNUZA
MILÁ Y FONTANALS -MANUEL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895 -6 -502-507
MURILLO Y CERVANTES
ANÓNIMO
EL FÉNIX
-1844 -1 -182-184
NARRACIÓN
LACALLE -PAULINO
EL ESPAÑOL CONSTITUCIONAL (LONDRES)
-1825 -5 -396-419
NI LA TRINIDAD TE SALVA! RECUERDOS DE ANDALUCÍA
SANTA ANA -MANUEL MARÍA DE
ÁLBUM DEL BARDO
-1850
NI LA TRINIDAD TE SALVA! RECUERDOS DE ANDALUCÍA
SANTA ANA -MANUEL MARÍA DE
EL LABERINTO
-1848 -2 -3-4
NINA ORFANA
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1842 -2 -78-79/87-88
NISIDA
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -51-54
NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO
OCHOA -EUGENIO DE
ÁLBUM PINTORESCO UNIVERSAL
-1842 -1 -525-532
NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO
OCHOA -EUGENIO DE
EL HERALDO
-1844 -31 DE JULIO, 3, 4 Y 6 DE AGOSTO
NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA NI DEUDA QUE NO SE PAGUE
LUMBRERAS -FRANCISCO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -1 -9-12
NO IMPORTA QUE VERDAD SEA...
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837
NO Y SI. -SI, PUES SI.
ANÓNIMO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -2 -42-44/60-62
NOBLEZA Y AMOR
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -439-442
NOVELA ÁRABE
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831 -1 -106-110/158-160
NOVELA ÁRABE
ESTÉBANEZ CALDERÓN -SERAFÍN
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893 -229-246
NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO. LEYENDA.
TEJADO -GABINO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -86-88/102-103/104-11/119-20/127-28
NUÑEZ EL MALO
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -1-6
OBSTINACION VENCIDA POR EL AMOR
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1807 -11 -249-252
OMAR Y RAYAB
ANÓNIMO
EL ENTREACTO
-1839
ORIENTAL
BALAGUER -VICTOR
EL ESPÓSITO
-1845 -41-43
PABLO ALLERTON
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -97-100
PABLO DURAND. NOVELA.
VILLA Y DEL VALLE -JOSE DE LA
EL ALBA
-1838 -NIV(5-6)
PABLO-GUIDO
ZORRILLA -JOSÉ
NO ME OLVIDES
-1837 -N39(4-5)
PACIENCIA Y TRABAJO
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES
-1825
PADILLA Y LOS COMUNEROS
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -209-214
PADRE EN VIDA Y TESTIGO EN MUERTE
URCULLU -JOSÉ DE
CUENTOS DE DUENDES Y APARECIDOS (LONDRES)
-1825
PALOS DE MOGUER
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
PAMPLONA Y ELIZONDO
NEGRETE, CONDE DE -JOSÉ
EL ARTISTA
-1835 -1 -115-120/127-132
PAULINO Y LAS SIETE MUJERES. CUENTO ALEGORICA
ANÓNIMO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832 -5 -290-295

PEDRO EL PESCADOR
CUCALÓN Y ESCOLANO - LUIS ANTONIO(LINO ANTONIO)
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 1
-1847

PEDRO LANGOSTA (ARTICULO TRADUCIDO CON RIBETES MÍOS)
DARGALLO -GREGORIO URBANO
LA LUNETA
-1847 -68-71/75-76

PEPÍN Y EL JOROBADO
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -53-55

PEPITO M.
ABENAZIR
REVISTA GADITANA
-1839 -532-534

PERICO SIN MIEDO
ARIZA -JUAN DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -67-71

PERLAS DEL ALMA
RODA -NICOLÁS DE
LA DISTRACCIÓN
-1845 -12

PESO DE UN POCO DE PAJA. LEYENDA PIADOSA
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -173-174

PETERS
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -297-300

PIEL DE ASNO
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

PIO IX Y EL PRISIONERO DE SAINT-ANGELO
CAMPO -MANUEL MARÍA DEL
LA LUNETA
-1847 -243-245

PLACER, RECUERDO Y OLVIDO
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837

¡¡¡POBRE DON MELITÓN!!!
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -7-8

POBRE LUCIA!
JUAN -L. DE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -212-215

POLICARPA. RECUERDOS DE LA AMÉRICA MERIDIONAL
TALAVERA -LINO
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -55-60/68-70

POR UN BÚFALO
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -244-246

PRETENDER POR ALTO
MESONERO ROMANOS - RAMÓN DE
ESCENAS MATRITENSES
-1832

PRINCIPIO DE UNA HISTORIA QUE HUBIERA TENIDO FIN SI EL QUE LA CUENTA LA HUBIERA CONTADO TODA
ÁLVAREZ -MIGUEL DE LOS SANTOS
EL PENSAMIENTO
-1841 -83-92

PRISION DE BOADBIL
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -209-212

PULPETE Y BALBEJA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831 -1 -66-69

PULPETE Y BALBEJA
ESTÉBANEZ CALDERÓN - SERAFÍN
ESCENAS ANDALUZAS
-1843 -1-7

¡QUE DIA! O LAS SIETE MUJERES. CUENTO FANTASTICO.
V. -E.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -307-312

¡¡QUÉ FELIZ SOY!!...
JULIO
REVISTA DE TEATROS
-1841 -50-52

QUERER DE MIEDO
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
LA RISA
-1843

¿QUIÉN SERA?
LÓPEZ DE CRISTÓBAL - SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N37(4-6)

RAIMUNDO
CAÑETE -MANUEL
LA AUREOLA
-1840

RAMIRO
OCHOA -EUGENIO DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -293-298

RAMIRO LIBERETTO
ANÓNIMO
EL CÍNIFE
-1845 -Nº. 1-2

RASGO ROMANTICO
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -174-176

RASGOS DE UNA GENEROSIDAD SIN EJEMPLO
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -8 -67-68/75-79

RECUERDO HISTORICO: LA BATALLA DE RONCESVALLES
MAGÁN -NICOLÁS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -52-54

RECUERDO DE AMOR
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837

RECUERDOS DE UN BAUTIZO
LÓPEZ DE CRISTÓBAL - SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N31(1-3)

RECUERDOS DE UN MÉDICO
CÁNOVAS DEL CASTILLO - ANTONIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -393-395/403404/425-427

RECUERDOS POETICOS
ROMERO LARRAÑAGA - GREGORIO
LA MARIPOSA
-1840

REFLEXIONES QUE CURARON LOS ZELOS DE UN RECIÉN CASADO.
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -8 -275-279

RIQUET DEL COPETE
ANÓNIMO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

ROBERTO DE MONWRAY
VIVES -E.
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -81-88

ROBO DE UN NIÑO RECIEN NACIDO. ANÉCDOTA HISTÓRICA
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1806 -9 -201-204

RODRIGO NARVAEZ Y SU CAUTIVO
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -151-153

RODRIGO O LA PERDIDA DE ESPAÑA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -97-101

ROMANCE CASTELLANO
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834 -2 -Nº2 NUEVA SERIE 3-5

ROSA Y FERMIN O EL CAZADOR EN EL VALLE
ANÓNIMO
MEMORIAL LITERARIO
-1805 -3 -412-420

ROSA. CUENTO.
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N17(1-3)

RUI LOPEZ DE AVALOS O EL CERCO DE BENAVENTE
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL SIGLO XIX
-1837 -1 -52-54

RUINAS
NAVARRO VILLOSLADA - FRANCISCO
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842 -N7(36), N8(57-58), N9(65-66)

RUY DIAZ DE VIVAR
TRUEBA Y COSSÍO - TELESFORO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

SALEROSA.CUENTO TERCERO
TRIGUEROS -CANDDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -1 -159-172

SECRETOS DE FAMILIA
FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS - ANGEL
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -252-256/272-276/303-307

SEIS CONVIDADOS
ANÓNIMO
MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1850 -8 -233

SIBILA FORCIA, MUGER DE PEDRO IV DE ARAGON EL.,
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -253-260/274-279

SIBILA O EL HEROÍSMO DEL AMOR CONYUGAL.
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1807 -11 -153-158

SIGLO XI
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -49-50

SIGLO XII
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -9-11

SIGLO XIV
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -1837 -1-3

SIGLO XV
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -17-18

SIN CASA NI HOGAR. CUENTOS MORALES
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -28-31

SIR EVERHARD
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826

SOLA
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -342-344/350-351

SOLEDADES DE UN TINTERO
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845

SOR LUTGARDA
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1883 -253-294

STELLINA. BALADA.
VICETTO PEREZ. -BENITO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845 -10 -239-240

STEPHEN
OCHOA -EUGENIO DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -234-238/243-48/255-62

STRADELLA O LA VENGANZA. 1676
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -90-93

SULTAN Y CELINDA. EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS CANES
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -45-46

SUSPIROS DE UN GUARDAPELO
NEIRA DE MOSQUERA - ANTONIO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITERATURA
-1845

TÁNTALO
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -7-12

TEMPESTADES DEL CORAZON
PUJOL Y BOADA -LORENZO
EL TROVADOR
-1846 -125-127/143-145/167-169/175-177/190-19

TERESA
ROS DE OLANO -ANTONIO
-1845

TIO Y SOBRINO. FELIPE SEGUNDO Y DON SEBASTIÁN DE
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO) -FRANCISCO
EL PANORAMA
-1840 -3 Y -(3)

TISAFERNA. SENTIMIENTOS, PENSAMIENTOS, PADECIMIENTOS,
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSÉ HERIBERTO
OBRAS POETICAS Y LITERARIAS
-1863 -1 -335-362

TODOS SON LOCOS
CASTELLANOS (EL TÍO PILILI) -BASILIO SEBASTIÁN
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -26-29

TRAGICO ACCIDENTE OCURRIDO EN UN BAÑO
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -139-144

TRES AMANTES Y NINGUNO! O LOS ULTIMOS AÑOS DE..
MUÑOZ MALDONADO -JOSÉ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -62-69/84-95

TRIBULACIONES DE UN REMENDERO. CUENTO POPULAR..
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1855 -19 -20-21

TRIUNFAR DESPUES DE MORIR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE - FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -246-248

TROPIEZOS DE UNA ESCALERA
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
EL ENTREACTO
-1839

UN ABAD COMO HAY MUCHOS Y UN COCINERO COMO NO HAY NINGUNO
GODOY ALCÁNTARA -JOSÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -236-238

¡¡UN ADÚLTERO!!
RÍOS -JOSÉ AMADOR DE LOS
EL CISNE
-1838 -45-48/56-59

UN AJUSTE DE BODA
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841 -6 -199-200/202-203

UN AMIGO LADRÓN
A.M. -A
LA ESPERANZA
-1839 -1 -27-30/37-38

UN AMOR DE ESTUDIANTE
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSE HERIBERTO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -276-278/284-287

UN AMOR DE ESTUDIANTE
GARCÍA DE QUEVEDO -JOSE HERIBERTO
OBRAS POETICAS Y LITERARIAS
-1863 -2 -477-489

UN AMOR DESGRACIADO
F.G. -C.
EL ENTREACTO
-1839

UN BAILE DE CANDIL
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -202-206/211

UN BAILE DE MASCARAS
DESVENTURAS -D
EL LICEO VALENCIANO
-1841 -1 -37-40

UN BAILE EN EL BARRIO DE SAN GERMÁN EN PARÍS
OCHOA -EUGENIO DE
EL IRIS
-1841 -189-193/220-224

UN BAILE EN EL BARRIO DE SAN GERMÁN EN PARÍS
OCHOA -EUGENIO DE
CORREO DE ULTRAMAR
-1860 -338

UN BAILE EN EL BARRIO DE SAN GERMÁN EN PARÍS
OCHOA -EUGENIO DE
PARÍS, LONDRES Y MADRID
-1861 -130-157

UN BARBARO Y UN BARBERO
UN AFICIONADO LUGAREÑO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -254-255/259-260

UN BIENHECHOR DESCONOCIDO
ANÓNIMO
CORREO DE SEVILLA
-1805 -6 -81-85

UN CARCOMIDO CUERPO
L***
LA CRÓNICA
-1844 -36-40

UN CASO RARO.
OCHOA -EUGENIO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -20-21

UN CUAKERO
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1839 -1 -212-218

UN CUENTO DE HADAS
NAVARRETE -RAMÓN DE
EL SIGLO PINTORESCO
-1846 -2 -228-231/254-257/272-276

UN CUENTO DE PESCADOR
M.B. -M.
EL SIGLO PINTORESCO
-1845 -1 -131-137

UN CUENTO DE VIEJA
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -13-14

UN DESAFIO (COSTUMBRES)
ANÓNIMO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -26-28

UN DESAFIO EN SANTO DOMINGO
ANÓNIMO
REVISTA GADITANA
-1839 -493-496

UN DESAFIO EN SANTO DOMINGO
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1840 -3 -264-266

UN DESENGAÑO. NOVELA QUE PARECE HISTORIA
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1847 -4 -241-242

UN DIA BIEN EMPLEADO O LA VIDA DE UN MINISTRO
LICENCIADO REDONDO, EL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -91-94

UN DÍA DE UN JUGADOR
MIÑANO -SEBASTIÁN DE
EL CENSOR
-1824 -14 -407-420

UN DUELO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -310-312

UN DUELO EN TIEMPOS DE LA LIGA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -21-24

UN EGOÍSTA
J.
LA ALHAMBRA
-1839 -6 -92-93

UN EJEMPLO TRISTE DE MORAL
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ -AGUSTÍN
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821 -4 -67-75

UN EMBAJADOR ESPAÑOL EN LA CORTE DE INGLATERRA
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844 -2 -192-193

UN ENCUENTRO
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1847 -4 -62

UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL
M***
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -88-90

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESCOCIA
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -83-90

UN ESPAÑOL Y UN INGLES
ANÓNIMO
REVISTA DE TEATROS
-1841 -44-46

UN HURON
COLL -GASPAR FERNANDO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -13-14

UN IMPOSIBLE
GIL -ISIDORO
LA ESPERANZA
-1840 -2 -4-6/9-12/17-20

UN LECHO DE ESPINAS
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -198-210

UN MAYORAZGO. COSTUMBRES ANDALUZAS
L
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -82-83/90-92

UN MILITAR DESHONRADO
D. -S. L.
EL LICEO VALENCIANO
-1841 -3 -180-184/218-225

UN MISTERIO EN CADA FLOR
ROMERO LARRAÑAGA -GREGORIO
LA MARIPOSA
-1840

¡¡¡UN MUERTO!!!
DÍAZ -CLEMENTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839 -4 -197-199

UN PENSAMIENTO MALO
GÁLVEZ -ANGEL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -97-98

UN PINTOR DE MUESTRAS
ANÓNIMO
EL IRIS
-1847 -2 -250-253

UN PINTOR DE MUESTRAS
ANÓNIMO
LA LUNETA
-1847 -374-376

UN PINTOR DE MUESTRAS
ANÓNIMO
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848

UN PUJILATO. COSTUMBRES INGLESAS.
MADRAZO -AURELIANO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -91-93

UN QUID PRO QUO
FERNÁN CABALLERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -202-203

UN RECUERDO
ESPRONCEDA -JOSÉ DE
EL PENSAMIENTO
-1841 -60-64

UN RECUERDO
NÚÑEZ DE ARENAS -B.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -68-69

UN RECUERDO DE ARANJUEZ
PRÍNCIPE -MIGUEL AGUSTÍN
EL LABERINTO
-1845 -283-284/302-303/311/323-326

UN RECUERDO DE CARNAVAL
SORIANO Y FUERTES -MARIANO
DELIRIOS DE JUVENTUD
-1849

UN REGALO DEL EMPERADOR CARLOS V
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
EL RENACIMIENTO
-1847 -12-14/30-32

UN REINO POR UN AZOR. LEYENDA DEL SIGLO 10
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -339-342

UN ROMÁNTICO MAS
R DE Q -M
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837 -2 -120-122

UN SACO DE ROMA
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -2

UN SUEÑO
D.
CORREO DE SEVILLA
-1806 -8 -267-272

UN SUEÑO
P. -G.
LA ESMERALDA
-1846 -13/1 -102-103/107-109/115-117

UN SUEÑO
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1846 -3 -325

UN SUEÑO
URSOZ -J.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837 -2ª -94-96

UN SUEÑO EN EL TEATRO
SANZ -EULOGIO FLORENTINO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844 -9 -280/286-288

UN SUEÑO EN PARÍS. EL TEATRO Y EL CEMENTERIO.
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -393-398

¡¡¡UN SUSPIRO!!!
RODA -NICOLÁS DE
LA ALHAMBRA
-1841 -4 -342-345

UN TESTAMENTO FALSO
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849 -14 -243-245/255-256/260-262

UN TROVADOR
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -58-60

UN TUDOR
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -1

UN VALENCIANO Y UN GALLEG0
MENÉNDEZ -BALDOMERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843 -8 -365-368

UN VIAJE A LA ETERNIDAD
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -105-109

UNA ACUARELA
TALAVERA -LINO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -1

UNA AGALLA DE CIPRÉS
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863 -146-168

UNA AVENTURA DE MIGUEL ANGEL EN VENECIA
ANÓNIMO
NO ME OLVIDES
-1837 -N36(4-6)

UNA BODA EN MADRID
ESTUDIANTE, EL
REVISTA GADITANA
-1839 -149-153

UNA BOTELLA DE VENENO
PARDO DE LA CASTA -JOAQUÍN
EL FÉNIX
-1847 -4 -443-444

UNA BUENA ESPECULACION
OCHOA -EUGENIO DE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836 -1 -29-31

UNA CARESTÍA EN PALERMO
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -69

UNA CARGA DE CABALLERÍA
FUENTE -VICENTE DE LA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840 -5 -271-272

UNA CASA DE BAÑOS
PRAVIA -CARLOS DE
EL TROVADOR
-1846 -156/162-164/172

UNA CITA
PASTOR DÍAZ -NICOMEDES
-1837

UNA CITA
PASTOR DÍAZ -NICOMEDES
OBRAS DE DON NICOMEDS PASTOR DIAZ
-1867 -3 -3-31

UNA CONCIENCIA POCO TRANQUILA
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N35(4)

UNA CONVERSIÓN
ANÓNIMO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846 -2 -122-126

UNA CRUZ EN TOLEDO
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N10(1-4)

UNA DECEPCIÓN
ANÓNIMO
EL ENTREACTO
-1835

UNA DEUDA SATISFECHA
BELZA -J.
EL FÉNIX
-1846 -3 -355-356/365-366
UNA ESCENA DE AMORES EN UN BUQUE
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -N8(3-5)
UNA EXPEDICIÓN DE LAS TRIBUS DEL ATLAS
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -1
UNA FALSIFICACION EN EL SIGLO XII
BERMEJO -I.A.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849 -7 -233-234
UNA HECHICERA
BERMÚDEZ DE CASTRO -JOSÉ
LA ESPERANZA
-1839 -1 -273-277/281-285/289-293/297-300/305-31
UNA HECHICERA
BERMÚDEZ DE CASTRO -JOSÉ
REVISTA GADITANA
-1839 -10-12/22-27/40-44
UNA HISTORIA JUDAICA DEL SIGLO CATORCE
CAÑETE -MANUEL
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -418-420
UNA HISTORIA JUDAICA DEL SIGLO XIV
CAÑETE -MANUEL
EL FÉNIX
-1844
UNA HORA DE UN DIA
NEIRA DE MOSQUERA -ANTONIO
EL REFLEJO
-1843 -N26(203-204)
UNA ILUSIÓN PERDIDA
MONTES -LUIS DE
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -101-106
UNA IMPRESION SUPERSTICIOSA
MADRAZO -PEDRO DE
NO ME OLVIDES
-1837 -Nº 9. 1-4
UNA JUSTA
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846 -11 -9-11
UNA LOCURA POR OTRA
LÓPEZ DE CRISTÓBAL -SEBASTIÁN
NO ME OLVIDES
-1837 -N34(5-6)
UNA MADRE HOLANDESA
SALAS Y QUIROGA -JACINTO DE
EL LABERINTO
-1847 -1 -159-161
UNA MARTIR DESCONOCIDA O LA HERMOSURA POR CASTIGO
HARTZENBUSCH -JUAN EUGENIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -13-15
UNA MUGER MISTERIOSA
NAVARRETE -RAMÓN DE
EL SIGLO PINTORESCO
-1847 -3 -85-88/109-112/156-159/204-208/227-231
UNA MUJER PREÑADA
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1840 -4 -45-48
UNA NARIZ
BRETÓN DE LOS HERREROS -MANUEL
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -294-297
UNA NOCHE DE MÁSCARAS EN VILLAHERMOSA
ROMERO ORTIZ -A
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
UNA NOCHE DIVERTIDA
GARCÍA DONCEL -CARLOS
EL IRIS
-1847 -2 -9-13/27-30
UNA NOCHE EN EL MAR
HAZAÑAS -MANUEL MARÍA
LA ALHAMBRA
-1839 -2 -303-305
UNA NOCHE EN UN FARO
P -A
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848 -13 -300-304
UNA ORGÍA
ANÓNIMO
EL PANORAMA
-1838
UNA ORGIA EN EL MAR
GUERRERO Y PALLARÉS -TEODORO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -163-164
UNA PASIÓN DESENFRENADA
VICENTE Y ALMAZÁN -MIGUEL
EL LICEO VALENCIANO
-1841 -2 -86-90
UNA PASIÓN EN EL DESIERTO
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -189-192
UNA PASION MISTERIOSA
SALES MAYO (ARISTIPO) -FRANCISCO
EL REFLEJO
-1843 -N8 (62-63)
UNA PRINCESA DEL LIBANO
CREUS -CARLOS
REVISTA DE MADRID
-1841 -254-265
UNA REVOLUCIÓN TURCA
ANÓNIMO
LA ALHAMBRA
-1840 -3 -151-155/167-168
UNA SOLA FALTA. ANÉCDOTA HISTÓRICA
MORA -JOSÉ JOAQUÍN DE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826
UNA TRIBULACIÓN
AGUILÓ -TOMÁS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883 -345-360
UNA ÚLTIMA ENTREVISTA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -135-136
UNA VISISTA AL CEMENTERIO
AGUILÓ -TOMÁS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS CUENTOS Y FANTASÍAS
-1883 -85-97
UNA VISITA DE ENCARGO
MARTÍN REDONDO -FERNANDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847 -12 -411-413
UNA Y TRES
DIANA -MANUEL JUAN
LA ILUSTRACIÓN
-1850 -2 -254
UNAS HOJAS MARCHITAS
MENÉNDEZ -BALDOMERO
EL LABERINTO
-1847 -1 -259-262/273-275
UNOS AMORES EN EL SIGLO DE LOS FÓSFOROS
CASTRO Y SERRANO -JOSÉ DE
LA LUNETA
-1847 -156-157
VALOR DEL AGUA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1844 -72
VAYA UN VIAJE!
ESPAÑA -BERNABÉ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850 -15 -102-103
VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD. CUENTO MORAL
ANÓNIMO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837 -2
VICISITUDES DE LA GUERRA
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -403-408/412-414

VIDA DE DON ALONSO PEREZ DE GUZMÁN EL BUENO
TRIGUEROS -CÁNDIDO MARÍA
MIS PASATIEMPOS
-1804 -2 -121-180

VIDA DEL SEÑOR CONEJO
RUIZ AGUILERA -VENTURA
LA LUNETA
-1847 -76-78/86-87/92-93/100-101/106-107/117-

VIRIATO
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848 -6 -194-196

VISITA AL INFIERNO
ANÓNIMO
EL FÉNIX
-1845

VUELTA A LA ESPERANZA
PIFERRER -PABLO
COMPOSICIONES POÉTICAS DE...
-1851 -61-65

WAMBA EL TRIUNFADOR
FERNÁNDEZ VILLABRILLE -FRANCISCO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -202-205

WERNER EPISODIO DE LA GUERRA DE ARGEL.
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -361-365

WLADIMIRO DE RUSIA
ANÓNIMO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837 -1

YA ES TARDE. HISTORIA ROMANTICA DEL SIGLO XIII
ANÓNIMO
CORREO DE LAS DAMAS
-1833 -1 -73

YAGO YASCH (CUENTO FANTASTICO)
MADRAZO -PEDRO DE
EL ARTISTA
-1836 -3 -29-34/42-46/53-58

ZADIG BAJÁ.
ANÓNIMO
LA CRÓNICA
-1845 -282-288

ZAMBRI. LEYENDA.
SATORRES -RAMÓN DE
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842 -N1(6-8)

ZENOBIA
OCHOA -EUGENIO DE
EL ARTISTA
-1835 -1 -44-47/55-59

ZENOBIA
OCHOA -EUGENIO DE
CORREO DE ULTRAMAR
-1862 -226

ZINGA, REINA DE MATAMBA Y DE ANGOLA
ANÓNIMO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843 -1 -129-134

A
DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-1-3
A
LA REINA EGILONA
EL SIGLO PINTORESCO
-1846-2-127-131
A-Mª
EL ESCUDO DE CIEN SUELDOS
REVISTA GADITANA
-1839-509-511
A.
JULIA. FRAGMENTO.
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -91-92
A.-J. A.
EDUARDO
EL LICEO VALENCIANO
-1841-1-53-55/61-64
A.-M. V.
EL PERRO LEGATARIO
EL LICEO VALENCIANO
-1841-3-212-218
A.M.-A
UN AMIGO LADRÓN
LA ESPERANZA
-1839-1-27-30/37-38
ABEJITA, LA
AVENTURAS DE UN HOLANDÉS EN ESPAÑA
EL CÍNIFE
-1845-Nº2:1-2/Nº3:2-3
ABEJITA, LA
INTRIGAS DE NEIRA
EL CÍNIFE
-1845-Nº 7:1-2
ABENAZIR
PEPITO M.
REVISTA GADITANA
-1839-532-534
AGUILO-TOMÁS
APRENSIONES Y CASUALIDADES
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-24-38
AGUILÓ-TOMAS
DOS GUIRNALDAS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1883-199-232
AGUILÓ-TOMÁS
AMOR EN EL INFIERNO
LA PALMA
-1840-39-42
AGUILÓ-TOMÁS
DESASTRE DE FELANITX
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-39-46
AGUILÓ-TOMÁS
EL CAMPANARIO DE SAN MIGUEL
LA PALMA
-1840-152-155
AGUILÓ-TOMÁS
EL CARBONERO DE LA ERMITA
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-169-197
AGUILÓ-TOMÁS
EL INFANTE DE MALLORCA
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-313-360
AGUILÓ-TOMÁS
EL INFANTE DE MALLORCA
LA PALMA
-1840-185-192/197-202
AGUILÓ-TOMÁS
EL VALLE DE LOS CIPRESES
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-19-23
AGUILÓ-TOMÁS
EL VALLE DE LOS SAUCES
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-13-18
AGUILÓ-TOMÁS
EL VALLE DE LOS SAUCES
LA PALMA
-1840-234-236
AGUILÓ-TOMÁS
ENRIQUE NÚÑEZ
LA PALMA
-1840-113-115
AGUILÓ-TOMÁS
HOMONIMIA
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883-339-344
AGUILÓ-TOMÁS
JUDAS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883-329-332
AGUILÓ-TOMÁS
LA CRUZ DEL OLIVO
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-68-74
AGUILÓ-TOMÁS
LA TARDE DEL CORPUS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-211-224
AGUILÓ-TOMÁS
LA TROPA DE ANDRAITX
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-47-67
AGUILÓ-TOMÁS
LAS DISCIPLINAS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-361-386
AGUILÓ-TOMÁS
LAS DISCIPLINAS
LA FE
-1844-1-167-184
AGUILÓ-TOMÁS
LAS PERSIANAS
LA PALMA
-1840-72-75
AGUILÓ-TOMÁS
LOGICA A SECAS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883-369-380
AGUILÓ-TOMÁS
LOS 154 VOTOS
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883-361-368
AGUILÓ-TOMÁS
LOS MONIGOTES
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883-333-338
AGUILÓ-TOMÁS
MORIR SONRIENDO
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-225-240
AGUILÓ-TOMÁS
NUÑEZ EL MALO
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-1-6
AGUILÓ-TOMÁS
SOR LUTGARDA
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1883-253-294
AGUILÓ-TOMÁS
TÁNTALO
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-7-12
AGUILÓ-TOMÁS
UN LECHO DE ESPINAS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-198-210
AGUILÓ-TOMÁS
UNA AGALLA DE CIPRÉS
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS. CUENTOS Y FANTASÍAS
-1863-146-168
AGUILÓ-TOMÁS
UNA TRIBULACIÓN
ARTÍCULOS LITERARIOS (TOMO 6. OBRAS COMPLETAS)
-1883-345-360
AGUILÓ-TOMÁS
UNA VISISTA AL CEMENTERIO
A LA SOMBRA DEL CIPRÉS CUENTOS Y FANTASÍAS
-1883-85-97

ALARCÓN-LUIS
GRACIAS DE LA INFANCIA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-124-125
ALFARO-AGUSTIN DE
CARLOS Y ADELA. CUENTO.
EL ALBA
-1838-NIII(6-8), NIV(3-4)
ALFARO-AGUSTIN DE
EL TEMA DEL DR GALL. CUENTO.
EL ALBA
-1838-NVII(4-6), NIX(2-5)
ALONSO-I. G.
BLANCA Y GERARDO
LA ESPERANZA
-1839-1-241-243
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
AGONIAS DE LA CORTE (1)
EL IRIS.
-1841-13-18/69-72
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
AGONIAS DE LA CORTE (2)
EL PENSAMIENTO
-1841-126-133/158-164
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
AMOR PATERNAL
EL PENSAMIENTO
-1841-283-286
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
DOLORES DE CORAZON
EL PENSAMIENTO
-1841-196-199
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
EL GATO
-1892
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
EL HOMBRE SIN MUJER
-1868
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
GACETA SENTIMENTAL DEL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1853
-1853
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
LOS JOVENES SON LOCOS
NO ME OLVIDES
-1837-N18(3-6), N19(3-5),N20(4-7)
ÁLVAREZ-MIGUEL DE LOS SANTOS
PRINCIPIO DE UNA HISTORIA QUE HUBIERA TENIDO...
EL PENSAMIENTO
-1841-83-92
ANAYA-F. P. DE
DON ALFONSO DE CORDOVA Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-225-230/249-254
ANDUAGA ESPINOSA-BALTASAR
EL CABALLERO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -57-62
ANDUAGA ESPINOSA-BALTASAR
ELODIO Y ADOLFO
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO. II
-1847
ANDUAGA ESPINOSA-BALTASAR
LAURA
EL GALLO Y LA PERLA
-1847
ANDUEZA-JOSE MARIA DE
GARCI-LASO DE LA VEGA. EPISODIO HISTORICO DEL..
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-356-359
ANDUEZA-JOSE MARIA DE
LA CAPITANA. UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCINAR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-221-223/225-229
ANDUEZA-JOSE MARIA DE
MARIANO. NOVELA DE COSTUMBRES.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-259-261
ANDUEZA-JOSE MARÍA DE
CARLOTA CORDAY. UN EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-363-367
ANDUEZA-JOSE MARÍA DE
EL ERMITAÑO DE SAN JUAN O LA NIÑA ENCANTADA, NOVELA FANTÁSTICA
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845
A
NDUEZA-JOSE MARÍA DE
EL MORRILLO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-217-220
ANDUEZA-JOSE MARÍA DE
LA NOCHE GRANDE DE TOLEDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-37-39
ANDUEZA-JOSE MARÍA DE
LA VENTA DE ALUENDA Y LOS ARRIEROS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-409-412
ANÓNIMO
¡HA SIDO UNA CHANZA!
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837-2-35-37
ANÓNIMO
1519
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-81-83
ANÓNIMO
ABEN-HAMET. NOVELA HISTÓRICA
EL PANORAMA
-1841-5-149-152
ANÓNIMO
ADELA
CORREO DE LAS DAMAS
-1834
ANÓNIMO
AL CRIMEN UNA VENGANZA
LA ESMERALDA
-1846-160
ANÓNIMO
AMORES DEL REY RODRIGO CON LA PRINCESA ELIATA
LA CRÓNICA
-1845-206-207
ANÓNIMO
*ANÁLISIS DE LAS MEMORIAS DE MADAMA G****
CORREO DE SEVILLA
-1805-6-137-142/145-150/153-158
ANÓNIMO
ANDRÉS DEL SARTO
LA CRÓNICA
-1844-78
ANÓNIMO
ANÉCDOTA DE UNA PRICESA RUSA
MEMORIAL LITERARIO
-1803-4-310-313
ANÓNIMO
ANÉCDOTA QUE SUCEDIO AL PROFESOR JUNKER
MEMORIAL LITERARIO
-1801-1-128-131

ANÓNIMO
ANTES Y DESPUÉS
CORREO DE LAS DAMAS
-1833-1-59-60
ANÓNIMO
ANTONIO PEREZ. 1577-1596
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838-3-448-451/456-460
ANÓNIMO
AÑO 956
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-75-76
ANÓNIMO
ARTEMISA
MINERVA O EL REVISOR GENERAL
-1805-111-112
ANÓNIMO
ASMODEO
EL SIGLO XIX
-1837-186
ANÓNIMO
AVENTURA DE UN GATO GALÁN
LA ESPERANZA
-1840-2-20-22
ANÓNIMO
AVENTURA DE UN PARISIENSE
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-60-62
ANÓNIMO
AVENTURAS DE UN INGLÉS EN LA SIBERIA
CORREO DE SEVILLA
-1808-13-245-249/253-256/261-265/269-273
ANÓNIMO
AVENTURAS SINGULARES DE UN ESPAÑOL EN LA ISLA DE JAMAICA
CORREO DE SEVILLA
-1808-14-33-36/41-45/49-53
ANÓNIMO
BENADKIR. CUENTO ORIENTAL
EL IRIS
-1841
ANÓNIMO
BERNARDO DEL CARPIO
EL SIGLO PINTORESCO
-1846-2-243-249
ANÓNIMO
BLANCA CAPELO. LEYENDA VENECIANA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838-3-743-745
ANÓNIMO
BOGISLAO X, DUQUE DE POMERANIA, LLAMADO EL GRANDE. ANÉCDOTA
CORREO DE SEVILLA
-1804-3-81-85/89-91
ANÓNIMO
CARLOS EL MALO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-49-54
ANÓNIMO
CARLOTA. (CAUSAS CELEBRES)
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-31-39
ANÓNIMO
CASTIDAD, PUREZA, PUDOR
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
CATALINA DE BRAY. CRÓNICA DEL SIGLO XV
LA ESPERANZA
-1840-2-103-104
ANÓNIMO
CAUSA CÉLEBRE DE VOLHINIA
LA CRÓNICA
-1845-201-204
ANÓNIMO
CINCO MIL DUROS DE RENTA
LA CRÓNICA
-1844-93-94
ANÓNIMO
CINCUENTA AÑOS DE REINADO Y CATORCE DIAS DE FELICICIDAD
EL PANORAMA
-1839-2-119-124/152-154/170-173/204-208
ANÓNIMO
CLEMENCIA. (CAUSAS CELEBRES)
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-17-21
ANÓNIMO
CREDULIDAD JUDAICA. AVENTURA RARA
CORREO DE SEVILLA
-1805-7-229-231
ANÓNIMO
CUATRO CABEZAS POR UNA
LA CRÓNICA
-1845-133-135
ANÓNIMO
DE COMO LOS MUERTOS SALEN ALGUNAS VECES DE LA...
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-287-292
ANÓNIMO
DE LA URBANIDAD
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
DEL DICHO AL HECHO HAY GRANDE TRECHO. CUENTO MORAL.
MEMORIAL LITERARIO
-1806-5-140-144
ANÓNIMO
DEL PUDOR
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
DESAFÍO CÉLEBRE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
ANÓNIMO
DON JUAN
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS (BARCELONA)
-1838-1-84-94
ANÓNIMO
DON PANFILO BOBALICON
EL VAPOR
-1833-4 DE MAYO. 3.
ANÓNIMO
DON PEDRO DE CASTILLA Y SU PRIVADO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-229-231/235-239
ANÓNIMO
DON ZACARIAS
EL SIGLO XIX
-1837-1-204-205
ANÓNIMO
DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA
LA CRÓNICA
-1845-371-375
ANÓNIMO
DOS PAGINAS DE LAS MEMORIAS DE UN SORDO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-2-74-77/92-95
ANÓNIMO
EDUARDO SPENCER
EL SIGLO XIX
-1838-2-177-182
ANÓNIMO
EJEMPLO DE FIDELIDAD CONYUGAL
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
EL 9 DE HANS RUDIRER
LA ESPERANZA
-1840-2-85-86
ANÓNIMO
EL ALEMÁN Y LA JUDÍA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-134-136/158-160
ANÓNIMO
EL AMANTE A PRUEBA
LA ESPERANZA
-1840-2-66-73
ANÓNIMO
EL AMANTE DESENGAÑADO. CUENTO
CORREO DE SEVILLA
-1803-1-53-54

ANÓNIMO
EL AMOR EN LA ALDEA
LA ESPERANZA
-1840-2-109-110
ANÓNIMO
EL ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO CELEBRADO POR EL HIMENEO
MEMORIAL LITERARIO
-1806-6-42-45
ANÓNIMO
EL ANTEOJO Y LA TROMPETILLA
MINERVA O EL REVISOR GENERAL
-1805-204-210
ANÓNIMO
EL ARCO DEL VIOLINISTA FIORILLO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-30-31
ANÓNIMO
EL ARTISTA DEL SIGLO XIV
EL SIGLO XIX
-1838-2-55-57
ANÓNIMO
EL BAILARIN(HISTORIA NO DE AYER, PERO TAMPOCO..)
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-5-190-191
ANÓNIMO
EL BARBA AZUL
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
EL BARCO DE LOS MUERTOS
LA ESPERANZA
-1839-1-5-8
ANÓNIMO
EL BENEFICIO PAGADO
MEMORIAL LITERARIO
-1806-5-182-187
ANÓNIMO
EL CABALLERO DOBLE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-397-398/404-405
ANÓNIMO
EL CABALLERO NEGRO. NOVELA HISTORICA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-412-415
ANÓNIMO
EL CALIFA Y EL JARDINERO
LA ESPERANZA
-1839-1-71-72
ANÓNIMO
EL CANÓNIGO CON DOS CONCIENCIAS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS (BARCELONA)
-1840-3-274-280
ANÓNIMO
EL CASTILLO DE LOS APENINOS
EL FÉNIX
-1846
ANÓNIMO
EL CASTILLO FEUDAL DE MAGACELA
LA CRÓNICA
-1845-188-189
ANÓNIMO
EL CIGARRITO
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-2
ANÓNIMO
EL COCHERO DEL GENERAL R.
LA CRÓNICA
-1844-41-43
ANÓNIMO
EL CONDE DE BARCELONA
EL IRIS
-1847-2-76-78/105-109/122-125/139-143
ANÓNIMO
EL CONSEJO DE VENUS
CORREO DE SEVILLA
-1805-7-1-4/9-13
ANÓNIMO
EL CORAZÓN VERDADERAMENTE MATERNO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
EL DESAFIO, SUCESO VERDADERO
MEMORIAL LITERARIO
-1804-6-243-251
ANÓNIMO
EL DEVOCIONARIO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-249-251
ANÓNIMO
EL DIA VENTUROSO
MEMORIAL LITERARIO
-1805-4-181-192
ANÓNIMO
EL DIABLO ENANO
REVISTA DE TEATROS
-1842-2-101-103/109-11
ANÓNIMO
EL DOS DE MAYO. HISTORIA CONTEMPORÁNEA
LEYENDAS POPULARES
-1848
ANÓNIMO
EL ERMITAÑO
CORREO DE LAS DAMAS
-1835-3-105-108/121-124/140-142/174-175/185-189
ANÓNIMO
EL ESCLAVO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-302-04/306-10/314-15/327-28/331-34/343-44/350-51
ANÓNIMO
EL ESPECTRO
LICEO ARTISTICO Y LITERARIO
-1838-NII(24-35)
ANÓNIMO
EL ESPEJO ENCANTADO. NOVELA ALEMANA
EL ESPAÑOL
-1845
ANÓNIMO
EL ESTUDIANTE DE HEIDELBERG
LA ESPERANZA
-1840-2-116-119
ANÓNIMO
EL FASTIDIO
REVISTA DE TEATROS
-1841-1-235-236/246-247
ANÓNIMO
EL GATO MAESTRO O CON BOTAS
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
EL HOMBRE MISTERIOSO
EL SIGLO XIX
-1837-1-92-95
ANÓNIMO
EL HUESPED. PARABOLA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-127
ANÓNIMO
EL JUEZ DE SU MISMO PADRE. ANÉCDOTA
CORREO DE SEVILLA
-1804-4-238-239
ANÓNIMO
EL JUICIO DE SALOMÓN
LA CRÓNICA
-1845-414-415
ANÓNIMO
EL LOCO POR LA PENA ES CUERDO
CORREO DE SEVILLA
-1806-9-65-68
ANÓNIMO
EL MAESTRO LESCH
LA CRÓNICA
-1845-239-240
ANÓNIMO
EL MANIQUÍ
CORREO DE LAS DAMAS
-1833
ANÓNIMO
EL MANUSCRITO DE UN SUICIDA. NOVELA ORIGINAL.
LA AUREOLA
-1840-2-3--20-24/36-43/52-56

ANÓNIMO
EL MATRIMONIO DE LA CASADA
EL SIGLO XIX
-1838-2-168-174
ANÓNIMO
EL MATRIMONIO SENTIMENTAL
EL VAPOR
-1833-25 DE MAYO. 3-4
ANÓNIMO
EL NACIMIENTO DE LOPE DE VEGA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-302-304
ANÓNIMO
EL PADRE IGNACIO
CORREO DE LAS DAMAS
-1835-3-265-269/273-277/287-284
ANÓNIMO
EL PADRE JUEZ Y VERDUGO
LA CRÓNICA
-1844-52-53
ANÓNIMO
EL PAJARO DE NOVIEMBRE. FANTASÍA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-358-360
ANÓNIMO
EL PÍFANO PRUSIANO
LA ESPERANZA
-1840-2-93-96
ANÓNIMO
EL PISTOLETAZO. NOVELA RUSA
REVISTA DE TEATROS
-1841-1-247-251/265-266
ANÓNIMO
EL PREMIO DE LA SANGRE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-39-43
ANÓNIMO
EL PRIMER AMOR DE UN REY
EL LABERINTO
-1848-2-338-340
ANÓNIMO
EL PRÍNCIPE DE LARGA CABELLERA
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-1
ANÓNIMO
EL PRINCIPE POR UN DIA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-375-76/383-84/391-92/396-97
ANÓNIMO
EL PULGARCILLO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
EL PUÑAL DEL CAPUCHINO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-171
ANÓNIMO
EL RATÓN ENAMORADO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-334-336
ANÓNIMO
EL REY ÁRABE Y EL POETA
LA ESPERANZA
-1839-1-201-202
ANÓNIMO
EL REY JUAN FIRMANDO LA GRAN CARTA
LA CRÓNICA
-1844-58-63
ANÓNIMO
EL RICOTE DE CUATRO DIAS
EL VAPOR
-1833-18 DE MAYO. 3-4
ANÓNIMO
EL SACRILEGIO CASTIGADO
EL REFLEJO
-1843-N26(206-207)
ANÓNIMO
EL SEGUNDO SOL. HISTORIA ANECDÓTICA DEL SIGLO XIX
REVISTA DE TEATROS
-1841-1-166-169/185-188/202-205
ANÓNIMO
EL TESORO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-148-151/157-160
ANÓNIMO
EL TIEMPO Y LA VERDAD, APOLOGO.
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-4-325=327
ANÓNIMO
EL TRABAJO DE MANOS
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
EL TURBION DE NIEVE
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848
ANÓNIMO
EL ÚLTIMO REY DE GRANADA
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-2
ANÓNIMO
EL VAMPIRO. LEYENDA ESCOCESA
LA ESPERANZA
-1840-2-178
ANÓNIMO
EL VIOLÍN MALDITO.
LA TARÁNTULA
-1842-92
ANÓNIMO
EL VIVAC. CUENTO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-45-47/50-52
ANÓNIMO
EL VIVACH
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -85-86/92-93
ANÓNIMO
ELENA (RELACION HISTORICA)
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-4-206-211
ANÓNIMO
EN BERLINA
EL BACHILLER HONDURAS
-1850-7 SEPTIEMBRE. 6-8
ANÓNIMO
EN LA CALLE
LA ESPERANZA
-1840-2-2-4
ANÓNIMO
ENIGMA DE UN RUSTICO A SU REY
CORREO DE SEVILLA
-1808-14-82-85
ANÓNIMO
EPISODIO DE LA VIDA DE UN GRAN POETA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-379-382
ANÓNIMO
ESCENAS DE UN CORSARIO
LA ESPERANZA
-1839-1-321-323/329-330
ANÓNIMO
FANTASIA. EL PAJARO DE NOVIEMBRE.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-358-360
ANÓNIMO
FATALIDAD
LA ESPERANZA
-1840-2-193-194
ANÓNIMO
FIDELIDAD CONYUGAL
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-289-291/297-300
ANÓNIMO
FIESCO
EL SIGLO XIX
-1838-2-81-85
ANÓNIMO
FIN DE SIGLO PASTORIL
MEMORIAL LITERARIO
-1805-4-222-237

ANÓNIMO
FONTANA Y EL PAPA SISTO. TRADICIIÓN
LEYENDAS POPULARES
-1848
ANÓNIMO
FRANCISCO O LA NOCHE DE BODAS
LA CRÓNICA
-1845-137-143
ANÓNIMO
FUNDACION DEL MONASTERIO DEL PARRAL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838-3-687-691
ANÓNIMO
GAUDRINS EL NEGRO
LA ESPERANZA
-1840-2-190-192
ANÓNIMO
HAMET Y RASCHID, CUENTO ÁRABE
MEMORIAL LITERARIO
-1805-1-235-239
ANÓNIMO
HERNANDO DE CORDOBA, EL VEINTICUATRO. LEYENDA HISTORICA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-39-40/45-48
ANÓNIMO
HIPOTECA SINGULAR
LA CRÓNICA
-1845-119
ANÓNIMO
HISTORIA ARABE. LA AZUCENA DE GRANADA
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-Nº 45. 1-3
ANÓNIMO
HISTORIA DE DON ALFONSO DE CORDOVA Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL
ALMACÉN DE FRUTOS LITERARIOS
-1818-1-161-194
ANÓNIMO
HISTORIA DE JACOBO JOHNSON
CORREO DE SEVILLA
-1805-5-267-270
ANÓNIMO
HISTORIA DE MARÍA FEDEROVNA
CORREO DE SEVILLA
-1804-6-207-212
ANÓNIMO
HISTORIA DE PANTEA Y ABRADATES
CORREO DE SEVILLA
-1803-1-1-6
ANÓNIMO
HISTORIA DE UNO DE LOS NIÑOS DE ECIJA
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-2-185-192
ANÓNIMO
HISTORIA DE VANDA, REINA DE POLONIA
CORREO DE SEVILLA
-1806-10-109-110
ANÓNIMO
HISTORIA DEL SIGLO XVIII
EL SIGLO XIX
-1838-2-4-7/24-28/50-55/73-76/86-89
ANÓNIMO
IWAN Y LODOWISKA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-5-346-349
ANÓNIMO
KOREM Y ZENDAR. CUENTO TÁRTARO
CORREO DE SEVILLA
-1805-4-241-245/249-252
ANÓNIMO
LA APARICIÓN DEL DIFUNTO
MEMORIAL LITERARIO
-1805-1-283-287
ANÓNIMO
LA BALA DE ORO
EL PANORAMA
-1839-2-101-105
ANÓNIMO
LA BATALLA DE LEPANTO
LA DISTRACCIÓN
-1845-41-43/49-51/57-58/66-68/81-83
ANÓNIMO
LA BRUJA
EL SIGLO XIX
-1838-2-147-155
ANÓNIMO
LA CAJA DE AHORROS, CUENTO MORAL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-18-20
ANÓNIMO
LA CAMPANA DE LAS TRES
MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1850-8-145
ANÓNIMO
LA CAMPANA DE SAN JUSTO
LA ESPERANZA
-1840-2-22
ANÓNIMO
LA CANCIÓN DE ELOÍSA
LA CRÓNICA
-1844-23-24
ANÓNIMO
LA CAPA ROJA. CUENTO NOCRURNO.
EL PANORAMA
-1839-1-6-11
ANÓNIMO
LA CAPERUCITA ENCARNADA
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LA CASA DE ENFRENTE. HISTORIA DE AHORA
LA ILUSTRACIÓN
-1850-2-94-118
ANÓNIMO
LA CENIZOSA O LA CHINELILLA DE VIDRIO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LA COMETA
EL PANORAMA
-1840-3-298-300
ANÓNIMO
LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-2
ANÓNIMO
LA CONSTANTE CORDOBESA
EL ARTISTA
-1836-3-89-93
ANÓNIMO
LA COPA ENVENENADA
LA ESPERANZA
-1840-2-165-167
ANÓNIMO
LA CORONA Y EL HACHA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-25-30
ANÓNIMO
LA CRUZ DE ORO
EL LABERINTO
-1848-2-331-332/341-343/347-348/358-360/366-367/370-371/..
ANÓNIMO
LA DAMA BLANZA DE ALENZÓN
LA CRÓNICA
-1844-13-14
ANÓNIMO
LA DAMA INCÓGNITA
CORREO DE LAS DAMAS
-1835-3-194-197/203-206
ANÓNIMO
LA DESDICHA EN EL FAVOR
LA CRÓNICA
-1844-1-6/10-13/19-22
ANÓNIMO
LA DIESTRA PRINCESA O LAS AVENTURAS DE FINILLA
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829

ANÓNIMO
LA ECONOMIA DE UN REAL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-34-36
ANÓNIMO
LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA. NOVELA HISTORICA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-22-28/234-238.....
ANÓNIMO
LA ESTRELLA CAUTIVA. HISTORIA ANECDOTICA DEL SIGLO XIX
REVISTA DE TEATROS
-1841-1-235-236/246-247
ANÓNIMO
LA FAMILIA DE TORRIJY
LA ESPERANZA
-1839-1-121-124/140-141/145-147
ANÓNIMO
LA FORTUNA DE SER LOCO. AÑO DE 1762
LA ESPERANZA
-1840-2-33-36/41-44
ANÓNIMO
LA FUERZA DEL AMOR
CORREO DE SEVILLA
-1805-5-249-250
ANÓNIMO
LA GENEROSIDAD. APOLOGO
CORREO DE SEVILLA
-1804-4-117-118
ANÓNIMO
LA GOLONDRINA
MEMORIAL LITERARIO
-1805-4-40-46
ANÓNIMO
LA HERMOSA DEL BOSQUE DURMIENTE
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LA HIJA DE LA VIUDA Y EL BANDOLERO DE BORINA
LA CRÓNICA
-1844-78-79
ANÓNIMO
LA HUÉRFANA RECONOCIDA
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LA INCLINACIÓN SECRETA
CORREO DE SEVILLA
-1808-13-213-217
ANÓNIMO
LA ITALIANA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-5-204-209
ANÓNIMO
LA JOVEN SUCIA
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LA LITERATA INGLESA CONVERTIDA EN PREDICADORA
CORREO DE SEVILLA
-1806-9-230
ANÓNIMO
LA LOGICA DE LAS PASIONES
LA ESPERANZA
-1840-2-73-74
ANÓNIMO
LA MANO IMPROVISADA. UNA AVENTURA DE MIGUEL ANGEL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-134-135
ANÓNIMO
LA MAÑANA DE UN LITERATO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-381-383
ANÓNIMO
LA MIEL LABRADA
EL SIGLO XIX
-1837-1-145-150
ANÓNIMO
LA NAVAJA DE TRASMISIÓN
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848
ANÓNIMO
LA NOVIA Y EL MUERTO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-21-24
ANÓNIMO
LA RECÍPROCA CONSOLACIÓN
MEMORIAL LITERARIO
-1805-2-53-56
ANÓNIMO
LA RELIGIÓN ES EL MANANTIAL DE TODAS LAS VIRTUDES
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LA RESPUESTA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-282-284
ANÓNIMO
LA SEMEJANZA
LA ESPERANZA
-1839-1-77-78
ANÓNIMO
LA SEÑORITA DE FROISSY
REVISTA ENCICLOPÉDICA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA
-1843-241-254
ANÓNIMO
LA SEÑORITA DE LA FAILLE
REVISTA ENCICLOPÉDICA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA
-1843-298-312
ANÓNIMO
LA SORTIJA
EL VAPOR
-1833-20 DE ABRIL. 3-4
ANÓNIMO
LA ÚLTIMA NOCHE DE UNA REINA
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-129-132
ANÓNIMO
LA VENGANZA CORSA
LA LUNETA
-1847-81-83
ANÓNIMO
LA VERDADERA AMISTAD. CUENTO ARABE
MEMORIAL LITERARIO
-1805-4-280-285
ANÓNIMO
LAS DOS PERLAS
EL FÉNIX
-1844-1-9-11/21-23/33-35/37-38/55-56
ANÓNIMO
LAS HADAS
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
LAS TRES GOTAS
MEMORIAL LITERARIO
-1805-2-148-152/196-200
ANÓNIMO
LAS WILIS
LA CRÓNICA
-1843-290
ANÓNIMO
LAURA
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO II
-1847
ANÓNIMO
LEYENDA DE SOR BEATRIZ
REVISTA PENINSULAR
-1838-227-246
ANÓNIMO
LEYENDA FLAMENCA
LA CRÓNICA
-1844-7

ANÓNIMO
LO QUE ENCIERRA UNA GOTA DE ACEITE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-350-351
ANÓNIMO
LORD WILLIAMS R.
EL ENTREACTO
-1839
ANÓNIMO
LOS AMANTES AHOGADOS
CORREO DE SEVILLA
-1806-8-167-168
ANÓNIMO
LOS AMANTES DE LAS MASCARAS
CORREO DE LAS DAMAS
-1834
ANÓNIMO
LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS
CORREO DE LAS DAMAS
-1835-3-262-262
ANÓNIMO
LOS BLANCOS Y AZULES
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848
ANÓNIMO
LOS DIAMANTES DE LA REINA. 1756
LA ESPERANZA
-1839-1-99-102/106-111/113-117
ANÓNIMO
LOS DOCE DERVICES. CUENTO ORIENTAL SACADO DE LA DÉCADA FILOSÓFICA
MEMORIAL LITERARIO
-1804-5-270-277
ANÓNIMO
LOS DOS AMANTES
EL FÉNIX
-1846
ANÓNIMO
LOS DOS HERMANOS
REVISTA DE TEATROS
-1842-2-172-173/178-180/189-191
ANÓNIMO
LOS DOS HUERFANOS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-46-48
ANÓNIMO
LOS ESPOSOS
CORREO D ELAS DAMAS
-1834
ANÓNIMO
LOS FUGITIVOS
LA CRÓNICA
-1844-43-44
ANÓNIMO
LOS GEMELOS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-97-100
ANÓNIMO
LOS GITANOS. ANÉCDOTA HISTÓRICA.
CORREO DE SEVILLA
-1806-8-234-240/243-247
ANÓNIMO
LOS HABITANTES DE LA TIERRA EN LA LUNA
VARIEDADES DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES
-1804-306-308
ANÓNIMO
LOS HIJOS DE CARLO MAGNO
EL SIGLO XIX
-1838-2-113-119/135-141
ANÓNIMO
LOS HUESOS DEL R. P. HILARION
EL PANORAMA
-1839-1-169-174
ANÓNIMO
LOS LADRONES EN LONDRES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-309-311
ANÓNIMO
LOS LOBOS
EL SIGLO XIX
-1838-2-103-107
ANÓNIMO
LOS NIÑOS BIENHECHORES; EL RECONOCIMIENTO
MEMORIAL LITERARIO
-1805-3-130-133
ANÓNIMO
LOS OJOS DE LA NOVIA
EL ENTREACTO
-1839
ANÓNIMO
LOS WILLIS
LA CRÓNICA
-1845-289-291
ANÓNIMO
LUCCIOLA
REVISTA DE EUROPA
-1846-1-112-118/232-240/308-313/370-379
ANÓNIMO
M DE WODENBLOCK. HISTORIA MARAVILLOSA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-74-76
ANÓNIMO
MANUEL EL RAYO
REVISTA GADITANA
-1839-393-399/405-416
ANÓNIMO
MANUEL EL RAYO. NOVELA DE COSTUMBRES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-67-69/77-79/84-86/93-95/101-104
ANÓNIMO
MARIA
LA ESPERANZA
-1839-1-193-195
ANÓNIMO
MARIA
OBERVATORIO PINTORESCO
-1837
ANÓNIMO
MARIA TARAKANOFF. NOVELA HISTORICA.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-197-205/228-232
ANÓNIMO
MARIA TSIGANEK
LA ESPERANZA
-1839-1-175-177/183-187
ANÓNIMO
MARIA Y ALFONSO. RECUERDOS DEL SIGLO XVII
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-226-229
ANÓNIMO
MARIA-FELIPE
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -78-80
ANÓNIMO
MEMORIAS DE UN VERDUGO. NOVELA
LEYENDAS POPULARES
-1848
ANÓNIMO
MIS PRIMEROS AMORES
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831-1-210-212
ANÓNIMO
MISS KELMER
LA CRÓNICA
-1845-115-118
ANÓNIMO
MURILLO Y CERVANTES
EL FÉNIX
-1844-1-182-184
ANÓNIMO
NINA ORFANA
REVISTA DE TEATROS
-1842-2-78-79/87-88
ANÓNIMO
NISIDA
LA ESPERANZA
-1840-2-51-54
ANÓNIMO
NO Y SI. -SI, PUES SI.
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-2-42-44/60-62
ANÓNIMO
OBSTINACION VENCIDA POR EL AMOR
CORREO DE SEVILLA
-1807-11-249-252
ANÓNIMO
OMAR Y RAYAB
EL ENTREACTO
-1839

ANÓNIMO
PABLO ALLERTON
LA CRÓNICA
-1844-97-100
ANÓNIMO
PADILLA Y LOS COMUNEROS
LA CRÓNICA
-1845-209-214
ANÓNIMO
PAULINO Y LAS SIETE MUJERES. CUENTO ALEGORICA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-5-290-295
ANÓNIMO
PEPÍN Y EL JOROBADO
LA CRÓNICA
-1844-53-55
ANÓNIMO
PETERS
LA CRÓNICA
-1845-297-300
ANÓNIMO
PIEL DE ASNO
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
POR UN BÚFALO
LA CRÓNICA
-1845-244-246
ANÓNIMO
RAMIRO LIBERETTO
EL CÍNIFE
-1845-Nº. 1-2
ANÓNIMO
RASGOS DE UNA GENEROSIDAD SIN EJEMPLO
CORREO DE SEVILLA
-1806-8-67-68/75-79
ANÓNIMO
REFLEXIONES QUE CURARON LOS ZELOS DE UN RECIÉN...
CORREO DE SEVILLA
-1806-8-275-279
ANÓNIMO
RIQUET DEL COPETE
BARBA AZUL O LA LLAVE ENCANTADA
-1829
ANÓNIMO
ROBO DE UN NIÑO RECIEN NACIDO. ANÉCDOTA HISTÓRICA
CORREO DE SEVILLA
-1806-9-201-204
ANÓNIMO
ROMANCE CASTELLANO
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-Nº2 NUEVA SERIE 3-5
ANÓNIMO
ROSA Y FERMIN O EL CAZADOR EN EL VALLE
MEMORIAL LITERARIO
-1805-3-412-420
ANÓNIMO
SEIS CONVIDADOS
MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1850-8-233
ANÓNIMO
SIBILA O EL HEROÍSMO DEL AMOR CONYUGAL. ANÉCDOTA DEL SIGLO XII
CORREO DE SEVILLA
-1807-11-153-158
ANÓNIMO
SIN CASA NI HOGAR. CUENTOS MORALES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-28-31
ANÓNIMO
STRADELLA O LA VENGANZA. 1676
LA ESPERANZA
-1839-1-90-93
ANÓNIMO
UN BAILE DE CANDIL
LA ESPERANZA
-1839-1-202-206/211
ANÓNIMO
UN BIENHECHOR DESCONOCIDO
CORREO DE SEVILLA
-1805-6-81-85
ANÓNIMO
UN CUAKERO
LA ESPERANZA
-1839-1-212-218
ANÓNIMO
UN DESAFIO (COSTUMBRES)
LA ESPERANZA
-1840-2-26-28
ANÓNIMO
UN DESAFIO EN SANTO DOMINGO
REVISTA GADITANA
-1839-493-496
ANÓNIMO
UN DESAFIO EN SANTO DOMINGO
EL PANORAMA
-1840-3-264-266
ANÓNIMO
UN DUELO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-310-312
ANÓNIMO
UN DUELO EN TIEMPOS DE LA LIGA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-21-24
ANÓNIMO
UN ESPAÑOL Y UN INGLES
REVISTA DE TEATROS
-1841-44-46
ANÓNIMO
UN PINTOR DE MUESTRAS
LA LUNETA
-1847-374-376
ANÓNIMO
UN PINTOR DE MUESTRAS
EL IRIS
-1847-2-250-253
ANÓNIMO
UN PINTOR DE MUESTRAS
EL HISTORIADOR PALMESANO
-1848
ANÓNIMO
UN SACO DE ROMA
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-2
ANÓNIMO
UN SUEÑO EN PARÍS. EL TEATRO Y EL CEMENTERIO.
LA CRÓNICA
-1845-393-398
ANÓNIMO
UN TESTAMENTO FALSO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-243-245/255-256/260-262
ANÓNIMO
UN TROVADOR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-58-60
ANÓNIMO
UN TUDOR
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-1
ANÓNIMO
UN VIAJE A LA ETERNIDAD
LA CRÓNICA
-1844-105-109
ANÓNIMO
UNA AVENTURA DE MIGUEL ANGEL EN VENECIA
NO ME OLVIDES
-1837-N36(4-6)
ANÓNIMO
UNA CARESTÍA EN PALERMO
LA CRÓNICA
-1844-69
ANÓNIMO
UNA CONVERSIÓN
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-2-122-126
ANÓNIMO
UNA DECEPCIÓN
EL ENTREACTO
-1835
ANÓNIMO
UNA EXPEDICIÓN DE LAS TRIBUS DEL ATLAS
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-1

ANÓNIMO
UNA JUSTA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-9-11
ANÓNIMO
UNA MUJER PREÑADA
EL PANORAMA
-1840-4-45-48
ANÓNIMO
UNA ORGÍA
EL PANORAMA
-1838
ANÓNIMO
UNA PASIÓN EN EL DESIERTO
LA CRÓNICA
-1845-189-192
ANÓNIMO
UNA REVOLUCIÓN TURCA
LA ALHAMBRA
-1840-3-151-155/167-168
ANÓNIMO
UNA ÚLTIMA ENTREVISTA
LA CRÓNICA
-1845-135-136
ANÓNIMO
VALOR DEL AGUA
LA CRÓNICA
-1844-72
ANÓNIMO
VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD. CUENTO MORAL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837-2
ANÓNIMO
VICISITUDES DE LA GUERRA
LA CRÓNICA
-1845-403-408/412-414
ANÓNIMO
VISITA AL INFIERNO
EL FÉNIX
-1845
ANÓNIMO
WERNER EPISODIO DE LA GUERRA DE ARGEL.
LA CRÓNICA
-1845-361-365
ANÓNIMO
WLADIMIRO DE RUSIA
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-1
ANÓNIMO
YA ES TARDE. HISTORIA ROMANTICA DEL SIGLO XIII
CORREO DE LAS DAMAS
-1833-1-73
ANÓNIMO
ZADIG BAJÁ.
LA CRÓNICA
-1845-282-288
ANÓNIMO
ZINGA, REINA DE MATAMBA Y DE ANGOLA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-129-134
ARIZA-JUAN DE
AMOR A VISTA DE PAJARO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-294-95/308-11/315-18/325-27/341-42/350-52/358-59..
ARIZA-JUAN DE
CASTILLOS EN EL AIRE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-98-99
ARIZA-JUAN DE
DOS FLORES Y DOS HISTORIAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-4-7/10-12
ARIZA-JUAN DE
DOS SECRETOS. NOVELA ORIGINAL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852-17-237-40/242-43/253-55/262-63/270-72/275-79.
ARIZA-JUAN DE
EL CABALLITO DISCRETO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-117-118
ARIZA-JUAN DE
EL CABALLO DE SIETE COLORES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-243-244/263-264/278-280
ARIZA-JUAN DE
HISTORIA DE AMORES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1856-20-122-124
ARIZA-JUAN DE
HISTORIA DE UN ÁLBUM
EL RENACIMIENTO
-1847-93-94
ARIZA-JUAN DE
LA CRUZ DE LA ESMERALDA. TRADICION POPULAR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-164-168
ARIZA-JUAN DE
LA PRINCESA DEL BIEN PODRA SER
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-334-336
ARIZA-JUAN DE
PERICO SIN MIEDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-67-71
ASED-JAVIER DE
AMOR DE MADRE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-6
ASQUERINO-EUSEBIO
MARIA. CUENTO.
EL ALBA
-1838-NV(3-7)
AZARA-JUAN MANUEL DE
EL RESENTIMIENTO DE UN CONTRABANDISTA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-115-117
AZARA-JUAN MANUEL DE
EL RESENTIMIENTO DE UN CONTRABANDISTA
EL IRIS
-1841-269-272
AZARA-JUAN MANUEL DE
LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-347-350/356-358
AZARA-JUAN MANUEL DE
LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.
EL IRIS
-1841-98-102/114-117
AZCONA
LA BODA DE RITA. CUENTO ROMANTICO
EL PANORAMA
-1839-2-331-334
AZCONA
LAS AVENTURAS DE LORENZA
EL PANORAMA
-1839-1 Y -TOMO 1:251-253. TOMO 2:7-12
AZCONA
LOS CRUZADOS EN VENECIA O LA FINGIDA EMPERATRIZ
EL PANORAMA
-1839-1-197-201/219-220/231-233/241-245/265-267/275-278
AZCONA
MIS DIABLURAS
EL PANORAMA
-1840-4-139-144
B.-A.
CADA OVEJA CON SU PAREJA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-90-92
B.-A.
LA FLOR DE LA DICHA. LEYENDA GALLEGA DEL SIGLO XII
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-34-40

B.-AMALIA
LA PARTIDA DE DADOS
EL GENIL
-1843-3
B.-C.
LA TORRE DE BEN-ABIL. NOVELA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-122-124/131-33/142-44/147-48/158-60
B. DE LA J.-J. DE LA
EL AMOR SIN ALAS
VARIEDADES DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES
-1804-11-303-305
BALAGUER-VICTOR
ORIENTAL
EL ESPÓSITO
-1845-41-43
BARALT-RAFAEL MARIA
EL TERROR DE LA MUERTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-29-31
BARALT-RAFAEL MARIA
HISTORIA DE UN SUICIDIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-28-30
BARRANTES-VICENTE
EL ESPEJO DE LA VERDAD. CUENTO FANTASTICO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853-18-20-23/37-38/53-55/67-70
BARRANTES-VICENTE
LA QUERIDA DEL SOLDADO. NOVELA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-269-271/278-80/286-87/291-95
BELZA-J.
UNA DEUDA SATISFECHA
EL FÉNIX
-1846-3-355-356/365-366
BENÍTEZ-FULGENCIO
EL VETERANO
EL IRIS
-1841-252-258
BENÍTEZ-FULGENCIO
LA HIJA DE UN PINTOR
EL IRIS
-1841-131-135/151-155
BERATERRECHEA-J. R. DE
LOS INCONVENIENTES DE LA CURIOSIDAD
REVISTA DE ESPAÑA, DE INDIAS Y DEL EXTRANJERO
-1846-5-256-278
BERMEJO-I.A.
DOÑA INES DE CASTRO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-121-126
BERMEJO-I.A.
EL CASTILLO DE SALOBREÑA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-12-13
BERMEJO-I.A.
EL INCÓGNITO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-175-176
BERMEJO-I.A.
EL SOMBRERO DE FELIPE II
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-46-48
BERMEJO-I.A.
EVASION DE PIPPERDA DEL ALCAZAR DE SEGOVIA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-5-8
BERMEJO-I.A.
LA HUIDA A EGIPTO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-266-267
BERMEJO-I.A.
LA REBELION DE LOS MORISCOS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-106-111
BERMEJO-I.A.
LOS CABALLEROS TEMPLARIOS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-25-31
BERMEJO-I.A.
LOS TRES AMIGOS DE LEPANTO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-21-24
BERMEJO-I.A.
RODRIGO NARVAEZ Y SU CAUTIVO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-151-153
BERMEJO-I.A.
UNA FALSIFICACION EN EL SIGLO XII
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-233-234
BERMÚDEZ DE CASTRO-JOSÉ
ALUCINACION!!!
EL ARTISTA
-1835-2-223-227
BERMÚDEZ DE CASTRO-JOSÉ
CONVERSACIÓN DE SOBREMESA
REVISTA ANDALUZA
-1841-2-210-223/256-266
BERMÚDEZ DE CASTRO-JOSÉ
HISTORIA DE LA MUY NOBLE Y ESTIMADA SEÑORA LEONOR GARAVITO
EL ARTISTA
-1836-3-61-65/73-78
BERMÚDEZ DE CASTRO-JOSÉ
LOS DOS ARTISTAS
EL ARTISTA
-1835-1-281-286
BERMÚDEZ DE CASTRO-JOSÉ
UNA HECHICERA
REVISTA GADITANA
-1839-10-12/22-27/40-44
BERMÚDEZ DE CASTRO-JOSÉ
UNA HECHICERA
LA ESPERANZA
-1839-1-273-277/281-285/289-293/297-300/305-310
BLANCO WHITE-JOSÉ MARÍA
COSTUMBRES HÚNGARAS
VARIEDADES O MENSAJERO DE LONDRES
-1823
BLANCO WHITE-JOSÉ MARÍA
EL ALCAZAR DE SEVILLA
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1825
BLANCO WHITE-JOSÉ MARÍA
HISTORIA VERDAERA DE UN MILITAR RETIRADO
VARIEDADES O MENSAJERO DE LONDRES
-1823
BLANCO WHITE-JOSÉ MARÍA
INTRIGAS VENECIANAS
VARIEDADES O MENSAJERO DE LONDRES
-1823
BLANCO WHITE-JOSÉ MARÍA
LA MARCA EN LA FRENTE
VIDA (TOMO III, APENDICE VI)
-1845
BRAVO-EMILIO
LA PERLA DE CADIZ. NOVELA ORIGINAL
LA LUNETA
-1847-45-46/53-54

BRETÓN DE LOS HERREROS-MANUEL
EL MAYORAZGO DE LUCENA
OBRAS DE DON ... POESIAS
-1851-643-645
BRETÓN DE LOS HERREROS-MANUEL
LOS DICHOS
OBRAS DE DON... POESIAS
-1851-633-637
BRETÓN DE LOS HERREROS-MANUEL
LOS SASTRES
OBRAS DE DON... POESIAS
-1851-618-623
BRETÓN DE LOS HERREROS-MANUEL
UNA NARIZ
LA ALHAMBRA
-1840-3-294-297
C
LA INTERPRETACIÓN DE UN CUADRO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-101-102
C.
CUENTO SIMBOLICO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -63-64
C.-E.
HERIR POR LOS MISMOS FILOS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-230-233
C.-J.M.
MARIA
REVISTA GADITANA
-1839-565-569/577-581
C.-S.L. DE
EL CUENTO DE LA ABUELA
EL REFLEJO
-1843-N26(205-206)
C.D.D.-P.
EL DIA DE LA BODA
CORREO DE LAS DAMAS
-1833
CAMPO-MANUEL MARÍA DEL
LA MARQUESA DE BRINVILLIERS. NOVELA HISTÓRICA..
LA CRÓNICA
-1845-145-149/153-158/163-167/171-174
CAMPO-MANUEL MARÍA DEL
LA TRAICION DE UN REY
LA LUNETA
-1847-28-30
CAMPO-MANUEL MARÍA DEL
PIO IX Y EL PRISIONERO DE SAINT-ANGELO
LA LUNETA
-1847-243-245
CÁNOVAS DEL CASTILLO-ANTONIO
RECUERDOS DE UN MÉDICO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-393-395/403404/425-427
CAÑETE-MANUEL
EL CASTIGO DE UNA FALTA
EL GENIL
-1842-1-11-15
CAÑETE-MANUEL
FÁTIMA
EL GENIL
-1842-1-55-61
CAÑETE-MANUEL
LA HIJA DE ABEN-JUSEPH
EL GENIL
-1843-1-199-205/229-231
CAÑETE-MANUEL
RAIMUNDO
LA AUREOLA
-1840
CAÑETE-MANUEL
UNA HISTORIA JUDAICA DEL SIGLO CATORCE
LA ALHAMBRA
-1840-3-418-420
CAÑETE-MANUEL
UNA HISTORIA JUDAICA DEL SIGLO XIV
EL FÉNIX
-1844
CARDAÑO-PRIMITIVO ANDRÉS
ENTIERRO DE UN NIÑO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-358-359
CARRASCO-FELIPE RAMÓN
EL NEGRERO. EPISODIO MARITIMO
LA ESMERALDA
-1846-212-213/219-222
CARRERAS Y GONZÁLEZ-MARIANO
LOS CELOS. CUENTO TRAGI-CÓMICO
EL PASATIEMPO. REVISTA LITERARIA DEL GUIA
-1848-28-30
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
DON RODRIGO Y LA TORRE ENCANTADA DE TOELDO
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841-68-69
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
EL CENADOR
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA
-1836
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
HISTORIA DEL MORO ENAMORADO
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841-4-5
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
LA HERICA TORTOSANA O LAS DAMAS DEL PASATIEMPO
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841-92/96-100
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
LA HEROICA MUSUSLMANA
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA)
-1836
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
LA MAZMORRA
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA
-1836
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
LA TORRE ENCANTADA DE TOLEDO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-133-136
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
LA TRAICIÓN Y LA DESESPERACIÓN
EL CABALLERO DE MADRID (NOVELA
-1836
CASTELLANOS-BASILIO SEBASTIÁN
LOS FALSOS PROFETAS.BIZM Y LAHI Y RAHMANI Y BAHIM
EL BIBLIOTECARIO ESPAÑOL
-1841-83
CASTELLANOS (EL TÍO PILILI)-BASILIO SEBASTIÁN
EL Y ELLA. CUENTO ROMÁNTICO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -73-76
CASTELLANOS (EL TÍO PILILI)-BASILIO SEBASTIÁN
TODOS SON LOCOS
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -26-29

CASTOR DE CAUNEDO-NICOLÁS
EL CASTILLO DE GAUZON
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9
CASTOR DE CAUNEDO-NICOLÁS
EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-57-60
CASTOR DE CAUNEDO-NICOLÁS
LA BATALLA DE ALARCOS. EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA DEL SIGLO XII
LA CRÓNICA
-1844-27-30
CASTRO Y OROZCO-JOSÉ DE
LOS ÚLTIMOS GODOS
LA ALHAMBRA
-1841-4-448-453/462-467/475-479/487-492/498-504
CASTRO Y SERRANO-JOSE
LA MASCARADA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853
CASTRO Y SERRANO-JOSÉ DE
UNOS AMORES EN EL SIGLO DE LOS FÓSFOROS
LA LUNETA
-1847-156-157
COLL-GASPAR FERNANDO
UN HURON
LA ESPERANZA
-1840-2-13-14
CONDE DUQUE DE LARA-M. A.
ARINDAL
EL ARTISTA
-1835-2-9-11
CORONA BUSTAMANTE-FRANCISCO
EL CIPRÉS DEL GENERALIFE, TRADICIÓN ÁRABE DEL SIGLO XV
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845
CORTE Y RUANO CALDERÓN-MANUEL DE LA
DON ALONSO CORONEL O LA VENGANZA DEL CIELO. S XIV.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-274-277
CORTE Y RUANO CALDERÓN-MANUEL DE LA
DON JUAN EL TUERTO O EL BANQUETE Y EL SUPLICIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-75-76/84-87/91-92/101-102
CORTE Y RUANO CALDERÓN-MANUEL DE LA
LA BATALLA DE LOS LLANOS DE BAENA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-90-92/99
COSTANZO-SALVADOR
BEATRICE CENCI
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-150-152
CREUS-CARLOS
UNA PRINCESA DEL LIBANO
REVISTA DE MADRID
-1841-254-265
CUCALÓN Y ESCOLANO-LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
EL AMIGO DE LOS POBRES
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 2
-1847
CUCALÓN Y ESCOLANO-LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
LA CRUZ DE MADERA
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 2
-1847
CUCALÓN Y ESCOLANO-LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
LA VENGANZA DE UN HIJO
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 1
-1847
CUCALÓN Y ESCOLANO-LUIS ANTONIO (LINO ANTONIO)
MARIANA
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 1
-1847
CUCALÓN Y ESCOLANO-LUIS ANTONIO(LINO ANTONIO)
PEDRO EL PESCADOR
OCIOS DE INVIERNO. TOMO 1
-1847
D.
UN SUEÑO
CORREO DE SEVILLA
-1806-8-267-272
D.-N.
EL DIABLO ENANO
LA ESPERANZA
-1839-1-222-224/228-230/233-235
D.-S. L.
UN MILITAR DESHONRADO
EL LICEO VALENCIANO
-1841-3-180-184/218-225
D.P.-J.Z.
LAS CUEVAS DE SANTA ANA EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO
REVISTA DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO
-1843-5-39-47/85-95
DARGALLO-GREGORIO URBANO
PEDRO LANGOSTA (ARTICULO TRADUCIDO CON RIBETES MÍOS)
LA LUNETA
-1847-68-71/75-76
DELMAS-JUAN ERNESTO
GENTIL-ZUBI. TRADICION VIZCAINA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-374-375
DESVENTURAS-D
UN BAILE DE MASCARAS
EL LICEO VALENCIANO
-1841-1-37-40
DIANA-MANUEL JUAN
DONDE LAS DAN LAS TOMAN
EL LABERINTO
-1848-2-164-166/179-183/203-204
DIANA-MANUEL JUAN
UNA Y TRES
LA ILUSTRACIÓN
-1850-2-254
DÍAZ-CLEMENTE
¡¡¡POBRE DON MELITÓN!!!
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-7-8
DÍAZ-CLEMENTE
¡¡¡UN MUERTO!!!
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-197-199
DÍAZ-CLEMENTE
¡CALABAZAS!!!
COSTUMBRES DE LA MANCHA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-129-132
DÍAZ-CLEMENTE
ANGELA
EL SIGLO XIX
-1837-1-129-137
DÍAZ-CLEMENTE
CONRADO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-244-246

DÍAZ-CLEMENTE
EL BAILE DE ANIMAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-221-223
DÍAZ-CLEMENTE
EL HOMBRE ALCORNOQUE
EL SIGLO XIX
-1838-2-62-64
DÍAZ-CLEMENTE
EL HOMBRE OSCURO
EL SIGLO XIX
-1837-1-69-72
DÍAZ-CLEMENTE
EL MATRIMONIO MASCULINO. CUENTO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-130-132
DÍAZ-CLEMENTE
EL NOVENARIO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-293-94/302-304
DÍAZ-CLEMENTE
EL RAPTO DE BARBARA
EL SIGLO XIX
-1837-1-1-6
DÍAZ-CLEMENTE
EL SEPULTURERO
EL SIGLO XIX
-1837-1-34-40
DÍAZ-CLEMENTE
EL SESTO Y SÉPTIMO O ANALUCES Y MANCHEGOS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-181-184
DÍAZ-CLEMENTE
EL TÍO LOBERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-343-344
DÍAZ-CLEMENTE
LA CONQUISTA DE MALLORCA
EL SIGLO XIX
-1838-2-17-24
DÍAZ-CLEMENTE
LA FERIA DE ALMAGRO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-139
DÍAZ-CLEMENTE
LA LOCA DE KANADAL-STEIG
EL SIGLO XIX
-1837-1-180-185
DÍAZ-CLEMENTE
LA LONGEVIDAD
EL SIGLO XIX
-1837-1-62-64
DÍAZ-CLEMENTE
LA PROCESIÓN DE UN LUGAR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-273-276
DÍAZ-CLEMENTE
METAMORFOSIS NO CONOCIDA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-230-231
DÍAZ-CLEMENTE
RASGO ROMANTICO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-174-176
DÍAZ-CLEMENTE
SULTAN Y CELINDA. EPISODIO DE LA HISTORIA DE..
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-45-46
DÍAZ-CLEMENTE
UN AJUSTE DE BODA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-199-200/202-203
DÍAZ-CLEMENTE
UN CUENTO DE VIEJA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-13-14
E.-D.
EL TALISMÁN DEL ARTISTA
LA ALHAMBRA
-1841-4-31-35
EGUREN-JOSE MARIA DE
EL CERCO DE ZAMORA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-213-221/234-238
EMBOZADO, EL
DOÑA MARÍA DE MENDOZA
EL CISNE
-1838-183-189
ESCALANTE-JOSE ANTONIO
LA IGLESIA SUBTERRANEA DE SAN MIGUEL DE TOLOSA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-164-167
ESCOSURA-PATRICIO DE
DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA
REVISTA ENCICLOPÉDICA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA
-1843-196-227
ESCOSURA-PATRICIO DE LA
¡CUANDO EL RÍO SUENA!
EL IRIS
-1846-1 Y -203-205/236-238/313-318/332-333/395-397/....
ESCOSURA-PATRICIO DE LA
DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA
EL IRIS
-1846-1-74-78/106-110/122-126
ESPAÑA-BERNABÉ
¡VAYA UN VIAJE!
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-102-103
ESPÍNOLA-FELIX
EL ENSUEÑO DE JUAN PABLO
SEMANARIO ENCICLOPÉDICO
-1841-130
ESPÍNOLA-FELIX
LA VISITA NOCTURNA
EL IRIS
-1841-168-172
ESPÍNOLA-FELIX
LA VISITA NOCTURNA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-347-350
ESPÍNOLA-FÉLIX
LA VENGANZA CONYUGAL
EL IRIS
-1841-2
ESPRONCEDA-JOSÉ DE
DE GIBRALTAR A LISBOA. VIAJE HISTÓRICO.
EL PENSAMIENTO
-1841-174-177
ESPRONCEDA-JOSÉ DE
LA PATA DE PALO
NO ME OLVIDES
-1837-N23(1-3)
ESPRONCEDA-JOSÉ DE
LA PATA DE PALO
EL ARTISTA
-1835-1-138-140
ESPRONCEDA-JOSÉ DE
UN RECUERDO
EL PENSAMIENTO
-1841-60-64
ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
CAPITULO SUELTO DE CIERTA NOVELA EGEMPLAR...
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-4-354-357
ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
CATUR Y ALICK O DOS MINISTROS COMO HAY MUCHOS
NOVELAS CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-189-203

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
DON EGAS EL ESCUDERO Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-5-100-104

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
DON EGAS EL ESCUDERO Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-213-228

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
DON OPANDO
ESCENAS ANDALUZAS
-1843-85-130

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
EL COLLAR DE PERLAS
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-119-179

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
EL COLLAR DE PERLAS
REVISTA DE TEATROS
-1841

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
EL ROQUE Y EL BRONQUIS
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
HIALA NADIR Y BARTOLO
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
HIALA, NADIR Y BARTOLO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-4-212-215

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
HIALA, NADIR Y BARTOLO
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-203-212

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LA RIFA ANDALUZA
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LA RIFA ANDALUZA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LA SORPRESA
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -35-40

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LA SORPRESA
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-301-308

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LA SORPRESA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-63/68-69

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LA SORPRESA
ESCENAS ANDALUZAS
-1843

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-293-297

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831-2-188-191

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LOS FILOSOFOS EN EL FIGON
ESCENAS ANDALUZAS
-1846

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LOS FILOSOFOS EN EL FIGON
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-105-119

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA (NOVELA)
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-4-142-145

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
NOVELA ARABE
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-229-246

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
NOVELA ARABE
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831-1-106-110/158-160

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
PULPETE Y BULBEJA
ESCENAS ANDALUZAS
-1843-1-7

ESTÉBANEZ CALDERÓN-SERAFÍN
PULPETE Y BULBEJA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831-1-66-69

ESTUDIANTE, EL
UNA BODA EN MADRID
REVISTA GADITANA
-1839-149-153

F.-E.
LA VIEJA HILANDERA
LA MARIPOSA
-1839-227-230

F.-J.
CRONICAS DE CATALUÑA. UN BAUTISMO MISTERIOSO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-7-11

F.G.-C.
UN AMOR DESGRACIADO
EL ENTREACTO
-1839

F.T.-P.
CARLOTA CORDAY
LA ESPERANZA
-1839-1-149-51

FELIÚ DE LA PEÑA-A
LA PLEGARIA EN EL DESIERTO
EL PANORAMA
-1840-4-342-344

FERNÁN CABALLERO
CON MAL O CON BIEN A LOS TUYOS TE DEN. RELACION
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-69-70/73-80/85-87/92-94

FERNÁN CABALLERO
DOÑA FORTUNA Y DON DINERO. CUENTO POPULAR.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-334

FERNÁN CABALLERO
EL VENDEDOR DE TAGARNINAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-411-412
FERNÁN CABALLERO
JUAN HOLGADO Y LA MUERTE...
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-357-358
FERNÁN CABALLERO
JUAN SOLDADO. CUENTO POPULAR ANDALUZ RECOGIDO POR.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852-17-53-55
FERNÁN CABALLERO
JUSTA Y RUFINO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1855-19-75-77/83-85/90-91/102-03/127-28/135-36/142-43
FERNÁN CABALLERO
LA BUENA Y LA MALA FORTUNA. CUENTO POPULAR...
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852-17-282-283
FERNÁN CABALLERO
LA MADRE O EL COMBATE DE TRAFALGAR
EL ARTISTA
-1835-2-232-236
FERNÁN CABALLERO
LA OREJA DE LUCIFER. CUENTO POPULAR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852-17-282-283
FERNÁN CABALLERO
LA SUEGRA DEL DIABLO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-371-373
FERNÁN CABALLERO
LAS ANIMAS. CUENTO ANDALUZ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853-18-398
FERNÁN CABALLERO
LOS CABALLEROS DEL PEZ.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-242-244
FERNÁN CABALLERO
LOS DOS AMIGOS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-231-232
FERNÁN CABALLERO
LOS ESCOBEROS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-39-40
FERNÁN CABALLERO
MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853-18-150-51/156-59/166-67
FERNÁN CABALLERO
MATRIMONIO BIEN AVENIDO. LA MUJER JUNTO AL MARIDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-205-207/214-216
FERNÁN CABALLERO
PESO DE UN POCO DE PAJA. LEYENDA PIADOSA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-173-174
FERNÁN CABALLERO
SOLA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-342-344/350-351
FERNÁN CABALLERO
TRIBULACIONES DE UN REMENDERO. CUENTO POPULAR..
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1855-19-20-21
FERNÁN CABALLERO
UN QUID PRO QUO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-202-203
FERNÁNDEZ DE CORDOBA-FERNANDO
EL REGALO DE BODA
EL PANORAMA
-1838
FERNÁNDEZ DE CORDOBA-FERNANDO
LA CITA DEL CONVENTO
EL PANORAMA
-1837-2
FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA-FERNANDO
EL BASTARDO
EL SIGLO XIX
-1838-2-188-191
FERNÁNDEZ DE LOS RIOS-ANGEL
EL AMOR DE UNA MUGER
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-88-90/133-135/186-188/231-235
FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS-ANGEL
SECRETOS DE FAMILIA
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-252-256/272-276/303-307
FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE-AURELIANO
HISTORIA QUE PARECE CUENTO
LA ALHAMBRA
-1839-1-73-75
FERNÁNDEZ SANTIAGO-GUILLERMO
EL COMETA. CUENTO HISTORICO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-254-256
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
GARCÍA PÉREZ DE VARGAS
EL PANORAMA
-1840-4-154-156
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DAOIZ Y VELARDE O EL DOS DE MAYO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-77-80
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-43-45
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-282-288
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DON ALONSO DE AGUILAR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-218-220
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DON ENRIQUE EL DE LAS MERCEDES
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-5-8
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DON ENRIQUE EL DOLIENTE
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-136-138

FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DON JUAN DE AUSTRIA O LA BATALLA DE LEPANTO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-85-86
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DON NUÑO DE MENDOZA O EL ACAECIMIENTO AMOROSO
EL SIGLO XIX
-1837-1-152-154
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
DON PEDRO EL CRUEL
EL SIGLO XIX
-1837-1-257-261
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EL COMBATE DE TRAFALGAR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-263-269
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EL CONDE TEODOMIRO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-160-162
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EL CONQUISTADOR DE MEJICO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-3-6
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EL EMBAJADOR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-149-152
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EL SOCORRO DE MALTA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-199-203
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EL ULTIMO CONDE DE CASTILLA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-125-128
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
EXPEDICIONA A TUNEZ
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-130-134
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
GARCIA DE PAREDES
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-236-239
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
GARCILASO DE LA VEGA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-174-182
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
HERNAN SANCHEZ DE VARGAS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-3-5
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA COMPETENCIA GENEROSA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-245-247
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA CONQUISTA DE CORDOBA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-54-58
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA CONQUISTA DE TOLEDO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-31-33
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA CONQUISTA DEL PERU
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-154-159
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA CORTE DE JUAN II
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-287-290
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA DEFENSA DE CALATRAVA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-73-75
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-129-131
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LA REDENCION DE CAUTIVOS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-30-33
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LAS HAZAÑAS DE PULGAR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-49-52
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
LOS INFANTES DE ARAGON
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-116-118
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
PRISION DE BOADBIL
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-209-212
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
RODRIGO O LA PERDIDA DE ESPAÑA
EL SIGLO XIX
-1837-1-97-101
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
RUI LOPEZ DE AVALOS O EL CERCO DE BENAVENTE
EL SIGLO XIX
-1837-1-52-54
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
TRIUNFAR DESPUES DE MORIR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-246-248

FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESCOCIA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-83-90
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
VIRIATO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-194-196
FERNÁNDEZ VILLABRILLE-FRANCISCO
WAMBA EL TRIUNFADOR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-202-205
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ-MANUEL
EL DONCEL DE DON PEDRO DE CASTILLA
LA ALHAMBRA
-1840-3-55-58/64-68/76-80
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ-MANUEL
FRAGMENTO DE UNA LEYENDA ORIENTAL
REVISTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y ..DE GRANADA
-1847-1-2-2-4/9-11
FERRANDIS-J.
DOÑA DULCE DE ARAGON
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-177-181
FERRER-R
EL MAYOR ANDRE
EL FÉNIX
-1844-1-61-63
FILLOL-A
ALFREDO DE HOMAR
EL ENTREACTO
-1841
FLORES-ANTONIO
DON LIBORIO DE CEPEDA
EL LABERINTO
-1847-2-247-250
FLORES ARENAS-F.
LA ALAMEDA DEL PEREJIL. NOVELA GADITANA
REVISTA GADITANA
-1839-57-60/73-76/90-94/105-108/136-139
FUENTE-VICENTE DE LA
ANÉCDOTA HISTORICA. ENCUENTRO DE CARLOS II CON...
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-201-203
FUENTE-VICENTE DE LA
ANTONIO EL SICILIANO. ANECDOTA HISTORICA...
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-381-383/388-389
FUENTE-VICENTE DE LA
EL ALGUACIL ALGUACILADO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-21-24
FUENTE-VICENTE DE LA
LA BATALLA DE LAS NAVAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-66-69
FUENTE-VICENTE DE LA
LAS COLACIONES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-11-13
FUENTE-VICENTE DE LA
LAS SEGUNDAS NUPCIAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-203-207
FUENTE-VICENTE DE LA
LAS VAQUILLAS DE SAN ROQUE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-348-352
FUENTE-VICENTE DE LA
UNA CARGA DE CABALLERÍA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-271-272
G.-L.
LA VENGANZA GENEROSA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837-2-347-348
G.-M.
EL ROMÁNTICO. ESCENA EN GÉNOVA
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-Nº 46 1-3
G.-M.
LA SONÁMBULA
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-Nº 48. 1-2
G.-M.
LA VENECIANA
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-Nº 1 NUEVA SERIE 3-4
G. V.-LEMA
EL HOYUELO DE LA BARBA
LA DISTRACCIÓN
-1845-1-92-93/98-100/106-101
G.S.-T.
LAS VIRUELAS. APOLOGO.
VARIEDADES DE CIENCIA, LITERATURA Y ARTES
-1804-361-364
GÁLVEZ-ANGEL
AÑO 704
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -81-83
GÁLVEZ-ANGEL
AÑO DE 1028
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-33-34
GÁLVEZ-ANGEL
AÑO DE 1212
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-42-44
GÁLVEZ-ANGEL
CERVANTES EN MADRID
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-1837-54-55
GÁLVEZ-ANGEL
CUENTO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-38-39
GÁLVEZ-ANGEL
EL CRIMINAL
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-22-24
GÁLVEZ-ANGEL
SIGLO XI
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-49-50
GÁLVEZ-ANGEL
SIGLO XII
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-9-11
GÁLVEZ-ANGEL
SIGLO XIV
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-1837-1-3
GÁLVEZ-ANGEL
SIGLO XV
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-17-18
GÁLVEZ-ANGEL
UN PENSAMIENTO MALO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-97-98
GALLEGO-PEDRO LUIS
EL CUARTETO
NO ME OLVIDES
-1837-N26(1-3)
GALLEGO-PEDRO LUIS
EL LOCO!!
NO ME OLVIDES
-1837-Nº 15
GARCÍA CADENA-PELEGRÍN
DESVENTURAS DE UN ROMÁNTICO
EL FÉNIX
-1847-4-69-70/85-86/106-108/138-140

GARCÍA DE GREGORIO-EUGENIO
EL ASESINATO DEL MARQUÉS DE LA POZA O LAS CONSECUENCIAS DE UN
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-349-351
GARCÍA DE GREGORIO-EUGENIO
LA INFANTA GALIANA
LA CRÓNICA
-1845-160-162
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSE HERIBERTO
LA VUELTA DEL PRESIDIARIO
OBRAS POETICAS Y LITERARIAS
-1863-2-493-503
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSE HERIBERTO
LA VUELTA DEL PRESIDIARIO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-208-212
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSE HERIBERTO
UN AMOR DE ESTUDIANTE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-276-278/284-287
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSE HERIBERTO
UN AMOR DE ESTUDIANTE
OBRAS POETICAS Y LITERARIAS
-1863-2-477-489
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSÉ HERIBERTO
EL CASTILLO DE TANCARVILLE
EL RENACIMIENTO
-1847-38-39/45-47/63-64/71/79-80/95-96/109-111
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSÉ HERIBERTO
LA TERCERA DAMA DUENDE
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-260-262/280-283/300-303
GARCÍA DE QUEVEDO-JOSÉ HERIBERTO
TISAFERNA. SENTIMIENTOS, PENSAMIENTOS, PADECIMIENTOS, ESTUDIOS DEL
OBRAS POETICAS Y LITERARIAS
-1863-1-335-362
GARCÍA DONCEL-CARLOS
EL RELOJ DE LAS MONJAS DE SAN PLACIDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-214-216
GARCÍA DONCEL-CARLOS
UNA NOCHE DIVERTIDA
EL IRIS
-1847-2-9-13/27-30
GIL-ISIDORO
CAÍN Y ABEL
EL LABERINTO
-1847-1-8-10/21-23/37-38/48-49/81-82/103-106
GIL-ISIDORO
EL BARBERO DE UN VALIDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-292-4/28-9/37-9/43-5/55-6/50-60/79-80/85-87
GIL-ISIDORO
UN IMPOSIBLE
LA ESPERANZA
-1840-2-4-6/9-12/17-20
GIL Y CARRASCO-ENRIQUE
ANOCHECER EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA
EL CORREO NACIONAL
-1838
GIL Y CARRASCO-ENRIQUE
EL LAGO DE CARUCEDO. TRADICION POPULAR.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-228-29/235-39/242-47/250-55
GIL Y ZÁRATE-ANTONIO
DESVENTURAS DE UN POBRECITO AUTOR DE COMEDIAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838-3-793-795
GIL Y ZÁRATE.-ANTONIO
COSTUMBRES CABALLERESCAS. EL PASO HONROSO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838-3-639-642
GILBERT-IMBERTO
CLOTILDE DE FLORICOURT. PARIS 1638
EL SIGLO XIX
-1838-2-97-103/119-123
GILBERT-IMBERTO
JUANA GREY
EL SIGLO XIX
-1838-1-129-134
GILBERT-IMBERTO
LAS DOS VENTAS
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-85-87
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
AULO SILIO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-85-87
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
DE JEREZ A CADIZ
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-77-79/87-88/94-96
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
EL CUADRO DE LA CHANFAINA (TRADICION)
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-394-395
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
LA CARTUJA DE GRANADA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-233-235
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
LA CASA DEL DUENDE Y LAS ROSAS ENCANTADAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-13-303/308-11/317-19
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
LA LIMPIA DE BURGUILLOS QUE LAVABA LOS HUEVOS AL FREILLOS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-363-364
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
LA VIRGEN DEL CLAVEL. CUENTO MORISCO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-190-92/198-200/213-15
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
LAS TRES FEAS. CUENTO MUZÁRABE.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-298-301/309-311
GIMÉNEZ SERRANO-JOSÉ
MAS NOTICIAS SOBRE LOS PONDERADOS HECHOS DE MANOLITO GASQUEZ EL
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-342-344

GODOY ALCÁNTARA-JOSÉ
BIOGRAFÍA DE UNA NOVELA CONTEMPORÁNEA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-389-391
GODOY ALCÁNTARA-JOSÉ
UN ABAD COMO HAY MUCHOS Y UN COCINERO COMO...
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-236-238
GÓMEZ COLÓN
EL ROBADO Y EL LADRON
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845-1
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
DOLORES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-3/12-4/21-3/29-30/38-9/45-7/54-6/60-4
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
LA BELLA TODA Y LOS DOCE JABALÍES
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871-61-74
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
LA DAMA DE AMBOTO
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871-5-149-155
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
LA FLOR DEL ANGEL. TRADICION VASCONGADA
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871-91-111
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
LA MONTAÑA MALDITA. TRADICIÓN SUIZA
OBRAS LITERARIOS DE LA SEÑORA
-1867-79-88
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
LA ONDINA DEL LAGO AZUL
OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA
-1871-115-145
GÓMEZ DE AVELLANEDA-GERTRUDIS
LA VELADA DEL HELECHO O EL DONATIVO DEL DIABLO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-179-181/188-191/198-199/206-208/214-215/220-224
GÓMEZ DE CÁDIZ DE VELASCO-DOLORES
A MI VIRTUOSA Y DESGRACIADA AMIGA S. B.
LA ALHAMBRA
-1839-2-148-149
GONZÁLEZ AURIOLES-MIGUEL
ÁNGELA
LA ALHAMBRA
-1841-4-403-407
GONZÁLEZ AURIOLES-MIGUEL
CARLOS Y MARGARITA
LA ALHAMBRA
-1840-3-236-240/246-248
GONZÁLEZ BRAVO-LUIS
ABDHUL-ADHEL O EL MANTÉS
EL ARTISTA
-1835-1-161-166
GONZÁLEZ PEDROSO-EDUARDO
EL ASTROLOGO Y LA JUDIA. LEYENDA DE LA EDAD MEDIA
EL LABERINTO
-1847-1-285-286/303-305
GONZÁLEZ VALS-MARIANO
DOÑA ISABEL DE OSORIO
EL PANORAMA
-1840-4-322-324
GUERRERO Y PALLARÉS-TEODORO
AMOR A LA DERNIERE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-412-414
GUERRERO Y PALLARÉS-TEODORO
JUGAR CON DOS BARAJAS. CUESTIÓN PALPITANTE.
EL PASATIEMPO. REVISTA LITERARIA DEL GUIA
-1848-35-38
GUERRERO Y PALLARÉS-TEODORO
LA COPA DE ROM
CELESTINA DE FLORIAN. BIBLIOTECA CONTINUA
-1843
GUERRERO Y PALLARÉS-TEODORO
MEMORIAS DE UNA BELLA. NOVELA SUI GENERIS.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-221-224
GUERRERO Y PALLARÉS-TEODORO
MEMORIAS DE UNA FEA. NOVELA EM MINIATURA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-299-304
GUERRERO Y PALLARÉS-TEODORO
UNA ORGIA EN EL MAR
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-163-164
GUILLÉN BUZARÁN-J
LOS DOS ESTUDIANTES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-378-380/391-392
H.B.-S.
LA CAPILLA DEL PERDON
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837-2-313-317
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
DOÑA MARIQUITA LA PELONA
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR
ENSAYOS POETICOS Y ARTÍCULOS EN PROSA
-1843-273-278
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR
EL CORRESPONSAL
-1839
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
HISTORIA DE DOS BOFETONES
EL PANORAMA
-1839-1-67-71/85-88
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
HISTORIA DE DOS BOFETONES
ENSAYOS POETICOS Y ARTÍCULOS EN PROSA
-1843-241-252
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
HISTORIA DE LOS AMANTES DE TERUEL
EL LABERINTO
-1843

HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA DEUDA OLVIDADA
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA LEY DE RAZA
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA LOCURA CONTAGIOSA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-42-43
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA LOCURA CONTAGIOSA
EL GLOBO
-1844
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA NOVIA DE ORO
ÁLBUM DEL BARDO
-1850-193-202
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA NOVIA DE ORO. CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-133-135
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA REINA SIN NOMBRE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-295-96/302-03/312/315-18/326-28/335-36/341-43/348,
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
LA REINA SIN NOMBRE, CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
MARIQUITA LA PELONA
LA RISA
-1850
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
MIRIAM LA TRASQUILADA
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
PALOS DE MOGUER
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
QUERER DE MIEDO
LA RISA
-1843
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
TROPIEZOS DE UNA ESCALERA
EL ENTREACTO
-1839
HARTZENBUSCH-JUAN EUGENIO
UNA MARTIR DESCONOCIDA O LA HERMOSURA POR CASTIGO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-13-15
HAZAÑAS-MANUEL MARÍA
UNA NOCHE EN EL MAR
LA ALHAMBRA
-1839-2-303-305
HERNÁNDEZ-SEBASTIÁN
LA ENCINA DE NANNAU
LA CRÓNICA
-1845-169-170
INCÓGNITO, EL
EL PRIMERO DE NOVIEMBRE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-357-359
J.
UN EGOÍSTA
LA ALHAMBRA
-1839-6-92-93
J.-M.
LA VIÑETA QUE ANTECEDE
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-89-90
JIMENEZ-M
LA SONATA DEL DIABLO
LA LUNETA
-1847-108-110
JUAN-L. DE
¡POBRE LUCIA!
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-212-215
JULIO
¡QUÉ FELIZ SOY!!...
REVISTA DE TEATROS
-1841-50-52
L
UN MAYORAZGO. COSTUMBRES ANDALUZAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-82-83/90-92
L-G
LOS GALLEGOS DE FINISTERRE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-49-52
L DE L-N
LA HERMOSA CRIOLLA
EL PANORAMA
-1839-2
L***
UN CARCOMIDO CUERPO
LA CRÓNICA
-1844-36-40
LACALLE-PAULINO
NARRACIÓN
EL ESPAÑOL CONSTITUCIONAL (LONDRES)
-1825-5-396-419
LAFUENTE-M0DESTO
MIS BOTAS
ÁLBUM LITERARIO ESPAÑOL
-1846-290-298
LANDEYRA-M
CARLOS DE AUSTRIA, PRINCIPE DE ASTURIAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-89-91
LEÓN-MARÍA DE
LUISA
EL TROVADOR
-1846-178-180/187-188
LICENCIADO REDONDO, EL
UN DIA BIEN EMPLEADO O LA VIDA DE UN MINISTRO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-91-94
LIROLA-BALTASAR
EL PARRICIDA
LA ALHAMBRA
-1839-1-41-46
LÓPEZ-JOAQUÍN MARÍA
CUENTO FANTÁSTICO
REVISTA DE EUROPA
-1846-1-209-245
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
¿QUIEN SERA?
NO ME OLVIDES
-1837-N37(4-6)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
CUENTO (¿QUÉ TE PARECE...?)
NO ME OLVIDES
-1837-N27(3-7)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
CUENTO (MI ESPOSO VIENE)
NO ME OLVIDES
-1837-N41(1-3)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
EL ESPÓSITO
NO ME OLVIDES
-1837-Nº 31. 4-5. Nº 32. 1-4
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
EL RETRATO
NO ME OLVIDES
-1837
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
LOS DUENDES
NO ME OLVIDES
-1837-N40(1-2)

LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
NO IMPORTA QUE VERDAD SEA...
NO ME OLVIDES
-1837
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
RECUERDOS DE UN BAUTIZO
NO ME OLVIDES
-1837-N31(1-3)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
UNA CONCIENCIA POCO TRANQUILA
NO ME OLVIDES
-1837-N35(4)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
UNA CRUZ EN TOLEDO
NO ME OLVIDES
-1837-N10(1-4)
LÓPEZ DE CRISTÓBAL-SEBASTIÁN
UNA LOCURA POR OTRA
NO ME OLVIDES
-1837-N34(5-6)
LÓPEZ MARTÍNEZ-MIGUEL
ALBAR NUÑEZ, CONDE DE LARA. CRONICAS DE CASTILLA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-99-100/122-123
LÓPEZ MARTÍNEZ-MIGUEL
ALFAIMA. NOVELA ORIGINAL
LA CRÓNICA
-1845-377-382/385-389
LÓPEZ MARTÍNEZ-MIGUEL
EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE CABEZON. LEYENDA HISTÓRICA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-62-64/70-71/85-86
LÓPEZ MARTÍNEZ-MIGUEL
EL TROVADOR Y LA INFANTA. NOVELA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-76-78/93-95/100-102/109-11/115-17/124-27
LOSADA-N. R. DE
DOS ALMONEDAS EN UNA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-239-240/254-256/260-262
LOSADA-N. R. DE
LA PALETA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-241-245
LUCIFER-MANUEL
ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-135-136/143-144
LUMBRERAS-FRANCISCO
NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA NI DEUDA QUE NO SE..
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-1-9-12
LLAUSAS Y MATA-JOSÉ
LA PROSTITUTA. SIGLO XIX
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-1
M-M
EL SECRETO
LA ESPERANZA
-1839-1-63-64/66-70
M-R
AVENTURAS DE UN AFICIONADO A PUNTOS DE VISTA
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-1-10-13/42-46
M DE M-M
MATILDE O UNA NOCHE EN EL MAR
LA ESMERALDA
-1846-191-192/199/200/214-216
M***
LA MONEDA DE CUATRO DUROS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-182-188
M***
UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-88-90
M.
LO QUE VIO EL PINTOR WILDHERR EN UN ANTIGUO CASTILLO DE LA SELVA
EL ARTISTA
-1836-3-7-10/18-20
M.-J.
EL MULATO DE MURILLO. 1630.
EL CISNE
-1838-210-215
M. DE O.-T. DE A.
GUILLERMO, EL DEL GORRO ENCARNADO. MEMORIAS DE LA REVOLUCIÓN
REVISTA ANDALUZA
-1840-1-35-42
M. G.-M.
ENGAÑO Y DESENGAÑO. CUADRO CONTEMPORANEO.
LA ESMERALDA
-1846-134-136/150-152
M.B.-M.
UN CUENTO DE PESCADOR
EL SIGLO PINTORESCO
-1845-1-131-137
MADRAZO-AURELIANO
UN PUJILATO. COSTUMBRES INGLESAS.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-91-93
MADRAZO-PEDRO DE
ALBERTO REGADON
EL ARTISTA
-1835-1-185-191/196-203
MADRAZO-PEDRO DE
BALADA EN PROSA: EL CONDE DE BELALCÁZAR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853-18-33-34
MADRAZO-PEDRO DE
BALADA EN PROSA: EL HIDALGO DE ARJONILLA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1856-20-20-21
MADRAZO-PEDRO DE
LA PRISION DE VALENZUELA. RASGO HISTORICO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1857-21-27-28/42-43/52-53/66-67
MADRAZO-PEDRO DE
UNA IMPRESION SUPERSTICIOSA
NO ME OLVIDES
-1837-Nº 9. 1-4
MADRAZO-PEDRO DE
YAGO YASCH (CUENTO FANTASTICO)
EL ARTISTA
-1836-3-29-34/42-46/53-58
MAGÁN-NICOLÁS
ALLÁ VAN LEYES DO QUIEREN REYES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-318-319
MAGÁN-NICOLÁS
CRONICA NACIONAL: LA BATALLA DE LAS NAVAS,AÑO 1212
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1839-4-408-410
MAGÁN-NICOLÁS
EL ALFAQUÍ DE TOLEDO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-159-160/171-173

MAGÁN-NICOLÁS
LA ESPADA DEL REY PELAYO. NOVELA HISTORICA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-370-73/383-84/386-89/394-96/406-08/413-15/419-20

MAGÁN-NICOLÁS
LARAS Y CASTROS. LEYENDAS HISTORICAS.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-290-192

MAGÁN-NICOLÁS
RECUERDO HISTORICO: LA BATALLA DE RONCESVALLES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-52-54

MARAVER-LUIS
LA VENTA DE UN CABALLO
EL TROVADOR
-1846-4-5

MARÍN Y GUTIÉRREZ-ANTONIO
BUENA PIERNA Y MALOS OJOS
EL BARDO
-1850-19-21

MARÍN Y GUTIÉRREZ-ANTONIO
DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA O GRANDEZA POR VIOLENCIA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-163-166

MARNIER-JULIO
EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN 1809
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-35-36

MARTÍN REDONDO-FERNANDO
UNA VISITA DE ENCARGO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-411-413

MAZO Y CORREA-VALENTÍN DEL
LA BRUJA, EL DUENDE Y LA INQUISICIÓN
-1837

MELLADO-FRANCISCO DE PAULA
LA DEFENSA DE ZARAGOZA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-2-26-29

MENDÍBIL-PABLO
EL POZO DE LAS HADAS
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

MENDÍBIL-PABLO DE
EL INFANTICIDIO
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829-130

MENDÍBIL-PABLO DE
EL REMOLÓN DE LA ESCUELA
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

MENDÍBIL-PABLO DE
HATEM TAI. CUENTO ÁRABE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

MENDÍBIL-PABLO DE
LA HURÍ, CUENTO PERSA
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1828

MENDÍBIL-PABLO DE
LA VISITA AL NIGROMANTE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1828

MENDÍBIL-PABLO DE
LAS ORILLAS DEL GANJE
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1829

MENÉNDEZ-BALDOMERO
UN VALENCIANO Y UN GALLEG0
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-365-368

MENÉNDEZ-BALDOMERO
UNAS HOJAS MARCHITAS
EL LABERINTO
-1847-1-259-262/273-275

MENÉNDEZ ARANGO-MIGUEL
LOS TRES RIVALES
EL IRIS
-1847-2-43-46/60-62/91-93

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
DE TEJAS ARRIBA
ESCENAS MATRITENSES
-1838

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
EL AMANTE CORTO DE VISTA
ESCENAS MATRITENSES
-1832

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA
ESCENAS MATRITENSES
-1837

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
EL RETRATO
ESCENAS MATRITENSES
-1832

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
EL RETRATO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-4-47-51

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
GRANDEZA Y MISERIA
ESCENAS MATRITENSES
-1832

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
ISABEL O EL DOS DE MAYO
CARTAS ESPAÑOLAS
-1832-5-123-127

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
LA COMEDIA CASERA
ESCENAS MATRITENSES
-1832

MESONERO ROMANOS-RAMÓN DE
PRETENDER POR ALTO
ESCENAS MATRITENSES
-1832

MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
ARNALDO DE ROCABRUNA
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895-6-491-495

MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
EL REY ESERDIS
ÁLBUM PINTORESCO UNIVERSAL
-1842-1-282-283

MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
EL REY ESERDIS
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1896-6-475-477

MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
EL ROMERO
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895-6-487-490

MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
FASQUE NEFASQUE
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1896-6-461-472

MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
FASQUE NEFASQUE
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-1
MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
LA CALUMNIA
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1896-6-472-474
MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
LA ESPADA DE VILARDELL
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895-6-494-501
MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
LA ESPADA DE VILARDELL
-1837
MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
LA TOMA DE CIURANA
DIARIO DE BARCELONA
-1856-(12 de Octubre)
MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
LA TOMA DE CIURANA
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895-6-478-486
MILÁ Y FONTANALS-MANUEL
MUNUZA
OBRAS COMPLETAS DE MANUEL...
-1895-6-502-507
MIÑANO-SEBASTIÁN DE
UN DÍA DE UN JUGADOR
EL CENSOR
-1824-14-407-420
MIQUEL Y ROCA-LUIS
ELVIRA
EL FÉNIX
-1846
MIRÓN, EL
EL TALISMAN
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -49-50
MONJE-RAFAEL
LA VARONA CASTELLANA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-81-85
MONTADAS-ANTONIO DE
LUISA
EL CISNE
-1838-20-23/32-33
MONTEMAR-FRANCISCO
DOÑA LUZ
LA LUNETA
-1847-6-7
MONTEMAR-FRANCISCO
EL PRIMER MARQUES DE MOYA
LA LUNETA
-1847-20-21
MONTES-LUIS DE
AVE MARÍA. TRADICIONES GRANADINAS
LA ALHAMBRA
-1840-3-162-166
MONTES-LUIS DE
CRISTÓBAL COLÓN EN GRANADA
LA ALHAMBRA
-1839-1-33-38
MONTES-LUIS DE
EL ALCALDE DE OTIVAR.
LA ALHAMBRA
-1839-2-315-319
MONTES-LUIS DE
EL AMOR DE UNA FEA
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-1
MONTES-LUIS DE
EL CIPRÉS DEL GENERALIFE
LA ALHAMBRA
-1839-2-197-202
MONTES-LUIS DE
EL PADRE PIQUIÑOTE
LA ALHAMBRA
-1840-3-187-192
MONTES-LUIS DE
EL PINTOR Y EL MÚSICO
LA ALHAMBRA
-1839-2-10-12
MONTES-LUIS DE
EL SACRISTÁN DEL ALBAICÍN
LA ALHAMBRA
-1839-2-93-95
MONTES-LUIS DE
JULIA DE SANDOVAL
LA ALHAMBRA
-1839-2-30-32
MONTES-LUIS DE
LA TOMA DE ALHAMA
LA ALHAMBRA
-1839-2-253-256
MONTES-LUIS DE
LA TORRE DE LA CAUTIVA
LA ALHAMBRA
-1839-2-49-51
MONTES-LUIS DE
LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS
LA ALHAMBRA
-1839-2-103-108
MONTES-LUIS DE
LOS DOS PINTORES
LA ALHAMBRA
-1840-3-220-224
MONTES-LUIS DE
LUIS DE CAMOENS
LA ALHAMBRA
-1839-1-7-11
MONTES-LUIS DE
NOBLEZA Y AMOR
LA ALHAMBRA
-1839-2-439-442
MONTES-LUIS DE
UN REINO POR UN AZOR. LEYENDA DEL SIGLO 10
LA ALHAMBRA
-1839-2-339-342
MONTES-LUIS DE
UNA ILUSIÓN PERDIDA
LA ALHAMBRA
-1840-3-101-106
MONTIS-A.
LA CASITA DE RANDA
LA PALMA
-1840-6-9/11-15/19-23/29-33
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
AMBA
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
AMOR DE MUGER
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
ANTAÑO
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL ABOGADO DE CUENCA
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO.T II
-1847
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL ABOGADO DE CUENCA
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL ALMA EN PENA, HISTORIA ALEMANA DEL SIGLO XV
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1827
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL GALLO Y LA PERLA
BIBLIOTECA DE EL HERALDO. T II
-1847
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL PARAGUAS
NO ME OLVIDES (LONDRES)
-1824
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL PARAGUAS
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831-2-247-250
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
EL PARAGUAS
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS DE EL SOLITARIO
-1893-249-256

MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
FANTASMA
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
GUIDO Y FIAMMETTA
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LA AUDIENCIA Y LA VISITA
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1824
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LA AUDIENCIA Y LA VISITA
CARTAS ESPAÑOLAS
-1831-3-149-152
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LA AUDIENCIA Y LA VISITA
EL GALLO Y LA PERLA. BIBLIOTECA DE EL HERALDO.T II
-1847
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LA GRUTA DE LAS HADAS
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LA PARTIDA
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1825
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LA TIMIDEZ CULPABLE
MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES
-1825
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LOS BRILLANTES
MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES
-1825
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
LOS TALENTOS DESCUIDADOS
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
PACIENCIA Y TRABAJO
MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES
-1825
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
SIR EVERHARD
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORA-JOSÉ JOAQUÍN DE
UNA SOLA FALTA. ANÉCDOTA HISTÓRICA
NO ME OLVIDES
(LONDRES)
-1826
MORÁN
ALFONSO PÉREZ DE VIVERO.
EL PANORAMA
-1839-2-42-45/61-63/75-76
MORCILLO (ABENGÓMAR)-ANTONIO
AMANTE HIJO Y HERMANO. NOVELA ORIGINAL
LA ESMERALDA
-1846-20-2-158-159/167-168/174-176
MORCILLO (ABENGÓMAR)-ANTONIO
EL DUQUE DE FRANCFORT. NOVELA ORIGINAL
LA ESMERALDA
-1846-29-31/43-44
MUÑOZ MALDONADO-JOSE
EL BANDIDO
EL PANORAMA
-1838
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
¡TRES AMANTES Y NINGUNO! O LOS ULTIMOS AÑOS DE..
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-62-69/84-95
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
BELTRÁN DE LA CUEVA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-247-260/274-287
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
DON BELTRÁN DE LA CUEVA
LA ESPAÑA CABALLERESCA
-1845-127-207
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
DON JUAN EL TUERTO
LA ESPAÑA CABALLERESCA
-1845-271-394
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
EL DOS DE MAYO DE 1808
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-107-117
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
EL GABÁN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE
LA ESPAÑA CABALLERESCA
-1845-1-123
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
EL GABAN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE (NOVELA HIST.)
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-262-273/294-306
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
EL QUE LA HACE LA PAGA. EPISODIO DE LAS GUERRAS
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-155-159
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
FERNADO VI Y FARINELLI
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-107-113/127-135
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
LOS DOS DELINCUENTES
EL PANORAMA
-1839
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
LOS TORRES DE LUJAN O PARLA Y MADRID
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-9-18/34-46
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
LOS TRES GENIOS
LA ALHAMBRA
-1841-4-4-8
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
LOS TRES JENIOS
EL PANORAMA
-1841-5-57-61
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
MARTIN ALONSO DE HARO
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-186-189
MUÑOZ MALDONADO-JOSÉ
SIBILA FORCIA, MUGER DE PEDRO IV DE ARAGON EL..
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-253-260/274-279

NAVARRETE-RAMÓN DE
FENOMENOS PSICOLOGICOS. NOVELA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-310-12/316-17/334-36/350-52
NAVARRETE-RAMÓN DE
MISTERIOS DEL CORAZÓN
EL SIGLO PINTORESCO
-1845-1-16-20/34-39/55-59/83-88/107-112
NAVARRETE-RAMÓN DE
UN CUENTO DE HADAS
EL SIGLO PINTORESCO
-1846-2-228-231/254-257/272-276
NAVARRETE-RAMÓN DE
UNA MUGER MISTERIOSA
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-85-88/109-112/156-159/204-208/227-231
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
AVENTURAS DE UN FILÁRMONICO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-2-45-47/63-64
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
DOÑA BLANCA DE NAVARRA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-421-423
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
EL AMOR DE UNA REINA. NOVELA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-3-5/4-12/20-22
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
EL CABALLERO SIN NOMBRE
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-105-108/136-139/159-163/182-185/208-212/235-238/..
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
EL CASTILLO DE MARCILLA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-125126
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
EL MUNDO NUEVO. HACER NEGOCIOS.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1853-18-380-82/387-89/394
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
EL REMEDIO DEL AMOR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-13-15/29-31
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
LA MUERTE DE CESAR BORJA. LEYENDAS NACIONALES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-210-12
NAVARRO VILLOSLADA-FRANCISCO
RUINAS
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842-N7(36), N8(57-58), N9(65-66)
NAVARRO Y SIERRA-JUAN
CUENTO FANTÁSTICO
LEYENDAS
-1841
NAVARRO Y SIERRA-JUAN
EL SALTO DEL FRAILE. TRADICION.
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842-N2(10-13), N3(20-22), N4(27-29)
NAVARRO Y SIERRA-JUAN
EL SUEÑO DE LAS DOS AVES
LEYENDAS
-1841
NAVARRO Y SIERRA-JUAN
LA COMPASIÓN DE TADEO
LEYENDAS
-1841
NEGRETE, CONDE DE CAMPO -JOSÉ
PAMPLONA Y ELIZONDO
EL ARTISTA
-1835-1-115-120/127-132
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
BIOGRAFÍA DE UNA SILLA
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
DESENGAÑOS DE UNA PIEDRA LITOGRÁFICA
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
DIÁLOGO DE DOS GORRAS DE CUARTEL
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
DON SUERO DE TOLEDO, LEYENDA HISTÓRICA DEL SIGLO XIV
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
EL ¡AY! DE UN FLAUTÍN
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
EL ARMAMENTO ESCOLAR
MONOGRAFÍA DE SANTIAGO
-1850
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
EL MARTES DE ESPÍRITU SANTO DE 1697 EN SANTIAGO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-260-263/266-268
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
HISTORIA DE UNA CABEZA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-282-287
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
HISTORIA DE UNA CABEZA
MONOGRAFÍA DE SANTIAGO
-1850
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
LA CORNETA DE UN CHIQUILLO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
LA PIEL DE UN BUEY
ÁLBUM DEL BARDO
-1850-302-309

NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
LAS CAMPANILLAS
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
MISTERIOS DE UN TOCADOR
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
SOLEDADES DE UN TINTERO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
SUSPIROS DE UN GUARDAPELO
LAS FERIAS DE MADRID. ALMONEDA DE POLÍTICA Y LITER
-1845
NEIRA DE MOSQUERA-ANTONIO
UNA HORA DE UN DIA
EL REFLEJO
-1843-N26(203-204)
NÚÑEZ DE ARENAS-B.
EL SUEÑO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-77-78
NÚÑEZ DE ARENAS-B.
FRAGMENTOS DE UN DELIRIO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-105-107
NÚÑEZ DE ARENAS-B.
UN RECUERDO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-68-69
O-L
LA AMIGA INCONSTANTE
MEMORIAL LITERARIO
-1806-6-45-48
O.-P.
ES LA REINA
LA ESPERANZA
-1839-1-13-16/20-22
OCHOA-EUGENIO DE
EL CASTILLO DEL ESPECTRO
EL ARTISTA
-1835-1-16-19
OCHOA-EUGENIO DE
HILDA
MISCELÁNEA DE LITERATURA, VIAJES Y NOVELAS
-1867-247-263
OCHOA-EUGENIO DE
LOS DOS INGLESES
EL ARTISTA
-1835-1-81-82
OCHOA-EUGENIO DE
LOS DOS INGLESES
NO ME OLVIDES
-1837-N31(7-8)
OCHOA-EUGENIO DE
LUISA (CUENTO FANTASTICO)
EL ARTISTA
-1835-2-40-45
OCHOA-EUGENIO DE
NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO
EL HERALDO
-1844-31 DE JULIO, 3, 4 Y 6 DE AGOSTO
OCHOA-EUGENIO DE
NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO
ÁLBUM PINTORESCO UNIVERSAL
-1842-1-525-532
OCHOA-EUGENIO DE
RAMIRO
EL ARTISTA
-1835-1-293-298
OCHOA-EUGENIO DE
STEPHEN
EL ARTISTA
-1835-1-234-238/243-48/255-62
OCHOA-EUGENIO DE
UN BAILE EN EL BARRIO DE SAN GERMÁN EN PARÍS
CORREO DE ULTRAMAR
-1860-338
OCHOA-EUGENIO DE
UN BAILE EN EL BARRIO DE SAN GERMÁN EN PARÍS
EL IRIS
-1841-189-193/220-224
OCHOA-EUGENIO DE
UN BAILE EN EL BARRIO DE SAN GERMÁN EN PARÍS
PARÍS, LONDRES Y MADRID
-1861-130-157
OCHOA-EUGENIO DE
UN CASO RARO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-20-21
OCHOA-EUGENIO DE
UNA BUENA ESPECULACION
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-29-31
OCHOA-EUGENIO DE
ZENOBIA
EL ARTISTA
-1835-1-44-47/55-59
OCHOA-EUGENIO DE
ZENOBIA
CORREO DE ULTRAMAR
-1862-226
OCHOA-JOSÉ AUGUSTO DE
BELTRÁN (CUENTO FANTASTICO)
EL ARTISTA
-1835-2-135-140
OCHOA-JOSÉ AUGUSTO DE
EL TORRENTE DE BLANCA. LEYENDA DEL SIGLO XIII
EL ARTISTA
-1836-3-137-142
OCHOA-JOSÉ AUGUSTO DE
LA PEÑA DEL PRIOR
EL ARTISTA
-1836-3-101-103
OLONA-L.
A UN PÍCARO OTRO MAYOR
EL LABERINTO
-1848-2-101-102/122-123/138-139/148-150
OLONA-LUIS DE
MARIA. NOVELA ORIGINAL DEL SIGLO XVI.
LA FLORESTA ANDALUZA.
-1843-17/18/19/20/21/22/23/24/25/26/27/28/29
ORELLANA-FRANCISCO JOSÉ DE
EL CLAVEL DE LA VIRGEN
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-396-400/402
ORELLANA-FRANCISCO JOSÉ DE
LA FLOR DE RESEDA. LEYENDA ORIGINAL.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1852-17-222-24/230-32/255-56/279-80/287-88/294-96/302-4/..
ORELLANA-FRANCISCO JOSÉ DE
LA SEMANA SANTA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1851-16-117-19/122-23
OSMAR-LUIS
FLORA Y FLORENTINA
EL FÉNIX
-1847-4-350-351/358-359/373-375

OVEJAS-ILDEFONSO
LA ATANASIA
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845-1
OVEJAS-ILDEFONSO
LOS TRES LOCOS
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845-1
P
LOS CONTRABANDISTAS
LA ALHAMBRA
-1840-3
P-A
UNA NOCHE EN UN FARO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-300-304
P-N DE
EL MENDIGO
EL PANORAMA
-1838
P.-G.
UN SUEÑO
LA ESMERALDA
-1846-13/1-102-103/107-109/115-117
P.-J DEL
DON PEDRO EL CRUEL
LA ESPERANZA
-1839-1-129-140
P.-J.
FRAGMENTO
EL SIGLO XIX
-1837-1-25-28
P.-J.
JACOBO DE SARTIEIX
EL SIGLO XIX
-1837-1-225-229
P.-J.
MAHOMET IV
EL SIGLO XIX
-1837-1-113-118
P.-N. DE
COSME DE MEDICIS
LA ESPERANZA
-1839-1-266-269
P.F.-M DE LA
LA FLOR EN EL OJAL
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1849-7-184-186
PACO EL ESTUDIANTE
LA TORTUGA Y EL ESCORPIÓN. CUENTO INDIANO.
LA ESMERALDA
-1846-61-62
PAISA-VICENTE
EL FATALISMO
EL PANORAMA
-1838-200-204
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
AMOR Y VIRTUD
EL FÉNIX
-1846-3-235-237/245-246/252-252
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
EL MONJE
EL FÉNIX
-1846-3-413-413/418-419
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
FAVOR POR FAVOR
EL FÉNIX
-1846-3-371-372
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
JULIAN
EL FÉNIX
-1846-3-379-380

PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
LA DESCONOCIDA DE SAN JORGE
EL FÉNIX
-1847-4-4-6/12-13/18-19
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
UN DESENGAÑO. NOVELA QUE PARECE HISTORIA
EL FÉNIX
-1847-4-241-242
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
UN ENCUENTRO
EL FÉNIX
-1847-4-62
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
UN SUEÑO
EL FÉNIX
-1846-3-325
PARDO DE LA CASTA-JOAQUÍN
UNA BOTELLA DE VENENO
EL FÉNIX
-1847-4-443-444
PASTOR DÍAZ-NICOMEDES
UNA CITA
OBRAS DE DON NICOMEDS PASTOR DIAZ
-1867-3-3-31
PASTOR DÍAZ-NICOMEDES
UNA CITA
-1837
PÉREZ-CECILIO
ALINA REYNA DE GOLCONDA
MINERVA O EL REVISOR GENERAL
-1805-177-189
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
AVENTURA GRACIOSA Y LECCION PARA EL BELLO SEXO
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-122-130
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
EJEMPLO DE GRATITUD
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-109-112
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
EL AMOR FILIAL
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-213-216
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
EL DESERTOR
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-188-193
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
EL NEGRO RECONOCIDO
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-233-239
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
EL SEPULCRO
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-3-6
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
LA COMERCIANTA DE LONDRES
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-102-104
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
LA MONJA Y EL CANÓNIGO
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-186-188
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
LOS CELOS
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-153-158
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
LOS DOS CIEGOS
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-75-76
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
TRAGICO ACCIDENTE OCURRIDO EN UN BAÑO
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-139-144
PÉREZ ZARAGOZA GODÍNEZ-AGUSTÍN
UN EJEMPLO TRISTE DE MORAL
EL REMEDIO DE LA MELANCOLÍA
-1821-4-67-75

PIFERRER-PABLO
CUENTO FANTASTICO.
EL VAPOR
-1837-Nº 18-20-21-22-Y 25
PIFERRER-PABLO
EL CASTILLO DE MONSOLIU
EL VAPOR
-1837-Nº 12-13-15 Y 16
PIFERRER-PABLO
EL CASTILLO DE MONSOLIU
BIBLIOTECA ROMÁNTICA MODERNA
-1837-2
PIFERRER-PABLO
EL CONDE FRATRICIDA
COMPOSICIONES POETICAS DE...
-1851-66-72
PIFERRER-PABLO
VUELTA A LA ESPERANZA
COMPOSICIONES POÉTICAS DE...
-1851-61-65
PILADES
AZUL Y NEGRO
LA CRÓNICA
-1844-6-7
PIRALA-ANTONIO
LA INOCENCIA SACRIFICADA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-82-84
POMBO-N DE
LOS DOS ZAPOROGAS
EL PANORAMA
-1838
PRAVIA-CARLOS DE
UNA CASA DE BAÑOS
EL TROVADOR
-1846-156/162-164/172
PRÍNCIPE-MIGUEL AGUSTÍN
UN RECUERDO DE ARANJUEZ
EL LABERINTO
-1845-283-284/302-303/311/323-326
PUJOL Y BOADA-LORENZO
ADORACION DE AMOR
EL TROVADOR
-1846-159-160
PUJOL Y BOADA-LORENZO
EL ANGEL DE CONSOLACION
EL TROVADOR
-1846-118-120
PUJOL Y BOADA-LORENZO
EL POETA Y EL PESCADOR
EL TROVADOR
-1846-25-26
PUJOL Y BOADA-LORENZO
LA MUERTE DEL REY DON RODRIGO
EL TROVADOR
-1846-33-34/41-42/49-50/69-70/77-78/85-86/94-96/103-104/110-113
PUJOL Y BOADA-LORENZO
TEMPESTADES DEL CORAZON
EL TROVADOR
-1846-125-127/143-145/167-169/175-177/190-191
QUADRADO-J.M.
EL PRINCIPE DE VIANA. 1461.
LA ALHAMBRA
-1841-4-127-131/166-168/191-192/202-204/225-227
R-F
AL PRIMER TAPÓN ZURRAPAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-261-263
R-G
LAS AVENTURAS DE MELSITON. CUENTO MORAL
MEMORIAL LITERARIO
-1805-3-325-328
R DE Q-M
UN ROMÁNTICO MAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837-2-120-122
R.
LA CORONA DEL DANTE Y DEL PETRARCA
EL REFLEJO
-1843-N4(27-28), N5(35-36)
R.
LA ILUSION. RASGO ROMÁNTICO
CORREO DE LAS DAMAS
-1833-1-155-157
RAMÓN CARBONELL-AGUSTÍN
LAS AGUAS DEL MOLAR
REVISTA DE ESPAÑA, DE INDIAS Y DEL EXTRANJERO
-1845-4-83-96
RAMÓN CARBONELL-AGUSTÍN
LAS SANGUIJUELAS
REVISTA DE ESPAÑA, DE INDIAS Y DEL EXTRANJERO
-1846-6-367-373
RAMÓN CARBONELL-TOMÁS DE
LAS DOS CORONAS DE ESPINAS
EL FÉNIX
-1846-3-195-197/202-203
RECASENS-JOSE MARÍA
EL BUEN MONJE. RECUERDOS DE UN VIAJE
LA LUNETA
-1847-147-149/154-156
REVILLA
ALZAMIENTO DE DON PELAYO. AÑO 716
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-201-204
RÍOS-JOSÉ AMADOR DE LOS
¡UN ADÚLTERO!!
EL CISNE
-1838-45-48/56-59
ROCA DE TOGORES-MARIANO
EL MARQUES DE LOMBAY
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-121-125
ROCA DE TOGORES-MARIANO
EL MARQUÉS DE LOMBAY
OBRAS DE MARIANO ROCA DE TOGORES
-1881-3-23-44
ROCA DE TOGORES-MARIANO
LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS
OBRAS DE MARIANO ROCA DE TOGORES
-1881-3-9-22
ROCA DE TOGORES-MARIANO
LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1836-1-193-195
RODA-NICOLÁS DE
¡UN SUSPIRO!!!
LA ALHAMBRA
-1841-4-342-345
RODA-NICOLÁS DE
CLARA
LA ALHAMBRA
-1840-3-289-292
RODA-NICOLÁS DE
PERLAS DEL ALMA
LA DISTRACCIÓN
-1845-12
RODRÍGUEZ FERRER-MIGUEL
EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y EL MONUMENTO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-91
ROMERO LARRANAGA-GREGORIO
LOS ULTIMOS AMORES
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-52-55/59-61/68-70/74-76

ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
EL ANILLO DEL PINTOR
EL REFLEJO
-1843-NUMEROS 17 A 24
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
EL AZAR Y LA PROVIDENCIA. LAS CUATRO VERDADES
LA MARIPOSA
-1840
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
EL ROSARIO DE HAYDN O EL CANTO DEL CISNE
LA IBERIA MUSICAL
-1842-3-119,134 Y 144
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
FESTIVIDADES CRISTIANAS.
LA MARIPOSA
-1840
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
LA BIBLIA Y EL ALCORÁN, TRADICIÓN RELIGIOSA DEL SIGLO XI
LAS MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS
-1845
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
LA OFRENDA A LOS MUERTOS
LA MARIPOSA
-1840
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
LA PERLA DE NAPOLES. (NOVELA)
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-12,28,61 Y SIGUIENTES.
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
LA VIRGEN DEL VALLE
EL REFEJO
-1843-N1(4-7), N2(13-16), N3(20-23)
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
LA VIRGEN DEL VALLE. NOVELA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-14-16/21-22/30-32/37-40
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
LOS ULTIMOS AMORES
EL REFLEJO
-1843-NUMEROS 6 A 12
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
MEDITACION
LA MARIPOSA
-1840
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
RECUERDOS POETICOS
LA MARIPOSA
-1840
ROMERO LARRAÑAGA-GREGORIO
UN MISTERIO EN CADA FLOR
LA MARIPOSA
-1840
ROMERO ORTIZ-A
UNA NOCHE DE MÁSCARAS EN VILLAHERMOSA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
ROS DE OLANO-ANTONIO
AL TIRO DE BENITO
-1877
ROS DE OLANO-ANTONIO
CARAMBOLA DE PERROS
-1879
ROS DE OLANO-ANTONIO
CELOS
EL PENSAMIENTO
-1841-133-136
ROS DE OLANO-ANTONIO
CUADRO ARABE
EL PENSAMIENTO
-1841-234-235
ROS DE OLANO-ANTONIO
CUADRO ARABE
EL SIGLO
-1834
ROS DE OLANO-ANTONIO
DE CÓMO SE SALVÓ ELIZONDO
EPISODIOS MILITARES
-1884
ROS DE OLANO-ANTONIO
DE CÓMO SE SALVÓ ELIZONDO
REVISTA DE ESPAÑA
-1870
ROS DE OLANO-ANTONIO
DONDE SE CUENTA COMO EL GENERAL DERVELL
EPISODIOS MILITARES
-1884
ROS DE OLANO-ANTONIO
DONDE SE CUENTA COMO EL GENERAL DERVELL
REVISTA DE ESPAÑA
-1868
ROS DE OLANO-ANTONIO
EL ANIMA DE MI MADRE. CUENTO FANTASTICO.
EL IRIS.
-1841-10-14/31-35/51-56/82-87
ROS DE OLANO-ANTONIO
EL DIABLO LAS CARGA
-1840
ROS DE OLANO-ANTONIO
EL DOCTOR LAÑUELA
-1863
ROS DE OLANO-ANTONIO
EL ESCRIBANO MARÍN PELÁEZ, SU PARIENTA Y EL MOZO CAINEZ. CUENTO
EL PENSAMIENTO
-1841-38-40/65-68/97-103
ROS DE OLANO-ANTONIO
EL MAESTRO MALAQUILLA
-1879
ROS DE OLANO-ANTONIO
ESCENAS DE LA GUERRA DE NAVARRA ...ADIÓS, MUNDO!
EL PENSAMIENTO
-1841
ROS DE OLANO-ANTONIO
ESCENAS DE LA GUERRA DE NAVARRA. ...ADIÓS, MUNDO!
EL BARDO
-1850-2-3
ROS DE OLANO-ANTONIO
ESCENAS DE LA GUERRA DE NAVARRA: ¡OH, HI-JO MI-O!
EL PENSAMIENTO
-1841-30-33
ROS DE OLANO-ANTONIO
HISTORIA VERDADERA O CUENTO ESTRAMBÓTICO QUE DA LO MISMO
-1869
ROS DE OLANO-ANTONIO
JORNADAS DE RETORNO ESCRITAS POR UN APARECIDO
-1873
ROS DE OLANO-ANTONIO
LA NOCHE DE MÁSCARAS. CUENTO FANTÁSTICO
EL PENSAMIENTO
-1841-145-155
ROS DE OLANO-ANTONIO
LANCE FANTASTICO Y SATISFACCION SOFISTICA
EL PENSAMIENTO
-1841-185-187

ROS DE OLANO-ANTONIO
LIBRO DE MEMORIAS DE ELISA
EL PENSAMIENTO
-1841-203-214
ROS DE OLANO-ANTONIO
LIBRO DE MEMORIAS DE ELISA. LIBRO DE SUS LAGRIMAS
REVISTA GADITANA
-1839-501-509/515-519
ROS DE OLANO-ANTONIO
LOS NIÑOS EXPOSITOS
EL PENSAMIENTO
-1841-15-18
ROS DE OLANO-ANTONIO
LOS QUE SE DICEN FASTIDIADOS
-1841
ROS DE OLANO-ANTONIO
MAESE CORNELIO TÁCITO U ORIGEN DEL APELLIDO DE LOS PALOMINO DE
-1868
ROS DE OLANO-ANTONIO
TERESA
-1845
RÚA FIGUEROA-RAMÓN
LA MONJA DE SAN PELAYO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-415-420
RUBIANO Y SANTA CRUZ-VENTURA
LA BAILARINA DE VENECIA
REVISTA DE TEATROS
-1842-2-38-39/46-47/61-63/69-70
RUIZ AGUILERA-VENTURA
LA PULGA ERRANTE
LA LUNETA
-1847-236-237/245-247/255/258-259/269-270
RUIZ AGUILERA-VENTURA
VIDA DEL SEÑOR CONEJO
LA LUNETA
-1847-76-78/86-87/92-93/100-101/106-107/117-118/125-126
RUIZ PÉREZ-J.M.
EL VIEJO DE LA MONTAÑA O EL JEFE DE LOS ASESINOS
LA ALHAMBRA
-1839-7-112-114
S
EL BARON DE BOILEAU
LA ESPERANZA
-1839-1-159-162/167-170
S
EL PAÑUELO BLANCO
LA ESPERANZA
-1839-1-191-196
S
EL ÚLTIMO DISCÍPULO DE LA ESCUELA GRANADINA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-326-327/342-344/346-347
S.-F.
DON TEODORITO. UNA BROMA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-21-24
S. P. DE-T.
LA ABADÍA DE SANTA CLARA
CORREO DE LAS DAMAS
-1835
SAGRA-RAMÓN DE LA
ANTONIO Y RITA O LOS NIÑOS MENDIGOS
-1840
SAIZ MILANÉS-JULIÁN
CONTIENDA ENTRE EL TRABAJO Y LA OCIOSIDAD
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-391-392
SAIZ MILANÉS-JULIÁN
CRONICAS ESPAÑOLAS. EL CONDE DE LUNA.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-84-89
SAIZ MILANÉS-JULIÁN
DON RODRIGO CALDERON
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-176-183
SAIZ MILANÉS-JULIÁN
DOÑA BLANCA DE BORBON
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-279...
SAIZ MILANÉS-JULIÁN
JUAN DE PADILLA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1843-1-223-233
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
1534
EL ARTISTA
-1836-3-117-118
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
1534. RELATO.
NO ME OLVIDES
-1837-N18(6-8)
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
CELEBRE DESAFIO
NO ME OLVIDES
-1837-N27(7)
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
CONSECUENCIAS DE UN LANCE DE AMOR
NO ME OLVIDES
-1837-N22(7-8)
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
CUENTO (LLEGADO HABÍAN YA...)
NO ME OLVIDES
-1837-N29(6-7)
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
EL MARQUES DE JAVALQUINTO. CUENTO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-313-316
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
EL SUSPIRO DE UN ANGEL. CUENTO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-306-309
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
LA PREDICCION
EL ARTISTA
-1835-2-243-245
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
LA PREDICCIÓN
NO ME OLVIDES
-1837-Nº 2. 1-3
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
LLEGADO HABÍAN YA LAS ALTAS HORAS
NO ME OLVIDES
-1837
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
PLACER, RECUERDO Y OLVIDO
NO ME OLVIDES
-1837
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
RECUERDO DE AMOR
NO ME OLVIDES
-1837
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
ROSA. CUENTO.
NO ME OLVIDES
-1837-N17(1-3)
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
UN EMBAJADOR ESPAÑOL EN LA CORTE DE INGLATERRA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-192-193

SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
UN REGALO DEL EMPERADOR CARLOS V
EL RENACIMIENTO
-1847-12-14/30-32
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
UNA ESCENA DE AMORES EN UN BuQUE
NO ME OLVIDES
-1837-N8(3-5)
SALAS Y QUIROGA-JACINTO DE
UNA MADRE HOLANDESA
EL LABERINTO
-1847-1-159-161
SALES MAYO (ARISTIPO)-FRANCISCO
ELVIRA
EL REFLEJO
-1843-NUMERO 18 A 25
SALES MAYO (ARISTIPO)-FRANCISCO
UNA PASION MISTERIOSA
EL REFLEJO
-1843-N8 (62-63)
SALIDO-AGUSTÍN
CUENTO MORISCO
LA ALHAMBRA
-1839-2-79-82
SALIDO-AGUSTÍN
ENRIQUE Y ELISA
LA ALHAMBRA
-1839-2-185-188
SÁNCHEZ DE FUENTES-EUGENIO
LOS ESPEJOS MÁGICOS
EL BARDO
-1850-41-43
SANTA ANA-MANUEL MARÍA DE
¡NI LA TRINIDAD TE SALVA! RECUERDOS DE ANDALUCÍA
ÁLBUM DEL BARDO
-1850
SANTA ANA-MANUEL MARÍA DE
¡NI LA TRINIDAD TE SALVA! RECUERDOS DE ANDALUCÍA
EL LABERINTO
-1848-2-3-4
SANZ-EULOGIO FLORENTINO
UN SUEÑO EN EL TEATRO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-280/286-288
SARMIENTO-ANTONIO
EL ESPÍRITU PROTECTOR O BLANCA DE LIVIA, NOVELA ESPAÑOLA
AMOR Y VIRTUD
-1819
SARMIENTO-ANTONIO
JENNI Y LIDNEY, ANÉCDOTA INLESA
AMOR Y VIRTUD
-1819
SATORRES-RAMÓN DE
INES. LEYENDA.
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842-N5(38-40), N7(52-55), N8(62-64)
SATORRES-RAMÓN DE
L A PREDICCIÓN
EL ENTREACTO
-1840
SATORRES-RAMÓN DE
ZAMBRI. LEYENDA.
EL ARPA DEL CREYENTE
-1842-N1(6-8)
SERINGAPATAN
EDDYSTONNE
LA ESPERANZA
-1839-1-226-228
SERINGAPATAN
EL CANONIGO Y EL ZAPATERO
LA ESPERANZA
-1839-1-146-151
SIERRA Y L.-A
DOS POETAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1846-11-346348/396-399
SIRENA, LA
AMOR DE PADRE
EL REFLEJO
-1843-N5(36-38), N6 (45-46)
SIRENA, LA
EL CRESPON NEGRO
EL REFLEJO
-1843-N14(108-109), N15(113-115)
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
CUANDO ENTERRARON A ZAFRA
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-267-280
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL CIPRÉS DE LA REINA
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-227-248
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL LAUREL DE LA ZUBIA
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-255-266
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL PADRE PIQUIÑOTE
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-71-98
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL PALACIO DEL EMPERADOR
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-1-32
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL SACRISTÁN DEL ALBAICÍN
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-147-166
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA PUERTA DE LOS COLEGIOS
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-33-38
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
EL SEÑOR DE CASTRIL
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-167-188
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA CASA DE GALLINAS
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-189-212
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA CERCA DE DON GONZALO
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-111-126
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA CUESTA DEL REY CHICO
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-39-60
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA ESCALERA DE CHANCILLERÍA
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-249-254
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA PUERTA DE LAS OVEJAS
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-61-70
SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA SALA DE CAMARES
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-213-226

SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA TORRE DE LA CAUTIVA
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-99-110

SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS
TRADICIONES GRANADINAS
-1849-127-146

SOLER DE LA FUENTE-JOSÉ J.
LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS. TRADICION GRANADINA.
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1848-6-57-61

SOMOZA-JOSÉ
EL BAUTISMO DE MUDARRA SOBRINO DEL REY MORO DE CORDOBA SEGÚN
OBRAS DE JOSE SOMOZA. ARTÍCULOS EN PROSA
-1842

SOMOZA-JOSÉ
EL BAUTISMO DE MUDARRA SOBRINO DEL REY MORO DE CORDOBA SEGÚN
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904-32-49

SOMOZA-JOSÉ
EL CAPON. NOVELA HISTORICA R NACIONAL
-1844

SOMOZA-JOSÉ
EL CAPÓN. NOVELA HISTÓRICA Y NACIONAL
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSE SOMOZA
-1904-70-88

SOMOZA-JOSÉ
EL PURGATORIO. ARGUMENTO DE NOVELA.
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904

SOMOZA-JOSÉ
EL RISCO DE LA PEQUERUELA
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSE SOMOZA
-1904-19-22

SOMOZA-JOSÉ
EL TIO TOMÁS O LOS ZAPATEROS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1838

SOMOZA-JOSÉ
LA OROPENDOLA EN LA FUENTE DE LA DEHESA DE LA MORA
OBRAS DE JOSE SOMOZA. ARTÍCULOS EN PROSA.
-1842

SOMOZA-JOSÉ
LA OROPENDOLA EN LA FUENTE DE LA DEHESA DE LA MORA
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904-16-19

SOMOZA-JOSÉ
MEMORIAS DE PIEDRAHITA
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSE SOMOZA
-1904

SOMOZA-JOSÉ
MI PRIMERA SENSACION BENÉFICA
OBRAS DE DON JOSE SOMOZA. CUADERNO TERCERO
-1837

SOMOZA-JOSÉ
MI PRIMERA SENSACIÓN BENEFICA
OBRAS EN PROSA Y VERSO DE JOSÉ SOMOZA
-1904-16-19

SORIANO Y FUERTES-MARIANO
EL ÚLTIMO PENSAMIENTO
DELIRIOS DE JUVENTUD
-1849

SORIANO Y FUERTES-MARIANO
UN RECUERDO DE CARNAVAL
DELIRIOS DE JUVENTUD
-1849

T-D
ENSAYO MORAL
CORREO DE SEVILLA
-1805-5-241-246

TALAVERA-LINO
LA MUERTE DE UN ANGEL
EL PANORAMA
-1841-5-142-148

TALAVERA-LINO
LA MUERTE DE UN ANGEL
LA ALHAMBRA
-1841-4-18-23

TALAVERA-LINO
LA MUERTE DE UN ANGEL
EL IRIS
-1847-203-207

TALAVERA-LINO
LA PALOMA DEL DILUVIO
LA ALHAMBRA
-1841-4-181-189/211-214/223-224

TALAVERA-LINO
POLICARPA. RECUERDOS DE LA AMÉRICA MERIDIONAL
LA ALHAMBRA
-1841-4-55-60/68-70

TALAVERA-LINO
UNA ACUARELA
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1846-1

TÁRRAGO Y MATEOS-TORCUATO
LEON EL ARMENIO
LA ESMERALDA
-1846-196-198

TEJADO-GABINO
LA CABELLERA DE LA REINA. LEYENDA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1847-12-350-52/357-60/366-68/371-74

TEJADO-GABINO
MIS VIAJES. BOSQUEJO DE UN CUENTO
REVISTA LITERARIA DEL ESPAÑOL
-1845-1

TEJADO-GABINO
NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO. LEYENDA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-86-88/102-103/104-11/119-20/127-28

TEJADO-GAVINO
EL AHORCADO DE PALO
EL SIGLO PINTORESCO
-1847-3-9-12/33-35/81-85

TENORIO-JOSE MANUEL
EL ESPAÑOL Y LA VENECIANA. NOVELA ORIGINAL.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-302-04/308-10/316-19/323-27

TENORIO-JOSE MANUEL
EMILIA GIRON
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1843-8-125 Y OTRAS

TRIGUEROS-CANDDO MARÍA
SALEROSA.CUENTO TERCERO
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-159-172

TRIGUEROS-CANDIDO MARIA
BLIOMBERIS. HISTORIA DE CABALLERIA ANDANTE
MIS PASTIEMPOS
-1804-2-220-309

TRIGUEROS-CANDIDO MARIA
LOS DOS DESESPERADOS
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-181-215

TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
ADELAYDA
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-260-311
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
CUATRO CUENTOS EN UN CUENTO
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-89-196
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL CASADO QUE LO CALLA
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-196-260
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL CRIADO DE SU HIJO
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-1-60
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL EGIPCIO GENEROSO
AMOR Y VIRTUD
-1819
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL EGIPCIO GENEROSO
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-216-219
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL JUEZ ASTUTO
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-79-90
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL MUNDO SIN VICIOS
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-49-78
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL NATURALISTA EN AMERICA. CUENTO CUARTO
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-181-193
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL NAUFRAGO ESCLAVO. CUENTO SEGUNDO
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-122-148
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL SANTON HASAN
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-106-120
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
EL SANTÓN HASAN, SUEÑO
AMOR Y VIRTUD
-1819
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
ELPARAISO DE SHEDAD
MIS PASTIEMPOS
-1804-2-91-105
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
LA ERUDITA. CUENTO PRIMERO
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-106-128
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
LA HIJA DEL VISIR DE GORNAT
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-5-58
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
LA MUJER PRUDENTE
MIS PASATIEMPOS
-1804-1-61-88
TRIGUEROS-CÁNDIDO MARÍA
VIDA DE DON ALONSO PEREZ DE GUZMÁN EL BUENO
MIS PASATIEMPOS
-1804-2-121-180
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
ABEN HUMEYA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
CARLOS II, EL HECHIZADO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
CONQUISTA DE SEVILLA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN, EL BUENO.
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
DON ENRIQUE EL DOLIENTE
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
DON RODRIGO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
DON RODRIGO CALDERON
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL ASISTENTE DE SEVILLA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL CONDE FERNAN GONZALEZ
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL CONDESTABLE DE CASTILLA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL MAESTRE DE SANTIAGO
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL REY DEPUESTO EN ESTATUA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1850-15-289-292
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL REY DEPUESTO EN ESTATUA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
JUSTICIA DE DIOS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-339-343
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LA BATALLA DE RONCESVALLES
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LA COPA EMPOZOÑADA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LA CRUZADA ESPAÑOLA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840

TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LA CUEVA DE COVADONGA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LA JUDIA RAQUEL
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LA TOMA DE GRANADA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LOS HERMANOS CARVAJALES
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
LOS SIETE INFANTES DE LARA
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
TRUEBA Y COSSÍO-TELESFORO
RUY DIAZ DE VIVAR
ESPAÑA ROMÁNTICA
-1840
UN AFICIONADO LUGAREÑO
UN BARBARO Y UN BARBERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-254-255/259-260
UN CONTEMPORÁNEO
EL PINTOR Y EL POETA
EL MUSEO DE LAS FAMILIAS
-1844-2-159-164
UNA SUSCRIPTORA
LA DESCONOCIDA
CORREO DE LAS DAMAS
-1835-3-252-254
URCULLU-JOSÉ DE
PADRE EN VIDA Y TESTIGO EN MUERTE
CUENTOS DE DUENDES Y APARECIDOS (LONDRES)
-1825
URROZ-J. DE
ALFONSO
EL SIGLO XIX
-1837-1-241-245
URSOZ-J.
UN SUEÑO
OBSERVATORIO PINTORESCO
-1837-2ª -94-96
V
¡DELIRIO!
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-294-295
V.-A. U.
LA CAPILLA EN LA SELVA
LA ALHAMBRA
-1840-3-271-275/280-281
V.-E.
¡QUE DIA! O LAS SIETE MUJERES. CUENTO FANTASTICO.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1841-6-307-312
V.-J.
LA SACERDOTISA DE IRMINSUL
LA ALHAMBRA
-1840-3-430-431
VALDELOMAR Y PINEDA-JAVIER
CADALSO. NOVELITA ORIGINAL SACADA DE UNA TRADICIÓN
EL CISNE
-1838-163-167/172-174
VALELLA
LOS ANTEOJOS
EL REGAÑÓN GENERAL
-1803-2-303-309
VALLADARES Y GARRIGA-LUIS
LA MUERTE DE ASDRUBAL. CUENTO.
EL ALBA
-1838-NI(3), NII(3-6)
VARELA-J
EL DUELO
EL PANORAM
-1838
VARELA-J
EL ESPIA
EL SIGLO XIX
-1838-2-157-160
VIARDOT-LUIS
EL AMOR, NOVELA ÁRABE
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-207-221
VICENTE Y ALMAZÁN-MIGUEL
UNA PASIÓN DESENFRENADA
EL LICEO VALENCIANO
-1841-2-86-90
VICENTE Y CARAVANTES-JOSE DE
LA CAMPANA DE HUESCA
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1840-5-59-60
VICETTO PÉREZ-BENITO
CRONICAS DE GALICIA. EL PUENTE DA.
LA CRÓNICA
-1845-252-255
VICETTO PÉREZ-BENITO
CRÓNICAS ESPAÑOLAS. MACÍAS EL ENAMORADO
LA CRÓNICA
-1845-233-237
VICETTO PÉREZ-BENITO
DESHONRA Y MUERTE
LA CRÓNICA
-1845-291-293
VICETTO PÉREZ-BENITO
LA CABEZA MISTERIOSA. CRONICA DE GALICIA
LA CRÓNICA
-1845-121-125/129-132
VICETTO PÉREZ-BENITO
LA CORONA DE FUEGO
EL SIGLO PINTORESCO
-1846-2-185-188
VICETTO PÉREZ-BENITO
LA LOCA DE ROUPAR
LA CRÓNICA
-1845-261-262
VICETTO PÉREZ-BENITO
LA LOCA DE ROUPAR
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-227-228
VICETTO PÉREZ-BENITO
LA PIEDRA DE VOCACIÓN
LA CRÓNICA
-1845-179-181
VICETTO PEREZ.-BENITO
STELLINA. BALADA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1845-10-239-240
VILLA-J. DE LA
FRAGMENTO
NO ME OLVIDES
-1837
VILLA Y DEL VALLE-JOSE DE LA
PABLO DURAND. NOVELA.
EL ALBA
-1838-NIV(5-6)
VILLANUEVA-LUIS
AMALIA.
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1844-9-149-52/154-56/171-72/180-81/200/207-08/224
VIVES-E.
ENRIQUE SOMERSET
EL SIGLO XIX
-1838-2-65-72
VIVES-E.
FERRÁN RUIZ DE CASTRO
EL SIGLO XIX
-1837-1-193-201
VIVES-E.
FORTÚN GALÍNDEZ. SEÑOR DE HUESCA
EL SIGLO XIX
-1838-2-35-41
VIVES-E.
JUAN DE PADILLA
EL SIGLO XIX
-1837-1-11-15/17-24
VIVES-E.
MAHOMET EL BERMEJO
EL SIGLO XIX
-1837-1-65-69

VIVES-E.
ROBERTO DE MONWRAY
EL SIGLO XIX
-1837-1-81-88
X
LEYENDA DE VIRGILIO PRESENTADO COMO HECHICERO
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1849-14-241-243.
XX
EL TIESTO DE ALBAHACA. (CASO VERDADERO)
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1837-2-113-114
Y-D
HISTORIA DE UNAS ERRATAS
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1848-13-239-240
Y.-M.
EL EMIGRADO. ESCENA NOCTURNA EN VENECIA
CORREO DE LAS DAMAS
-1834-2-Nº 44. 1-3
Z.-J.A.
EL HOMBRE DE LA ILUSIÓN Y EL HOMBRE DE LA REALIDAD
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL
-1842-7-339-341
ZAMBO, EL
EL HIDALGO VENCEDOR DEL DIABLO
LA ESMERALDA
-1846-70-71
ZEA (BACHILLER SANSÓN -FRANCISCO
DON SANCHO EL BRAVO
EL PANORAMA
-1839-2-343-348/358-363/376-381/398-403
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO)-FRANCISCO
EL CUBO DE LA ALMUDENA
EL PANORAMA
-1840-3-44-47/62-64/77-80/92-96
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO) -FRANCISCO
LA MUERTE DE LA REINA
EL PANORAMA
-1840-3-108-112
ZEA (BACHILLER SANSÓN CARRASCO) -FRANCISCO
TIO Y SOBRINO. FELIPE SEGUNDO Y DON SEBASTIÁN DE PORTUGAL
EL PANORAMA
-1840-3 Y -(3) 286-287/301-303/318-320/366-368/381-384/398-400. (4)2-4/33-35
ZORRILLA-JOSÉ
LA MADONA DE PABLO RUBENS
EL PORVENIR
-1837-Nº
ZORRILLA-JOSÉ
LA MADONA DE PABLO RUBENS
LA AUREOLA
-1840
ZORRILLA-JOSÉ
LA MUJER NEGRA O UNA ANTIGUA CAPILLA DE TEMPLARIOS
EL ARTISTA
-1835-2-103-107
ZORRILLA-JOSÉ
PABLO-GUIDO
NO ME OLVIDES
-1837-N39(4-5)
ZUÑIGA-MANUEL
LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS
LA ALHAMBRA
-1839-1-81-83/98-100/104-108/125-127